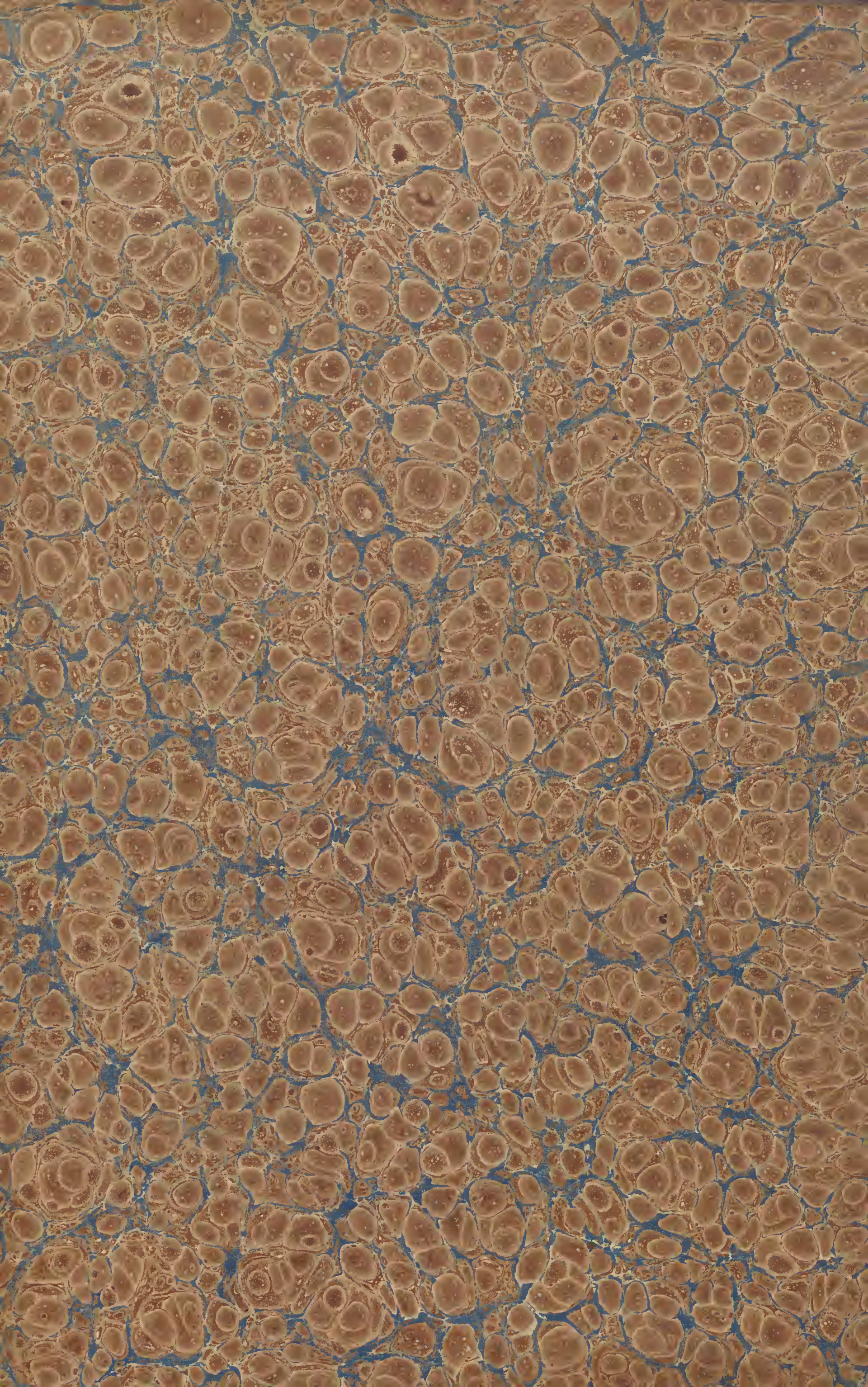
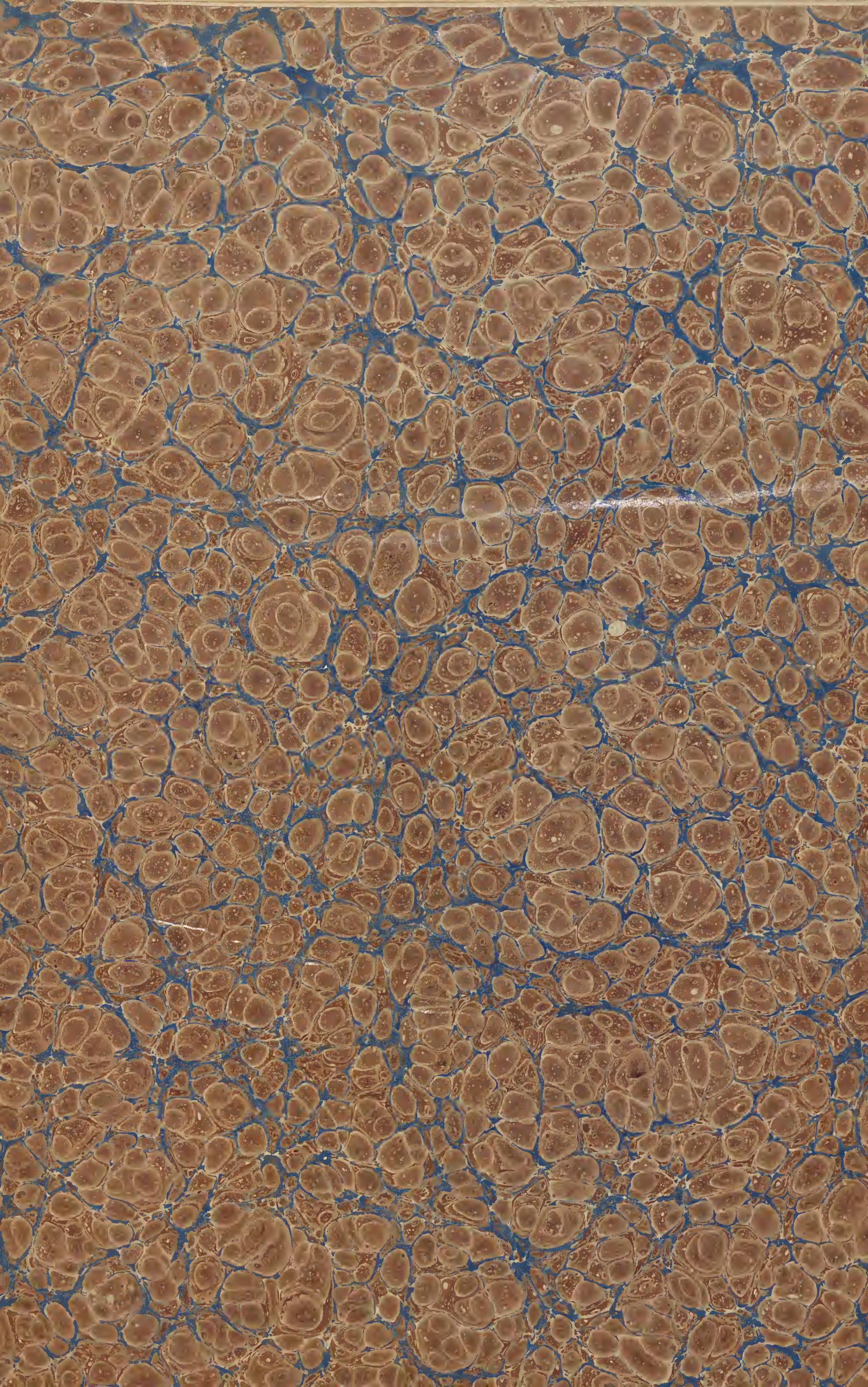


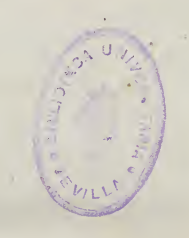




HISTORIA

DE

LA MARINA REAL ESPAÑOLA.




HISTORIA
DE LA
MARINA REAL ESPAÑOLA
TOMO II
Urrabieta inv° y lit°
Lit. de J.J. Martinez Madrid

HISTORIA

DE LA

MARINA REAL ESPAÑOLA,

DESDE

EL DESCUBRIMIENTO DE LAS AMÉRICAS

HASTA

EL COMBATE DE TRAFALGAR,

POR

Don José March y Labores.

TOMO II.

MADRID:

Imprenta de José María Ducazcal, plaza de Isabel II, número 6.

1854.

ADVERTENCIA.

La redaccion del *tomo primero*, por D. José Ferrer de Couto, comprende hasta la página 594 inclusive; la de D. José March y Labores desde la 595 del mismo, hasta la conclusion de la obra.

HISTORIA DE LA MARINA REAL ESPAÑOLA.



LIBRO TERCERO.

EMPRESAS MARÍTIMAS DE GARAY Y DE VAZQUEZ AYLLON.—SEGUNDO VIAJE Á LAS MOLUCAS: ESPEDICION DEL COMENDADOR LOAISA.

CAPITULO PRIMERO.

Idea, recapitulacion y juicio crítico de los viajes de Colon y de Magallanes.—Francisco de Garay: espedicion á su costa en 1519, la cual arriba á la provincia de *Amichel*; noticia de aquel pais.—Procedimientos de Cortés contra los de Garay.—Segunda espedicion de este, quien se declara contra Cortés, y va con su tropa á Panuco.—Cede Garay en virtud de órdenes del emperador, y por último se ve obligado á acogerse á Cortés.—Muerte de Garay.—Espedicion de Vazquez de Ayllon.—Llega al cabo de Santa Elena: recíbenle bien los indios y siendo ingrato los cautiva: desdichado fin de estos y de la espedicion.—Segunda empresa de Ayllon para describir el paso al mar del Sur, y mal éxito de ella.—Muerte de Ayllon (1).

Debidos son á una feliz casualidad, dice Lesage, casi todos los grandes descubrimientos de los hombres. El del Nuevo Mundo fué únicamente el fruto del genio y la combinacion. El genovés Colon, por un efecto de aquel espíritu, aquel raciocinio y aquellos talentos tan cabales que son el fruto de los conocimientos matemáticos, calculó perfectísimamente que si bien la tierra era un

(1) Historiadores ó autoridades que hemos consultado. *Oviedo*: *Herrera*: *Hernan Cortés*: *Bernal Diaz del Castillo*: *Gomara*: *Malte Brun*: *Balbi*.

globo como le estaba demostrado, de ella no conocíamos mas todavia que una porcion, y que partiendo de nuestra Europa siempre con rumbo hácia Occidente, debia encontrar nuevas tierras, ó arribar á las costas orientales del Asia. Inspirado de una idea tan feliz y sencilla, se dirigió sucesivamente á Génova su patria, á la Francia, á la Inglaterra y á Portugal, pidiendo por todas partes que se le diesen medios y recursos para ejecutar lo que habia concebido, y por todas vióse rechazado cual si fuese un insensato; efecto natural de la ventaja que rancias preocupaciones ó inveterados errores tienen comunmente sobre las nuevas verdades. Lo que la ciencia mostraba al genio del navegante genovés, pareció, no obstante, un delirio á los cabezas de los gobiernos contemporáneos; hasta que al fin su laudable porfia, al cabo de ocho años de pretensiones, que aunque justas se habian desatendido y desdeñado como quiméricas é impertinentes, la generosa, la magnánima Isabel de Castilla, le escuchó benévola, le oyó con interés, comprendió su grande pensamiento, se mostró ilustrada y le dispensó su augusta proteccion. Tres frágiles naves, abandonadas, digámoslo así, por los cortesanos al empeño importuno y al arrojo de Colon, mas bien que confiadas á su sabiduría, atraviesan el Océano Atlántico en 1492, y á los treinta y tres dias de navegacion descubre una de las Lucayas; islita que el mismo descubridor, aludiendo á su situacion personal, denominó *San Salvador*, porque cierto es que infaliblemente iba á perecer á manos de sus gentes, que por loco y temerario le tenian, si por desgracia suya no hubiese encontrado la tierra que con tanta fé buscaba. Continúa sus investigaciones y consigue descubrir en breve la isla de *Cuba* y la *Española*, que despues se denominó de Santo Domingo y Haiti, y en 1498 el archipiélago de las Antillas; penetra hasta las costas de Tierra-Firme y la embocadura del Orinoco, y conoce que ha encontrado aquel nuevo continente. Hé aquí, en resumen, la historia del descubrimiento de América, apellidada así, del nombre de un florentino llamado Américo Vespucio, quien habiendo reconocido sus costas algunos años despues y publicado los primeros mapas, arrebató á Colon el honor merecido de darla su propio nombre. Así, como dice un historiador, al mismo tiempo que fué conocida del resto de la tierra, fué marcada por una injusticia, presagio fatal de todas las demas de que habia de ser teatro aquel desventurado cuanto hermoso pais.

La rivalidad á la par de la ambicion, que por todo atropella, que á veces lo domina todo y hace al hombre injusto y tirano, incitó á los portugueses á disputar á los españoles la gloria de los descubrimientos y el derecho á la posesion de algunos de ellos. Celosos de sus descubrimientos mútuos España y Portugal, apelaron al Papa pidiendo una sentencia que repartiese entre ellos el Nuevo Mundo, asignando á la ambicion de cada uno su hemisferio aparte, y la famosa línea de demarcacion, mediante una bula de que ya hicimos mencion, escluyó realmente á los portugueses, hasta que á fuerza de interpretaciones arbitrarias y de arreglos consiguientes, hicieron comprender el Brasil en su hemisferio. Quedaba

incierta al Este la posesion de las islas de las Especerías. En este caso sostuvieron los portugueses que ellos y nadie mas tenian derecho para hacer conquistas al Oriente de la línea de demarcacion, y los españoles alegaron que ellos tenian por consecuencia el de ir al Oeste de aquella misma línea, tan lejos como pudieran. «El Papa, infalible en cuanto á los dogmas de la fé, dice Malte-Brun, no estaba obligado á ser cosmógrafo, ni aun á saber que la tierra era un globo, y que por consecuencia era ilusoria una línea de demarcacion trazada sobre un solo punto del globo.»

Así es como la esperanza de llegar á las ricas islas en que el árbol de la nuez moscada embalsama los aires, empeñó á los españoles á buscar en el Mediodia de América un paso para las Indias Orientales. Ya hemos visto que Solís pereció en una empresa de este género, bien que en 1509 descubrió el rio de la Plata. Mas venturoso Magallanes logró descubrir el terrible estrecho que aun conserva su nombre, y el Océano llamado impropiamente Pacífico, fué surcado la vez primera por naves europeas, y estas eran españolas. Pereció, por desgracia, aquel famoso descubridor antes de llevar á cabo su atrevida y árdua empresa, pero sus compañeros de espedicion llegaron como hemos visto á las Molucas, con asombro de los portugueses, y regresando por el Cabo de Buena Esperanza una de las naos de su armada, el capitan de ella, un español, tuvo la dicha de coronar aquella empresa, completando como hemos visto la primera circunnavegacion del globo.

Colon y Vasco de Gama, salvando los límites quiméricos que habian detenido el genio de los antiguos, derribaron de un golpe los sistemas de Tolomeo de Estrabon y otros geógrafos de la antigüedad. Magallanes acabó de persuadir, aun al vulgo, de que la tierra era un globo. No olvidemos que en aquel gran siglo los Copérnicos, los Ticho-Brahes y los Galileos, perfeccionaron aquella gran ciencia que somete los cuerpos celestes á los cálculos del hombre; pero omitamos las muchas y muy sérias consideraciones que acerca de esto pudieran ofrecerse, y continuemos la Historia de nuestra Marina.

En tanto que la escuadra de Magallanes se enseñoreaba por el Gran Océano buscando y abriendo nuevas y mas espeditas vías á la navegacion, á las comunicaciones y el comercio entre el antiguo y el Nuevo Mundo, de los puertos de ambos continentes, europeo y americano, salian otras espediciones españolas, bien que menores, destinadas á esplorar el inmenso piélago, ganosas siempre de nuevos descubrimientos, que alentando el genio emprendedor y el espíritu de conquista de los españoles, les proporcionára repetidas ocasiones de gloria y engrandecimiento de su patria.

En el transcurso de veinte y seis años, á contar desde el dia en que la América fué descubierta, habian trabajado los españoles con una actividad incesante en estender el conocimiento que tenian del continente americano; habian establecido numerosas colonias haciendo esfuerzos increibles, habian examinado la vas-

ta cuanto desigual costa de aquel gran continente desde el Rio de la Plata hasta los confines de la Florida, y á medida que hacian sus esploraciones, parecian aumentarse su audacia y su curiosidad, en términos que las ocurrencias fortuitas que frecuentemente sobrevenian, estendian su dominacion y ensanchaban los límites de sus conocimientos geográficos.

La Marina Real española, en aquella época, y en distintos puntos de las costas mas remotas de la culta Europa, presentaba una série de sucesos varios y admirables, los mas interesantes y á propósito para hermosear la Historia de la Marina militante. Así, mientras Fernando de Magallanes descubria el estrecho de su nombre, le pasaba victorioso, arribaba á las Filipinas y visitaba á Zebú; mientras su trabajadísima armada se presentaba en las Molucas, y las reliquias de ella aportaban á San Lucar; en tanto que el heróico Cortés desembarcaba en la costa de Méjico, derrotaba las innumerables huestes de Motezuma, conquistaba el formidable imperio mejicano; y que á la par de estos acontecimientos de eterna remembranza y gloria para España, se acometian otras empresas navales referidas en el curso de esta Historia, emprendió una espedicion marítima Francisco Garay, quien acompañando al almirante Colon en su segundo viaje, le estuvo reconocido siempre por las altas mercedes con que el gran descubridor le distinguiera.

Habíase conferido á Garay el alguacilazgo mayor de Santo Domingo, y posteriormente, en consideracion á las relaciones de parentesco que contrajo con el descubridor del Nuevo Mundo, mediante matrimonio con una hija de don Diego Colon, fué nombrado teniente de este y gobernador de la Jamáica. La caprichosa fortuna se le mostró propicia, en tal manera que muy pronto adquirió fama de opulento. Dominóle en breve el deseo de hacerse célebre, y aprovechando la oportuna ocasion con que le brindaba el reciente descubrimiento de Yucatan, al paso que incitado por las ruidosas noticias que corrian de la riqueza y hermosura de aquel pais, autorizado por los gobernadores de la Española, se propuso equipar y espedir á sus espensas cuatro navíos, regidos por acreditados pilotos, todos bajo el mando superior de Alonso Alvarez de Pineda. Era su objeto buscar algun golfo ó estrecho en la Tierra Firme hácia la Florida, en cuya costa no pudo fundar establecimiento alguno Ponce de Leon, á causa de la resistencia valerosa de los salvages. Comenzó Pineda su espedicion en 1519, en aquella parte de la América occidental que hasta entonces se habia supuesto ser una isla. Cerca de nueve meses llevaba ya de viaje sin poder hallar el estrecho ó golfo que buscaba, y aunque intentó costear el pais enderezando la proa á Oriente, viéndose contrariado por bajos y arrecifes contínuos, opuestos vientos y rápidas corrientes, hubo de dar la vuelta á lo largo de la costa hácia el ocaso, reconociendo detenidamente todo aquel pais y cuanto en él habia de notable, hasta avistar á Veracruz ocupada entonces por Cortés. Amojonando allí los límites de su descubrimiento que á mas de 300 leguas se estendia, con las solemnidades de

costumbre levantaron los españoles acta de posesion, la tomaron por la corona de Castilla, y volviendo luego atrás se internaron en un rio muy caudaloso, á cuya entrada habia un gran pueblo. Mas de cuarenta dias permanecieron allí anclados los navíos para carenarlos; y aprovechando los espedicionarios esta demora entablaron relaciones de amistad y confianza con aquellos naturales. Viajando seis leguas rio arriba, encontraron hasta cuarenta pueblos situados en una y otra orilla, todos muy cercanos uno de otro, componiendo la provincia llamada de *Amichel*, cuyo pais feraz, de apacible y sano clima, al paso que abundante en frutas y otros muchos y nutritivos comestibles, convidaba á permanecer en él y colonizarle; tanto mas cuanto sus habitantes, en general de buena presencia, afables y al parecer dispuestos á ser civilizados, daban indicios de que las entrañas de aquel suelo encerraban el oro codiciado de los europeos, pues llevaban de tan precioso metal muchas joyas pendientes de las orejas y narices.

Hallábase Cortés á la sazon en Zempoala, de camino para Méjico, y acababa de echar á pique sus naves. Allí recibió de Veracruz aviso de que cuatro de los navíos de Garay recorrian aquella costa, haciendo descubrimientos, y retrocediendo hácia el punto de donde le daban tal aviso, ordenó que se notificase á Pineda y á toda su gente que aquella tierra estaba ya poblada en nombre del Rey de España, invitándoles al mismo tiempo á entrar en el puerto donde serian socorridos. Por desgracia, el alejamiento de la autoridad central, tanto ó mas que el entusiasmo y la codicia que escitaba el feliz éxito de las heróicas empresas, habia aflojado generalmente los vínculos de la conveniente obediencia, y asi los primeros aventureros de América, esparcidos por las inmensas regiones donde la naturaleza ostenta sus maravillosas magnificencias, ejerciendo su irresistible imperio en la ardiente imaginacion del europeo meridional, olvidaban no pocas veces que eran súbditos de la madre España, y entonces se entregaban á los planes mas estraños y mas audaces de conquistas independientes. No tan solo en Méjico y el Perú se manifestó este espíritu de libertad sin freno, antes bien se propagó lamentablemente á las diversas partes del Nuevo Mundo, porque el mal ejemplo cunde entre los hombres aun mas que en los sembrados la cizaña. No contentos, pues, los de Garay con desoir la intimacion y desdeñar los generosos ofrecimientos de Cortés, fondearon tres leguas mas abajo de la costa en que se hallaban, y desembarcando dos marinos y un escribano, desde allí requirieron y anunciaron al conquistador de Nueva España, que como descubridores de aquel pais iban á poblarlo, aspirando á partir términos con él. Comedido, acaso mas que ajustado á su elevada dignidad y representacion, se mostró en ocasion tan grave el héroe que habia de avasallar á Méjico, contestando á los espedicionarios mandados por Pineda, que pasáran á Veracruz, donde se trataria del negocio y se les darian cuantos auxilios necesitáran.

El desprecio con que rechazaron tambien estas proposiciones, hizo sospechar

á Cortés que los espedicionarios habian causado daños en la tierra que pisaron, y queriendo averiguarlo dispuso y llevóse á efecto la captura de algunos de ellos, que incautamente habian desembarcado. Por sus declaraciones se supo que Pineda y sus gentes habian llegado al rio Panuco, á treinta leguas de distancia del punto en que el mismo Cortés se hallaba; que siendo bien recibidos de aquellos indios, habian adquirido, mediante cambios, tres mil castellanos de oro, y que desembarcando tambien en otro punto de la costa, sin apartarse de ella, habian visto algunos pueblos agrestes cuyas casas eran de paja. Bastando tan escasas noticias para escitar la curiosidad del gran caudillo de los españoles, apenas hubo llegado á Méjico procuró y adquirió por medio de Motezuma y varios intérpretes, otros datos acerca de la provincia de Panuco, y en vista de ellos despachó los mismos intérpretes, y un indio de aquel pais que habia servido en la armada de Garay, acompañados de algunos mensageros del emperador mejicano, á conferenciar con el cacique de aquella tierra. Era su intento hacerle adicto, vasallo y tributario del Rey de España. Mostróse benévolo el cacique y accedió desde luego á la demanda; tanto que al regresar la embajada de Cortés, le envió con ella un personage de su corte, encargado de entregar al héroe español diferentes regalos, en público testimonio de que él y las gentes sujetas á su dominio, se daban por contentos declarándose vasallos y tributarios del gran monarca de Castilla.

Tal era el estado de cosas con respecto á la espedicion costeada por Francisco de Garay, mientras este, sabedor de lo ocurrido, y alentado con las lisonjeras noticias que del pais visitado recibiera, concibió mayores esperanzas, avivando en su corazon el ardiente deseo de llevar á cabo la empresa comenzada y ver sus miras bien cumplidas. Despachó, pues, al mando del capitan Diego Camargo tres carabelas, con ciento cincuenta y siete hombres de mar y guerra, entre ellos siete escogidos ginetes con muy briosos caballos, y los pertrechos y materiales necesarios para dar principio á una poblacion y levantar una fortaleza. La gente gobernada por Pineda ardía de impaciencia por invadir el territorio que habia pisado, cuando á él arribaron los refuerzos enviados por Garay. Sumisos ya á Cortés aquellos indios, consideraron á los recien llegados huéspedes como gente del mismo á quien habian rendido vasallage, y en tal concepto los trataron con amistad y confianza; pero los estrangeros en Panuco, poseidos del espíritu y las intenciones que dominan comunmente á todos los invasores, correspondieron al agasajo con desvío, abusaron de la hospitalidad, y obrando como señores los que entraron como amigos, al fin trataron á los indios como á esclavos. Fáciles eran de inferir las consecuencias de conducta tan plebeya. Cansados los indígenas de mantener y sufrir á los que recibidos como hermanos se habian convertido en opresores, pensaron en deshacerse de ellos. Tornáronse las demostraciones de fraternidad y afecto en hostiles amenazas; por toda la comarca resonó el grito de independencia alarma y guerra, y con-

gregándose como por encanto, atacaron á los espedicionarios tan de improviso y con tal arrojo, que al apercibirse á la defensa fueron derrotados y puestos en fuga vergonzosa. Los unos procuraron salvarse escondiéndose en el pais; los otros acogiéndose con trabajo al asilo de los navíos levaron anclas y navegaron rio abajo, hasta ser arrojados del puerto, adonde los heridos y estropeados, haciendo esfuerzos increibles, pudieron llegar á nado y ampararse felizmente en las naves. Muertos quedaron en el campo los siete caballos y diez y ocho infantes, agregándose á esta pérdida la de una carabela.

Inseparables son de los desastres de la guerra la escasez y el hambre, aumentando el conflicto y los males del vencido. Así los españoles fugitivos de Panuco, faltándoles muy luego los medios de subsistencia, viéronse forzados á ir desembarcando en varios puntos de la costa, ansiosos de encontrar en ella algunos de los de aquel mismo Cortés á cuyo mando quisieron sustraerse, y de los cuales pudieran recibir el socorro que anhelaban. Los indígenas del suelo donde el pié pusieron, teníanlos por gente de aquel mismo caudillo, y acogiéndoles propicios los acompañaron quince ó veinte leguas de distancia, hasta llegar á Naothlan, que despues se llamó Almería, y de allí á Villarica, doce leguas mas arriba. Ocupado se hallaba Cortés en sojuzgar la provincia de Tepeaca, cuando tuvo la desagradable noticia del desastre de Panuco, al paso que la satisfaccion de saber que su teniente en Veracruz habia recibido á los desvalidos espedicionarios de Garay como hijos de su misma patria y súbditos de su mismo soberano. Lejos, pues, de reprobar la conducta de su representante, olvidó la punible desobediencia y escision que fué causa de tamaña desgracia, ordenando que los de Garay fuesen favorecidos y despachados graciosamente, aprestando al efecto los navíos.

En busca de los acogidos de Veracruz se presentó muy luego en este puerto una carabela con treinta hombres hambrientos y faltos de todo recurso, cuya nave habia estado surta en el rio de Panuco, sin ver gente alguna en el pais; despoblacion que atribuyó no sin fundamento á los sucesos ocurridos allí mismo. No ignoraba Cortés que siguiendo á la carabela habia despachado Garay otros dos navíos con peones y caballos, é infiriendo que hubiesen pasado ya á la parte abajo de la costa, dispuso que aquella misma nave saliese en busca de ellos, á noticiarles lo ocurrido y prevenirles que viniesen á Veracruz sin detenerse.

Aunque el mal éxito de la espedicion de Garay parecia suficiente para hacerle desistir de su costosa cuanto arriesgada empresa, en vez de esto insistió en ella con mas calor aun que al comenzarla; ya fundado en los reales despachos espedidos á su favor en Burgos, en el año 1521, ya teniendo la arrogancia y presuncion de declararse tan en vano como orgullosamente émulo de la gloria del conquistador de Nueva-España. Diligente mas que feliz en sus empresas, aprestó sin demora una escuadra de nueve naos y dos bergantines, y conduciendo en ella ochocientos cincuenta españoles denodados y ansiosos de adquirir fama

y riquezas, ciento cuarenta y cuatro caballos, algunos indios de la Jamáica, y mucha artillería y armas de varias clases, tomó en persona el mando de esta espedicion que salió de aquella isla en 26 de junio de 1523. Apenas habia arribado al puerto de Jaragua, en la Isla de Cuba, supo con sorpresa que Cortés habia colonizado el territorio de Panuco, pacificando á sus habitantes y sujetándolos al dominio de la España. Tan inesperadas nuevas le desalentaron como era natural; comprendió el trance peligroso á que se arrojaba desafiando con suma desventaja al hombre ya de gran poder y prestigio con quien temerariamente quisiera competir, y siguiendo mas cuerdo que resignado el prudente consejo que Diego Velazquez le habia dado, ocurriósele entrar en convenio con el célebre conquistador, y al punto le envió como negociador al licenciado Zuazo, que espontáneamente se ofreció á ser mediador. Pendiente el resultado de esta especie de embajada, despues de haberse visto combatida la espedicion por recios temporales, llegó Garay al rio de las Palmas en 25 de julio, dia en que España solemniza la fiesta de su Santo Patrono, y desde allí despachó en un bergantin al capitan Ocampo, quien navegando rio arriba reconoció el pais, bien que muy ligeramente, y regresó suponiendo que era muy despoblada y miserable; informe á que dió crédito Garay, sin cuidarse de otras investigaciones que en verdad le hubieran comprobado lo contrario. En consecuencia desembarcó su tropa, y emprendió viaje hácia Panuco, en tanto que Grijalva, capitan general de la armada, seguia adelante reconociendo la costa.

Tal era el estado de aquella espedicion, en tanto que á Cortés, ocupado entonces en preparar la suya para las Hibueras, se presentó un mensajero noticiándole el desembarco de Garay al frente de su tropa, y que arrogándose el título de gobernador exhortaba á los indígenas á que se declarasen por él y le auxiliasen con gente armada y provisiones contra Cortés mismo, atribuyendo á este proyectos de dominacion tiránica, exagerando los males que suponia haberles causado anteriormente, por los cuales decia que el pais se hallaba revuelto y sublevado, é incitándoles, en fin, á la venganza. A tan desagradables noticias, bastantes por sí mismas para escitar la indignacion del hombre de mas calma y corazon mas generoso, se agregó muy luego la de haber llegado al mismo rio una carabela procedente de Cuba, con ciertos amigos y partidarios de Velazquez, del Obispo de Burgos y del Almirante. Este conjunto de circunstancias, no solo probaba la falacia y mala fé con que Garay obró al proponer la avenencia por la mediacion de su enviado Zuazo, sino que tambien provocaba la fundada sospecha de una conjuracion contra la autoridad y persona de Cortés, á quien convenia proceder con actividad, energía y entereza para evitar su ruina y los males que á ella fueran consiguientes. Hermanando siempre el héroe de Nueva-España la resolucion y el valor con la política y la prudencia, procuró evitar todavía un rompimiento capaz de ocasionar una discordia tan funesta y escandalosa que, lidiando entre ellos los hijos de una misma patria, regára con sangre española el pais que de-

seaban conquistar, al paso que civilizar á sus incultos naturales. Llevado, pues, de esta idea, se disponia para ir á verse con el imprudente y díscolo Garay, cuando la Providencia, mostrándose mas previsora que los hombres, parecia acudir oportunamente á desvanecer aquel nublado. Fué el caso que en tan crítica situacion llegaron á manos del prudente Cortés varias órdenes del Emperador, preceptuando á Garay que no se entrometiese en ninguno de los territorios que aquel tenia ya poblados y reducidos al dominio de Castilla. Sin detenerse comunicó al mal aconsejado Francisco de Garay las disposiciones soberanas, y entonces se vieron justificadas las sospechas de conjuracion contra la persona de Hernan Cortés. Uno de los capitanes del invasor de Panuco, fué el único que se mostró obediente y determinado á mantener la gente unida, leal y sumisa á la potestad de que el ilustre caudillo estremeño se hallaba revestido. Poco prudentes y reflexivos los de la armada, á causa de la discordancia de opiniones y pareceres de los maestres de las naves, se declararon muchos de ellos en abierta desobediencia, preparándose para venir á las manos unos contra otros; quienes haciéndose de parte de su general que ordenaba la resistencia, quienes acatando cual debian los mandatos soberanos. Todo amenazaba una catástrofe, cuando, por ventura de unos y otros, los disidentes, faltando al mal entendido respeto que á su general tenian, se negaron á obedecerle, y por último le prendieron. Al cabo se avinieron todos, mayormente al ver que el mismo Garay dando el debido cumplimiento á las órdenes del Emperador y Rey, declaró su resolucion de recoger su gente en los navíos de su escuadra, con intento de ir á poblar en otra parte. A consecuencia le fueron devueltas armas y caballos, proveyéndole además de todo lo necesario. Mal parado quedaba sin embargo para probar fortuna en nuevas y aventureras empresas marítimas. Habia perdido ya seis de sus naves, hallábanse las otras averiadas, y su gente, insubordinada y quejosa, se negaba á seguirle y andaba desordenada cometiendo demasías. Forzado se vió por tanto á enviar un mensagero á Cortés, pidiéndole una entrevista, y al mismo tiempo amparo, bajo el cual pusiera á salvo su vida no menos que su honra. Cumplía al hábil político no desatender tan humilde pretension, y asi es que para sacar á Garay del conflicto en que se hallaba, le contestó indicándole que marchase luego á Méjico. Allí, no contento con recibirle benévolo, le obsequió espléndidamente, llegando la generosidad hasta el estremo de proporcionarle enlace con su propia familia.

No por esto se remediaron los males, pues quedaba subsistente una de sus graves causas. Tal era la insubordinacion de la gente de Garay, avezada ya al desenfreno que trae consigo toda empresa desatinada, mucho mas cuando ven defraudadas y perdidas las esperanzas de hacer fortuna, los que con este objeto entran ciegamente en la falaz y azarosa carrera de aventureros. Discordes y desbandados aquellos espedicionarios, se internaron sin guia ni consejo en el pais, llevados ciertamente del deseo de adquirir algo con que hacer mas llevadero su sensible desengaño; y alterando con su conducta la

quietud de los indígenas, turbaron la sumision de estos, y hubo necesidad de enviar á la provincia de Panuco nuevas tropas, que reprimiesen y subordinasen á los causantes de tamaño mal, al mismo tiempo que pacificáran el pais. En tanto que esto pasaba, falleció en casa del heróico Cortés el desventurado Garay, víctima de un dolor de costado. Con su muerte terminó aquella empresa cuyos costosos é inútiles dispendios, prueban la poca cordura y la suma facilidad con que gasta comunmente las riquezas todo el que, habiéndolas adquirido á poca costa, se deja llevar de ilusiones engañosas para acrecentarlas con igual facilidad y presteza con que las adquiriera. Describiendo Garay los pueblos indianos que habia visto en el curso de su viage, usó mucho del privilegio de exageracion que parece se han atribuido los viajeros, pues segun él, algunos de aquellos indios eran jigantes, mientras otros no pasaban de la estatura regular. Sin embargo, el viaje de Pineda contribuyó al estudio del golfo de Méjico, porque varios descubrimientos hechos ya á la parte del Oeste, despertando la ambicion y la curiosidad de Garay, le habian determinado para hacer todos aquellos esfuerzos.

Casi á la par de la del gobernador de la Jamaica se armó otra espedicion marítima, no tan dispendiosa, si se quiere, como aquella, pero sí tan inútil, al paso que harto escandalosa para la humanidad y la moral, como se verá por el curso y el éxito de la empresa de que vamos á ocuparnos.

Indolentes y sin actividad aquellos indios, de un temperamento naturalmente débil, y hasta enervado por el calor del clima, contentándose con una corta racion de alimento poco nutritivo, eran por consecuencia flojos para el trabajo corporal y contínuo. Las penosas é incesantes fatigas á que los condenaban los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo para las labores agrícolas y de las minas, ocasionaban grandes bajas en el número de aquellos míseros operarios, pues los unos desertaban, y los mas perecian víctimas del cansancio y del mal trato. Traía esto consigo la urgente necesidad de apelar los españoles á la detestable caza, digámoslo asi, de indígenas que se dedicáran no solo á los mas duros trabajos, para adquirir por medio del cultivo la precisa subsistencia de las colonias, sino tambien para satisfacer la codicia del conquistador, arrancando el precioso metal de las entrañas de la tierra. Habian concedido los Reyes Católicos licencia para cautivar y esclavizar á los caribes; hombres quizás los mas robustos despues de los patagones; que segun antiguos viajeros son caníbales ó antropófagos; que cuando menos parece cierto que comian la carne de sus enemigos, con la voracidad del buitre, y que en el siglo XVI, despues de haber esterminado á los *cabres*, estendieron su lengua con su imperio desde el ecuador hasta las islas de las Vírgenes. Aquella autorizacion régia, que apesar de la necesidad que la motivaba y la ferocidad de los hombres á quienes amenazaba con la esclavitud, pudiera calificarse de abusiva pues daba campo á los escesos, alentó á siete colonos de la isla de Santo Domingo.

para armar dos navíos, lo cual hicieron en 1520 en el puerto de la Plata, siendo uno de los armadores el licenciado Lucas Vazquez de Ayllon.

Encaminóse esta espedicion á las Lucayas, proponiéndose hacer allí cautivos; mas no pudiendo adquirirlos porque los fieros naturales, ya advertidos y recelosos del cautiverio que les amenazaba, huian de él abandonando su pais natal, los navíos de Ayllon, viendo malogrados sus esfuerzos, enderezaron la proa al Norte, y con próspero viento llegaron á una isla situada en los 32°, que se denominaba *Chicora y Gualdape*, en el punto conocido con el nombre de *Cabo de Santa Elena y el Rio Jordan*, segun historiadores nuestros; bien que examinados los mapas modernos, aquel punto corresponde á Puerto Real en la Carolina del Sur, y el interior del rio se hallaba situado en 32° 30′ de latitud N., siendo la entrada del puerto muy dificultosa, y formando en su parte septentrional varias islas, de las cuales la mayor se llama *Santa Elena*, y al Norte tiene un puerto con el mismo nombre. Acaso alguna de sus puntas es la que en los mapas antiguos se designa con el nombre de *Cabo de Santa Elena*. No menos discordancia hay acerca de la situacion del rio Jordan entre los geógrafos y los mapas, siendo de notar que el nombre de este rio, segun Herrera (1), le fué



dado por el de uno de los capitanes que iban en aquel viaje. Sea como se quiera, el hecho es que apenas avistaron aquellos indios los navíos, en vez de huir

(1) Déc. 2.ª, lib. X, cap. VI.

acudieron asombrados y en gran número á la orilla haciendo las mayores demostraciones de admiracion y sorpresa, hasta que viendo desembarcar personas vestidas y con barbas, huyeron despavoridos en lugar de hacer oposicion ó resistencia. Tan manifiestas pruebas de temor alentaron á los espedicionarios para internarse en el pais persiguiendo á los indígenas, y apesar de la precipitada fuga de estos alcanzaron á un hombre y una muger á quienes trataron con cariño y agasajo, y haciéndoles varios regalos los enviaron al cacique vestidos á la española. Tanta fué la admiracion y novedad de aquel régulo al ver ataviados de aquel modo á los dos libertos, que, aun mas que por temor á los invasores, movido de la voluntad ó el deseo de mostrarse grato á sus larguezas, despachó á las naves cincuenta indios cargados de cuantos comestibles el pais daba de sí, y mediante esta demostracion de benevolencia quedaron asentadas paces, siendo recíprocas las relaciones de amistad y confianza. Así pudieron los españoles recorrer y examinar libremente la isla, sin infundir sospecha alguna á sus incautos naturales, de cuyas pacíficas intenciones abusaron por desgracia. Fué el caso que cierto dia en que los indios, movidos de la curiosidad natural habian acudido á las naves presurosos y confiados en la buena fé de sus huéspedes, levaron estos anclas de improviso, y haciéndose á la vela arrebataron de su patria gran número de aquellos mismos que les acogieron como amigos generosos, para llevarlos á Santo Domingo y venderlos como esclavos. Reservado estaba á la Divina Providencia castigar tan inaudita felonía, burlando el intento de aquellos mismos que honrados con el nombre de españoles desmentían la hidalguía y nobleza castellana: perdióse en la travesía uno de los navíos, y aunque el otro tuvo mejor suerte, víctimas del hambre, la tristeza y pesadumbre, negándose á comer el alimento que le daban sus raptores, perecieron todos los cautivos antes de llegar al puerto adonde eran conducidos (1).

Envanecido no obstante el licenciado Ayllon con el éxito de su empresa, en verdad mas denigrante que gloriosa, vino á España trayendo consigo un indio jóven, único que se habia salvado de la muerte, y á quien bautizó con el nombre de Francisco Chicora; hombre que apesar del estado salvage en que nació y habia vivido, dotado por la naturaleza de claro ingenio, contaba con despejo maravillas y grandezas de su pais nativo. La relacion del cautivo movió grandemente el ánimo del licenciado, para proponer al gobierno español, cuando llegó á la corte, la conquista de aquella tierra, pidiendo licencia esclusiva para colonizarla. Alegaba para esto, como razon poderosa, ó mas bien como derecho, que en union con el licenciado Matienzo, oidores ambos, y Diego Caballero, escribano de la audiencia de la isla Española, habian despachado dos carabelas que descubrieron tierra nueva al N. en 35° hasta 37°, la cual parecia feráz, favorecida de hermoso clima, á propósito para poblar, rica por sus producciones naturales y la abundancia

(1) Gomara, *Historia de las Indias*, cap. XLII.

de perlas en sus costas; á que se agregaba la particular circunstancia de ser aquellos indígenas de entendimiento despejado (1).

No desconocia el pretendiente que en el ánimo de los Reyes ejerce poderoso influjo el anuncio y la promesa de grandes adquisiciones y riquezas. Asi es que la corte, escuchando con placer aquellas proposiciones, se mostró propicia en tal manera que ajustó con Vazquez Ayllon capitulaciones en Valladolid, á 12 de junio de 1523, mediante las cuales se obligó á armar como propuso las naves necesarias para proseguir el descubrimiento, de modo que en el plazo de tres años, á contar desde el dia en que saliese de la isla Española, á mediados de 1524, navegára ochocientas leguas hasta hallar tierra descubierta ó confinante con ella; reconociendo y describiendo, en fin, cualquiera estrecho que hallase dando paso á la otra mar. No olvidó la corte la necesidad y conveniencia de alentar y estimular al empresario, y por tanto, otorgándole por via de recompensa muchas gracias con el título de Adelantado, le concedió el gobierno de las nuevas tierras cuyo descubrimiento habia ofrecido. Con esto regresó á la Española, donde sin atender al plazo señalado para el armamento prometido, lo retardó en tal manera que el Consejo de Indias hubo de reconvenirle y apremiarle para cumplir con lo pactado. Esforzándose para esto equipó al fin una espedicion de seis naves, con quinientos hombres y noventa caballos, proveida de todo lo necesario, y á mediados de julio de 1526 salió del puerto de la Plata y fué á desembarcar en la embocadura del rio Jordan, á los 33° 40′ de latitud N. mas al Oriente de la Florida, en lá Costa Firme, en la provincia que llamaban de Chicora.

Como si la empresa de Ayllon llevase consigo la espiacion del crímen que cometió arrebatando á los indios de su patria, parece que la fatalidad le seguia á todas partes. A breves dias de su desembarco desapareció el esclavo que llevaba, y con él otros que le servian de intérpretes. En parte alguna del pais donde puso el pié halló puerto, ni rio, ni poblacion que tuviera conexion alguna con los nombres citados en la capitulacion que habia celebrado. La nao en que iba el mismo licenciado, haciendo el papel de capitana, se perdió al entrar en el Jordan, y aunque por fortuna se salvó la gente nada pudieron recoger de los pertrechos y demás que contenia. Eran menores los otros buques, y á esto debieron el entrar sin peligro en aquel rio.

En medio del conflicto en que se hallaban pudieron examinar prolijamente la costa, y como un consuelo encontraron mejor tierra, bien que al paso que con esto recibieron todos un contento, afligíales la falta de intérpretes para darse á entender con los indígenas. En tal apuro trasladaron por mar á las mugeres y enfermos á San Miguel de Gualdape, tierra que acababan de reconocer, distante al Norte unas cincuenta leguas, y los demás se encaminaron por tierra al mismo

(1) Deben ser aquellas tierras las que constituyen hoy la Carolina del Sur y del Norte, situadas en las mismas latitudes y en las cuales se hallan las principales ciudades y puertos de los Estados-Unidos.

punto, el cual habian escogido para fundar allí una poblacion á que dieron principio sin demora. Pero aquel suelo insalubre, llano y pantanoso, atravesado por un caudaloso rio, produjo en los espedicionarios agudas enfermedades, y agregándose á esto el hambre y los ataques incesantes de los indios, todos cayeron en desaliento; la muerte hizo estragos, y el mismo Ayllon fué una de las víctimas, en 18 de octubre de 1526, dejando el gobierno á cargo de Juan Ramirez su sobrino, que se hallaba en Puerto Rico, hasta la resolucion del Emperador y Rey. Recayó interinamente el mando de la armada en Francisco Gomez, pero los débiles restos de aquella gente, aunque abatida por las calamidades que sobre ella pesaban, se dejaron dominar de la ambicion del mando; á la discordia sucedió el desórden, y desparramándose sin disciplina por la tierra, los unos murieron á manos de los indios, y los otros entregados al brazo de la justicia sufrieron el castigo que la ley impone al sedicioso. Los quinientos hombres que habian acompañado al desdichado Ayllon quedaron reducidos á ciento cincuenta, y estas reliquias de la espedicion, espantadas por la rápida mortandad introducida en sus filas, acordaron alejarse de aquel pais aciago, y al cabo de una navegacion la mas penosa, enfermos y maltratados arribaron á Santo Domingo y Puerto Rico, dando con su presencia testimonio de la catástrofe que acababa de ocurrir. Mas apartemos de ella la mente para fijarla en otra espedicion naval mas respetable, mejor combinada y de mas elevado pensamiento.





CAPITULO II.

Segundo viaje á las Molucas al mando del comendador Frey García de Loaisa.—Naos que componian la armada: su porte: sus comandantes: el general Loaisa y sus subalternos hacen pleito homenaje: bendicion del pendon imperial en la Coruña.—Sale la armada de aquel puerto en 24 de julio de 1525.—Su derrotero: averías en la Capitana y Santa María del Parral.—Apresamiento y soltura de una nao portuguesa.—Ejemplo de subordinacion y disciplina.—Arribo á la isla de San Mateo, y sucesos en ella.—Dispersion de las naves.—Llegada al rio de Santa Cruz.—Comision despachada á reconocer si la armada se hallaba ó no en el estrecho: aventuras de los comisionados.—Naufragio de la nao *Sancti-Spiritus*.—Fondean las naves en el cabo de las Vírgenes: contratiempos y desgracias.—Van los buques á surgir en la bahía de la Victoria.—Encuentro de patagones y ocurrencias con ellos.—Comision y aventuras de Urdaneta y otros, yendo á recoger los efectos de la nao *Sancti-Spiritus*.—Navegacion de la Capitana, separada de las otras naves por el temporal.—Incorpórase con cuatro de ellas.—Peligros de éstas.—Averías de la Capitana.—Cacería y pesquería en el rio de Santa Cruz.—Hacen vela las naves reunidas de la armada: contratiempos y sucesos varios hasta llegar al cabo Deseado, pasado ya el estrecho.—Descripcion de vistas, temperatura y otras circunstancias de aquellas costas (1).

La relacion que el capitan Juan Sebastian de Elcano hizo de los acontecimientos de la espedicion de Magallanes, impulsó en el gobierno español la resolucion de hacer valer el derecho que consideraba tener á la posesion de las Molucas. Edictos y pregones publicaron en toda la monarquía las gracias y recompensas, los premios y privilegios señalados por el Emperador á los españoles que armasen navíos para ir con la escuadra que acababa de meditarse, y estableciéndose en la plaza de la Coruña la casa de contratacion de la especería, aprestóse allí mismo la armada, mejor provista, pertrechada y artillada que la anterior,

(1) Historiadores ó autoridades. *Herrera*: *Oviedo*: *Fernandez de Navarrete*: *Malte Brun*: *Balbi*.

con gran repuesto de lencería, paños, buhonería, y otros artículos de trueque, á propósito todos para el tráfico en los paises adonde iban destinados. Componíase la espedicion de siete grandes buques de porte diferente, gobernados por muy espertos y acreditados capitanes, y ocupaba el primer lugar con la categoría de Capitana la nao *Santa María de la Victoria,* de 360 toneladas; nave que con su título parecia simbolizar aquella que hubieran debido apellidar la *Victoriosa*, y que habiendo hecho el primer viaje completo alrededor del globo debia perpetuar su nombre en los fastos de la Marina real de España. Seguia en representacion la *Santi-Spiritus*, del porte de 200 toneladas, y cuyo mando fué conferido á Juan Sebastian de Elcano, como piloto mayor y guia, eleccion sin duda la mas discreta y acertada, por cuanto recaia en el ilustre marino cuya bien adquirida fama acababa de estenderse por el orbe. Era la tercera la *Anunciada,* de 204 toneladas, gobernada por Pedro de Vera; seguia la *San Gabriel* de 156, su capitan Rodrigo de Acuña; las carabelas *Santa María del Parral* y *San Lesmes*, la primera mandada por don Jorge Manrique de Nájera, la segunda por Francisco Hoces, de 96 toneladas cada una; y en último lugar el *Patache* ó galeon *Santiago* del porte de 150, al mando de Santiago de Guevara.

Capitan general de aquella respetable armada y gobernador de las islas Molucas ó de Maluco, fué nombrado Frey Garcia de Loaisa, comendador de la órden de San Juan, por real título espedido en 5 de abril de 1525. Proveyóse por real cédula reservada lo conveniente para la sucesion y eleccion en el mando de general, capitanes y oficiales, en caso de que falleciese cualquiera de los que iban en la misma armada, y diéronse en fin las instrucciones necesarias al contador de ella Diego Ortiz de Orue, al tesorero Hernando de Bustamante, y á Diego de Covarrubias, electo factor general de las islas del Maluco y su contratacion. A continuacion de estas disposiciones preventivas, hizo en la ciudad de la Coruña pleito homenaje en manos del conde don Hernando de Andrada el ya nombrado general; en las de este lo hicieron los capitanes, y cada soldado en las de su respectivo capitan; acto solemne á que siguió la bendicion del pendon imperial, gloriosa enseña que acatada ya en las remotas y mas preciosas regiones de Occidente, habia de tremolar en las ricas islas del mar de Oriente llamadas hoy Filipinas, adonde se estendiera por siglos la dominacion de la potente España. Prevínose, en fin, en la instruccion dada á las naos, que bajo ningun pretesto traspasáran ni aun tocáran en los límites del rey de Portugal.

Tronó el cañon de leva antes de amanecer el dia 24 de julio de 1525: desplegó la armada sus lonas, y el magestuoso grupo de las siete naves, haciendo brillar todavía la rutilante luz de sus faroles en las ergüidas popas semejante á la constelacion de las Pleyadas, dirigió las proas hácia el cabo de Finisterre, cuyo nombre debe á la ignorancia de los geógrafos de la antigüedad. Contrariado por los vientos hasta el 26, en este dia enderezó la derrota desde aquel cabo

al S. 1|4 S-O.; pasó el 31 por la parte O-N-O., á distancia de treinta y dos leguas de la isla de la Madera, y el 2 de agosto dió fondo en la parte del S. de la Gomera, una de las Canarias, en 27° 30' de latitud N.

En aquel punto, conformándose con el dictámen de Juan Sebastian de Elcano, en consejo con todos los capitanes acordó el general que la armada se encaminase al estrecho de Magallanes, que en caso de separarse alguna nave se fuese á la bahía de Todos los Santos, donde esperase veinte dias, y si pasado este plazo no arribasen allí las otras, en la isla contigua plantase una cruz, y al pie de ella enterrase una olla con una carta, informando de lo ocurrido, y que luego prosiguiendo el viaje hiciese lo mismo en una orilla del rio de Santa Cruz.

Hecha aguada y aumentado el repuesto de provisiones en la Gomera, continuó su derrotero la armada á la caida de la tarde del 14 de agosto, en vuelta del S. El 18, en la altura de Cabo-Blanco, rindió el palo mayor la Capitana por debajo del calzés, á cuyo reparo atendió Elcano desde la Santi-Spiritus, y navegando la armada al S-E. el 19, combatida por un fuerte aguacero, embistió la Santa Maria del Parral con la Capitana, que desbarató la popa de aquella, rompióle el palo de mesana, y con el esquife hubo de acudir en su auxilio y reparo prontamente.

En 6 de setiembre, á los cuarenta y cinco dias de viaje, hallándose al E-N-E. de Sierra Leona, y á distancia de unas sesenta leguas, avistaron una nao, y habiéndola dado caza al rumbo de N-N-O. hasta media noche, alcanzóla el patache Santiago, y viendo que era portuguesa la hizo que amainase. Conducíala á la Capitana cuando la disparó un tiro la San Gabriel, con cuyo capitan, Rodrigo de Acuña, tuvo sobre esto el del patache un altercado que pudo ser de graves consecuencias, á no hacer uso de su respetable autoridad y su política el circunspecto general de la armada. Poco satisfecho con desaprobar la indiscreta conducta del don Rodrigo, acordando arrestarle por dos meses, y poniendo por capitan de la nao que mandaba á Martin de Valencia, recibió con agasajo á los portugueses, y los despidió graciosamente para que en la nao continuasen el viaje que llevaban. Asi dió un saludable ejemplo en obsequio de la conveniente disciplina, al mismo tiempo que desagraviando á la gente de la apresada nave acallára justas quejas.

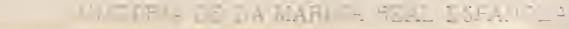
Alternando en la navegacion grandes calmas y contrarios vientos, siguió la espedicion su derrotero hasta el 12 que cortó la equinocial por los 3° 50' de longitud occidental de Cádiz, y al amanecer del 15 de octubre, y á distancia de diez leguas, descubrió la isla de San Mateo. Situada esta en 2° 30' de latitud S., hácia su estremo E. se divisan otras dos que á ella parecen unidas, vistas desde lejos, mediando entre las unas y la otra un canal que no permite pasaje ni siquiera á una sola nao, porque solo tiene de una á una y media braza. El deseo de hacer buena aguada determinó al comendador Loaisa á surgir en la isla

de San Mateo, y volteando mas de cuatro dias sin poder tomarla, consiguiólo al fin el 20 al medio dia.

Iba en la armada un lusitano, y por él supieron nuestros navegantes que aquella tierra habia sido poblada de portugueses, pero que los negros que llevaron los mismos colonos habian dado muerte á sus señores y á todos los cristianos. Horrible testimonio se vió al punto de tan atroz suceso, pues apenas habian puesto la planta los españoles en la desierta isla, cuando encontraron una multitud de huesos humanos, casas aun en pié, atestiguando haber obrado allí la mano del europeo, é hincada en tierra una cruz, en que, á manera de las que en los campos y caminos de nuestra España suelen revelar algun bárbaro homicidio, se encontraba muy legible esta inscripcion veneranda en la espantosa soledad: «Pedro Fernandez pasó por aquí el año de mil quinientos y quince.» En medio del horror que inspiró la breve cuanto patética relacion del portugués, y las fúnebres señales que daban fé de la catástrofe, se agolparon á la imaginacion de los atónitos espectadores diversas conjeturas, acerca del individuo á quien se referia la inscripcion monumental que acababan de leer, infiriendo que seria compatricio suyo mas bien que lusitano, por cuanto era castellano el apellido del viajero Pedro.

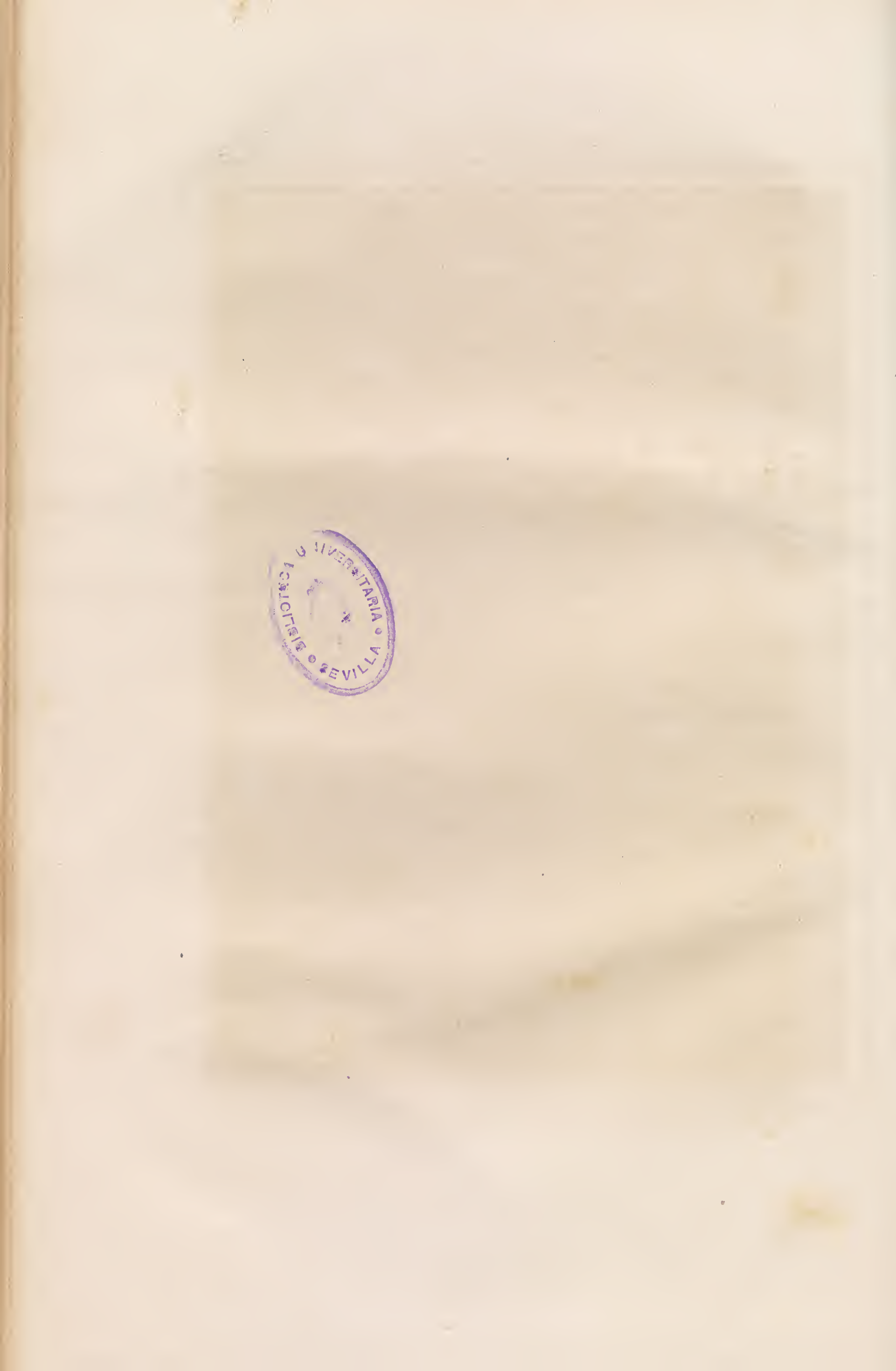
Despues de haber dirijido al cielo, á fuer de buenos cristianos, las mas piadosas preces por las almas de los mártires sacrificados á la ferocidad de los esclavos negros, recorrieron los espedicionarios una parte de la isla y en ella encontraron esquisitas naranjas, palmitos tiernos, multitud de pájaros bobos que mataban á palos, tórtolas y otras muchas aves silvestres, algunas gallinas, y abundante pesca de anzuelo, todo lo cual sirvió de banquete y refrigerio á la gente de la armada. Reservaron para su almirante, como tambien para los capitanes y otras personas distinguidas, un pescado hermoso y grande que cogieron, pero todos cuantos con él se regalaron estuvieron gravemente enfermos de cámaras algunos dias, bien que ninguno fué víctima de tan desagradable incidente.

Esto pasaba en la espedicion del comendador, cuando el 4 de noviembre levaron anclas las siete naves, y juntas hicieron vela: en latitud S. 20° 20′ vieron al Mediodia la tierra á distancia de quince leguas, y sondearon treinta y tres brazas sobre los bajos de los Pargos; á los 21° escasos columbraron el monte de San Nicolás, que á guisa de colosal centinela del continente americano descuella solitario cerca del mar, y al amanecer del 6 se hallaron á cuatro leguas de la isla de Cabo Frio. Prosiguiendo su navegacion sin contratiempos y sin surgir en parte alguna, en la noche del 27 sufrieron tanto viento S-O., que no permitiendo vela, corrieron con el papahigo del trinquete, muy bajo, en vuelta de E. S. E., la distancia de diez leguas, hasta asomar la aurora del 28: entonces, con temporal de viento y agua, se dispersaron las naves. Reuniéronse cinco de ellas el 29, faltando la Capitana y la San Gabriel, de las cuales compareció y se incorporó esta el dia 30; bien que para volver á separarse luego. Resistíase su piloto Juan



LA ARMADA DE LOAISA

àrriba a la isla desierta de San Mateo


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA • SEVILLA

Pilola á mudar la derrota ordenada para ir en busca de la Capitana, como lo acordó el capitan Elcano, en ausencia del general, y aqui se vió la facilidad con que se aflojan los lazos de la subordinacion y falta el debido concierto en los cuerpos colegiados, cuando estos quedan por algun incidente como acéfalos.

Tomando á sotabento las cinco naves en busca del general de la armada, emplearon tres dias en bordos á una y otra parte sin lograr su objeto, por lo cual continuaron la derrota para el estrecho. Asi llegaron al parage del rio de Santa Cruz, donde Juan Sebastian de Elcano era de parecer que entrasen á esperar al general de la espedicion, y á Martin de Valencia que mandaba la San Gabriel; pero en consejo convocado y celebrado á bordo de la Santi-Spiritus, se acordó que sin detenerse en Santa Cruz, por cuanto no convenia retardar la entrada en el estrecho, fuese solo el pátache ó galeon á poner una carta debajo de una cruz, como estaba prevenido, en una isleta que habia en aquel rio; por cuyo medio, si allí arribase el capitan general, supiese este que las cinco naves iban adelante á entrar en el estrecho hasta el puerto de las Sardinas, donde al mismo tiempo que le aguardáran aparejarian y harian agua y leña. Mediante este acuerdo entró el galeon Santiago en el rio, y los otros cuatro buques prosiguieron su derrota.

Estaban en la mañana del domingo 14 de enero de 1526 en la creencia de que entraban ya en el estrecho, cuando, distantes de él unas seis leguas todavia, encallaron todas aquellas naves en la boca de un rio, y allí se vieron á pique de perderse. En tal conflicto el capitan Elcano despachó su esquife con el piloto Martin Perez de Elcano, el tesorero Bustamante, el clérigo Juan de Areizaga, el artillero Roldan, que era uno de los que acompañaron en su famosa espedicion á Magallanes, y otros cuatro hombres, á reconocer si era ó no el estrecho el punto en que se hallaban, con prevencion de que si lo fuese hicieran tres hogueras, que de señal sirviesen á los buques. Discordes en sus pareceres aquellos esploradores á poco tiempo de su correría, pues dos de ellos afirmaban y sostenian lo que los otros dos negaban en contra, acordaron por último saltar en tierra, como lo hicieron, y llegar hasta una punta que descubrian, pasando mas allá todavia. Al cabo de unas tres leguas de camino se convencieron de que no era el estrecho y regresaron. Subió en tanto la marea, flotaron las naves encalladas, y salieron á la mar ancha. Impacientes los de á bordo porque el esquife ni volvia ni hacía las señales deseadas, siguieron á lo largo de la costa, y reconociendo el Cabo de las Vírgenes surgieron dentro de él al ponerse el sol.

Al llegar los cuatro esploradores y sus acompañantes al sitio en que habian dejado el esquife, le encontraron encallado á larga distancia del canal del rio, y tuvieron que esperar la creciente para salir en busca de las naves en la mañana próxima. Por desgracia arreció el tiempo aquella noche, en tal manera que ya en baja marea el esquife se anegó á la orilla del mar, al ser de dia, y entonces saltando en tierra hicieron fuego como en signo de pedir socorro. Cuatro dias se

mantuvieron con raices y algun marisco, hasta el quinto en que por dicha suya recobraron el esquife, y observando unas bandadas de pájaros que iban á una isla situada en medio del rio, allá fueron con intento de cazar, y encontraron multitud de aves blancas semejantes á palomas, con piés y pico encarnados, y ánades marinos que no podian alzar el vuelo, efecto de su estremada gordura; de los cuales hicieron abundante provision. Partieron sin demora en busca del estrecho y de las naves; pero á causa del mal tiempo, no habiendo podido pasar aquel dia de la boca del rio, desembarcaron y vararon allí la navecilla.

Fondeados los cuatro buques en el Cabo de las Vírgenes, en la noche del mismo dia 14 se vieron tan combatidos de una gran tormenta que garraron hasta hallarse junto á tierra. Dió al través en la costa la Santi-Spiritus, de la cual se ahogaron nueve hombres al salir la gente á tierra, y aunque los restantes pudieron salvarse, permanecieron en la orilla como muertos largo rato. Arreciando la borrasca el dia 15 se quebró aquella nao, y el mar arrojó á la playa entre otros efectos los toneles de vino y las mercaderías. Las otras naves perdieron amarras, y por tanto fué preciso aligerar echando al agua artillería y otros varios pertrechos.

Quedando asi la armada reducida á la nao Anunciada, y las carabelas Santa Maria del Parral y San Lesmes, pasado el temporal entró Juan Sebastian de Elcano en la segunda, seguido de Andrés de Urdaneta y otros, con intento de meter las trabajadas naves en el estrecho; pero antes de embocar la primera angostura conocida hoy con el nombre de Nuestra Señora de la Esperanza, se vieron á punto de naufragar, combatidas tambien por otra borrasca; y perdiendo á media noche los bateles todas ellas, la Anunciada fué la única que en aquel trance pudo felizmente salir á la mar ancha.

La aurora del siguiente dia despejó la atmósfera, y como una gran maravilla amaneció sereno en aquella estremidad del continente americano austral; en aquel punto del globo que justamente merece la calificacion de pais frio, salvage y estéril. Los vientos impetuosos y las repentinas mudanzas de temperatura no son ciertamente incomodidades peculiares y esclusivas de aquella region, por cuanto son los caractéres inherentes á los climas de los *promontorios* ó *estremidades* de todo continente; pero solamente en la Patagonia se encuentran reunidas en muy alto grado todas las circunstrancias que pueden contribuir á tan inconstante como desapacible temperatura. Por tres vastos océanos se ve aquella tierra aislada de todo el universo: vientos y corrientes opuestos se encuentran y chocan allí en todas las estaciones, y una alta y ancha cordillera de montes recorre y ocupa la mitad de la Patagonia, sin que haya en sus cercanías ningun terreno cultivado ó en que reine temperatura media.

Aprovechando la bonanza, nada comun en el punto donde las naves se hallaban, la Parral y la San Lesmes fueron á surgir á la bahía de la Victoria, situada mas abajo de la primera angostura, y la Anunciada volviendo á entrar en el es-

trecho hasta mas allá que anteriormente, en la parte de N-E. de aquella estensa bahía halló surtas las dos carabelas, que un furioso tiempo habia separado de la armada, en tal manera que dándolas por perdidas su encuentro fué muy plausible para todos aquellos navegantes.

En tal estado, al tiempo de emprender su viaje por tierra los del esquife varado ya en la boca del rio, se les presentó inesperadamente Bartolomé Dominguez, quien acompañado de otros cuatro hombres, como mensajero de Juan Sebastian de Elcano entregó una carta de este á los náufragos esploradores, noticiándoles la pérdida de la nao Santi-Spiritus, y que las otras naves surcaban ya las aguas del estrecho, ordenándoles, en fin, que sin demora fuesen á incorporarse con la armada. Dejando, pues, el esquife y en él la caza que habian hecho, se pusieron en marcha, y al cabo de veinte leguas de camino muy fragoso, rompiendo por la maleza de espesas selvas, llegaron ya rendidos de cansancio al sitio en que la Santi-Spiritus habia naufragado.

Durante su estancia en la bahía de la Victoria vieron patagones en tierra los individuos de las naves. Acercáronse aquellos indígenas á las carabelas, y con el esquife de la Anunciada fué conducido á bordo de esta uno de ellos. Al estraordinario contento con que el salvaje patagon saciaba su glotonería devorando con ánsia la mucha comida y el vino que le dieron, escedió el alborozo que manifestó al presentarle nuestros viajeros, entre otras dádivas que cautivaron su atencion, un espejo en que con inesplicable sorpresa vió su espantosa imágen, causándole tal asombro que con sus gritos y ademanes pantomímicos, no sabiendo espresar lo que sentia, ofreció una escena tan singular como divertida á los espectadores. Su fealdad, su cuerpo descomunal, su rara y desaliñada vestidura de una pelleja de guanaco, el descompuesto cerco de plumas de avestruz que ceñia su greñuda cabeza, sus grandes é informes abarcas; todo este conjunto presentaba una figura tan singular, tan risible y espantosa al mismo tiempo, que al verle además armado de un grande y tosco arco, mas bien que el Polifemo de la Odisea, parecia uno de los mónstruos ó demonios creados por la asombrosa fantasía de Dante y de Ariosto (1). Al ponerse el sol, supliendo aquel salvaje con el ademan el uso

(1) El transcurso de siglos desde que Magallanes descubrió el estrecho de su nombre, en nada ha variado, segun parece, los usos, las costumbres y el carácter de los indios patagones. Véase en prueba de esto lo que dice Malte-Brun, en su grande obra, *Geographie universelle*, hablando de aquellos salvages: «El teniente de fragata Duclós Guyol, y el comandante de una urca *La Giraudais*, de la marina real francesa, no solamente vieron en 1766 aquellos gigantes, sino que permanecieron entre ellos harto tiempo para darnos pormenores los mas curiosos acerca de sus costumbres y modo de vivir.—Recibieron á los franceses con cánticos ó discursos solemnes, como los insulares de la mar del Sur, y despues de haber manifestado aquella hospitalidad que caracteriza al hombre de la naturaleza, llevaron á los estranjeros al sitio de su hogar. Algunos pasaban de siete piés de alto; el menor tenia cinco piés y siete pulgadas, y la anchura de sus espaldas de hombro á hombro era á proporcion aun mas enorme, por lo cual parecia su estatura menos gigantesca. Tienen los miembros gruesos y nerviosos, la cara ancha, el color muy atezado, la frente carnosa, la nariz aplastada y remachada, los pómulos anchos, la boca grande, los dientes muy blancos, y el cabello negro. Van vestidos de pieles de guanacos, de vicuñas y de otros cuadrúpedos, cosidas juntas á manera de capas cuadradas que les llegan hasta cerca del tobillo, y que por el revés tienen pintadas figuras azules y coloradas que parecen caractéres chi-



de la palabra, no pudiendo ser entendido de otro modo, indicó que le volviesen á tierra, y al punto vió cumplido su deseo.

Los espedicionarios enviaron por tierra á Urdaneta, con cinco compañeros, al sitio en que habia quedado el factor general Diego de Covarrubias con la gente de la nao perdida, para recoger todas las mercaderías, los vinos, la artillería, municion y jarcia, y que todo lo tuviesen pronto para cuando fuesen las carabelas por ello y por la gente: mas apenas hubieron desembarcado aquellos comisionados para ir á su destino, cuando á ellos acudieron los patagones pidiéndoles por señas de comer y beber. Diéronles parte de lo que llevaban en las mochilas, y entonces acompañaron á los huéspedes á ver sus moradas, compuestas de pellejas de guanacos y vicuñas, á manera de chozas, donde tenian sus familias. Cuando querian trasladarse á otra parte cogian las pellejas, se las echaban acuestas á las mugeres, y emprendian la marcha llevando ellos solamente los arcos y las flechas.

Inseparables fueron de nuestros enviados cerca de dos dias algunos patagones, hasta que aquellos habian apurado sus morrales. Entonces se volvieron á sus rústicas moradas. A los cuatro dias de su partida llegaron los comisionados adonde se hallaba la nao perdida, habiendo sufrido tanta sed al tercero, que se vieron precisados á beber sus orines, hasta que por fin hallaron agua.

En tanto la Capitana, separada de los otros buques por el temporal de la noche del 28 de diciembre, se vió tan combatida del viento O S-E. en la ma-

nescos, pero casi todas semejantes, y separadas por líneas rectas que forman cuadrados y rombos. Con sus hondas alcanzan y matan los animales hasta cuatrocientos pasos de distancia. Las mugeres tienen el cútis menos atezado: son bastante blancas, de una estatura proporcionada á la de los hombres, vestidas tambien con capas, calzadas de abarcas á modo de borceguíes, y con un delantalillo que les llega hasta la mitad del muslo. Sin duda se arrancan las cejas, pues no las tienen.»

Y Mr. Huot revisor y corrector de la quinta edicion de la obra de Malte-Brun, París 1821, añade en la parte relativa á los mismos salvages. «Hoy dia se tiene por cierto que, hasta en estos últimos tiempos, todos los viajeros que han hablado de los patagones han exagerado ó se han equivocado acerca de su estatura. Segun Mr. Alcide d'Orbigni, la talla de estos pretendidos jigantes es la de muchos europeos. «Por mi parte, dice, despues de haber visto siete meses con»secutivos muchos patagones de diferentes tribus, y haber medido un gran número de ellos, puedo afirmar que el ma»yor de todos no pasaba de cinco piés once pulgadas, métricos franceses, asi como su estatura media no bajaba de cinco »pies cuatro pulgadas. Las mugeres son casi tan grandes, y sobre todo tan fuertes. Lo que distingue particularmente á »los patagones de los otros indígenas y de los europeos, son las espaldas anchas, cuerpo robusto, miembros muy for»nidos, formas macizas y enteramente hercúleas.» Sus piernas y sus muslos son muy cortos, sus manos y sus pies muy pequeños, al mismo tiempo que su cabeza parece correspondiente á hombres de siete á ocho piés. Entre unos treinta patagones que el capitan King vió en la bahía de Gregory, los menos tenian seis piés ingleses de estatura; uno solo seis piés y una y media pulgadas, pero todos ellos eran muy gruesos. Asi parece atestiguado que los patagones, si bien distan mucho de ser jigantes, son por su estatura algo superiores á la mayor parte de los demas hombres. Su tocado es un cerco adornado de plumas. Cuando van á la guerra llevan una coraza de pelleja y un sombrero de cuero. El arco, la honda, y la lanza, cuya punta es un hueso muy afilado, son las armas de todas las tribus de la Patagonia. Los cabellos de las mugeres, dispuestos en trenzas y adornados de cascabeles ó sonajas de cobre, caen sueltos sobre sus hombros; en brazos y manos llevan brazaletes, y en la cabeza un casquete con plumas, chapas de cobre y sartas de conchas que llaman *turbos*. Los patagones son pastores y trashumantes: adoran un dios terrible, que parece ser el génio del mal, y al cual denominan *Guatechu*. En la época del matrimonio zambullen á sus mugeres en el agua muchas veces: su condicion es de las mas desgraciadas. Mr. d'Orbigni supone que llega á unos diez mil el número de los patagones.»



ñana del 29, que hubo de correr á palo seco unas diez leguas, hasta que despues de medio dia fué al N. Abonanzó el tiempo por la noche, el 30 puso la nao proa al S-O. 1[4 O., observó la latitud de 39°, distando al N. diez y seis leguas del cabo que hay delante de la tierra de los Humos, y navegando al S-O. el 31, y habiendo observado la latitud de 39° 20', en la mañana del mismo dia avistó á la nao San Gabriel, que andaba separada de las otras, y se unió con ella. Entonces supo el general Loaisa que las demás naves iban en su busca á sotabento: desaprobó con enojo que hubiesen variado la derrota sin necesidad, y junto con la San Gabriel se dirigió al rio de Santa Cruz, pensando hallarlas allí mismo. Seguian esta navegacion cuando en 7 de enero de 1526, al S-O. 1[2 O. observaron la latitud 44° 48', teniendo al N-O. y á distancia de cinco leguas el que llamaban Cabo de Santo Domingo, y que parece ser el conocido ahora con el nombre de Cabo de las dos Bahías. Hicieron rumbo al S-O. 1[4 S. el dia 8, y observaron la latitud de 45°; les demoraba el Cabo Blanco del continente americano treinta y seis leguas del mismo rumbo, y despues de algun contratiempo, el 10 se hallaban al S-O. entre los tres cabos que forman el Cabo Blanco en la latitud de 47°. Rebasado el del S. continuaron al S O.; al medio dia del 14 observaron la latitud de 49°, y á media tarde llegaron al través del puerto de San Julian.

Con malos tiempos anduvieron voltejeando los dias 15, 16 y 17; en la noche de este último tuvieron viento N-E. y al medio dia del 18 estaban sobre el abra del rio de Santa Cruz: observaron la latitud de 50° 10', y por la tarde entraron en aquel puerto, donde creyeron hallar las cuatro naves, pero lejos de esto, en una isla en medio del rio descubrió una cruz el piloto de la San Gabriel, y al pié de ella, en una olla enterrada, halló una carta que llevó al capitan general. Decia el escrito que los cuatro buques habian arribado allí ocho dias antes, y que aprovechando el tiempo bonancible, y atendiendo á la próxima conclusion del verano, en consejo de capitanes se habia acordado ir al estrecho, donde quince leguas adentro las hallarían en la parte N-E. al pié de la sierra mas alta.

Saliendo del puerto de Santa Cruz el 20 por la tarde, amanecieron el 23 cerca del rio de San Ildefonso, en latitud de 51° 27' y aquí hallaron el patache, que se habia retrasado para ir su capitan á poner la carta citada. Siguiendo juntos los tres buques hicieron rumbo al S-E. el 24, y á las diez de la mañana estaban en el Cabo de las Vírgenes. En el mismo dia hizo la casualidad que Urdaneta y sus cinco compañeros llegáran por tierra al sitio en que estaba la nao perdida.

Los de la Capitana, de la San Gabriel y del patache, vieron mucha gente que en tierra hacia señas: el general de la armada envió el galeon á enterarse de lo que era, y volvió conduciendo á los tesoreros de la Santi-Spíritus y la Parral, Hernando de Bustamante y Juan de Benavides, y al clérigo Juan de Areizaga, quienes le informaron circunstanciadamente de cuanto habia ocurrido desde la

separacion de la Capitana. No queriendo ya detenerse el comendador Loaisa se dirigió á embocar el estrecho, y el 25 tuvieron la fortuna de encontrarse en la bahía de la Victoria á la Anunciada, la Parral y San Lesmes, ancladas á dos leguas de la angostura, y cerca de ellas dieron fondo las demás. Hecho esto mandó el general á Martin Valencia que con sus amigos y criados pasase á la nao Anunciada, que don Rodrigo de Acuña volviese á la San Gabriel, y que Juan Sebastian de Elcano, con las tres naves Parral, San Lesmes, y el patache ó galeon, fuese al sitio de la nao perdida á recoger la gente y la ropa que se habia salvado. Partió pues el célebre compañero de Magallanes á cumplir su comision en 26 de enero, y tan pronto como llegó al sitio del naufragio empezó á cargar en las carabelas cuanto allí habia; mas apenas hubo acabado esta operacion cuando un furioso viento les obligó á salir de aquel parage, dejando metido en un arroyo el patache á causa de viento contrario, y al batel de la San Gabriel, que tenia para cargar las bombas de la Santi-Spiritus. La carabela Parral entró hácia el estrecho, y la San Lesmes corrió para afuera.

Por otra parte, en la bahía de la Victoria, á impulso de una tormenta en 8 dé febrero, garraron las tres naos, Capitana, Anunciada y San Gabriel: la primera con cinco anclas y otros tantos ayustes llegó hasta cerca de tierra, donde dió infinitas tocadas, hizo mucha agua, y siendo preciso echar al mar cuanto tenia arriba la cortaron las obras muertas, de modo que estando ya casi perdida la desamparó el capitan general y la demás gente saltando en tierra, escepto el maestre y los marineros. Cedió el viento, aunque poco, el dia 9, entonces sacaron la nao algo afuera, y el 10 pudieron ponerla en estado de reparar las averías que habia sufrido.

Tales eran las vicisitudes de la armada cuando la San Gabriel se hizo á la vela el 11 por la mañana, y saliéndose de la bahía de la Victoria y la angostura del estrecho, fué á surgir junto á la boca en la costa del N., y al punto despachó por tierra un mensagero á noticiar al general que allí habia un razonable puerto. En tanto la Anunciada se salia del estrecho, y la Parral, con Juan Sebastian de Elcano, cargada de la mercadería de la Santi-Spíritus, arribaba tambien adonde habia surgido la San Gabriel, junto á la cual dió fondo. Al siguiente dia llegó la Anunciada, pero no pudiendo tomar aquel surgidero, salió á la mar donde la vieron bordeando.

Teniendo otra vez á bordo al general y la gente que saltó en la costa, volvió á navegar la Capitana, y saliendo del estrecho al ponerse el sol del dia 12, fué á surgir en la costa del Sur á tres leguas de la San Gabriel, y así esta como la Parral levaron anclas y fueron á fondear cerca de la primera, con la cual se habia incorporado ya la carabela San Lesmes. Habia corrido esta por afuera con el temporal por la costa hácia el S. hasta 55° de latitud, y su capitan Francisco de Hoces declaró que le parecia que era allí acabamiento de tierra.

Cuidadosos estaban todos aquellos navegantes porque no parecia la Anun-

ciada, cuando á la nao Capitana se le rompió el ancla junto á la cruz, y andaba voltejeando con el trinquete; por lo cual y con motivo de lo maltratada que ya estaba, mediante acuerdo en consejo celebrado á bordo de la misma nao, salieron fuera del cabo de las Vírgenes para el rio de Santa Cruz, y á unas quince leguas de aquel cabo ordenó el general Loaisa que volviese el capitan de la San Gabriel al sitio en que su batel y el patache habian quedado en el arroyo, á recobrar el primero, y decir al capitan del segundo el puerto adonde iba la armada, para que cuanto antes fuese posible se dirigiese al mismo punto. Entraron en el rio de Santa Cruz las naves Victoria, Parral y San Lesmes, el dia 13 de febrero; pusieron en seco la primera, y hallando rotas tres brazas de quilla y todo el codaste, con suma dificultad, á fuerza de grandes penalidades, por tener que trabajar en el agua durante ocho mareas, que en aguas vivas crecían hasta cinco brazas, lograron repararla del mejor modo posible.

Agena de lo ocurrido á las naos la gente del patache que en el batel de la San Gabriel habia quedado, suponia que se hallaban en la bahía de la Victoria, y convino en que por tierra fuese en busca del general el clérigo Areizaga y tres compañeros mas. Emprendieron pues la marcha llevando víveres para cuatro dias, y transitando por ciénagas y lagunas de buen agua, al cabo de cuarenta leguas llegaron á la bahía, donde tuvieron el desconsuelo de no encontrar las naves. Regresando luego al sitio del patache ó galeon Santiago, vieron pertrechos de artillería, maderos y toneles que la Capitana habia alijado, é infiriendo lo acaecido continuaron su viaje al dia siguiente, sin tener mas alimento que el de la fruta silvestre, desconocida y desagradable, que encontraban á su paso. Tal era su triste situacion cuando descubrieron la San Gabriel que iba en busca de su batel y del patache; á cuyo capitan notició el de aquella nao el paradero de las otras, y le previno que aprovechando la primera oportunidad de buen tiempo fuese á recoger los pertrechos del alijo, y desde allí á unirse con el general al Puerto de Santa Cruz. Areizaga y dos compañeros suyos pasaron al patache, bien que en el estado de desnudez á que los patagones les habian reducido durante su penosa comision, y con el sentimiento de haber perdido en el viaje á Juan Perez de Higuerola, uno de los tres individuos con quienes marcharon para la bahía de la Victoria. Llegó el galeon Santiago al rio de Santa Cruz, donde entró en 1.° de marzo con los pertrechos recogidos, y aunque dió noticia de haber recobrado su batel la nao San Gabriel, nada se sabia del paradero de esta.

Diversion y provecho tuvieron nuestros espedicionarios durante su estancia en Santa Cruz, con la abundante caza y pesca que el rio y sus orillas les ofrecia con largueza; pues al mismo tiempo que las bajas mareas dejaban en seco multitud de peces, en una isleta contigua salian diariamente á tomar el sol lobos marinos, en cuya persecucion fueron treinta y seis hombres repartidos en seis cuadrillas, destinada cada una á matar uno de aquellos anfibios.

Desembarcaron al intento en una playa, y por todas partes hallaban tantas manadas de patos sin alas, que les interceptaban el paso. Llegaron no obstante adonde estaban los lobos; mas á pesar de ir prevenidos de ganchos para asirlos, y de garrotes, alabardas y lanzas, no pudieron matar mas de uno que estaba dormido muy apartado de los demas, y aun para esto les costó romper las armas y aparejos que llevaban. Abrieron el anfibio muerto, y halláronle en el buche una porcion de piedras lisas del tamaño de una mano y aun mayores: tenia en los cuartos delanteros tanta carne como un buey, y casi nada en los traseros: los cazadores comieron el hígado, y de resultas esperimentaron el singular y desagradable fenómeno de una erupcion cutánea, por lo cual desde la cabeza hasta los piés quedaron como desollados, mudando enteramente el cutis.

Sin noticia alguna de la Anunciada ni de la San Gabriel, tan pronto como estuvieron aparejadas no solamente la Victoria sino tambien las dos carabelas y el galeon, salieron todas del puerto de Santa Cruz el dia 29 de marzo, y navegando en demanda del estrecho, el 2 de abril amanecieron cerca del rio de San Ildefonso. Allí, á causa del mal tiempo, se separó de la Capitana el patache, entró en el rio, y en una isleta mató la gente á palos tal cantidad de aves, las cuales ni huían ni podian volar, que llenaron de ellas ocho cubas, poniéndolas en salmuera. Salió de aquel rio el galeon, y uniéndose á las otras naves, todas juntas entraron el 5 por el Cabo de las Vírgenes. Alto y tajado este, de cumbre llana como una mesa, á la mitad, entre él y la mar, hay una playa de arena que á dos leguas al S. O. forma una punta aguda como un cuchillo, hasta la cual, desde el cabo, encima de la misma playa y á una milla del mar, toda la costa es elevada y llana como la tierra del cabo. Pasada aquella punta, llamada de las Vírgenes, mas conocida en el mapa por *punta de Miera*, hay en la parte de S. O. una bahía del mismo nombre.

Embocaron las naves la primera angostura en 8 de abril, y al tercer dia, errando el canal, encallaron en un yerbazal, del cual salieron á flote, merced á la serenidad del mar, que entonces parecia un manso rio. Navegando con tiempos varios llegaron el 16 á la tercera boca del estrecho, y el 17 á las playas del puerto de la Sardina, el cual está reducido á una playa pequeña de arena, en costa desierta sin abrigo alguno. Pareció tan malo aquel parage para permanecer en él, que deseando hacer agua y leña, volvieron al angla de San Jorge, por donde habian pasado, en la cual se encuentra un rio de agua dulce; en frente de ella, en la costa de S., tres abras que indican otros tantos puertos, y cerca de la misma costa tres islas pequeñas. En aquella angla falleció el factor general Diego de Covarrubias. En dos canoas se dirigieron á las naves por la noche algunos patagones, gritando en su lengua al mismo tiempo que alzaban teas ardiendo, lo cual hizo creer que intentaban incendiar los buques de la armada; pero no pudiendo ser entendidos, y temiendo por otra parte á nuestra gente, se volvieron sin haberse atrevido á acercarse á la armada.

Partiendo esta de la angla de San Jorge el 25 de abril, el 6 de mayo entró en el hermoso puerto llamado San Juan de Ante Portam Latinam, y prosiguiendo la navegacion el 14, del 15 al 25 estuvo en el puerto que llamaban de Mayo, y que parece ser la Ensenada de Puchailgua, cerca de la punta de Echenique. Salieron de allí las naves con viento S. O. y el 26 por la mañana estaban en el Cabo Deseado, que se halla en altura de 52° 20′ S.

Segun el cálculo de aquellos navegantes, tiene el estrecho de Magallanes 110 leguas de largo desde el cabo de las Vírgenes hasta el Deseado, con tres ancones grandes y tres angosturas, siendo la tercera de estas la boca ó entrada de las montañas nevadas, que hasta desembocar en el estrecho continuan para Occidente por ambas costas, variando la anchura de una á siete leguas. En algunas partes, las sierras que le guarnecen descuellan á tanta altura que parecen llegar al cielo; los rayos del sol no penetran en aquellos profundos sitios, el frio por consecuencia es estremado, nieva casi de contínuo, y la nieve, sin deshacerse nunca, permanente y helada, adquiere el color azul subido, propio de los ventisqueros. Mas á pesar de aquel rigoroso clima que compite con el de la Siberia, se crian allí árboles de varias clases en abundancia, entre ellos el corpulento roble, particularmente en las laderas al Poniente y Mediodia, y aun estando verdes y frondosos, como lo estaban al pasar nuestros navegantes, ardían fácilmente poniéndolos al fuego; siendo mas de admirar que en el angla de San Jorge hallaron algunos con hojas muy semejantes á las del laurel, y cuya corteza tenia el sabor de la canela. A lo lejos, en una y otra costa del estrecho, columbraron muchas hogueras esparcidas, indicios ciertos de que ambas partes estaban pobladas de patagones; encontraron muchas pesquerías abundantes en merluzas y otros diversos peces, mas que todo en sardinas y anchoas, y hasta ostras y megillones grandes llenos de luciente y nacarado aljolfar; vieron monstruosas ballenas, atunes y tiburones, y advirtieron, en fin, que las mareas de uno y otro mar, el Atlántico y el Pacífico, subian cada una cincuenta piés ó mas, se juntaban en la medianía del estrecho, haciendo espantoso estruendo, y tanto en creciente como en menguante mediaba la diferencia de una hora, durante la cual en unas partes corrian y en otras no. La falta de tiempo, los peligros de que se veían amenazados, y la escasez de comestibles, impidieron á la espedicion del comendador Loaisa detenerse á reconocer, como era de desear, las varias gargantas que hallaron en el estrecho.

La magestad de los mares y el horror del desierto presentan al viajero y al observador naturalista las costas y las vastas soledades al S. de la Patagonia, donde se estiende un cúmulo de islas montañosas, frias y estériles; donde las llamas de muchos volcanes iluminan nieves eternas sin alcanzar á desleirlas. La mar penetra allí por canales innumerables; pero los pasos son tan estrechos, las corrientes tan violentas, los vientos tan impetuosos, que el navegante no se atreve á aventurarse en aquel laberinto de la desolacion; nada hay por otra parte que

le brinde para ello; lavas, granitos y basaltos arrojados en desórden, forman enormes acantilados y riberas escarpadas, suspensos encima de las mugientes olas. A veces una magnífica cascada interrumpe el silencio del desierto; focas de todas formas juguetean en las bahías ó descansan sus pesadas moles en las playas, mientras las bandadas de pájaros bobos y otras aves del Océano Antártico persiguen y devoran su presa. En medio de esto el navegante encuentra allí plantas antiescorbúticas, entre ellas el ápio y el berro.

La costa que limita al Nordeste la salida occidental del estrecho, en vez de formar parte del continente, constituye un archipiélago muy considerable. Mas al Norte está el de Toledo ó de la *Santísima Trinidad*, llamado tambien archipiélago de *La Madre de Dios*, de que es parte la gran isla de este nombre, y que separado del continente por el canal de la Concepcion, en su costa terminan de pronto los Andes, cuyas laderas se cubren allí de enormes ventisqueros. Todas aquellas islas se estienden á poca distancia de la costa occidental de la Patagonia, en la direccion del Sur al Norte, desde el Cabo de Santa Isabel hasta el golfo de Penas.





CAPITULO III.

Pasado el estrecho de Magallanes va Loaisa en demanda de las Molucas.—Dispersion de los tres buques que iban con la Capitana quedando esta sola.—Penuria y fallecimientos en la gente de aquella nao.—Muere el capitan general Loaisa; recae el mando en Elcano.—Fallece este, y eligen los espedicionarios por capitan á Toribio Alonso de Salazar.—Descubre una isla y la apellidan de *San Bartolomé.*—Avistan una de las de los Ladrones: encuentro de un gallego que allí habia: su historia.—Descripcion de aquella isla: costumbres de sus habitantes.—Adquisicion de esclavos por falta de gente en la nao.—Muerte del capitan Salazar y nombramiento de Martin Iñiguez de Carquizano.—Arribo á una isla: suceso que impidió hacer amistades con aquellos indios.—Fuga de los esclavos: noticias acerca de aquella tierra.—Prosigue la nao su viage: avista varias islas, y surge junto al pueblo de Zamafo: mensage secreto de españoles, enviado al sultan de Gilolo y al de Tidor, de quienes son bien recibidos y obsequiados haciendo pactos de amistad y alianza, y reconociéndose ambos vasallos del Emperador y Rey de España.—Embajada de ambos sultanes al capitan de la nao.—Continúa esta su navegacion, y llega en un buque portugués un enviado del gobernador de la fortaleza de Ternate, el cual intima al capitan Iñiguez que vaya allá la nao, amenazando echarla á pique si no obedece: firmeza de Iñiguez.—Sospechas de sedicion en la nao, y providencia del capitan.—Medidas preventivas de defensa contra los portugueses: aparece la armada de estos para apresar la nao, la cual les impone respetò: continúa su derrota, y surge en la parte N-E. de Tidor.—Pasa de allí á otro punto de la isla en 1.° de enero de 1527.—Entusiasmo de aquel sultan y su gente á favor de los españoles: fortificacion de aquel punto para resistir los ataques de los portugueses (1).

Con razon dijimos en otro lugar que la mayor parte de los antiguos circunnavegantes tuvieron ocasion de ejercitar su valor y su paciencia en el estrecho de Magallanes. Cuando este célebre marino salió del mar Atlántico al Pacífico, vió reducida su armada á tres de las cinco naves con que habia emprendido aquel desconocido cuanto peligroso paso. Menos feliz todavia en esta parte el comendador

(1) Autoridades: *Herrera*: *Oviedo*: *Espinosa*: *Fernandez de Navarrete.*

Loaisa, apesar de que otro le habia precedido en aquella arriesgada travesía, y de llevar como práctico en su espedicion al famoso navegante que en la del mismo descubridor fué compañero de éste, y que felizmente llevó á cabo la primera vuelta dada al rededor del mundo, las siete naves que componian su armada cuando salió de la Coruña, al desembocar el estrecho quedaban reducidas á cuatro; tales eran la nao Capitana, las carabelas Santa María del Parral y San Lesmes, y el patache ó galeon Santiago. De las tres naos que faltaban, como hemos visto en el capítulo precedente, la Santi-Spíritus habia naufragado, y de la Anunciada y San Gabriel se ignoraba el paradero.

Cuatro meses muy cumplidos invirtió el comendador en salvar la distancia que por aquel tormentoso, dilatadísimo y tortuoso canal, media desde el uno al otro Océano. En 26 de mayo de 1526, con viento al S-E., desde la cercanía del cabo Deseado se dirigió al N-N-O., empezando la azarosa carrera que, segun veremos, habia de ofrecer á la historia de los viajes marítimos una série de hechos y sucesos admirables, tan pronto heróicos y gloriosos como trágicos y lastimeros; acontecimientos dignos de la épica, á la cual presentan mas fecundo y dilatado campo que otros muchos que han dado ocasion á poemas harto celebrados; asuntos, en fin, que inflamáran grandemente la imaginacion y ensalzáran la fama de los Camoens, los Ercillas y los Cooper.

Seis dias de navegacion llevaban por el Pacífico las cuatro naves españolas, cuando en 1.° de julio, haciendo rumbo al O-N-O. y distando ciento cincuenta y siete leguas del cabo Deseado, se dispersaron las carabelas y el galeon para no volver á verlas nunca ya la Capitana. Solitaria prosiguió esta su viaje, atormentada de grandes mares, en tal manera que se abrió por muchas partes, y haciendo agua tanta que dos bombas no bastaban para achicar, con frecuencia estuvo á punto de anegarse. Agregándose al conflicto de nuestros navegantes la escasez de víveres, efecto de haber pasado á la misma nao no pocos individuos de la perdida Santi-Spíritus, cercenóse la racion no solo del marinero y el soldado, sino tambien de los demás viajeros, sin distincion de clases ni personas; y aquejados del trabajo y la escasez, la muerte, que ni aun al fuerte teme ni respeta, empezó á diezmar la débil gente de la Capitana, siendo del número de las víctimas Alonso de Tejada, contador de la nao, y Rodrigo Bermejo su piloto. Estas calamidades aumentaron la pesadumbre del comendador Loaisa por la separacion de las naves, que para él consideraba ya perdidas, y faltándole la resignacion desapareció de su mente la esperanza del buen éxito de su viaje, y el dia 10 cayó enfermo.

Tiempos bonancibles, en medio de la adversidad, permitieron navegar á la Capitana desde el 11, hallándose entonces en latitud de 35° y á distancia de trescientas ochenta y siete leguas del cabo Deseado, hasta cortar la equinocial el 26 con rumbo N-O. 1/4 O., por los 143° 50′ de longitud O. de Cádiz. Hallábanse al N-O. en latitud de 2° 28′ cuando amaneció el dia 30 para llenar

de luto á la gente de la malhadada Victoria, con el fallecimiento de su general, frey Garcia de Loaisa; desgracia precursora de otra semejante con que la fatalidad habia de afligirles dentro de breves dias. Precediendo á los funerales del desventurado comendador la apertura de la Real Cédula reservada, de que ya hicimos mencion, fué reconocido y jurado por capitan general Juan Sebastian de Elcano, que á la sazon se hallaba enfermo gravemente: proveyó este en un sobrino de Loaisa el empleo de contador general, vacante por muerte de Alonso de Tejada; en Martin Perez de Elcano la plaza de piloto; y en Fernando de Bustamante la de contador de la nao, por fallecimiento de Iñigo Cortés de Perea.

Navegaron al N-O. el dia 1.° de agosto, siguiendo esta direccion hasta el funesto dia 4, en que observaron la latitud 6° 35'. Al llegar aquí terminó la vida del ilustre navegante que digno compañero del inmortal Magallanes, compartiendo con este la gloria de su portentosa navegacion, fué el primer circunnavegante del mundo. Así la mar dió sepultura al grande hombre cuyas cenizas debieran reposar en un soberbio panteon que la patria reconocida le erigiera. La muerte del comendador Loaisa habia difundido luto en la nao Capitana: la de Juan Sebastian de Elcano, ocurrida siete dias despues, causó dolor y llanto. En el uno perdian aquellos desgraciados navegantes el general de la armada con que emprendieron su peligroso cuanto largo viaje: en el otro el esperto marino, el gran piloto elevado ya á la dignidad de almirante, en quien veían como depositados el destino y la salvacion de otra nao Victoria, en los mismos mares que surcó la primera, siguiendo igual derrota que aquella vencedora nao con que el gran marino vascongado alcanzó el esclarecido triunfo que asombrára al universo: faltábales el hombre cuya presencia les infundia aliento y confianza en medio de la inmensidad de un Océano para ellos tan desconocido como terrible, cuyos furores les parecian dominados y vencidos siempre por la ciencia náutica y la serenidad imperturbable del malogrado marino. A tanto como esto llega la ilusion, el prestigio y la esperanza que inspiran los altos hechos y la bien adquirida fama del héroe, á los hombres que le tienen por caudillo.

Al espirar Juan Sebastian de Elcano murió tambien el sobrino del general Loaisa; el mismo que ascendió á contador general el dia en que el ilustre vizcaino fué promovido al elevado cargo de Almirante, como si la muerte se propusiera hundir juntos en la eternidad, á los que juntos elevaba la fortuna en una misma hora.

El fatalismo que parecia pesar sobre aquellos intrépidos navegantes, hubiera desanimado á otros menos determinados y resueltos, haciéndoles temer justamente los gravísimos riesgos que presentaba aquella trabajosísima navegacion, y torciendo en fin su voluntad les hiciera volver las proas hácia la madre España. Mas eran hijos de una nacion entonces la mas belicosa y emprendedora del orbe; eran españoles de aquellos en quienes el valor, la constancia y el deseo de dar dias de gloria á la patria, es el distintivo de su genio y su carácter; mostráronse mag-

nánimos y serenos en medio de la adversidad, y atendiendo desde luego á proveer las vacantes con que la inexorable muerte marcó el 4 de agosto, hicieron capitan mayor á Toribio Alonso de Salazar (1), quien nombró contador general á Martin Iñiguez de Carquizano; en lugar de este por alguacil mayor á Gonzalo del Campo, y á Gutierre de Tunion para la plaza de tesorero de la nao, cuyo funcionario acababa de morir tambien.

Continuó la Victoria su rumbo del N-O. el dia 5, tan trabajada del mar, y con la gente tan mal alimentada y tan rendida, que diariamente tenia que lamentar la pérdida de algunos individuos; por lo cual se celebró consejo el 9, y se acordó que sin correr al N. mas de 12° escasos en que se hallaban, se enderrotase á las islas del Maluco. Este era su camino, cuando en la tarde del 21 descubrieron tierra por la parte del N.; acercáronse á ella el 22 por la mañana, hasta menos de una legua; vieron que era una isla, á la cual denominaron de San Bartolomé; sondaron sin hallar fondo, y cerca de su costa del Sur observaron la latitud N. 14° 2′. Dia y noche anduvieron sin poder tomarla á causa de haberles sotaventado la corriente, y por último acordaron seguir en demanda de las islas de los Ladrones y las Molucas. Columbraron una de aquellas en 4 de setiembre al amanecer, y era precisamente la isla de la parte del S. descubierta en el viaje de Magallanes; la misma que hoy se llama *Guam*, capital de las Marianas, y que entonces se llamaba *Botaha* (2). Amainaron para ir á ella, pero estando ya cerca escaseó el viento de modo que los echaba fuera el aguaje, obligándoles á bordear todo el dia y la noche. Asi volineaban el 5, sin poder tomar la isla, cuando tuvieron una aventura tan rara como inesperada.

Fué el caso que se les acercó una canoa con algunos hombres de aquella tierra, llamando su atencion la novedad singular de que uno de ellos les saludó de lejos al uso de España, lo cual no pudo menos de causarles maravilla; tanto mas, cuanto habiéndole invitado á pasar á bordo de la nao, requirió que para esto le diesen salvo-conducto ó seguro régio, á que accedió muy luego el capitan Alonso de Salazar. Al poner la planta en la Victoria el desconocido, declaró «ser gallego, y su nombre Gonzalo de Vigo; procedente de la nao Trinidad, capitana que fué de la armada de Magallanes; la cual habia quedado en Tidor,

(1) Toribio Alonso de Salazar iba de contador de la nao San Lesmes, pero en el estrecho de Magallanes pasó á la Capitana con el comandante Loaisa, porque este sospechó que intentaba alzarse con la nao para volverse á España.

(2) La isla *Guam*, llamada tambien Guaham, Guajam y San Juan, tiene veintiuna leguas de circuito, y encierra los montes Langayao, Ilikio y Tiukio, cuya altura es de cerca de 1,980 piés. Sus puertos son: *Oumata* ó *Umata*, *San Luis*, el de Agaña, metrópoli del archipiélago de las Marianas, y la estensa *bahía de Apra*, á donde van á fondear los buques mayores. Umata, que da su nombre á una bahía de 2,150 piés de profundidad, y cuya entrada está defendida de un lado por el fuerte del Angel, y de otro por el de Nuestra Señora de la Soledad, se compone de un corto número de casas y de una iglesia al pié de un monte. Agaña contiene unos 1,000 habitantes: Umata y *Merizo* 300. La poblacion de toda la isla es de 4,000 á 4,500 almas; número que no llega á la décima parte de lo que pudiera ser, si el suelo de ella estuviese convenientemente cultivado. Desde el año 1772, época en que empezó á estar bien gobernada, produce en abundancia mahiz, algodon, añil, cañas de azúcar y tambien cacao. Tal es aquella isla, segun los datos mas autorizados que tenemos á la vista.

mandada por Gomez de Espinosa, al tiempo que la otra nao Victoria volvia á España; y que cuando la misma Trinidad partiendo de las Molucas navegaba para la tierra del Divian (1), que está en la contra-costa de las indias de Castilla, tuvieron tiempos contrarios, se les murió mucha gente, y volviéndose hácia el Maluco aportaron á una isla, que era la mas inmediata al Norte de la que tenian á la vista; que á ella se fugaron él y otros dos compañeros, portugueses, por temor de morir (2), yéndose la nao sin ellos al Maluco; que estando en aquella isla dieron muerte los indios á sus dos compañeros, á causa de ciertas demasías que cometieron, y que á él le trajeron á la otra isla en que entonces se hallaba.» La relacion del trásfugo gallego bastó para que nuestros navegantes se interesáran por él vivamente, y su encuentro les fué de grande y conocida utilidad; porque en el largo transcurso de cuatro años de permanencia en dos de aquellas islas, no teniendo por último con quien hablar el idioma patrio, y forzado á comunicarse únicamente con aquellos indios, hubo de aprender y aprendió la lengua de ellos, llegando á poseerla enteramente. Así podia ser intérprete de los espedicionarios en muchos casos, y con mas lealtad y eficacia que un indio lenguaráz.

El mismo dia 5 de setiembre por la noche surgió la solitaria Capitana en una ensenada de 40 brazas, y sus navegantes tuvieron ocasion de adquirir algun conocimiento en lo posible de la isla, cuya altura vieron ser regular, de cumbre rasa y despoblada, porque sus naturales habitaban alrededor de ella, inmediatos á la mar. Eran aquellos indios, segun nuestros viajeros, de mala índole y buena presencia, de cabellos largos y barba cumplida: veneraban á sus muertos de modo que cuando enterraban un hombre distinguido, aguardaban á que el cadáver estuviese consumido para sacar los huesos y adorarlos. Cada pueblo tenia su reyezuelo; se hacian guerra de pueblo á pueblo; desconocian las herramientas de hierro y labraban la tierra y la madera con pedernal: sus armas eran la honda y palos tostados para endurecerlos, con agudas puntas

(1) Sin duda el declarante quiso decir Darien por Divian, pues no se conoce en la geografía punto alguno bajo este nombre.

(2) En la página 649 del tomo 1.º hemos referido la fuga de cuatro individuos de la nao Trinidad, á una de las islas de los Ladrones. Es indudable que uno de ellos era Gonzalo de Vigo, aunque este supone que eran tres los desertores. De aquí se infiere que el uno de ellos, ciertamente el que volvió á la nao á consecuencia del indulto publicado por Gomez de Espinosa, desertó separado de los otros, por lo cual no tendrian noticia de él ni Vigo ni sus dos compañeros. Esto es tanto mas probable, cuanto nuestro aventurero no hace mencion del indulto, porque este solo llegaría á noticia del desertor presentado, lo que no hubiera sucedido si los cuatro se halláran juntos. Por otra parte, refiriéndonos á un documento citado al pié de la espresada página 649, digimos que no constaba el motivo que condujo á la desercion á los cuatro individuos, bien que lo atribuíamos á las penalidades de la navegacion. Esto mismo es la causa que Vigo alega en su declaracion; pero no deja de llamar la atencion la singular circunstancia de que no declarase ó alegase lo mismo el desertor que se presentó á consecuencia del indulto; por todo lo cual hay razones para creer que acaso no fué uno mismo el motivo que á los cuatro individuos indujo á desertar, y acaso tampoco sea del todo veráz y exacta la declaracion de Gonzalo de Vigo. Notando que eran portugueses los dos que murieron á manos de los indios, hay fundamento para recelar que su fuga fué con intento de aprovechar la primera ocasion de pasarse á los de su nacion, cuando arribase ó se acercase á aquella isla alguna nave portuguesa.

y regatones hechos de canillas de sus enemigos, y huesos y espinas de pescados. Encontraron allí los de la nao muy buenas aguas, mucha variedad de frutas, gran cantidad de arroz, aceite de coco elaborado con el calor del sol, sal, mucha pesca, para la cual usaban los isleños anzuelos de palo y hueso, atados con cordeles que hacian de cortezas de árboles, y muchos palominos torcaces enjaulados para recreo únicamente, pues los indios no los comian: pero no se conocia en aquellas islas ninguna res, gallinas ni otros animales domésticos, reduciéndose los comestibles á los artículos espresados; de todos los cuales llevaban los mismos indios crecida cantidad, aun antes de surgir la nao en la isla, yendo á ella en muchas canoas. En cambio no querian mas que hierro, clavos, cosas con puntas del mismo metal, y conchas de tortuga para hacer peines y anzuelos (1).

Observaron los de la Victoria el dia 7 la latitud de 13° en la bahía en que se hallaban, y el 9, por disposicion del capitan Salazar, tomaron como esclavos, para dar á la bomba, once hombres de la isla, de los mismos que iban á vender sus cosas á bordo. A tanto como esto les obligó la necesidad, pues al mismo tiempo que la nao hacia mucha agua, tenia gran número de enfermos y poca gente para aquel contínuo y penoso trabajo. Partieron, en fin, para las Molucas antes de amanecer el dia 10, y siguiendo la implacable muerte el curso de la nao, parecia aguardar á que en ella se ensalzase alguno, para descargar en la cabeza mas erguida su tremendo é irreparable golpe: murió el 13 el capitan mayor Toribio Alonso de Salazar, y en su reemplazo fué elegido Martin Iñiguez de Carquizano, natural de Elgoibar, provincia de Guipúzcoa, que era contador general. Falleció tambien el maestre de la nao, Juan Belvar, y en su lugar nombraron á Iñigo de Lorriaga.

Consternada iba la gente de la Victoria con tantas, tan frecuentes y dolorosas pérdidas, cuando al salir el sol el dia 2 de octubre, vieron tierra al O. distante doce leguas, estando en latitud de 8° 55′, mas no pudieron acercarse á ella hasta el 6 á causa de las calmas. El 7 fueron con el batel á ver qué tierra era aquella, qué gente tenia, y si habia mejor surgidero. Halláronle mas adentro; entró la nao por la bahía hasta su fin, y á un cuarto de legua de distancia descubrieron varios rios donde hicieron buena aguada. En aquel fondeadero fué á visitarlos el régulo de un pueblo con su comitiva, y al mismo tiempo que hizo demostraciones de amistad, llevó á vender muchas gallinas que el capitan compró en trueque de abalorios. Así el régulo como algunos de su séquito, llevaban pendientes de oro, aunque de tan poco valor, que cada uno de ellos no llegára á dos ducados; daban cada par de pendientes por una sarta de cuentas de vidrio, pero el capitan de la nao prohibió que tal cambio se hi-

(1) Omitimos aquí la descripcion de las canoas de los indios de aquellas islas, pues la hemos hecho en la página 396 del tomo 1.° y en la 688, artículo de las MARIANAS.

ciera, á fin de que no pensáran que se tenia el oro en grande aprecio, por lo cual se fueron al momento.

Volvió el batel á tierra en la mañana del 9, yendo en él Gonzalo de Vigo que sabia la lengua malaya, y se entendia con la gente del pais; mas sucedió que al conferenciar, estando tratando de amistades con el régulo, y queriendo este darles provisiones, se acercó á él un hombre natural de Malaca, y creyendo que los españoles eran portugueses, le dijo que no les diese cosa alguna ni de ellos fuese amigo, pues conocia bien sus tratos, y quebrantándolos á lo mejor darían muerte á sus aliados. Oido esto huyeron todos sin que fuese posible hacerles escuchar razones, por lo cual regresó el batel á la nao sin conducir cosa alguna. A esta novedad se agregó otra tambien desagradable, y fué que antes de amanecer el dia 10, se fugaron los once esclavos comprados en la isla de los Ladrones, yéndose en la misma canoa con que los recibieron nuestros navegantes: estuvieron estos en aquel surgidero sin lograr provision alguna, ni amistades con la gente de la isla, hasta que ya desesperados de conseguir su intento se apoderaron de un indio y le llevaron á bordo.

Llamábase *Vendenao* aquella isla, conocida actualmente por *Mindanao*; cuyo puerto, en que la nave surgió, llamado entonces Bizaya, es el que hoy se denomina Banculin. Eran sus naturales cafres idólatras; sus ídolos de madera, pintados lo mejor que podian sus adoradores, quienes iban vestidos, á su modo, de telas de algodon y seda de la China; andaban todos armados de azagayas ó venablos, que no soltaban de la mano, y alfanges, quirrises ó puñales, y escudos ó paveses: gente, en fin, belicosa y tan traidora al mismo tiempo, que alevosamente se habia propuesto apoderarse del batel y de los españoles, lo cual hubiera conseguido á no mediar la contínua vigilancia de los espedicionarios, pues los pérfidos y atrevidos salvajes iban de noche y con frecuencia en sus ligerísimos barcos de remos, á cortar las amarras de la bien guardada nao.

Por señas, mas que por palabras, dió á entender el indio llevado á bordo, que en la parte O. de aquella misma isla habia mucho oro, el cual sacaban de las entrañas de la tierra, y que cernido se lo llevaban á la China dos juncos que de allí venian á comprarlo y traficar tambien en perlas. A pesar de tan halagüeño relato, capaz de escitar la sórdida codicia del hombre siempre ansioso de riquezas, levaron anclas los de la nao el dia 15, enderezando la proa hácia otra isla situada al N-O., la cual era *Zebú*; pero ya fuera de puntas, combatidos por contrarios vientos, hicieron rumbo recto, en demanda de las islas del Maluco; avistaron el 19 una al E-N-E., que el indio cautivo dijo llamarse *Sarragan*, y el 21 se dirigieron al N-N-E. para ir á fondear en la costa de otra que al S. 1|4 S. O. distaba 55 leguas de la isla de Ternate, que es la mas al N. de todas las Molucas. Surgieron el 22 en aquella isla, que se llamaba Talso ó Talao: en ella encontraron hombres afables, é hicieron amistad con su cacique, que era cafre como toda su gente, la cual no usaba mas ves-

tido que taparrabos de tosca tela de algodon. Habia en aquella tierra muchos pueblos, en cada uno su rey, y algunos de ellos estaban á la sazon desavenidos. Acudieron los salvajes á vender á los de la nao cerdos, cabras, gallinas, pescado, arroz, vino de palma y otros comestibles, que sirvieron de provechoso refrigerio á los compradores, quienes dieron al cacique una bandera que ostentaba el escudo real de España. Como muestra del aprecio que de este agasajo hacia, informó el reyezuelo á los castellanos, que al N-E. de la isla de Aso, la cual distaba tres leguas de la de Talao, habia otra abundante en oro, y algunas mas de las cuales la principal se llamaba Galium. Prestábanse los indios á ir á ellas con los castellanos; pero estos no se determinaron á meterse entre contiguas costas, teniendo en consideracion que la nao era grande y ademas hacia mucha agua. Al llegar al grupo de aquellas aisladas tierras que constituyen el archipiélago de las Celébes, proveyó Iñiguez de Carquizano los empleos de factor y contador general, el uno en Diego de Solier, y el otro en Francisco de Soto; y luego, atendiendo como capitan previsor y solícito á la seguridad y defensa, mandó reconocer y aparejar la nao, asentar convenientemente la artillería, y reparar y preparar las armas porque estaban ya cercanos á las islas del Maluco.

Refrigerada ya la gente salió la Capitana de la isla de Talao en la mañana del 27, haciendo rumbo al S. 1|4 S. E. en demanda de aquellas islas, suspirado objeto de la espedicion, y causa de penalidades y desgracias sin cuento. Dieron vista el 29 á la isla que se llamaba de *Batachina*, que la gente de la espedicion magallánica denominó *Gilolo*, pero estando ya á unas cuatro leguas de tierra calmó el viento; la calma detuvo la navegacion desde el dia 30 de octubre, y aun duraba el 2 de noviembre, de modo que parecia anclada la nave en el Océano, cuando fueron á bordo unos indios de la avistada isla, y dando pruebas de pacíficas intenciones, enteraron á nuestros navegantes del parage en que se hallaban y el medio de manejarse en él, indicando y añadiendo que al N. del cabo que tenian á la vista de la isla de Gilolo, estaba la que llamaban de *Rabo*, á distancia de tres leguas de la primera; y al E. de la segunda otra grande, titulada *Moro*, distante de ella media legua. Con tales noticias, y á favor del viento N. que empezó á soplar aquella noche, por entre las islas Gilolo y Rabo dirigió la nao el rumbo para el pueblo de Zamafo, situado en la antigua Batachina, á fin de adquirir allí noticias de lo que pasára en las Molucas, recelosos de que hubiese en ellas portugueses; mas como quiera que no sabian el punto fijo en que Zamafo estaba, por delante de él pasaron sin advertirlo. Tan pronto como lo hubieron conocido retrocedieron para aquel puerto, al cual llegaron y en él surgieron el dia 4, no sin correr peligros en su entrada, pues en ella encontraron un laberinto de diez ó doce isletas, hermoseadas por la frondosidad de sus bosques de erguidos y corpulentos árboles.

Eran los indios de aquel pueblo tributarios del rey de Tidor; conservaban grato recuerdo de la amistad y alianza de Almanzor con la gente de la armada de Magallanes, y al saber que eran castellanos los recien llegados en la nao Vic-

toria, acompañando á su gobernador llamado Bubacar, acudieron á recibir benévolos á sus huéspedes. Al tener estos tan inesperada satisfaccion, encontraron entre aquella gente un esclavo fugado de los portugueses, el cual hablaba el idioma de estos, y por él supieron que aquellos estaban en las Molucas; que habian levantado una fortaleza en la isla de Ternate, y que acababan de vencer al rey de Tidor, con quien tuvieron incesante guerra, sin mas motivo que el de haber cargado de especias en su isla las naos de Juan Sebastian de Elcano y Gonzalo Gomez de Espinosa. Estas noticias, y las protestas y seguridades con que aquellos indígenas dieron testimonio de que los sultanes de Gilolo y Tidor eran buenos y constantes amigos de los españoles, indujeron al capitan Martin Iñiguez á pedir en el mismo dia al gobernador de Zamafo un *parao*; navío muy sutil y velero, en que bogan los remeros sentados, en cuatro ó seis andanadas, segun la magnitud de la nave, unas con cuarenta, otras con cien palas por remos, siendo sus velas de estera fina de palma; y que llevando ademas de los remeros cincuenta ó sesenta combatientes encima de unos techados de caña hechos al intento, va artillado con bersos (1) y falconetes, no pudiendo resistir artillería de mayor calibre.

Al pedir aquella nave el capitan de la Victoria se propuso enviarla cautelosamente á los sultanes de Tidor y de Gilolo, y sin demora mandó el gobernador indio que la aprestáran. En ella se embarcaron aquel mismo dia por la tarde Andrés de Urdaneta y Alonso de los Rios, con cinco compañeros, llevando para aquellos monarcas las cartas del Emperador y Rey, que al intento estaban prevenidas, y haciéndoles saber ademas que el soberano de las Españas enviaba siete naves para las Molucas, de las cuales una habia llegado á Zamafo; que en pos de ella venian las demas, y que el capitan de la recien llegada estaba pronto con ella, su gente y artillería, para acudir en auxilio y defensa de ambos sultanes, á quienes consideraba leales amigos de los españoles, contra cualesquiera de sus enemigos, ora fuesen portugueses, ora naturales de las islas.

Arribó el parao á un puerto de Gilolo, distante treinta leguas de aquel en que la nao se hallaba, y entrando secretamente en la poblacion los mensageros españoles, desde allí noticiaron al monarca isleño su llegada, y pidiéndole y obteniendo permiso para ir á verle, al siguiente dia atravesaron por tierra la isla, desde la costa de Levante á la de Poniente. Al llegar á ella salió á recibirlos por mandato del rey, un sobrino de este, Quichil-Tidor, acompañado de distinguidos personages que habian ido en diez paraos armados. En estas naves fueron á la ciudad, donde se encontraba el monarca isleño, quien haciendo al verlos públicas demostraciones de alegría, é igualmente los cortesanos, y la gente del pais, convocó la de los pueblos comarcanos á fin de que presenciáran la embajada de los españoles, cuyo solemne recibimiento se hizo al dia siguiente.

(1) Especie de culebrinas de poco calibre, no usadas en el dia.

En aquel acto dirigió Alonso de los Rios una arenga al sultan, y siendo intérprete el gallego Gonzalo de Vigo, espuso el ya indicado objeto del mensage, añadiendo el propósito de contratar equitativamente con los molucanos las mercaderías que llevaban los españoles, y entregando como en prueba de recíproca amistad y apetecida alianza, las régias cartas y las singulares dádivas de que era portador. Redújose la contestacion del soberano de Gilolo á confesar que habia sido amigo de los portugueses, de quienes era á la sazon enemigo tan declarado, cuanto deseaba ser vasallo y servidor del poderoso monarca de Castilla. Al mismo tiempo dispuso que, como régio obsequio y dádiva, fuese remitido y entregado al capitan de la nao Victoria el mayor paraol (1) que tenia, para que de él hiciese una fusta, á cuyo efecto ofreció tambien toda la tabla y ligazon necesaria, nombrando y destinando, en fin, para dirigir la ejecucion un buen operario. Estendiéndose á mas el buen ánimo y la generosidad del nuevo aliado de la España, apenas indicaron nuestros mensageros su intencion de pasar á ver al sultan de Tidor, mandó aparejar al intento un navío pequeño, de remos, muy lijero; bien que acordando que solo fuesen Alonso de los Rios con dos compañeros, quedándose en Gilolo Urdaneta y los demas. La prevision, la grandeza de alma, la sinceridad y buena fé que resplandecían en aquel monarca mahometano, quien alejado del trato y comunicacion con la parte mas civilizada del mundo era tenido por inculto y bárbaro, pudiera haber servido de leccion sábia á ciertos príncipes de la culta Europa, de quienes la historia, lisonjera y parcial, mas veces que severa y justa, hace elogios indebidos. Aplicando la mano al pecho y revelando el labio los sentimientos de un noble corazon, el sultan de Gilolo manifestó á nuestros enviados, que oponiéndose á la marcha de algunos de ellos á Tidor, era su pensamiento que en el adverso y lamentable caso de que Alonso de los Rios y sus compañeros tuviesen un encuentro con portugueses, y á manos de estos pereciesen, quedáran al menos otros que volviendo á la nao de donde procedian, atestiguasen lo ocurrido y jamás pensára el Emperador ni los españoles, que los gilolanos les habian sido desleales ó traidores. Con los que iban en el navío envió, pues, dos personages de su corte á la isla de Tidor, que dista unas seis leguas de la ciudad de Gilolo. Hallaron al sultan ó rey de aquel estado retraido en la altura de un monte; mas al saber que eran españoles los recien llegados, aunque de menor edad todavía cuando ya ocupaba el trono por muerte de Almanzor su padre, así él como su comitiva y todos sus vasallos, manifestaron el mayor entusiasmo y alegría. Oida la embajada, prometió el jóven sultan dar á nuestra gente cuantos auxilios y socorros estuviesen en su mano: juró ser aliado constante y fiel de la España, y al despedir á sus huéspedes satisfechos y contentos, dispuso que les acompañasen dos caballeros suyos, encargados de cumplimentar

(1) Paraol y parao son sinónimos.

al capitan Martin Iñiguez, con lo cual regresaron Alonso de los Rios y sus compañeros adonde Urdaneta les aguardaba cuidadoso.

Nuevas ofertas y seguridades de fraternal amistad y alianza recibieron del sultan de Gilolo los mensageros españoles. Al partir estos de vuelta para Zamafo, dispuso aquel soberano que con tres navíos de remos fuesen tambien su sobrino Quichil-Tidor, y otros personages del pais, al mismo tiempo que con él quedaban tres castellanos con dos arcabuces grandes, preveyendo la contingencia de que fuesen los portugueses á cometer sus acostumbrados desafueros, en despique ó venganza de la buena acogida que allí acababan de tener los españoles.

Recíprocas fueron las demostraciones de agasajo y afecto con que Iñiguez recibió á los embajadores de Tidor y Gilolo, á quienes hizo algunas dádivas. Presentábase al capitan de la Victoria ocasion propicia de justificar la sinceridad de su alianza con los sultanes molucanos, haciendo en obsequio y defensa de ellos la posible ostentacion de sus fuerzas disponibles. Invadida á sangre y fuego por los portugueses la isla de Tidor, tan solo porque Elcano y Gomez Espinosa habian traficado allí en especería, llevaron su venganza hasta el estremo de arruinar la capital y quemar todos sus pueblos; de modo que por donde quiera que se tendia la vista, ofrecia aquel desventurado pais un espantoso cuadro de los estragos y horrores de una guerra que no habia provocado ni siquiera recelaba, por lo cual no estaba preparado á la defensa. Fundado era el temor de que al tener aquellos invasores noticia de la reciente embajada de los españoles á los dos monarcas, volviesen á cometer en una y otra isla sus actos de esterminio, desfogando así sus celos y su cólera vengativa. La mas débil, y por consecuencia la mas espuesta y fácil de invadir, era la isla de Tidor, y á ella debian acudir con preferencia á socorrerla sus nuevos aliados. Trató pues Martin Iñiguez de hacerse á la vela sin demora para el punto mas amenazado, y allá se dirigió en 18 de noviembre. A causa del mucho viento habia enderezado la proa á la parte S-E. de la isla de Rabo con intento de surgir en ella, cuando el 30, á los once dias de su salida de Zamafo, se acercó un paraol del cual pasó á bordo de la nao un portugués llamado Francisco de Castro. Era portador de una carta de Don García Henriquez, gobernador de la fortaleza de Ternate, y entregándola á Martin Iñiguez de parte y en nombre de su gefe, requirióle para que con la nao y la gente de ella fuese á la mencionada fortaleza, en cuyo caso les dispensára todo honor y cortesía, y de lo contrario echaría á pique la nave y sus navegantes, por cuanto las islas todas del Maluco y las comarcanas estaban por el rey de Portugal, segun decia.

Lo injusto de la demanda y la arrogancia con que la hacia el portugués, eran realmente precursores de un rompimiento, por cuanto la una no podia satisfacerse ni la otra tolerarse. Así es que el capitan de la nao, con la entereza y gravedad que la razon le dictaba, sin titubear respondió á la carta y al requerimiento, haciendo entender cuán torpemente se preciára de capitan español el

que con mengua de la magestad y el derecho del Emperador y de la España, fuera á someterse á la bandera portuguesa: que si el gobernador que le enviaba ocupaba una fortaleza en Ternate, el mismo Iñiguez iría con su nao y su gente á la isla de Tidor, que espontáneamente se habia declarado por el monarca de Castilla, á quien los portugueses mismos habian agraviado destruyendo pueblos amigos y protegidos suyos.

De notar es que la carta de Don García carecia de firma, y por tanto sin firmar daba Iñiguez la respuesta; visto lo cual por el mensagero portugués, se atrevió á decir al capitan: «Firmad, señor, que si el Señor Don García Henriquez no lo hizo en su carta, descuido fué en verdad con la priesa en despacharla.» — «No por priesa ni descuido omito yo tal requisito, contestó el pundonoroso y altivo castellano, y sí porque el mismo que os envía debió mirar cómo escribia á un capitan del Emperador, en cuyo nombre aseguro al portugués que mis obras corresponderán á las palabras:» y despidiéndose el enviado continuó la nao su rumbo hasta fondear en la parte S-E. de la isla de Rabo.

Tal era la situacion de nuestros viajeros, cuando un incidente imprevisto cuanto desagradable vino á complicarla y hacerla mas crítica y peligrosa todavía. Fué pública voz y fama que Francisco de Soto, contador general de la espedicion, queria alzarse con el mando de la nao, declarándose en abierta rebelion contra su legítimo capitan. El rigor oportuno de la ley es el remedio mas eficaz de males semejantes, sin el cual se agrava y cunde como el fuego que no se apaga en el momento. Contentóse no obstante Martin Iñiguez con privar de su empleo al acusado, nombrando en su lugar á Hernando de Bustamante, y contador de la nao, en reemplazo de este, á Andrés de Urdaneta.

Entrado ya diciembre, y permaneciendo la Victoria en el surgidero de la isla de Rabo, por dos veces fué á requerir al imperturbable capitan español, Hernando de Baldaya, factor de la fortaleza portuguesa, insistiendo en que á ella se dirigiese, ó se alejára del puesto en que se hallaba, sin tocar en ninguna de las islas del Maluco, ni tampoco en las de Banda, so pena de que enviára grande armada que á la fuerza se apoderase de la nao española y de su gente, y con esta la echára á pique. La firmeza con que fué desatendida la intimacion y despreciada la amenaza, no sin protestar acerca de las pérdidas, los daños y las muertes que cualquiera agresion ocasionase, obligó al enviado portugués á retirarse, sin dejar este de repetir sus imprudentes amenazas, en tanto que la nao se disponia para continuar su derrotero. Eran contrarios al buque español los vientos y las corrientes, por lo cual hubo de volver á Zamafo, donde Iñiguez tuvo noticia de que los portugueses iban con grande armada contra ellos. Oido á consecuencia el parecer unánime de su gente, se mantuvo en la firme resolucion de ir á las Molucas á todo trance, y haciéndose á la vela el 28 con viento favorable, singló para la isla de Tidor, con toda la artillería preparada y la gente muy armada y vigilante, dispuesta y pronta para entrar en el combate que aguardaba.

Iba la nao doblando el cabo de Gilolo con rumbo al S-O., cuando por detrás de aquellas islas asomó la armada portuguesa, que en acecho estaba para apresar á la Victoria; pero el grande porte de esta, su buena y bien dispuesta artillería, la determinacion de su gente, el viento recio, todo impuso respeto en tal manera á los contrarios que no osaron aproximarse ni aun á tiro de lombarda; y la nao, semejante á un soberano asiático que al transitar por delante de sus vasallos, sin acercarse ninguno á su persona, le acatan y saludan todos silenciosos, pasó magestuosamente por delante de las belicosas naves portuguesas, y las perdió pronto de vista. Mandada la armada enemiga por Manuel Falcon, componíase de dos carabelas, una fusta, un batel grande, y otros dos barcos artillados, y hasta ochenta paraos de los moros de Ternate, de Baquian, Maquian y Motir; con los cuales iban los sultanes de las dos primeras islas, no habiendo podido conseguir los portugueses que con ellos fuese el de Gilolo, quien les manifestó su firme decision de mantenerse fiel amigo y aliado de la España.

Al amanecer del 31 de diciembre se encontró la nao á la vista de las islas de Ternate y Tidor, que eran las que se hallaban mas al N.; surgieron por la noche en la parte N-E. de la segunda, y levando el ancla en 1.º de enero de 1527 se dirigieron al sitio en que estuvo la capital de la isla, hácia el E-S-E., en frente del cual dieron fondo. Apenas habian arribado, cuando fueron á bordo de la nao el sultan, llamado *Bajá-mirr*, el gobernador y sus caballeros, en quienes rebosaba el júbilo, celebrando la llegada de sus huéspedes, afanosos todos por contar los sucesos de la invasion de los portugueses, y mostrando con enojo las ruinas y las cenizas de sus pacíficos albergues, que parecian demandar la espiacion de tan bárbaro atentado. El monarca isleño y todos sus magnates renovaron segun su fórmula el juramento de mantenerse leales amigos de los españoles, dándoles todo el favor y auxilio que pudiesen contra sus enemigos, y haciendo, en fin, causa comun con sus aliados, quienes en justa reciprocidad juraron tambien lo mismo.

El fervor del entusiasmo no pudo alejar de la mente la idea del peligro; antes bien recordando los indios que inermes y descuidados facilitaron á los portugueses la invasion de la isla y la destruccion de sus humildes pueblos, atendieron desde luego á ponerse en estado conveniente de seguridad y defensa. Esta buena disposicion de los ánimos, y el riesgo que á los mismos espedicionarios amagaba, determinaron prontamente á Martin Iñiguez á levantar allí una fortaleza, ademas de otras medidas con que impusieran respeto á sus contrarios, y á la España afianzasen en lo posible la posesion de aquella preciosa tierra. Poniendo manos á la obra se empezó la construccion de tres baluartes, y el entusiasmo subió de punto. Desde el simple marinero hasta el distinguido capitan de la nao, desde el tierno párvulo hasta el caduco anciano de la isla, hombres y mugeres indios, todos se convirtieron en aplicados operarios. Acarreando tierra,

piedras y madera, bullía la afanada gente pareciendo en su contínua tarea una legion de castores obreros, al paso que se veía crecer y descollar como por encanto la fortaleza protectora. Desembarcando luego la mitad de la gente de la nao, parte de la artillería, todas las mercancías y cuanto habia á bordo, pusieron el buque á salvo de que la armada portuguesa le echase á pique, y tanto en él como en tierra se fortificaron cuanto fué posible.

Cuando la Victoria arribó á Tidor, estaba su gente reducida á ciento cinco individuos, habiendo fallecido cuarenta desde el estrecho de Magallanes hasta llegar á las Molucas.





CAPITULO IV.

Establecimiento de la factoría española en Tidor.—Cuarta intimacion de los portugueses á los españoles y firmeza de estos.—Combates en que son rechazados los portugueses.—Incursion y castigo en islas usurpadas por los portugueses.—Accion desgraciada para los españoles en 27 de marzo de 1527.—Repetidas intimaciones de los portugueses, exigiendo inútilmente que los españoles evacuen las islas de Tidor y otras.—Queda inutilizada la nao Victoria: construccion de naves.—Entrevista del portugués Falcon, gobernador de Ternate, con Martin Iñiguez, gefe de los españoles en Tidor, relativas á la paz, sin éxito alguno.—Desafío de Iñiguez al capitan portugués García, no aceptado por éste.—Proposiciones ilusorias de paz, por Meneses, nuevo gobernador de Ternate, á Martin Iñiguez.—Capcioso mensage de Meneses, y reclamaciones y protestas de Iñiguez, por los atentados cometidos por los portugueses.—Intentan estos envenenar á los españoles.—Rompen los portugueses las treguas ajustadas: arrojo de Urdaneta á pedirles satisfaccion: venganza del sultan de Gilolo contra los portugueses, por los escesos de estos.—Vuelven los portugueses á tratar do paces: da Iñiguez un convite á los enviados y estos le envenenan.—Acusacion contra Urdaneta, y vindicacion do éste: elocuente arenga de un embajador del sultan de Gilolo á Martin Iñiguez.—Muere este de resultas dol envenenamiento, y le sucede Hernando do la Torre.—Valiéndose de un falso desertor queman los portugueses una nao quo construian los españoles.—Desgracias de estos en un viaje á Zamafo.—Sublevacion de los indios de Tidor contra un favorito de la sultana, el cual muero á manos del pueblo.—Batalla naval y ataque contra un pueblo confederado do los portugueses.—Discordias y anarquía de los portugueses en Ternate.—Sumision del reyezuelo do Maquian al Emperador Cárlos V, y vengauza atroz de los portugueses contra aquellos isleños: represalias y catástrofes consiguientes.—Batalla naval: agresion de los portugueses en el pueblo de Zalo: despique de los españoles en Toloco: atacan y rinden el pueblo de Guara en Maquiam.—Parte para Malaca el portugués García que se habia alzado contra Meneses: auxilios que lo deja.—Toma de Tuluabe, en la isla de Ternate, por el sultan de Gilolo y los españoles.—Nao avistada, llamada *La Florida*: estratagemas y violencias inútiles de los portugueses para apresarla: surge en Tidor en 30 de marzo de 1528.

Apercibidos españoles y tidoranos para resistir toda agresion de los portugueses, guarnecidos los baluartes y provisto lo conveniente á la seguridad y custodia de la nao, el capitan de ella se mantuvo á bordo con la mitad de su gente; y habiendo depositado antes las mercancías en una casa de madera que

al intento mandó construir á sus espensas el soberano de aquella tierra, establecióse allí la factoría española, cuya guarda y administracion fué confiada al burgalés Diego Salinas. En tal estado se presentó á Iñiguez de Carquizano, en 2 de enero de 1527, el lusitano Francisco de Castro, aquel mismo que en 30 de noviembre de 1526 hizo la primera intimacion al leal capitan de la Victoria. Por cuarta vez tuvo la audacia de insistir en la demanda, y acompañado de tres compatriotas suyos, ante escribano que consigo llevaba, de parte del Rey de Portugal requirió al representante del de España que pasára á la fortaleza de Ternate, repitiendo, en fin, que aquellas islas eran del monarca portugués y no del de Castilla.

La noble altivez con que tambien por cuarta vez fué rechazada la porfía, parecia bastante para que no se renovára, cuando el dia 5 se vió comparecer á Hernando de Baldaya, el cual, como representante de su capitan García Henriquez, hizo de nuevo la exigencia; no ya limitada la amenaza á echar á pique la nao, sino añadiendo desesperado que estaba á punto de enviar grande armada, y que haciendo á todos prisioneros serían al momento esterminados: rasgo de vana presuncion y arrogancia, cuyo éxito fué semejante al que tuvieron las intimaciones anteriores. Mientras esto ocurría recibió Martin Iñiguez carta de un portugués amigo suyo, que acompañaba á Manuel Falcon, y en ella le decia se guardase de acceder á la exigencia, por cuanto era la intencion de los demandantes apoderarse de las personas de aquellos españoles, y á todos darles muerte, á fin de que ninguno pudiera dar razon de aquella tierra al Rey de España. Sucedió ademas que un negro cautivo de los portugueses, á quien estos daban mala vida, pasándose á los castellanos les dió aviso de que Falcon aparejaba diligente sus numerosas naves para ir sobre ellos; lo cual bastó para que el capitan de la Victoria se apresurase á pedir auxilio al monarca tidorano, quien solícito en socorrer á sus aliados á la par que interesado en su propia defensa y la de su pueblo, juntó y puso hasta cuatro mil de sus indios á disposicion del leal servidor de Cárlos V.

Muy alerta aguardaban españoles y auxiliares la ocasion del combate, mientras que á la media noche del 17 de enero, favorecidos por la oscuridad protectora del bandido y el pirata, fueron los portugueses á Tidor con una fusta, un batel y crecido número de paraos; con tal silencio y cautela que alterando apenas en torno de las surcantes quillas la superficie del tranquilo mar, parecian acariciarla los remos, cuyo manso ruido se confundia con el susurro de las aguas, mecidas y rizadas por la afable ventolina; pero al acercarse á la amenazada nao, cuando iban á abordarla ansiosos de echarla á pique y esterminar su gente, el silencio y la bonanza que reinaban hacen que llegue un rumor leve y confuso al oido del vigilante guarda de la Victoria, que, cual otro centinela del Capitolio al escalar sus muros los Galos, dá el grito de alarma y al momento la difunde asi en tierra como á bordo: truena al punto el cañon situado en una punta

contigua, y los agresores no atreviéndose ya al abordage, empiezan á disparar tambien su artillería á la par de toda la española. Desconfiando entonces de lograr su intento, se retiraron á un sitio no lejano á reparar sus averiados buques. En la refriega tuvieron los españoles un muerto y tres heridos: pereció tambien uno de los portugueses, y dos mas quedaron fuera de combate.

La luz crepuscular anunciaba la venida del dia 18 cuando la armada lusitana levó anclas, y renovando el ataque disparó su artillería, cuyas descargas repetidas hasta el mediodia acertaron dos gruesos tiros á la nao, bien que sin daño de su gente, que defendiéndose con admirable valor obligó á los enemigos á retirarse al punto de que partieron, donde se propusieron descansar y solazarse. Presumieron los españoles el descuido en que los portugueses estarian confiados en la superioridad de sus fuerzas, y destacando quince escopeteros y ballesteros al frente de crecido número de isleños, para caer de improviso sobre sus contrarios, descubriéronlos cuando estaban comiendo en cierto sitio que un barranco les separaba de los castellanos. A pesar de esto alcanzaron á dar muerte á dos de ellos y á otros tantos de los caballeros de Ternate, hiriendo además á varios, y luego regresaron ilesos, sin embargo del incesante fuego que les hacian las naves portuguesas. Semejante provocacion encendió en los sorprendidos la ira y el deseo de venganza. Estando el sol en su ocaso volvieron el mismo dia al combate, llevando en la proa de la fusta una bandera rasante con el agua, y en ella un rótulo que en gruesas letras decia: *A sangre y fuego.* De una y otra parte hizo simultáneamente la artillería sus disparos, y sin mas ventaja que en los ataques anteriores, la escena terminó retirándose otra vez los jactanciosos agresores al fondeadero que siempre les servia de descanso, para repetir su ataque al amanecer del 19. Dando entonces la tercera embestida con mas empeño que antes, acertaron tres tiros en la nao, haciéndola grandes averías; pero al cabo de seis horas de fuego reventóseles una pieza, y con esto y la suposicion de que la nao quedaba inhabilitada hicieron vela para Ternate, sin haber esperimentado daño los buques de la enemiga armada. Tal era el resultado de haber gastado los españoles doce quintales de pólvora como en salvas, á causa de estar la artillería mal sentada.

Apenas se habian alejado los portugueses de Tidor, cuando allí arribaron cinco paraoles de Gilolo con dos castellanos que en aquellos buques conducian víveres y gente. Con tan oportunos como inesperados socorros cobraron tanto aliento nuestros espedicionarios, que viendo salir el dia 20 de la isla de Motil, distante de la de Tidor tres leguas, dos paraoles con direccion á Ternate, para apresarlos despacharon los cinco recien llegados, llevando á bordo de cada uno dos ó tres escopeteros. A la caida de la tarde llegaron cerca de uno de aquellos á que daban caza, y empezaron á batirle. Iban en él un portugués y veinte y tres esclavos; levantaba el primero de ellos las manos al cielo en actitud de pedir misericordia á los españoles, pero en tanto que estos le hacian señas para

que á ellos fuese, los indios de Gilolo se arrojaron al mar con sus alfanges para abordar al paraol, y el suplicante portugués al verlos dentro se echó á nado con intento de acogerse á nuestra gente. Por su desgracia le embarazaban las armas que ceñía, y sumergiéndose tuvieron los españoles el pesar de no poder salvarle. Mientras esto sucedia pasaban trágicas escenas en la abordada nave. Ciegos de corage los bárbaros gilolanos en medio de su victoria, abusaron de ella dando muerte á veinte y un esclavos. Habia entre estos desdichados uno que era cristiano, criado del gobernador de Ternate, y poseido de furor al ver el cruento sacrificio de los suyos, echó mano á un puñal que llevaba, y despechado, semejante á un gladiador enfurecido, acometió y dió muerte á seis de los indios homicidas antes de espirar á manos de estos. En medio del horror de la matanza se interpusieron los castellanos á cuchilladas contra los de Gilolo, con lo cual pudieron salvar difícilmente dos míseros esclavos, y apresado el paraol se encontró en él ciento veinte quintales de clavo y dos versos. En tanto se largó salvándose de igual suerte la otra nave, de cuya caza desistieron sus perseguidores.

La noche amiga del reposo tendia ya su negro manto como si encubrir quisiera el horrendo espectáculo que ofrecia el abordado buque, cuando los indios de Gilolo volvieron alegres á la nao, ostentando como signo de su triunfo el sangriento trofeo de veinte y una cabezas en los palos del paraol que tripulaban, y prévio permiso que pidieron á Martin Iñiguez, fueron á presentarlas al sultan de su isla; quien dominado de las bárbaras costumbres de su tiempo y su pais, apreció el abominable tributo en mas que si fuera de crecida suma de oro. Al mismo tiempo le envió el capitan veinte de los mas esforzados castellanos, con alguna artillería de mayor y menor calibre, socorros que le habia pedido para defenderse de los portugueses, á quienes habia negado la entrega, como pretendian, de los españoles que en su córte habian quedado. Es de advertir que con los cinco paraoles que á Iñiguez remitió el soberano de Gilolo, fueron algunos operarios para construir una fusta, á cuyo efecto llevaron consigo el aparejo, la clavazon y otras cosas necesarias que supieron utilizar muy bien nuestros marinos.

Durante su estacion en Zamafo avistaron un dia los espedicionarios dos navíos que cruzaban en lontananza, y suponiendo ser de los que componian la armada, en seguimiento de ellos espidieron el batel, que no pudo alcanzarlos y se volvió, quedando Martin Iñiguez deseoso de satisfacer su justa curiosidad. Los acontecimientos que acabamos de referir, impidieron hacer consecutivamente las investigaciones que el capitan de la nao tanto anhelaba; mas apenas habian pasado acordó despachar al intento el único paraol que en Tidor habia entonces, mandado por Urdaneta, con algunos españoles, y cierto número de tidoranos, embarcándose además no pocos de estos en sus veloces cuanto frágiles canoas. Haciendo rumbo para la isla de Motil, ocupada por los portugueses, apresaron allí nuestros navegantes dos paraoles, incendiaron un pueblo, y qui-

tando la vida á no pocos de la gente que les hostilizaba, se retiraron sin lesion dando la vuelta para Tidor, de donde reforzados con dos paraoles que habia á la sazon en aquel puerto, otra vez hicieron vela en busca de los dos navíos, sin hallarlos ni tener de ellos noticia en mas de veinte dias de navegacion; por lo cual determinaron volver al punto de su partida.

Faltaron los víveres á nuestros investigadores en su viage de regreso, viéndose en el conflicto de no poder acercarse á pedirlos á ninguna de las tierras que avistaban, por hallarse todas ellas en poder de portugueses. Agregándose á la carestía el cansancio de la gente, determinó Urdaneta ir á demandar comestibles á una isla llamada *Guacea*, pero aquellos indios se negaron abiertamente á suministrar cosa alguna, ni á cambio ni por dinero. En tal apuro, dejando custodiados los paraoles, tuvo nuestro marino el arrojo de saltar en tierra con los tidoranos que llevaba, y apenas hubo ordenado su falange cuando los isleños la embistieron con mas valor y furia que concierto: asi es que hallando resistencia y serenidad en la subordinada columna, hubieron de contenerse y retirarse á sus moradas. Eran estas de estraordinaria altura, comparadas con las que hasta entonces habian visto nuestros viageros en las indianas islas, construidas sobre cuatro robustos postes de dos cuerpos, cuyos suelos eran de cañas, y de hojas de palma los techos, con escaleras levadizas, de modo que los indios estando arriba y levantándolas consideraban sus casas inespugnables. Fundados en esta mal entendida seguridad, y encaramados en aquellos deleznables edificios, al acercarse Urdaneta con su gente dispararon contra ellos una nube de flechas y pedradas que les hizo detener la marcha y meditar el plan de ataque. La superioridad del número de los contrarios y el amparo que aunque débiles les daban sus guaridas, hacia la pelea desigual con desventaja de los atrevidos invasores, siendo preciso recurrir á la maña ó al ardid mas que á la audacia. En este caso ocurriósele á Urdaneta el ingenioso medio de arrojar teas encendidas al techado de una de aquellas casas, y habiéndolo conseguido prendió el fuego y se propagó tan rápidamente, que ardiendo en media hora toda la poblacion presentaba la espantosa escena de una inmensa hoguera, cuyas voraces llamas mantenian ociosas las armas de los combatientes. En el inminente riesgo de perecer los desdichados indios sepultados entre las cenizas de sus míseros albergues, saltaban desde los techos, y huyendo del fuego daban en el acero de sus enemigos, en cuyas manos encontraban la muerte los débiles y ancianos, y la esclavitud aquellos que por su presencia y robustez daban á la codicia la esperanza de un rescate lucrativo. Del número de los cautivos cupo á Urdaneta el de veinte y cinco en el abominable reparto que se hizo; y volviendo á navegar los tres paraoles, fueron á otro pueblo llamado Gave, cuyos habitantes recibiéndoles benévolos, y dándoles bastimentos, compraron parte de los desventurados prisioneros.

Dejando á Gave Urdaneta y prosiguiendo su navegacion para Tidor, encon-

tró en alta mar ocho paraoles de portugueses. Los dos mayores acercándose á otros tantos de los españoles, trabaron combate y tenian á estos casi rendidos, cuando aquel en que Urdaneta iba delante revolvió sobre los que ya se consideraban victoriosos, y desbaratando de un tiro la proa de uno con muerte de algunos hombres, quedó tan malparado que se iba á pique. Acudieron otros á socorrerle, y aprovechando el capitan español esta ocasion consiguió recojer sus combatidas naves y salir á fuerza de remos del conflicto en que se veia; bien que con pérdida de la presa que les quedaba, compuesta de mas de cien esclavos, porque estos arrojándose al mar durante la pelea se acogieron á los paraoles portugueses, escepto algunos que se ahogaron. Murieron de los nuestros algunos indios quedando heridos los mas, entre estos el único español que á Urdaneta acompañaba; y sin otro resultado que el de causar sin provecho algun daño á los contrarios, arribaron por fin á Tidor los tres paraoles, cuyo regreso esperaba impaciente Martin Iñiguez.

Cerca de tres meses hacía que los castellanos se hallaban en aquella isla, sin haberles turbado en su pacífica posesion accidente alguno desde la retirada de sus contrarios, á consecuencia del combate del 19 de enero, cuando en 27 de marzo aparecieron enfrente de Tidor dos paraoles de guerra portugueses provocando á la pelea. Aceptando el desafío se embarcó en el paraol del sultan de la isla un hermano de este, llamado Quichil-Rade, hombre de fama entre su gente, por sagaz y valeroso en las lides, al cual acompañaron Urdaneta y ocho de los suyos, al mismo tiempo que en otros dos buques semejantes iban seis españoles mas y cierto número de indios, ganosos todos de embestir á los contrarios: pero al querer el capitan español abarloarse con los portugueses, en vez de esperar estos emprendieron la fuga, y aunque se les dió caza hasta mas de legua y media, no fué dable alcanzarlos. Al desistir ya de su empeño los perseguidores dispararon un cañonazo á los fugitivos; mas por desgracia habia inmediato á la pieza un barril de pólvora destapado, y volándose en el acto abrasó algunos españoles y quince indios, de los cuales seis murieron.

Para colmo de aquella desgracia era uno de los quemados el intrépido Urdaneta. Atormentado del fuego se echó al agua, pero cuando quiso volver al paraol nadando, no pudo ya alcanzarlo, porque los indios bogando huian afanosos, sin atender á las instancias y al empeño con que los españoles procuraban que se fuese á socorrer y salvar al desvalido. Hallándose por una feliz casualidad casi desnudo, pues solo tenia puestos unos calzoncillos, ágil y suelto se esforzaba nadando en vuelta de tierra, mientras los portugueses habiendo conocido por la esplosion del barril la reciente catástrofe, volvieron las proas contra el paraol, y columbrando al que luchaba con las olas se encaminaron hácia él, disparándole no pocos escopetazos, por su dicha sin acierto. En tan duro trance la gente de los paraoles de Gilolo, que aunque nada cercanos vieron aquella escena, acudieron á proteger á Urdaneta, interpusiéronse entre este y los portugueses, y peleando

valerosamente con ellos salvaron al esforzado nauta. Los contrarios se retiraron prontamente, y los de Gilolo volvieron á Tidor. Durante algunos dias estuvo en peligro la vida del valeroso Urdaneta, á causa del cansancio y de las muchas y graves llagas que le hizo el fuego.

Ocurrió á breves dias otro suceso que pudo entonces decidir la cuestion de permanencia de los españoles en la isla de Tidor, si en una ú otra de las partes contendientes hubiese habido superioridad en la ciencia náutica. Fué el caso que una armada del sultan de Gilolo, en que iban algunos españoles, se encontró con otra combinada del de Ternate y de los portugueses, componiéndose ambas de mas de cincuenta paraoles, todos bien armados. Apenas estuvieron próximas, cuando por el órgano de las roncas bocinas se hicieron á porfía recíprocos requerimientos, exigiendo respectivamente la evacuacion y entrega de las islas del Maluco, los unos á favor del Emperador, los otros al del Rey de Portugal, protestando y negándose alternativamente en su inútil cuanto impertinente diálogo el derecho á la pertenencia y posesion de aquellas tierras. Como en casos tales la fuerza y no la razon es la que dirime comunmente semejantes competencias, al eco de las bocinas que callaron sucedió el estruendo de las armas, y al cabo de seis horas de combate que parecia amenazar la completa destruccion de una ú otra armada, la portuguesa y gilolana se separaron, sin declararse por unos ni por otros la victoria, llevándose cada armada gran número de indios heridos, sin lesion alguna de castellanos y portugueses; singular casualidad que á los indios dejó atónitos, mirándolo como un prodigio.

Hemos dicho que esta funcion, ridícula mas que célebre, pudo resolver por de pronto la cuestion que tan mal se ventilaba, y lo digimos con tanto mas fundamento cuanto las reliquias de la verdadera armada nuestra estaban reducidas á la nao que fué su Capitana, y esta, hallándose descargada, puesta á la banda para que no zozobrase, y quebrantada ya por los tiros que recibió de las lombardas portuguesas, se abrió á impulsos de las descargas de su propia artillería y empezó á hacer agua; en tal manera que con sumo trabajo se conservaba á flote, sin hallarse en el puerto conveniente lugar para ponerla en seco, ni ser posible trasladarla donde le habia, á la otra parte de la isla, atendido el grave riesgo de que el enemigo la incendiára. En tal estado mandó Iñiguez de Carquizano que fuese reconocida por los carpinteros, calafates y marineros, y unánimes declararon que ni podia repararse ni estaba ya para navegar mas; antes bien parecia maravilla que hasta allí hubiese podido llevar la gente, porque tenia rotos los gelones y curbatones de resultas de las tocadas que habia dado en el estrecho. Oida esta declaracion, y viendo ser inútiles los esfuerzos de la gente que trabajaba con la bomba para desaguar la nao, hizo el capitan que en seco la varasen, junto á la fortaleza de que fué hasta entonces como un puesto avanzado. Así desapareció de los mares la única nave que simbolizaba, digámoslo así, la respetable armada española que en 24 de julio de 1525 salió del puerto de la Coruña en

demanda de las Molucas, y que á pesar del epíteto glorioso con que se distinguia, no pudo igualar en la dicha á la otra *Victoria* que dió la primera vuelta alrededor del globo.

Emprendió luego Martin Iñiguez la construccion de una nao, con la cual pudiese enviar al Emperador y Rey, por el cabo de Buena-Esperanza, la noticia de cuanto habia acaecido; mas por desgracia la mala calidad del aparejo impedia el adelanto de la obra. Triste era en verdad la situacion de los leales y valerosos españoles aislados en Tidor, sin marina propia, sin comunicacion con su gobierno, reducidos á un corto número, sin mas poder que el de sus escasas fuerzas; entregados en fin á la voluntad y buena fé de los indios que les rodeaban, sin mas seguridad ó garantías que la amistad y alianza prometida, en tanto que los portugueses aprestaban grandes fuerzas que amenazaban sojuzgar aquella isla y esterminar á sus heróicos defensores. Los tidoranos por su parte empezaron á construir navíos de remos para el combate, sin embargo de que aun tenian algunos con que los mismos españoles solian hostigar é imponer respeto á sus contrarios; y aquella disposicion de los ánimos, aquella firmeza de los aliados, sostenia el espíritu de nuestra gente, resuelta á perecer antes que ceder en la demanda.

Hallándose los españoles en situacion tan grave llegó á Tidor el portugués Manuel Falcon, acompañado de sus criados, en un buque de negros, y desembarcando, prévia licencia del capitan Iñiguez, é interrogado por éste, declaró que hacía la guerra por mandato de su gefe el gobernador de Ternate, en la persuasion de que la gente á quien hostilizaba no eran enviados por el Rey de España, y sí corsarios que iban á usurpar los dominios portugueses. Fácil es de comprender que esta esposicion era una superchería, por cuanto habian precedido á la contienda las intimaciones ya espresadas por medio de Francisco de Castro y del mismo Falcon, en diferentes ocasiones, á que fueron consiguientes los combates referidos, y en aquellos mismos parlamentos ó conferencias se espresó y dió á conocer Martin Iñiguez como legítimo representante del monarca castellano. Esto no obstante, el cortés cuanto leal español respondió al portugués asegurándole nuevamente que era vasallo del Rey de Castilla, que iba de capitan suyo á aquellas islas, y á enterarse del estado en que se hallaba la factoría que en ellas habian puesto los de la espedicion de Hernando Magallanes, por lo cual rogaba á los portugueses que no le hostilizasen. Prometió Falcon guardar paces con nuestros espedicionarios, en la conviccion de que eran súbditos del soberano de las Españas; y Martin Iñiguez, asegurándole que le tendria buena amistad, despidióle protestando que esperaría en Tidor, hasta recibir órdenes de su Rey; con lo cual se volvió á Ternate el portugués, llevándose consigo los dos castellanos Sotos y Palacios, que desertando de su bandera abrazaron la enemiga. Insubordinados, díscolos, de mala índole, perjudiciales mas que necesarios entre la gente nuestra, pudieran causar un dia graves daños, y por tanto su desercion fué aun mas satisfactoria que sentida. Adonde quiera que van los malos llevan á la sociedad un gran



perjuicio, que tan solo pudiera desearse al enemigo. La deslealtad de Sotos y Palacios era por consecuencia un presente muy nocivo para los mismos portugueses.

Entre García Henriquez y Martin Iñiguez habian mediado ciertos mensages con motivo de la carta que el primero escribió sin firma. Nació de aquí entre ambos personal resentimiento, llegando las réplicas y provocaciones hasta el grado de acusar el don García de impostor á Carquizano, suponiendo que en razon de pertenecer al Rey de Portugal las islas en cuestion, no era creible que el Emperador le enviase á gobernarlas, bajo cuyo concepto aquellos castellanos eran sin duda corsarios ó ladrones. Ofendido en tal manera el capitan español, motejó de villano al portugués; sostuvo que aquella conquista era de la corona de Castilla, á cuyo servicio habia ido con los hidalgos castellanos que tenia á sus órdenes, y apellidando usurpadores y tiranos á los portugueses, arrojó el guante diciendo en conclusion que de persona á persona, ó de tantos á tantos, sostendria y haria ver lo que asentaba. Impacientes aguardaban todos el resultado de este reto, mas al tiempo de aceptarle el provocativo Henriquez se interpusieron y lo impidieron sus mismos oficiales.

A pesar de esta discordia, que bastára para encender sangrienta guerra entre dos naciones que así se disputaban la posesion de las Molucas, se negociaban paces entre españoles y portugueses, cuando en mayo de 1527 arribó á Ternate, procedente de Malaca, con dos navíos, el lusitano don Jorge de Meneses; quien tan pronto como hubo tomado posesion de aquella fortaleza como gobernador de ella en reemplazo de don García, envió mensageros á Martin Iñiguez, para decirle «que estaba pesaroso de aquella guerra, y que le rogaba hiciesen treguas en tanto que se platicaba lo que habian de hacer en beneficio de las partes.» Si razonable era la proposicion, no menos en verdad la respuesta del cauteloso castellano, asegurando «que se holgaría de cualquiera concordia como fuese sin perjuicio del derecho del Emperador y de la corona de Castilla, cuyas eran aquellas islas: bien que las partes diesen cuenta á sus príncipes del estado en que se hallaban, para que ordenasen lo que hacer debian, y entretanto tuviesen paz.» La sagacidad y reserva de Iñiguez desconcertaba acaso las intenciones al parecer poco sanas de Meneses, y así es que no fué de su agrado aquel dictámen. Acordóse sin embargo un armisticio, y á consecuencia el capitan español envió á Urdaneta para que mostrase al gobernador de Ternate las credenciales con que la armada española habia salido para las Molucas; autorizacion régia que ciertamente no ignoraban los astutos portugueses, aunque á sus miras é interés convenia la incredulidad que aparentaban.

De la astucia, pues tal puede llamarse por lo visto el mensage de Meneses, volvió este á la porfía de su antecesor, despachando á breves dias sobre seguro al alcaide de la fortaleza de Ternate, acompañado de un escribano, á requerir á nuestra gente que evacuase sin demora las que él suponia ser tierras del Rey de Portugal, ó que se trasladase á su fortaleza desde luego, añadiendo que si

querian irse al punto les daria pasage. No era de esperar que los españoles optasen por ninguna de tales proposiciones; asi es que sosteniendo hallarse en uno de los dominios del Emperador y en su servicio, por lo cual solo en el caso de poner á su disposicion la fortaleza irían á ella, requirieron al gobernador portugués que les entregase la persona de don García Henriquez, por haber echado á pique una de las naos de la armada española, diciendo en conclusion, que las islas Molucas, las de Banda, y otras circunvecinas, estaban comprendidas en la demarcacion del Emperador, y que por tanto exigían su evacuacion por los súbditos portugueses.

Desengañado al fin Meneses de que ni por medio de repetidos cuanto impertinentes requerimientos y de insidiosos mensages, ni aun apelando á la fuerza, consiguiera el objeto que los suyos se proponían, atendida la firme resolucion de los españoles y lo bien quistos que se hallaban con aquellos isleños, recurrió al infame espediente de entrar en negociaciones secretas con los sultanes ó reyezuelos de Tidor y Gilolo, valiéndose de relaciones intermedias con los indios principales, y solicitando, en fin, que traidoramente asesináran á los mismos de quienes se habian declarado espontáneamente amigos y tributarios, reconociendo la soberanía del monarca de Castilla. Como en justa recompensa de alevosía tanta, prometióles el portugués, entre otras cosas, formidable artillería y dádivas sin tasa; pero aquellos indios, en cuya falta de ilustracion, cebando la codicia, creyó encontrar el don Jorge instrumentos para el crímen, dieron pruebas de almas nobles y elevadas al hombre que la tenia tan plebeya y baja, rechazando la punible pretension, y haciendo sabedores de ella á los mismos españoles. Frustrada la tentativa de asesinato por aquel medio, se le ocurrió á Meneses otro no menos infame, cual fué el del veneno, disponiendo que se echára en un pozo, cuya agua bebian los españoles en Tidor; pero un capellan de los mismos enemigos hizo de esto cargo de conciencia, y escribiendo al de nuestra gente le advirtió que en la primera ocasion que allí fuesen portugueses, se habia de efectuar el envenenamiento, con cuyo aviso fué cegado el pozo y el peligro se evitó. Noticioso en tanto Martin Iñiguez de ciertas desavenencias entre Alonso de los Rios y Martin García de Carquizano, quienes se hallaban en Gilolo, acordó que regresáran á Tidor, y en su reemplazo envió á Urdaneta, con especial encargo de que activase la construccion de la fusta.

Ajustadas treguas con los portugueses, se dió aviso al sultan de Gilolo, quien mandó pregonarlo por toda la isla, á fin de que sus vasallos pudieran volver á ejercer libremente su tráfico; pero aun no habian pasado quince dias cuando cayeron de improviso sobre unas cuantas canoas de Gilolo, dos paraoles y multitud de canoas de Ternate, en ocasion que aquellas indefensas navecillas estaban pescando sin el menor recelo, confiadas en las treguas publicadas; y apresando quince de ellas dieron muerte á cuantos indios contenian. Quisiera el monarca gilolano enviar fuerzas navales contra aquellos verdaderos piratas, tan pronto

como supo el atentado que justamente le colmó de pesadumbre y deseo de venganza; mas por desgracia á la sazon no le era dado. Sorprendido y admirado Urdaneta de un suceso tan inesperado como atroz, ostentando una bandera blanca en una canoa, se dirigió á los malhechores, pues tal nombre merecían, y preguntando desde lejos con el eco de la bocina si habia allí portugueses, y contestándole afirmativamente, pidióles seguro para hablarles. Ofreciéronselo aquellos desconocidos, pero al querer aproximarse se negaron á ir con él los indios de su canoa, alegando que aquellos hombres habian quebrantado la fé pública, y que por tanto nadie podia fiarse de ellos. En tal apuro no tuvo Urdaneta mas recurso que el de echarse á nado, y llegando hasta los portugueses manifestóles su estrañeza por el atentado que acababan de cometer, en medio de las treguas convenidas. «Ibamos por víveres, le contestaron, á un pueblo llamado Guamoconora, y los capitanes de los indios han apresado esas canoas sin contar con nosotros.» El capitan español, poco satisfecho de estas y otras contestaciones que mediaron, apuntó en una ancha hoja de palma los nombres de aquellos portugueses y de los capitanes de sus indios, y hecho esto volvióse á su canoa.

Por otra parte el señor de Gilolo, arrepentido de haber publicado las treguas fiado únicamente en la seguridad que le habia dado Martin Iñiguez, se propuso vengar el asesinato de sus indios. Mediante otro pregon divulgando aquella atrocidad, exhortó á su gente á la guerra, hizo aprestar sus naves en ocho dias, se embarcó haciendo vela con todas ellas, y acompañado de Urdaneta y los demás castellanos fué á esperar unos paraoles de portugueses, que cargados de vituallas habian de pasar, procedentes de Maro para Ternate. Por su desgracia cayeron doce de ellos en poder del agraviado gilolano, quien mandó en el acto cortar la cabeza á todos los que eran de Ternate, reduciendo á los demás al miserable estado de esclavos. Con esto, si no alcanzó la espiacion del crímen, satisfizo en parte la venganza, y con la presa regresó á Gilolo. ¡Lamentables efectos del espíritu de represalias en toda guerra, cualquiera que sea la causa que las promueva! Unos cometen los escesos y hacen los estragos; otros, comunmente los mas inocentes é indefensos, son las víctimas espiatorias, mientras quedan impunes los culpables, y la razon y la justicia desairadas.

Desentendiéndose los portugueses de que rompiendo ellos la tregua habian provocado la sangrienta escena que acababa de ocurrir, apenas llegó á su noticia dirigieron sentidas quejas á Martin Iñiguez, quien ignorando todavia los antecedentes, contestó jurando decapitar á Urdaneta si el suceso era tal como se le decia: mas en tanto que se proponia hacer las convenientes averiguaciones se presentaron en Tidor varios portugueses, uno de ellos Hernando de Baldaya, fingiendo querer ajustar paces con los españoles. Era el objeto tan plausible, que Iñiguez, ageno de todo recelo, dió á los enviados un convite y en él tuvo Hernando de Baldaya oportuna ocasion de envenenar con una taza de vino á su generoso huésped. El capitan español cayó gravemente enfermo y muy lue-

go se descubrió el crímen, no solo por revelacion de los mismos portugueses á los españoles, sino tambien mucho despues por confesion propia de Baldaya, hallándose en el artículo de la muerte (1).

No faltó quien á Urdaneta noticiase el juramento con que Iñiguez de Carquizano amenazaba su cabeza; por lo cual pasó inmediatamente á Tidor á justificarse, yendo en su compañía Quichiltildore en representacion del sultan de Gilolo, á dar tambien sus descargos. Hallábanse presentes algunos portugueses cuando el acusado dió cuenta de su conducta á Martin Iñiguez, y apenas hubo acabado su relato tomó la palabra el personage gilolano y dirigió al caudillo español este discurso: «Mira, señor, cuando los enemigos no tienen palabra, juramento ni vergüenza que los apremien á guardar lo que prometen, mas segura es con ellos la guerra que la paz, por muchas prendas que ofrezcan. Mi Rey, debajo de tu fé, hizo pregonar la paz que le ha muerto sus vasallos; y con mas justa causa se debería de quejar de tí que de los portugueses, y tú fuiste el primer ofendido en el rompimiento de la trégua, y lo que el Rey y Urdaneta han hecho, ha sido restituir la honra al Emperador y á tí, y no romper trégua, sino restaurar la ofensa que con tan poca vergüenza, en la barba del Rey y á su puerta, se atrevieron de hacer, sobre seguro, á tu nacion y á nosotros; lo cual no pudieran hacer sino con la confianza de tu trégua. El Rey te ruega que lo tengas por bien y hagas mercedes á los castellanos que con él estaban, y te avisa que te guardes de gente que tan mal guarda su palabra; y que por muchas tréguas que asientes, no se piensa mas confiar, si el Rey de Ternate no le envia vivos los capitanes que le mataron sus vasallos rompiendo la trégua; y aun tú, señor, será bien que por tu parte pidas enmienda, y las personas de los portugueses que en ello se hallaron, pues Urdaneta los habló y sabe sus nombres.»

Las esplicaciones del uno, y el franco y lógico razonamiento del otro pusieron la verdad tan en claro como deseaba Martin Iñiguez. Abrazando á entrambos y aprobando la conducta de Urdaneta, prometióles suplicar al Emperador que hiciese merced cumplida á sus servicios, al mismo tiempo que manifestó á Quichiltildore, cuán gratos le eran los consejos que en nombre de su señor le daba. Complacidos y satisfechos se restituyeron á Gilolo el capitan castellano y el embajador indio, para recibir allí á poco de su llegada una noticia infausta. Tal fué la sensible pérdida de Martin Iñiguez de Carquizano, quien de resultas del envenenamiento falleció en 17 de julio de 1527. Sucedióle en el mando, por eleccion á votos, su teniente Hernando de la Torre.

A la par de estos acontecimientos continuaban sin fruto las gestiones y los parlamentos para asentar paces, hasta que por último envió á Tidor don Jorge

(1) Atestiguan este hecho, Herrera, en la década 4.ª, lib. 1.°, cap. 4; y Oviedo, segunda parte, lib. 2.°, cap. 24, fol. 46 vuelto, y cap. 27, fól. 51.



Lit. de J.J. Martinez Madrid

[illegible]

Acogido con benevolencia por los españoles [illegible] un portugues que se finge castellano, incendia traidoramente de noche la nave que sus bienechores construian en aquel puerto

de Meneses un portugués que se fingió fugitivo y castellano, cuyo idioma hablaba bien. Dijo llamarse Francisco Perez, y supo desempeñar tan hábilmente su papel, que los españoles le recibieron y trataron cual podia desear y á su intento convenia. A los quince dias de su llegada se introdujeron otros de los suyos en Tidor, y entregándole con cautela suma una porcion de mistos incendiarios, concertaron en que ya de noche los echára en el navío que nuestra gente estaba construyendo, y verificado se encaminase á una punta de la costa, detrás de la cual estarian esperándole y saldria á recibirle una canoa.

Reinaban ya las tinieblas y el silencio cuando el Sinon portugués, cumpliendo el infame pacto con sus pérfidos compatriotas, puso fuego al navío, bien que inútilmente, porque no hallándose embreado apenas dió la llama pábulo á su voracidad, y el incendio fué apagado fácilmente; de modo que la maldad del incendiario sirvió tan solo para que los españoles estuviesen mas alerta, y convencidos de que su seguridad dependia de la guerra, y no del ocio de las armas, escuchando insidiosas proposiciones de paz. Nada por otra parte perdieran con la quema de la imperfecta nave, pues no llegó á votarse al agua á causa de que, desconociendo nuestra gente la calidad de las maderas del pais, resultó tan podrida la tablazon del costado, que el buque no podia flotar, malográndose por consecuencia el tiempo y las tareas que en la inútil obra se invirtieron. Tan sensible aun mas que esto, si cabe, fué la evasion del fingido Perez, por cuanto la espiacion de su delito en un patíbulo hubiera servido de escarmiento á perversos semejantes.

Sucedió en aquellos dias que regresando de Zamafo algunos paraoles enviados por Hernando de la Torre, con seis castellanos, á traer arroz y otros víveres á Tidor, se dispersaron por su mal, y poco precavidos dieron lugar á que saliesen contra ellos otros de Guamoconora, amigos de los portugueses, los cuales apresaron parte de las dispersas naves, en tanto que las demas huyendo se ponian en salvo; y dando muerte á varios individuos fueron del número de las víctimas los castellanos Montoya y Marquina.

Al mismo tiempo que los dignísimos españoles aislados en Tidor, arrostraban con heróica resolucion y firmeza su penosa y crítica situacion, en la córte del jóven monarca de aquel pais se veian los funestos efectos y los graves males que suelen llevar consigo las minoridades de los reyes en todos los Estados, cualquiera que sea el grado de su civilizacion y cultura. Era el caso que al morir Almanzor, aquel prudente y generoso monarca de grata y eterna memoria para los españoles, dejó entre los de su servidumbre un criado llamado Derrota, mancebo de bizarra presencia y galan, mas que despejado y bien nacido; el cual tuvo la suerte de llamar la atencion de la sultana viuda, quien ciegamente enamorada de él, liviana mas que prudente le hizo su privado, atendiendo desde entonces como torpe amante á sus placeres y á la fortuna del ensalzado siervo, mas bien que como madre al cuidado, los intereses y direccion del rey niño. Amargos fru-

tos dió á los tidoranos la desarreglada conducta de la augusta viuda, como sucede siempre en casos semejantes, pues censurada por todos tan pronto como la ceguedad de su pasion hizo fijar en ella la vista de aquellos á quien debia imponer respeto y dar ejemplo, de las murmuraciones en secreto se pasó al público desacato, introdújose la desavenencia entre los súbditos y el trono, los magnates se declararon contra la reina y él favorito, y por último se desentendieron de hacer cuanto convenia al servicio del monarca. Impulsados del público y general descontento, clamaron y protestaron que reconociendo la potestad suprema en tanto que residiera en legítimos descendientes y sucesores de monarcas, se declaraban contra un siervo indigno de sobreponerse y de mandar á cumplidos y elevados caballeros. Situacion tan violenta, complicada y peligrosa, naturalmente habia de comprometer tambien la seguridad, la causa y los intereses de los españoles, y consiguientemente la causa y el servicio de su monarca. Por dicha de unos y otros, no desconociendo los resentidos magnates la ruina á que tan fatal discordia les conducia esponiéndoles á caer y morir bajo el dominio portugués, poniéndose de acuerdo, en representacion de todos se presentaron un dia algunos de ellos al capitan Hernando de la Torre; y esponiéndole que aquella isla y sus habitantes habian sido y eran siempre leales servidores del Emperador y Rey, lealtad por la cual los portugueses indignados y celosos habian incendiado aquellos pueblos y talado sus campos, ya que el buen Almanzor habia muerto y su hijo y sucesor aun era niño, le pedian y requerian que, como gobernador de la fortaleza de Tidor y representante del Soberano de Castilla, les diese favor y ayuda, encargándose del gobierno de la isla y librándoles de la ominosa dominacion del bastardo favorito.

Roto el freno de la ley y la obediencia, se desmanda la ciega é inflexible muchedumbre, y como un torrente sin diques ejerce su poder, cometiendo horrores inauditos. Bastára esta idea para que el prudente sucesor de Martin Iñiguez se detuviese á meditar una propuesta que, por mas que halagase su vanidad y amor propio, aceptada y puesta en práctica pudiera provocar escándalos y anarquía sin provecho alguno, acaso en perjuicio del Rey de España y tambien del de Gilolo. Manifestó pues á los magnates indios los inconvenientes que se le ofrecian para adherirse á su pretension, aconsejándoles que consultáran bien lo que hacer debian; y juntándose cautelosamente acordaron y volvieron á decirle, que el sumo miedo que tenian á la sultana les arredraba en tal manera que nada harian, por lo cual le pedian que él mismo, valiéndose de los suyos, dispusiera la espulsion de Derrota. Rechazada con enojo esta súplica por la Torre, con la protesta de que no le era dado entremeterse en agenas querellas sin peligro de causar disensiones aun mas graves, rogáronle por último que les auxiliase con alguna gente para llevar á cabo su intento, y el caudillo español tuvo la condescendencia de facilitarles diez hombres bien armados y resueltos.

Iba ya á lucir el dia que habia de ser el último para el descuidado favorito, cuando éste, separándose de la régia estancia donde habia pasado la noche, se encaminaba á lavarse en la marina, segun tenia por costumbre. De improviso, espiado por sus implacables enemigos, al revolver de una calle le salieron al encuentro varios indios y cuatro castellanos: adelantándose uno de ellos le derribó de un empellon, mas apenas hubo caido en tierra, cuando se levantó con tal presteza y huyó tan velozmente, que no pudiéndole alcanzar los agresores se refugió en la morada de la viuda de Almanzor; á cuya entrada se detuvo de repente, con respeto inesperado, la multitud de indios que tras él se habian agolpado, esgrimiendo furiosos los alfanges y otras armas, y alzando enfurecidos espantosa gritería. Creció por instantes el tumulto, é invadiendo los sediciosos el recinto que tuvieron un momento por sagrado, se apoderaron de la víctima, y saciando en ella su furor la dieron cruel muerte. Enmedio de la confusion y el desórden que reinaba en el invadido alcázar del monarca de Tidor, oíanse los estremados lamentos de la inconsolable sultana, que no siendo en verdad una Artemisa, por la muerte del favorito espresaba el dolor y derramaba el llanto que sin duda habia escaseado cuando la pérdida del esposo. Muerto Derrota, tomó por la mano al Rey ó sultan el caudillo de los españoles, y le puso bajo la custodia de Quichil-Rade, á quien confió el gobierno del Estado durante la menor edad del monarca. Con esto los magnates y todos los isleños se sosegaron quedando satisfechos, y luego renovaron su promesa de ser leales servidores, asi del Emperador como del reyezuelo de la isla.

Ardides y pasatiempo, en vez de verdaderas intenciones de paz, eran ciertamente los mensages y conferencias con que los portugueses entretenian á nuestra gente, y así es que no cesaban sus agresiones por mar, ya que no podian por tierra, con lo cual habian encendido la guerra mas y mas, lejos de apagarla. Sucedió pues que á principios de noviembre del año que corría, 1527, salió de Gilolo una armada española compuesta de diez y nueve paraoles, siendo su intento sorprender y apresar otra procedente de Ternate, en que iba gran número de portugueses, todos gente de guerra. Validos estos de los espías tuvieron noticia muy anticipada del armamento que contra ellos se disponía, y saliendo con mas de treinta paraoles al encuentro de los diez y nueve, á tres leguas de Gilolo se trabó un combate que duró siete horas, desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Muertos en la lucha algunos indios de una y otra parte, y quedando heridos varios portugueses y españoles, terminó la funcion separándose los combatientes, bien que victorioso el pabellon de Castilla, á causa de que nuestra gente cogió los calabais de sus contrarios (1). Al cabo de algu-

(1) *Calabais*, armas indianas, compuestas de unas cañas largas como dardos, con puntas de palo tostado y muchas puas. Arrojábanlas los indios con zurriagas, con tal destreza y tantas á la vez que parecian espesa lluvia, pues habia paraol que llevaba cincuenta ó mas de aquellos hábiles tiradores, y cada uno mas de cien calabais. Gran parte de estos caian al agua cuando unos y otros los disparaban, y el combatiente que conseguia recogerlos despues de la pelea era aclamado como victorioso, ó dueño del mar de batalla.

nos dias intentaron los gilolanos, mandados por Urdaneta, la toma de un pueblo llamado Dondera, confederado con portugueses, cinco leguas distante de Gilolo. Defendiéndose aquellos habitantes dieron muerte á varios de sus contrarios; y Urdaneta, herido en una pierna, juzgó prudente retirarse, como lo hizo, sin haber sacado fruto alguno de aquella malhadada espedicion.

Durante estos sucesos pasaban otros mas sérios y de mas graves consecuencias en Ternate. Merced á una implacable discordia encendida allí entre los portugueses, don García Henriquez se alzó con la fortaleza, prendió al gobernador don Jorge de Meneses y le encadenó. Para cohonestar su rebelion alegó como razon bastante lo que solo era una superchería, por cuanto al mismo tiempo que era pública la perseverancia y mala fé con que siempre hostilizó á los españoles, protestó que el Rey de Portugal no habia nombrado y enviado en reemplazo suyo á Meneses para que hiciese la guerra á los súbditos de Cárlos V, y que por tanto, incurriendo en abierta desobediencia al monarca portugués, como traicion debian considerarse las agresiones contra españoles. No se ocultó á la penetracion de los partidarios de don Jorge que la conducta del sedicioso don García era efecto no solo de ambicion sino tambien del deseo de venganza, porque el mismo Meneses le prendió y le encadenó igualmente, y aun estuvo á punto de darle muerte, al tiempo de reemplazarle. Amotinándose, pues, se retiraron al monte, y de allí enviaron el alcaide de la fortaleza, que con ellos se encontraba, á pedir seguro á Hernando de la Torre, para que los acogiese y amparase, prometiéndole que en tanto que su gefe Meneses permaneciese encarcelado, ó que el Rey de Portugal nombrase otro en su reemplazo, estarían al servicio del Emperador y á sus enemigos harían guerra. Otorgóles el capitan español lo que pedian, bajo condicion de entregarle no solamente las armas, sino tambien las haciendas, y en rehenes los primogénitos de algunos principales, jurando en fin no hostilizar á los españoles, ni causar el mas leve perjuicio al Emperador, mientras permaneciesen en cualquiera punto de las Molucas: pero en tanto que se andaba en esta negociacion, para la cual hubo de consultar el enviado con sus compañeros, se avinieron Meneses y García, quedando el primero en libertad el dia 29 de diciembre; y retirándose el segundo á un puerto tres leguas distante de la fortaleza, se llevó consigo artillería, municiones, naves y todo cuanto pudo.

Con la reposicion de Meneses en el gobierno de Ternate retrocedieron las cosas en aquel punto al estado en que se hallaban al tiempo de su prision, y por consecuencia cesaron las negociaciones entre la Torre y los portugueses fugitivos en el monte, quienes muy luego volvieron á su bandera; mas por otra parte ocurrió un suceso que tuvo para los españoles en Tidor sus alternativas de favorable y adverso. El régulo de la isla de Máquian, llamado Quichilhumar, se presentó á nuestro capitan en Tidor, declarando que él y la mayor parte de la gente de la isla, separándose de la alianza con los portugueses, deseaban se les tuviese

por vasallos del Emperador; y entregándole como en ofrenda una juanga, nave mejor que ningun paraol, pidióle en fin seis de nuestros guerreros para defender y amparar su Estado en nombre del Soberano de las Españas. Accediendo Hernando de la Torre á la demanda del reyezuelo de Maquian, ademas de la gente armada le dió un arcabuz para su propia defensa, y al mismo tiempo que aceptó la juanga, con ella hizo un obsequio al monarca tidorano.

La espontánea sumision del de Maquian al Rey de España, habia de escitar forzosamente los celos y la cólera de los portugueses; tanto mas cuanto podian mirarla como una deslealtad ó desercion, puesto que de su parte estaban aquel reyezuelo y sus isleños. Resueltos á vengar lo que juzgaban ofensa por un lado, y por otro ventaja á favor de sus contrarios, al cabo de algunos dias de aquel suceso, hizo vela para la isla de Maquian don García Henriquez, con una carabela, una fusta, un batel y mas de veinte paraoles de los de Ternate, llevando sesenta portugueses, gente bien armada y escogida, siendo su objeto invadir á todo trance el pueblo en que estaban los seis castellanos auxiliares del Rey. Dos dias con sus noches duró el combate, y terminando con la toma del malhadado lugar por los enemigos, quedó muerto el castellano Martin Somorrostro, y prisionero otro llamado Pablo Marinero. Los demas, con grave riesgo, se salvaron acogiéndose á la sierra con Quichilhumar, y desde allí tuvieron la fortuna de poder irse á Tidor. Entrando los invasores á sangre y fuego, degollaron mucha gente de Maquian, y saquearon la poblacion, mas no pudieron recobrar quinientos quintales de clavo que allí tenian almacenados, porque los castellanos al retirarse los redujeron á cenizas.

El siglo XVI presentó en aquella ocasion un raro ejemplo de amor patrio, mas bárbaro que sublime, bien que parecido á los mas célebres que en los antiguos tiempos marcaron el carácter altivo, el indomable genio y el espíritu de independencia de los españoles bajo la dominacion de los cartagineses y romanos. Entre los cántabros se vió una madre dar muerte á su hijo antes que dejarle caer en manos del enemigo, y á un hijo, por mandato de quien el sér le dió, coger una espada y á sus padres encadenados darles con la muerte la libertad. Aun espirando en la cruz los prisioneros españoles entonaban himnos marciales y desafiaban á sus verdugos. Pero cuando el transcurso de dos edades del mundo parecia condenar al olvido aquellos hechos, cuya realidad se ha puesto en duda aunque la Historia los afirma, en la isla de Maquian un indio jabo, viendo ya su pueblo tomado por los portugueses, dió muerte á su muger y tres hijos que tenia, volvió á donde estaban los enemigos, abrazóse con el primero que encontró, le traspasó el corazon con un puñal que llevaba, y él acabó tambien sus dias allí mismo, muriendo á manos de otros muchos á quienes impávido hacía frente.

Sucesos tales nos comprueban lo que es el hombre de la naturaleza. Cuanto mas atrasados los pueblos en cultura y civilizacion, tanto mas amantes son de su independencia, y tanto mas decididos y fanáticos por sostenerla. Numancia y

Sagunto prefirieron convertirse en cenizas, pereciendo sus habitantes en las llamas, antes que rendirse la una á Cartago y la otra á Roma. Al cabo de veinte siglos Zaragoza y Gerona, muy dignas de eterna fama, dieron al mundo entero asombrosos ejemplos de valor y amor patrio, desafiando al colosal poder de Napoleon, contra el cual se sostuvieron heróicamente; hasta que sus defensores, víctimas del hambre y de la peste, no pudiendo ya resistir al enemigo, tan valientes y patriotas como saguntinos y numantinos, pero mas racionales é ilustrados, sin convertir en hoguera sus ciudades, en vez de perecer todos, capitularon tan honrosamente que reservándose íntegra la gloria sin dejar ninguna al vencedor, se adquirieron mayor, mas justa y eterna celebridad que los héroes de Sagunto y de Numancia.

Concluida por nuestra gente la fusta que en Gilolo construía, la cual era de 17 bancos, lleváronla á Tidor á mediados de 1528, y fué nombrado capitan de ella Alonso de los Rios, al mismo tiempo que tesorero de la marina el benemérito Urdaneta. Con aquella nave y otras tripuladas por los indios, hicieron una espedicion los españoles, saliendo en 24 del referido mes á tomar ciertos pueblos confederados con Ternate. En su travesía encontraron un paraol grande, con rumbo hácia Maquian, mas apenas avistó nuestras naves volvió la proa huyendo para Motil, otra de las islas dominadas por los portugueses, de los cuales iban algunos á bordo del mismo buque. Dábanle caza los nuestros tan de cerca, que los portugueses viéndose perdidos le encallaron, y desembarcando un verso que llevaban le condujeron hasta la entrada de un lugar inmediato, en la costa, donde tenian un baluarte, y desde él se defendian valerosos. Viéronse no obstante forzados á la fuga, retrayéndose á la montaña, y nuestra gente apresando el paraol y el verso se volvieron á Tidor.

Aun no habia transcurrido un mes desde este acontecimiento cuando Quichil-Rade, en union con unos castellanos, fué á Gilolo con una armada de trece paraoles, la cual habia de incorporarse á otra de aquel sultan y caer sobre la de Ternate, que estaba bloqueando un pueblo llamado Zalo, amigo declarado de los españoles. Encontrándose con la enemiga la armada combinada, pelearon ambas tan valerosamente que de una y otra parte hubo gran número de indios muertos y heridos, uno de estos Quichil-Rade, gravemente; lo fueron tambien algunos castellanos y portugueses, quedando muerto ademas un portugués; y ciertamente hubieran sido muchas mas las desgracias, á no haber consumido las municiones unos y otros, por lo cual se retiraron: y aunque ni españoles ni portugueses pudieron pregonar victoria, aquella jornada fué para los molucanos de luto y llanto como la de Cannas para los romanos, comparativamente, á causa de haberse encontrado en ella todos aquellos indios capaces de empuñar y hacer buen uso de las armas. No se redujeron á esto los funestos resultados de tan inútil combate, pues tan pronto como los portugueses tuvieron noticia de que separadas ya las dos armadas de Gilolo y Tidor habian vuelto cada una á sus

puertos respectivos, con una galera y una fusta fueron contra el comprometido pueblo de Zalo, pasaron á cuchillo muchos de sus desvalidos habitantes y le incendiaron. Veíanse las llamas desde Tidor, pareciendo hacer un cargo á los castellanos, quienes ansiosos de represalias, que rara vez ó nunca resarcen ó satisfacen al que en la guerra queda arruinado, con su fusta y algunos paraoles hicieron vela para la isla de Ternate, quemaron el pueblo de Toloco, uno de los mas fuertes de la isla, y en él hicieron iguales estragos que sus enemigos en el de Zalo. La osadía y el arrojo con que los españoles dieron el asalto, impuso temor y respeto á los portugueses y sus confederados, siendo esta la única ventaja que nuestra gente sacó de aquella hazaña.

Aprovechándose los españoles de la impresion que en el ánimo de sus contrarios acababan de hacer con su reciente empresa, fueron treinta de ellos á Maquian, en 10 de marzo, resueltos á tomar un pueblo de consideracion llamado Guaza, coligado con Ternate; pero sus habitantes se defendieron de tal suerte que los agresores hubieron de emplear todas sus fuerzas para rendirlo, bajo condicion de que no les hiciesen ya daño alguno, y que mediante este pacto estarían al servicio del Emperador; todo lo cual se estipuló y cumplió religiosamente, bien que añadiendo los vencidos la entrega de una parte de su hacienda. A los cinco dias de este suceso se retiró el portugués don García del punto que como absoluto ocupaba, y yéndose para Malaca con todos sus navíos, cargados de unos 23,000 quintales de clavo, mercancía suya y de sus compañeros de espedicion, dejó á Meneses una galera denominada la Real, una fusta, un batel, y cerca de ochenta hombres, respetable artillería, y muchos indios escogidos, acaudillados por el mejor capitan molucano: tal era Quichil de Roes, hombre de esforzado corazon y despejada mente, con quien los portugueses hacian á sus contrarios mas guerra que con su gente propia, y en quien para mayor valía concurrían las distinguidas cualidades de ser hermano del reyezuelo de Ternate, y gobernador de aquesta isla.

Con fuerzas y recursos tan superiores á los de nuestros espedicionarios contaba don Jorge de Meneses, cuando en el mismo mes de marzo de 1528 pidió el sultan de Gilolo socorro de gente á Hernando de la Torre, para reducir á su obediencia uno de sus pueblos llamado Tuluabe, que distaba tres leguas de su córte, y que declarado por los portugueses le hostilizaba talando el territorio comarcano. La buena amistad y alianza del monarca demandante requerían que al momento fuese socorrido, y así es que el capitan español, de acuerdo con el indio regente del Estado de Tidor, dispuso el armamento de diez paraoles, y con ellos, ademas de ochocientos tidoranos, envió treinta españoles, escopeteros y ballesteros, seis versos y dos arcabuces. A su arribo á Gilolo, en cuyo puerto salió á recibirlos en una canoa el soberano de la isla, supieron que en el pueblo disidente de Tuluabe se hallaba Quichil de Roes, con trece paraoles, por lo cual, sin detenerse la espedicion, reforzada con cinco naves gilolanas, en el mismo dia hizo

vela para el pueblo que se proponía invadir, y cuyo cerco estrechaba ya con su gente el monarca de la isla. Era ya de noche cuando nuestros espedicionarios divisaron al enemigo cerca de Tuluabe. Preparándose para el combate unos y otros durante la oscuridad, muy entrado ya el dia empezaron á embestirse, atronando mar y tierra la artillería y los arcabuces, con tal confusion y desórden que la gente de una y otra parte se daban muerte con sus propios tiros, al paso que los indios arrojando innumerables calabais anublaban los aires con ellos, impidiendo á veces que los combatientes distinguieran á sus contrarios y obráran con acierto. Por dos veces pensaron los de Ternate en la fuga á causa de su mucha gente herida y muerta, y otras tantas se contuvieron al considerar que retirándose al sitio donde estuvieron anclados, no podrian salvarse del alcance de sus enemigos, á cuyas manos perecerían si no tenian la suerte de poder saltar en tierra prontamente, aunque fuese con pérdida de sus naves. Mientras esto pasaba consumieron los españoles cuanta pólvora tenian, por lo cual, porque Quichil-Rade estaba herido gravemente y tenian ademas gran número de indios muertos y heridos, como tambien porque los contrarios se retraían de la pelea, cesaron en ella al cabo de tres horas, á presencia de los ternatenses, que inertes contemplaban la escena, recogieron los calabais flotantes: así, aunque no vencedores ni vencidos, proclamando victoria regresaron á Gilolo, reducida su pérdida á veinte y tres muertos y setenta heridos. Mas considerable fué la que tuvieron los portugueses, pues pasó de ciento el número de sus heridos y llegó á ochenta y cinco el de los muertos, entre estos solo uno de su nacion.

A los cinco dias de esta funcion de guerra se propuso otra vez el sultan de Gilolo la toma de Tuluabe, yendo él en persona, y otra vez fué tambien auxiliado por los españoles, marchando treinta de estos en la espedicion, y siendo tal el empeño en el ataque y la defensa que duraron estos treinta dias sin resultado decisivo. Invadían ya los castellanos el asediado pueblo, cuando en alta mar columbraron un navío que á toda vela iba en demanda de las Molucas. Presumiendo que era español dispararon algunos tiros, como en señal de que habia allí europeos, gente amiga. Entendiólo el capitan del buque, respondió con otros tantos tiros, y haciendo de noche el bordo de la mar volvió la proa á tierra al ser de dia. En tanto, oida la contestacion del navío, con tres paraoles de la armada gilolana fueron algunos españoles aquella noche hácia el mismo buque; amanecieron cerca de él, y al saludo y la pregunta que se le hizo contestó que el navío era de España y su gente vasallos del Emperador, presentando al mismo tiempo una bandera real. A vista de esta insignia pasaron á su bordo los de los paraoles, y confundiéndose unos con otros prorumpieron en vivas y demostraciones de recíproco é inesplicable júbilo.

Quedando en el navío dos de los tres españoles procedentes de Tuluabe, fué el otro á enterar de tan fausto suceso al monarca de Gilolo, y luego á Tidor á

participarlo á Hernando de la Torre, quien no desconociendo el peligro que corriera el navío español en un combate contra las naves portuguesas, despachó con presteza la ya aprestada fusta castellana, con cuarenta hombres escogidos.

No eran infundados los temores del capitan español, pues la fusta portuguesa que cruzaba aquellas aguas se acercó al navío, y por el órgano de la bocina se enteró de su pertenencia, y de que era su viage á las Molucas, en la persuasion de que habia allí un gobernador y capitan general por el Emperador y Rey de España, en cuyo nombre llevaba órdenes y provisiones. Admirado quedó en estremo el capitan de la fusta al oir lo que añadió el del navío, acerca del punto de donde habia partido. Atónitos los portugueses al aparecer por primera vez los españoles en aquellos mares, no podian comprender entonces, cómo sus rivales navegando al Oeste habian podido penetrar en aquellas remotas regiones, á que ellos mismos llegaban difícilmente por una direccion enteramente opuesta; pero cuando el comandante del navío declaró que habia atravesado el Océano desde Nueva-España, cuya distancia se calculaba en dos mil cincuenta leguas, creció el asombro del capitan lusitano, en tanto grado que lejos de dar crédito á lo que oía juzgólo una impostura, efecto natural de la profunda ignorancia en que se estaba de las relaciones geográficas que existían entre el antiguo y Nuevo Mundo. Replicando en fin el portugués que en ninguna de aquellas islas se reconocia tal capitan general ni gobernador español, aseguró, no sin falacia, que á consecuencia de la muerte del Comendador Loaisa, perdida posteriormente en un puerto la nao única que de su armada habia quedado, con los despojos de ella habian hecho un reducido navío los españoles que de aquella malhadada espedicion sobrevivían al infortunio, y que en él habian dado la vuelta para España, dejando las Molucas libres y espeditas á su legítimo poseedor el Rey de Portugal; por quien requería que el navío español fuese con su gente á surgir en la isla de Ternate, enfrente de la fortaleza portuguesa, cuyo gobernador les suministraría cuanto hubieran menester. Fácil es de comprender que esplicándose tan artificiosamente el capitan de la fusta enemiga, ignoraba que á bordo del navío se hallaban ya dos españoles procedentes de Tidor, por quienes el capitan á quien hacia el requerimiento estaba bien enterado de cuanto habia ocurrido: así es que en vez de ceder á la exigencia requirió á su vez al portugués, que le dejase ir libremente á cumplir las órdenes que del Emperador y Rey llevaba. En cuestiones semejantes comunmente es árbitra la fuerza, y en ella veía el portugués su único recurso. Sin escuchar otras razones mandó disparar un pedrero grande que llevaba en la proa de la fusta, y aplicada la mecha por tres veces otras tantas ardieron los estopines sin salir el tiro. A pesar de esto se abstuvieron los españoles de hacer disparos contra los portugueses, hasta que estos, al mismo tiempo que sacaban la carga del pedrero, rompieron el fuego con otras piezas de menor calibre. A la artillería de la fusta contestó la del navío, y favorecido este del viento, sin poder al-

canzarle el buque enemigo, en vez de tomar puerto en la isla de Tidor arribó y surgió en el de Gilolo, á cuya vista se presentó al amanecer del dia siguiente la fusta de los españoles, que en su auxilio despachó la Torre. Acompañado de ella y de muchos paraoles que le remolcaron, en 30 de marzo pasó á Tidor el navío llamado *La Florida*, de cuyo viage se hace relacion en el capítulo siguiente.





D. JUAN DE LANGARA.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA



CAPITULO V.

Sale de Sevilla una armada en abril de 1526, mandada por Sebastian Caboto, con destino á las Molucas, para averiguar el paradero de la nao Trinidad, en que fué Magallanes, y el de la armada de Loaisa.—Se topa la Capitana con una nave francesa en la Bahía de todos los Santos.—Desaciertos de Caboto.—Arriba este á la *isla de los Patos*; recíbenle propicios aquellos indios, y arrebata cuatro hijos de los señores principales.—Reprueban los españoles la conducta de Caboto, y deja esto abandonados en una isla desierta á su teniente y dos individuos mas.—Desafeccion de su gente.—Desiste del viage á las Molucas: entra en el rio que llamaban de Solís: sube por él descubriendo: levanta una fortaleza: sigue por el Paraguay: hácenle resistencia aquellos indios: pierde gente y retrocede.—Envia al Emperador una relacion de su viage y sus descubrimientos.— Dá al Parana el nombre de Rio de la Plata.—Ordena el Emperador que Caboto continúe sus conquistas, pero despues confia la empresa á Pedro Mendoza, y Caboto regresa á España.—Espedicion enviada por Hernan Cortés desde Nueva España, en 31 de octubre de 1527, mandada por Saavedra, con igual objeto que la de Caboto para las Molucas: compónese de tres naves, llamadas la *Florida*, que es la Capitana, *Santiago* y *Espíritu Santo*.—Derrotero desde 1.° de noviembre.—Desaparecen en la navegacion las dos últimas naves.—Surge la *Florida* en 1.° de enero de 1528 en una isla: noticias de sus habitantes.—Deja allí Saavedra indicios de su navegacion: la continúa y fallecen el piloto y otras personas.—Surge en la isla del Ancon: sucesos en ella.—Pasa la Capitana á otras islas cercanas: sigue para las Molucas: sale á su encuentro una canoa con un régulo, y su gente intenta apoderarse del navío: sálvase en éste un cristiano procedente de la carabela *Parral*, y cuenta sus aventuras.—Llega el navío á la isla de Sarragan: salen á su encuentro unos indios en barcas, llevando dos cristianos maniatados, quienes imploran su rescate.—Valiéndose de ellos ajusta Saavedra paces con aquellos isleños, le proveen de víveres, y rescata los dos cautivos.—Hácese á la vela, encuentro naves portuguesas, entéranse estas de la procedencia y direccion del navío, y van á noticiarlo á Meneses, gobernador de la fortaleza de Ternate.—Arriba el navío la *Florida* á Tidor, y provee á la gente de Hernando de la Torre de pertrechos de guerra y otros efectos que necesitaba (1).

La importancia que el gobierno español daba justamente á la posesion de las islas Molucas, hacia mas vehemente el natural deseo de saber cuál habia sido la suerte de la nao Trinidad, que en Tidor quedó cuando de allí dió vuelta para España la Victoria, como tambien si á su destino habia llegado la armada que llevó el Comendador García de Loaisa. Todo esto determinó al Emperador Cár-

(1) Historiadores ó autoridades: *Herrera, Oviedo, Fernandez de Navarrete.*

los V á ordenar que saliese de Sevilla otra armada, al mando de Sebastian Caboto (1), compuesta de tres navíos y una carabela, destinada á dar auxilio á las espediciones anteriores, y adquirir, y participar en fin al monarca de dos mundos las noticias que tanto deseaba.

Diéronse, pues, á Caboto iguales instrucciones que á Loaisa, y á primeros de abril de 1526 partió de Sevilla con su armada, á pesar de las dificultades que habia alegado la Casa de contratacion oponiéndose á tal empresa. Arribó la nueva espedicion á las islas Canarias y de Cabo Verde, dobló el cabo de San Agustin, y cerca de la bahía de Todos los Santos se topó la Capitana con una nave francesa, por lo cual y por algunos descuidos en que parece habia incurrido Sebastian Caboto, dió lugar á decirse por los prácticos marinos que en esta navegacion no se habia conducido como buen capitan de marina, ni aun como marinero de esperiencia, no obstante su gran fama de piloto. Lo cierto es, entre otras cosas que á la censura pública le espusieron, que falto de víveres por la mala distribucion que se hacia de ellos, aumentóse el descontento entre la gente, ya mal avenida desde que partieron de Sevilla; los ánimos mal dispuestos incitaron á los mas pacíficos, empezaron las murmuraciones, á que fué consiguiente la insolencia, y el general de la armada no tuvo en un principio el celo y la energía con que al nacer tan graves males debiera reprimirlos y curarlos.

Con su gente mal dispuesta, hambrienta é indisciplinada, llegó Caboto á la isla de los Patos, cuyos indios, recibiéndole propicios, le abastecieron de comestibles, muy distantes de imaginar la bastardía con que el navegante veneciano habia de corresponder á la benévola acogida y la generosidad de los que le auxiliaban y favorecian. En desprecio de las leyes de la amistad y de la gratitud, violando en fin el sagrado derecho de gentes, arrebató cuatro hijos de los indios mas distinguidos, y desoyendo los clamores de aquellos inconsolables padres consumó la injusticia, haciéndose á la vela con los inocentes cautivos. Españoles hubo que celosos de su buena fama reprobaron la accion tiránica y plebeya de su caudillo; pero éste calificó de sedicion tal conducta, y siguiendo su navegacion dejó al paso en una isla despoblada á Martin Mendez, teniente general de la armada, á Francisco de Rojas, capitan de uno de los tres navíos, y á otro individuo llamado Miguel de Rodas; porque ademas de tenerles mala voluntad, eran los que con mas libertad y osadía censuraban sus desaciertos.

Entró Caboto en el rio que denominaban de Solís; rio que trae su orígen del Parana, y siendo tributarios de este el Paraguay por el Norte, el Vermejo y el Salado por la parte de los Andes, y el Uraguay por la del Brasil, su curso magestuoso iguala al del Amazona, pudiendo ser considerada su desembocadura co-

(1) Sebastian Caboto, de quien se habló en la página 277 del tomo 1.º de esta Historia, era natural de Venecia. Dejando su patria se estableció en Bristol; estuvo al servicio de Inglaterra, y últimamente al de España. Fué el primero que emprendió diferente derrotero del que tenia Cristobal Colon para ir á América, y le apellidaron el piloto *Nauclerus*, epiteto que se dice mereció por su habilidad en la navegacion.

mo un golfo, pues su anchura se parece á la del Canal de la Mancha. En este rio, que hoy llaman de la Plata, por lo que despues veremos, desistió Caboto del pensamiento de ir á las Molucas, objeto verdadero de su viaje; porque ni tenia vituallas, ni con él quería su gente pasar el Estrecho, temiendo ser mal gobernada. Subió descubriendo por aquellas orillas, y á poco mas de treinta leguas fué á dar en una isla á la parte del Brasil, á la cual denominó de San Gabriel. Surgiendo allí dejó ancladas las naves en la parte donde los españoles fundaron despues á Buenos Aires, y con los bateles descubrió siete leguas mas arriba un rio que llamó San Salvador, donde encontró puerto seguro para su armada y allá condujo los navíos, bien que alijerados porque la entrada del rio no tenia fondeadero para grandes naves. En aquel sitio levantó Caboto una fortaleza en que dejó alguna gente, y con la demás en los bateles y la carabela, determinó proseguir por aquella corriente sus descubrimientos. Treinta leguas habria navegado rio arriba cuando llegó á la desembocadura del que llamaban Zarcaraña, punto en que halló gente pacífica y construyó otra fortaleza que tituló Santi-Spíritus de Caboto. Siguió por el Parana hasta las cascadas que se encuentran por los 27° 27′ 20″ de latitud, halló muchas islas, y dejando el Rio Grande á la derecha, por parecerle que se iba inclinando hácia la costa del Brasil, entró por el Paraguay, y á las treinta y cuatro leguas halló gente agricultora que hasta entonces no habia visto. Hiciéronle aquellos indígenas tal resistencia, que en pugna con ellos quedaron muertos veinte y cinco españoles y tres prisioneros; y aunque fué mucho mayor el número de los indios que en aquella jornada murieron, el navegante veneciano juzgó prudente dar la vuelta y aun estuvo tentado de abandonar la empresa. Esto no obstante, habiendo conseguido en cambio de mantas y otras cosas una porcion de joyas de plata, de las muchas que los salvajes llevaban por adorno, hechas con aquel metal que los Guaranis traían en planchas de las provincias del Perú, utilizó Caboto esta adquisicion, en tal manera que encontrando medio para dirigir al Emperador una relacion mas estensa y lisonjera que veraz de su viaje, representó aquel pais como el mas abundante en tan precioso metal, y con alusion á esta supuesta riqueza dió al Parana el nombre prodigioso de Rio de la Plata; nombre que conserva todavía, por mas que el tiempo desengañó de que aquella tierra nada tenia de argentífera en abundancia.

Mostrándose satisfecho Cárlos V de la empresa de Caboto, á pesar de que con ella se habia apartado de la mision que llevaba á las Indias Orientales, le ordenó que continuára las conquistas de que á su placer le daba cuenta, prometiéndole honores y recompensas; pero despues confirió tan árdua empresa y el gobierno del ponderado pais de la Plata á Pedro Mendoza, caballero opulento, que á sus espensas se propuso hacer todos los preparativos necesarios, y en consecuencia el navegante veneciano regresó á España en el año 1530.

No se habia contentado el Emperador y Rey con que partiera como partió desde Sevilla la armada al mando de Sebastian Caboto, cuya espedicion acabamos

de referir, pues temeroso de que éste por algun azar no pudiese cumplir su mision, á pocos meses de su salida, en 20 de junio de 1526, ordenó que con igual objeto, y el de descubrir si habia camino desde Nueva España á las Molucas, enviase allá Hernan Cortés (1) las naves que habia hecho construir en Zacátula. En cumplimiento del mandato soberano dispuso el conquistador de Méjico que fuesen aparejados y botados al agua en aquel puerto dos navíos y un bergantin, en los cuales fueron embarcadas treinta piezas de artillería, abundantes provisiones, y una gran porcion de géneros de cambio ó tráfico. La mayor de aquellas naves, denominada la *Florida*, llevaba doce hombres de mar y treinta y ocho de guerra, y en ella iba como Capitan general de la Armada don Alvaro de Saavedra, nombrado para tan elevado cargo por Hernan Cortés su pariente; la segunda, con el nombre de *Santiago*, conducía cuarenta y cinco hombres, mandada por don Luis de Cárdenas, natural de Córdoba; y del bergantin, titulado el *Espíritu Santo*, con quince individuos á bordo, era capitan el jerezano Pedro de Fuentes.

(1) Hé aquí la Real cédula del Emperador á Hernan Cortés:

«El Rey.—Don Hernando Cortés, nuestro Gobernador y Capitan general de la Nueva España: bien debeis saber, como el año de quinientos y diez y nueve envié una armada de cinco naos á las nuestras islas del Maluco é otras donde hay especería, que caen dentro de los límites de nuestra demarcacion, para los contratar, de que fué por nuestro Capitan general, Hernando de Magallanes, de la cual algunos navíos llegaron á las dichas islas de Maluco, y rescataron y cargaron en ellas, é la nao Capitana llamada la Trinidad quedó allá, porque hizo agua, con hasta cincuenta y siete hombres; y despues el año pasado de quinientos veinte y cinco mandé enviar otra armada á las dichas islas ó contratacion de especería con ocho naos, en las cuales fué por Capitan general el Comendador frey García de Loaisa, caballero de la órden de San Juan, hasta llegar allá, porque despues de cargadas las naos mas gruesas que lleva él, con las demas ó con cierta gente que de acá lleva, ordene las que han de quedar en las dichas islas, asentando su trato en ellas y gobernándolas: y así mismo este presente año de quinientos veinte y seis ha partido Sebastian Caboto con otra armada de tres naos é una carabela, el cual tambien ha de ir á las dichas islas de Maluco; y porque ansí para saber qué se hizo de la dicha nao capitana, llamada la Trinidad, y de la gente que en ella quedó en las dichas islas de Maluco, como para saber la llegada de dichas armadas á ellas, y el suceso que han tenido, convenía que con diligencia se enviase por esas partes una carabela ó dos á traer la relacion de ello, habia mandado con diligencia proveer para que se efectuase: he visto que por vuestras cartas, relaciones que habeis enviado, haceis memorias de las cuatro carabelas ó bergantines que teníades hechos, y echados al agua en la costa del mar del Sur: y como decís que las teníades hechas para el propósito del descubrimiento de la especería; por la gran confianza que Yo tengo de vuestra voluntad para en las cosas de nuestro servicio y acrecentamiento de nuestra Corona Real, he acordado de encomendaros á vos este negocio. Por ende Yo os encargo y mando, que luego que esta recibais, con la diligencia é gran cuidado que en el caso se requiere, é vos soleis poner en las otras cosas que son á vuestro cargo, deis órden como dos de las dichas carabelas, ó una de ellas con el bergantin, ó como mejor os pareciere que puede haber mejor recaudo, enviando en ellas una persona cuerda, y de quien tengais confianza que lo hará bien, y bastecidas é marinadas de la gente y todo lo demas necesario, vayan en demanda de las dichas islas de Maluco hasta hallar nuestras gentes que en ellas estan. E mandaréis de mi parte, é Yo por la presente mando que el capitan é la otra gente que en ella enviáredes, asi en su viage é derrota como despues de llegados á las dichas islas, guarden la órden contenida en vuestra instruccion que dentro de esta vá, la cual vos ved: y demas de aquello les dad un memorial, firmado de vuestro nombre, de lo que en todo os pareciese que deben seguir, porque como persona de tanta esperiencia y que tan adelante tiene la cosa, lo sabréis mejor hacer, que de acá se vos puede decir. Y será bien que proveáis como en las dichas carabelas ó bergantin se lleven algunas cosas de rescate para que á falta do no hallar las dichas nuestras armadas, ó por si toparen alguna isla ó tierra rica puedan contratar é rescatar en ella, é proveáis como lleven el mejor piloto que se pueda hallar, y todas las demas personas espertas en aquella navegacion que sea posible, sobre lo cual escribo á Luis Ponce de Leon y nuestros oficiales; que provean lo que fuere menester para ello y que vos ayude y solicita. De Granada á veinte dias del mes de junio de mil é quinientos é veinte é seis años.—Yo el Rey.—Por mandado de S. M.—Francisco de los Cobos.»

Además de las correspondientes instrucciones entregó á Saavedra el héroe de Nueva España una carta para el Rey ó Sultan de la primera isla á donde arribase, y otra para cada uno de los Reyes de Zebú (1) y de Tidor; y saliendo luego las tres naves del puerto de Siguatanejo, provincia de Zacátula, el dia 31 de octubre de 1527 dirigieron la proa al O-S-O., fundado el gefe de la Armada en las noticias dadas á Cortés, de que se podia navegar desde allí para las Molucas.

(1) Véase el contenido de la carta que Hernan Cortés escribió al Rey de Zebú, manifestándole el objeto de la espedicion que iba á las Molucas mandada por Alvaro de Saavedra.

«A vos el honrado y buen Rey de la isla de Zebú que es en las partes de Maluco: Yo don Hernando Cortés, Capitan general é gobernador desta Nueva España, por el muy alto y potentísimo Emperador, César Augusto, Rey de las Españas, nuestro Señor, os envió mucho á saludar, como aquel á quien amo y aprecio y deseo todo bien y amor por las buenas nuevas que de vuestra persona é tierra he sabido, y por el buen tratamiento é acogida que sé que habeis hecho á los españoles que por ella han aportado.

»Ya teneis noticia por relacion de los españoles que en vuestro poder quedaron presos, de cierta gente que el gran Emperador é Monarca de los cristianos á esas partes envió, puede haber siete ó ocho años, del gran poder, grandeza y ecelencias suyas; y por esto, y porque del capitan y gente que yo agora en su poderoso nombre envio, os podeis informar de lo que mas quisierdes saber, no será menester de esto hacer luenga escritura; pero es bien que sepais como este tan poderoso Príncipe, queriendo saber la manera é contratacion desas partes, envió á ellas un capitan suyo llamado Hernando de Magallanes, con cinco naos, de las cuales por mal recabdo y proveimiento del dicho capitan, no volvieron en sus reinos mas de la una, de donde S. M. se informó de la causa del desbarato y perdicion de las otras: y puesto que de todo recibió pena, lo que mas sintió, fué haber su capitan cedido de sus Reales mandamientos é instruccion que llevaba, mayormente en haber movido guerra ó discordia con vos é vuestras gentes; porque la intencion con que S. M. le envió, no fué sino para os tener á todos por muy verdaderos amigos é servidores, é ofreceros toda buena voluntad para vuestras honras é personas; y por esta desobidiencia permitió el Señor é Hacedor de todas las cosas, que él recibiese el pago de su desacato, muriendo como murió en la mala demanda que intentó contra la voluntad del Príncipe: y no lo hizo Dios poco bien en morir como allí murió, porque si vivo volviera, no fuera tan liviano el pago de sus desconciertos. Y para que vos y todos los otros Reyes y Señores desas partes conozcais la voluntad de S. M., é como de lo hecho por este capitan le ha pesado, puede haber dos años que envió otros dos capitanes con gentes á esas tierras para os satisfacer de esto; y para que mas recabdo hobiese y mas cierta tuviésedes su embajada, me envió á mandar á mí, que en su poderoso nombre resido en estas sus tierras, que son muy cercanas á las vuestras, que por mi parte yo despachase para este fin otros mensageros mandándome y encargándome mucho con mucha diligencia y brevedad lo proveyese: y asi envio tres navíos con gente, que de todo esto os sabrá dar muy larga y verdadera razon, y podeis satisfaceros y tener por muy cierto todo lo que de mi parte os dijere, porque yo en el nombre desto grande y poderoso Señor asi lo afirmo y certifico; y pues estamos tan cercanos, y en poca distancia de tiempo nos podemos comunicar, recibiré mucha honra que de todas las cosas que de mí querais ser aprovechado, me las hagais saber, porque sé que S. M. será de todo esto muy servido; y demas de su voluntad, yo me terné de ello por muy contento y rescibiré mucha gracia, y el Emperador nuestro Señor servicio en que si alguno de los españoles que quedaron en vuestra prision fuesen vivos, les deis á ese capitan y si por ellos quisierdes rescate, él lo dará á vuestra voluntad y contentamiento, aunque en mas de esto recibiréis de S. M. mercedes, y de mí buenas obras, pues queriendo, ternemos por mucho tiempo mucha contratacion é amistad. Fecha á veinte é ocho de mayo de mil é quinientos é veinte é siete.—HERNANDO CORTÉS.»

Por apócrifa tendríamos esta carta á no constar el contenido de ella en el *Archivo de Indias en Sevilla, legajo* 6 *de Patronato Real*, pareciéndonos imposible que un hombre de tanta razon y juicio como su autor, la hubiese escrito y dado curso. En los capítulos XXI y XXII del tomo 1.º de esta obra, hemos referido la muerte de Magallanes, y el asesinato en la isla de Zebú de un crecido número de los individuos que le acompañaron en su asombrosa espedicion. Este último suceso, que no podia ser ignorado del famoso conquistador de Nueva España, por cuanto se supo al mismo tiempo, y por las mismas personas que á España regresaron en la única nao que volvió de la espedicion, y de que hace mencion Cortés, bastára por sí solo para calificar de poco discreta y política la carta de que tratamos. Efectivamente, el desacierto ó la demasía de Hernando de Magallanes, acordando que los régulos de Mactan y otras islas contiguas reconociesen como Soberano suyo al de Zebú, daba lugar á que si hubiese vuelto á España se le hiciesen severos cargos, y hasta se le impusiera, si se quiero, un severo castigo, pues con semejante conducta puso la Armada en grave riesgo de perderse enteramente; pero aquel mismo desacierto no puede justificar de modo alguno la perfidia y alevosía con que el monarca de Zebú cometió la inaudita atrocidad de dar muerte á los mismos españoles de quienes

Catorce leguas habian surcado cuando al siguiente dia de su salida, en 1.° de noviembre, falleció el único cirujano que llevaban nuestros navegantes, desgracia que parecia ser el preludio de otras que á la espedicion reservaba la suerte. Fué la inmediata una avería que se notó el dia 13 debajo de la proa, en el navío la Florida, ó sea la Capitana, haciendo tanta agua que fué necesario alijar echando al mar unos treinta quintales de pan, alguna carne y otras cosas; y dando el buque á la banda, entre noche y dia necesitó el Capitan general de la Armada pasar treinta veces gente de las otras naves á la suya, para que ayudasen al desagüe. Pudieron continuar el viaje el 14, navegando al O. cuarenta y dos leguas aquel dia. Mil ciento setenta y una habian andado ya con distintos rumbos desde su salida de Nueva España, el dia 12 de diciembre, cuando el piloto tomó por primera vez la altura del sol para tener la latitud, y halló ser la de 11° 2'' N.; pero noventa y seis leguas mas adelante, en la noche del 15, con mal tiempo, tomó por la lua la Capitana, por causa del timonel, y habiendo tenido que amainar pasaron adelante los dos buques de su conserva, y ya no volvieron á verlos.

Precisado á continuar solo su viage el navío la Florida, se propuso Saavedra ir en busca de las islas de los Ladrones, y en los dias 20 al 23 vieron una multitud de rabihorcados, grajos blancos, pardos, y otras diferentes aves, indicios de tierra no lejana, mas no habiéndola descubierto aun el 28 al anochecer, mudó el piloto la derrota al S-O. yendo á buscar la boca del Archipiélago, y en la mañana del 29 avistaron una isla, á la cual se dirigieron. Iban costeándola cuando columbraron cinco ó seis velas, pero al ir sobre ellas para saber de donde eran, huyeron, dejando asi burlada la esperanza de nuestros navegantes. Aquella isla, que el piloto certificó ser la misma de los Ladrones donde á Magallanes robaron el batel, era la de Guajan, cuya mediania se halla por los 13° 30'. No encontrando fondo con ciento veinte brazas á cien pasos de aquella tierra, el dia 30 determinó el piloto hacer rumbo del O. en busca de la isla de Bimian, pareciéndole que allí se encontrarían los buques de la conserva, y que de lo contrario debian continuar para la isla de Grade.

se declaró y llamaba amigo y aliado; y por tanto, en vez de darle los epitetos de *honrado* y *buen Rey*, debió ser considerado y tratado como un traidor, como un alevoso, merecedor de ejemplar castigo; como un perverso que con la pérdida de su vida á manos de españoles debia espiar su horrendo crimen. Increible parece que apartando de su mente el héroe de Otumba y Méjico estas y otras consideraciones, en vez de acusador terrible y de juez inflexible y severo contra el infame rey de Zebú, se declarase defensor suyo, le disculpase al parecer, le lisonjeára, y digámoslo así, le absolviese y dejase impúne. ¡Tal suele ser á veces la buena suerte de los malos, y la mala estrella que hasta mas allá del sepulcro persigue al que valerosamente perece en una grande empresa! Si Magallanes hubiese tenido la dicha de salvarse en Mactan; si hubiese tenido la fortuna y la gloria de dar la primera vuelta alrededor del mundo, entonces, justificándose, esponiendo las razones que tuviera para intentar constituir una sola monarquía con la isla de Zebú y sus comarcanas, acaso hubiese confundido á sus acusadores; acaso tambien hubiera evidenciado que alguno de los que en aquella catástrofe le sobrevivieron eran sus émulos y enemigos, y que inspirados de bastardos resentimientos y aspirando á usurparle la gloria de su empresa, encontraron ocasion de infamarle, y desfogar á salvo sus pasiones contra el hombre que hundido en la eternidad no podia levantarse á dar sus descargos; á ser oido y acaso absuelto. Y ¿quién sabe si en la relacion de las causas de su muerte medió la emulacion, el resentimiento, las miras interesadas, mas bien que la verdad, por parte de aquellos que declararon sobre el suceso?

Habiendo navegado en aquel dia y el 31 de diciembre mas de cuarenta leguas, en 1.° de enero de 1528 por la tarde llegaron á una isla que tenia otras dos pequeñas, todas de tierra baja, y corriendo una parte de ella hasta treinta leguas surgieron con un ancla. En la imposibilidad de acercarse mas á tierra, por ser el viento mucho y contrario, se ocupaba la gente el dia 2 en llenar pipas de agua salada para lastre, cuando vieron una vela distante, pero no pudieron reconocerla ni averiguar cuál era su gente. Levó el ancla el navío el dia 3, y pasó á una de las dos islillas, que distaba cuatro leguas de la anterior. En su rumbo volvió nuestra gente á ver la vela, que iba en la misma direccion que la nuestra, y que luego fugitiva se encaminó á una punta. Hácia allí, despues de haber dado fondo el navío en otra, envió Saavedra la barca á tierra con el maestre de campo y quince hombres á que tomasen lengua, y descubrieron dos barcas de gente del pais, la cual, esquivando siempre el trato y comunicacion con los nuestros, en vez de aguardarlos hizo vela y los dejó burlados. Saltó en tierra el capitan de La Florida el dia 4, llevando consigo al piloto y algunos hombres, en busca de agua dulce, y habiéndola encontrado hizo aguada, dispuso tomar la altura, y se halló en 11° de latitud.

De una isla mayor y mas alta que las otras salieron en la mañana del dia 5 dos velas, y dirigiéndose al punto donde el navío se encontraba, á tiro de lombarda de él surgieron con intento de reconocer á sus huéspedes, en tanto que Alvaro de Saavedra enviaba dos hombres hácia las dos naves; mas apenas los de estas lo advirtieron saltaron cuatro de ellos en tierra, y llegando á hablar á los enviados se mantuvieron juntos un rato; bien que desviados de donde estaba el gefe español; por lo cual envió otro de los nuestros, á fin de que los tres unidos contratasen con los isleños. Quedándose con estos uno de los enviados, los otros dos llevaron un indio á Saavedra; mas aunque este queria contratar dejando rehenes, se negaron á ello, al mismo tiempo que pretendian quedarse, bajo aquel concepto, con dos españoles, y por último se retiraron á sus barcas y se alejaron. Era gente bárbara, carilarga, sin mas vestido que un tejido fino de palma en la cintura, y sus barcas, grandes y de vela, mayores aun que nuestras naos. Esto es lo único que el gefe de nuestra espedicion pudo saber.

Dispuso que al pié de un árbol corpulento se enterrase una botija con una carta dentro, en que espresaba á donde se dirigía, y que en el tronco se indicase por escrito aquel depósito, en caso de que allí se presentase alguno que en busca del navío fuese; y hecho esto dejó aquella isla el dia 8 de enero, no sin gran trabajo y grave riesgo á la salida, á causa de los muchos bancos. Durante seis dias á contar desde el 14, vieron muchas y diferentes aves, maderas flotantes, hojas de árboles y otras diversas señales de tierra; pero desapareciendo estos signos y con ellos el consuelo y la esperanza que infundían, acrecentóse el descontento en nuestros fatigados navegantes, y amotinóse la gente el dia 24, costando no poco restablecer la disciplina y confianza. Al salir de este conflicto se entró en otro,

pues al siguiente dia 25 murió el piloto, sin que hubiese otro capaz de reemplazarle. En tan grande apuro, considerándose Saavedra á setenta leguas de la embocadura de Larcapilla, puso por piloto á un tal Viurco, quien nada entendia de altura, y que reducida su inteligencia á ser hombre de mar no pasaba de saber tantear perfectamente.

Animáronse los descontentos al ver tierra en 1.° de febrero por la tarde, y surgiendo en ella el dia 2, de allí pasaron el dia 4 á otra isla mayor, llamada del Ancon, donde estando el sol próximo á su ocaso se presentó en frente del navío una canoa, cuya gente en número de siete personas apellidaba *Castilla*, y luego un calaluz (1) con unos veinte hombres, en el cual iban tres régulos. Al punto que los vió Alvaro de Saavedra mandó que fuese á su encuentro en el batel el hidalgo Pedro Laso, acompañado de doce españoles, y un negro de Calicut que sirviera de intérprete, por cuyo medio se supiese qué gente era aquella, y tener noticias de las Molucas. No entendiendo el negro el idioma de aquellos indios, cuanto mas los nuestros se acercaban tanto mas se apartaban ellos retrayéndose de entrar en plática, hasta que por señas, y deteniéndose el batel, esperaron junto á unos árboles llamados mangles. Aprovechó esta ocasion nuestra gente, cogió tres mantas mejicanas que llevaba, y observando el miedo que tenian los indios, echáronselas al mar para atraerlos. No fué en vano esta añagaza, pues tan pronto como las vieron se arrojaron á cojerlas, y luego hicieron á los nuestros una reverencia como la que acostumbran hacer allí á los reyes, en tal manera que Pedro Laso y los suyos creyeron que aquellos insulares daban gracias á Dios por la adquisicion de las prendas que acababan de rocoger. Retiráronse inmediatamente los indios á sus casas, y los españoles se volvieron á dar cuenta á su general de lo ocurrido.

Hacía el navío agua en tal manera que fué preciso ponerlo á monte, y meterlo en seco para desaguarlo; hecho lo cual volvieron á sacarlo, quedando fondeado. Estando asi vieron ir el calaluz. Otra vez se encaminó hácia él Pedro Laso, con ocho hombres en el batel; detuviéronse entonces los de la navecilla indiana, y esperando junto á tierra gritaron, indicando por señas á nuestros enviados que apagasen las mechas de los arcabuces, á lo cual se les contestó que sí, bien que escondiéndolas en la popa. Desconocían sin duda aquellos tímidos é ignorantes indios el uso del eslabon y el pedernal con que fácilmente volviera á encenderse el fuego que tanto miedo les imponía: asi es que satisfechos y tranquilos con la falsa idea de que estaba ya apagado, fueron hácia el batel, y despojándose de las armas dejáronlas dentro del calaluz. Quitáronse los nuestros las suyas; llegáronse los unos á los otros, y dándose recíprocos abrazos quedaron muy amigos: mas no por esto se determinaron á ir al navío como se pretendía, antes bien se limitaron á ponerse á medio tiro de ballesta de la popa, dando á

(1) Calaluz, embarcacion que se usa en la India oriental y que es mayor que una canoa.

entender el miedo que tenían á las armas de fuego. A consecuencia se concertó y llevó á efecto que dos de los nuestros quedasen con ellos, y otros tantos de los suyos fuesen al navío. En él fueron agasajados y se entretuvieron mirando la artillería y todo el aparato del buque. Satisfecha su curiosidad se manifestaron impacientes por volverse al calaluz, y Alvaro de Saavedra les dió al tiempo de partir varias bujerías que recibieron con singulares demostraciones de contento, disimulando así su pérfida intencion. Incorporados con los del calaluz los dos indios que fueron al navío, entraron todos ellos en conferencia, y haciendo sospechar á nuestra gente del batel se apercibió esta cautelosamente á la defensa. Trataban de apoderarse del barco de los españoles, quienes no teniendo por desgracia mas armas que una espada, defendiéronse con ella tan valerosamente que hirieron á tres indios, y regresaron ilesos al navío. Acudieron despues aquellos pérfidos con sus calaluces, determinados á pelear con los españoles; pero ya cansados y convencidos de que nada consiguieran, se retiraron á sus moradas á meditar nuevas alevosías y asechanzas, bien que en vano, por cuanto abandonando Saavedra aquella bahía dirigió el rumbo al S. siempre encaminado á las Molucas.

Hallándose el 24 de febrero á tres leguas de la costa, salió á su encuentro un calaluz con catorce remeros batiendo una bandera, y acompañando á un reyezuelo que luego se supo llamarse Catunao; el cual subiendo á bordo del navío donde se le recibió cortésmente, indicó que fuese nuestra gente á surgir á un ancon donde tendria buen agua, abundante arroz y quien hablase la lengua castellana. Condescendiendo el general español dirigióse al indicado punto y fondeó á un tiro de ballesta de la costa. Al instante se acercaron los indios, y en tanto que por señas brindaban con refrigerios á sus huéspedes, observaron estos que uno de aquellos llevaba puesto un bonete redondo y encarnado, deduciendo de aquí que tenian ó habian tenido al menos comunicacion y trato con portugueses. Sospechas de mala fé inspiró este indicio á los nuestros á pesar de que los indios recogiendo unas vasijas que pidieron prometieron volver en la mañana del siguiente dia á proveer el navío de agua, arroz y cocos, con lo cual se retiraron á sus moradas á concertar su traicion como veremos.

Alumbraba ya el sol aquella region el dia 25 de febrero, cuando nuestros recelosos viageros vieron ir hácia ellos unos calaluces pequeños, que deteniéndose cerca del navío sin querer llegar á bordo dejaban traslucir la suspicacia y el temor que acompañan siempre á los traidores. En una de las navecillas indianas iba un yerno del monarca de aquella tierra, y subiendo á bordo con un hijo suyo en brazos habló al general español, quien mostrándose propicio le regaló unas mantas, al mismo tiempo que le pidió comestibles con promesa de pagarlos á buen precio. Hábil en el arte del disimulo ofreció el taimado indio satisfacer los deseos de Saavedra, y despidiéndose de este afablemente se volvió á donde el negro y la otra gente le aguardaban. Para encubrir mejor su intento se llegaron al navío once canoas car-

gadas de cocos, de cortezas verdes del árbol que los indios decian ser canela, de arroz y gallinas de casta europea, y sin hacerse mas cambio que el de un hacha por un gallo que dieron, saludaron á su manera y á tierra se volvieron.

Siendo ya de noche hicieron los indios una maroma de bejuco, y favorecidos de la oscuridad fueron en canoas á donde el navío tenia el ancla sin boya. Aunque los de á bordo estaban vigilantes, pusiéronse los indios en direccion del áncora, y echándose á nado bajo el agua cortaron el cable por cerca de la mitad; al resto de él á la parte del buque amarraron la maroma, y llevándose el áncora que estaba en diez brazas de fondo se fueron para tirar del navío desde tierra; pero no pudiendo lograr su objeto por mas que forcejearon, porque el buque estaba tambien anclado á la banda de la mar, lo cual no habian advertido los indios, desistieron de su empeño sin atinar cuál era la causa de la inutilidad de sus esfuerzos. Tenian amarrados en tierra dos cristianos cautivos, quienes amenazados para que manifestasen cuál era el impedimento para arrastrar el navío lo revelaron, y apenas los indios lo supieron fueron presurosos en un calaluz pequeño á cortar el otro cable. Llegaron bajo la proa sin que se les hiciese daño alguno, aunque el vigilante los vió, porque nuestra gente tenia órden de no hostilizarlos; pero habiendo conocido que intentaban cortar la amarra fué preciso hablarles, y entonces dando carcajadas huyeron retirándose á sus moradas.

Mientras esto pasaba logró desatarse uno de los cautivos, y retrayéndose al monte permaneció allí oculto hasta que tuvo ocasion de llegar á la costa, y poniéndose enfrente del navío hizo señas en ademan de súplica, para que fuesen á salvarle. Titubeó al pronto Saavedra receloso de que aquel desventurado fuese algun indio, por cuyo medio se valiesen de un ardid los demas para apoderarse del batel, mas luego determinó que este, armado y con doce hombres, fuese á reconocer quién era el suplicante. Estando ya el batel cerca de la orilla, arrebatado de gozo se echó á nado el cautivo, y saliendo al encuentro de los que iban á salvarle fué recogido y llevado á bordo del navío. Puesto en presencia del general español, hizo relacion de sus aventuras, bien que apartándose de la verdad artificiosamente, como se verá mas adelante. Era procedente de la armada del comendador Loaisa, su nombre Sebastian de Puerta, natural de la Coruña, segun decia, casado en la misma ciudad, y uno de los que iban á bordo de la carabela Santa María del Parral, su capitan don Jorge Manrique, natural de Salamanca, siendo tambien individuos de aquella nave el bachiller Tarragona y el maestre Agustin Varela. La isla en que estaba llamábase Bizaya, compuesta de las provincias denominadas Bijalia, Catile, Maluarbuco y Ratabalay. A esta última arribó la carabela, y habiendo ido á la mañana siguiente el batel con el bachiller Tarragona y Andrés de Aragon, el Rey de aquella isla, llamado *Catunao*, supuso que eran enemigos y su objeto saquear; fueron acometidos por unos doscientos indios, quienes dando muerte al bachiller y ocho mas, prendieron al mismo Sebastian de Puerta y á tres grumetes, llevando al primero á Maluar-

buco, distante veinte leguas de Ratabalay, á la parte del N. Hízose despues á la vela la carabela Parral, navegando al Norte doce leguas por la costa, donde estuvo fondeada tres semanas, y volviendo á navegar hácia el Sur, al cabo de un año supo Puerta que la carabela se habia perdido en la costa, bien que ignorando el punto; y que el bachiller Tarragona habia tomado la altura del sitio donde los prendieron, y halló ser la de 8° de latitud N.: que al año de estar él preso fué su amo con canoas á traficar, llevándole consigo á Zebú, y allí supo que cinco años antes habian vendido aquellos indios á los chinos, en trueque de planchas de metal, ocho españoles que tenian presos de la armada de Magallanes. En cuanto á los usos, costumbres de los habitantes de aquella isla, y otras cosas relativas á ella, añadió el declarante que aquellos indios eran idólatras y solian sacrificar hombres á un ídolo llamado Amito, ofreciéndole ademas sus comestibles: sus viviendas estaban cerca del mar, en canoas iban á traficar á muchas islas, y semejantes á los árabes del desierto se mudaban las poblaciones de unas partes á otras; que se encontraba oro en aquella tierra, y sus habitantes negociaban con los chinos, con Zebú y otras islas comarcanas.

Volvió la Florida á enderezar la proa para las Molucas, y al avistar la isla de Sarragan la salieron al encuentro en unos calaluces varios indios que conducian dos cristianos maniatados, quienes al estar cerca del navío saludaron al general Saavedra. A las preguntas de este contestaron que eran de la armada del comendador Loaisa, y habian ido en la carabela Parral. Rogáronle que los rescatase, y prometiéndoles satisfacer sus deseos, les previno hiciesen entender á los Señores de aquella isla que iba en nombre y representacion del Rey de España á ofrecerles paz y amistad fraternal, pidiéndoles al mismo tiempo que le suministrasen víveres. Tan eficazmente desempeñaron su mision los dos cautivos, que habiendo hablado con el Señor de la isla, despachóles este, aunque escoltados, á establecer paces al uso del pais, siendo los mismos cautivos intérpretes entre el general español y el reyezuelo. La solemnidad del acto, en vez de firma, se redujo á sangrarse levemente de los brazos cada una de las partes contratantes, recogiendo la sangre en corta cantidad en una taza de vidrio, á que añadieron un poco de agua, y bebiendo el monarca indiano la de Saavedra y este la de aquel quedaron grandes amigos unos de otros. Consecutivamente llevaron los indios al navío abundantes víveres, especería, y canela de escelente calidad, procedente de Mindanao segun dijeron. Tratándose luego del rescate de los dos cautivos, indicaron una piedra cuyo peso sería equivalente al de ochenta ducados de plata, y por este precio, y ademas una barra de hierro, se alcanzó la libertad de aquellos desdichados. A bordo de la Florida iba un individuo llamado Grijalba, gravemente enfermo, y tan convencido de que se acercaba su última hora, que deseoso, como era natural, de prolongar su mísera existencia, suplicó al general le hiciese la gracia de dejarle en aquella isla, recomendado á la caridad de los indios. Condescendió Saavedra viendo que estaba

ya desahuciado aquel infeliz, bien que exigiendo y obteniendo del reyezuelo la promesa de tratarle caritativamente.

Prosiguiendo el navío su derrotero, supo su capitan por boca de los dos á quienes acababa de rescatar, que los portugueses estaban en guerra con los españoles, y que las Molucas distaban todavia unas cien leguas del puerto que acababa de dejar la nave. Con la prevencion que aquella noticia requería, fueron á recalar á las islas que denominaban Miaos, lejanas de las Molucas cuarenta leguas: mas al pasar por allí vieron salir tres *Caracoras*, y un junco que era del portugués don Jorge Meneses, segun se supo despues. Llegándose una de aquellas á saludar al navío, se enteró de cuál era y su procedencia, y en esta situacion le avistaron los españoles que con los de Gilolo fueron á la toma de Tuluabe; encuentro que como los demas sucesos consiguientes, hasta la llegada del mismo buque á Tidor, hemos referido en el capítulo precedente (1).

Al terminar aquel viage contaba el navío con cuarenta y cinco hombres. Tan pronto como Alvaro de Saavedra saltó en tierra presentó á Hernando de la Torre sus credenciales, entregándole ademas una carta con la Instruccion del Emperador á Hernan Cortés, para que despachase los navíos de que hicimos mencion, en busca de Loaisa y de su armada, como tambien otro escrito del mismo monarca para el Comendador. Oportuna y satisfactoria en sumo grado fué para los españoles en Tidor la llegada de la Florida, por cuanto tenian gran necesidad de algunos artículos de guerra, de que les proveyó, tales como arcabuces, ballestas, escopetas, coseletes y lanzas, y hasta de muchas medicinas de que carecían: dióles, en fin, dos piezas de artillería de bronce y otros útiles, mas no pólvora, porque apenas le quedaba. No se redujo á tales socorros la presencia de Saavedra en Tidor, pues parecia que la Providencia le habia conducido allí para el descubrimiento y la expiacion de un gran crímen.

Fué el caso que al cabo de algunos meses de estancia de los españoles en aquel puerto, en octubre de 1527, arribaron á la misma isla unos indios de las Celébes, quienes dijeron haber oido hablar en su tierra de la pérdida de un navío que se suponia ser de Castilla; que los isleños habian preso á unos y muerto á otros de los navegantes en aquel buque, y que despues de apoderarse de la artillería y cuanto en él habia, le incendiaron para sacar la clavazon, no pudiendo aprovecharla de otro modo. Presumió Hernando de la Torre que la indicada nave sería una de las que en el alta mar del Sur se separaron de la armada del comendador Loaisa en 1.º de junio de 1526, y cuyo paradero se ignoraba. Por falta de naves no le fué posible despachar inmediatamente una espedicion, como deseaba, en averiguacion de aquel suceso, y cuando ya concluida la fusta y los paraoles estaba á punto de verificarlo, se presentó el navío la

(1) Véanse las páginas 62, 63 y 64.

Florida, á cuyo bordo iban los tres individuos que Saavedra recogió en su navegacion; el uno como fugitivo de los indios, y los otros dos rescatados. Apenas supo la Torre que eran procedentes de la Parral, acordó que incomunicándolos se les interrogase detenidamente; y la discordancia de la declaracion del uno con las de los otros, puso al fin en claro la verdad.

El llamado Sebastian de Puerta, contradiciéndose ante la Torre de lo que á Saavedra espuso cuando este le recogió, confesó ser portugués, no gallego, y *de Porto* su apellido verdadero. Segun lo demas que refirió, cuando la carabela arribó al puerto de Bizaya, en la isla de Bendanao, una de las del archipiélago de las Celébes, fué en el batel el bachiller Tarragona con trece ó catorce hombres á traer los víveres ofrecidos por aquellos indios, y no habiendo vuelto aquellos individuos á pesar de haber estado aguardándolos dos dias los de la carabela, los tuvieron por perdidos. En esta persuasion mandó cerrar el capitan don Jorge Manrique las pocas provisiones que le quedaban, y entonces Porto, tanto por esto como por temor no solo al mismo capitan, que le habia amenazado con un castigo en cuanto llegase á tierra, sino tambien al hambre que le aquejaba, resolvió desamparar la nave, como lo hizo, desertando con la esperanza de acogerse un dia á otro buque español que por allí pasára.

Los dos cautivos rescatados, apellidados el uno Romay y el otro Sanchez, ambos efectivamente gallegos, refirieron cautelosamente lo que ocurrió despues de la desercion de Sebastian de Puerta. Segun su declaracion, al dia siguiente de aquel suceso, la carabela prosiguió su navegacion, y yendo en vuelta de tierra vieron en una playa muchos indios, é interrogados estos por señas acerca del paradero del batel y los catorce hombres que en él fueron, pasándose la mano de canto por la garganta, dieron á entender que todos habian sido degollados: pasó adelante la Parral, y á las dos ó tres leguas fondeó detrás de una punta, donde permaneció cuatro ó cinco dias sin comunicarse con los de aquella tierra, hasta que en el acto de partir vieron ir un príncipe indio con dos ó tres canoas cargadas de comestibles, y el capitan Manrique le dió á entender que solo se acercase una de ellas para tratar del cambio ó compra de lo que llevaban. Verificado esto, pasó á bordo de la carabela el cargamento de las canoas, las cuales volvieron á tierra, y á otro dia por la mañana acudieron hasta ocho de ellas con muchas mas provisiones, de cuya adquisicion ó compra se entró en ajuste. En tal estado, hallándose don Jorge Manrique y su hermano don Diego arreglando el pago sobre la mesa de guarnicion de popa, y Juan de Benavides echado de pechos en ella, los indios con quienes se hacia el trato, al tiempo de cerrarle agarraron por manos y piernas á don Jorge y don Diego, arrojáronlos al mar, y nadie volvió á verlos. Inmediatamente empezaron los indios á disparar desde las canoas innumerables flechas enherboladas, piedras y otras armas arrojadizas; hirieron á Benavides de un flechazo en el pecho, de lo cual murió aquella noche, perecieron dos españoles mas, y en tal conflicto un lombardero disparó

sin apuntar; los indios se apartaron algo, y al oir otro disparo se retiraron. Desconsolada la gente de la carabela con tales desgracias, agregadas á la pérdida del batel y de los catorce hombres que llevó, no pudiendo levantar y suspender el ancla los pocos que quedaban, largaron la amarra, y haciéndose á la vela para donde el viento y la corriente quisieran echarles, sin piloto ni marineros bastantes, al cabo de tres dias avistaron la isla llamada Sanguin, y se acercaron á una playa; pero saltando el viento por la proa dió con la carabela al través en unas rocas, donde quedó sobre el costado. En tal estado se vió nuestra gente acometida de multitud de indios con quienes trabó pelea, en la cual murió un español que fué criado del capitan Manrique: los demás, desalentados ya, se retrajeron á la popa, y los indios entrando en la carabela dieron muerte á unos, prendieron á otros, saquearon la nave, y repartiéndose luego los cautivos en número de siete ú ocho, se los llevaron, y despues fueron vendidos algunos en otras islas.

Oida la relacion de tan trágicos sucesos, mandó Hernando de la Torre armar tres paraoles que al mismo tiempo que fuesen á las Celébes á averiguar el paradero de los individuos cautivados en la Parral para rescatarlos, buscasen tambien los dos navíos que llevaba de conserva la Florida. Entre diez españoles que debian ir en la espedicion se contaban Sanchez y Sebastian de Porto, por ser conocedores de aquellas islas; pero la conciencia, enemigo el mas poderoso del hombre delincuente, perseguia sin cesar á entrambos donde quiera que se halláran. Temerosos de que la espedicion que iba á partir descubriese un gran crímen que ambos habian cometido, pidieron y obtuvieron licencia para ir á un lugar de la isla de Tidor, bajo pretesto de proveerse de algunas cosas que Sanchez deseaba llevar para su viage á las Celébes. En el mismo dia á las dos de la tarde se presentaron al caudillo de los españoles varios indios de un lugar de la isla, llamado Mariecu, situado enfrente de Ternate, y llevándole presos, en camisa, y maniatados, á Sanchez y Romay, dijéronle que los habian detenido y asegurado en el acto de intentar pasarse á los portugueses: hecho que ambos negaron, jurando que lejos de tener tal pensamiento iban alrededor de la isla en busca de una cabra. La idea de que siendo los dos presos recien llegados á Tidor, sin conocer la isla ni su comarca, hacia inverosímil su intentada desercion, pudo en la mente de la Torre mucho mas que la acusacion de los indios, llegando á creer que estos habian obrado de aquel modo por robar á los acusados, y sin tratar de averiguar mas los dejó libres.

A los dos dias partieron los paraoles, yendo Sanchez en uno de ellos, y al quinto de su navegacion compareció ante el capitan español un sobresaliente que habia sido de la nao Capitana, llamado Pedro de Raigada, quien le espuso que hospedado Romay en su morada, le dijo una noche que si guardase secreto le descubriría algo, y habiéndoselo prometido, añadió Romay: «Habeis de »saber que cuando me trajeron los indios tenian razon, porque de cierto nos iba-

»mos á Ternate.» Y habiéndole preguntado Raigada ¿por qué? respondió: «Es »verdad que en Bizaya tomaron los indios el batel de la carabela con toda su gen»te, pero cuanto hemos dicho del modo con que se perdió despues la carabela, »todo es mentira, y sabed que Sanchez, yo, Fernando del Hoyo, Juan de Olave »y otros cuatro ó cinco, que seríamos todos nueve ó diez compañeros, matamos »al capitan don Jorge, á su hermano don Diego y á Benavides, echándolos al agua »vivos, y dándoles lanzadas al borde de la nao; y despues dimos con la carabela »al través en Sanguin, donde se acabó de perder; y como los paraoles que van á »buscar y rescatar los castellanos que están allí, no pueden dejar de descubrir lo »que hemos hecho, por ese temor nos íbamos á Ternate.»

Al oir Hernando de la Torre esta relacion juzgó que podia ser verdadera, y en el acto mandó prender á Romay, y sobre el asunto interrogarle. Obstinado en negar, suponiendo que le calumniaban algunos que le tenian mala voluntad, acordó el comandante de los españoles que permaneciese preso é incomunicado hasta recibir declaracion á Sanchez, á cuyo efecto dispuso que inmediatamente saliese un paraol con órdenes para prenderle y que á Tidor le condujeran. La nave despachada al intento encontró los tres paraoles en el puerto de Zamafo, y al comandante de ellos entregó el comisionado las cartas que llevaba, mas no tan cautelosamente que no lo notára Sanchez; quien azorado y perseguido por el remordimiento del crímen, receloso y alerta siempre, mucho mas desde la llegada del paraol, sin dar tiempo á la apertura de ninguno de los pliegos, pretestó una urgente necesidad, y saltando en tierra con una espada en la mano, en breve desapareció. Leids las cartas se le llamó y buscó inútilmente, y al cabo de algunos dias se supo que estaba en un lugar de la isla de Ternate. Vientos fuertes y mar embravecido hicieron temer á los indios prácticos en aquellas aguas la pérdida de los paraoles si pasaban adelante, por lo cual regresaron estos á Tidor, y ya no se volvió á tratar por entonces del rescate de los cautivados en la carabela Parral.

En tanto que se hacian pesquisas para probar el delito de Sanchez y Romay, permaneciendo éste en su encierro, se recibió de las Celébes una carta escrita por un flamenco llamado Guillermo, quien refiriendo la pérdida de la carabela acusaba como autores de aquella catástrofe á los dos gallegos. Este incidente, unido á los demás indicios, activó el procedimiento contra Romay, quien cediendo á la tortura confesó el delito, y condenado á muerte fué arrastrado y dividido su cuerpo en cuatro partes. En esta causa salió indemne Sebastian de Porto, por cuanto habia desertado antes de cometerse aquel horrendo crímen.

Con afrentosa muerte espió su crímen y satisfizo la vindicta pública uno de aquellos delincuentes, indignos del nombre español; pero al presenciar los tidoranos aquella espiacion, al ver el patíbulo levantado para imponer justo castigo á un gran criminal, empezaron á formar una idea funesta de que sus huéspedes no eran en verdad los séres que ellos se figuraron, cuando por primera vez los

vieron y recibieron en su pais con el respeto y la veneracion que tributáran los idólatras á unos semidioses. Comprendieron que en aquellos europeos no resplandecian mas virtudes que en los incultos molucanos; que no estaban exentos de vicios y malas pasiones; que no eran inaccesibles al crímen, y que como hombres, en fin, no eran mejores que los demás, ni mas dignos de admiracion y acatamiento. Tan desventajosa idea inspiró aliento para que algunos molucanos conspirasen despues contra la gente nuestra, como en otro lugar veremos.





CAPITULO VI.

Alarma causada por los portugueses en Tidor, en 4 de mayo de 1528.—Desafía el capitan portugués Baldaya al español Hernando de la Torre: combate en que apresan los españoles la galera de Baldaya; muerte de este.—Carta órden de Meneses, encontrada en la galera, para que fuesen ahogados los españoles que cayeran prisioneros.—Espedicion para reducir á la obediencia del Rey de Maquian algunos pueblos rebelados contra él: ataque y rendicion de uno de ellos: buen éxito de la espedicion, y noble conducta de los españoles con aquel Rey.—Llegan seis navíos de Malaca á los portugueses.—Despacha Hernando de la Torre el navío la Florida para Nueva España: da cuenta al Emperador Cárlos V de todo lo acaecido, y pide auxilios y recompensas.—Sucesos de la Florida en dicho viaje: fuga de portugueses que iban en el navío.—Retrocede este hácia las islas de los Ladrones, y de allí, pasando por varias islas, vuelve de arribada á Tidor, en 19 de noviembre.—Paradero de los portugueses fugados: falsa suposicion y suplicio de ellos.—Reparado el navío la Florida vuelve á salir para Nueva España en mayo de 1529.—Muerte del Rey de Ternate.—Espedicion de españoles y tidoranos contra las islas de Batachina y Moro.—Invaden los portugueses á Tidor: infidencia del español Fernando de Bustamante: valor y lealtad de Hernando de la Torre y varios de los suyos.—Capitulacion con los portugueses, evacuando los españoles á Tidor, y retirándose los leales á Zamafo.—Continuacion del viaje de Saavedra, con el navío la Florida, y sucesos ocurridos en él.—Habiendo llegado hasta los 26° muere Saavedra, y á los ocho dias su sucesor Pedro Laso.—Llega el navío hasta los 31°, y combatido por vientos contrarios vuelve para el puerto de su salida: entra en Zamafo en 8 de diciembre, en muy mal estado: se dispersa la mayor parte de su gente; pero aprendidos los dispersos por los portugueses, los envian á Malaca donde mueren de enfermedades casi todos: van los restantes á Goa, donde los socorre el gobernador portugués, quien les notifica el convenio celebrado entre los Reyes de España y Portugal, acerca de la pertenencia y posesion de las islas Molucas; los deja en libertad, y uno de ellos se embarca y va á Lisboa.

Mientras pasaban en Tidor los sucesos que acabamos de referir al final del último capítulo, dispuso el capitan Hernando de la Torre que se reparase con presta diligencia el navío la Florida, recien llegado, á fin de despacharle para España, dando cuenta al Emperador y Rey de cuanto ocurría. Diferentes encuentros hubo al mismo tiempo entre portugueses y españoles, en aquellas aguas,

bien que tan insignificantes que nos dispensan de referirlos, para dar lugar en la historia á otros de mayor interés y graves consecuencias.

En 4 de mayo del año que corria 1528, causarou una alarma en Tidor los portugueses, quienes aproximándose con una armada de paraoles intentaban la toma, el saqueo y el incendio de un pueblo llamado Zoconora, en represalias con motivo de haber quemado nuestra gente pocos dias antes otra poblacion adicta á sus contrarios, en una isla distante quince leguas de Tidor. Dispuestos estaban tidoranos y españoles para oponerse á la agresion que amenazaba, cuando enfrente del puerto se presentó en una galera bien armada y con cuarenta portugueses Hernando de Baldaya, y escribiendo y remitiendo una carta á Hernando de la Torre, desafióle para que saliese con la fusta que tenia y cuarenta españoles, número de gente igual á la que él llevaba. Lejos de esquivar el capitan español el reto del portugués, al punto mandó armar la citada nave, que con su capitan, Alonso de los Rios, y treinta y cinco hombres, se situó entre las islas de Tidor y de Mare. Muy luego se oyó el estruendo de la artillería de los dos buques rivales, trabándose el combate con tal empeño, y mostrando tal valor y arrojo los castellanos, que por tres veces abordaron la galera sin poder entrarla, hasta que á la cuarta embestida lo consiguieron, y al cabo de una hora se rindieron los portugueses, á pesar de tener estos muchos y bien armados escopeteros, y ser su artillería superior á la de sus contrarios (1). Apresada la galera se encontró en ella una porcion de pólvora, municion que á nuestra gente escaseaba, y diferentes armas y armaduras. Hubo de parte de los españoles cuatro muertos y ocho heridos, habiendo perecido ocho de los portugueses, uno de ellos su capitan Hernando de Baldaya (2); cinco, uno de ellos el piloto, se arrojaron al mar, diez quedaron gravemente heridos, y diez y ocho prisioneros, entre estos ocho esclavos remeros.

Apenas habia cesado la pelea se desparramaron los vencedores por la galera vencida. El marinero español Juan Grego halló en la popa un cofre que hizo pedazos, y en él una taza, tres cucharas de plata, otras varias cosas, y entre ellas un papel que entregó á Diego de Ayala, y contenia lo siguiente: «Fernando de » Baldaya, si tomáredes los castellanos y la galera, no dejeis ninguno de ellos vivo, » porque vienen á tomar y levantar las tierras del Rey nuestro Señor de Portugal, » y envolvedlos en una vela de la galera, y echadlos en medio de la canal de la » mar, porque no quede ninguno de ellos vivo, ni haya quien vaya á decir á Cas» tilla lo que pasa en esta tierra. Lo cual haced, so pena de muerte y perdimien-

(1) La artillería de los portugueses constaba de un cañon pedrero, una media culebrina, un sabajo grande, todos tiros gruesos, tres falconetes grandes y catorce versos: total veinte piezas. Reducíase la de la fusta á un pedrero y dos sacres de bronce, dos falconetes de hierro, y un verso de bronce que antes habian tomado á los portugueses: total seis piezas, y dos arcabuces en la popa.

(2) Al espirar Hernando de Baldaya confesó ser autor del envenenamiento que causó la muerte de Martin Iñiguez de Carquizano. (Véase la página 53)

»to de vuestros bienes.» Estaba firmado el escrito por don Jorge de Meneses y pasó á manos de Hernando de la Torre, encargándose éste de conservarlo.

Celebraban los españoles en Tidor la victoria que acababan de alcanzar, en medio de su crítica situacion, siendo pocos individuos, con el socorro distante, y muchos los portugueses con auxilio muy cercano, cuando Quichilhumar, soberano de la isla de Maquian, se presentó á la Torre, y recordando su espontánea sumision y la de su gente al Emperador, pidióle como en recompensa que le diese favor y ayuda, para volver á su servicio y obediencia las poblaciones de aquella isla declarada á favor del Rey de Ternate, adicto á los portugueses sus enemigos. A tan justa demanda accedió sin titubear el caudillo español, mandando aprestar la fusta con treinta y cinco castellanos escogidos, bien armados, y treinta paraoles de Tidor y Gilolo, con unos 3,000 hombres, todo bajo el mando del capitan indio Quichilrade, regente de la isla de Tidor. Haciendo vela para la de Maquian, que dista de aquella ocho leguas, partió la armada en 12 de mayo, é intimando á los pueblos disidentes que separándose de la alianza de los portugueses, volviesen al dominio de Quichilhumar y reconociesen la soberanía de Cárlos V, todos se sometieron desde luego, escepto uno situado en un punto alto y fuerte de un monte, cuyos habitantes contestaron á la intimacion, que estaban resueltos á perecer antes que tolerar semejante vasallage. Hasta tres veces fueron requeridos, aunque en vano, por el capitan de la fusta, Antonio de los Rios, con promesa en nombre del Emperador de que serian bien tratados, y con amenaza de que en caso de resistencia entrarian los de la armada á sangre y fuego. Perdida toda esperanza de que cediesen á semejantes razones, saltó en tierra muy de mañana el capitan Rios con veinte castellanos, escopeteros y ballesteros, llevando con ellos un verso y la mayor parte de los indios, toda gente valerosa y escogida. Era medio dia cuando los combatientes se presentaron á la vista del pueblo disidente, bien que rendidos de cansancio, habiendo tenido que andar dos leguas de empinada y fragosa cuesta desde el mar. Cercada la poblacion por los indios rompieron los españoles el fuego desde un peñon que lo dominaba todo, y en que colocaron el verso, haciendo grave daño á los sitiados, cuya gente de pelea no pasaba de ciento cincuenta hombres: pero ocupaban un sitio fuerte por la naturaleza, y desde allí disparaban nubes de piedras, lanzas y calabais, defendiéndose con temeridad, pues no tenian en su apuro por donde hallar salida huyendo. Tres embestidas dieron los castellanos procurando entrar en el pueblo, y otras tantas hubieron de retroceder, porque todo el suelo de alrededor se hallaba sembrado de abrojos, que clavándose en los piés impedian marchar y herian á los agresores aun mas que las armas arrojadizas. En medio de la pelea se presentó en el muro una muger pidiendo paz y prometiendo sumision. Tierna madre de un hijo impúber todavía, en cuyo nombre era gobernadora del sitiado pueblo, temia por la vida ó la suerte del unigénito, y se afanaba por salvarle; pero un certero tirador castellano no escuchando ni enten-

diendo las razones de aquella desventurada, inclemente en vez de generoso, la traspasó el pecho de un balazo, y al verla caer muerta desalentaron los sitiados por de pronto. A favor de esta catástrofe entraron los castellanos por aquella parte é incendiaron varias casas, mas volviendo luego de su espanto los contrarios, ansiosos de vengar la muerte de su gobernadora, acometieron á los invasores con tal denuedo que los forzaron á retirarse sin que por esto se diera fin á la pelea.

Sentia en su corazon el Rey de Maquian el daño de los castellanos aun mas que el de aquellos á quienes trataba de volver á su obediencia; rogóles pues que suspendiesen el combate, en tanto que exhortára á los del pueblo y al punto condescendieron. El monarca indio tuvo la dicha de persuadir á los sitiados, presentándoles la alternativa de ser tratados bondadosamente por los españoles si se entregaban declarándose vasallos del Emperador, ó de ver destruidos sus hogares y perecer todos ellos en la lid que temerariamente sostenian. Optaron por lo primero, bajo pacto de que los castellanos no entrasen en el pueblo, lo cual les fué otorgado.

Así terminó aquel encarnizado combate, que duró desde medio dia hasta anochecer. Tuvieron los sitiados quince muertos y treinta heridos, y muchos de estos los sitiadores. Repartiéronse españoles y tidoranos lo que hubieron de dar los vencidos, y reembarcándose aquella noche se llevaron como en rehenes al gobernador, aunque niño, y á otras personas distinguidas.

La sumision de aquel pueblo aseguró la de todos los demas, quienes se apresuraron á renovar sus promesas de vasallaje al Emperador, de modo que á su servicio quedó en 17 de mayo toda la isla de Maquian, y la armada regresó á Tidor. Los castellanos restituyeron á Quichilhumar todas sus tierras, apresaron á sus enemigos en distintas ocasiones cuatro paraoles con toda su gente y artillería, y les tomaron y saquearon varios pueblos; pero en tanto que alcanzaban estos triunfos ó ventajas, verdaderamente muy gloriosas, si no empañáran su brillo con los escesos y horrores inseparables del espíritu de venganza y represalias, que auque recíprocas y á veces hasta forzosas entre enemigos, la razon y la humanidad las condena siempre, su situacion era cada vez mas peligrosa, tanto que en 22 de mayo recibieron los portugueses en Ternate considerables socorros de Malaca: tales eran tres navíos, un bergantin, un galeote, un junco grande, y con esta armada, al mando de Gonzalo García de Acebedo, 150 hombres de guerra, ascendiendo asi á 340 los que componian la guarnicion de aquella fortaleza.

Este incremento de fuerzas enemigas, al paso que cada dia menguaban las de los españoles en Tidor, hizo que se acelerase la reparacion y salida del navío la Florida para España, demandando pronto auxilio, y estando ya aparejado partió con él de aquel puerto don Alvaro de Saavedra, á mediados de junio de 1528, con setenta quintales de clavo, treinta hombres, y por piloto Macías

del Poyo. Iban ademas los portugueses Simon del Brito Hidalgo y á ruegos de este Bernaldin Cordero, que se habian pasado á los españoles, como tambien de los prisioneros hechos en la galera apresada, el patron de ella Fernando Romero y otros. Determinado Saavedra á verificar el viage dando vuelta por Nueva España, comisionó la Torre al asturiano Gutierre de Tañon, para que allí se embarcase y fuese á entregar al Emperador las cartas que le escribia. En ellas, al mismo tiempo que participaba el diario de todo el viage de la armada de Loaisa desde su salida de la Coruña, y los acontecimientos en las Molucas hasta la fecha, 11 de junio, daba la Torre cuenta de sus actos; manifestaba el estado de penuria y el conflicto en que se hallaba, con su gente mal pagada y vestida, escasa para defenderse, en incesante alarma y contínua lid: ya sin caudal suficiente para la compra ó cambio en el pais de lo necesario, al sustento de los españoles, y los medios de seguridad y defensa. Suplicaba al Emperador y Rey que amparase á las familias de aquellos que habian muerto como leales y valerosos defensores suyos; y que haciendo gracias y dando recompensas á los mutilados de resultas de las heridas que habian recibido en la toma de la galera, y en otras peleas gloriosas para la España, mandase publicar en toda la monarquía los hechos y las hazañas con que, tanto en armas como en desventuras se habian adquirido alta prez y eterna fama; pues nunca con tan poca gente se habian hecho cosas tales en parte alguna del mundo. Recomendaba á Alonso de los Rios; no solo por sus distinguidos servicios como buen marino y combatiente, sino tambien como negociador diplomático con los monarcas de Tidor y Gilolo; á Diego de Ayala, como hombre previsor y entendido navegante; y á Saavedra, por el importante servicio que habia hecho salvando el navío la Florida, arribando con él á las Molucas, y dando tan oportuno como importante socorro á los españoles en Tidor, donde quedaban aguardando resignados y leales los auxilios de naves y de gente, que su apurada situacion reclamaba con premura.

Doscientas cincuenta leguas habia andado Saavedra, cuando al mes de su navegacion recaló en la isla del Oro, una de las Papuas, conocida hoy dia con el nombre de Misory al E. de las Molucas, cuya medianía está por latitud 00° 50′ y longitud 142° 35′ E. de Cádiz. Surgió en aquel espacioso puerto, y saltando en tierra sin oposicion alguna, quedó sorprendido al ver que aquella gente era negra, de cabello crespo, que andaba desnuda, y usaba armas de fierro, entre ellas buenas espadas. Treinta dias se detuvo allí nuestro distinguido navegante, socorrido de los indios, que á cambio de varias cosas le proveyeron de víveres. Cuando iba á continuar su viage, estando aun en tierra, se metieron en el batel Simon de Brito, Fernando Romero y otros portugueses, quienes apoderándose de la navecilla se fugaron. En tal apuro no tuvo Saavedra otro recurso para poderse reembarcar, que el de hacer una almadía, en la cual volvió al navío, y haciendo vela con viento al S. corrió cien

leguas por otras islas. Al acercarse á una de ellas, que segun datos parece se denominaba Urays la Grande, y es la conocida posteriormente con el nombre de Admiralty, de ella salió á su encuentro, en varios paraoles, multitud de gente negra, que disparando flechas á nuestros viageros les obligó á usar de la fuerza. Tres de aquellos isleños quedaron prisioneros, y la Florida continuó su viage hasta 250 leguas, á la altura de 7°. Allí descubrieron otras islas, y al ser hostilizados por aquellos naturales, que amenazaban apedrearlos con hondas, con estraordinaria sorpresa vieron que eran blancos y barbados. La poca distancia que mediaba entre aquel puerto y el del último encuentro, era en verdad motivo suficiente para tener á maravilla tanta diferencia de color en los hombres.

Sin hacer detencion en ninguna de aquellas tierras, llegó el navío á 14°, pero combatido de vientos contrarios procuró arribar á una de las islas de los Ladrones, á 380 leguas de las Molucas, y no siendo posible corrió de S. á O. hasta la de Mindanao y la costa de Bizaya. Al arribar á esta preguntó Saavedra por el marinero Grijalba, á quien dejó enfermo en el mes de mayo, confiado á la beneficencia de aquel monarca, y por la respuesta vaga que le dieron tuvo el pesar de comprender que violando la buena fé le habian vendido como esclavo. Por la falta del batel se veia el capitan de la Florida imposibilitado de hacer aguada y leña donde quiera que arribase, por mas bonanza que tuviese. Esto le decidió á enderezar la proa hácia la isla de Meao, á veinte leguas de las Molucas, con el designio de reconocerla, y regresar de allí á Tidor.

Durante estos acontecimientos procuraron volver á las Molucas los portugueses que se habian apoderado del batel; pero contrariados por las corrientes anduvieron perdidos, hasta que dando en una isla que les era desconocida, abandonaron la barca y allí se quedaron aquellos aventureros, escepto Brito y Romero, que entrando en una canoa con intento de ir á Ternate, fueron á parar á la parte del E. de la isla Batachina, distante de Tidor cincuenta leguas. A breves dias tuvo Hernando de la Torre noticia de que en el pueblo de aquella isla llamado Guayamelin habia unos portugueses que habian naufragado, y enviando á Urdaneta y dos compañeros suyos con diez paraoles moros y gente tidorana, para enterarse del hecho, invadieron aquel pueblo, y hallaron en él á Romero y Brito, quienes interrogados acerca del paradero del navío la Florida, supusieron que se habia perdido. Al oir esta contestacion mandó Urdaneta asegurar á entrambos, y llevándoselos consigo volvió á Tidor, á donde habia llegado ya Saavedra, á los seis meses de su salida de aquel puerto. Sin necesidad de estrecharles confesaron aquellos miserables, que al fugarse con el batel se propusieron imposibilitar á Saavedra para continuar su navegacion, haciendo así un servicio al Rey de Portugal. Esta declaracion bastó para que Brito y Romero fuesen sentenciados: Brito á ser decapitado y descuartizado, y Romero á la pena de horca; lo cual se ejecutó en el mismo dia.

Construido un batel para el navío, reparado este y provisto de lo necesario,

volvió á partir de Tidor Saavedra, en mayo de 1529, haciendo otra vez vela para Nueva España. Varios fueron los encuentros de portugueses y españoles en aquel año hasta fin de setiembre, en las aguas del archipiélago de las Molucas, pero de muy poca importancia á causa de que la desventaja de Hernando de la Torre, por la superioridad de fuerzas de que Meneses podia disponer, le forzaba á ser prudente evitando pugnas desiguales: por tanto prescindimos de referir, como de poca valía, los sucesos ocurridos en aquel transcurso de tiempo.

Acaeció en octubre el fallecimiento del Rey de Ternate, amigo y tributario del de Portugal. Era uso y costumbre en las Molucas abstenerse de salir á pelear los de la isla, cuyo Rey hubiese muerto, hasta pasados cuarenta dias. Semejante inercia presentaba á los de Tidor ocasion propicia para hostilizar á sus contrarios, y asi es que Quichilrade, queriendo aprovecharla, solicitó de la Torre auxilio de gente y artillería para invadir á Moro. En la contingencia de enemistarse el capitan español con el demandante si á la exigencia se negaba, concedióle nueve versos y diez y ocho hombres, que en su proyectada espedicion le acompañasen, pactando que dentro de los cuarenta dias regresára, y que Quichilrade y el monarca de Gilolo diesen á los españoles dos paraoles entre ambos, para ir á la isla de Sanguin á rescatar los castellanos de la Parral, allí cautivos.

Con cinco paraoles partió de Tidor Alonso de los Rios, en 20 de octubre de 1529, llevando consigo once españoles y gran número de tidoranos y gilolanos. Esta espedicion se encaminó á la isla Batachina, proponiéndose destruir unos pueblos de los enemigos, distantes cincuenta leguas de Tidor; en tanto que Quichilrade con otros paraoles, yendo en su compañía seis españoles, uno de estos Urdaneta, hacía vela para la isla de Moro. Al llegar estos á un pueblo llamado Zugal, salieron á su encuentro seis paraoles de Ternate, con portugueses, á quienes apresaron uno de aquellos buques, dando muerte al capitan de él y la mayor parte de su gente. A consecuencia huyeron las otras naves enemigas, y las de Quichilrade trataron de trasladarse á Zamafo.

Aun no habia salido de Tidor la espedicion, al mando de Alonso de los Rios, cuando los portugueses tuvieron aviso, siendo pública voz y fama que se lo dió el contador general de los españoles, Fernando de Bustamante. El hecho es, que sabedor Meneses de que no pasaban de treinta y siete los españoles que con la Torre quedaban, y teniendo de su parte á Bustamante, con quien estaba en comunicacion secreta, con grande armada, su gente portuguesa, y multitud de indios amigos, faltando estos al uso y costumbre de los cuarenta dias de luto, fué á Tidor en 28 de octubre, pudiendo decirse que en esta espedicion ostentaba el comandante lusitano todas sus fuerzas.

Reducíanse las de Hernando de la Torre á veinte hombres de guerra, pues los demas eran grumetes y pages, siendo muy estenso el recinto del pueblo, y teniendo que acudir con tan escasa gente á la defensa de la fortaleza y la galera, á causa de que todos los indios de armas tomar se hallaban en la espedicion con

Quichilrade. A pesar de la superioridad del enemigo detuvieron los españoles á los portugueses, hostilizándoles desde el muro, hasta que agolpándose estos en gran número se vieron aquellos forzados á retirarse al fuerte. Entrando entonces los agresores en la poblacion á viva fuerza, dieron muerte á un castellano, hicieron prisioneros á dos, mal heridos, y degollaron á cuantos indios encontraron. Al degüello siguió el saqueo y el incendio; y por último, cercando la fortaleza, intimaron á sus defensores que se rindiesen, con amenaza de batirla y dar á todos muerte en caso de negativa y resistencia. Para mayor conflicto de los sitiados se introdujo la discordia entre ellos, en el consejo que celebraron para dar respuesta al enemigo. Unos estaban por la defensa á todo trance, prefiriendo la muerte al rendimiento, y otros por capitular, aceptando las condiciones que ofreciese el portugués. La opinion de los primeros preponderó en el ánimo de la Torre, quien mandó hacer fuego al enemigo: pero en el acto le replicó Fernando de Bustamante que no era tiempo ya de pelear y sí de ser todos unos. De acuerdo con el pérfido contador, el que mandaba la artillería se negó á dispararla, y este mal ejemplo bastó para que otros muchos alzasen el grito, negándose á la defensa. En tan crítica situacion se apiñaron en rededor del valeroso caudillo castellano todos los que permanecian leales y obedientes, y ellos mismos empezaron á disparar, sin que bastára á contenerles la presentacion de un parlamentario portugués, que con una bandera blanca envió Meneses, haciendo segunda intimacion que con arrogancia fué desatendida.

Durante estas escenas andaba Bustamente amotinando la gente, esforzándose en persuadirla de que cumplidos ya cinco años desde su salida de España, y perdida en fin toda esperanza de que fuese alguna armada en su socorro, era inevitable la rendicion á los portugueses para salvar las vidas. En el desesperado caso en que la Torre se encontraba, convencido de la traicion de Bustamante, y de que él y sus leales fueran víctimas de sediciosos, trató de sacar el mejor partido posible. Propuso, pues, á los portugueses que, conservando él á Tidor, les devolveria la isla de Maquian, la galera y artillería que les apresó, como tambien los prisioneros que tenia en su poder; pero desechada la propuesta por Meneses, empeñado en la entrega de la fortaleza y la gente que habia en ella, capitulóse al fin, bajo condicion de entregarlo todo á los portugueses, y que Hernando de la Torre y los españoles que quisieran seguirle, evacuasen dentro de veinte y cuatro horas los puntos que en las islas Molucas ocupaban. Estipulóse ademas que llevándose un cañon de bronce, dos versos de fierro, sus armas, hacienda y cuanto pudiese conducir en un bergantin pequeño que tenia y dos paraoles que Meneses le prestaba, se retirase con su gente á Zamafo, ó cualquiera otro punto que no fuese una de las cinco islas de la Especería, donde permanecieran hasta que unos ú otros recibiesen algunas órdenes de su monarca respectivo; en cuyo caso quedaban obligados á participarse mútuamente lo que hacer determinasen.

Asi terminó la posesion en que los españoles estaban del interesante puerto

de Tidor, adquirida y conservada en fuerza de costosos sacrificios, de esclarecidos hechos y de grandes ejemplos de valor y constancia. Mediante aquel convenio fueron dueños los portugueses de la fortaleza que los mismos españoles levantaron; el ilustre caudillo de estos salió de ella con veinte y tres castellanos que fieles le siguieron, quedándose doce perjuros al servicio del Rey de Portugal, á quienes Hernando de la Torre, á voz de pregon, declaró traidores, confiscando sus bienes y haciendas. Contábanse en el número de los leales Pedro de Montemayor, teniente del capitan, el tesorero Martin García de Carquizano, el factor Diego de Salinas, Martin de Islares, Pedro Rodrigo Ramos, y Diego de Ayala; cuyos nombres son dignos de eterna remembranza. Al consumar su perjurio el pérfido Bustamante, se llevó cuantos libros y documentos existían en la contaduría de su cargo. Entre sus cómplices, pasados á los portugueses, se contaban el maestre Ans, y el clérigo Juan de Torres.

En tanto los paraoles con que Alonso de los Rios asedió la isla Batachina, llegaron á Mare, pueblo tidorano, donde supieron la ocupacion de Tidor y su fortaleza por los portugueses, y las paces hechas entre estos y todos los lugares de aquella isla, lo cual determinó á Rios á volverse á Gilolo con su gente: pero los indios que iban en algunos de los paraoles no quisieron alejarse de un pueblo de Tidor llamado Tamalo, á donde querian ir á recoger sus mujeres é hijos. Sin dar tiempo á los españoles que estaban con ellos para que se trasladáran al buque en que el capitan castellano se encontraba, les forzaron á seguir con los mismos indios; pero no siendo su voluntad permanecer con estos, desde Tamalo se pasaron á los portugueses. Al cabo de unos doce dias se tuvo noticia de todo esto en Gilolo, y de que Alonso de los Rios, ya sin armada, se hallaba retraido en un monte con tres de sus compañeros, teniendo en su poder dos versos y dos escopetas. Allá fué Urdaneta inmediatamente con un paraol lijero y bien armado, y recogiendo en él aquellos cuatro individuos los condujo á Gilolo, donde con la llegada de estos ascendió á diez y nueve el número de aquellos españoles.

El peligro que Hernando de la Torre y sus compañeros corrian de ser atropellados por los portugueses mientras permaneciesen en Zamafo, indujo á los de Gilolo al armamento de tres paraoles para llevarse aquellos capitulados y ponerlos así en salvo. Urdaneta, Rios y un embajador gilolano fueron comisionados al efecto, pero la Torre en vez de ceder á las manifestaciones y los ruegos de los tres enviados para que con ellos se retirase de aquel punto, prefirió á su seguridad personal la religiosidad del juramento que hizo al capitular en Tidor permaneciendo en su retiro, hasta saber la resolucion que aguardaba del Emperador, conforme á lo pactado. Cinco de los suyos siguiendo el dictámen de Urdaneta y persuadidos de que los portugueses aprestaban armada para ir á Zamafo, se fueron con los tres enviados á Gilolo: los demás siguieron la suerte de la Torre.

Muy agenos de lo que en Tidor pasaba proseguian su viaje para Nueva España los del navío la Florida. Al llegar á la isla donde cogieron prisioneros los tres indios en la anterior navegacion, dos de estos se arrojaron al mar, y el otro, que era muy despejado, y ya cristiano, fué enviado á tierra para decir á los salvages isleños que la gente del navío iba de paz. Iba el neófito á nado, no habiendo querido aventurar la barca los de á bordo, y á breve rato vieron estos que los indios saliendo en canoas al encuentro de aquel desventurado le daban muerte, en tanto que alzaba agudos gritos implorando socorro de los españoles, quienes por desgracia no podian salvarle. Sin detenerse ya nuestros navegantes siguieron su derrota al E-N-E. y descubriendo cinco isletas, la mayor de ellas de unas cuatro leguas de estension, notaron que estaban pobladas de gente morena, y los hombres eran barbados y usaban calzones de estera de palma. Cuatro ó cinco de ellos se acercaron al navío en un parao, y mientras algunos hacian señas como indicando que amainase nuestra gente, otro tiró al costado del navío una piedra con tal fuerza que hendió una tabla. Ahuyentados al fin los salvages al dispararles un escopetazo, la Florida prosiguió su viaje, habiendo observado que aquellas islas se hallaban situadas en 7° á distancia de mil leguas de Tidor y otras tantas de Nueva España. Ochenta habrian navegado desde las mismas tierras, corriendo al N-E., cuando hallaron otras y en una de ellas surgieron.

A breve rato vieron gente que en paraoles se les acercaba, llamándoles con una bandera. Fondeando siete de las indianas naves por la proa del navío, despues de haberles echado Saavedra una manta y un peine en signo de amistad, veinte de ellos entraron en la Florida, llevando en medio una muger que al parecer tenian por hechicera, atendido el respeto que la guardaban y los ademanes que ella hacia tentando con sus manos á cada español, estando persuadidos aquellos salvages de que así iban á saber que gente era la nuestra y cuáles sus intenciones. Agasajóles Saavedra, y quedaron tan amigos suyos que un castellano se atrevió á ir con ellos á tierra, donde á presencia de los caciques que acudieron á su llegada le obsequiaron, llevándole como en triunfo á sus espaciosos albergues, cubiertos de hojas de palma. Tan satisfactorias demostraciones impulsaron al capitan del navío á desembarcar con la mayor parte de su gente, y al saltar en tierra fueron objeto de una escena halagüena cuanto estraña. Hombres y mugeres saliendo á recibirlos, entonaban cánticos á su modo al compás de roncos tamborinos, con que espresaban cordial amistad y sincera alegría al hospedar á los desconocidos estrangeros; pero cuando sentado Saavedra en un bohio con el Señor de la isla, quiso este enterarse de lo que era una escopeta, y el capitan por complacerle mandó dispararla, al oir el estampido fué tanto el espanto de los sencillos é ignorantes isleños que cayeron en tierra temblando, y luego huyeron retirándose á los palmares, escepto el Señor y unos cuantos de su comitiva, que aunque atónitos permanecieron quietos. Vueltos en sí del asombro se

embarcaron todos en sus paraoles, y en número de unos seis mil individuos se fueron á otra isla que de allí distaba mas de tres leguas. Al cabo de ocho dias determinó Saavedra aunque enfermo hacerse á la vela, y los indios volvieron afanosos á darle ayuda y proveerle de algunos refrigerios. Eran aquellos indígenas de raza blanca, pintábanse los brazos y el cuerpo, y las mugeres, en general bien parecidas y aun hermosas, con cabellos negros y largos, iban vestidas de esteras muy finas; las armas que usaban todos ellos eran palos tostados, y su alimento cocos y pescado.

Dejando la isla hospitalaria hizo rumbo al N. la Florida, y navegando hasta ponerse en los 26°, tuvieron nuestros viajeros la desgracia de ver terminar allí los dias del capitan don Alvaro de Saavedra. Próximo á la muerte convocó á la gente en derredor del lecho mortuorio, y esforzando la voz rogó á todos que navegasen hasta los 30°, y que en caso de no hallar tiempos propicios para ir á Nueva España volviesen á Tidor, y se pusiesen á las órdenes de Hernando de la Torre. Acto contínuo señaló por sucesor suyo en el mando del navío al toledano Pedro Laso. Aclamado y reconocido este por capitan al espirar Saavedra, á los ocho dias le alcanzó tambien la muerte, y el gobierno de la fatídica nave fué encomendado al maestre y al piloto. A distancia ya de 1,200 leguas de las Molucas y á 1,000 de Nueva España, en los 31° de latitud N., vientos contrarios les obligaron á arribar á una de las islas de los Ladrones, y de allí, continuando en retroceso, fueron á dar en la de Gilolo, en 8 de diciembre, y surgieron en el puerto de Zamafo, á donde llegaron con veintidos individuos, habiendo perdido cinco, incluso el capitan Saavedra. El navío, ya roido de la broma (1), fué entregado con todos sus efectos á Hernando de la Torre, y su gente exasperada por los trabajos y privaciones se desbandó insubordinada. Algunos quedaron en Zamafo, y los demás, dispersos, cayeron prisioneros de los portugueses, que los llevaron á Malaca. Allí fueron víctimas de las enfermedades del pais la mayor parte de ellos, y los restantes, en corto número, obtuvieron licencia para ir á Goa, en la India. A su llegada fueron socorridos con diez ducados por el gobernador portugués Nuño de Acuña, quien les notificó que estaba ya celebrado entre los Soberanos de España y Portugal el convenio sobre posesion y pertenencia de las islas Molucas (2), en cuya virtud quedaban en libertad para trasladarse á donde quisieran.

(1) Conócese con el nombre de broma una especie de caracol marino de figura cilíndrica y serpenteada que roe la madera de los navíos. Véase tomo I, pág. 284.

(2) Celebróse en Zaragoza el convenio ó capitulacion sobre transacion y venta de las Molucas, en 22 de abril de 1529, siendo plenipotenciario en representacion del Emperador Cárlos V el conde de Gutinara, y el obispo de Osma don frey García de Loaisa: y en la del Rey de Portugal el consejero y comendador mayor don Antonio de Acevedo Coutiño. Prescindimos de la insercion literal de la capitulacion, considerando suficiente el estracto de ella, que contiene lo esencial por el órden de sus artículos, á saber:

«Primeramente, los espresados representantes del Emperador, declararon que, desde la citada fecha, vendian para siempre jamás al dicho señor Rey de Portugal, para él y todos sus sucesores de la corona de sus reinos, todo el de-

Solo Vicente de Nápoles, uno de ellos, pidió y obtuvo licencia para ir á Portugal. Al cabo de mucho tiempo se embarcó en Cochin en la nao

recho, accion, dominio, propiedad y posesion ó casi posesion, y todo el derecho de navegar, y contratar y conservar por cualquier modo que sea, que el dicho señor Emperador y Rey de Castilla decia tener y podia tener por cualquier via y manera que fuese en el dicho Maluco, islas, lugares, tierras y mares, segun abajo será declarado, y esto con las declaraciones, limitaciones, condiciones, y cláusulas abajo contenidas y declaradas, por precio de 350,000 ducados de oro, pagados en monedas corrientes en la tierra, de oro y plata, que valieran en Castilla 375 maravedís cada ducado, los cuales el dicho señor Rey de Portugal daría y pagaría al Emperador y Rey de Castilla, y á las personas que S. M. para ello nombrase, en esta manera: los 150,000 ducados en Lisboa dentro de quince ó veinte dias primeros siguientes, despues que este contrato, confirmado por el Emperador y Rey de Castilla, fuere llegado á la ciudad de Lisboa, ó á donde el Rey de Portugal estuviese, y 30,000 ducados pagaderos en Castilla, los 20,000 en Valladolid, y los 10,000 en Sevilla, hasta veinte dias del mes de mayo de aquel año y 70,000 ducados de Castilla, pagados en la feria de mayo de Medina del Campo, del mismo año, á los términos de pagamentos de ella; y los 100,000 ducados restantes en la feria de octubre de la dicha villa de Medina del Campo de aquel año, á los plazos de los pagamentos de ella, pagado todo fuera de cambio, y si fuese necesario se dará luego cédulas para el dicho tiempo; y si el dicho señor Emperador y Rey de Castilla quisiere tomar á cambio los dichos 100,000 ducados en la dicha feria de mayo de este año para socorrerse de ellos, pagará el Rey de Portugal á razon de 5 ó 6 por 100 de cambio, como su tesorero Hernando Alvarez los suele tomar de feria á feria, cuya venta el señor Emperador y Rey de Castilla hace al Rey de Portugal, con condicion que en cualquier tiempo que el Emperador y Rey de Castilla ó sus sucesores quisieran tornar, y con efecto tornaren todos los dichos 350,000 ducados enteramente, y sin faltar de ellos cosa alguna al Rey de Portugal ó sus sucesores, dicha venta quedaria deshecha y cada uno de los dichos señores Emperadores y Reyes con el derecho y accion que á la sazon tenian y pretendian tener, así en el derecho de la posesion, ó casi posesion, como en la propiedad, por cualquier via, modo y manera que pertenecer les pueda, como si este contrato no fuese hecho, y de la manera que primero lo tenian y pretendian tener, etc.

Para saber cuáles eran las islas, lugares, tierras y mares que el Rey de Castilla, en uso de su derecho y accion vendia al de Portugal, desde entonces para siempre, daban por echada una línea de polo á polo, á saber, del Norte al Sur, por un semicírculo que distára de Maluco al Nordeste tomando la cuarta del Este 19 grados, á que corresponden 17 escasos en la equinocial, en que monta 297 leguas y media mas al Oriente de las islas Molucas, dando 17 leguas y media por grado equinocial, en el cual meridiano estan situadas las islas que llamaban de las Velas y Santo Tomé, por donde pasa la espresada línea ó semicírculo; y que levantasen en fin cartas de navegar, en que se trazase dicha línea, prévio el exámen y confrontacion de datos que se indicaban en el mismo artículo, para que así los vasallos y súbditos del Emperador, y los navegantes de una y otra parte estuviesen ciertos del sitio de la misma línea y distancia de las 297 leguas y media que habia entre la línea referida y las Molucas.

Que en cualquiera tiempo que el Rey de Portugal quisiera que se viese el derecho de propiedad de las citadas islas, tierras y mares, y el Emperador y Rey de Castilla no *tuviere tornado el dicho precio ni el contrato estuviese resuelto*, cada una de las altas partes contratantes nombraria tres astrólogos, y otros tantos pilotos ó marineros espertos en la navegacion, quienes en un punto de la raya, donde se acordare, se juntasen, dentro de cuatro meses del requerimiento por el Monarca portugués, y allí consultáran y acordáran sobre el modo de examinar el derecho de la propiedad, conforme á las capitulaciones que se hicieron entre los Reyes Católicos y don Juan II de Portugal; practicado lo cual, si se declarase la pertenencia á favor del Monarca español, *tornen realmente* los 350,000 ducados, que por el contrato le fueren dados; así como los tornára realmente el portugués si por este se declarase tal derecho.

Por otro artículo se estipuló muy circunstanciadamente el modo y las formalidades con que, durante los plazos señalados para tener cumplido efecto el contrato, se habian de retener y conservar depositadas las especerías ó drogas que de las Molucas viniesen en naves tanto portuguesas como españolas, hasta averiguar y hacer constar su verdadera procedencia y ser entregadas ó devueltas á la parte de cuyas posesiones verdaderas se hubiesen esportado.

Prohibiase á los súbditos españoles navegar, traficar y contratar dentro de la línea demarcada, á no mediar el consentimiento ó permiso del Rey de Portugal, bajo pena de ser tratados y castigados como corsarios infractores.

En caso de que el Emperador y Rey de España diese favor y ayuda á cualquiera de sus súbditos, ó á estrangeros para ir á las Molucas, ó que no lo impidiese ó estorbase, se daria por concluida y formalizada la venta referida á favor del Rey de Portugal, sin estar obligado á pagar lo que debiere por el precio en que ajustó la venta, y sin que se pudiese alegar por la parte contraria accion ó derecho alguno de pacto *retrovendendo*. Hízose escepcion de aquellos casos en que tiempos contrarios forzasen á los súbditos españoles á pasar la línea, ó que la traspasáran por ignorancia, siempre que lo justificáran, y que cesado el contratiempo, ó advertida la equivocacion, volviesen afuera de la demarcacion.

portuguesa llamada *Flor de la mar*, y á los seis meses y medio de viaje llegó á Lisboa.

Se prohibió á los portugueses levantar de nuevo ortaleza alguna en las Molucas, ni en 20 leguas al rededor de ellas hasta donde por el contrato se daba por trazada la línea.

El Rey de Portugal y sus súbditos quedaron obligados á favorecer y proteger en su navegacion las naves de las armadas que el Rey de España habia enviado hasta entonces á las Molucas, y á resarcir los daños y quebrantos que bajo cualquier concepto les causaren los portugueses, imponiendo castigo á los contraventores etc.—Se estipuló además el alzamiento de secuestros pendientes, y la libre estraccion de mercancías cambiadas, contratadas y cargadas hasta el dia de la notificacion del contrato.

Si alguna de las partes contratantes faltase en algun modo á lo convenido, perderia por el mero hecho el derecho que tuviere á lo contratado, pagando además como en pena á la otra parte 200,000 ducados de oro.

Ultimamente, queriendo dar mas solemnidad y validez al contrato, se estipuló que este fuese juzgado, confirmado y aprobado por el Papa, espidiendo bula al efecto, con sentencia de escomunion, *ipso facto*, contra aquellos que contravinieren ó se opusiesen á su observancia etc.: anatema de que nadie podia ser absuelto ni aun por el mismo Pontífico sin consentimiento de la parte agraviada.





CAPITULO VII.

El Sultan de Gilolo da aviso á los españoles retirados en Zamafo, de que los portugueses se preparan para ir contra ellos.—Trasládanse Hernando de la Torre y los suyos desde Zamafo á Gilolo.—Renuévase la guerra entre españoles y portugueses: desercion de algunos españoles, y muerte de otros, víctimas de los trabajos.—Muere de vejez el Rey ó Sultan de Gilolo, dejando encomendado su hijo á los españoles, y nombrados gobernadores del reino á dos sobrinos suyos: revueltas de los indios contra españoles y portugueses: paces entre estos, y procedimientos contra los sediciosos.—El portugués Pereira reemplaza en Ternate á Meneses, residencia á este y le envia preso á la India.—Paces entre los indios de Ternate y los portugueses: vuelven aquellos á sublevarse para rescatar á su Rey niño cautivo, y asesinan á Pereira.—La Reina madre de Ternate pide auxilio á Hernando de la Torre contra los portugueses y se le niega, al mismo tiempo que se le da á Fonseca, sucesor de Pereira.—Alzan los indios el sitio de la fortaleza de Ternate: por la intervencion de la Torre se renuevan las paces entre indios y portugueses, y se confirman entre estos y los españoles.—Facilita Fonseca á la Torre un buque con el cual va un mensajero castellano, á cerciorarse por medio del gobernador de la India del convenio celebrado entre los Reyes de España y Portugal, y pedir auxilios y recursos para regresar los españoles á la península.—Vuelve el mensajero á fines de 1533, despachado satisfactoriamente.—Amotínanse los gilolanos contra los españoles al saber que estos van á ausentarse.—Preséntase una armada portuguesa enfrente de Gilolo, desembarcan los portugueses favorecidos por los españoles, toman la ciudad, pasa Hernando con los suyos á Ternate, recibe allí los auxilios necesarios para su regreso á España, y en diferentes naves emprenden el viaje.—Llegan sucesivamente á Lisboa, á mediados del año 1536, al cabo de una larga y penosa navegacion: arbitrariedades cometidas por el gobierno portugués contra Hernando de la Torre, Urdaneta y Poyo, quienes se fugan de Portugal y llegan á la corte de España (1).

Leal y adicto á los españoles el Sultan de Gilolo, dió aviso á los retirados en Zamafo, de que Meneses aprestaba en Ternate grande armada para ir contra ellos prontamente. Adoptando pues Hernando de la Torre el parecer que al mismo tiempo le daban Urdaneta y Alonso de los Rios, reunió los suyos en consejo; acordaron trasladarse á Gilolo, donde mejor que en otra cualquiera

(1) Historiadores ó autoridades: *Herrera, Oviedo, Fernandez de Navarrete.*

parte podrian atender á su seguridad y defensa, auxiliados del poder de aquel Monarca, y embarcándose en el navío y el bergantin se dirigieron al punto determinado. Llegó felizmente á Gilolo la segunda de dichas naves, pero la Florida, no pudiendo doblar una punta de la isla, hubo de volver á Zamafo, con intento de trasladarse á otro lugar de ella llamado Tomilinga, desde el cual, proporcionándose paraoles, pudiese ir remolcada hasta su destino. Aun estaban surtos en aquel puerto cuando llegaron dos paraoles de Ternate con dos señores del pueblo, quienes exigieron de los de Zamafo que les rindiesen parias, como lo hacian con el Rey de Tidor, á lo cual se oponia el castellano Montemayor, quien encontrándose en tierra enfermo invocaba el pacto con que Meneses se comprometió á no consentir que se despojase de cosa alguna á los capitulados: mas en tanto que esta cuestion se ventilaba, uno de los indios procedentes de Ternate, zambulléndose en el mar, fué bajo del agua y cortó el cable con que estaba amarrado el navío, y asi los de á bordo se vieron forzados á dar vela para ponerse en salvo. Por su dicha, al cabo de nueve dias de peligrosa navegacion entre las islas comarcanas, cerca ya de Gilolo y con viento propicio, encontraron dos paraoles que la Torre enviaba en busca suya, y arribando al puerto de salvacion se juntaron allí hasta sesenta españoles, confiados todos á la generosidad y buena fé del Monarca gilolano.

Ya decrépito este Sultan, cayó gravemente enfermo y se vió próximo á la muerte. En la hora estrema llamó al capitan Hernando de la Torre, á Urdaneta y otros castellanos, como tambien al espatriado Rey de Tidor, y rodeado de todos estos el lecho en que yacía, el moribundo Soberano, les encomendó su hijo y la defensa de todo el reino, nombrando por gobernadores al espirar á dos sobrinos suyos: era uno de estos Quichiltidor, y el otro Quichilbumi ó Quichil-Catarabumi, el cual anduvo mucho tiempo desterrado de los Estados de Gilolo, porque disputando el trono habia intentado dar muerte á su tio y Soberano, quien le perdonó en su último dia.

Malquistados por entonces los indios de Ternate con los portugueses, de quienes habian esperimentado agravios, entraron en combinacion con los de otras islas á fin de conspirar y dar muerte alevosa á portugueses y españoles. Para llevar á efecto la traicion, se mostraron acordes en un convenio de paces, que se meditaba entre aquellos europeos rivales y los indios de todas las Molucas; mas por fortuna de los primeros, Andrés Urdaneta, que poseía ya la lengua del pais, y tenia relaciones amistosas con muchos indígenas principales, descubrió la conjuracion, y poniéndolo en noticia de la Torre, se evitó la catástrofe que tan de cerca amenazaba. Si peligroso era dejar impúne el hecho, aunque no consumado, mucho mas todavia hacer castigos ejemplares, por cuanto los cómplices eran innumerables, muchos y de gran valía en el pais los principales autores ó cabezas, y el suplicio de estos ó de algunos de ellos produjera en las islas un alzamiento que comprometiera gravemente la existencia de españoles y portu-

gueses. Consideraciones tales persuadieron de la necesidad de tomar precauciones y disimular al mismo tiempo. Se llevó pues adelante la negociacion para sentar paces entre unos y otros, sobre lo cual, á mediados de 1530, pasó Urdaneta con algunos personages de Gilolo á la fortaleza de Ternate, y haciendo alianza con aquel Rey y con Meneses, enteró á este de la conjuracion descubierta: pero el comandante portugués lejos de dar crédito á lo revelado, habló secretamente á los gilolanos, y prometiéndoles grandes dádivas exigió de ellos que se deshicieran de los españoles acogidos y amparados en su tierra; perfidia á que parece se negaron aquellos indios.

No por esto renunció Meneses su depravado intento, antes bien, sentadas ya las paces á pocos dias, se entendió para ello con el gobernador de Gilolo, Catarabumi, quien á la sazon estaba malquistado con los españoles, considerando á estos como un estorbo para su propósito de alzarse con el trono del real pupilo. El pérfido tutor y regente no se atrevia pues á consumar la usurpacion sin el apoyo de europeos, á pesar de sus muchos partidarios, y por tanto, conviniendo á sus planes lo que el portugués le proponia, accedió prometiéndole ejecutarlo. Velaba en medio de esto por la persona del monarca niño su tio Quichiltidor; traslució la infame trama, la reveló á los españoles, y desde aquel instante, vigilantes y precavidos, andaban siempre armados y recelosos, tanto mas cuanto los indios secuaces del traidor Catarabumi les ostigaban, perjudicándoles de mil modos, y haciéndoles sufrir mil privaciones.

En tal estado, á primeros de octubre de aquel año, ocurrió un suceso en que parecia verse la mano de la Providencia castigando el crímen con el crímen. Aquel mismo Meneses que alevosamente intentaba el esterminio de los españoles refugiados en Gilolo, descubrió una traicion meditada entre un gobernador de aquella isla, y otro de la de Ternate, para acabar simultáneamente, á impulsos del puñal, con portugueses y españoles. No se descuidó entonces el amenazado don Jorge en dar aviso de esta traicion á Hernando de la Torre, quien deseoso de hacer justo escarmiento en el alevoso gobernador gilolano y sus cómplices, consultó con los principales del pueblo de Gilolo, á quienes tenia por adictos y leales, y unánimes fueron de parecer que se impusiera el suplicio merecido á los conjurados, siendo además sus casas demolidas, y que para ello se diese competente favor y auxilio á los cristianos. Tan saludable como terrible hubiera sido la ejecucion de semejante parecer, mas por desgracia mudaron de él los mismos que le dieron, perdonando á los delincuentes bajo condicion de que pagasen el valor de esta gracia inapreciable, satisfaciendo á los españoles cierto pecho de moneda.

De distinto modo obró Meneses en tan grave asunto, siendo á un tiempo parte y juez inexorable, pues no fué mas pronto certificarse de la intencion de los indios, que enviar á llamar con disimulo y cautela al Rey de Ternate, adolescente todavía, al gobernador y otros señores distinguidos, quienes lejos de

esquivar el llamamiento se presentaron sin tardanza, y apenas hubieron entrado en la fortaleza los encarceló y encadenó, sin distincion alguna, confundiendo inocentes con culpables por de pronto. Acto continuo hizo dar tormento á algunos de ellos, y confesos de la traicion que meditaban fueron decapitados Quichil de Revés, gobernador de la isla, hombre el mas influyente y temido en ella, y otros cuatro ó cinco personages los mas distinguidos; quedando preso el Rey en la fortaleza portuguesa. Divulgado por la isla este escarmiento, que en el todo fué mas impolítico que prudente, cual si fuese la noticia una encendida tea aplicada á preparados combustibles, se levantaron los indios contra los portugueses, en tal manera que estos no eran ya dueños de salir de la fortaleza ní á distancia de un tiro de arcabuz; y hasta los gilolanos, al saber aquellas sangrientas ejecuciones, sobresaltados y temerosos acudieron á las armas en ademan de insurreccion, poniendo á los castellanos en gran temor y conflicto. Por dicha suya se hallaban estos bien quistos con algunos parientes del Monarca, y estos mismos, mostrándose abiertamente de su parte, impusieron respeto al regente Catarabumi, que sin duda aprovechára la ocasion que le ofrecia aquella alarma, para cumplir la palabra que á Meneses habia dado, y usurpar de paso la corona.

En la noche de aquel dia fué Urdaneta en una canoa con solos cinco remeros á enterarse de lo que pasaba en la fortaleza de Ternate, y ofrecer á los portugueses todo el auxilio que los españoles pudiesen darles; oferta á que Meneses se mostró agradecido, y prometiendo amistad sincera á los que tan generosos se mostraban en tales circunstancias, convino con Urdaneta en que recíprocamente se darian socorro en caso necesario, condenando al olvido lo pasado entre unos y otros. Con esto regresó el mensajero castellano á Gilolo, no sin riesgo de caer en manos de los indios al reembarcarse.

A pocos dias de este suceso fué relevado don Jorge Meneses por Gonzalo de Pereira, quien procedente de la India arribó á Ternate con una galera, un navío, un junco y setenta portugueses de refuerzo. Señaló el nuevo gobernador de aquella fortaleza sus primeros actos, en 20 de diciembre, ratificando los pactos de alianza con los españoles, residenciando á Meneses por la muerte de Quichil de Revés, y enviándole preso á la India portuguesa, á principios de enero de 1531.

Tan inesperados acontecimientos determinaron á los indios á pedir y sentar paces con los portugueses, pero al negarles estos la entrega del cautivo Rey, á pesar de las repetidas instancias y reclamaciones de la Reina madre, ardiendo en ira se congregaron el dia 27 de marzo, y deseosos de venganza juraron dar muerte, aunque fuese traidoramente, á Pereira y los suyos, para rescatar á su Monarca y recobrar su independencia. Para esto, valiéndose del pretesto de llevar agua y piedra para las obras de la fortaleza, dentro de las vasijas introdujeron cautelosamente una porcion de armas, á manera de dagas, al mismo

tiempo que por afuera dispusieron una gran celada de indios, que acudieran de improviso á la señal que aquellos conductores les hicieran, despues de haber asesinado con los ocultos aceros al capitan Pereira. Sucedió, pues, que al pasar un portugués por donde estaba la celada dió en ella, y queriendo salvarse en la fortaleza gritó *traicion, traicion*; grito que oido por los de dentro fué de alarma, sin que pudieran salvar la vida al que lo dió, aunque algunos acudieron á salvarle. Los indios de adentro viéndose comprometidos asesinaron á puñaladas á Pereira y á un criado suyo, y en tanto los emboscados se agolparon hácia la fortaleza. La resistencia de los portugueses fué tan pronta como el ataque, matando á tiros muchos indios de los de afuera, y á cinco ó seis de los de adentro, incluso el asesino de Pereira. Frustrada así la tentativa, los ternateses saquearon y quemaron las casas de los portugueses, y en breves dias se levantaron contra estos todas las islas Molucas, escepto la de Gilolo que se mantuvo neutral en tal contienda. No así Hernando de la Torre, pues fiel de una parte á lo pactado, y considerando por otra parte que á la toma de la fortaleza de Ternate por los indios seguiria la insurreccion de todos ellos contra los pocos españoles acogidos en Gilolo, hizo causa comun con los portugueses, determinado á socorrerlos en caso necesario.

Como sucesor de Gonzalo de Pereira nombraron los de la fortaleza á Vicente de Fonseca, quien acosado de la necesidad despachó muy luego en una galera un mensajero en 22 de junio, para verse con la Torre y el Sultan de Gilolo, pidiéndoles por merced que le proveyesen de víveres, pagados en dinero. No fué en vano la peticion, pues el capitan español mediando con aquel gobernador y los magnates, consiguió que pagándolo al contado se entregáran cuantos comestibles pudo llevar la galera. Este socorro bastó para que los indios de Ternate levantáran el cerco que habian puesto á la fortaleza. A consecuencia, siendo mediador y nombrado árbitro por ambas partes Hernando de la Torre, entre portugueses y ternateses se celebró un convenio, por el cual el Rey cautivo fué restituido á su madre, y los de Ternate quedaron obligados á resarcir los daños causados á los súbditos portugueses. A tan feliz desenlace siguió la paz y concordia entre todos, declarándose unos y otros agradecidos amigos de los españoles. Al cabo de algunos meses tuvo noticia el capitan la Torre, por conducto de los portugueses, aunque no en debida forma, de que el Rey de España habia vendido al de Portugal el derecho que se consideraba tener á la posesion de las Molucas. Para certificarse de la exactitud de este hecho, solicitó el caudillo español y alcanzó del portugués, que este le facilitase una galera, en la cual envió comisionado á la India á Pedro Montemayor, suplicando á aquel gobernador por el Rey de Portugal, que le enterase oficialmente de lo pactado entre ambos Monarcas y le enviase además, no solo con que adquirir bastimentos, sino tambien una nao para regresar á la península con su gente, y un salvo-conducto para que ningun capitan ó súbdito portugués pudiese detenerlos en su viage.

Partió Montemayor para su destino á principios de 1532, y en noviembre del mismo año volvió acompañado de Tristan de Taide, que en nombre y representacion del Rey de Portugal iba de capitan general y gobernador de las Molucas. Traia este dos carabelas, y apenas llegó á Ternate despachó un paraol con las cartas que llevaba del gobernador de la India para la Torre y el Sultan de Gilolo, en que al mismo tiempo que les daba gracias por la intercesion y buenos oficios con que ajustaron paces entre los portugueses y la Reina de Ternate, hacia saber á los españoles que solo por correspondencia extra-oficial tenia conocimiento del convenio celebrado entre los dos Soberanos de la península; y que sin embargo les enviaba una nao de 200 toneles, mandada por el capitan Jordan de Fretes, en dinero dos mil cruzados por cuenta del Emperador, y el salvo-conducto requerido, con todo lo cual pudieran hacer el viage deseado.

De esto mismo con que parecia que iban á cumplirse los votos de aquellos beneméritos españoles, nació para ellos un conflicto tanto ó mas grave que los anteriores. Acaeció que observando los indios de Gilolo los preparativos de sus huéspedes europeos para irse con los portugueses, lo miraron como desercion del uno al otro bando. Llevados de esta idea empezaron á amotinarse y amenazaron de muerte á los españoles, para hacerles desistir de su partida de Gilolo; cortaron toda comunicacion con los portugueses, considerándolos causantes de aquella novedad, y por último les declararon guerra. Para mayor desgracia de los españoles, aunque obrando prudentemente se mostraron leales á los portugueses, juzgaron estos injustamente que aquellos promovian la guerra con los indios; amenazándoles con ir sobre ellos y no dejar ninguno vivo, Tristan de Taide fué en efecto á Gilolo con respetable armada, y los indios, poniéndose á toda priesa en estado de defensa, se apoderaron de la artillería de los españoles y la colocaron como pudieron. En tal estado, siendo la Torre y los suyos el blanco de indios y portugueses, de los unos porque querian les ayudasen contra los otros, y de estos porque bien que injustamente les consideraban autores de la discordia, atendieron al peligro mas cercano, y sin propósito de cumplirlo dieron á entender sagazmente á los gilolanos que estarian de su parte. La situacion de aquellos españoles era tan fatal, que habiendo muerto muchos de ellos se hallaban reducidos á diez y siete, y muchos de estos enfermos, cuando la armada portuguesa se presentó á la vista de Gilolo. Andaba el capitan Tristan de Taide en una canoa reconociendo la costa para hacer el desembarco: habiéndolo advertido un español se metió en el mar con su escopeta, y parapetándose por precaucion detrás de un mangle disparó muy de cerca un tiro diciendo al punto, *por alto*; grito que oyó el capitan portugués, y comprendiendo su significacion se persuadió de que los españoles no les hostilizaban, por lo cual mandó pregonar en todas sus naves un bando, prohibiendo tanto á indios como á portugueses el dañar á ninguno de los españoles.

Al amanecer del dia siguiente desembarcó toda la gente de la armada: los

gilolanos huyeron viendo inertes á los españoles; estos salieron á unirse con Tristan de Taide, teniendo la desgracia de que en el acto fuese herido mortalmente de una bala perdida el factor Diego de Salinas, y los portugueses entraron en la ciudad de que se hicieron dueños. Los vencedores destruyeron y quemaron aquel pueblo, y embarcando la artillería que allí encontraron se retiraron acompañados de los españoles. Al llegar estos á Ternate entregó Taide los dos mil cruzados á Hernando de la Torre, quien los distribuyó entre sus compañeros, reservándose la parte que le tocaba, del mismo modo que lo hizo con todo lo que trajo de Gilolo.

Entrado el año 1534, á mediados de febrero, se embarcó el capitan español con la mayor parte de los suyos para la India; fueron á la isla de Java, donde se detuvieron cerca de dos meses, y luego á Malaca, en 15 de agosto. Allí se quedó Diego de Ayala con dos hijos que tenia de una indiana, y despues fué á la China de escribano de una nao portuguesa. Yendo tambien á la India Fernando de Bustamante en un navío portugués, fué envenenado sin saberse por quién, y su muerte se miró como una pena con que expiaba la traicion que en Tidor hizo á los suyos. En Malaca y otros puntos perecieron además otros españoles, de suerte que el número de estos desventurados viajeros quedó reducido al de diez, incluso su capitan la Torre, quien felizmente llegó con sus compañeros á la India, donde fueron bien recibidos y tratados por aquel gobernador, hasta su reembarco para la península.

Aunque Andrés de Urdaneta quedó en Ternate con ámplios poderes de la Torre, para cobrar lo mucho que los indios debian á los españoles, bajo pacto de pagar en clavillo, Tristan de Taide le prohibió desempeñar su comision, amenazándole con un castigo, y previniendo á los Reyes ó Sultanes de las Molucas que nada satisfaciesen de tales créditos. Por último se embarcó en 15 de febrero de 1535, acompañado del piloto Macías del Poyo, que con él se habia quedado. Detenido Urdaneta en Banda, aguardando tiempo favorable, arribaron con armada y se le presentaron Quichiltidor y Quichil-Catarabumi, el mismo que conspiró contra los españoles, y con lágrimas en los ojos le rogaron, que en recompensa de los buenos servicios y la constante y fiel alianza con que los indios de Tidor y Gilolo habian estado de parte del Emperador y Rey de España, á quien siempre rindieron homenage, en nombre y representacion de los mismos molucanos impetrase el poder de su poderoso Monarca, para sacar aquellos vasallos suyos del cautiverio en que gimieran bajo el yugo portugués. Con la reserva que exigia la situacion de los demandantes y del mismo Urdaneta, les dió este esperanzas que de consolatorias no pasáran, y continuando su viage él y Poyo á fines de julio arribaron á Malaca, punto fortificado por los portugueses, y centro de comercio de estos con los principales puntos de la India, las Molucas y la China.

De Malaca partieron en 15 de noviembre en un junco portugués, pasaron

por Ceilan, patria de la esquisita canela, llegaron á Cochin, y aquí tuvieron la dicha inesperada de encontrar á Hernando de la Torre y sus leales compañeros. A breves dias previno á todos ellos el comandante portugués de aquel punto que se dispusieran para continuar su viage, con prevencion á la Torre de que en la nao en que él se embarcase no llevase consigo mas de cuatro ó cinco do los suyos, y que en otras naves fuesen los demás. Repartiéronse pues en tres; hiciéronse á la vela los primeros Urdaneta y Poyo en 15 de enero de 1536, y á continuacion, en otra nave, Francisco de París y dos mas, manteniéndose todos á su costa. La Torre con cuatro compañeros permaneció todavia en Cochin para embarcarse en la nao llamada la Gallega, y previendo el caso de que podia fallecer en la navegacion, entregó oportunamente á Andrés de Urdaneta una sucinta relacion de cuanto habia ocurrido, para que si llegase á España lo pusiera en manos del Monarca. A los ocho dias partió de Cochin Hernando de la Torre, en una de cinco naos que salieron para Lisboa cargadas de especería.

Tan larga fué la navegacion de Urdaneta y su compañero que no arribaron á Lisboa hasta el 26 de julio. Al desembarcar les registraron escrupulosamente, y sin formalidad alguna, desatendiendo sus reclamaciones y protestas; y sin darles siquiera recibo, les despojaron de cuantos documentos y cartas llevaban, entre ellos el libro de contabilidad de la nao en que fueron á las Molucas, el derrotero de aquel viage, y el del navío la Florida desde su salida de Nueva España para aquellas islas. No desistiendo Urdaneta de su reclamacion fue á Ebora, donde se hallaba el Rey de Portugal, y levantando allí sus quejas por conducto del embajador español don Luis de Sarmiento, por consejo de este, en vez de proseguir su demanda, atendiendo á su seguridad individual se apresuró á salir de aquel reino, y dejando en Lisboa una hija que traia desde las Molucas y la mayor parte de su equipo, vino á España á dar cuenta de todo á Carlos V. En tanto se procedió en Lisboa al arresto de Macías del Poyo, quien burlando la vigilancia de los que le guardaban, favorecido de nuestro embajador que le facilitó un caballo, se trasladó tambien á la corte del Emperador.

Llegó despues á la metrópoli portuguesa la nao en que se embarcó Francisco de París con dos españoles mas, habiendo fallecido los tres en el mar, cerca del Cabo de Buena-Esperanza, y por último arribó igualmente á Lisboa la nave Gallega, en que iba Hernando de la Torre con sus inseparables compañeros. Todos ellos se trasladaron sin detencion á España, donde les recibió benévolo el Consejo, por ausencia del Emperador que se hallaba en la jornada memorable de Túnez.

Marinero y soldado, general y hábil político, todo á un tiempo, Hernando de la Torre puede ser contado en el número de los hombres célebres, por mas que nuestros anales se hayan limitado á mencionar sus hechos sencillamente, sin ensalzarle cual debieran; por mas que se ignore si la patria le recompensó como merecia por sus estraordinarios y relevantes servicios. Aislado con un corto

número de españoles, dignos compatricios suyos, en una de las regiones mas remotas de su pais; sin medios de comunicacion con el gobierno central, sin ninguna seguridad de que este llegára á socorrerle, sin marina propia, con pocos soldados y muchos enemigos; menguando cada dia el número de los suyos y sus recursos, al paso que acrecian los de sus contrarios, jamás le abandonaron la constancia y el valor; jamás desesperó ni se mostró débil. Inspirando siempre aliento y confianza á su escasa gente en medio de las privaciones, las penalidades y el peligro; rodeado en muchas ocasiones de alevosos desleales y traidores; leal en todas ellas á su patria y á su Rey; celoso de su honra, religioso en la observancia de lo pactado, generoso con sus mismos enemigos, altivo unas veces, deferente otras, y siempre con nobleza; digno apreciador de los servicios y méritos de los suyos, el defensor de la fortaleza de Tidor puede ser modelo de cumplidos caballeros. Magnánimo mas que algunos á quienes se da el epíteto de grandes, menos feliz que otros no tan héroes, cuyo nombre, favorecido de la adulacion, la parcialidad y la lisonja, ha invadido las páginas de la historia para ser elogiados indebidamente, atribuyéndoles una fama usurpada en vez de bien adquirida, por desgracia ningun cincel ha esculpido la efigie que nos representára á Hernando de la Torre; ninguna biografía se conserva de tan ilustre español; ninguna noticia de su vida, ni aun del pueblo que tenga la gloria de ser su cuna. Unicamente se sabe que era montañés. La España le debe eterna y grata remembranza; la historia un lugar muy distinguido; la epopeya un cantor digno de sus ilustres hechos.





CAPITULO VIII.

Sucesos de cuatro de las naos dispersas de la espedicion de Loaisa.—*Nao San Gabriel.* Encuentra á la Anunciada, navegan juntas, y no pudiendo entrar en el rio Santa Cruz, el capitan de esta se dirige al cabo de Buena Esperanza, y el de la San Gabriel á la bahía de los Patos, donde halla españoles procedentes de un galeon perdido de la espedicion de Solís.—Anégase el batel de la nao, y perecen quince hombres.—Intentan quedarse en aquella tierra los espedicionarios, desisten persuadidos por su capitan don Rodrigo de Acuña, y despues desertan algunos.—Determina el capitan ir á la bahía de Todos Santos, arriba á ella en 1.° de julio de 1526, y mueren varios españoles á manos de aquellos indios.—Aparece allí otro español procedente de una nao perdida quince años antes.—Pasa la San Gabriel al rio de San Francisco, halla tres galeones franceses, la hostilizan, obran los franceses con dolo y retienen prisionero á don Rodrigo de Acuña.—Acciones heróicas del piloto de la nao Juan de Pilola, á quien nombran capitan interino.—Van aquellos navegantes al rio del Estremo, salen de allí para España y llegan á Bayona de Galicia en 28 de mayo de 1527, donde ponen á disposicion de aquel corregidor algunos sediciosos.—Relacion de lo acaecido á don Rodrigo de Acuña desde que fué prisionero hasta que desde Pernambuco hizo viaje de vuelta para España.—Yendo la nao *Anunciada* en demanda del cabo de Buena Esperanza, sin piloto, y sin recursos, queda ignorado su paradero.—Disperso de las otras naves el galeon Santiago, buscándolas en vano, faltándole los víveres va á la costa descubierta por Hernan Cortés.—Surge en un cabo: medio ingenioso para que vaya á tierra un hombre del galeon: generosidad y heroismo del capellan Areizaga, á quien salvan medio ahogado los indios: laudable comportamiento de estos.—Sucesos en aquella tierra desconocida y hospitalaria.—Hace allí nuestra gente una barca para seguir su derrota: va Areizaga á Méjico, hace relacion de todo á Cortés, y pasa allá la gente del galeon.—La carabela *San Lesmes*, dispersa tambien cuando el galeon, fué avistada por este despues del temporal, y desapareciendo se ignora su paradero. Conjeturas acerca de su pérdida, sacadas de la relacion de algunos viajes del siglo XVII (1).

Objeto de este capítulo debe ser la suerte de las seis naves de la armada del comendador Loaisa, que separadas de la Capitana no volvieron á incorporarse con ella, por lo cual hubo de seguir su viaje solitaria.

En 1.° de marzo de 1526, como dijimos en otro lugar (2), quedó ignorado el paradero de la San Gabriel, despues de haber recobrado el batel el capitan

(1) *Autoridades.* Las del capítulo precedente.

(2) Véase página 25 de este tomo.

de aquella nao, don Rodrigo de Acuña, en el Cabo de las Vírgenes. Navegando este en busca del rio de Santa Cruz, como el general de la armada le habia ordenado, cerca de él halló á la nao Anunciada, al mando de Pedro de Vera, y reunidos ambos buques anduvieron bordeando cuatro dias sin poder entrar en el rio, á causa del mal tiempo. En esto mandó Acuña echar al agua el esquife que llevaba de la Capitana, y lo cambió con el de Vera que era menor y mas adecuado para su objeto. Proponíase el capitan de la San Gabriel hacer aguada donde pudiese, en caso de no poder tomar el rio; mas habiendo discordado con Pedro de Vera, cuya intencion era hacer el viaje por Buena Esperanza contra el parecer de don Rodrigo, emprendió aquel su navegacion como pensaba, separándose con la nao Anunciada de la San Gabriel, y el capitan de esta, perdida la esperanza de entrar en el rio, fué á surgir en la bahía de los Patos, situada en 23° 70′, donde tomó agua y otros refrescos.

En aquel punto se le presentó un indio portador de una carta, en que unos cristianos le decian haber sabido por los indígenas que habia arribado allí una nao, y que con ansiedad aguardaban contestacion. Al punto envió Acuña al contador de la nave á verse con aquellos desconocidos, y al tercer dia regresó acompañado de uno de ellos, quien espuso ser náufrago, con otros, todos procedentes de un galeon de la espedicion de Juan Diaz de Solís, y que de diez compañeros que eran existian cuatro que en aquel paraje habian fijado su residencia. Rogáronle por último que fuese con la nao hasta cerca de su morada, que distaba quince leguas, y allí, al mismo tiempo que de víveres se proveyera, en cambio ó á dinero adquiriría alguna plata y otro metal que ellos tenian. No titubeó el capitan de la San Gabriel en aceptar la propuesta: fué allá, y comisionando al contador y al tesorero para hacer en tierra las provisiones y cambios de que se trátaba, tanto con los indios como con los cuatro náufragos, envió tambien al capellan de la nao para que bautizase algunos hijos que los mismos cristianos tenian ya de las indianas. Volvia el batel, en 4 de marzo de 1526, con veintitres personas, gran porcion de víveres, dos arrobas de metal y dos marcos de plata, mas estando ya cerca de la nao ocurrió una catástrofe tan inesperada como dolorosa: tal fué la de anegarse la barquilla, ahogándose quince hombres, inclusos el contador y el tesorero. Al dia siguiente sacaron los indios el batel á tierra, y cuando ya adobado, al cabo de cuatro dias, volvieron con él á bordo de la nao los calafates y carpinteros, manifestaron que el contramaeste Sebastian de Villareal queria quedarse en tierra. Condescendió don Rodrigo, persuadido de que nunca fuera útil y conveniente llevar en la nao contra su voluntad aquel individuo, pero el mal ejemplo del contramaestre se propagó en tal manera que en el acto de enviarle su ropa, la mayor parte de la gente á bordo se acercó al capitan, y uno á uno le pidieron permiso para quedarse. En tal apuro, arrepentido don Rodrigo de haber accedido á la pretension de Villareal, se le ocurrió un medio que felizmente alcanzó á contener la rebelion de que parecia amenazado. Ordenó,

pues, que se celebrase misa, para sacramentar despues á un enfermo que habia á bordo, y acabado el oficio divino, estando reunida la gente, «ya veis, les dijo, la reprobable conducta con que esos desacordados compañeros vuestros se muestran desleales á su Rey y su patria, queriendo quedarse en una tierra desconocida, donde en vez de las riquezas y los goces que apetecen y les inducen á ser perjuros y desnaturalizados, encontrarán tal vez miseria, servidumbre y muerte. Consultad en este caso con el honor, la razon y la conciencia, desatendiendo la falaz idea de un interés y un porvenir incierto, que en verdad os prive del bienestar y del justo aprecio en vuestra patria: decidid, y los que quieran servirla y servir á su Rey permaneciendo fieles, júrenlo ahora mismo en el altar del Sacramento:» y todos juraron ser leales siguiendo á su capitan á donde quiera que los llevase. Este desenlace tan feliz hizo tanto efecto en el ánimo de los que deseaban quedarse en tierra, que ruborizados y arrepentidos de su peticion mudaron de pronto, y alcanzando de don Rodrigo el perdon y disimulo de su falta permanecieron en la nao. A consecuencia mandó el capitan levar un ancla, para quedarse con otra y hacerse á la vela, cuando hé que en el acto de ejecutar la órden vió que en la popa del batel se incorporó el guardian Miguel Genovés, y con un machete en la mano dijo que bogasen avante. Obedeciéndole los demás se fueron con el batel á tierra; mas estando en tierra se desavinieron aquellos disidentes, y volviendo con el batel á bordo algunos de ellos al otro dia, quedaron los demás en tierra, en número de seis.

Navegó la San Gabriel con direccion á Cabo Frio, y surgiendo á distancia de él unas 15 leguas antes de amanecer, se apoderaron dos pajes del esquife y sin ser vistos se fueron á la costa, donde la navecilla se estrelló y partió contra las rocas; salváronse á nado los prófugos, y cuando advertida su falta envió Acuña cuatro hombres á saber de ellos, se habian internado ya en el pais segun manifestaron los indios.

Este hecho revelaba la disposicion de la gente de la nao á la desercion, si no en toda ella en parte al menos, á pesar del reciente juramento; y así es que el capitan continuando luego su viaje mandó que todos subieran á la tolda, y abriendo la carta de marear: «Aquí teneis, les dijo, tres caminos; uno el de »Buena Esperanza, otro del estrecho, y otro el de España; tan presto me hallareis »para el uno como para el otro; ved cuál quereis que tomemos, diciéndome cada »cual su parecer.» El maestre Alonso del Rio (1) alegó que la nao estaba mal parada, la jarcia muy gastada, las velas rotas, y en fin, sin aparejos para seguir tan larga navegacion; á lo cual replicó el piloto Juan de Pilola que la jarcia solia durar siete años en una nao, y aunque las velas estuviesen rotas habia con qué repararlas, además de que era muy buena la nave y otras inferiores á ella hacian

(1) No se debe confundir Alonso del Rio, con Alonso de los Rios el cual fué en la armada de Loaisa á las Molucas, donde estuvo con Hernando de la Torre.

viajes semejantes. La mayoría acordó continuar para las Molucas; y sin embargo, adhiriendo el capitan al dictámen de la minoría, resolvió ir á la bahía de Todos los Santos, donde entró en 1.° de julio.

Estando varios de nuestros viajeros ocupados en cortar palo brasil para cargar la nao fondeada en la bahía, acudió multitud de indios y dieron muerte á siete de aquellos españoles. La tardanza de estos en volver á bordo obligó á don Rodrigo á enviar el maestre y dos grumetes para informarse de lo que ocurria, mas al saltar en tierra fueron acometidos y muertos tambien por los fieros indígenas. La nao dejó su fondeadero, y al salir de la bahía encontró un europeo, quien dijo hacer quince años que allí habia naufragado con una nao. Hasta el 21 de abril tuvo la San Gabriel vientos contrarios, y á fines de octubre fué á dar fondo en el rio de San Francisco. En aquel punto halló tres galeones franceses, el batel de uno de ellos fué á enseñar la entrada á la nao, y don Rodrigo mandó hacer salva á los tres buques.

Hacia la San Gabriel tanta agua que hubo necesidad de recurrir al auxilio de los galeones, cuyo capitan fué á la nao con sus maestros carpinteros y calafates, y amistosamente habló con don Rodrigo; pero á los dos dias de reparada la San Gabriel del mejor modo posible, se acercó uno de los bateles franceses con tres hombres, y uno de ellos exigió que el capitan de la nao se presentase, con tan vivas y repetidas instancias que aun hallándose á la sazon enfermo en su cámara don Rodrigo hubo de acudir en persona á enterarse de la causa del llamamiento, y apenas le vieron los del batel le dijeron imperiosamente: «Nuestro »Rey está en guerra con el vuestro, y por lo mismo es preciso que os rindais ó »de lo contrario sereis todos degollados.» Al oir tan inesperada intimacion, en su mal estado dispuso Acuña que pasáran al batel siete marineros, y mandando al mismo tiempo á un criado suyo que le llevase el dinero y el chifle de plata, se metió ambas cosas en la manga, y diciendo que iba á concertar paces con los franceses entró en la barquilla y fué con ella á donde estaba el capitan de los galeones. Apenas habia llegado con la gente que le acompañaba, cuando metiéndolos bajo escotilla empezaron los franceses á bombardear la nao española; y enviando luego un batel con gente armada, intimaron á la nuestra la rendicion con repetidos é insultantes gritos. Sucedia esto en ocasion que la nao estaba tumbada para recorrerla; mas el piloto Juan de Pilola, hombre de esforzado corazon y buen patricio, en quien la honra y el valor eran distintivos de su carácter, con arrogancia alzó la voz diciendo, «adriza nao:» y mandando á un grumete que desplegase la bandera que en la gavia estaba, continuó gritando *España*, *España;* invocacion que encendió el ánimo y el entusiasmo de la española gente, al principio atónita con la agresion inesperada, en tal manera que á pesar de la prontitud con que el batel se acercaba á la nao, súbitamente fueron colocados al costado de ella dos falconetes, y el piloto disparando uno acertó á dar muerte á tres de los insolentes demandantes. Hecho tan atrevido bastó para que el batel

retrocediese en él acto, bien que para volver muy luego con mucha mas gente para tomar la nao. Por segunda vez resonó entonces la imperiosa voz de Pilola exhortando á los suyos á morir, antes de ver la bandera española en poder de la francesa gente, y disparando otro falconete hizo volver el batel á los galeones.

A breve rato se presentó un marinero nuestro con dos franceses, enviado por don Rodrigo de Acuña, á decir de su parte que no se hiciese fuego, por cuanto se estaba capitulando. No por esto cesaban los contrarios de disparar sus lombardas contra la nao, y así es que el piloto, habiendo preguntado al marinero qué querian los franceses, y oido por boca del mismo mensajero que pedian la entrega de la artillería gruesa y de los artilleros, del piloto, el maestre y el tesorero, empuñando y presentando la enseña nacional «decidles, replicó, que queremos morir bajo esta bandera, y que este es el partido que abrazamos» El marinero temió volver con la respuesta, y quedándose con los de la nao, en su lugar envió Pilola un page de don Rodrigo.

Sin aguardar á mas cortó el impávido piloto los cables y dió la vela mareando el trinquete. La nao salió fuera de la barra, á presencia de los franceses; pero á los ocho ó nueve dias, no pudiendo doblar el cabo San Agustin, amanecieron cerca de ella dos de los galeones, y volviendo la nao hácia ellos la proa, huyeron ambos á toda vela. Convocó luego la gente el maestre Alonso del Rio, y haciéndola conocer los inconvenientes de ir sin capitan, y la necesidad de nombrar quien desempeñára este cargo durante la ausencia de don Rodrigo de Acuña, recayó la eleccion por unanimidad en el piloto Juan de Pilola. Al cabo de tres dias, atendiendo al mal estado del buque, y á fin de carenarlo, dieron la vuelta para la bahía de Todos los Santos. Cuando mas afanosos estaban allí disponiéndose para volver á emprender su trabajosa navegacion, se apareció una nao francesa con la cual tuvieron una refriega en que murió uno de los españoles. Volvieron á navegar aunque la San Gabriel hacia abundante agua; viento contrario les obligó á retroceder á Cabo Frio, detuviéronse allí dos meses á reparar otra vez la nao, y por último, atendido el mal estado del buque, despues de arrojar al mar todo el cargamento de brasil, resolvieron ir al puerto del rio Estremo, donde á fin de tener gente para dar á la bomba, hubieron de comprar á los indios veinte esclavos que les dieron en cambio de dos hachas por cada individuo. Así emprendieron otra vez su viaje aquellos malhadados navegantes, directamente para España, y apartándose de la Coruña, temerosos de encontrar franceses en aquella costa, en 28 de mayo de 1527 arribó la nao como por milagro al puerto de Bayona de Galicia, con 27 españoles, 22 indios, galleta únicamente para seis dias escasos, y tres toneles de vino. La nave se hallaba ya casi inútil, muy roida de la broma, y con gran parte de las ligazones cortadas, para reconocer las vías de agua que abundantemente hacia. Su gente, como suele suceder siempre que á consecuencia de frecuentes conflictos y penuria se llega á un estado de desesperacion, habia tenido entre sí contínuas y sérias reyertas, por lo cual, apenas

hubo terminado la navegacion, fueron puestos á disposicion del corregidor de Bayona cinco individuos, acusados de promovedores de levantamientos y desórdenes.

Mientras pasaban en la San Gabriel los sucesos consiguientes á la detencion de su capitan don Rodrigo de Acuña, privado este de volver al buque de su mando tuvo espíritu para echar en rostro á sus carceleros la traicion de que era víctima. Con mentidas promesas é intencion torcida, cual despues veremos, cuando ya la nao, desconfiando su gente de conseguir la libertad de su capitan, forzaba vela y la perdian de vista sus perseguidores, juraron estos solemnemente á don Rodrigo tener paz y amistad con los españoles, y haciendo verdaderamente escarnio, le dieron un batel con una vela, algunos remos y dos hombres de los suyos, para que con aquellos que le acompañaban en su cautividad fuese á incorporarse á la fugitiva San Gabriel. En la imposibilidad de alcanzarla, á pesar de sus estraordinarios esfuerzos, cansados de bogar y desfalleciendo de hambre y sed, á distancia de unas diez leguas de donde habian partido dieron con el batel en la costa, y espuestos á ser devorados por salvages en su tránsito por tierra, pudieron llegar felizmente al sitio donde la gente de un galeon francés estaba cargando de palo de brasil. Admitidos á bordo de aquella nave permanecieron allí treinta dias hasta la hora de partir el buque. Entonces despojaron los franceses á don Rodrigo Acuña de cuanto tenia, y con los demás le dejaron en tierra, sin mas recurso que un mal batel sin vela. En tal conflicto, reducido su alimento á frutillas silvestres y algun marisco, emprendieron viaje á la aventura, y al cabo de veinte dias llegaron á la isleta llamada San Alejo, donde tuvieron á gran dicha el hallazgo de un barril de pan mojado, una porcion de harina, un horno y una porcion de anzuelos con que pescaron, y saciando el hambre repararon algun tanto las fuerzas. Pasaron de allí á Pernambuco, y aunque al llegar fueron socorridos por los portugueses, en vez de darles pasage para Portugal, como lo solicitó don Rodrigo, con intencion de retirarse á España, estuvieron arrestados mas de un año, hasta que sabedor de aquella violencia el Monarca portugués, en virtud de carta suplicatoria que le dirigió el mismo Acuña, mandó dejarles en libertad y darles pasage y buen trato, como se les dió en noviembre de 1528 (1).

(1) Como documentos muy curiosos y oportunos insertamos literales los dos siguientes.

Carta de don Rodrigo de Acuña al Presidente del Consejo de Indias desde Pernambuco sobre lo que le aconteció en la armada de Loaisa, y pidiendo que el Rey de Portugal mande ponerlo en libertad. (Coleccion de Muñoz, orig. en la Torre do Tombo. Gav. 18, mazo 5, núm. 20.)

«Aunque sin mérito, suplico á V. S. Revma. me procure libertar desta prision; bien logrando albalá del Rey de Portugal, ó que le escriba al Emperador en cuyo servicio me perdí desta manera. La armada de S. M. que iba á Maluco, y de que era capitan Fr. García de Loaisa, fortuna nos derrotó y maltrató en el estrecho de Magallanes, de manera que la *Sancti Spiritus* se perdió, y la Capitana fué á la costa y faltó poco de se perder. La Nunciada y las carabelas perdieron los bateles y ayustes, y así derrocada partió la Nunciada la vuelta de Leste: decia que iba por el cabo de Buena Esperanza. Yo tomé la vuelta del Estrecho con la nao San Gabriel en busca de la Capitana y de las carabelas, que me habian dicho que las fallaria en el rio de Santa Cruz; y no las podiendo fallar, corrí la costa con asaz mal tiempo, sin poder surgir un ancla fasta la bahía de los Patos que es en 28 grados y medio, donde

La nao Anunciada, mas desgraciada todavía que la San Gabriel, navegando sola en demanda del Cabo de Buena Esperanza iba sin piloto, porque ya habia muerto, y sin batel, andas ni ajustes como dijimos, y por último quedó ignorado su paradero para siempre.

Volvamos ahora la atencion al patache ó galeon Santiago, que bajo el mando de Santiago de Guevara, estando el 1.° de julio de 1526 por los 47° 30′ de latitud S. y á unas 157 leguas del cabo Deseado, combatido de una tormenta se dispersó de la armada para no volver á reunirse á ella.

Con cincuenta individuos á bordo, reducidas sus provisiones á cuatro quintales de galleta hecha polvo, y ocho pipas de agua, se consideraba el galeon á dos mil leguas de la primera isla de los Ladrones, donde pudiese acopiar víveres, mientras continuaba su peligroso viaje buscando en vano las demás naves de la malhadada espedicion de Loaisa. Afligida la gente sobremanera determinó ir á proveerse en la costa que á espaldas de la Nueva España tenia descubierta, poblada ya por el inmortal Hernan Cortés, tierra que distaba de nuestros conster-

me reparé dagua y leña y carne y farina para complir mi viaje sin necesidad á Maluco. Ya que era presto para me partir, viniendo el batel de tierra, se anegó con 15 hombres, y otros muchos se me quedaron, que fueron entre muertos y quedados mas de 40 hombres. De manera que me fue fuerza venir la vuelta de España, porque aun no estaba seguro de los traidores que me quedaban en la nao. Y junto con esto nos comienza la nao á facer tanta agua, que no nos podíamos valer: tanto que nos convino arribar al Brasil; donde fallamos en un puerto tres naos francesas, y por no poder facer otra cosa, entramos con ellas en el puerto, faciendo todos juramento solen que en tanto que en el puerto estoviésemos, fuésemos amigos, y asi posimos mano adobar la nao San Gabriel: y siendo nosotros en carena la nao tan pendida como era posible, un dia las tres naos francesas se dejan venir sobre nosotros con toda su artillería á la banda, y nos comienzan á combatir, de manera quo no teniendo ningun remedio de nos defender, por estar nuestra nao tan pendida, del parecer del maestre y de algunos, me fué necesario ir á las naos francesas á ver algun medio ó acordio con ellos, porque dotra manera no nos podíamos escapar. Y asi fui á las naos, y con buenas palabras, y algunas dádivas y promesas les fice amigos, y se retrujeron donde solian estar y desocupan la salida del puerto. Y nuestra nao como fué derecha y se vido libro, se face á la vela largando los cables sin tener mas respeto, so vá la vuelta de donde quedaron los otros sus consortes, y yo quedé en manos de los franceses 50 dias á cabo de los cuales me echaron en tierra en un batel sin vela ni pan ni agua, ni otro remedio, donde milagrosamente aporté aquí con siete personas que conmigo salieron do la nao donde hemos estado y estamos há siete meses, fasta que vino aquí una armada del Rey de Portugal, y enviando una nao cargada de brasil para Portugal, supliqué al capitan mayor me mandase dar pasage para Portugal, y no quieren ni pienso haber libertad sin mando del Rey de Portugal, porquo piensan que yo haya hábido en ol rio de Solís quintales de oro y de plata.»

Carta de don Rodrigo de Acuña al Rey de Portugal desde Pernambuco, esponiéndole los malos tratamientos que sufria y pidiéndole le mandase sacar de allí. (Colec. do Muñoz, orig. en la Torre do Tombo.—Gav. 1, mazo 39, núm. 133).

«Venido en mi nao del estrecho de Magallanes derrotado, destrozada de tormentas y de broma, estándola adobando, fuí desbaratado de tres naos francesas, teniendo la nao sobre el costado. Alzáronseme los mios: luego fuí echado en tierra 70 leguas de aquí, y en un batel con siete personas aporté milagrosamente á esta factoría, donde creí ser bien tratado, como vasallo de un hermano vuestro; pero ni los moros pudieran hacerme peor tratamiento, sin quererme dar pasage por ningun precio en diversas naos que de aquí han partido. Aquí estoy ha diez y ocho meses perdido y desnudo como un salvage, sin haber en nada deservido á V. A., antes mis antepasados han hecho muchos servicios á los Reyes de Portugal. Mas ¿qué esperaremos cuando aun «á los hijos de portugueses los dejan aquí para manjar y »vianda de los salvages...? Hoy se hallan derramados en esta tierra mas de 300 cristianos, hijos de cristianos, los que »estarian mas cerca de salvar en Turquía que aquí. V. A. mire que los juicios de Dios son grandes, *et propter peccata hominum veniunt adversitatis,*» Aquí no hay justicia: V. A. me saque desta tierra, y me lleve á donde se haga la justicia que yo merezca.»

nados navegantes ochocientas á mil leguas. La necesidad de esta vuelta era tanto mas urgente y absoluta, cuanto el frio les acobardaba en el gran golfo en que se hallaban, sin hallar pesca alguna en aquellas aguas, al paso que por los aires se veian atravesar diversas aves.

En 10 de julio, habiendo cortado ya el galeon Santiago la equinoccial, en los 13° de latitud, vió la gente aquel punto del Occéano poblado de diferentes culebras, toninas y otros peces, de que mataron algunos y con esto remedió algun tanto la necesidad que la aquejaba. Avistaron dos islas el 11, y sin poder arribar á ellas aquel dia, el 12, recalando á la costa, vieron humos y multitud de gente que se dirigia al galeon, el cual dió fondo á un cuarto de legua de la orilla. La falta de batel impedia desembarcar á los desvalidos viajeros, y así es que en busca de puerto hicieron vela, hasta que el 22 columbraron gente que por señas les llamaba desde tierra, enarbolando una bandera blanca. Entonces llegaron á una isla pequeña, que denominaron de la Magdalena por ser aquel dia el de esta Santa. Dejando aquel fondeadero el 23 volvieron á navegar, y el 15 surgieron cerca de un cabo.

El mal estado en que se hallaban exigía que alguno saltase en tierra, á esplorar y ver si se encontraban recursos, ó dar con el galeon al través. Preciso era suplir de algun modo la falta de batel ó lancha, y entonces se les ocurrió el medio de echar al agua un cajon grande, que llevado á la costa por el oleage condujese un hombre, yendo el improvisado barquillo bien amarrado con cabos, cuyos chicotes quedaran asegurados á bordo; de modo que en el adverso caso de volcar el cajon flotante, asido el hombre de la amarra y tirando de ella los del buque pudiera salvarse. Asi determinado, acordaron tambien que el individuo llevase tigeras, espejos y otras bugerías, dádivas con que lisonjeando á los indios evitára acaso que estos le diesen muerte y devorasen. Iba en el galeon un capellan, honra del sacerdocio, primo del capitan Guevara, llamado don Juan de Areizaga; conocia la necesidad y el riesgo del medio adoptado por nuestros navegantes, y esto mismo le movió á ofrecerse y arrojarse al peligro, tan impávido y resuelto que esforzándose la gente en disuadirle, contestó que debia y era su voluntad esponer la vida por la de todos los demas; y muy luego, encomendándose á la Providencia, en calzas y jubon, ciñendo una espada entró el nuevo Eleazar en el cajon que ya flotaba. Poco trecho habia andado la improvisada barquilla cuando zozobró de repente; volcó, y el valeroso sacerdote, en la creencia de que se hallaba muy próxima la costa, nadaba esforzándose por alcanzarla: por desgracia las fuerzas no igualaban á la voluntad y al deseo; cansóse en breve, y luchando débilmente con las olas empezó á lidiar con la muerte. Estaba ya medio ahogado, cuando se determinaron cinco indios á socorrerle: arrojáronse pues al mar sin temor á la marejada, y sacándole á tierra medio muerto le dejaron allí tendido y se alejaron. Volviendo en sí al cabo de media hora se incorporó el benemérito Areizaga, llamó por señas

á los indios, y estos, en vez de acercarse, echándose en tierra le abrazaban, de modo que el náufrago hizo lo mismo considerando aquella demostracion como un signo de paz y amistad. Esto fué bastante para que los indios hospitalarios se apresurasen á entrar en el mar, y trayendo el cajon á tierra sacaron de él una espuerta que encontraron amarrada, la cual contenia las cosas de rescate ó cambio, y sin tocar ninguna de ellas la pusieron al lado de su huésped. Quiso este repartirles algunas, pero ellos, rehusando tomarlas, con ademanes le dieron á entender que los siguiese. Areizaga ciñéndose entonces la espada los siguió, llevando uno de los indios la espuerta cargada en la cabeza.

De esta manera marcharon por un valle hasta perder de vista el galeon y descubrir desde la cumbre de un cerro una gran poblacion indiana, donde en medio de frondosas florestas descollaban encumbradas torres. Cerca de ella salieron presurosos mas de veinte hombres, armados todos de nudosos palos, grandes arcos y agudas flechas, á contemplar mas bien que á ver al venerado clérigo, cuya marcha parecia triunfal; en tal manera que delante de él iban miles de indios, despejando y limpiando el camino por donde pasaba. Aguardábale el Señor á la entrada de la poblacion, rodeado de su lucida y numerosa comitiva, á la sombra de un árbol corpulento, en tanto que los indios que del mar habian sacado al mismo Areizaga, decian á este con sus ademanes que aquel personage era el cacique, en cuya compañía continuó su marcha hablando, sin que el uno al otro se entendiesen: pero al llegar donde habia hincada en tierra una elevada cruz de tosco leño, fué tan estraordinaria y grata la sorpresa del piadoso cristiano al ver el sacrosanto signo de la redencion, que de improviso se le anegaron los ojos en lágrimas de gozo, y el bondadoso y hospitalario cacique indicando entonces la cruz y mirando al compungido rostro de su huésped, pronunció «*Santa María.*» Impaciente el digno sacerdote por enterarse de la historia de aquel monumento, cuya conservacion en medio de un pueblo idólatra ó pagano parecia portentosa, se informó y consiguió saber que hacia nueve años la habian plantado allí unos cristianos. Puesto de hinojos hizo oracion y adoró la cruz, en tanto que la multitud indiana le miraba atenta y silenciosa.

Cuando el devoto peregrino hubo acabado la adoracion le cogió el Señor de la mano y le condujo á su palacio, donde le estaba preparado un banquete, cuyos manjares se redujeron á sabrosas carnes guisadas y delicadas frutas, que comió complacido, bebiendo vino del que usaban aquellos indios: y luego, deseoso de demostrar su gratitud por los señalados obsequios y beneficios que le prodigaban, levantándose de la mesa presentó las bugerías que llevaba al obsequioso cacique, quien admitiéndolas se mostró sumamente complacido. Esto animó al Eleazar español á manifestar el vivo deseo que tenia de volver á bordo, llevando á los suyos con que aplacar el hambre; y no fué mas pronto entenderlo el magnánimo Señor indiano, que mandar traer tres venados escogidos y otras muchas provisiones, espresando su resolucion de ser él mismo el conductor.

La satisfaccion y alegría de Areizaga fué tanta al ver esto, que acelerando su viaje de regreso, desde un cerrillo contiguo al mar esforzó la voz diciendo alborozado á la gente del patache, sobresaltada ya de temor por la ausencia de su dignísimo capellan, que aquella tierra deliciosa, semejante á la de promision para el peregrino pueblo de Israel, era hermosa y fértil, y su gente hospitalaria; anuncio que inundando de regocijo los corazones de aquellos navegantes hasta entonces afligidos, fué solemnizado haciendo salva toda la artillería de la nave. Al horrísono estampido de los cañones, nunca oido de los desprevenidos indios, cayeron todos en tierra sobrecogidos de espanto, incluso su Señor. El clérigo, permaneciendo sereno y mostrándose risueño, uno por uno les cogió de la mano, ayudóles á levantarse y les tranquilizó desvaneciendo su natural temor. Iban ya á continuar la marcha, mas tanta era la marejada que impidiéndoles entrar en el agua hubieron de regresar al pueblo, sin renunciar por esto su generoso intento, y Areizaga pasó la noche bien asistido y alojado.

Apenas hubo amanecido cuando el cacique, acompañando á su huésped y seguido de mas de diez mil indios, emprendió otra vez la marcha hasta la orilla del mar ya sosegado. Tres de ellos echándose á nado trajeron del galeon á tierra unos barriles vacíos, y ademas el chicote de un cabo anudado á otros y á una guindaleta, componiendo juntos 750 brazas de largo. El generoso cacique y el heróico capellan, estando al márgen del agua se amarraron al cabo, los del buque dieron el otro chicote al cabestrante, y hecho esto viraron hácia bordo. Presentóse entonces un espectáculo el mas vistoso, singular y magnífico; mucho mas que en verdad lo fuera el que nos pinta la inventora fábula con el fingido triunfo de Neptuno por el Océano, seguido del acompañamiento de ninfas y de tritones. Iban á nado, ágiles y festivos, alrededor del personage indiano y de su huésped, mas de quinientos indios llevando en los barriles y en las cabezas gran acopio de comestibles con que la surta nao proveyeran. Tan pronto como hubieron llegado todos y dejado su carga en el patache, se hicieron con este á la vela, y doblando un promontorio ó cabo gordo que estaba próximo, fueron á surgir delante de la poblacion.

Para efectuar el desembarque con alguna comodidad, hicieron los indios una almadía, y asi fué saltando en tierra la gente del patache. Con presta diligencia levantaron los españoles chozas en la costa, allí les llevaron los indios abundante comida, y desde allí fueron con el cacique á palacio, Areizaga, el capitan Guevara y seis allegados de este, permaneciendo los demas en la playa. Siendo objeto de la admiracion de la multitud que acudia á verlos, estuvieron cinco dias obsequiados con esmero por el Señor de los indios, quienes se afanaban por festejarlos con sus cánticos y danzas. En una ciudad distante veinte y tres leguas de allí residia un gobernador cristiano, y el cacique envió á llamarle guardando reserva con los españoles. Tanta fué la diligencia de los mensageros que al quinto dia del desembarco de nuestros navegantes, hallándose Guevara con los suyos muy



Urrabieta inv.º y lit.º

Lit.ª de J. J. Martinez. Madrid.

EL CAPELLAN AREIZAGA

acompañado del cacique de los indios, y rodeado de multitud de estos á nado, va á proveer de víveres al galeon Santiago, uno de los que compusieron la armada de Loaisa.

desprevenidos paseando por la plaza, vieron acudir multitud de indios, y acercándose observaron que doce de estos conducian como en triunfo en una hamaca un personage vestido á la europea. Era el cristiano gobernador de aquella tierra, quien con suma afabilidad saludó y recibió á los sorprendidos españoles. Diéronle estos breve cuenta de su viaje, espresándole el deseo de saber en qué tierra se hallaban, y por él supieron que aquel pais pertenecia por dicha suya á Nueva España, donde serian asistidos y tratados cual amigos, como lo fueron en efecto. Aconsejóles el gobernador que el capitan Santiago de Guevara se encaminase á Méjico, distante menos de ciento cincuenta leguas, para lo cual le diera guias, pues allí encontrára á Hernan Cortés que le proveyera de cuanto necesitára, y durante su ausencia el mismo gobernador tendria consigo y obsequiaria á la gente del patache. Casualmente se hallaba el capitan español tan enfermo que temia perecer en el propuesto viaje, y por tanto acordó que allá fuese en su lugar el heróico Areizaga. La ciudad en que se encontraban llamábase Matacan, y Tecoantepeque la otra en que el gobernador cristiano residía.

Nuestra gente acampada en la playa se ocupaba en hacer una lancha, para seguir su derrotero, cuando en 31 de julio emprendió el benemérito sacerdote su atrevida marcha, y llegando felizmente á Méjico, el inmortal conquistador de aquel imperio le escuchó benévolo y le trató cual pudiera desear. Esto sucedia casi en ocasion que Hernan Cortés recibió el mandato del Emperador para enviar hácia las Molucas las naves construidas en Zacátula. La oportuna presentacion de Areizaga contribuyó á persuadirle de que se podia navegar desde Nueva España para las Molucas, y al disponer la salida de los tres navíos al mando de don Alvaro de Saavedra, fué su intencion que á ellos se agregara el galeon Santiago; pero hubo de abandonar tal pensamiento al saber que aquella nave, ya muy roida de la broma cuando arribó á las costas de la antigua Macatan, se hallaba imposibilitada para hacer un largo viaje. Por último se trasladó Santiago de Guevara á Méjico con la gente que le quedaba, mas en ninguna parte se encuentran datos ni aun indicios que den siquiera alguna luz de su destino ó vicisitudes posteriores.

Escasas y hasta inciertas ó dudosas son las noticias que las crónicas ó relaciones de aquellos tiempos nos dan del paradero y la suerte de la carabela San Lesmes que, capitaneada por Francisco de Hoces, era otra de las siete naves de la armada de Loaisa. Un temporal, como digimos en el capítulo III (1) dispersó aquellos buques en el mar del Sur, en 1.° de junio de 1526, hallándose á distancia de unas 157 leguas del Cabo Deseado. Los navegantes del patache fueron los únicos que vieron la San Lesmes cuando hubo cesado el temporal, pero enderrotado el galeon para la costa de Nueva España, ya no se volvió á tener noticia alguna de aquella carabela.

(1) Véase pág. 30.

«No obstante, dice el Sr. Fernandez de Navarrete (1) hay una corta luz para poder inferir la suerte de aquella nao. El año de 1772 salió del callao de Lima con destino á Otaheiti la fragata Magdalena (alias el Aguila), del mando del capitan de fragata don Domingo de Boenechea. Recaló á aquel archipiélago por los 17° 32′ de latitud S. donde avistó la isla que nombró de San Narciso, y desde esta para Occidente reconoció la isla Noaroa, la que nombró de San Simon y Judas; la Erua; la Tepua; la que nombró de San Quintin; la Tabao; la Huaravá; la Tepujoé que nombró de Todos Santos; la Mathea; la Maitú; la Teturoa; la de Otaheiti; la Morea; la Tupuemanú; la Manúa; la Ojaine; la Orayatea; la Tajaa; la Porapora; la Maurua; y en los 25° 55, de latitud S., la isla Oroybabay.

»Todas las islas que quedan nombradas desde la de San Narciso hasta la Mathea, inclusive, son rasas, compuestas de lengüetas de tierra situadas circularmente y unidas por arrecifes de modo que cada isla forma en el centro una laguna peligrosa; ninguna tiene agua y sus habitantes se valen de cazimbas. Estas islas peligrosas, otras muchas de este archipiélago, las Marquesas de Mendoza, etc., eran incógnitas en tiempo de Loaisa.

»El primer descubridor de este archipiélago, Pedro Fernandez de Quirós en 1606, no estuvo en Tepujoé. Vió esta isla el capitan Cook á distancia de cerca de dos leguas el dia 8 de marzo de 1769, nombrándola isla de la Cadena, y la vió tambien el dia 13 de agosto de 1773 sin haber saltado á tierra. No hay noticia de que estuviese allí ningun cristiano hasta el año de 1772 en que reconocieron la isla los individuos de la fragata Magdalena, y estos hallaron en dicha isla una cruz que manifestaba mucha antigüedad.

»Parece pues, que desde la situacion en que se dispersaron las naos del mando de Loaisa el dia 1.° de junio de 1526, habria corrido la San Lesmes hácia las Molucas por una derrota algo mas directa que la de Loaisa y que la de Magallanes, con cuya direccion hubo de perderse en la isla Tepujoé, y los náufragos pondrian aquella cruz.»

Cuanto mas se detiene el observador á considerar los esfuerzos hechos por la España en el transcurso de nueve años, á contar desde el 1419 al 1527, para llevar su respetable pabellon á las mas remotas regiones del Oriente con el ardiente deseo de estender sus descubrimientos, su dominacion y comercio desde el uno al otro polo, tanto mas se contrista el ánimo al contemplar que solo sirvieron para patentizar al mundo entero el arrojo, el valor y la constancia con que los españoles despreciaban los peligros mas inminentes, haciéndose superiores á los obstáculos, las calamidades y las desgracias que por todas partes les cercaban. La espedicion de Magallanes dió por fruto el descubrimiento del estrecho que da paso al mar del Sur, y el de las islas que hoy conservan los nombres de Filipinas y Marianas, asi como el conocimiento de un derrotero para

(1) *Coleccion de los viajes y descubrimientos*, etc., tomo V, pág. 182.

hacer viaje alrededor del globo: todo con pérdida de la mayor parte de la gente de aquella armada, y de cuatro de los cinco navíos de que se compuso. La de Loaisa y las otras dos que fueron en pos de ella, costaron no solo la pérdida de doce naves de gran porte, salvándose y volviendo únicamente á las costas españolas tres de las catorce á que ascendia el total de ellas, sino tambien la muerte á mas de mil españoles, víctimas de las desgracias anexas á muy largos y trabajosos viajes por mares desconocidos; en ocasiones de la resistencia y barbarie de los salvajes, y en otras de los encuentros con sus rivales los portugueses; de la funesta influencia de climas nocivos, en paises donde á veces no tenian nuestros espedicionarios mas alimentos que las producciones espontáneas del terreno que inseguros ocupaban; de calamidades, en fin, á que eran consiguientes todos los horrores del hambre y de las enfermedades contagiosas. Y todo este cúmulo de males para sostener una competencia con otros europeos, disputándoles en pugna desigual y contínua la bien adquirida posesion de una parte de las Molucas; y dando lugar en tanto al esterminio de las armadas y la gente, terminar la contienda cediendo á los competidores la cosa disputada por una suma insignificante, atendido el valor y la importancia de la cosa misma, bajo pactos y condiciones mas menguados y vergonzosos que honoríficos para la nacion que sufria tal pérdida, y para la corona que en tal manera enagenaba.

Tales son las gracias y recompensas que de un poder discrecional, arbitrario y despótico, suelen recibir los pueblos en cambio de gastos y sacrificios que á veces los arruinan.





LIBRO CUARTO.

VIAJES MARITIMOS DE PIZARRO Y ALMAGRO.

CAPITULO PRIMERO.

Reseña de la espedicion de Pascual de Andagoya en Tierra firme. Las noticias que da del pais que visitó, animan á otros españoles á las empresas de descubrimientos y conquistas en aquella parte de la América del Sur. Entre los emprendedores se distinguen Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luque: biografía de estos tres españoles. Su asociacion: modo singular con que la solemnizan.—Aprestos para su empresa.—Sale su espedicion de Panamá en noviembre de 1524, con un navío y dos canoas al mando de Pizarro.—Trabajos que pasan los de esta espedicion desde su llegada á Biru, y descontento de la gente.—Acuerdan que vaya Montenegro con el navío en busca de víveres.—Severidad de Pizarro y prestigio entre su gente.—Vuelve Montenegro con provisiones.—Calamidades y horrores.—Halla Pizarro poblaciones: hostilidades con los indígenas, en que Pizarro sale herido.—Llega Diego de Almagro desde Panamá á juntarse con Pizarro: desembarca en pais desconocido, toma un pueblo indiano por asalto, se reembarca al fin y encuentra á Pizarro; vuelve á Panamá por refuerzos, y regresa con dos navíos, armas y provisiones, y la investidura de Adelantado.—Progresos de la espedicion.—Dificultades para seguir adelante: segundo viage de Almagro á Panamá en demanda de refuerzos.—Navegacion del piloto Bartolomé Ruiz á descubrir; sus descubrimientos; su vuelta á donde se hallaba Pizarro.

De los mas lejanos puntos del orbe al Este de España trasladamos el teatro de nuestra Marina Real á las partes mas distantes al Oeste de la Europa. Dejemos por ahora aquel mundo, ó mejor diremos los restos de un mundo hundido en medio del gran Océano, donde en el seno de las aguas, en una línea de 3,000 leguas se estiende un laberinto de islas, un inmenso archipiélago, en medio del cual distinguimos unas veinte grandes porciones de tierra, de las cuales la prin-

cipal parece que casi iguala en estension á la Europa entera; donde el zoofito, habitante inmóvil de un mar pacífico, crea con la acumulacion de sus despojos un recinto de rocas calcáreas alrededor del banco que le vió nacer; donde una primavera eterna y un otoño perenne hacen brotar las flores y madurar los frutos, los unos al lado de las otras, en tanto que un perfume suave y esquisito difunde su balsámica fragancia en la atmósfera, refrescada constantemente por los soplos salutíferos del mar: donde á la sombra de los cocoteros se levantan rientes y modestas cabañas, hermoseadas por la ancha y tersa hoja del banano que las cubre, y por la galana guirnalda del jazminero que las enlaza y festonea. Dejemos por un tiempo aquellas aisladas tierras en que los hombres pasarian una vida exenta de tribulaciones y necesidades si pudieran despojarse de sus vicios: suelo venturoso en que dan á los habitantes abundante pan aquellos mismos árboles que hacen sombra á sus floridos céspedes, que protegen sus danzas y prestan un asilo á sus amores: perdamos, en fin, de vista aquel mar donde la piragua es para el indio lo que el caballo y el camello para los errantes árabes del antiguo mundo, y en que el feroz pirata representa el papel que el beduino y el moro, el kalmuco, el mongol y el kurdo en los desiertos y las vastas soledades del Africa. Volvamos á los dos continentes americanos, hácia las costas de los hermosos y dilatadísimos paises en que una parte fué el imperio de los Aztecas y otra la patria clásica de los Incas y los hijos idólatras del sol; cuyos singulares y antiquísimos monumentos de ignorada fecha, construcciones y moles macizas, cuyo gran número de esculturas colosales acompañadas de leyendas en signos figurados, nos recuerdan precisamente los eternos monumentos de la antigua Egipto: volvamos á las inmensurables costas de aquella gran porcion del globo, á donde lenguas y religiones, leyes y gobiernos, usos y costumbres, ciencias y artes, hasta una parte de animales y vejetales, todo ha sido importado, siendo ya, digámoslo asi, *una nueva Europa*, que en menos de tres siglos se ha ensalzado como por encanto al otro lado del Atlántico, ofreciendo, en fin, la cultura, las creencias, las instituciones y los usos de la antigua Europa civilizada, al lado de las producciones, de los restos de usos y hábitos de la antigua civilizacion indígena: allí, donde ciudades ricas y populosas descuellan ya por todas partes, donde en lo que eran vastas y espantosas soledades se presentan pueblos florecientes, y en medio de las antiguas y seculares selvas transformadas en campiñas bien cultivadas, que ostentan los mas ricos dones de la naturaleza, el viajero se embelesa contemplando soberbios palacios, templos suntuosos y casas magníficas, hermosos teatros y plazas con bellos monumentos, en los sitios y lugares donde estaba antiguamente la humilde y mísera cabaña del salvaje. Así donde reinaba la estupidez y la barbarie florece hoy dia la civilizacion, pareciendo que marcha amenazando la conquista de la parte de mundo que fué su conquistadora.

Mientras que el invicto Cortés avasallaba el imperio mejicano, sujetándole á

la corona de Castilla, otros españoles no menos atrevidos que el conquistador de Nueva España, mostraban sus ardientes deseos de hacer nuevos descubrimientos y conquistas, preludiando, digámoslo así, la del Perú. Las noticias que, aunque escasas é imperfectas, proporcionó el descubrimiento del mar del Sur, acerca de las ricas posesiones á que podia conducir aquel suceso, llamaron la atencion de todos los hombres emprendedores residentes en las colonias del Darien y de Panamá. Así es que se dió principio á varias espediciones encaminadas á apoderarse de los paises situados al Este de aquella parte de América, pero confiados los armamentos á capitanes cuyos talentos eran inferiores á las dificultades, lejos de corresponder á las esperanzas de los especuladores tuvieron para ellos adversos resultados, que calmaron algun tanto el frenesí de los descubrimientos.

En medio de aquel descanso transitorio de la ambicion humana, compareció en Panamá Pascual de Andagoya, natural del valle de Cuartango, provincia de Alava, quien habiendo pasado á Tierra Firme en el año 1514, á las órdenes del gobernador Pedrarias Dávila, fué nombrado por este regidor del ayuntamiento de Panamá en 1521, y al año siguiente, rico ya en poco tiempo, obtuvo licencia del mismo gobernador para ir á descubrir. Descubrió efectivamente por el mar del Sur el golfo de San Miguel hácia levante, y el rio de San Juan por los 4° de latitud N. Visitó la provincia de Cochamá; siguiendo rio arriba, cerca de veinte leguas, halló muchos pueblos y Señores, y recogido en una fortaleza en la confluencia de dos rios gran número de mugeres y niños, con gente que los guardaba, armada de lanzas, cotas y paveses. No titubeó en acometerla el denodado descubridor, y peleando entró en el fuerte. A esta victoria debió la pacificacion de siete caciques que á uno reconocian como Rey, y todos ellos prestaron obediencia á la corona de Castilla. Por los intérpretes tuvo noticia de toda la costa y de cuanto despues se descubrió hasta el Cuzco. Padeció muchos trabajos en esta espedicion, estuvo en riesgo de ahogarse, y quedó estropeado durante tres años, de resultas de una caida, por lo cual, volvióse á Panamá, é informando á Pedrarias de su descubrimiento dejó luego la empresa.

El modo lisongero con que Andagoya pintó el pais que habia visitado, exagerando sin duda lo halagüeño al paso que omitiendo referir gran parte de lo desagradable, como lo hace comunmente todo viajero ó espedicionario, á veces con intento de animar á otros á las empresas; así como las noticias mas ó menos fundadas de que existia una gran nacion establecida muy lejos, al Mediodia, hermosa, fértil, abundante en metales preciosos y muy adelantada ya en la civilizacion; todo esto avivó la codicia, que parecia ya amortiguada ó aplacada, en aquellos que con solo la idea de una probabilidad estaban determinados y prontos á aventurar sus caudales y su destino, con la esperanza ó la ilusion de que iban á hacerse en corto plazo opulentos y famosos.

Entre los españoles establecidos en Panamá habia á la sazon tres hombres en

cuyo corazon jamás tuvo cabida el desaliento; que haciéndose superiores á las circunstancias, y despreciando los obstáculos que sobrecogian el ánimo de los demás, se determinaron á emprender el descubrimiento y aun la conquista de la opulenta nacion que Nuñez Balboa habia anunciado. Tales eran Francisco Pizarro, Diego de Almagro, y Fernando ó Hernando de Luque. Hijo natural el primero de un caballero de Trujillo, coronel de infantería, llamado Gonzalo Pizarro, y de una muger vulgar, como sucede comunmente á los individuos de semejante orígen, su educacion habia sido descuidada, en tal manera que muy ageno el incógnito padre de preveer ó imaginar que el hijo se habia de elevar un dia, haciéndose muy superior á la baja condicion de la madre, en la infancia todavía le vió con indiferencia ser un porquerizo. Así el futuro conquistador del imperio de los Incas estuvo reducido á lo que algunos años mas adelante habia de ser tambien el que llegó á ser Pontífice, y que bajo el nombre de Sisto V dió leyes á la potente Roma, haciéndolas estensivas á todo el orbe cristiano. Naturalmente de carácter enérgico, de atrevido genio y de talento despejado, el porquerizo de Trujillo, aunque ignorante hasta el estremo de no saber siquiera el alfabeto, se avergonzó de pasar la vida en tan vil y baja ocupacion, y se propuso emprender una carrera mas activa, honrosa y halagüeña. Abrazó la de las armas, sirvió en las guerras de Italia, donde hizo alarde de su genio y su valor, y al cabo de algunos años se embarcó para América, punto de reunion de los hombres atrevidos y menesterosos, pais maravilloso y vírgen, donde se abria una dilatada carrera á los talentos y la ambicion del hombre aventurero y valeroso, que esperaba igualar su fortuna con sus deseos. Allí se distinguió en la desastrosa espedicion de Ojeda; porque dotado de un carácter tan emprendedor como robusto era de cuerpo y fuerte de corazon, el primero era tambien y el mas infatigable en los peligros y en las lides. A pesar de su ignorancia fué considerado en breve como un hombre nacido para el mando; tuvo acierto en cuantas operaciones le fueron encomendadas, como hombre que reunia en su persona aquellas prendas recomendables que rara vez se encuentran juntas en un solo individuo, cuales son la perseverancia y la fogosidad, el atrevimiento en la combinacion de los planes y la energía y prudencia en la ejecucion. Enterándose desde jóven de los negocios, sin mas medios ni recursos que sus talentos naturales y su destreza, contando únicamente consigo mismo para salir de la oscuridad, adquirió Pizarro tan gran conocimiento de las cosas y de los hombres, que no tardó en ser muy á propósito y hacerse necesario para dirigir las unas y gobernar á los otros.

No era en verdad mas ilustre que la de Pizarro la cuna de Diego de Almagro. Si el uno era bastardo, el otro espósito, natural del pueblo cuyo apellido se dió él mismo; pero criado el Diego desde la flor de la juventud entre el estruendo y el ejercicio de las armas, en verdad que como buen soldado no cedia al trujillano en valor intrépido, infatigable actividad, y constancia á toda prueba; grandes prendas á que juntaba Almagro la franqueza y la generosidad del sol-



D. FRANCISCO PIZARRO

[illegible]

dado, mientras que en Pizarro sobresalian y eran inseparables la habilidad, la fuerza de voluntad, la audacia, la viveza de imaginacion y la energía, la astucia, el disimulo y la suspicacia de un político, el arte de ocultar sus designios, y la sagacidad que indaga y penetra los designios de otro fácilmente.

Fernando de Luque, eclesiástico que de dignidad de Maestrescuelas de la catedral de Darien pasó á cura párroco de la ciudad de Panamá, era hombre que poseedor ya de inmensas riquezas, ardia en vivos deseos de llegar á ser el gefe espiritual de algun estenso pais conquistado por la espada de otro, empresa á la cual contribuyera de buen grado, ya que no con el valor y el desprecio del peligro, á que del todo era estraño, al menos con sus tesoros.

Tales eran los hombres á quienes el destino reservaba para derribar uno de los mayores imperios del mundo, cual era el del Perú. Autorizó Pedrarias su asociacion, y cada uno dedicó su caudal á tan audaz como arriesgada empresa. Pizarro, que era el menos rico de los tres, se comprometió á ocupar y desempeñar el puesto mas peligroso, encargándose del mando de aquella espedicion temeraria. Almagro tomó á su cargo el apresto y conduccion de naves, tropas y provisiones que Pizarro necesitára; y Luque, cuyo capital era superior al de los otros, habia de quedar en Panamá para tratar con el gobierno, y procurar por los intereses del osado triunvirato. Estipularon por último que deducidos gastos se distribuirían por iguales partes el oro, la plata y las joyas que ganaran ó adquirieran. Admiracion y asombro causó á cuantos españoles habia en aquellas tierras, que hombres tenidos por muy cuerdos quisieran gastar sin tasa sus cuantiosos bienes en un territorio donde hasta entónces no se habia podido hallar sino ciénagas y pantanos; en tanto que ellos, sumamente confiados en lo que pensaban descubrir, para sellar mas y mas su amistad y compañía, queriendo hacerla indisoluble con las ceremonias mas solemnes y sagradas de la religion, Luque celebró misa á que Pizarro y Almagro asistieron, y dividiendo en tres partes la hostia consagrada, con ella recibieron los tres la comunion.

No correspondia en verdad con la importancia de su empresa el primer armamento de aquellos triunviros, pues se redujo á comprar á Pedro Gregorio uno de los débiles navíos que para hacer en persona igual espedicion construyó el heróico y malhadado Nuñez Balboa, aquel grande hombre que decapitado en el Darien en 1517, ofreció uno de los ejemplos de la suerte infeliz reservada á los primeros conquistadores de América. Soldaron como piloto á Fernando Penate, apercibieron velas, jarcias, armas y bastimentos, y alistando hasta ciento doce españoles escogidos, hombres acreditados ya en las lides, acostumbrados ya á sufrir las privaciones, y á despreciar los riesgos y la vida al entrar en compromisos, proveyeron en fin los empleos de alferez, tesorero y veedor, y á mediados de noviembre de 1524 salieron del puerto de Panamá con el navío y dos canoas, prévia conferencia con Pascual de Andagoya, para saberse gobernar en la navegacion y el descubrimiento que se proponian. Quedando Almagro en

aquel puerto, para ir despues con mas gente y provisiones en busca de Pizarro, arribó este á la isla de Taboga, distante de Panamá cinco leguas; de allí, doce mas adelante, á las dos islas llamadas de las Perlas, por las muchas de estas que allí encontró el malogrado Nuñez de Balboa, cuando las descubrió por la pesquería que habia de ellas. Pasó doce leguas mas arriba al Puerto de Piñas, cuyo nombre le fué dado por la abundancia de las que junto á él se crian, y saltando en tierra toda la gente de armas, se acordó entrar á reconocer y buscar víveres en el pais donde dominaba el cacique Biruquete. Con indecibles fatigas caminaron tres dias rio arriba por las orillas del Birú, rompiendo por pedregales, por terrenos escabrosísimos, sin rastro de sendas ni veredas, con inminente riesgo de despeñarse por aquellos derrumbaderos, sin refrigerio alguno y agoviados del peso de las armas; trabajos inesplicables de que fué víctima uno de aquellos valerosos soldados. Situada aquella tierra bajo la línea equinoccial, llueve allí á todas horas, descargando su inclemente cielo grandes y violentos aguaceros, que suelen alcanzar á veinte leguas de distancia hasta el mar, y tal era la espesura de los árboles de aquellas selvas, que solo dejaban paso estrecho y tortuoso por los claros que presentaban las quebradas y que hacian los arroyos.

Tan pronto como vieron los indios á los castellanos desampararon sus albergues, que eran de forma redonda y de madera, como los demás de las Indias, cubiertos de paja y hoja de palma, y temerosos se desparramaron entre las espesuras de los montes. Llegaron los espedicionarios á unas casuchas en que habitaba el cacique Biruquete, y èn ellas encontraron una porcion de maiz y de raices, frutos que constituian parte del alimento de los indígenas. No habiendo hallado gente, faltos muy luego de subsistencia, hambrientos, quebrantados y sin reposo, abrumados del peso de las armas, espantados en fin al aspecto de tan mala y áspera tierra, buscaron su salvacion en la retirada, y desandando el camino hácia el navío, rotos, descalzos y con los piés llagados, se embarcaron sin pensamiento de volver atrás y prosiguieron su navegacion. Andadas diez leguas surgieron en el puerto que se llamó *del hambre*, por los que allí murieron de ella. Tomaron agua y leña, y habiendo navegado diez dias, les iba faltando la escasa provision que tenian, tanto que ya la racion diaria se reducia á dos mazorcas de maiz, y para mayor penuria, por falta de vasijas, era corta la porcion de agua que llevaban. Desdicha tanta comenzó á entristecer á unos, hacer desesperar á otros, y que los mas se arrepintiesen de haber salido de Panamá, hasta el estremo de empezar á desatarse en quejas y murmuraciones con palabras harto libres. Solo en Francisco Pizarro se veia serenidad y resignacion, perseverancia y aliento: solo él daba ánimo y esperanzas á la decaida gente; y él únicamente pudiera como pudo determinarlos á volver al Puerto del Hambre, en estado tan lastimoso que se tenian unos á otros, caminando flacos, desfigurados y hambrientos, por una tierra tan estéril que de ella huian las aves y los cuadrúpedos. Por donde quiera que se tendia la vista, no encontraban los

ojos sino sierras, peñascales, montes, pantanos y contínuos aguaceros; espantosa soledad donde á los míseros castellanos no aguardaba ya sino la muerte, porque para volverse á Panamá no les quedaba mas recurso que devorar los caballos; pero como en toda compañía de hombres aventureros siempre hay unos mas animosos que otros, propusiéronse estos ver el fin de la jornada, teniendo por cosa vergonzosa volver á Panamá sin haber hecho cosa digna de su honra y su valor. ¡Efecto maravilloso del amor propio, de este ente moral que espresa la opinion verdadera ó falsa que el hombre se forma de sí mismo, de su valor y su escelencia, y el deseo que le impele á inspirar esta opinion á los demás! pasion y presuncion, en fin, que al ser inteligente le hace volver en sí mismo, convirtiendo á veces al hombre irresoluto y tímido en hombre resuelto, emprendedor y valeroso! Al amor propio de aquellos individuos ayudaba por otra parte el ejemplo y la voz de su caudillo, quien constantemente afirmaba que se habia de hallar buena tierra, y que de ello estaba cierto desde el tiempo del Adelantado Vasco Nuñez de Balboa. Tal imperio ejercieron en la gente sus palabras, que unánimes acordaron se enviase el navío á las islas de las Perlas en busca de víveres; mas era tanta la penuria, que no habiendo ya para mantenerse ni los que iban á ponerse en marcha ni los que se quedaban, tan solo pudieron dar á los primeros para el viaje un cuero de vaca muy seco, y algunos palmitos amargos que cojieron en la costa. Tocó la suerte de marchar á Montenegro con algunos compañeros, y pusieron el cuero en remojo para cocerle. Entre tanto Pizarro y los demás que para ello tenian fuerzas, buscaban comestibles por la tierra, y no hallaban sino árboles de mil clases, gran copia de espinas, abrojos, mosquitos y otras plagas que aumentaban sus tribulaciones. Alimentándose de palmitos amargos y una fruta semejante á la bellota, que hallaban entre los bejucos, la mala calidad del alimento, el hambre, la influencia de aquel pais insalubre, todo este cúmulo de males trajo consigo la mortandad, en términos que fallecieron en breves dias veinte hombres, y muchas mas fueran las víctimas si la calamidad hubiera dado con gente menos robusta. Enfermos no obstante los mas de ellos, poseido el corazon de la tristeza consiguiente á la vista de los cadáveres y moribundos, al aspecto de la muerte, enemigo á quien no podian vencer, Pizarro tuvo harto trabajo en mantenerlos acordes y resignados, ya asistiéndoles en persona, ya construyendo por su mano la pobre barraca, en que el mísero doliente guarecido de la intemperie tuviese alguna comodidad, algun consuelo y reposo.

En tal estado de desesperacion dieron algunos de nuestros desventurados españoles la consoladora nueva de que á distancia de unas ocho leguas de donde se hallaban habian columbrado un resplandor que les dejó absortos. Un soldado llamado Lobato se esforzó en persuadir á su caudillo que le enviase á reconocer, con el objeto de hallar recursos para aplacar el hambre; pero Pizarro reservándose para sí propio el peligro y la gloria que de aquella empresa resultá-

ra, marchó en persona hácia el punto indicado, llevando consigo algunos de los mas animosos, armados de espadas y rodelas. Al llegar á una playa donde apareció el resplandor, hallaron gran cantidad de cocos y vieron multitud de indios, mas solamente á dos pudieron echar mano. Otro de ellos á quien siguieron creyendo darle alcance, se arrojó al mar y nadó mas de tres leguas sin descanso, hasta que ya de noche le perdieron de vista, y con su habilidad y fortaleza dejó atónita á nuestra gente. Los indios fugitivos iban armados de arcos y flechas, envenenadas con una yerba tan ponzoñosa, que habiéndose herido uno de ellos murió en menos de cuatro horas.

No perdiendo tiempo Montenegro en su jornada, apenas arribó á la isla de las Perlas cargó en el navío maiz, carne, plátanos y otras frutas y raices tuberculosas, con lo cual volvió al punto de su partida. Así remedió la apremiante necesidad de sus hambrientos compañeros, que con tan ansiados como oportunos recursos recobraron la salud y las esperanzas. Mas de veinte eran ya los fallecidos cuando llegaron aquellas provisiones al puerto que tanto mereció el epíteto *del hambre*. Poco despues regresó Pizarro de su incursion. Embarcándose todos con el fin de correr la costa, á breves dias volvieron á saltar en tierra, en un sitio que denominaron de la Candelaria, por ser aquel dia 2 de febrero de 1526, y aunque vieron sendas que cruzaban por algunas partes, no tardaron en conocer que se encontraban en tierra tan ingrata y tan funesta como la pasada, húmeda en tanto grado que á pesar de llevar camisetas de angeo sobre el vestido, este se les pudria, y hasta los sombreros se les caian á pedazos. El cielo siempre inclemente les deslumbraba con relámpagos contínuos; frecuentes truenos y rayos con su estrépito y sus estragos aumentaban el horror y el peligro de la muerte; el sol alumbraba pocas veces y por breve espacio aquella mansion de espanto; la plaga de mosquitos era intolerable, y en tanto los naturales, á la vista del navío que desde lejos divisaron, se habian retirado y puesto en salvo por los montes, cuya maleza parecia impenetrable, y que cruzados de quebradas, arroyos, bosques y pantanos, impedian descubrir y dar con los salvages que aun huyendo no se consideraban seguros.

Obstáculos y desdichas tales no arredraron el ánimo del futuro conquistador del Perú, cuya constancia y valor le hacian superior á todo. Siguiendo con los suyos una de aquellas intrincadas sendas, afanosos por hallar poblado se internaron dos leguas y fueron á dar con un miserable pueblo, enteramente abandonado de sus habitantes, en el cual hallaron gran cantidad de maiz, raices, tocino fresco, y en joyas mas de seiscientas onzas de oro de pocos quilates; pero al gozo con que tan feliz hallazgo inundara al punto los corazones de los necesitados cuanto codiciosos espedicionarios, sucedió muy luego otra novedad que les sobrecogió de horror y espanto inesplicable. Tal fué que entre la carne que habia en las ollas de comida que hallaron puestas al fuego, encontraron piés y manos de hombres, testimonio auténtico de que aquellos indios eran caribes. Regresaron nuestros aven-

tureros á la costa, y embarcándose anduvieron costeando hasta llegar á un lugar que llamaron Pueblo quemado. Allí acordaron salir á tierra, notando que entre los espesos bosques de manglares que cubrian el pais se divisaban sendas trilladas, indicios ciertos de que aquella tierra estaba poblada. No era vana la conjetura, pues habrian andado una legua cuando fueron á parar á un pueblo desierto como el anterior, situado en las cumbres de una montaña, á guisa de fortaleza, donde tambien hallaron abundante provision de frutos del pais, mas no otra cosa, por cuanto los indios abandonando sus hogares se llevaron consigo toda prenda de valor.

La situacion de aquel pueblo fortificado por la naturaleza, cercano al mar y bien provisto, determinó á Pizarro de acuerdo con sus compañeros á detenerse en él y despachar el navío con alguna gente para Panamá, donde fuese reparado, pues hacia mucha agua. Ordenó pues á Montenegro que con los soldados mas ligeros fuese por tierra á tomar algunos indios para llevarlos en la nave, y que trabajasen en la bomba, supliendo asi la escasez de marineros. Habíanse juntado en tanto los indígenas que andaban fugitivos, y resueltos á espulsar al corto número de estranjeros que invadió su patria, apostaron centinelas para observar los movimientos de los españoles; de modo que no fué mas pronto salir Montenegro del pueblo indiano con sesenta castellanos, que tener aviso de esto los indios congregados. Convinieron en caer desde luego sobre aquellos espedicionarios, y ya esterminados ó desbaratados, acometer de improviso la multitud á los demas que en la poblacion quedaban, en la persuasion de que cogiéndolos divididos lograrian acabar tambien con ellos. El indisciplinado ejército de los indios salió del fragoso pais que le encubría, todos ellos desnudos, como siempre andaban, pintados unos de almagre, otros de ocre, con todo el cuerpo colorado ó amarillo, y otros untados de bixa, especie de trementina; y agolpándose en tumulto y dando espantosos alaridos como acostumbraban en la pelea, arremetieron en su marcha á los castellanos, que los aguardaban serenos y valerosos. Mas ejercitados estos que los agresores en las batallas, con mas concierto y esperiencia, tal estrago hacian con sus únicas armas, las espadas, que arredraron muy pronto á los inespertos indios, quienes atemorizados al ver caer los suyos al impulso del acero relumbrante, que hacia en ellos la impresion del rayo, retrocedieron luego, y manteniéndose distantes de sus enemigos disparaban nubes de flechas, no osando acercarse á las espadas. En el calor de la pelea se adelantó intrépidamente Pedro Vizcaino, y aunque dió muerte á varios indios, cayeron tantos sobre él que allí espiró acribillado de heridas. Otros dos castellanos encontraron gloriosa muerte en la refriega, quedando no pocos heridos. Defendiéronse todos tan heróicamente, que el ejército indio perdiendo la esperanza de vencer acordó abandonar el campo de batalla, para ir á cojer desprevenidos á los castellanos residentes en el pueblo, en la creencia de que habiendo quedado allí por débiles y enfermos, serian fácilmente vencidos y esterminados. A la ra-

pidez de la marcha de los indios fué consiguiente la sorpresa de la descuidada gente de Pizarro que de improviso se vió amenazada muy de cerca en la misma poblacion, pero puestos en órden tan pronto como la algazara y el estruendo de los agresores fué verdadero grito de alarma, empuñando la espada y embrazando la rodela, con su capitan al frente acometieron al enemigo, rompiendo por la espesa lluvia de flechas que la inmensa turba disparaba. El arrojo de Pizarro y el valor que con su ejemplo á los suyos infundia, impulsó á los indios á cargar muchos agolpados sobre él, no desconociendo el desaliento que la muerte del capitan produjera en nuestra gente: mas la fuerza de su brazo, revolviendo y descargando la espada por todos lados, inmoló tantas víctimas, que los bárbaros acobardados quedaron atónitos de proezas tales. Admirando el valor de los castellanos, sus fuerzas y el silencio con que peleaban, empezaban á aflojar desanimados, cuando hé que en tal aprieto asomó con los suyos Montenegro, socorro que obligó á los indios á retirarse internándose otra vez en la maleza, con la ilusion de que el cielo protegia á sus funestos huéspedes.

Heridos Pizarro y muchos de sus compañeros, no tenian otro remedio para curarse que el de un poco de aceite. Unido esto al peligro de ser acometidos nuevamente por la multitud de los bárbaros, resolvió abandonar el pueblo, y retirarse á la costa. Embarcándose luego arribaron á Chicamá, y allí acordaron que en el navío fuese á Panamá el tesorero Nicolás de Rivera, y llevando el oro que fué hallado diese cuenta á Pedrarias de todo lo ocurrido.

Mientras esto pasaba, haciendo Diego Almagro velas desde Panamá con setenta hombres se dirigia en derechura hácia la parte del continente, donde podia encontrar á su asociado. En el primer punto á que arribó, que fué cerca de Pueblo quemado, desembarcó su gente; no encontrando á Pizarro se internó en tierra con cincuenta individuos; halló el pueblo habitado y fortificado con palenques, y los indios resueltos á defenderse, por lo cual determinó embestir sin detenerse: y aunque al principio retrocedieron los castellanos en desórden, espantados al aspecto de la multitud de bárbaros en cueros, pintados de colorado y amarillo, volvieron sin tardanza á la pelea, que se hizo mas reñida, hasta que al fin ganaron la estacada. Mandando Diego de Almagro como capitan y peleando como soldado, fué herido de una flecha en un ojo, y acosado de los indios hubiera muerto allí á no socorrerle prontamente un negro esclavo suyo. Vuelve luego á la lid, y reanima con su ejemplo y su presencia á los suyos, en tal manera que los bárbaros huyen y el pueblo queda por Almagro.

Aun convaleciente de la herida, con pérdida del ojo, volvió á embarcarse y fué recorriendo la costa, sin haber cala ni puerto que no reconociese, hasta que desconfiando de encontrar á Pizarro, cuando daba ya la vuelta para Panamá, al tocar en la isla de las Perlas supo que Nicolás de Rivera habiendo pasado por allí habia dicho que el caudillo estremeño quedaba en Chicamá. Esta noticia para él tan plausible le hizo ir allá donde efectivamente encontró á su compañero, y

ambos se consolaron mútuamente contándose sus aventuras, y comparando sus trabajos y padecimientos. Muchos de los que con Pizarro quedaron en Chicamá estaban curándose las heridas, y otros que salieron en busca de víveres habian perecido devorados por los caimanes al pasar los rios.

Como Almagro habia avanzado en su viaje hasta el rio de San Juan en el Popayan, donde el aspecto del pais y de los habitantes le habia parecido menos desagradable y mas fértil, este rayo de esperanza bastó para determinar á aquellos hombres intrépidos y fogosos á no abandonar su proyecto, á pesar de cuanto habian sufrido ya en su empeño de llevarle á cabo. Almagro regresó pues á Panamá, para reclutar allí algunas tropas; pero las pérdidas que Pizarro y él habian esperimentado, aquellos mismos peligros, privaciones y trabajos que habian arrostrado con estraordinario y heróico valor, dieron á sus compatriotas tan mala idea de la empresa que con dificultad pudo reclutar ochenta hombres.

Sin embargo, no considerando Pedrarias suficiente aquella disposicion de los ánimos para abandonar la empresa del triunvirato, tuvo por conveniente dar á Almagro la investidura de Adelantado, y se la dió en efecto, para que juntamente con Pizarro llevase adelante sus planes. Entonces, con dos navíos, dos canoas y buen repuesto de armas y provisiones, partió otra vez Almagro en busca de su compañero, llevando consigo la gente reclutada y el piloto Bartolomé Ruiz. Fácil es de comprender el descontento de Pizarro al ver llegar á su compañero con una investidura que le daba sobre él la supremacía; pero haciendo de la necesidad virtud, mas bien que persuadido de las palabras con que el Adelantado le aseguraba no haber pretendido tan elevado puesto, ni querido rehusarlo por evitar que recayese en otra persona poco favorable á la empresa y menos amiga de Pizarro, hubo este de acomodarse á las circunstancias acatando el inesperado nombramiento hecho por Pedrarias.

Por débil que fuese el refuerzo que llevó Almagro, al verse con mayor número de gente y algunos caballos, no titubearon los espedicionarios en seguir sus planes, y acordando dejar aquel espantoso pais enderezaron las proas para otra parte; llegaron á un rio que denominaron de Cartagena, cerca del de San Juan, y pasando adelante algunos castellanos en las canoas, dieron de repente con un pueblo donde se apoderaron de una porcion de oro de baja ley, equivalente á una suma de quince mil pesos fuertes; hallaron provisiones, capturaron algunos indios, y con esto se volvieron á los navíos, muy contentos de haber descubierto pais rico, aunque todavía montuoso, cubierto de ciénagas una parte y por todas plagado de mosquitos. Asi es que á pesar de las apariencias favorables de riquezas, exageradas por la vanidad y la ilusion de aquellos que las referian, y aun por la imaginacion de los mismos á quienes se representaban, Pizarro y Almagro no se atrevieron á invadir un pais poblado, con un puñado de hombres debilitados por contínuas fatigas y agudas enfermedades. Por segunda vez determinaron que Almagro volviese á Panamá, y que en tanto el piloto Barto-

lomé Ruiz navegase costa arriba cuanto pudiese, descubriendo tierras; acuerdo en virtud del cual cada uno emprendió su viaje.

El piloto descubrió la isla del Gallo, que halló poblada, y la bahía que despues denominó de San Mateo, donde vió un gran pueblo cuya gente huyó espantada al ver el navío: continuó esplorando hasta Coaque, y caminando con derrota hácia Poniente, siempre con el objeto de descubrir sin conquistar, columbró en alta mar una gran vela latina que á lo lejos parecia una carabela. Causó esto gran sorpresa á nuestro antiguo marino, por cuanto tenia la certeza de que ninguna nave europea habia llegado antes que él á aquellas latitudes, como tambien de que no se conocia la aplicacion de las velas á la navegacion por ninguna de las naciones del continente americano descubiertas hasta entonces, inclusa la mejicana, que entre todas aquellas se consideraba la mas culta; pero no tardó en salir de su error y asombro, pues al acercarse con el navío se enteró de que era una gran almadía, formada de gran número de troncos muy derechos, de madera muy ligera, cubierta con un cañizo; en el centro dos gruesos mástiles que sostenian una gran vela de lienzo de algodon, que tendida tocaba casi en la cubierta, un tosco timon, y por quilla un tablon encajado en medio de los troncos; de manera que el navegante sin necesidad de remo podia gobernar y dirigir aquella rara nave, que en vez de cámara llevaba en medio una chocilla.

Facilmente fué alcanzada y detenida la ingeniosa embarcacion indiana, cuyos viajeros estaban mas que asombrados aturdidos y estáticos en presencia del navío, pues su máquina era para ellos tan colosal y prodigiosa como nunca vista en aquellas aguas. Iban en la almadía hombres y mugeres, ostentando algunos de ellos en cuello, orejas, brazos y piernas preciosas joyas de oro y plata, y llevando muchas de estas para traficar en diferentes puntos de la costa; y aunque era de admirar tambien que aquellos indios fuesen como iban vestidos de telas finas, hermoseados algunos de sus raros y vistosos trages con primorosos bordados de figuras de pájaros y flores de colores muy vivos, la admiracion creció de punto al encontrar Ruiz en aquella embarcacion una balanza ó peso para los ricos metales; pruebas todas convincentes de que los indios de aquel pais eran cultos y civilizados, y que no desconocian en fin las artes y las reglas de equidad y buena fé del comercio, que conducen á los pueblos por el camino de la cultura. No descuidándose el sagaz piloto en tomar noticias del pais de aquellos indígenas, por dos de ellos que venian de Tumbez, puerto peruano, situado á unos cuantos grados mas al Sur, tuvo indicios de que por aquella parte andaban errantes numerosas manadas de los cuadrúpedos que criaban la sedosa lana de los ricos trages de aquellos indios, al mismo tiempo que el oro y la plata abundaban tanto que eran en los palacios de sus señores casi tan comunes como la madera. La grata sorpresa y la maravillosa impresion que estas noticias causaron en el ánimo y la mente de nuestros aventureros avivaron, como era natural, los deseos y por consecuencia la codicia de invadir un pais cuyas riquezas

recompensaran é hicieran olvidar y dar por bien empleados sus contínuos cuanto grandes trabajos y privaciones. Tan cuerdo se mostró no obstante Bartolomé Ruiz, que receloso de que fuesen exageradas ó mal comprendidas la noticias de los dos indios, dadas con mas confusion que claridad, por cuanto no entendian nuestro idioma y se esplicaban con ademanes en vez de palabras, determinó llevarse ambos informantes y algunos mas de aquellos viajeros, no solo para que alejando toda idea de falsedad en el relato que él hiciera de aquella historia, los mismos indios la refiriesen ante Pizarro, sino tambien para que aprendiesen el castellano y algun dia fuesen intérpretes entre sus compatricios y los espedicionarios españoles. Dejando pues en libertad á los demas indios para continuar su viaje, prosiguió el suyo el piloto, arribó á la punta de Pasado, medio grado al Sur, y tuvo así la gloria de ser el primer navegante que con aquel rumbo por el Pacífico pasó la línea equinoccial; y virando de bordo y enderezando luego al Norte, antes de un mes tuvo la satisfaccion de echar el ancla en el puerto donde Pizarro habia quedado.





CAPITULO II.

Penosa marcha de Pizarro y sus compañeros por el pais descubierto y que se describe.—Llega Almagro á Panamá, recluta gente y con ella y con recursos de boca y guerra vuelve á donde está Pizarro.—Navegacion de este y desembarco con su gente en el hermoso pais que descubrió el piloto Ruiz.—Hostilízanle los indígenas.—Altercado y discordia entre Almagro y Pizarro.—Reconcilíanse; vuelve el primero á Panamá por recursos, y el segundo y sus compañeros van á estacionar en la isla del Gallo.—Ardid de que se vale un soldado para que llegue á manos del gobernador de Panamá una carta en que los espedicionarios descontentos se quejan de Almagro y Pizarro acusándolos.—Descrédito de la espedicion en Panamá, y oposicion contra ella por aquel gobernador, quien despacha dos buques para llevarse á Pizarro y sus compañeros.—Resistencia de Pizarro; acto célebre de este, y resolucion heróica de trece compañeros suyos, únicos que se quedan con él.—Trasládase con ellos á la isla Gorgona; trabajos que allí pasan.—Llega un buque en su socorro; emprenden viaje con él hácia el Sur, y arriban á Tumbez. Acaecimientos allí.—Desembarcan sucesivamente dos enviados de Pizarro á tomar ideas del pais, y siendo bien recibidos vuelven refiriendo maravillas.—Satisfechos y contentos los espedicionarios, prosiguen su derrotero, arriban á varios puntos, donde encuentran grata acogida, á instancias de su gente vuelve Pizarro con ella á Tumbez, ve confirmado allí cuanto le refirieron sus enviados, y adquiriendo cuantos datos y noticias le convienen se traslada á Panamá, para adquirir recursos y emprender la conquista.—Oposicion del gobernador de Panamá: acuerdan Almagro y Luque que venga Pizarro á España á impetrar la proteccion del Emperador, y emprende el viaje (1).

Cuando Almagro y Ruiz emprendieron su viaje respectivamente, el futuro conquistador del Perú, apremiado de la necesidad, se encaminó hácia lo interior del pais en que se hallaba, con la esperanza de encontrar la abundancia en el suelo que los naturales le pintaban como una mansion deliciosa. Pero en vez de un paraiso, solo veia en su penosa escursion fragosas selvas, árboles de altura y corpulencia prodigiosa, empinados cerros, sucediéndose unos á otros, y á lo

(1) Historiadores ó autoridades, como en el capítulo I, *Herrera*, *Oviedo*, *Jerez*, *Zárate*, etc.

lejos, descollando en competencia con las nubes, las cordilleras de los Andes, cuyas cumbres deslumbraban con el brillo de sus eternas nieves. Cruzando por aquellas selvas seculares se encontraban nuestros aventureros con frecuencia al borde de espantosos precipicios, al mismo tiempo que respiraban los fétidos vapores que exhalaban los abismos, confundiéndose con la fragancia de las flores que matizaban los collados. Bandadas de aves diversas de los colores mas vistosos revoloteaban por todos lados, distinguiéndose entre ellas los parleros papagayos y las cotorras, que aturdian los oidos con su incesante algarabía; en tanto que numerosas manadas de monos, encaramados en las copas de los árboles y en los vericuetos, con sus estravagantes ademanes y singulares gestos parecian mofarse de los viajeros. Horrendos y asquerosos reptiles abortados por los fangosos charcos bullían y se arrastraban en rededor de la gente; la enorme serpiente boa, enroscada en el tronco del árbol, y los caimanes tomando el sol en las orillas de los rios, aumentaban el horror y espanto de aquellas vastas soledades, donde no pocos españoles perecieron, devorados unos por tales mónstruos, y otros á manos de los indios que los acechaban, y que al menor descuido caían sobre ellos de improviso.

A todos estos horrores se agregó el del hambre, llegando á reducirse el alimento de nuestros espedicionarios á patatas silvestres y algunos cocos que solian encontrar; y cuando á las playas se acercaban era tal la plaga de mosquitos, que para preservarse lo posible de sus picaduras, aquellos infelices españoles se veian forzados á echarse boca abajo enterrando la cara en la arena. Este cúmulo de calamidades los desanimó de modo, que renunciando á sus esperanzas y deseos de adquirir riquezas, solo pensaban y anhelaban ya volver á Panamá. En tan triste y desesperada situacion se hallaban cuando los encontró el piloto Ruiz, y con la relacion de sus descubrimientos alcanzó á darles aliento.

Volvamos ahora al viaje de Diego de Almagro. Al llegar á Panamá encontró de gobernador á Pedro de los Rios en reemplazo de Pedrarias, y por fortuna le halló propicio á lo pactado con su antecesor: tanto que apenas supo el arribo de Almagro, bajó al puerto á recibirle y manifestarle la resolucion de proteger la empresa de los tres asociados. Daba la feliz casualidad de que acababa de llegar á Panamá, procedentes de la madre España, un cuerpo de aventureros militares, poco numerosos pero ansiosos todos de hacer fortuna en el Nuevo Mundo; y juzgando ocasion propicia á sus deseos el oportuno arribo de Almagro, se alistaron en la empresa de este unos ochenta. Con ellos y las provisiones y pertrechos que obtuvo y embarcó, volvió á navegar haciendo rumbo para el Rio de San Juan, y pocos dias despues que Ruiz llegó felizmente á donde estaba Pizarro. No podia ofrecerse un concurso de circunstancias mas á propósito para levantar los ánimos decaidos. Refuerzo de gente, recursos de boca y guerra, espectativas de riquezas con la relacion del piloto, todo contribuyó á que fácilmente se olvidaran las recientes privaciones, los inauditos trabajos padecidos y

los inminentes peligros de muerte en que se vieron. Todos fijaron la vista y pusieron el alentado corazon en su comandante, todos juraron seguirle á donde quiera que los llevase, instándole á proseguir sin tregua sus planes. Así los mismos hombres que antes estrechaban á su caudillo para que abandonase la comenzada empresa, dieron una prueba de la inconstancia característica del aventurero, de lo que es el hombre, que desatendiendo la gloria fija la mente solo en el sórdido interés, y por la misma inconsecuencia se distingue del que está inspirado y movido por las dos grandes pasiones juntas, la gloria y la ambicion. No desconocia el perspicaz Pizarro que el aura, el entusiasmo popular es tan fugaz como la belleza y lozanía de las flores, y por tanto, aprovechando oportunamente la buena disposicion de los ánimos, dispuso que al momento se embarcasen todos, y entregados á la esperiencia y conocimientos náuticos de Bartolomé Ruiz, emprendieron la navegacion que acababa de hacer el buen piloto.

Menos afortunados en este viaje que en aquel, por cuanto habia pasado la estacion bonancible, poco duradera bajo aquellas latitudes, á la cual suceden siempre los vientos del Norte y las contínuas borrascas, nuestros espedicionarios se vieron contrariados por furiosas tempestades, y amenazados á cada instante del naufragio, hasta que al fin tuvieron la dicha de hallar puerto de salvacion en la isla del Gallo, donde su piloto estuvo antes. En ella desembarcaron sin oposicion alguna de los indígenas, y allí se mantuvieron quince dias reparando las averiadas naves, y recobrándose de las penalidades y quebrantos del viaje. Volvieron luego á la mar con direccion al Sur, arribaron á la bahía llamada de San Mateo, y recorriendo la costa vieron confirmado cuanto observó y les habia dicho Bartolomé Ruiz, acerca de las señales de civilizacion de aquellos naturales, comparados con los de las tierras de donde iban nuestros navegantes. La agricultura era ya algo conocida, y ejercia su benéfico influjo en aquel suelo favorecido de la naturaleza. En lugar de los espesos é intrincados bosques de mangles, cuyas fuertes y nudosas raices, estendiéndose apiñadas por debajo de las aguas del Océano, eran peligrosos escollos para el incauto navegante que á tales playas se acercaba, las accesibles orillas del mar estaban hermoseadas por el magestuoso árbol del ébano, la corpulenta y erguida caoba, la orgullosa ceiba, el frondoso sándalo y otros colosos del reino vegetal, que suministran á las artes las sólidas y tersas maderas de variados visos, susceptibles del mas hermoso pulimento, y que embalsaman los aires con la mas suave fragancia. Pisaban, en fin, una tierra salutífera, en vez de aquella en que respiraban los mortíferos miasmas exhalados por los hediondos cenagales. Pueblos mas contiguos unos á otros, con calles y plazas regulares, con mayor número de habitantes que los descubiertos hasta entonces; hombres y mugeres haciendo gala en sus personas de preciosas joyas; plantíos de árboles de cacao en las amenas laderas de las colinas; todo daba la mas grata y consoladora idea de aquel pais, donde en pos de espanto y calamidades creía la gente de Pizarro haber hallado el Eden. Aun así

no habian puesto la planta en el Perú, aun no habian llegado ni siquiera á los límites del grande imperio de los Incas, y sí á una parte del pais contiguo que acababa de someterse á la dominacion de aquellos soberanos. Se encontraban en Quito, pais donde la mano férrea de sus recientes opresores, los déspotas peruanos, no habia tenido tiempo todavía para hacer que desaparecieran los vestigios de la felicidad y la vida patriarcal de aquellos indios; en cuyo territorio limítrofe abundaba el oro que arrastraban las aguas de sus rápidos arroyos, y por el cual corre el maravilloso rio de las Esmeraldas, así llamado en virtud de las minas que de tan preciosas piedras habia en sus orillas, y que acrecentaban los tesoros de los Incas.

Mientras los españoles contemplaban embelesados aquella mansion de riqueza y delicias, vieron muchas canoas con indios armados, que dejando la playa dieron vueltas alrededor de los buques en ademan amenazador, y que al tratar de perseguirlas se pusieron en salvo. Esto hizo recelar que por lo mismo que aquellos habitantes eran mas cultos que los de otros puntos de América, en vez de arredrarse en presencia de unos invasores cuyo aspecto y aparato les era desconocido, harian obstinada resistencia. A millares se reunieron poco despues los indios en la playa, en actitud hostil; y aunque Pizarro desembarcando con parte de su gente confió entrar en conferencias y avenirse con ellos, lejos de conseguirlo hubieran sido muertos los españoles, á no ocurrir un incidente tan natural como sorprendente para los bárbaros. Tal fué la caida de un ginete, novedad que dejó á los indios atónitos, por cuanto estaban en la creencia de que ginetes y caballos eran indivisibles, componiendo un solo cuerpo; de modo que al ver la inesperada separacion uno de otro huyeron despavoridos, y dejaron campo libre á los europeos para que volvieran á embarcarse.

Sin embargo, la prudencia aconsejaba no provocar ni aceptar una guerra desigual, de un corto número de estrangeros contra innumerables indígenas, cuyas ventajas eran incalculables peleando en su pais y por su independencia. Celebróse pues consejo, y discordaron los pareceres. Los pusilánimes, que no eran pocos, opinaban que se abandonase la empresa, mirándola aun mas que difícil, imposible de llevar á feliz término. No podia convenir Almagro con tal opinion, antes bien tenia por vergonzoso y aun por muy funesto regresar al punto de partida de la espedicion, sin haber hecho esta cosa alguna de provecho; tanto mas cuanto la mayor parte de aquellos aventureros habian contraido en Panamá grandes deudas, cuyo pago remitieron á las ganancias de la empresa, y volver allá sin poder satisfacerlas era entregarse á merced de implacables acreedores, que les hubieran reducido á perpétuo encierro. Juzgando pues preferible á la prision la libertad vagando á la aventura, fué de dictámen que se estacionára en algun paraje que ofreciese las comodidades posibles, en tanto que él regresára de Panamá á donde otra vez iria por refuerzos. No dudaba que este objeto se cumpliera, en razon de que las lisongeras nuevas que

llevaba del pais últimamente descubierto, inflamarian el deseo de adquirir riquezas, y muchos se alistarían voluntarios bajo la bandera espedicionaria. Mas este consejo, este juicio con que Almagro creyó vencer las oposiciones de los ánimos ya cansados de trabajos sin la ansiada compensacion, hicieron en la mente de Pizarro una impresion contraria. Replicó que no se conformaba ya en quedar luchando en los desiertos con el clima y las privaciones, con los riesgos y los salvajes, en tanto que otros se reservaban los goces y comodidades posibles con sus viajes de ida y vuelta á Panamá. Alusion semejante fué contestada por Almagro con aspereza y ceño, en tal manera que las lenguas ya sin freno pasaron de las indirectas á los denuestos, de los denuestos á las amenazas y al reto, y los brazos acudieron pronto á las espadas y rodelas. Por fortuna, interponiéndose oportuna y cuerdamente el tesorero Ribera y el piloto Ruiz, lograron contener los aceros, y esponiendo en breves y sentidas razones el escándalo con que la conducta de ambos gefes daba funesto ejemplo á sus subalternos, y por terminada la espedicion de un modo deshonroso, lograron sosegarlos, y que, al menos en apariencia, se reconciliáran y obrasen de buen acuerdo y armonía. Adoptándose en consecuencia lo propuesto por Almagro, se trató luego de buscar el sitio mas á propósito para que Pizarro estacionase con su gente.

Levando anclas reconocieron varios puntos de la costa siempre al Sur, fueron á la bahía de San Mateo; desde allí Diego de Almagro hizo rumbo con un navío para Panamá, y Pizarro con el otro y ochenta y cinco hombres para la isla del Gallo, atendiendo á que distante esta de la orilla y con pocos habitantes que hicieran guerra, era sin duda la que ofrecia mayor seguridad y conveniencia: pero no fué mas pronto saber la gente la determinacion de sus dos capitanes que empezar á manifestar el descontento, particularmente los aventureros á quienes tocó la suerte de quedarse con Pizarro. Clamaron resistiéndose á estacionar en un punto donde suponian que iban á perecer víctimas del hambre y de la nociva influencia del clima, y donde en vez del oro que se prometieron adquirir al emprender la espedicion, su única riqueza fuera la posesion de sus armas, y el término de sus trabajos la muerte, sin el consuelo siquiera de tener sepultura en sagrado.

De acuerdo con Pizarro interceptó Almagro las cartas que los descontentos habian escrito, y en que como era de inferir se quejaban de la conducta de ambos gefes, acusándolos de tiranos y avarientos. El medio adoptado era sin duda el mas conducente á cortar la comunicacion entre los querellantes y sus amigos, pero la suspicacia y el ingenio de alguno de ellos burló la precaucion en el acto mismo de tomarla. La curiosidad característica de las mugeres hizo que la esposa del gobernador de Panamá, doña Catalina de Salazar, pidiese á varios espedicionarios cuando partieron de allí con Almagro, que la enviasen algunos ovillos de algodon hilado por los indios. Acordándose de este encargo un soldado llamado

Saravia, natural de Trujillo, se le ocurrió la feliz idea de hacer un ovillo de gran bulto en el cual encerrase como encerró, en vez de devanador, una lárga carta dirigida al gobernador Pedro de los Rios, firmada no solo por Saravia sino tambien por otros soldados. En ella se desataban en acusaciones contra Pizarro y Almagro, suponiéndoles por miras ambiciosas autores de los trabajos que pasaban, y suplicando al gobernador que enviase un buque que los sacase del destierro en que se hallaban, y en que segun decian iban á perecer, concluian la carta con la siguiente cuarteta, compuesta por el mismo autor del escrito:

«Pues señor gobernador
Mírelo bien por entero,
Que allá vá el recogedor
Y aquí queda el carnicero.»

Aun no habia arribado Diego de Almagro á Panamá cuando Pizarro despachó tambien para allá su navío, so pretesto de que era preciso repararle. Proporcionando asi ocasion para marcharse algunos de los mas díscolos, si bien menguado el número de su gente, quedó libre de la compañía de unos hombres que en vez de auxiliares fueran de pernicioso ejemplo á los demás. En tanto apareció Almagro en el puerto de Panamá, y su llegada produjo muy en breve general disgusto y desaliento entre sus mismos partidarios. De una parte veian que en lugar de ser portador de las grandes riquezas que tanto ansiaban, al paso que hacia una pomposa relacion del pais descubierto, iba en demanda de nuevos y mayores refuerzos de gente, de provisiones y pertrechos; por otra, la carta encerrada en el ovillo, fué descubierta y divulgada, comentándola el vulgo á su modo, y exagerando los hechos en tal manera que era asunto del dia, objeto de hablillas y maledicencia: y sin dar á Pizarro otro nombre que el apodo de *carnicero* y á su compañero Almagro el de *recogedor*, por calles y plazas se cantaba la cuarteta. Sus planes de descubrimiento y conquista cayeron así en tal descrédito que irritado el gobernador don Pedro de los Rios, lejos ya de patrocinar la empresa se negó á escuchar á Luque y Almagro; y despues de haber pesado el asunto con aquella circunspeccion flemática que suele caracterizar á los hombres incapaces de concebir y ejecutar grandes proyectos, vino á declarar que no podia dejar de ser funesta á una colonia naciente y débil una espedicion que llevaba en pos de sí gran pérdida de hombres y de intereses. Impulsado de este juicio, propio de una alma apocada, no contentó con prohibir que se hiciesen nuevas levas, determinó despachar para la isla del Gallo al oficial Juan Tafur, caballero cordobés, quien partió de Panamá con dos buques, comisionado para traer á Francisco Pizarro y todos sus compañeros.

Esto pasaba mientras el héroe trujillano esperimentaba todas las privaciones y miserias consiguientes á su situacion en el punto donde se hallaba como sitiado



Urrabieta invº y litº — Lit de J J Martinez. Madrid

TRAZANDO FRANCISCO PIZARRO

una linea en la arena con la espada, invita á que con él la pasen los que esten resueltos á seguirle en su famosa empresa



por la esterilidad de aquel suelo, abandonado de sus naturales desde que en él fijaron la planta los españoles, donde ya reinaba el hambre consistiendo el principal alimento en cangrejos y otros mariscos, bien que escasos; donde se habia introducido el desaliento y hasta la desnudez, al mismo tiempo que entrada ya la estacion de las lluvias, las tempestades eràn frecuentes y horrorosas y los albergues incómodos y deleznables. Todos suspiraban por regresar á Panamá, todos fijaban allí su mente sin pensar ya en descubrimientos ni adquisicion de riquezas, escepto el imperturbable Pizarro, cuando hé que tendiendo la vista por el Océano columbran en lontananza dos objetos que parecen ser dos naves, que hacen renacer las esperanzas de salvacion, y que los ansiosos espectadores quisieran acelerar y atraer con los ojos hácia el puerto. Eran efectivamente dos buques: llegó con ellos Tafur, y su arribo fué saludado con estraordinarios aplausos, con demostraciones inesplicables del gozo que enagenaba los corazones de la gente poco antes afligida y desesperada, poseidos del vehemente deseo de embarcarse, abandonando para siempre aquella isla para ellos la mas abominable.

Ya que ni Almagro ni Luque habian podido evitar la disposicion del gobernador de Panamá, encontraron medio de hacer saber á Pizarro, escribiéndole por conducto de uno de los que iban con Tafur, el sentimiento de que se hallaban poseidos, exhortándole á no abandonar una empresa en que se fundaban todas sus esperanzas, y en que se cifraba el único recurso para restablecer su reputacion y su caudal, harto lastimada la una y arruinado el otro con lo ocurrido. Dotado Pizarro por la naturaleza de una perseverancia y firmeza de carácter que eran el distintivo de su genio, no necesitaba en verdad que le estimuláran para proseguir en la ejecucion de sus planes. Conocia sin embargo que en la disposicion que se encontraban los ánimos ni las promesas ni la severidad condujeran ya á retener con él á su gente, cuando habian perdido la fé y las esperanzas de adquirir riquezas, sin interponerse en lugar de esto el amor á la gloria y el deseo de alcanzar eterna fama, al paso que aunque indiferente le era provechoso deshacerse de los díscolos y pusilánimes, que con su mala voluntad y su disgusto eran ciertamente un obstáculo á su resolucion y sus miras. Veia en fin que la impresion y el recuerdo indeleble de los trabajos y calamidades aun recientes, avivaba en aquellos débiles y mercenarios aventureros el ansia de volver al reposo en el seno de sus familias y sus amigos, despues de una larga ausencia sin provecho, y que esta idea era irresistible. Solo á un hombre de corazon fuerte, enérgico, de imaginacion viva y de suma perspicacia, fuera dado concebir y ejecutar en el acto un pensamiento que hiciera mudar de propósito y decidir como queria á sus rudos compañeros, inspirándoles su valor y su amor propio. Sacando de improviso la invicta espada que habia de sojuzgar el imperio de los Incas, y que se conserva y ostenta perdurable en la Armería de nuestros Reyes, con la punta trazó una línea de Levante á Poniente, y puesto en medio en el Norte de ella, y volviéndose á la parte del Mediodia esclamó denodado: «Cama-

radas y amigos; en la parte de acá estan la muerte, los trabajos, las hambres, la desnudez, los aguaceros y desamparos: en la otra los regalos y el placer. Por aquí se va á Panamá á ser pobres; por allá al Perú á ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que mas bien le estuviere.» Esto dijo, y pasó la línea; y como impelidos maquinalmente del movimiento de su caudillo tras de él la cruzaron tambien el piloto Bartolomé Ruiz y doce mas (1), declarándose en tal manera resueltos á seguirle constantemente. A tan sublime ejemplo de lealtad y valor, al corto número de trece hombres, tanto como á su mismo capitan, se debe, digámoslo así, el haber poseido España por espacio de tres siglos uno de los mas bellos y ricos paises de América.

Al volverse Tafur á Panamá, llevándose los que quisieron separarse de Pizarro, con beneplácito de este y sus compañeros se fué tambien Bartolomé Ruiz, á fin de que uniendo sus esfuerzos á los de Almagro y de Luque, pudiese adquirir auxilios para la espedicion y con ellos regresára. Y luego, considerando el héroe de la arrojada empresa que el punto en que se hallaba carecia de las circunstancias apetecidas de seguridad y conveniencia, determinaron trasladarse á otro que ofreciese mas ventajas, y fuéronse en efecto á la isla que se denominó de la Gorgona, distante de la del Gallo veinte y cinco leguas al Norte, y unas cinco del continente, la cual estaba despoblada. Mas elevada que la otra sobre el nivel del mar, cubierta de bosque, abundante en caza, particularmente de una especie de faisanes y liebres, y de buenas aguas, aunque de estas nunca carecieran, porque las lluvias eran allí incesantes, parecióle á Pizarro que la Gorgona era la mas á propósito para establecer por entonces su cuartel general. Allí construyeron chozas donde preservarse de la intempérie y una canoa en que el mismo Pizarro solia ir á pescar, alternando en este ejercicio con el de la caza, que lograban á tiros de ballesta, y con cuyos productos, ayudado de sus compañeros, remediaban todos el hambre. Pasando en esto las horas que fueran de ocio, y á veces en oraciones para inspirar á los suyos confianza en la proteccion del cielo, hacia Pizarro llevadera la triste vida en la Gorgona: en aquella triste mansion donde las tempestades eran frecuentes y horrorosas, insufrible la plaga de mosquitos, y otros insectos venenosos, y nocivos los miasmas con que las exhalaciones pútridas de las ciénagas infestaban la atmósfera: mansion en fin que con razon le fué aplicado el epíteto de Gorgona, y que otros que despues la visitaron la han comparado bien con el infierno.

Mientras en aquella ominosa residencia aguardaban con ansia trece hombres heróicos los indispensables auxilios que se prometian, arribó Tafur á Panamá, y al dar cuenta del resultado de su mision á don Pedro de los Rios, se in–

(1) Dignos son de consignarse en la Historia para eterna memoria, los nombres de aquellos trece hombres, á saber: Bartolomé Ruiz, Cristobal de Peralta, Nicolás de Rivera, Domingo de Scraluce, Francisco de Cuellar, Pedro de Candia, griego, natural de Candia; Alonso de Molina, Pedro Alcon, Garcia de Jerez, Antonio de Carrion, Alonso Briceño, Martin de Paz y Juan de la Torre.

dignó este en tal manera de la conducta de Pizarro y sus compañeros, que se propuso impedir á toda costa que fuesen socorridos. En tal conflicto, Almagro y Luque redoblaron sus gestiones con tanta actividad, perseverancia y energía, que hicieron tomar parte en su demanda á toda la colonia. Clamábase por todas partes que era vergonzoso abandonar á unos hombres tan valerosos, empeñados en una empresa útil y gloriosa á la nacion, á quienes solo se podia hacer cargo de un esceso de celo y de valor, al paso que se reputára de crímen dejarles perecer cual delincuentes en una isla desierta. Rendido al fin el gobernador de Panamá por las murmuraciones, las quejas y las instancias unánimes de sus gobernados, consintió no sin repugnancia en despachar un buque para la Gorgona; pero con la idea de no aparecer como patrono de Pizarro, para que este no pudiese continuar su empresa, al mandar que únicamente se embarcasen para allá los marineros indispensables al servicio de la nave, espidió una órden terminante previniendo al héroe estremeño que cualquiera que fuese el éxito de su espedicion, antes de seis meses estuviese de vuelta en Panamá. Al mismo tiempo Almagro y Luque se apresuraron á aprestar otro buque con armas, pertrechos y provisiones, y con el piloto Bartolomé Ruiz lo despacharon en auxilio de Pizarro. Siete meses de penosa residencia llevaban ya en la isla Gorgona los españoles que á ella se acogieron, siempre tendiendo desde la playa la vista hácia Panamá de donde aguardaban el suspirado socorro, hasta que perdida la esperanza y cansados de padecimientos sin término, se determinaron á entregarse al Océano en una almadía, en vez de permanecer por mas tiempo en aquella mansion horrible.

Iban á poner en ejecucion su pensamiento, cuando semejante al iris que en el cielo anuncia la bonanza en pos de la borrasca, vieron blanquear como unos cisnes en el mar, múy á lo lejos, las velas del buque consolador. Renació en ellos la esperanza y por una mudanza instantánea muy natural en hombres acostumbrados por su género de vida y su valor á las vicisitudes mas repentinas de la fortuna, pasaron del esceso del abatimiento al de la confianza. Al fondear el buque tuvieron el sentimiento de saber que no les llevaba refuerzos, y sin embargo tuvo Pizarro la dicha de decidirles fácilmente á perseverar en su proyecto, aun con mas ardor que anteriormente. En vez pues de regresar á Panamá hicieron rumbo hácia el S-E., y bajo la direccion del acreditado piloto Ruiz gobernaron hácia Tumbez, pasaron cerca de la isla del Gallo de ominosa memoria para aquellos navegantes, enderezaron luego la proa mas al Oeste, y descubrieron la punta de Tacumez, luchando con los grandes obstáculos que les oponia las corrientes y el viento, que casi siempre soplaba del Sur, bien que era leve y el tiempo bonancible. Al cabo de algunos dias avistaron el cabo Pasado, término de la navegacion anterior del piloto, cruzó el buque la equinocial y entró en aquellos desconocidos mares no surcados hasta entonces por ninguna quilla europea. Mas felices que en los viages y en las tentativas anteriores al

vigésimo dia de su partida de la Gorgona, descubrieron la hermosa costa del Perú, en que las chozas de los indios blanqueando en la orilla del Océano y las humaredas que se levantaban al pié de las colinas lejanas, eran claros indicios de un pais muy poblado. La intrépida cuanto humilde nave dobló la punta llamada de Santa Elena, se deslizó como triunfante por el apacible golfo de Guayaquil, y nuestros heróicos navegantes contemplaron desde el mar la imponente y magestuosa perspectiva de los Andes que atraviesan el Perú del Norte al Mediodia, formando generalmente dos grandes cordilleras casi paralelas, en que descuella el Chimborazo con su cúpula de eterna nieve que le hace parecer de refulgente plata, y que sirviendo de antemurales contra el frio y los hielos, protejen aquellos sitios privilegiados, donde la tierra no cesa de revestirse y engalanarse con los primores reunidos de la primavera y del otoño. Gozosos y satisfechos al observar inequívocos signos de civilizacion en el pais donde fijaban la vista y la mente, echaron por fin el ancla en frente de Tumbez, en una isla que denominaron de Santa Clara.

En aquella desierta tierra encontraron los espedicionarios algunos pedacitos de oro, toscamente labrados en diversas formas, y que tal vez fueron dedicados á las deidades de los peruanos. Solian éstos acudir allí á celebrar su culto, haciendo sacrificios, segun informaron los indios, añadiendo que en Tumez hallarian abundancia de tan precioso metal. Con esta lisongera esperanza, hicieron al punto vela, navegando hácia el indicado punto, adonde arribaron; y allí, á los tres grados al Sur del Ecuador, al acercarse, columbraron una gran ciudad, cuyos edificios parecian de regular construccion, nada comunes en las tierras que hasta entonces habian descubierto nuestros aventureros. Aun no habia dado fondo el navío, cuando Pizarro vió que hácia él bogaban unas almadías, en que, como se advirtió muy luego, iba multitud de gente armada, dirigida contra la isla de Puna, con la cual tenian guerra. Invitados por el caudillo español á que pasaran algunos de ellos á bordo de su buque, lo hicieron varios de sus capitanes; y aun mas que á sus inesperados y estraños huéspedes, contemplaban absortos á sus propios compatriotas los indios que los acompañaban; novedad que no podian comprender, hasta que ellos mismos les refirieron cómo habian caido en poder de aquellos estranjeros, á quienes consideraban descendientes de los dioses, como unos seres pacíficos, cuya venida solo tenia por objeto visitar el pais y entrar en relaciones con los hijos del sol. Interesado el caudillo español en corroborar esta relacion, persuadió á los sorprendidos peruanos que en sus almadías volviesen á tierra, que refiriesen lo que habian oido á sus compatriotas y les suministrasen víveres para la gente.

En tanto se agolparon á la playa los tumbecinos, mirando con asombro el navío, que anclado ya y meciéndose en las movientes aguas, donde nunca se vió nave alguna de semejante magnitud ni forma, parecia á los atónitos espectadores un palacio flotante. Con suma atencion escucharon lo que sus compatriotas

les refirieron de nuestra gente; transmitieron la relacion al *curaca*, cuyo título daban al gobernador del territorio, y este, considerando á los estrangeros como á unos descendientes de sus divinidades, se apresuró á favorecerles, en tal manera que á breve rato se vió la playa cubierta de almadías, bogando hácia el navío, cargadas no solo de los mejores frutos del pais, sino tambien de caza y pesca, y de algunos cuadrúpedos semejantes al camello, aunque mucho menores, animales peculiares del Perú, que Pizarro y sus compañeros veian vivos por primera vez, y cuya esquisita lana suministra la materia para la hilaza del vestido de los indígenas.

Hallábase á la sazon en Tumbez uno de los indios llamados por los españoles *orejones*, á causa de las desproporcionadas joyas de oro con que se adornaban las orejas, y movido de la curiosidad de conocer á los estranjeros pasó á bordo del navío. Su rico traje, comparado con el de los otros indios, y el respeto que estos le tributaban, daban á conocer que era entre ellos de una clase superior, y así es que Pizarro le recibió y trató con distincion, enseñóle por sí mismo la nave que tanto asombro le causaba, esplicándoselo todo, satisfaciendo á sus preguntas por conducto de los indios intérpretes del mejor modo posible, y haciéndole comprender, en fin, que era enviado de un gran soberano, el mas poderoso del mundo, para que en aquel pais fuese reconocida su soberanía, y sus habitantes saliesen del estado de la ignorancia y el error en que vivian. Silencioso permaneció el personaje peruano cuando hubo oido aquella relacion, manifestándose como atónito, bien fuese recelando el verdadero objeto y las intenciones de Pizarro, ó bien mirándole como enemigo de su reverenciado Inca, sobre el cual á nadie consideraba mas potente. Mantúvose sin embargo en el navío largo rato, y aceptando el convite que el caudillo de los españoles le hizo, participó de la comida de estos, causándole estrañeza, y siéndole gratos los guisos y los vinos con que le regalaron. Impaciente luego por volver á tierra se despidió, suplicando á nuestra gente que fuese á Tumbez, y al marcharse le hizo Pizarro dádiva de varias bujerías y de un hacha, herramienta en que admirado habia fijado la atencion, y que apreció sobremanera; efecto de lo desconocido que era el hierro á los peruanos, siendo tambien para ellos cosa estraña los cerdos y gallinas, así como para los españoles otras aves y cuadrúpedos indígenas del Perú. Al dia siguiente envió Pizarro al curaca un presente de algunos de aquellos animales európeos, comisionando al efecto á Alonso de Molina, acompañado de un negro que desde Panamá iba en la espedicion. Apenas pusieron el pié en tierra el enviado y su acompañante, cuando se vieron rodeados de multitud de indios, atónitos de ver al negro y embelesados con la presencia del blanco. En este, cual si fuese una maravilla, contemplaban el fresco color de su tez, su luenga barba, y el nunca visto traje en aquella tierra: cautivó en particular las miradas de las peruanas, quedando como encantadas de su persona y sus modales. El negro al mismo tiempo causaba á todos una especie de espanto;

dudaban que su color fuese natural, y para convencerse de que lo era, preciso fué que se lavase, como pidieron, á presencia del concurso; operacion á que el africano se prestó de buen humor, haciendo gestos, en que la blancura y el esmalte de sus dientes brillaba, contrastando con lo negro de su cutis, y divirtiendo á los espectadores. Cantó en esto el gallo, y los del concurso, aplaudiendo maravillados, y creyendo que aquella ave, la primera que habian visto de su especie, poseia la facultad de articular palabras como el papagayo y la cotorra, con estremada curiosidad preguntaban qué decia.

Desde la orilla del mar acompañaron á Molina como en triunfo hasta el sitio donde el curaca residia, y allí fué donde el enviado español quedó absorto al notar la construccion regular de los edificios, la profusion de oro y plata, y el órden que reinaba en el servicio del gobernador peruano. Ansioso de referir á los suyos lo que sus ojos veian y aun le parecia una ilusion, volvió al navío, y de todo dió cuenta á Pizarro; pero á este le pareció en tanto grado maravillosa y exagerada la relacion de Molina, que al dia inmediato envió el griego Pedro de Candia, considerándole hombre mas observador, veraz y discreto.

Iba el nuevo emisario con su bruñida y refulgente armadura completa, de punta en blanco, espada ceñida y arcabuz al hombro; á cuyo aspecto y presencia creció de un modo estraordinario el asombro de los indios, contemplándole como un ser muy superior al primer enviado que tanta sorpresa y maravilla les causó. El resplandor de la cota y el capacete en que reflejaban los rayos del ardiente sol ecuatorial, ofreciales la imágen prodigiosa del astro mismo, objeto de su culto. Por lo que habian oido contar á sus compatriotas que vinieron en el navío, manifestaron suma curiosidad y deseo de que el español hiciera uso del arcabuz. Entonces Pedro de Candia, colocando á la mayor distancia posible una tabla que de blanco le sirviera, fijó en ella la puntería, y al estampido y la llamarada del disparo que esparció por el aire las astillas de la tabla destrozada, los indios unos cayeron en tierra sobrecogidos de terror, y otros cubriéndose el rostro con las manos, permanecieron estáticos un rato. Vueltos en sí del estupor, se acercaron al formidable arcabucero, movidos de su serenidad y afable aspecto, mostrándose con él tan complacientes y obsequiosos como lo estuvieron con su predecesor.

La descripcion que de vuelta al navío hizo Pedro de Candia á Pizarro, no solo confirmó las noticias dadas por Molina, sino que aun produjo mayor sorpresa, maravilla y contento. Enagenados de gozo aquellos españoles, veian ya como realidades las gratas ilusiones que al peligro les arrojó y á tal pais les condujo. Como cánticos de gracias al cielo se oyó piadoso rezo en acorde coro á bordo del navío, bien que sintiendo Pizarro en su corazon á la par del alborozo la falta de compañeros bastantes para emprender al punto la conquista. Tanto pesaba en su mente esta grave dificultad, que apuntando cuantos datos y noticias le habian suministrado sus dos emisarios y que conducian á su proyecto, despidióse de los tumbecinos, prometiéndoles volver á verlos; y luego prosiguió su

derrotero siempre al Sur, sin perder de vista la costa. Dobló el Cabo Blanco, y echando el ancla en el puerto de Paita, salieron á su encuentro con demostraciones de júbilo los naturales del pais; quienes ya noticiosos de la aparicion de los estranjeros en Tumbez y del modo que se presentaron y fueron recibidos, iban en sus almadías á llevarles abundantes refrigerios. Detúvose allí Pizarro el tiempo preciso para admitir aquellos obsequios; prosiguió luego su viaje, y al cabo de unas cien millas, doblada la punta de Aguja, puso la proa al Este; pero mudando el viento de improviso arreció en tal manera que alejó el navío de la costa, bien que nunca se perdieron de vista los encumbrados Andes, cuyas nevadas y descollantes cimas servian como de faro al impávido y esperto piloto del navío. Abonanzó el tiempo, la proa volvió hácia el continente, y donde quiera que el buque surgía, sus navegantes eran recibidos y agasajados como en Tumbez y Paita, porque á su arribo habian precedido gratas noticias de su urbanidad y sus pacíficas intenciones. Tales eran los favorables efectos de la política del predestinado conquistador del imperio peruano, quien hizo particular estudio y tuvo la singular habilidad de aparentar y persuadir á los naturales del pais á donde arribaba, que no la adquisicion de riquezas, y sí el homenaje á su Soberano y la civilizacion de incultos pueblos era el esclusivo objeto que á ellos le conducia.

En su navegacion, siempre al Sur, pasó el aventurero navío por la altura del punto en que el intrépido Pizarro habia de fundar un dia la gran ciudad que con el nombre de Trujillo perpetuará allí el de la patria natal de su mismo fundador, y fué á surgir en el puerto de Santa, que aunque situado al márgen de un caudaloso rio, su árido campo solo servia de necrópolis á los peruanos, por la virtud que su tierra tenia de conservar las momias; y levando luego el ancla continuó su derrotero.

Cerca ya de los nueve grados de latitud Sur, manifestó la gente de Pizarro sus deseos de terminar allí su viaje, rogándole que juzgase suficiente cuanto hecho y descubierto habian para convencerse de la existencia del gran imperio, en cuya busca fueron con tanta fé y constancia, y que en fuerza de esto y la imposibilidad de alcanzar la posesion apetecida con la escasa gente que llevaban, acordase la vuelta á Panamá, cuyo gobernador, satisfecho del buen éxito de la espedicion, en mérito de la exacta relacion que se le hiciera, facilitára los medios y recursos necesarios para llevarla á feliz término. Justo apreciador de las razones y la demanda de sus leales y buenos aunque pocos compañeros, despues de haber llegado en su trabajoso viaje hasta diez grados al Sur mas allá que cuantos navegantes le sucedieron en aquel desconocido mar, mostróse deferente volviendo la proa al Norte, para desandar el camino que habia surcado. Tocó de paso en algunos puntos, pareciendo que en ellos tomaba posesion por la España, al saludarle los indios con fraternales demostraciones de admiracion y respeto, acatando el pendon de Castilla; y arribando otra vez á Tumbez, saltó en tierra con la mayor parte de su gente.

En aquel punto, apresurándose Pizarro con muchos de sus compañeros á visitar el pueblo de que tan satisfactoria idea tenian por las relaciones que de él hicieron Alonso de Molina y Pedro de Candia, quedaron atónitos al encontrarse en la gran ciudad favorita de los Incas, donde habia un suntuoso templo y un soberbio palacio de aquellos soberanos del Perú; donde por primera vez se presentaba á sus ávidas miradas el espectáculo de la opulencia y la civilizacion del imperio peruano. Vieron, en fin, un pais bien poblado y cultivado, con alguna industria, y los naturales decentemente vestidos, teniendo sobre los demás habitantes del Nuevo Mundo la ventaja de conocer el uso y la utilidad de los animales domésticos. Pero lo que en verdad les llamó mas vivamente la atencion fué una cantidad de oro y plata estraordinaria, en tal manera, que tan preciosos metales se veían invertidos no solamente en el ornato público y los templos, sino tambien en las vasijas y utensilios comunes, novedad que ya no permitía dudar de que habia en el pais prodigiosa abundancia de aquella riqueza tan ansiada.

Todo parecia brindarles y seducirles á quedarse en tan halagüeño pais. Algunos declararon ser esta su intencion, entre ellos Alonso de Molina, el primer español, que como hemos visto, pisó aquel suelo. Pizarro accedió á sus deseos, persuadido de la conveniencia de encontrar allí á su vuelta algunos de los suyos que poseyesen ya la lengua peruana, y que conociesen los usos y costumbres de los indígenas. El caudillo español consiguió en cambio que con él se fuesen dos tumbecinos para que aprendieran el idioma castellano, é hizo vela en derechura para Panamá. Tocando en la Gorgona, de amargo recuerdo, recogió uno de los dos compañeros que dejó enfermos, pues el otro habia fallecido; y á los diez y ocho meses de ausencia fondeó en el puerto de donde partió como gefe de la espedicion que habia de eternizar su fama, y hacer ilustre su nombre en todo el orbe.

Pero ni las relaciones que hizo el héroe trujillano de la opulencia de los paises que acababa de conocer y visitar, ni sus amargas quejas sobre el retiro, ó mas bien arrebatamiento de sus tropas, cuando estaba en la isla del Gallo, en un tiempo que le eran sumamente necesarias para fundar una colonia y dar principio á una conquista; nada pudo decidir al alucinado gobernador de Panamá á desistir de su propósito de firme oposicion y negativa. Sostuvo constantemente que la colonia encomendada á su gobierno y su celo no se hallaba en estado de ir á invadir un imperio poderoso, y rehusó autorizar y aun tolerar una espedicion, que, segun él, arruinára la provincia de Panamá si se la obligase á suministrar lo que juzgaba superior á sus medios y recursos.

Por fortuna la indiferencia, la preocupacion, ó la manía mas bien del apático gobernador, no bastó para desalentar el ardor de los tres asociados. Tan solo repararon en que era forzoso llevar adelante la ejecucion de su proyecto, sin el socorro y proteccion del gefe de la colonia, ó solicitar ante el Soberano el

permiso que del gobernador de Panamá no podian alcanzar. Grave fué sobre esto la cuestion suscitada entre ellos, acerca de elegir y encontrar persona, bajo todos conceptos, capaz para el desempeño de mision tan árdua como importante. De una parte retenian á Luque en Panamá los deberes de su sagrado ministerio; de otra solo veia en sus fogosos compañeros soldados valerosos, agenos á la diplomacia y las intrigas cortesanas. A Diego de Almagro además le desfavorecian para presentarse en el palacio, su baja estatura, sus modales nada cultos, su tosco aspecto y hasta la falta de un ojo. En Francisco Pizarro concurrian las recomendables prendas de bizarra y respetable presencia, buena y fácil locucion que desmentía su educacion nada esmerada, y la singular circunstancia de que pudiendo referir cual ningun otro la historia de la espedicion, como héroe verdadero de ella, mejor tambien que ningun otro pudiera mover é inclinar el ánimo del Soberano español á patrocinar resueltamente la empresa. Tales eran las razones con que Almagro se esforzaba en persuadir de la conveniencia de que Pizarro fuese el elegido, combatiendo la opinion de Luque, que bien fuese recelando de la ambicion de sus consocios, ó bien juzgando de absoluta necesidad su permanencia en Panamá, pretendia que se encomendase la negociacion á otra persona. Convino al fin, no sin repugnancia, en la propuesta de Almagro, y el elegido fué Pizarro, quien aceptando tan espinoso cargo hubo de vencerse á sí mismo: tanto era lo que le costaba alejarse del punto que miraba ya como teatro de sus glorias, esponiéndose y aventurándose á la contingencia de no volver, ya á causa de un naufragio, ya porque en vez de alcanzar la proteccion de la corte fuese víctima de las intrigas palaciegas, incitadas por la oposicion de don Pedro de los Rios.

En medio de esto, los recursos de los triunviros eran ya tan escasos, efecto natural de los muchos y considerables gastos de la espedicion en que invirtieron sus caudales, que se vieron en grande aprieto para juntar la suma de mil quinientos pesos de oro para el viaje de Pizarro. Así pudo emprenderle, partiendo de Panamá, atravesando el Istmo y embarcándose en la primavera de 1528. Acompañábale Pedro de Candia, llevando ademas consigo algunos de los indígenas, varias telas de lana, gran número de adornos ó joyas, y vasos de oro y plata, que sobre la relacion que él hiciera atestiguáran la verdad de ella y dieran una idea, aunque ligera, del estado de la industria y civilizacion de los peruanos; ya que no podia tener todavia mayor conocimiento del gran Imperio que habia de conquistar.

El Perú, como lo demas del Nuevo Mundo en la época de que tratamos, estaba, desde su orígen, dividido en muchas naciones pequeñas ó tribus independientes, diferenciándose las unas de las otras por sus costumbres y las formas groseras de una policía imperfecta. Todas estaban entonces tan mal civilizadas, que si hemos de dar crédito á las tradiciones de los peruanos, en nada eran superiores á las naciones mas salvajes de América. Agenos á toda especie de cul-

tura y de industria regular, sin moradas fijas, sin conocer ninguna de aquellas obligaciones morales que constituyen los primeros vínculos de la union social, los naturales andaban errantes y desnudos por las selvas que cubrian su pais, siendo mas semejantes á los animales silvestres que á los hombres. Así es que la aparicion repentina de los españoles, de los estrangeros que iban á invadir su patria, á quienes no podian resistir, y cuyo rostro, figura y costumbres eran igualmente estraordinarios á sus ojos; todo esto hizo en los peruanos la misma impresion de terror que anteriormente habian esperimentado las demas naciones de América en casos semejantes.





CAPITULO III.

Llegada de Pizarro á Sevilla, donde se vé preso como deudor insolvente, y por mandato real se le pone en libertad.—Va á la corte, recíbele benévolo el Emperador y Rey, bajo cuya proteccion y la de la Reina, celebra capitulaciones con la Corona para el descubrimiento y conquista del Perú.—Se le confiere el título de virey y Adelantado.—Hace viaje á Trujillo, su patria nativa; recluta gente, entre ella cuatro hermanos suyos; va á Sevilla, teniendo aprestadas tres naves se hace á la vela para el continente americano, y arriba felizmente á Santa Marta.—Pasan á conferenciar allá con él sus consocios Luque y Almagro: suscita este sérios altercados, quejoso de la supremacía que sobre él concedió el Gobierno á Pizarro, y se avienen ambos rivales bajo ciertos pactos entre ellos.—Abandonando las tres naves atraviesa Pizarro el Istmo, y á primeros de enero de 1532, con otros tres buques emprende la navegacion y aporta en San Mateo: invade el territorio de Coaque; adquiere riquezas en aquel pais y las envía á Panamá.—Penalidades de los espedicionarios en su marcha; llega á las costas de Guayaquil.—Pasa con su gente en almadías á la isla de Puná á donde pasan á visitarle una diputacion de tumbecinos enemigos de los punanos; conspiran estos contra Pizarro, atacan á los españoles, y estos los derrotan.—Recibe Pizarro refuerzos de Panamá, vuelve al continente y arriba á la costa del Perú (1).

Reinaba ya el estío de 1528 cuando Pizarro llegó con su acompañado á Sevilla. Casualmente se hallaba entonces allí el bachiller Fernandez Enciso, aquel mismo aventurero de quien hicimos mencion al tratar del descubrimiento del mar del Sur. Erale deudor Pizarro de cierta suma desde su estancia en el Darien, y apenas hubo desembarcado cuando el inhumano acreedor hizo prenderle, para conseguir por este medio el pago de su crédito. Así el hombre que hacia veinte años abandonó su pais como un mísero desvalido, sin parientes ni hogar, para distinguirse en breve por su valor y hacerse superior á los trabajos y peligros,

(1) Historiadores ó autoridades, las del capítulo precedente.

al poner el pié en el suelo pátrio se vió encerrado en una cárcel: así fué demandado y perseguido como deudor insolvente de una cantidad insignificante, el que un dia llegára á poseer sumas inmensas, como árbitro de un grande imperio que conquistára, acrecentando el poderío y la opulencia de su patria. El uso que el implacable Enciso hizo en tal manera del derecho que la ley le concedia, fué calificado de barbarie por el vulgo, provocando general indignacion. La corte misma tomó parte en el público disgusto, tanto que al punto que del hecho hubo noticia, ordenó que Pizarro fuese puesto en libertad, dejándole espedito para proseguir su viaje hasta Toledo, donde á la sazon se hallaba el invicto Emperador.

No perdió tiempo en marchar á la corte el grande hombre que venia á anunciar el descubrimiento de un pais maravilloso, emporio de riquezas, con que hiciera temida y envidiable al orbe la corona de Castilla. Por nuevo, por desconocido que para él fuese el teatro en que se presentaba, en la audiencia que le fué muy luego concedida, compareció ante el monarca de dos mundos con la entereza, el desembarazo y la dignidad de un hombre que conoce toda la grandeza de los distinguidos servicios que ha hecho á su patria. Habló al Emperador con aquella elocuencia sencilla y persuasiva que es hija del talento natural, y que niegan los estudios al hombre torpe y rudo. Manejó su negociacion con una soltura y habilidad singular, que no era de esperar ni de su mala educacion ni de la vida aventurera que hasta entonces habia pasado. La pintura que hizo muy al vivo de sus padecimientos y la descripcion del pais que habia descubierto, confirmada por las muestras que presentaba, hicieron tal impresion en el ánimo y la mente de Cárlos V y de sus ministros, que aprobando el proyecto de una nueva espedicion, manifestaron de un modo nada equívoco el grande interés que en el feliz éxito de ella se tomaban.

Sucedia esto en ocasion de hallarse en la misma corte otro héroe recien llegado del Nuevo Mundo, cuyas proezas estendian ya su inmortal fama por toda Europa. Tal era Hernan-Cortés, quien ausentándose del imperio de los Aztecas que acababa de conquistar, habia venido á defender su causa en persona, pidiendo ante el Trono la debida reparacion de los agravios que se le hacian, y el justo premio de sus esclarecidos servicios. Este y otros asuntos graves de gobierno paralizaron los de Pizarro, tanto que á pesar de la buena acogida que tuvieron en el Emperador, quien recomendó su pronto despacho al Consejo de Indias, el interesado, careciendo ya de recursos para permanecer en la corte, cansado en fin de esperar, ausente ya el Emperador que habia marchado para Italia, recurrió á la Reina, y por su alta proteccion mereció Pizarro el pronto y favorable despacho. Así se verificó que si á una Reina estuvo reservada la gloria de patrocinar y facilitar el descubrimiento del Nuevo Mundo, á otra la conquista de la parte mas rica y opulenta de él, y á entrambas por consecuencia el que España fuese poseedora de dos imperios formidables.



En 26 de julio de 1529 se celebró solemnemente la *capitulacion* con que se revestia al futuro conquistador del Perú de altos poderes para llevar á cabo su proyecto, concediéndole al mismo tiempo singulares distinciones y privilegios. Se le reconocia y declaraba el derecho indisputable de descubrimiento y conquista del pais, que conocido con el nombre de Perú habia de ser denominado Nueva-Castilla, estendiéndose su demarcacion hasta doscientas leguas al Sur de Santiago, y confiriéndole el título y dignidad de gobernador capitan general de aquel vasto territorio, y ademas el de Adelantado inamovible; se le dotó cual era debido á tan alta gerarquía, á que iban en fin anejas como virey, las funciones, prerogativas y facultades régias de esclusivo representante de la corona de España en las provincias que conquistára, y para colmo de sus satisfacciones se le hizo merced del hábito de caballero de Santiago.

Atendiendo tambien el gobierno español á los merecimientos de Diego de Almagro, aunque no tanto como debia, le nombró gobernador de la fortaleza que en Tumbez se habia de levantar, señalándole una renta anual de trescientos mil maravedises, y dándole título de nobleza; al mismo tiempo que Fernando de Luque fué electo obispo de aquella misma ciudad, erigida desde luego en silla episcopal, dotándole con mil escudos al año. A todos los demas compañeros de Pizarro se hicieron estensivas las gracias, honores y privilegios, confiriéndose á Bartolomé Ruiz el título de gran piloto del Océano del Sur, con gran sueldo; á Pedro de Candia la comandancia de la artillería, y los once restantes fueron creados caballeros hijos-dalgos, eligiéndoles ademas regidores del ayuntamiento que en Tumbez se instalára.

En cuanto á las personas que se determinasen á trasladar allá su domicilio para ser colonos ó pobladores, se les declaró exentos de gabelas y cargas concejiles. Estipulóse que el conquistador llevase cierto número de eclesiásticos que le sirvieran de consejeros ó consultores, al paso que se dedicáran á la conversion de los indios; y se prohibió, bajo severas penas, que ningun abogado ni escribano desembarcára ó entrára en las nuevas colonias, considerando esto como medida de precaucion para que en ellas no se turbase el sosiego y la buena armonía que reinar debia en su gente.

Obligábase el conquistador entre otras cosas á levantar, dentro de seis meses, una fuerza de doscientos cincuenta hombres, perfectamente equipados á sus espensas, bien que el gobierno le auxiliaría, facilitándole algunos recursos para la compra de artillería y pertrechos de guerra; y por último, á que en igual plazo al citado, á contar desde su vuelta á Panamá, habia de embarcarse y con su espedicion salir de aquel puerto.

Lo mas particular es que en cuanto á lo demas, limitándose aquel gobierno suspicaz á lisonjeras promesas de premios al que iba á conquistar un imperio, para en caso que se cumpliese debidamente el objeto, á ningun resarcimiento se obligaba en caso adverso. No reparando en esto nuestro famoso aventurero, dejó

la corte y partió para Trujillo, su patria natal. Lisonjeábase su vanidad y amor propio, con la idea de que al presentarse ensalzado y aun como héroe, donde nació y se crió como espósito, oscurecido, pobre y despreciado, en la mísera y baja condicion de porquerizo, tendria admiradores y prosélitos. Efectivamente, la presencia del hombre trasformado ya de miserable en favorecido de la fortuna, bastó para encontrar no pocos que alistándose á su bandera se resolvieran á seguirla; y así como antes tenian todos á mengua el trato y comunicacion con el mísero bastardo, ahora se complacian en acercarse á su persona y con él familiarizarse; en tanto grado que muchos de ellos quisieran atribuirse la cualidad, no tan solo de amigos suyos, sino tambien de parientes. Contábanse en el número de sus alistados cuatro hombres, justamente reputados hermanos del futuro conquistador del Perú; dos de ellos, aunque tambien de ilegítimo consorcio, llamados Gonzalo y Juan Pizarro, eran hijos del mismo padre de Francisco, y por parte de madre únicamente el otro, conocido por Francisco Martin de Alcántara: hombres todos que en su infancia, por su educacion y estado, ni habian sido ni eran mas dichosos de lo que fué en Trujillo el hermano á quien se asociaban; pero todos tan orgullosos como pobres, segun Oviedo que los conoció, y que dice eran tan sin hacienda como deseosos de alcanzarla. Llamábase Fernando el otro, era el mayor de todos, con la diferencia de ser de legítimo matrimonio, y al mismo tiempo que orgulloso, tambien pobre y de genio turbulento, arrogante y ambicioso, díscolo y vengativo.

Al vencer el plazo de los seis meses, se encontraba Francisco Pizarro sin haber reclutado todavía hasta el completo de los doscientos cincuenta hombres. En tal apuro, teniendo ya tres naves á su disposicion en Sevilla, sabedor de que el Consejo de Indias trataba de que se examinára el estado de su empresa, y temiendo se alegase la falta de cumplimiento á lo pactado, para anular las concesiones, sin detenerse en la capital de Andalucía, en enero de 1530, hizo vela desde San Lúcar para la isla de la Gomera, dejando en Sevilla dos buques á cargo de su hermano Fernando, con prevencion de que allá fuese á incorporarse con ellos y la gente, como lo hizo en breve.

Con feliz navegacion llegaron nuestros espedicionarios al gran continente americano y anclaron en el puerto de Santa Marta, situado en la costa de lo que hoy se denomina Colombia, entre los rios del Hacha y Santa Magdalena. No faltaron en aquel punto hombres que, ó mal informados ó con siniestras intenciones, desalentáran á la gente de Pizarro, dándoles á todos tristes y desconsoladoras noticias del pais á donde se dirigian y en que fundaban sus ilusiones y esperanzas; pintándosele plagado de enórmes reptiles venenosos é insufribles insectos; tanto que algunos de los alistados abandonaron á su caudillo, y éste, para evitar la desercion de otros, en vez de descansar hubo de hacerse sin demora á la vela para Nombre de Dios, en la costa del Istmo de Panamá. Allí acudieron á conferenciar con él y enterarse circunstanciadamente de la capitulacion con la Co-

rona, sus asociados Almagro y Luque, tan pronto como tuvieron noticia de su arribo. En vano fuera referir el desagrado y resentimiento del primero, considerándose pospuesto á Pizarro, al saber que este era el verdadero gefe superior de la empresa, y que á él le estaba reservado únicamente el cargo de gobernador ó comandante de Tumbez. De nada sirvieron para aplacarle las esplicaciones de Pizarro, protestando que sin pretenderlo le habian conferido la encumbrada categoría de Capitan general y Adelantado, poniéndole en el duro trance de aceptarlo ó renunciarlo todo. A intrigas, á miras de ambicion, á deslealtad con su compañero atribuyó en fin Almagro la supremacía de que aquel iba revestido, llegando los altercados entre ambos asociados hasta el grado de tomar parte en la querella los amigos y parciales del uno en contra del otro, y amenazar un rompimiento escandaloso. Por fortuna se interpusieron con tal oportunidad y acierto los mas prudentes, en particular el electo obispo Luque, que reconciliándose, bien que no de corazon, los dos consocios ya rivales, accedió Pizarro, como de él se exigia, á renunciar en favor de Almagro el alto cargo de Adelantado, mediante memorial que al efecto dirigiese al Emperador. Obligóse ademas á no pretender empleo alguno para sus hermanos hasta quedar satisfechos los deseos de Almagro, y á ratificar de un modo el mas solemne el contrato celebrado en un principio, de que los tres socios sin distincion uno de otro fuesen partícipes de las utilidades y despojos de la conquista.

Hecho este convenio, sin perder tiempo se dedicaron á llevar adelante la empresa; reclutaron alguna gente con que se aumentó aunque poco la que Pizarro llevó consigo de España, ascendiendo el todo á la muy escasa todavía de ciento ochenta infantes y veinte y siete ginetes montados. Reducíase su marina á tres buques, dos mayores y uno menor, los cuales habia adquirido en Panamá; pues los que sacó de Sevilla tuvo que dejarlos en el puerto de Nombre de Dios, por tener que atravesar el Istmo con su gente.

Resuelto con tan humilde armada y tan pocas fuerzas á emprender la conquista, sin reparar en que faltaba á lo pactado con la Corona, despues de la bendicion del estandarte real y la bandera de la compañía en la catedral de Panamá, el dia 27 de diciembre, á primeros de enero de 1532 salió de aquel puerto la espedicion tercera y última para el Perú, y á los trece dias de navegacion surgió la escuadrilla en el puerto de San Mateo, distante un grado de la línea equinocial. Allí desembarcó Pizarro con su gente, y sin internarse se encaminaron por la costa, en tanto que las naves, sin perderla de vista, seguian el mismo rumbo.

Animados todos con el ejemplo de su caudillo, que marchando delante era su guia, salvaron precipicios, atravesaron torrentes, vadearon lagunas, é invadiendo la provincia de Coaque sorprendieron la capital. Sus habitantes, sobrecogidos de terror, huyeron en vez de apercibirse á la defensa, con tal precipitacion que dejaron abandonado cuanto tenian. Así los invasores encontraron en el desierto

pueblo gran cantidad de oro y piedras preciosas, particularmente esmeraldas, y telas de varias clases. Cuéntase que entre las esmeraldas se halló una del tamaño de un huevo de paloma, la cual cayó en manos de Pizarro; y que á tal punto llegaba la ignorancia de nuestros aventureros acerca del valor de aquellas piedras, que rompieron á martillazos muchas de ellas. Aun se añade que esto hicieron inducidos por Fr. Reinaldo de Pedraza, misionero dominico, asegurándoles que de este modo se hacia la prueba para distinguir las falsas de las verdaderas, por cuanto estas no se rompian. Esto fué causa de que entonces desmereciese estraordinariamente el valor de las esmeraldas entre aquella gente, y el astuto dominico recogió é importó gran cantidad de ellas á Panamá donde hizo su negocio.

Juntose en un monton todo el oro y plata recogido, y segregada la quinta parte, correspondiente á la Corona, lo demas fué repartido entre gefes, oficiales y soldados, conforme á lo pactado de antemano. El tanto de oro que Pizarro remitió á Panamá ascendia á una suma de veinte mil castellanos, proponiéndose alentar á las gentes á sentar plaza en su bandera, al ver tal riqueza adquirida en pocos dias. Con el objeto, pues, de adquirir reclutas despachó luego para Panamá los tres buques de la espedicion, y dado solaz y descanso á los suyos prosiguió su marcha. Mas penosa todavía que la anterior, por un suelo unas veces movedizo y otras cenagoso, infantes y caballos se atascaban con frecuencia, en tanto que la menuda arena arrebatada por los vientos azotaba los rostros, cegando á los viajeros, y en las horas de calma un sol abrasador parecia encender los fatigados cuerpos, bajo las caldeadas armaduras y los justillos que acolchados aumentaban el calor. Para mayor conflicto se propagó en la gente una especie de lepra tan corrosiva, que los infectados se ulceraban, causándoles copiosas hemorragias, de que no pocos morian estenuados.

A las penalidades de la marcha y el horror de la peste se agregaba lo desierto del pais, por donde quiera que iban nuestros aventureros. Mirándoles los indígenas, no ya como semidioses, como la primera vez que vieron europeos, porque esta ilusion se habia desvanecido, y sí como unos mónstruos feroces y destructores, en vez de salir á su encuentro reverentes y obsequiosos, abandonaban las chozas y en su fuga talaban é inutilizaban cuanto podia contribuir al sustento del invasor.

Inesplicable era la desesperacion y el desconsuelo de los espedicionarios, arrepentidos de haberse alistado, y suspirando por volverse á sus respectivas colonias, cuando en ellos brilló un rayo de esperanza al descubrir hácia la parte de Panamá un buque que de allá venia, que les trajo provisiones, y en que iban varios funcionaros públicos á las órdenes de Pizarro, con un refuerzo de treinta hombres capitaneados por Benalcazar, el que despues se hizo famoso en la conquista del Perú. Al arribo de la nave se encontraban ya nuestros aventureros en el punto que se llamó Puerto Viejo. Hubo algunos que manifestaron deseos de estacionar y fundar allí una colonia, pero Francisco Pizarro, poseido siempre

de la idea y el ansia de conquistar, se habia propuesto apoderarse cuanto antes de Tumbez, por donde invadiera determinadamente el imperio de los Incas. Sin detener la marcha llegó á las costas del golfo de Guayaquil, y estando enfrente de la islilla de Puná cerca ya de Tumbez, determinó ir á establecer allí su cuartel general, disponiéndose para tomar la ciudad peruana.

En esta situacion vió dirigirse hácia él unas almadías con varios indios. Eran estos una diputacion de indígenas, la cual, desembarcando en el continente, presidida por su cacique, presentóse á los desconocidos estranjeros, y les invitó á trasladarse á su isla. Hallábanse presentes los indios intérpretes que con Pizarro fueron á España y de allá volvieron con él. Apenas se enteraron del mensage de los isleños, espusieron al caudillo español, que los peruanos tenian merecida reputacion de pérfidos, por lo cual habia justo motivo de recelar que haciendo lo que con otros habian hecho en casos semejantes, se deshiciesen de los españoles cuando estos se hallasen apartados de la costa en las almadías, cortando las sogas que sujetaban los maderos, á fin de que ahogados pereciesen. Sin desconcertarse Pizarro declaró este recelo al cacique, y al oir las protestas que éste hacia de lealtad y buena fé sin inmutarse, se embarcó sin titubear en las almadías con su gente, y trasladáronse á la isla, donde fueron recibidos y hospedados cual pudieran desear.

Situada la isla de Puná en el centro del golfo de Guayaquil, en la embocadura del rio del mismo nombre, entre la Punta de Santa Elena y Cabo Blanco, al Norte de Tumbez, en la costa de la actual república de Colombia, tiene unas ocho leguas de longitud y cuatro de latitud. En aquel tiempo se hallaba parte de ella cubierta de sotos de corpulentos árboles, y otra parte de plantíos de cacao, abundando ademas en otros frutos propios de aquel clima; de modo que ofrecia á los espedicionarios grata estancia para descansar y recobrar las fuerzas.

Llegó en breve á los de Tumbez la noticia del arribo de Pizarro á Puná, y en gran número pasaron á la isla á visitarle; mas su presencia, en vez de satisfactoria, fué motivo de general disgusto y recelo para sus antiguos é implacables rivales los punanos. No pudiendo tolerar que se entablasen relaciones entre tumbecinos y españoles, y considerando á estos ya como huéspedes molestos y peligrosos, con su conducta suspicaz y equívoca, en vez de franca y generosa, despertaron fundadas sospechas de traicion en sus huéspedes, corroboradas últimamente con la observacion que estos hicieron de que los caudillos de aquellos isleños tenian frecuentes reuniones privadas, que muy pronto dejaron traslucir por medio de los intérpretes la trama de una conspiracion. Poco cuerdo en esta ocasion Francisco Pizarro, con sus soldados cercó atrevido la choza en que estaban un dia congregados los caudillos sospechosos, y no satisfecho con apoderarse de ellos, cometió el desatino, cuando menos, de entregarlos á sus enconados rivales los de Tumbez, quienes cometieron la barbarie de darles muerte en el acto. Accion tan bastarda de parte del uno, y tan atroz de parte de los

otros, provocó tan súbita insurreccion en el ánimo de los punanos enfurecidos, que acometieron en tumulto á los españoles en su campamento. Por fortuna se hallaban estos tan prevenidos como recelosos de lo que iba á sucederles, y asi es que preponderando su organizacion, su disciplina y su armamento, á la incomparable superioridad que los agresores tenian en su gran número, resistieron el ataque tan impávidos y valerosos como rabiosos y ciegos se agolparon los punanos, que sin alcanzar á dar muerte á sus contrarios la recibian en las picas, las espadas y el fuego de los arcabuces, hasta que aterrados al ver tantos cadáveres, siendo inútil su valor y multitud en tal pelea, decayeron de ánimo y cejaron. No desaprovechó Pizarro la oportunidad que de vencer se le ofrecia entonces, pues destacándose de su gente á la cabeza de la caballería, cargó de improviso á los punanos, y acuchillados y dispersos los persiguió, sembrando los campos de muertos y heridos, hasta que se guarecieron y perdieron de vista en la fragosidad de los montes. Victoria tan grande solo costó á los españoles la muerte de cuatro, bien que fueron muchos los heridos; uno de ellos Francisco Pizarro en una pierna.

Era no obstante muy crítica y peligrosa la situacion en que los vencedores se encontraban, porque vueltos en sí los vencidos algunos dias despues de su derrota, empezaron á hostilizar de nuevo á sus enemigos, haciendo sorpresas nocturnas, acechándolos por todos lados, cayendo sobre cualquiera de ellos que se apartara del campamento, teniéndolos en contínuo sobresalto, y talando y destruyendo cuanto pudiera contribuir á su manutencion, comodidad y resguardo. Con razon hubieran desesperanzado de salir de tan gran conflicto nuestros aventureros si en él permaneciesen mucho tiempo; pero dichosamente arribaron á la isla dos buques con un refuerzo de cien voluntarios, capitaneados por Hernando de Soto y algunos caballos de remonta; auxilio que fué recibido con tanto alborozo y sirvió de tanto consuelo á la gente de Pizarro, como lo fué á los sedientos hijos de Israel el agua que brotó de la peña en el desierto. El famoso caudillo consideró bastante aquel refuerzo para volver al continente y llevar adelante su empresa de descubrimiento y conquista; tanto mas, cuanto por los tumbecinos que habia en Puná, supo que entre los peruanos reinaba civil discordia, disputándose varios el trono de los Incas, á consecuencia de la muerte del último monarca.

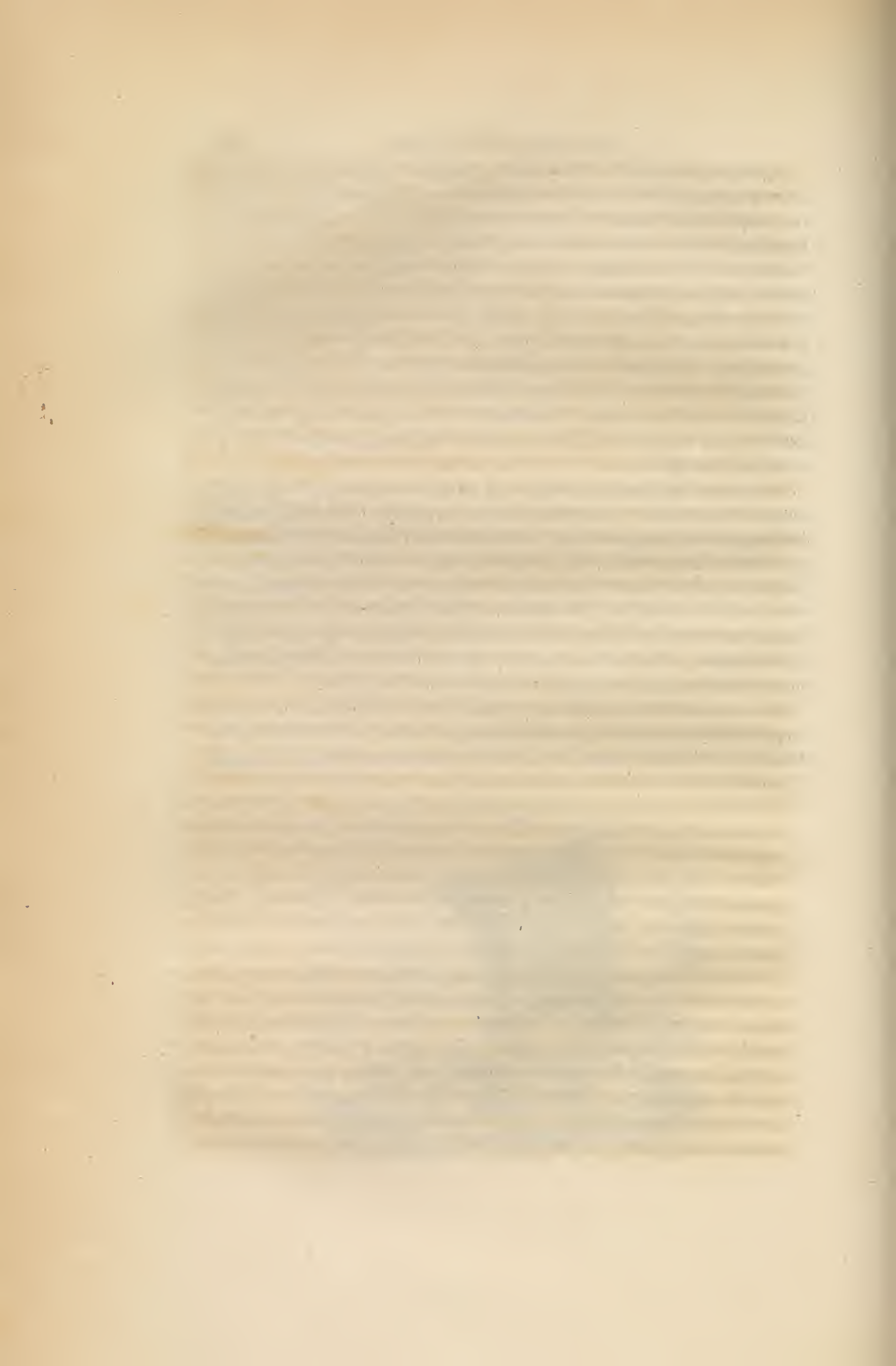
Cuando los españoles arribaron por primera vez á la costa del Perú ocupaba Huayna Capac el trono del imperio. La historia le representa como un príncipe que reunia los talentos militares á las virtudes pacíficas que á sus abuelos distinguian. Sometió el reino de Quito, conquista que acrecentó casi otro tanto su poder y la estension de sus dominios; quiso fijar su residencia en la capital de aquella hermosa provincia, y contra la ley antigua y fundamental de la monarquía que prohibía mancillar la sangre real con enlace alguno estranjero, se desposó con la hija del rey de Quito, á quien habia vencido, y de ella tuvo un hijo que se llamó Atalhualpa, al cual dejó el reino al morir, y Huascar, su hermano uterino, como hijo de una muger de régia estirpe, heredó una parte de sus estados.

Cualquiera que fuese el respeto que los peruanos conservasen á la memoria de un príncipe que habia reinado con mas gloria que ninguno de sus predecesores, lo que Huayna Capac hizo acerca de la sucesion del imperio pareció contrario en tal manera á una máxima tan antigua como la monarquía, fundada en una autoridad mirada como sagrada, que muy luego suscitó en el Cuzco general descontento. Animado Huascar con la buena disposicion de sus súbditos, pretendió que su hermano renunciase el reino de Quito y le reconociese por soberano; pero lo primero á que Atahualpa habia atendido, fué á grangearse la adhesion de un gran cuerpo de tropas que habia acompañado á su padre en la conquista de Quito; cuerpo compuesto de los mejores soldados del imperio, á quienes Huayna Capac debía todas sus victorias. Fortalecido con este apoyo desdeñó Atahualpa desde luego la demanda de su hermanastro, y sin detenerse marchó contra él al frente de un ejército.

Así es como dos jóvenes ambiciosos, de los cuales el uno tenia á su favor la antigua ley del Perú, y el otro las fuerzas del imperio, precipitaron á este en las desgracias de una guerra civil, sin ejemplar hasta entonces bajo una série de príncipes virtuosos. Fácil era de preveer el resultado en semejante situacion; la fuerza de las armas superó á la autoridad de las leyes: Atahualpa quedó victorioso y abusó cruelmente de la victoria. Prisionero Huascar en la batalla que decidió de la suerte del imperio, fué respetada su existencia por una consideracion de política, á fin de que el vencedor, espidiendo órdenes en nombre del hermano vencido, pudiese consolidar su autoridad mas fácilmente.

Este cúmulo de circunstancias que Pizarro no podia preveer le favorecía en parte para ejecutar sus operaciones penetrando hasta el corazon del imperio, antes que los peruanos pudiesen apercibirse á la resistencia y detener su marcha.







CAPITULO IV.

Desembarca Pizarro en la costa de Tumbez.—Hostilidades de aquellos indígenas y valor de un hermano de Pizarro.—Encuentra Pizarro desierta y arruinada la ciudad de Tumbez: disgusto de su gente; prosigue su marcha, llega al valle de Tangarala, y funda la colonia denominada ciudad de San Miguel.—Hace fundir el oro y plata que habia recogido en su espedicion y lo rémito á Panamá.—Continúa su marcha para el interior del imperio peruano, invita á los suyos á que declaren quiénes son los que estan resueltos á seguirle, y solo nueve se arrepienten de haber entrado en la empresa, y se despiden para volver á la colonia de San Miguel.—La espedicion llega á Zaran, donde se presenta á Pizarro un embajador del Inca quien le invita á que pase á visitarle, y el general español le promete acceder á sus deseos.—Emprende Pizarro la marcha para Caxamalca, donde se hallaba el Soberano del Perú; construye un puente de almadías para pasar un ancho y caudaloso rio, entra en aquella ciudad y se prepara para rechazar cualquiera ataque de los indios.—Preséntase á la vista de los españoles el Inca Atahualpa con su comitiva y ejército; exhórtale el dominico Fr. Vicente Valverde á que reconozca la soberanía de Cárlos V y se convierta al cristianismo: desprecia el Inca la intimacion, atacan los españoles á los peruanos, derrotan su ejército y queda el Inca prisionero.—Consideraciones acerca de la conquista del Perú.

Desembarcó Pizarro con su gente en la costa de Tumbez, á pocas leguas de aquel puerto. A la orilla del mar dejó algunos de los suyos para transportar en almadías indígenas el equipage y los pertrechos militares; mas apenas se habia puesto en marcha, cuando cayó en poder de los indios una de aquellas embarcaciones al tocar en tierra, siendo asesinados tres soldados que habia en ella. Iban ya los agresores á apoderarse de otra almadía, cuando he que al oir de lejos los gritos de sus defensores acude Hernando Pizarro, seguido de unos cuantos ginetes á galope, en ocasion de la baja marea, y metiéndose á caballo

en el mar, su repentina aparicion, su arrojo y valentía, impuso de manera á los indios, que abandonando la presa huyeron acobardados, y se acogieron á la fragosidad de los bosques. Este suceso demostraba suficientemente que los tumbecinos en vez de amigos, como la primera vez que vieron españoles, estaban determinados á ser hostiles, resistiendo la invasion de su patria.

Continuó Pizarro sin embargo la marcha, atravesando intrincadas selvas; y al llegar á la ciudad quedó absorto, encontrándola no solamente desierta, sino tambien casi arruinada, sin mas edificios en pié que unas cinco casas, cuya particular construccion indicaban que eran de magnates, y el templo y la fortaleza, bien que enteramente despojadas, conservándose como en señal de que allí existió la ciudad favorita de los Incas. De inferir es el desaliento que tan desagradable como inesperada novedad infundiría en los invasores, por cuanto allí creian hallar inmensas riquezas, que recompensando sus fatigas, les diera aliento para llevar adelante su grande empresa. Algunos tumbecinos que en su fuga fueron alcanzados por los españoles, entre ellos casualmente el curaca, supusieron que la ruina de Tumbez era resultado de las contínuas y encarnizadas guerras con los peruanos, quienes mas de una vez la habian invadido, ahuyentando á sus moradores, pero el abandono de ella en esta ocasion justificaba el espíritu de hostilidad y resistencia á los nuevos invasores.

El general español aparentó dar crédito al relato del curaca, tanto mas cuanto este prometió homenaje y sumision por sí y en nombre de su gente. Con esto la nuestra se hubiera satisfecho en cierto modo á no concurrir otro hecho que probaba lo mal dispuestos que estaban los indígenas á tolerar á los españoles. Fué el caso que interrogados el curaca y los que le acompañaban acerca del paradero de los dos castellanos que Pizarro dejó en Tumbez al retirarse de allí para ir á Panamá cuando su espedicion primera, al cabo de esplicaciones ambiguas y confusas se puso en claro que habian perecido á manos de los tumbecinos, quienes les acusaron de licenciosos con las indianas.

Mientras esto pasaba recibió Pizarro, por mano de un indio, un retazo de papel que decia: «Cualquiera que desembarque en este pais, sepa que hay en él mas plata y oro que hierro en Vizcaya.» Uno de los dos desdichados españoles de quienes acabamos de hablar, habia dado aquel escrito al indio portador de él; pero cuando hecha pública lectura del contenido, se formaba Pizarro la ilusion de que animaria á su gente con el anuncio de riqueza tanta, tuvo el pesar de ver que se calificaba de apócrifo, de pura invencion, como ingenioso ardid de que el caudillo español se valía para restablecer el ánimo y las esperanzas en los suyos. Entonces se persuadió de la urgente necesidad de proseguir su marcha, sacando al soldado de un descanso, que tocando en ócio, fuera pernicioso. Con la presteza y exactitud posible adquirió mayores noticias de las que tenia acerca del estado político y social del Perú, y de las fuerzas y riquezas del pais; y acordando luego dejar en Tumbez á los menos robustos para las fatigas de su árdua

empresa, se puso en camino en primeros de mayo de 1532, marchando por la parte llana, al mismo tiempo que Hernando de Soto, con un destacamento, reconocia las laderas de la parte montuosa.

La mansedumbre con que Pizarro se condujo en esta espedicion desvanecía prontamente el terror que inspiraba al pronto á las poblaciones indianas, donde quiera que se presentaba. Volviendo luego á ellas los que al principio huyeron, obsequiaban y asistian como amigos á los que iban á conquistar su pais y avasallarles; y el invasor, enarbolando en aquellos lugares el pendon de Castilla, proclamaba á Cárlos Emperador y Rey, exigía y alcanzaba con afabilidad sumision y vasallaje, y levantando acta de posesion la tomaba en nombre del monarca de dos mundos, donde quiera que detenia su triunfante marcha.

Cerca de un mes habia pasado en reconocer el territorio de que ya se consideraba conquistador, cuando pensó en fundar su nueva colonia. Eligió al efecto el rico valle de Tangarala, distante de Tumbez treinta leguas al Sur, dispuso que allá fuese por mar la gente que en Tumbez habia dejado, y poniendo mano á la obra sin descanso, taló bosques y esplotó canteras para surtirse de maderas y piedra. La naciente ciudad empezó á levantarse como por encanto, y en breve tiempo se vieron sobrepujar á los demas edificios la iglesia, la casa consistorial y la ciudadela. Instaló el fundador el ayuntamiento, repartió entre los pobladores el territorio comarcano, y á cada uno de ellos se le adjudicaron, digámoslo así, cierto número de indígenas que sirviesen de operarios ó peones, como auxiliares para las obras y el cultivo. Tal fué el orígen de la colonia fundada por los españoles en el imperio de los Incas, en las márgenes del hermoso Piura, á la cual denominó Pizarro ciudad de San Miguel, y que á pesar de la insalubridad del suelo se conserva todavía en la actual república de Colombia.

Al dejar el conquistador del Perú la ciudad que acababa de fundar, para llevar adelante su asombrosa espedicion, hizo fundir todo el oro y plata que en adornos y joyas recogió por donde habia pasado, apartando para la Corona el quinto que la pertenecia. Con esta parte y las demas despachó sus buques para Panamá; la una para dar al gobierno español un testimonio de su lealtad y su conquista; lo restante para que sus consocios satisfacieran las deudas contraidas para la adquisicion de naves, víveres y pertrechos con que aprestaron la espedicion, y que pudiesen atender tambien á otros gastos sucesivos. Correspondian á los soldados y su caudillo las cuatro quintas partes de aquella riqueza, segun lo estipulado entre unos y otro; pero él tuvo la habilidad de persuadirles á que lo cediesen por entonces, haciéndoles conocer la conveniencia de ostentar una gran suma con que hicieran á otros admirar el fruto de la empresa, animándoles á tomar parte en ella y protegerla, bien que reservándose los interesados el derecho de reintegrarse mas adelante de lo que en esta ocasion cedian.

Entrado ya el otoño de 1532, en 24 de setiembre, á los cinco meses de su segundo desembarco en Tumbez, empezó Francisco Pizarro su asombrosa

marcha desde la nueva ciudad de San Miguel para lo interior del Perú, ascendiendo todo su ejército á ciento setenta y siete hombres, entre ellos setenta y siete ginetes, tres arcabuceros y algunos ballesteros. Con la escasa gente que dejó de guarnicion en San Miguel quedaron el tesorero real, el veedor y el contador Antonio Navarro en calidad de gefe.

Nuevo, variado y sorprendente era cuanto se ofrecia á la vista y la imaginacion de los españoles, al transitar por aquel pais con que en fuerza de su constancia y su valor habian de acrecentar el poderío de su patria, incorporando á ella un Imperio dilatado y opulento. Alternando por todas partes el terreno escabroso con el llano, el suelo estéril con el mas fecundo y ameno que la naturaleza puede presentar al observador, perenal verdor, frondosos y variados árboles, flores y frutos de muchas y desconocidas especies se veían por todos lados; arroyos, rios y torrentes, descendiendo de los cerros y colinas, humildes vasallos de los Andes, serpenteaban por los valles mas deliciosos, invitando al viajero á gozar de la belleza del pais, de la frescura y la abundancia. La repentina aparicion de los invasores, la presencia de unos hombres cuya figura, trajes, usos y costumbres eran enteramente estraños, nunca vistos ni aun imaginados por los peruanos, hacian en estos la misma impresion de terror y asombro que anteriormente habian esperimentado las demas naciones de América en casos semejantes. En ninguna parte de su tránsito encontraron los espedicionarios resistencia alguna; antes bien, conforme iban avanzando hácia lo interior eran recibidos con hospitalidad, agasajo y franqueza, dándoles los indígenas inequívocas pruebas de respeto y confianza, conducta debida aun mas que al asombro, á la que el mismo Pizarro y los suyos observaban cuerdamente, mostrándose comedidos, urbanos y benignos. Ocupábase particularmente en su marcha el conquistador del Perú en adquirir mayores conocimientos de la grandeza, la policía y el estado de los negocios de aquel Imperio, sin cuyos conocimientos preliminares ni hubiera podido dirigir felizmente sus operaciones, ni fuera posible esplicar hoy dia sus progresos y patentizar las causas de los triunfos que obtuvo en adelante.

En medio de esto, al cabo de unas dos semanas de marcha, se detuvo Pizarro á considerar lo conveniente que le sería un refuerzo de gente, y esta misma consideracion retardó algun tiempo su atrevida espedicion; hasta que obrando en su mente la idea de que á un largo descanso de los suyos pudiera sobrevenir la desunion y el descontento, decayendo el entusiasmo que empezaba ya á ceder á la molicie, concibió el pensamiento de reunir á sus soldados y hacer la última prueba de su decision y su valor. Pintóles, pues, muy al vivo las dificultades y peligros, las fatigas y privaciones que habia que arrostrar y vencer todavía, exigiendo por último que si entre ellos hubiese uno ó mas que se hallasen inciertos del éxito de la empresa, ó que estuviesen arrepentidos de haber entrado en ella, desde luego, sin temor de que fuesen reconvenidos, podian retirarse á la colonia de San Miguel, donde hicieran buen servicio, reforzando aquella es-

casa guarnicion, y tendrian indisputable derecho á la porcion de tierra y al número de vasallos indios que se habian repartido á los nuevos pobladores. Nueve fueron los que sin vergüenza ni pundonor declararon su deseo de separarse para volverse á San Miguel, entre ellos cinco de caballería. Los demas, aclamando á su general, renovaron unánimes el juramento de seguirle á donde quiera que guiase sus pasos, resueltos á ser partícipes de sus glorias y peligros.

Desembarazado así de los descontentos, volvió nuestro héroe á emprender su marcha, y al segundo dia avistó la poblacion indiana llamada Zaran, situada en un delicioso valle, en la conca de unos montes. Al acercarse á ella salió á recibirle el curaca, quien mostrándose propicio dió cómodo alojamiento á nuestra gente. Habíase reunido ya Hernando de Soto á Pizarro, y este le despachó desde Zaran con un destacamento á esplorar el terreno, y adquirir noticias de la disposicion de los ánimos de los peruanos y el estado político del Imperio. Ocho dias tardó el enviado español en regresar de su comision importante cuanto difícil de evacuar. Volvia acompañado de un mensajero del Inca, personage de alta gerarquía, á quien rodeaba una lucida comitiva de indios. El Inca le enviaba de embajador á los españoles, y en su viaje le habia encontrado nuestro esplorador en Caxas, por lo cual venía con él. La mision del peruano se reducia á entregar al general español un regalo del Inca, compuesto de dos fuentes de piedra, algunos tejidos finísimos de lana, recamados de oro y plata, y unos patos secos, de tan rara especie, que pulverizados los usaban los peruanos como perfume en sus moradas y ceremonias religiosas. El mensagero iba tambien encargado de saludar, en nombre de su Soberano, á los españoles, é invitarles á que fuesen á visitarle en sus reales, pues se hallaba acampado en las montañas. Cumplia á los designios del futuro conquistador del Perú, disimular que traslucia el objeto insidioso que tal invitacion en sí llevaba; y así es que aprovechando la oportunidad que la permanencia de aquellos indios en Zaran le presentaba, para indagar cuanto pudo acerca de la situacion del pais, en recíproca correspondencia regaló al embajador un gorro de paño encarnado y algunas bujerías, con lo cual pareció mostrarse complacido el peruano. Se despidió despues de haber procurado enterarse sagazmente de las fuerzas, los aprestos é intenciones de los invasores de su pais, objeto verdadero de su embajada, y al partir le recomendó Pizarro hiciese presente al Inca que los españoles eran súbditos de un monarca el mas poderoso de cuantos habia al otro lado de los mares, y que sabedores de las victorias de Atahualpa iban á ofrecerle sus respetos y servicios, auxiliándole en la guerra con sus contrarios, por lo cual acelerarían su marcha, deseosos todos de verse sin tardanza en su presencia.

En la espedicion que Soto acababa de hacer al interior, supo que el Inca estaba acampado con gran ejército en Caxamalca, hoy dia la ciudad de Cajamalca, al otro lado de la cordillera. Estas y otras noticias persuadieron á Pizarro de la necesidad de obrar activamente, sin dar tiempo á los peruanos para organizar

su defensa. Emprendió, pues, su marcha para aquel punto, yendo en derechura hácia el Sur, detúvose cuatro dias en la poblacion de Motupe, situada en un valle, y se preparó para atravesar un ancho y profundo rio que á pocas leguas de allí corria. Al intento hizo cortar gran número de árboles en los bosques contiguos á la corriente, se construyeron almadías, que amarradas unas á otras formaron una especie de puente flotante, y á la caida de la tarde se encontraron nuestros aventureros á la orilla opuesta, á pié enjuto, habiendo pasado los caballos á nado, llevados de la brida.

La soledad en que hallaron el pais, dió á conocer al punto que la gente de él le habia abandonado. Por fortuna fué alcanzado uno de los fugitivos, é interrogado por los intérpretes en presencia de Pizarro, cedió á las amenazas de muerte, declarando que Atahualpa se hallaba acampado con su ejército, dividido en tres cuerpos, en las alturas y los llanos de Caxamalca, resuelto á caer sobre los españoles, cuyo esterminio juzgaba fácil, atendido su escaso número. Lejos de arredrarse con tales noticias el héroe trujillano, imitando la política y el arrojo de Cortés, avanzó directamente hácia el corazon del imperio peruano, como lo habia hecho su modelo hácia Méjico, al mismo tiempo que procuraba entretener al Inca, presentándose como embajador de un poderoso Monarca, enviado sin ninguna intencion hostíl. Bien fuese que el soberano del Perú, demasiado crédulo, se dejase alucinar por tales apariencias, dejando así espedito el camino á los invasores de su imperio, ó bien que fuese su intento dejarlos internar en él para vencerlos y destruirlos fácilmente, el hecho es que Pizarro avanzó sin obstáculos hasta Caxamalca, residencia entonces de la corte peruana. Entrando en la poblacion, hizo formar sus tropas en una gran plaza, donde los edificios y algunos terraplenes le ponian á salvo de un golpe de mano, y en esta posicion aguardó la llegada de Atahualpa, que ya habia manifestado la intencion de visitar á los españoles. Levántabase el sol despejado y radiante en la mañana del siguiente dia 16 de noviembre de 1532, cuando se notó un movimiento general en el campo peruano. Proponíase el Inca deslumbrar á sus huéspedes, ostentando en presencia de ellos la pompa y magnificencia de sus fuerzas imponentes; en tanto que Pizarro, sin perder de vista el triunfo de Cortés y la suerte de Motezuma, habia resuelto decidir de un solo golpe del destino del Perú, apoderándose de la persona del Monarca. Perdió Atahualpa una gran parte del dia, haciendo preparativos, encaminados á dar mas esplendor á su marcha; y por último, cuando la paciencia de los españoles estaba ya cansada de tanta dilacion, vieron acercarse la imperial comitiva del Inca. Cuatro batidores en traje uniforme iban de frente despejando la marcha de Atahualpa, el cual seguia en pos conducido en un trono de oro macizo sobre unas andas, ornada la cabeza de vistosas y ondeantes plumas, ceñidas de un refulgente cintillo de oro y plata, y en la garganta un collar de brillantes esmeraldas de tamaño estraordinario. Seguíanle algunos de los principales cortesanos con aparato análogo al del Monarca: com-

parsas de cantores y danzantes se movian en torno de la régia comitiva, y los soldados, en número de treinta mil, segun autores, eran el complemento de aquella triunfal pompa.

En órden de batalla aguardaban silenciosos los españoles que la comitiva del Inca se aproximára. Y cuando el monarca peruano estuvo ya á distancia que le permitiera oir las palabras que de parte nuestra se le dirigieran, avanzóse el dominico Fr. Vicente Valverde, que ejercia las funciones de capellan de la espedicion, y con el crucifijo en una mano y el breviario en la otra, espuso á Atahualpa en un largo discurso la doctrina de la creacion y la caida del primer hombre; el misterio de la Encarnacion; la pasion y resurreccion de Jesucristo; la eleccion que Dios hizo de San Pedro para vicario suyo en la tierra; la potestad del mismo Santo trasmitida á los Sumos Pontífices, y la donacion hecha al Rey de Castilla por Alejandro VI de todas las regiones del Nuevo Mundo. El dominico intimó consecutivamente al Inca que renunciase al culto del Sol; que abrazase la religion cristiana como única verdadera; que reconociese la autoridad suprema de la Santa Sede, y á Cárlos V por su legítimo soberano: prometióle en conclusion, que en caso de someterse al Rey su señor, acogería este al Perú bajo su poderosa proteccion, y á él le permitiría continuar reinando allí, amenazándole con la mas terrible venganza si rehusaba obedecer y perseveraba en sus creencias. Esta arenga incomprensible en parte para el Inca, pero cuyos pasages mas claros fueron entendidos y juzgados por él como una grave injuria, fué contestada por boca del mismo Atahualpa con energía y desprecio, en vez de manifestar temor á nuestra gente. En el acto hizo Pizarro la señal de ataque, y al punto los españoles acometieron á los peruanos en columna cerrada, espada en mano y lanza en ristre, al rumor de los bélicos instrumentos y al estruendo de la artillería y los arcabuces que atacaban por el centro. El ejército peruano fué desbaratado en un momento: todos huyeron en desórden; cuatro mil hombres quedaron muertos, sin que ningun español pereciese, y el desdichado Inca fué del número de los prisioneros. Ricos despojos, inmenso botin fué la inmediata recompensa de los vencedores en el campo de batalla; tanto que aquel gran golpe primero del valor y la fortuna, parecia justificar las esperanzas fundadas por la codicia y las mas fogosas ilusiones. El valor de la riqueza que allí se recogió, atendida si se quiere la alteracion que desde entonces acá ha tenido la estimacion de los metales preciosos, ascendia á unos trescientos millones de reales vellon. La parte que cupo á cada ginete equivalia á 800,000 rs.; la de cada infante, que era de una quinta menos, á 640,000. Algunos de los soldados de Pizarro, encontrándose ricos de repente, mucho mas de lo que permitian sus esperanzas ambiciosas, resolvieron no arriesgarse por mas tiempo en el juego temerario de las aventuras, y pidieron su licencia. El ínclito caudillo les dejó partir, persuadido de que publicando su repentina fortuna, atraerian á sus banderas una multitud de combatientes.

A la historia general del Perú pertenece la série de los demas sucesos con que fué llevada á cabo la conquista de aquel Imperio, y á ella remitimos al lector, no apartándonos del propósito de atender constantemente á la Historia de la Marina.

En vano han pretendido algunos historiadores, émulos de las glorias de la España, atribuir la facilidad de aquella asombrosa conquista á las disensiones que entonces mediaban en la familia reinante en el Perú, suponiendo que por esto se hallaban menguadas y débiles las grandes fuerzas del Imperio. La superioridad guerrera de los españoles y su valor preponderante sobre los inespertos, desorganizados y flojos peruanos; su habilidad, su resolucion y constancia, en fin, eran elementos poderosos é irresistibles, contra los cuales habia de sucumbir forzosamente un poder formidable solo en apariencia. Así es que para vencerle, para sojuzgar todo un Imperio, bastó contra millares de peruanos el insignificante número de ciento setenta españoles, que con tres piezas de artillería, guiados y alentados por un caudillo hábil, valeroso, denodado, perseverante y audaz, á quien nada detenia ni arredraba, marcharon directamente hasta el corazon del imperio peruano, con tanta fé y serenidad como si tuviesen cercano y á la espalda su propio pais, de donde podian esperar y recibir grandes refuerzos para llevar adelante su conquista, reparar las pérdidas de su escasa gente, y salvarla del esterminio en caso de ser vencida. No á las supuestas barbaridades, no á la tiranía, no á las inventadas atrocidades y el exagerado rigor de Francisco Pizarro, como afirman envidiosos y calumniadores escritores estrangeros, ha debido la España la conquista y posesion del rico Perú, y sí al convencimiento en que el héroe conquistador y sus soldados tenian de lo que en habilidad, en arte, en disciplina y en valor superaban á los peruanos, en tan alto grado que cada español se reputaba por mil de aquellos desorganizados ignorantes y rudos indios, que ni siquiera tenian idea de las armas de fuego, y de lo que era la pólvora, cuyo estampido y estrago les parecia la cólera del cielo, y que tampoco conocian el uso del hierro matador, al paso que se aumentaba su asombro y su terror mas y mas con la presencia de los caballos y ginetes. El aspecto y aparato de estos, dice un elocuente historiador (1), les causó una sorpresa tan terrible que les dejó como helados de espanto, no teniendo ninguna idea del acrecentamiento de fuerza que el hombre se habia dado á sí mismo, sometiendo á su voluntad el caballo; este fiero y fogoso animal que participa con el hombre de las fatigas de la guerra y la gloria de los combates; que tan intrépido como su amo ve el peligro y lo arrostra, se acostumbra y familiariza con el fragor de las armas; le gusta, le busca y le anima en el ardor de la pelea; que dócil tanto como valeroso no se deja arrebatar de su fogosidad, y sabe reprimir sus movimientos; que dócil á la mano de su guia, parece consultar sus

(1) Bouvet de Cressé.

deseos, y obedeciendo siempre á las impresiones que recibe de ella, se precipita, se modera ó detiene, y solo obra para satisfacer al hombre; que siente cuanto se desea; que entregándose sin reserva, á nada se niega; sirve con todas sus fuerzas, se escede y hasta perece por ser mas obediente. Imagináronse, pues, los inespertos indios que el caballo y el ginete componian un solo cuerpo animado, y un ser dotado de razon, cuyos movimientos rápidos les causaban el mayor asombro, y cuya impetuosidad y fuerza les parecian irresistibles. Victorias tan completas y asombrosas, victorias semejantes á las de Hernan Cortés y Pizarro, no han vuelto á verse hasta el dia desde los tiempos de la conquista de América por los españoles; á quienes cabe la inmarcesible y eterna gloria de haberlas alcanzado en fuerza de su valor, su constancia y sus esclarecidas hazañas, con inesplicable admiracion de todas las naciones de Europa, y con suma envidia de alguna de ellas, que aun no ha cesado de ejercitar contra nosotros la torpe maledicencia y la impostura.





LIBRO QUINTO.

VARIAS ESPEDICIONES A LAS INDIAS OCCIDENTALES.

CAPITULO PRIMERO.

Espedicion de Francisco de Montejo á Yucatan en 1526, partiendo de Sevilla con tres naos.—Arribo á Jamanzal y Conil: sucesos en este punto.—Llega la espedicion á Tirroh, pasa de allí á la provincia de Arrinchel: hostilidades de aquellos indios, cuyo arte do guerrear les enseñó el desertor español Gonzalo Guerrero: historia do este.—Fundacion de Chichenizа por Montejo, y guerra con los salvajes en aquel pais, en Chetemal.—Llegada á Chequitaquil, donde alcanza una victoria Alonso Dávila.—Penosa marcha do esto para Mazanahó, de donde pasa á Chable y Cochaque; tiene varios encuentros con los indios, se embarca en canoas, y arriba á Villa-Real.—Fortifica una ciudad: sítianla los indios; ardid de los españoles para evacuarla; emprenden la retirada, escarmientan á los perseguidores, llegan á Cilám, y pasan de allí á Méjico, terminando así la espedicion de Montejo.—Espedicion de Pánfilo de Narvaez á la Florida.—Sale de San Lúcar, con cinco navíos, en 17 de febrero do 1527.—Arriba á la isla Española, sepárase de la espedicion parte do la gente.—Pasa Narvaez á Santiago de Cuba, y hace vola de allí para la Trinidad á reforzar su armada: en la travesía despacha para allá al capitan Pantoja y á Nuñez de Vaca: llegan estos á la Trinidad: horroroso huracan y pérdida do naves en aquel puerto, á donde arriba despues Narvaez.—Desaliento de la gente.—Prosigue Narvaez su navegacion, vientos contrarios lo echan á la Florida, desembarca, hostilízanle los indios, introdúcese en el pais, y encamínase con su gente á la provincia de Apalache: penalidades en este viaje.—Llega al pueblo de Apalache, entra en él: sucesos allí.—Va la espedicion hácia el mar, encuentra subsistencias en Aude.—Escursion de Nuñez Cabeza de Vaca á esplorar el pais, y vuelve dando noticias aflictivas.

Cada empresa naval que se preparaba y ponia en ejecucion para las Indias occidentales, al cabo de muchos años de su descubrimiento por Colon, era precursora de otras varias, encaminadas todas á descubrir y conquistar nuevas tierras. Ganosos los españoles de gloria y de riquezas á la par, contra su arrojo y su valor, contra el espíritu de engrandecimiento y amor á la novedad, nin-

guna fuerza tenian los frecuentes descalabros, la ruina de algunas de aquellas mismas empresas, las catástrofes, en fin, ocasionadas por el proceloso Océano, que no pocas veces hizo desaparecer armadas navales, y la ferocidad de los salvages, que solian devorar y esterminar á los mas atrevidos espedicionarios y las nacientes colonias. Toda consideracion y desengaño, por terrible que fuese, cedia al ansia de gloria, al impulso de la ambicion y al cebo de la codicia.

Entre los muchos que se arrojaron á tan arriesgadas empresas en el Atlántico, contábase Francisco de Montejo, natural de Salamanca. En 1526 hizo solemne capitulacion con el Emperador y Rey para descubrir en las islas de Cozumel y Yucatan, cuando aun se ignoraba que este último pais fuese Tierra-firme, obligándose á levantar allí dos fortalezas á sus espensas. Al efecto, despues de varias condiciones que recíprocamente se establecieron entre él y la Corona, se le confirió el título de Adelantado del pais que redujera al dominio de la España.

Fletando el aventurero salamanquino tres naos á costa suya en Sevilla, embarcó en ellas mas de quinientos castellanos, algunos caballos, y gran porcion de armas, municiones y vituallas, y haciendo vela inmediatamente arribó sin contratiempo á la isla de Cozumel, adyacente de la provincia de Yucatan. Acostumbrados ya aquellos isleños á ver á los castellanos, ninguna resistencia opusieron al desembarcar Montejo con su gente. De allí pasaron los espedicionarios al puerto de Jamanzal, y saltando en tierra infantes y ginetes, tomó el Adelantado posesion de la provincia; dió algun descanso á la gente, y prosiguió luego su empresa con suma circunspeccion, no olvidando la necesidad de reconocer prudentemente el pais que solo habia visto desde el mar, cuando cruzó por aquellas aguas con las armadas de Juan Grijalba y de Hernan Cortés, ni apartando de la mente que los indios de Yucatan eran tan valerosos como incultos. Sin embargo, nada acostumbrados á ver en tierra tanta gente estraña, tan desusadas armas y tantos caballos, quedaron sobrecogidos de espanto, y recelosos de la servidumbre que les amenazaba, huyeron atemorizados, difundiendo en todas partes sobresalto y alarma. Su fuga dejó espedito á Montejo el camino hasta Conil, donde asentó sus reales y permaneció algun tiempo. Allí se le presentaron con séquito los caciques del distrito de Chuarca, á quienes dió benévola acogida; pero en tanto que el Adelantado hablaba con ellos, uno de los indios, jactándose de valiente, se arrojó á un castellano, y apoderándose de la espada que ceñia acometió á Montejo, intentando darle muerte. Mas precavido el Adelantado que el soldado español, cuyo descuido facilitó el arma al homicida, se defendió con la suya, y acudiendo al punto algunos castellanos, con la muerte del indio audaz terminó la desigual contienda. Este incidente bastó para que nuestros aventureros mirasen con menos desprecio á los salvages.

Desde luego se propuso Montejo averiguar cuál era el pueblo considerado como metrópoli de aquel pais, y quién el señor ó cacique principal, juzgando que á ejemplo de Méjico, si lograba sujetar la cabeza, quedaria el pais todo

sojuzgado enteramente. Tales y tan acertadas fueron sus indagaciones, que al cabo consiguió saber que á la parte mas abajo de la costa, siguiendo el camino emprendido, se encontraba la poblacion mas respetable, llamada Tirroh, y en el acto determinó dirigir allá su marcha. La alarma que los indios fugitivos de Jamanzal habian difundido en el territorio invadido les indujo á congregarse, y saliendo por último al encuentro de los invasores, en tumulto, y alzando espantosos gritos, con mas arrojo que órden y porfía defendieron algunos desfiladeros, de donde huyeron al fin escarmentados. Así allanó Montejo el camino hasta Tirroh, á donde llegó y entró sin resistencia.

La buena índole de aquellos naturales, mas flojos y pacíficos que guerreros, determinó al caudillo español á fundar allí una colonia española. Adelantóse no obstante hasta Chicheniza, siete leguas mas adentro, fijó en aquel punto su cuartel general por de pronto, se introdujo en la provincia llamada de Arrinchel, y convocando á los caciques del pais, pidióles y obtuvo favor y ayuda para fundar un pueblo en Tutuxin, donde los indios les recibieron como amigos. A pesar de esto, tuvo en adelante varios encuentros con los indígenas de los estados comarcanos, hombres que mas belicosos y aguerridos que los de otras naciones de Nueva España, peleaban en buen órden, formando en dos alas su gente, colocando en el centro una columna cerrada en que iba el principal cacique, y cuyas armas eran hondas, lanzas largas con puntas de pedernal, y espadas de durísima madera, de cinco palmos de larga, y puntas anchas de tres dedos; escudándose con rodelas á la mejicana, y sayos de algodon, llamados en algunas partes escaulpiles, que ceñidos les llegaban á medio muslo. Como obras de defensa levantaban fortalezas y trincheras en los desfiladeros, construidas con grandes peñas y corpulentos maderos, con sus saeteras, desde las cuales hacian grave daño á sus contrarios, sin recibirle de estos. Semejante táctica y sistema de guerra, así como la forma de las espadas, dícese que las debian aquellos indios al ingenio del marinero Gonzalo Guerrero, quien desertando de las banderas de Hernan Cortés y de Gerónimo de Aguilar, cuando estos fueron á Cozumel, se labró el rostro y los brazos, dejóse crecer el cabello, y horadándose las narices, el labio y las orejas, al estilo de los indios, se pasó á estos, y á su modo les dió lecciones en el arte de la guerra. Activas diligencias hizo Montejo, aunque en vano, para que el desleal marinero cayera en su poder; no para imponerle el castigo de que por su perfidia era muy digno, y sí para que le sirviera de intérprete y le enterase, cual podia, mejor que ningun otro, de todo lo concerniente al pais en que tan útil habia sido á sus naturales, y del que sin duda tenia grandes conocimientos; pero únicamente logró saber el Adelantado que Gonzalo Guerrero se hallaba en Chetemal, hoy ciudad de Salamanca, favorecido de un gran cacique, llamado Nachacan, quien no contento con nombrarle capitan suyo en premio de las victorias que contra los enemigos de su señor habia alcanzado, le casó con una señora rica y principal de sus estados.

En fuerza de inesplicables fatigas logró el Adelantado Montejo edificar la ciudad de Chicheniza, poblándola de ciento setenta vecinos; crecido número en verdad, si se atiende que todos eran castellanos. Satisfecho de esto y de que los indios servian sin violentarse, bien que en apariencia para disimular sus intenciones, distribuyó los avasallados indígenas entre los principales colonos ó encomenderos, de modo que alguno de estos llegó á tener dos mil ó mas de aquellos bajo su dominio. En tal estado comprendieron los mismos indios que sus amos ó señores necesitaban socorros para llevar adelante su arriesgada empresa, empezaron á sentir el yugo de sus opresores, y tratando de sacudirle dejaban de acudir con los tributos y apelaban á las armas, en tanto que Montejo se afanaba en hacer que prosperase la colonia, y en buscar aunque sin provecho ricas minas, escudriñando las entrañas de la tierra.

En acecho siempre los salvages para acometer de sorpresa á los castellanos cuantas veces tenian ocasion para ello, sucedió en cierto dia que un diestro ballestero y un indio no menos hábil en el uso del arco, se dispararon simultáneamente con tal acierto que ambos quedaron heridos, el primero en un brazo y el segundo en el pecho y una mano, al tiempo de apuntarse; mas tanta fué la cólera y desesperacion del indígena al ver su herida mortal que no queriendo aparecer vencido se internó en el monte, y en presencia de los suyos se ahorcó con un bejuco.

Continuó Montejo su escursion, no sin resistencia de los naturales del pais en todas partes, particularmente del cacique de Chetemal, contra quien hubo de dirigir sus fuerzas disponibles. La dificultad del tránsito á causa del terreno pantanoso, obligó á nuestra gente á proseguir su espedicion en canoas, y atravesando así una gran laguna fueron á parar á una poblacion de la costa marítima, donde volvieron á embarcarse. Era aquel pueblo el de Chetemal; halláronle desamparado; pero atendida su buena situacion y la fertilidad del terreno comarcano, allí fundaron nuestros aventureros una ciudad que denominaron Villa-Real. Dos meses llevaban de residencia en aquel punto, cuando por los indios tuvieron noticia de que el cacique fugitivo, habiendo convocado á otros amigos suyos, se habia fortificado en Chequitaquil, resuelto á sostener la guerra contra los invasores. Con presta diligencia salió el contador Alonso Dávila, capitaneando cinco caballos y veinte y cinco infantes; navegó cuatro leguas por mar hasta cerca del fuerte enemigo, y dando de improviso y valerosamente sobre los contrarios, los desbarató prontamente, hizo rica presa, y para dar cuenta del próspero suceso al Adelantado, tres ginetes y otros tantos ballesteros marcharon como mensageros por tierra, pues se hallaba ya el pais pacificado.

A los quince dias de la victoria de Chequitaquil marchó Dávila para Mazanahó, lugar por donde sus mensageros habian pasado, y encontró los caminos cortados, con otros indicios de alzamiento de los indígenas. Por dicha suya descubrieron y alcanzaron los espedicionarios un indio rezagado, quien les informó

de que el cacique de Mazanahó y otros comarcanos habian atajado las sendas y caminos, levantando altas barreras de troncos y armando emboscadas por todas partes, para sorprender y esterminar á los españoles que allí se presentáran. Dádivas y halagos bastaron para que el mismo indio guiase á nuestra gente por sendas poco trilladas y sumamente escabrosas, con no poco rodeo y trabajo, yendo á dar á espaldas del pueblo de Mazanahó, en el cual entraron con tal celeridad y sorpresa que sus habitantes no osaron ni pudieron oponerse. De allí pasó nuestra gente á Chable, pueblo que halló atrincherado y desierto, donde un indio que se presentó dijo á otro que iba con los castellanos, que los seis mensageros de estos habian sido muertos en un lugar á seis leguas de Campeche.

Dado conveniente descanso á los espedicionarios se determinó el Contador á proseguir su marcha hasta incorporarse con el Adelantado, y pasando por varios pueblos abandonados llegaron al de Cochaque, á cuya vista hubieron de detenerse por estar fortificado de fosos y parapetos, y sus moradores resueltos á defenderse en número de unos tres mil hombres. Tomando Alonso la vuelta por la espalda del pueblo, atacólo de improviso, desalojó á los defensores causándoles grave daño, le ocupó é hizo prisionero á uno de los caciques. Por este tuvo noticia el capitan español de que todo el pais se hallaba en insurreccion; por lo cual, obrando prudentemente, acordó dar la vuelta para Chable, cuya gente descuidada fué sorprendida y puesta en fuga ; y pasando de allí á la costa marítima, arrostrando peligros y sufriendo trabajos, á gran dicha tuvieron nuestros aventureros hallar canoas, en que embarcados llegaron á Villa-Real. Impulsado Dávila del deseo de saber el paradero de Montejo, hizo al efecto cuantas diligencias fueran imaginables, por medio de algunos indios, que pareciéndole ganados y adictos en fuerza de dádivas y generosas ofertas, despachó con cartas para varios puntos, dirigidas al Adelantado, hasta que viéndose burlado por los mismos emisarios, y observando que los indígenas arrebataban las canoas y se congregaban hostilmente para asaltar á Villa-Real ó sitiarla, se dedicó á mejorar la fortificacion y abastecer la plaza con premura. Esta diligencia fué la salvacion de aquellos heróicos castellanos, pues no tardó en aparecer multitud de indios armados, en diez y nueve canoas, quienes á pesar de la presteza y el valor con que en otras navecillas semejantes salió al encuentro y las acometió el intrépido Villarrubia, entre la espesa nube de flechas disparadas por los salvajes hubieran perecido todos aquellos castellanos á no ser socorridos brevemente. Esto no obstante, hubieron de lamentar la pérdida de dos de ellos, en medio de la victoria que alcanzaron atemorizando y poniendo en fuga á los contrarios.

De poco ó nada sirvió tan feliz suceso para la seguridad de los defensores de Villa-Real, por cuanto la insurreccion se propagó por todo el pais comarcano, los indios les estrecharon por todas partes, los bloquearon y sitiaron. Crecia el hambre, el peligro en la retirada era inminente, y en tal conflicto acordaron los sitiados desamparar su ciudad y retirarse á la costa favorecidos de la noche.

Preciso era para esto valerse de un ardid. Atando despues de anochecido un perro hambriento al badajo de una campana, pusiéronle únos mendrugos á distancia de no poder alcanzarlos; y luego, por el lado opuesto al señalado para evacuar la ciudad, salieron algunos de los sitiados á escaramuzar, llamando allí la atencion del enemigo. Hecho esto, emprendieron la retirada sin ser sentidos, caminando á paso largo. Amanecia ya, cuando el perro distinguiendo los mendrugos al rededor se esforzaba por alcanzarlos, haciendo repicar así la campana tan apriesa, que los indios creyeron ser el toque de generala de los sitiados para embestir á los sitiadores, como en otras ocasiones semejantes; pero cuando los caciques cansados de esperar al enemigo vieron que este no salia, y que en la ciudad sitiada no se oia mas rumor que el de la campana, acercáronse con su gente, temerosos al principio y por último resueltos, hasta que persuadidos de que la ciudad estaba abandonada, afrentados de la burla mas que ufanos de su victoria, emprendieron desordenadamente la marcha en persecucion de los fugitivos castellanos. Alcanzaron la retaguardia de estos, engreidos y ciegos con la persecucion, sin esplorar el terreno ni echar de ver una emboscada de seis ginetes. Aguardando estos á que pasáran les cargaron por la espalda, introduciendo en ellos tal confusion y haciendo tal estrago que se dispersaron, transformándose de perseguidores en fugitivos para ponerse en salvo. Así pudo llegar la gente de Alonso Dávila á Cilam, hermoso pueblo indiano, cuyo cacique, gallardo mancebo, del linage de los Cheles, y ya convertido al cristianismo, acogió benévolo á los castellanos.

Mas de dos meses se detuvo allí el Adelantado Montejo. Partió luego para Campeche, distante cuarenta leguas, favorecido y auxilado del señor de Cilam, que acompañándole sirvióle de guia, defensa y amparo, en tan largo y peligroso viaje. Así pudieron llegar felizmente nuestros aventureros á donde se encaminaban, y fueron bien recibidos. A pocos dias partieron para Nueva España, Montejo pasó á Méjico, y allí puede decirse que fenecieron sus proyectos de descubrimiento y conquista, pues en vano permaneció allí algunos años, solicitando facultades y recursos para llevarlos á cabo.

Pactos análogos á los que mediaron entre el gobierno y Francisco de Montejo para la espedicion que hemos referido, se hicieron con Pánfilo de Narvaez, encaminados á descubrir y pacificar el territorio que se estiende desde el rio de las Palmas hasta la Florida, ignorándose tambien que esta fuese Tierra-firme. Era nuestro aventurero aquel mismo Narvaez que Velazquez envió para desposeer á Hernan Cortés de su autoridad y mando en Nueva España, y que como dejamos referido al tratar de la conquista de Méjico, quedó prisionero de aquel audaz y heróico caudillo; humillacion y derrota que deseaba hacer se olvidara, si posible fuese, mediante alguna gran hazaña, y con esta idea, al acometer la empresa de que vamos á ocuparnos, obligóse por su parte á poblar toda la costa indicada, desde el uno al otro mar, y á descubrir todo lo que por allí no se hubiese descubierto todavía.

Nombrado Pánfilo de Narvaez gobernador del rio de las Palmas, distante treinta leguas de Panuco, hácia el Norte, y de toda la costa de la Florida, diósele título de Adelantado y Capitan general, con iguales preeminencias y mercedes que á Montejo; otorgándole en fin permiso para que se proveyera de caballos, y cuanto hubiere menester y fuese conducente al buen éxito de la espedicion que se le confiaba. Para ella fueron aprestados tres navíos y dos bergantines, en que se embarcaron seiscientos hombres, y con esta armada partió de San Lucar en 17 de junio de 1527, llevando en su compañía ademas de dicha gente al franciscano Fr. Juan Juarez, electo obispo de la citada parte de América, y á quien iban adjuntos cuatro frailes mas de su órden; de tesorero Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca; de veedor Diego de Solís; de contador Alonso Enriquez, y ocho individuos mas en clase de regidores de los Ayuntamientos que se instalasen en los dos primeros pueblos que Narvaez fundára.

Con tiempo próspero llegó la armada á la isla Española, donde permaneció mas de cuarenta dias, proveyéndose de cuanto le era necesario para el viaje, particularmente de caballos; pero el Adelantado tuvo el pesar de que allí se arrepintiesen de seguirle ciento y cuarenta hombres, los cuales determinaron quedarse en la isla. Con esta baja de fuerza prosiguió su navegacion, arribó á Santiago de Cuba, se rehizo allí de gente, acopió armas y vituallas, favorecido de los amigos que en aquella ciudad tenia, y luego hizo vela para la Trinidad, puerto de la misma isla, donde se hallaba Vasco Porcallo, quien le habia hecho generosa oferta de algunas naves de que era dueño. Hallándose á mitad de la travesía, en el puerto de Santa Cruz, pareció á Narvaez bastante que fuese un navío á recibir los buques ofrecidos, y quedándose con los demas en aquel punto, despachó para allá al capitan Pantoja, acompañado del tesorero Alvaro Nuñez de Vaca.

Llegaron estos en el navío al puerto de la Trinidad, é iban á encargarse ya de los buques que Porcallo les entregára, cuando he que estando en tierra Pantoja y su acompañado, un furioso huracan, desarraigando árboles, derribando casas y sublevando el mar de una manera cual pocas veces se vió en aquella tierra, desamarró las naves, las hizo desaparecer del puerto, y en vez de ellas, al siguiente dia, solo se encontraron las boyas. Afanosa la gente por la costa en busca de los perdidos buques, á un cuarto de legua de Trinidad halló la barquilla de un navío atascada entre unos árboles, y diez leguas mas adelante se encontró en la orilla dos hombres muertos, tan magullados y desfigurados por los embates contra las rocas, que no era dado á nadie conocer quiénes fueran aquellos desdichados. Ademas fueron halladas unas tapas de cajas, una capa y una colcha hechas girones. No pareciendo los buques, diéronlos por perdidos, con sesenta personas y veinte caballos, salvándose, como despues se supo, hasta treinta individuos, que náufragos fueron echados á la costa, donde con sumo trabajo pudieron mantenerse algunos dias.

Horrendo espectáculo presentaba el pais comarcano á consecuencia del tremendo huracan que acababa de afligirle. Casas y árboles yacían derribados, muertos los ganados, quemados los montes, sin hoja ni yerba alguna, como si el simoun abrasador del desierto hubiese pasado por ellos; oyéndose por todas partes lastimeros ayes de los hombres, confundidos con los tristes graznidos de las carnívoras aves y los bramidos quejumbrosos de los cuadrúpedos que sobrevivian á la catástrofe, y que parecian amenazar la existencia de los hombres, que atemorizados los oian. En medio de tan lamentable escena permaneció allí la gente, hasta que Pánfilo de Narvaez arribó á Trinidad con sus cuatro naves, milagrosamente salvadas de una tormenta que acababa de pasar tambien, merced á la fortuna que tuvo de haber podido acogerse á un sitio en que halló seguro abrigo. La impresion que estos desastres hicieron en los ánimos, fomentada por la triste idea de que Pánfilo de Narvaez era siempre capitan de mala estrella, atemorizó tanto á su gente, que temiendo embarcarse en invierno le rogaron lo pasára allí, y él, cediendo á sus deseos envió al tesorero con dos navíos al puerto de Jagua, doce leguas adelante.

Corriendo ya el mes de marzo de 1528, parecióle á Narvaez que era llegado el tiempo de proseguir su empresa, y con un bergantin que habia comprado en la Trinidad, hizo vela y arribó al puerto de Jagua, llevando consigo al piloto Meruelo, marino práctico en el rio de las Palmas y la costa del Norte. Tenia comprado ademas un navío que dejaba en la costa de la Habana, y soldado por capitan de él á Alvaro de la Cerda, con cuarenta infantes y doce ginetes bien montados. Ascendia su gente á unos cuatrocientos hombres y ochenta caballos, y todos ellos se embarcaron en tres navíos y un bergantin. Guiadas estas naves por el piloto Meruelo estuvieron á punto de naufragar, entrando en los bajíos llamados de Canarreo, y si bien se salvaron de este peligro, dando en seco otro dia estuvieron quince tocando con las quillas, al cabo de los cuales, sobreviniendo una tormenta del Sur, por dicha de nuestros navegantes subió tanto el mar sobre los bajíos que las naves flotaron, y saliendo así del conflicto entraron en las aguas de Guaniguanigo. Allí y en Cabo de Corrientes se vieron combatidas de otra tempestad durante tres dias, pasados los cuales, aunque con tiempo contrario, doblaron el cabo de San Anton y á gran fortuna tuvieron su llegada á doce leguas de la Habana. Iban ya á tomar el puerto cuando un viento Sur los apartó, forzándoles á ir á la Florida, á donde llegaron en 12 de abril. Surgiendo en la misma costa, á la boca de una bahía, columbraron habitaciones de indios. Desde una isleta de aquel punto hizo señales el contador Alonso Enriquez, llamando á los indígenas, y algunos de estos acercándose le suministraron pescado y carne de venado, en cambio de varias cosas. En tal estado, al dia siguiente desembarcó cuanta gente cupo en los bateles, y halló desamparadas las viviendas indianas, entre las cuales habia una tan espaciosa que podia albergar hasta trescientas personas. En ella encontraron los invasores, entre las

redes de pescar una sonaja de oro, alhaja que se consideró como un indicio de que el pais producia el precioso metal que tanto aviva la codicia de los aventureros.

No se detuvo Pánfilo de Narvaez en tomar posesion de aquella tierra por la Corona de Castilla, con las formalidades de costumbre, y luego hizo desembarcar mas gente y todos los caballos, reducidos ya al número de cuarenta y dos, pues á causa de las tormentas habian perecido los demas. Desvanecido un tanto el temor de los salvages al ver que no eran perseguidos por los invasores de su pais, iban acudiendo aunque asombrados del aspecto y aparato de nuestra gente, y dándose á entender por señas la amenazaban para que volvieran á las naves. En vez de esto acordó el general español marchar tierra adentro con cuarenta infantes y seis ginetes, cuyos caballos resentidos de la navegacion estaban flacos y débiles; y tomando la vía del Norte, llegaron por la tarde de aquel dia á una estensa bahía, donde pasaron la noche, y al siguiente dia volvieron á embarcarse. Hecho esto, ordenó Narvaez que Meruelo costease con un bergantin la vía de la Florida y buscase el puerto de que dijo tener conocimiento, bien que habiéndolo errado ya una vez, ni siquiera sabia donde se hallaban; y que en caso de no encontrar el puerto, atravesase para la Habana, buscase el navío capitaneado por Alvaro de la Cerda, y volviese provisto de bastimento.

En tanto los demas españoles que en tierra habian quedado, hicieron una escursion, se apoderaron de cuatro indios, y guiados de estos llegaron á un pueblo, donde encontraron gran porcion de maiz, y tuvieron una sorpresa tan inesperada como aflictiva al descubrir unas cajas, que al punto conocieron ser de mercaderes españoles, y en cada una de ellas el cadáver de un hombre, cubierto con pieles de venado. Este descubrimiento singular, que á todo hombre observador bastára para detenerse en hacer curiosas cuanto convenientes investigaciones, pareció al Comisario Fr. Juan Juarez una especie de idolatría; y sin mas consideraciones, arrebatado del fanatismo religioso, mandó que en el acto fuesen quemadas las cajas tal como se hallaban, y al instante quedó todo convertido en cenizas. Halláronse ademas varios retazos de lienzo y paño, penachos de plumas, semejantes á los que usaban los indios de Nueva España, y algunas cosas de oro.

Sobre estas señales, que á muchas conjeturas daban campo, fueron interrogados por Narvaez los indígenas del modo que era posible, y contestando y dándose á entender con ademanes aun mas que con palabras, revelaron que en lejanas tierras, hácia la parte que indicaron, habia una provincia llamada Apalache, fértil y abundante en oro. Sin mas exámen se propuso el Adelantado emprender viaje para el indicado pais, desatendiendo, mas osado é impaciente que reflexivo y cuerdo, el parecer contrario de Alvaro Nuñez de Vaca, quien oportunamente espuso la escasez de víveres, la mala calidad de estos, el pésimo estado de los caballos, y la absoluta necesidad y conveniencia de ir mas bien á buscar puerto

seguro y tierra cómoda para poblar, pues aquella en que se hallaban era pobre y poco sana. La ilusion y fantasía de Narvaez no daba lugar á tales consideraciones, y así es que apercibiendo la gente que le habia de acompañar, dijo á Cabeza de Vaca, que pues no aprobaba aquel viaje se quedase con los navíos y poblase donde fuese mas posible y conveniente, en tanto que él llevase por tierra su empresa adelante cual pensaba. Era el desairado consejero uno de esos hombres que celosos de mantener su reputacion de atrevidos y valientes, nunca se espusieran á que por sostener una opinion hicieran dudar de su valor y serenidad en el peligro; por tanto, en vez de aceptar la propuesta de Narvaez, declaró que estaba determinado y resuelto á seguirle, y darle en todas partes públicos testimonios de adhesion y lealtad, por mas que ambos discordasen en pensamientos y pareceres.

Partió, pues, la espedicion á primero de mayo, llevando cada individuo dos libras de galleta y media de tocino. Ascendia el número de la gente á trescientos hombres, entre ellos el Comisario apostólico Fr. Juan Juarez, Fr. Juan de Palos, tres clérigos, los oficiales ó funcionarios reales, y cuarenta de á caballo. Quince dias anduvieron, sin mas racion que la espresada, sin hallar en la tierra por donde iban otro alimento que el de palmitos, sin ver indio alguno, casa ni poblado. Así llegaron á un rio, que pasaron á nado y en almadías, invirtiendo en el paso un dia entero, á causa de la rápida corriente. Apenas se encontraron en la orilla opuesta, cuando aparecieron doscientos indios en actitud amenazadora, de los cuales cayeron tres prisioneros, y guiados por estos fué á parar nuestra gente á unas viviendas en que socorrió la necesidad con gran porcion de maiz que encontró en ellas. Desde aquel punto se propuso Narvaez buscar el mar, que los indios aseguraban no estar lejos, y despachando al intento con sesenta hombres al capitan Venezuela, quien al cabo de dos dias regresó noticiando el descubrimiento de un ancon grande, y que toda la bahía era baja hasta la rodilla, sin hallarse puerto alguno, aunque habia visto canoas de indios empenachados, que atravesaban un rio.

En demanda de la provincia de Apalache caminaba Pánfilo de Narvaez con su hueste por desierta tierra, llevando por guías los indios que hizo prisioneros, hasta que en 17 de junio salió á su encuentro un cacique en hombros de dos de sus súbditos. Iba el personage indiano cubierto de un cuero de venado, pintado de diversos colores, precedido de tañedores de flautas de caña, y rodeado de numerosa comitiva. Diósele á entender por señas que los españoles se dirigian al pais de Apalache, fué agasajado, regalándole cuentas de vidrio y cascabeles, que admitió regocijado, y mostrándose propicio á sus huéspedes pasaron estos adelante sin obstáculo, hasta llegar á un hondo rio, cuya rápida corriente no permitía pasarle en almadías. Preciso fué detenerse á construir una canoa con ayuda de los indios, mas en tanto Juan de Velazquez, natural de Cuellar, ansioso de verse en la opuesta márgen, entró á caballo en el rio, y desmontado y arrebatado por la corriente, sin soltar la brida, pereció ahogado con su cabalgadura.

Con gran trabajo é inminente riesgo pasó al otro lado nuestra gente poco á poco en la canoa, y continuando su penosa marcha, hambrientos, rendidos de cansancio, haciendo jornadas de ocho leguas, sin encontrar ni albergue ni alimento nutritivo, sin perder á pesar de esto la resignacion, ni abandonarles la esperanza de adquirir fama y riqueza, el 25 de junio llegaron sin ser sentidos á la vista de Apalache. Entrando algunos ginetes en el pueblo, solo hallaron en él mugeres y niños; pero á breve rato acudieron los hombres, y disparando sus flechas contra los invasores, mataron un caballo, y huyendo luego dejaron la poblacion á merced de los españoles, quienes en ella encontraron algunos recursos.

Componíase Apalache de unas cuarenta casas bajas, de ramas y paja, en sitio resguardado de los furiosos vientos del Norte, que ocasionaba grandes tempestades, cercado por todas partes de espeso monte y de pantanos. La tierra que nuestros aventureros atravesaron desde su desembarco hasta Apalache, aunque llana y arenisca, estaba sin intérvalo cubierta de espesas arboledas de nogales y laureles, liquidámbares, cedros y sabinas, encinas, robles y palmitos bajos, y á trechos de profundas lagunas, cuyo paso obstruian mas y mas los corpulentos árboles derribados por violentos huracanes. Los infatigables espedicionarios vieron corzos, gamos y venados, conejos, liebres, osos, gerbos y kangaroos; tambien diferentes aves, entre ellas ansares, patos, ánades, dorales, garzotas y garzas, perdices, alcones, neblies y gavilanes.

Dos horas hacia que los españoles habian ocupado el pueblo cuando los indios acudieron de nuevo, no ya en actitud hostíl, sino pidiendo humildes sus mugeres é hijos, á cuya demanda accedió instantáneamente Pánfilo de Narvaez, bien que reteniendo á un cacique, accion por la cual se fueron los indios escandalizados y resueltos á vengar lo que miraban, aunque salvajes, como una afrenta. Al dia siguiente acometieron la poblacion, pusieron fuego á las viviendas, y haciendo una salida los españoles les pusieron en fuga, persiguiéndoles hasta las lagunas. Semejante escarmiento no bastó para arredrar á los salvajes. Atacaron furiosamente los de otro pueblo comarcano, y quedando uno muerto, tambien se retiraron. Durante los veinte y cuatro dias de su permanencia en Apalache, hicieron los españoles tres escursiones por el pais, y le hallaron mal poblado, escaso de gente é intransitable, siendo lo mas desconsolador que el cacique prisionero les aseguró ser todavía peor la tierra en adelante, bien que al cabo de unas nueve jornadas de donde se hallaba nuestra gente habia un pueblo llamado Aute, situado cerca del mar, abundante en comestibles, y cuyos indios eran amigos del informante. Noticias tan lisonjeras determinaron á Pánfilo de Narvaez á tomar la vía del indicado punto, mas al pasar la gente una laguna dió en una emboscada de indios, hábiles flecheros, que acometiendo súbitamente á los desprevenidos españoles, hirieron no pocos hombres y caballos, se apoderaron del guía, y sin recibir daño alguno de nuestra gente, porque al dar esta

sobre ellos, se metian en el agua, rompiendo por ella desnudos y ágiles, aunque eran de elevada talla, la surcaban cual si fuesen manadas de listos ánades. Con sumo trabajo y considerable número de hombres y caballos heridos, lograron nuestros viajeros vadear la laguna, y sin detenerse continuaron su penosa marcha; mas apenas hubieron llegado á lo llano, donde creyeran estar á salvo de emboscadas y poder la caballería cargar á los contrarios que les persiguieran, de repente se vieron acometidos de una turba de indios, quedando muerto el valeroso Avellaneda, y al darles una carga, de que murieron dos, huyeron acogiéndose á los montes. Ocho dias caminó así la espedicion hasta llegar al pueblo de Aute, donde encontró gran porcion de maiz, calabazas, guisantes y otras legumbres, única subsistencia con que pudo la fatigada gente de Narvaez remediar el hambre que tanto la aquejaba. Tuviéranse por venturosos aquellos valerosos aventureros, si esto terminára por de pronto sus trabajos; pero sucedió que enviado al segundo dia el tesorero Cabeza de Vaca con cincuenta hombres á descubrir el mar, al tercero volvió enfermo, noticiando que la tierra por donde habia pasado y en que se internaban unos ancones, estando la costa lejos, era estéril é insalubre. Con esto empezó á desalentar la gente, lidiando el ánimo y la mente entre la idea de las penalidades que les aguardaban prosiguiendo su marcha, y la forzosa necesidad de arrostrarlas, no pudiendo permanecer donde se hallaban, ni desandar sin tantos ó mayores riesgos que antes el camino que anduvieron.





CAPITULO II.

Determina Pánfilo de Narvaez reembarcarse con su gente.—Apuro de los espedicionarios por falta de naves, y admirable ingenio é industria para construir barcas.—Emprenden con ellas valerosamente la navegacion, arrostrando graves peligros y sufriendo grandes privaciones.—Arriban á una costa desconocida.—Perfidia de unos indios á quienes piden socorro.—Reembarco y naufragio: humanidad de los indígenas con cabeza de Vaca y los suyos.—Nuevos conflictos y penalidades en la isla de Malaho.—Emprenden viaje por la costa los náufragos, quedándose enfermo Nuñez Cabeza de Vaca, con dos compañeros, y pasan á Tierra-firme.—Ignórase la suerte de Pánfilo de Narvaez.—Industria de Cabeza de Vaca, quien se hace querer y admirar de los salvages.—Trabajoso viaje del mismo con sus dos compañeros queriendo irse á Méjico: esclavízanles los salvajes, se escapan, encuentran con indios hospitalarios, ejerce entre ellos Nuñez la medicina, lo tratan con veneracion, continúa el viaje con sus compañeros, pasa el Misisipí y llegan al Imperio mejicano; embárcase Cabeza de Vaca para Europa y aporta á Lisboa en 1537.—Espedicion de Pedro de Heredia en 1532 al rio grande del Darien.—Descubre el puerto hoy llamado Cartagena de Indias: hace varias escursiones en el pais, llega á Zenú y tiene varios encuentros con los indios.—Recibe refuerzos de marina y gente, continúa sus correrias, descubre algunos depósitos de oro, y vuelve á Zenú.—Acúsanle de haber defraudado al Erario parte del oro descubierto: procésale la audiencia de Nueva España, llévanle preso á la isla Española, y de allí le traen á España.—Es absuelto Heredia y queda reducido el éxito de su empresa al descubrimiento de Cartagena.—Espedicion de Diego de Ordás al rio Marañon, en 1531.—Sus descubrimientos y trabajos.—Arribo de su armada á Cumaná: la artillería de aquella fortaleza, aunque española, hace fuego contra los espedicionarios; se ven forzados á ponerse á discrecion del alcalde de Nueva Cádiz, quien los desarma, y acusa á Ordás de que intentaba apoderarse de la fortaleza.—Termina el proceso con la absolucion del acusado, y regresando este á España abandona su empresa.

Consternada la gente de Pánfilo de Narvaez con el triste espectáculo de los enfermos, cuyo número era ya tanto que apremiaba para dejar aquella mansion funesta, al descontento fué consiguiente la desesperacion y la indisciplina, y á esta las amenazas de sedicion. En tan grave apuro acordó el malhadado caudillo trasladarse con su gente al mar, y como único medio de salvacion construir naves para ponerse en salvo: empresa en verdad algo difícil, por cuanto no tenia car-

pinteros, ni herramientas, ni jarcia, ni cosa alguna de las mas indispensables. Hubo no obstante quien se prometiera hacer fuelles de fragua y velas con cueros de venado, y cañones de madera. Pusieron luego manos á la obra, y haciendo sierras, hachas y clavazon de los estribos, espuelas, ballestas, y otras cosas de hierro que llevaban, se determinó que mientras unos se ocupaban en esto, otros recorriesen la comarca en busca de subsistencias, remediando un tanto el hambre con la carne de un caballo que fué muerto al instante. Cuatro escursiones se hicieron en el pais, resultando de ellas la adquisicion de unas cuatrocientas fanegas de maiz, en fuerza de contínuas lides con los salvajes, y gran porcion de palmitos, cuyas envolturas ó camisas sirvieran de estopa para calafatear las barcas que se empezaron á labrar con un solo carpintero que allí habia, siendo tal la diligencia y el afan que en 4 de agosto de 1528 dió principio la obra, y en 20 de setiembre estaban ya acabadas cinco de aquellas naves, de veinte codos cada una, calafateadas con la indicada estopa, y embreadas con alquitran, que de gomas y resinas de diversos árboles hizo un griego llamado Teodoro. Las crines y colas de los caballos suministraron materia para la jarcia y el cordaje; las camisas de la afanosa gente facilitaron velas, cosiéndolas unas con otras: las derechas, largas y fuertes ramas de las corpulentas sabinas, abastecieron de remos, y degollando algunos caballos, cuya carne sirviera al mismo tiempo de alimento, desolláronles las piernas enteras, como quien vuelve una manga de un vestido, y curtiendo el cuero hicieron cubos y odres para aguada. Dificultades ofrecia en medio de esto la falta de piedra para lastre y que sirviera de áncoras, pues apenas se encontraba en aquella estraña tierra. Viéronse, pues, nuestros ingeniosos aventureros precisados á ir en busca de marisco por los rincones y entradas de la mar, y su adquisicion les costó la dolorosa é irreparable pérdida de diez hombres muertos á flechazos por los indios.

Terminada la memorable construccion naval en Aute, en 22 de setiembre, y consumida ya la carne de los caballos, se embarcaron nuestros célebres aventureros en las cinco imperfectas barcas, en número de unos trescientos cuarenta, pasando ya de sesenta los que habian perecido, los mas de enfermedad, y algunos á manos de los salvajes. Iban tan apretados en sus frágiles naves aquellos denodados españoles, dignos de eterna admiracion y recuerdo, que con su peso y el de la ropa y bastimentos calaban las barcas hasta un medio palmo del borde. Increible parece el arrojo con que arrostraron los furores del Océano aquellos hombres, sin haber entre ellos uno siquiera que tuviese nocion alguna del arte de navegar.

A los siete dias de viaje descubrieron en 30 de setiembre una isla poco apartada de la costa, y cinco canoas con indios que las abandonaron apenas columbraron á nuestra gente. Desembarcando parte de esta, entró en las moradas indianas, donde halló algun refrigerio, y continuando luego la navegacion, pasaron las barcas un estrecho que formaba la isla con la costa, y que en celebridad del dia denominaron de San Miguel: aligeraron algo las imperfectas naves,



C. Mugica inv.° y lit.°

PERDIDAS SUS NAVES

y espuesta a perecer de hambre construye barcas con admirable ingenio la gente de Panfilo de Narvaez en la playa de Aute

trasbordando parte de su carga á las canoas, y á luengo de costa fueron, á su juicio, caminando con rumbo al rio de las Palmas. En tal estado, podridos ya los odres que habian hecho de cueros de caballo, faltando el agua y siendo la sed inaguantable, se entraron nuestros magnánimos navegantes por ancones bajos y peligrosos, en cuyas aguas solo hallaron al anochecer algunos miserables indios pescando, que huyeron al querer las barcas acercarse. Pasada la noche avistaron una isla, en la cual se detuvieron, aunque no encontraron agua potable, no atreviéndose á salir al mar á causa del mal tiempo, hasta que por último, apremiados de la sed, forzados á beber agua tan salada que de resultas cinco hombres fallecieron, entregándose á merced del Océano volvieron á navegar. A pique de ser anegados varias veces doblaron una punta, hallaron por su dicha buen abrigo, y saliendo á su encuentro gran número de indios en canoas, al aspecto de la gente, sumamente estraña para ellos, se volvieron huyendo de comunicarse con ella. No deteniéndose los españoles en perseguir á los fugitivos llegaron hasta sus viviendas, que estaban cerca; hallaron gran número de cántaros de buen agua, y pescado curado al sol, que el cacique entregó sin resistencia, lo cual indujo á creer que aquella gente era pacífica y sencilla; pero cuando la nuestra se creia segura, sin estar desprevenida, los indios á media noche, alzando espantosa gritería acometieron á sus huéspedes, y de una pedrada fué herido en el rostro Pánfilo de Narvaez. Prisionero de los nuestros quedó el cacique, mas á breve rato se escapó, dejando un manto de martas en manos de un español que le tenia asido, y se amparó de los suyos que se hallaban próximos. Dispuso el caudillo de los españoles que estos se acogiesen en las barcas, menos cincuenta de ellos, para resistir á los indios. Por tres veces renovaron estos la acometida, quedando dos de aquellos valientes heridos á pedradas. Al ardid hubo de acudir la española hueste: embarcáronse los capitanes Drantes, Tellez y Peñalosa con quince hombres, y acometiendo á los inespertos indios por la espalda, los desbandaron y pusieron en precipitada fuga.

En tanto que esto pasaba sobrevino el tiempo bonancible; embarcáronse los españoles que en tierra permanecian, y volviendo todos á navegar, al cabo de tres dias, agotada el agua que en unas cuantas vasijas llevaban, la sed les atormentó otra vez, obligándoles á buscar de nuevo la costa. Próximos á ella descubrieron una canoa, y llamando á los salvajes esperaron estos. El mismo Narvaez acercándose el primero, dióles á entender que su gente carecia de agua, y ellos le pidieron vasijas para llevársela. El griego Teodoro se ofreció á ir con aquellos indios, y no sin repugnancia accedió Narvaez á sus deseos, acompañándole un negro, y dejando los indígenas dos de los suyos en rehenes. Era ya de noche cuando los pérfidos indios regresaron con las vasijas vacías y sin los dos cristianos. En vez de dar esplicaciones sobre esta novedad, que escitó justas sospechas en nuestra gente, al punto que los salvajes se acercaron á la barca donde se hallaban los rehenes, incitados estos por aquellos que les hablaron, quisieron

arrojarse al agua. Fueron detenidos por algunos de los nuestros, y los indios de las canoas huyeron entonces, dejando á los españoles entregados al dolor por la pérdida de sus dos desventurados compañeros.

La osadía, la mala fé y la insolencia de los indígenas, llegó á tanto que al siguiente dia por la mañana acudieron en mayor número y en mas canoas, reclamando con arrogancia los rehenes, á que fué consiguiente la negativa, pidiéndoles en cange á Teodoro y el negro. Es de notar que entre aquellos indios, gente de mejor talante que cuantos habian visto hasta entonces nuestros aventureros, iban cinco ó seis, cuyas mantas de martas y el cabello largo y suelto, revelaban ser caciques. Desechada su insolente demanda, rogaron á los españoles que se fuesen con ellos, prometiendo darles agua y comestibles, y por último restituir los dos cautivos. Era tan conocida su falsía y tan peligrosa aquella estancia que fué preciso hacerse las barcas á la mar, y los indios dejándose de súplicas, y echando mano á sus hondas y ballestas, dispararon contra los espedicionarios una nube de piedras y flechas, entre ellas gran número de varas. Alborotóse en tanto el mar, las canoas se retiraron, y los españoles siguiendo su derrotero descubrieron afortunadamente un rio en que hicieron aguada; pero el Norte arreció tanto, que en dos dias no pudieron tomar tierra; las barcas se esparcieron de noche, y al amanecer viéronse tres muy separadas de las otras dos. Iba en una de estas Narvaez con la gente mas sana, y Nuñez de Vaca le rogó que siendo su ánimo tomar tierra le socorriese dándole un cabo, á lo cual se negó el malhadado caudillo, diciendo que en el conflicto en que se hallaban solo se debia pensar en mirar cada uno por sí mismo. Con su barca alcanzó Alvaro Nuñez otra en que iban los capitanes Tellez y Pantoja, y navegando juntos cuatro dias se mantuvieron con la mísera racion de un puñado de maiz crudo por persona. Sobrevino en esto una gran tormenta que separó las dos barcas; la gente desalentó y enfermó en tanto grado, que Nuñez de Vaca solo pudo contar con cuatro hombres en pié: al lucir el dia siguiente se encontraron tan cerca de la costa, que una oleada echó la débil nave en tierra, y con el golpe volvió la gente en sí como de un sueño. Al verse en tierra encendieron lumbre, recobraron algunas fuerzas con el calor del fuego, y habiendo descubierto unos charcos de agua llovediza, acordaron que uno de los náufragos se encaramase al árbol mas erguido y reconociese desde allí las cercanías. Manifestó el atalaya que le parecia se encontraban en una isla, y bajando luego del árbol, se encaminó por una senda hasta dar con unas casas de indios, y presuroso se volvió, seguido de algunos de ellos. En breve acudieron los salvajes en gran número á donde se hallaba el tesorero, quien procuró sosegarlos regalándoles cuentas de vidrio y cascabeles, lo cual bastó para que se retirasen y volviesen, trayendo á nuestra gente gran porcion de pescado y de unas raices á manera de nueces, que constituían parte del alimento de aquellos indígenas. Algo provistos de comestibles reembarcáronse los españoles, mas apenas se habian hecho vela cuando un golpe

de mar hizo que la barca zozobrase, y se ahogaron tres de los viajeros. Los demas, arrojándose al agua en cueros, salieron nadando á tierra, habiendo perdido las armas con que pudieran defenderse de los indios, y la ropa con que resistieran el frio, hallándose ya á fines de noviembre. El aspecto que presentaban en su estado de completa desnudez, hizo tal impresion en la mente de los salvajes, que asustados al pronto huyeron de los náufragos. Con ademanes de paz les llamó Cabeza de Vaca, dándoles á entender su desdicha. Acercándose entonces y viendo los tres cadáveres en la orilla se contristaron, y sollozando se convirtieron de enemigos en consoladores de sus desventurados huéspedes. Para mayor prueba de amistad les rogaron que les siguiesen, y llevándolos á una espaciosa barraca, donde encendieron lumbre para que se calentáran, pasaron la noche bailando al rededor de los huéspedes. No por esto se sosegó el ánimo de Cabeza de Vaca, recelando que aquellas demostraciones de júbilo fuesen un ceremonial á su modo para sacrificar y devorar á los náufragos; recelo tanto mas fundado cuanto advirtió que uno de los indios llevaba al cuello una sarta de cuentas de vidrio, pareciendo indicar que algun otro español habia sido víctima del canibalismo de aquella gente. Interrogado el salvaje acerca de la adquisicion de aquel collar, manifestó habérselo dado unos españoles que quedaban en el sitio de donde él venia. Envió Alvaro Nuñez dos de los suyos á enterarse de esto, y encontraron á sus compañeros cuando iban ya en busca del mismo Nuñez, de quien habian tenido noticia. Eran aquellos los capitanes Andrés Dorantes y Alonso del Castillo, acompañados de la gente de su barca. Habiendo dado al través á legua y media de allí, tuvieron la dicha de salvarse sin perder cosa alguna. Juntos ya todos acordaron dejar los enfermos confiados á la hospitalidad de los indios, y los demas procuraron aderezar y volver la barca á flote. Consiguieron esto no sin gran trabajo, pero á poco de empezar á navegar murió uno de los españoles, llamado Tabera, y la barca se anegó y hundió, viéndose la gente en tal conflicto y desconsuelo, que desnudos todos en tiempo frio, sin recurso alguno, hubieron de resignarse á invernar en aquella tierra, y que cuatro de ellos, los mejores nadadores, fuesen por la costa á Panuco, que creian estar cerca, en demanda de los auxilios necesarios. Tocó la suerte de ir á desempeñar tan peligrosa comision al toledano Mendez Figueroa, á Estudillo, natural de Zafra, al portugués Alvaro Fernandez, y á un indio de la isla de Cuba, los cuales se pusieron en camino. En tanto se aumentó el frio, sobrevinieron grandes tempestades, las viviendas eran desabrigadas, el temporal no permitía ni á los náufragos ni á los indios salir á coger raices ni á pescar, y el hambre llegó al estremo de ser gran parte de ellos víctima de aquella calamidad, y quedar reducidos al número de quince. En tan lastimero estado permaneció Cabeza de Vaca con su menguada gente en aquella isla, que con sobrada razon llamaron de Malhado, hasta que en abril de 1529 se trasladaron con sumo trabajo á la costa, en número de catorce á que quedaban reducidos aquellos desdichados. Trece de ellos, ayudados de un

indio que los llevó en una canoa, salieron de la isla (1), quedando enfermo en ella Nuñez Cabeza de Vaca, y viajando por el luengo de la costa pasaron á Tierra-Firme.

Es de advertir que de Pánfilo de Narvaez nunca se supo nada, aunque se dijo que con seis de sus compañeros habia aportado al mar del Sur.

Túvose por feliz Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca en arribar con sus compañeros al continente americano, y perdida la esperanza de adquirir ó construir buque alguno con que volver á navegar y pasar á Cuba, se dedicó á establecer un tráfico algo raro. Captándose la benevolencia de los indios llevaba á lo interior conchas de mariscos y otras producciones marítimas, y traía en cambio ocre y almagra con que los salvajes se pintaban el cuerpo, pieles para hacer mantos, correas, cañas y guijarros agudos para hacer flechas. Así se granjeó tal estimacion, aprecio y respeto entre aquellas tribus bárbaras, que estas, en medio de sus perpétuas hostilidades, conocieron la necesidad de una mano neutral, por cuya mediacion pudiesen seguir el poco comercio que mantenian las unas con las otras: mas al cabo de algunos años se cansó nuestro aventurero de aquel destierro, cuyo término no veia, y entonces resolvió arrostrar todos los peligros, intentando el regreso á su patria. En ir por tierra á Méjico fundaba su medio de salvacion: dos de sus compañeros, Andrés Dorantes y Alonso del Castillo entraron en sus audaces proyectos, y resolvieron arriesgarse con él en un pais hasta entonces no esplorado, poblado de naciones salvajes, y cuyos límites no conocian. Mucho tuvieron que sufrir los tres fugitivos desde el principio de su viaje. La primera poblacion que encontraron era la mas bárbara de todas cuantas hasta allí habian visto: aquellos desventurados españoles se vieron reducidos á la esclavitud y forzados á mantenerse de insectos, reptiles asquerosos, huesos de pescados y raices. Para colmo de la desgracia, los salvajes en cuyo poder habian caido Nuñez y sus dos compañeros, se hallaban en aquel estado abyecto en que el imperio de la sangre queda vencido por los afanes y cuidados que causa la educacion de una familia, en tal manera que una de sus costumbres detestables era el abandono de los hijos del sexo femenino. Entrado el verano, cuando las selvas comenzaron á cubrirse de frutos, los tres esclavos lograron escaparse durante las fiestas con que los salvajes celebran aquella estacion de abundancia efímera, y la primera nacion indiana á donde llegaron les acogió benéfica. Dióles hospitalidad, y el respeto con que los miraron subió de punto al hacer Alvaro Nuñez ostentacion de conocimientos médicos, ademas de los concernientes al comercio. Tal fué el uso que hizo de las ideas que tenia de aquella ciencia, que venturosamente obró curas maravillosas, llegando la ignorancia y el asombro de aquellos salvajes hasta el estremo de creer en una ocasion que habia resucitado á un muerto.

(1) Contábanse entre los trece Alonso del Castillo; Andrés Dorantes; Estrada; Tostado; Gutierrez; un clérigo; Chaves; Diego de Ulloa; Benitez; Estevanez; Francisco de Leon, y otros dos, cuyos nombres se ignoran.

Reverenciados los tres españoles como hijos del Sol, fueron escoltados en su viaje al Oeste por una cuadrilla de sus admiradores, quienes pregonaban por todo el camino sus virtudes singulares y su talento, que juzgaban sobrehumano. Dado ya tan grande impulso al entusiasmo supersticioso de los indios, se propagó fácilmente de tribu en tribu. Alvaro Nuñez prosiguió su viaje, atravesó el gran rio conocido con el nombre de Misisipí, y penetró muy luego en aquellos desiertos que del territorio de Méjico separan el de los Estados-Unidos. Informándose de todo por donde trasitaba, se le aseguró que al Sudoeste habia una nacion pérfida y cruel, con la cual debia evitar toda comunicacion, y pasando inesplicables trabajos pudo llegar á donde encontró gente española: se vió por último en el imperio mejicano, y embarcándose para Europa llegó felizmente á Lisboa en agosto de 1537. Tal fué el término y resultado de la empresa marítima de Pánfilo de Narvaez.

No dió en verdad mejores resultados otra, que en la época á que nos vamos refiriendo tomó á su cargo Diego de Ordás, natural de Castroverde, antiguo pueblo del reino de Leon. Este capitan, uno de los famosos de aquel tiempo, pidió al Rey y obtuvo soberana autorizacion para descubrir, conquistar y poblar las tierras que hay desde los límites del Cabo de la Vela y Golfo de Venezuela, en unas doscientas leguas de costa, hasta el rio Marañon, no tocando á nada de la demarcacion del Rey de Portugal. Confirióle, pues, el Monarca de Castilla el título de Gobernador, Adelantado y Capitan general, con la dotacion competente, concediéndole ademas varios privilegios, colmándole de mercedes, y dándole en fin recursos de alguna consideracion para la empresa.

Ignoramos cuáles y cuántos eran los buques de la armada del capitan Ordás; únicamente sabemos que la aprestó en Sevilla, y que bien pertrechada, con cuatrocientos hombres de guerra, y órden para que en la isla de la Jamáica se le diesen veinte y cinco yeguas y otros tantos caballos de los que el Rey allí tenia; á principios del año de 1531 salió de la capital de Andalucía, tocó en Tenerife, y contratando en aquel punto con los tres hermanos Silvas que estos le seguirían con doscientos hombres escogidos de las Canarias, prosiguió su navegacion para el Nuevo-Mundo. Feliz viaje tuvo hasta llegar al rio Marañon, donde se propuso comenzar su descubrimiento, mas á pesar de la impaciencia y audacia con que quiso llevarlo á efecto, tantos y tan inminentes fueron los peligros en que se vió, á causa de los bajíos, las calmas y corrientes, que en medio de su acreditado valor y su natural fogosidad, conociendo el riesgo que corria, hubo de esforzarse en salir con presteza de aquella parte, y habiéndolo conseguido pasó adelante con la idea de comenzar su jornada por otro punto menos peligroso. Habia nombrado teniente general suyo á Juan Cortejo, hombre hábil, práctico en el mar y en la guerra, circunstancias en verdad recomendables para tan distinguido cargo; pero menos acertado y feliz en esta ocasion que en otras muchas, mejor y mas afortunado como soldado que como marino, tuvo

la mala suerte de que su navío encallára y se perdiese con alguna gente, salvándose la restante en la barca y el esquife. No impidió esta desgracia que Ordás fuese corriendo la tierra hasta Paria, donde supo y vió que Antonio Sedeño, titulándose gobernador de aquel territorio, y que á la sazon se hallaba ausente, en ella habia levantado un fuerte, y provisto de municiones le tenia á cargo de un alcaide.

Tan inesperada novedad no desconcertó ni detuvo en su propósito al valeroso Ordás, antes bien suponiendo que Sedeño, sin régia autorizacion, habia ocupado aquella tierra comprendida en la demarcacion de su gobierno y capitanía general, desembarcó la gente, ocupó la fortaleza, despachó al alcaide Juan Gonzalez á reconocer el territorio, y sin perder tiempo, despues de haber hecho decapitar á los tres hermanos Silvas, acusados y convictos de graves escesos y arbitrariedades, determinó entrar por el rio Viapari, dejando bien guardado el fuerte que acababa de ocupar. Con gran trabajo y pérdida de gente siguió Ordás su escursion, empezando en breve á verse todos los suyos atormentados del hambre, las picaduras de murciélagos y mosquitos, cuyas plagas afligían al pais, la violencia de furiosos vientos y el rigor del frio todo á un tiempo. Sin ceder en su porfía contra tanta adversidad, llegó á descubrir algunas poblaciones; venturosamente fué bien recibido del cacique Viapari, cuyo nombre se dió al rio, y allí fueron favorecidos y provistos de lo necesario los viajeros españoles. Mientras esto pasaba volvió de su comision Juan Gonzalez, quien refirió haber subido muy arriba por aquella tierra, descubriendo grandes poblaciones, de las cuales hubo de apartarse para no ser víctima de la barbarie de los salvajes. Atendido el relato del alcaide eran de opinion los principales capitanes de Diego de Ordás que este desistiese de la navegacion por el rio, y se internase en aquella tierra; pero en vez de seguir el consejo acordó invernar allí, con intento de volver á navegar con el buen tiempo.

Reinaba ya la primavera de 1532 cuando nuestro Adelantado se hizo otra vez á la mar, con escasas provisiones, dejando los enfermos á cargo del Licenciado Gil Gonzalez Dávila, en el punto donde habian invernado, y á poco tiempo de navegacion dió en seco el principal navío. Obligado Ordás á saltar en tierra con doscientos infantes y cuarenta caballos, marchó con esta gente por la márgen del rio durante muchos dias, sin hallar poblacion alguna, y sí unos cuantos pescadores, gente brutal, caribe, que semejante á los anfibios vivía en la tierra y en el agua, á la intemperie, sustentándose de peces, maiz y raices. Caminando por aquel pais agreste, por donde en vez de hombres se veian errantes en gran número por las selvas los venados, tapires y cabras monteses, á veces osos, tígres y leones, y en las ciénagas y las orillas del rio los voraces caimanes, á los cincuenta dias de viaje fué á parar Diego de Ordás á un gran salto del Viapari, entre espantosos peñascales, por donde era imposible pasar las naves que á su vista iban siguiendo la corriente. Reembarcóse entonces con la gente que le

acompañaba, dió la vuelta, navegando por el rio doscientas leguas, y llegó al sitio en que habia dejado á Gil Gonzalez Dávila, con el cual y los demas oficiales se trató de lo que hacer debian. Entre aquellos individuos se encontraba Domingo Velazquez, hombre práctico ya en aquella costa, esperto y de buen consejo. El que dió en esta ocasion se consideró tan atinado que siguiéndole Ordás, para satisfacer el deseo de los suyos, ansiosos de poblar en punto mas conveniente, acordó dirigir la espedicion al Golfo de Cariaco, para entrar en el rio Unate, y ordenó que el capitan Delgado llevase la armada, mientras él, por hallarse enfermo, iba con treinta soldados en piraguas. El inconstante mar trastornó á lo mejor el proyecto del Adelantado, embraveciéndose en tal manera que no fué posible tomar el puerto de Cariaco, y la armada, compuesta de dos carabelas y cuatro bajeles de remo, corrió á Cumaná, donde saltaron en tierra ciento cincuenta hombres y quince caballos, y sacaron la artillería y cuanto llevaban; pero fué tanto el temor de los que guardaban la fortaleza, al aparecerse aquellas naves y ver el desembarco, que mirando como enemigos á los de Ordás la artillería les hizo fuego, y sin atender á súplicas y razones, se les intimó que volviendo á embarcarse se hiciesen á la mar sin detenerse. En parlamentos pasaba el tiempo, sin que los espedicionarios se retirasen de la vista de Cumaná, cuando he que Pedro Ortiz de Matienzo, alcalde de Nueva-Cádiz, donde supo lo que pasaba, acudió con doscientos hombres bien armados y gran séquito de indios: entró en el rio con aquella gente, se acercó á la fortaleza, y sin hostilizar á los espedicionarios, y sin que estos le hicieran resistencia, á voz de pregon prometió libertad absoluta á cuantos á él se pasaran abandonando la espedicion del Adelantado, cuyos soldados se hallaban ya hambrientos, desnudos, cansados y descontentos. Cincuenta de ellos se pasaron á Ortiz, y receloso Agustin Delgado de que los demas hiciesen lo mismo, tuvo resolucion para ir á presentarse al Alcalde de Nueva-Cádiz, y manifestarle que su arribo á Cumaná no habia tenido mas objeto que el de esperar allí á Diego de Ordás, para que de su gente dispusiera, y que en prueba de esto se presentaba con todos los suyos, estando prontos á ir donde se quisiere. A consecuencia fueron enviados todos juntos á Nueva-Cádiz, y, aunque socorridos por el alcalde, desarmados y licenciados en el acto. Quince dias despues llegó Diego de Ordás á Cumaná con cuatro piraguas, y los soldados que en su compañía habian quedado. Informado de lo ocurrido pasó á Nueva-Cádiz, donde supo que se le procesaba, intentando probar que habia querido tomar la fortaleza de Cumaná é invadir el Cariaco, que los de Cubagua decian pertenecerles. Esta acusacion obligó á Ordás á pasar á la Isla española, acompañado de Pedro Ortiz. Poco antes de la salida para aquel punto llegaron á Pária ocho castellanos que iban en un batel desde las cercanías del Marañon. Eran aquellos aventureros procedentes de las naos que se apartaron de la conserva de Ordás cuando iba de España. Segun su declaracion, aquellas dos naves dieron al través, y habian muerto muchos de los navegantes.

Terminado el proceso fué absuelto Diego de Ordás, á quien la Audiencia aconsejó que no desamparase la empresa, ofreciendo darle favor y auxilio para llevarla á cabo; pero su salud ya quebrantada, el recuerdo de los trabajos pasados y la idea que le dominaba de que era hombre de mala estrella, hicieron en su ánimo tal impresion que prefirió á todo su vuelta á España. Enviando, pues, un comisionado á decir á Agustin Delgado que con toda la gente volviese á Pária, se embarcó para su patria, sin que se tenga alguna noticia cierta de cuándo y dónde acabó sus dias; pues unos dicen que murió en el mar, y otros que en Castilla. «Este caballero, dice Herrera, era de muy buena persona y gracia, »bien hablado, valiente, y de los mas famosos capitanes que pasaron á Nueva-»España con el marqués del Valle, quien le envió á reconocer el volcan de »Tlascala, y llegó hasta donde no habia llegado hombre alguno, con gran ad-»miracion de los indios, que nunca pensaron que volviera.»

En la Historia de nuestra Marina merece tambien buen lugar la empresa que en aquellos tiempos acometió don Pedro de Heredia, natural de Madrid, quien dando pruebas de valor y arrojo habia militado en América, particularmente en la provincia de Santa Marta. Fuéle otorgado permiso para descubrir, y facultad para gobernar, desde el rio grande de la Magdalena hasta el grande del Darien, de los cuales el menor es mas caudaloso que el Danubio, señalándole por límite en aquella parte la línea equinocial. Aprestó, pues, Heredia cuanto creyó necesario para su atrevida empresa, y del puerto de San Lucar, en 1532, se hizo á la vela con un galeon y dos carabelas, llevando consigo unos cien hombres. Aportó á la ciudad de Santo Domingo, en la isla Española, donde entonces se hacia escala; pasó luego á la villa de Azua, en la misma isla, proveyóse allí de vituallas, reclutó gente, compró caballos, prosiguió su navegacion hasta la costa de Tierra-Firme, y fué á dar fondo en un puerto, que por su forma era igual al de nuestra antigua Cartagena, teniendo á su entrada ó embocadura un islote que denominaban Codego, por lo cual le dió el nombre de Cartagena de Indias, en vez del de Calamarí que antes tenia. Desembarcando nuestro espedicionario parte de la gente, entró en aquella poblacion, cuyos habitantes la abandonaron despues de una débil defensa, y de haber quedado algunos prisioneros. Determinado Heredia á internarse en el pais, marchó sin detenerse, y dió con otro pueblo, llamado Canapote, á cuya entrada tuvo una refriega con los indios. Andaban estos desnudos, hombres y mugeres, las cuales peleaban como aquellos, siendo las armas de unos y otras flechas envenenadas, y macanas de madera, tan dura que de un solo golpe partian una rodela. A buen partido tuvo nuestro aventurero volver á Cartagena, llevándose presos algunos indios. Habia entre estos uno que tenia muy presente la invasion del pais por Alonso de Ojeda, con quien fué la respetable fuerza de trescientos españoles, y fijando la atencion en el corto número de los que á Heredia acompañaban, se propuso acabar con ellos usando de falsía. Ofrecióse, pues, á servir de guia al aventurero madrileño, para llevarle

donde fácilmente adquiriera riquezas considerables, y el gefe de la espedicion mas crédulo que reflexivo, dando mas lugar á la codicia que á la prudencia, dejóse conducir por el taimado indio, hasta que pasada una gran ciénaga ó laguna de mas de tres leguas de estension, fueron á dar en un estenso arcabuco ó bosque, á cuya entrada se detuvo é intentó fugarse el pérfido guia. Iban ya tan recelosos nuestros viajeros que impidieron la fuga del bárbaro, y á breve rato descubrieron gran número de indios que armados, alzando espantosa gritería y al son confuso y estruendoso de sus bocinas y atabales, acometieron á los pocos españoles.

Largo rato duró la pelea con gran ventaja de los agresores, por cuanto eran muy superiores en fuerza, y las nubes de sus flechas impedian acercarse y cargarles nuestra gente, hasta que atemorizados por el daño que en sus descompuestas falanges hacian las ballestas y arcabuces, y por último las espadas, empezaron á cejar y esparcirse. Cargados entonces por la caballería fueron atropellados por todas partes, y en desórden se retiraron á una poblacion cercada de dos espesas arboledas. Acudieron de los campos comarcanos otros muchos indios, con cuyo auxilio salieron los vencidos otra vez á campo raso, y acometiéndolos Heredia con mas arrojo que cautela se encontró metido entre ellos. Viéndole solo le acosaron en tal manera que allí hubiera perecido si con presteza no acudieran los suyos á salvarle. Murieron en esta refriega un tal Villafañe, y algunos caballos, acribillados de flechas; la victoria quedó por los españoles, los indios desampararon el pueblo, y ocupado por los vencedores en él encontraron algun oro, víveres, y hamacas que de camas les sirvieran. No era prudente ni posible que allí permaneciese nuestra gente; volvióse pues á Cartagena, y recuperados algun tanto de sus fatigas salió otra vez el Adelantado á descubrir por la costa del mar sin impedimento alguno. En la ribera de la Magdalena recogió, haciendo cambios, alguna cantidad de oro, se encaminó al valle de Zamba, y de allí dió la vuelta á la nueva Cartago, donde tuvo la satisfaccion de encontrar un navío que acababa de aportar con gente, entre ella dos indios y una indiana, intérpretes, que de Santo Domingo le enviaban.

Con esto acrecieron las fuerzas de don Pedro de Heredia, ascendiendo á cien infantes y otros tantos ginetes montados. Así pudo atreverse á nuevas escursiones, y en una de ellas, atravesando espesos arcabucos y estensas ciénagas, fué á dar con un pueblo llamado Zenú; prendió un indio criado del cacique y por denuncia del mismo, á trueque de evitar la muerte de que se creia amenazado, descubrió el Adelantado gran cantidad de oro, en valor de unos treinta y cinco mil pesos. Una parte de esta riqueza se hallaba escondida en un arcabuco, y otra mayor en un hueco de mas de cien pasos de largo, que formaba tres naves, al cual llamaban los indios el Bohio del Diablo. En él habia una hamaca muy labrada, colgada de un palo, sostenida en hombros de cuatro figuras apareadas, de hombres y mugeres, y en ella estaba el oro. Esto hacia presumir que del rico metal habia otros depósitos semejantes. El indio prisionero fué

apremiado para que hiciere otras denuncias, y á consecuencia mostró una sepultura, de la cual se sacó una porcion de oro fino que valdria diez mil pesos. Contento por lo pronto con lo descubierto y adquirido en esta escursion, regresó Heredia al Zenú, y de allí á su ciudad, donde halló mas gente castellana. A pocos dias arribó tambien un capitan con trescientos soldados.

Durante la permanencia de Heredia en Zenú hizo nuestra gente algunas correrías por el pais comarcano, y en un campo raso, junto á un templo ó adoratorio, halló gran número de sepulturas, tan antiguas algunas que en ellas habian crecido y descollaban árboles muy altos y corpulentos. Hicieron nuestros aventureros varias escavaciones en aquella especie de necrópolis, y encontrando muy crecida riqueza, para su equitativa distribucion fué entregada á don Pedro de Heredia. De aquí tuvo orígen contra el mismo una implacable persecucion, imputándole haber sustraido gran parte de lo mas precioso que se descubrió en los sepulcros. Eran estos de bóveda de admirable magnificencia, atendido el mal estado de las artes entre aquellos naturales, quienes tenian la costumbre bárbara de sepultar con el difunto todas sus riquezas, joyas y armas, mugeres vivas y criados, con abundante comida, cántaros de agua y otras bebidas, con lo cual daban á entender que creian en la inmortalidad del alma. Hiciéronse graves cargos á Heredia de que solo habia quintado valor de veinte mil pesos para el Erario, cuando debian ser mas de cien mil, y para residenciarle fué comisionado por la Real Audiencia de la Isla Española el licenciado Juan de Badillo, oidor de la misma. Disponiendo estaba lo necesario el acusado para aumentar su armada, ocupado en construir nuevos buques para llevar adelante su empresa, cuando llegó el juez Badillo, y reduciéndole á prision le remitió á la Española, de donde fué traido á España. Por último terminó el proceso, siendo absuelto el acusado, y poca la utilidad de la empresa que tantos y tan grandes sacrificios le costaba, pues quedó reducida al descubrimiento del punto en que se halla la célebre ciudad llamada Cartagena de Indias.





CAPITULO III.

Reglas establecidas en 1527 para el exámen de pilotos.—Espedicion de Hernan Cortés, marqués del Valle, á descubrir por el mar del Sur, desde el puerto de Acapulco.—Arribo de la Armada á Jalisco, motin de la gente y desercion de un navío, el cual naufraga.—Construye el Marqués dos navíos mas en Tecoantepeque, denominados *La Concepcion* y *San Lázaro*, haciendo de Capitana el primero.—Sepárase este del otro al principio de la navegacion, para no volver á verle.—Acontecimientos del *San Lázaro*: va este á parar al puerto de Acapulco, y vuelve á emprender su navegacion.—Noticia de la trágica muerte del capitan del navío *Concepcion*, y de la mayor parte de su gente.—Arbitrariedad de Nuño de Guzman, quien se apodera de dicho navío en un puerto, y marcha del marqués del Valle á vengar el atentado.—Descubrimiento de una isla que se denominó de *Santa Cruz*.—Peligro de naufragio, y encuentro de uno de los navíos, cuyo paradero se ignoraba.—Muerte desgraciada del piloto en cuyo navío iba el marqués del Valle.—Vuelve este al puerto de Santa Cruz; prosigue luego su viaje: feliz encuentro de dos navíos, uno de los cuales se tenia por perdido.—Juntándose cuatro buques hácese á la vela el Marqués para Santiago de Buena Esperanza, donde se le incórporan dos mas, pasa de allí á Acapulco, recibe noticias de que Pizarro se encuentra sitiado en una ciudad del Perú, y despacha en su socorro dos navíos con gente.—Espedicion de Simon de Alcazoba al Estrecho de Magallanes con dos naos: separacion temporal de una de ellas en la navegacion.—Sucesos á la entrada y en medio del Estrecho.—Escursion á descubrir por tierra, y retirada de Alcazoba á la nao por hallarse enfermo.—Rebelion de los que fueron á descubrir en el pais.—Vuelven á donde estaban las naos, asesinan á Simon de Alcazoba, al piloto y tres mas, y apoderados de los buques determinan ejercer la piratería.—Discordia entre los rebeldes: aprovéchanse de ella los leales Isla y Mori, únense á ellos otros de la tripulacion, prenden á los cabezas de la rebelion, y sufren estos la pena capital.—Da vuelta la Armada para la Española, desaparece la Capitana, y la otra nao, denominada San Pedro, va á parar á las costas del Brasil, en la *Bahía de Todos los Santos*.—Acontecimientos allí.—Arriba la nao San Pedro á la Isla Española, cuya Audiencia forma proceso sobre la rebelion que causó la muerte de Alcazoba.—Navegacion de Pedro Cifuentes con un navío para la isla Margarita, y sucesos estraordinarios.—Naufragio del navío: trabajos, industria y valor de dos náufragos que se salvaron, y de otros dos que estos encontraron, procedentes de otra espedicion.—Aparécese un buque, á la vista de la isla donde estaban los náufragos, hácenle estos señales, acude á salvarlos y los conduce á la Habana.—Espedicion de Juan de Ampues para la tierra de Coro, á donde arriba felizmente, y funda la ciudad de aquel nombre.—Preséntase en aquel puerto Alfinger, representante de los Belzares alemanes, con tres navíos, hace desembarco, y Ampues se ve precisado á cederle aquella posesion y pasar á ocupar las islas de Coracoro, Oraba y Bonaire.—Escursion de Alfinger, quien hace estragos en el pais; hostilízanle los indígenas, retírase á Coro y allí muere.

En la época que vamos recorriendo del primer tercio del siglo XVI, se dió un gran paso por el Gobierno español en el arte de navegar, corrigiendo sábiamente el desórden, la perjudicial facilidad y el desacierto con que se hacia el exámen de pilotos, resultando de esto grande daño á la marina, á que era consiguiente no pocas veces la pérdida de naves y aun de armadas enteras. Ordenóse pues en 1527 que no se diese carta de pilotaje ni de marear á ningun estran-

jero, ni escritura para las Indias, ni que por otro alguno le fuese dada ni vendida sin espresa licencia del Rey. Que cualquiera que quisiere ser piloto probase haber navegado seis años á las Indias, haber estado en Tierra-Firme, Nueva-España y las islas Española y de Cuba, y que tenia su carta de marear y sabia echar punto en ella y dar razon de los rumbos y tierras, y de los puertos y bajos mas peligrosos, así como de los resguardos y de los lugares donde podia abastecerse de agua, leña y otras cosas en tales viajes necesarias. Que tuviese su astrolabio para tomar la altura del sol y cuadrante para el Norte, sabiendo hacer uso de tales instrumentos, así en tomar altura, como en añadir ó quitar la declinacion del sol, y lo que la estrella alza y baja, juntamente con el conocimiento de las horas en cualquier tiempo del dia y de la noche. Otro de los requisitos era que al tiempo del exámen presentára el aspirante á piloto mayor los espresados instrumentos y carta de marear, repitiendo la presentacion cada vez que hubiese de partir de Sevilla para las Indias, á fin de que se reconociese si estaban concertados y eran buenos para regirse por ellos; y que ningun maestre admitiese ni llevase piloto sin que este le hiciere constar todo lo dicho. Por otra parte, los examinadores, antes de hacer las indicadas preguntas habian de jurar hacerlas lo mejor y lo mas difíciles que fueren de contestar, dando en fin su voto libremente, sin respeto alguno, agenos de todo sentimiento de odio, amistad ú otra pasion cualquiera. Que cumplidas todas las condiciones establecidas para el exámen, el piloto mayor recogiese en secreto ante escribano los votos de los pilotos, firmados de sus nombres, y conforme el parecer de la mayor parte se concedería ó negaría el grado de pilotage, salvo si la tercera parte fuese del voto del piloto mayor; pues entonces, queriendo este, podria conferirse el grado y se daría al examinado la credencial, sin exigirle mas derechos que dos reales para el escribano que la signase, bajo la firma del piloto mayor. A todas estas reglas se añadió que ningun navío de gabia ó de cubierta pudiese navegar sin llevar piloto examinado, á no ser que el maestre del mismo buque hubiese sido piloto. Así fueron corregidos algunos de los abusos que en aquel tiempo se cometían, confiando antes el gobierno de las naves á personas que incapaces de dirigir la navegacion, distantes de ser verdaderos marinos, por su inesperiencia y su ignorancia á veces eran causantes de los naufragios. Progresos aunque no rápidos iba haciendo la ciencia náutica, dando así mayor aliento á los hombres poseidos de aquel espíritu de descubrimiento y conquista que tanto colmó de gloria á la España.

La série de sucesos marítimos en el continente de la América meridional, hace que aparezca otra vez en la Historia de nuestra Marina el ínclito Hernan Cortés, ya bajo el título del marqués del Valle. Volviendo de la madre patria en 1530 al teatro de sus inmarcesibles glorias, se propuso nuevamente hacer armada, obligándose á descubrir por el mar del Sur. Construyó al intento dos navíos, y nombrando capitan mayor de ellos á Diego Hurtado, se hicieron á la

vela, y partiendo del puerto de Acapulco arribaron al de Santiago de Buena Esperanza, donde tomaron mas gente y provisiones. Desde allí continuaron su derrota por la costa del Poniente, llegaron al puerto de Jalisco, con objeto de hacer aguada, pasaron adelante doscientas leguas, hasta que amotinada la gente uno de los navíos se volvió á Nueva-España, y con el otro siguió el viaje, pasando mucho tiempo sin que de él se tuviese noticia alguna. Por desgracia el navío disidente no pudo arribar de regreso á Jalisco, como intentaba, y surgiendo en la Bahía de Banderas se perdió, pereciendo su gente á manos de los indios que estaban sublevados. Solos dos pudieron escapar de aquella catástrofe, para ser portadores de la fatal noticia. Tan pronto como la recibió el marqués del Valle se trasladó á la villa de Tecoantepeque, situada á ciento veinte leguas de Méjico, en el mar del Sur, y labrando allí dos buenos navíos, proveyólos de cuanto era menester; nombró por capitan de ellos á Diego Becerra de Mendoza, natural de Mérida, y por piloto mayor al vizcaino Fortun Jimenez, quienes tomaron posesion de sus respectivos cargos en el navío que denominado la Concepcion era la Capitana. El mando del otro, llamado San Lázaro, fué conferido á Hernando de Grijalva, y por piloto iba el portugués Martin de Acosta. Trece meses habia tardado el gefe de la empresa en la construccion de ambas naves. Despachólas luego, con instrucciones de las derrotas que habian de seguir, siendo su intento conocer perfectamente aquella costa de Poniente, asi como sus islas comarcanas, saber en fin de Diego Hurtado, y socorrerle si por desgracia se encontraba en un conflicto.

Del puerto de Santiago salieron los dos navíos en 30 de octubre de 1533, y navegando todo el dia con mucho Norte y recia mar, no pudieron tender mas vela que el papahigo ó vela mayor, sin tener boneta, y el trinquete. Ibase delante la Capitana sin poderla alcanzar el San Lázaro, que á media noche la perdió de vista para no volver á verla, y en este trance corrió con el trinquete la vía del Sur, yendo inútilmente en demanda de la apartada nave.

Abonanzó el tiempo en 2 de noviembre, tomaron tierra los del San Lázaro y se encontraron en cerca de 14°; corrieron todo el dia aquella derrota, y por la noche se echaron al reparo en la vuelta del Oeste, juzgando que si la Capitana quedaba atrás los alcanzaría al siguiente dia por la mañana. Perdidas ya las esperanzas de esto, acordaron seguir nueva derrota conforme á las instrucciones que llevaban, en vuelta del O. cuarta del N-O., y el 19 tomaron el sol y se hallaron en los 16°. Entonces determinaron tomar la otra derrota en vuelta del N-N-E. y con diferentes rumbos, á causa de la variacion del viento, á los cuatro dias de camino tomaron la altura el 23, y hallándose en 17° y medio viraron la vuelta del E. y estuvieron en 16°. Ocho dias hacia ya que habian acortado la racion de agua, usando de la del mar para aderezar la comida, cuando acordaron virar al bordo de tierra, proponiéndose hacer aguada, y en 18 de diciembre se encontraron en los 20° y medio. El dia 20 vieron una isla por la

proa y fueron en su demanda sin poder tomarla; rompióse al amanecer del 24 el mástil por debajo del calcés braza y media, y de repente vinieron sobre cubierta la entena, la jarcia y las velas, todo lo cual metieron dentro, y con trinquete y mesana corrieron la vuelta de la isla. Eran las nueve del dia cuando la tomaron, yendo á surgir por la banda del Sur, enfrente de una alta sierra que se divisaba á un tiro de escopeta de la orilla, y saltando en tierra cinco hombres que fueron con la barca, entraron á reconocer la isla y buscar agua inútilmente. A consecuencia envió Grijalba dos hombres á descubrir y examinar el aspecto del pais desde una cumbre, y él tambien saltó en tierra. Volvieron los dos esploradores noticiando que la espesura de los bosques no permitía formar una idea de aquella tierra, bien que habian visto diferentes aves, oido bramidos de varios animales, y encontrado algunos arbustos, entre estos muchos mirtos de que llevaban ramos. No se detuvo el capitan del San Lázaro en tomar posesion formal de la isla por la Corona de Castilla, plantando ademas una cruz con un escrito en pergamino, y dando á aquella tierra el nombre de Santo Tomás, en cuyo dia la descubrieron.

Mientras esto pasaba ocupóse la gente del navío en reparar el mástil, y Hernando de Grijalba, despues de hacer un ligero reconocimiento de la isla, donde no halló mas agua que la pluvial en algunos charcos entre peñas, tan escasa que apenas se pudo llenar diez barriles, trató de continuar su viaje, habiendo observado que la isla, situada á los 20° y un tercio, bajaba toda ella unas veinte y cinco leguas, distando veinte y cinco de Tierra-Firme; y aunque abundaba su orilla en pulpos y algunos otros pescados, y el suelo en pájaros bobos, presentaba tan mal aspecto que no convidaba ni á permanecer en ella ni á volver á verla. En 28 de diciembre se hizo el navío á la vela con viento N., corrió la vuelta del E-N-E.: el dia 6 de enero de 1534 vieron nuestros navegantes la tierra de Nueva-España en los mismos 20°, y el 7 fueron á surgir á tres ó cuatro leguas de Ciguatlan, en una isla desviada un tiro de ballesta de Tierra-Firme. Saltaron en tierra el 8 para ver si se podia tomar lengua y agua; pero á causa de la mucha mar y el temor á los indios se volvió á navegar, faltó el viento, y con gran trabajo arribó el San Lázaro al puerto de Juclutan, que está á los 20° y tercio al E. y á seis leguas de Ciguatlan. De este puerto salieron en 16 de febrero, fueron á dar en la costa de E-O., y poniéndose luego N-S. arribaron al de Acapulco. Aderezado aquí el navío, mandó el marqués del Valle que saliese corriendo cien leguas al S. E., y luego, siguiendo las instrucciones, volviesen á dar en Tecoantepec, para saber el secreto de aquella mar. Emprendida otra vez la navegacion del San Lázaro, tuvo aviso el Marqués, por un batel que habia llegado á la gobernacion de Nuño de Guzman con dos marineros, que á pocos dias de viaje de la Capitana, el piloto mayor Fortun Jimenez y los marineros habian dado muerte al capitan Diego Becerra, aprovechando la ocasion de estar durmiendo, y herido algunos de sus compañe-

ros: que habian arribado á la provincia de Motin, y echando á tierra los heridos y dos frailes franciscanos, despues de hacer aguada volvieron á navegar.

En tanto se afanaba el Marqués en construir buenas naves y abastecerlas, con el fin de proseguir sus descubrimientos, averiguar el paradero del navío Concepcion, y del de Grijalba que compareció en aquellos dias. Poco despues tuvo noticia de que la Capitana que mandaba Diego Becerra habia aportado á la gobernacion de Nuño de Guzman con cuatro hombres, quienes declararon que habiendo salido á tierra hasta veinte y dos personas todas ellas murieron á manos de los indios; que habian hallado mucha muestra de perlas, que Nuño de Guzman se habia apoderado del navío con cuanto en él habia, y quería enviarle á la tierra que el mismo buque descubrió, la cual era la bahía de Santa Cruz. De esta arbitrariedad se quejó el Marqués á la Audiencia de Méjico, y demandando justicia reclamó no solamente la restitucion del navío usurpado con todo lo que tenia, sino tambien la entrega de los asesinos de Becerra de quienes era encubridor Nuño de Guzman. La Audiencia, mas contemporizante ó parcial que justiciera, desatendió la querella, alegando que el acusado estaba en posesion de una gobernacion esclusiva; y el agraviado, resentido y desesperanzado de alcanzar satisfaccion por la vía de justicia, determinó hacer gente y marcharse en persona á obtener lo que pidió tan legalmente. Al intento, entrado ya el año 1535, despachó el marqués del Valle tres navíos que tenia armados, y él emprendió su viaje por tierra, encaminándose á Nueva Galicia, bien acompañado de infantes y ginetes, bien provistos de armas. El espanto que la noticia de esta espedicion causó en el ánimo de Nuño de Guzman, fué tanto que en su aturdimiento no atinaba á prepararse cual debia á la defensa.

Arribó el Marqués sin contratiempo al punto donde se hallaba su navío, y le halló dado al través y robado, calculándose la pérdida en mas de veinte mil ducados, suma muy considerable si se compara aquella época con la presente. El agraviado Marqués se embarcó allí con toda la gente de ambas armas que pudo caber en los tres navíos, y dejando lo restante en tierra al mando de Andrés de Tapia, navegó en demanda de la tierra donde fueron muertos Fortun Jimenez y sus compañeros, hasta llegar á unas altas sierras que denominó de San Felipe, y de allí á una isla distante tres leguas, la cual llamó de Santiago; en 3 de mayo entró en la bahía donde ocurrió aquella catástrofe, y en conmemoracion del dia de su arribo la apellidó de Santa Cruz.

Constituye aquella bahía un buen puerto al abrigo de todos los vientos, y está situada á los 23° y medio del polo ártico. Desde ella envió el General español por mas gente y caballería, pero al atravesar la bahía les cogió una tempestad que los desordenó, y yendo por el ancon arriba hasta los dos rios de San Pedro y San Pablo, al cabo de algunos dias volvieron á su derrota, tan desconcertados y perdidos que solo volvió el menor de los navíos á donde habia quedado el Marqués, quien vista la tardanza de los otros dos se determinó á

entrar en el que habia parecido. Embarcándose con sesenta hombres, y llevando una porcion de hierro, una fragua, y varios materiales y herramientas para labrar un navío, hizo travesía en cincuenta leguas de la costa de Nueva-España, hasta que una mañana se halló metido en unos arrecifes y bajos. No sabiendo cómo salvarse de aquel conflicto, se anduvo con la sonda buscando salida, se arrimaron á tierra, y por un ancon á manera de puerto vieron surto en él un navío á distancia de dos leguas; mas al querer aproximarse á él, no fué posible, porque el mar rompia por todas partes sobre los bajos. Al ver los del navío surto el del Marqués salieron á su encuentro en un batel, y el piloto que en él iba pasó á bordo de la nave en que el general se hallaba, para guiarla por el canal; pero intentando pasar por encima de la rebentazon de los bajos encalló, quedando como clavado en uno de ellos, á mas de dos leguas de tierra. Quiso la suerte que dos grandes golpes de mar echasen á nuestros navegantes al canal, abierto ya el navío. Fueron desaguándolo con la bomba y las calderas hasta llegar al otro buque: saltando en tierra descargaron lo que iba en él, y con los cabestrantes de ambas naves sacaron fuera la del Marqués, hicieron carbon, asentaron la fragua, y trabajando sin descanso dia y noche aderezaron el navío y se volvió á botar al agua. El que hallaron surto era uno de los dos del Marqués, se habia provisto bien mediante compras en San Miguel de la provincia de Culuacán, donde habia estado, á distancia de diez y ocho leguas del puerto de Guayabal, en que el Marqués se hallaba. Segun declaracion del piloto, el otro navío se habia pasado á Jalisco, donde cargó de maiz y otros víveres, y queriendo dar la vuelta hácia el punto de su partida le cogió un temporal que le rompió los mástiles; volvió entonces á tierra, sin velas, y dando por último al través, la gente se fué á Méjico. Añadió el declarante que esto fué tambien su intencion, despues de haber justificado en debida forma que su buque no estaba ya para navegar.

Del reconocimiento que se hizo de aquel navío resultó que no se hallaba en tal mal estado como se suponia, y así es que reparado y provisto en cuanto era allí posible, dispuso el Marqués que ambas naves se hiciesen á la mar fuera de aquellos arrecifes; mas por desgracia al salir el navío tocó con la patilla, rompiéronse todos los hierros del gobernalle, quedando sin ninguno, y con el batel pudieron recojerle. Vueltos por esta causa á tierra hicieron carbon, asentaron otra vez la fragua, y repusieron los hierros. En tanto pasaron la carga del otro buque al navío, y embarcándose el Marqués en él hízose á la vela para donde habia dejado la gente. Otro fracaso vino á poner en grande afliccion á nuestros desgraciados aventureros. Sucedió que al segundo dia de navegacion, con tiempo próspero, yendo la entena de mesana con la vela cojida en ella, alta, y dado el chafardete en la cardilla, el piloto se echó á dormir al pié del mástil de la mesana, y quebrándose la haustaga cayó la entena, dió en la cabeza al piloto, y en el acto quedó muerto. No habiendo otro que le supliese dirigió el marqués

del Valle la navegacion por sí mismo, hasta llegar al punto á donde iba; pero cuando creia entrar en el surgidero un fuerte temporal de N-O. le cogió por la proa, y alejándole de la bahia de Santa Cruz corrió por la costa al S. E. Llevando casi el costado en tierra, y echando la sonda donde habia un placel de arena á la punta, halló fondo, y dejando caer una áncora con una huste de dos cables, surgió cerca de unos pozos y mandó hacer agua, de la cual se llenaron ocho pipas.

Cesó el N-O., continuóse la navegacion, y volviendo sobre la isla de Santiago quiso el Marqués salir por de fuera. Iba así en bonanza cuando hé que el navío encalló en unas peñas, de modo que se vió cercado de ellas. Para salvarse de tan inminente peligro echaron el batel al agua, y con un ancla por la popa salieron y tornaron á hacer vela entre la isla y tierra firme. Casi á la vista de la Santa Cruz calmó el viento y la azarosa nave surgió en un placel bajo, de seis brazas: acto forzoso cuanto sensible, pues con media hora mas que durase el tiempo el navío doblára una punta donde la gente que habia dejado en tierra le viera. Sin embargo, al cabo de una hora mostróse el cielo mas propicio: el navío dobló la punta, la indicada gente le vió, y al columbrarle prorumpió en demostraciones de inefable júbilo, pues del hambre eran ya víctimas cinco, y los demás se hallaban tan estenuados que no podian salir á pescar mariscos, ni buscar yerbas y frutas silvestres, en que consistía su único alimento. No sin gran trabajo, á causa de una calma y de la baja marea, pudo arribar el marqués del Valle al puerto, donde socorrió á su hambrienta gente, disponiendo que atendido su lamentable estado les fuese suministrada la racion con prudente tasa, de modo que pudiesen resistir el alimento sus débiles estómagos. A pesar de esta precaucion murieron cuatro individuos en dos dias.

Viendo el ilustre espedicionario que no parecian ni el navío que en el puerto de Guayabal habia quedado, ni los otros que despachó en su busca y socorro, acordó volver á Nueva-España dejando la gente bajo el mando de Francisco de Ulloa, á quien ordenó que trabajase por saber lo que habia en la comarca, bien que sin desamparar el puerto, hasta que recibiese naves y gente para pasar adelante. A punto de hacerse el Marqués á la vela, vieron asomar por la bahía un buque, y aguardando su llegada resultó que era uno de los suyos, el cual iba en busca del gefe de la Armada. La satisfaccion que tan feliz suceso produjo en el ánimo de la afligida gente, fué mucho mayor con la noticia de que en pos de la nave consoladora venian dos navíos grandes, bien provistos de armas, municiones y gente. Quince dias transcurrieron sin que los buques anunciados parecieran. Ocurrióle al Marqués que no podia dejar de encontrarlos en su viaje, y asi es que sin aguardar mas tiempo le emprendió costeando la provincia de Jalisco. En una noche muy oscura divisaron un bulto en el mar; imaginándose que era una peña dieron voces los de proa, y al sobresalto sucedió el contento sabiendo que era el navío Santo Tomás, que en Guayabal habia quedado, de lo

cual se enteraron cuando á las voces despertaron y con otras respondieron los de la nave surta. Levaron estos el ancla, fueron al encuentro del Marqués, y navegaron juntos los tres buques hasta el puerto de Jalisco, donde estaba al través el otro navío de los que el mismo Cortés habia llevado. Hallóle cargado con todos los bastimentos, pero tan podridos que la fetidez no permitía que nadie se acercase. A pesar de eso se atrevió el Marqués á entrar en él, hizo que lo reconociesen por de fuera, y hallándole sano metió gente é hizo que le varasen. Cosa notable fué que cuantos en él entraron á sacar las provisiones se les hinchó la cara y los ojos, de manera que no veían.

Reconocido el navío se vió que no hacia agua, por lo cual, valdeado y hechos los reparos convenientes, fué sacado fuera á lo hondo, poniéndole entre dos naves, libre del atolladero de arena en que se hallaba. Hecho esto, y no dudándose que estaba sano, fué el Marqués con gente á un monte que habia cercano, hizo cortar árboles para mástiles y entenas, y con jarcia y velas de las que llevaba sobrantes en los otros navíos, le enjarció y aderezó, metió gente en él, y con los cuatro buques navegó hasta el puerto de Santiago de Buena-Esperanza, provincia de Coliman, donde encontró Atarazanas con bastimentos, que un encargado suyo habia preparado en aquel punto, para hacerle envíos. En el acto de embarcarse el Marqués para Acapulco, donde pensaba dejar los navíos para repararlos, abastecerlos y enviarlos á la gente que en la bahía de Santa Cruz habia dejado, se aparecieron á la boca del puerto los dos que iban en su busca, bien artillados, provistos de gente, armas y bastimentos, y cargados de abundantes víveres. A seis llegó pues el número de los navíos; con ellos hizo vela para Acapulco, y sabedor de la llegada del Marqués el virey de Nueva-España, don Antonio Mendoza, le envió un mensagero con el traslado de una carta de Francisco Pizarro, en que desde el Perú hacia saber á los Gobernadores españoles comarcanos *que estaba sitiado por los indígenas, en la ciudad de los Reyes, y que hacia mucho tiempo que su hermano Hernando Pizarro no parecia, y él estaba en tanto aprieto que si no le socorrian no podia dejar de perderse*. Era el Marqués amigo de Pizarro, y tanto por esto, como el deber que tenia de socorrerle, despachó luego dos navíos al mando de Hernando de Grijalba, con buena gente y bien armada, diez y siete caballos y otros muchos efectos; socorro que felizmente llegó al Perú cuando la ciudad de los Reyes se hallada ya libre del sitio que la estrechaba.

Suspendamos la relacion histórica de la Armada del marqués del Valle para continuarla mas adelante, hasta su terminacion, y ocupémonos oportunamente de la empresa marítima de Simon de Alcazoba, caballero portugués, gran cosmógrafo en aquellos tiempos, hábil marino, y que en el año 1534 hacia muchos que estaba al servicio de la Corona de Castilla.

Mediante capitulaciones con el Emperador Cárlos V, Rey de España, se comprometió Alcazoba á descubrir y poblar doscientas leguas de tierra por la costa de

Perú adelante, desde donde acabase la gobernacion del Adelantado don Diego de Almagro, llamada la Nueva Toledo. Obtenidos los competentes despachos fué á Sevilla, fletó dos buenas naos, y bien provistas de vituallas y municiones, con doscientos cincuenta hombres de mar y tierra y muchos artículos ó géneros de cambio ó tráfico, salió del puerto de San Lúcar á 21 de setiembre del año 1534; tocó en la isla de la Gomera, partió de allí en 8 de octubre, y prosiguió el viaje hasta el Estrecho de Magallanes, no reconociendo tierra sino en el cabo de Abre-ojo y el rio de Gallegos, á veinte y cinco leguas del mismo Estrecho, á donde llegó en 16 de enero de 1535. El temor que Alcazoba tenia de llegar en mala estacion al peligroso paso del uno al otro mar, fué causa de que no se detuviese en hacer aguada durante su larguísima navegacion, en que la gente padeció no pocos trabajos, estando cincuenta dias sin beber agua, de modo que hasta los perros y gatos que iban á bordo bebian vino puro. Antes de su arribo al Estrecho se perdió de la conserva la nao llamada San Pedro, y fué á parar al puerto llamado del Arrecife de los Leones; en el de Lobos tomó agua, y llegó al Estrecho cuando la Capitana queria entrar en él, y seguir sin el San Pedro el viaje.

En la entrada, á mano derecha, hallaron plantada una cruz muy alta, con una inscripcion poco legible, borrada ya en parte por la intemperie, bien que daba indicios de que su fecha correspondia al descubrimiento y paso por allí del muy célebre Magallanes; y en un rio contiguo una nao perdida, con sus mástiles sobre unos maderos, todo lo cual juzgaron que era de la Armada del Comendador Loaisa. En aquel mismo punto aparecieron unos veinte salvajes que hicieron demostraciones de júbilo al ver á los castellanos, quienes fueron por el Estrecho adelante, y sin dejar la derecha descubrieron un cabo muy estenso. Pasado este prosiguieron su derrota, y cuanto mas adelantaban mas les parecia que la tierra se acercaba, hasta que descubriendo un boqueron angosto por él entraron, y se encontraron entre los dos cabos. Un terrible viento arrebatóles allí la mitad de las velas, siendo tal la violencia que parecia levantar las naos en el aire, viéndose la San Pedro muy á punto de ir á pique. Perdió un áncora y un ayuste, y aunque las naos retrocedieron pasaron otro dia aquella angostura y hallaron mas ancho mar, yendo siempre delante la Capitana. Llegaron por fin á dos islas que se llaman de los Pajares, situadas en medio del Estrecho, á veinte y cinco y treinta leguas, y delante de ellas surgieron. Apenas habian enviado á tierra la chalupa con cuatro individuos se levantó un viento S-O. tan violento, que por estar las naos muy descubiertas hubieron de levar áncoras y volver atrás cuatro leguas, á repararse del temporal. A breve rato llegó la chalupa cargada de aves muertas á palos en las islas. Nuestros navegantes hallaron cuadrillas de indios, ocupados en cazar aves con redes hechas de nervios de venados: proveyéronse en aquel puerto, dondé se recobraron de los muchos quebrantos que acababan de pasar durante veinte y cinco dias, y juntándose los oficia-

les, por sí y en nombre de otras personas principales, en union con Rodriguez Martinez, capitan de la otra nao, requirieron á Simon de Alcazoba que se saliese del Estrecho y fuese á invernar en Puerto de Lobos, afirmando Martinez que era el mas á propósito, que en él podian abastecerse de carne de lobos marinos y de pescado, y que la tierra era buena. Tantos fueron los requerimientos, y en tal manera, que Alcazoba hubo de acceder, y volviendo á salir del Estrecho dejó puesta otra cruz sobre la grande que encontraron.

Bueno y seguro era en efecto el Puerto de Leones ó de Lobos. Llegados á él nuestros navegantes amarraron bien las naves, la gente saltó en tierra, armó tiendas, hizo chozas, y todos á una voz clamaron que querian entrar á descubrir. El marino portugués teniéndolo á bien mandó apercibir armas y escaulpiles de lienzo y algodon, preservativos contra las flechas de los salvajes, y nombrando cuatro capitanes que lo fueron Rodrigo Martinez, Juan Arias, Gaspar de Sotelo y Gaspar de Avilés, á cada uno les dió á mandar cincuenta hombres y para su guarda escogió él veinte y cinco, capitaneados por Juan de Mori: siendo de notar que entre todos aquellos guerreros no tenian mas de cincuenta arcabuces y setenta ballestas. Al emprender la jornada se celebró misa, hízose la bendicion de banderas, capitanes y subalternos juraron fidelidad al Rey y en su nombre lealtad á Simon de Alcazoba, y acto contínuo partieron todos con el gefe de la espedicion, llevando cuatro versos, las municiones correspondientes, y cada individuo veinte libras de galleta en una gran mochila. Así anduvieron catorce leguas, hasta que fatigado Alcazoba, á causa de su avanzada edad, de estar algo doliente, y ser áspero el pais, en junta de capitanes se acordó que el General volviese á las naves con la gente débil, y que al partir eligiese en su lugar un teniente, cuyo nombramiento recayó en don Rodrigo de Isla, persona honrada y bien quista entre la gente. Abrazando á todos y sollozando de pesar al apartarse de ellos, se volvió Alcazoba á la Armada, acompañado de Rodrigo Martinez, del capitan de la nao San Pedro, de Juan de Echearcaguana y cuantos no pudieron seguir el viaje.

Empezaron al mismo tiempo su marcha los capitanes llevando consigo al piloto del San Pedro que les guiaba haciendo uso de la brújula, el astrolabio y la carta de marear, como si navegáran, caminando siempre al N. E., y al O. á veces. Grandes trabajos pasaron en veinte y cinco leguas que sin un dia de descanso anduvieron, desde que se apartaron de su General, sufriendo el tormento de la sed, pues apenas encontraron que beber hasta que llegaron á un rio que corría entre dos sierras, cuyo raudal les recordó gratamente el Guadalquivir, y así le apellidaron. Opinaba el piloto que el nuevo Betis iba á dar á la bahía. Era hondo, impetuoso y algo angosto. En sus márgenes, de donde huyeron los salvajes, se apoderaron los viajeros de tres indianas y un indio anciano, gente bárbara, que se mantenia de cierto grano desconocido, machacado con piedras, y alguna carne de oveja, de las muchas bravías que andaban errantes por aque-

lla tierra. Determinados nuestros aventureros á pasar el rio hicieron almadías de árboles, y llevando por guias á las tres cautivas, pasaron una asperísima y alta sierra, y fueron á dar en otro rio que corría rápido entre peñas; y de allí, volviendo á caminar entre sierras, sin encontrar agua, otra vez fueron á parar al mismo rio, efecto de sus muchas revueltas. En aquel sitio pescaron muchos y muy buenos peces semejantes á salmones. En esto sucedió que se habia consumido la galleta: todos trataban de volver atrás, estando tan resueltos á no pasar de allí, que no bastára para hacerles desistir, ni las reflexiones del teniente Rodrigo de Isla, ofreciendo á su consideracion el riesgo de morir de hambre, desandando las noventa leguas de distancia hasta el punto donde quedaron las naves, ni el recurso de poder mantenerse con pescado caminando rio arriba, ni la idea de la gloria y las recompensas que consigo trajera el descubrimiento de la tierra poblada, que, segun decian las tres indianas, se encontraría presto, añadiendo que sus habitantes llevaban adornos de oro en las orejas y en los brazos.

Acaso la multitud de los amotinados hubiera cedido al grito de la razon si cuerdamente le alzáran los capitanes en semejante trance, pero los mismos que de subordinacion debieran dar ejemplo eran del número de los sediciosos, haciendo así invencible la rebelion contra su gefe. La autoridad de éste fué desatendida y humillada: la sublevada gente dió la vuelta en busca de la Armada, y en la noche del segundo dia de camino fueron Juan Arias y Sotelo á la tienda de Rodrigo de Isla, y usaron con él de palabras desmedidas. Acudieron los oficiales subalternos con toda la gente armada, prendiéronle con el capitan Juan de Mori, y otros de quienes desconfiaban, y acto contínuo mandaron pregonar que iban á ocupar las naves, dar muerte á Simon de Alcazoba, declarándose en absoluta libertad, y que habian prendido á los referidos para evitar que diesen aviso. Así obraron, y luego prosiguieron todos la marcha, habiendo acordado que el capitan Sotelo con parte de la gente se adelantase á ocupar las naves y dar muerte á Simon de Alcazoba. No pudiendo andar el enviado con la diligencia que se deseaba, despacharon los sublevados á Echaud y Ortiz, quienes llegaron de noche, y estando de inteligencia con Rodrigo Martinez, capitan de la nao San Pedro, olvidados del juramento de lealtad que hicieron en España, y en Puerto de Lobos renovaron, invadieron la Capitana, á puñaladas dieron muerte alevosa á su general, al piloto y á tres mas, y echaron sus cadáveres al mar. Consecutivamente fueron llegando todos los rebeldes, habiendo dejado en el camino á Rodrigo de Isla y Juan de Mori, quienes por espacio de cuarenta dias se mantuvieron de raices, hasta que apretados del hambre se determinaron á ir á las naves. Amenazados allí de muerte hubieron de volverse, y al cabo de quince dias, cediendo al rigor de la necesidad, fueron una noche á hablar con un vizcaino amigo suyo, por cuya mediacion y la de otros que se mostraron compasivos, les fué concedida como una gracia singular que se acercáran á los buques sin entrar

en ninguno de ellos. Socorridos allí, y estando la Armada á punto de hacerse á la vela para ejercer la piratería, pues tal era la resolucion de los traidores, se les notificó que les dejarían la nave menor, bien que sin pilotos ni marineros, para que como pudieran se fuesen á donde quisieran. En tal estado suscitóse un altercado de rivalidad entre Arias y Sotelo, disputándose acaloradamente el mando, en tal manera que el primero echó fuera al segundo, y éste con sus amigos se retiró al San Pedro. No pasó desapercibida de los desgraciados Isla y Mori aquella escandalosa discordia, y así es que aprovechando la oportunidad que les ofrecia, hablaron al maestre Juan de Echearcaguana y algunos paisanos suyos, y lograron persuadirles de lo que mancillaban su honra, siendo cómplices de la traicion con que para siempre infamáran á sus hijos y descendientes, allende el baldon de la patria. La vergüenza asomó luego á los rostros, el grito de la conciencia resonó en aquellos corazones, y hasta ocho individuos empuñando las espadas y embrazando las rodelas alzaron la voz contra los traidores, y echaron del batel á los de la guardia; prendieron á Juan Arias y á los principales de la Capitana, llamaron al escribano Juan del Erena, y formaron autos declarando que levantaban bandera por el Rey, y que en su nombre tomaba la vara de la justicia Juan de Echearcaguana, para ejercerla contra los traidores; y luego, al grito de viva el Rey y la España, la artillería solemnizó el acto haciendo salva. Un hijo de Simon de Alcazoba que siendo muy jóven tuvo á gran ventura haber escapado de la muerte, y Rodrigo de Isla y Juan de Mori, pusieron la acusacion, y hecho y sustanciado brevemente el proceso el inflexible Echearcaguana hizo cortar la cabeza á los capitanes Arias y Sotelo, arrojar al mar los alféreces Caraza, Echauz, Ortiz y Rincon, con pesgas al cuello atadas, y ahorcar á Juan Gallego y un tal Halcon. Tres mas sentenciados á esta pena se evadieron internándose en tierra, y Rodrigo Martinez, el portugués Nuño Alvarez y Alejo García, quedaron desterrados en aquella remota, desierta y helada region del Nuevo-Mundo. Satisfecha así la vindicta pública, determinó el nuevo gefe de la Armada dar la vuelta para San Juan de Puerto-Rico ó la Española, y habiendo ido de conserva dos dias desapareció la Capitana por culpa suya, á causa de que por ser muy velera llevaba el farol el San Pedro, cuya gente dió al mismo tiempo muestras de amotinarse, quejosa de que su racion se reducia á dos onzas de galleta. La energía y prontitud del capitan fué tal en semejente trance, que con prender á algunos se acabó el motin. La escasez de víveres para hacer travesía hasta la Española obligó á dirigir las proas para el Brasil, y despues de haberse comido hasta los cueros de las entenas, á los cincuenta dias de navegacion arribaron á la hermosa bahía de Todos los Santos. Allí encontraron un portugués que, segun dijo, hacia veinte y cinco años vivía entre los indios, con ocho compañeros suyos, que en aquel punto se quedaron á consecuencia del naufragio de una armada portuguesa. Aquellos aventureros remediaron el hambre de nuestros navegantes, dándoles alguna yuca, batatas y raices.

Estando en el puerto brasileño pareció la chalupa de la Capitana, con diez y siete hombres, heridos muchos de ellos á flechazos. Por su declaracion se supo que la Capitana se habia perdido el dia 25 de julio de 1535, á veinte leguas de Bahía, en aquella misma costa; que de noche dió bote á tierra, la gente tuvo la dicha de escapar en los bateles y la chalupa, y que en los primeros ocho dias los indios les trataron bien, pero despues cogiéndolos descuidados los asesinaron, salvándose los diez y siete del degüello. Al punto despachó Juan de Mori la chalupa con el portugués, quien sabia la lengua del pais, con intento de que viese si podia recoger algunos de aquellos desdichados que por fortuna se hubiesen escondido, y en el sitio indicado encontró noventa y dos muertos y cuatro vivos. Estos malhadados espusieron que *la nao en que iban llevaba bastimento, y que no se habia acercado con buen propósito á la costa del Brasil.*

Con el socorro que los portugueses pudieron darle, hizo vela el San Pedro con direccion á la Isla Española, y en cuarenta dias llegó, habiendo padecido mucha hambre.

Tan pronto como aquella Audiencia tuvo noticia de la sedicion que causó la muerte de Alcazoba y otros, hizo prender á los fautores Diego Martinez de Velasco, Melchor de Aguilar y á doce mas, como cómplices, ya en aquellos homicidios y ya en el propósito de ser piratas. Todos ellos, creyendo salvarse del patíbulo, culparon al contador Juan de Mori, acusándole de usurpador de la justicia y de los asesinatos cometidos: ardid de que intentaban valerse aprovechándose de la circunstancia de haberse perdido el escribano y los procesos con la nao Capitana. Y aunque el presidente Saravia conoció bien la malicia y quisiera proceder contra todos los promovedores de la rebelion y sus cómplices, dando al mismo tiempo libertad al contador, á tan laudable intencion superó el favor del oidor Juan de Badillo y otros, cuyos parientes eran algunos de los reos. Hubo, pues, de contentarse con enviar al Rey la causa formada en la Española, á fin de que vista en el Supremo Consejo de Indias se proveyese lo que se juzgára mas conforme á justicia.

En grave falta incurriríamos si guardáramos silencio acerca de la navegacion que hizo Pedro de Cifuentes, en el tiempo que vamos recorriendo del siglo XVI. Salió nuestro navegante en abril de 1528 del puerto de Santo Domingo con una nao de que era maestre, llevando por piloto de ella á un tal Portugalete, para conducir artillería, y otros muchos y varios efectos á la isla Margarita. Siguiendo su viaje para el pueblo de Iguey, de aquella misma isla, á fin de tomar bastimentos, pasó adelante y tocó en Puerto-Rico, donde permaneció cinco dias. Continuando su derrota arribó á otro pueblo de la isla de Santa Cruz para hacer aguada, y allí salió contra la nao en dos grandes canoas una multitud de indios caribes y flecheros. El justo temor á las envenenadas armas obligó á Cifuentes á volver á la mar, y aunque perseguido dos leguas por los bárbaros, prosiguió su derrota con escasos vientos, y en cinco dias llegó á la isla de Piritú, treinta leguas á sotavento

de la costa de las Perlas. No pudiendo el piloto reconocer aquella isla, corrió la vuelta del Oeste costeando la Tierra-Firme, llegaron á la isla de Guayamacarán, y no encontrando agua, de que carecian, fueron á tomar el continente en un puerto habitado por indios guerreros. Metiéndose nuestros viajeros en un ancon, donde pasaron la noche, al amanecer salieron á hostilizarles los salvajes en once canoas, y acercándose á la nao pidieron hachas de corte. Un marinero genovés, llamado Bautista, cuyo apellido se ignora, sin detenerse á reflexionar, pensando que aquellos indios eran amigos, se atrevió á meterse en una canoa, y ellos se alargaron al punto, llevándosele cautivo y disparando flechas. Inútil fué que los pocos marineros de la nao les hicieran una descarga con los arcabuces que llevaban cargados de pedernales, bien que hirieron á dos de los alevosos bárbaros, y mataron uno que parecia su caudillo. Acelerando su fuga se echaron á nado muchos de ellos poseidos de miedo, y ya no se tuvo noticia de la suerte del marinero cautivo.

Desde allí fué Pedro de Cifuentes á un puerto despoblado, donde pudo hacer aguada, y atendiendo á que el piloto no se entendia ni daba razon de dónde se encontraban, acordó regresar á Santo Domingo, fueron á dar en la isla de arriba una de las de Juan de Ampues, y á poco de dar fondo se les fugó el piloto Portugalete. En este apuro acordaron los navegantes proseguir sin detencion su viaje á Santo Domingo, aventurándose sobremanera, por cuanto eran todos novicios en el arte náutica.

Confusos y medrosos estaban en medio del golfo, cuando á media noche les cogió un temporal, que les llevó entrambos mástiles con todas las velas echándolos al mar, y la nao se abrió en tal manera que hacia mucha agua. Corriendo á popa para donde los vientos y la mar les llevaban, al cabo de seis dias dieron de noche en el cabo de la Serrana, sin haber abonanzado el tiempo, y estando la combatida y maltratada nave haciéndose ya pedazos en un bajo, sin alcanzar á ver la isla, por ser muy chica, al fin la reconocieron por la blancura de la arena. Uno de los navegantes tuvo la ocurrencia de tomar un frasco de pólvora y un eslabon en la boca, se echó al mar, llegó nadando á la isla, y dejando en tierra lo que llevaba, volvió á la nao, y la encontró partida en cuatro pedazos y toda la gente recogida en uno. Apoderóse entonces de los cabos que halló de las amarras, atados unos con otros hizo una cuerda larga, y tomándola de uno de los estremos volvió á tierra. Asidos á la cuerda pudieron salvarse todos, pero con la creciente de la noche llevó la mar la nao, de suerte que cuando vino el dia no la vieron. De gran recurso fuera la pólvora y el eslabon si hubiesen tenido los náufragos un pedernal, mas faltándoles este para hacer lumbre hubieron de mantenerse cerca de dos meses con carne cruda, bebiendo sangre de lobos marinos y de cuervos de que abundaba aquella mala playa. Tan trabajosa vida en una isla estéril, les sugirió la idea de hacer una almadía con algunos maderos que la mar habia arrojado á la orilla, y atados con cuer-

das hechas de los cueros de los lobos marinos, en ella se metieron tres hombres, quedándose dos con un muchacho. Cuatro dias hacia que la informe barca habia partido, cuando un tal Moreno, malagueño, uno de los que se quedaron, viendo que no habia agua ni lumbre en la desierta isla, estando ya en el ardoroso agosto, poseido de desesperacion comenzó á comerse por los brazos, y tales y tantos fueron los bocados que se dió que murió como rabioso. Su miserable compañero viéndose desesperado, solo con el muchacho, empezó á discurrir el medio de sustentarse, y con huesos de tortuga empezó á escarbar en algunas partes; pero siendo poca la tierra, y en medio del golfo, el agua que descubria era tan salada como la del mar, por lo cual la bebia mezclada con sangre de lobos; efecto de que en todo aquel tiempo el cielo se mostró allí tan inclemente que no derramó la lluvia con que aquellos desventurados náufragos aplacáran la sed que les consumía. En tan horrible situacion permanecieron hasta que entrado octubre empezó á llover. Entonces pudieron refrigerarse, bebiendo agua con caracoles marinos, únicas vasijas que tenian; pero el líquido benéfico se consumió en breve, á causa de que la ardiente y sedienta arena al instante lo absorbia. Próximo ya el invierno, sin medio ni esperanza de proporcionarse fuego, el desvalido náufrago, viéndose condenado á perecer de frio y hambre, seguido de su débil y tierno compañero de desdicha fué á donde la nao se habia perdido, y zambulléndose á veces quiso la suerte que hallase un guijarro, que miró como un tesoro, y volviendo á tierra encendió lumbre. Asi creyeron restaurar la vida, y desde entonces cada noche hacian una hoguera, á fin de que viéndola cualquiera nave que pasára, llamára su atencion y acudiendo les salvase.

Sucedió venturosamente que hallándose otros dos hombres perdidos en otra isla distante de allí dos leguas, columbraron la llama y hácia ella fueron en una almadía. Cinco años hacia ya que aquellos náufragos pasaban en tal punto la vida mas penosa: acordaron todos juntos hacer una barca de maderos, yendo á nado á buscarlos, y para su obra hicieron fragua con fuelles de pellejos de lobos marinos, y una sierra con algun hierro que encontraron en la parte donde se perdió la nao. Hecha la barca, con velas tambien de cueros de lobos, en ella se dieron á la mar siendo su pensamiento ir á Jamaica: mas al emprender la navegacion ocurrió que el marinero compañero del muchacho se sobrecogió de temor al pensar en los riesgos del mar, por cuanto la barca, sin embrear, hecha de trozos de madera, sin mas reparo que estar untada con grasa de lobos, mezclada con polvo de carbon, estaba muy espuesta á quebrantarse y anegarse. Esto le indujo á volverse á tierra, como lo hizo, seguido de uno de los náufragos que vinieron de la otra isla, y el compañero de este y el muchacho, que en esta ocasion mostró mas valor y arrojo que los otros hombres, lejos de arredrarse y desistir se engolfaron en el mar sin que de ellos se haya vuelto á saber mas.

Los dos aventureros que á la isla se volvieron se dedicaron á construir barquillos de cuero, y corrieron con ellos todo aquel bajo, que tiene de largo doce leguas, sin mas fondo que el de una braza. Encuéntranse en aquellos bajos hasta diez y ocho islillas bañadas por el mar, escepto cinco, de modo que es muy necesario tener conocimiento de ellas para que no se pierdan las naves que se atrevan á surcar aquellas aguas.

Sobrellevando su desventura los dos Robinsones españoles, se mantenian de huevos de tortuga que encontraban en las islas comarcanas, y se vestían de pieles de lobos marinos. Ultimamente acordaron hacer dos torrejones de piedra, uno á la banda del Sur y otro á la del Norte, de diez y seis brazas de circuito y cuatro de alto, con su escalera, y acabada aquella admirable obra, hija del ingenio aguzado por la necesidad y el desamparo de dos náufragos, á los imperfectos cuanto útiles edificios que servian de atalayas, subíanse sus constructores á divisar, y hacer hogueras y humaredas, por si acaso pasaba alguna nave que del cautiverio los sacára. No satisfechos con esto, su industria se estendió á construir un estanque de veinte y dos brazas de pared, para cojer pescado. Semejantes obras eran tanto mas costosas, cuanto siendo toda la isla arenosa, veíanse forzados á sacar la piedra ó roca del mar. Además, para suplir la falta de sal, con que al sol curasen los huevos de tortuga, guardándolos para el sustento cuando por la estacion escaseasen, elaboraban aquella materia haciendo charcos de agua del mar, en los cuales echaban piedras que con el tiempo se cubrían de cristalizaciones salinas. El químico mas hábil y laborioso acaso no hubiera discurrido mas que aquellos desventurados en su estado lastimoso. Hasta la sed apagaron á veces con los huevos de tortuga, pues teniéndolos quince dias enterrados, la clara se volvia agua y era una bebida saludable. Cinco años hacia ya que sus dos compañeros se ausentaron, y ocho cuando á la Providencia le plugo socorrerlos.

Fué el caso que un dia, el 20 de setiembre, descubrieron una nao que iba á la vela; hicieron una grande ahumada desde un torrejon, y los navegantes la columbraron; el buque consolador amainó, los viajeros echaron el batel al agua, y el maestre, acompañado del escribano para dar testimonio de todo cuanto viera, saltó en tierra y recogió los dos náufragos. Lleváronlos á la Habana en el estado que los hallaron, y allí fueron objeto de admiracion, maravillándose las gentes al ver su rara vestidura, y al oir la relacion de sus trabajos. Declararon entre otras cosas que su mayor penalidad en la desierta isla era la incomodidad que les daban los cangrejos y caracoles marítimos, porque saliendo por la noche del agua plagaban la tierra y les privaban del sueño. Añadió el marinero Moreno que estuvo enfermo dos veces, ambas por agosto, y que él mismo se sangró con una espina de árbol.

Concluyamos este capítulo refiriendo la espedicion de Juan de Ampués á la tierra de Coro, que los indios llamaban Coriana. Autorizado como capitan de



C. Mugica dib.º y lit.º

Lit. de J. J. Martinez. Madrid

DOS HEROICOS NAUFRAGOS ESPAÑOLES

de la espedicion de Pedro Cifuentes, desde una isla desierta, hacen señales á una nave que acude á salvarlos.

armada por la Real Audiencia de Santo Domingo, salió de este puerto para aquella costa en el año 1529, en un navío, con sesenta hombres. Tuvo habilidad para hacerse amigo de un cacique poderoso, llamado Manausé, que señoreaba toda la comarca, en que habia gran número de indios, y de tal manera supo granjearse la voluntad de aquel caudillo, que pobló á Coro, en suelo de grato aspecto, bien que escaso de agua por su larga distancia de rios y fuentes. Animóse Ampués á poblar allí en una llanura, prendado de los recursos que creía encontrar en una tierra cercada de monte claro y árboles diversos, poblada de las mismas aves y otros animales que en las demas provincias de América, al paso que parecia saludable.

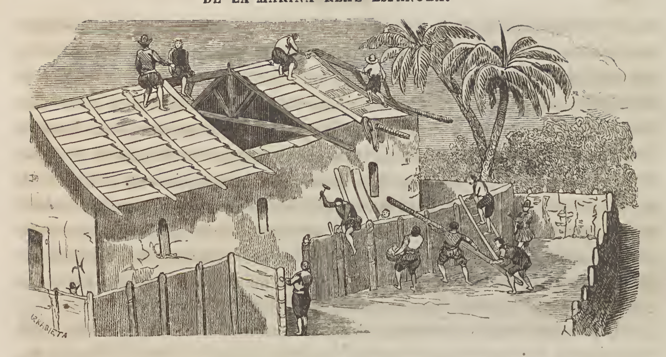
Importancia y valor daban á la ciudad de Coro dos puertos, uno á la parte del Norte y otro al del Oeste: el primero á una legua, que es la ensenada del Cabo de San Roman, siendo la mar apacible y baja de dos y tres brazas. En el otro puerto la mar es brava y hondable, teniendo á catorce leguas las islas de Caracao, Oruba y Bonaire: la primera baja quince leguas, las otras siete, abundantes todas en ganado.

Sucedió á poco tiempo del descubrimiento de aquella tierra, que yendo diez y ocho castellanos por las montañas, sentáronse á descansar en un tronco que les pareció una viga rolliza, muy parda, cubierta de yerba y hojas secas de árboles; mas al ponerse á almorzar comenzó la viga á menearse. Levantáronse nuestros aventureros espantados del caso, y poseidos de terror vieron que era una culebra de las llamadas boas ó bobas, cuya magnitud y voracidad es tal que suelen engullirse una res. Fácil es de comprender la prontitud y velocidad con que los diez y ocho castellanos huirían de aquel sitio para salvarse del peligro y recobrarse del gran susto.

El que corría Ampués, permaneciendo en la ciudad de que era fundador, atendida la poca gente que le acompañaba, con una sola nave, y enfrente de tríbus salvajes, indujo á la Audiencia de Santo Domingo á disponer que fuese allá mayor armada; pero mientras esto se preparaba apareció á la entrada del puerto principal de Coro Ambrosio Alfinger, digno representante de los Belzares alemanes, llevando en tres navíos cuatrocientos hombres y mas de ochenta caballos. Haciendo inmediatamente desembarco se apoderó por sorpresa de aquel punto, y Juan de Ampués se vió precisado á dejarle y marchar á otro, quedándole de su empresa únicamente las tres islas de Coracao, Oruba y Bonaire, cuya posesion se declaró despues transmisible á sus herederos. Desde luego se propuso Alfinger acrecentar la poblacion; pacificar las de la laguna de Maracaibo, que los castellanos denominaron de Nuestra Señora, reconocerla y descubrir lo mas recóndito de la comarca, para hallar y esplotar minas que saciáran su codicia. Al intento hizo algunas correrías con gran daño de la gente del pais y la suya; entró por la parte de Cupiare, fué al valle de Eupari, y sin considerar que era de la gobernacion de Santa Marta, atravesando el valle llegó hasta el Rio

Grande, destruyéndolo todo á su paso, y llevándose atados muchos indios de ambos sexos, cargados en tal manera que todos ellos quedaron muertos en los caminos. Haciendo los mismos estragos pasó por otros territorios, llegó hasta cerca de Tamalemeque, gran poblacion cuya entrada le impidieron los indígenas, se dirigió á otro punto del Rio Grande, y saliendo los indios á darle batalla perdió en ella algunos hombres. Esto le obligó á regresar al término de Tamalemeque, de donde fué rodeando por las sierras; volvió á dar en Rio Grande, y yendo á parar al de Lebrija, por cuyos contornos y revueltas anduvo cuanto pudo, en la imposibilidad de pasar adelante á causa de las muchas lagunas cruzó la sierra, malparado, aborrecido de los suyos, y herido gravemente de un flechazo por un indio, se retiró trabajosamente y murió en Coro.





CAPITULO IV.

Creacion de la Armada llamada de Averías, para perseguir á los corsarios franceses que interceptaban la navegacion en la carrera de Indias.—Apresamiento de un galeon corsario por dicha Armada.—Arribo á España de tres navíos procedentes de América.—Espedicion de don Pedro de Mendoza al Rio de la Plata, con una Armada compuesta de cinco navíos y cuatro bergantines.—Arriba á Cabo-Blanco y funda el pueblo llamado Nuestra Señora de Buenos Aires.—Hostilidad de aquellos indios, y desgracias acaecidas allí.—Encuentro de un castellano náufrago, quien les da gratas noticias de riqueza en el pais.—Envia Mendoza á Juan de Ayolas á descubrir en el Paraguay: peligros y desgracias en este viaje.—Llega Ayolas al pais de los Payaguaes, y se interna en él con alguna gente.—Despacha Mendoza á Salazar de Espinosa en busca de Ayolas; arriba el enviado al puerto de Buena Esperanza, y con otros españoles que allí habia, sin tener noticia de Ayolas, va al pais de los Caribes, donde construyen una casa fuerte.—Aquejados del hambre vuelven á Buena Esperanza, y de allí á Buenos Aires.—Viaje inútil de Martinez de Irala en busca tambien de Ayolas.—Determina Mendoza regresar á España, y encarga el mando de la espedicion á Francisco Ruiz.—Va este en busca de Ayolas con seis naves; vuelve al pais de los Tumbues y á Buenos Aires, dejando en aquel pais alguna gente que se ve hostilizada de los naturales.—Muere Mendoza navegando para España, de donde van dos navíos al mando de Alonso de Cabrera en socorro de los de Buenos Aires.—Competencia sobre el mando entre Ruiz y Cabrera: arriban á la Asuncion, donde Irala toma el mando de la espedicion.—Escursion infructuosa en busca de Ayolas: sábese que este habia perecido con los suyos á manos de los salvajes, y se retira Irala con los espedicionarlos á la Asuncion, y de allí por último á Buenos Aires.—Espedicion de Hernando de Alarcon con dos naos desde Acapulco, á procurar nuevos descubrimientos, dirigiéndose al puerto de Aguayabal.—Llega á la embocadura de un rio; desembarca la gente, hostilízanla los indígenas, y hace paces con ellos.—Navega Alarcon rio arriba.—Usos y costumbres de aquellos indios.—Arriban Alarcon y su gente hasta cerca de Cíbola, donde tienen noticia de haber dado muerte los salvajes al negro Esteban Dorantes.—Historia de este.—Retrocede Alarcon, volviendo á donde habia dejado las naves.—Vuelve á navegar rio arriba, en busca de Francisco Vazquez Cornado, de cuya espedicion á Cíbola tenia noticia; sube hasta mas arriba que en la primera navegacion, y no logrando su objeto vuelve otra vez á donde tenia las dos naos, y por último regresa á Nueva-España.

Los descubrimientos, las conquistas y la posesion de ricos paises por la marina y las armas españolas en el Nuevo-Mundo, absorbian en el siglo XVI la admiracion y escitaban la envidia y los celos de las naciones europeas, asombradas del arrojo, el valor y el heroismo con que la española acometía tan inauditas empresas. Mientras esto pasaba se encendió entre el Emperador Cár-

los V y Francisco I la obstinada guerra que habia de señalarse con las dos grandes batallas de Pavía y San Quintin, sumamente gloriosas para la España, y que terminára con la paz general en 1559. En aquella celebérrima pugna de soberano á soberano, el de Francia, no perdonando medio alguno para hostilizar á su poderoso rival, hizo estraordinarios esfuerzos para impedir nuestras comunicaciones entre la Península y nuestras nuevas posesiones de América. Era natural que el Emperador y Rey se esforzára en contrarestrar el intento de su competidor, y al efecto dispuso en 1527 que se armasen navíos destinados á la persecucion de los corsarios franceses, por cuanto eran muchos los que andaban no solamente por las costas de España en ambos mares, sino tambien engolfándose en el Atlántico, en tal manera que no se podia navegar con seguridad, pues interceptaban con frecuencia la carrera de Indias.

Las disposiciones conducentes á evitar este mal se aumentaron en 1528, mandándose de nuevo que en vez de buques sueltos se juntase armada que cruzando los mares se dedicára á la caza y destruccion de aquellos bandidos marítimos. Hallábanse á la sazon en las Azores tres navíos que no osaban salir de ellas para venir á España, ni de los puertos de esta otros buques que debian ir á América. Estos y otros incidentes semejantes aceleraron el armamento acordado, para el cual, mediante convenio acordado con la Casa de Contratacion de Sevilla, en razon de quebrantos y pérdidas, dándose por esto el nombre de *Armada de Averías* á la que se creaba, se estableció el impuesto del 21 por 100 sobre el oro, perlas, azúcar, cueros, y todas las demás mercaderías que viniesen de las Indias, de Canarias, las Azores, la Madera y Berbería. Acerca de esto se hizo el mismo contrato que en otras ocasiones en que se habia armado, estipulando que las cuentas del gasto se diesen en Sevilla á costa de las averías, y no de los diputados de la Armada.

Poco satisfecho el Monarca español con todo lo referido, mandó que se escribiese á los duques de Medinasidonia y Arcos, y á los marqueses de Tarifa y Ayamonte, para que auxiliasen la construccion de la armada, y para ella prestasen alguna artillería. Ocurría que el de Ayamonte habia armado algunas carabelas para el resguardo de las costas de su estado, y fundado en esto alegó que sus vasallos feudales no debian pagar el derecho de averías; pero fué desestimada su pretension, como lo fué tambien sobre igual execcion la de los mercaderes ingleses, quienes injustamente la fundaban en que eran amigos de los franceses, contra los cuales se armaba, y que Inglaterra no estaba ni á Levante ni á Poniente.

Capitan general de la Armada de Averías fué nombrado don Sancho de Herrera, soldado de acreditado valor y muy grande esperiencia; mas no queriendo aceptar un cargo en que al valor y la pericia militar debian agregarse los conocimientos y la práctica del marino, se confirió por último al Comendador Aguilera. Quiso este saber si podria acometer á los buques franceses que

se hallase en los puertos del reino de Portugal, y el Rey declaró y mandó que no se hiciese tal sin espresa licencia del Monarca portugués.

Salió la Armada de Sevilla en el citado año 1528, y á poco de haber emprendido su navegacion apresó un galeon corsario francés. Dispuso el general Aguilera que el capitan de aquel buque y los hombres de rescate se tuvieran á buen recaudo; los demas fueron destinados á las galeras, y el galeon y la presa, por mandato real, aplicados á gastos de la Armada. No faltaron réplicas acerca de esto por parte de los diputados de la Armada, pero el Rey respondió que en justa reciprocidad se hacia lo mismo que en iguales casos los franceses con respecto á los castellanos, sin atender á razones de equidad y justicia. Vuelto á armar el galeon francés salió con la armada en guarda ó custodia de una flota que á la sazon partió para Nueva-España, y en su viaje apresó una nave cargada de trigo que bajo la suposicion de ir á Galicia lo llevaba de Andalucía á Portugal. La presencia de la Armada de Averías en el Océano, y la noticia que se divulgó del apresamiento del galeon francés, bastó para que los corsarios reprimieran su audacia: renació la seguridad en la navegacion de nuestros buques en la carrera de Indias, y arribaron á Sevilla felizmente los tres navíos que procedentes de la Isla Española estaban detenidos en las Azores, con cargamento de cueros, azúcar, cañafístola, catorce mil pesos de oro del quinto perteneciente al Erario, y ciento cincuenta marcos de toda clase de perlas.

Desde que Sebastian Gaboto volvió del rio que se llamó de Solís y últimamente se ha denominado de la Plata, á nadie se habia enviado á que poblase aquellas hermosas provincias. Consideró el Monarca de Castilla que no convenía al interés de sus pueblos mirar con indiferencia aquel pais de que pudiera sacar gran provecho para la España, y habiéndose ofrecido á ir á ellas don Pedro de Mendoza, caballero de Guadix, gentilhombre de cámara del Emperador y Rey, se le confirió aquel gobierno, haciéndolo estensivo hasta llegar al mar del Sur. Obligóse el agraciado, si tal podia llamarse al que hacia grandes sacrificios á sus espensas para costear su muy árdua espedicion, á llevar mil hombres en dos viajes, con víveres para un año, y cien caballos y yeguas; mitad de aquella gente en el primer viaje y la restante en el segundo, todo dentro de dos años. Además se habia de proveer Mendoza de todas las armas necesarias, costeando en fin cuanto fuere preciso para descubrir todas las islas que en la estension de aquel rio se hallasen situadas en los límites de su gobernacion, sin que en tiempo alguno estuviese el Rey obligado á satisfacer cosa alguna por semejantes gastos. Fundábase tan onerosa condicion para Mendoza en que se le daba facultad régia, en representacion de la Corona, para entrar y señorearse en el Rio de la Plata, tener el gobierno de doscientas leguas de costa hácia el Estrecho de Magallanes, y conquistar y poblar las provincias que hubiere en dichas tierras, bien que asignándole un haber ó dotacion vitalicia de dos mil ducados al año, y dos mil de ayuda de costas, pagados de las rentas y utilidades

de aquella tierra. Confiriósele tambien el título de Adelantado de su gobernacion, en que habia de levantar tres fortalezas. De una de estas se le daba la tenencia de alcaide perpétuo, y la vara de alguacil mayor de la poblacion en que residiese, transmisible á sus herederos, quienes, al cabo de tres años de residencia del don Pedro Mendoza, adquirirían por muerte de este el derecho de acabar la poblacion y conquista que él hubiese dejado comenzada. Y aunque segun el derecho y leyes de España cuando se hacia prisionero algun príncipe ó señor en la guerra pertenecia al Rey, á Mendoza se le hizo gracia de tal rescate y de todo el tesoro que á semejante personaje aprendido perteneciera ó se le hallase, para que lo repartiese entre sí y entre los soldados; bien que reservando para la Real Cámara la sesta parte, deducido primero el quinto real, y que en caso de que el príncipe ó señor muriese en la batalla, de los tesoros que de él se hallasen se diese la mitad al Rey.

A tales pactos fueron consiguientes las instrucciones necesarias, previniendo y recomendando el Soberano particularmente al nombrado gobernador del distrito del Rio de la Plata, el buen tratamiento á los indios. A los pobladores se concedieron todas las franquicias y privilegios que de costumbre se otorgaban á cuantos iban á poblar á las Indias; y por último fué nombrado factor don Cárlos de Guevara, tesorero Rodrigo Villalobos, veedor Gutierre Laso de la Vega, y contador Juan de Cáceres.

Publicada la jornada, el nombre y calidad de su gefe, como tambien las nuevas que corrían por todo el mundo de la riqueza de las Indias, por las muestras que se veían y la fama que por su epíteto se daba al Rio de la Plata, tanta fué la gente que acudió á alistarse, que para evitar gastos de su manutencion convino acelerar cuanto era dable la partida. La Casa de Contratacion tuvo órdenes urgentes para que auxiliase en cuanto pudiera á don Pedro de Mendoza para el apresto de su Armada, y esta salió de la barra de San Lucar en agosto de 1535, componiéndose de cinco navíos y cuatro bergantines, con ochocientos hombres, todo gente muy lucida.

Con feliz navegacion llegó á la isla de San Gabriel, y surgiendo en ella, á la otra banda de la misma, hácia el Estrecho de Magallanes descubrió un riachuelo, y allí comenzó á fundar un pueblo que apellidó Nuestra Señora de Buenos Aires, en la tierra llamada Cabo Blanco, donde no habia sino indios caribes, los mas bárbaros y antropófagos. Desgraciadamente escaseaban ya los víveres á nuestros navegantes, por lo cual hubo de disponer Mendoza que la racion se limitase á seis onzas de galleta, y con esta, con cardos y otras yerbas se sustentaban trabajosamente. Esta penuria, agregada á las fatigas del contínuo y multiplicado servicio de guardias, centinelas y otras faenas, fué causa de que la gente comenzase á enflaquecer, enfermar y morir. Uno de los postrados en cama fué don Pedro de Mendoza. En tal estado ordenó á su hermano don Diego, que con un piquete de soldados saliese á buscar indios que proveyesen de

víveres al ejército, y nuestro esplorador dió con cierta gente de los que se llamaban Quirandies, hombres que habitan en casas ó viviendas portátiles, pasando sus dias errantes como los Alarabes. No fué mas pronto avistar aquellos salvajes á los españoles que hostilizarlos, siendo ellos en tanto número y tan pocos y débiles los invasores, que de poco ó nada sirvió la resistencia. Agiles, ligeros, robustos y valientes, los caribes trababan con admirable destreza los caballos, echándoles ciertos lazos que llevaban, y si nuestra gente no hubiera apelado con prontitud y prudencia á la fuga, infantes y ginetes hubieran encontrado su sepultura en aquel suelo. En él quedaron muertos Diego de Mendoza, Pedro de Benavides y cuatro mas, cuya pérdida consternó á todos los espedicionarios.

Vuelta á la Armada la vencida gente de aquella fatal jornada, que llenó de dolor y luto el corazon de don Pedro Mendoza por la muerte de su hermano, mandó el mismo gobernador que un caballero deudo suyo fuese con cuatro navíos á descubrir ciertas islas de que le habian dado noticia, asegurándole estar pobladas; mas tan largo fué el viaje por tener que ir de rio en rio buscando las citadas tierras, que las provisiones se consumían y hubieron de mantenerse los viajeros con la miserable racion diaria de tres onzas de galleta. Esto causó la muerte á una tercera parte de aquellos individuos, que eran mas de sesenta, y todos perecieran á no socorrerlos unos indios que en sus canoas les llevaron maiz, con lo cual se sustentaron hasta volver á Buenos Aires. Al arribar allí, en vez de verdadero consuelo, se encontraron con la aflictiva novedad de que en aquel punto ejercía tambien el hambre sus estragos, en términos que eran muchos los que morían, llegando el horroroso caso de devorar la hambrienta gente gran parte de los cadáveres de dos hombres que habian sido ajusticiados. En medio de tanta calamidad dispuso Mendoza que con tres navíos y noventa hombres en cada uno, fuese Juan de Ayolas á buscar víveres á donde pudiera hallarlos; pero tanto era el apuro en que se veían para proveer aquellas naves, que emprendieron el viaje con un barril de harina cada una, y forzados á desembarcar donde podian en aquellas tierras, encontraban solamente yerbas, culebras, lagartos, ratones y otras sabandijas que cazaban por los campos, y alimentándose con ellas no pocos enfermaron y murieron. A gran dicha tuvo Ayolas dar con una laguna donde halló algunos indios pescadores de la nacion de los Timbues y Carcares, quienes acudieron de paz, por lo cual mandó á los soldados que se sentáran sin soltar las armas, á fin de que los salvajes no conociesen la flaqueza de los invasores. Acogidos estos como amigos socorriéronles los indios con algun pescado y maiz, hospedándolos además en sus rústicas cabañas. Así pudo recoger el gefe de aquella espedicion gran porcion de víveres en cambio de varias cosas que los indios recibian gozosos, con lo cual se propuso dar la vuelta para Buenos-Aires, á donde felizmente aportó, bien que á causa del mal tiempo padeció grandes trabajos. Casualmente en aquel acto se apareció allí como por milagro

un castellano llamado Gonzalo Romero, el cual era de los que habian quedado cuando la espedicion de Sebastian Caboto, é interrogado con afan por Ayolas aseguró que en lo interior de aquella tierra habia grandes poblaciones y riqueza suma. Por tan gratas como inesperadas nuevas todos unánimes fueron de dictámen que se hiciese una escursion, y sacando fuerzas de flaqueza se determinaron á ponerse en camino.

En esto llegó don Pedro de Mendoza con su debilitada gente, aquejada mas y mas del hambre, en tal estremo que habian fallecido ya doscientos hombres, siendo preciso que indios y españoles trabajasen en buscar comida. Aun así parecia una fortuna que nuestros aventureros se fuesen acostumbrando ya á los alimentos del pais, tanto que los capitanes aconsejaron á su gefe que fundase otro pueblo, á cuatro leguas mas abajo del punto en donde se encontraban. Discordancia de pareceres hubo no obstante muy luego, pues los unos querian ir á descubrir la tierra por donde Gonzalo Romero aconsejaba, y otros por el Rio del Paraguay donde se hallaban. En medio de tanta confusion, el gobernador Mendoza, hallándose á la sazon gravemente enfermo, acordó bajar á Buenos Aires para volverse de allí á Castilla, y de paso se llevó los enfermos, dejando en aquel punto que llamaron de Buena Esperanza, por cabo de la gente al tesorero Alvarado, con órden de que Juan de Ayolas descubriese con tres bergantines el Paraguay. A poco tiempo de haber partido cada uno de los dos para su destino, fué tanta la penuria de Mendoza que hubo de volverse al punto de donde partió.

Iba Juan de Ayolas subiendo por el rio con indecibles trabajos, porque las canoas de indios que encontraba eran tan ligeras como pesados los bergantines, de modo que no pudiendo alcanzarlas le era imposible adquirir subsistencias. Con estas angustias, acrecentadas por furiosos temporales, subieron aquel famoso rio, en que perdieron uno de los tres buques, y no se salváran los dos restantes á no tener la buena suerte de tomar una laguna donde permanecieron hasta otro dia. Ventura fué tambien que se pudiese recoger la gente del bergantin perdido; mas por otra parte se opusieron los marineros á que sus mismos compañeros, á quienes habian salvado, entrasen en los dos buques, en la persuasion de que estos se perdieran tambien acumulando gente en ellos, á causa del temporal deshecho que reinaba. En tan duro trance dejó Ayolas aquella gente en una isla, hasta que él pudiera tomar tierra en alguna parte, lo cual logró á una jornada, y con su navío volvió á recoger los que forzosamente habia abandonado. Reunidos todos fueron de dictámen que unos marchasen por tierra y otros por el rio, mas fué tan trabajoso aquel viaje y con tantos peligros, padeciendo hambres, frios y lluvias, que no hay lengua que lo esplique. A pesar de esto llegaron hasta la boca del Paraguay, habiendo andado unas cuarenta leguas. Allí se convino atravesar el rio hasta la banda de Poniente: pasada parte de la gente volvieron por la otra, y desde allí continuaron unos por tierra y otros por la corriente: aquellos fueron caminando por lagunas y ciénagas, y los otros remando, con tanta fatiga y ta-

les angustias por la estremada falta de alimento, que todos hubieran perecido á no ser por la feliz casualidad de llegar los indios Ameguaes, que viven de la pesca, y que los socorrieron proveyéndoles de pescado, dándoles además canoas con que pudieran llevar la gente que siguiendo la orilla iba por tierra. Sin que por esto cesáran las tribulaciones, arribaron al pais de los indios Garioes, quienes en actitud pacífica, como gente labradora, atenta solo al cultivo y á la cria de animales, salieron al encuentro de nuestros viajeros, y haciendo cambios les abastecieron de maiz, batatas y aves. Con tan buen socorro pasaron adelante, y al cabo de unas cien leguas, al llegar á la tierra de los Payaguaes, fueron recibidos y tratados por estos indios lo mismo que por los otros. Haciendo alto allí descansaron unos dias, y reparada la gente determinó Juan de Ayolas internarse en el pais, con ciento y treinta soldados y algunos indios Payaguaes con que le auxilió el Cacique. Al mismo tiempo ordenó á Domingo de Irala que con cuarenta hombres y los bergantines le aguardase allí, partiendo solo en caso de que aquellos indios dejasen de mostrarse amigos, pues entonces, para proveerse de víveres, debia bajar hasta la tierra de los Caribes y regresar al mismo punto, á donde él acudiría. Dadas estas disposiciones se internó en el pais Juan de Ayolas. Esperábale con ansiedad muchos dias don Pedro de Mendoza en Buenos Aires, hasta que ya desconfiando de su vuelta determinó enviar en busca suya al capitan Juan Salazar de Espinosa, con los navíos y ochenta hombres. Esperanzados estos de mejorar su situacion, partieron gozosos con Espinosa, pero no fueron mas leves sus penalidades en aquella navegacion, hasta que por ventura arribaron donde se encontraba la gente que con los capitanes Alvarado y Vergara habian quedado en Buena Esperanza. Aquí esperimentaban menos privaciones que antes, por cuanto aquellos indios pescadores, familiarizados ya con los españoles, proveían á estos de buen grado, y nuestros mismos aventureros se habian dado tambien al ejercicio de la pesca, de la caza, y aun del cultivo.

Absorto quedó Vergara al oir la relacion que Salazar le hizo de la espedicion de Juan de Ayolas, sin acertar á seguir ó no al recien llegado con los dos navíos. En tanto descansaba la gente, se restablecia de sus quebrantos, reparaba las naves, y los capitanes deliberaban acerca de tomar ó no el consejo que Gonzalo Romero les habia dado. Adoptáronle por último, disponiéndose á partir en busca de la tierra anunciada, la cual consideraban como otra de promision: mas era el caso que don Pedro de Mendoza habia dejado á los de Buena Esperanza con órden de aguardar allí á Juan de Ayolas, y el capitan Salazar la llevaba de ir en busca suya. Estas razones hicieron que se desistiese de emprender la marcha, prefiriendo la subordinacion y la obediencia á las ventajas ó el comun provecho que su primera resolucion les produjera.

Tal era la situacion de los españoles en el puerto de Buena Esperanza, cuando entrado ya el 1537, para no permanecer ociosos, se propusieron ir hasta los Caribes, y construir allí una casa fuerte á fin de tener seguridad, y poder salir en busca de

comestibles, dejando un asilo á sus espaldas. Emprendida la jornada, al llegar al término de ella hubieron de vencer grandes dificultades, pues de una parte los bárbaros indígenas se oponian á que los invasores adquiriesen subsistencias, y de otra no les era fácil acarrear madera y otros materiales para levantar la proyectada fortaleza. Esto no obstante lograron construirla, y dejando en ella veinte y cinco soldados con alguna provision, determinaron tomar la vuelta para Buenos Aires, para informar á Francisco Ruiz de cuanto habian descubierto y les ocurría. Resistiendo el hambre que siempre les aquejaba, pudieron llegar á Buena Esperanza, se repararon alimentándose con pescado, única comida que allí habia, y arribaron por fin al punto de su destino: hicieron su relato, y Francisco Ruiz se determinó á salir sin demora en busca y socorro de Juan de Ayolas, con seis naves y doscientos hombres, comprendiendo en el número de estos los que se hallaban en Buena Esperanza.

Volvió Domingo Martinez de Irala por donde entró Ayolas, y le aguardó nueve meses, único tiempo que los bergantines podian mantenerse en el agua, estando la gente hambrienta. Aprovechó tan larga estancia en calafatear las naves, utilizando al efecto las camisas de sus individuos, por falta de estopa, y últimamente resolvió volverse á la Asuncion, para acabar de reparar los buques y proporcionarse sustento. Hecho esto tornó al puesto donde le dejó Juan de Ayolas, y haciéndole esta vez resistencia los indios Payagoes, hubo de volver á bajar á la costa de los Caribes. Allí tuvo el desconsuelo de no encontrar remedio á la necesidad, porque una plaga de langostas habia talado los maizales. Vióse forzado á ir á hacer la guerra á ciertos enemigos de los Caribes que abundaban en subsistencias, y de vuelta al punto de su partida llegó á la Asuncion Francisco Ruiz, en busca de Juan de Ayolas.

Aflijido de su enfermedad don Pedro de Mendoza, de la pérdida de su hermano, y de ver la mala suerte y las grandes dificultades de su empresa, determinó regresar á España. Por esto, porque Ayolas no comparecía, y porque Salazar tampoco se hallaba presente, dejó en su lugar en Buenos Aires á Francisco Ruiz, con órden de que en caso de que Juan de Ayolas volviese se encargase este del gobierno de aquellas provincias, y de lo contrario el capitan Salazar; á cuyo efecto otorgó poderes en debida forma, arreglados á la capitulacion celebrada con la Corona. En instruccion particular prevenía á Ayolas, *que dejando las naves ó afondándolas juntase toda la gente, procurando, si le pareciese, pasar á la otra mar, bien que dejando siempre casa en el Paraguay ó en otra parte que le pareciese, por donde supiese de él y le hallára la gente que le enviára.* Y por cuanto le confería autoridad para quitar capitanes y poner otros, le ordenaba, *que no quitase los que hasta entonces tenia nombrados, si no hiciesen por qué, y que el capitan Francisco Ruiz fuese á Castilla á llevarle la nueva de lo que Juan de Ayolas hubiese hecho en el descubrimiento. Que si de alguno hiciese justicia, fuese con suma razon, disimulando toda falta en*

cuanto fuere posible; mas que si el caso fuese tal que tocase en traicion, y viese claro que era verdad y no hallase testigos que bastasen á probarlo, secretamente empozoñase al reo de noche y le echase á donde no pareciese ni le pudiese hacer daño: bien que siempre se acordase de Dios y en todas sus cosas le pusiera delante. Pedia á Ayolas tambien, *que en cuanto volviese despachase al capitan Francisco Ruiz para que le alcanzase, pues volveria á enviársele con gente para que pudiera hacer espediciones por el Rio ó por tierra.* Por último, *que si Dios fuese servido que alcanzase algun oro ó plata, sacase sus costas, pues las tenia por escrito, y mas diez y seis partes, y ocho para el mismo Juan de Ayolas, y que á los capitanes diese á cuatro, y á los demas segun le hubiesen servido, pasando todo ante escribano. Que le dejaba testamentos cerrados, que los abriese, si Dios le llevase, y que hiciese como de él confiaba.*

Ansioso esperaba el capitan Francisco Ruiz la vuelta de Juan de Ayolas en Buenos Aires, para seguir á don Pedro de Mendoza, como este se lo dejó mandado: mas viendo que tardaba demasiado en volver, y que de él nada se sabía, determinó salir á buscarle con seis naves. Grandes necesidades pasaron nuestros navegantes en aquel viaje, limitándose la racion diaria de cada individuo á seis onzas de maiz; y tanto apretó el hambre entre españoles é indígenas al llegar á la Asuncion, que se iban cayendo muertos. Esto les obligó á entrarse por la tierra á tomar víveres, peleando donde quiera que pudieran hallarlos, porque ni en cambio ni de modo alguno se prestaban á suministrarlos aquellos indios. No tuvo Ruiz mas recurso que el de volverse al pais de los Timbues, dejando las subsistencias posibles á los que en la Asuncion quedaban. Al tiempo de partir pidió Irala á Francisco Ruiz, que en razon de estar podridos sus buques, y que no podia volver á la parte donde Juan de Ayolas le habia mandado que aguardase, le diese uno de los suyos.—*Prestadme ciega obediencia,* le contestó Ruiz, *y os le daré de buena gana.*

Fundados recelos tenia el capitan de la espedicion de que el demandante, poseido de ambicion bastarda, aspiraba á ser gobernador, y que al intento era capaz de rebelarse, por lo cual tuvo la prudente precaucion de guardar reserva acerca de los poderes que Juan de Ayolas habia dado al mismo Ruiz para en caso de muerte ó ausencia. Viendo en fin que Ayolas tardaba demasiado en volver, dió á Irala el navío que solicitaba, prévio juramento de fidelidad, y se volvió á los Timbues; condenó á varios de ellos que daban indicios de ser hostiles, y luego se bajó á Buenos Aires, dejando en aquel pais alguna gente suya en guarda de una empalizada que habia hecho: pero los naturales, inspirados del espíritu de venganza por la muerte que Irala dió á sus compatricios, y alentados al ver el corto número de españoles que allí quedaban, determinaron esterminarlos, valiéndose al efecto de una estratagema. Sucedió pues que pidieron socorro al capitan de los españoles para ir contra ciertos enemigos suyos, y ha-

biéndoles facilitado con poca prevision cincuenta soldados, apenas hubieron salido estos al campo, cayeron sobre ellos millares de indios que los asesinaron, y luego en gran tumulto y alzando espantosa gritería revolvieron sobre los que habian quedado en la empalizada, con los cuales sostuvieron ostinada lucha por espacio de algunos dias. En esta pugna murió el caudillo de los españoles y algunos otros, resultando casi todos heridos. Llegaron en aquel trance dos bergantines de Buenos Aires enviados por Francisco Ruiz, á saber lo que pasaba, y en verdad que la conciencia debia acusarle por la catástrofe que acababa de ocurrir, como causa que era de la atroz venganza de los indios. El socorro fué muy oportuno; los sitiados que ya estaban á punto de rendirse se embarcaron en los bergantines, y puestos así en salvo se fueron á Buenos Aires.

Con la nave que Francisco Ruiz habia dado á Domingo Martinez de Irala pasó este á los Payagoaes; no halló rastro alguno de haber vuelto de tierra adentro ningun español, y deteniéndose allí algunos dias con la esperanza de hacer algunos cambios con los salvajes, le mataron estos cuatro hombres, y á toda priesa hubo de reembarcarse y volver á la Asuncion. Es de advertir que esta poblacion se hallaba situada á los 25° y medio de altura, y á trescientas leguas de la embocadura del Rio de la Plata.

Mientras esto allí pasaba falleció don Pedro de Mendoza, navegando de vuelta para España. Tan pronto como en la Corte se tuvo noticia del fallecimiento de Mendoza y de que este habia dejado por heredero á Juan de Ayolas, ordenó el Rey que partiesen para Buenos Aires dos navíos con gente, al mando de Alonso de Cabrera, en socorro de aquellos españoles, con prevencion de que no hallando gente en el Rio de la Plata pudiese ir á tratar por el Estrecho de Magallanes á las tierras pobladas de castellanos. Envió además el Monarca español un galeon con Antonio Lopez de Aguiar, cargado de armas y municiones, en socorro de aquella gente, y el título de gobernador á Juan de Ayolas.

Al llegar Cabrera á Buenos Aires, en 1539, se encontró con la novedad de que gobernaba allí Francisco Ruiz, por ausencia de Ayolas. No estaba exento de ambicion el recien llegado capitan, y así es que dejando traslucir al punto sus aspiraciones al mando de general, se suscitaron desavenencias entre él y Ruiz, resultando de esto que los oficiales hubieron de juntarse, é interviniendo en la querella, cada cual por sus miras de ventaja, á favor de la competencia, se convinieron por último en que ambos competidores gobernasen de mancomun. Esto era precisamente lo que Cabrera pretendía. Mediante tan singular como desatinado convenio estaban determinados á subir á la Asuncion, cuando arribó un navío que no habiendo podido pasar el Estrecho de Magallanes, para ir al Perú, aportó en Rio de la Plata, entró en Buenos Aires, y con la gente y provisiones que tenía, pareció ya á las gentes de Ruiz y de Cabrera que su estado era satisfactorio.

Dejando pues á Buenos Aires los dos capitanes, llegaron en breve á la Asuncion, y supieron que cuando Juan de Ayolas emprendió su jornada habia nombrado sustituto suyo á Domingo Martinez de Irala. Valiéndose de esta novedad echaron del gobierno á Francisco Ruiz; todo efecto de la intriga de Cabrera, proponiéndose obrar luego de modo que entrára cuando menos á ser partícipe del mando, de consuno con Irala; mas perdidas las esperanzas de conseguirlo instigó á los oficiales, para que se empeñáran en que se saliese á todo trance en busca de Ayolas. En vez de oponerse Irala á tan atrevida pretension, salió sin tardanza con nueve buques y cuatrocientos hombres, llevando buena provision de víveres, y llegados al puerto donde Juan de Ayolas dejó á Irala, ninguna noticia tuvieron del paradero de aquel, por lo cual acordaron que con parte de las naves y algunas canoas indianas se llegase á la tierra de los Payagoaes. Emprendida esta navegacion, al cabo de seis dias apresaron una canoa con seis indios, mas no teniendo intérpretes para entenderse con ellos, por señas pudieron esplicarse, y de este modo alcanzaron algunas noticias de las que tanto deseaban. Dijéronles los indios que Ayolas y su gente estaban tierra adentro, en una casa fuerte que habian construido, y que se ocupaban en recoger oro y plata. Tan grata y seductora noticia impulsó en los de Irala la determinacion de ir con doscientos diez hombres, algunos versos, llevando por guias los indios detenidos, en busca de la casa fuerte. Dos dias llevaban ya de viaje por tierra cuando á causa del mal camino, por un suelo pantanoso, encharcardo, y sufriendo contínuas lluvias, suplicaron los viajeros á su capitan Irala que se regresára á las naves. Continuaron no obstante caminando con inesplicable trabajo, y por último hubieron de dar la vuelta. Al cabo de un mes pudieron llegar á la costa, y al punto se reembarcaron. Las ciénagas y pantanos que impidieron continuar el viaje, eran efecto de las crecientes del gran Rio de la Plata.

Al tercer dia del reembarco, estando para volver á la Asuncion, llegó un indio que se habia escapado de unas canoas de Payagoes que iban á espiar, y declaró *que era de lo interior de la tierra, de una nacion cuyos naturales se llamaban Chanes, y que habiendo llegado Juan de Ayolas á su pais, donde le recibieron de paz, dijo que pasaba adelante para saber de dónde sacaban el oro y la plata los chemeneos y carcaraes, pues usaban mucho tan preciosos metales; que hallándolos en actitud de guerra, reconoció su riqueza, volvió al pais de los Chanes, asegurando que se retiraba para tornar con mayores fuerzas y que el cacique le dió mucho oro y plata, y hasta indios que haciendo de acémilas le trajesen las cargas y los comestibles.* Añadió el declarante *que él era uno de aquellos cargüeros, y que habiendo pasado por despoblados, faltos de armas y rendidos de cansancio, llegaron por fin á donde habian quedado las naves con Domingo Martinez de Irala: que á los siete ú ocho dias de su estancia allí fueron á verle varios amigos de los payagoaes, con presentes de pescado y venados, y le convidaron para que fuese á sus moradas.*

Con este motivo, viendo que no comparecian los buques españoles, fiándose de los Payagoaes se fueron con ellos, y al llegar á un pantano los asesinaron á todos, impulsados de la codicia del oro y la plata de que así se apoderaron los homicidas.

La trágica relacion del indio llenó de terror y espanto á Irala y sus compañeros, y al terror sucedió la indignacion y el ardiente deseo de venganza. Todos unánimes clamaron que estaban resueltos á ejercerla, pero la cordura y prudencia del capitan ofreció á la consideracion de los suyos el inminente peligro á que se arrojáran, por cuanto eran muy superiores en número los salvajes con quienes habian de pelear, y estos acostumbrados y prácticos á transitar por aquel pais pantanoso, donde á cada paso se encontraba una laguna; inconvenientes á los cuales se agregaba la estacion de las crecientes é inundaciones del Rio. Estas reflexiones obraron en la mente de nuestros aventureros, y así es que desistieron de su resolucion con la misma facilidad que la concibieran. La atrocidad de los Payagoaes quedó así impúne forzosamente, y por consecuencia no fué posible recobrar la riqueza que Juan de Ayolas habia adquirido; pérdida que causó gran pena á toda la gente de Irala, por cuanto se veía pobre y á unas cuatrocientas leguas del mar. Volviéronse pues á la Asuncion, y á breves dias á Buenos Aires, dejando despoblado aquel lugar y llevándose cuanto en él habia.

Durante estos sucesos dispuso el Virey general de Nueva España, don Antonio Mendoza, que saliese á procurar nuevos descubrimientos Hernando de Alarcon. Al efecto salió este de Acapulco en 9 de mayo de 1539 con dos naos, la una llamada *San Pedro* y la otra *Santa Catalina*. Navegó la vuelta del puerto de Santiago de Buena Esperanza, y combatidos de una gran tormenta los de la nao Santa Catalina, hubieron de echar al mar nueve piezas de artillería, dos áncoras, una gumena, y otras muchas cosas necesarias á la navegacion. En el puerto citado se rehicieron, habilitándose de lo mas preciso que faltaba, y tomando mas gente fueron en demanda del puerto de Aguayabal, siguiendo por la costa para reconocer otros puertos. Arribando á los bajos pareció á nuestros navegantes que tenian delante la Tierra firme; pero temiendo el peligro de naufragar en aquellos escollos, todos á una voz pretendieron alejarse. Era el caso que el Virey habia ordenado á Hernando de Alarcon que examinase bien aquel golfo: por tanto mandó que el piloto mayor, Nicolás Zamorano, y Domingo del Castillo, con los bateles, sin soltar la sonda de la mano, fuesen buscando la canal para que entrasen las naos, y creyendo los pilotos que estas podian seguir, á corto trecho se encontraron con ellas en la arena; de modo que á causa de las corrientes no podian socorrerse los unos á los otros. Quiso la Providencia que estando ya á punto de perderse creció la marea, las naos flotaron, y volviendo la proa á una y otra parte buscando la canal, dieron en un rio de tan rápida corriente que apenas podian navegar por él. Así es que el capitan, con el veedor Rodrigo Maldonado y el contador Gaspar de Castillejo, en un batel bien armado subieron



HERNANDO DE ALARCON.



por el rio en 26 de agosto, y al dia siguiente descubrieron cabañas de indios. Eran estos en número de cincuenta; apenas columbraron á los españoles abandonaron sus viviendas llevándose al monte cuanto en ellas tenian, y á breve rato volvieron amenazando y gritando para que nuestra gente retrocediera rio abajo. En vez de esto permaneció quieto Alarcon, mandando á los suyos que ni hostilizáran ni hablasen á los indios; con lo cual, aquietándose estos se fueron acercando poco á poco. Habia en otra parte unos trescientos indios armados de arcos y flechas, y con banderas desplegadas. Viendo que el batel se acercaba á tierra se propusieron impedir el desembarco, en tanto que iban acudiendo mas salvajes tambien armados. Ocurriósele al capitan Alarcon soltar la espada y la rodela, haciendo ademas otras señales de paz, y tomando una bandera, la abajó é hizo que su gente tambien se abajase, mostrándoles en fin diferentes cosas que para hacer trueques llevaba; mas nada de esto bastó, hasta que despues de notarse gran ruido y confusion entre ellos, uno se apartó, y atadas á un palo alargó algunas conchas al capitan, quien al punto le dió en cambio unas sartas de cuentas de vidrios de colores. Con esto se volvió el indio á los suyos, y conferenciando entre ellos se acercaron algunos. Alarcon les hizo dejar las armas y banderas, y les regaló algunas bujerías, con lo cual se dieron por contentos mostrándose pacíficos. Sin embargo, al ver saltar en tierra doce españoles, se alteraron y costó no poco persuadirles que eran de paz las intenciones de nuestra gente, á la cual llevaron por último una porcion de maiz como grande obsequio.

Iban aquellos salvajes desnudos y tiznados; llevaban en la cabeza cueros de venado, á manera de celada, con penachos de plumas; sus armas eran arcos y macanas; su cuerpo grande y membrudo; llevaban consigo las mujeres y los hijos, traían horadadas las narices con pendientes de varias formas, los brazos labrados de hierro, y los cabellos por delante cortados y por detrás largos hasta la cintura. Tambien las mujeres andaban desnudas, sin mas que un escaso tonelete de muchas plumas, que apenas les llegaba á medio muslo. Al otro dia oyeron los espedicionarios gran ruido en ambas riberas, y descubrieron muchos indios armados, aunque sin banderas. Como no entendian al intérprete, se les hizo seña que dejasen las armas: hiciéronlo, y saliendo entonces Alarcon se metió entre ellos, dióles cuentas de vidrios de colores, y ellos le suministraron maiz, regalándole además cueros bien curtidos. De esta manera llegó á familiarizarse con aquellos indios: mas habiendo advertido que adoraban al sol, les dió á entender que él venía de donde estaba el astro objeto de su culto, y desde aquel momento le veneraron de tal modo que le servian, y desarmados acudían á verle sin recelo alguno, reverenciándole como á una divinidad. El capitan español hizo muchas cruces de palos y de papel y se las dió, haciéndoles creer que era cosa celestial, por lo cual ellos las recibían, y besándolas se las ponían al cuello. Vista la buena voluntad de aquella gente, con una cuerda que echaron á la barca comenzaron los españoles á subir por el rio, porque de otra manera, á causa de

la rápida corriente, no pudieron hacerlo, y los indios con la mejor voluntad tiraban de la maroma.

Un dia de navegacion llevaban ya de aquel modo, cuando fué al batel el cacique de los salvajes, llamado Naguachato, é invitó á Hernando de Alarcon á que saltase en tierra, á fin de darle de comer. Correspondió el capitan á la invitacion, y á breve rato se presentó un anciano con tortas de maiz y calabazas, y ofreciendo un poco al sol y reservando para sí otro tanto, entregó el resto al capitan español para repartirlo entre su gente. En tanto habia en la orilla opuesta mayor número de indios, quienes llamaban á Alarcon prometiéndole comestibles. A fin de complacerlos se acercó, y otro anciano, ofreciéndole cuanto tenía, hablóle con gran respeto, y volviéndose luego á su gente, *ese es nuestro Señor,* les dijo: *ya sabeis que nuestros antepasados decian que habia en el mundo gente barbada y blanca, y nosotros no lo creíamos; sirvámosle, pues que nos quita la guerra, y tiene ojos y boca y habla como nosotros.* Agradecido Alarcon distribuyóles algunas bujerías, é hizo plantar allí una cruz, como lo habia hecho en la otra orilla.

Caminando rio arriba dijo el indio principal que mas adelante se encontraría gente que entendiese al intérprete; que eran veinte y tres lenguas diferentes las que se conocían en aquellas riberas, y que mas arriba habia una nacion cuyos habitantes tenian casas de piedra, se vestían de cueros, y bajaban á veces á hacer cambios de maiz. Movido de la curiosidad propia de todo viajero investigador, hizo Alarcon como pudo varias preguntas al cacique, acerca de los usos y costumbres de aquellos indios, y comprendió, con respecto á los casamientos, que no podian tener mas de una muger, reduciéndose las ceremonias y contrato del matrimonio á llevar el padre á la hija á donde habiá gente reunida, publicando que la quería casar, y si alguno se la pedía se la daba, haciéndole al mismo tiempo algun regalo, con lo cual quedaba solemnizado el enlace; pero que no se casaban jamás hermanos con hermanos, ni aun entre parientes; que eran reputadas por malas las mugeres que en estado de solteras trataban con hombres, y condenados á muerte los adúlteros de ambos sexos. Quemaban los muertos, y creían que estos se iban al otro mundo, donde no tenian pena ni gloria: la enfermedad mas comun y grave en el pais era la de echar sangre por la boca, y sus médicos suponían que curaban soplando y diciendo palabras misteriosas. Sus comidas eran de maiz, mijo y calabazas; tenian piedras de moler y ollas para cocer los comestibles.

Rio arriba seguia Alarcon su viaje cuando de improviso vió mucha gente, y á breve rato, estando en tierra, se llegó un indio, le dió un golpe en el brazo y le mostró dos falanges de gente armada que salían del bosque. Receloso de algun fracaso volvió el capitan español al batel con todos los suyos: muy luego conoció que aquellos eran enemigos, y sin detenerse prosiguió su marcha y llegó á un pais dominado por un solo Señor. Habiendo notado el intérprete que nuestra

gente usaba platos para comer, dijo que el Señor de Cibola, á cuya tierra se dirigían, los usaba tambien con la diferencia de ser verdes, que ninguna otra persona de allí tenia semejante cosa. Esto daba indicios de que en aquel pais habian penetrado ya otros españoles.

Una jornada mas habian adelantado nuestros aventureros cuando hallaron un pueblo deshabitado, en cuyas cercanías les salieron quinientos indios armados, siendo su caudillo el cacique Naguachato, de quien ya hicimos mencion, mas en vez de hostilizar á los viajeros les llevaron un presente de conejos y yucas, que les sirvió de gran recurso. Grande fué la satisfaccion y contento de Alarcon y los suyos al encontrar mas adelante multitud de gente, que capitaneada tambien por un anciano salió de sus chozas á recibirle con manifiestas demostraciones de veneracion y concordia. Allí los españoles hicieron alto, siendo obsequiados de los indios en cuanto era posible; mas al dia siguiente antes de amanecer se oyó la gritería de la gente de tres ó cuatro pueblos, que habia pernoctado junto al rio, y al alumbrar el astro del dia se les vió acercarse derramando por la boca maiz y otra semilla. Tal era su sacrificio al sol, haciéndole ofrenda de aquella simple comida, con promesa de olvidar las cosas pasadas. Contestando á varias preguntas que se les hicieron, acerca de las cosas de Cibola, contaron que habian dado muerte á un negro llamado Estebanillo, de quien eran los platos verdes que el cacique usaba, como tambien un perro al cual mataron los mismos indios.

El interés que ofrece la vida aventurera y la trágica muerte del malhadado negro, que fué víctima de la barbárie de los indios de Cibola, exige que se refiera aquí su historia, bien que brevemente. Era aquel africano uno de los siervos de Pánfilo de Narvaez, quien habiéndole convertido al cristianismo y bautizado con el nombre de Esteban Dorantes, por lo cual los españoles le llamaban Estebanillo, le llevó consigo en su espedicion á la Florida, y fué uno de los que salvándose de la catástrofe de aquella malhadada espedicion, tuvieron la dicha de volver á Méjico. En 1539 fué con Francisco Vazquez de Cornado en la espedicion de este, á socorrer la villa de San Miguel de Culiacan; acompañó á los espedicionarios en su escursion á descubrir tierras, se internó en el pais con algunos indios que aumentaron su séquito hasta en número de trescientos, y llegó al territorio de Cibola, donde tuvo la audacia de levantar acta de posesion del valle de Acus, en nombre de la Corona de Castilla. Acosado allí últimamente por los cibolanos que le declararon cruel guerra, en que pereció casi toda su gente, cayó él en manos de aquel cacique, de cuya saña fué víctima en venganza de las muertes que su invasion habia causado á los salvajes en aquella guerra. A donde quiera que iba el desventurado africano le seguía constantemente un perro, que semejante al de Tobías era su inseparable custodio y compañero. Aquel modelo de lealtad cayó tambien en poder del cacique, y desde el dia en que murió su amo todos los dias iba al sitio en que fué asesinado; de

allí costaba trabajo separarle, se defendía de cuantos lo intentaban, y allí mismo le dieron muerte los desapiadados salvajes.

Supo Alarcon además que Cibola distaba de aquel punto unas cuantas jornadas, y que en aquel territorio habia españoles. Bajo este concepto quiso enviar allá persona que de todo se enterase, mas nadie se atrevió. Navegando entonces rio arriba halló en todas partes las mismas costumbres que en las demas naciones por donde habia pasado, escepto en las mujeres que eran deshonestas. Mas adelante sus esploradores le llevaron un indio que aseguró haber visto muchos hombres que se llamaban cristianos, con barbas, y que llevaban consigo ciertos animales grandes y otros pequeños, negros, y armas de fuego como las que usaban nuestros aventureros. Estas y otras señales, á que añadió el informante que los cristianos habian castigado al Señor de Cibola porque habia dado muerte á un hombre negro, hicieron conocer á Fernando Alarcon que la gente europea de que se le daba noticia era la tropa de Juan Vazquez Cornado. Nombrado este gobernador de Nueva Galicia, habia pasado con crecido número de gente á Cibola, y teniendo noticia de la espedicion de Alarcon se habia propuesto ir á juntarse con él, siguiendo las márgenes del rio.

Bien quisiera Alarcon pasar adelante ó enviar persona, pero no atreviéndose ninguno ni á ir solo ni tampoco á acompañarle, determinó volverse á las naves y hacerse á la mar. En dos dias anduvo tanto como agua arriba navegó en quince, viendo en la ribera mucha gente que se agolpaba á verle, mostrándose pesarosa de que se ausentára de aquel pais, donde ya le consideraban y veneraban como Señor suyo.

De vuelta á los navíos halló con satisfaccion que estaban en buen estado, aunque combatidos por las corrientes, y dando cuenta de cuanto habia visto y encontrado en el rio, y la luz, digámoslo así, que habia tenido de Juan Vazquez de Gornado, aunque en contradiccion con todos acordó volver por la misma corriente á juntarse con aquel espedicionario, para lo cual mandó aprestar todas las barcas, poniendo en la una los artículos ó géneros de cambio, el trigo, las demas simientes, los gallos y gallinas y otras cosas que llevaba de España. Al mismo tiempo mandó que los que en los navíos quedaban hiciesen una capilla con la advocacion de Nuestra Señora de Buena-Guía, cuyo nombre se diera al rio. Así todo dispuesto, se llevó Alarcon consigo al piloto mayor, Nicolás Zamorano, para que tomase las alturas, y volviendo á navegar rio arriba en 14 de setiembre de 1540, al siguiente dia llegó al pais de los primeros indios, que amistosamente le recibieron, y como un agasajo les dió semillas, enterándolos del modo de utilizarlas. Al llegar donde estaban los terceros indígenas, encontró unos seis mil hombres sin armas, y al cacique con doscientos de ellos cargados de comestibles, y precedido de alguna gente que iba despejando el camino. Vestía el Señor indio un ancho ropage de distintos colores, hecho de cortezas de bejuco: al llegar á la barca cogiéronle en brazos los indios, metié-

ronle en ella y Alarcon le recibió benévolo; dióle de comer varias cosas azucaradas, y dejándole simientes y gallinas le esplicó el modo de criar estas y multiplicar y aprovechar aquellas. Llevándose alguno de aquellos indios pasó adelante, y al dia siguiente llegó á Coano. Los naturales mostraron suma alegría de volver á verle, y Alarcon les hizo iguales regalos y esplicaciones que á los anteriores, recomendándoles siempre la adoracion de la cruz. Continuando su navegacion rio arriba rogó á un indio anciano que le acompañaba, que en una pintura á su modo le designase todas las tierras y poblaciones que habia en la ribera de aquel rio. De buen grado se ofreció el venerable indígena á complacer al capitan español, pero en cambio rogó á este que le hiciese una pintura de su pais natal, y Alarcon le hizo igual ofrecimiento.

No sin trabajo y peligro pasaron las barcas por un sitio en que el rio corría rápidamente, estrechado por las montañas. Lograron nuestros navegantes subir hasta muy arriba, y en fuerza de contínuas preguntas por medio del intérprete, para adquirir noticias del paradero de Francisco Vazquez de Cornado, se las dieron de la diversidad de gentes que habitaban en las riberas de mas arriba. Con el afan de hacer mayores descubrimientos subió Alarcon mucho mas de lo que habia andado, deseoso siempre de saber el orígen de aquel gran rio, pues ignorándolo tambien los naturales del pais, únicamente le decian que en él desaguaban otros muchos.

Viendo Alarcon que no hallaba lo que tanto deseaba, y que habia navegado ya ochenta y cinco leguas contra la corriente, se propuso volver á las naves, y estando ya para volver las proas se oyeron los gritos de una muger que se arrojó al agua. Acudiendo nuestra gente á sacarla del rio, la entraron en la barca, y poniéndose ella debajo de un banco no hubo fuerzas para sacarla de allí. Gritaba aquella miserable diciendo que estaba resuelta á quedarse con los cristianos, viéndose abandonada de su marido, que la dejaba por otra de quien tenia hijos. Deseoso de consolarla el capitan español, mandó llevarla con un indio que quiso tambien abandonar su tierra, y que sumamente alborozado pidió y recibió el Bautismo.

Las naves, luego que á ellas regresó Alarcon, prosiguieron su viaje costeando y saltando en tierra los viajeros. Reconocíanla con frecuencia, se enteraban de sus cualidades, y tomaban razon de ella en cuanto era posible, siempre anhelando adquirir noticias de Francisco Vazquez de Cornado; hasta que persuadidos de la inutilidad de sus indagaciones, despues de levantar muchas actas de posesion, y de haber practicado otras varias diligencias que en tales descubrimientos se acostumbran, pasando cuatro grados mas adelante de lo que pasaron las naves del marqués del Valle, acordaron dar la vuelta y la dieron para Nueva-España.



HERNANDO DE SOTO.



CAPITULO V.

Espedicion de Fernando de Soto á la conquista de la Florida.—Biografía de Soto.—Hácese este á la vela con su Armada, compuesta de diez naves, en San Lucar, en abril de 1538, yendo agregada á ella una flota destinada á Nueva-España.—Insubordinacion del capitan de una nao de la flota, y combate entre ella y la Capitana de Soto, quedando esta vencedora.—Arribo de la Armada á Santiago de Cuba.—Pasa de allí á la Bahía del Espíritu Santo, donde desembarca la gente, y va al pueblo de Hirrihiagua.—Encuentro y rescate de un castellano que estaba cautivo en poder de los salvajes.—Visita del cacique Muzoco á Fernando de Soto.—Despide este las naves, quedándose con tres únicamente para desvanecer en su gente la esperanza de abandonar la empresa.—Hostilidades de los indios y sucesos varios en el pais de Hirrihiagua, el de Urribarrainxi y la provincia de Acuera.—Arribo al estado de Vitacucho, y traicion de su cacique, á cuyo ejército vence Soto cogiendo prisionero á su caudillo, con quien usa de clemencia.—Alevosía del mismo cacique contra Soto, y muerte de aquel traidor.—Viaje de Fernando de Soto al pais de Apalache y sucesos en él.—Presentacion de aquel cacique á Soto, y su astucia para fugarse de los españoles.—Van las tres naves de Soto en demanda de la bahía de Aute, y la gente que con ellos quedó en Hirrihiagua marcha á incorporarse y se incorpora á la que estaba con Soto.—Descubrimiento del puerto de Achusi por Diego Maldonado, uno de los capitanes de Fernando de Soto.—Viaje de este á la provincia de Cofachiquo en 1541, auxiliado de ocho mil indios.—Trabajos padecidos en este viaje: escesos cometidos por los indios auxiliares en el pais: despídelos Soto.—Llegada de este á Cofachique: entrevista con una señora que gobernaba aquel territorio, y su liberalidad con los españoles.—Continúa su viaje la espedicion: sucesos varios.—Llega Soto al territorio de Acoste, de allí al de Coza, á Talisa y á Mavila, siendo en todas partes bien recibido.—Alevosía del cacique Tascaluza contra los españoles: toman estos por asalto á Mavila, con pérdida considerable de su gente, siendo incomparablemente mayor la de los indios, entre ellos el cacique.

Refiriendo la espedicion de Francisco Pizarro hicimos mencion de Hernando ó Fernando de Soto, como uno de los que en ella le acompañaron. La bien adquirida fama de este ilustre español merece buen lugar en la Historia de nuestra marina, y dándosele ahora creemos cumplir con un deber de conciencia nacional.

Fernando de Soto, natural de Villanueva de Barcarrota, famoso capitan, militó en Castilla del Oro y Nicaragua, y fué de los primeros que pasaron á la

conquista del Perú. Considerado siempre como persona de autoridad, respeto y valor, el célebre conquistador del imperio de los Incas le nombró su lugar-teniente, y tuvo la satisfaccion de ser el primer castellano que vió al gran príncipe Atahualpa. Al observar Soto las desavenencias que empezaban á manifestarse en el Perú entre Almagros y Pizarros, determinó venirse á España, aunque no tan rico como merecían sus servicios y recomendables prendas ni cual correspondia, atendidas las riquezas de que el Perú abundaba, y que á otros con menos razon y derechos hicieran opulentos. Ansioso de ocuparse en cosas grandiosas conforme á sus nobles y elevados pensamientos, pidió al Soberano de Castilla la conquista de la Florida, mas de una vez intentada en vano por otros, y fuéle concedida de buen grado, otorgándole cuantas condiciones quiso, porque era hombre de esperiencia, de presencia bizarra, y de edad y fuerzas capaces de arrostrar y sufrir los trabajos de la guerra. Desde la pérdida de la Armada de Pánfilo de Narvaez hasta entonces nadie se habia ofrecido á emprender tal conquista, teniéndola en verdad por la mas peligrosa difícil y costosa. Entre las muchas concesiones que á Hernando de Soto se hicieron, fué una la del gobierno de la isla de Cuba, porque aquella habia de ser la plaza donde se hicieran las provisiones para la conquista. Publicóse luego la jornada, y comenzando á reclutar y organizar gente alistáronse unos mil hombres entre ellos muchos nobles, ganosos de adquirir renombre y aun riquezas bajo la bandera de aquel acreditado caudillo. Iba por teniente-lugar de Soto, Nuño Tovar, y por maestre de campo Luis de Moscoso, ambos caballeros de Badajoz tambien de aquellos que fueron á la conquista del Perú, y de capitanes Andrés de Vasconcellos, caballero portugués, Diego García, compatricio de Soto, Arias Tiñoco, Alonso Romo de Cardeñosa y Pedro Calderon. El Monarca español dió al General de la espedicion sesenta alabarderos para su guardia, capitaneados por N. Espinosa, y para colmo de tantos honores y distinciones el título de Adelantado.

Diez naves de gran porte con buena gente de mar, y con profusion de armas y bastimentos, fueron aprestados con suma diligencia y estraordinarios gastos. Hízose á la vela esta Armada saliendo de San Lucar en 6 de abril de 1538, y con ella una flota que iba para Nueva-España destinada á la importante isla de Cuba, y cuyo mando se confirió al factor Gonzalo de Salazar, bien que en el viaje á las órdenes superiores del general Hernando de Soto. Era el comandante de la flota hombre mas díscolo y envidioso que prudente y subordinado, en tal manera que no pudiendo reprimir sus inclinaciones, en la primera noche de navegacion se adelantó con su nao de toda la Armada como á tiro de cañon, y pareciendo que hacia ostentacion de Capitan general, en mengua del respeto y decoro del que lo era en realidad, dió pernicioso ejemplo de insubordinacion y obediencia á la conserva, por lo cual al primer cañonazo que se le disparó de popa á proa le atravesaron todas las velas, y al segundo le llevaron las obras

muertas de un costado. Oyéronse luego los lamentos de la gente de la averiada nao, pidiendo en alta voz misericordia, en tanto que toda la Armada cargaba ya sobre ella. A pesar de su conflicto cayó el buque del temerario Salazar sobre la Capitana que le iba siguiendo, y los de una nave confusos y medrosos, y los de la otra alborotados por el desacato, llegaron á embestirse por un lado, y procurando no perderse sacaron gran número de picas poniéndolas al encuentro; débil estorbo al violento choque, pues las hastas se rompieron cual si fueran frágiles cañas, y aunque en parte templaron el impulso de la embestida, esto no bastó para que dejáran de trabarse con los aparejos, de manera que ambas naves estuvieron á punto de perderse, en medio de la gritería y el aturdimiento de la gente, que en el peligro y con la oscuridad de la noche no daban lugar á los marineros para entenderse. En tanta tribulacion la Capitana, en que iba Hernando de Soto, con las navajas de las entenas cortó la jarcia á la otra, y con esto y el viento próspero que corría pudo felizmente apartarse. El primer propósito del General de la Armada fué mandar que decapitáran al insubordinado y ambicioso Salazar, pero tales fueron sus disculpas y sumision, unidas á la intercesion de personas respetables, que alcanzó el perdon de que en verdad no era muy digno.

Llegó la Armada á la Gomera en 21 de abril; allí perdió dos soldados que riñendo se asieron de los brazos y cayendo al mar se ahogaron, y continuó la navegacion sin contratiempo hasta Santiago de Cuba, habiéndose apartado antes la flota de Nueva-España para ir á su destino. Poco antes del arribo de Soto á dicho puerto anduvieron en él á las manos un corsario francés y un navío español, capitaneado por Diego Perez, natural de Sevilla. Peleando todo el dia hasta la noche en gran pugna, se apartaban uno de otro, y á la mañana siguiente volvian al combate con suma rabia, disputándose la victoria. Cuatro dias llevaban ya de encarnizada lid, cuando el francés temiendo ser vencido se aprovechó de la noche para salir del puerto, y apenas amaneció echó tras de él su contrario. Cosa digna de admiracion fué la porfía de ambos buques, en querer sobrepujar el uno al otro, no menos que la serenidad ó cobardía de los cubanos, que mirando desde los muros el combate no trataron de socorrer al navío español, temerosos de los daños que el francés causar pudiera á la ciudad en caso de que venciera.

Tan pronto como Hernando de Soto aportó á Santiago envió á reparar á San Cristóbal de la Habana, quemada poco antes por corsarios franceses, encomendando á Mateo Aceituno la construccion de un fuerte, que fué el primero que allí se levantó. Confirió el cargo de teniente general suyo á Vasco Porcallo de Figueroa, que vivia en Cuba, hombre rico, en reemplazo de Nuño de Tovar, que en secreto se habia casado con doña Leonor de Bobadilla, hermana del conde de la Gomera y de la esposa del mismo Soto. Poco se detuvo este en Cuba; en último de agosto partió para la Habana, y desde allí envió al contador de la

Armada, Juan de Añasco, sevillano, á que con dos bergantines costease la Florida, y reconociese los puertos, calas y surgideros. Volvió el enviado al cabo de sesenta dias con dos indios haciendo relacion de cuanto habia hallado, y el Adelantado le mandó que tornase, á fin de que con mejor diligencia le trajese mayores noticias, dando su parecer acerca del punto á donde la Armada pudiera dirigirse.

Dispuesto todo para comenzar la jornada, nombró Hernando de Soto por gobernadora de la Isla de Cuba á su muger Doña Isabel de Bobadilla, por teniente á un caballero llamado Juan de Rojas, natural de Cuellar, y gobernador de Santiago á Francisco de Guzman: embarcó trescientos cincuenta caballos y novecientos hombres, sin la gente de mar, bien armados y vestidos, y en 12 de mayo de 1539 surgieron en la bahía de Espíritu Santo. Sin detenerse saltaron en tierra trescientos soldados: pasaron allí la noche sin haber visto habitante alguno, mas al otro dia al asomar la aurora dieron sobre ellos de repente infinitos indios y los forzaron á retirarse hasta la misma costa. En socorro suyo salió Vasco Porcallo de Figueroa, con alguna gente, y dando una carga á los agresores los puso en retirada, bien que con pérdida del caballo de Vasco, muerto de un flechazo, que atravesando el faldon y fuste de la silla, se internó en el cuerpo del animal mas de un palmo.

Desembarcó el ejército y á distancia de dos leguas fué á parar al pueblo del cacique Hirrihiagua, que se habia huido á los montes, temeroso del castigo por algunas crueldades con los de la Armada de Pánfilo de Narvaez, de cuyas manos se escapó acogiéndose al territorio del cacique Muzoco. Sabedor el Adelantado de que en aquel mismo territorio se encontraba cautivo el castellano Juan de Ortiz, envió un caballero llamado Baltasar de Gallegos, con sesenta piqueros á fin de que le rescatára y se le llevase, pues le necesitaba para intérprete, y llegó á tiempo que el cacique despachaba al mismo Ortiz con cincuenta indios á ofrecer la paz á Soto. Iban aquellos salvajes casi en cueros, muy empenachados, armados de arcos, y con los carcajes llenos de flechas. Apenas descubrieron los caballos quisieron internarse en los bosques, temerosos de una repentina acometida, pero Juan de Ortiz se opuso al intento de los bárbaros, en tanto que los españoles, bisoños, y mal disciplinados cuanto ansiosos de acometer, á rienda suelta arremetieron á los indios sin que el capitan pudiera detenerlos. Los salvajes se entraron azorados en el bosque; quedó solo en el llano Juan de Ortiz, contra el cual fué lanza en ristre Alvaro Nieto, y dando aquel un salto atrás, hablóle en lengua indiana por cuanto habia olvidado ya la de su patria. Por dicha suya tuvo la feliz ocurrencia de hacer la señal de la cruz, y Nieto la de preguntarle si era Juan Ortiz, á lo cual contestó afirmativamente, diciendo *sí*. Contento Nieto de encontrar á quien se buscaba, le hizo montar en las ancas del caballo; le llevó al capitan, y este pudo recoger los soldados que andaban esparcidos, como á caza de indios. Algunos de estos no pararon hasta su lugar; los otros se sose-

garon; pero al ver herido á uno de ellos prorumpieron en lastimeros alaridos, en imprecaciones é injurias contra Juan Ortiz, mirándole como autor de la desgracia.

El hallazgo y la salvacion de aquel español fué un suceso plausible para el Adelantado, considerando los fáciles medios de comunicacion y los recursos que le proporcionaban la inteligencia que Ortiz tenia de la lengua del pais, donde se habia de internar en breve. Le regaló pródigamente, hizo estensivas las dádivas á los indios que le acompañaban y habian quedado como cautivos, y envió un mensajero á dar gracias al cacique Muzoco por el buen trato dado á Ortiz, y ofrecerle su amistad. Aunque el rescatado español no podia dar estensas noticias de la tierra en que estuvo como esclavo, á causa de que su primer amo le ocupaba únicamente en acarrear agua y leña, y el último jamás le perdia de vista, temeroso de su fuga, aseguró que lo interior del pais era saludable y fértil.

A pocos dias fué Muzoco á visitar á Hernando de Soto, quien le obsequió en tal manera que se captó su voluntad mostrándose el cacique agradecido. En ocho dias que este permaneció en el cuartel general de los españoles, á fuerza de contínuas preguntas procuró enterarse de las cosas de España, y haciendo otro tanto el Adelantado, con respecto á las del pais en que se hallaba, supo que el ejército indiano estaba reunido en el pueblo del cacique Hirrihiagua, como el mas cercano á la bahía de Espíritu Santo. Despidió luego las naves, para que la gente perdiese así la esperanza de abandonar aquella tierra, á imitacion de lo que habia hecho Hernan Cortés en Veracruz, mandando que solo quedasen tres de ellas para cuanto ocurrir pudiese.

Iba Hernando de Soto pensando cuerdamente en el modo de grangearse la amistad del cacique Hirrihiagua, pues siendo el primero con quien encontrára, bajo ningun concepto le convenia disgustarle: mas sucedió que destacándose gente española á buscar forraje para los caballos, una multitud de indios dió sobre ella con tanta vocería y tan de improviso, que á la sorpresa fué consiguiente el asombro y aturdimiento de nuestros soldados, y antes que en sí volvieran, uno de ellos, llamado Grajal, fué arrebatado por los bárbaros, y llevándosele cual si fuese un trofeo de lo que juzgaban ser una victoria, se retiraron muy contentos. Este suceso causó alarma en los reales de Soto: salieron veinte ginetes en persecucion de aquellos indios, y siguiendo el rastro dieron en un cañaveral, donde los salvajes estaban descuidados con sus mugeres, comiendo y cantando, enagenados de alegría, sin recelo alguno, teniendo en medio de ellos al cautivo Grajal sin hacerle el menor daño. Al oir el ruido de los caballos huyeron los indios dejando las mugeres y los niños con el prisionero, quien hallándose en cueros, pues le habian despojado de la ropa, salió presuroso á recibir á sus compatriotas. Contentos estos con la presa volvieron á sus reales, y el Adelantado, siempre humano, discreto y político, dió libertad no solo á mugeres y niños, sino tambien á varios indios que habian caido prisioneros, tratando de amansar así la bárbara gente.

Hacia ya tres semanas que Soto se hallaba en aquel punto cuando despachó al capitan Baltasar de Gallegos, para que con sesenta caballos y otros tantos infantes descubriese las demas tierras pertenecientes á los señoríos de los caciques Hirrihiagua y Muzoco, que eran los de Urribarracuxi, y pidiendo guias al segundo de aquellos señores, se las negó diciendo que «era caso de traicion guiar á quien hiciese daño á su amigo y cuñado.» Cedió no obstante al contestarle Soto «que era inevitable su marcha, al paso que mas prudente dar aviso al amigo, asegurándole que ningun daño se le haria.» No se fió de esto el cacique de Urribarracuxi; pues tan pronto como tuvo noticia de la visita que los españoles querian hacerle, se retrajo al monte, y jamás quiso salir de él ni tener amistad con ellos.

Los invasores hallaron en aquella tierra parras silvestres, nogales, moreras, ciruelos, pinos, encinas, robles y otros árboles conocidos en Castilla, que les hicieron suspirar por su amada patria, y campos muy amenos y apacibles. Con esto, y las noticias de que en el pueblo habia abundancia de víveres para el ejército, envió el capitan Gallegos una relacion de todo al Adelantado, por medio de Gonzalo Silvestre.

Deseaba Soto ardientemente haber á las manos al cacique Hirrihiagua, y entre otras diligencias que se hicieron al intento salió un dia el teniente general Vasco Porcallo, con crecido número de gente, determinado á traérsele de buena ó mala gana. El cacique, habiéndolo conocido, envió á decir á Soto que se cansaba en vano, porque á causa de los malos sitios por donde habia de pasar su gente no era posible llegar al paraje donde él estaba. No por esto se arredró el comisionado de Soto, antes bien siguió la marcha; pero al llegar á una ciénaga, por dar ejemplo á los soldados arremetió el caballo, cayó á pocos pasos y estuvo en peligro de ahogarse. Ninguno de los suyos se atrevió á pasar adelante, y él quedó tan escarmentado y resentido que pidió y obtuvo licencia para volverse á Cuba, á gozar en su avanzada edad de la mucha hacienda que tenia.

Atendida la relacion del capitan Gallegos, determinó el Adelantado mover su ejército, dejando para seguridad de las tres naves y los repuestos, que quedaban en Hirriagua, al capitan Calderon con cuarenta lanceros, ordenándole que no diese ocasion alguna de queja ó descontento á los indios. Pasó cerca del pueblo del cacique Muzoco, sin querer entrar en él para no darle disgusto, y al llegar á Urribarracuxi procuró la amistad del cacique, bien que en vano. Una ciénaga invadeable detuvo en su marcha al infatigable Soto; tres dias buscó paso en ella inútilmente, y en tanto los indios salian de los bosques á flechar á los invasores, aunque muy á costa suya, pues no pocos de aquellos salvajes quedaban prisioneros. La perfidia de estos era tal, que por lograr su libertad se ofrecian á enseñar los pasos por donde nuestra gente pudiera continuar su marcha, y maliciosamente los llevaban á donde se encontraban atollados. Semejante maldad fué castigada por nuestros aventureros echando perros en perse-

cucion de los fugitivos indios, hasta que uno de ellos se comprometió á guiar al ejército y fácilmente le puso en salvo. A breve rato tropezaron en el camino con otra ciénaga, en que sirviendo de puente habia atravesados dos enormes maderos con algunas ramas, en lo estrecho del canal. Envió el Adelantado dos soldados, buenos nadadores, para que examináran y afirmasen el puente, y apenas llegaron allí salieron contra ellos en canoas muchos salvajes que les dispararon sus flechas, y aunque heridos ligeramente pudieron escapar felizmente los dos esploradores. Esto no obstante se retiraron tambien los salvajes. Acudiendo mayor número de españoles se compuso el puente, y todos pasaron á la provincia de Acuera, cuyo cacique, á quien se pidió paz y amistad, contestó que *antes queria guerra que paz con vagabundos.*

En veinte dias que allí se detuvo el ejército mataron los indios catorce soldados, cuyas cabezas llevaban como un trofeo á su cacique; y aunque los españoles enterraban los cuerpos de las víctimas donde los encontraban, los salvajes los desenterraban y hacian cuartos que colgaban de los árboles. Terribles represalias resultaron de aquellas atrocidades, pues los invasores dieron muerte á cincuenta de los bárbaros en todo el tiempo que allí permanecieron. Salió el ejército de Acuera sin haber hecho tala alguna en los campos, siguió el camino al Norte y luego hácia el Nordeste, torciendo para Ocalí, tierra fértil y sin ciénagas. Veinte leguas de camino llevaban cuando llegaron al pueblo de Ocalí, compuesto de unas seiscientas casas, donde encontraron abundancia de maiz, legumbres, bellotas, ciruelas pasas y nueces. El cacique con su gente se habia ido al monte, y al primer llamamiento que se le hizo respondió escusándose con palabras comedidas; vino al segundo, aunque muy receloso, y yendo Hernando de Soto con él á reconocer un paso del rio donde se habia de echar un puente, aparecieron en la otra orilla como unos quinientos indios, flechando y denostando con el epíteto de *ladrones* á nuestra gente. Contra los cargos que Soto hizo sobre esto al cacique, alegó este que los suyos le habian negado la obediencia desde el momento en que acudió al llamamiento de los españoles. Proponiéndose entonces el Adelantado darles una muestra de sus pacíficas intenciones despidió al cacique, quien se fué enagenado de gozo, haciendo promesa de volver, sin propósito de cumplirla. Construido el puente en el rio Ocalí, con mucha tablazon y maromas, pasó el ejército con suma alegría de los soldados, que semejantes á los antiguos romanos todos hacian de maestros, gastadores y operarios, en cuanto era necesario, para abrir paso y despejar la marcha.

Huyéronse en tanto los guias; aseguraron los españoles treinta indios á fuerza de halagos y dádivas, y guiaron al ejército diez y seis leguas por buena tierra hasta la provincia de Vitacucho, que tenia cincuenta leguas de estension, y cuyo gobierno estaba distribuido entre tres hermanos. Habia en el camino un pueblo llamado Ochile, y llegando á él nuestra gente al amanecer, al rumor

de las trompetas y tambores que todos de consuno resonaron, los indios sorprendidos y turbados se levantaron, y no pudiendo salir, por estar tomados los pasos, se pusieron prontamente en estado de defensa con el cacique al frente. Pero viendo que los españoles soltaban ilesos á cuantos caían en sus manos, cedieron los indígenas en la resistencia, y el mismo cacique se presentó espontáneamente á Soto, y le siguió con gran séquito de los suyos hasta un valle poblado de viviendas esparcidas. Tan persuadido estaba el señor de Ochile de la mansedumbre de los invasores, que envió mensageros á sus hermanos, diciéndoles que los castellanos iban de tránsito para otras tierras, siendo inofensivos, y sin exigir mas que comida y amistad. El uno se declaró aliado de nuestra gente; el otro, el mayor y mas poderoso, el señor de Vitacucho, sin dejar que regresáran los mensageros envió otros suyos á reprender á sus hermanos. «*Os habeis conducido como mancebos locos*, les decia: *asegurad á esos vagabundos que si en mi pais ponen las plantas, los medianos morirán asados y los otros cocidos.*» Esto no obstante, la fama que corría de la benignidad del Adelantado, y la cortesía de que usaba en su comunicacion con todos los caciques, escitó en el de Vitacucho la curiosidad y el deseo de conocer á los españoles, tanto que al cabo fué á ver al Adelantado con un séquito de quinientos indios, los mas bizarros y galanes. Mucho se holgó de esta visita Hernando de Soto, y no menos el cacique de ver el ejército español, en tal manera que pidió perdon de las palabras ofensivas que habia proferido, y se ofreció á dar al Adelantado los auxilios que pudiera.

No se detuvo nuestra gente: al dia siguiente entró en órden de guerra en el pueblo de Vitacucho. Tenia este doscientas casas, muchas de ellas esparcidas por la campiña. Allí pasaron los espedicionarios dos dias en fiestas y regocijos; el Adelantado dejó en libertad á los dos primeros caciques, y regresaron á sus estados colmados de dádivas y contentos. Mientras esto pasaba, el de Vitacucho, hombre membrudo, de ánimo feroz, de treinta y cinco años de edad, disimulado y pérfido, meditaba el esterminio de sus leales huéspedes, para lo cual habia convocado á los caciques comarcanos, persuadiéndoles que al bien de todos convenia acabar con aquella mala gente. Su audacia llegó hasta el grado de comunicar tan atroz intento á cuatro indios que Hernando de Soto llevaba de intérpretes, á fin de que estos cooperasen á perpetrar el crímen, en lo cual en apariencia convinieron. Mas no desconociendo la dificultad y el peligro á que esponian su vida en tal empresa, atendido el buen órden de guerra y la esquisita vigilancia de los españoles, todo lo revelaron á Juan de Ortiz para que este lo trasmitiera al generoso Adelantado. Dando este cuenta del asunto en consejo de capitanes y oficiales, unánimes acordaron que procurando el disimulo por entonces se tratase del castigo del pérfido cacique. Cuando este creyó oportuno el momento de consumar su meditada alevosía, rogó á Soto que con su gente toda saliese á ver la que él tenia junta y en órden, llevado del deseo de que su huésped conociese á

lo que llegaban el Señorío, las fuerzas y la manera de güerra del estado de Vitacucho, con cuyo auxilio y favor podia contar el castellano. Cumplía al objeto del prudente cuanto valeroso Hernando de Soto el disimulo en ocasion tan grave, y así es que á pié salió con el cacique de sus reales. Estaban los indios en un monte á mano izquierda, y á la derecha habia dos lagunas: serian unos diez mil, toda gente muy lucida, y á su manera engalanada con penachos de plumas de garzotas, cisnes, grullas y otras aves de diversos colores, tan altos y unidos que levemente mecidos por un viento apacible semejaban el ondulante campo de maizales y cañaverales, en que se mecen con variantes visos los sedosos plumeros de las erguidas y flexibles cañas. Tenian á sus pies los arcos y las flechas, encubiertos con yerba, para dar á entender que estaban desarmados; y formando en el centro una columna cerrada, sobresalían la derecha é izquierda como si fuesen dos mangas ó alas, compuestas de la gente mas robusta.

Acompañado del cacique se adelantó Hernando de Soto, seguido cada uno de ellos por doce de los suyos escogidos, y cada cual con un mismo propósito, en tanto que los españoles formados en dos columnas iban marchando á la derecha del Adelantado, la caballería por el llano, y la infantería por el bosque. Al llegar á la poblacion, donde segun noticias tenia pensado Vitacucho dar á sus huestes la señal de acometida, aprovechándose Soto de la disposicion y buen ánimo de su gente ganó de mano al traidor, mandando disparar un arcabuz, y al estampido, que era la señal convenida, sus doce españoles, los mas animosos y robustos, se apoderaron del pérfido cacique, y sin que los suyos pudieran valerle hicieron de él lo que pensaba hacer del caudillo castellano. Montando este á caballo, con las armas secretas que llevaba, cerró con la columna indiana, dando como siempre en la pelea el ejemplo de serenidad y valentía. Habian ya empuñado sus ocultas armas los indios, y así es que apenas le dejaron romper algunas hileras, costándole la embestida la pérdida de ocho caballos á flechazos. No desconocian los salvajes la superioridad que sobre ellos tenia la caballería, y por tanto á ella dirigian sus tiros con particular empeño y cuidado. A pesar de esto no pudieron resistir la carga: desordenados al fin emprendieron la fuga; la mayor parte se salvaron acogiéndose á los bosques, otros en la laguna mayor, los que echaron por la campiña eran alcanzados y alanceados, y otros quedaron prisioneros. Los de vanguardia, donde fué mayor el ímpetu de los caballos, sufrieron mayor daño, pereciendo hasta novecientos al entrar en la laguna menor; y esto á pesar de que los españoles apenas hicieron uso al principio de otras armas que los arcabuces y ballestas, con el único objeto de amedrantarlos y que se rindiesen, al paso que los salvajes, mientras tuvieron flechas, disparaban siempre hácia los caballos. Duró la refriega desde las diez de la mañana hasta el anochecer, hora en que los castellanos cercaron la laguna, sin que hasta media noche hubiera quien se rindiera, por mas que á los vencidos se les aseguraba no quitarles la vida. Catorce horas hacia ya que estaban aquellos bárbaros dentro

del agua, cuando la necesidad forzó á los mas flacos á entregarse. Entonces, viendo los otros la indulgencia de nuestra gente, se rindieron á escepcion de siete que se mantuvieron pertinaces. Iban estos á perecer en medio de la laguna; pero el Adelantado por un rasgo de su benignidad característica, mandó que doce soldados, llevando las espadas cogidas con los dientes, fuesen nadando hácia aquellos miserables, y que arrastrando á unos de los cabellos y á otros de los brazos, los sacasen de allí, como lo hicieron, ya medio ahogados, y en sí los hicieron volver en fuerza de solícita asistencia. La curiosidad indujo á Hernando de Soto á saber la causa de la porfiada obstinacion de aquellos siete salvajes, y contestando estos á sus preguntas declararon, «que eran capitanes, y que muriendo querian mostrar á su Señor ser dignos del cargo que les dió, y dejar á sus hijos honrosa memoria de sí mismos, por lo cual rogaban al Adelantado que los dejase morir donde estaban.» Cuatro de ellos eran de edad de treinta y cinco años, y de diez y ocho los tres restantes; todos hijos de personas de distincion entre ellos: habian salido de sus casas ganosos de honra, llamados por Vitacucho, y no querian volver á ellas con la infamia de vencidos. A todos les dió el Adelantado espejos y otras cosas, y al tiempo de despedirlos, en presencia de Vitacucho que estaba prisionero, dijo á los cuatro capitanes primeros, «que si bien eran dignos de muerte, en ejemplar castigo de la traicion cometida bajo la fé dada, les perdonaba en la persuasion de que arrepentidos serian en adelante mas leales.» Aun pasó de aquí la generosidad del clemente vencedor, convidando á su mesa al alevoso Vitacucho. Así es como Hernando de Soto hacia ostentacion de sus triunfos y su valor, encaminado constantemente al objeto de captarse la benevolencia de las gentes del país que conquistaba; y así es como se desmiente la impostura con que le acusan de cruel y tirano algunos historiadores estranjeros.

A mas de mil ascendía el número de los indios que en poder de los españoles estaban prisioneros. Servían en el ejército de Soto, y aprovechándose de esta circunstancia el bárbaro y pérfido Vitacucho, siempre ansioso de venganza, ingrato y traidor por naturaleza, concertó con ellos que en ocasion de hallarse comiendo el rancho los españoles diesen con ellos de sorpresa y los esterminasen. Al intento concertó el modo, y al sétimo dia de la reciente derrota, cuando comia el mismo cacique, para mayor disimulo, en compañia de Hernando de Soto, se levantó aquel de improviso, y dando un gran bramido que era la señal convenida para la ejecucion, asió al Adelantado con una mano de los cabezones, y con la derecha á puño cerrado le dió tal golpe que le derribó, y se echó sobre él para darle muerte. Hubiera consumado el crímen á no acometer prontamente al homicida los capitanes que acompañaban á Soto á la mesa, y que en el acto mataron á puñaladas al infame Vitacucho. Durante esta trágica escena los demas indios prisioneros, tan pronto como oyeron el bramido, señal de la matanza, cada cual acometió á su amo respectivo, unos con tizones encendidos, otros con las ollas de la comida, jarros, cántaros, y con todo cuanto á mano hallaban, en

vez de armas; pero el valor, la serenidad y prontitud de la defensa de los acometidos españoles, superó á la alevosía en tal manera que todos los traidores perecieron. A salvo ya de tan peligroso trance, al cabo de cuatro dias marchó el reducido cuanto valeroso ejército español en demanda de Osachile, y tratando de construir un puente para pasar un rio, á causa de la resistencia de los indios fué preciso hacer tres almadías, en las cuales pasaron cien ballesteros y arcabuceros, seguidos de treinta caballos á nado. Huyeron entonces los salvajes, se construyó el puente, la animosa tropa se encontró en la orilla opuesta, y á las dos leguas de marcha halló gran número de caseríos y maizales, desde donde los indios disparaban á los españoles, y estos les alanceaban. Desamparado hallaron los espedicionarios al pueblo de Osachile, donde nunca quiso presentarse el cacique, y allí prendieron algunos indios que parecian mas domésticos que los de otras partes. La fama de las riquezas de la provincia de Apalache bastó para que nuestra gente no se detuviese mas de dos dias en Osachile. Levantó pues el campo, y al cabo de doce leguas por desierta tierra, se vieron detenidos junto á una ciénaga de media legua de ancho, rodeada de monte, y cuyo paso defendía multitud de indios. De ambas partes hubo heridos; al dia siguiente fué mas reñida la batalla; los españoles ganaron la ciénaga y la pasaron vadeando, escepto unos cuarenta pasos en que fué preciso hacer un puente de árboles, trabados unos con otros. No por esto quedaron vencidos los estorbos, porque al otro lado habia un monte muy fragoso, de mas de media legua, que entorpecía y retardaba la marcha. Preciso fué destacar cien caballos á vanguardia, seguidos de otros tantos arcabuceros y ballesteros con hachas, haciendo de gastadores, sin mas víveres que un poco de mahiz tostado; y á poco de emprendida la marcha al amanecer, fueron atacados por los indios, siendo forzoso sostener combate por los unos, mientras los otros se ocupaban en rozar el monte. Así pudo adelantar el ejército dos leguas en un dia, dando muerte á no pocos salvajes; tanta ó menos distancia iban salvando en los demas dias hasta llegar á un hondo y rápido torrente, entre muy cerrada selva, cuyo paso estaba interceptado por una fuerte empalizada. Cien ginetes se apearon con espadas y rodelas pasaron la trinchera arrollando á los indios que peleaban con desesperacion; el ejército caminó aquel dia cuatro leguas, y aunque pudo acampar, de ningun modo entregarse al descanso por los contínuos amagos de ataque de los indios.

En tal estado tuvo Soto noticia de que el Señor de Apalache, no distando del campamento mas de dos leguas, aguardaba con gran número de escogidos y valerosos indios. No titubeó el Adelantado en ir á atacarlos; la caballería hizo en ellos grande estrago, el cacique huyó, y aunque perseguido de cerca no fué posible capturarle. Los fatigados españoles llegando al pueblo de Apalache hallaron abundantes víveres de maiz, legumbres, frutas y pescado, consiguiendo solaz y reposo en aquella tierra de apacible clima, fértil y salutífera, bien que poblada de gente belicosísima. Esto indujo á Hernando de Soto á invernar en

Apalache, despues de haber regresado á sus reales con gratas noticias del pais, los capitanes que á esplorar habia enviado. Pasaba esto en octubre de 1539: la estacion otoñal era la mas á propósito para hacer acopios y fortificar algun sitio, asegurando así la estancia durante el próximo invierno, y en todo vió el Adelantado cumplidos sus deseos.

No eran de provecho alguno los caballos que en la marina habian quedado con el capitan Calderon, por lo cual mandó Hernando de Soto al contador Juan de Añasco que con treinta ginetes fuese á traer aquella fuerza. Ciento y cincuenta leguas habia de andar el enviado, arrostrando y venciendo inminentes peligros para llegar al punto de su destino. Mientras aquellos animosos españoles seguian su penoso viage, deseando el Adelantado verse libre de las contínuas alarmas que los indios ocasionaban, juzgó como único remedio haber á las manos al Señor de Apalache. Marchó pues con la gente mas escogida, fué á un monte cerrado, ocho leguas de allí, donde el cacique estaba, ganó con la espada tres reparos ó trincheras, defendidas valerosamente por los indios, y el general español dió en este combate como en otros señaladas pruebas de valor y pericia militar. Llegando los vencedores al interior del monte, donde habia otra fortificacion, se renovó la pelea, siendo digno de admiracion ver al cacique animando á voces á los suyos, y á Hernando de Soto lidiando delante de sus soldados para darles ánimo y ejemplo. La sangrienta lucha terminó implorando clemencia los bárbaros, y el Adelantado tan magnánimo y misericordioso como buen guerrero se la concedió al momento. No podian los vencidos mostrar de mejor modo su gratitud al clemente vencedor que sometiéndose á su dominio; y así es que los principales se le presentaron llevando en hombros al Señor de Apalache, quien impedido por sus achaques, y muy obeso, no podia andar sino á gatas. Ostentando su esclarecido triunfo volvió el Adelantado á su alojamiento, muy creido de que con aquella jornada habian terminado las contínuas agresiones de los indios, tanto mas cuanto no tenian ya caudillo ó cabeza. Pero esto mismo produjo efectos contrarios, pues aquellos mismos bárbaros que antes imploraron y alcanzaron clemencia, sin freno alguno, sin tener á quien respetar y obedecer, se atrevieron muy pronto á turbar el sosiego de los españoles, no bastando á contenerles los recados y las órdenes que su mismo Señor les enviaba para que se mantuviesen pacíficos y leales. Por último espuso el cacique al Adelantado, que si le permitía ir á seis leguas de allí, donde se hallaban retirados los mas distinguidos de sus vasallos, acaso consiguiera persuadirles y que le respetáran y obedeciesen.

Con su innata buena fé accedió á la pretension Hernando de Soto, haciendo que al Señor de Apalache acompañáran algunos españoles hasta el punto indicado, donde esperaron que se reuniesen los indios principales indicados por el cacique. Obraba este con astucia y así es que cuando los que le escoltaban creian tenerle asegurado poniendo guardas al efecto, apenas amaneció notaron que habia desaparecido, porque aprovechándose del descuido de los centinelas que

se durmieron, se escapó andando á gatas, y los indios que estaban á la mira le pusieron fácilmente en salvo, en tal manera que ya no fué posible volver á capturarle. Otro general mas rígido, ó en vérdad mas justiciero que Soto, castigára y con razon el punible descuido de los guardas á quienes confió la persona del cacique, pero siempre benigno, siempre político y prudente, admitió las escusas de los culpables, diciendo festivo *que los indios eran tan hechiceros que de ellos creia cualquiera cosa.* A tanto grado llegaba su amor á los soldados, dejando siempre á salvo la reputacion y el honor de la milicia.

Volvamos ahora la vista hácia Juan de Añasco, que como queda dicho fué desde Apalache á Hirrihiagua, con treinta caballos, á llamar al capitan Calderon, de órden de Soto, para que con este se incorporase. Despues de inesplicables trabajos llegó el enviado con pérdida de algunos hombres al punto de la marina, donde Calderon se hallaba con cuarenta caballos y ochenta infantes, pero al contento que unos y otros tuvieron de verse reunidos, sucedió la confusion y el temor, pensando los recien llegados en las penalidades y peligros que habian de pasar nuevamente, volviendo á desandar el camino hasta Apalache, y considerando los que estaban en Hirrihiagua en lo que iban á padecer haciendo tan trabajoso viaje, segun la relacion que de él les hacian los de Añasco. Sin embargo, al cabo de siete dias de haberse reunido aquella gente, el mismo capitan Añasco salió en los bergantines en demanda de la bahía de Aute, y Calderon se puso en camino para Apalache, capitaneando setenta caballos y cincuenta infantes, pues el resto de la gente iba en las dos naves. Transitaron por el estado de Muzoco, cuyo cacique les recibió obsequiosamente; siguieron el viaje por la provincia de Acuera acelerando las jornadas, atravesaron la de Vitacucho, sin mas pérdida que la de un caballo muerto de un flechazo por un indio, y llegaron á la ciénaga de Apalache, habiendo caminado en paz ciento treinta y cinco leguas. Allí tuvieron con los salvajes una refriega en que perdieron un caballo; en lo restante del viaje fueron hostigados contínuamente por los indios, y aun así llegaron felizmente á Apalache, donde en breves dias murieron once de los que iban heridos, siendo uno de ellos Andrés de Meneses, soldado benemérito y valiente. Los bergantines llegaron á la Bahía de Aute sin contratiempo alguno, y el Adelantado envió á Juan de Añasco dos compañías de infantería y algunos caballos, para que le asegurase el camino hasta el pueblo de Apalache, á donde arribó con su gente ilesa.

Poseido Hernando de Soto de contento al verse con mayores fuerzas, mandó á Diego Maldonado, natural de Salamanca, que dejando su compañía de infantería á Juan de Guzman, de Talavera, fuese costeando con los bergantines, al Poniente cien leguas, y que dentro de dos meses volviese con relacion de todos los puertos, calas, y puntas que hubiese reconocido. Desempeñada su comision refirió Maldonado que á sesenta leguas de Aute dejaba un hermoso puerto llamado Achusi, y presentó dos indios que allí habia tomado. A consecuencia se le ordenó

que con las mismas naves pasára á Cuba, donde publicase el descubrimiento del escelente puerto de Achusi y de aquella buena tierra, á fin de que la gente se animase á ir á poblarla, y que evacuada esta diligencia volviese al puerto descubierto dentro de tres meses: comision que desempeñó á satisfaccion de Hernando de Soto.

Todo el tiempo que el Adelantado invernó en Apalache se enteró cuanto fué posible de la tierra que habia hácia Poniente, por donde deseaba continuar su descubrimiento. Así adquirió noticias curiosas y satisfactorias de que hácia la parte indicada, á distancia de unas trece ó catorce jornadas, en una provincia llamada Cofachique, habia abundancia de oro, plata y perlas. Esto avivó en la gente el deseo y la impaciencia de que llegase el tiempo de marchar á tan interesante descubrimiento. En tanto salieron veinte caballos y cincuenta infantes, á llevar maiz de un pueblo una legua de Apalache, y un indio, diestro sagitario, desde un árbol en que se encaramó, perseguido de nuestra gente, de dos flechazos mató otros tantos caballos, y luego huyó tan velozmente que no fué dado alcanzarle. Escenas semejantes se repitieron allí mismo, muriendo atravesados de las flechas de los bárbaros no solo dos caballos mas, sino tambien dos portugueses que iban al servicio nuestro.

La benigna y consoladora primavera del año 1541 comenzaba ya cuando el ejército de Hernando de Soto se puso en marcha hácia el Norte, mas apenas habian andado tres jornadas, al querer pasar una ciénaga, se vió acometido repentinamente por los indios, sufriendo la pérdida de cinco alabarderos y un ginete. Trabajosamente pudieron salir los españoles de la provincia de Apalache y entrar hasta dos jornadas en la de Atalpaha, cuyo primer pueblo hallaron desamparado, bien que fueron hechos prisioneros seis capitanes de los indios que habian quedado para echar la gente fuera. *¿Y qué es lo que quereis?* preguntaron á los aprehensores con denuedo: *paz ó guerra?—Paz queremos*, respondió el Adelantado, *pues vamos de paso y solo deseamos víveres.—Para eso no es necesario prendernos*, replicaron los altivos indios. *Os trataremos mejor que en Apalache.* Y luego por unos criados suyos mandaron pasar la palabra á sus gentes, á fin de que acudiesen á dar auxilio á los españoles, y los llevaron á otro pueblo mejor, á donde acudió el cacique á confirmar la paz, que fué religiosamente guardada en los tres meses que allí se detuvo Soto con los suyos.

Diez jornadas caminó el ejército, Norte-Sur, por la ribera de un rio, hácia arriba, por tierra fértil y entre gente doméstica, sin que se turbára la prometida paz. Entraron luego los espedicionarios en la provincia de Achalaquí, territorio pobre, estéril y mal habitado, con pocos indios jóvenes, los viejos cortos de vista, y muchos enteramente ciegos. Era forzoso caminar apriesa para salir de pais tan triste: llegó el ejército á Cofachí y allí el Adelantado regaló al cacique entre otras cosas dos parejas de cerdos para su propagacion, pues con este objeto introdujo en la Florida mas de trescientas cabezas de aquel ganado.

Tenia Soto costumbre de enviar un mensagero de paz al Señor ó cacique de las provincias donde entraba. Hízolo así con respecto al de otro territorio confinante con el de Cofachí, y este, mostrándose propicio, salió á recibir al general español con crecido número de gente, la mas lucida, engalanada de plumages y de ricos mantos de martas y otras pieles finas, y el ejército fué alojado con la comodidad posible. Estendióse á mas la generosidad del cacique, pues al siguiente dia ofreció indios de guerra y víveres para pasar un despoblado de siete jornadas hasta Cofachique. En breve se presentaron cuatro mil indios de carga y otros tantos de guerra, llevando al mismo tiempo gran acopio de maiz, principal alimento de aquellos naturales. Precavido se mostró no obstante el Adelantado, como hombre prudente y cauto, al ver como auxiliar tanta gente estraña: mas no era el ánimo del cacique hacer traicion á los españoles, antes bien su intencion valerse de su práctica y preponderancia en la guerra, para obrar contra su enemigo el de Cofachique. Recomendó pues á uno de sus capitanes, encargado del mando de aquella fuerza auxiliar, que no perdiese la ocasion que se le presentaba, apoyado por la tropa española, para tomar venganza de sus contrarios.

Al cabo de tres jornadas entró Soto con su gente en el despoblado, vadearon con sumo trabajo y peligro dos grandes rios, y al otro lado del segundo se hallaron perdidos en el desierto. La circunstancia de no indicar salida ninguno de los indios auxiliares, infundió sospecha de traicion á Soto, pero quedó desvanecida al declarar todos unánimes que jamás habian pasado de aquel punto, y que por tanto no conocían el terreno. En prueba de buena fé se ofreció el caudillo de los salvajes á dar al Adelantado en rehenes el número de personas escogidas que quisiese, y el general español se dió por satisfecho, aunque indeciso para determinar en tal conflicto. Angustiosa era en verdad la situacion de nuestra gente, no llevando ya mas víveres que los precisos para siete dias. Llegaron en esto á las márgenes de un rio invadeable. La construccion de almadías era el único recurso que á Soto le quedaba para salvar aquel obstáculo, y en tanto que se hacían dispuso que saliesen cuatro cuadrillas á recorrer y esplorar la comarca, auxiliada cada una de mil indios, cargueros muchos de ellos. Uno de aquellos destacamentos, mandado por Juan de Añasco, fué el único cuya escursion tuvo buen éxito, pues halló un pueblo situado en la ribera, aunque pequeño, y mas arriba otras poblaciones esparcidas en que se encontraban comestibles. Las demas partidas caminaron seis dias á la ventura, sin fruto alguno. Con la consoladora noticia de su descubrimiento despachó Añasco cuatro ginetes, llevando mazorcas de maiz y cuernos de vaca, en señal de que aquella tierra prometía víveres, sin que fuese dable comprender cómo pudo internarse y propagarse allí el ganado vacuno. Allá se trasladó Soto seguido de todo su ejército, tan pronto como de su inútil escursion hubieron regresado las demás cuadrillas destacadas, y allí encontraron remedio al hambre que ya les

aquejaba; pero tales fueron los estragos y atrocidades que los indios auxiliares hacian en el pais, considerándolo como perteneciente al estado de Cofachique, de que eran implacables enemigos, que el Adelantado hubo de despedirlos, colmando de presentes á su general y á los capitanes, con lo cual se volvieron satisfechos. Apenas llevaba nuestra gente tres dias de descanso en el pais descubierto por Añasco, cuando este, por disposicion de Hernando de Soto, volvió á salir con treinta caballos á practicar nuevos reconocimientos y adquirir datos mas seguros de lo que el territorio prometia. Emprendió el esplorador la marcha á la caida de la tarde, y al cabo de dos leguas quedó sorprendido y confuso al oir ladridos de perros y llantos de niños, al mismo tiempo que veía relumbrar la llama de algunas hogueras á no larga distancia. Avanzó luego con intento de apoderarse allí de algunos de los indios que encontrase, y á breve rato descubrió un lugar á la otra orilla del rio, cuya márgen iba siguiendo. Paró la gente de Añasco en un desembarcadero de canoas, y tomando algun descanso tornó á dar cuenta al General, quien fué sin detenerse con cien caballos y otros tantos infantes á reconocer aquel parage.

A las voces de los intérpretes Pedro y Marcos, dos indios convertidos al cristianismo, y que habian aprendido ya la lengua castellana, se detuvieron seis de los salvajes que huyeron azorados apenas columbraron á nuestra gente. Eran aquellos bárbaros hombres de gallarda presencia: acudieron en una canoa, y saltando en tierra, y sentado Fernando de Soto en una silla que siempre le llevaba uno de los suyos á donde quiera que iba, para recibir y dar audiencia con la dignidad de autoridad suprema, cual lo requería la costumbre de los indios, á él se llegaron los seis, hicieron una reverencia al sol, otra á la luna, y la tercera al Adelantado. «Señor, le dijeron: quieres paz ó guerra?» —Paz: les contestó Soto por el órgano de un intérprete, añadiendo que solo pedia de comer; á lo cual respondieron que si bien aceptaban la paz, tenian el pesar de no poderle servir en cuanto á darle comida, á causa de la carestía, efecto de una gran peste que acababa de afligirles; y que eran vasallos de una Señora jóven y soltera, á quien iban á dar cuenta de aquella conferencia.

Apenas medió tiempo bastante para cumplir los seis indios su embajada, cuando se vió entoldar dos grandes canoas, embarcándose en la una unas ocho mujeres, y en la otra seis varones. Venía en aquella la Señora del territorio, y al llegar donde Soto estaba se acomodó en un asiento que dos de sus sirvientas la llevaban; hizo á su manera algunos cumplimientos, y espuso su pesar por la carestía de víveres que se esperimentaba en aquella tierra; pero que teniendo dos casas con provisiones para socorrer á los necesitados, ofrecía á sus huéspedes la una, rogando la dejasen la otra, porque en un pueblo mas arriba tenia gran repuesto de maiz y lo daría. En cuanto á vuestro albergue, añadió, si os place evacuaré y os cederé todo el pueblo. La cortesía, la caballerosidad castellana requería una contestacion hidalga. El Adelantado dió las gracias á la generosa



C. Mugica invº y litº

Lit. de J. J. Martinez Madrid

LA INDIANA SEÑORA DE COFACHIQUE

hace dádiva de su collar a Fernando de Soto por mano del interprete en signo de amistad y alianza

indiana, protestando que se tendria por contento y satisfecho con lo que fuese su voluntad, sin el menor asomo de violencia ó menoscabo de su bienestar y el de sus súbditos. Mientras esto hablaba el caballero español, se quitó la indiana una sarta de perlas que llevaba al cuello, y la puso en manos del intérprete para que éste la entregase á Hernando de Soto diciéndole: «Que se abstenia de presentársela en propia mano, guardando así la honestidad que distinguir debia siempre á la muger.» Levantándose el Adelantado recibió cortésmente la dádiva, y en cambio presentó á quien la hacia una rica sortija con un rubí, que en el índice llevaba puesta. Así quedó la paz establecida, y la admirable y virtuosa indiana, aquella que Señora de salvajes pudiera ser modelo de bondad, modestia y buena fé, á no pocos magnates y potentados de la culta Europa, se fué dejando á todos prendados de su bizarra presencia y amable trato.

Pasó el ejército en almadías y canoas el rio que habia detenido su marcha, bien que con pérdida de cuatro caballos que se ahogaron; tuvo el Adelantado satisfactorias noticias de la fertilidad del pais, como tambien de que la viuda madre de la Señora indiana habitaba á doce leguas de distancia, y que en vez de querer ir á donde se hallaban los españoles, como la hija se lo rogaba, habia reprendido á esta acusándola de liviana por su condescendencia en recibir aquella gente desconocida. Deseaba Hernando de Soto dar pruebas de sus pacíficas intenciones y su buena amistad á la severa madre de su favorecedora. Rogándola que fuese allá envió á Juan de Añasco, en calidad de embajador, con treinta caballos, acompañado de un personage indio, mas sucedió que á pocas leguas de camino, cuando los españoles se habian sentado á descansar y comer á la sombra de unos árboles, aquel mismo magnate se quitó el manto de martas que llevaba puesto, y fué sacando del carcax una á una las flechas, que eran de leve caña indiana, admirablemente labradas, con casquillos de huesos de venado, de tres puntas, y espinas de pescado, emplumadas en triángulo, y luego hizo ademan de preparar el arco, pintado de un betun de color, tan bruñido que parecia de esmalte. La última flecha que sacó tenia casquillo de pedernal puntiagudo y en forma de cuchillo de daga. Observó que los españoles estaban como embelesados admirando el primor de las flechas, y empuñando entonces el orgulloso indígena la última que del carcax habia sacado, con ella se cortó la garganta y cayó muerto. Accion tan repentina como inesperada dejó atónitos y confusos á nuestros aventureros, sin atinar á comprender la causa, hasta que los sirvientes del bárbaro personage indicaron que aquel suicidio era efecto del pesar que le dominaba, considerando que iba autorizando una embajada que sin duda habia de ser desagradable á la viuda madre de su Señora. Esta indicacion persuadió al embajador de Soto de que sería inútil su mision, y por tanto, con el parecer unánime de su gente, dió la vuelta para el ejército.

No fué del agrado del General español la determinacion de Añasco, y así es que aconsejado de la jóven indiana le envió segunda vez á buscar á la madre,

componiéndose esta segunda embajada de veinte castellanos en dos canoas, con un indio que se ofreció á guiarlos rio arriba. En tanto la generosa Señora dió licencia á los españoles para que fuesen á una casa que, tenida por sagrada, era panteon de la nobleza indiana, y allí tomasen las muchas perlas que habia, como tambien las que en mayor cantidad se hallaban en otro templo, cerca del lugar donde se hallaban los sepulcros de sus antepasados. Abstúvose Hernando de Soto de utilizar esta liberalidad, aguardando el regreso de Juan de Añasco, y habiendo vuelto sin lograr el objeto de su mision, entró en el templo, y al lado de los grotescos sepulcros que circuían lo interior de aquellos muros, vió unas cestas de cañas con gran cantidad de perlas, aljofar y vestiduras de hombres y mugeres, hechas de pieles de gamos y de otros cuadrúpedos semejantes. Hasta veinte arrobas de perlas se recogieron y pesaron. De esta gran porcion solo quiso el Adelantado que se estrajesen dos arrobas para enviar á la Habana, saber el valor de sus quilates, y calcular asi la importancia de las demas que en el templo quedaban reservadas; mas cediendo despues á los ruegos de sus oficiales, determinó apoderarse de todas, repartiendo á los capitanes sendas almuerzas de ellas.

De allí pasaron los españoles á otro pueblo llamado Tolomeco, y en una casa á manera de templo, con estraordinaria alegría hallaron colgadas del techo varias madejas de perlas ensartadas, además de otras muchas en arcas, asi como vestidos semejantes á los anteriores, gran porcion de picas, con puntas de cobre que parecian de oro, clavas y hachas del mismo metal, arcos, flechas, rodelas y paveses. No condescendió esta vez el Adelantado á las instancias de los suyos para que de aquella riqueza se apoderase, antes bien la dejó intacta, ya para no dar pernicioso cebo á la codicia que pudiera relajar la disciplina del soldado, y que rico y contento quisiera desistir de llevar á cabo la empresa, ya para no abusar de la liberalidad de la bondadosa Señora de aquella tierra, y ya en fin porque juzgaba aquel tesoro mas seguro, depositado donde se hallaba, para cuando estuviese afirmada la conquista del pais. Despidióse de la Soberana de Cofachique, y atendida la dificultad de sustentarse tanta gente reunida, dividió su ejército en dos partes; la una con él al frente, y la otra al inmediato mando de Baltasar Gallegos. Emprendió la marcha hácia adelante, caminó con direccion á la provincia de Chalaque, y al sesto dia llegó al valle de Juala, tierra apacible al N-N-E.

Considerando el largo viaje que en tan breve tiempo habia hecho la gente de Hernando de Soto, y tratándose del rio grande de Cofachique, que los marineros opinaban ser el que en la costa de la mar del Norte llamaban de Santa Elena, segun la cuenta que hacian de cuatro leguas por jornada, resultaba que desde Apalache hasta Juala habian caminado aquellos intrépidos españoles doscientas y sesenta leguas, de modo que con las ciento cincuenta andadas desde la Bahía del Espíritu Sano hasta Apalache, eran al todo cuatrocientas y diez leguas. Ha-

bian hallado en la provincia de Cofachique muchos indios forasteros, reducidos al mísero estado de esclavos como prisioneros de guerra, de los cuales se servian sus dueños para las labores del campo y otros penosos trabajos; y á fin de que no pudieran fugarse, con inaudita crueldad les cortaban los talones y algun nervio de una pierna, de manera que todos eran cojos.

Quince dias descansó el ejército de Soto en el valle de Juala, perteneciente á la Soberana de Cofachique, aunque en provincia aparte, y allí gozaron de la benignidad del clima y la abundancia del suelo, con lo cual hombres y caballos se recobraron de las fatigas y penalidades. Prosiguieron luego su viaje, atravesando veinte leguas de tierra llana y deshabitada aunque grata; descansaron cuatro dias en Jualale, y en cinco llegaron á Ichiahá, pueblo situado en una isla de mas de cinco leguas de largo, formada en medio de un caudaloso rio. Con la grata noticia de que treinta leguas mas adelante habia minas de *metal amarillo*, envió Soto inmediatamente al sevillano Juan de Villalobos á que las reconociese, y regresando este de su comision tuvo el Adelantado el disgusto de saber que aquel metal era cobre. De allí pasaron los espedicionarios al territorio de Acoste y entraron el de Coza, estenso, fértil y muy poblado, donde el ejército fué recibido de paz, caminando cien leguas, bien provisto y hospedado. Al llegar el Adelantado al pueblo de Coza salió á recibirle el cacique con un séquito de mil indios engalanados. Quinientas viviendas componían la poblacion, al márgen de un rio. En ella permaneció nuestra gente doce dias sin carecer de nada para el sustento necesario, y partió en busca de la mar, con el propósito de salir al puerto de Achusi. Anduvieron cinco jornadas hasta Talise, pueblo fortificado con trincheras de madera, en la frontera del Señorío de Tascaluza, enemigo de Coza. El cacique salió al encuentro de Hernando de Soto, que se adelantó á recibirle, y nuestra gente fué bien admitida y obsequiada. De allí pasó la vanguardia del ejército á Mavila, yendo Soto con ella acompañado del Señor de Tascaluza, quien al apearse el Adelantado le invitó por medio del intérprete para que allí hiciese descanso. Muy ageno estaba Hernando de Soto de recelar que el cacique abrigára en su corazon la alevosía, cuando el artificioso indio se entró en una casa donde habia mandado juntar sus prohombres para tratar de dar muerte á los españoles, como ya lo tenia meditado. Por fortuna del Adelantado y su gente se detuvieron los alevosos bárbaros á discutir entre ellos si habian de cometer ó nó el asesinato de sus huéspedes antes de que llegase el resto del ejército español, y prevaleciendo el dictámen de los que estaban porque se aguardase á que se hallasen todos juntos, emplazaron para entonces la ejecucion de la catástrofe. Al intento estaban ocultos en diferentes viviendas y en los bosques millares de salvajes, á quienes se habia ofrecido repartir los despojos de las víctimas. En tal estado sucedió que Juan Ortiz, por mandato de Soto, fué á llamar al cacique Tascaluza, y al querer dar á este el recado de su General, de improviso se arrojó sobre él un indio, le cubrió el

rostro con una manta, y en el acto hubiera muerto el desprevenido español, á no mediar la feliz casualidad de pasar contiguo Baltasar Gallegos, quien dando una cuchillada al indio homicida, con la muerte de este salvó la vida á Juan Ortiz.

En el acto mismo de este rasgo de valor se vió Gallegos acometido de otro indio á quien pasó de una estocada. El suceso hizo recelar al punto la traicion meditada: los españoles se alarmaron, y los unos acudiendo á tomar los caballos, cortando con las espadas los ramales para no perder tiempo en desatárlos, y los otros no teniendo lugar para tanto, porque los indios se congregaban ya presurosos, dejaron abandonadas sus cabalgaduras para acudir sin demora á la defensa, uniéndose á sus compañeros, en tanto que los bárbaros los asaeteaban y se cebaban en apoderarse de los bagajes de nuestra gente. Pudo esta salir á campo raso, donde la bárbara muchedumbre trabó desigual pelea con la infantería, la cual, sostenida por los ginetes que cabalgar pudieron, acometió tan valerosamente que arrolló á los indios encerrándolos en el pueblo. La ocupacion de Mavila presentó la terrible escena y los horrores de la toma de una plaza por asalto: tal fué la resistencia de los salvajes, defendiéndose con desesperacion en las calles, y desde las puertas, ventanas y terrados de sus informes casas, hasta que por último Hernando de Soto, á caballo, seguido de Nuño de Tovar y algunos de los suyos, arremetió á una falange de enemigos en la plaza del pueblo, y en el acto fué herido de un flechazo en una nalga. La serenidad, el sufrimiento y disimulo del General español llegó á tanto, que sin dar á conocer su situacion continuó peleando, con la flecha clavada, durante la batalla, para no desanimar á su gente. Herido fué tambien de una flecha Nuño de Tovar, en la mano derecha, sin que por esto dejase de esgrimir su lanza contra la bárbara multitud. El incendio de las casas que á sangre y fuego iban ganando los españoles, hubiera arredrado y hecho rendirse á otros menos fieros y obstinados que los sitiados salvajes; pero estos, ciegos de cólera y confiados en su número, perecian en medio de las llamas prorumpiendo en imprecaciones contra los invasores de su patria. Duró la desigual pelea hasta las cuatro de la tarde, hora en que los indios, conociendo su flaqueza, echaron afuera las mujeres, que peleaban con lanzas, espadas y partesanas, de las que los españoles habian perdido en la lid; otras con flechas, igualando en valor y en destreza á los maridos, y otras con piedras, arrojándose varonilmente á la muerte. En esto el grueso del ejército, que ignorando lo que pasaba vino siguiendo la marcha de la vanguardia, oido el rumor de las trompetas y cajas, confundido con la vocería de los que en la poblacion pugnaban con la muchedumbre de los bárbaros, aceleró el paso y llegó á tomar parte en la batalla, decidiendo así la victoria. En su desesperacion salió con ligereza una multitud de indios á campo raso, donde intentaron hacer frente y fueron alanceados. Doce caballos de los recien llegados del ejército arremetieron á una falange de hombres y mujeres que aun peleaban

en la plaza, y en breve los desbarataron. Con esto terminó la batalla, estando el sol ya en su ocaso, al cabo de nueve horas, el dia 18 de octubre de 1541. Ochenta y tres españoles perecieron en tan reñida como desigual contienda, siendo muchos los heridos, y á cuarenta y cinco ascendió el número de caballos muertos. Acaso sea exageracion de los historiadores la pérdida que atribuyen á los salvajes, pues dicen llegó á once mil el número de los muertos á hierro y fuego, mas de una tercera parte en medio de las llamas de las casas, que en cenizas quedaron convertidas; entre ellos el cacique Tascaluza, de quien nada volvió á saberse.







CAPITULO VI.

Evacua Hernando de Soto á Mavila y va á la provincia de Chicoza, cuyos indígenas le hostilizan.—Construyen los españoles dos grandes piraguas: bótanlas en el rio: defienden el paso los indios: acciones de valor de los españoles; desembarcan en la orilla opuesta, toman un fuerte, siguen la marcha y entran en el pueblo de Chicoza.—Sorprenden allí los indios á los españoles.—Batalla de Chicoza.—Pasa Soto con su ejército á Chicacolta, donde inverna.—Asalto del fuerte de Alibamo por los españoles.—Llegan á Chisca: falsa embajada de paz de los indios.—Construyen piraguas los de Soto, pasan con ellas el rio, venciendo la resistencia de los salvajes, se trasladan á Casquin, y de allí á Capahá, cuyo cacique se retira con su gente á una isla fortificada de Rio Grande.—Ataque á la isla, y retirada de los españoles.—Paz con el cacique de Capahá.—Va el ejército de Soto á la provincia de Tula: batalla en la capital, y estraordinario valor de un indio.—Invade Soto el territorio de Vitangue, y pasa de allí al de Naguatex, donde deserta de su bandera el español Diego de Guzman, pasándose á los indios: causas de esta desercion.—Continúa su viaje la espedicion de Soto, atraviesa siete provincias, y se interna en la de Anilco.—Fuga de aquel cacique con la mayor parte de su gente.—Entran los españoles en el estado de Guachacoya y ocupan la capital.—Entrevista de aquel cacique con Soto.—Vuelve este á la provincia de Anilco, auxiliado de los guachacoyanos, quienes cometen grandes atrocidades en aquel pais, por lo cual les hace retirarse el General de los españoles.—Regreso de Soto á Guachacoya, donde dispone la construccion de naves para pasar el Rio Grande: cae gravemente enfermo, convoca á los suyos en rededor de su lecho, nombrando sucesor suyo en el mando á Luis de Moscoso y Alvarado, y muere.—Elogio de Hernando de Soto.—Con la muerte de su general desalientan los espedicionarios: abandonan el pais conquistado, pasan grandes y contínuos trabajos en su retirada.—Llegan otra vez á Rio Grande á últimos de noviembre, se detienen á invernar en la fértil provincia de Aminoya, y se ocupan en la construccion de bergantines para pasar el rio; á cuya parte opuesta se halla el estado de Quicualtangui.—Perfidia y conspiracion del cacique de aquel pais, confederado con otros, para acabar con los espedicionarios españoles.—Emprenden estos su navegacion por el rio para salir al mar, y son perseguidos por una flota numerosa de canoas indianas.—Combates navales entre indios y españoles.—Desembarco de estos y ocupacion de un pueblo.—Reembárcanse y sigue la Armada su navegacion por el rio; accion temeraria cuanto valerosa de un soldado español.—Llegan los españoles á dar vista á la mar.—Encuentros con los indios que hacen guerra con sus canoas.—Sale la Armada al mar, donde se separan las naves unas de otras.—Navegacion peligrosa.—Desembarco y escursion en tierra: hállanse vestigios de haber estado en aquel pais otros españoles.—Prosiguen los espedicionarios su navegacion, llegan á Panuco, y de allí van á Méjico, donde se sublevan pretendiendo volver á la Florida, y el Virey de Nueva-España los licencia y se dispersan.—Los capitanes Maldonado y Arias hacen varias espediciones marítimas en busca de su general Hernando de Soto, cuya suerte ignoraban; saben su muerte y se retiran á la Habana.

En quince dias que los españoles permanecieron en Mavila, procurando recobrarse un tanto de las penalidades de su largo viaje, tuvo noticia Hernando de Soto de que Diego Maldonado y Gomez Arias andaban descubriendo por la costa. Esto le indujo á fundar una colonia en Achusi, como preliminar de otra que tenia intento de crear veinte leguas tierra adentro; pensamiento de que tuvo

que desistir, cediendo al parecer unánime de sus oficiales, temerosos todos, no sin razon, de la dificultad ó imposibilidad de sujetar por entonces á la dominacion de España los belicosos indios de la Florida, cuyo número escediera acaso de mil por cada uno de aquellos españoles, al paso que estaban poseidos del espíritu de independencia y amor patrio, virtudes que hacen á las naciones comunmente invencibles. Bien quisiera el vencedor de Mavila evitar la contingencia de que su gente le desamparase, si esta llegaba á verse en la marina, por lo cual suspiraban todos, y así es que temiendo le cortasen el hilo de sus esperanzas, acordó internarse en el pais, siempre ansioso de sujetar á las feroces tríbus del territorio que deseaba conquistar, incorporando aquella fértil porcion de la América á la Corona de Castilla. Hallándose ya los heridos en estado de ponerse en camino evacuó Soto á Mavila, anduvo tres jornadas por buena tierra, entró en la provincia de Chicoza, y allí fué detenido por los indígenas. Desamparando estos las poblaciones acudieron á defender el paso de un hondo rio que corría por terreno quebrado, y en poco tiempo aparecieron mas de ocho mil, que pasando en multitud de canoas acometieron con arrojo á los invasores. En tal apuro dispuso Fernando de Soto que se hicieran fosos donde estuviesen encubiertos los ballesteros, arcabuceros y rodeleros, para que saliesen oportunamente contra los salvajes; pero estos, descubriendo la emboscada, acudían en tanto número que los ocultos guerreros hubieron de abandonar sus reparos y retirarse presurosos.

Persuadido el General español de que los ardides y precauciones de que usaba no bastáran para vencer á los indómitos y astutos indios, apeló al recurso de construir en secreto en un barranco, dos grandes piraguas, y al cabo de doce dias las sacaron del monte, sobre ruedas, tiradas de caballos, y empujadas por los mismos españoles. Botándolas al agua una madrugada antes que los indios pudieran advertir la maniobra, entraron en cada una de ellas diez caballos y cuarenta arcabuceros y ballesteros; mas por mucha priesa que la gente se dió en pasar el rio, lo advirtieron unos quinientos indios que vigilantes recorrían el campo, y alzando un espantoso alarido, que fué grito de alerta, la muchedumbre de los bárbaros acudió presurosa á defender el paso; y aunque heridos muchos de ellos por los disparos de nuestra gente, llegaron agolpados á la orilla. Una de las piraguas arribó al desembarcadero, y la otra, no pudiendo romper la corriente, á fuerza de remos volvió atrás retardando la travesía. De la primera saltó delante de todos en tierra Diego García, natural de Villanueva de Barcarrota, y tras de él Gonzalo Silvestre. Montando ambos á caballo sin detenerse, acometieron denodados á los indios, y por cuatro veces los hicieron apartarse unos doscientos pasos del desembarcadero, sin que aquellos dos valerosos capitanes fuesen socorridos de los suyos, á causa de la torpeza de estos en desembarcar; hasta que saliendo de la piragua cuatro de á caballo, y tras de estos los infantes, los seis ginetes dieron la quinta arremetida á los bárbaros,

é invadieron un pueblo contiguo. En esto desembarcó tambien Hernando de Soto, que con sesenta soldados acudió en la segunda piragua que la primera vez no pudo arribar á la orilla, y los salvajes se acogieron á un fuerte que tenian, en tanto que la demas gente nuestra iba con las dos naves pasando el rio.

Consecutivamente deshicieron los de Soto las piraguas recogiendo la clavazon, y pasando adelante, en cuatro jornadas llegaron á Chicoza, pueblo bien situado, entre arroyos y árboles frutales. En aquel sitio acordó el Adelantado pasar el resto del invierno; pero cuando mas confiado estaba en la tranquilidad del pais, una noche acudieron de improviso y silenciosos los bárbaros en tres numerosas falanges, y á distancia de unos cien pasos del ejército, que parecía entregado al sueño, alzando su acostumbrada gritería en tales casos, y haciendo resonar á un tiempo el ronco y discordante sonido de sus caracoles, bocinas, atabales y otros bélicos instrumentos, arremetieron con antorchas encendidas, hechas de una yerba que arde cual la tea resinosa, y pegaron fuego á las casas del pueblo, que techadas de paja ardieron fácilmente. Ni la repentina aparicion de las turbas incendiarias, ni el verse instantáneamente envueltos en las voraces llamas, nada de esto privó á los descuidados castellanos de la serenidad, ni menguó el valor que en semejante trance era preciso demostrar. Si pronto fué el asalto no menos lo estuvo cada cual en acudir á su puesto, siendo Soto el primero, armado de celada y escaupil, porque soldado intrépido, como capitan vigilante y prevenido, dormía vestido siempre que en campaña se encontraba. Diez ginetes castellanos le siguieron, en tanto que los demas con la infantería hacian esfuerzos por salir de entre el incendio, rompiendo por las turbas numerosas de los bárbaros. Salvaron en medio del conflicto algunos enfermos y heridos; otros perecieron abrasados, como tambien algunos caballos. Incorporados al fin los españoles, cargaron á la muchedumbre de los indios, que no pudiendo resistir el estrago que en ellos hacian las espadas, las lanzas y arcabuces, se desordenaron y desbandados huyeron, perseguidos del vencedor por todas partes, al resplandor de las llamas de Chicoza. Mas de dos horas duró la batalla; en ella murieron cuarenta españoles, y cincuenta caballos, veinte de estos abrasados.

A consecuencia determinó el General español trasladar sus reales á Chicacolta, á distancia de una legua, y fortificándose allí se ocupó la gente en reparar las armas y demas efectos de campaña. Hallábanse todavía en la estacion de invierno, mal vestidos y calzados, y así hubieron de pasar con gran penalidad hasta fin de marzo, tiempo en que emprendieron otra vez la marcha. Una jornada habian andado cuando hubieron de detenerse á la vista de un fuerte cuadrado, de unos cuatrocientos pasos cada lado, con puertas tan bajas que no podia entrar por ellas un hombre á caballo, y cercado de una espesa empalizada. Al disponerse nuestra gente para dar el asalto al fuerte, llamado de Alibamo, los indios echaron fuera de él unos mil, muy empenachados, pintado el

cuerpo de diversos colores, y con admirable arrojo acometieron y derribaron en la embestida á Diego de Torres, natural de Burgos, á Diego de Castro, de Badajoz, que iban de vanguardia, y á tres mas de la segunda fila, quienes murieron de las heridas. A pesar de esto cerraron los españoles tan pronto y en tal manera contra la muchedumbre de los bárbaros, que sin darles lugar á poner segunda vez las flechas en los arcos, hicieron horrible carnicería en la desnuda gente, entrando agolpados tras ella en el fuerte. Acosados allí los salvajes, aturdidos al estampido de los arcabuces, se arrojaban por las murallas; daban en manos de los ginetes que acababan con ellos á lanzadas, y los que del fuego y del acero se escapaban procuraban salvar la vida pasando á nado un rio que á espaldas del fuerte habia. La corriente no impidió que pasára á la orilla opuesta una partida de caballería, que á lanzadas dejó tendidos sin vida por el llano gran número de bárbaros.

Mientras así alcanzaban gloriosos triunfos las armas españolas en los campos de la Florida, el ejército de Soto se vió afligido de una peste que arrebató no pocos de sus individuos. Preciso era salir del funesto territorio de Alibamo: emprendieron trabajosamente la marcha, entorpecida por la necesidad de atender al crecido número de enfermos; y al cabo de tres jornadas hácia el Norte llegaron á Chisca, junto á un rio que llamaron el Grande, por ser el mayor de cuantos hasta allí habian visto. Poco previsor en esta ocasion Hernando de Soto, mandó retener como en rehenes gran número de familias de aquel pueblo, temeroso de que en él se repitiera la atroz jornada de Mavila; pero sucedió que desatendiendo los indios las protestas de paz que el general español les hacia, en menos de tres horas se congregaron mas de tres mil, tratando de recobrar las mugeres é hijos que estaban como cautivos en poder del invasor. Diversos pareceres hubo entre ellos acerca de los medios de lograr su intento, mas la ferocidad del ánimo, y el deseo y la impaciencia de venganza, se declaraban ya por la guerra, en tal manera que el Adelantado, conociendo el duro y peligroso trance á que su indiscrecion le conducia, tuvo por conveniente entrar en pactos con los principales indios, quienes á trueque de rescatar las familias cautivas, como lo consiguieron, se prestaron á desistir de la actitud guerrera, proveyendo de víveres á los españoles. Seis dias descansaron estos en Chisca, y al cuarto de haberse puesto en camino llegaron á un desembarcadero, en otro rio, en cuya corriente vieron, en la orilla opuesta, multitud de canoas con mas de seis mil indios, resueltos á disputar el paso á nuestra gente. Disponíase esta para tantear el vado, cuando se presentaron cuatro de aquellos salvajes, y hecha su acostumbrada adoracion al sol y la luna, despues de una reverencia á Hernando de Soto, conociendo que era el caudillo de los españoles, por el órgano del intérprete le espusieron que de parte del Señor de aquella provincia iban á cumplimentarle y ofrecerle su amistad. No olvidaba nunca el Adelantado que semejantes felicitaciones y ofertas encubrian comunmente pérfidas intenciones, y así es que sin dejar de

corresponder cortésmente al mensage, dispuso que sin levantar mano se construyesen como antes dos grandes piraguas, con que arrostrára nuestra gente la oposicion que hicieran las canoas. Desde ellas empezaron los indios á hostilizar á los españoles, oscureciendo el sol con nubes de saetas, y aproximándose á la orilla en que el ejército acampaba. No permanecieron ociosas las armas de los soldados de Soto; pues habiendo practicado de antemano algunos fosos en ellos se ponian á cubierto, desde allí disparaban sus arcabuces y ballestas, y hacian grande estrago en los enemigos, que agrupados ocupaban sus ligerísimas canoas. Concluyéronse en tanto las piraguas: cabian en ellas ciento y cincuenta infantes y treinta caballos, y á la vista de los indios las echaron al agua y empezaron á navegar á vela y remo. El aparato de aquellas grandes máquinas nunca vistas por los bárbaros, les espantó de tal manera que se acobardaron, desistieron del empeño de defender el paso del rio, y retirándose le dejaron espedito. Con esto se encontró en breve el ejército español en la ribera opuesta: al cabo de cuatro jornadas descubrió una poblacion de cuatrocientas casas en una dilatada y amena vega, donde la gente fué admitida con demostraciones de paz, y Soto recibió un mensage amistoso del cacique, llamado Casquin, á cuya residencia se trasladó el Adelantado y allí encontró buena acogida.

Dió la feliz casualidad que durante nueve dias que los españoles permanecieron en el pueblo de Casquin, cuyos habitantes estaban afligidos por una gran sequía que sufria aquel pais hacia ya muchos meses, sobrevino una copiosa y refrigerante lluvia que hizo revivir la vejetacion, y contribuyó poderosamente á la salud de los indígenas, colmándolos de consuelo y de gratas esperanzas de abundante cosecha. Sucedió esto en ocasion que nuestra gente hacia fervorosas rogativas al cielo para que los salvase de los peligros de su trabajosísima empresa, y los indios atribuyendo á un milagro del Dios de sus huéspedes la lluvia deseada, se mostraron rendidos por tan inesplicable beneficio, afanándose en asistir y suministrar cuantos auxilios les pedian aquellos á quienes tenian por semi-dioses.

Partió Soto del territorio de Casquin con su gente, llevando cinco mil indios de guerra y otros muchos de carga, y al cuarto dia avistaron el lugar de Capahá, que fronterizo de aquel territorio estaba fortificado con un foso de cuarenta brazas de ancho, y diez de fondo, anegado con el agua que por un canal de tres leguas llevaban del Rio Grande. Rodeaba el foso las tres cuartas partes de la poblacion, y la otra estaba fortificada con una empalizada muy alta; de corpulentos maderos. Tan pronto como el cacique de Capahá descubrió al ejército invasor, como le cogia desprevenido, en una canoa se fué por el canal al Rio Grande, á guarecerse en una isla que tenia fortificada, seguido de muchos de los suyos. Los demas casi todos perecieron á manos de los casquineses, quienes cometieron con los muertos la inaudita atrocidad de arrancarles los cráneos para llevarlos á su pais como un trofeo; y sin que fuera dable á los españoles contenerles, saquearon el pueblo, cautivaron niños y mu-

jeres, invadieron el cementerio, desenterraron los huesos de los que en él estaban sepultados, y arrebataron una multitud de calaveras de casquineses, que allí estaban colgadas, como despojos ó trofeos de las victorias que contra los frenéticos profanadores del asilo de los finados habian alcanzado algunas veces los de Capahá, eternos rivales suyos.

No se detuvo allí Hernando de Soto: continuó su marcha, precedido de un mensajero de paz al cacique refugiado en la isla, quien no la quiso aceptar, ardiendo siempre en deseos de vengarse de los casquineses. Mientras esto pasaba recibió el Adelantado un mensaje del cacique Casquin, rogándole que se detuviese hasta que llegáran á donde se encontraba sesenta canoas que por el rio le enviaba, juzgando que eran de absoluta necesidad para el bloqueo y toma de la isla. El ejército español se puso no obstante en marcha formando ala de una milla de estension y de este modo se presentó á la vista de la isla, fortificada con palenques de gruesos troncos, y de una cerca ó seto de maleza de zarzas. Mandó Hernando de Soto que doscientos soldados yendo en veinte canoas, y los casquineses en las demas, procurasen desembarcar en la aislada tierra; y aunque al llegar á ella se ahogó Francisco Sebastian, valeroso soldado, que quiso tener la gloria de ser el primero que saltára en la isla, los demas castellanos pelearon con tanto arrojo y valor que ganaron el primer palenque. No con tanta facilidad el segundo, donde los sitiados hicieron firme resistencia, imponiendo en tal manera á los casquineses, que atemorizados de las crueldades que sus implacables enemigos ejercieran en ellos si á vencer llegáran, cobardemente huyeron en cuarenta canoas de que eran dueños, y aun se llevára las otras veinte, si dos castellanos que en custodia de cada una habian quedado no las hubieran defendido con las espadas.

Al verse los españoles abandonados de los millares de indios que les auxiliaban, se fueron retirando, y queriendo perseguirlos el enemigo les contuvo el mismo cacique, considerando que á pesar de aquel aparente triunfo no podia sostener con feliz éxito la guerra, y que la asistencia con que habia salvado la isla le presentaba ocasion oportuna y ventajosa para ajustar la paz que al principio rehusó altanero. Pidióla pues al Adelantado: este convino en que tuviesen una entrevista, y á consecuencia de ella, todos unidos, españoles y sitiados, sin tenerse ni unos ni otros por vencidos ni vencedores, volvieron al pueblo de Capahá en aparente amistad, como si fuesen todos naturales de aquel pais. Existia no obstante el inestinguible encono entre capaháneos y casquineses: ardía en el corazon de aquellos el deseo de venganza por los estragos y las barbaridades que los segundos habian cometido en su patria, estendiendo el desahogo de su rencor hasta en las sepulturas de los finados, y así es que el cacique de Capahá, encarándose con el de Casquin en presencia de Soto, le retó encolerizado, jurando vengarse de él, tan pronto como se alejáran los huéspedes estranjeros que tanto respeto le imponían. La prudente cuanto oportuna

mediacion del presunto conquistador de la Florida alcanzó á reprimir la cólera del capahuano y á contener al de Casquin. «No he venido á vuestros estados, dijo Soto, para dejaros en tanta ó mayor enemistad que antes, sino en paz como es mi objeto.» A estas razones y otras que hábilmente espuso, se debió que el cacique de Capahá aceptase la amistad de su rival. Ambos comieron juntos con su pacificador, y ambos se prometieron una alianza que por su desgracia no habian de guardar al fin, porque su resentimiento era inestinguible habiendo cometido atrocidades sin cuento los unos contra los otros. Desde luego se anunció la mala fé de que la promesa de amistad iba acompañada, cuando al restituir Soto al capahuano las mujeres que como en rehenes ó cautivas tenia en su poder, rehusó admitirlas diciéndole: «Quedaos con ellas ó dadlas á quien quisiéreis, pues conmigo no han de quedar.» Semejante resolucion se juzgó nacida no solo de lo mucho que para el cacique desmerecían aquellas desgraciadas, por haber estado algun tiempo en poder de enemigos, sino tambien de que rehusando la admision de ellas se consideraba menos obligado á guardar la alianza que acababa de contraer con su rival, mas bien por temor á los invasores estranjeros que por razones de generosidad y conviccion del bien público. En semejante trance tuvo Hernando de Soto por acertado, en bien de las cautivas, retenerlas en su poder haciendo que los suyos las tratasen con los miramientos á que es acreedora la desgracia.

De Capahá volvió el Adelantado á Casquin, porque desde Mavila habia caminado al Norte por apartarse del mar, y de allí, siguiendo la corriente del rio, llegó á la provincia de Quiguate, entró en un pueblo cuyos habitantes huyeron á la vista de los invasores, y continuando estos su marcha, al quinto dia entraron en la provincia de Colina; pasaron cuatro dias despues á la de Tula, caminando por despoblados, y al llegar á un pueblo salieron á su encuentro hombres y mujeres á pelear. Forzados á retirarse los indios, en pós de ellos entraron los vencedores á sangre y fuego. Cuatro dias llevaban de permanencia los españoles en Tula, cuando los indígenas antes de amanecer cayeron sobre ellos por tres puntos á un tiempo y en silencio. Trabose la batalla en medio de la oscuridad, durando hasta que el sol hubo salido, y aunque los españoles arrollaron á los salvajes forzándolos á la fuga, el Adelantado consideró prudente no perseguirlos, teniendo que lamentar la pérdida de cuatro de los suyos muertos, y no pocos heridos. Digno es de notarse que uno de aquellos indios, defendiéndose con un hacha que arrebató á uno de los nuestros, peleó con tres castellanos, uno á uno y á todos los dejó fuera de combate mal heridos; y á mas hubiera vencido si Gonzalo Silvestre, natural de Herrera de Alcántara, no le hubiera cortado á cercen de un tajo con la espada la mano con que el bárbaro empuñaba el hacha.

Al cabo de veinte dias dejaron los españoles á Tula, no llevando ya consigo mas de una indiana, pues las demas se habian ido quedando en el pais por

jeres, invadieron el cementerio, desenterraron los huesos de los que en él estaban sepultados, y arrebataron una multitud de calaveras de casquineses, que allí estaban colgadas, como despojos ó trofeos de las victorias que contra los frenéticos profanadores del asilo de los finados habian alcanzado algunas veces los de Capahá, eternos rivales suyos.

No se detuvo allí Hernando de Soto: continuó su marcha, precedido de un mensajero de paz al cacique refugiado en la isla, quien no la quiso aceptar, ardiendo siempre en deseos de vengarse de los casquineses. Mientras esto pasaba recibió el Adelantado un mensaje del cacique Casquin, rogándole que se detuviese hasta que llegáran á donde se encontraba sesenta canoas que por el rio le enviaba, juzgando que eran de absoluta necesidad para el bloqueo y toma de la isla. El ejército español se puso no obstante en marcha formando ala de una milla de estension y de este modo se presentó á la vista de la isla, fortificada con palenques de gruesos troncos, y de una cerca ó seto de maleza de zarzas. Mandó Hernando de Soto que doscientos soldados yendo en veinte canoas, y los casquineses en las demas, procurasen desembarcar en la aislada tierra; y aunque al llegar á ella se ahogó Francisco Sebastian, valeroso soldado, que quiso tener la gloria de ser el primero que saltára en la isla, los demas castellanos pelearon con tanto arrojo y valor que ganaron el primer palenque. No con tanta facilidad el segundo, donde los sitiados hicieron firme resistencia, imponiendo en tal manera á los casquineses, que atemorizados de las crueldades que sus implacables enemigos ejercieran en ellos si á vencer llegáran, cobardemente huyeron en cuarenta canoas de que eran dueños, y aun se lleváran las otras veinte, si dos castellanos que en custodia de cada una habian quedado no las hubieran defendido con las espadas.

Al verse los españoles abandonados de los millares de indios que les auxiliaban, se fueron retirando, y queriendo perseguirlos el enemigo les contuvo el mismo cacique, considerando que á pesar de aquel aparente triunfo no podia sostener con feliz éxito la guerra, y que la asistencia con que habia salvado la isla le presentaba ocasion oportuna y ventajosa para ajustar la paz que al principio rehusó altanero. Pidióla pues al Adelantado: este convino en que tuviesen una entrevista, y á consecuencia de ella, todos unidos, españoles y sitiados, sin tenerse ni unos ni otros por vencidos ni vencedores, volvieron al pueblo de Capahá en aparente amistad, como si fuesen todos naturales de aquel pais. Existia no obstante el inestinguible encono entre capaháneos y casquineses: ardía en el corazon de aquellos el deseo de venganza por los estragos y las barbaridades que los segundos habian cometido en su patria, estendiendo el desahogo de su rencor hasta en las sepulturas de los finados, y así es que el cacique de Capahá, encarándose con el de Casquin en presencia de Soto, le retó encolerizado, jurando vengarse de él, tan pronto como se alejáran los huéspedes estranjeros que tanto respeto le imponían. La prudente cuanto oportuna

mediacion del presunto conquistador de la Florida alcanzó á reprimir la cólera del capahuano y á contener al de Casquin. «No he venido á vuestros estados, dijo Soto, para dejaros en tanta ó mayor enemistad que antes, sino en paz como es mi objeto.» A estas razones y otras que hábilmente espuso, se debió que el cacique de Capahá aceptase la amistad de su rival. Ambos comieron juntos con su pacificador, y ambos se prometieron una alianza que por su desgracia no habian de guardar al fin, porque su resentimiento era inestinguible habiendo cometido atrocidades sin cuento los unos contra los otros. Desde luego se anunció la mala fé de que la promesa de amistad iba acompañada, cuando al restituir Soto al capahuano las mujeres que como en rehenes ó cautivas tenia en su poder, rehusó admitirlas diciéndole: «Quedaos con ellas ó dadlas á quien quisiéreis, pues conmigo no han de quedar.» Semejante resolucion se juzgó nacida no solo de lo mucho que para el cacique desmerecían aquellas desgraciadas, por haber estado algun tiempo en poder de enemigos, sino tambien de que rehusando la admision de ellas se consideraba menos obligado á guardar la alianza que acababa de contraer con su rival, mas bien por temor á los invasores estranjeros que por razones de generosidad y conviccion del bien público. En semejante trance tuvo Hernando de Soto por acertado, en bien de las cautivas, retenerlas en su poder haciendo que los suyos las tratasen con los miramientos á que es acreedora la desgracia.

De Capahá volvió el Adelantado á Casquin, porque desde Mavila habia caminado al Norte por apartarse del mar, y de allí, siguiendo la corriente del rio, llegó á la provincia de Quiguate, entró en un pueblo cuyos habitantes huyeron á la vista de los invasores, y continuando estos su marcha, al quinto dia entraron en la provincia de Colina; pasaron cuatro dias despues á la de Tula, caminando por despoblados, y al llegar á un pueblo salieron á su encuentro hombres y mujeres á pelear. Forzados á retirarse los indios, en pós de ellos entraron los vencedores á sangre y fuego. Cuatro dias llevaban de permanencia los españoles en Tula, cuando los indígenas antes de amanecer cayeron sobre ellos por tres puntos á un tiempo y en silencio. Trabose la batalla en medio de la oscuridad, durando hasta que el sol hubo salido, y aunque los españoles arrollaron á los salvajes forzándolos á la fuga, el Adelantado consideró prudente no perseguirlos, teniendo que lamentar la pérdida de cuatro de los suyos muertos, y no pocos heridos. Digno es de notarse que uno de aquellos indios, defendiéndose con un hacha que arrebató á uno de los nuestros, peleó con tres castellanos, uno á uno y á todos los dejó fuera de combate mal heridos; y á mas hubiera vencido si Gonzalo Silvestre, natural de Herrera de Alcántara, no le hubiera cortado á cercen de un tajo con la espada la mano con que el bárbaro empuñaba el hacha.

Al cabo de veinte dias dejaron los españoles á Tula, no llevando ya consigo mas de una indiana, pues las demas se habian ido quedando en el pais por

donde transitaban. Pisó el ejército de Soto el territorio llamado de Vitangue, que halló desamparado de los naturales, y ocupando el pueblo de aquel nombre, determinó el Adelantado pasar allí el invierno, que entraba ya anunciándose rigoroso, al mismo tiempo que el pais parecia fértil y capaz de mantener hombres y caballos.

Era ya el año de 1542, cuando al ver el cacique de Vitangue que los invasores de su estado permanecían en él mucho mas de lo que creyó al desampararle, pensó en espulsarlos por cuantos medios le fueran posibles. Su primera gestion fué la de enviar mensageros á Hernando de Soto, suponiendo deseos de conocerle, bien que la intencion era diversa, pues sus mismos enviados llevaban particular encargo de observar y conocer con cautela las fuerzas de que el ejército invasor se componía, su organizacion, sus disposiciones de acuartelamiento defensa y vigilancia, y de qué manera podria ser sorprendido y atacado. Llegaron de noche los mensageros al cuartel general de los españoles. Oponiéndose á su entrada uno de los centinelas avanzados, Bartolomé Argote, natural de Astorga, en observancia de la consigna que tenia de no admitir parlamentario alguno sino de dia, uno de los enviados del cacique tuvo la indiscrecion de insistir en el empeño de pasar adelante, y el centinela le tendió en tierra de una estocada: los demas huyeron atemorizados, y la insidiosa embajada ya no tuvo efecto.

El bonancible abril animó á Hernando de Soto á salir del invernadero de Vitangue, y en siete dias de marcha fué al principal pueblo del territorio de Naguatex, tierra fértil, sin haber encontrado resistencia, é hizo alto por espacio de diez y seis dias. Al sesto de su permanencia allí se presentaron á Soto unos mensageros del Señor del pais, ofreciéndole paz y recursos para continuar su viaje, y al otro dia llegaron cuatro de sus magnates con quinientos hombres, conduciendo gran cantidad de provisiones, y poniéndose á las órdenes del Adelantado. Volvió este á emprender su marcha; en la primera jornada se notó que faltaba entre la gente Diego de Guzman, caballero sevillano, hombre muy jugador, aunque de carácter apacible, y hechas las pesquisas convenientes para saber su paradero, se averiguó que habiendo perdido en el juego cuanto tenia, inclusos armas y caballo, con una indiana jóven y hermosa, de quien estaba apasionado, corrido de vergüenza por su irreparable pérdida, se habia quedado con los indios. Nada bastó para persuadirle á que volviese á sus banderas. La mujer objeto de su pasion era hija del cacique, y al servicio de este se ofreció Guzman, siendo de él bien admitido. En este caso, reteniendo Soto en su poder tres indios principales como en rehenes, amenazó al cacique para que restituyese al desertor, y el mensagero que fué con esta intimacion volvió al tercer dia con una carta de Guzman, escrita con carbon, en que decia que estaba determinado á no volver, al mismo tiempo que disculpaba al Señor indiano, afirmando que no la violencia de este y sí la espontánea y decisiva voluntad del infrascrito era

la verdadera causa de su permanencia entre los indios. Lejos de insistir Hernando de Soto en su demanda, tuvo por conveniente dejar abandonado á su suerte al desertor sevillano, y dando libertad á los rehenes continuó su marcha. Al cabo de cuatro jornadas se halló fuera del territorio de Naguatex y entró en el de Guacane, pais de gente feroz y belicosa, que nunca quiso paz con españoles. Salieron estos de aquella adversa tierra dentro de ocho dias, y en su acelerado tránsito llamó estraordinariamente su atencion la singular novedad de hallar en casi todas las viviendas de los indios cruces de palo, indicios al parecer de que otros españoles habian pisado antes que los de Soto aquella tierra. Fácilmente se comprendió despues que aquella novedad procedía de lo que Alvaro Nuñez y sus compañeros enseñaron acerca de nuestra religion en otros territorios limítrofes por donde transitaron, y de los cuales pasó al de Guacane, estendiéndose así á otros varios el conocimiento y la propagacion de aquellos reverenciados signos del cristianismo.

Deseoso iba el General español de poblar, temeroso de que cuanto mas lo retardase mas se espondría á perder el costoso fruto de tantos y tan contínuos trabajos padecidos en aquel descubrimiento; tanto mas de temer, cuanto ya le faltaba la mitad de la gente y los caballos. Caminaba pues ansioso de encontrar el Rio Grande, al paso que arrepentido de no haber poblado en Achusi como habia pensado. Consideraba en fin que si él moría todo quedaba perdido; quería fundar una poblacion en algun sitio escogido al márgen de aquel rio, y flotar en él dos bergantines, que saliendo al mar noticiasen á todas las provincias de las Indias las grandes tierras que habia descubierto. A grandes jornadas atravesó con tal intento siete grandes provincias, sin hacer descanso en ninguna, temiendo que pasára la estacion favorable del verano antes de llegar á donde tanto deseaba. Así pudo verse felizmente en la provincia llamada de Anilco, en la cual se internó treinta leguas, hasta llegar á un pueblo compuesto de unas cuatrocientas casas con una gran plaza en que se ostentaba aislado el palacio del cacique, ocupando la cumbre de un cerro hecho artificialmente, en la orilla de un rio tan caudaloso como el Guadalquivir; de tal manera que descollando entre los demas edificios de la poblacion indiana, parecía un jigante en medio de pigmeos á sus piés postrados. A la entrada del pueblo estaba el cacique con mil quinientos hombres, en actitud de querer impedir la entrada á los invasores de su estado; mas apenas se hubieron estos acercado cuando la bárbara multitud volvió la espalda sin disparar ni una flecha, y pasando el rio en almadías y canoas se llevó consigo la mayor parte de la gente. Algunos de los habitantes cayeron en poder de Hernando de Soto, quien luego envió sus mensageros de paz al fugitivo cacique, para que volviese al pueblo, bien que en vano, pues ni siquiera quiso contestar á la cortés invitacion del Adelantado.

Sin oposicion alguna pasó el reducido ejército español el rio, salió de aquel territorio y entró en un despoblado de grandes montañas; llegó á la provincia

de Guachacoya y sorprendió y ocupó el pueblo, capital de ella, situado en la ribera de Rio Grande, sobre unas colinas. A pesar de la sorpresa tuvo tiempo el cacique para ponerse en salvo, pasando el rio con mucha de su gente en almadías y canoas, y llevándose de su riqueza cuanto pudo. Tres dias hacia ya que los españoles ocupaban la capital de Guayacocha cuando el cacique, pretendiendo ajustar paces con ellos, les envió cuatro de sus magnates con mucha gente cargada de fruta y pesca, pidiendo permiso al Adelantado para verle. No se hizo Soto rogar para conceder la vénia al Señor guayacohano, ni este tardó mucho en ir á visitar al invasor de su provincia. Fué acompañado de diez personages distinguidos, bien ataviados á su estilo, con sus armas, aforros y penachos, y Hernando de Soto le recibió y obsequió como pudiera desear. Entendiéndose estaban, por el órgano de sus intérpretes, de las cosas de sus respectivos paises, el Adelantado y el cacique, cuando este dió un gran estornudo y todos los indios presentes bajaron á un tiempo la cabeza, y abriendo los brazos le saludaron diciendo unos: *El sol te guarde.—Contigo sea*; á lo que otros añadieron: *y te engrandezca.*

La entrevista del Señor de Guayacocha con el caudillo español era mas interesada que franca y amistosa, como se vió muy luego. Hallándose en guerra con el de Anilco, y queriendo convertir la invasion de sus estados por los españoles en provecho suyo, vengándose en fin de su enemigo, rogó al Adelantado que volviese al territorio de su rival, ofreciéndole ochenta canoas que por el Rio Grande abajo irían hasta la boca del de Anilco, por donde podrian subir, pues todo el camino al márgen de ambas corrientes no pasaba de veinte leguas, y yendo por tierra los dos ejércitos llegarían á un tiempo. El deseo de reconocer bien el pais, hallar sitio á propósito para poblar entre aquellas provincias, y labrar sus bergantines, decidió á Hernando de Soto á seguir lo propuesto por el cacique. En consecuencia dió la órden de marcha, mandando al capitan Juan de Guzman que al frente de su compañía fuese con las canoas, en que irían cuatro mil indios, y que en tres dias habian de juntarse en Anilco con la tropa que iba por tierra, y con ella Guachacoya con dos mil indios de guerra, ademas de los de carga. Todos llegaron á un tiempo. No pudiendo resistir Anilco, los guachacoyanos entraron en el pueblo dando muerte á los moradores que encontraban, sin distincion de edad ni sexo, y cometiendo cuantas atrocidades son imaginables. En mengua del honor y la reputacion de Soto se perpetráran tales barbaridades en presencia suya, hallándose al frente de respetable fuerza armada de españoles. Mandó pues á estos que echando fuera á los indios los forzasen á pasar el rio, mas no aprovechó del todo tan prudente medida, porque maliciosamente dejaron ascuas los bárbaros entre la paja de los techados de las casas, y el fuego prendiendo en breve redujo muchas de ellas á cenizas.

Volviendo el Adelantado á Guachacoya dispuso que se cortase gran porcion de maderas para la construccion de los bergantines, que se hiciese clavazon, se

buscase resina y aparejase jarcia, porque tan pronto como aquellas naves estuviesen hechas, quería pasar por el rio á la fértil y poblada provincia llamada Quicualtangui, donde habia un pueblo de quinientas casas, cuyo Señor ó cacique habia jurado por el sol y la luna, juramento el mas terrible entre aquellos bárbaros, que nunca haría paces con los invasores de su territorio, y que venciéndolos en implacable guerra habia de colgar sus miembros de los árboles.

Abismado se hallaba Hernando de Soto en el pensamiento de su árdua empresa, cuando le acometió una violenta fiebre, agravándose la dolencia en tal manera que él mismo conoció se aproximaba el término de sus dias. En tan amargo como supremo trance, despues de haber otorgado su testamento, en presencia de todos los capitanes, oficiales, subalternos y demas personas distinguidas, nombró sucesor suyo en el mando á Luis de Moscoso y Alvarado, á quien en la provincia de Chicoza habia eshonerado del empleo de Maestre de Campo; y acto contínuo de haber loado el valor y la virtud de éste, mandó y rogó á todos «que le obedeciesen y respetasen como á su propia persona, hasta que el Rey otra cosa mandase,» y en su presencia le hizo jurar el cargo, encomendando á todos la union y conformidad, como principal y único medio de salvacion de sus vidas entre aquellas bárbaras naciones. Consecutivamente, de diez en diez habló á los soldados, y despidiéndose de ellos les recomendó la paz, la buena armonía y concordia entre ellos, en provecho suyo, y en servicio de la Patria y del Monarca. Al sétimo dia de su enfermedad falleció, escitando con su muerte el llanto y el dolor universal de cuantos seguian su bandera.

«Fué hijodalgo, dice Herrera, natural de Villanueva de Barcarrota, de mas que mediano cuerpo, de tan buena gracia que parecia bien á pié y á caballo, en que era muy diestro; alegre de rostro, moreno de color, sufridor de trabajos, valiente, y el primero en los peligros, con que daba gran ejemplo á sus soldados. Era hombre afable, liberal, clemente en perdonar, severo en castigar cuando no lo podia escusar, y muy inclinado á dar gusto y contento sin ofensa de la dignidad de su oficio; murió de edad de cuarenta y dos años, y aunque gastó cien mil ducados en esta jornada, no fué acumulador de tesoros. Huyó siempre de malas compañías, y jamás mandó matar á nadie de su motivo.»

En medio del sentimiento que poseía el corazon de todos aquellos españoles por la dolorosa cuanto irreparable pérdida de su amado caudillo, acordaron sepultarle de noche para que la noticia de su muerte no se divulgase tan pronto entre los indios, y que ignorando estos su sepultura no le desenterrasen é hiciesen con el cadáver las atrocidades que solian con el de todo español que caia en sus manos. Por último, ahuecaron el tronco de una corpulenta encina que de féretro sirviera; en ella colocaron el cuerpo del difunto, y cubriéndolo con fuertes tablas clavadas, y llevándole al canal del rio, le sumergieron en un parage de un cuarto de legua de ancho y diez y nueve brazas de fondo.

Con la mudanza de general mudó tambien el ánimo de los soldados, y acor-

daron desamparar lo que tanto les habia costado. A consecuencia, en 5 de julio de 1543 se encaminaron hácia Poniente mas de cien leguas, á grandes jornadas, por paises poco fértiles y poblados. Como término de este viaje llegaron al territorio de Auche, donde fueron bien recibidos; descansaron dos dias, continuaron la marcha, y guiados por un indio infiel que los metió en un gran despoblado se vieron aquejados del hambre y la sed, hasta descubrir tierra poblada. En ella, aunque estéril, hallaron que comer, entre otras cosas carne de vaca y pellejos recien desollados, á pesar de que los indios habian retirado á lejanos montes todas las reses vacunas. Caminando por aquel territorio que llamaron de los vaqueros, fueron á parar á otro mas estéril y despoblado, por lo cual escarmentados nuestros aventureros de los trabajos recientes en su memoria, acordaron volver al rio y salir al mar. A grandes jornadas, enarcando el camino, fueron en vuelta del Mediodia, siempre molestados por los salvajes.

Veinte dias viajaron los españoles por diferentes tierras desde que salieron de la de los vaqueros, y suspirando siempre por la de Guachacoya á donde deseaban volver, enderezaron hácia Levante, bien que con cuidado de ir subiendo al Nordeste. Aunque en todo este viaje no tuvieron batallas campales, jamás les faltaron alarmas de dia y de noche, recibiendo mucho daño. En medio de ellas perdieron mas de cuarenta soldados, asaeteados por los indios, que de noche entraban agachados en el cuartel general, arrastrándose como culebras, y saliéndose sin ser vistos por los centinelas. Para colmo del conflicto entró el invierno, copioso en lluvias y nieves, los rios crecieron saliendo de su álveo, y fué preciso hacer almadías y puentes para salvar los raudales y lagunas en cuyo paso solian detenerse cinco ó seis dias. La gente empezó á enfermar, el alimento era escaso y pésimo, el cansancio mucho y el vestido y calzado malo. Las enfermedades se propagaron hasta en las bestias, hombres y caballos morían en número de seis ó siete al dia, y los cadáveres quedaban insepultos por la forzosa necesidad de caminar sin detencion, ansiosos todos de salir pronto de aquel funesto pais, donde á tanta calamidad se agregaba las contínuas vigilias para evitar las sorpresas y acometidas de los salvajes.

Arrostrando tamaños males y peligros pudieron llegar aquellos españoles á Rio Grande, á últimos de noviembre, habiendo caminado en ida y vuelta trescientas y cincuenta leguas. Cien hombres y ochenta caballos habian sido víctimas de la ferocidad de los indígenas y del rigor de las enfermedades, sin contar en tan crecido número de muertos los indios de servicio, cuya pérdida era muy sensible por la grande ayuda y auxilio que ellos daban á nuestros desdichados aventureros. Causa fué de tanta adversidad la desatinada resolucion de enderezar, ó mas bien diremos de torcer el viaje hácia Poniente, en demanda de Nueva-España, separándose de cuanto el malogrado cuanto juicioso Hernando de Soto tenia determinado.

Poseidos de gozo al llegar á Rio Grande hallaron dos pueblos juntos, de

unas doscientas casas, cercados de un foso inundado de agua del mismo rio. Esperimentados en vencer y acostumbrados á padecer aquellos valentísimos españoles, acordaron invernar allí; mas por desgracia era forzoso combatir para ocupar aquellos miserables albergues, cuyos habitantes estaban resueltos á oponerse á los invasores; y aunque estos se hallaban reducidos ya al número de trescientos veinte infantes y sesenta caballos, acometieron y sin pérdida tomaron ambos pueblos, porque los moradores los abandonaron sobrecogidos de miedo. Aquella provincia, donde hallaron la abundancia, era llamada de Aminoya. Hallábanse los espedicionarios á diez y seis leguas de Guachacoya, en cuya demanda habian vuelto, y ya convalecidos, en últimos de enero se ocuparon en la corta de maderas para construir bergantines, y en preparar todo lo demas que era necesario.

En tanto se divulgó por toda la comarca el regreso de los españoles, y el cacique de Anilco, con intento de que en ellos no buscasen proteccion los de Guayacocha, envió una embajada á Luis de Moscoso, haciéndole grandes ofrecimientos y jurándole amistad. Apenas habia despedido el General español á los embajadores, quedando uno de ellos el mas distinguido en el cuartel de los españoles, acudió el cacique de Guachacoya á confirmar su alianza con grandes presentes, bien que disimulando el pesar de encontrar allí un representante de su enemigo.

Comenzó la construccion de las naves durando los meses de febrero, marzo y abril, utilizando para velas parte de las mantas nuevas que el señor de Anilco suministraba, y haciendo de las viejas estopa para calafatear los buques. Tenian los indígenas particular habilidad para hacer aquellos tegidos, de una yerba semejante á la malva, filamentosa como el lino, la cual teñian de diferentes colores. De aquella misma materia hicieron los españoles cuerdas gruesas y delgadas para jarcia, escotas y gumenas.

A la otra parte del rio habia una gran provincia, abundante, llamada Quicualtangui, cuyo Señor era un mancebo belicoso y arrogante. Juzgando que si bien los españoles construian naves para irse podian volver en mayor número, concibió el bárbaro pensamiento de esterminarlos, sin reparar en los medios de conseguirlo, y al intento convocó gentes de otras tierras, representándoles el daño que la invasion de aquellos estranjeros pudiera acarrearles. Confederados así todos los estados comarcanos, y empezando á prepararse para la guerra, envió el de Quicualtangui su embajada de amistad á los que dar muerte queria, con largos ofrecimientos que encubrian mas y mas la alevosía. No pudo contar el pérfido cacique con el de Guachacoya entre los confederados, aunque para ello le invitó; pues los españoles le tuvieron por sospechoso, y con justísima razon, por cuanto era sabedor de la conjuracion y de ella no dió aviso.

Ocurrió en esto que hallándose de centinela Gonzalo Silvestre, de quien ya hicimos mencion, á media noche, con la claridad de la luna, columbró dos indios armados y empenachados, que por un árbol caido que servia de puente

pasaban el foso, y que llegando al postigo que el vigilante Silvestre guardaba, arrastrándose como reptiles trataban de entrar, y sin duda matar al centinela, antes que el grito de alarma dar pudiera. Mas ápenas habian alcanzado ambos indios el umbral, cuando el soldado español dió una cuchillada en la cabeza á uno de ellos dejándole tendido, y el otro levantándose con suma ligereza huyó, se puso en salvo, y pasando el rio en una canoa alarmó á los suyos.

Al asomar el sol por Oriente se acercaron cuatro indios de parte de Quicualtangui, á pedir á Luis de Moscoso que castigase al matador del que habia intentado entrar de sorpresa en el cuartel general de los españoles, suponiendo que iba de paz, y alegando que era uno de los magnates. Tan insolente demanda fué desatendida por el caudillo castellano, bien que exhortando al cacique á que fuese amigo suyo. El pérfido y astuto indio consultó el caso con los confederados, y todos unánimes acordaron disimular fingiéndose aliados, siempre con intento de ejecutar en ocasion oportuna el meditado esterminio de los invasores de su patria.

Los primeros dias de marzo anunciaban ya la estacion florida, y los españoles se afanaban en construir sus naves, en tanto que los caciques coaligados se apercibían para la guerra, alentados con la muerte de Hernando de Soto, que no pudo ocultarse mucho tiempo, la falta de caballos y la disminucion de la gente. En esto sobrevino una crecida del rio que inundó la poblacion, en tal manera que no se podia transitar por ella sino en canoas. Cuarenta dias duró la inundacion, estendiéndose á mas de veinte leguas, de modo que únicamente se descubrian por los anegados campos las mas erguidas copas de los árboles. Durante aquel tiempo envió Moscoso al cacique de Anilco veinte soldados suyos, en cuatro canoas atadas de dos en dos, para que no se atascáran en los árboles encubiertos por el agua, á pedir resina, mantas y cuerdas que faltaban para acabar los buques. Iba de cabo de aquella gente Gonzalo Silvestre, y al llegar al pueblo de Anilco lo halló arrasado aunque distante veinte leguas del cuartel general de los españoles pues la inundacion habia llegado hasta cinco leguas mas allá de aquel pueblo. Prendado, y gozoso el cacique de que Moscoso le restituyera un hijo suyo que los españoles tenian en su poder como en rehenes, y que entendia ya el idioma castellano, no sin temor de escitar la cólera y venganza de los caciques confederados, accedió á la demanda de Gonzalo Silvestre, dándole pronto y generosamente cuanto se le pedia.

A fines de abril comenzaron á bajar las aguas, bien que tan lentamente que en 20 de mayo aun no se podia andar por las calles, convertidas en lodazales, y el apuro de la gente de Moscoso se aumentaba al verse mal calzada con albarcas de pieles de gamuza sin curtir, que se reblandecian y destrozaban fácilmente. Con la vuelta del hermoso mayo volvió el rio á su álveo, y los caciques á congresarse para llevar á cabo su intento, proponiéndose cuando menos quemar las naves de los españoles, á fin de impedir su fuga y esterminarlos en larga guerra, si otro medio no hubiese.

Tal era la situacion de Moscoso y su gente, cuando en un mismo dia y en diferentes horas se presentaron varios mensageros de los confederados, aparentando mision de ajustar paces, aunque con objeto de reconocer y examinar el estado de fuerzas de los españoles y sus medios y preparativos de defensa. No se ocultó á nuestra gente la falsía de los nuncios de aparente concordia, y así es que proponiéndose hacer un ejemplar castigo que sirviese á los caciques de escarmiento, imponiéndoles terror y manifestando que sus miras eran harto conocidas, cometió la crueldad de cortar las manos á varios de los embajadores, en vez de retener á unos cuantos prisioneros, lo cual fuera mas humano, y despachar los demas á dar cuenta de que se habia traslucido el verdadero objeto de la embajada; acto generoso que en verdad produjera el mismo ó á caso mejor efecto que la atroz mutilacion de aquellos bárbaros; torpe accion, que ciertamente no hubiera tenido efecto en vida del político y clemente Soto.

Tanto fué el horror y el miedo que infundió á los caciques la crueldad ejercida en sus embajadores, que la liga se deshizo y la gente se retiró á sus tierras; pero no renunciando por esto al deseo y la intencion de vengarse, pareciéndoles que serian mas poderosos en agua que en tierra, pues los españoles no labraban mas de siete buques, acordaron juntar gran número de canoas para perseguirlos al marcharse por el rio. Mientras esto pasaba no se descuidaba la gente de Moscoso en acelerar la construccion de sus naves, convencidos todos de que su salvacion dependía de la pronta salida del pais en que se hallaban. Recogieron cuanto maiz pudieron, así como otras semillas y frutas secas, mataron los cerdos que habian podido conservar trabajosamente, reservando vivos diez y ocho, con la esperanza todavía de poblar en la marina, y con la manteca de los demas, mezclada con la resina, suplieron la falta de brea. Proveyéronse en fin de canoas para conducir treinta y tres caballos, únicos que quedaban, atadas una con otra, y llevando otra por la popa cada nave mayor. El dia 24 de junio botaron al agua los bergantines, y el 29, estando todo á punto, con aquellos buques y las canoas empavesadas, forradas de fuerte tablazon y pieles, preservativos de las penetrantes flechas de los indios, se despidieron los españoles de Anilco y Guachacoya dejándolos como amigos.

De las recien construidas naves fueron nombrados capitanes Juan de Alvarado y Cristóbal de Mosquera, en la Almiranta; iba en la Capitana Luis de Moscoso; Juan de Añasco y el factor Viedma, llevaban á su cargo la tercera; Juan de Guzman y el tesorero Juan Gaitan, la cuarta; y en la quinta iba Arias Tinoco y Alonso Romá de Cardeñosa; Pedro Calderon y Francisco Osorio, en la sesta, y en la sétima Juan de Vega y García Osorio. Así para cada nave se nombraron dos capitanes, siendo el objeto de que cuando uno saltase y se internase en tierra quedase el otro á bordo. Hasta trescientos y cincuenta españoles se embarcaron en las siete naves, y unos treinta indios de ambos sexos en cada una. En el mismo dia 29 comenzaron á navegar á vela y remo, estando el sol en su ocaso, y

al segundo dia de viaje amaneció sobre ellos una flota de casi mil canoas de los confederados, siendo algunas de ellas tan grandes que llevaban veinte y cinco remos por banda, y sin los remeros mucha gente armada de popa á proa. Las canoas mayores, que se juzgó ser capitanas, iban pintadas unas de negro, otras de azul, otras de diferentes colores, simbolizando el pabellon ó la tríbu á que respectivamente pertenecian, y del mismo color de cada navecilla los cuerpos y los arcos de los indios que en ella iban, engalanados de diversos penachos en la cabeza, ofreciendo al observador la vistosa perspectiva de unos bosquecillos de ondulantes garzotas, cuyos variantes visos cautivaban la atencion de los españoles. Seguian á los bergantines todas las canoas, bogando ligeramente al son de los cánticos de sus remeros y soldados, cuya letra, segun declaracion de los intérpretes, era un himno marcial con que espresaban: *Los vagamundos estranjeros morirán en el agua y serán manjar de los peces, engrandeciendo el valor de nuestros Señores y caudillos.*

Luego que los indios hubieron reconocido la Armada española, dividieron su flota en tres partes, arrimáronse á la ribera de la derecha, y la vanguardia, formando á la manera de un escuadron largo y angosto, arremetió á las naves, pasó de largo cortando el rio al sesgo, y descargando su gente una nube de flechas hirieron á muchos españoles, sin que pudieran preservarles los paveses y rodelas. Del mismo modo pasaron las otras dos divisiones de la flota indiana, y los bergantines navegando siempre llegaron á emparejar con la primera de ellas, que arremetió incitando á la vanguardia. Ambas divisiones dispararon desde las veloces canoas su flechería, se pusieron en la ribera, y al ser de noche hicieron otra acometida semejante, pensando anonadar á sus enemigos con semejante táctica. Creyendo los españoles que al fin se vendria á las manos en la batalla, pasaron parte de la gente á sus canoas; pero viendo que en ellas recibian daño sin poder hacerle á los contrarios, volvieron á recogerla en los bergantines, dejando los caballos confiados á la defensa de los paveses y las pieles con que iban cubiertos. Sin dejar de pelear en aquella forma fueron siguiendo los indios diez dias á sus enemigos, bien que sufriendo el daño de las ballestas españolas, únicas armas que podian desde lejos hostilizarles, porque los arcabuces habian sido deshechos, invirtiendo casi todo el hierro en clavazon para las naves, puesto que eran inútiles por haberse quemado casi toda la pólvora en la jornada de Mavila.

Al cabo de los diez dias retiraron los caciques confederados su flota á media legua de distancia de la Armada española, y navegando esta sin cesar descubrió un pueblo pequeño. Juzgábanse ya nuestros navegantes cerca del mar, pues calculaban haber viajado mas de doscientas leguas, siempre á vela y remo, y el rio corria en derechura, cuando echaron cien soldados para adquirir algunos víveres, desembarcando además ocho caballos que entráran en pelea si fuese necesario. Los indios habitantes del pueblo descubierto le desampararon, y los españoles entrando en él hallaron abundantísima y varia comida, gran porcion de ga-

muza blanca y teñida de colores, muchas mantas, diversas pieles bien curtidas, y una banda ó liston de finísimas martas, de ocho varas de largo y cuatro tercias de ancho, guarnecida á trechos con sartas de perlas y aljofar en manojitos, formando un fleco. Esta joya ó presea, que cayó en manos de Gonzalo Silvestre, parecia ser un estandarte de guerra ó enseña en las danzas de los indios.

En esto se descubrió multitud de gente en los campos, alzando contínua gritería, mientras la flota de las canoas acudía presurosa. El sonido de las trompetas españolas llamó los espedicionarios desembarcados á las naves, y á pesar de la presteza con que á ellas quisieron recogerse, la de los bárbaros y su furia fué tanta que se vieron los nuestros en gran conflicto, teniendo que dejar abandonados en tierra los caballos, de que los indios se apoderaron. Despojándolos de las sillas y los frenos los dejaron sueltos por el campo, y esparcidos los asaetearon, con gran fiesta y regocijo.

Apenas estuvo á bordo toda la gente continuaron los españoles su navegacion y los indios volvieron á perseguirlos con su flota, no guardando ya el órden que la vez primera, sino dividiéndose en mayor número de escuadrillas. Sucedió en esto que un bergantin, separándose de los otros, quedó atrás mas de cien pasos, y los indios cerraron con él en un instante y lo abordaron. Las demas naves de la Armada amainaron acudiendo á socorrerle, pero retardándose algo porque iban contra la corriente, hallaron á los españoles defendiéndose con las espadas, muy acosados ya por los indios; pero socorridos muy á tiempo se retiraron los salvajes llevándose la canoa que iba por popa. No por esto desistieron en su empeño, antes bien se propusieron llevar adelante la persecucion á todo trance. Un soldado temerario, llamado Estebañez, natural de Villafranca de Barcarrota, hombre rústico y grosero, engreido de que en aquella jornada se habia granjeado la fama de valiente, entró en la canoa que su bergantin llevaba por la popa, y con él cinco compañeros suyos á quienes alucinó, diciendo que iba á ejecutar una hazaña memorable; y á fin de que su capitan le diese licencia supuso que iba á hablar al General. Apartados del bergantin los seis soldados arremetieron á los indios gritando: *á ellos que huyen.* El General de la Armada visto aquel desatino mandó tocar llamada con las trompetas, al mismo tiempo que en otras canoas fuesen algunos soldados á traer al temerario Estebañez, para hacer en él un escarmiento. Hasta unos cuarenta fueron con tal objeto, entre ellos voluntariamente el capitan Juan de Guzman y un caballero llamado D. Juan de Vega. Mientras esto pasaba amainaron los bergantines, vogaron contra la corriente, para socorrer á las canoas, y los indios, que con su flota iban esparcidos, en tal manera que ocupaban el espacio de un cuarto de legua, se detuvieron y retrocedieron algo para apartar de los bergantines las canoas castellanas. Ciego Estebañez en su temeridad, viendo ciar á los indios, cobró mas ánimo y se dió mayor priesa en llegar á las manos, gritando mas y mas, en tanto que las canoas que iban por él se apresuraban

por alcanzarle y prenderle. Los indios abrieron su escuadra desplegándola hasta formar una media luna, y cuando vieron bien adentro las canoas castellanas los del cuerno derecho, las embistieron de través con tanto ímpetu que las volcaron, y pasando multitud de las enemigas por encima se ahogaron no pocos españoles. Al que luchaba con las aguas le asaeteaban los salvajes ó le daban muerte con los remos. Cuarenta y ocho perecieron, cuatro se salvaron. Eran tres de estos Pedro Moron, natural de la isla de Cuba, que como gran nadador recobró su canoa, en ella Alvaro Nieto, de Mérida, valiente soldado que con espada y rodela peleó en la canoa contra toda la flota enemiga, y Juan Terron, á quien pudo salvar el mismo Nieto. Los indios siguieron todo aquel dia celebrando la victoria con estraordinaria algazara, y á los diez y siete dias de esta navegacion, al salir el sol, despues de saludarle con gran vocería y disonante estruendo de caracoles, tamboriles y bocinas, se retiraron á sus estados respectivos. Cuatrocientas leguas caminaron, segun parece, hasta aquel punto.

La anchura del rio era tanta que desde el medio apenas se descubria tierra. Esto hizo creer á los de la Armada que estaban ya cerca del mar; mas aunque al parecer tenia quince leguas de ancho no osaban salir del canal, considerando el peligro á que se espusieran, y con esta duda navegaron hasta el dia décimo nono de su viaje, dia en que reconocieron la mar y en una isla poblada, no sabiendo en que paraje se hallaban, acordaron reparar las naves y descansar tres dias de las contínuas vigilias. Calcularon entonces cuánto habrian entrado tierra adentro, y afirmaron haber llegado hasta las primeras fuentes de aquel rio, el cual, donde se construyeron las naves, tenia nueve brazas de fondo y un cuarto de legua de ancho. Considerado todo esto, desde el nacimiento de aquel gran raudal habia hasta el mar ochocientas leguas marítimas; siendo asombroso lo que aquellos valerosos españoles penetraron en la tierra de la Florida. Al cabo de tres dias de estancia en aquel punto vieron salir de unos juncales siete canoas. Iba en la primera un hombre de estraordinaria altura, á guisa de jigante, atezado como un negro de Guinea, el cual, empinado en la proa de su canoa, *ladrones*, gritó, *que andais por esta ribera inquietando las gentes, salid luego por una de aquellas dos bocas del rio, si no quereis que os mate y queme vuestras naves esta misma noche.* Así dijo, se volvió á los juncales, y viendo los españoles que de cuando en cuando salian canoas entre la espesura, y en ella volvian á ocultarse, enviaron á Gonzalo Silvestre y Alvaro Nieto en sus canoas con cien hombres armados, diez y siete de ellos con ballestas á falta de arcabuces. Hallaron sesenta de aquellas navecillas que estaban apercibidas, y embistiendo con ellas al primer encuentro volcaron tres é hirieron á muchos indios, bien que resultando tambien heridos algunos soldados nuestros. Puestas en fuga las canoas volviéronse Silvestre y Nieto con su gente á los bergantines, y enderezando las proas á Poniente fué la Armada en busca de Nueva-España, teniendo constantemente á mano izquierda la Florida, porque ni sabian donde

estaban ni llevaban aguja, ni carta de marear, ni instrumento alguno para tomar la altura. Todo el dia y la noche navegaron por agua dulce del Rio Grande; pasaron medio mes sin otra novedad que la de tener que tomar agua cada dia por falta de vasijas, y se encontraron en unos islotes donde tuvieron el feliz hallazgo de tan gran número de pájaros marinos, con los nidos en el suelo, que no habia donde poner la planta sin pisarlos. De tan inesperada caza hicieron nuestros navegantes abundante provision con que se regalaron.

Nuevo y acaso mas útil hallazgo tuvieron otro dia. Tal fué en una playa fresca y arbolada, el de unas estensas capas de betun como pez, producto de alguna fuente mineral. Con tan buena dicha acordaron adobar algunos de los buques que hacian agua, y en esta operacion se detuvieron ocho dias. Prosiguieron luego su viaje, tierra á tierra, porque el Norte no los echase á la mar, y á fin de detenerse donde hubiere buena pesca, única comida que tuvieran.

Hacia ya cincuenta y tres dias que habian salido de aquel anchuroso rio, cuando se levantó un furioso vendabal que les puso en grave riesgo de engolfarlos en el mar. Cinco de las naves, pegándose mucho á tierra, buscaban algun abrigo: la del tesorero Juan Gaitan y la de Cristóbal de Mosquera, por no haber estos conocido el tiempo, pasaron toda la noche gran tormenta, esforzándose en no alejarse de tierra, y hasta medio dia corrieron peligro de anegarse. En aquella hora vieron que las indicadas cinco naves iban en salvo, y aunque forcejaban por seguirlas no podian, por ser el viento muy recio, hasta que no teniendo otro remedio, á las tres de la tarde volvieron las proas al Poniente y corrieron de bolina, andando desnudos, casi en cueros, porque el agua que caía en los buques era tanta que los llevaba medio anegados. Unos echaban fuera el agua, otros mareaban las velas, y habiendo andado veinte y seis horas con tanto y tan penoso afan, sin comer ni dormir, porque el temor á la muerte no les daba lugar, al ponerse el sol vieron tierra, y un mancebo conoció aquella costa, por la cual habia navegado dos veces. Aunque no sabía qué tierra era, aseguró que una parte de ella que parecía negra y era costa brava, continuaba hasta Veracruz, y otra que blanqueaba era costa de arena limpia y mansa; pero que convenía allegarse á ella antes de ser de noche, porque si el viento los echaba á la parte negra, no habia esperanza de salvar las vidas.

Los capitanes del buque en que iba el mancebo informante procuraban dar á entender por señas á la otra nave lo que acababan de saber, y acordaron abordar en tierra antes de anochecer. Tomando unos las armas por cautela, mareando otros las velas, y dando bordos á la una y otra mano para evitar la costa negra, con sumo trabajo, antes de estar el sol en su ocaso, dieron en la blanca, y acercándose la nave de Juan Gaitan tocó en tierra; mas tantas y tan grandes eran las oleadas cuando la resaca volvia á la mar, que el buque quedó mas de diez pasos fuera del agua. Por fortuna volvieron las mismas olas á combatir la nave, la trastornaron á una banda, saltó una parte de la gente al agua

y por ambas bandas la mantenían derecha para que los golpes de las oleadas no la anegasen; otros la descargaban y otros llevaban la carga á tierra, con lo cual quedó en breve ligera, y á favor de los embates del mar la pusieron fácilmente en seco y la apuntalaron. Lo mismo sucedió al otro bergantin que dió en la costa. Dos tiros de arcabuz hicieron señal de salvamento, y los capitanes de una y otra nave se saludaron y visitaron recíprocamente por la dicha de haber salido del conflicto. Esta satisfaccion era menguada por la pena que les causaba el no saber la suerte de los otros cinco buques. Acordaron salir en su busca, pero hallábanse todos tan fatigados que no osaban nombrar á nadie para este trabajo, por cuanto era forzoso ir de noche trece ó catorce leguas por tierra desconocida, con manifiesto y grave peligro. En tanta confusion se ofreció Gonzalo Cuadrado Jaramillo á emprender solo la jornada sino hubiese quien le acompañára, pero Francisco Muñoz, natural de Burgos, se le puso al lado resuelto á ser su compañero, y con sus espadas y rodelas, y una corta porcion de maiz en unas alforjas, á pié y descalzos se pusieron en camino, ya de noche, por la orilla del Océano.

Al dia siguiente enviaron los capitanes de ambos buques tres cuadrillas de á veinte soldados á reconocer la tierra, con órden de no alejarse por si hubiesen menester socorro, y dos de ellas volvieron pronto, trayendo medio plato de barro blanco del que se labra en Talavera, y unos cascos de loza de Málaga que encontraron en la costa. Semejantes vestigios escitaron tal contento en la aventurera gente, que Gonzalo Silvestre se internó en tierra con algunos compañeros. A un cuarto de legua columbraron unos indios que pescaban en una laguna, y andando con cautela por no ser descubiertos, vieron que otros dos cogían fruta de un árbol. Fueron presurosos á apoderarse de ambos salvajes, mas uno de ellos se puso en salvo nadando por la laguna, y el otro quedando prisionero decia á gritos: *Bresos*; aludiendo esta palabra al apellido de un castellano, como despues se supo. Sin detenerse á mas se retiraron los esploradores llevándose al indio bien asido. Las cosas que Gonzalo Silvestre y sus compañeros llevaron á los que en la costa les aguardaban, escitó la alegría en todos ellos mirándolas como indicios de que otros españoles se habian internado ya en aquel pais. Un cirujano que habia estado en Méjico, mostró al indio cautivo unas tijeras y al preguntarle *¿qué es esto?* al punto respondió, *tiselas*. Esto les dió á conocer que estaban cerca de Méjico y tanto fué su gozo que en brazos levantaban á Silvestre considerándole autor de su buena ventura. Aun fué mayor su satisfaccion y contento cuando interrogado el indio acerca de qué tierra era aquella, contestó que *de Panuco: que unas carabelas habian subido por el rio hasta la ciudad, que distaba diez leguas; que él era vasallo de Cristóbal de Brezos, y que á una legua de allí habia un cacique que sabía leer y escribir, á quien él mismo llamaría.* Agasajado con algunas dádivas fué y volvió en cuatro horas acompañado del cacique y ocho mas, cargados de gallinas, maiz, pescado, fru-

tas, y hasta papel y tinta. A consecuencia escribieron al Gobernador de Panuco dándole aviso de cuanto les pasaba.

Era de presumir que las carabelas de que el indio hizo mencion fuesen los cinco bergantines cuyo paradero se ignoraba. Despacharon en su busca los dos restantes; encontráronlos, volvieron á dar tan plausible noticia, y dentro de ocho dias se juntaron todos, hallándose en un estado lastimero, descalzos, cubiertas las carnes de gamuzas, pieles de leones, osos y otros animales, pareciendo así mas bien brutos que hombres cultos. El Gobernador de Panuco los trató cual merecian por su valor, constancia y lealtad. Dió aviso de su llegada al Virey don Antonio de Mendoza, y éste le ordenó que se los enviase, bien asistidos y provistos de cuanto hubiesen menester. En seguimiento de esta órden llegaron cuatro acémilas cargadas de camisas, alpargatas y otros efectos, tan oportunos como necesarios.

Sucedió entre aquellos fortísimos aventureros, habituados ya á las privaciones y los trabajos, que observando las labores de los campos, los trages de las gentes y otras cosas de Panuco, al paso que se acordaban de la fertilidad de la Florida, de la riqueza de las martas, de la diversidad de esquisitas pieles y la gran cantidad de perlas que habian dejado, alzaron el grito quejándose de sus oficiales, por haber desechado la opinion de Hernando de Soto, cual era la de poblar y enviar por el Rio Grande por socorros á la Habana. Los ánimos se acaloraron de tal modo que unos con otros llegaron á las manos, y los oficiales y demas funcionarios públicos de aquella espedicion hubieron de estar escondidos, para no ser víctimas del furor de la insubordinada gente.

A los oidos de Mendoza llegó el rumor de tan escandalosa discordia. Mandó al punto que se trasladasen los sublevados á Méjico, divididos en cuadrillas, y de este modo se pusieron en marcha. Salian las gentes á los caminos á ver como una maravilla tan estraños hombres, cuyo salvaje atavío solo habia variado en cuanto á llevar camisa y alpargatas; mas en medio de la sorpresa que causaba aquel aspecto de gente que por su vestimenta parecia brutal, admiraban todos la robustez de los cuerpos, la figura de los rostros, la luenga y descompuesta barba, contrastando con el hábito de fieras y otras señales, todo lo cual mostraba fácilmente el hambre, los trabajos y las miserias padecidas. Así entraron en la capital del gran imperio de los Aztecas, donde fueron bien hospedados, vestidos y obsequiados por los mas ricos de la ciudad, merced á la mediacion del benigno Virey, que con ellos se mostró indulgente y generoso. Entre hombres tan valerosos se renovaron las escenas revoltosas de Panuco; formáronse procesos sobre estos hechos; el Virey abocó así las causas de todos aquellos valientes, y procurando y consiguiendo aplacarlos, sin dejar de reprimirlos, prometióles que volverian á la empresa objeto de sus votos.

Acallados con esto los clamores de aquellos descontentos, se fué entibiando en ellos el ardiente deseo de volver á la Florida, en tal manera que ya vestidos,

descansados y repuestos de sus fatigas, los unos se volvieron á España, otros se quedaron en Méjico, otros, los mas fogosos y anhelantes de aventuras y fortuna, se fueron al Perú, y algunos, en fin, se hicieron frailes, siguiendo el ejemplo de Gonzalo Cuadrado Jaramillo, el primero de ellos que tomó el hábito de San Francisco. Así es como gracias á la hábil y conciliadora política del Virey de Méjico, ó sea de Nueva-España, don Antonio de Mendoza, se desparramó y deshizo aquella milicia de valerosísimos soldados y marineros, gente toda poseida de ardiente y noble entusiasmo por la gloria y el deseo de riqueza; dispuesta, en fin, para cualquiera emprèsa y hazaña esclarecida.

Los capitanes Diego Maldonado y Gomez Arias, á quienes Hernando de Soto envió á la Habana, compraron tres navíos, y soldando gente y haciendo acopio de armas, ropa, municiones y ganado, con lo demas que para poblar era necesario, fueron al puerto de Achusi, en el plazo señalado; no encontrando á nadie costearon á derecha é izquierda, y á la entrada de invierno se volvieron desalentados á la Habana. Al año siguiente volvieron á recorrer la costa hasta llegar á tierra de Méjico, y á Nombre de Dios, muy cerca de tierra de Bacallaos, y no hallando tampoco rastro alguno de la existencia de su General, regresaron al puerto de su partida. Por tercera vez salieron en igual demanda en 1542, y á los siete meses de navegacion dieron tambien la vuelta. Tanta fué á pesar de todo esto su porfía, que en la primavera de 1543 se propusieron morir en la demanda, antes que cesar de correr peligros en averiguacion del paradero de su ilustre caudillo, juzgando prudentemente que si la tierra no se habia tragado aquel ejército, sin duda se habia de hallar alguna reliquia de él en la marina. Cruzaron, pues, aquel mar hasta el mes de octubre, y ya desesperanzados arribaron despues de inesplicables trabajos á Veracruz, donde supieron con sumo desconsuelo la muerte de su General, y con esto se volvieron definitivamente á la Habana aquellos valerosos, leales y cumplidos caballeros.





CAPITULO VII.

Empresa marítima de D. Gutierre de Vargas obispo de Palencia, quien arma para ella á sus espensas tres navíos, alista gente y costea todo lo necesario.—Sale aquella espedicion de Sevilla, al mando de Alonso de Camargo, en agosto de 1539, para ir á pasar el Estrecho de Magallanes.—A la entrada del Estrecho se pierde la nao Capitana: pasa otra, llega maltratada al puerto de Arequipa, y la tercera, combatida de recios temporales, da la vuelta para España á fines de 1540, y arriba de tornaviaje á Sevilla á fines de febrero de 1541.—Espedicion naval al mando de Rodriguez Cabrillo, en 1542, á descubrir por la costa de Nueva-España, á la parte del Sur: compónese de dos navíos, que salen del puerto de Navidad.—Descubren á los 36° dos islas: denomina Cabrillo puerto *de la Posesion* á uno donde fondea: continuando su navegacion, descubre á los 38° el cabo que llamó de *San Martin*; un temporal separa ambos navíos, y corren peligro de naufragio.—Vuelven á reunirse, regresan á la isla de la Posesion en 23 de noviembre; estacionan allí hasta fin de diciembre, y en 16 de febrero de 1543 arriban al cabo que llamaron *de la Fortuna*, á los 40°.—Combatidos de tiempos contrarios y atormentados del frio vuelven á la isla de la Posesion: desaparece la Capitana, y la encuentra el otro navío en la isla *de los Cedros*.—Terminan ambos buques su trabajosa navegacion en 14 de abril de 1543, llegando de tornaviaje al puerto *de Navidad*.—Empresa de Francisco de Orellana á descubrir por el rio *de las Amazonas*.—Sale su Armada de Sevilla en 1544, compuesta de cuatro navíos.—Al llegar á la costa del Brasil se pierde una de aquellas naves; entran las otras en el rio de las Amazonas; trabajos y peligros que arrostra Orellana en aquella navegacion; hace una escursion en el pais y vuelve á navegar para descubrir por el rio, dejando en tierra parte de los suyos.—Ignorando estos el paradero de su general van á buscarle, y arriban á la isla Margarita, donde encuentran á la esposa de Orellana, quien les da la infausta noticia de la muerte de aquel célebre navegante, siendo el primero que recorrió aquel gran rio, á que se dio tambien su nombre.—Invencion de las bombas de metal para achicar el agua de los buques, por Diego de Ribero, en 1529; y de los buques llamados de vapor, por Blasco de Garay, en 1543.—Pruebas y reflexiones acerca de que á Garay se debe esclusivamente el asombroso adelanto ó progreso de la navegacion por medio de dichos buques, cuya invencion se han querido atribuir otros injustamente.

En tanto que el heróico Hernando de Soto se esforzaba con su valeroso cuanto reducido ejército en esplorar el estenso y rico territorio de la Florida, aspirando á la gloria de conquistarle y acrecentar los dominios de la madre España, se continuaba por el Gobierno español en el empeño de abrir la navegacion para el Perú por el proceloso Estrecho de Magallanes: porque si bien se consideraba

mas larga, no por esto dejaba de parecer mas cómoda que otras, puesto que con ella se escusáran los trabajos y gastos que ocasionaba el tránsito del mar del Norte al Sur, pasando aquella trabajosa angostura de la tierra que forma el itsmo desde Nombre de Dios á Panamá. Bajo este concepto se hicieron como se ha visto los asientos ó contratas entre la Corona, D. Pedro de Mendoza, Simon de Alcazoba y otros. La mala suerte quiso que las tentativas de aquellos esforzados varones se malograsen, mas no por esto desalentaron algunos mas que á la empresa se arrojáran con grandes esperanzas de buen éxito.

Fué uno de ellos D. Gutierre de Vargas, dignísimo Obispo de Palencia, quien resolvió armar á sus espensas tres navíos, bien pertrechados de gente, con cuanto era necesario para tan larga y peligrosa travesía. Partiendo pues las indicadas naves del puerto de Sevilla, al mando de Alonso de Camargo, en agosto de 1539, á 19 de enero de 1540, cerca del Estrecho tomaron la altura en 51° y tercio, y á diez leguas de tierra, y á vista de ella, sondaron en cuarenta brazas arena prieta. Siguiendo Camargo su derrota, en 20 del mismo mes comenzó á embocar el Estrecho; llegó á la punta de la tierra delgada que sale del Cabo de las Vírgenes, á distancia de una legua vieron una cruz, y mas allá de este sacrosanto signo una ensenada, desde la cual descubrieron una punta de tierra al Oeste, y al cabo de ella un estrecho de unos tres cuartos de legua. A la salida de él se perdió el dia 22 la nao Capitana, cuya gente tuvo la dicha de salvarse, y el 27 volvieron las otras dos naves á acometer y embocar en el Estrecho. Pasó una de ellas y llegó bien maltratada al puerto de Arequipa en el Perú, con Alonso de Camargo, que á ella se habia trasladado desde la Capitana. La otra, que iba mas trasera á dos leguas de la boca del Estrecho tuvo tal contraste que arribó á Popavia, y corrió hasta el Cabo de las Vírgenes. Tornó á probar fortuna embocando de nuevo para tomar la gente de la Capitana, y al cabo de tres dias, el 31, luchando con el temporal, rota la amarra donde pudo surgir, se hizo nuevamente á la vela y anduvo bordeando. Tan metidos se vieron á tierra al amanecer del dia siguiente, que estuvieron á punto de cortar los mástiles, cuando hé que el tiempo abonanzó de improviso. Corrieron entonces hácia ocho ó nueve islas que avistaron, pareciendo que entre ellas habia canales, segun la carta de marear, y á medio dia del 4 de febrero vieron que la tierra era toda una. A buen partido tuvieron surgir aquella noche en un arenal: hiciéronse pronto á la vela, y anduvieron de una banda y otra hasta abrazar la tierra que demoraba al Sur.

Abarcada la tierra por muchos rios y brazos de mar, con no pocos peligros corrieron aquellos navegantes dentro de la ensenada, hasta que vieron á la parte de N-E. un banco pequeño, fueron cerca de él, y cortando el mástil mayor corrieron con el trinquete por el brazo adentro, y por último encallaron. Ocho dias estuvieron allí trabajando, hasta que en el 14 fué tan recio el viento y tanta la mar que entraron mas adentro, habiendo denominado á tal

punto *Puerto de las Zorras*, con motivo de las muchas que en él habia. En aquella tierra desapacible y fria, donde el verano es de cuatro meses, el invierno comienza en mayo, y nieva hasta fin de diciembre, la nao permaneció seis meses, hasta que aderezada y tomada agua y leña, acordaron nuestros navegantes dar la vuelta para España, y en 30 de diciembre avistaron las islas de Cristóbal Jaques, que estan en la desembocadura del Rio de la Plata. Anduvieron en aquellas corrientes con calmas hasta el 10 de enero de 1541, y prosiguiendo de esta manera su navegacion, con próspero viento llegaron á salvamento al puerto de Sevilla. Con esta esperiencia y otras se fué cada dia conociendo mas y mas la dificultad del paso del Estrecho de Magallanes, y acomodándose al de Nombre de Dios á Panamá.

A la malograda espedicion marítima costeada por el Obispo de Palencia, sucedió en 1542 otra que preparaba el Virey de Méjico D. Antonio de Mendoza, para ir á descubrir por la costa de Nueva-España á la parte del Sur. Dos navíos aprestó al intento, nombrando capitan de ellos á Juan Rodriguez Cabrillo, portugués, hombre de acreditada práctica en la navegacion. En una de aquellas naves, llamada *San Salvador*, que era la Capitana, iba de piloto mayor Bartolomé Ferrer, y de la otra, titulada *la Victoria*, lo era Bartolomé Fernandez. Ambos buques salieron del puerto de Navidad á 27 de junio de aquel año, y amanecieron al siguiente dia en Cabo de Corrientes, á los 20° y medio. En su viaje, corriendo la costa reconocieron en 22 de julio, á los 24°, el puerto del Marqués del Valle, llamado tambien de la Cruz, el cual está en la costa de la California, y pasando por la Punta de la Trinidad en los 25°, descubrieron en 19 del mismo mes un puerto de buen reparo, que llamaron *de la Magdalena*, en 27°. En 20 de agosto se hallaron en el cabo del Engaño en los 31°, y el 14 de setiembre fueron á surgir en un cabo que apellidaron de la Cruz, tierra fondeable, alta y pelada, que se encuentra en 33°. Sin contratiempo alguno en su navegacion, en 10 de octubre descubrieron un pueblo de indios pacíficos, al cual denominaron Pueblo de las Canoas, aludiendo á las muchas que tenian, y en aquel pais, que está en 35° y tercio, hicieron varios cambios con sus naturales.

De allí pasaron á una punta que se halla en 36°, y que por su larga forma denominaron *de la Galera*; descubrieron luego dos islas, una de ocho leguas de costa y otra de cuatro, y en esta un puerto escelente aunque pequeño. Los habitantes de aquellas aisladas tierras, gente salvaje como la de todas las demas que se iban descubriendo, se mantenian de la pesca, y su industria se reducia á labrar cuentas de huesos de pescados, que servian como de moneda para hacer cambios con la gente de Tierra-Firme, distante unas diez leguas del Cabo de la Galera. En ocho dias que los espedicionarios permanecieron en aquel puerto á que dieron el nombre de la Posesion, fueron bien tratados de los indios, los cuales andaban desnudos y tenian la cara pintada á manera de ajedréz.

Con bonanza se hizo otra vez á la vela Rodriguez Cabrillo, pero muy luego

sobrevinieron tiempos tan contrarios que hubo de ir al puerto de Sardinas, arribando cuarenta leguas de tierra muy poblada de buena gente. De un lugar contiguo acudieron los indios principales, y entrando en la Capitana bailaron al son del tamboril y una gaita de nuestros navegantes, en cuya compañía pasaron la noche. En tanto los bateles tomaron agua y leña. El alimento de los naturales de aquel territorio, llamado *Sejo*, se componia de bellota, avellana y pescado. Aseguraron á nuestros navegantes que mas adelante encontrarían gente vestida, y en esta creencia, haciéndose á la vela, fueron costeando con S-E. siempre en busca del rio de Nuestra Señora, sin poder hallarle. A los 37° y medio descubrieron una cordillera de elevadísimas sierras, cubierta de espesas arboledas, á la cual denominaron de San Martin, como tambien un cabo que hay al remate de ella en 38°.

Tal era la altura en que se hallaba la espedicion de Cabrillo cuando un temporal separó ambos navíos, perdiéndose de vista uno de otro. La Victoria alijó cuanto llevaba sobre cubierta, no pudiendo arrostrar con tanta carga la corriente, y en la Capitana, viéndose en gran conflicto empezaron á implorar el favor del cielo. Piloto y marineros poseidos de las creencias religiosas con que muchas veces esperan conjurar la cólera de los mares, apelaron á la misericordia divina, y en medio de la piadosa rogativa con que todos en acorde coro entonaban su acostumbrada plegaría á la Madre del Socorro, cuya imágen á bordo veneraban, la echaron como en humilde voto un romero, sin que por esto dejáran de hacer los mayores esfuerzos para ver de salvar la combatida nave. Cuando mas inminente parecia el peligro empezó á manifestarse la suspirada bonanza; á favor de ella, el 13 de noviembre, fueron á la vuelta de tierra en busca del otro navío, y por la noche estuvieron al reparo, deseosos de hacer un exacto reconocimiento y buscar algun abrigo donde pudieran reponerse.

Sale en aquel punto un cabo á la mar, cubierto de un espeso bosque de altísimos pinos, cuyo nombre dieron al cabo, y hallándose en mas de 40° al N-O., desde allí fueron reconociendo mas de quince leguas de costa, toda tierra alta. El frio era intenso en tal manera que la tripulacion no podia maniobrar, cuando descubrieron todas las sierras nevadas, y á la caida de la tarde el otro navío. Tan maltratado le hallaron que no tenia puente; habia alijado todo lo de cubierta y hacia agua en abundancia. En tal estado llegaron el dia 16 á una gran ensenada parecida á un puerto, á la cual denominaron *Bahía de los Pinos*, así como *de la Nieve* á un cabo que descubrieron, saliente de unas sierras nevadas, en 38° y dos tercios. No hallando puerto hubieron de ir á la isla de la Posesion, una de las de San Lucas, en la cual surgieron á 23 de noviembre, y ocupándose allí en reparar el navío menor le pusieron á monte porque se iba á fondo.

El récio tiempo, con mucho frio y nieve, detuvo allí ambas naves hasta fin de diciembre, pasando á veces tres y cuatro dias sin poder ir á tierra, á



Lit. de J. J. Martinez Madrid

PROXIMA A NAUFRAGAR

La gente de la **Capitana** uno de los navios de la espedicion de Cabrillo implora el fabor del cielo y hace un voto á la virgen del socorro

causa del temporal y la resaca. Por último, en 19 de enero de 1543, con grandes trabajos arribaron al puerto de Sardinas, de donde salieron en 14 de febrero, y el 16 fueron á una punta que hace cabo á los 40°, al cual llamaron de *Fortuna*, aludiendo á la que corrieron aquellos dias.

En la navegacion sucesiva se vieron los navíos combatidos tambien por deshechos temporales. El 1.° de marzo, habiendo aclarado el tiempo, se encontraron en 44° con tanto frio que iba la gente entumecida, y el 3 volvieron á reconocer el cabo de Pinos; mas era tan récio el tiempo que otra vez hubieron de acogerse á la isla de la Posesion, á donde llegaron el 5, y por la mucha rebentazon en la boca del puerto fueron al abrigo de la isla de San Sebastian. Siendo ya de noche desapareció la Capitana, y en cinco dias corrieron doscientas leguas con los papahigos de los trinquetes, sin tener ya mas alimento que galleta podrida, á libra de racion diaria por plaza. En busca de la nave perdida salió la Victoria del puerto de San Sebastian el dia 8, y toda la gente hizo sérios requirimientos para volverse á Nueva-España, por cuanto no tenian ya que comer; razon poderosa que determinó al capitan á dar la vuelta deseada, buscando á la conserva, y al fin la hallaron en la isla de Cedros el dia 26.

La penosa navegacion de aquellas trabajadas naves terminó en 14 de abril de 1543, llegando de tornaviaje al puerto de Navidad, bien que poseidos todos de pesar y tristeza por haber fallecido su capitan Juan Rodriguez Cabrillo, hombre digno de aprecio por su buen corazon, y su grande inteligencia y práctica como marino. Si prescindimos de los descubrimientos que aquella espedicion hizo de los cabos é islas mencionados, el fruto de ella se redujo á llegar á los 44°, y reconocer y persuadirse de que para la navegacion de aquella costa, como dijeron todos los marineros de las tripulaciones de ambos navíos, son necesarios buques de doscientas toneladas, muy recios y bien aparejados de velas, jarcia y amarras, llevando además mucho bastimento.

El siglo xv contaba ya el año 1544, y los sucesos marítimos en el mar del Sur continuaban suministrando vasto campo á la Historia de nuestra marina. El capitan Francisco de Orellana, á consecuencia de haber ido desde la provincia de Quito con Gonzalo Pizarro al descubrimiento del Valle llamado de la Canela, representó al Rey que habiendo navegado por un gran rio agua abajo, en busca de víveres, la corriente le metió por el rio mas de doscientas leguas, de donde no pudo volver, y que teniendo noticia de la grandeza y riqueza del pais, en obsequio del Monarca y de la Patria se aventuraba á reconocer aquella tierra, enterándose de sus cualidades detenidamente. Con ánimo de conquistarla se ofreció á llevar de España trescientos soldados, entre ellos cien de caballería, y además los utensilios y el aparejo que fuese necesario para la construccion de naves, todo esto á sus espensas: suplicando por último que se le hiciese merced de la Gobernacion de cuanto descubriese en una de las costas de aquel rio. Proposiciones tan atendibles y ventajosas para la Corona de Castilla no po-

dia dejar de aceptarlas el Soberano de las Españas, y así es que celebrándose con Orellana las capitulaciones mas solemnes, en la forma acostumbrada, se le confirió la Gobernacion del vasto territorio que despues se apellidó Nueva Andalucía, así como de Amazonas al Rio que otros denominaron de Orellana. A consecuencia de los pactos celebrados pasó Francisco de Orellana á Sevilla; con suma diligencia aceleró los aprestos de su Armada, y en 11 de mayo del año referido se hizo á la vela saliendo del puerto de San Lucar de Barrameda, con cuatro navíos y cuatrocientos hombres de guerra, en vez de los trescientos á que en su primera propuesta se obligára. Hizo escala en Tenerife, donde hubo de permanecer tres meses, de allí fué á Cabo-Verde donde estuvo dos, habiendo tenido la desgracia de que en aquella navegacion se le murieran noventa y ocho personas, y entre ambas islas se le quedaron cincuenta que no se hallaban en estado de resistir tan largo viaje.

Tomando Orellana su derrota para la costa del Brasil, le fueron los tiempos tan contrarios que pereciera toda la gente á no ser por los frecuentes aguaceros que le suministraron agua salutífera. Con no poca penuria arribó uno de los navíos con sesenta hombres y once caballos, del cual no volvió á saberse nunca, y los otros, favorecidos de los vientos Nortes, ganaron lo que habian decaido contrariados por los tiempos, fueron á reconocer los bajos de San Roque. Tomando la costa pasaron á vista del Marañon, hasta cien leguas la costa abajo en medio grado, y doce leguas á la mar hallaron agua dulce. En aquel rio, que segun dijo Orellana era el mismo por donde él habia salido, entraron sin trabajo, y en dos islas pobladas, donde adquirieron víveres en cambio de diferentes cosas, los habitantes mostráronse propicios, rogando al capitan español que hiciese allí descanso con su gente. Receloso no obstante Orellana de que en tierra tan poblada se viese al fin hostilizado por los salvajes, en cuya buena fé nunca fuera prudente confiar, subió rio arriba con las dos naves hasta cien leguas, y junto á unos bohíos, donde hallaron comida escasa, se detuvo á construir un bergantin. Durante su estancia en aquel punto fallecieron de enfermedades endémicas del pais cincuenta y siete individuos de la espedicion, y al cabo de tres meses salió de allí con el bergantin y una nao, habiendo desecho la otra para aprovechar su tablazon y clavazon en construir la primera de aquellas naves.

Veinte leguas habian andado, cuando estando surtos acreció la marea en tanto grado que hizo reventar un cable de modo que no se pudieron aprovechar de la nao. Dando al través con ella, de la clavazon hicieron una barca de remos, ocupándose en la obra treinta hombres por espacio de dos meses. En tanto se fué Orellana á buscar el brazo principal del rio, y no habiéndole hallado en treinta dias, volvió y tornó á salir, aunque se hallaba enfermo, no queriendo aguardar á que su gente concluyera la barca. Volviendo á la Punta llamada de San Juan, ansioso siempre de encontrar el brazo del rio que buscaba, advirtió á los que en tierra quedaban que allí le encontrarían. Diéronse tan buena maña

los constructores de la barca, que construida perfectamente, á pocos dias de la ausencia del capitan la botaron al agua, y acompañados de un cacique con gente suya, en seis canoas se fueron á las islas de Marribinque y Caritán, donde se despidió el cacique amigo. Siéndolo tambien el de la primera de aquellas islas, fué con nuestros aventureros á guiarles en su viaje. Así subieron otras treinta leguas: hallaron tres brazos principales del rio, y despues pareció que todos ellos formaban uno solo, de doce leguas de ancho. En tanto la barca hacia agua abundante, faltaba gente de remo, como tambien artículos de cambio con que adquirir medios de subsistencia de los naturales del pais á donde arribasen, y todo este conjunto de circunstancias adversas les indujo á volver atrás sin demora. Cuarenta leguas antes de salir del rio hallaron un trozo de tierra que tuvieron por continente firme, y que los indios denominaban provincia de Comao. De paz salieron los indígenas dando con largueza á sus huéspedes maiz, casabe, patatas, ñames, pescado, patos y gallinas. Entraron los españoles seis leguas tierra adentro, llevando cien indios cargados de comestibles, y allí se quedaron cien de nuestros navegantes pareciéndoles la tierra escelente.

Navegaron los demas agua abajo hasta salir á la Margarita, donde hallaron á la mujer de Francisco de Orellana. Por ella supieron que el capitan no habia acertado á tomar el brazo principal del rio; que estando determinado á volver al punto de su partida y cuando se ocupaba en buscar y acopiar víveres para el viaje, los indios le habian asaeteado y muerto diez y siete hombres, y que apesadumbrado por esta desgracia, al paso que aquejado de su enfermedad, habia fallecido dentro de aquel mismo rio, cuyo descubrimiento habia de eternizar y hacer ilustre su apellido. Terminó la inconsolable viuda su trágica relacion, esponiendo que ella habia vuelto á donde se encontraba, en el bergantin, con la afligida gente que de aquella malhadada espedicion se habia salvado.

El español Francisco de Orellana fué el primer viajero que recorrió el asombroso raudal llamado de las Amazonas, y el primero tambien que ha dado á conocer su corriente de Este á Oeste en una direccion paralela al Ecuador. Una ligera reseña geográfica bastará para comprender y apreciar el valor con que á tal empresa se arrojó aquel famoso navegante, y la importancia de ella para la Geografía.

Desde su confluencia con el Rio Negro hasta el Océano tiene el Amazona 315 leguas marinas de curso, y 1,035 desde el nacimiento del Tunguragua, comprendiendo en ellas sus grandes revueltas. La anchura de aquel rio varía de media legua hasta una, en la parte inferior de su curso, y su profundidad pasa de cien brazas; pero desde luego en su confluencia con el Xingu, y cerca de su embocadura, llega á ser semejante á un mar, de modo que la vista apenas puede abarcar sus dos orillas. La marea se hace sentir en él á distancia de doscientas cincuenta leguas del mar; y *La Condamina* cree que la hinchazon es efecto de la marea de la víspera, que se propaga por el rio. Cerca de la embo-

cadura se vé un combate terrible entre las aguas del rio, que propenden á descargarse, y las olas del Océano que se agolpan para entrar en el álveo de la corriente. «El mas hermoso fenómeno en este género, dice Malte-Brun, es el que presenta el jigante de los rios, el Orellana, llamado rio de las Amazonas. Dos veces al dia vierte sus aguas, ó mejor diremos sus mares prisioneros, en el seno del Océano. Una montaña líquida se levanta á una altura de treinta toesas; se encuentra muy frecuente con la marea creciente del mar; el choque terrible de aquellas dos moles de agua hace temblar todas las islas comarcanas, y los pescadores y hasta los navegantes se alejan con espanto. Al dia siguiente ó á los dos de cada luna nueva ó plenilunio, tiempo en que las mareas son mas fuertes, parece que el Orellana redobla tambien su poder y su energía. Sus aguas y las del Océano se arrojan al combate como dos ejércitos; las riberas se inundan de sus olas espumosas; las rocas, arrastradas como leves guijarros, se chocan y suenan en el lomo de las oleadas que las lleva, en tanto que prolongados mugidos retumban de isla en isla, pareciendo que el génio del rio y el Dios del Océano se disputan el imperio de las aguas. Los indios designan este fenómeno con el nombre de *porocora.*»

La narracion de las espediciones marítimas nos apartaba de otra en verdad sumamente interesante para la historia de los progresos de la Marina española. Injustos tanto como ingratos seríamos si al silencio condenásemos la relacion de algunas invenciones las mas útiles, debidas al ingenio de españoles, que con ellas han hecho ilustre su nombre y perpetuado su memoria; por mas que la ignorancia de algunos á quienes se confiára la apreciacion de los productos del talento de aquellos hombres beneméritos, tanto como la emulacion, la envidia y la torpe malicia de otros, se conjuráran para oscurecer el mérito de aquellas mismas invenciones, hasta el grado de pretender y aun conseguir que fuesen despreciadas. Así proporcionaron la ocasion y el medio de que al cabo de siglos las resucitára y se las atribuyese y apropiase un estranjero, cuya gloria en esta parte no puede pasar de la que justamente le corresponde, por haber perfeccionado la invencion que al talento de otro se debía. Aludimos en esto especialmente á la grande, á la portentosa invencion de los buques llamados *de vapor* que tanto han llamado la atencion universal en el siglo presente. Pero antes de entrar en la historia de su invencion, ocupémonos en la de otro invento que, si no tan asombroso y admirable como aquel, contribuyó estraordinariamente á facilitar la navegacion, evitando algunos de los peligros inseparables de ella, por lo cual su autor se hizo digno de honorífica mencion, de eterna alabanza y de la gratitud de todo navegante (1).

(1) Cuanto decimos á continuacion está copiado de las páginas CXXIV y CXXV, del tomo 1.º de la obra titulada, *Coleccion de los viajes y descubrimientos, etc.*, escrita y publicada por *D. Martin Fernandez de Navar-*

«Diego Ribero, cosmógrafo y maestro de instrumentos náuticos, propuso al Emperador una nueva invencion suya de bombas de metal para achicar el agua de las naos. Admitida la propuesta con todas sus varias condiciones se le espidió la correspondiente Real Cédula con fecha en Granada 9 de noviembre de 1526, y por ella se hizo merced de sesenta mil maravedises segun pedia, sobre su sueldo de treinta mil, siempre que por el esperimento que se hiciese en la Coruña ó Sevilla acreditase las ventajas de su invento, concediéndole además bajo este mismo supuesto el privilegio esclusivo por doce años, de surtir de dichas bombas á los buques de guerra y mercantes españoles. Confirmóse esta Real Cédula por otra de la Reina dada en Ocaña á 11 de marzo de 1531; y por otra, tambien de la Reina, espedida en Medina del Campo á 13 de octubre y 4 de noviembre, se mandó á los jueces de la Casa de Contratacion de Indias en Sevilla que hiciesen examinar las nuevas bombas y del resultado diesen cuenta al Consejo. Hízose la prueba con dos de ellas de distinta dimension, el 25 de dicho noviembre, en la nao *Santa María del Espinar*, á presencia del factor, contador y escribano de aquel juzgado, por cinco peritos (*Comitre, Maestres é marineros y personas sábias y espertas en el arte de marear*), quienes declararon bajo juramento las escelencias y la superioridad que tenian estas bombas sobre las que se usaban de madera, por la mucha mayor cantidad de agua que aquellas estraían, por su forma y materia y por su mas fácil acomodo, manejo y conservacion, afirmando que la nao que la llevase iría mas segura *de mar é de artillería*; cuyo dictámen aprobaron los jueces presenciales, añadiendo que á su entender echaban mas agua de lo que decían les peritos, *porque sale con gran furia é violencia, y así es mas cantidad el agua que sale que la que paresce.* Visto este informe por el Consejo de las Indias, se mandó al espresado tribunal, por otra Real Cédula de la Reina dada en Medina del Campo á 22 de enero de 1532, procediese para mayor seguridad á nueva y mas larga esperiencia en la primera nao que saliese para Nueva-España, sin perjuicio entre tanto de abonar por aquel año á Ribero de cualquier caudal de la Caja de Contratacion los sesenta mil maravedises que le estaban acordados. Presentada esta Cédula por Ribero, en 12 de abril siguiente dispuso el tribunal se verificase la prueba en la nao *Mar-alta*, durante el viaje que iba á hacer á las Indias del Océano; y Ribero entregó en ella al efecto el dia 4 de mayo una de sus bombas que pesaba 303 libras. La nao llegó á la isla de Santo Domingo no habiendo podido seguir mas allá por la mucha agua que hacía; y estando ya de regreso en Sevilla recurrió Ribero en 24 de abril de 1533, pidiendo se recibiese la correspondiente informacion sobre el esperimento hecho en aquel buque, y se trasmitiese al Consejo conforme á lo mandado por la última Real Cédula. Tomá-

rete. Consideramos esta insercion como la mas á propósito para hacer constar circunstanciadamente la invencion de que Ribero es el único y verdadero autor.

ronse á consecuencia declaraciones separadas con fechas desde 17 de mayo, al maestre ó capitan, á tres pilotos, al contramaestre y á cinco marineros de la nao; y todos sustancialmente contestes convinieron en la escelencia y ventajas de la bomba de Ribero, asegurando que á no haberla llevado habrian perecido en el mar, por ser tanta el agua que hacia la nao que *podia moler un molino,* ni se hubieran decidido al regreso á España sino por la confianza que habian formado de la misma bomba, la cual sin necesidad de la de madera les daba lugar á que unos trabajasen en achicar y otros atendiesen á la maniobra y gobierno del buque.

«Los jueces (factor, tesorero y contador), prestaron su autoridad al espediente con fecha 16 de octubre del mismo año 1533, ya difunto Ribero, añadiendo que les parecia ser muy provechosas para seguridad de la navegacion las nuevas bombas; que su costo podria ser sobre cuatro mil ochocientos maravedises por quintal de peso; que este debería ser en proporcion del tamaño de los buques que hacian el viaje de Indias, ó de tres á cuatro quintales para los de ciento á doscientas toneladas, y en esta proporcion segun ellos fuesen mayores ó menores.»

Atendamos ahora á la invencion mas grande, la mas asombrosa de aquel siglo, la de los buques llamados *de vapor;* invencion cuya gloria indisputable, repetimos, es y será esclusivamente de un español, mientras no aparezcan ni se presenten documentos ó comprobantes que anulen ó invaliden el que ostentamos en esta Historia (1).

«Blasco de Garay, capitan de mar, propuso en 1543 al Emperador y Rey Cárlos V, un ingenio para hacer andar las naos y embarcaciones mayores aun en tiempo de calma, sin necesidad de remos ni velámen.

»A pesar de los obstáculos y contradicciones que esperimentó este proyecto, el Emperador convino en que se ensayára, como en efecto se verificó en el puerto de Barcelona el 17 de junio del espresado año de 1543.

»Nunca quiso Garay manifestar el ingenio descubiertamente, pero se vió al tiempo del ensayo que consistía en una gran caldera de agua hirviendo y en unas ruedas de movimiento complicadas á una y otra banda de la embarcacion.

»El esperimento se hizo en una nao de doscientas toneladas venida de Colibre á descargar trigo en Barcelona, llamada *La Trinidad*, su capitan Pedro de Scarza.

»Por comision de Cárlos V y del príncipe Felipe II su hijo, intervinieron en este negocio D. Pedro de Toledo, el gobernador D. Pedro de Cardona, el te-

(1) Cuanto acerca de esto referimos está copiado tambien de la citada COLECCION DE VIAGES Y DESCUBRIMIENTOS, etc., obra del señor don Martin Fernandez de Navarrete, tal como se halla en la página CXXVII del tomo 1.° ya citado. Es una noticia que al mismo autor de aquella interesante obra comunicó el Sr. D. Tomás Gonzalez, archivero del de Simancas, quien al pié de ella la certificó diciendo: «Así resulta de los espedientes y registros originales, que se custodian en el Real Archivo de Simancas, entre los papeles de Estado del negociado de Cataluña, y los de la secretaría de Guerra, parte de mar y tierra, en el referido año de 1543.—Simancas 27 de agosto de 1825.—Tomás Gonzalez.»

sorero Rávago, el vice-canciller, el maestre racional de Cataluña D. Francisco Gralla y otros muchos sugetos de categoría, castellanos, y catalanes, entre ellos varios capitanes de mar que presenciaron la operacion unos dentro de la nao y otros desde la marina.

»En los primeros partes que dieron al Emperador y al Príncipe, todos generalmente aplaudieron el ingenio, en especial la prontitud con que se daba vuelta á la nao. El tesorero Rávago, enemigo del proyecto, dice que andaría dos leguas cada tres horas; que era muy complicado y costoso y que habia mucha esposicion de que estallase con frecuencia la caldera. Los demas comisionados aseguran que la nao hizo ciaboga dos tantos mas presto que una galera servida por el método regular, y que así daba á legua por hora cuando menos.

»Concluido el ensayo recogió Garay todo el ingenio que habia armado en la nao, y habiéndose depositado las maderas en las Atarazanas de Barcelona guardó para sí lo demás.

»A pesar de las dificultades y contradicciones propuestas por Rávago, fué apreciado el pensamiento de Garay, y si la espedicion en que entonces estaba empeñado Cárlos V no lo estorbára, sin duda lo hubiera alentado y favorecido. Con todo eso promovió al autor á un grado mas, le dió una ayuda de costa de doscientos mil reales por una vez, mandó pagarle por tesorería general todos los gastos, y le hizo otras mercedes.»

Así, por un efecto de la ignorancia, la envidia ó la mala voluntad de uno de los que debieran ser jueces imparciales, y de algunos otros émulos ó envidiosos en quienes tan bastarda pasion dominara, quedó como sepultado por el largo transcurso de cerca de dos siglos el gran invento de Blasco de Garay, privándose con esto por mucho tiempo á la navegacion de un rápido adelanto, y de los medios de prosperidad y fomento al comercio, las artes, la industria y las ciencias en todo el universo. Llegó el año 1737, y Jonathan Hull, un inglés, natural de Londres, publicó un folleto titulado: «*Descripcion y figura de una máquina* NUEVAMENTE *inventada, para acarrear los barcos y los navíos á las radas, los puertos y los rios, y para hacerlos salir contra viento y marea ó en tiempo de calma, por lo cual S. M. Jorge II ha concedido privilegio esclusivo al autor por espacio de catorce años.*» El adverbio NUEVAMENTE, de que el inglés Hull hace uso al designar su máquina indicada, cuando hasta entonces no se tenia noticia de ninguna otra mas que la del español Blasco de Garay, convence de que á este era deudor de la idea y el pensamiento de semejante máquina, que de ellos se aprovechó, y que por tanto ni al mismo Hull, ni á otros de quienes haremos mencion, á ninguno pudo caber mas gloria que la del mérito por la mejora ó perfeccion de la máquina de Garay.

Perrier fué el primero que con posterioridad al inglés citado hizo nuevos ensayos del invento en cuestion, construyendo en 1775 un barco de vapor en estado de andar ó navegar. Casi en la misma época, en los Estados-Unidos

M. Elliot, y Tomás Payen en 1778, se propusieron aplicar el vapor á la navegacion. Otras pruebas, bien que todas imperfectas, se intentaron en Francia por el abate Arnal en 1781, el marqués de Jouffroy en 1782, y Desblong en 1803. Desde 1791 el inglés Clarke habia hecho en Leith los primeros esperimentos con algun acierto, y en tal estado, el americano Fulton se presentó al primer cónsul de la República francesa, cuando se ocupaba en su proyecto de desembarco en Inglaterra, á revelarle un nuevo sistema para hacer andar las naves por la fuerza del vapor. Bonaparte desechó aquel sistema, atendiendo al informe contrario de la Academia de las Ciencias, la cual miraba aquella invencion como un delirio. Rechazado así Fulton regresó á su pais por consejo de Livingston, embajador de los Estados-Unidos en Francia, y sábio tambien muy distinguido; y en 1807 construyó un buque, *El Clermont*, que subió navegando el Hudson, rio arriba, entre Nueva-York y Albani, con una velocidad de cerca de cuatro millas por hora. La dificultad estaba vencida, y tal fué la revolucion que este suceso hizo en la marina de los Estados-Unidos, que en 1821 contaba lo menos trescientos buques de vapor en ejercicio, y estaba construyendo en sus arsenales otros muchos.

Nos apartaríamos del verdadero objeto y propósito de la Historia de nuestra Marina, si nos detuviéramos á otros pormenores acerca del progreso, harto sabido, que en nuestros dias ha hecho la navegacion por medio del vapor, y como se ha estendido su uso en nuestro pais, por desgracia mucho despues que en otras naciones de Europa. Concluiremos pues con decir que, fundados en las razones ya espuestas, rechazamos la opinion de un historiador inglés (1) que á pesar de su conocida ilustracion, refiriéndose á la invencion de Garay supone que «se puede dudar haya obligacion de hacer figurar en la historia de las in»venciones útiles un gérmen de descubrimiento tan pronto ahogado como pro»ducido y condenado al olvido, aun antes de llegar á conocerse.» A lo cual añade que «los hombres hábiles que en nuestros tiempos han llevado á su perfeccion »actual aquel motor maravilloso, no deben ninguna parte de su fama á las in»venciones anteriores de un español, de que jamás habian oido hablar.» Semejante opinion y argumento quedan destruidos con solo considerar que la esperiencia de la máquina inventada por Blasco de Garay se hizo públicamente, á presencia de muchos individuos, en un buque estranjero, como queda dicho; que en Barcelona habia á la sazon representantes y súbditos de diferentes naciones de Europa; que la Inglaterra tendria allí su cónsul, y no es posible que aquel hecho tan público como sorprendente y digno de atencion, fuese ignorado del gobierno de un pais que aspirando en todo tiempo á la soberanía de los mares, que al fin ha conseguido, jamás desatendió ni dejó de utilizar cuanto se ideára y con-

(1) W. Desborough Cooley en su *Historia general de los viajes de descubrimientos marítimos y continentales*; obra escrita en inglés.

dujera á las mejoras de la marina, y los progresos y la facilidad en la navegacion. Conformes estamos únicamente con aquel historiador, acerca del asunto, cuando dice que, «cuanto mas admiramos el genio del individuo (*de Blasco de Garay*), »mas tenemos que compadecerle de haber nacido bajo el imperio de un gobier- »no de miras estrechas y despóticas, que privándole de la fama á que tenia de- »recho, arrebató á la humanidad el beneficio de su invencion.» Efectivamente; si bien es cierto que Cárlos V hizo dar á nuestro célebre inventor las sumas de dinero que hemos espresado, tambien lo es que contentándose con limitar la proteccion y munificencia régia á un rasgo, digámoslo así, de lástima y conmiseracion hácia Garay, la invencion quedó abandonada, sin tratarse de hacer mas pruebas ulteriores; el orgullo y la gloria nacional quedaron desatendidos, la España privada de las grandes ventajas que esperimentára siendo la primera en hacer uso esclusivo por algun tiempo de los buques de vapor, y condenados, en fin, á la execracion pública los envidiosos é ignorantes conciudadanos del inventor, quienes causándole un perjuicio á su gloria y fama obraron así contra su patria.





LIBRO SESTO.

VIAJES DE LOPEZ DE VILLALOBOS, LEGASPI, LADRILLEROS, FERNANDEZ, MENDAÑA, SARMIENTO Y OTROS, A DIVERSAS PARTES DE LAS INDIAS ORIENTALES Y OCCIDENTALES (1).

CAPITULO PRIMERO.

Viaje de Rui Lopez de Villalobos.—Parte de un puerto de Nueva-España en el mar del Sur, en 1542, con cinco naves, para las Molucas.—Arriba á las islas del archipiélago que llamó *del Coral*, y á las *de los Jardines*, *Matalotes* y *Arrecifes*.—Pasa la espedicion á la isla que Villalobos denominó *Cesarea Caroli*, y al grupo de las que tituló *Filipinas*.—Arribo á otras islas, hostilidades con los indios, y amenazas de los portugueses á Villalobos.—Llegada de este á Gilolo, donde se le presenta el Rey de Tidor, ofreciéndole su amistad, y pidiéndole auxilio contra los portugueses.—Sucesos varios.—Repetidas amenazas de los portugueses para que Villalobos se traslade con su gente á Ternate, evacuando á Tidor donde se hallaba.—Entrevista de Lopez de Villalobos con el portugués Sosa, Gobernador de Ternate, y convenio entre ambos para retirarse los españoles á Castilla.—Opónese á la ejecucion del convenio la gente de Villalobos: altercados graves entre los españoles y su General, contra el cual se sublevan: ceden al fin, volviendo á la obediencia: pasa Villalobos con parte de los suyos al puerto de Ambon, y muere allí de melancolía.—Trabajos y vicisitudes de los españoles de aquella espedicion: llegan las reliquias de ella á Lisboa en agosto de 1549, y de allí se trasladan á Sevilla.—Espedicion de Juan Ladrilleros al Estrecho de Magallanes, con dos navíos, en 1558.—Errores de Ladrilleros en su navegacion.—Acierta con el Estrecho, le reconoce detenidamente, dá la vuelta para Valdivia, puerto de su salida, y á él arriba con solos tres de sus compañeros de navegacion.—Resultados de su viaje.

Impaciente estaba el Virey del antiguo imperio de los Aztecas, D. Antonio de Mendoza, por descubrir toda la costa del mar del Sur; así como tenia afan de abrir la navegacion de Nueva-España á las islas del Oriente, en lo cual satisfaciera grandemente los deseos del Monarca español. Nombró para capitan de la espedicion que preparaba á Ruiz Lopez de Villalobos, el cual con dos naos, una ga-

(1) Historiadores ó autoridades que hemos consultado: *Herrera*, *Oviedo*, *Ovalle*, *Sarmiento*, *Argensola*, *Suarez de Figueroa*, *Miñana* y otros.

lera y dos pataches ó galeones, bien provistos de gente de mar y guerra, abastecidos de vitualla y lo demás que para tales navegaciones se requería, antes de entrar el invierno de 1542 partió del puerto de Juan Gallego, uno de los de Nueva-España, en la costa del Sur, dia de Todos Santos. Andadas ciento y ochenta leguas, en altura de 18° y medio llegó la espedicion naval á dos islas despobladas, distantes doce leguas una de otra. A la primera denominó Villalobos *Santo Tomé*, y á la segunda la *Añublada*, y ochenta leguas mas adelante descubrió otra que denominó *Rocapartida.* Sesenta y dos leguas mas habia navegado con zozobras y tiempos nada favorables, cuando descubrió un archipiélago de islas bajas, todas de arboledas, y con mucha dificultad en una de ellas tomó puerto. Pobladas ambas tierras de gente pobre y nada culta, al tiempo de surgir la armada en la que llamó *San Esteban*, sus naturales huyeron á la otra parte, quedándose escondidas veinte y cinco mujeres en lo mas espeso de la isla, á las cuales hicieron nuestros navegantes varias dádivas, sin privarles de su amada libertad. La espedicion se detuvo allí el tiempo preciso para hacer aguada, y abandonando luego el archipiélago á que llamaron *del Coral*, por las muestras que de este hallaron, en 6 de enero de 1543 dia de los Reyes, andadas treinta y cinco leguas, pasó por otras diez islas que en amenidad y frescura competian con las otras, por lo cual se les dió el epíteto *de los Jardines*, las cuales se hallan todas á la altura de nueve á diez grados. Cien leguas habrian andado al Poniente los espedicionarios, cuando les cogió una borrasca tan violenta que les puso á punto de perecer, y en ella perdieron la galera. A 10 de enero, andadas cincuenta leguas adelante en la altura de 10°, pasaron por una bellísima isla al parecer poblada. Sin surgir la armada en ella salieron en paraoles unos indios que hacian la señal de la cruz, y que saludando á nuestros navegantes repetian en castellano: *Buenos dias matalotes*; saludo por el cual se conocia que aquellos insulares habian tenido ya comunicacion y trato con otros españoles. Denominó Villalobos isla *de los Matalotes* á la que tenia á la vista, y pasando á otra mayor la tituló *de los Arrecifes*, por los muchos que allí habia.

Así llegó la espedicion en 2 de febrero á una bahía, á que dieron el nombre de *Málaga*, en altura de 7°, y estacionando en ella un mes allí quiso poblar Rui Lopez de Villalobos, pero hubo de renunciar al pensamiento, pareciéndole aquel sitio poco sano. Tomóse no obstante posesion por la Corona de Castilla, y se dió á la isla el título de *Cesarea Caroli*, pareciendo al general español que tal nombre la cuadraba, atendida su grandeza, pues boja trescientas y cincuenta leguas; pero despues dió al grupo entero de que depende aquella isla el nombre de *Filipinas* en honor del príncipe heredero de la Corona, y la Geografía ha conservado esta última denominacion. Así es que el conjunto de islas al Sur de las de *Ladrones*, que en 1705 se llamaron Nuevas Filipinas, cuando Felipe V ocupaba el trono de las Españas, fueron llamadas anteriormente las *Carolinas* en homenaje al rey Cárlos II. Desde el puerto de Navidad en Nueva-España

hasta la antigua *Cesarea Caroli*, se cuentan mas de mil quinientas leguas. Diez dias porfió el general de la espedicion en salir de aquella bahía, proponiéndose ir al Norte, á la isla de Mazaguá, á causa de los tiempos contrarios y las corrientes. Tomó la vuelta del Sur, y habiendo costeado sesenta leguas por la Cesarea vió dos isletas apartadas cuatro leguas al Sur de la grande. Parecióle que hasta enterarse mejor de lo que era aquella tierra, convenia asentar en una de ellas, por lo cual envió á proponer paces, y siendo aceptadas fué la armada á surgir en la isla llamada Sarragan. No tardaron los indios en arrepentirse de su actitud pacífica, tanto que se presentaron armados, negándose á proporcionar comestibles en cambio de otras cosas á nuestros viajeros, por mas que estos les instaron mostrándose urbanos y comedidos. Preciso fué apelar á la fuerza para entrar en el pueblo que á la vista estaba; los espedicionarios le ocuparon, y confiados todavía en reducir á la paz á los indios fugitivos se abstuvieron de perseguirlos, á pesar de haber quedado heridos en la refriega algunos castellanos, de los cuales seis murieron. Aquella isla, que fué denominada *Antonia*, y su circuito es de seis leguas, tenia cuatro pueblos, cuya gente toda se recogió en un peñon de muy difícil acceso, fortificado de empalizadas y otras defensas. Pareció á Villalobos conveniente ganar aquel punto, y aunque los encerrados en él hicieron resistencia, lanzando grandes maderos entre otras armas arrojadizas, fué ocupado por nuestra gente dejando huir á la salvaje sin darla alcance, siempre con la esperanza de sosegarlos; mas ellos desamparando la isla se pasaron á la Cesarea. En el peñon hallaron sus conquistadores gran cantidad de porcelana, almizcle, ambar, algalia, benjuí, estoraque, y otros perfumes que los naturales usaban con profusion, adquiriéndolos en su tráfico con los de Mindanao y otros de las islas Filipinas. Hallaron tambien algunas muestras de oro, bien que en corta cantidad, á causa de que todos aquellos isleños acostumbraban enterrar en los montes su riqueza.

Siendo la intencion de Rui Lopez de Villalobos hacer en aquel punto larga estancia, mandó que todos los suyos sembrasen maiz, atendiendo así á los medios de subsistencia; y aunque al principio se resistieron á ocuparse en las faenas agrícolas, alegando que eran soldados en vez de labradores, convencidos al fin de la necesidad de hacer la siembra se llevó á efecto, y á esto se debió abundante cosecha de aquel fruto, que salvó en parte del hambre á nuestra gente. No por esto dejó de afligirles la calamidad al cabo de algun tiempo, llegando hasta el estremo de tener que alimentarse tambien de ratones y otros animales de carne nada saludable, de yerbas, hojas de árboles y algunas frutas silvestres; necesidad que causó la muerte á muchos españoles.

A cincuenta leguas de la antigua Cesarea está situada la isla de Mindanao, cuya abundancia es harto conocida, y el régulo de ella podia muy bien remediar la necesidad de Villalobos, si de este se declarase amigo. A él se dirigió pues el general de la armada, enviándole como embajador el capitan Bernardo



D. ALVARO DE MENDAÑA.

de la Torre con cincuenta castellanos, en un navío con gran cantidad de dinero, artículos de cambio y mercaderías. Llegó á surgir el enviado en la boca de un rio grande en que habia una estensa poblacion, y la gente del pais salió á su encuentro, mostrándose propicia; pero cuando despues de haberles dado á los indios algunas cosas para tenerlos contentos, los del navío estaban descuidados, salieron contra ellos algunos paraos, y los acometieron poniéndoles en gran conflicto para salvarse de la ferocidad de los pérfidos insulares. La Torre hubo de regresar á donde estaba Lopez, y este fué en demanda de Sanguin con un navío y una galera, llevando ciento cincuenta soldados. En la mitad del camino halló cinco islas pequeñas, una de ellas poblada, donde los naturales se hicieron fuertes en un alto peñon cercado de la mar, de tan peligroso acceso que no se podia llegar á él sino con los bateles. El general de la armada mostrándose mas cortés y pacífico que hostil con aquellos enemigos, pidióles que por su dinero le diesen comestibles, y viendo despreciada su razonable demanda se determinó á emprender la toma del peñon, y en cuatro horas logró su intento. Los defensores llevaron su obstinacion hasta el grado de morir todos, menos las mujeres y los niños, á quienes el vencedor dejó en libertad, y con las provisiones que allí encontró se volvió á Sarragan, no sin riesgo de perderse en la travesía, combatido de una tormenta. Acordó luego despachar un navío á Nueva-España, dando cuenta de su viaje, al mismo tiempo que un galeon á otras islas con objeto de hacer en ellas provisiones.

A poco de haberse hecho á la vela las dos referidas naves, llegaron procedentes de las Molucas tres paraoles, y en ellos algunos portugueses con una carta de D. Jorge de Castro, intimando á Lopez de Villalobos que siendo del Rey de Portugal la isla en que se hallaba y las demas comarcanas, se abstuviese de hacer guerra á los naturales, pues de lo contrario le hostilizaría; intimacion á que el General español contestó que llevaba órden de su Monarca para no tocar en las islas de la Especería, y autorizacion y poder para entrar en las demas comprendidas en la demarcacion de la Corona de Castilla. Mientras esto pasaba afligía ya el hambre á la gente española, en tal manera que á no ser por el arroz que tomaron de unas sementeras de Mindanao todos hubieran perecido. Para esta adquisicion fueron cincuenta hombres á las órdenes del maestre de campo, Francisco Merino, que murió en la empresa, y en reemplazo suyo nombró Villalobos á Iñigo Ortiz de Retes. Segunda vez requirieron los portugueses á los españoles, aunque en vano, por lo cual se retiraron, y costeando la isla Cesarea persuadieron á sus habitantes á que negasen todo socorro á nuestros espedicionarios, ofreciéndoles contra ellos su ayuda.

En medio de la gran necesidad volvió con algunos comestibles la nave que fué á las Filipinas; pero conociendo Villalobos el peligro de su residencia en aquel punto determinó pasar á las citadas islas, de cuya fertilidad tenia noticias, y en la nao mayor, con dos grandes piraguas que habia construido, y otros

navichuelos del pais en que se hallaba, emprendió el viaje; pero el tiempo le fué tan contrario que hubo de acogerse á una bahía de la Cesarea, á donde volvió la galera que habia ido en busca de víveres, trayendo en vez de estos la triste noticia de que habian muerto á manos de los indios once castellanos. Con este motivo y el de hallarse todos muy flacos y rendidos, acosados del hambre, sin mas racion diaria que la de cuatro onzas de arroz, y esto para pocos dias, se hizo Villalobos á la mar, y las corrientes llevaron su Armada á un puerto llamado Zagalá, del Estado de Gilolo. Aun no habian fondeado cuando se presentó otro buque portugués requiriendo al general castellano para que no saltase á tierra, y amenazando á los del pais si le auxiliaban. Por fortuna llegó poco despues un mensagero del monarca gilolano prometiendo favor y amistad á Rui Lopez, quien al punto le envió á Matías de Alvarado á conferenciar, de cuyas resultas concertaron que la Armada española fuese á Gilolo, donde sería provista de todo y su gente construiría una fortaleza. En efecto, tan pronto como los espedicionarios hubieron llegado á Gilolo empezaron la construccion de dos casas fuertes, en que encerraron cuanto tenian á bordo. Ocurrió entonces la presentacion de Pedro de Ramos, uno de los españoles que fueron en la Armada de Loaisa, y que habiendo quedado en poder de los portugueses nunca desmintió su lealtad á su patria y su Monarca, pues se negó constantemente á servir bajo la bandera lusitana. En el tiempo que allí estuvo, bien quisto de los naturales, aunque como cautivo de los portugueses, aprendió perfectamente la lengua del pais, y así podia ser de grande utilidad á Villalobos. Viendo este que la tierra de Gilolo era estéril, envió al mismo Ramos con embajada al Rey de Tidor, que siempre de los castellanos fué amigo, pidiéndole víveres mediante justo pago, y habiéndose escusado el tidorano hubo de enviar Rui Lopez á Matías de Alvarado con igual demanda dirijida al de Ternate.

En tanto iban y venian paraos de Ternate á Gilolo, causando gran recelo á los españoles, y á pocos dias apareció el rey de Tidor, yendo en persona á rogar á Villalobos que á su isla se trasladára con los suyos, donde serian bien asistidos y al mismo rey libráran de la tiranía de los portugueses, por cuanto estos trataban de prenderle, recelando que con los españoles hiciese pactos. Aceptó Rui Lopez bajo condicion de que no se habia de hacer guerra á los portugueses, y remediándose con la alianza del tidorano el hambre que aquejaba á los españoles, envió por las dos naves y la gente que tenia en Filipinas, persuadido de la necesidad de tenerla toda junta. Comisionó al efecto á García de Escalante Alvarado, acompañado de Pedro Ramos y algunos castellanos, en dos paraos que facilitó el rey de Gilolo. Fueron á las islas Celebes y las de Sacio, Sanguil, Nuza y Candenga, donde tomaron un indio cristiano, el cual les iba mostrando por la costa de Cesarea los pueblos: llegaron á Sarragan, y en Bahía de la Resurreccion hallaron una carta del P. Santisteban, prior de los Agustinos, en la cual decia, que *iba en busca de Rui Lopez de Villalobos con un bergantin*;

que le habian muerto en aquella isla quince soldados yendo en busca de comida; y que en el pueblo de Tendaya y en las Filipinas quedaban veintiun castellanos en paz con los indios, porque la otra nave se habia perdido en la bahía de Tendaya, donde se ahogaron diez hombres, quedando cinco cautivos en poder de los indígenas. Otra carta hallaron tambien de Bernardo de la Torre, que iba á Nueva-España. Decia en ella, *que habia arribado por haber partido tarde, y que llevaba los veintiun castellanos que el P. Santisteban habia dejado en Tendaya, pues los habia rescatado, é iba en busca de Rui Lopez de Villalobos.* Aunque mediante esta relacion parecia no haber necesidad de pasar adelante, costeando á Cesarea llegó Escalante Alvarado á Mazaguá, para saber si habian pasado alguna nao para Zebú, y en Brio hallaron dos castellanos en la playa, por quienes supieron que allí habia cinco de los diez y ocho que iban con el Agustino; que navegaron hasta las islas de Talas, treinta leguas del golfo de Zamafo, y una tormenta los engolfó de manera que en trece dias no vieron tierra, y volvieron á Tendaya, donde estaban los demas castellanos con el prior y Fr. Alonso de Alvarado, á quienes los indios trataban bien. Recogidos todos ellos por Escalante, fueron costeando la isla de Abuyo, donde segun noticias habia algunos españoles del tiempo de Magallanes. Sin detenerse García de Escalante pasó á Sarragan y de aquí á la isla de Panquisare, cuyo régulo, llamado Bambú Seribú, le rogó que le ayudase á tomar un pueblo con quien tenia guerra. Bajo pacto de que el Señor isleño se declarase vasallo del Rey de España, y en su Estado dejase predicar la fé católica, accedió el capitan español á la demanda de Seribú, y el pueblo fué tomado, aunque resultando heridos algunos españoles. De Panquisare fueron estos á Tidor, y allí encontraron el navío llamado San Juan, que haciendo viaje á Nueva-España, habia arribado á aquel puerto con algunas averías, forzado por los temporales. Así se juntó en él toda la Armada, á mediados ya del año 1543.

Reparado aquel navío en Tidor volvió á partir para su destino, quedando todos con esperanzas de que el Virey Mendoza habia de socorrerlos; mas á los cuatro meses y medio de su navegacion regresó el San Juan al puerto de su salida, causando en la española gente inesplicable desconsuelo. Iba por capitan de aquel navío Iñigo Ortiz de Retes, y sucedió en su inútil viaje, que habiendo tomado las islas de Talas, á causa de vientos contrarios estuvo allí ocho dias. En 11 de junio tomó la altura en grado y medio á la banda del Norte; el dia 16 llegó á un archipiélago, de donde salieron muchos paraoles con gente negra á flechar al navío, y acaso fuera apresado á no favorecerle los vendabales con que pudo ponerse en salvo. Pasadas aquellas islas, el dia 20, á los dos grados de la banda del Sur, surgieron en una muy grande, de hermoso aspecto, despues de haberla costeado 230 leguas por la parte del Norte. En ella hicieron aguada y leña, y la denominaron *Nueva-Guinea*, á causa de que su gente es tan atezada y robusta como la de la antigua Guinea africana. Trece dias permanecieron en otra isla

menor, detenidos por los malos tiempos y las corrientes. Salieron con tiempo fresco de N-O; en 21 de julio á los 3° descubrieron cuatro islas que llamaron de *la Magdalena*, y el 29 otra que titularon *la Caimana*. La diversidad de vientos obligó al capitan de la nao á pensar en dirigir la navegacion por la banda del N. con el objeto de que en caso de necesidad buscasen una isla donde invernar, aguardando la primavera.

Al saber la intencion del capitan Iñigo Ortiz de Retes, alegaron los pilotos y marineros que debian arribar á las Molucas, pareciéndoles que ya era tarde para tener vendabales. Desatendiendo este dictámen el capitan tomó la vuelta del N. para ir en busca de su propuesta navegacion, y á la vista de dos islas bajas salieron varios paraoles que combatieron al navío, hasta que faltando á los agresores las flechas, varas y piedras, que eran sus armas arrojadizas, empezaron á retirarse y el navío prosiguió su viaje. Hallabáse el dia 27 en la altura de uno y cuarto de la banda del Sur, cuando los marineros clamaron que estaban descontentos al ver que ningun fruto sacaban de su penoso viaje. Era su empeño el arribar, y el capitan hubo de conformarse, arribando á las islas de Mó, no pudiendo ser en otras á causa de las corrientes. De allí pasaron en 3 de octubre á la de Tidor, no con poca fortuna, pues á poco de su llegada los vientos fueron tan récios que arrancaban los árboles y echaban las casas por tierra.

Veíase en tanto Rui Lopez de Villalobos amenazado de los portugueses, empeñados en que dejando á Tidor se trasladára con los suyos á Ternate. En tal conflicto ocurrió al General español el pensamiento de ir á celebrar un convenio con Hernando de Sosa Tabora, capitan portugués. Consultando sobre esto á sus mas allegados, fueron de parecer que se pidiese suspension de armas por tiempo limitado, para enviar aviso al Rey de lo que pasaba, ó bien á Nueva-España, ó que en caso contrario se les facilitase los medios necesarios y se les diese seguridad para pasar á los dominios españoles. A consecuencia de este dictámen fué Rui Lopez á verse con Sosa de Tabora, llevando uno y otro tres caballeros consigo. Ambos capitanes pasaron á un paraol donde conferenciaron en secreto, mas no habiéndose avenido el portugués á lo propuesto por el castellano, pidió este que le llevasen con los suyos á la India y allí se les diese embarcacion para Castilla, en lo cual convino Sosa. Notificado este convenio á los españoles, Jorge Nieto, Escalante y Bernardo de la Torre fueron á rogar á su General que nada llevase á efecto sin el parecer de todos, y que nada trátase sin su voluntad, único medio de evitar el duro y peligroso trance de la desobediencia. *Nada mas se hable de esto* respondió Villalobos, *pues todo está concertado:* é insistiendo aquellos tres españoles, por sí y en nombre de los demas, volvió García de Escalante á decir al general: *Os advertimos que toda la gente quiere haceros un requerimiento, resentida de que hayais capitulado sin parecer de nadie.* El disgusto y la escision llegó á tal grado que muchos

de los soldados se ofrecieron á servir al rey de Tidor, tan solo por la comida, hasta recibir órdenes de Nueva-España, en tanto que el mayor número yendo á la posada de Rui Lopez le hicieron un requerimiento por escrito, cuyo contenido era en sustancia; *que Jorge Nieto, Onofre de Arévalo, García de Escalante, Contador, Veedor y Factor, D. Alonso Manrique, Gonzalo de Avalos, Bernardo de la Torre y Pedro Ortiz de Rueda, en nombre de todos los soldados decian: que habiendo Rui Lopez tratado cierto Acuerdo en contrario de unos capítulos que se le habian dado para ello, de conformidad de todos, no les pareciendo cumplidero al servicio del Rey ni á su honra, especialmente en tiempo de tan poca necesidad, pues tenian al rey de Tidore, que se ofrecia de sustentarlos un año, dos y tres, y de fabricarles una nao para volverse á las tierras de su Rey, á darle cuenta de lo que tanto importunaba á su servicio, como el descubrimiento que habian hecho de aquellas nuevas tierras sin ir por las agenas, de las cuales no se sabria quien podria escapar, y que pues no haciendo novedad, aseguraban los navíos que podian llegar de Nueva-España, de que portugueses los echasen á fondo como se entendia que estaban determinados de hacer, para lo cual llevaban una armada muy pertrechada, y podian sacar de cautiverio los muchos castellanos que estaban por aquellas islas, pues al presente no habia cosa que les moviese á hacer concierto con tan poca reputacion, le suplicaban, y si necesario era le requerian en mérito de lo mucho que le habian obedecido, padeciendo tantos trabajos, no se apartase de la voluntad de todos, ni hiciese nada por la suya sola, donde no, que ellos quedaban descargados con este requerimiento, y con otros muchos pareceres que le habian dado de toda la culpa, daño é perjuicio, que en este caso se les pudiese poner y pedir, y que protestaban que todo corriese sobre su persona y honra, pues queria contra la voluntad y parecer de tan buenos caballeros y soldados seguir la suya tan perjudicial.—Responderé,* contestó Rui Lopez, y pidió traslado.

En tal estado, al dia siguiente 28 de octubre de 1543 supo el General español que su gente de mar estaba dispuesta á sublevarse, empeñada en que se despachase un navío para Nueva-España, al mando de García de Escalante, quien habia concertado ya este viaje con un piloto y varios marineros y soldados. Requerido al efecto por dos veces Rui Lopez, se negó á la demanda, diciendo por último que no podia alterar los conciertos hechos con los portugueses. Todo amenazaba un rompimiento de aquellos españoles contra su gefe, cuando se presentó en Tidor el portugués Francisco Nuñez con dos salvos-conductos, el uno para el rey de aquella isla, y el otro para Quitilrade su hermano; y estando el enviado en el alojamiento de Rui Lopez, entraron el veedor Onofre de Arévalo, y Bernardo de la Torre, con algunos soldados, quienes le dijeron y suplicaron que no diese los salvos-conductos hasta que Rui Lopez satisfaciese á los requerimientos. Negóse el portugués á la exigencia, resultando de aquí sérios

altercados entre el General español y Bernardo de la Torre, este esponiéndole el riesgo de que no fuese acatado como superior de los suyos, y aquel insistiendo en llevar á efecto lo pactado, con lo cual mandó á la Torre y Arévalo que saliesen de su morada, bajo pena de muerte. Apenas hubieron salido ambos cuando el rey de Tidor admitió los salvo-conductos, ofreciendo derribar la fortaleza de Tidor, y á breve rato contestó Rui Lopez por escrito al requerimiento, exhortando á los suyos á la obediencia, acatando las capitulaciones celebradas. Oida la respuesta de su gefe volvieron á juntarse los españoles, y despues de haber conferenciado largamente fueron á la posada de Villalobos. En su presencia insistieron en la demanda, estendiéndola á exigir que cumpliese el juramento de alianza hecho al rey de Gilolo, y protestando que en caso contrario seria el mismo Villalobos responsable de cuantos daños y perjuicios ocurriesen: intimacion y protesta que fué desatendida como las anteriores.

A poco tiempo salieron los portugueses de Ternate determinados á invadir á Gilolo. Desembarcaron, llegaron al pueblo sin resistencia, y hallándole fortificado le pusieron sitio. Duró este doce dias, pasados los cuales hubieron de retirarse con pérdida de trece hombres muertos y veinte heridos, en las diferentes salidas que los indios hicieron de la plaza; pero volviendo luego con respetable armada hicieron presas de consideracion y cautivaron gente.

La porfía de Rui Lopez en sostener su convenio con los portugueses desalentó al fin á los suyos. Perdieron estos toda esperanza de socorro de Nueva-España, y por último, viendo que no faltaban amigos á su caudillo, y que con sus respetables fuerzas le sostenia Hernando de Sosa, se conformaron con su suerte, en fuerza de las reflexiones de los mas prudentes, quienes lograron persuadirles de los males que trajera la discordia y rompimiento entre ellos mismos. Mandó Sosa dar á cada español dos ducados para vestirse atendida la desnudez en que se hallaban, creyendo así acabar de sosegarlos. Unos no los admitieron y se determinaron á quedarse, otros lo recibieron, se embarcaron en las naves portuguesas, y pasaron al puerto de Ambon, con Rui Lopez de Villalobos, quien murió á poco de su llegada, víctima de la melancolía que le devoraba, por haber desacertado en todo. Allí fallecieron tambien de la enfermedad del pais algunos de aquellos soldados españoles. Los que sobrevivieron se trasladaron á las islas de Palembaon, costearon la de Zumatrá, llegaron á Malaca, donde estuvieron cinco meses padeciendo miseria, que remediaron en parte vendiendo hasta las armas, y en tal estado dispuso el gobernador portugués que á cada uno se diesen cinco ducados. Llevaronlos luego á Goa, y el Virey de la India los detuvo hasta mediados de mayo de 1547. Entonces mandó se les diese tres cruzados y tres veintenes mensuales para comer, hasta que se embarcáran para Castilla; socorro que apenas les bastaba en su viaje por tierra para pagar la posada y lavar la camisa. Verificóse al fin el embarco de aquellas reliquias de la espedicion de la armada de Rui Lopez de Villalobos: en agosto de 1549 llegaron felizmente á

Lisboa y de allí se trasladaron á Sevilla, sin haber sacado de tan costosa espedicion mas fruto que el de tomar los españoles por tercera vez posesion de aquellas islas por la Corona de Castilla, y haberlas dado nombres.

La tentativa que hizo Camargo de pasar el Estrecho de Magallanes, fué la última en que durante muchos años desde el 1539 se arriesgaron los españoles á fin de estudiar y desenvolver la navegacion entre el Atlántico y el mar del Sur, hasta que en 1557 el Gobernador y Capitan general de la provincia de Chile se propuso acabar de descubrir el mismo Estrecho. En las turbulencias del Perú se habia distinguido el capitan Juan Ladrilleros por su decision, su arrojo y valor en no pocas ocasiones, y á él le confirió el Gobernador el mando de dos navíos, que aprestó para aquella peligrosa empresa, el uno denominado *San Luis*, que montaba el mismo Ladrilleros, y de que era piloto Fernando Gallego, y el otro *San Sebastian*, capitaneado por Cortés Ogea, siendo Pedro Gallego su piloto. Salió esta espedicion del puerto de Valdivia, en Chile, en noviembre de 1557, y costeando hasta encontrar la boca del Estrecho en cuya demanda iba, á causa de la inexactitud de sus observaciones por tres veces incurrió en error equivocando la entrada, en tal manera que embocó varios canales de los que hay en aquella costa, la cual describió circunstanciadamente. Acertó al fin con el Estrecho, y arribando á últimos de marzo de 1558 al puerto de *Nuestra Señora de los Remedios*, en él se detuvo cerca de cuatro meses. En 22 de junio continuó reconociendo el Estrecho, con sumo cuidado y prolijidad, y llegando á su boca del N. de allí dió la vuelta para desandarlo: prosiguió el reconocimiento, y habiendo desembocado regresó al puerto de su salida, despues de haber examinado con detencion todas las sinuosidades del Estrecho. Durante su peligrosa espedicion hubo en ambas naves sérios amagos de rebelion de las tripulaciones, viéndose Ladrilleros en grande apuro para restablecer el órden y la obediencia. Al fondear en Valdivia solo llevaba consigo en el *San Luis* tres de sus compañeros de navegacion. Todos los demas habian perecido, víctimas de los riesgos que arrostraron, las muchas privaciones, y las borrascas y el rigor del clima. El fruto del viaje de Ladrilleros fué un Derrotero muy circunstanciado, con noticia no solo de la costa y de todos sus adherentes, sino tambien de vientos, mareas y temperamento. Tan útil documento dice que de N. á S. se puede pasar en la buena estacion el Estrecho de Magallanes en seis ó siete dias; mas en cuanto á las particularidades del viaje no hay mas noticias que lo que hemos dado por estracto.



CAPITULO II.

Viaje de Miguel Lopez de Legaspi á las Molucas.—Emprende su navegacion en otoño de 1564, con cuatro naves; llegada á las islas de *los Ladrones*, *de Leyte* y de Zebú, en abril de 1565.—Regreso de un galeon de la Armada á Nueva-España.—Sucesos en Zebú, tomada á viva fuerza.—Funda allí Legaspi el pueblo de *San Miguel*, y envía la Capitana á Méjico á dar cuenta de su espedicion, yendo en ella Urdaneta: utilidad del viaje de este para la navegacion.—Amenazas de los portugueses á Legaspi.—Viaje del galeon *San Gerónimo* desde Acapulco á Zebú.—Rebelion y crímenes del piloto principal del galeon, y otros individuos, que se alzan con el mando de aquella nave: valerosa resolucion de los leales, y castigo ejemplar de los traidores.—Arribo del galeon *San Gerónimo* á Zebú, y de otros dos procedentes tambien de Nueva-España, que llevan socorros á Legaspi.—Reduce este al dominio de España la isla de Masbate, y ocupa á Manila en 1571: funda en Vigan la colonia *Fernandina*.—Muerte de Legaspi. Su elogio.

El mal éxito de la empresa de Rui Lopez de Villalobos tuvo como abandonado muchos años el propósito de conquista de las Islas orientales y de fundar allí colonias, hasta que á propuesta y á instancias del virey de Méjico, D. Luis de Velasco, movido Felipe II del deseo de estender el imperio español, ó mas bien de que no tuviese otros límites que los del mundo, mandó que de nuevo se intentase la empresa, por la via de Méjico. Era espreso mandato del Rey que fuese en la espedicion Andrés de Urdaneta, el mismo que en su juventud fué y se hizo célebre en la del Comendador García de Loaisa; cuya reputacion como navegante y cosmógrafo hábil era en aquella época universal, y que por último, retirándose á un convento, habia tomado el hábito de agustino. Compuesta la nueva Armada de dos grandes navíos de carga y otros dos menores,

al mando general de Miguel Lopez de Legaspi, natural de Vizcaya, hízose á la vela en el puerto de la Natividad, en el otoño de 1564, y con próspera navegacion, siguiendo el mismo rumbo que en otro tiempo llevó la de Magallanes, en enero de 1565 surgió en una de las islas de los Ladrones, donde apenas hubo llegado se le acercaron los salvajes con suma confianza, enteramente desnudos, vellosos, ágiles, muy diestros nadadores, y hábiles en navegar con sus canoas. De ellos recibió algunos víveres en cambio de varias bujerías, dándose á entender solo por señas, pues ninguno entendia aun nuestro idioma, ni el de ellos ninguno de cuantos iban en la Armada. Sin detenerse allí Legaspi mas tiempo que el preciso para hacer trueques, prosiguió el viaje, en 13 de febrero llegó á la isla de Leyte, reconoció otras varias, y despues de haber tenido algunos encuentros y refriegas con los indios de Tendaya, Cabalian, Dimasava y Caniquin, valiéndose de un moro práctico en aquellas islas, marinero de un barco de la isla de Borneo, apresado cerca de la de Panaon, entró la Armada por aquel estrecho, y navegó hasta anclar en el puerto de Zebú, en 27 de abril, domingo de Pascua de Resurreccion.

Antes de este arribo se habia apartado de la Armada el galeon, capitaneado por Alonso Arellano. Mas velero que las otras naves fué el primero que avistó aquellas islas, tomó algun refresco de víveres y bastante noticia de ellas, y con esto dió la vuelta para Nueva-España.

Los tristes recuerdos de Zebú, donde tantos y tan beneméritos españoles fueron víctimas de la perfidia del régulo de aquella isla, en 1521, no impidió que la gente de Legaspi entrase de paz en aquel puerto de ominosa memoria. Gobernaba la isla el reyezuelo Tupas, que retirado con sus indios á lo interior de la poblacion, entretenia á los nuestros, contestando á las corteses invitaciones del General con palabras frívolas. Arguyendo así de mala fé, daba lugar á la sospecha de que habia por parte de los zebuanos un pensamiento de traicion, por el cual se repitiera en aquel suelo la sangrienta escena del degüello de los compañeros del ilustre Magallanes. No era vano tal recelo; pues apenas habian apercibido los de Legaspi las armas, cuando ya los indios empuñando las suyas salieron presurosos y agolpados á la playa, resueltos á evitar el desembarco de nuestra gente, temiendo sin duda, y con razon, que los recien llegados estranjeros se propusieran vengar la catástrofe del 1.° de mayo de 1521. La artillería de las naves haciendo estrago en los zebuanos los puso en fuga prontamente, y la playa quedó despejada. Saltando la gente española en tierra, fueron los primeros los capitanes Juan de la Isla y Martin de Goitecoiz, al frente de su respectiva compañía, quienes invadiendo sin detenerse el pueblo de Zebú le incendiaron y entregaron al saqueo. En una de las casas que el fuego perdonó, encontraron los invasores una imágen del Niño Jesus, perdida ciertamente allí cuando la funesta jornada de Magallanes, y bajo su invocacion se pusieron allí mismo los cimientos de una iglesia y un convento. La toma de Zebú á sangre y fuego, acaecida en 29

de abril de 1565, pareció al juicio de todos un suceso providencial, una espiacion del gran crímen que los zebuanos cometieron mas de cuarenta y cuatro años antes.

La situacion de aquel pueblo y la conveniencia del puerto, aunque de aciaga memoria, fueron considerados por Legaspi muy á propósito para asentar en él sus reales, y al cabo de algunos dias fundó en la misma isla el pueblo denominado *San Miguel*. Hecho esto, para dar cuenta al virey de lo acaecido, y ostentar al mismo tiempo el fruto de su feliz empresa, cargada de mercancías despachó para Méjico en 1.° de junio la nao Capitana, al mando de Felipe de Salcedo, acompañado del célebre Urdaneta para dirigir la navegacion. Llegaron estos á Nueva-España y allí tomaron puerto en 3 de octubre, á donde dos meses antes habia arribado el galeon mandado por Alonso de Arellano.

Atravesando Urdaneta en este viaje el Océano Pacífico, hizo con sumo atrevimiento una tentativa en que se estrellaron cuantos se habian arriesgado antes que él á semejante empresa. Tuvo el arrojo y la sagacidad de dirigirse hácia el Norte, á fin de aprovechar los vientos de Oeste, y asi alcanzó á los 43° de latitud Norte. Por tan sábia maniobra acertó á conseguir sin obstáculo el objeto que se propuso. Tuvo la gloria de ser el primer descubridor del viaje de vuelta de las Filipinas á Nueva-España, porque lo hizo con arte, notó sus rumbos, y tomó carta de marear y derrotero. Dícese que en este viaje navegó setenta mil y setenta y tres millas. Al año siguiente empezaron las naves á viajar siguiendo el camino indicado por Andrés de Urdaneta, y desde aquella época se repitieron anualmente las travesías sobre el Océano Pacífico, por vias cada dia mejor conocidas.

El conquistador de la isla de Zebú prosiguió la fundacion y fortificacion de su ciudad, y su maestre de campo Mateo de Sanz la pacificacion de las islas comarcanas, particularmente las de Bool y Panay; mas no tardaron los portugueses de las Molucas en acudir á estorbar la empresa de Legaspi, con sus acostumbradas amenazas y requerimientos. En tanto el agustino Martin de Rada y dos compañeros suyos se dedicaban á propagar el cristianismo entre aquellos indios, y á su apostólico ministerio se debió en breve la conversion de una sobrina de Tupas, cuyo bautismo fué el primero que se celebró con solemnidad, y el segundo el de un indio, viejo y muy enfermo, que tomando despues el hábito en el recien fundado convento de Agustinos de Zebú, se dedicó á la predicacion de la fé entre sus compatricios.

La satisfacion que causó en Méjico la llegada de Salcedo, y la relacion que este hizo del viaje de la espedicion de Legaspi hasta la conquista ó toma de la isla zebuana, movieron el ánimo del virey de Nueva-España D. Luis de Velasco, á enviar al General espedicionario algunos socorros, para que pudiera continuar su gran empresa. Al intento mandó aprestar un galeon que habia en

el puerto de Acapulco, llamado *San Gerónimo*. Fué nombrado capitan de esta nave, Pedro Sanchez Pericon, de Tarifa, y á primeros de mayo de 1566 se hizo á la vela en el citado puerto, llevando consigo entre soldados y marineros ciento treinta hombres, y por piloto principal á Lope Martin, hombre inteligente y práctico en la navegacion, bien que díscolo y de relajada conducta; tanto que á la sazon se hallaba procesado criminalmente y encerrado en la cárcel, de donde le sacaron para ir á ejercer aquel cargo, por no haber entonces en Méjico otro tan capaz de desempeñarlo. Propúsose la Audiencia de Nueva-España que al concluir Martin el viaje se le castigára por el delito de que estaba acusado, y al efecto hizo el mismo tribunal las prevenciones convenientes á Miguel Lope de Legaspi, con suma reserva, para que no llegase á traslucirlo el delincuente.

Ocurrió que el capitan Diego Sanchez, á poco tiempo de emprendida la navegacion, hubo de reconvenir y aun amenazar á Ortiz de Mosquera, natural de Salamanca, militar veterano y acreditado, que en la nave iba de sargento mayor de la gente, y que mas ansioso aun de caudal y mando que de honra y gloria, aspiraba á ser único gefe. A consecuencia de esto se declaró tal enemistad entre ambas personas, que de ella nació escandalosa desavenencia y alteracion en los ánimos, y la mayor parte de la gente se declaró partidaria de Mosquera, siendo el piloto Martin quien mas se mostró parcial y atizador de la discordia; ciertamente con el pensamiento de que á favor de una revolucion no se llevase el viaje á cabo, y así encontrára medio y ocasion de verse en absoluta libertad, pues sin duda iba receloso de la suerte que le estaba reservada. Llegado el caso, era la intencion del sedicioso piloto, de acuerdo con los sublevados, tomar la derrota para la costa de la China, correr aquellos mares, y ejerciendo la piratería, saquear las naves que de aquel imperio encontrase, dar luego la vuelta para el Estrecho de Magallanes, llegar á la costa de España, y de allí acojerse y ponerse en salvo en Francia ó Inglaterra. Acercándose pues al sargento mayor, ya enconado con el capitan, y cuya ambicion conocia, asegurole que si tenia resolucion para hacer lo que le dijera seria uno de los hombres mas opulentos que habian pasado á las Indias. El cebo deslumbrador de la codicia, superando al honor y la lealtad, hizo que el veterano Mosquera se mostrase dispuesto á seguir las inspiraciones del perverso piloto; y este, apartándole muy á solas, en secreto le exhortó á que juntase con cautela suma á sus mayores y mas fieles amigos, comprometiéndolos en fin á que hiciesen cuanto él les ordenase, dándole favor y ayuda para alzarse con la nave, á fin de realizar su proyecto de adquirir suma riqueza, en vez de ir á Zebú, ruin pais, segun decia, donde solo podian prometerse trabajos sin cuento y vida miserable. A todo se avino el sargento mayor. Consultó con sus amigos y camaradas, tales como Felipe de Ocampo, soldado distinguido, Alonso Vaca, Alonso Zarfate, Pedro Nuñez, sargento de la compañía; Lara, Morales y Mo-

lina, marineros, y Juan de Zaldivar escribano; todos los cuales consintieron en lo propuesto, mostrándose tan impacientes de llevarlo á ejecucion que comenzaron á desvergonzarse con el capitan. A pesar de esto y de las advertencias de los leales al mismo gefe, para que estuviese precavido y procediese contra los insubordinados, débil y bondadoso para su mal, se abstuvo de imponerles el castigo merecido, y con esto se alentaron. Parecióle á Mosquera que no debia dejar que pasára el calor de los ánimos, pues la dilacion podia descubrir la trama. Queriendo pues poner en obra al punto la muerte del capitan y del hijo de este, que de estorbo le sirviera, consultólo con el piloto y los antedichos: estuvieron todos acordes, y á media noche, cuando la gente de la nao se hallaba entregada ya al sosiego, se armó el sargento mayor, llevando en su compañía á Lara, Morales y los demás, á quienes puso en sitios convenientes para que le defendiesen en caso necesario. Sin detenerse, y sin ser sentidos, fueron á la cámara de popa, donde padre é hijo dormian, y dándoles de puñaladas del sueño natural pasaron al eterno. Apenas volvieron á salir de la cámara los homicidas, cuando el mismo sargento mayor, muerto ya el capitan, mandó tocar una caja y echar un bando, ordenando que soldados y marineros subiesen á cubierta sin armas, para tratar de negocios de importancia y utilidad comun. Al estruendo del tambor, confusos y alborotados todos por aquella novedad tan á deshora, subieron agolpados, y estando juntos les dijo el homicida: «Soldados y marineros que estais presentes, rezad un *Pater noster* por las ánimas del capitan Pedro Sanchez Pericon y el alférez su hijo, á quienes yo he muerto á puñaladas esta noche. Las causas que para ello he tenido, yo mismo las espondré á su tiempo ante el Gobernador, á donde vamos. Sosiéguense todos y no se alteren por lo hecho, que yo les llevaré á donde el Gobernador está, el cual hará justicia.» Acto contínuo impuso pena de la vida á quien del hecho murmurase siquiera, dejando á todos estáticos, horrorizados y confusos, al considerar que el mismo que tal crímen habia cometido, era capaz de no respetar en adelante mas vidas que las de sus cómplices.

No se ocultaba al sargento mayor que solo podia contar con la adhesion y obediencia de los que entraron en la conjuracion, y asi es que al punto mandó á estos que quitasen las armas á todos los demás, declarando al piloto por caudillo y cabeza de la gente, segun lo pactado de antemano. Los cadáveres fueron arrojados al mar, y luego comenzó Mosquera á hacer informaciones sobre la conducta del capitan y el alférez, fingiendo ser para llevarlas al Gobernador, á fin de justificar con ellas la razon que habia tenido para dar á entrambos muerte.

Al acabar de cometerse el crímen empezó la espiacion. Fué el caso que al dia siguiente hubo entre el sargento mayor y el piloto disputas tan acaloradas que ambos se malquistaron y desavinieron. Mosquera trató de prender á Martin, y al querer ejecutarlo desistió, vencido por los ruegos de amigos

suyos. A noticia del piloto llegó todo esto, y á fin de estar seguro en adelante juntó los de su bando, que eran la mayor parte de la gente, entre ella toda la de mar, y con ellos conferenció en secreto y acordó prender al sargento mayor, acusándole para esto de traicion el mismo que le indujo á cometerla y de ella fué el autor.

Así es como Lope Martin, al mismo tiempo que de Mosquera se vengára, se proponia quedar por capitan y señor de la nave. Al dia siguiente, rodeado de los marineros en quienes tenia mas confianza, estando ya los ánimos muy enconados contra el sargento mayor, se presentó á este y le persuadió á que se dejase prender, sin resistencia alguna, suponiendo que así convenia para sosegar la gente, y que estando aplacada se le pondria en libertad para llevar á efecto lo que habian tratado. Comunmente los alevosos y traidores son suspicaces é incrédulos; á pesar de esto Mosquera creyó de buena fé al astuto cuanto perverso piloto, pareciendo que la Providencia ofuscaba la mente del homicida, para que siéndolo con él su principal cómplice satisfaciese á la vindicta pública. Parecióle en efecto un medio de salvarse del furor de la gente de la nave lo que solo era un ardid para sacrificarle, y en tal creencia se dejó prender y aun poner grillos. Hecho esto quitó el piloto las armas á los amigos y aliados del sargento mayor, que no eran muchos, y aquella mañana misma, por tenerlos mas propicios, dió á todos un opíparo almuerzo, en que soldados y marineros se entregaron al regocijo, brindando por el piloto. Dispuso éste que el homicida Ortiz de Mosquera se hallase presente con los grillos bien remachados, y anunciando que iba á ejercer un acto de justicia, cuando el reo se prometia la libertad, diciendo y haciendo mandó que inmediatamente le ahorcasen. Sin aguardar razones de parte del criminal tan atrozmente juzgado, sin dar lugar á que se confesára, ahogando en su boca las palabras que intentára articular, y con que ciertamente acusára de primer cómplice en su delito y de traidor tambien á su arbitrario juez, Ortiz de Mosquera fué ahorcado al punto de una entena del galeon, y cortada luego la cuerda cayó al mar el cadáver. De este modo quedó Lope Martin absoluto señor del San Gerónimo, teniendo en todo por íntimo amigo y consejero á Felipe de Ocampo, hombre mas entendido que él, á la par de buen soldado.

Tan pronto como hubo desaparecido el cuerpo del sargento mayor, dirigido el piloto por Ocampo, y contando con los demás allegados suyos, para estar mas seguro acordó que en la primera isla que encontraran fuese echada en tierra y allí quedára abandonada la gente que les parecia no deber llevar consigo; y luego poner en obra el pensamiento de piratería que con Mosquera habia concertado. Para mal suyo y bien de la humanidad, por mas recato y secreto que en esto se quiso usar, algunos de la nave llegaron á traslucir aquella bárbara resolucion, entre ellos un sacerdote llamado Juan de Vivero, natural de Llerena, en Estremadura, quien movido de la caridad y el celo evangélico propios de su sagrado ministerio, llamó aparte á Felipe de Ocampo, le reveló que



C Mugica invº y litº

Lit de J.J. Martinez. Madrid

APRISIONA LOPE MARTIN

piloto del galeon **San Geronimo**, valiendose de un ardid, al sargento mayor **Mosquera**, para darle muerte, y á su presencia da un banquete a bordo de la nave. (Año de 1566)



no se ignoraba lo proyectado, y procurando infundir en su corazon el santo temor á la justicia divina, le exhortó á que no se perpetrasen los crímenes meditados, rogándole por último que á lo menos, en vez de dejar abandonados á los proscriptos en una isla poblada de salvajes, ó desierta, donde á manos de ellos ó al rigor del hambre perecieran, les llevasen á cualquiera de las Filipinas en que pudieran dejarlos con sus armas, y allí encontráran medio ú ocasion de pasar á Zebú y ponerse en salvo. Desatendidas por Ocampo las razones y súplicas del sacerdote, á pretesto de que la seguridad de las vidas de unos exigía el sacrificio de las de otros, Vivero se abstuvo de insistir en su propósito, y llegándose á entender el mal éxito de su gestion, en todos empezó á cundir el espanto y el terror; cada cual temió ser del número de los proscriptos, el sentimiento de uno fué el de muchos, el peligro de tantos hizo que fuese unánime la voluntad de todos, y los ánimos se conjuraron contra el piloto.

Mientras esto pasaba iban navegando con derrota á las islas *de Barbudos*, á donde arribaron y surgieron en un puerto. Confiado el usurpador del galeon en que la gente saltaria en tierra sin recelo, mandó desembarcar toda la ropa, pretestando para mayor disimulo que habia necesidad de aderezar el buque y aun de invernar en aquel puerto. Desembarcando pues el primero Lope Martin, seguido de los que él designó, hizo quedar á bordo los marineros y otros de su bando, con intento de volver luego á la nave, hacerse á la vela, y dejar en tierra á los que se habia propuesto abandonar en la isla. El ánimo de los que recelaban ser en breve víctimas del tirano luchaban entre la forzosa necesidad de un rompimiento y el temor del resultado, si la intentona se frustrase. Todos deseaban pronunciarse, todos estaban impacientes, pero ninguno se atrevia á ser el primero que la voz alzára. En esto Rodrigo del Angle, contramaestre del San Gerónimo, hombre de alentado corazon, resuelto, honrado, y por consecuencia indignado de los crímenes y la tiranía del piloto, aconsejándose del capellan Vivero y poniéndose de acuerdo con Miguel Loarca, soldado valiente y leal, ademas de otros amigos suyos, marineros, acordó en union con ellos alzarse con el buque, y llevándole á Filipinas presentarse allí á Legaspi. Lo primero que hicieron fué levar ánclas, y dando voces á los que estaban en tierra invitaron á que sin detenerse fuesen á embarcarse los que se mantuviesen leales al Rey y la patria. Algunos acudieron luego presurosos, echándose á nado; otros no se atrevieron por temor al tirano y sus secuaces, con quienes se hallaban en tierra. En tanto que estaban indecisos la nave hizo vela, fué á surgir á una media legua de distancia de donde se encontraba, y de allí envió el contramaestre por dos veces el batel para que en él se embarcasen y acogiesen al San Gerónimo cuantos estuviesen resueltos á seguir la bandera de la lealtad, enarbolada en el galeon. A él pasaron la mayor parte, bien que sin haber tenido tiempo de recojer muchos de ellos sus armas. En la isla quedaron abandonados, en vez de muertos cual merecian, el infame Lope

Martin, su perverso consejero Felipe de Ocampo, y veinte y seis individuos mas, sus cómplices y partidarios. Reconocido y aclamado Rodrigo del Angle por capitan de la nave y caudillo de la gente, emprendieron la navegacion y felizmente arribaron á Zebú, en 15 de octubre de 1566, á los cinco meses y medio de su salida del puerto de Acapulco. Lara y Morales fueron procesados y ahorcados, en justo castigo como asesinos del capitan Diego y su hijo. La misma pena sufrió Juan de Zaldivar, escribano del galeon, que resultó tambien culpado. De Lope Martin y sus secuaces nada se supo posteriormente, siendo de inferir que acabarian sus dias en la isla de Barbudos.

Con los socorros que á Lopez de Legaspi llevó el San Gerónimo, y algunos otros que tambien de Nueva-España recibió sucesivamente con los galeones San Juan y San Lucas, pudo hacer frente á las repetidas amenazas de los portugueses, resistir varias veces sus ataques, rechazarlos, y continuar en fin su empresa con prósperos sucesos. Redujo á nuestro dominio la isla de Masbate, en 1569, y descubrió en ella sus minas D. Luis Enrique de Guzman; pasó á Ibalon, á la tierra firme de Manila, y fué el primer español que en ella introdujo sus armas. A favor de estas glorias españolas, debidas á Legaspi, recorrieron los predicadores del cristianismo las islas ya pacíficas, particularmente Panay, Mindoro y Masbate hasta el mismo Ibalon, y en todas partes obraron conversiones prodigiosas. Ya anteriormente, en 1568, habian recibido el bautismo Tupas y sus hijos, en la isla de Zebú. Como en premio bien merecido de tan señalados é importantes servicios á la Corona de España, á la cristiandad y á la patria, llegaron á manos del ilustre vizcaino en 1570 los primeros despachos reales, aprobando cuanto habia hecho en la conquista y pacificacion de aquellas islas, y haciéndole merced del título de Adelantado de ellas.

Para complemento de tales y tan esclarecidos triunfos de la Marina real española, entraron en 1571 nuestras armas y ondeó la bandera de Castilla en Manila, á donde Legaspi envió de Zebú alguna gente al mando del capitan Martin Goitia. Desembarcando este en la isla de Luzon, peleó con el mahometano Regiamora, tomó la capital, Manila, y alcanzada esta victoria á costa de poca sangre, en 19 de mayo, sujetó la mayor parte de la isla al imperio de los españoles. Muy luego se trasladó Legaspi á la ciudad conquistada, persuadido de que por la rica y variada produccion de frutos del pais, y el gran tráfico por mar, era la mas á propósito y ventajosa para establecerse los hijos de la España. Nada descuidó, pues, para guarnecerla con fortificaciones, queriendo ponerla á salvo de las invasiones de naturales y piratas: fundó una colonia en el puerto de Vigan, denominándola *Fernandina*, dió principio á la comunicacion y comercio de los españoles con la China, mediante las gracias y favores que dispensó á los de aquella gran nacion, restituyéndoles un junco que halló barado en la costa de Mindoro, y poniendo en libertad á los chinos que en Manila encontró esclavos. Por desgracia cuando nuestro insigne marino acababa de sujetar otras islas, la muerte

detuvo su gloriosa carrera alcanzándole en agosto del año 1572. Una enfermedad del pais terminó la vida de Miguel Lopez de Legaspi, varon digno de eterna alabanza, primer conquistador, pacificador y poblador de las Filipinas; español tan dichoso que en todas sus empresas tuvo acierto, que en ninguna conoció la adversidad, efecto no solo de haberle favorecido la fortuna, sino tambien de su valor, su constancia, talento y prudencia.

Apenas habia espirado el Adelantado se hizo pública apertura de la Real Cédula que se guardaba reservada, y en virtud de ella fué declarado sucesor Guido de Labazarris, conocido tambien por Lebezar (1), quien prosiguió con mucha actividad la empresa comenzada por Legaspi, como se verá mas adelante.

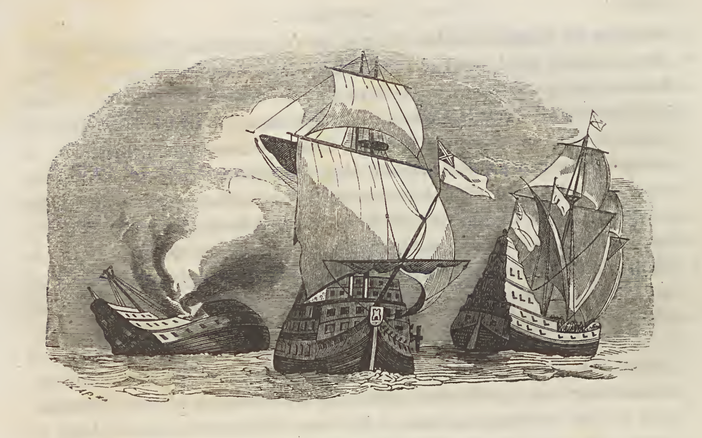
(1) Discordes estan los autores ó historiadores consultados, acerca del apellido del sucesor de Legaspi; unos le llaman Labazarris, otros Lebezar. El primero se conoce ser verdaderamente vizcaino, por lo cual, siendo de inferir que el individuo fuese paisano de Legaspi, y ateniéndonos al testimonio de Herrera y de Argensola, historiadores ambos de las Filipinas, como Labazarris le citaremos siempre.





D. ALVARO DE MENDAÑA.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA



CAPITULO III.

Viaje de Juan Fernandez por el Océano pacífico, en 1574.—Descubre la isla que aun conserva su nombre.—Conocimientos útiles de su navegacion.—Viaje de Alvaro de Mendaña en 1567.—Sale del puerto del Callao de Lima hácia Occidente.—Descubre las islas que denominó *Isabela* y *Estrella*: sucesos en ellas con los indios.—Construyo una galera do remos, reconoce aquellas costas, descubre el archipiélago á que llamó *islas de Salomon*, da la vuelta para el Perú, y al cabo de un año de su salida del Callao arriba al puerto de Acapulco.—Invasion del corsario inglés Awkins en Veracruz, en 1568, con nueve navíos: derrótale el capitan marino D. Francisco Lujan, y se salva quemando uno de sus navíos y fugándose en otro.—Correrías del pirata inglés Oxnam en el golfo de Méjico, y recobro por los españoles de las presas que habia hecho.—Espedicion del corsario inglés Drako desde Plimouth al mar del Sur: pasa el Estrecho de Magallanes, saquea á Valparaiso y Lima, apresa naves españolas con grandes sumas de oro y plata, vuelve para Inglaterra, perseguido en vano por alguuas naves nuestras, y dando la vuelta al globo llega al puerto de su salida con el grau fruto de sus rapiñas.—Disposiciones del Gobierno español para impedir otras espediciones enemigas semejantes á la de Drake. Al intento se apresta por el Virey del Perú una espedicion al mando de Pedro Sarmiento de Gamboa.—Sale este del puerto de Callao en 11 de octubre de 1570, con dos navíos.—Inteligencia y habilidad de Sarmiento al avistar las islas de San Felix y San Ambor.—Sigue el viaje, toma posesion de la isla que llamó de la *Santísima Trinidad*, descubre otras en el Estrecho, les pone nombres, y continúa la navegacion.—Abaudona á Sarmiento uno de los dos navíos, quedando solo con la Capitana.—Sucesos varios.—Muda Sarmiento el nombre al Estrecho, dándole el de *Nombre de Dios*.—Advertencias sábias de nuestro marino para navegar junto al Estrecho.—Arco iris á media noche.—Surge Sarmiento en la isla de la Ascension: sucesos en ella.—Dirigiéndose á las islas de Cabo Verde, descubre dos navíos franceses de un corsario, combate con ellos, y los pone en fuga.—Desembarca en Cabo Verde, y tiene allí noticias de los designios de los ingleses contra nuestras posesiones do Indias.—Suplicio del alférez de Sarmiento, por traidor.—Terremotos y sus estragos en la isla de San Jorge.—Acontecimientos diversos.—Arribo de Sarmiento al cabo de San Vicente, en España, en agosto de 1580.

En la época de la interesante espedicion de Legaspi, una de las mas felices y útiles para España, se hizo otra de que resultó un provechoso descubrimiento en el Sur del gran Océano. Hasta entonces habian considerado los marinos que era casi tan difícil seguir á lo largo del Norte al Sur de la costa del Perú, como navegar entre los trópicos de O. á E. por el Océano Pacífico. Pero Juan Fernandez descubrió en 1574, que apartándose al O. á una gran distancia de la tierra, se encontrarían los vientos del S. que prolongándose hasta la

latitud de los vientos variables ó vientos del O., permitian á los marinos abordar la tierra al S., lo cual no habian hecho demorando mar cerca de la orilla. Durante uno de aquellos viajes, nuestro atrevido navegante descubrió á ciento diez leguas de la costa de Chile la islilla que conserva su nombre, y que ha llegado á tener una celebridad literaria, á causa del naufragio que padeció y la mansion de cuatro años que hizo allí Alejandro Selkirk, cuya sencilla relacion suministró á Defoe su admirable novela de Robinson Crusoe. A Juan Fernandez se le tiene todavía por descubridor de la Nueva Zelanda, aunque se dice que la tierra-firme que observó no estaba al parecer situada tan lejos al O. de Chile. En favor de aquella opinion aboga una circunstancia particular, y es, que la mar del Sur no se ha esplorado aun tan perfectamente que autorice para negar á Fernandez el mérito de aquel descubrimiento.

A consecuencia del establecimiento de los españoles en las Filipinas y el progreso de la navegacion que de ello resultó por el Pacífico, era de esperar naturalmente que se realizasen nuevos descubrimientos en un mar interrumpido de islas contiguas las unas á las otras. En aquel tiempo D. Lope de Castro, que ejercia interinamente el alto cargo de virey del Perú, determinó esplorar el inmenso Océano austral, y estender por este medio el imperio español, mientras los dominios del de los Incas gozaban de una profunda paz. Con tal objeto, en 10 de febrero de 1567, despachó del puerto del Callao de Lima á su sobrino D. Alvaro de Mendaña, con dos navíos bien equipados, y las instrucciones convenientes para navegar hacia el Occidente. Favorecido de los vientos en mar tranquilo arribó Mendaña á unas islas, y sin detenerse en ellas, por haberle asegurado el piloto que del trabajo de reconocerlas ningun fruto lograria, navegando sin cesar á toda vela por aquel vasto piélago, al cabo de diez y seis dias llegó á otra isla de mas de ochocientas millas de circuito, distante del Perú seis mil y setenta y cuatro. Dióla el nombre de *Isabela*, y entrando en un puerto de ella le denominó *de la Estrella*; segun unos porque tenia esta figura; segun otros, con motivo de haber columbrado en medio del dia de su arribo una estrella refulgente.

Los salvajes habitantes de aquella isla, asi como los de otras semejantes hasta entonces descubiertas por los españoles, quedaron atónitos y sobrecogidos de espanto al ver las naves de Mendaña, su grandeza, sus hinchadas velas, y la magnitud de sus palos y mástiles. A pesar de esto, deseoso el cacique de enterarse de todo y examinarlo detenidamente, acudió presuroso en una canoa, engalanado á su modo de un manto de piel de lobo marino, un tonelete y un penacho de variadas y ondeantes plumas; mas aun no se habia acercado bien á la Capitana cuando detuvo los remos y se quedó estático contemplándola, pareciendo que el miedo le habia helado. En esto oyó de improviso el ronco sonido del tambor, y entonces como volviendo en sí subió intrépidamente al navío, pareciendo arrebatado de una especie de locura, y enagenado de gozo

comenzó á bailar con alguna gracia, de lo cual se mostraron complacidos los de á bordo. Sosegándose al cabo de un rato hizo por señas demostraciones de paz: Mendaña se apellidó el nombre Viley que era el del Cacique, y este tomó el Mendaña, permuta que segun las costumbres de aquellos bárbaros, es una demostracion ó prueba de mútua benevolencia, la prenda mas segura de recíproca amistad. Sin embargo, como la inconsecuencia y la mala fé parecen inherentes á la condicion del hombre en el estado de barbárie, el efecto de aquellas lisonjeras apariencias de fraternidad fué contrario á lo que ellas prometian, pues los isleños, gente feroz y antropófaga, cuyo idioma no podian entender los nuestros, tomaron luego las armas declarando asi la guerra á los que les tenian por amigos.

Habíase propuesto Mendaña reconocer prolijamente aquellas costas, para lo cual, á fin de no esponer los navíos á un gran peligro en aquellos parajes nada conocidos, se construyó con estraordinaria actividad una galera de remos. Con esta nave se efectuó el reconocimiento prontamente, descubrió nuestro esplorador hasta veinte islas, y poniéndoles diversos nombres, á la principal el de *Santa Cruz* y al grupo de todas juntas el de *Salomon*, se desentendió de examinar otras menos considerables, que mas que islas parecian escollos. Varios son los historiadores que dicen haber dado Mendaña aquel nombre al archipiélago que descubrió, creyendo que de aquellas islas habia sacado el sapientísimo Rey sus grandes tesoros, enviando allá su Armada por el mar Rojo; pero siendo semejante creencia impropia de un hombre ilustrado, como lo era el descubridor de tales islas, es mas verosímil que lo supusiera, con el objeto de que en sus compatriotas los españoles se avivasen asi mas y mas el deseo de establecerse en ellas. En apoyo de esta razonable opinion concurren las particulares circunstancias de que en las islas que se denominaron de Salomon, situadas entre el sétimo y décimo grado de esta parte del Ecuador, se crian perlas, que los españoles de Mendaña recogieron muchas, admitiéndolas en cambio de una canoa que habian tomado á los salvajes, y que allí abundan las palmas, y los demás frutos que produce la América, como tambien los nogales y almendros. En cuanto á los naturales, se observó que sus vestidos y armas no se diferenciaban de los que usaban los otros indios, y que en fuerza y estatura igualaban á los de la Florida. Alimentábanse principalmente con carne de tapir, pesca, frutas y raices.

Gran número de españoles pereció en aquella espedicion, víctimas casi todos de enfermedades nacidas del clima, mas bien que de las miserias y peligros sin cuento que padecieron en el viaje de regreso, pareciendo que contra ellos se habian conjurado el mar y el cielo. Al cabo de un año entero arribó la Capitana al puerto de Acapulco, y tres dias despues el otro navío, uno y otro sin mástiles y sin velas, trayendo en vez de estas las mantas de las camas. Desde allí pasaron al Perú, donde con su llegada, al saber los descubrimientos que

D. Alvaro de Mendaña acababa de hacer, todos aquellos españoles concibieron las mas gratas esperanzas de adquirir inmensas riquezas, en particular el virey, quien se propuso que el mismo descubridor hiciera segundo viaje, de que hablaremos á su tiempo.

Graves y sorprendentes sucesos marítimos ocurrian en aquella época en cualquiera punto de nuestras posesiones americanas donde se fijára la atencion. En 1568 se presentó en aquellas costas el pirata inglés Juan Awkins con nueve navíos, y en Margarita y Santa Marta vendió algunos negros esclavos para el cultivo de los campos y el laboreo de las minas. No pudo hacer lo mismo en otros puertos, porque teniéndole por enemigo se le prohibió el desembarco pero habiendo arribado al de Veracruz obtuvo permiso del virey de Méjico para carenar sus navíos. Acaso este intento encubria otro nada bueno, pues el hecho es que en tanto que ejecutaba con suma diligencia aquella operacion, tenia dispuesta la artillería en la costa, como si amenazára la invasion ú ocupacion de aquel punto por la fuerza. En esto llegaron trece navíos de la Armada española, conduciendo al nuevo virey D. Martin Enriquez, sucesor del marqués de Falces D. Gaston de Peralta, el cual desembarcó y se puso en camino para Méjico, sin sospechar fraude alguno de parte de los ingleses. Pero el capitan de la escuadra nuestra, D. Francisco Lujan, los juzgó piratas, como lo eran en realidad, al ver la multitud de ellos que armados corrian por las calles, y acometiendo á los muchos que estaban en la playa hizo en ellos gran matanza, se apoderó de la artillería enemiga, y las naves españolas comenzaron á disparar contra las inglesas, que á pesar de la sorpresa no dejaron de defenderse intrépidamente. Durante la pelea, que se trabó con gran furor, se escapó del combate el famoso inglés Francisco Drake, de quien hablaremos despues, y embarcándose en una nave donde estaba recogida la mayor parte del oro, fruto de las rapiñas de aquellos piratas, huyó velozmente por el Océano. Casi todo el dia resistió Awkins como desesperado, hasta que convencido de la desigualdad de sus fuerzas para contrarestar las de los españoles, pegó fuego á su Capitana, y favorecido de la oscuridad de la noche se puso en fuga en la vicecapitana, siguiéndola otro navío y dejando todos los demás por presa de los españoles. El navío que le seguia, no pudiendo continuar su carrera, quedó hecho pedazos estrellándose en el rio de Panuco, y su tripulacion en número de setenta personas fué conducida á Méjico y tratada con humanidad. Awkins despues de haber perdido en su viaje muchos compañeros de resultas del hambre y las heridas, se escapó por el canal de Bahama entre la Florida y las Lucayas, y poseido de tristeza arribó á Inglaterra, á donde ya se habia adelantado Drake. Para colmo de su desdicha no pudo sacar á este ni una pequeña parte del oro con que logró escaparse, de que se hizo dueño, y que le sirvió de gran recurso para los armamentos y piraterías con que fué despues el terror de las costas de ambos mares. Pero antes de referir sus hazañas en el del Sur, necesario y

oportuno es trazar con brevedad la historia de uno de los aventureros que allí le habian precedido.

Entre los que estuvieron con Drake subidos en cierta ocasion á un gran árbol del istmo de Panamá, desde donde el Océano pacífico se les habia aparecido con todo su embeleso, se encontraba un tal Juan Oxnam, que parece haber sido uno de los favoritos del capitan pirata, y que en breve volvió á tentar en aquellas aguas los peligrosos trances del corso. En 1575 llegó Oxnam al golfo de Méjico con una nave de ciento veinte toneladas, tripulada solamente por setenta hombres. Sabedor que á consecuencia de las correrías de Drake guardaban y custodiaban los españoles sus tesoros con tanto cuidado que hacian desesperar de arrebatárselos, se le ocurrió un plan de campaña tan singular como temerario. Sacando su nave á la orilla la desarboló y cubrió de raices de árbol, enterró toda su artillería, á escepcion de dos cañoncitos, y dejando solo un hombre para guardarlo todo, se metió con los demás en lo interior del pais: llegó en poco tiempo á un rio que corria hacia el Mediodia, y despues de haber construido una pinasa de cuarenta y cinco piés de larga, se aventuró en aquella frágil barca sobre el Océano pacífico. Dirigiendo sin detencion su correría hácia las islas de las Perlas, apresó un buque español que conducia algunos millones de reales en oro, y otro que venia de Lima con dos millones en plata. Cargado de tan ricos despojos volvió al rio citado, y al llegar á él se movió entre su gente una acalorada desavenencia en el acto de repartirse la presa. En tanto que se la disputaban, habiendo venido á las manos unos con otros, se pusieron los españoles en persecucion de Oxnam con cuatro buques, y subiendo tras de él por el rio dieron con el sitio en que el pirata habia enterrado el tesoro, y apresurándose á recogerle y salvarle no se cuidaron de otra cosa. Apaciguada su querella volvieron los ingleses al mismo sitio, y no encontrando en él las riquezas que creyeron tener allí seguras, se arrojaron á perseguir á los legítimos dueños de ellas, sin tomar en cuenta su inferioridad numérica. Así es como cayeron en una celada y fueron completamente derrotados. Poco despues un destacamento de españoles descubrió el buque de Oxnam, con todo lo correspondiente á él y la artillería que con tanto cuidado habia escondido. Los ingleses que pudieron salvarse vivieron algun tiempo entre los indios, ocupándose en construir canoas con las cuales confiaban escaparse, pero no tardaron en caer prisioneros de los españoles y ser llevados á Panamá, donde Oxnam y todos sus compañeros, escepto seis jóvenes grumetes, fueron ajusticiados. Tal fué el deplorable fin de aquel aventurero atrevido, el primer inglés que navegó por el Pacífico.

Volvamos ahora á Drake. Ayudáronle sus amigos á equipar una escuadra, para poner en ejecucion sus planes de conquista en el mar del Sur, la cual se componia de cinco naves, siendo la mayor *el Pelicano*, que no pasaba de cien toneladas, ni de ciento sesenta y cuatro hombres el total de las tripulaciones

Ocultando el verdadero objeto de aquella armada corsaria, esparcióse la voz de que se fletaba para Alejandría, y en 13 de diciembre de 1577 partió Drake de Plimouth para su memorable viaje. Entre Mogador y Cabo Blanco, en la costa de Africa, apresó muchos buques menores que soltó despues de haber tomado de ellos cuanto su armada necesitaba: en 14 de abril de 1578 arribó al Rio de la Plata, y echando el ancla á diez y ocho leguas de su embocadura dispuso que su gente se ocupase en la caza de lobos marinos, cuya carne hizo salar, proveyéndose de ella para la navegacion. En aquel paraje fué deshecho *El Cisne*, navío de cincuenta toneladas, y destinada á servir de leña su madera, por estar muy débil para continuar el viaje. Habiendo estacionado allí algun tiempo, el 20 de junio entró la espedicion de Drake en el puerto de San Julian, donde la Armada de Magallanes habia invernado en otro tiempo. En aquella playa se conservaba todavia en pié una horca, monumento antiguo de la severidad del descubridor del Estrecho, y en ella se pudo ver el presagio de un acontecimiento que ocurrió en el mismo lugar, y que se ha mirado como uno de los baldones de la reputacion de Drake. Contra Tomás Doughtie, marino de conocida capacidad, y que era segundo comandante de la escuadra corsaria, se intentó una vaga acusacion de animosidad hacia su gefe, y á consecuencia fué condenado á muerte. Las esplicaciones harto suficientes que los historiadores de aquel viaje han suministrado sobre este punto, dan motivo á creer que Drake castigó en su hábil compañero un talento cuya rivalidad temia. La escuadra se componia entonces de tres navíos, y el 17 de agosto dejó el puerto de San Julian donde habia estado dos meses al abrigo.

Sin dificultad llegó Drake al Estrecho de Magallanes y le atravesó en un espacio de diez y siete dias, relativamente muy corto. Un huracan irresistible arrastró su Armada á doscientas leguas hácia el Oeste, y si hemos de dar crédito á ciertas relaciones, á una latitud tan alta que las noches no escedian en aquel punto de dos horas. *El Caléndula*, buque de treinta toneladas, se separó allí de los otros dos y desapareció sin que de él se haya sabido cosa alguna. Drake y Winter, capitanes de los dos navíos que permanecieron juntos encontraron abrigo cerca de la entrada occidental del Estrecho, en una bahía que con motivo de los sucesos que sobrevinieron despues fué llamada por los ingleses *Bahía de la Separacion de los Amigos*. En aquel sitio se rompió el cable del navío Almirante, y arrastrado de nuevo hácia la gran mar corrió todavía mas lejos al Sur, de modo que tocó á la estremidad de las tierras hácia el polo Sur, la cual se encuentra poco mas ó menos bajo los 56° fuera del cual no se percibe ya al Sur ningun continente ni isla alguna, y sí únicamente el Atlántico y la mar del Sur, que mezclan y confunden sus aguas con toda libertad. Winter entró en el Estrecho, en él recobró su gente la salud, y asi pudo volver sano y salvo á su patria.

Cincuenta dias consecutivos duró la borrasca que combatió el navío de

Drake, y á fines de noviembre fondeó cerca de la isla de Mocha, en la costa de Chile. Guiado por un piloto indio entró en el puerto de Valparaiso, y le saqueó, como tambien otros lugares de la costa, y aun á Lima, ejerciendo por todas partes sus rapiñas. En la altura de Panamá se apoderó de unas naves españolas que conducian grandes sumas de oro y plata: destruyó el puerto de Guatalco, y harto ya de riquezas pensó en abandonar aquel mar, teatro de sus famosas piraterías, y regresar á Inglaterra. Los españoles, sin embargo, tuvieron medios de armar dos navíos y partieron en seguimiento del famoso corsario, llevando á bordo unos doscientos hombres; pero equipados precipitadamente se vieron forzados á retroceder por falta de provisiones, y Drake con feliz navegacion arribó á las Molucas, dió la vuelta por el Cabo de Buena Esperanza, y cargado de tesoros á los tres años menos doce dias de su partida de Plimouth tuvo la dicha de entrar en aquel puerto, donde se ocupó en preparativos para otros viajes semejantes.

Siendo Drake el primer inglés que habia pasado el Estrecho y navegado en el mar del Sur bajo el pabellon británico, fué tambien el primero que turbó el reposo de los españoles en el Océano pacífico. Muy agenos estaban de que se aparecieran naves estranjeras y enemigas en aquellos aislados mares que miraban como propiedad suya; sobre todo no podian imaginarse que á ellos llegáran sus adversarios por el Estrecho de Magallanes, tan completamente interdicho á sus propios marinos, que una opinion vulgar entre ellos se le representaba como cerrado por alguna espantosa convulsion de la naturaleza (1). Temieron, como era natural que se viese amenazada y en peligro la posesion de las ricas posesiones del Perú, tanto mas cuanto se estaba en la creencia de que el atrevido corsario inglés habria poblado en el Estrecho. De la navegacion española por este se empezó á tratar de nuevo, en 1579, á fin de impedir aquel paso á los estranjeros, y evitar, ya que no fuese dable resarcir, las considerables pérdidas que Drake nos habia causado. El virey del Perú aprestó pues una Armada al intento, reducida entonces á dos navíos. Uno de ellos, que hiciera de Capitana, se denominó *Nuestra Señora de la Esperanza*, y el otro *San Francisco*. El mando en gefe de esta espedicion se confirió á Pedro Sarmiento de Gamboa, caballero gallego, acreditado ya por su valor y su grande inteligencia como marino, yendo como segundo suyo con el título de Almirante

(1)
Por falta de piloto, ó encubierta
causa, quizá importante y no sabida,
esta secreta senda descubierta (*)
quedó para nosotros escondida:
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna isleta removida
del tempestuoso mar y viento airado,
encallando en la tierra la ha cerrado.

(*) Ercilla, aludiendo al Estrecho de Magallanes. *Araucana*, parte I, canto I, octava 9.

Juan de Villalobos. Cada navío llevaba dos piezas de artillería y cuarenta arcabuces entre ambos, con todo lo demás necesario para tan arriesgada navegacion, así de aparejos y pertrechos, como provisiones de boca y guerra. En la Capitana iban los pilotos Hernando Alonso y Anton Pablos, con cincuenta y cuatro personas de equipaje, y en el San Francisco, con el Almirante Villalobos, Fernando de Lamero, piloto mayor, y tanta tripulacion como en la otra nave, ascediendo el total de gente de ambas á ciento doce individuos, entre soldados, marineros y otros hombres de servicio. Embarcáronse además en la Capitana el franciscano fray Antonio de Guadramiro, y el alférez Juan Gutierrez de Guevara, y en la almiranta fray Cristobal de Mérida, de la misma órden. En la instruccion dada por el virey al general de la Armada, mandaba seguir al corsario, pelear con él hasta matarle ó prenderle, cobrar la gran presa de que habia despojado tierras y navíos del Rey, aunque fuese á cualquier riesgo, pues llevaban gente municiones y armas bastantes á rendir las del enemigo; notar y descubrir sus derrotas, ponerse en cincuenta ó cincuenta y cuatro grados, como mas conviniese, en el parage de la boca del Estrecho de Magallanes, que encendiesen en fin faroles ambas naves, para no perderse de vista en las noches, yendo siempre la una en conserva de la otra. Encargóles la conformidad en los consejos entre el General y el Almirante; que describiesen los puertos y mares en perfectas demarcaciones, y saltando en cualquier tierra tomasen posesion de ella por S. M. Que hallando poblaciones de indios los acariciasen y domesticasen con prudente blandura, granjeándose su voluntad con las preseas que para ellos se entregaban al General, tales como tijeras, peines, anzuelos, botones de colores, espejos, cascabeles, y cuentas de vidrio; y que llevasen algunos indios para intérpretes de la lengua. En cuanto á otros puntos mas importantes discurrió con grande acuerdo. Despues para animarlos hizo un razonamiento, mezclando las esperanzas con las exhortaciones: y habiendo conferenciado el General con el Almirante y los pilotos sobre el designio de su jornada, acordaron: que si algun caso forzoso del tiempo apartase un navío del otro se buscasen con diligencia, ó acudiesen á esperarse á la boca del Estrecho, en la parte del mar del Sur, al poniente.

En la tarde del domingo 11 de octubre de 1579 partió la espedicion del puerto del Callao de Lima, y en 1.° de noviembre pasaron á la vista de las islas de San Felix y San Ambor (1). Aquí notó Sarmiento la diferencia entre esta derrota que él llama verdadera y la de la fantasía. Con increible curiosidad, usando de la atencion y destreza de sus pilotos y de la suya que no era inferior,

(1) Con presencia de la *Relacion y derrotero del viaje al Estrecho de Magallanes*, que escribió el mismo Sarmiento, seguimos constantemente en nuestra relacion el estracto que de aquel interesante documento hizo y publicó Bartolomé Leonardo de Argensola, bien que guardando mejor órden que este en la narracion, sin hacer mérito de cuanto por un efecto de su fecunda imaginacion añadió nuestro escritor y poeta, lo cual ni está acorde con el testo de la Relacion original, ni parece verosímil.

fué constante en sus observaciones, tanto que jamás dejaron la sonda, ni los astrolabios ni cartas, en los fondos, puertos, senos, montes y restingas, ni los escribanos las plumas escribiendo y pintando. De aquí resultó una larga relacion que envió al rey Felipe II (1). Allí cuenta las correspondencias del cielo con las tierras que encuentra; los peligros, las islas, promontorios y golfos, geográfica y corográficamente. Continúa los rumbos que se han de seguir, los que se han de evitar, y con distinta variacion nos guia y saca del Estrecho, dando señas visibles, y las invisibles de los vientos para cada parte. La primera incógnita en que surgió con gran dificultad era un puerto que denominó *Nuestra Señora del Rosario*, y á la bahía *de la Santísima Trinidad*.

Para tomar posesion de aquella aislada tierra, en 22 de noviembre desembarcó Sarmiento con la mayor parte de la gente, y enarbolando una cruz alta la adoraron todos y cantóse en alta voz el *Te deum laudamus*, de rodillas, dando gracias á Dios con sumo regocijo. Esto hecho, el mismo gefe se levantó en pié, y sacando la espada que ceñia dijo en alta voz, en presencia de todos: «que le fuesen testigos como él, en nombre del rey D. Felipe y en el de sus herederos y sucesores, tomaba posesion de aquella tierra para siempre jamás.» Y para que los presentes tuviesen memoria del acto, con la misma espada cortó árboles, ramos y yerbas, mudó piedras y de ellas hizo un mojon en señal de la posesion que tomaba, haciendo en fin que allí mismo se estendiese acta testimoniada por el escribano real de la Armada Juan de Esquivel.

A continuacion, á la hora del medio dia, tomó Pedro Sarmiento el altura en tierra con tres astrolabios, en 50°, y luego, no habiendo hallado gente del pais, aunque sí algunas señales de ella, como huellas humanas, dardos, remos y redecillas, el General, el alférez, el sargento mayor y tres soldados, subieron á la cumbre de una asperísima montaña y cordillera, de mas de dos leguas de subida, por peñascos tan escarpados y agudos que cortaban las suelas del calzado, y á veces por evitarlos trepaban por las ramas de los árboles. Desde lo alto descubrieron diversos grandes canales, brazos, rios y puertos; y toda la tierra que alcanzaban sus ojos les pareció despedazada. Juzgáronla un archipiélago. Contaron ochenta y cinco islas grandes y menores; vieron ir la canal muy ancha, estendida, abierta y limpia, y se certificaron que por ella habia salida al mar cerca del Estrecho.

De allí, en 25 de noviembre, acompañado Sarmiento de los pilotos Pablos y Lamero, y diez marineros y soldados con arcabuces, rodelas, espadas, y comida para cuatro dias, partió de aquel puerto en el batel de la Almiranta, para descubrir las canales que aparecian, y no poner en peligro los navíos. Saliendo por los arrecifes siguió el golfo arrimado á la costa. Reconocióla toda y sondó los puertos, á los cuales y á los montes segun su forma les puso nombres. Tales

(1) Es la Relacion de Sarmiento citada en la nota precedente.

fueron los de *Punta de la Candelaria*, *Puerto del Morro*, *Morrogordo*, *Pan de azucar*, etc. Notó los árboles, las yerbas y los pájaros. Halló en cierta playa varia huella de gente, y dos puñales ó harpones de hueso, con sus presas en las empuñaduras. Junto á un arroyo de agua dulce, cuyas arenas son bermejas, y que sale á un puerto, por lo cual á uno y otro llamó *Bermejo*, vieron nuestros esploradores abundancia de peces, y en el marisco que arrojaban las olas infinitos ostros ó migillones, así como en los que habian quedado sobre las peñas fuera del agua, perlas grandes y pequeñas, algunas pardas y otras blancas. Al llegar aquí deplora Sarmiento su afliccion y la de sus compañeros, pues cuando deseaban aplacar el hambre con aquellos mariscos no podian comerlos, por hallarse en ellos aquellas perlas que los hacian tan duros, siendo forzoso arrojarlos y despreciar aquella riqueza marina en medio de su penuria. «Aquí se veia bien, dice, en cuan poco se estiman las riquezas que no son manjar cuando hay hambre, y cuan poco son de provecho, y cuanto fueron mas cuerdos los antiguos, que las riquezas que por tales se estimaban eran ganados mansos y mieses cultivadas.» — El ayuno, añade Argensola, los hizo filósofos.

Del puerto Bermejo hubo de volver Sarmiento á los navíos que quedaron en el del Rosario, sin pasar ningun dia sin récias tempestades, habiendo andado de ida y vuelta mas de setenta leguas, saltando en islas y tomando la posesion de ellas: fértiles y habitables, pero condenadas hasta entonces á carecer de culto y uso de razon el que las habitaba. Desde una cumbre altísima esploró la Canal-Madre que sale á la mar brava, y tantas diversas canales é islas pequeñas, que no se pudieran contar en largo tiempo. En el que se detuvo sondó puertos fondos, canales, caletas, ancones, bajos, restingas y senos. Pintábalos y dábales nombres: ponia la navegacion en derrota y altura cierta, á vista y censura de los pilotos, marineros y soldados para rectificar esta diversidad de objetos con el exámen de los que la veian.

Allí comenzó el Almirante Villalobos á desavenirse, diciendo que estaban ensenados, y que era imposible proseguir el viaje por aquella vía. Entonces quiso desamparar al General, como lo hizo mas adelante. De puerto Bermejo siguió Sarmiento su derrota, tentando los de las otras islas. Llegó á una ensenada que llamó de *San Francisco*, donde alojándose la gente, disparó un soldado su arcabuz, y al estampido del tiro dieron disformes voces unos indios, junto á una montaña de la otra parte de la ensenada. Al oir el primer grito creyeron los españoles que los daban lobos marinos, hasta que descubrieron á los salvajes desnudos y colorados los cuerpos, á causa de que, como se vió despues, se untan desde la cabeza á los piés con tierra colorada y pegajosa. Sarmiento embarcó en el batel algunos compañeros, y llegando á un breñal hallaron á los indios en lo espeso de la arboleda, sin mas vestidura que el barro colorado como sangre. Solo un viejo que les hablaba y mandaba, y á quien ellos obedecian, se mostraba cubierto con una capa de pellejos de lobos marinos. En la costa brava, junto á

la mar, salieron de entre los peñascos quince mancebos, y llegados con indicios de paz, levantando las manos señalaron con grande instancia hácia donde quedaban los navíos, y lo mismo hicieron los españoles. Llegáronse los indios, y dándoles Sarmiento dos tohallas y un tocador, únicas cosas que allí tenia, y los pilotos algunas otras se quedaron muy contentos. Diéronles vino, y habiéndolo probado lo derramaron: se les dió bizcocho, lo comieron, mas no por esto se tranquilizaron; por lo cual, y por hallarse en costa brava, con peligro de perder el batel, volvieron los nuestros al alojamiento, diciendo por señas á los indios que á él acudiesen. Prendióse con violencia á uno de ellos para que fuese lenguaraz, y le metieron en la navecilla, donde le abrazó el mismo General con cariño, vistió su desnudez, y le hizo que comiese. A esta tierra llamó *Punta de la gente*, por ser la primera en que halló habitantes. Salió de ella para tres islotes situados en triángulo, y en ellos durmieron los nuestros, por lo cual se les denominó *de la Dormida*. Pasaron luego adelante, demarcando tierras, y frontero de una muy áspera, el indio cautivo, á quien jamás se le enjugaron las lágrimas, dejando una camisilla que le habian puesto en manos de un español que de ella le tenia asido, se arrojó al mar y se fugó á nado. Prosiguieron su viaje, cansados ya de ver tantas islas, con notables estrañezas naturales y sin gente, pues solo en una á que llamaron *Roca partida*, por tener un morro alto partido, todo de piedra, hallaron junto á una profunda cueva gran rastro de piés humanos, y una osamenta y armadura entera de hombre ó mujer. De allí, con tormentas, por increibles soledades, pasaron adelante, y desde otra á donde llegaron con incertidumbre, como por acaso, en el seno que denominaron *Nuestra Señora de Guadalupe*, para averiguar si una canal iba al Este y otra al Norte, vieron venir por el agua una piragua, y en ella cinco indios, los cuales saliendo á la costa desampararon su navecilla, y muy maravillados se subieron á un monte presurosos. El piloto del batel se metió en ella con cuatro soldados y el barquillo nuestro pasó adelante.

Llegados nuestros esploradores á otra punta, donde les pareció que habia mas gente, hallaron sola una choza baja y redonda, hecha de varas, cubierta de cortezas anchas de árboles y cueros de lobos marinos. Veíanse en ella cestillas, marisco, redecillas, huesos para harpones, y zurrones llenos de aquella tierra bermeja con que los salvajes se teñian el cuerpo en vez de vestidura. Abandonó Sarmiento la piragua, y con solo el batel volvió á los navíos, porque ya habia consumido los víveres.

En aquel pequeño buque, y un bergantin, que en tanto que los unos discurrían por aquellas incultas islas los otros habian construido con lo necesario que para ello se condujo en la capitana, desde que esta emprendió su navegacion en el Callao, con el parecer del Almirante salió Sarmiento del Puerto Bermejo. Pero no hallando ningun otro seguro para los navíos, volvieron al mismo, y en el batel llamado Nuestra Señora de Guia pasó á tentar la boca, que parecia al

Este, por una cordillera de larguísimas tierras nevadas con tanta diversidad que vieron nieve blanca en las mas elevadas cumbres, y azul en las bajas, apareciendo negros los sitios no nevados. Sarmiento llama á la cordillera tierra firme. No son numerables las islas de que tomó posesion, ni las que descubrió inaccesibles en algunos archipiélagos, desde una altura eminente sobre las comarcanas, cubierta de la nieve azul, que él compara al color de las turquesas. Llamó á esta cumbre *Año nuevo*, por haberla hallado en el primer dia de 1580. No quedó nombre de santo, ni semejanza de cosa material con que no señalase las que tocó. En todas plantó cruces, y se estendió acta de posesion como en la primera. Solamente vió hombres en las que aquí se refieren. Volvió en su batel á volar por aquellos piélagos en que al parecer de uno para otro dia formaba la naturaleza islas nuevas. Surgió en un puerto, donde entre las diligencias para la navegacion figuró en tierra una línea meridiana y marcó las agujas de marear. Reparolas cebándolas perfectamente, porque con las tormentas y humedades habian recibido alteracion, y prosiguió descubriendo islotes, y tomando posesion sin resistencia. Observó un eclipse, en utilidad de la navegacion, en el puerto que llamó *de la Misericordia*, por haberse salvado en él de los peligros y tormentas que acababan de pasar, y en el cual, viendo que no arribaba la nave Almiranta, presumió que se habia vuelto á Lima. Sin embargo, la esperó diez dias, y despues hasta quince en otro puerto recien descubierto, llamado *Nuestra Señora de la Candelaria*, tres leguas distante de aquel, segun el convenio que habia precedido, de que esperado este plazo cada cual siguiese su viaje para España, porque contra la opinion de los pilotos sostuvo Sarmiento la de que aquel era el Estrecho de Magallanes.

Dia de Santa Inés surgió en la isla que tiene en su seno el puerto á que dió el nombre de la Santa, y desde un cerro que en forma de arco pende corvado sobre un rio, vió cinco indios que con señas y voces le pidieron se llegase á ellos. Habiéndoles respondido los españoles en la misma forma, los indios levantaron una banda blanca y los nuestros otra. Bajados á la costa, mostraron pedirles que se les acercasen, y Sarmiento les envió á su alférez y al piloto Hernando Alonso, con solos cuatro hombres para desvanecerles el temor. Con todo eso no osaban llegar al batel. Salió luego uno de los nuestros á tierra, y no atreviéndose tampoco á fiarse de él, acercáronse solo por verle, y les dió cuentas de vidrio, cascabeles, peines, zarcillos y cañamazo, bagatelas á que daban, como todos los demás indios, el mérito y valor de preciosas joyas. Surgieron luego el alférez y el piloto, y halagándolos y dándoles mas preseas les mostraron por indicios de lo que cada una servia, poniéndolas en uso á vista de los mismos indios. Regocijáronse mucho con esto y con unas banderillas de lienzo que los nuestros llevaban, de tiras angostas de ruan, angeo y holandilla, de lo cual congeturó Sarmiento que habian comunicado con gente de Europa: y ellos sin ser preguntados, señalando á la parte del Sudeste, dieron á entender por

señas patentes que habian pasado ó estaban por allí dos navíos como el nuestro, de gente con barbas, vestidos y armados de aquella misma manera. Este fué el primer rastro que halló Sarmiento de las naves inglesas de Drake. Los indios prometieron con risueños ademanes que volverian; fuéronse tierra á dentro, y los nuestros á la nave, de la cual, no estando lejos, salió Sarmiento á tomar posesion con su acostumbrada ceremonia cristiana y civil.

El dia siguiente amanecieron en el puerto el alférez y Hernando Alonso con seis soldados, y gran porcion de bujerías para granjearse la voluntad de los indios, los cuales llegaron tambien, pero no querian acercarse á los nuestros, aunque hicieron las mismas señas que el dia pasado. Para saber los españoles mejor todavia la derrota del inglés, arremetieron á los indios y prendieron tres, abrazándose cada dos soldados con uno de ellos; aun así forcejaban en tal manera por desasirse, que fué muy costoso resistir sus robustas fuerzas, y llevarlos al navío, donde Sarmiento los recibió y trató con afabilidad. Comieron y bebieron, y tanto pudo la mansedumbre que les quitó el temor y se rieron. Mostrándoles las tiras de lienzo, señalaron con las manos una ensenada, donde habian surgido las naves y gente barbuda, indicando que traian flechas y partesanas. Uno de ellos mostró dos heridas y otro una, las cuales habian recibido peleando contra los de armada de que daban señas.

Ya el Almirante se habia vuelto á Chile, y entre los acaecimientos de su vuelta solia él contar que llegado al paraje de la isla Mocha, envió su batel á pedir algun socorro de bastimentos, y sabiendo cuán amigablemente se condujeron aquellos indios con Drake, los mensageros ocultaron que eran españoles, fingiéndose ingleses. Dieron los indios crédito á la ficcion deseosos de ganar amigos para conservar su libertad y les enviaron carne, pan, frutas, y una carta respondiendo á la suya, cuyo sobre escrito en nuestra lengua decia: *A los muy magníficos señores los Luteranos en la Mar del Sur.* Los nuestros replicaron, que pues les habian proveido de tan abundante comida, les rogaban quisiesen participar de ella. Aceptaron el convite hasta treinta principales caciques, y llegaron en una canoa muy alegres al navío, mas apenas estuvieron dentro cuando el Almirante, sin escuchar sus quejas, mandó dar velas al viento, que ya estaban á punto, y los trujo cautivos á Chile (1).

En el puerto de la Candelaria instaron vivamente á Sarmiento los pilotos con ruegos y protestas para que hiciese lo mismo que su Almirante, representándole cuán atormentada traía la gente y las naves, y que habia hecho mas que todos los descubridores que le precedieron. Que ya no tenia anclas, cables, ni jarcia, y que los tiempos le resistían, á cuyo pesar no era posible proseguir.

(1) Lo que referimos acerca del viaje del Almirante desde el Estrecho á Chile, está tomado del Compendio ó estracto ya citado, que publicó Argensola, quien sin duda se refiere sobre ello á documentos que tendria presentes y que ignoramos, pues tales hechos no constan de la *Relacion y derrotero* que de su viaje escribió Sarmiento.

Esto promovió sério altercado, porque entre la ira de las quejas y casi amenazas de los pilotos, venia envuelta la adulacion, alabándole de que ningun otro descubridor habia pasado tan adelante, de modo que Sarmiento no se sintió menos apremiado de las alabanzas que del enojo. Con todo se esforzó contra ambas cosas, y aun reprendió á los pilotos, ¿quién sabe si encubriendo el mismo recelo que ellos le manifestaban? Y se mostró tan firme á estos combates que los redujo á su opinion. Partió de allí siguiendo el canal, y á una legua al S-E. le señalaron los indios el paraje que habian atravesado los barbudos, de los cuales, matando muchos, reservaron como despues se supo, á una mujer llamada Catalina, y un muchacho, ambos ingleses, que vivían entre aquellas fieras, pues mas parecían esto que racionales. Algo mas adelante, en otra isla que los indios dijeron llamarse *Puchachailgua*, llena de altísimos peñascos pardos, habian peleado otra vez los ingleses con los naturales sin alcanzar victoria. Prosiguieron hasta la otra isla llamada *Capitloilgua* en la costa *Cayrayxajilgua*, y no mudó Sarmiento los nombres á las tierras cuando pudo saberlos. En la que luego se les ofreció se entristecieron sobremanera porque se juzgaron ensenados, y luego dió brios á este desaliento la vista de la canal que comienza en la boca llamada *Jaultegua*, y se les ensanchó, sacándolos á mar espaciosísimo, poblado de millares de islas. Pasaron á la vista de una, vieron humos altos, los indios cautivos comenzaron á llorar, y se entendió que era de temor á los naturales de aquella tierra; significaron que eran *jigantes* y peleaban mucho, y los nuestros los tranquilizaron haciéndoles comprender que podian mas que ellos. Saltaron los españoles en aquella tierra llamada *Tinquichisgua*, y Sarmiento la mudó el nombre en isla *de la Cruz*, en honor de este signo que allí plantó. Vió en ella abundancia de ballenas, de lobos, y otros mónstruos del mar, y grandes témpanos de nieve en las olas. Apercibió la artillería y la arcabucería, pertrechándose contra corsarios y naturales, pensando hallar ingleses apoderados de aquella tierra: estuvo muy en guardia de allí adelante, y nadie desamparó las armas. Pasaron á la tercera isla, que es la mayor: oyeron voces humanas y vieron algunas piraguas con la gente que daba las voces, la cual atravesaba de una isla á otra. Los nuestros llegaron en el batel á reconocerla, y unos y otros entraron en un puerto limpio. Desde él vieron una poblacion no bárbara, sino ingeniosa y altiva, y muchedumbre de gente que habiendo anegado las piraguas, puestos en las alturas de las montañas con sus armas, llamaban á los nuestros desde un bosque para que saliesen á tierra, y los nuestros á ellos para que se acercasen á la mar.

Entre aquellas mismas arboledas se descubrieron muchos mas isleños con arcos y flechas, en ademan de acometer. Por esto los nuestros les tiraron algunos arcabuzazos, cuyo estruendo causó tanto horror á las mugeres indianas, que dieron terribles voces, y entonces cesaron los tiros por no perder la esperanza de ganarles las voluntades. Entre tanto la nave, que andaba barloventeando, arribó al puerto. Aprestó Sarmiento una pieza y llegó tambien el batel, trayendo

una piragua amarrada por popa. Escrita la posesion, aunque no averiguada la policía de los habitadores de aquel gran pueblo, salió Sarmiento á la playa, desde la cual se vé un monte altísimo, blanco de envejecida nieve, y cercado de sierras. Relaciones antiguas lo llamaron la *Campana de Roldan*, que fué uno de los compañeros de Magallanes. Prosiguió hasta ponerse en 54° en la Punta que llamó de San Isidro, junto á la cual le dieron gritos los naturales, y llegados á los nuestros los abrazaron familiarmente. Envióles Sarmiento desde la nave además de cascabeles y otras dádivas leves, bizcocho y carne. Sentáronse á conversar por señas con el alférez, el piloto y los otros ocho españoles, y dando á entender que les agradaba su amistad y aquellos preciosos dones, renovaron los confusos indicios del pasage de los ingleses. Con esto volviéronse á sus chozas, y el General, tomada la posesion, y la altura en 53° y 2|3, partió á vista de la costa, la cual ocho leguas de allí se allana con la mar, y forma una playa de arena blanca. Antes de llegar á ella descubrió Sarmiento un volcan altísimo, nevado, en que, digámoslo así, por natural modestia la nieve y el fuego se respetan recíprocamente, y enervan en sí mismos sus fuerzas y actividad; porque ni él se apaga ni ella se derrite por la vecindad del otro. Llevóle la canal hasta la punta que llamó *Santa Ana*, en 53° y 1|2.

Formalizó la posesion, y al pié de la cruz amontonó muchas piedras, entre las cuales, dentro de una botija embreada, puso una carta, con polvo de carbon, juzgándola así incorruptible. En ella daba aviso á todas las naciones de que aquellas tierras y mares eran del Rey de España, declarando por qué derechos. Dejó tambien mandado en el mismo escrito á su Almirante que acudiese al Perú, á dar cuenta al virey de los sucesos hasta descubrir el Estrecho. Volvió el navío de baja mar, á donde en su ausencia llegaron los indios con sus hijos y mujeres, y con un presente de grandes trozos de lobo marino, carne hedionda, y pájaros niños de mar, que son rubios y blancos; murtina, fruta semejante á las cerezas, y pedazos de pedernal, agujereados y pintados, en cierta cajita de oro y plata. Preguntados los salvajes para qué servia esto último, respondieron que para sacar fuego, y uno de ellos en vez de yesca tomó parte de las plumas que traía y encendió con ellas. Poco antes, cuando los nuestros lo encendieron para derretir la brea y fortificar la vasija de la carta que al pié de la cruz quedó, se estendió por el monte la llama y levantó humareda. Los indios creyendo que eran los fuegos de aquellos tan temidos enemigos suyos, se fueron sin poderlos detener, y no fué vano su temor, porque en la isla de enfrente respondieron luego con grandes humos. Al rio que entra en la mar por la punta llamó Sarmiento *de San Juan*; y al estrecho que divide estas islas, que es el mismo de Magallanes, deseado y buscado con tantos peligros, le mudó el nombre llamándole *de la Madre de Dios*. Quedó nuestro marino tan ufano de haber mostrado en esto su devocion, que cuando volvió á España suplicó al Rey que mandase llamar así al Estrecho.

En aquella tierra vieron rastro de tigres y de leones, y papagayos blancos y pardos, de cabezas coloradas, y oyeron cantos suaves de varios pájaros. Prosiguiendo con escesivo calor aportaron en una ensenada, cubierta de yerba blanca. Surgieron en la punta, en que apareció luego una compañía de patagones, que les dieron voces levantando las manos desarmadas, y los nuestros imitaron sus mismas acciones, que de ambas partes significaban paz. Llegados al batel que estaba guardado de diez arcabuceros, saltó luego el alférez en tierra con otros cuatro. Los patagones le indicaron que dejase la gineta, y se retiraron á donde ellos habian escondido sus arcos y flechas. Hízolo así el alférez; mostróles los rescates y dádivas que les queria presentar, y con esto se detuvieron aunque recelosos, por lo cual, pareciéndoles á los nuestros que aquella desconfianza presuponia escarmiento, sospecharon que lo debia causar el daño que habian recibido del corsario inglés, y para cerciorarse embistieron diez de los nuestros á uno de los salvajes y le prendieron, bien que con dificultad le aseguraron. Los demás arremetieron á los españoles tan presto que apenas les dieron tiempo para volverse al batel. Flecharon los salvajes sus arcos, y entre la lluvia de las saetas y la priesa de librarse de ellas se les cayeron á los nuestros dos arcabuces. Puesto en la nave el salvaje cautivo quedó tristísimo, y aunque le ofrecieron regalos ninguno aceptó aquel dia.

Hízose nuestra gente á la vela atravesando canales é islas, y en las mas saludaron los indios con ahumadas. En el mayor estrecho, que Sarmiento apellidó de *Nuestra Señora de Gracia*, por donde se ha de pasar por fuerza, en veinte y tres grados y medio, juzgó nuestro marino que sobre los dos cabos de la punta se podia construir fortalezas para defender la entrada. Atravesáronlo de priesa, y en otra punta mas adelante aparecieron otra vez los indígenas voceando y moviendo en el aire sus lanudos mantos. Acudió Sarmiento á ellos con diez y ocho soldados: mostráronse solos cuatro indios con arcos y flechas, y precediendo señas de paz con las manos, pronunciaron la palabra *Axijtole* que quiere decir hermanos, segun despues se supo. Tomaron una altura, y habiendo saltado los españoles en tierra, indicaron los indios que se llegase alguno de los nuestros donde estaban ellos, y acudió efectivamente un soldado con armas, con algunos dones, tales como cuentas cristalinas, cascabeles y peines. Recibiéronlos, dando á entender al portador que se bajase; obedeció, y en su lugar subió el alférez, quien les convidó con otras dádivas que aceptaron, sin que ni ellas ni los halagos bastáran para inspirarles confianza. Sarmiento los dejó por no irritarlos, y subiendo la montaña por diferente senda, para esplorar la loma, los llanos y canales, se le presentaron los cuatro flecheros, quienes sin ser provocados de modo alguno comenzaron con ira á dispararles, resultando herido de dos flechas el General español, y uno de sus soldados gravemente. Los demás, defendiéndose con las rodelas, arremetieron á ellos, pero los patagones huyeron tierra adentro, tan ligeros y á tal distancia que en breve no les alcanzára una bala de arcabuz.

Sarmiento reconoció en 22 de febrero la tierra, á que dió el nombre de *Nuestra Señora del Valle*, y descubrió unos grandes llanos entre dos lomas muy apacibles á la vista, y de muy lindo verdor, cual sementeras, donde se veía gran número de bultos, como casas, que parecian ser moradas y pueblos de aquella gente. Sin pasar adelante volvióse Sarmiento con sus compañeros al navío, donde era necesaria mucha tripulacion para resistir la tempestad que amenazaba, como sucede contínuamente en aquella tierra, aunque mas templada que las demas por donde nuestros navegantes habian pasado el Estrecho.

Siguiendo Pedro Sarmiento de Gamboa el descubrimiento que se proponia, el viento le obligó á atravesar á la costa de la tierra del Sur, distante cinco leguas de Nuestra Señora del Valle; y aunque soplaban vientos frios, hallaron esta region mas templada que las otras. En ella se encuentra gente bien dispuesta, ganados bravos y mansos, y caza, segun lo declaró *Felipe*, cuyo nombre se dió al indio que llevaron cautivo: produce además algodon y aun canela, lo cual prueba cuán templado es el clima.

«Aquí, dice el Diario de Sarmiento, el cielo es muy sereno, las estrellas se »muestran muy claras, y se dejan bien juzgar, marcar y arrumbar. Aquí es »cosa muy provechosa el crucero que está 30° sobre el polo antártico, del cual »nos aprovechamos para tomar las alturas del polo, como se hace de la Estre»lla Norte al Septentrion, aunque con diferente cuenta: porque este cru»cero no sirve para todo el año, sino solamente ciertos meses de él, trabajó mu»cho Pedro Sarmiento en buscar otra estrella polar mas propincua al polo, de »mas breve cuenta, y mas general y perpétua. Y como la diligencia hace que la »investigacion sea fructuosa, fué Dios servido que la descubriese y verificase, »y así en muchas noches claras, con muchas esperiencias ajustó las estrellas del »crucero y sus guardas, y de otros dos cruceros y de dos polares de muy poca »circunferencia, que serán de grande utilidad á los navegantes curiosos que se »quisieren valer y aprovechar de ellas.»

Corrió Sarmiento el Estrecho, no cansado de sondear y describirle, hasta que en 24 de febrero llegó á un cabo que él llamó *del Espíritu Santo*, desde el cual hasta el de la *Vírgen María*, segun su cuenta, hay ciento diez leguas, del mar del Sur al del Norte. «El que por aquí viniere, dice nuestro famoso navegante, »tenga mucho aviso de traer la sonda en la mano, porque es muy peligrosa na»vegacion, porque hay muchos bajos y bancos debajo del agua, y todo se es»cusára si los que por aquí antes pasaron hubieran sido diligentes en hacer der»roteros, y avisar con buenas figuras é descripciones ciertas, porque las que »hicieron, que hasta agora hay y andan vulgarmente, son perjudiciales, daño»sas, que harán peligrar á mil Armadas si se rigen por ellas, y harán desanimar »á los muy animosos y constantes descubridores, no procurando hacer otras di»ligencias.»

Desde allí comenzó Sarmiento á dirigir su navegacion con la debida diferencia.

Viéronse ballenas, y en las costas boscajes de diversas plantas incógnitas. Padecieron tormentas y peligros estraordinarios, aun para navegantes de tanta esperiencia en ellos. Todo fué ofrecer lámparas, limosnas, peregrinaciones á casas de veneracion de España, y otros votos con que la temerosa mortalidad devota y en conflicto funda y esfuerza sus esperanzas. Calmó la tempestad, y en 25 de marzo vió Sarmiento á media noche el arco que los filósofos llaman *Iris*, blanco y bajo, en contraposicion de la luna, que se le iba á oponer con movimiento, lo cual provino de la reciprocacion de sus rayos, que por reverberacion heria en las nubes opuestas. «Cosa tan rara, dice, que ni la he visto otra vez, ni oido ni leido que otra persona le haya visto tal como este, sino en la relacion de Américo Vespucio, que dice haber visto otro como este en el año 1501.» En aquel mismo paraje tomó Sarmiento el sol en 23 grados largos. Este dia estuvieron dentro del Trópico de Capricornio. Prosiguiendo de aquí vinieron á perder el tino y la esperanza de cobrarle, por falta de instrumentos matemáticos. «Era grande la perplejidad que teníamos, refiere el mencionado »Diario, de ver que muchas veces con el punto íbamos zabordando en tierra, y »nunca la víamos: por donde, aunque sabíamos donde estábamos segun latitud, »que es de Norte-Sur, ignorábamos la longitud que es el camino de Lesteoeste; »y para averiguarlo, aunque Sarmiento lo sabia tomar no tenia instrumento para »ello: y la necesidad inventora de las artes hizo que Sarmiento hiciese un género »de báculo ó ballestilla con que lo tomase, y con este instrumento, con el ayuda »de Dios, á 31 de marzo al amanecer, tomó el General los grados de longitud »por la llena de la luna y nacimiento del sol, y halló que estábamos diez y »ocho grados mas al Occidente que el meridiano de Sevilla. Por donde clara»mente entendió que las corrientes que habian ido al Leste, nos habian sacado »al fuera en el golfo hácia el Leste mas de doscientas y veinte leguas hasta »aquel punto. Esto comunicó Sarmiento con los pilotos, y que como es facul»tad que ellos no aprenden, no lo creian y decian ser imposible.»

En 1.° de abril por la noche descubrieron y tomaron la estrella polar del triángulo en 21°, y en 10 del mismo mes les apareció ocho leguas distante la isla de la Ascension. Surgieron en ella, no hallaron agua, y vieron diversas cruces. Pusiéronlas unos portugueses que viajando para la India fueron arrojados allí por la tormenta. En uno de aquellos signos monumentales del cristianismo habia clavada una tabla que en lengua lusitana decia: *D. Juan de Castel Rodrigo, capitan mayor, llegó aquí con cinco navios de la India, en 13 de mayo de* 1576. Junto á ella puso Sarmiento otra, en memoria de haber llegado allí la primera nave del Perú que por el Estrecho desembocó de la mar del Sur á la del Norte, en servicio de su patria y su Rey, y la causa de su viaje.

Abunda aquel punto de tiburones, de peces, y de pájaros tan glotones y molestos que arremeten á cuanto ven. Por asir una carta que el alférez llevaba en la toquilla del sombrero se le arrebataron de la cabeza y aun que él lo

defendió echándole la mano prontamente, no pudo evitar que una de las rapantes aves se llevase la carta; y despues se vió la contienda que tuvieron en el aire por quitársela de las garras las demás. Es muy de notar que yendo los españoles muy atentos á la aguja, asegurados con tantas demarcaciones, pudieron tanto las diversas corrientes que cuando se juzgaron sesenta leguas de Pernambuco, Este-Oeste, en el rio de las Virtudes, de la costa del Brasil, se hallaron cuatrocientas leguas al Este. De manera que del punto que llevaron por la altura de latitud, se engañaron y hurtaron las corrientes trescientas cuarenta leguas. Hace Sarmiento largo discurso sobre este efecto, acusando las cartas de falsas, y pintadas con ignorancia. Sobrevinieron tormentas espantosas, hasta que en la costa de Guinea, en 28 de abril, descubrió á Sierra Leona, abundante de oro y muy poblada de negros. Luego las islas que llaman *Idolos*: mas adelante las de los *Vixagaos*, pobladas tambien de negros, flecheros valientes. En 8 de mayo adolecieron todos en la costa de Guinea, de calenturas, tullimientos, hinchazones, y apostemas en las encías, que en aquella tierra son mortales por el escesivo calor, y aun mas entonces por la falta de agua, aunque les socorrió el cielo con oportuna lluvia. Cuando para repararse porfiaban por llegar á las islas de Cabo Verde los desviaban los vientos. Contrastaron sin topar tierra ni altura de navío, hasta que en 22 de mayo, hallándose en 15° y 40′ descubrieron dos velas. Creyó Sarmiento que eran de portugueses y deseó llegarse á ellos para hablarles; pero atendiendo mas vió que la una era nave grande, y la otra lancha, ambas francesas, que le seguian con designio de ganarle el viento. Adelantóse la lancha con el objeto de reconocer el navío español, que conservó su ventaja, y llegado á la vista de la isla de Santiago los franceses mostraron en alto una espada desnuda y luego dispararon algunas piezas. Respondieron los españoles jugando la arcabucería, y con lucha de ambas partes, sin morir de la nuestra ninguno, aunque hubo algunos heridos, cayeron no pocos franceses, y huyeron mas presurosos que seguian. Miraban el combate los franceses de la isla, teniéndolo por fingido y ambos navíos por suyos, tanto que no salieron al socorro. Acabado de poner en huida el pirata, aportó una carabela de gente del Algarve, que iba de Portugal: reveló el nombre y fuerza del corsario, y declaró que traía ochenta y cinco hombres en la nave, y veinte y cinco en la lancha, entre ellos un piloto portugués, y que en Cabo Blanco, en la costa de Africa habia robado á otros cuatro naves, como tambien á ella; y en la isla de Mayo, no lejos de la de Santiago, echado á fondo otra carabela de Armada que navegaba para el Brasil é ir á poblar en Paraguay, donde los ingleses habian fundado poblaciones los años pasados, contrayendo matrimonios, ligados ya del amor y la sucesion de las indianas Tapuyes.

Desembarcó Sarmiento en Cabo Verde, cuya aduana valia entonces al rey de Portugal cien mil ducados anuales, y donde habia siempre veinte mil negros, por el ordinario trato de ellos. Antes que surgiese llegaron barcos de la tierra

á reconocer su nave, y como les dijese que era del Perú, y que de allá venia por el Estrecho de Magallanes, sin contestar volvieron á informar al gobernador Gaspar de Andrada. Dijéronle que los que allí venian eran hombres de diversas formas, feos y mal gestados, otros con guedejas y cabellos largos y henetrados. Eran estos ciertos indios del Perú y de Chile. En cuanto á lo demás, dice Sarmiento estas palabras: «En lo de mal carados no nos levantaban nada: »porque demas de no ser muy adamados de rostros no nos habia dejado muy »afeitados la pólvora y sudor de los arcabuzazos de poco antes: y en efecto »veníamos mas codiciosos de agua que de parecer lindos.» Con todo eso no desembarcó hasta haber satisfecho á un juez de sanidad de que ni él ni los suyos iban apestados. Al otro dia salieron de la nave en procesion, descalzos, con cruces é imágenes, hasta la iglesia, en que dieron gracias y limosnas, y cumplieron otros votos, con estraordinaria alegría, celebrando en fin una misa votiva. Aunque el gobernador D. Bartolomé Leiton estuvo incrédulo al principio en cuanto lo del pasage del Estrecho, los hospedó y festejó: socorrió á los enfermos, é hizo reparar el batel y el navío que iban destrozados. No se habia conseguido en este viaje el primer intento de él, que fué pelear con Drake, y contraponer á los designios de los enemigos la defensa conveniente: por esto, habiendo peleado Sarmiento con la nave y lancha francesas, que volvieron á aparecer inquietando aquella isla, y á retirarse entrambas con ligerísima fuga, maltratadas y vencidas, hasta la isla de Mayo, abrigo de ladrones, avivó el cuidado y pasó adelante para tomar lengua acerca de los ingleses, así de los que pasaron el Estrecho con Drake, como de aquellos nuevos pobladores del Brasil ó Paraguay, y juntamente de la disposicion de los naturales de la corona de Portugal, para obedecer al rey Felipe ó al virey D. Antonio. Por un piloto de los Algarves supo que en el año anterior, entre Ayamonte y Tabila, dos mercaderes ingleses, hablando de las Indias, le afirmaron que Drake habia pasado al mar del Sur, y en el tiempo conformó la nueva con la que por las señas le dieron los indios del Estrecho; y que llegó á Inglaterra con dos naves cargadas de plata y oro de aquel famoso robo, y las presentó á la Reina; la cual aprestó otras cinco, con bastimento para tres años, y Drake ocho para volver al Estrecho, á buscar las que en él se habian perdido. Que las cinco primeras habian ya partido en diciembre, y que al mismo piloto le habian confiado los mercaderes este aviso juzgándole portugués y que como tal no lo habia de descubrir á castellanos. Añadió haber entendido de los franceses que en reparando ciertos navíos negreros en Castro Verde, pasarían á la Margarita y de allí á la banda del Norte, desde la isla de Santo Domingo, á la Guayana, de donde no habia cuatro meses que habian venido, cargados de cueros y azúcar; que mataron en la Margarita al capitan Barbudo, que habiendo preso al gobernador del Brasil le dieron libertad, y que eran portugueses todos sus pilotos. Adquirió además otras noticias relativas á Inglaterra, acerca de sus armadas, que

volvian á la Bahía de Paraguay junto al Rio Janeiro, sus poblaciones en aquellas comarcas, y sus designios de tiranizar con todas sus fuerzas las Molucas y hacerse dueños de la Especería. Con aviso de todo esto despachó Sarmiento un buqüe al virey del Perú, pues él no podia volver por el Brasil ni el Paraguay, por haberle sacado al golfo la fuerza de las corrientes, en vuelta del E. Antes de partir mandó dar garrote á su alférez, por traidor á la corona con deshonor de la bandera española, y por estorbador del descubrimiento. Desterró además á dos soldados, y con otros se mostró tambien rigoroso por igual delito, aunque no del todo justificado como se requería. Hízose á la vela al O. hasta la canal entre la isla del Fuego y la de Santiago, donde se quedó con uno de los navíos que con él salieron. Gobernando luego al N-O. una cuarta mas ó menos, en trece dias pasó por entre la isla Graciosa, pequeña, fértil y poblada, y la de San Jorge, en la cual vió altísimos fuegos, cuya causa se supo despues, porque en 1.º de junio de aquel año hubo en la misma isla horrendos terremotos, tales que se abrieron tres bocas, de las cuales corrian arroyos de fuego hasta el mar. Continuaron reventando otras siete aberturas que arrojaban otros tantos arroyos de fuego líquido, uno de los cuales corrió en torno de una ermita, y acudiendo nueve hombres á librar del incendio unas colmenas, se abrió otra boca que tragó á siete de ellos y chamuscó á los otros dos. Tanta ceniza llovió sobre la tierra que la cubrió un palmo de alto, y ardía toda la isla.

Siguió Sarmiento su viaje, y en 18 de junio arribó á la ciudad de Angla en la Tercera, que es la principal de las Azores, en la cual aportó un navío de la villa de Pernambuco, y otro de la bahía de Todos los Santos. Preguntados qué sabian de los ingleses, afirmaron que en noviembre próximo pasado llegaron cinco hombres blancos con quince indios para ir á los Isleos y pueblos de portugueses por tierra, y que pasando por la playa dieron súbitamente en el rio de las Cuentas con una lancha de ingleses. Siete de ellos estaban enjugando sus velas en tierra y al ver á los caminantes huyeron: los portugueses porfiaron en su alcance, pero flechando los indios continuaron la fuga, los dos por el monte y los cinco por la playa, hasta recogerse en su lancha. Cortaron las amarras al punto y dejaron dos cámaras grandes de bombardas. Los caminantes les rogaron que saliesen á tierra, y les convidaron con comida, y todo lo necesario, asegurando que no intentarían guerra con ellos, pero respondiendo que no querian, mostraron arcabuces, ballestas y picas, y bornearon un verso para tirarles. A este tiempo vaciaba la marea, salieron seis leguas de allí á tender junto al rio de las Cuentas, y en la isla Cupé otro navío portugués, sin saber de aquella lancha dió en ella. Hallóla con solos tres ingleses, y los demás muertos en tierra á flechazos por los isleños de las Cuentas. Por último se perdió la lancha, y presos los cinco declararon que habian ido en una Armada de diez navíos, en que cierto gran Señor inglés pasó el Estrecho de Magallanes, y que de allí volvieron corriendo la costa tratando de poblar en la parte mas conveniente á sus intentos,

para lo cual llevaba la Capitana quinientos hombres de guerra: cuatrocientos de ellos soldados, los otros marineros y de diversos oficios mecánicos. Que toda esta Armada surgió en cierta isla de Caribes; se levantó una tempestad con la cual se hicieron las nueve naves á la vela, y no pudiendo la Capitana levantar amarras con la priesa que convenia, se perdió trabucando en la costa, salvándose únicamente los que traia la lancha; dicha que debieron á la casualidad de haber salido entonces á hacer aguada. Era uno de ellos de edad de 30 años, buen matemático, y afirmaba que los que escaparon de la tormenta volverian presto á las costas del Brasil con numerosa Armada, contando entre otras particularidades, que en aquella parte de la isla Cananea, hallaron un escudo con las armas del Rey de España, y el capitan mayor lo quitó sustituyendo otro en su lugar con las de Inglaterra. Además, que el capitan que mandaba en Rio Janeiro, habiendo llegado á su poblacion de portugueses tres navíos de aquellos nueve que perdonó la tormenta, en busca del Cabo, por hallar las otras seis, envió á reconocerlos con cuatro canoas, y los viajeros toparon súbitamente con otra lancha de ingleses, quienes al ver las canoas se retiraron: pero no pudieron huir todos á pesar de su mucha diligencia, y así es que tres cayeron prisioneros. El capitan los remitió á Bahía, y las naves volaron á toda vela. Confesaron los presos que no hallando en el Cabo sus naves determinaron pasar á la Paraiba de Pernambuco, y en lo demás convinieron con la relacion de los cinco de la lancha. La llegada de los ingleses al Brasil fué por noviembre de 1579, el mismo tiempo en que Sarmiento buscaba el Estrecho, y estaba conforme con las confusas señas que en las costas de él le dieron los salvajes de aquellos piélagos. Y como era su estudio inquirir sobre este caso, supo tambien del corregidor de Angla, que en 2 del citado noviembre se perdió otra nave inglesa en la Gualua, pueblo dos leguas distante de aquella ciudad, con ocho hombres, librándose tres, uno de estos un negro. Descubrióse que la nave traia trescientos soldados, y grandes riquezas que fueron arrojadas á la mar en el aprieto del naufragio: que iban á poblar la India, en la costa de Guinea, murieron los mas, y por ventura era aquella nave alguna de las nueve. Sacaron del fondo los de la Gualua quince piezas gruesas de artillería, de hierro colado, sin poder hacer lo mismo con otras muchas. Eran las quince de estraordinaria magnitud, propias para fortaleza. Supo finalmente Sarmiento, y despues lo ha confirmado el tiempo, que en aquellas tierras septentrionales se apercibían los ingleses para pasar á usurparnos la riqueza de metales y aromas de aquellas partes, en trueque de sus géneros. Los últimos sucesos de ambos Generales, español é inglés, fueron llegar cada uno á su patria respectiva, desamparados de sus Almirantes. Drake á Lóndres, por el mismo Estrecho, como dijimos, con innumerable riqueza; de la cual se apoderó la reina, dando por escusa á don Bernardino de Mendoza, entonces embajador de España en aquella córte, quien pedia la restitucion de la presa, por ser de su Rey una parte y la otra robada á súbditos suyos, que por los daños que recibió, cuando los espa-

ñoles socorrieron á los rebeldes de Irlanda, lo adjudicaba todo á sus arcas reales en compensacion de aquella pérdida. A Drake no le enriquecieron sus robos ni le añadieron sus hazañas estimacion, antes bien fué despreciado en Inglaterra; ya porque así lo mereciese, ó ya por ingratitud de su patria. Sarmiento, con prósperas navegaciones, habiendo salido de Angla con grandes conocimientos y noticias de una inmensa parte del Orbe, á 3 de agosto de 1580 reconoció la costa de España, y el 15 arribó á ella, en el Cabo de San Vicente. De su llegada y relacion resultaron armadas, prevenciones nuevas en las Indias y en España, que se estendieron al socorro de las necesidades en aquellas apartadas regiones, como despues veremos.





CAPITULO IV.

Segundo viaje de Sarmiento al Estrecho de Magallanes.—Compónese la Armada de veinte y tres naves; es nom-
brado Capitan general de ella y de las costas del Brasil Diego Flores Valdés, y Sarmiento del citado Estrecho,
y además Gobernador de las colonias que allí establezca.—Sale la espedicion de Sevilla en setiembre de 1585,
y un temporal la obliga á retroceder con pérdida de algunas naves y mucha gente.—Vuelven á emprender el
viaje.—Desavenencia entre Flores Valdés y Sarmiento.—Llega la espedicion á Rio Janeiro, despues de haber
fallecido mucha de su gente en la travesía.—Escandalosa discordia entre ambos Generales: sepárase uno de
otro con varias naves, reducido ya el total de estas á diez y nueve: pérdida de algunas.—Se aviene Flores á
continuar el viaje para el Estrecho, y en la travesía se separa de Sarmiento con cuatro buques, y vuelve á
Rio Janeiro.—Sucesos varios.—Da Flores Valdés la vuelta para España, y Sarmiento continuando su viaje
llega con cinco naves solamente al Estrecho; en él tiene contratiempos, y parte de su gente desembarca y
funda la ciudad del *Nombre de Jesus*.—Acontecimientos en el Estrecho.—Funda Sarmiento en la costa de en-
medio del Estrecho la ciudad que denominó de *Don Felipe*.—Conspiracion de algunos de aquellos pobladores y
su castigo.—Una tormenta obliga á Sarmiento á volver al Brasil y llega á Rio Janeiro.—Sus disposiciones
para adquirir mas naves, pertrechos y bastimentos, á fin de volver al Estrecho: sucesos adversos le determi-
nan á dar la vuelta para España: estando entre las islas Terceras encuentra tres buques ingleses, le combaten,
cae prisionero, le conducen á Inglaterra, y en 14 de setiembre de 1586 le presentan en Lóndres á la reina
Isabel.—Al cabo de un año le dan pasaporte para España; pasa á Flandes, de allí á París, continúa su via-
je, y en Burdeos le prende y encarcela un capitan de los hugonotes. Rescátale Felipe II mediante una suma
de 6,000 ducados; en setiembre de 1590 se restituye á España, y escribe la relacion circunstanciada de su
viaje.—Historia de las poblaciones ó ciudades de *Nombre de Dios* y *Don Felipe*, fundadas por Sarmiento en el
Estrecho de Magallanes, estinguidas por el rigor del clima, la peste y el hambre.

HALLÁBASE Felipe II en Badajoz, en 1580, cuando Pedro Sarmiento se le presentó con el interesante cuanto exacto Diario de su primer viaje al Estrecho de Magallanes. Fundado nuestro célebre marino en sus observaciones espuso, á su modo de ver y juzgar, que era tan fácil como conveniente fortificar desde luego por ambas costas la primera angostura de aquel peligroso paso del Mar Atlántico al Pacífico, así como necesario y útil establecer despues colonias españolas, en ciertos puntos del mismo Estrecho. Todo proyecto sorprendente y grande

lleva comunmente consigo el peligro de encontrar fuerte oposicion, ya en la maliciosa emulacion y la envidia, ó ya en la torpe ignorancia, enemigas declaradas y temibles de todo espíritu de arrojada empresa y reforma. El pensamiento de Sarmiento de Gamboa encontró al punto grandes opositores, uno de ellos el Duque de Alba, quien lo calificó de temerario é imposible; pero la noble porfía y las razones de nuestro acreditado navegante fueron tales que hicieron honda impresion en el ánimo y la voluntad del Soberano de la España. Declaróse, pues, protector del proyecto, y para la ejecucion dió sus órdenes desde Lisboa, á donde, reunidas ya en las sienes de Felipe las coronas de Castilla y Portugal, habia trasladado temporalmente su córte, y sin levantar mano se hicieron en Sevilla los aprestos necesarios para la espedicion. El mando de ella en gefe se confirió á Diego Flores de Valdés, con el encumbrado título de Capitan General de la Armada y las costas del Brasil, al mismo tiempo que tambien á Sarmiento el de Capitan General del Estrecho de Magallanes y Gobernador de los pueblos ó colonias que en él fundára. A entrambos gefes se ordenó que conservando entre sí la mejor armonía se auxiliasen en todas ocasiones mútuamente: mas por desgracia, como sucede por lo comun en casos semejantes, no fué mas pronto imponerles tan saludable precepto que empezar su desacuerdo, su rivalidad y discordia, durando todo el tiempo que juntos permanecieron.

Veinte y tres naves de distintos portes componian aquella Armada, la octava destinada al Estrecho, mas considerable y de mas elevado pensamiento que cuantas la habian precedido. De ella fué nombrado Almirante Diego de Rivera, y el mismo Sarmiento era el constructor de los astrolabios, las cartas y demás instrumentos náuticos indispensables para su importantísima navegacion.

Apenas estuvieron las naves en disposicion de hacerse á la vela, cuando el Duque de Medina Sidonia, entonces Capitan general de Andalucía, dispuso que inmediatamente se hiciesen á la mar, desatendiendo las oportunas y juiciosas representaciones de todos los pilotos, fundadas en la proximidad del equinocio, que espusiera la Armada á graves riesgos en las costas de Europa y Africa. Salieron de Sevilla en 25 de setiembre de 1581, y en 3 de octubre, hallándose entre cabos, les sobrevino un furioso viento S-O. que les forzó á arribar á Cádiz, con pérdida completa de la nao llamada *Gallega*, y de otras cuatro que dieron en Rota y en Arenas Gordas, entre ellas la titulada *Nuestra Señora de la Esperanza*, la misma que trajo á Sarmiento en el primer viaje de que se ha hecho relacion, ahogándose hasta doscientos hombres. Otra, denominada la *Baraona*, arribó desmantelada á San Lucar.

Repasadas las naves, cuando iban á emprender de nuevo el viaje, se movió un levante que hizo garrar, barar y perderse algunos buques, y los demás se hicieron á la mar despues de sérios altercados entre Flores Valdés y Sarmiento Gamboa, negándose aquel á seguir. En 9 de enero de 1582 fondearon en el puerto de Santiago, en una de las islas de Cabo Verde donde se detuvieron mas de

un mes. Al cabo de este tiempo continuaron el viaje para Rio Janeiro, y en esta travesía fueron tantos los enfermos que fallecieron mas de ciento y cincuenta personas. Aun asi tuviéronse por dichosos nuestros navegantes cuando llegaron á la capital del Brasil, pero continuando allí las dolencias de que muchos habian sido víctimas, durante la invernada perecieron otros tantos y gran número de los pobladores huyeron aterrorizados.

La gente de la Armada se ocupó en la construccion de dos casas portátiles de madera, que despues se utilizaron en el Estrecho, pero en tanto se pudrieron y fueron roidos de la broma los navíos, escepto los emplomados, y además muchos de ellos empezaron á hacer agua, siendo preciso detenerse algun tiempo á recorrerlos y echar uno al través por inútil. Durante la permanencia de la Armada en Rio Janeiro llegaron las desavenencias entre Flores y Sarmiento á tal grado que se separó uno de otro, quedándose cada cual con diversas naves, mientras los capitanes y maestres de las demás, entre los cuales se manifestó y cundió la malversacion desde el principio de la discordia de ambos gefes, vendian escandalosamente las municiones, y los pertrechos y utensilios destinados á las poblaciones que se fundáran, para hacer cargamento de palo brasil con el producto de tan punibles ventas.

Tal era el lastimoso estado de la espedicion, acaso la mas costosa que hasta entonces habia salido de España para el Nuevo-Mundo, cuando la Armada, reducida ya al número de diez y seis naves, y dividida, digámoslo así, en dos bandos, volvió á hacerse á la vela, y á poco tiempo combatida del viento se perdieron el bergantin y la lancha que en piezas se llevaba para formarlo en el Estrecho, y que Diego Flores habia hecho armar en Rio Janeiro. A esta pérdida siguió en breve otra mas sensible todavía. Fué el caso que hallándose en 38° la nao *Riola*, de mas de 500 toneladas, y que llevaba mas de 350 personas, empezó á hacer tanta agua que no queriéndola socorrer unos ni pudiendo otros ejecutarlo, pereció totalmente. Sobrecogido Flores de esta desgracia volvió atrás, siguiéndole todos hasta la altura de 28°, donde tomó el puerto que llamó de *Don Rodrigo*, en cuya costa se perdió otra nao, denominada Santa Marta. Allí encontraron un barco con unos religiosos, que, segun dijeron, habian sido robados en el mismo puerto por tres naves inglesas que se dirigian al Estrecho. En la isla inmediata de Santa Catalina, á donde pasaron, tomó mayor incremento la discordia, insistiendo el General en no querer seguir el viaje por mas que Sarmiento le instaba. A tan pernicioso ejemplo fueron consiguientes repetidos alborotos y sediciones de la gente fomentados por algunos frailes. Flores, en vez de procurar el órden y asegurar la obediencia con el escarmiento de los sublevados, para sostener su empeño hizo correr la voz de que no podian resistir la navegacion del Estrecho tres de las mejores naves, una de ellas la Almiranta, y á fin de que volviesen al Brasil las dejó con 300 soldados. Las restantes hicieron vela, y al salir dió en un bajo y se perdió la nao *Proveedora*, en 11 de enero de 1583,

sin ser socorrida de ninguna otra. Con tiempo próspero navegaron hasta cerca del Rio de la Plata: estando en los 34° se notó agua y otras averías en la galeaza en que iban Sarmiento y el Almirante Ribera, por lo cual se tuvo una junta de comandantes y pilotos en la fragata del General, quien despues de acalorada discusion se conformó con el parecer de Sarmiento, determinando continuar, bien que con el propósito de que en el próximo Rio se separase D. Alonso de Sotomayor, para que fuese por tierra á su gobierno de Chile, contraviniendo así á las órdenes en que la Córte prevenia que antes auxiliára las operaciones en el Estrecho. Separóse, pues, con tres naves, llevándose un repuesto de municiones y alguna gente destinada á colonizar, de modo que solo quedaron cinco buques para la espedicion, siendo de este número tres fragatas.

En 7 de febrero llegaron al Estrecho de Magallanes, y aunque empezaron á embocarle con felicidad, no ayudándoles la marea hubieron de desistir por dos veces, y á la tercera, levantándose un poco de viento contrario, dió todas las velas el General, sin fondear como pudiera al abrigo del Cabo de las Vírgenes, é hizo rumbo al Brasil, desatendiendo las representaciones de Sarmiento.

Durante la travesía se separó Flores con otra fragata y los tres buques: llegaron por abril al puerto de San Vicente, y allí encontraron las tres naves que se habian dejado en Santa Catalina, una de ellas barada y abandonada, despues de un combate que tuvo con dos inglesas. Eran estas las que habian despojado á los frailes, de las cuales se perdió una en las costas, y las dos restantes estaban en aquel puerto cuando á él arribaron las tres citadas españolas, del cual partieron acabado el combate. Con las suyas salió tambien Sarmiento para Rio Janeiro, y á la salida llegó Diego Flores de Valdés y la otra fragata, á resucitar y acalorar mas todavia la discordia, pues echó en tierra los pobladores que Sarmiento habia recogido de las tres naves que allí encontró, y sin ellos partieron todos para Rio Janeiro, á donde llegaron á principios de mayo, no sin desgracias.

En aquel puerto hallaron á D. Diego de Alcega, con cuatro navíos de bastimentos, que Felipe II mandaba de socorro. Con ellos entregó al mismo tiempo los despachos para los gefes, exhortándolos á la concordia para llevar á cabo la importante empresa que se les habia confiado, y dándoles aviso de que en Francia se aprestaban bajeles para el Estrecho. Resuelto Flores á volverse á España publicó su regreso, despues de haber hecho que desembarcára Sarmiento con las escasas provisiones que le pertenecian, cuando hé que llegó una de las tres naos que con el gobernador de Chile se habian separado, trayendo la desagradable noticia de haberse perdido las otras, y al momento se trató de carenar la que traia, porque venia enteramente desmantelada.

Entrado junio partió Flores para España, dejando al Almirante Rivera con quinientas treinta personas entre todas, para la espedicion de Sarmiento. No descuidándose este en aderezar sus buques y auxiliar á la gente en cuanto le

fué posible, en 2 de diciembre se hizo á la mar con solas cinco naves. Tocó en San Vicente, salió la vuelta del Estrecho, á donde llegó con felicidad, y embarcándose pasaron la primera angostura y á cuatro leguas de la segunda dieron fondo: pero la fuerza de la marea les rompió las amarras, obligándoles á desembocar hasta anclar al socayre del Cabo de las Vírgenes, donde saltaron en tierra trescientas personas, y habiendo empezado á alojarse sobrevino un temporal que impidió continuar el desembarco, forzándoles á levar anclas y hacerse á la mar con presteza. Los que en tierra quedaban fundaron la ciudad del *Nombre de Jesus*, en un valle contiguo, provisto de agua. Volvieron las naves, y dadas disposiciones para su alijo, el S-O las forzó á dar vela, azar que se repitió cuatro veces corriendo la última hasta los 49°. Vueltos al Estrecho se varó de intento la nao *Trinidad*, para sacar de ella cuanto contenia y aprovechar la tablazon. Las tres fragatas en que estaban Diego de Rivera y Anton Pablos, sin órden de Sarmiento, y sin noticiárselo siquiera, tomaron una noche la vuelta de España, dejando solo de servicio la nao *María*. En tanto que se descargaba la Trinidad sufrieron los de la naciente ciudad un asalto de los indios, á quienes pusieron en huida.

La nao Santa María continuó hasta la punta de Santa Ana, donde se debia poblar, consiguiendo embocar la primera angostura, á pesar de que la marea se lo impidió por tres veces. Dió luego Pedro Sarmiento las disposiciones convenientes para la nueva poblacion, en que se iba adelantando, y sin detenerse partió por tierra, siguiendo en pos de aquella nao con cien arcabuceros y rodeleros. La escabrosidad del terreno forzó á nuestros viajeros á dar largos rodeos, y tanto por esto como por la falta de sustento sufrieron grandes trabajos en el camino, á lo cual se agregó un ataque de los salvajes que salieron á su encuentro. En esta lid perdieron los de Sarmiento un soldado y tuvieron diez heridos: quedó allí muerto el capitan de los indios, y al fin huyeron estos. No detuvieron su marcha los nuestros andando mas de setenta leguas, que no hubiesen pasado de treinta si hubiesen podido caminar por la costa del Estrecho, y por último tuvieron el consuelo de encontrar mejor terreno y alguna caza; pero rendidos ya de cansancio, y exasperados por las contínuas penalidades, se negaron á pasar adelante, se amotinaron, y no hubiera sido posible sosegarlos á no haber visto á lo lejos el batel de la nao María, que ya iba á socorrerlos. Acogiéndose á él los mas cansados y marchando los demás por tierra, llegaron á juntarse con los del navío que estaba surto en un puerto inmediato; y renaciendo entre todos la alegría y la esperanza, mútuamente se contaron sus cuitas, pareciendo que se estrechaba mas y mas la amistad y que unian mejor las voluntades con la comunidad de los peligros y trabajos padecidos.

Pareció desde luego que aquel sitio era el mas á propósito para poblar, no solo por hallarse en la mitad del Estrecho, de modo que en una marea se podia ir á la primera angostura distante de allí veinte y cinco leguas solamente, sino

tambien porque abundaba en caza y pesca. Reconocido desde luego, en él fundó Sarmiento con las solemnidades de costumbre, á últimos de marzo de 1584, otra ciudad á que dió el nombre de *D. Felipe*, conocida igualmente con el de *San Felipe*, pues así se llamó tambien despues. Se dió á la nueva ciudad una forma regular, aunque con edificios entonces de madera, cercándola y fortaleciéndola del mejor modo posible, sin mas que dos puertas, una que salia al mar y otra á tierra, y en ella se pusieron varias piezas de artillería. Nada de esto bastaba para que fuesen duraderos la satisfaccion y el contento entre aquella gente, y así es que no pasó mucho tiempo sin que se manifestase de nuevo el espíritu de sedicion, no precisamente por deslealtad y falta de valor, sino á impulsos del contínuo trabajo, la desnudez y el hambre.

Una noche en que Tomás Hernandez recorria como cabo de escuadra los puestos de guardia de la ciudad naciente, advirtió que un clérigo llamado Alonso Sanchez estaba á deshora hablando con el soldado Juan de Arroyo, que hacia centinela, y estrañando el cabo esta novedad reconvino severamente al centinela y le relevó, por cuanto faltaba de aquel modo á la consigna y vigilancia. A breve rato se avistó el clérigo con Alonso Hernandez, y con cierta ligereza é imprevision, agenas de la cordura de un hombre de su clase, díjole que si le prometia guardar secreto le revelaria un asunto grave y provechoso á todos los soldados. Hizo el cabo promesa de sigilo, y á continuacion le dió Alonso noticia circunstanciada de que entre toda la gente de armas estaba convenido amotinarse y dar muerte al capitan Pedro Sarmiento, alzarse con el navío y volverse al Brasil, no pudiendo ya resistir aquella penosa vida. Leal el cabo al juramento que prestó á su rey y á su bandera, mucho mas que á la promesa hecha al clérigo conspirador, delató lo ocurrido á su capitan, quien al punto se fué á bordo del navío, á donde llamó con cautela al soldado Juan Rodriguez, que era cabeza del proyectado motin, y teniéndole en su presencia envió luego por otros tres soldados camaradas de aquel, y consecutivamente por el clérigo; á todos los cuales aseguró con grillos y recibió declaracion, con tal habilidad que en breve fueron reos confesos y convictos de la trama. Acto contínuo mandó Sarmiento que llevasen á tierra á los cuatro soldados, con rótulos en las espaldas *por traidores*, y en medio de la plaza fueron decapitados y sus cabezas puestas en unos palos, quedando el clérigo preso en el navío.

Entró tan de improviso el invierno que en quince dias no dejó de nevar. En 25 de mayo, dia en que hubo un eclipse total de luna, el cual, segun advierte Sarmiento, no estaba calculado ni notado en las efemérides trabajadas para aquellas partes, se embarcó nuestro célebre navegante con treinta hombres para ir á visitar á los de la ciudad *de Jesus*, como se lo habia prometido, y ver de fortificar las angosturas. Llegó al fondeadero de la primera ciudad, pero un furioso viento, faltando la amarra, le hizo salir á la mar, y durando el contratiempo mas de veinte dias le forzó á volverse al Brasil, San Vicente y Rio



Urrabieta ... Lit. de J.J. Martinez Madrid

PRESENTACION DE SARMIENTO

á la Reina Isabel de Inglaterra estando prisionero por los ingleses en 1585.

Janeiro, á donde llegó con solo media pipa de harina de raices, dos hombres ciegos de resultas del frio, y otros con los dedos de los piés helados. Allí estuvo tambien encallada la nao. En tal estado mandó Sarmiento un barco con harinas para el Estrecho, y él partió para Pernambuco á tomar otros buques mayores para conducirlos á sus poblaciones. Tan pronto como se hubo proveido, salió para la Bahía con objeto de recorrer su nao, pero estando ya á la vista de aquel puerto un récio viento la arrojó en 7 de setiembre á la costa, donde se hizo pedazos. Otro tanto sucedió con los bateles al llevar la primera barcada á la orilla, y Sarmiento se salvó en una tabla, harto maltratado. Vuelto á la Bahía empezó á habilitarse de nuevo, siempre con la idea de ir al Estrecho, para lo cual adquirió un buque de cincuenta á sesenta toneladas, el cual cargó de armas y cuanto juzgó que allí seria de servicio, y partiendo de aquel puerto fué al del Espíritu Santo á tomar algunas ropas con el mismo objeto. En todas estas escalas daba cuenta á la Corte de sus acaecimientos. Partió en 13 de enero de 1585 para Rio Janeiro, de donde habia salido el barco de socorro para las nuevas colonias un mes antes, y estando en los 39° le cogió una borrasca tan fuerte que, segun sus mismas espresiones, *le parecia que todos los elementos andaban hechos uñ ovillo.* A costa de sacrificar cuanto llevaba hizo todo lo posible por salvar la nao, y afortunadamente al cabo de cincuenta dias arribó á Rio Janeiro, donde tambien encontró de arribada el barco que con harinas habia enviado. Durante el tiempo que pasó en recorrer su navío hubo de hacer ejemplar castigo con algunos que habian promovido un motin, no queriendo ya obedecer. Pasó en tanto la estacion favorable á la navegacion del Estrecho, y entonces determinó Pedro Sarmiento volver á España. Emprendió pues el viaje de regreso, tocó en Bahía, salió de allí para seguir su derrota, y estando entre las Terceras encontró tres bageles ingleses, y no pudiendo hacer la menor resistencia á causa de su mal estado, viéndose en fin perdido tuvo la precaucion de echar todos sus papeles al agua, y fué hecho prisionero. Al principio le trataron muy mal los ingleses; pero habiendo averiguado quien era, tanto á él como al piloto los llevaron á Inglaterra, dejando el barquichuelo con los restantes. Tuviéronle encerrado en la cárcel en varios pueblos, hasta que en 14 de setiembre le presentaron en Lóndres á la Reina Isabel con quien tuvo una breve conferencia, hablando ambos en latin. Mas de un año fué detenido allí, tuvo algunas aventuras, y por último le dieron pasaporte para España haciéndole además un regalo de mil escudos. Así pudo partir de Lóndres en 30 de octubre de 1586; pasó á Flandes, de allí á París y tomando la posta para Burdeos al llegar á esta ciudad el dia 11 de diciembre, fué detenido y preso por un capitan del vizconde de Bearne, quien perteneciendo al partido de los hugonotes hacia en aquella comarca la guerra á los católicos. Era de esta comunion el desgraciado cuanto benemérito Sarmiento, lo cual fué bastante para que le encarceláran y padeciera muchos trabajos en su encierro, en tal

manera que llegó á encanecer y quedar sin dientes. En tan lastimoso estado compró Felipe II la libertad de su fiel súbdito, mediante entrega de seis mil ducados y cuatro caballos, pagando así por tal rescate tanto ó mas que si el cautivo lo estuviese en Argel. Restituyóse Sarmiento á España en 15 de setiembre de 1590, y residiendo en el Escorial allí escribió la relacion circunstanciada de todo.

Fijemos ahora la atencion en los desventurados españoles que Sarmiento dejó como pobladores en las dos ciudades, que bajo el nombre de *Jesus* y del *Rey Felipe* fundó en el Estrecho de Magallanes. Al ausentarse el fundador quedó Andrés de Viedma por Gobernador de la segunda ciudad, por capitan de su gente y cabo de toda la tropa de ambas poblaciones.

Careciendo este de medios bastantes de sustento, determinó enviar 200 soldados, mandados por Juan Iñiguez, á la ciudad de Jesus previniéndoles que para mantenerse como pudieran en su viaje fuesen mariscando, al mismo tiempo que observáran si embocaba algun navío que los socorriese y diese aviso á la poblacion del Rey Felipe. Todo el invierno y verano siguientes pasaron allí los que con Viedma habian quedado, confiando inútilmente en la vuelta de Sarmiento; hasta que ya perdida la esperanza, al cabo de un año, aquejados mas y mas del frio del invierno, del hambre, y de la peste que se declaró por último, aterrorizados, en fin, por la mortandad, se determinaron á construir dos barcas, y tan pronto como estuvieron hechas se embarcaron en ellas cincuenta y cuatro hombres y cinco mujeres que quedaban vivos, entre ellos el gobernador Viedma, el capitan Juan Suarez, y el franciscano Fray Antonio Guadramiro. Seis leguas habian navegado por el Estrecho cuando dieron en la punta de *Santa Brígida* en unos arrecifes, y allí se perdió una barca, no á causa del temporal, y sí de que no eran marineros los que la gobernaban. Por fortuna se salvó la gente que llevaba.

Salieron á tierra cuantos iban en ambas barcas, y considerando Viedma que en una sola habia capacidad para ir todos por mar; que carecia de provisiones y el invierno se presentaba rigurosísimo, repartió la mayor parte de la gente para que mariscasen por la costa, y él y Suarez se volvieron en la barca con el fraile y veinte soldados á la ciudad que habian dejado ya desamparada. Treinta y un hombres y las cinco mujeres quedaron, pues, en la punta de Santa Brígida. Todo el invierno anduvieron por allí mariscando de dia y recogiéndose de noche en los míseros bohíos que habian hecho, estando divididos de cuatro en cuatro ó de tres en tres personas en diferentes partes de la costa, para poder mejor sustentarse.

Entrado ya el consolador verano en aquel desventurado pais, envió Viedma á llamarlos á la ciudad: mas eran tantos los trabajos padecidos, que de los treinta y seis individuos solo existian ya quince hombres y tres mujeres, y antes de que recibiesen el aviso del capitan, en su estado de desesperacion acordaron salir de aquel funesto lugar y trasladarse á la ciudad de Jesus, persuadidos de que estaba mas cerca que la otra. Caminando al intento hasta pasar la primera

angostura del Estrecho, que es la *Punta de San Gerónimo*, en su tránsito encontraban los cadáveres de los españoles que el capitan Viedma habia despachado de la ciudad del Rey Felipe. En tan aflictiva situacion cuatro leguas mas adelante de la citada punta descubrieron tres navíos que iban embocando por el Estrecho, en altura de 52° y medio, con tiempo tan borrascoso que á uno de aquellos mismos buques lo echó fuera del Estrecho, y los otros dos dieron fondo y quedaron en la bahía, arrimándose á la banda del Sur por ser fondeable.

Así que fué de noche hicieron hogueras los malhadados españoles que se hallaban en tierra, á fin de que la gente de los navíos los viese y acudiera á socorrérlos, y entonces los de á bordo encendieron faroles en demostracion de que habian visto las hogueras. Apareció el dia, el buque separado por el temporal se juntó con los otros, y los tres hicieron vela despues de embarcarse en un batel algunos hombres que de cerca fueron costeando. Viendo el español Tomás Hernandez que los navíos pasaban adelante, de acuerdo con sus compañeros se determinó á ir siguiendo el curso del batel para ver qué gente era aquella, acompañado de los soldados Juan Martin y Juan Fernandez. Al cabo de media legua se pusieron en frente de donde el batel venia, le hicieron señas con una bandera blanca, y habiéndola visto los de la navecilla, llegáronse á la playa. Preguntados por Hernandez qué gente era, contestaron en español que de Inglaterra, y que pasaban al Perú, añadiendo que allá los llevarían si querian embarcarse. El temor de una felonía por parte de aquellos á quienes tenian por enemigos, bastó para que nuestros malhadados colonos desechasen la propuesta, por mas que fuese generosa y conforme á los deseos de los que tanto ansiaban salir del pais que fuera su sepulcro, si en él permanecieran mucho tiempo sin socorro. Procurando los del batel desvanecer el recelo de los que en tierra estaban, hiciéronles protestas de buena intencion, y sin detenerse á mas pasaron adelante. Entonces Fernandez y sus compañeros, considerando ser mas prudente embarcarse con la duda de ser sacrificados por la mala fé, que quedar abandonados á una muerte inevitable, llamaron á los del batel, que aun estaban cerca, y volviendo este á la orilla se embarcó inmediatamente Hernandez, llevando su arcabuz consigo. El barquichuelo se largó al punto sin dar lugar á que en él entráran los otros dos españoles. Inesplicable fué la sorpresa de Tomás Hernandez al saber que uno de los que iban en el batel era el corsario inglés Candisch, comandante de los tres navíos. Con súplicas le pidió nuestro arcabucero que recogiese á sus dos compañeros, declarándole que además quedaban en aquella espantosa soledad doce hombres y tres mujeres, españoles todos. No tan solo se mostró condescendiente el inglés á tan piadosa demanda, sino que convino en que Hernandez dijese desde el batel á sus dos compañeros que fuesen á donde estaba la demas gente y de su parte les asegurase que podian ir todos á embarcarse, pues él los aguardaría. No se detuvieron los dos soldados en marchar á evacuar tan grata comision; pero en tanto volvió Candisch á sus naves, que surtas le esperaban: pasó á bordo de la

Capitana, y aprovechando el buen tiempo que hacia para seguir su derrota hízose á la vela sin aguardar á los desventurados españoles que envió á llamar bajo la fé de su palabra. Fué á dar fondo en la *Isla de los Patos*, donde permaneció dos horas, y de allí al puerto de la abandonada ciudad del Rey Felipe, que convertida en ruinas gran parte, únicamente se veian en pié los baluartes y algunas casas, presentando en conjunto un espantoso cuadro. Deshizo el capitan inglés para leña los edificios, que como dijimos eran de madera, y recogió seis piezas de artillería, cuatro de bronce y dos de hierro colado, las mismas que habian sido desembarcadas del navío en que se fué Sarmiento. Previendo los españoles la suerte de la colonia habian tenido la precaucion de enterrar en la arena aquellos cañones, que estaban en batería, y Candisch hizo los registros necesarios hasta dar con ellos.

Haciéndose á la vela las naves inglesas se internaron en el Estrecho, y al cabo de ocho dias de navegacion, saliendo al Océano Pacífico, desembarcaron y tuvieron grandes tormentas. No pudiendo tomar Candisch á Valparaiso, á donde se dirigía, se encontró sobre el puerto Quintero, y allí se presentaron tres españoles á reconocerle. Valiéndose de Hernandez quiso engañarles, pero el leal español reveló á sus compatriotas que aquellos con quienes iba eran ingleses, sin que lo entendiese el capitan corsario. Así es que este mandó gente para hacer bastimentos, yendo con ella el mismo Hernandez, quien tuvo ocasion de fugarse, pasándose á los suyos; y juntándose y cayendo todos sobre los ingleses dieron muerte á doce y prendieron nueve, de los cuales fueron ahorcados seis, tratándolos como á piratas.

Continuando Candisch su vandálica espedicion, corrió toda la costa, incendiando sin utilidad suya á mediados de 1587 los pueblos á donde arribaba, entre ellos el de Paita y el de Puna, en cuyo puerto echó á pique un navío español, despues de haberse apropiado el rico cargamento que tenia. Cortó la equinocial en 12 de junio, dió vista á la Nueva-España, haciendo varias presas, tocó en la bahía de Santiago, y luego en la punta occidental de la California donde renovó su aguada. Entre otras naves españolas habia apresado una en que iba N. Sanchez, piloto que conocia perfectamente la mar del Sur, y de él consiguió adquirir interesantes noticias, acerca de un galeon que procedente de Manila se aguardaba con muy rico cargamento. Se apostó inmediatamente, acechando la presa, detrás del cabo de San Lucas, en la California, cuyos blancos promontorios se asemejan á las agujas de la isla de Wight, y al cabo de algun tiempo apareció en el horizonte el navío deseado. Era el *Santa Ana*, el Almirante del mar del Sur, del porte de setecientas toneladas, cuyo cargamento estaba valuado en ciento veinte y dos mil pesos fuertes. Aunque el galeon sostuvo combate contra el navío inglés, éste se apoderó de él y de la crecida suma de oro y frutos coloniales que llevaba. Inmediatamente se dispuso Candisch para volver á Inglaterra; echó en tierra la tripulacion del *Santa Ana*, dejándola abandonada; y únicamente se quedó con el piloto para aprovecharse de sus conocimientos en la navegacion que iba

á emprender, y por último quemó el buque. Hecho esto enderezó la proa para las islas de los Ladrones; en el corto espacio de cuarenta y cinco dias recorrió, segun su cuenta, una distancia de 1,800 leguas marinas; refrescó en aquellas islas, en 14 de enero de 1588, llegó al cabo del Espíritu Santo en las Filipinas, y ahorcó al piloto español, suponiendo haber averiguado que queria hacerle traicion. Pasó á la vista de Borneo y las Molucas, llegó, en fin, al Estrecho de la Sonda, y de allí, despues de haber reparado y provisto de nuevo su navío, volvió á navegar, y en un viaje de nueve semanas, arribó al Cabo de Buena Esperanza. Estuvo en la isla de Santa Elena y en las Azores, y á los dos años, cinco semanas y cuatro dias, entró en Inglaterra, en el puerto de su salida.

Con posterioridad al embarque de Tomás Hernandez en el batel de Candisch que le llevó á su Capitana, nada se ha vuelto á saber de la suerte de los desventurados españoles, que como reliquias de las dos ciudades fundadas por Sarmiento en el Estrecho quedaron allí abandonados. Es de inferir y creer que todos perecieron víctimas del frio, el hambre y las enfermedades.





CAPITULO V.

Sucesos en las Filipinas.—Defensa de Manila en 1581 por el Gobernador español Labazarris, quien hace levantar el sitio al pirata chino Limaon, derrotando la armada naval de este.—Muere Labazarris, le sucede en el mando Francisco de Sade, quien conquista la isla de Camarines, reconoce la de Borneo, sujeta la de Joló, y establece el comercio con la de Mindanao.—A Sade sucede Gonzalo Ronquillo: funda este la Nueva Arévalo en la isla de Panay; arroja de la de Luzon á un pirata japonés, y funda á Nueva Segovia.—Muere Ronquillo y le sucede su hijo Diego.—Erige este la Audiencia Real de Manila, cuyo presidente D. Santiago de Vera, dá acertadas disposiciones contra los piratas, de cuyos navíos se apoderan los españoles.—Llega á Manila Gomez Marin, nombrado por el Rey Gobernador de las Filipinas. Su firmeza en el gobierno; va con grande ármada á reconquistar á Ternate; le asesinan en la navegacion unos remeros chinos, y se malogra la empresa.—Piraterías del corsario inglés Hawkins, en el mar del Sur, en 1594.—Activas y acertadas disposiciones del Marqués de Cañete, virey del Perú, contra el corsario, en cuya busca sale del Callao con armada naval D. Beltran de Castro, quien le descubre en el puerto de Chincha, pero una tormenta le impide combatirle, y le obliga á regresar al Callao.—De aquí vuelve á salir: descubre un buque del corsario, surto en la bahía de San Mateo.—Combate entre D. Beltran de Castro y Hawkins, quedando este vencido y prisionero de los españoles.—Espedicion de D. Pedro Tello contra los corsarios ingleses Drake y Juan Hawkins.—Apresa Tello un navío inglés.—Muerte de Hawkins, combatiendo con los españoles.—Huyo Drake en derrota; hace un desembarco en el puerto de Nombre de Dios, saquea y tala aquellos campos: recházanle los españoles; va á Panamá, rechazado allí vuelve á Nombre de Dios, quema el pueblo, pasa de allí á Portobelo, muere de una enfermedad, y su gente se dirige á Cartagena de Indias.—Espedicion de D. Bernardino de Avellaneda contra los corsarios ingleses en América.—Sale de Sevilla, en 1596.—Encuentra al corsario Vasquerfild junto á la isla de Pinos.—Combate naval entre Tello y Vasquerfild; pierde este dos navíos, huye de la Armada española, y con algunas de sus naves arriba á Inglaterra.

Por fallecimiento de Miguel Lopez de Legaspi, como dijimos al terminar un capítulo (1), fué reconocido sucesor suyo Guido de Labazarris, en el mando de la espedicion que aquel condujo de Nueva-España á las Indias Orientales, donde principió con acierto y gloria la conquista de las ricas islas que conservan el nombre

(1) Página 305 de este tomo.

de *Filipinas*. Digno se hizo en breve el sucesor de Legaspi de la comandancia y gobierno que se le habia conferido, continuando con actividad, diligencia y tino aquella tan gloriosa como árdua empresa. En 1581 defendió con intrepidez y valor heróico á la ya opulenta ciudad de Manila, sitiada por el pirata chino Limaon, que en grande aprieto la ponia con una armada de setenta naves, de las mas grandes que en aquellas regiones se conocieran hasta entonces. No se redujo el lauro de Labazarris á obligar al pirata á levantar el sitio, pues la formidable armada china fué perseguida por los españoles, quienes la derrotaron é incendiaron en el sitio de Pangasinam, debiendo el mismo Limaon su salvacion á la precipitada fuga con unos cuantos navíos.

A poco tiempo de esta victoria murió Guido de Labazarris, y en aquel gobierno le sucedió Francisco de Sade, quien no menos activo y acertado que su antecesor, á favor de algunos combates venturosos, sujetó al dominio español la isla de Camarines, y erigió en ella la colonia llamada Cáceres, que de fortaleza la sirviera. Reconoció luego la isla de Borneo, una de las mayores del Oriente, cuya descripcion hicimos ya, bien que ligeramente (1); pero cuando mas propicia se le mostraba la inconstante fortuna en sus espediciones, comenzaron á propagarse entre su valerosa gente las enfermedades endémicas del pais, y esta adversidad impidió la permanencia en aquel suelo tan nocivo, aun para sus mismos naturales. De regreso á Manila sujetó Sade en el viaje la isla de Joló, centro de las piraterías que eran y han sido por siglos el azote de aquel inmenso archipiélago; y habiendo arribado despues á Mindanao, estableció comercio con sus naturales y estendió prodigiosamente la dominacion de España.

Tal era el estado y fruto de la espedicion y las empresas de los españoles en las regiones de Oriente, cuando á Sade le sucedió en el mando Gonzalo Ronquillo. Edificó este y pobló á Nueva Arévalo en la isla de Panay; hizo prosperar el tráfico que se habia entablado con los chinos; á fuerza de armas arrojó de la isla de Luzon á un pirata japonés que en ella se habia fortificado, y fundó la ciudad de Nueva Segovia. Despachó con armada á Gabriel de Rivera para que diese vuelta á Borneo, y autorizado por el Rey envió socorros á Asambuja, capitan de los portugueses, que habiendo perdido á Ternate se sostenia con mucho trabajo en Tidor. Falleció tambien Gonzalo Ronquillo, y le sucedió su hijo Diego. Bajo su gobierno se erigió en Manila la Audiencia Real, y su primer presidente, D. Santiago de Vera, socorrió con diez navíos á Asambuja, que con urgencia habia implorado auxilio. Mandada esta armada por Juan Ronquillo, condujo todo lo necesario para la guerra, venció á los isleños de Joló en una batalla naval, y se apoderó de sus navíos. Durante la presidencia de Vera fueron reducidos los luzonios á la obediencia, sujetándolos á la fuerza, y se construyó en Manila una fortaleza que fué denominada la Virgen María Capitana; pero al cabo de algun tiempo fué

(1) Véase el Apéndice del t. I, pág. 682.

suprimida la Audiencia, y á causa de esta novedad se confirió el gobierno de las Filipinas á Gomez Marin, que con cuatrocientos soldados llegó á Manila procedente de Nueva-España. La supresion de aquel tribunal fué á consecuencia de las contínuas instancias que para ello hizo el jesuita Alonso Sanchez, quien no queriendo tolerar autoridad alguna que pudiera reprimir la influencia omnímoda á que aspiraba en las Indias la Compañía de Jesus, vino á la córte de España como diputado de aquellas islas, y se propuso y logró persuadir que los negocios de ellas se hallaban con la Audiencia Real mas embarazados que antes de establecerla.

Apenas hubo llegado Gomez Marin á Manila, mandó construir galeras para defender aquellas costas, que contínuamente se hallaban hostilizadas por los piratas chinos y japoneses, y aun hizo fundir cañones de bronce. En tanto Taycosama, sultan del Japon, envió un embajador á Marin exigiendo que le pagase un tributo por la posesion de las islas, á lo cual respondió el gobernador español con tanta ó mas arrogancia que la del bárbaro, diciendo al enviado: «Ve y dí »á tu amo que los españoles están acostumbrados á recibir tributos y no á pa»garlos. Que haga primero la prueba del valor español, y si le venciere en guer»ra trátele entonces como se trata á los vencidos.» Despachado así el demandante se aprestó Marin para reprimir la insolencia del sultan, y luego se hizo á la vela con una grande armada para reconquistar á Ternate, de donde habian sido arrojados los portugueses; mas por desgracia conspiraron contra él en la navegacion los remeros chinos, y asesinándole se malogró aquella empresa. En la misma galera en que iba el gobernador se fugaron los chinos asesinos, y Luis su hijo, que en Manila habia quedado, tomó posesion del mando hasta que fuese nombrado sucesor por la Corona. En tal estado se hallaban á fines de 1592 los negocios de las Filipinas, de donde nos apartamos otra vez para volver á las Indias de Occidente.

Las grandes riquezas y la fama que los corsarios ingleses Drake y Candisch adquirieron con sus considerables presas y sus atrevidos viajes marítimos, pasando por el Estrecho de Magallanes al Océano Pacífico, animó á Ricardo Hawkins, corsario tambien inglés, de quien ya hicimos mencion en otro capítulo, á emprender una espedicion semejante á las de sus dos citados compatriotas. Con una nao llamada la *Linda* entró, pues, el año 1594, en el Estrecho, en cuya angostura se perdieron otras que con él hacian el mismo viaje. Arribando á Valparaiso falto de bastimento y menesteroso de otras cosas, halló descuidados en aquel puerto cinco bajeles españoles bien provistos de víveres, jarcia y otros pertrechos, y los rindió en breve sin que pudieran defenderse. Allí estuvo solazándose algunos dias, y al querer partir hizo con el pueblo un contrato para el rescate y devolucion de las naves apresadas y sus tripulaciones, sin advertir el desatino en que incurría dejando libres á quienes fácilmente pudieran dar aviso de su aparicion repentina é inesperada en aquel punto; efecto de su en-

greimiento, de la confianza que tenia en su navío, perfectamente armado, pertrechado y bien guarnecido de gente práctica y escogida de mar y guerra, y el desprecio que hacia en fin de las fuerzas navales españolas en el Perú. Pronto tuvo aviso de lo ocurrido en Valparaiso el virey don Pedro García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete; y aunque á la sazon se hallaba enfermo, dejando al instante el lecho, con viva diligencia, al mismo tiempo que puso en buen estado de defensa los contiguos puertos de Lima, nombró capitanes á tres distinguidos militares, Pulgar, Manrique y Plaza, autorizándolos para que cada uno levantase cien soldados con que fuesen guarnecidos los bajeles que á toda priesa se aprestaban. No contento el Marqués con esto hizo que inmediatamente partiese un galeon, que fuese diligente de puerto en puerto, comunicando el suceso, para que á nadie cogiese desprevenido el enemigo, y que luego pasára sin detenerse, con el mismo objeto, á Guatemala y Méjico. Otro buque despachó tambien á Panamá para que D. Fernando de Córdoba estuviese preparado con su escuadra y estorbase al inglés el paso si allí fuese. Prevenido de este modo en el mar, envió diferentes chasquis, indios correos de á pié, admirables andarines, por la costa arriba, ordenándoles que se internasen tambien en tierra, á fin de que ocupando los moradores los pasos impidiesen que el pirata pudiese escaparse por algun lado. En tanto la ciudad de Lima, vigilante y armada, deseaba vivamente que se presentára la ocasion de probar su mucho esfuerzo. A estas y otras importantes precauciones se agregó el apresto de tres fuertes navíos: repartiéronse sesenta piezas de bronce entre la Capitana y su Almiranta, poniéndose otras catorce en los costados del galeon San Juan, y los tres capitanes nombrados, hecha ya leva de su gente, con ella se recogieron al puerto, estando á punto de embarcarse. No se redujo á trescientos el número de los alistados, pues se ofrecieron para la jornada algunos caballeros mozos, entre ellos Lorenzo de Heredia y D. Francisco de la Cueva, que se presentaron y embarcaron con diez soldados cada uno, mantenidos á sus espensas.

Nombró el virey por General á D. Beltran de Castro y de la Cueva, hijo del conde de Lemos, cuñado suyo, varon de altas prendas y vastísima capacidad para grandes empresas, como de ello habia dado relevantes testimonios en el estado de Milan, sirviendo á las órdenes de su tio el duque de Alburquerque. A punto ya la Armada, bien guarnecidos los buques de soldados, bien pertrechados y provistos de armas, municiones y bastimentos, solo aguardaba viento favorable para hacerse á la vela. En tanto, queriendo el marqués presenciar la partida, fué al Callao, y saludado por la estruendosa salva de la artillería de todos los bajeles, y la festiva gritería de la gente que á bordo le victoreaba, fué visitando y pasando revista á cada una de las naves. Vuelto en fin al puerto, tronó segun costumbre la última pieza de leva, y fué de allí largando en breve tiempo. Anduvieron tres naves en conserva hasta engolfarse; mas apenas habia partido D. Beltran, cuando por un pescador á quien Ricardo Hawkins habia

apresado en su barco y puesto en libertad, tuvo el virey aviso de que el corsario inglés se habia aparecido sobre Arica con tres naves. En este caso juzgó conveniente el marqués de Cañete hacer nuevas prevenciones, y en consecuencia fueron pertrechados prontamente una galibraza, construida de órden suya en el Callao, juntamente con otro galeon y un bergantin. Todos estos buques se dispusieron no tan solo para guardia ó custodia de treinta galeones y navíos que se hallaban en aquel puerto, en tan mal estado de defensa que casi un solo batel pequeño pudiera rendirlos, sino tambien para que en caso de arribar la primera armada, como pudiera suceder, menesterosa de reparos, con facilidad fuese socorrida y restaurada.

A la par de esto veíanse las costas poblarse de gente, concurriendo todos diligentes y entusiasmados para la defensa comun, de modo que apenas se descubria el corsario cuando de puerto en puerto se daba aviso y se sabia haciendo llamaradas. A tanta alarma y vigilancia se debió en parte que Hawkins no osára saltar en tierra, temeroso de su pérdida; de manera que sin poder hacer sus acostumbrados daños, á despecho suyo fué prosiguiendo su viaje hasta llegar á Chincha, punto apartado de Lima treinta leguas, desde donde partió luego un correo con el aviso al marqués, quien al punto despachó otro para D. Beltran de Castro. Doce dias hacia ya que el general de la Armada faltaba del Callao, sin haber podido tener noticia alguna del paradero del corsario inglés, y así es que tan pronto como recibió la que el marqués le comunicaba, torciendo el rumbo que llevaba, con sumo gozo dió la vuelta de tierra, por haberse engolfado.

Un dia al amanecer se descubrió al pirata sobre el puerto, mas habiendo visto él primero á nuestra armada, se determinó á la fuga con notable presteza virando á barlovento. Quiso ganársele D. Beltran, y le fué imposible, porque casi al instante se levantó un recísimo temporal; mas no por esto dejó de seguirle en cuanto pudo, procurando vencer la oposicion del mar, hasta que desencadenándose los vientos horrorosamente le perdió Castro de vista, teniendo apenas lugar para tratar de su propio salvamento. Fué considerada aquella tormenta como una de las mayores que hasta entonces se hubiesen visto, y así es que los perseguidores de Ricardo Hawkins hubieron de atender únicamente á volver al puerto de su salida, lo cual consiguieron, arribando á él sumamente quebrantados. No perdonó la borrasca al fugitivo, antes bien le trató de manera que le fué forzoso alijar para salvarse, echando al mar una parte de lo que llevaba.

Vuelto D. Beltran al Callao de Lima, tan malparado como indicamos, fácilmente pudo rehacerse, efecto de lo prevenido que para todo estaba el diligente y previsor virey. Tratóse pues, de salir segunda vez sin perder tiempo, pero fué necesario valerse de diferentes buques. Por Capitana se nombró la que antes era Almiranta, y en lugar de esta la galizabra preparada, bajel pequeño pero famoso,

á lo cual se añadió una lancha que sirviera como descubridora de ensenadas y caletas. Acompañó á D. Beltran Miguel Angel Felipon, gran piloto, y persona de gran confianza aunque estranjero. El dia que se empezó el embarque corria mucha mar de leva, y esto fué causa de no pocas desgracias, porque atravesándose los bajeles mataban y estropeaban mucha gente.

Sopló viento propicio y la Armada partió al momento, arrimándose á tierra cuanto pudo, persuadidos todos de que no apartado de ella se habian de encontrar al corsario, si no variaba el comenzado rumbo. De paso iban las naves españolas reconociendo cuantos recodos, cabos, senos, bahías y calas se descubrian, por el recelo de que en alguna de aquellas partes quedase el enemigo sin ser visto. Apenas habian doblado cierta punta cuando un dia, 18 de noviembre, como á las cuatro de la tarde, descubrieron un buque del corsario, surto al parecer en la bahía de San Mateo, en la costa de las Esmeraldas. Avistó pronto Hawkins los dos bajeles nuestros, y creyendo que no eran de guerra y sí de cargamento se apercibió diligente para embestirlos y apresarlos. Estaba con solo un navío, porque juzgando que le embarazaban para su correría otras dos naves con que se apareció en Arica, no habia querido que de allí pasáran. Sin dejar el puerto despachó á su capitan para que fuese con la lancha á reconocer los buques que se divisaban, y el enviado se fué acercando, hasta poco menos de á tiro de cañon. En esto habia ordenado D. Beltran de Castro á su Almirante Lorenzo de Heredia que saliese á recibir con la galizabra, previniéndole además que respecto á ser pequeña su nao procurase ir la vuelta de la playa, tomando él al instante la del mar. Tres piezas disparó la Almiranta, y sin dar en parte alguna á la lancha reconocedora solo sirvieron para avisarla de que eran enemigos los buques avistados. Volvió pues el capitan inglés á vela y remo donde estaba el pirata Ricardo, y este, al oir la breve relacion de lo ocurrido, cortando al instante los cables y tocando un clarin salió al encuentro de los que contra él venian. Recibiólos con una andanada, y gritando «*amaina por la Reina,*» se les fué llegando con audacia. La capitana de Castro le combatió con la artillería de babor, y al amurar de la otra banda le disparó dos cañones de popa, y con esto se amedrentó. En breve llegó la galizabra y con una descarga de seis cañonazos le echó la mesana al mar. Desvióse el corsario animosamente, y volviendo y disparando luego, despedazó en la capitana dos negros y dos marineros que estaban cazando la escota á popa. Tras esto hizo con tal prontitud otra descarga, que sin recibir ofensa puso la nave de Castro en grande aprieto. En esta ocasion la galizabra que habia ido en seguimiento de la lancha, viró con intento de abordar al navío de Ricardo Hawkins, pero este se defendió de manera que haciendo tercera descarga derribó el árbol mayor de su contrario matándole catorce hombres. Apartáronse con esto algo, y sobreviniendo la noche fueron los españoles siguiendo al inglés con suma precaucion, disparándole de cuando en cuando algunas piezas. La oscuridad

cerró en términos que no se veian ya los contendientes, y entonces unos y otros curaron sus heridos y arrojaron los muertos al agua. La galizabra aplicó unas bandolas por árbol mayor, y con esto se encontró en la mañana inmediata sobre el enemigo, á quien hizo fuego con todos sus cañones y mosquetes. Muy en breve llegó D. Beltran disparando su artillería, mas volviendo el corsario jactancioso, le dió tan súbita y tremenda carga que le llevó todo el bauprés y el espolon, y alcanzando otra bala en las obras muertas pasó sin hacer daño á la otra parte. Recibiendo una y otra nave diferentes rociadas vinieron á ponerse tan bordo á bordo y lado á lado que el animoso Hawkins procuró en persona ganar el estandarte real, valiéndose para esto de un lazo que arrojó. Inútil le fué esta traza, porque en su defensa halló á Diego de Avila á Juan Manrique, á Pedro de Reynalde, á D. Juan Velazquez y á otros que hicieron valerosa resistencia. De su temeridad sacó el pirata dos heridas, una en el cuello y otra en el brazo, ambas de armas de fuego. Quiso abordar la galizabra, mas arrojando los harpones á sus velas y cuatro alcancias dentro, quemaron con ellas al condestable y dos marineros. No desmayaron por esto los que embestian, antes bien saliendo con su intento aferraron la nave enemiga, siendo los primeros que subieron Juan Bautista Montañés y Juan de Torres, ambos valientes soldados. El capitan del corsario buque resistió la entrada de Torres con broquel acerado y espada, mas en pos de algunos golpes dados y heridas hechas el uno al otro, cayó de espaldas el inglés, dando lugar á que el intrépido español pasára así adelante. En tanto el valeroso Bautista Montañés habia muerto á dos enemigos y acosaba á otros dos, retirándolos hasta meterlos en la cámara de popa, donde haciéndose fuertes contrastaban á los contrarios con gran coraje. Al cabo se rindieron, por haber abordado tambien la capitana y echado gente en la enemiga. Era esta de cuatrocientas toneladas, bellísima en todas sus partes, y por armas ó emblema llevaba en la popa la figura de una negra, con guarnicion dorada. Aquella noche fué reparada por los vencedores, para que no se fuese á pique, pues se hallaba maltratada, y la pusieron de mar en través. El capitan Pulgar prendió á Ricardo Hawkins, le pasó á la capitana, con su gente mas distinguida, y al dia siguiente llegaron á Panamá ostentando su triunfo, al eco de los aplausos y las manifestaciones de júbilo con que lo celebraba el inmenso gentío agolpado en aquel puerto. Entraron los heridos en la ciudad, y los prisioneros sanos quedaron como depositados en un gran edificio.

El victorioso D. Beltran de Castro hizo aprestar su armada con premura, y al punto despachó un buque comunicando al Virey la noticia del suceso, sin que por esto detuviese mucho tiempo su regreso á Lima. Llegó pues al puerto de Paita, donde se encontró con la órden que el marqués de Cañete habia dado ya para que en una nao, que al efecto estaba allí, condujese al Callao el capitan Plaza los ingleses, que eran en número de noventa y tres, habiendo perecido veinte y siete en el combate. Hubo en la Capitana cinco muertos y cuatro heri-

dos, y en la galizabra veinte y tres de los primeros y doce de los segundos.

Con fiestas celebraron los españoles en todo el Perú la victoria alcanzada por Castro contra el corsario inglés, cuya aparicion en el mar del Sur habia infundido alarma y terror en aquellas dilatadísimas costas. Hawkins fué conducido á España, y al cabo de algunos años, tratado siempre con mucha consideracion, por lo cual hace en su Diario cumplido elogio de sus vencedores, á instancias de D. Beltran de Castro, que le habia dado palabra de abogar por él solicitando su soltura, consiguió que el Rey Felipe le dejára libre, y se restituyó á su patria, donde prometió una relacion particular de aquellos acontecimientos, la cual no ha visto la luz pública.

Dejando para el siguiente capítulo el relato de una empresa marítima, que debe contarse en el número de las mas importantes para la navegacion, continuaremos el presente con la narracion de dos sucesos que entre otros muchos honran á la marina y las armas españolas. Entrado el año 1596 se dirigieron desde Inglaterra á las Canarias con una armada de veinte y seis navíos el famoso corsario Drake y Juan Hawkins, padre de aquel Ricardo que fué vencido por D. Beltran de Castro, siendo su intencion invadir y saquear aquellas islas. En ellas se hallaba de gobernador D. Pedro Alvarado, y con el auxilio del obispo D. Fernando Figueroa impidió que los corsarios ingleses hiciesen el desembarco. Noticiosos aquellos dignísimos españoles, por relacion de algunos prisioneros, de que Drake y Hawkins se proponian pasar á América, despacharon inmediatamente aviso para que los nuestros estuviesen prevenidos y alerta en aquellas costas. Llegó el mensagero tres dias antes que la armada enemiga, á tiempo que con motivo de la fama que corria de los designios de aquellos piratas, fueron enviados de España cinco navíos muy bien equipados, mientras se disponia mayor número. Iba por comandante de aquellos D. Pedro Tello, noble sevillano, y tal fué su actividad que en el viaje apresó un navío enemigo y se adelantó á Puerto-Rico para donde ambos piratas habian enderezado las proas. Con tan oportuno y buen refuerzo el gobernador D. Pedro Cornel, hombre intrépido y animoso, peleó valerosamente con los enemigos y los rechazó del puerto y de la isla. Pereció Hawkins de un balazo de cañon que alcanzó á la Vice-Almiranta, llegando, en fin, á setecientos el número de ingleses muertos en tan reñidos combates, segun refieren los historiadores de aquel suceso memorable. Uno de los navíos españoles se incendió casualmente y en él perecieron doscientas personas. Desde allí navegó Drake para el continente americano, y recorriendo sus costas ejerció en ellas sus acostumbradas piraterías; pero se abstuvo de atacar á Santa Marta y Cartajena, cuyos baluartes y guarniciones le impusieron respeto. Desembarcó ochocientos hombres armados en el puerto de Nombre de Dios; apoderóse del pueblo, que tenia poca defensa, y despues de haber profanado sus iglesias destacó su vandálica gente á saquear y talar los campos, bien que no impúnemente, pues aquellos vándalos se vieron acometidos y fueron rechaza-



dos con pérdida no escasa por los españoles y los negros que se hallaban embos-cados, y sobre ellos cayeron de improviso. Marcharon luego los ingleses á Pana-má, pero rechazándolos tambien allí los españoles por tres veces en tierra y en el rio, volvió Drake á descargar su ira contra Nombre de Dios, redujo á cenizas el pueblo, y mientras se disponia para otra invasion, murió de una enfermedad en Portobello, y su cuerpo fué arrojado al mar: digna sepultura de un pirata. A consecuencia se introdujo la discordia entre su gente, levaron anclas y toma-ron rumbo hácia Cartajena, capitaneados por Tomás Vasquerfild, como sucesor de Drake.

Apenas habia salido para América la Armada al mando de Tello, cuando el Monarca de las Españas mandó aprestar con suma diligencia otra, nombrando General de ella á D. Bernardino de Avellaneda, con instrucciones y órdenes las mas estensas y terminantes para que á toda costa persiguiese y combatiese hasta su esterminio las naves del corsario Drake y su asociado Hawkins. Salió pues el nuevo General de Sevilla en el citado año 1596, con veinte y un navíos, de los cuales solamente eran de fuerza la Capitana, la Almiranta y seis galeoncetes de á trescientas toneladas, sin que ni de estos ni de los demás se pudiese servir de mas artillería que la de sobre cubierta. Las otras naves eran todas urcas y ga-leones ó pataches, en estado á la verdad poco satisfactorio. Llevaba esta Armada tres mil hombres de mar y guerra, y aunque la mayor parte de los soldados eran mozos, iban poseidos de buena voluntad y mucho brio, al paso que la gente de mar y los artilleros no eran de gran fama, porque los guipuzcoanos, vizcainos y gallegos eran pocos, y muchos los estranjeros.

Con próspero viaje llegó Avellaneda á Cartagena de Indias, donde se detuvo tres dias en repararse, y haciéndose otra vez á la vela, las naves ya quebran-tadas y mal reparadas, resecadas por el ardiente sol de aquellas regiones y combatidas por un temporal, se fueron abriendo, en particular la Capitana, de tal manera que se veian apurados para achicar en ella. Todos los de la Armada aconsejaban y pedian al General que arribase, y á pesar de esto se negó á la pre-tension, empeñado en hacer el viaje, mas deseoso de encontrar al enemigo que temeroso del peligro á que el mal estado de los buques le esponia. Siguiendo así en busca de los ingleses, por la noticia que de ellos se tenia en Cartagena, en 11 de marzo á medio dia los alcanzó al salir de la isla de Pinos, doce leguas de la de Cuba, en ocasion que ellos tenian ganado el barlovento. No fué mas pronto acercárseles la Armada española que provocarlos al combate, y viendo que lo esquivaban cargó sobre ellos el Almirante Garibay, que habia amanecido mas sobre el viento que su Capitana, aunque el General le tenia ordenado que á ella se pegase, para que no se les metiese el enemigo. Bien conocia el corsario Vas-querfild la buena gana que de pelear tenia la española Armada, y por tanto re-huyó el combate cuanto pudo. En tanto la Capitana de Avellaneda se acercó tanto á la inglesa, que emprendió la fuga, desembarazándose de sus contrarios

con la mayor velocidad, bien que dejando en el mar todas las lanchas que traía por popa, y disparando á un tiempo contra las naves enemigas mil y quinientas balas, con que hirió y dió muerte á ochenta hombres nuestros. En medio de esto recibieron los ingleses grave daño, causado por la artillería española, y en especial por la mosquetería, que era mucha, muy buena y muy certera.

Llevaban las corsarias naves velas nuevas, hacia pocos dias que las habian dado carena, y además eran muy veloces y estaban bien servidas: ventajas grandes en verdad cuando las españolas iban quebrantadas y mal dispuestas á consecuencia de su largo viaje. A pesar de esto se determinaron á seguir á las inglesas, y lo hizo Avellaneda con nueve navíos toda la noche, yendo la Capitana á tiro de cañon de la corsaria, aunque nunca pudo tirarla por ir las portas debajo del agua y el navío muy abierto. Tanto fué el miedo de los ingleses que aun luciendo con todo su esplendor la luna, en términos que la noche era tan clara como el dia, apagó el fanal, y aligeró cuanto pudo los navíos, así de bastimento como de pertrechos; fué regando siempre las velas, y hasta el amanecer que se vió siempre en mar ancha se siguió alargando con ventaja conocida, sin hacer rostro. Aunque eran ya pocos los navíos españoles, quedándose atrás algunos ocho de ellos, fueron siguiendo á los enemigos, le tomaron dos, uno mayor que otro, con mucha y buena gente, y uno de los nuestros se quemó por descuido. La Armada española consiguió meter la inglesa en el Canal de Bahama, como era su desigñio, tomando en cuenta que no se hallaba en estado de entrar en aquella fuerte y peligrosa navegacion. Logrado el intento determinó Avellaneda recojer su escuadra y volver á la Habana, donde estuvo reparando sus naves hasta que llegaron las flotas, y en su conserva dió la vuelta para España, trayendo la suma de veinte millones del Erario y de particulares. En medio del canal tuvieron un furioso huracan de que como por milagro salieron felizmente; sufrieron tambien un temporal en el paraje de la Bermuda, bien que no desaparejó ningun navío, y sin mas quebranto en novecientas leguas de navegacion que el de carecer de vitualla, á fines de setiembre Armada y flotas llegaron venturosamente al puerto de San Lucar.

Por la gente del navío grande que al corsario fué apresado, se supo que los ingleses recibieron gran daño de la mosquetería española en el combate á la vista de la isla de Pinos, y despues se tuvo noticia que de los catorce navíos que entraron en el Canal, nada mas que ocho arribaron á Inglaterra.



D. JUAN JOSE NAVARRO.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA • SEVILLA



CAPITULO VI.

Segundo viaje de Mendaña, hácia las islas que descubrió en el primero.—Sale con su Armada del Callao de Lima en junio de 1595.—Denomina *la Magdalena* á la primera isla que descubre: sucesos allí con los indios.—Descubre tres islas mas, á las cuales da el nombre de *San Pedro*, la *Dominica* y *Santa Cristina*, y á todas juntas las *Marquesas de Mendoza*.—Acontecimientos en la Santa Cristina.—Descripcion de esta isla, sus naturales, etc.—Prosigue Mendaña su navegacion: descontento de su gente y síntomas de sedicion.—Descubre otras cuatro islas, á las cuales denomina de *San Bernardo*, y otra que apellida la *Solitaria*.—Contratiempos en alta mar.—Avistan tierra los de Mendaña; descubrimiento y erupcion de un volcan.—Hostilidades de los indios de aquella tierra.—Demostraciones de amistad entre Mendaña y el cacique Malope.—Escursion del capitan Barreto en la isla recien descubierta.—Encuentros y refriegas con los isleños.—Regreso de Barreto á la Armada, y noticias de sus descubrimientos.—Segunda escursion del mismo capitan, y peleas con los indios.—Encuentra un sitio á propósito para poblar; va á desembarcar allí D. Alvaro de Mendaña, y funda una colonia.

Cerca de treinta años estuvo como olvidado el admirable viaje marítimo que en 1567 hizo Alvaro de Mendaña, por el cual descubrió en el mar del Sur las islas que denominó de *Salomon*, de *Santa Cruz* y de *San Francisco*, hasta que gobernando en el Perú D. Pedro García Hurtado de Mendoza, en virtud de real mandato se aprestó otra Armada en el Callao de Lima, para que hiciera nuestro navegante segundo y mas detenido viaje hácia las mismas islas, cuyo descubrimiento se le debia. Era el objeto de esta empresa establecer allí colonias. Cuatro navíos compusieron aquella Armada, en que tan pronto como estuvo lista se embarcó Mendaña acompañado de su mujer Doña Isabel Barreto, llevando por maestre de campo á Pedro Merino Manrique, y por capitan y piloto mayor

á Pedro Hernandez de Quirós, marino harto conocido ya como muy hábil en la astronomía y náutica. Zarpadas áncoras, y dadas velas al viento el dia 16 de junio de 1595, fueron á surgir las naves en el puerto de Cherrepe en la ciudad de Santiago de Miraflores, donde el capitan Lope de Vega tenia ya alistada mucha gente que se embarcó, la mayor parte con sus mujeres é hijos. Ascendia el número de los que se juntaron á bordo á trescientas setenta y ocho personas, entre ellas doscientas ochenta como soldados, cuyas armas eran doscientos arcabuces y otras varias ofensivas y defensivas. Llamábase *San Gerónimo* la nao Capitana en que iban Alvaro de Mendaña, su esposa, y Hernandez de Quirós; *Santa Isabel* la Almiranta, *San Felipe* una galeota, y *Santa Catalina* una fragata.

Navegando la vuelta del O-S-O., continuaron el viaje apartándose muy poco del Ecuador, y en 21 de julio se halló á diez grados y cincuenta minutos. A la primera isla que descubrió la denominó de la *Magdalena* por ser aquel dia víspera de la Santa, y tenia cuarenta millas de circuito, á diez grados del Ecuador. La creencia de que era aquella tierra la que se buscaba, colmó á todos de alegría, celebrando haber hecho el viaje en tan breve tiempo, con viento en popa y la gente toda robusta y sana. Dudábase no obstante si estaba poblada. Al Sur de ella se pusieron las naves al siguiente dia, muy cerca de tierra y de un puerto, junto á un cerro; mas apenas las divisaron los naturales cuando salieron en su seguimiento hasta setenta canoas pequeñas, aunque no todas iguales. Eran unas barquillas con contrapesos de cañas por cada bordo á modo de postigos de galera, llegando hasta el agua en que escoraban para no trastornarse bogando todos sus canaletes. Tres indios eran los menos que habia en cada canoa, y diez en la que mas; al todo como unos cuatrocientos; casi blancos, de gallarda presencia, fornidos y bien formados, de apacibles ojos, boca, dientes y demás facciones regulares, mostrando desde luego que era gente robusta, sana y fuerte. Iban enteramente desnudos, con el rostro y cuerpo labrado de azul, ostentando algunos dibujos de peces y otras labores; el cabello era como de mujer, crecido y suelto, bien que algunos le llevaban recogido y enmarañado. Eran rubios los mas de aquellos isleños, y los niños tan lindos que embelesaban. Habia entre ellos un muchacho, al parecer de diez años; venia con otros dos bogando en una canoa, sin apartar los ojos de la nao. Su bellísimo rostro, su brio y bizarría en tan temprana edad, la blancura de su tez y su hermosa cabellera, cautivó en tal manera la atencion de los españoles que estaban como encantados, pareciendo esperimentar un gran sentimiento de que entre idiotas se criase y quedára tan bella criatura.

Con furia iban los indios surcando el mar en sus canoas, al mismo tiempo que algunos indicaban con los dedos la tierra y el puerto de donde habian partido, y en voz alta decian *atalut* y *analut*, palabras á nuestra gente incomprensibles. Las naves españolas se detuvieron, y al llegar los isleños les dieron una porcion

de cocos, otra fruta semejante á nueces, buenos plátanos y unos grandes cañutos llenos de agua. Con estrañeza miraban á la nao Capitana y á su gente, particularmente á las mujeres que estaban en el corredor, riéndose y holgándose mucho de verlas. En esto alcanzaron los españoles á uno de ellos, echándole la mano, y subiéndole á bordo, el mismo Mendaña le acarició y vistió poniéndole una camisa y un sombrero. Al verse ataviado de aquel modo se reía y miraba como enagenado, dando voces á los demás, y atraidos así entraron hasta cuarenta, junto á los cuales parecian los españoles de pequeña marca. Todo cuanto habia en la nave les causaba admiracion, pero singularmente el ver vestidos de diversos colores á nuestros navegantes, tanto que los soldados por satisfacerles se desnudaban los pechos, se bajaban las medias y arremangaban los brazos, descubriendo así las carnes, y con esto se mostraban los indios quietos y alegres. Dióles D. Alvaro camisas, sombreros y otras cosas menudas, y recibiéndolas gozosos se las colgaban al cuello en demostracion de particular aprecio, y danzando y cantando á su modo se desgañitaban llamando á los demás, al mismo tiempo que les enseñaban lo que habian recibido; pero pasando en breve de la sorpresa y gozo á ser impertinentes, atrevidos y traviesos, enfadaron á Mendaña con sus demasías, en términos que por señas les dió á entender que se fuesen. En vez de esto su insolencia llegó al estremo de echar mano á cuanto veian delante para llevárselo, y el General proponiéndose intimidarlos mandó disparar un cañonazo. Al repentino y horrísono estampido del cañon, sobrecogidos todos de espanto se arrojaron al agua, y nadando con suma ligereza se acogieron á sus canoas. Uno solo se quedó colgado de las mesas mayores de guarnicion, sin que fuese posible desaferrarle, hasta que un soldado le hirió con la espada en una mano: dejóse caer entonces, y mostrando la herida á los suyos se le llevaron en una canoa. Mientras esto pasaba ataron una cuerda al bauprés de la nao, y bogando tiraban de ella hácia tierra, persuadidos de que así podian llevársela á su antojo.

La herida del indio fué causa de que todos se alborotasen; pero muy en breve comenzó á ponerlos en órden uno que traia un quitasol de palma. Habia entre ellos un anciano de luenga y poblada barba; hacia fieros gestos con los ojos, se aplicaba las manos á la barba, se alzaba los bigotes, y estando en pié daba grandes voces mirando á todas partes. A sus estremados ademanes respondió el toque de los caracoles marinos, cual si fuese de guerra, y agitando los canaletes en las canoas parecian todos sobrecogidos de furor. Algunos de ellos blandiendo palos á manera de lanzas hacian demostraciones de querer arrojarlas, mientras otros tiraban piedras con hondas, y los nuestros querian disparar los arcabuces, sin que de muchos de ellos saliese el tiro porque una lluvia habia humedecido la pólvora. A pesar de esto cayó muerto de un balazo en la frente el viejo de las bravatas, muriendo hasta nueve indios mas y quedando otros heridos. Las naves españolas iban navegando en tanto. A breve rato de aquella escena se

destacó de las canoas una sola con tres indios, dando voces. Uno de ellos llevaba un ramo verde, y en la mano una cosa blanca que nuestra gente juzgó ser signo de paz, así como las voces una invitacion para que los españoles fuesen al puerto; mas en vez de hacerlo así continuaron estos su viaje y los indios se volvieron.

Por las observaciones y el ligero reconocimiento que se hicieron de aquella isla, se calculó que tendria diez leguas de bogeo, siendo tajada por el confin del mar, alta y montuosa, en altura de 10°, y á distancia de unas mil leguas marítimas de Lima. Habia en ella mucha gente, porque además de la que fué en las canoas, cubierta y coronadas de ella estaban la playa y los peñascos. Desconocióla Mendaña, tanto que desengañado dijo no ser ninguna de aquellas en cuya demanda iba, y sí un nuevo descubrimiento. A poca distancia de ella se avistaron otras tres, y la primera, á que dió el Adelantado el nombre de *San Pedro*, estaria como á diez leguas al Norte de la llamada Magdalena. No supo Mendaña si estaba poblada, porque ni á ella se llegó ni vió gente, pero se reguló que tenia cuatro leguas de bogeo, que tenia mucha arboleda y que no era muy alta. Descubrióse otra que denominó *la Dominica*, situada al N O., de la de San Pedro, de quince leguas de circuito y cinco distante de la otra; al parecer amena, con buenas llanuras y colinas, en que se divisaban espesas arboledas, y parecia bien poblada. Al Sur de la Dominica está la otra que Mendaña apellidó *Santa Cristina*, segun cálculo de nueve leguas de bogeo, y á poco mas de una legua de aquella, con canal limpio y hondable. A todas estas islas juntas denominó el descubridor *las Marquesas de Mendoza*, en obsequio y memoria de D. Pedro Hurtado de Mendoza marqués de Cañete, y como en muestra de gratitud por los muchos favores que de él habia recibido.

De una y otra vuelta andúvose buscando puerto en la Dominica, y de ella salieron muchas canoas de indios, algunos de color mas moreno que otros, mostrando todos con voces exajeradas y contínuas los mismos deseos y voluntad que los anteriores. Venia entre ellos un viejo de buen rostro, con iguales signos de paz que los de la isla Magdalena, y en ocasion que nuestras naves viraban de otra vuelta, creyendo que se iban esforzó la voz llamándolas. Ondeando su larga cabellera hacia señas, y con el dedo índice señalaba hácia su isla. Mostró el Adelantado deseo de ir allá, mas no pudo efectuarlo, porque el viento era contrario y fuerte, al mismo tiempo que no se veia puerto abrigado donde surgir, aunque la fragata andaba buscándolo muy cerca de tierra. Los de la misma nave afirmaron haber en aquella tierra mucha gente, refiriendo que á bordo habia ido en una canoa un indio de fuerza tan descomunal que con facilidad increible habia levantado en alto una ternera, asiéndola con una mano de una oreja. A poco tiempo fueron á la Capitana y en ella entraron cuatro indios muy gallardos; y al cabo de un rato de su estancia á bordo, uno de ellos cogió como al descuido una perrita, y dando al punto un grito todos á la par se

arrojaron al agua, y nadando con suma ligereza y soltura enagenados de contento se la llevaron á una de sus canoas.

Al siguiente dia, 25 de julio, el General español volvió á enviar al maestre de campo á la isla de Santa Cristina con veinte soldados en la barca, en busca de agua ó puerto. Surgió en uno, donde á tambor batiente saltó con la gente en órden, en presencia de los insulares, que embelesados ó atónitos permanecian inmóviles, contemplando el movimiento marcial de los invasores de su patrio suelo, quienes al punto rodearon el pueblo, y luego hicieron alto á la voz de mando de su gefe. Llamó este á los indios haciéndoles señas, y se acercaron en número de unos trescientos. Nuestra gente trazó una raya en tierra indicando que de ella no pasáran, y pidiéndoles agua la trajeron en cuencos de cocos, conduciendo además gran porcion de estos y otras frutas. Maravillados quedaron los españoles, cuando á breve rato vieron venir hácia ellos las indianas; tanto mas cuanto muchas de ellas eran hermosísimas, y junto á ellos se sentaron mostrándose muy afables. En esto dió á entender el maestre de campo á los indios que fuesen á llenar de agua unas botijas, mas ellos, haciendo señas de que los nuestros se las cargasen, se apoderaron de cuatro de ellas y huyeron precipitadamente seguidos de todos los demás.

El dia 28 de julio surgió el Adelantado en un puerto que halló el maestre. Saltando en tierra llevó consigo á su mujer con la mayor parte de la gente, y habiendo dispuesto que allí se celebrase misa, los indios estuvieron tambien de rodillas con gran silencio y atencion, imitando pacíficos cuanto veian hacer á los cristianos. Al lado de Doña Isabel se puso una hermosa indiana, á fin de abanicarla, y queriendo la señora española que aquella mujer se cortase una guedeja de sus rubios cabellos, se mostró tan disgustada que fué preciso renunciar á tal deseo. En nombre del Rey de España tomó el Adelantado posesion de las cuatro islas, paseó el pueblo, sembró mahiz en presencia de los indios, y habiéndoles dado repetidas pruebas de amistosas intenciones, se embarcó dejando al maestre de campo en tierra con toda la gente armada.

Tan pronto como se hubo ausentado Mendaña se alborotaron los indígenas, dispararon contra sus huéspedes una multitud de piedras y lanzas, hirieron á un soldado, y perseguidos de nuestra gente huyeron al monte donde se emboscaron, llevando consigo sus hijos y mujeres. No tardaron en aparecer coronando dos altos collados, y en ellos se fortificaron con trincheras. Allí, al salir y ponerse el sol, todos de consumo hacian un rumor sonoro y concertado que retumbaba por las quebradas, y con ademanes amenazadores manifestaban sus guerreras intenciones. Viendo los indios el poco daño que hacian con sus armas arrojadizas, y el mucho que les causaban los arcabuces, se manifestaron inclinados á entrar en negociaciones de paz, saliendo pacíficamente á ofrecer á nuestros soldados racimos de plátanos y otras frutas, al paso que manifestaban el deseo de volver á sus hogares. La familiaridad entre unos y otros llegó así á

tanto grado, que aquellos hombres que parecian indomables aprendieron y repetian con sumo gusto las palabras *amigo* y *camarada*, cuyo sentido comprendieron fácilmente. Uno de ellos, cuya intimidad supo grangearse el capellan de la espedicion, consintió muy alegre en que le embarcáran para ir á ver al General español, quien se mostró con él cariñoso, haciéndole algunos regalos. Embelesado el indio á bordo de la nao comenzó á observar cuanto habia en ella, sin acertar á esplicar su admiracion, bien que con cierta atencion y cuidado impropia de un idiota. Instó luego para que á tierra le volviesen, y se mostró tan afectuoso á los nuestros que al tratar estos de marcharse sus ojos se arrasaron de lágrimas.

Segun la descripcion que de la isla de Santa Cristina hicieron sus descubridores, la parte céntrica es alta, y tiene grandes quebradas y amenos valles, donde habitan sus naturales. Denominóse de *la Madre de Dios* al puerto, que está á la parte del O. en altura de nueve grados y medio, abrigado de todos los vientos, en forma de herradura, con boca angosta. Tiene á la entrada de fondo limpio treinta brazas, á medio puerto veinte y cuatro, y doce junto á tierra. Sírvele de señal un cerro á la parte del Sur, tajado al mar; en lo mas alto descuella entre otros un pico, y á la parte del Norte se divisa una roca cóncava. A lo lejos se descubren cinco quebradas de arboleda que vienen á conformar con el puerto, y mas cerca un cerro que divide dos playuelas de arena, con un caño de agua muy delgada, que cae de cierta altura, tan grueso como un brazo, pasando además por allí un arroyo no menos potable, todo inmediato á un pueblo de los indios, de suerte que caño, arroyo y poblacion se hallan contiguos en la playa al pié del cerro, en la parte del Norte. Pocos de aquellos indígenas eran tan blancos como los de la isla Magdalena, aunque su lenguaje era el mismo, é idénticas sus armas y canoas. La poblacion figuraba como dos lados de un cuadrado, uno de N-S., y otro de E-O., formando en el centro una plaza ceñida de espesos árboles. Las casas parecian de mancomun, conociéndose que en cada una de ellas se recogia mucha gente, pues en todas se veian muchas camas señaladas. En unas las puertas eran bajas y regulares, en otras tan anchas como todo el frente: todas de madera, y entretegidas de grandes cañas, gruesas como un brazo. Afirmaba la gente de Mendaña que las mujeres eran bellísimas de rostro, de lindas manos, gentil cuerpo y airoso talle, escediendo muchas en perfeccion á las mas hermosas de Lima: muy blancas, y cubiertas de pechos abajo con ciertas túnicas tejidas sútilmente de menudísima palma. Apartado del pueblo habia un adoratorio ú oráculo, cercado de empalizada, con una puerta al O. y otro al N., en que se veian algunas figuras de madera, y varias ofrendas de comestibles; mas al querer recogerlas nuestra gente hubo de abstenerse de ello, temiendo á los indios, cuyas amenazas hicieron respetar lo que tenian por sagrado. Fuera del recinto de la poblacion habia tambien algunas piraguas largas y bien labradas,

de un solo tronco, con forma de quilla, popa y proa, y añadidas con tablas amarradas fuertemente con ternelas hechas de cocos. En cada una cabrian de treinta á cuarenta remeros, y segun dieron á entender los indios, contestando por señas á las preguntas que de igual modo se les hizo, aquellas navecillas servian para ir con ellas á otras partes. Labrábanlas con azuelas hechas de huesos de pescado, afilándolas en guijarros grandes que al intento tenian.

El temperamento, la salud, las fuerzas y corpulencia de aquella gente indicaban lo que es el clima bajo el cual vivian. La ropa era muy tolerable tanto de dia como de noche, y el sol molestaba poco. Durante la mansion de nuestra gente en aquel punto hubo medianos aguaceros; nunca se sintió rocío ni sereno, y sí grande sequedad, tanto que sin tenderse se hallaban enjutas por la mañana las cosas que mojadas se dejaban de noche en el suelo, bien que no se podia saber si esto pasaba todo el año. Diversas, desconocidas y gratas frutas encontraron los españoles en los árboles de aquel suelo, donde vieron sembradas en la playa calabazas semejantes á las de España, y entre ellas unas flores de hermosa vista aunque inodoras. Nada podian decir de lo interior de la isla, porque no penetraron en ella, mas por lo visto afirmaron nuestros espedicionarios que todas las arboledas eran de frutales.

Mientras el General estuvo en la isla hizo que se aderezase la galeota, que se recogiera agua y leña, y se aprestáran las naos. Antes de partir hizo levantar tres cruces en distintos parages, y en el tronco de un árbol corpulento se esculpió otra escribiendo al pié de ella el año y dia. A 5 de agosto zarparon las naves é hicieron vela, navegando la via de E. cuarta al S-O.; y andadas al parecer cuatrocientas leguas, sin haber visto tierra, contra la opinion y esperanza del Adelantado, que creyó descubrirla al tercer dia, los soldados, como poco acostumbrados á las penalidades y privaciones de la navegacion, empezaron á desalentar y manifestar el descontento. Causas poderosas de esta novedad eran en verdad la circunstancia de que á proporcion que el viaje se alargaba su terminacion se hacia mas incierta, y el agua y los bastimentos faltaban. En sedicion iba á parar la mala disposicion de los ánimos, cuando por ventura, en 20 de agosto, amanecieron las naves junto á cuatro isletas pequeñas y bajas con playas de arena, cubiertas de palmerales y arboledas. Las cuatro parecian tener de bogeo ocho leguas poco mas ó menos, estando como en cuadro cerca unas de otras, con unos bancos de arena de S-E. al N-E. por la parte del E.; motivo por el cual no podian ser entradas por aquellos lados. Llamólas el General islas de *San Bernardo*, en cuyo dia las descubrió. Se ignora si estaban ó no pobladas, aunque dijeron los de la galeota que muy de lejos habian visto dos canoas, lo cual ciertamente fué un antojo. Hállanse en altura de 10° y un tercio, á la parte del S. en longitud 1,400 leguas de Lima.

Pasadas tales islas se halló viento S-E., que fué constante con breves aguaceros, sin faltar espesos y muy gruesos nublados de varios colores, formando

estrañas y caprichosas figuras, que en contemplarlas con embeleso pasaban nuestros navegantes largos ratos. A veces se mostraban tan fijas que tardaban todo el dia en desvanecerse, haciendo presumir que fuesen tierra, á causa de suceder esto hácia la parte incógnita. Continuando la navegacion al O. siempre por altura, conforme á la instruccion y voluntad de Mendaña, que fué la de no subir á doce grados, ni bajar de ocho, navegándose de contínuo de diez á once, mártes 29 de agosto se vió una isleta baja y redonda, muy arbolada, y cercada en tierra de arrecifes que salian fuera del agua. Seria su circuito de una legua y su altura de diez grados y dos tercios, distante de Lima 1,535 leguas. A causa de ser sola fué denominada *La Solitaria*. El Adelantado mandó que dos bajeles pequeños fuesen á buscar en ella puerto donde hacer agua y leña, de que ya tenia gran necesidad la Almiranta, y surgiendo en fondo de diez brazas dijeron en voz alta al General que pasára de largo, atendiendo á que todo aquel suelo era de grandes peñascos, los cuales se vieron claramente, y pasando por encima con la sonda, unas veces á diez brazas y otras á muchas mas, notaron que no habia fondo. Causaba espanto ver la nave sobre tantas peñas, siendo precisa toda su velocidad para salir, como se consiguió, á mar limpia.

Con no poca prudencia y tolerancia disimuló D. Alvaro de Mendaña el agolpamiento de murmuraciones y desconfianzas de su disgustada gente, valiéndose de cuantos medios le sugeria su discrecion y habilidad para evitar la rebelion. En tan crítica situacion, navegando en 7 de setiembre con viento S-E., algo recio de popa, veíase por la proa el tiempo cerradísimo, por lo cual el piloto mayor envió delante la galeota y la fragata, una á vista de otra y del galeon. Ordenóles que si viesen tierra ó bajos, ú otra cosa digna de dar aviso, hiciesen señal con dos lumbres, y en respuesta se haria otro tanto; mas tanto pudo el recelo de los esploradores, que al cerrar la noche se quedaron atrás. Con estos temores y dudas iban navegando, siempre con el cuidado á que la oscuridad obligaba. Las nueve de la noche serian cuando se columbró la nao Almiranta, y á las once por la banda de babor un grande y espesísimo nublado que por aquella parte cubria el horizonte. Dudosos estuvieron los que velaban si era tierra lo que veian, mas pronto les desengañó un crecido aguacero que de las preñadas nubes brotó al momento. Cuando hubo pasado se vió claramente tierra, de que la Capitana distaba una legua, y reconocida con el júbilo que en casos tales suele manifestarse, se publicó en alta voz, saliendo todos á cubierta á verla y repetir los saludos. Cogióse al galeon la vela, y puesta de mar en través se hicieron muchas señales á los otros buques, de los cuales solos dos respondieron, sin que del otro se viese cosa alguna. La claridad del dia dejó ver al S-E. una punta rasa, algo gruesa y negra, por abundar de árboles, y al volver la vista á otro lado ya no parecia la Almiranta, por lo que todos quedaron confusos, manifestando el sentimiento natural de que por esto se hallaban poseidos. Descubrióse tambien con el dia un alto cerro, en forma de cono ó pan de azúcar, todo

tajado, y á la parte de S-E. un collado cuyo cuerpo parecia de tres leguas, situado á ocho de la isla.

No tenia esta puerto ni paraje donde poder desembarcar, por ser todo el suelo cerril y pelado, sin árbol ni cosa alguna verde, de cierto color de tierra y peñas de sequedad estraña: pero se veian distintas hendiduras; dos en particular á la parte del O., por las cuales, y por lo mas alto del cerro, salia con estruendo gran número de centellas y fuego, patentizando en fin que era un volcan. Remataba este en una punta muy bien hecha, la cual, á pocos dias de tomado puerto, descoronó reventando, con tan gran temblor que, á pesar de estar diez leguas distante del fondeadero, se sintió con estraordinario asombro de todos, estremeciéndose el navío. Desde entonces hacia retumbar el volcan desde su seno terribles truenos, particularmente al hacer la erupcion ó vomitar el fuego, y luego salia tanto y tan espeso humo que parecia tocar en la superficie del cielo, quedando despues mugiendo interiormente.

Mandó Mendaña que fuese la fragata á bojear el volcan, para ver si la Almiranta, habiendo pasado por ventura á la otra parte de él, estaba con su abrigo en calma, ordenando además que se viniese en demanda de la isla descubierta. Estando ya cerca de ella salió un canalucho con su vela, y detrás de él una flota de otros hasta cincuenta, cuya gente venia dando voces y meneando las manos, pareciendo que llamaban á los de la fragata, que aunque con recelo tambien los invitaban á que á ella fuesen. Al llegar los bajeles se descubrió que los que iban en ellos eran de color negro atezado, algunos mas loros, todos de cabello frisado, y que no pocos le tenian blanco, rubio y de otros colores, á causa de que se le teñian, como tambien de colorado los dientes. Venian enteramente desnudos, escepto la cintura y una corta parte de los muslos, que cubrian unas telas blancas. Los mas de ellos estaban pintados de una especie de betun mas negro y lustroso que su color natural, y de otras tintas diferentes, divisándose en rostro y cuerpo algunas rayas: los brazos ceñidos con muchas vueltas ó roscas de bejuco negro; al cuello muchas sartas colgando, hechas de ciertas cuentecillas menudas de hueso, ébano y dientes de pescado; y de brazos y piernas, varios patenas de conchas de perlas. Las canoas eran pequeñas y venian amarradas de dos en dos. Sus armas eran arcos y flechas con puas muy agudas de palo tostado; otras de hueso harponadas, y algunas con plumas. Traian tambien piedras, macanas de madera pesada, que eran sus espadas, dardos de palo recio con tres órdenes de harpones, y mas de un palmo de punta, y colgado de sus tahalís unos morrales de palma tejida y bien labrada, llenos de bizcocho que hacian de unas raices de que todos iban comiendo, y con que brindaron á nuestra gente.

Apenas vió Mendaña el color de aquellos salvajes los tuvo por la gente que buscaba; hablóles en la lengua indiana que aprendió en su primer viaje, pero jamás los entendió ni ellos le entendieron; antes bien, causándoles gran novedad

las naves europeas que ciertamente veian entonces por primera vez, paráronse á mirarlas con asombro, y al rededor andaban todos como graznando. Nunca quisieron pasar á bordo de ellas por mas que se les instára. En vez de esto, hablando unos con otros se pusieron presto en actitud hostil y amenazadora, segun se notó, persuadidos por un indio alto, flaco y viejo, que iba en la canoa delantera. Sin esperar á mas preparaban sus arcos para tirar: hablábales el anciano y abatíanse luego; corria la palabra de unos en otros, y no acababan de resolverse, hasta que por último alzando gritería dispararon gran número de flechas que clavaron en las velas y otras partes de nuestras naves, sin hacer mas daño. Con este motivo se mandó á los soldados que les hiciesen fuego con los arcabuces, y dando muerte á uno é hiriendo á muchos, todos ellos huyeron con precipitacion y espanto. De una en otra parte anduvo nuestra gente buscando puerto, de todos muy deseado, para tener alivio en sus trabajos saltando en tierra, y en esto volvió la fragata sin noticia alguna de la Almiranta, con lo cual se acrecentó la pena y la desconfianza. Los tres bajeles surgieron en la boca de una bahía, al abrigo de unos bajos, pero el fondo era á pique y con la creciente de la marea garró el galeon á media noche, con notable peligro de dar en los bajos. La presencia y serenidad del General animó á la gente, en medio del afan y el bullicio que reinaba por la proximidad del riesgo de naufragar, tanto mayor con las tinieblas de la noche. Por fin se recogieron las áncoras y dando velas al viento salió la nao á limpia y ancha mar con gran trabajo. Apenas hubo amanecido se embarcó el General en la galeota, fué á buscar puerto, y el piloto mayor halló uno, aunque pequeño, situado al N-O. del volcan, abrigado del S-E. con doce brazas de fondo, con poblacion, un rio, y fragoso monte. Pasaba esto á la caida de la tarde: saltó un sargento en tierra con doce arcabuceros para asegurar el puerto, y al punto salieron á su encuentro los indios de un pueblo contiguo, disparando sus flechas, y oponiéndose con tal ímpetu que obligaron á los invasores á fortificarse de priesa en una casa que encontraron. Allí fueran sin duda víctimas de la ferocidad de los bárbaros, á no ser porque la nao disparó dos cañonazos, á cuyo estampido huyeron aterrorizados los indios, y la barca acudió entonces á salvar los refugiados en la casa. Toda la noche se anduvo por el mar: al dia siguiente encontró Mendaña un puerto abrigado de todos vientos, y allí surgió junto á tierra, á la vista del rio y los pueblos, de los cuales se sentia todas las noches músicas y bailes, al compás de tamboriles, y de un paloteo, al uso de aquellos indios, quienes no conocian otros instrumentos. No tardaron los indígenas en acudir á ver las naves y la gente nuestra, llevando los mas de ellos por adorno unas flores encarnadas en la cabeza y las narices. A instancias y persuasion de los españoles subieron algunos á la nao Capitana, dejando las armas en sus canoas, y entre los que en estas quedaron se distinguia uno de buen cuerpo y rostro, color trigueño, algo flaco y cano, al parecer de edad de 60 años. Llevaba en la cabeza unos plumajes azules, amarillos

y colorados, en las manos arco y flecha con puntas de hueso labradas, y á sus lados se veian dos indios que indicaban ser de mas autoridad que los otros. Fácilmente se comprendia que el anciano indígena era entre ellos personaje de alta categoría, atendido el respeto que todos le tenian. Por señas preguntó muy luego quién era el cabeza de los recien venidos, y el Adelantado recibiéndole con particulares demostraciones de cariño le cogió de la mano, y le dió á entender que era él mismo. Dijo el venerable indio que se llamaba *Malopé*, y el Adelantado le respondió que su nombre era *Mendaña*. Entendiólo tan claramente que aplicándose las manos al pecho y á sí propio el nombre que acababa de oir, repitió la palabra *Mendaña*, dando luego á entender á este que se llamase *Malopé*. Satisfaciéndose el uno al otro con este trueque de nombres, mostró el indio en tal manera su complacencia y aprecio que cuando por su nombre propio le llamaban, indicando con el dedo al General español, daba á entender que este era Malopé y que él era Mendaña. Vistióle D. Alvaro una camisa, y dióle además algunas bujerías. Los soldados por su parte dieron á los otros indios plumas, cascabeles, cuentas de vidrio, pedazos de tafetan y hasta naipes, todo lo cual se colgaron al cuello. Enseñáronles á decir *amigos*, cruzando al mismo tiempo las manos, abrazándose unos á otros en señal de paz, y aprendiéndolo todo con tal facilidad y entusiasmo que á menudo repetian aquella palabra y usaban tales ademanes. Mostráronles espejos, en que al ver su imágen se quedaron estáticos; afeitaron algunos de ellos, cortáronles las uñas de piés y manos, y tanto se holgaron de esto que con vivas instancias pidieron las navajas y tijeras. Su curiosidad llegó al estremo de procurar saber lo que tenian los nuestros debajo del vestido, y desengañados de que solo servia para cubrir el cuerpo, hacian las mismas monerías y aspavientos que los naturales de las primeras islas. Cuatro dias se pasaron en estas escenas, durante los cuales iban y venian aquellos indios, prodigando la comida que tenian.

Era Malopé el que concurria con mas frecuencia á la nao, surta junto á su pueblo, y cada vez se mostraba mas amigo. Pero un dia fué acompañado de cincuenta canoas en que todos llevaban escondidas sus armas, y para mayor disimulo de lo que intentáran, en sus navecillas se quedaron como aguardando que de la Capitana volviera su cacique. En esto un soldado nuestro tomó su arcabuz, y Malopé, sin que fuera dable detenerle, se fué huyendo á sus embarcaciones y de allí á tierra seguido de los suyos velozmente. Habia en la playa mucha gente agolpada, de la cual fué recibido con vivas demostraciones de alegría, y luego se notó que congregándose en corrillos hacian al parecer grandes consultas. Aquella misma tarde sacaron los indios cuanto tenian en unas casas mas cercanas y lo retrajeron al puerto de Malopé. A la noche siguiente hubo de la otra banda de la bahía grandes hogueras que duraron hasta cerca del amanecer, pareciendo señales de guerra, para la cual se convocáran, y esto se confirmó por la sospecha que aquel dia habian dado las canoas, andando presurosas de

unos pueblos en otros, como si aprestáran alguna cosa y de ello diesen aviso.

Por la mañana del siguiente dia, en ocasion que algunos de la galeota habiendo ido con el batel al rio se ocupaban en hacer aguada, una turba de indios que se habian emboscado, salió de improviso y acometió á nuestra gente dando gritos, disparándola flechas y persiguiéndola hasta cerca de la barca donde se detuvieron porque los arcabuces les hicieron fuego. De esta refriega resultaron heridos algunos españoles. A consecuencia ordenó Mendaña al maestre de campo que á tierra saliese con treinta soldados, y á sangre y fuego procurase hacer á los taimados indios todo el daño que pudiese. Hicieron ellos frente, y habiendo muerto cinco los demás huyeron. A su placer se retiraron entonces los españoles, dejando reducidas á cenizas algunas casas y canoas.

Aquel mismo dia envió Mendaña en la fragata al capitan D. Lorenzo Barreto, con veinte soldados y marineros, á buscar á la Almiranta, previniéndole que voltease la isla por la parte que aun estaba por ver, que se fuese á poner en el paraje donde les habia anochecido cuando se vió la tierra, y estando allí fuese del O. al N-O., pues era el rumbo que la Capitana podia llevar, fuera del que la Capitana habia seguido. Ordenó tambien al maestre de campo que se aprestase con cuarenta hombres para ir aquella madrugada, como fué, á unos ranchos que habia cerca de un cerro, á fin de hacer ejemplar castigo en los indios por haber asaeteado á su gente, y probar si con el daño que así se les hiciese podian evitarse otros mayores. Llegó sin ser sentido de los naturales; cojiόles los pasos, cercóles las viviendas, y las pegó fuego acometiendo á siete que habia dentro de ellas. Viéndose los indios acosados por las llamas y los agresores, procuraron defenderse con estraordinario valor, y ya desesperados embistieron á sus enemigos arrojándose á sus armas con desprecio de la vida. Así la perdieron heróicamente seis de ellos, y solo uno se salvó escapando mal herido. Muy luego se recogió el maestre de campo con su gente llevando siete de los suyos heridos de las flechas.

En la tarde de aquel dia se presentó en la playa Malopé, de quienes eran los pueblos y canoas quemados, y en alta voz llamó al Adelantado, dándose golpes en los pechos y apellidándose Mendaña. Con el dedo señalaba el daño que le habian hecho, y lamentándose amargamente decia que no era su gente la que habia flechado á la nuestra, y sí los indios de la otra parte de la bahía; y armando luego el arco daba á entender que fuesen todos contra ellos, y que él ayudaria á la venganza. Deseoso Mendaña de darle satisfaccion le llamó con instancia, y no fué hasta el siguiente dia, en que de una y otra parte hubo demostraciones amistosas.

En 21 de setiembre salió la espedicion de aquel puerto para otro mayor y mas cómodo que halló en la misma bahía, y en la navegacion hácia él llegó el capitan Barreto con la noticia de que bojeando la isla, N-S. con la bahía donde estaba surto, habia visto en ella otra que parecia tan buena, y que mos-

traba mas gente y embarcaciones. A esto añadió que mas adelante, junto á la isla grande se columbraban otras dos medianas muy pobladas; en la parte de S-E., á distancia de ocho leguas una mas, y á nueve ó diez leguas como al E-N-O., donde les anocheció cuando se vió la tierra, habia dado con tres islas de gente mulata, color claro, con espesos palmerales, y gran número de arrecifes que corrian al O-N-O., con sus restingas y canales, á los cuales no se vió fin, concluyendo con que no habia hallado á la Almiranta en cuya busca iba. Surgieron las naves en el segundo puerto, y desde ellas oyeron toda la noche la algazara con que los indios la pasaron, dando gritos, como burlándose de nuestra gente, al mismo tiempo que muy claro y con frecuencia repetian la palabra *amigos*. Vino la mañana, y en tropel acudieron á la playa mas cercana unos quinientos indios, disparando á los bajeles una nube de flechas dardos y piedras, hasta que desengañados de que con tales armas no alcanzaban á herir, gran número de ellos se metieron en el mar hasta los pechos, y otros á nado se acercaron tanto que aferrando las boyas de las naves surtas con ellas se iban á tierra. Tal atrevimiento obligó al Adelantado á mandar que el capitan D. Lorenzo, con quince soldados escogidos saliese en la barca á escaramucear con los indios, escudando los rodeleros á los arcabuceros y bogadores. A pesar de esto dos de ellos fueron heridos á flechazos, y mas lo serian ciertamente á no estorbarlo las rodelas, de las cuales algunas fueron traspasadas de parte á parte por las flechas. Muy esparcidos y á saltos peleaban los indios, con tal soltura y tanto brio que probaban la serenidad, la decision y el valor con que sabian defender sus míseros albergues. Duró la lid mientras á los bárbaros les pareció que nuestras armas no hacian gran daño, pero viendo caer muertos á tres de ellos, y algunos mas heridos, se desengañaron, y desamparando la playa lleváronse consigo las víctimas de su arrojo.

Hallándose el maestre de campo en tierra al siguiente dia de la refriega, trató con los soldados de desmontar un sitio junto al cual corria un manantial, con el propósito de fundar en él un pueblo. No á todos los soldados agradó el sitio elegido, temiendo que fuese insano, por lo cual pretendian que se fundase la colonia en uno de los pueblos indios, cuyas casas estaban ya hechas y el local esperimentado. Con este motivo fué á tierra Mendaña; examinó el paraje, y acorde tanto él como otros muchos con el parecer del maestre de campo, al punto se puso mano á la obra. A los incesantes golpes de las hachas y los machetes, cuyo eco resonaba por toda la selva, fueron derribados altos y coposos árboles de liso tronco y sólida madera, los mas á propósito para la construccion de los edificios proyectados, sirviendo en tanto de moradas á la afanosa gente las chozas que con increible prontitud armaban, cubiertas de frondosos ramos y flexibles palmas. Con tan activa tarea se olvidaban así los soldados españoles de las incomodidades y privaciones que sufrian, y sin dejar de acordarse de su patria pensaban entusiasmados en que iban á tener como adoptiva otra, en que halláran

y adquirieran riquezas semejantes á aquellas con que el Perú recompensó los peligros y fatigas de sus heróicos conquistadores. Resignáronse en fin á establecerse, vivir, y acabar allí sus dias con honra provecho y fama. Aqui se prueba que toda necesidad no satisfecha, á la par de un sentimiento penoso nos hace esperimentar otro de resignacion, cuando es preciso esforzarse por satisfacerla. Así, en fin, la codicia, que niega los goces de presente en vista del porvenir, es realmente un amor exagerado á los bienes que el hombre juzga propios para satisfacer sus necesidades.





CAPITULO VII.

Descripcion de la bahía ó isla donde Mendaña fundó la colonia, á la cual apellidó *Graciosa*.—Muere el cacique á manos de unos soldados españoles, y los indios intentan vengarle.—Calamidades que afligen á los españoles en la isla de Santa Cruz: aquejados de la peste, y víctimas de ella en gran número, los demas tratan de sublevarse, y muere como cómplice el maestre de campo.—Fallecimiento de D. Alvaro de Mendaña, dejando nombrados á su esposa D.ª Isabel Barreto Gobernadora de las islas descubiertas, y por Capitan general á D. Lorenzo Barreto.—Hostilidades de los indios, y prision de algunos de ellos por los españoles, en rehenes. Dan libertad á las indianas, á instancias de los indios.—Muere Barreto y le sucede Pedro Fernandez de Quirós.—Reembárcase este con su gente.—Descubrimiento de la isla que se denominó *Huerta*: peleas con los indios de ella, donde hacen los españoles una escursion, y vuelven á embarcarse.—Hácese la espedicion á la vela para las Filipinas: acontecimientos y trabajos en esta navegacion.—Pasan los espedicionarios por las islas de los Ladrones: usos y costumbres en la de Guahan.—Llegan nuestros navegantes á Manila, descansan allí, dan la vuelta para Méjico, donde se queda D.ª Isabel Barreto, pasa Quirós á Lima, hace viaje para España y en 25 de febrero de 1600 arriba á San Lucar.

La bahía en que Mendaña fundó su colonia, y que apellidó *Graciosa*, porque en efecto lo era, tenia de circuito cuatro leguas y media corriendo de N-S. cuarta de N-E-S-O. Está en lo mas occidental de la isla por la parte del Norte de ella, y al Sur del volcan de que hemos hablado. Fertilísima y muy poblada por las orillas y tierra adentro, dista de la isla grande poco espacio, dividida por peñas, bancos y algunos pequeños canales, por donde no pueden pasar sino bateles y canoas. Hállase el puerto en la bahía, entre un copioso manantial de agua clarísima que á tiro de mosquete brota debajo de unas peñas, y un me-

diano rio apartado de allí unos quinientos pasos. El puerto se halla en altura de diez grados y tercio, 1,850 leguas de Lima. Abunda la isla de puercos, gallinas semejantes á las de España, blancas las mas, las cuales alzan el vuelo, se encaraman en los árboles y en ellos anidan, palomas torcaces, tórtolas bellísimas, patos, garzas blancas y pardas, golondrinas, y otros pájaros que de nuestra gente no eran conocidos. En cuanto á sabandijas solo descubrieron ciertas lagartijas negras y algunas hormigas, pero ningun género de mosquitos, cosa singular en poca altura. Notóse mucha variedad de peces que los indios pescaban con trasmallos, hechos de hilo de pita, con boyas de un palo casi tan ligero como el corcho, y piedras en vez de plomos. Abunda el suelo de plátanos de seis ó siete castas, de cocos, de grandes cañas de azúcar, y de otros muchos vejetales productores de las mas delicadas y preciosas frutas. Entre tanta y tan esquisita variedad estrañaron sobre todo nuestros descubridores tres ó cuatro clases de raices, que sirviendo de pan á los indígenas las comian asadas ó cocidas, y de ellas hacia gran porcion de bizcocho, secándolo al sol ó al fuego, y guardándolo en cestas de palma. Es buen alimento, aunque algo cálido. Utilizaban los naturales el bejuco y la pita para cuerdas. Cria la isla gengibre en abundancia, sin cultivo alguno, y tambien añil, de cuya planta está cubierto en muchas partes el suelo. Se encontraron allí lindísimos y variados caracoles como los que se traen de la China, y varias conchas de perlas. Cerca del sitio donde poblaron los españoles, en la orilla del manantial, habia un árbol en cuyo tronco tenian hecha los indios una hendidura que destilaba un líquido de grata fragancia, muy parecido al aceite de abeto. Hacian aquellos indígenas morrales y bolsas de palma, muy curiosos, y esteras finas que servian de velas de sus navecillas. Viéronse ciertas telas sin que se supiese de qué materia, tejidas en unos telarcillos, las cuales servian de lienzo, de mantas, y de mantos para las mujeres. Usaban mucho para sus comidas de la hoja del betel, de que hemos hecho mencion al hablar de las Indias Orientales, y que tenian por muy estomacal y buena para fortificar la dentadura.

Los pueblos de aquellos indios se componian de unas veinte casas, en forma redonda, de tablas y palos gruesos, con dos sobrados ó pisos, á que subian con escaleras de mano, cubiertas de palmas entretejidas unas con otras, y cerradas sus entradas, cuando les convenia, con un paredon de piedras sueltas en vez de puertas. En cada pueblo habia una casa grande como oráculo, con figuras humanas de medio relieve, mal esculpidas, y otra casa larga que parecia ser de comunidad. Diez ó doce de estos pueblos se encontraban á la orilla del mar, y en cada uno dos pozos hechos curiosamente, con escalones para bajar á ellos, y cubiertos con tapaderas de tablas. Junto al mar tenian algunos corrales cercados de piedras, donde cuando subia la marea pescaban con cierta invencion, y un palo á manera de guindaleta de bomba. Las canoas con que navegaban á lo lejos eran hermosas y grandes, sirviéndoles las chicas

únicamente para cerca de sus moradas. Unas y otras tenian su quilla, algo chata, con popa y proa de un solo tronco, y en medio su escotilla por donde sacaban el agua que entraba, y por la cual metian el palo mayor. En ellas se veian armadas unas barbacoas con palos atravesados y amarradas con cuerdas fortísimamente, de los cuales salian otros que á la larga se cruzaban por un bordo y servian de escorar para no trastornarse, de modo que el vaso ó casco solo servia para sustentar esta fábrica, en que cabian treinta y mas hombres con sus hatos. La vela era de estera de finísima hoja de palma, larga y ancha por arriba y angosta por abajo. Eran aquellas navecillas muy veleras y buenas de barlovento, tanto que la fragata procuró coger una y se le fué de debajo del bauprés.

En sus haciendas tenian labranzas á su manera, y frutales plantados con órden; la tierra es buena, esponjosa y suelta: el temperamento como en las demas tierras de su altura. Durante la permanencia de nuestra gente allí hubo algunos truenos y relámpagos, y muchos aguaceros, pero poco viento. Esta isla que Mendaña denominó de *Santa Cruz*, tenia de bogeo al parecer cien leguas. Todo cuanto de ella se vió, corriéndose de E. á O., es tierra poco alta, y aunque tiene sierras con quebradas y llanuras, estaba limpia de malezas. Por todas las orillas del mar se veia bien poblada, pero nuestros descubridores no pudieron dar razon de lo interior porque no lo anduvieron.

Dos meses y ocho dias se detuvieron los españoles en la isla llamada de *Santa Cruz*, y en aquel tiempo ocurrieron sucesos dignos de atencion. Algunos soldados de mala índole dieron muerte al cacique Málope, sin consideracion alguna á la amistad que habia atestiguado á D. Alvaro de Mendaña, y á las pacíficas intenciones de que tantas pruebas habia dado á sus huéspedes. Tan punible homicidio fué sentido en estremo por los indios, que en público lo lloraron, y en secreto intentaron muchos dias y distintas veces vengar aquel ultraje. Desde luego dejaron de acudir con los socorros de víveres que contínuamente traian al campo español, y este se resintió de la escasez en breve. En vano procuró Mendaña aplacar el fundado encono de los agraviados indígenas, mandando por un rasgo de justicia que el principal autor del crímen lo pagase, perdiendo como perdió la vida en el patíbulo, pues todos los súbditos del desdichado Malope fueron ya constantes enemigos de los españoles. No era esto lo único que aquejaba á nuestra gente, pues la mudanza de clima, de alimentos y costumbres, el contínuo trabajo al sol, el mojarse á menudo sin tener ropa que mudarse, y el dormir en el suelo, trajo en pos de sí muchas y peligrosas enfermedades. A todas estas desgracias se agregaba otra que aumentaba la desesperacion y el desconsuelo, que agravaba el mal, y hacia mayor el número de las víctimas. Tal era la falta de médicos, y hasta de remedios simples conocidos, careciendo en fin los míseros dolientes hasta de enfermeros que los asistiesen. La muerte empezó á ejercer sus estragos; por todas partes se veia el espectácu-

lo aterrador de los enfermos lidiando con la peste, abandonados á los esfuerzos de la naturaleza en las estrechas y desabrigadas chozas; unos delirantes ó frenéticos; otros desnudos, yéndose á la nao, poseidos de la vana idea de encontrar allí la salud perdida, en tanto que los de á bordo se iban de la nao al campo y creyendo conservar en él la vida daban en manos de la muerte. De tan lastimera situacion nacieron alborotos indicando sedicion próxima. Promovedor de ella fué acusado el maestre de campo, á quien se dió muerte violenta, y tambien á otros dos que juntamente eran cómplices del mismo crímen. En esto hubo un eclipse total de luna, y la gente vulgar, que en los fenómenos celestes ve siempre agüeros malos ó presagios funestos, lo miró como un signo fatal de la permanencia en aquella tierra, desalentó sobremanera y acrecentó sus males. El Adelantado cayó tambien gravemente enfermo; ya en agonía ordenó su testamento, que apenas pudo firmar, é instituyó por heredera universal y por gobernadora á su esposa Doña Isabel de Barreto, en uso de Real Cédula particular con que el Rey le habia autorizado para nombrar sucesor á la persona que quisiere. Al mismo tiempo nombró Capitan general á D. Lorenzo Barreto su cuñado; y apenas hubo acabado este acto postrimero de su vida falleció á la edad de 54 años, y en la iglesia que allí erigió fué sepultado con la pompa que permitian el lugar y las circunstancias.

A pocos dias de la muerte de D. Alvaro de Mendaña envió el nuevo Capitan general, en la barca veinte soldados con un caudillo una madrugada, á que trajesen algunos jóvenes indios con intento de enseñarles la lengua castellana, y que de intérpretes le sirviesen; pero los insulares que estaban siempre muy alerta, se opusieron resueltamente al desembarco, en tal manera que antes de que los españoles pudieran saltar todos en tierra ocho de ellos fueron heridos á flechazos. Al disparo de una pieza de artillería que llevó la barca se fueron retirando los indios, y perseguidos y alcanzados por nuestra gente en el alcance murieron seis, bien que Barreto quedó herido en una pierna de un flechazo.

No bastaba este revés para que los indios decayesen de su ánimo en el propósito de vengar la muerte de su amado Malope, y así es que con frecuencia y de improviso se aparecian en el campo de los españoles, volvian á la pelea, y sin dar lugar á que sus contrarios disparasen los arcabuces disparaban un nublado de flechas, procurando herirles con ellas en el rostro y las piernas, viendo ambas partes descubiertas de las impenetrables rodelas. Con sumo trabajo podia proveer el Capitan general á la seguridad y sustento de su gente. Por tercera vez envió con la fragata al capitan de artillería en busca de la Almiranta, y tambien esta vez dió la vuelta el enviado sin lograr su objeto; pero de paso saltó en una de las tres isletas referidas, situadas en los arrecifes, y en ellas se apoderó de ocho hermosos jóvenes, bien apuestos y al parecer muy despejados, y con ellos regresó á la nao. Poco satisfecho con esto



Lit de J J Martinez Madrid

ESCURSION DE LA GENTE DE QUIRÓS

en la isla que este descubrió y denominó de la Huerta. (Año de 1595.)

D. Lorenzo Barreto, envió á D. Diego de Vera, capitaneando algunos soldados escogidos entre los mas sanos, á cautivar indianas para tenerlas en rehenes, y que así se abstuviesen los isleños de hostilizar á nuestra gente. Trajeron los espedicionarios tres de ellas con seis hijos, á quienes visitaron los maridos muchas veces, y juntándose estos por último con algunos de los suyos vinieron á pedirlas con muchas súplicas y halagos. Se las restituyó el General español por tenerlos contentos, y al parecer se fueron agradecidos.

La herida de Barreto se agravó insensiblemente, de tal modo que por último le sobrevino el accidente conocido por *pasmo* en las regiones de la América del Sur, y muy luego falleció, en 2 de noviembre, dejando por albacea al capitan y piloto Pedro Fernandez de Quirós, quien dispuso darle el mar por sepultura, temeroso de que los indios inhumasen y ultrajáran el cadáver, si en tierra le sepultára. Sucesos tan infaustos anonadaron á los nuestros, en tanto grado que veinte indios determinados, bien á salvo bastáran para degollarlos y arrasar el pueblo. En resumen, los enfermos, siendo muchos, exánimes y sin remedios, se trasladaron á la nao con la Gobernadora, quedando en tierra la bandera con los pocos soldados sanos, sin mas objeto que el de hacer acopio de agua y leña. En 7 de noviembre se embarcaron, y así dió fin aquella empresa, que sin dejar de ser buena fué desacertada y malhadada bajo muchos conceptos.

Lo primero que hizo Quirós fué enviar á Luis de Andrada con treinta hombres en busca de comestibles para el viaje. Pasó el enviado á una pequeña isla que se denominó de la *Huerta*, atendida su fertilidad y frescura, y en ella encontró en un estero cinco canoas de las grandes, cargadas de espuertas de vizcocho del pais, y recogiéndolo todo lo envió á la nao, juntamente con un crecido número de puercos que allí encontró tambien. Tan pronto como hubo regresado Andrada fué enviado el piloto mayor á la misma isla con veinte hombres, y aunque perseguido de muchas embarcaciones de indios, dejando seis de los suyos en la barca saltó en tierra con los demás, y fué recibido de los indios á flechazos, viéndose en la necesidad de acometerlos y perseguirlos por un camino estrecho que tomaron, hasta que al disparo de dos arcabuces huyeron espantados. Abandonado con esto el pueblo en él entraron los invasores, pero no encontraron mas víveres que unas espuertas de vizcocho, y gran porcion de raices anaranjadas, de que los indios hacian tinta del mismo color para teñirse el cuerpo. Cuesta arriba continuó nuestra gente la persecucion de los isleños, y llegando á lo alto descubrió una hermosa llanura cubierta de árboles frutales. En ella encontraron muchos y muy grandes racimos de plátanos, gran cantidad de cocos, y en una casa contigua una crecida porcion de vizcocho: todo lo cual trasladaron á la barca. Iba esta bogando por la playa á la par que caminando por la costa los que habia en tierra, con direccion á un sitio cubierto de palmitos, pero al llegar allí los caminantes perdieron de vista la navecilla, por lo cual tuvieron junta y acordaron ir á la parte donde habian saltado en la isla. En su viaje, puesto ya el

sol, dieron en un sitio resguardado, donde habia una canoa, y contra el parecer de la gente renunció el piloto mayor al pensamiento de ir algunos en aquella barquilla á dar noticia de su situacion á los de la nao para que fuesen por ellos. Prosiguiendo pues el camino que llevaban sin dejar la costa, marcharon en derechura á un espeso bosque, cuyos árboles seculares, de prodigiosa altura y corpulencia, parecian atestiguar que desde la creacion la mano del hombre no se habia atrevido á tocarlos todavia. La monotonia de la arboleda umbrosa y desierta, que interceptaba el paso á los rayos del ardiente sol de los trópicos, se veía interrumpida á trechos por algunos grandes peñascos, tajantes y de erguidas puntas, que impedian el tránsito, así de dia como en medio de la oscura noche. A veces tambien se encontraban nuestros aventureros metidos en agua hasta la rodilla y otras hasta medio cuerpo, subiendo y bajando siempre por troncos y peñas, torciendo el camino tan pronto al mar como al monte. Era ya mas de media noche cuando se oyó el estampido de dos arcabuces, seguidos luego de otros dos. Los que iban de vanguardia aceleraron el paso para saber la causa de aquella novedad, y en breve descubrieron la barca que acababa de llegar. Habíase detenido contrariada por el viento y dado vuelta á la isla. Embarcada la gente volvió al navío; á él llegaron al asomar la aurora, y sacando á sus amigos y compañeros del sobresalto en que su tardanza les tenia, todo fué júbilo y contento entre los espedicionarios ya reunidos.

En el mismo dia manifestó la Gobernadora á los pilotos su propósito de apartarse de aquella isla en demanda de la de *San Cristobal*, por ver si en ella encontraba á la Almiranta, y en caso contrario desde allí hacer rumbo para Manila, traer gente para la poblacion, y acabar aquel descubrimiento. Consultados los pareceres todos estuvieron de acuerdo en que se saliera al S-O. hasta la altura de once grados, y que si la isla ó la Almiranta no se hallasen, se siguiese el derrotero para las Filipinas. Esto firmaron todos: el piloto mayor se obligó á no desamparar á la Gobernadora, si, como decia, daba la vuelta con el intento referido, y apenas hubo anochecido salió á tierra el capitan D. Diego de Vera con algunos de su compañía, y desenterró el cuerpo del Adelantado Mendaña para llevarle en la fragata á Manila.

Desde la bahía *Graciosa* hasta la capital de las Filipinas se contaban novecientas leguas de distancia. Las tres naves salieron de ella en 18 de noviembre, yendo en busca de la isla de San Cristobal, estando los aparejos de tal manera que para recoger la barca por tres veces se rompieron. Al siguiente dia de la partida, pesado el sol y hecho el cálculo se hallaron en once grados, sin que por parte alguna se columbrase tierra. Cayeron en esto enfermos el contramaestre y cuatro marineros, y cinco ó seis únicos que sanos quedarian espusieron al piloto mayor que la Capitana en que iban estaba imposibilitada de arrostrar la navegacion, por cuanto se hallaba desaparejada, llena de enfermos, y falta de comida y agua. El reconocimiento que se hizo probó ser todo cierto, por lo

cual, y la circunstancia de encontrarse ya en la altura de los once grados, conforme á lo acordado, el piloto hizo á la Gobernadora las observaciones oportunas, y al punto determinó emprender el viaje para Manila, puesto que ni se descubria la isla en cuya demanda iban, ni parecia la Almiranta.

El piloto mayor hizo gobernar con viento S-E. al N-N-O. por huir de la Nueva Guinea, de donde se juzgaba cerca, á fin de no hallarse entre islas; y á no considerar el mal estado del navío diera órden de ir costeando aquella tierra. Por aquel rumbo fueron navegando hasta bajar á cinco grados, en 27 del mismo noviembre. En aquel dia se vió en el mar un grueso tronco, muchas pajas y culebras, y el viento S-O. con refregones, celajes y aguaceros hácia aquella parte; señales por las cuales entendieron que estaba cerca de aquel pasaje la Nueva Guinea. Comenzaron á encontrar grandes olas, que venidas del N-O. combatian al navío, tanto mas sensibles cuando habia bonanza ó calma; lo cual era señal de cruzar aquellos vientos de la otra parte de la línea. Esto duró casi hasta la isla de los Ladrones.

Hacia ya algunos dias que se maleaba la Galeota, porque se apartaba sin querer acudir á cumplir con sus obligaciones. Mandó pues la Gobernadora se notificase á su Capitan, que bajo la pena de ser declarado traidor no dejase la conserva ni se apartase á distancia de media legua. A pesar de esto, juzgando desde un principio que la Capitana no habia de llegar á salvamento, atendido su mal estado, y que llevaba rendido el palo mayor, aquella misma noche viró de media vuelta y desapareció para no volver á verla mas.

Difícil sería describir los trabajos y peligros que en este viaje pasaron nuestros navegantes, hasta descubrir unas islas de donde salieron algunos indios en sus navecillas, con velas y sin ellas, los cuales, no pudiendo pasar el arrecife, saltaron en él, y desde allí llamaban haciendo ademanes con las manos. Por el remate de los bajos vino á media tarde un indio solo en una canoa pequeña, púsose á barlovento, pero á tal distancia que no se podia divisar si tenia barbas, lo cual era de presumir por ser aquel paraje de las islas de los *Barbudos*. Pareció ser hombre de buen cuerpo, desnudo y con cabellos largos y sueltos. Apuntaba hácia el punto de donde habia venido, y partiendo con las manos una cosa blanca la comia, y empinaba cocos como si bebiese, mostrándose al mismo tiempo indiferente á las voces que se le daban y las señas que se le hacian para que fuese á la Capitana.

Observóse que la isla inmediata tiene de elevacion de polo ártico mas de seis grados, y treinta leguas de bogeo, que es casi redonda y no de estremada altura. Veíase en ella mucha arboleda, y por sus laderas innumerables rocas y sembrados. A tres leguas á la parte del Oeste tiene cuatro islas rasas, y otras muchas contiguas, todas cercadas de arrecifes; pareciendo en fin mas limpia y despejada á la parte del Sur.

Siguiendo el rumbo N-O. á 1.° de enero de 1596 se halló la nave en altura

de catorce grados, y luego gobernóse al O. El viento era largo y fresco, y el 3 se avistaron dos de las islas de *los Ladrones*, en cuya demanda se iba. Era la una la de *Guan* ó Guáhan, y la otra la *Serpana*. Entre ambas pasaron corriendo N-E. S-O. por canal de diez leguas arrimando á la de *Guan*. A su vista habia llegado apenas el navío cuando de ella comenzaron á salir gran número de canoas. Son estas unos barquillos de madera tan liviana como el corcho: navega en cada una solo un indio, y aunque tiene un árbol, vela, entena, triza, escotas y timon, el que va dentro le gobierna con una mano, y con la otra alza, amaina y vuelve vela, llevando en cada pié una escota con que alarga ó caza cada cosa á su tiempo. Estas embarcaciones, de dos proas, envirando la vela están á camino sin que se vire el bajel. Su velocidad es admirable, y cuando la ola cansada quiebra sobre él, llenándole de agua, el que le gobierna se arroja al mar como un pez, y cogiéndole en hombros le revuelve, le desagua, y ya enjuto, metiéndose en él otra vez por un lado el que lo lleva, vuelve á navegar. Llegado al puerto se echa el navichuelo á cuestas, y le arrima al pié de un árbol, en el cual, como si fuese un nido, tiene su albergue, alimentándose de la pesca que hace. De este modo aunque como bárbaro, vive como hombre dichoso, ignorando las intrigas y falsías de la córte, la variedad de esquisitos y variados manjares, los favores, la estimacion y la falaz privanza, bienes ideales y vanos pasatiempos.

Llegaban al bordo de la nao muchos de aquellos bateles con frutas frescas de aquella tierra, tales como plátanos, cocos, guayabas y camboyes, cañas dulces, y además varios géneros de peces marítimos que con la mano, sin mas aparejo, pescan y sacan de las concavidades de las rocas, y así es que ningun pescado está á salvo de la agilidad de aquelllos isleños, sino el caiman, el tiburon y la caella. A estos les adoraban como deidades, y por el temor que les tenian y el daño que de ellos recibian, les ofrecian y echaban como en tributo una parte de los frutos que cojen, casi como en diezmo. En una canoa ponian el presente, y sin nadie en ella, tendiendo la vela, la despedian por el mar adelante, y en corto espacio se trastornaba y hundía. Los indígenas son de color pardo, y hombres y mujeres iban desnudos: gente en estremo bellosa, membruda, de grandísima fuerza, y de piel tan récia que descalzos y desnudos se meten por entre zarzas y espinas, y andan por riscos y peñascos tan lijeros como corzos. Desconociendo entre sí todo género de moneda despreciaban la plata y el oro, por cuyo motivo los huéspedes no podian tratar con ellos sino con trueques de pedazos de hierro, metal que aprecian desde que por la llegada de los españoles le conocieron, viendo que con él cortaban los árboles y labraban la madera. Codician en particular las hachas y los cuchillos, pues los que usaban hasta entonces eran de guijarros y pedernales, únicas herramientas con que labraban sus naves y otras cosas.

En las varias veces que marineros y soldados saltaron en tierra para hacer

aguada, se hallaron con muchas viviendas de indios, hechas como dijimos, en los árboles. Habia tambien en la playa algunas chozas, y registrando la codicia de los viajeros unas y otras, tan solo hallaron mimbres atravesados, y en ellos ensartados canillas y calaveras de hombres, huesos de sus antepasados, que siendo sus ídolos como á dioses los veneraban, porque además no conocian otros sino el sol, la luna, los tiburones y caimanes, en cuyos cuerpos creían que moraban las almas de sus difuntos. Para dar á los cuerpos honrosa sepultura los desollaban y quemando la carne la metian hecha ceniza en una tinaja de *tuba* (especie de vino que sacan de palmas de cocos), y bien revuelta en aquel líquido se la bebian entre todos. Unicamente dejaban los huesos para que los parientes adornasen las viviendas y siempre tuviesen presentes á los suyos. Lloran toda la vida á sus muertos en ciertos dias y noches á toda hora; para esto tienen muchas plañideras que se alquilan, supuesto que se lloran unos á otros, ó por interés ó por amistad. A quien llora por su vecino, siendo menester en su casa, se le paga el llanto que le fué prestado con esta condicion; de modo que ó llora por su persona, ó alquila quien llore en su nombre. Asímismo en las exequias tienen gran placer, porque comen y beben opíparamente. Duran las honras fúnebres cerca de una semana, siendo la beodez propia del dia, y el lloro de la noche. Cada uno de por sí llora la hora que por turno le toca, en cuyo espacio refiere entre las lágrimas la vida y las hazañas de aquel ó aquellos por quienes se aflije. Cuenta sus niñerías desde que nació, y las cosas que hacia siendo ya mayor, declarando por estenso la estatura, facciones, gracias, esfuerzo, y todo lo demás que puede hacer en honra del difunto. Si es gracioso algun caso de los que va refiriendo, comienza á reir con la misma fuerza que lloraba, y los presentes dan tan grandes risotadas que lo alborotan todo. Acabado el ímpetu de la risa, despues de haber platicado y bebido un rato, se vuelve á renovar el llanto. Por otra parte, cuando se cuenta un caso triste y de sentimiento, alzan mucho mas los alaridos todos los circunstantes, que cuando se hacen estos ceremoniales suelen ser mas de doscientos. Tales son en cuanto á esto las costumbres de aquellos indios, segun la relacion que de ellas hicieron nuestros navegantes.

Prosiguiendo el navío la derrota de Filipinas, dejó atrás las islas de los Ladrones sin tomar tierra en ellas, aunque de ello tenia necesidad, y al cabo de increibles trabajos y peligros, llegó á Manila donde descansaron los viajeros. Quirós, despues de volver acompañando desde aquella capital á Méjico á Doña Isabel Barreto, que allí se quedó, pasó á Lima, donde pretendió que el virey D. Luis de Velasco le despachase con bajeles, gente y lo demas necesario para proseguir el comenzado descubrimiento, y no pudo conseguirlo por entonces. Pasado mas de un año se embarcó en el puerto del Callao para Panamá, de allí en una fragata fué á Cartajena de Indias, de donde salió en 1.° de noviembre de 1598, en un galeon, que pasó á la Habana, de donde partió en 16 de enero del año siguiente en conserva de treinta navíos. Habiendo desembocado felizmente y en

breve tiempo, en altura de 29° tuvieron tan gran tormenta que estuvieron para perderse. Forzoso fué arribar á Cartajena en 3 de marzo, donde tuvieron que estacionar todo aquel año, hasta que á consecuencia de la llegada de veinte galeones, y de haber cargado trece millones de reales, en 4 de enero de 1600 se hicieron á la vela, viniendo Quirós en uno de ellos. Llegaron al Cabo de San Vicente, donde apresaron dos naos inglesas, y en 25 de febrero dieron fondo en San Lucar. Dejemos aquí á nuestro célebre navegante, hasta que oportunamente volvamos á hablar de él, refiriendo su nuevo y famoso viaje.





LIBRO SÉTIMO.

SUCESOS MARÍTIMOS EN EL MEDITERRÁNEO Y EL ATLÁNTICO EUROPEO, EN EL SIGLO XVI (1).

CAPITULO PRIMERO.

Consideraciones acerca de los sucesos de que es objeto el presente libro.—Orígen de las piraterías de los berberiscos.—Usurpaciones y poder del famoso corsario Barbarroja.—El rey destronado de Tunez, Muley Haseen, implora la proteccion del Emperador Cárlos V.—Preparativos del Emperador para su espedicion contra Tunez en 1535.—Fuerzas navales y de ejército de que consta la Armada imperial.—Desembarco del Emperador con su ejército en Africa.—Sitio de la fortaleza llamada la Goleta, cerca de Tunez. Toma por asalto de aquella fortaleza, en 25 de julio de 1535.—Derrota del ejército de Barbarroja.—Rendicion de Tunez al Emperador.—Horrores cometidos por las tropas vencedoras en la ciudad vencida, á pesar de los bandos del Emperador para impedirlo.—Disposiciones de Cárlos V para perseguir al fugitivo Barbarroja.—Restablece el Emperador á Muley Haseen en el trono de Tunez, bajo ciertos pactos y condiciones.—Embárcase el Emperador para Italia.—Sus glorias y su fama, superiores á las de todos los demas soberanos de Europa.—Regreso de las armadas española y portuguesa á Barcelona, de donde vuelve la de Portugal para este reino.—Preparativos de Barbarroja en Argel, á donde fué á refugiarse, para ir contra las islas Baleares.—Ataca á Mahon, la toma por asalto, hace gran presa de bienes y cautivos, se retira con ella á Argel, y pasa de allí á Constantinopla.

Distinto campo que en el libro anterior se ofrece en el presente á la Historia de la Marina real española. Desde el continente americano trasladamos el teatro de ella al estrecho mar encerrado por las dilatadas costas de las tres partes del antiguo mundo hácia el Levante, entre Europa, Africa y Asia, y á las aguas procelosas que bañan lo litoral de la Europa hácia Occidente. En vez de emplear el arte

(1) Historiadores que como autoridades hemos consultado: *Herrera; Ferreras; Sandoval; Cabrera, Vera y Zúñiga; Ulloa; Miñana*, y otros.

de la navegacion armadas de unas cuantas naves en hacer dilatadísimos y asombrosos viajes, arrostrando inminentes peligros para surcar la inmensidad de los Océanos, descubrir y conquistar paises en las regiones mas apartadas del continente europeo; adquirir fama el navegante, dar gloria á su patria y estender la civilizacion á naciones salvajes; ahora veremos escuadras poderosas, formidables, rivales unas de otras, disputarse el vencimiento, y esforzándose en destruirse mútuamente, llevar en el seno de sus pujantes y colosales naves el estrago, el horror y la muerte, entregando á la voracidad de aquellos mares los grandes tesoros y los millares de hombres con que los pueblos contribuyeran, tributando pródigamente su caudal y la sangre de sus hijos, para levantar y sostener un poderío naval que se hundiera desapareciendo á veces en pocas horas: sacrificios, en fin, que en lugar de gloria y beneficios solian causar á los mismos pueblos postracion, pobreza, ruina y luto. No aquí verá el lector lanzarse al inmenso piélago las atrevidas armadas para aumentar con la esploracion de los mares y de remotas é incógnitas tierras los conocimientos geográficos que estendieran los de las ciencias naturales, que abrieran dilatado campo á las observaciones del hombre sábio, y al paso que fomentáran el estudio del globo y estimuláran el talento, hicieran progresar las artes é impulsáran la prosperidad sin límites del comercio. A disputar derechos internacionales, bien ó mal entendidos, á ventilar cuestiones y reparar ofensas, ya de nacion á nacion, ya de Corona á Corona, veremos las escuadras en el Mediterráneo y el Océano, presentando hechos, que, si bien heróicos y sublimes muchos de ellos por el valor de los contendientes, tiñendo el mar con sangre humana presentan el cuadro mas espantoso de la destruccion por la fuerza brutal de la guerra, quedando de vez en cuando deshecha la armada que mas costára y que por invencible se tuviera.

La diferencia de religion, la intolerancia teocrática unas veces, las piraterías en muchas ocasiones, las usurpaciones de territorio y los apresamientos, en fin, bajo pretesto de resarcimientos, destituidos de justicia, y de represalias tan bárbaras como injustas; tales son las causas que principalmente han impulsado y provocado á la nacion española á levantar grandes escuadras, ya para sostener y defender creencias religiosas, acaso con tanto fanatismo como sus anti-religionarios, y ya para vengar agravios y revindicar derechos en fuerza de combates navales, á que han sido consiguientes catástrofes espantosas. Pero antes de entrar en la interesante relacion de tales hechos memorables, acaecidos en el siglo XVI, juzgamos conducente hacer una reseña, aunque breve, del orígen de las famosas piraterías ejercidas por los estados berberiscos, con quienes las naciones europeas confinantes con el Mediterráneo, y en particular la España, estuvieron en contínua, larga y muy sangrienta pugna.

Bajo el nombre general de Berbería se conoce actualmente la parte del continente de Africa que guarnece las costas del Mediterráneo, y que antiguamente formaba los reinos de Mauritania y de Masilia, y la célebre república de

Cartago. Despues de muchas revoluciones que empezaron antes de la dominacion de los romanos, de cuyo imperio fué aquella parte de Africa una provincia, el pais hoy Berbería fué conquistado por los vándalos que en él fundaron un reino, y posteriormente sojuzgado por Belisario cayó bajo el yugo de los emperadores griegos, que la dominaron hasta fines del siglo VII. Invadida entonces por los árabes, cuyas armas no encontraban resistencia en parte alguna, durante algun tiempo constituyó parte del vasto imperio que los Califas gobernaron. El alejamiento del centro del imperio alentó á los caudillos de los moros, sus antiguos habitantes, á sacudir el yugo y hacerse independientes. Los Califas, cuya autoridad se fundaba únicamente en un respeto de fanatismo, mas á propósito para favorecer las conquistas que para conservarlas, se vieron forzados á no fijar la atencion en aquellos sublevados, puesto que no tenian fuerzas para reprimirlos, y la Berbería fué dividida en muchos reinos, siendo los mas considerables Marruecos, Argel y Tunez. Los habitantes de estos reinos eran una confusion de familias árabes, de razas negras de las provincias meridionales de Africa, y de moros nacidos en ella ó arrojados de la España, todos sectarios celosos de la religion mahometana, y animados contra los cristianos de un encono supersticioso, digno de su ignorancia y de sus bárbaras costumbres. En este pueblo atrevido, inconstante y pérfido, las sediciones fueron frecuentes, y el gobierno pasó por un gran número de revoluciones sucesivas, hasta que una de ellas, acaecida á principios del siglo XVI, obró de tal manera en los estados berberiscos que los hizo terribles á los europeos, y su historia mas digna de atencion. Autores fueron de esta revolucion Horuc y Cheredin, hijos ambos de un alfarero de la isla de Lesbos. Abandonando el oficio de su padre se dieron á la mar, se juntaron á una cuadrilla de piratas, y en breve se distinguieron por su valor y su actividad. Habiéndose apoderado de un bergantin de poco porte, continuaron en profesion tan vil, con tal habilidad y fortuna tanta, que llegaron á reunir una armada compuesta de doce galeras y otros muchos buques menos considerables. Horuc, que era el mayor y se llamaba Barbarroja, á causa del color de su barba, fué el almirante de aquella armada, y Cheredin su segundo, aunque casi igual en mando. Diéronse el epíteto de amigos de la mar, y enemigos de cuantos surcasen sus aguas. El terror de sus nombres se difundió en breve desde el estrecho de los Dardanelos hasta el de Gibraltar: sus proyectos ambiciosos se estendieron á medida que su poder y su fama se acrecentaban, y por último borraron la infamia de sus latrocinios con miras y talentos dignos de conquistadores. Con frecuencia conducian á los puertos de Berbería las presas que hacian en las costas de Italia y de España, enriquecian á los habitantes de aquellos mismos puertos con la venta de sus rapiñas, y la estravagante profusion de sus marineros, siendo así bien recibidos donde quiera que arribaban. La situacion ventajosa de tales puertos, contiguos á los grandes estados de la cristiandad

que tenian entonces gran comercio en todo el continente, inspiró á los dos hermanos la idea de fundar un establecimiento en aquel pais. En breve se les presentó la ocasion de ejecutar su proyecto, y no la desaprovecharon. Entemi, rey de Argel, habia intentado repetidas veces apoderarse de un fuerte que los gobernadores españoles de Oran habian levantado muy cerca de aquella capital, y viendo la inutilidad de sus esfuerzos tuvo la imprudencia de implorar el socorro de Barbarroja, cuyo valor tenian los africanos por invencible. El activo corsario correspondió gozoso á la invitacion, y dejando á su hermano Cheredin el mando de la armada, marchó á la cabeza de cinco mil hombres para Argel, donde fué recibido como un libertador. Aquella tropa tan considerable le hizo dueño de la ciudad, y utilizando pérfidamente la confianza á que los argelinos se habian entregado, asesinó secretamente al príncipe que en su socorro le habia llamado, y en su lugar se hizo proclamar rey de Argel. Usurpado el trono por medio de aquel audaz homicidio, procuró Barbarroja mantenerse en él observando una conducta acomodada al génio y la índole del pueblo que iba á gobernar. Sumamente liberal con todos cuantos se declaraban partidarios de su usurpacion, ejercia una crueldad sin límites contra aquellos que le eran sospechosos; y no contento con el trono de que se habia apoderado, atacó al rey de Tremecen su vecino, y habiéndole vencido en una batalla incorporó sus estados á los de Argel. Al mismo tiempo continuaba aterrorizando las costas de España con armadas que parecian ya las de un gran monarca, mas bien que las escuadrillas de un corsario. Las rapiñas de aquellos bandidos marítimos determinaron al emperador Cárlos V, al principio de su reinado, á enviar al marqués de Comares, gobernador de Oran, con una escuadra y un cuerpo de tropas bastante para atacar al temible Horuc. El marqués, ayudado del destronado rey de Tremecen, desempeñó la comision con tanto vigor y habilidad que las tropas del terrible corsario fueron derrotadas en varios encuentros, y por último le forzó á encerrarse en Tremecen. Allí se defendió como un desesperado, hasta que sorprendido en el momento que intentaba escaparse, pereció peleando con un valor admirable, digno de sus hazañas y su fama.

Cheredin, conocido tambien con el apodo de Barbarroja, empuñó el cetro de Argel con la misma ambicion y los mismos talentos que su hermano mayor, siendo mas dichoso que este. No se veia turbado á la sazon su reino por las armas españolas, harto ocupadas entonces en las guerras de Europa, pero el soberano de Argel temia de una parte que los moros y los árabes intentáran sacudir su yugo, y de otra que sus contínuas piraterías atrajesen sobre él un dia las armas de los cristianos, por lo cual se acogió á la proteccion del Gran Señor, que le dió un cuerpo de soldados turcos, capaz de ponerle á salvo de las tentativas de sus enemigos domésticos y de los ataques de los estraños. Tanta fué y con tal rapidez la fama que se adquirió, que Soliman le ofreció el mando de la

escuadra turca, como el único hombre que por su valor y su esperiencia marítima merecia ser opuesto á Andrés Doria, el mayor hombre de mar de su siglo. Orgulloso de esta distincion pasó Barbarroja á Constantinopla, y en tal manera supo granjearse la confianza del Sultan, y de su visir, que ambos aprobaron su proyecto de hacerse dueño de todo el reino de Tunez, entonces el mas floreciente de la costa de Africa, y nada le negaron de cuanto pidió para su intento.

Fundaba Barbarroja las esperanzas del éxito de su empresa en las discordias intestinas que devoraban aquel reino, á consecuencia de las atrocidades de su monarca Muley-Hascen, quien por medio del parricidio se habia apoderado del trono, y consecutivamente habia dado tambien muerte á sus hermanos, escepto uno de ellos, el mayor Alraschild, á quien pertenecia la corona, y que teniendo la dicha de escapar fué á encontrar asilo entre los árabes errantes. Ayudado de algunos caudillos de estos hizo vanas tentativas para recuperar su trono, y por último, teniendo fundados recelos de que sus mismos auxiliares le entregáran al desapiadado hermano, huyóse á Argel, único recurso que le quedaba. Allí imploró la proteccion de Barbarroja, cuya perspicacia le hizo comprender al punto las ventajas que le resultáran de sostener los derechos de aquel desventurado príncipe, á quien recibió con señaladas demostraciones de amistad y respeto. El famoso pirata estaba entonces á punto de partir para Constantinopla, y persuadió al desvalido Alraschild á que le acompañára, asegurándole que el Gran Señor le daria grandes socorros para vencer al usurpador de su corona: mas apenas hubieron llegado á la metrópoli del imperio turco, cuando el pérfido Barbarroja sugirió al Sultan la infame idea de aprovechar la ocasion que se le presentára de agregar á su imperio el disputado reino de Tunez. Fácilmente se prestó Soliman á esta perfidia, tan propia del carácter de su autor como indigna de un gran monarca. En breve juntó el Sultan un ejército numeroso, equipó una escuadra considerable, y el muy crédulo Alraschild, viendo estos grandes preparativos, se lisonjeaba ya con la idea de que en breve iba á entrar triunfante en su capital. Pero en el momento en que este príncipe malhadado iba á embarcarse, fué preso de órden del Sultan y encerrado en el serrallo, sin que de él se haya vuelto á saber nada. Barbarroja hizo vela hácia el Africa con una armada de doscientas cincuenta naves, y despues de hacer estragos en las costas de Italia, se apareció delante de Tunez, desembarcó sus tropas, y anunciando que iba á sostener los derechos de Alraschild, supuso que este habia quedado enfermo á bordo de la galera almiranta. En breve se hizo dueño del fuerte de la Goleta que domina la bahía. Los habitantes de Tunez, disgustados del gobierno de Muley-Hascen, tomaron contra él armas, declarándose por Alraschild, y le obligaron á huir con tal precipitacion que no tuvo tiempo de llevarse sus tesoros. Abrieron inmediatamente las puertas á Barbarroja, como al restaurador de su legítimo monarca, pero cuando vieron que en vez de com-

parecer Alraschild, en lugar de su nombre resonaba el de Soliman proclamado por los soldados turcos, el pueblo de Tunez comenzó á recelar la traicion del corsario, acudió furioso á las armas, y cercó la ciudadela donde Barbarroja se habia encerrado con sus tropas: pero el hábil y perspicaz bandido marítimo que habia previsto aquella revolucion, y estaba muy preparado, hizo disparar la artillería y mosquetería desde las murallas, dispersó á los agresores, que aunque en gran número no tenian cabeza ni órden, y les forzó á reconocer á Soliman por su soberano y á él por virey de los estados de Tunez.

No se descuidó el usurpador en mejorar el estado de defensa del reino, fortificando mas y mas particularmente el fuerte de la Goleta que llegó á ser la salvaguardia principal de su armada, y su gran arsenal de mar y de guerra. Señor de una gran estension de territorio, continuó ejerciendo sus latrocinios contra los estados cristianos, hasta muy lejos, con la mayor impunidad y violencia, de modo que diariamente recibia el Emperador Cárlos V sentidas quejas de sus súbditos de España y de Italia, acerca de los contínuos ultrajes que les hacian los navíos y galeras de aquel pirata. Toda la cristiandad tenia fija su atencion en él, y al príncipe mas feliz y poderoso de cuantos reinaban entonces le tocaba poner término á una opresion tan odiosa como estraordinaria. A él acudió en tanto Muley-Hascen, pidiéndole favor y ayuda para reconquistar su trono, y el Emperador, aprovechando esta ocasion que halagaba el ardiente deseo que tenia de libertar sus Estados de un vecino tan peligroso como Barbarroja, desde luego ajustó un tratado con Muley y se dispuso para hacer un desembarco en Tunez. Desde que habia hecho ensayo de sus talentos para la guerra en la última campaña de Hungria, estaba Cárlos V tan impaciente y ansioso de reputacion militar, que resolvió mandar sus tropas en persona; y por consecuencia reunió todas las fuerzas disponibles de sus Estados para una empresa en que iba á esponer su gloria, y que llamaba la atencion de la Europa entera.

El punto de reunion de la gran armada naval que habia de conducir á su destino la formidable espedicion, era el puerto de Barcelona, y allá se trasladó el gran Cárlos desde Madrid á primeros de abril de 1535. Diferentes naciones contribuyeron en union con la de España para la famosísima jornada contra Tunez: todas ellas son dignas de honorífica mencion en este lugar, é injusto y hasta imposible fuera ocultar ó pasar en silencio la parte de gloria que á cada cual le cupo en aquella conquista memorable.

En 28 del citado abril llegó el infante D. Luis de Portugal con veinte y dos bajeles, un galeon y dos navíos de estraordinaria magnitud, dos mil hombres y todos los víveres y pertrechos necesarios. Andrés Doria arribó en 1.° de mayo procedente de Génova con diez y siete galeras muy bien equipadas, entre ellas una *Real* de cuatro bancos, casi toda dorada, y los galeones suntuosamente engalanados y revestidos de damasco y otras ricas telas de seda, para la persona del Emperador y Rey. Llegó en 19 del mismo mes D. Alvaro de Bazan, Gene-

ral de las galeras de España, con catorce, á que se añadieron cinco que en la misma Barcelona acababan de construirse, y á pocos dias vino de Málaga el marqués de Mondejar con veinte y siete navíos de los puertos del Océano, y ocho mil infantes que se habian levantado para la empresa. Esperaban al Emperador en Cerdeña las galeras y navíos de Italia. Además se habian aprestado iguales naves por parte de Nápoles, Sicilia y Malta, á saber: doce sicilianas al mando de D. Berenguer de Requesens; al de Aurelio Botiguela, Comendador de Pisa, cuatro de la órden de Malta, eterna enemiga de los infieles; poco numerosas en verdad, pero formidables por el valor de los caballeros que llevaban; y seis napolitanas, mandadas por el español D. García de Toledo. Con todas estas naves y veinte y cuatro galeotas, bergantines y otros buques en que iban los soldados veteranos españoles y los tercios italianos, estuvo á punto de hacerse á la vela el marqués del Basto, como General de aquella Armada. El Papa envió tambien doce galeras bien prevenidas, y en Génova se juntaron con otras doce de la República, cinco de Antonio Doria, dos del Señorío de Mónaco y dos de Cigala; todas las cuales se mantuvieron tambien prontas para unirse á la Armada del Emperador. El dia 31 de mayo de 1535, habiéndose embarcado ya todo el ejército, subió el invicto Cárlos con su cuñado D. Luis á la magnífica Real que llevó Doria, y con todas las banderas y flámulas desplegadas, que formaban una vista maravillosa, entre el estruendo de las salvas de la artillería, y el eco resonante de clarines, trompetas y timbales, se hicieron á la vela todas las naves que en el puerto de Barcelona se habian juntado. En breve tiempo llegó esta soberbia Armada á las islas de Mallorca y Menorca, y desde allí navegando aunque con borrasca para las costas de Cerdeña, á donde el marqués del Basto habia conducido, como queda dicho, la italiana armada, llegó la imperial á Cagliari en 11 de junio, donde se incorporaron las numerosas y escogidas naves de todas las naciones que á la colosal empresa concurrieron.

Por unos cautivos españoles, escapados de Tunez, supo el Emperador que Barbarroja fortificaba á toda priesa la Goleta, por lo cual diligentemente se hizo á la mar con toda la formidable armada, que segun varios historiadores constaba de mas de cuatrocientas naves, entre navíos grandes y pequeños, urcas, bergantines, fragatas, tartanas, y ciento cuarenta galeras. En 10 de junio avistó á Tariña de donde pasó el cabo de las ruinas de la antigua rival, la enemiga terrible de Roma, la siempre célebre Cartago, y por término de una feliz navegacion fondeó á la vista de Tunez, despues de haber reconocido el marqués del Basto con algunas galeras desde el mar el fuerte de la Goleta. Era esta fortaleza un castillo respetable, en medio de una ensenada que el mar forma en la parte mas angosta de él, de doscientos veinte piés de largo, y ciento ochenta de ancho, que despues se ensanchaba hasta Tunez. En aquella costa determinó el Emperador el desembarco, para el cual echó á tierra personas que reconociesen el terreno y la campiña, y hecho esto empezó á salir la infantería y alguna ca-

ballería, que inmediatamente se formó para cubrir el desembarco del Emperador y la demas gente. Poco tardó Cárlos V en saltar en tierra con el infante D. Luis, y el resto del ejército, escepto la gente precisa para custodia de la Armada que surta se quedaba.

Con tiempo habia tenido Barbarroja noticia del formidable armamento que hacia el Emperador, y no se descuidó en prepararse cual debia á la defensa. Llamó á sus corsarios de todos los puntos donde cruzaban, hizo venir de Argel cuantas tropas pudo sacar de allí sin desguarnecer la plaza, y supo encender en fin de tal manera el celo de varios príncipes de Africa, moros y árabes, ignorantes y fanáticos, que tomaron las armas como para defender una causa comun, en que mediára la religion musulmana. Veinte mil caballos, con un numeroso cuerpo de infantería, se reunieron en Tunez. Barbarroja confiaba su triunfo en estas fuerzas, pero mas que todo en el fuerte de la Goleta y en sus falanjes de soldados turcos, que estaban armados y disciplinados á la europea. Seis mil de estos metió en aquella fortaleza, al mando de Sinan, renegado judío, el mas valeroso y esperimentado de todos sus piratas.

Ocupados por los imperiales algunos lugarejos que los habitantes desampararon, y desembarcado todo el ejército, Andrés Doria batió y tomó la torre llamada *del Agua*, porque en ella habia ocho pozos de agua viva aunque algo salobre, y fué guarnecida con trescientos españoles. Acampó el ejército; las tiendas del Emperador y del Infante se colocaron en una colina, enfrente de la recien conquistada torre y de las ruinas de la antigua Cartago, y alrededor de aquel respetable sitio la infantería y caballería. Con suma alegría y esfuerzo levantaba la cristiana gente trinchera y baterías para combatir el castillo de la Goleta, sin que tales obras pudieran impedir los sarracenos con sus frecuentes y audaces salidas, en medio de la algarabía de las voces y el son confuso de añafiles y atabales, con que los bárbaros atronaban el campo. En una de aquellas repentinas salidas, al amanecer del 24 de junio, acometieron los enemigos con el mayor ímpetu, creyéndose favorecidos del tiempo, en que despues del calor del dia en aquel ardiente clima, se goza plácidamente del sueño en la tranquila noche. Despertando los imperiales en medio del tumulto corrieron á las armas con gran presencia de ánimo, y al punto se trabó la pelea en que de una y otra parte cayeron muchos. De este número fueron, lidiando valerosamente, D. Luis de Mendoza, que allí espiró acribillado de heridas, junto con el alferez Sebastian de Lara, y Alonso de Liñan, valiente zaragozano. Los bárbaros en su repentina acometida arrebataron la insignia militar que era un estandarte en que se figuraba un sarmiento, y se hallaba colocada en lo mas alto de la trinchera. Cuarenta y nueve fueron los soldados muertos, siendo muchos mas los heridos. Arrojados de allí los sarracenos y deseosos los nuestros de borrar la ignominia de la pérdida de su bandera, los persiguieron con tal ceguedad hasta el castillo, que en él entraron algunos temerariamente confundidos con los enemigos, y en el acto fueron



ANDRES DORIA.

degollados. Los demas sufrieron alguna pérdida al retirarse, siendo víctimas algunos por los disparos desde los muros.

Al dia siguiente de este suceso llegó Alvarez con cuatro galeras y dos galeotas, y con él su hermano el obispo de Bitonto, su yerno D. Pedro Gonzalez de Mendoza, D. Fernando Gonzaga, virey de Sicilia, D. Fadrique de Toledo, primogénito del marqués de Villafranca, virey de Nápoles, y otros muchos caballeros españoles. Al recien llegado caudillo encomendó el Emperador el reconocimiento de los puntos de ataque de la goleta, y la mejora de las obras de reparo y defensa del campo. En medio de esto reinaba la abundancia en el ejército imperial, porque de la península, de Mallorca, Cerdeña, Sicilia y Nápoles, iban contínuamente galeras, bergantines y fragatas cargadas de comestibles y mercancías de todo género. Pero cuando el Emperador acababa de recibir la noticia de que la Emperatriz habia dado á luz una princesa, por lo cual todo el campo imperial se entregaba al regocijo, sobrevino una horrorosa tormenta, con vientos tan impetuosos que derribó todas las tiendas de campaña, rompiendo las cuerdas con que estaban amarradas. Los truenos y relámpagos consternaban á los hombres, y la arena arrebatada por el viento los cegaba, tanto mas cuanto los enemigos la removian con palas para que cayese sobre los cristianos mas espesa. De tan fatal novedad se aprovecharon los turcos, aventurándose á dar un violento ataque, pero fueron rechazados al castillo con alguna pérdida.

Llegó el dia inmediato Muley-Hascen, á quien el Emperador aguardaba impaciente. Acompañaban al desposeido rey moro trescientos de á caballo; besó á su augusto protector en el hombro, y le dió gracias por la alta proteccion que le dispensaba. Cárlos V dispuso que se le hospedára en un magnífico pabellon, y apenas hubo descansado, quiso el Emperador que viese el ejército imperial, los cuarteles y puntos fortificados, de que Muley se quedó admirado, contemplando el número de la gente, la buena disposicion, y todo aquel formidable aparato de guerra. Esto mismo le hacia desconfiar á sus solas de que su poderoso patrono le restituyera el trono de Tunez, despues de conquistado; tanto mas, cuanto él no habia podido cumplir con la presentacion de la mucha gente armada que prometió al celebrar el convenio, ni costear podia tampoco una leve parte de los inmensos gastos de tamaña empresa, con arreglo á lo pactado. Tal era la impotencia de aquel desposeido monarca. Pero el Emperador se propuso darle una seguridad de su buena fé, no solo tratándole con agrado, sino prodigándole tambien el dinero necesario para pagar á los alárabes que su tropa ó séquito componian. No obstante se perdió el caudal invertido en atraer á estos bárbaros, porque despues de haberlo recibido faltaron á su palabra.

Levantadas las baterías convenientes, en que fueron asestadas contra la plaza cuarenta y dos piezas de grueso calibre, dispuso Cárlos que por la parte de mar batiese á Tunez Andrés Doria con sus galeras muy de cerca; el conde de

Anguilana con las del Papa, las de Malta y otras; y que algunos galeones, navíos y carabelas, atacasen de frente á las seis galeras que los turcos tenian armadas fuera del canal: que Antonio Doria hiciese lo mismo por la parte de Levante con otro cuerpo de galeras, navíos y carabelas, y que el galeon de Portugal y los navíos mayores batiesen por la parte mas cómoda. A D. Alvaro de Bazan y D. García de Toledo, les ordenó que con las galeras de España y Nápoles se apostasen sobre el cabo de Cartago, por si los moros de Tunez intentasen acometer al ejército por la espalda, pues entonces apartáran con la artillería á los alárabes.

A consecuencia de estas y otras disposiciones se procedió á batir la plaza por mar y tierra: cayó una parte del muro y de la torre; los españoles veteranos dieron el asalto subiendo á la muralla con seis escalas por compañía, y su ejemplo fué seguido de muchos y valerosos soldados caballeros y de las tropas italianas. Al llegar los españoles á la torre de la Goleta se volaron dos barriles de pólvora; con la esplosion se abrió la torre por varias partes, y entre una espesa nube de humo y polvo se entraron por la puerta, ya desencajada, D. Diego de Mendoza, D. Mariano Alonso de los Rios, y algunos españoles mas, quienes dieron muerte á los turcos que allí habia. Con esto acabaron de ganar la fortaleza, y en señal del triunfo plantó un soldado una bandera en lo mas alto de la torre.

Murieron de los turcos mas de ochocientos, los heridos fueron muchos, el despojo no rico en cuanto á dinero y alhajas, pero sí en lo respectivo á guerra y marina, pues se tomaron 300 piezas de artillería de bronce, sin otras muchas de hierro, gran cantidad de pólvora y municiones, y en el lago la Armada de Aradino, que se componia de noventa buques mayores y menores, entre ellos cuarenta y dos galeras. Del ejército cristiano no murieron mas de cincuenta hombres, los mas de ellos italianos.

Ganada la Goleta entró en ella el Emperador acompañado del Infante D. Luis, el Rey de Tunez y los principales señores, y al llegar á la puerta dijo á Muley-Hascen: *Esta es la puerta por donde habeis de entrar en vuestro reino.* Resuelto á perseguir al tirano Barbarroja á todo trance, dejó á Andrés Doria en la Armada para cuidar de la reparacion de las fortificaciones de la Goleta, y se puso en marcha para Tunez. En ella hubieron de lidiar á cada paso con el enemigo, que á veces acometia por la retaguardia á los imperiales. Padecieron estos devoradora sed en su tránsito por aquel suelo abrasado y árido, rara vez favorecido del cielo con el agua. La que en odres y cubas conducian se consumió en medio de la jornada; el calor era insufrible, y grande la fatiga y el cansancio, efecto inevitable de caminar entre montes de ardorosa arena, en que á cada paso los pies se hundian. La constancia superó á trabajos tantos; llegaron por fin los belicosos imperiales á dar vista á la ciudad, é hicieron alto.

Hallábase acampado Barbarroja á la otra parte, á tres millas de distancia,

con un ejército de cien mil infantes y treinta mil caballos, mas confiado en la multitud que en el valor de los suyos. Dada la señal de la pelea los acometieron los imperiales mandados por el marqués del Basto, y en la bárbara é indisciplinada muchedumbre hicieron gran matanza. Los africanos volvieron en breve la espalda, y dispersándose como tímidas ovejas se desparramaron por los campos; la victoria se declaró al punto, y Barbarroja aguijando su caballo, á escape se metió en la ciudad con los turcos que le acompañaban. Encontró á Tunez en la mayor confusion y desórden: muchos de los habitantes se salian de la ciudad con sus familias y los efectos que llevar podian: otros estaban dispuestos á abrir las puertas al vencedor; los soldados turcos se disponian á la retirada, y los esclavos cristianos, habiéndose sublevado en número de unos diez mil, rompieron sus cadenas, se pusieron en libertad para pelear intrépidamente por su vida, ayudados de un tal Medellin, español, y Cataneo, dálmata, ambos libertos del tirano, quienes no se habian olvidado de la religion en que nacieron y se criaron. Los desdichados cautivos, ya venturosamente libres, se apoderaron de la ciudadela, que en medio de la catástrofe que amenazaba á Tunez pudo servirles de refugio y defensa, rechazaron la guarnicion turca, y volvieron la artillería de la fortaleza contra sus tiranos. Barbarroja furioso y desesperado huyó con precipitacion á Bona, reconviniendo á sus oficiales, y aun á sí mismo por la falsa compasion, con que suponia haber dejado vivos á los esclavos cuando se acojió á Tunez; compasion falsa, debida al temor de irritarlos, mas bien que á ningun sentimiento de humanidad, impropio del feroz pirata.

Un espreso despachado por los esclavos sublevados llevó á Cárlos V la fausta noticia de la toma de la ciudadela por ellos, y al punto dispuso que el ejército marchase para ocupar á Tunez. A recibir al Emperador salieron algunos diputados de la infeliz ciudad, quienes le presentaron las llaves de ella, implorando su proteccion para que preservára á los vencidos de los insultos y escesos de los vencedores. Pudo en estos el furor y la avaricia mas que el precepto de su soberano, que les vedó el homicidio y el saqueo, pues cayendo de improviso y en desórden sobre Tunez, hicieron estragos inauditos. «No se veia, por todas partes, dice Miñana, sino muertes, robos, y confusion, á pesar de los edictos que el César hizo publicar por voz de pregonero, porque la multitud enfurecida nada via ni atendia. Los que hicieron mayor estrago fueron los alemanes, y se dice que pasó de diez mil el número de los muertos.» Dia funesto en que Tunez renovando escenas semejantes á las que presentó cuando su destruccion la malhadada Cartago, cuyas ruinas estaban á la vista, fué entregada á todos los horrores y ultrajes que el soldado es capaz de cometer en una ciudad tomada por asalto, y á todos los escesos á que pueden conducir las pasiones, cuando las irritan el desprecio y el encono inspirados por la diferencia de religion y de costumbres. El Emperador se lamentó de aquel accidente fatal que habia empañado el brillo de su victoria. Diez y ocho mil fueron hechos

cautivos, pero la mayor parte lograron su libertad mediante pago de una corta suma. El marqués del Basto hizo una presa de treinta mil escudos que se hallaron en una cisterna del castillo, por denuncia de un esclavo, y con parte de ellos le gratificó Cárlos V. Medellin y Cataneo fueron tambien premiados con largueza por sus buenos servicios, y á los que por su propio valor se pusieron en libertad, les fué adjudicada toda la presa del castillo, y además se les distribuyó dinero. Entre los esclavos ó cautivos se hallaron ochenta y un franceses, y fueron entregados al embajador de su nacion. A cerca de veinte mil llegó el número de los puestos en libertad, entre los cuales habia siete mil mugeres, cuatro mil de ellas jóvenes doncellas. Al encuentro del Emperador salieron cuando entró en la ciudad: echáronse á sus pies, le dieron gracias, le bendijeron como á su libertador, y el magnánimo Cárlos les dió á todos liberalmente naves y dinero para restituirse á su patria. Muchos de ellos se alistaron en las banderas de su salvador, quien así cubrió con gran esceso las bajas que en la heróica jornada habian esperimentado sus huestes. La caballería persiguió á los fugitivos por los campos, haciendo en ellos mortandad tan horrorosa que se dice escedieron de veinte mil los pasados á cuchillo.

En su retirada ó fuga hácia Bona, donde tenia catorce galeras, se vió Barbarroja perseguido por los moros, que prefiriendo la rapiña á la fidelidad, le despojaron de una parte de sus bagajes, y en tan miserable estado llegó á la célebre ciudad que fué silla episcopal de San Agustin. Contra el bárbaro pirata habia despachado Cárlos V al famoso Andrés Doria con parte de sus galeras, recomendándole que procurase cogerle prisionero; pero Barbarroja no considerándose seguro en Bona, con sus naves salió de aquel puerto, se fué al de Argel, y Doria, al llegar al primero con treinta galeras y dos mil soldados españoles, halló la ciudad abandonada de sus vecinos, que se habian retirado á las sierras, por lo cual la ocupó fácilmente, guarneció el castillo, y en vez de ir tras la escuadra de Barbarroja, con la suya se volvió á Tunez.

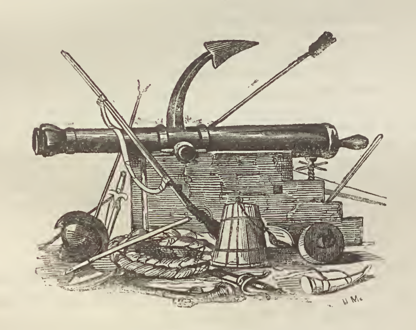
Entregó esta ciudad el Emperador á Muley-Hascen, bajo ciertos pactos y condiciones: tales fueron, entre otros, que no pudiese acoger piratas, corsarios de los turcos, ni otro cualquiera enemigo del Emperador; que habia de dar doce mil ducados de oro al año, para mantener el presidio de la Goleta; en señal de vasallaje seis caballos árabes y doce halcones; y que ni él ni sus sucesores harian liga ó confederacion contra Cárlos V, ó los reyes de España sucesores suyos, directa ni indirectamente.

A continuacion de estos actos nombró el Emperador á D. Bernardino de Mendoza gobernador del castillo de la Goleta, dándole para su custodia y defensa mil presidarios y diez galeras. Despidió luego á su cuñado el infante D. Luis, manifestándole lo satisfecho que estaba de sus buenos servicios; mandó que las armadas se hiciesen á la vela, y él se embarcó en la de Italia. Arribó á Trépani, á donde le llevaron vientos contrarios, y de allí pasó por tierra á Palermo y Me-

cina, estraordinariamente festejado y victoreado por todos los pueblos del tránsito.

La espedicion que Cárlos V acababa de terminar tan felizmente, le ensalzó al templo de la inmortalidad y de la gloria, é hizo de aquella época la mas brillante de todas las de su reinado. Su fama eclipsó entonces la de los demas monarcas de Europa. Mientras que todos aquellos príncipes pensaban únicamente en sí mismos y en sus intereses particulares, el Emperador y Rey se mostró digno de ocupar el puesto de primer soberano de la cristiandad, pareciendo soñar tan solo en defender el honor del nombre cristiano, y en asegurar el bienestar y la tranquilidad de Europa.

Las armadas de España y Portugal arribaron con felicidad á Barcelona, y la portuguesa, despues de haber descansado en aquel puerto, partió para su reino; mas apenas tuvo Barbarroja noticia de esto y de la retirada de Cárlos V á Italia, cuando empezó á juntar nueva armada. Con once galeras que habia armado y recogido en Argel, catorce que llevó de Bona, dos que hizo venir de Gelves, y otras embarcaciones de remo, al todo treinta y cinco naves, bien guarnecidas de gente y abastecidas de armas, víveres y municiones, se dirigió á las Baleares, atacó á Mahon, desembarcó dos mil quinientos hombres, y embistió por tierra la plaza. Sus habitantes rechazaron valerosamente dos asaltos, pero al tercero la tomó, y saqueando cuanto habia en las casas se llevó por esclavos ochocientas personas de ambos sexos, inclusos muchos niños, se retiró á Argel, y de allí pasó á Constantinopla. Tan funesto acontecimiento determinó al Emperador á la conquista de Argel; empresa que se retardó á causa de la guerra que en el mismo año 1535 se encendió entre Cárlos V y Francisco I rey de Francia.





CAPITULO II.

D. Alvaro de Bazan hace dimision del empleo de General de las galeras de España.—El pirata turco Amet invade á Gibraltar, la saquea y se retira llevándose muchos cautivos. —Acométele en el mar D. Bernardino de Mendoza con sus galeras, le derrota y salva á los cautivos que llevaba.—Correrías de Hasecn Agá por el Mediterráneo.—Preparativos del Emperador Cárlos V para la conquista de Argel.—Reunion de la Armada naval en que va el Emperador.—Su navegacion peligrosa.—Arribo del Emperador con su Armada á la costa de Africa, cerca de Argel.—Intimacion á esta plaza para su rendicion, despreciada por Hasecn Agá.—Desembarco del Emperador con su ejército.—Gran tormenta: desastres en el ejército y Armada de Cárlos V, por los cuales se hace imposible la toma de Argel.—El Emperador se ve forzado á retirarse, renunciando á su empresa.—Hambre y otras calamidades padecidas en la retirada, hasta ponerse el ejército en comunicacion con la Armada naval, ya deshecha por la borrasca.—Constancia, serenidad, grandeza de alma, valor y humanidad de Cárlos V, en medio de tantos desastres, siendo el último que se embarca.—Trabajos en la navegacion al abandonar la costa de Africa.—Regreso del Emperador á España, arribando á Cartajena, á fines de noviembre de 1541.—Progresos de los piratas sarracenos en el Mediterráneo.—Combate D. García de Toledo á la Armada de Barbarroja, la derrota y salva del cautiverio mas de cinco mil cristianos que en ella iban.—La de D. Alvaro de Bazan va por las costas de Galicia en busca de la francesa, la combate en frente de Muros, la vence, apresa la mayor parte de sus naves, y con ellas entra triunfante en el puerto de la Coruña.—Otro D. Alvaro de Bazan, hijo del ya citado, ataca en Cabo de Alguer á dos naos inglesas, cargadas de armas para los moros de Fez y Marruecos, las hace rendirse, y apresa tambien y quema siete carabelas y chalupas que allí tenian los piratas moros.

Un incidente inesperado, concerniente á la Marina Real Española, llamó la atencion de nuestro pais en el año 1537. Tal fué el haber hecho D. Alvaro de Bazan dejacion de su alto empleo de General de las galeras de España; cargo distinguidísimo en que habia alcanzado inmarcesibles laureles combatiendo en los mares á los enemigos de su patria, á la cual dió no pocos dias de gloria con su valor y sus hazañas. A ello le impulsaron ciertos resentimientos, nacidos al

parecer de injusticias que le hiciera el Gobierno. El Emperador no quiso admitirle la renuncia, y la Emperatriz envió á D. Juan de Acuña á Gibraltar, donde Bazan se hallaba, á que de su parte le hablára para que complaciese al soberano; pero D. Alvaro dió á la Emperatriz varias razones y escusas para no acceder por entonces á lo que tanto se deseaba.

La tregua de diez años, ajustada y firmada en Nicea, á 18 de junio de 1538, entre Cárlos y Francisco, por la mediacion que interpuso el Papa, y posteriormente la rendicion de Gante, que contra el Emperador se habia sublevado, parecia que aseguraban por mucho tiempo el reposo de la España; pero las atrevidas correrías de los piratas africanos por el Mediterráneo estorbaban nuestra navegacion, y con frecuencia difundian el terror en las costas españolas. Piali Amet, uno de los mas famosos corsarios berberiscos, se presentó con sus galeras delante de Gibraltar el 10 de setiembre de 1540, y desembarcando seiscientos arcabuceros entró en la poblacion y la saqueó, cautivando las personas distinguidas, por cuyo rescate le pareció que podia lograr crecidas sumas. No fué mas pronto tenerse noticia en Sevilla de tan infausto suceso, que armarse aquella capital y otras ciudades y villas. A consecuencia reembarcó Amet su gente sin tardanza, y con la presa y los cautivos se hizo luego á la vela. Sucedia esto en ocasion que D. Bernardino de Mendoza regresaba de Sicilia con catorce galeras, y teniendo noticia de lo ocurrido dirigió su navegacion en busca del pirata; le encontró junto á la isla de Arbolan, y le acometió con tal acierto, denuedo y valentía que terminó el combate con la derrota de todas las galeras sarracenas. Ni uno siquiera de la gente del pirata se salvó de la muerte ó del cautiverio. La victoria fué tan completa que Mendoza recobró casi toda la presa que hizo Amet y los cautivos.

Permanecia Argel en aquella dependencia del imperio turco á que la habia reducido Barbarroja. Desde que este mandaba la escuadra otomana como Capitan bajá, Argel estaba gobernada por Hascen Agá, eunuco renegado, quien habiendo pasado al servicio de los piratas por todos los grados, adquirió en la guerra una gran esperiencia, y era muy capaz de ocupar un puesto de los que exigen valor y talentos á toda prueba. Para mostrarse Hascen digno de este honor, ejercia sus rapiñas en todos los estados de la cristiandad, con una actividad tan asombrosa que, si es posible, escedia al mismo Barbarroja en audacia y crueldad. Sus corsarios habian interceptado casi el comercio del Mediterráneo, y causaban alarma con tanta frecuencia en las costas de España, que fué preciso establecer de distancia en distancia torreones con guardias y vigías, para mantener contínuamente centinelas que avisáran la proximidad de los berberiscos, y preserváran de sus invasiones á los habitantes. El Emperador consideró un deber de humanidad é interés suyo la conquista de Argel, convertido desde la de Tunez en guarida de todos los piratas, y esterminar aquella raza de bandidos, enemigos implacables del nombre cristiano. Determinóse en fin á llevar á cabo

esta empresa con una resolucion tan inflexible, que no atendió ni á los consejos del Papa, ni á los de Andrés Doria, quien le rogaba no espusiera la armada entera á una destruccion casi inevitable, arriesgándose en la aproximacion de las costas peligrosas de Argel, en una estacion tan avanzada, en que los vientos de otoño eran tan violentos.

En cumplimiento de sus órdenes se empezó á juntar en 1541 una armada respetable en España, y á fuerza de crecidos gastos y no escasos sacrificios concurrieron al puerto de Málaga ciento cincuenta buques grandes y cincuenta medianos, navíos, fragatas y bergantines, bien provistos de bastimentos, municiones y armas, con cuatro mil infantes, setecientos ginetes y no pocos aventureros. Embarcáronse el duque de Sesa, el conde de Feria con sus dos hermanos, el duque de Alba, general de toda la gente, Hernan Cortés marqués del Valle, y otros varios señores y caballeros. Esta armada se hizo á la vela para Mallorca, aportó en Cartajena, y prosiguió luego su viaje para las Baleares, á donde iba á esperar que se incorporase á ella la que de Italia viniera; pero combatida por los vientos tuvo que volverse á esperar tiempo propicio en Cartajena. En tanto salió el Emperador de Porto-Venere, con treinta y cinco galeras para juntar toda la armada en Mallorca, y aunque retardada su navegacion por un temporal arribó felizmente á las Baleares, á donde ya habia llegado tambien D. Fernando Gonzaga, virey de Sicilia, con gente de aquel reino y los españoles y alemanes que Cárlos V habia traido de Italia. Componíase la escuadra de Gonzaga de ciento cincuenta naves mayores y siete galeras, con gran acopio de provisiones de boca y pertrechos y municiones de guerra.

Así la empresa contra Argel era tan formidable que contaba unas setenta galeras, doscientos navíos de gavia, y otros cien menores, seis mil infantes españoles, cinco mil italianos, ocho mil alemanes, tres mil aventureros de los dominios del Emperador, y dos mil caballos sin contar los soldados de galera, ni los criados que eran de armas tomar, así de la casa imperial como de las personas distinguidas, ascendiendo el total á cerca de treinta mil hombres.

Cuando Cárlos V esperaba impaciente y cuidadoso la armada de España, llegó una galera de las de Mendoza, dándole este aviso de que con la escuadra de su mando habia ya pasado á la costa de Africa, por lo cual no se detuvo el Emperador en hacerse á la vela para aquella parte. Las galeras de España que se habian anticipado, surgieron á unas diez millas de Argel hácia Poniente: al cabo de dos dias se presentó á la vista la armada del Emperador, y las naves de Gonzaga salieron á recibirle. Mandó Cárlos que volviesen á guardar aquella parte, hizo reconocer la de Levante por doce navíos, y visto que era la mas á propósito y segura para el desembarco, al punto que se designó pasó luego con la Armada, y echadas áncoras esperó á que llegasen los buques de carga que se habian rezagado. Así se presentó el Emperador y Rey á la vista de Argel, en 20 de octubre de 1541. El dia siguiente pasó la armada á Metafuz, punto mas defendido

de los vientos, y en ella dieron sin pensarlo dos galeras turcas, que iban á esplorar, de las cuales una fué apresada, y la otra logró ponerse en salvo. Por los cautivos de aquella supo Cárlos V los grandes preparativos que hacia Argel para su defensa.

Las fuerzas de Hascen para oponerse á tan poderosa Armada, se reducian á ochocientos turcos y cinco mil moros, la mitad de estos naturales del pais, y la otra mitad refugiados de Granada. Esto no obstante respondió con arrogancia y atrevimiento á la intimacion que se le hizo de rendirse; mas á pesar de su valor y su grande esperiencia en el arte de la guerra, con tan escaso ejército no hubiera podido sostenerse largo tiempo contra fuerzas superiores á las que habian batido á Barbarroja al frente de cincuenta mil hombres, y reducido en fin á Tunez, venciendo todos los esfuerzos de aquel famoso pirata.

Con mar tranquilo desembarcó sus tropas Cárlos V, y prontamente y con buen órden marchó con todo el ejército hasta muy cerca de la ciudad, haciendo fortificar el campo en sitio conveniente, y dividiendo las estancias por naciones. Los españoles con su General Sande ocuparon los primeros los collados que á mano izquierda se levantan, y ciñen la ciudad por las espaldas, despues de haber arrojado de allí á los bárbaros. Los alemanes se estendieron por la parte de Oriente rodeando la tienda del Emperador, y los italianos en los parajes inmediatos á la costa. Acto contínuo se empezó á desembarcar la artillería, los caballos, víveres, y todos los pertrechos de guerra. Pero cuando mas ocupados estaban los espedicionarios en estas y otras operaciones, y el vencedor de Tunez se creía mas seguro de sus enemigos, de repente se vió espuesto á una calamidad la mas terrible, contra la cual nada podian toda la fuerza y la prudencia humana. A los dos dias de su desembarco, cuando aun no habia tenido tiempo de dispersar algunos pequeños cuerpos de árabes que inquietaban á su ejército, las nubes se acumularon y el cielo se cubrió de una oscuridad espantosa; á la caida de la tarde, la lluvia impelida por un viento impetuoso comenzó á descargar con violencia; la tempestad aumentó durante la noche, y los imperiales, que no habian podido desembarcar lo necesario para el campamento, permanecieron sin tiendas y sin abrigo, espuestos á todo el furor de la tempestad. En poco tiempo se cubrió la tierra de agua, hasta el punto de no poderse acostar la gente, acampada en un terreno bajo, ya inundado enteramente. A cada paso se atascaban hasta la rodilla, y el viento soplaba con tal impetuosidad, que para sostenerse era preciso que en el suelo clavasen las lanzas que de apoyo les sirviesen.

No desaprovechó el activo Hascen una ocasion tan favorable para atacar á sus enemigos. Al amanecer del dia siguiente hizo una salida de la ciudad la caballería turca, yendo entre los escuadrones los moros de infantería, y moviendo su acostumbrada algazara acometieron á los tres escuadrones italianos que se hallaban apostados fuera de las trincheras del campo, y que anonadados por las

penalidades durante la noche apenas tenian fuerzas para huir, cuanto mas para pelear. Con presteza y valor acudió Gonzaga al lugar del tumulto, reconvino á los que con espanto y flojedad habian abandonado el puesto, y animados con la voz y el ejemplo de su caudillo y la llegada de sus compatricios que aceleradamente vinieron del campamento á socorrerlos, á las órdenes de Agustin Espinosa, recobraron la serenidad, y embistieron á los enemigos, que no pudiendo resistir su ímpetu, y viendo que el suceso mudaba de aspecto, huyeron precipitadamente á la ciudad. Dia de gloria fué aquel para los caballeros de Malta, por cuyas hazañas se hicieron admirar. Con noble esfuerzo llegaron hasta las mismas puertas de Argel, acosando á los fugitivos, y habiéndolas cerrado estos de improviso, los heróicos cruzados dejaron clavados en ellas sus puñales. Con este hecho tan ilustre consiguieron hacerse memorables en la posteridad los aragoneses Miguel Marcilla y Rogero Sileno, y el castellano Cristóbal Pacheco.

Esto pasaba mientras los sarracenos disparaban incesantemente desde los muros, causando en los cristianos algun daño. Y luego abriendo de golpe las puertas y echándose fuera de la ciudad con mayores fuerzas, volvieron con mas empeño á la pelea, bien que su audacia fué en breve reprimida, merced al singular valor de los malteses que cubrian la retaguardia. No habia podido resistir el impulso de los enemigos el tercio de los alemanes que iba al frente. En trance tan apurado montó á caballo Cárlos V con espada en mano; mandóles redoblar el paso, y esforzándolos con pocas pero enérgicas palabras, en persona los condujo contra los bárbaros, que alentados y orgullosos por la ventaja que al principio consiguieron se creian victoriosos. Con la voz y el ejemplo del Emperador volvieron rostro los soldados con tal denuedo, marchando lanza en ristre hácia los enemigos, que aterrados estos con aquel imponente espectáculo apelaron á la velocidad de sus piés, en que nadie les aventajaba, y mas deseosos de rapiña que anhelantes de pelear se refugiaron en la ciudad y en la ribera. En aquel memorable dia perecieron mas de trescientos soldados con algunos valerosos capitanes, quedando heridos doscientos, entre ellos Felipe de Lanoy príncipe de Sulmona.

El sentimiento de este desastre y primer peligro fué sin embargo borrado en breve, por un espectáculo todavía mas horrible y deplorable. Era ya muy de dia y el huracan continuaba en toda su fuerza. Veíase la mar agitarse con todo el furor de que es capaz este elemento terrible: las naves de que dependia la subsistencia y la salvacion del ejército, desamarradas de las áncoras, cuyos cables aunque fuertes reventaron, no pudiendo los marineros y pilotos contrarestar á la fuerza de la tormenta, iban á romperse los unos contra los otros ó á estrellarse contra las rocas. En pocas horas se tragó el mar ciento cuarenta buques, entre ellos quince navíos de línea y catorce galeras, con la artillería y muchas riquezas. Ochocientos hombres que á bordo se encontraban murieron ahogados. Los que huyendo de la muerte dirigieron las proas á tierra murieron á manos de los desapiadados moros, que ansiosos de robar recorrian la costa; y los que

nadando llegaron á la orilla se vieron forzados á retroceder de aquellas funestas y peligrosas playas, y perecieron por la irresistible fuerza de las olas. Horrendo espectáculo se presentaba por donde quiera que la vista se estendia en la ribera. A cada paso se veian cadáveres arrojados por el mar ó traspasados de las flechas y lanzas: por todas partes se veian esparcidos fragmentos y despojos de las naves destrozadas. Encalló en la costa la galera de Andrés Doria, y rotas sus amarras se salvó por el valor de Antonio de Aragon, que acudió prontamente á su socorro con las compañías italianas.

No era mas lisonjero el estado en los reales de Cárlos V. El soldado se veia imposibilitado de trabajar: ni podia levantar tiendas, ni subsistian las levantadas porque todo lo rompia y arrebataba el viento. Enfermos y heridos yacian postrados en los barrizales y á la inclemencia, sin tiendas que los preservára de las muy copiosas y contínuas lluvias. Como no se habia podido desembarcar todos los bastimentos acopiados para el ejército, los caballos perecieron. Palmitos, majuelas, cebollas y otras yerbas, fueron el sustento de los soldados y de muchos capitanes; porque consumidos los víveres que al principio se habian desembarcado, ó corrompidos por la humedad, no habia otros medios de aplacar el hambre. Todo era calamidad y desesperacion. Hallábanse en tierra enemiga, habian perdido la Armada y tenian cerrado el camino para retirarse. El Emperador atónito de cuanto pasaba, traspasado de dolor contemplaba en silencio aquel horrible desastre que desvanecia todas sus esperanzas. En medio de esto sola su paciencia mitigaba tantos males, padeciendo él mismo iguales y aun mayores trabajos que el soldado raso. A pesar de todo, con rostro sereno, indicio de su constancia, recorria el campo, vestido con su cota de malla, tolerando con ánimo invencible la inclemencia del cielo. Situaba por sí mismo los centinelas en los parages convenientes, consolaba con la esperanza de mejor fortuna, fortalecia los ánimos de los soldados que veía abatidos por la tristeza y desesperacion, y hacia llevadera en fin la comun calamidad en cuanto le era posible. Hubo consejo de generales, y conformándose con su dictámen determinó el Emperador levantar el campo. Era la opinion de Hernan Cortés que se volviese á Argel, pero el parecer del conquistador de Méjico, á quien se hizo el agravio de no llamarle en ningun caso al consejo, fué desatendido, á pesar de haberse ofrecido á ganar la plaza africana, si el Emperador le daba el mando de la gente que allí tenia.

Como hombre consumado en la astronomía y la náutica no cesaba Doria de amonestar que era preciso acelerar la salida, marchando hácia el Cabo oriental de Matafuz, paraje el mas cómodo para reembarcar la tropa; esponiendo, en fin, que la tardanza seria muy funesta porque amenazaba una tempestad mucho mas recia.

Al tercer dia de una penosa marcha y no pocos peligros, pues á cada paso acometian los moros, llegó la gente al punto designado donde Doria tenia la Armada, y apenas hubo descansado se trató del reembarco. Al intento, por el mu-

cho temor que los alárabes infundian, ordenó el Emperador que los españoles quedasen para contenerlos. No habia suficientes naves para transportar los soldados, y el monarca ordenó que fuesen arrojados al mar los caballos, inclusos los de mas estima, con gran pesar de sus dueños, para que pudiesen tambien restituirse á su patria hasta los mas humildes criados. Los primeros que se embarcaron fueron los italianos, los segundos los alemanes, los últimos los españoles; el postrero de todos Cárlos V en una galera de Doria, de cuatro órdenes de remos.

Tan pronto como el ejército estuvo á bordo sobrevino una atroz tormenta, pareciendo que la adversidad habia reservado la ocasion del reembarco para consumar la catástrofe. La fuerza de los vientos obligó á que cada uno tomase la derrota que permitiera el temporal, y así las naves unas dieron en Bugia, otras en Oran, algunas fueron á parar á Italia, y no pocas á España, como para anunciar á estas partes de Europa el éxito de la funesta espedicion. Dos navíos cargados de españoles, como estaban cascados de la tormenta, se hundieron en Metafuz, y venturosamente se salvó la mayor parte de la gente. Otros dos fueron á dar en la costa cerca de Argel, y allí encallaron. Los que en ellos iban, alentados por la misma desesperacion se pusieron en armas, para responder con ellas á los insultos de los bárbaros que acudieron á sacrificarlos á su furor, pero en esto acudió prontamente Hascen-Agá, y mandando á su gente que se retirase, usó de una humanidad inesperada, preservando á los náufragos de la muerte ya que no del cautiverio. El Emperador arribó á Bugia, costeando en las galeras de Andrés Doria. Allí, con los que le acompañaban, pasó hartos trabajos por espacio de veinte dias, y mandó levantar un castillo para su mayor seguridad. Abonanzando el tiempo envió á D. Fernando Gonzaga con las galeras de Sicilia y Malta; á Italia los navíos que habian ido de allí con Agustin Palavicino, y los de España á este reino, con el Conde de Oñate. Don Bernardino Mendoza salvó en esta jornada las galeras de España en el puerto de Cagmas, porque le cogió la tormenta antes de doblar el Cabo. El Emperador con los de su séquito se embarcó en una de las galeras de Doria, llegó con felicidad á Mallorca, de allí fué á desembarcar en Cartajena á fines de noviembre, y en 5 de diciembre entró en Murcia, poseido de tristeza: en un estado muy diferente de aquel en que volvió á España despues de su gloriosa espedicion á Tunez. Sin embargo, preciso es convenir en que con tantas virtudes como obstentó en su malhadada empresa, hizo olvidar y reparó en cierto modo la presuncion y terquedad que le impulsaron á emprender una conquista en sumo grado funesta para sus súbditos.

La catástrofe del ejército y la Armada imperial en el campo y las costas de Argel, prestó audacia y dió mayores fuerzas á los corsarios sarracenos, para hostilizar á los estados de la cristiandad, haciéndose mas y mas terrible en el Mediterráneo el pirata Barbarroja. Una de las hazañas de este tirano fué la

sorpresa de Niza, en 1542, donde entró ejerciendo sus acostumbradas atrocidades, haciendo grandes presas. Con las naves de su armada cargadas de esclavos, salió de aquel puerto, navegando hácia la Provenza, mientras que D. García de Toledo, hijo del virey de Nápoles, con su escuadra de galeras y la de Juanetin Doria, partió á hostilizar las costas de Turquía, donde hizo gravísimos daños. Viéndose Barbarroja embarazado con los muchos cautivos que llevaba, envió á Constantinopla cuatro navíos en que iban mas de cinco mil desdichados cristianos de ambos sexos, entre ellos doscientas doncellas de singular hermosura, como un regalo del pirata á su señor el Gran Turco. Casualmente volvian D. García de Toledo y Juanetin de las costas de Turquía con rumbo para Sicilia, y sin pensarlo se encontraron con los cuatro navíos de Barbarroja. Acometiéronlos sin titubear, en breve los rindieron, y llevándolos á Mesina pusieron en libertad á todos aquellos infelices cristianos, dando las disposiciones convenientes para que sin demora fuesen conducidos á su patria.

Ningun suceso memorable aconteció en los mares europeos á la marina española durante el año 1543, bien que entonces llamaba particularmente la atencion del Emperador la campaña abierta en los Paises-Bajos contra Francisco I, quien se habia apoderado de Landrecy. En aquel tiempo encargó Cárlos V á D. Alvaro de Bazan que juntase armada para asegurar las costas españolas del Océano, amenazadas contínuamente por la marina francesa. Al intento pasó D. Alvaro en 10 de abril de 1544 desde Valladolid á Santander, y en Laredo juntó cuarenta naves de gran porte, de las cuales envió quince bien provistas y equipadas á Flandes, con dos mil soldados al mando de D. Pedro de Guzman. En tanto D. Sancho de Leiva, gobernador de Fuenterrabía, dió aviso en 8 de julio á Bazan, que desde aquellas costas se habia visto la armada francesa, compuesta de treinta navíos, y que amenazaba á las de Galicia, despues de haber apresado dos naves vizcainas que llevaban lanas á Flandes. No tenia D. Alvaro gente bastante para sus navíos, y á peticion suya le envió D. Sancho de Leiva quinientos arcabuceros, mandados por Pedro de Urbina con los cuales reforzó sus buques. A poco tiempo tuvo noticia de que la Armada enemiga habia echado gente á tierra en la costa de Galicia, y saqueado á Corcubion, Finisterre y otros lugares. Sin detenerse Bazan, en 18 del mismo mes, con veinte y cuatro naves fué en busca de las francesas, y el 25, dia del Santo patron de España, las avistó sobre la villa de Muros, cuyo saqueo intentaban. Al punto dispuso el General español la Armada en órden de batalla, y con su Capitana acometió á la enemiga, cuyo ejemplo siguieron las demas naves. La de D. Alvaro echó á pique á la francesa, y queriendo socorrerla otro navío le venció y apresó en breve. Dos horas se peleó con valor de una y otra parte, hasta que la Armada francesa quedó derrotada, y los mas de sus navíos fueron presa del vencedor: tres mil franceses murieron, y muchos quedaron prisioneros. De los nuestros perecieron trescientos entre muertos de



DON ALVARO DE BAZÁN.
(1.er Marques de Santa Cruz)


UNIVERSITARIA
SEVILLA

heridas y ahogados. Obstentó D. Alvaro de Bazan su esclarecido triunfo entrando con la apresada escuadra en el puerto de la Coruña, y de allí pasó á Santiago á dar gracias al Santo Apóstol por la victoria, que fué justa ocasion de fiestas y regocijo, no solo en Galicia sino tambien en toda España. En este célebre combate se encontró tambien otro D. Alvaro de Bazan cuyos ilustres hechos ocuparon despues muy elevado lugar en la historia de nuestra Marina. Digno primogénito del vencedor de la Armada francesa en 25 de julio de 1544, de edad entonces de diez y siete años y ocho meses, no cumplidos todavia, al lado de su padre peleó como soldado, trabajó como marinero, y con su valor y su pericia, compartiendo el honor de la victoria, anunció, digámoslo así, los triunfos navales con que habia de dar en lo venidero dias de eterna gloria á la España, y alcanzando por ellos inmarcesibles laureles, y el esclarecido título de primer marqués de Santa Cruz, hiciera mas y mas ilustre el distinguido apellido y la familia de Bazan.

Parecia que con el combate que acabamos de referir se habia dado una larga tregua á los acontecimientos de la marina española en los contiguos mares de la Península, pues ninguno digno de la historia ocurrió en el trascurso de algunos años, á pesar de que los corsarios mahometanos y franceses, mientras Cárlos V y Francisco I median con gran empeño sus armas en Italia y los Paises-Bajos, atacaban con frecuencia y de improviso algunos de nuestros puertos desprevenidos en el Mediterráneo, hacian presas y cautivos, y con unas y otros solian retirarse impúnes. Habia muerto D. Alvaro de Bazan, y en su escuela de gran marino empezaba ya á despuntar el hijo, que con su mismo nombre y apellido habia heredado los títulos de Señor del Viso y Santa Cruz. En 8 de diciembre de 1554, cuando acababa de cumplir veinte y ocho años (1) le elevó el Emperador á Capitan general de una Armada compuesta de dos galeazas, cuatro navíos, cada uno del porte de 200 á 300 toneles, y dos zabras, con mil doscientos hombres de mar y tierra, y con estas fuerzas se hizo desde luego el mas temible á los enemigos de su patria. Reinaba ya Felipe II á consecuencia de haberse retirado su padre Cárlos V al monasterio de Gerónimos de Yuste, cuando en 1556, tuvo el ilustre jóven Bazan aviso de que á las costas de Berbería se habian dirigido desde Lóndres dos naos inglesas, cargadas de toda clase de armas que llevaban á vender á los moros de Fez y Marruecos, y considerando cuán importante era impe-

(1) D. Alvaro de Bazan, de quien hablamos, nació en Granada en 12 de diciembre de 1526. Era hijo de D. Alvaro de Bazan, segundo de este nombre, Señor de las villas del Viso y Santa Cruz, y de Doña Ana de Guzman, hija del conde de Teba. Casó en primeras nupcias con Doña Juana de Bazan, hija de los condes de Miranda, en el año 1549, y de segundas, en 1567, con Doña María Manuela de Benavides, hija de los condes de Santisteban del Puerto. En premio de sus inclitas hazañas, fué creado primer marqués de Santa Cruz, cuyo título le fué espedido por Felipe II en 19 de octubre de 1569. Falleció en Lisboa en 8 de febrero de 1588. Los historiadores españoles han confundido los dos Alvaro de Bazan en un solo personaje, sin distinguir el padre, Señor de las villas del Viso y Santa Cruz, del hijo que fué creado marqués de Santa Cruz. En este mismo error incurrió Mosquera de Figueroa.

dir semejante provision á los bárbaros que en los estados de la cristiandad ejercian sus piraterías, se encaminó á buscarlas con toda diligencia, y hallándolas al abrigo del cabo de Agüer, sin ningun reparo ni temor al daño que su artillería podia hacerle las atacó, obligólas á rendirse, y apresó tambien y quemó siete carabelas y chalupas que allí tenian los moros, con las cuales salian frecuentemente á robar las naves españolas que por allí pasaban á la pesquería, la cual á consecuencia de este hecho memorable quedó espedita por mucho tiempo.





CAPITULO III.

Necesidad de dedicarse esclusivamente la Marina Real Española á la persecucion de corsarios y piratas, á mediados del siglo XVI.—Intentan los moros apoderarse de Oran y Mazalquivir: sale de Málaga para impedirlo una armada de veinte y cuatro galeras al mando de D. Juan Mendoza, en el viaje sobreviene un temporal, se sumergen veinte galeras, y perecen mas de 4000 hombres con el General de aquella armada. — Espedicion naval mandada por D. Sancho de Leiva para la toma del Peñon de Velez de la Gomera, en 1563; desembarca la gente en aquella playa: se malogra la tentativa por la defensa de los moros, ocupan los españoles la ciudad de Velez de la Gomera, hacen un reconocimiento de la fortaleza del Peñon, y pareciéndoles inespugnable se retiran los espedicionarios y regresan á Málaga, sin fruto alguno de la empresa.—Nuevos y mayores preparativos, en 1564, para la conquista del Peñon de Velez; júntase poderosa armada, siendo General de ella D. García de Toledo.— Desembarco de la gente de la armada á la vista del Peñon: operaciones y sucesos militares. Entran los espedicionarios en la ciudad de Velez. Construyen un bastion, montan en él la batería para batir el Peñon, y atacan la fortaleza por mar y tierra.—Sucesos varios.—Fúganse del castillo del Peñon la mayor parte de los turcos que le guarnecian, y el gobernador de él; entréganle los que en él quedaron, y toma posesion de aquella fortaleza, en nombre del Rey de España D. García de Toledo, en 6 de setiembre: la pone en buen estado de custodia y defensa, dispone el reembarco del ejército, en cuya marcha por tierra le hostilizan los moros, y la Armada regresa con felicidad al continente europeo.

Harto hacia á mediados del siglo XVI nuestra Marina Real con proteger á la mercante y á las costas de Levante, Mediodia y Poniente, de la contínua caza, de las invasiones y las rapiñas de los corsarios franceses que incesantemente cruzaban por ambos mares, y de las atroces piraterías de los turcos y berberiscos que infestaban el Mediterráneo. A esto se dedicaron nuestras naves de guerra, digámoslo así, esclusivamente, y con esto, ya que no victorias navales, porque los buques enemigos esquivando siempre el combate sin aceptarle nunca, mas cautos y rapaces que valerosos, con facilidad se ponian en salvo, se evitó al

menos el apresamiento de muchas naves españolas, y el saqueo, el incendio y el cautiverio en muchos puertos de la Península. Ardia en tanto la guerra entre España y Francia, y nuestras ricas posesiones de América, nuestras colonias y descubrimientos en las Indias Orientales y Occidentales, no podian recibir los poderosos auxilios y recursos que siempre necesitaban y esperaban de la metrópoli, para la conservacion de lo descubierto y adquirido, y la continuacion y el mejor éxito de las empresas.

En tal estado llegó el año 1562, y sobrevino un suceso marítimo asaz funesto y lastimoso para nosotros. Un morábito ó santon berberisco de gran veneracion entre los moros, cuyo fanatismo escede comunmente al de todas las naciones del antiguo continente, celosísimo cual ninguno de la ley mahometana, pasó á Constantinopla, y con el fervor propio de un supersticioso, representó al Gran Turco los incalculables daños que hacian los cristianos poseedores de Oran y Mazalquivir, quienes cautivaban gran número de personas de aquellas comarcas y los enviaban á España donde apostataban de la religion de Mahoma: daño, en concepto del santon, sumamente grave, y que solo á un monarca tan poderoso y celoso de ella como el Gran Sultan, era dado remediar fácilmente. Tal impresion hizo la representacion del morábito en el ánimo de aquel soberano, que hallándose á la sazon en Constantinopla Hascen, rey de Argel, le ordenó que acometiese y llevase á cabo tal empresa, y al punto se vino el argelino á su capital, decidido á ejecutarla en la Primavera siguiente, guardando sobre esto la mayor reserva. No fué tanta que dejára de llegar lo proyectado á noticia de Felipe II, y así es que dió prestas disposiciones para la seguridad de las plazas de Oran y Mazalquivir, que sin demora fueron bien provistas de víveres y municiones. Mandó al mismo tiempo el activo hijo de Cárlos V que en Málaga se aprestáran veinte y cuatro galeras, en que se embarcaron tres mil y quinientos soldados y mucha gente principal. Con esta Armada salió de aquel puerto para Oran D. Juan de Mendoza, como General de ella; pero en medio del viaje se levantó tan horrorosa tempestad que se vió forzado á entrar con las galeras en el puerto de la Herradura, cerca de Almuñecar, donde, enfureciéndose mas y mas el Mediterráneo y los vientos, de tal modo chocaron unas con otras que se hicieron pedazos, fueron sumergidas veinte, y perecieron mas de cuatro mil hombres con el General Mendoza. ¡Catástrofe espantosa! ¡Calamidad grande para la monarquía española! tanto mas, cuanto se necesitaban las mayores fuerzas para reprimir á los bárbaros que se hallaban muy poderosos en el mar.

Al año siguiente, 1563, el alcaide de Melilla, Pedro de Venegas, participó al Rey Felipe que dos renegados le habian dado aviso de que el Peñon de Velez de la Gomera, presidio de los moros, estaba mal guarnecido y provisto, y que sabian cómo y por dónde se podia tomar con gran facilidad, pues su alcaide Mustafá se habia ido á corso con sus galeotas y llevádose la gente de armas que tenia. Esta noticia indujo al monarca español á intentar la toma de aquella gua-



Urrabieta invº y litº

Lit de J. J. Martinez Madrid.

LOS MOROS DE VELEZ DE LA GOMERA

sorprenden á los sirvientes de los caudillos españoles y dando muerte á muchos de ellos se apoderan de la vagilla de plata que llevaban. (Año 1363.)

rida de piratas, espidiendo la órden á D. Francisco de Mendoza, hermano del que pereció en el puerto de la Herradura, y tambien General de galeras, para que con toda brevedad y secreto se apoderase del Peñon, poniéndose de acuerdo para la empresa con Pedro de Venegas, y llevando los renegados que tenia este consigo. Al recibir Mendoza la órden se hallaba postrado en cama, y deseoso del pronto cumplimiento, encomendó la empresa á D. Sancho de Leiva, General de las galeras de Nápoles, quien muy luego embarcó la gente, salió de Málaga con la Armada, á 22 de julio, y al siguiente dia fué á surgir en la isla de Arbolan, á treinta leguas de la costa enfrente de Velez Málaga. Surta la Armada, con manifestacion de la Real órden que llevaba envió Leiva á llamar á Venegas, previniéndole que trajese consigo los dos renegados, para que estos dijesen cuál era el punto por donde el Peñon podia tomarse. Los hombres mas cuerdos, incluso el mismo Venegas, juzgaban imposible la ejecucion de tal empresa, teniendo por inespugnable aquella plaza. Esto no obstante, apenas hubieron llegado los tres que de Melilla se esperaban, se trató de la ejecucion inmediatamente. Al efecto dispuso Venegas que D. Alvaro de Bazan llevase toda la gente en sus galeras, y á favor de la noche la echase en tierra en la punta de la Sierra de Baba, dando los soldados de refuerzo y los pertrechos que se necesitáran para escalar el Peñon de Velez. Con su acostumbrado acierto y actividad desempeñó la comision Bazan: desembarcó á D. Pedro de Venegas y los dos renegados con sesenta soldados bien armados, entre ellos Juan Maldonado, D. Pedro y D. Alonso Bazan, D. Juan de Benavides y otros caballeros, quedándose D. Alvaro á bordo muy vigilante con sus galeras, para echar gente en tierra si Venegas tomaba la fortaleza. Caminó este con los renegados y los militares que le acompañaban; pero ya de dia se persuadió de que iba á ser descubierto por el enemigo, y volvió á embarcarse. Efectivamente, los centinelas moros del Peñon habian sentido el rumor que aunque leve se hizo al desembarcar los nuestros, tocaron á rebato y disparando un cañonazo avisaron con esto á los de Velez para que se pusieran en salvo ó en defensa.

Frustrada así la tentativa, para no dejar de hacer alguna cosa, echó Leiva la gente á tierra, siempre deseoso de ganar la fortaleza, y los primeros que en la playa el pié fijaron fueron los caballeros de Malta con los soldados de sus galeras, tras de ellos la infantería española, y en pos de estos los soldados de las galeras en que iban los duques de Saboya y Florencia, al todo cinco mil hombres; y puestos en órden de batalla marcharon á Velez de la Gomera, para ocupar aquella ciudad, y desde allí pasar con mas comodidad á batir el peñon. D. Sancho de Leiva con algunos caballeros y capitanes se adelantó por aquellos fragosos y ásperos caminos, á ver si podia reconocer la fortaleza; mas fué el caso que llevando la comida á sus amos los criados de Leiva y de los otros caudillos, escoltados de trescientos soldados, poco mas de cincuenta moros los acometieron de improviso, con tanta furia y tales descargas de arcabuces y de

dardos y piedras, que los desbarataron y pusieron en precipitada fuga. Los agresores se llevaron toda la comida y bajilla de plata, matando é hiriendo á muchos de los fugitivos, y se retiraron con tal presteza que cuando los capitanes cristianos acudieron contra ellos, se habian puesto en salvo acogiéndose á la plaza.

A pesar de esto prosiguió Leiva su marcha y entró en Velez sin embarazo alguno, porque sus habitantes habiendo descubierto la armada cristiana, se habian salido llevando consigo sus mujeres hijos y muebles, buscando un asilo en la fragosidad y aspereza de aquellas sierras. Alojóse D. Sancho en Velez con toda la gente, mas careciendo de víveres y municiones, despachó para la Armada al conde Sofrasco, general de las galeras de Saboya, con doscientos soldados de las suyas, y dos compañías de españoles para conducir todo aquello de que tanto carecia. Ejecutólo el conde, mas viéndoles los moros que estaban en las alturas de la sierra, bajaron presurosos, y los acometieron, trabándose una pelea que duró desde las tres de la tarde hasta la noche, sin que los cristianos recibiesen lesion alguna, bien que iban caminando y peleando. Apenas hubo anochecido cuando los moros con grandes alaridos los acometieron por todas partes, en tanto que los que ocupaban las alturas dispararon tantas piedras y derrumbaron tantos peñascos, que consiguieron desordenar á los cristianos, quedando muertos mas de ciento y cincuenta, y heridos mas de ochenta. El ruido y el estruendo fué tan grande que los centinelas avanzados del campo de D. Sancho tocaron al arma, y él salió con toda la gente á socorrer á los que ya desbaratados iban fugitivos por las breñas. Los capitanes de las galeras que tambien sintieron el ruido, viendo á los cristianos venir de aquel modo, volvieron las proas á tierra, enviaron los esquifes y barcos y así lograron recojerlos, mientras que los moros temiendo á la gente de Leiva que estaba cerca cesaron en el alcance de los fugitivos y con presteza se volvieron á los montes.

Reconocido el Peñon por la parte de tierra tan pronto como los moros se hubieron retirado, y pareciendo á todos los gefes que era inespugnable, D. Sancho dió la órden para el reeembarque de la gente, mandando que las galeras se pusieran en la playa con los esquifes y los barcos para recibirla. El bagaje con dos compañías de arcabuceros iba delante, la infantería marchaba en batalla y á retaguardia D. Sancho de Leiva con los caballeros de Malta, su gente y la de Saboya, estando apostada la artillería en los puntos convenientes con buena escolta, por si la morisma intentára embarazar la retirada. Mediante estas acertadas disposiciones pasó el cuerpo del ejército cristiano no lejos del Peñon, llegó todo á la playa donde se embarcó en buen órden, y haciéndose la Armada á la vela arribó con felicidad á Málaga en 2 de agosto, á dar, digámoslo así, testimonio de la inutilidad de tantos aprestos y gastos hechos para una espedicion, fundada únicamente, sin mas criterio ni meditacion, en las vagas noticias de dos renegados, en la ligereza y credulidad con que suponian



D SANCHO DE LEIVA.

fácil la conquista de una plaza fuerte por la naturaleza y el arte. Así es como el gobierno español de aquel tiempo, ó sea su absoluto monarca, disponia sin consideracion de las fuerzas del Estado, prodigando y sacrificando á su antojo en empresas mal concebidas y ejecutadas el caudal y la sangre de los súbditos.

A consecuencia de esto, queriendo Felipe II llevar á efecto á todo trance la toma del Peñon de Velez, mandó acelerar la construccion de galeras que se hacian en Barcelona, juntar las que tenia en España, Nápoles, Sicilia y Génova, armarlas con tres mil soldados viejos de las guarniciones de Italia, que otros tres mil bajáran al Estado de Milan, y que además se levantáran seis mil infantes en los reinos de Aragon y Castilla. A Flandes despachó sus órdenes para que se le remitiesen árboles gruesos para mástiles, tablones récios y fuertes para asentar la artillería en las galeras, dos mil quintales de pólvora, y treinta mil balas de cañon de todos calibres; todo lo cual viniese á Cádiz, y se entregára á su proveedor Juan de Ochoa. Al mismo tiempo mandó que en Barcelona, Cartajena, Alicante, Málaga, Marbella, Gibraltar, Cádiz, Puerto de Santa María, Sevilla y otros puntos se hicieran grandes acopios de galleta y cecina, vino, aceite y otros víveres con que la Armada proyectada estuviese abundantemente provista. A mas se estendieron todavia las disposiciones de Felipe II. Escribió al gran Maestre de Malta, á los duques de Saboya y Florencia y al Dux de Génova, pidiéndoles sus galeras, y juntamente al Cardenal Infante D. Enrique, para que en la Primavera inmediata le enviase cuantas pudiese.

Entrado el año 1564, supo el hijo de Cárlos V que la Armada turca no bajaba aquel año al Mediterráneo, por cuya razon ordenó á D. Alvaro de Bazan que desembargase todas las galeotas, fustas y barcos que habia embargado, escepto quince: mas eran tantas las prevenciones de armadas hechas ya, que no queriendo malograrlas, resolvió emprender sin demora la toma del Peñon de la Gomera, ansioso siempre de acabar con aquella guarida de corsarios y piratas, que atemorizaban las costas de los Estados cristianos en el Mediterráneo. Para tan árdua como atrevida empresa nombró por General á D. García de Toledo, virey de Cataluña, al mismo tiempo que mandó se hiciera en Málaga grande acopio de mistos incendiarios, azadones, palas, picos, espuertas, sogas, escalas, y odres y zaques para agua y vino. Dispuso tambien que de Laredo se llevasen á Cádiz quince piezas de artillería de batir, cuatro menores, y cincuenta entre pedreros y piezas pequeñas de campaña. Llegó en tanto á Cádiz un navío de Vizcaya, cargado de armas ofensivas y defensivas, y de alli á poco arribaron tambien al mismo puerto cinco naves de Flandes con los mástiles y municiones allá pedidos. Aquellos fueron trasportados á Barcelona y lo demás á Málaga. Recomendó por último el monarca español que se acelerase la construccion de las galeras que se estaban labrando en los astilleros de Cataluña, para botarlas al agua cuanto antes.

Trasladóse luego el Rey de Barcelona á Madrid, sin que á lo dicho se limi-

táran los grandes preparativos navales. El Infante D. Enrique, gobernador de Portugal en nombre del Rey D. Sebastian su sobrino, mandó á Francisco Barreto, General de su Armada, que previniese un galeon grande de ella, ocho carabelas, otras tantas fragatas, y mil quinientos soldados, facultándole para llevar la nobleza que quisiera alistarse para la empresa. El Gran Maestre de Malta dispuso que las galeras de la Orden, mandadas por el Prior de Barleta, fuesen á Sicilia donde recibirian instrucciones. El Duque de Saboya preparó tres galeras, capitaneadas por Sofrano: el de Florencia previno diez, nombrando General de ellas á Bartolomé Salvago; los vireyes de Nápoles y Sicilia, aprestaron las de ambos reinos, bien guarnecidas de gente; el Duque de Sesa, Gobernador de Milan, tuvo prontos los tres mil alemanes, y España los seis mil infantes, aragoneses y castellanos, cuyos contingentes habia exigido Felipe.

La fama del armamento de España causó gran sobresalto en toda la Berbería, y Hascen Rey de Argel se apresuró á poner en buen estado de defensa aquella plaza, la de Bugía, el Peñon de la Gomera, y algunas otras.

Para cumplir D. García de Toledo las instrucciones que tenia de pasar á Italia á recoger las galeras, se embarcó, á 11 de mayo, en la Capitana del marqués de Estepa, y con las que habia en el Principado de Cataluña, y doce de Andrés Doria, fué á Palamós para llevarse las que estaban en aquel puerto. Habiéndolas juntado todas con las que llevaba, en 17 del mismo mes se hizo á la vela para Génova, á donde llegó al tercer dia. Allí se le incorporaron siete galeras de Marco Antonio Colona, dos de Bandineli y las tres de la República. Pasó luego á Saona, donde embarcó mil doscientos hombres que tenia prevenidos el Duque de Sesa; de allí fué á Liorna, recogió las seis galeras de Florencia, luego á Nápoles, y desde aquí envió á D. Sancho de Leiva á Mesina, para traer las galeras y gente de Sicilia con su General D. Fadrique de Carvajal. Tan pronto como Leiva hubo regresado á Nápoles se embarcaron en este puerto tres mil españoles con sus cabos, y recogida la gente y las galeras dió la vuelta D. García para España. En este viaje descubrió una fragata de corsarios argelinos, quienes viéndose acosados la abandonaron saltando en la costa de Berbería, con tanta diligencia que al apresarla solo se encontraron en ella siete turcos, y ochenta cristianos que así alcanzaron su libertad.

Con las galeras llegó D. García de Toledo á Cataluña, en ocasion que una peste afligía á Barcelona y otros puertos, por lo cual pasó á Tarragona, que felizmente no se habia contagiado. En tanto D. Alvaro de Bazan, habiendo aprestado doce galeras, á 6 de junio se hizo á la vela del Puerto de Santa María, y pasado el Estrecho avistó una fragata de turcos, y la dió caza. Los que iban en ella viéndose perdidos se echaron al mar, y persuadidos de que iban á perecer ahogados, se volvieron á bordo, y en breve, con la nave que fué apresada, cayeron en poder de D. Alvaro. Encontró este en la fragata ochenta cristianos cautivos, que desembarcó en Cartajena, y prosiguió su navegacion para Tarragona.

Mientras esto pasaba salieron de los puertos de Italia para España Andrés Doria y el Marqués de Estepa con veinte y dos galeras, el Duque de Saboya con cuatro suyas, y tres procedentes de Florencia, componiendo un total de treinta, y el dia 25 de julio entraron en el puerto de Palamós. Al llegar á él D. García de Toledo, halló además doce galeras nuevas, españolas, muy bien prevenidas de gente, y cuanto era necesario; de las cuales tomó siete para sí, y dejó las cinco para D. Alvaro de Bazan. Con ellas y las que habian traido Doria y Estepa, pasó á Tarragona, donde se encontró con una órden del Rey para que cuanto antes fuese con la Armada á Málaga. Al punto mandó á Bazan y á Leiva que pasáran con sus galeras á Barcelona á tomar allí doce piezas de artillería, y ejecutado esto hicieron vela para Málaga, á donde ya se habia dirigido D. García. No encontró este en aquel puerto las galeras de Portugal como se prometia; pero tuvo noticia de que se hallaban en Cádiz, con quince de las suyas, en que embarcó veinte y cinco piezas de artillería, recien llegadas de Laredo; pasó adelante en busca de las naves portuguesas, y las halló surtas en el Puerto de Santa María. Allí conferenciaron D. García de Toledo y Francisco Barreto, sobre la ejecucion de la empresa, quedando de acuerdo en que el primero volviese á Málaga y fuese con la Armada al Peñon, y el segundo á Tanger, donde tomaría doscientos hombres, y luego se dirigiría al Peñon de Velez. A Málaga, donde arribó D. García, habia concurrido ya voluntariamente gran número de nobles de Castilla, Andalucía, Aragon, Cataluña y Valencia, y en 24 de agosto mandó el General que los cinco mil infantes bisoños se embarcasen en las galeras, y tambien ciento y cincuenta caballos montados que habia enviado el Conde de Tendilla.

Junta ya en Málaga toda la Armada, que se componia de noventa y tres galeras, y otras muchas naves diferentes, ascendiendo el total á mas de ciento y cincuenta (1), se hizo á la vela en aquel puerto, á 31 de agosto, con rumbo para el Peñon, y á distancia de tres leguas de él llegó con felicidad. Inmediatamente llamó D. García de Toledo á su galera capitana á los principales gefes, para conferenciar con ellos sobre el modo de ejecutar aquella empresa, y á con-

(1) Hé aquí la procedencia de las galeras:

14	españolas, mandadas por el General de la Armada D. García de Toledo.
8	portuguesas, su General Francisco Barreto.
5	de la órden de S. Juan de Malta, á las órdenes de D. Frey Juan Egio.
13	napolitanas, bajo el mando de D. Sancho de Leiva.
10	sicilianas, bajo el de D. Fadrique de Carbajal.
7	españolas, mandadas por D. Alvaro de Bazan.
7	de Marco Antonio Colona.
12	de Andrés Doria.
10	del duque de Florencia.
3	del de Saboya, su general el conde de Sofrasco.
4	del marqués de Estepa.
Total. . . . 93	

Las galeotas, fustas y demás embarcaciones menores, pasaban de sesenta.

secuencia dió las órdenes convenientes, mandando lo primero que dos galeras del marqués de Estepa fuesen á reconocer si el castillo de Alcalá estaba guarnecido. Al punto que los moros de Velez conocieron la armada cristiana desampararon la ciudad, y llevándose sus mujeres, hijos, criados, esclavos y cuanto pudieron, se recogieron en los lugares intrincados de las sierras. El sarraceno Ferret, teniente Alcaide del Peñon, donde se hallaba con ciento treinta turcos, persuadido desde luego de que aquel armamento era para tomar la plaza, procuró esforzar y alentar su gente á la defensa, y mandó prender fuego á tres navíos que allí tenia y habia apresado Cara Mustafá, para que los cristianos no se aprovechasen de la madera, pero hizo esconder un esquife, por lo que pudiera suceder, y al momento fué todo ejecutado.

Las dos galeras del marqués de Estepa que fueron á reconocer el Castillo de Alcalá, volvieron con la noticia de que estaba abandonado y habia en él cuatro piezas de artillería. Las galeras fueron pues á surgir al abrigo donde habia estado el año antecedente D. Sancho de Leiva, y D. García dispuso que reunida allí toda la armada empezase el desembarco de gente, caballos, víveres, municiones y pertrechos, siendo Leiva y D. Luis Osorio los primeros que saltaron en tierra, seguidos de otros gefes, y luego de los capitanes de infantería con sus compañías. En tanto asomaron por las cumbres de los montes algunos moros, pero D. García por un bando á voz de pregonero impuso pena de la vida á cualquiera de su ejército que saliese sin licencia suya contra los africanos, y luego dispuso que los capitanes de artillería Rodrigo Clavijo y Francisco de Molina, hiciesen una buena trinchera alrededor del fuerte para meter en él las municiones, los víveres, y pertrechos, con lo demas necesario; operacion que se ejecutó prontamente, y al mismo tiempo se empezó á abrir pozos por si los moros hubiesen envenenado las aguas de los que se encontraron abiertos.

Guarnecido y provisto el castillo de Alcalá, y distribuida y situada la tropa del modo conveniente, ordenó el General Toledo que el marqués de Estepa guardase la parte del mar, y él en persona fué en una fragata, con varios caballeros, á reconocer el Peñon, y rodeándole detenidamente á todos les pareció inespugnable, aunque la construccion era débil, bien que se halló una caleta que se juzgó punto conveniente para atacarle y rendirle. Esto no obstante en consejo general de gefes y capitanes, presidido por D. García, todos estuvieron acordes en que para tomar aquella fortaleza, puesto que tenian asegurados los víveres y municiones, lo mas acertado era ocupar ante todo la ciudad de Velez; por lo cuál el General español levantó el campo, y con toda la fuerza marchó á ella, en la mañana del 3 de setiembre.

Iba el ejército cristiano dividido en dos cuerpos: delante D. Juan de Villaroel con la caballería, descubriendo el camino por los altos y laderas del monte por donde habian de pasar, y en el primer cuerpo marchaban D. Sancho de Leiva, D. Luis Osorio y D. Frey Juan Egio; como tambien la infantería de Ná-

poles, la de Malta, y los arcabuceros, capitaneados por Tejada y D. Pedro Gonzalez, y á vanguardia cuatro piezas de campaña. Seguia á este cuerpo el otro en que iban Francisco Barreto, y con él los cabos de la gente de Sicilia y Lombardía, la de Portugal, la bisoña de Castilla, cubriendo la retaguardia el conde Anibal con los alemanes y algunos caballeros italianos. Don García de Toledo, y Vitelo, que era el Maestre de campo general, andaban por todas partes animando á los soldados y cuidando del buen órden de la marcha. Así impusieron de tal modo á los moros apostados en las alturas de las montañas, que no se atrevieron á hostilizar á los cristianos, hasta que vieron en la cumbre á la vanguardia. Entonces algunos de ellos, acercándose y disparando sus flechas y escopetas hirieron y mataron algunos soldados, bien que á costa de mayor pérdida por parte de los agresores, pues los nuestros les atacaron, persiguieron é hicieron retirar, causándoles no pocos muertos y heridos. Con ochenta caballos, y doscientos ballesteros y escopeteros embistieron luego los sarracenos á la retaguardia, y allí fueron tambien escarmentados. El ejército continuó la marcha por aquellas sierras, sin que se detuviera al descubrir en varios puntos de ellas diferentes banderas mahometanas.

Vitelo con la gente que llevaba, y algunos aventureros, llegó el primero á Velez y la halló desocupada. Nada impusieron al ejército cristiano los inútiles disparos que del Peñon hacian la artillería y los arcabuces turcos, y así es que felizmente llegó á la ciudad y de ella se hizo dueño. Prontas y acertadas disposiciones dió luego D. García, tanto para que el Peñon no pudiese ser socorrido, por mar ó tierra, como para que los moros de Berbería no pudieran hacer á los sitiadores daño alguno. La obra mas importante, despues de una trinchera defendida por cuatro piezas de campaña, fué la de un bastion á la orilla del mar, como á 250 pasos del Peñon, cubierto y defendido de fagina y ramas, y guarnecido de seis cañones de grueso calibre, que se sacaron de las galeras de Doria, con las cuales se empezó á batir el Peñon, al mismo tiempo que le batía el galeon portugués, tres galeras españolas y las maltesas, á cuyos tiros correspondia desde el castillo la artillería turca. Reforzóse en esto la del bastion con otras seis piezas grandes de las diez que se habian llevado de Barcelona: mas antes de romper estas el fuego envió D. García en una barca, con bandera blanca, al capitan Espejo, porque hablaba y entendia bien la lengua árabe, para que intimase á Ferret, gobernador del Peñon, que le entregase la fortaleza bajo palabra de que él y los suyos serían tratados cual pudieran desear. Rechazada por el mahometano la intimacion, con arrogancia, amenazando de muerte al parlamentario si no se retiraba prontamente, mandó el general D. García de Toledo que la artillería del bastion batiese sin cesar al castillo. En tanto bajaron de la sierra mas de trescientos moros, peones y ginetes valerosos, que con gran vocería, disparando sus arcabuces y ballestas y lanzando sus venablos, acometieron de improviso á cincuenta arcabuceros, que capitaneados por Francisco Zapa-

se hallaban apostados á retaguardia del ejército. La prontitud con que en auxilio de estos acudió con su compañía el capitan Tejada, no solo bastó para contener el ímpetu de los osados africanos, sino que hubieron de volver la espalda y retirarse á la sierra, dejando en el campo treinta muertos y mas de cien heridos, sin mas pérdida que nueve de los primeros y veinte y cinco de los segundos por parte de los españoles.

La batería del bastion asestaba con tanto acierto á lo mas alto del castillo que desmontó tres piezas de él y dos de sus torres, en tanto que la artillería del Peñon disparaba inútilmente contra las naves de la Armada. Los turcos empezaron á sobrecojerse de miedo, y en breve se acobardaron en vista de los estragos y las ruinas que en sus obras de fortificacion hacian las baterías de los cristianos, que en aquel dia dispararon mas de trescientas balas, hasta que sobrevino la noche y con ella cesó el fuego destructor. Dejando entonces el Gobernador treinta hombres de guardia procuró reparar el daño en lo posible, y se entregó al descanso. En vez de imitarle D. García aprovechó la quietud y oscuridad de la noche en trasladar la batería del bastion á una altura peñascosa, que distaba un tiro de ballesta del castillo, y los turcos al verla cuando vino el dia, poseidos de terror y desesperanzados de recibir socorro alguno, determinaron dejar el fuerte, bajándose por la escalera que de él salia al mar, y embarcándose en el esquife que escondido habian, para pasar en él á tierra, pues tan cerca estaba. En vano se esforzó el musulman Ferret para hacer desistir de tal resolucion á su gente. Los que no sabian nadar pasaron á tierra haciendo cuatro ó cinco viajes con el esquife, y los demas á nado, escepto trece que no atreviéndose á esto y viendo que la navecilla no regresaba por ellos se volvieron al castillo, el cual hallaron abandonado ya del Gobernador, quien con dos amigos suyos, únicos que allí habian quedado, bajó al mar acompañado de ellos y á nado pasó á tierra.

Hallábase entre los evadidos del fuerte un renegado. Separándose cautelosamente de los turcos fué á parar donde se encontraba Juan Andrea Doria, contóle lo ocurrido, y este, despues de participarlo á D. García de Toledo, en persona, no fiándose en la relacion del renegado, con veinte soldados se llegó al Peñon. Al mismo tiempo arribó de Málaga con dos galeotas ó fragatas D. Miguel de Rocafull, y viendo á Doria con aquella tropa saltó en tierra con otros veinte soldados, y subiendo juntos, sin el menor obstáculo, por la escalera que del mar iba al Peñon, llegaron á las murallas. En esto salieron tres turcos: de los trece uno de ellos manifestó deseos de hablar al General para entregarle el castillo, y dándole seguro paso al intento espuso á D. García por sí y en nombre de los que en el castillo habia, que estaban prontos á rendirle, bajo condicion de que se les dejase ir libres con sus armas y equipaje. No se ocultó á la perspicacia del General español el gran conflicto en que los demandantes se encontraban, y así es que limitando la gracia á concederles la vida, mandó detener el mensajero turco, y envió el capitan D. Juan de Zanoguera para que subiese al castillo con

cincuenta hombres, lo cual ejecutó. Abriéndole al punto las puertas los que en él estaban, con Zanoguera y su gente entraron tambien con la suya Doria y Rocafull; aseguraron á los turcos y se hicieron dueños de aquella fortaleza. En ella encontraron diez y ocho piezas de artillería y una culebrina de magnitud descomunal; muchas escopetas, alfanjes, chuzos, y otras armas; gran cantidad de pólvora y balas, vestuario, vino, aceite, queso, manteca, miel, higos y pasas.

En 6 de setiembre tomó D. García posesion del castillo, en nombre del Rey de España, rodeado de D. Alvaro de Bazan, Barreto, los demás comandantes de las galeras y casi todos los caballeros. Repartió entre estos los turcos en calidad de esclavos, y despachó á D. Francisco de Eraso, en una chalupa, para Málaga, con la plausible noticia de la conquista, participándola á Felipe II, que á la sazon se hallaba en Madrid, para donde el mensagero partió en posta desde el citado puerto. Con fiestas navales celebraron los vencedores la victoria, en medio del estruendo de repetidas salvas de artillería, y el eco resonante de clarines, chirimías y timbales. Se atendió desde luego á reparar y mejorar las fortificaciones del castillo, y de él fué nombrado Gobernador el capitan Diego Perez Alnarte, dándole trescientos soldados, cuarenta artilleros, y cien obreros entre maestros y oficiales.

Hecho esto dispuso el General en gefe la marcha para embarcarse, ordenando la gente del mismo modo que al saltar en tierra. Trescientos arcabuceros, mandados por D. Luis de Osorio, se situaron desde luego en una montaña, y no lejos de él otros capitanes con sus compañías, para protejer la marcha. A poco tiempo aparecieron en las alturas contiguas unos dos mil quinientos moros, infantes y ginetes; acometieron con ímpetu á los trescientos arcabuceros españoles y los desordenaron, pero socorridos luego por algunas compañías al mando de D. Lope de Figueroa, hicieron volver la espalda á los africanos, causando en ellos gran estrago, y recobrando el terreno, bien que perdiendo la vida de un balazo en el pecho D. Luis de Osorio. Llegó el ejército al punto donde habia de embarcarse, y con presteza y buen órden pasó á bordo de las galeras. Barreto partió de allí con las suyas para Lisboa; D. Fadrique de Carvajal con las de su mando á Melilla, á recibir sesenta moros esclavos para el servicio de ellas; D. Alvaro Bazan quedó por entonces con las suyas para proteger el Peñon, y D. García de Toledo partió con la Armada para Málaga; de aquí, nombrado Virey de Sicilia, en premio de su reciente conquista, pasó á Cartajena donde reparó sus naves, se encaminó á Italia, aportó en Baya, á treinta millas de Génova, pagó y licenció á los alemanes, y luego se trasladó al punto de su destino.



CAPITULO IV.

Empresa marítima para cegar la embocadura del rio de Tetuan, donde se acogian los piratas berberiscos; proyecto concebido por D. García de Toledo, cuya ejecucion se confió á D. Alvaro de Bazan.—Preparativos de este para la empresa.—Su arribo á Ceuta; sucesos y operaciones en aquella parte de Africa para burlar la vigilancia de los moros de Tetuan, y ejecutar el proyecto.—Ejecútalo Bazan; atacan los moros á los espedicionarios, cuando advierten aquella obra; son rechazados, y logrado el objeto regresa Bazan á España.—Preparativos de grande armada para hacer levantar el sitio de Malta puesto por los turcos: concurren para ella, en union con España, los Estados de Roma, Saboya, Lombardía, Urbino, y Florencia.—Al intento pasa D. Alvaro de Bazan desde España á Sicilia con treinta y tres galeras, 6,000 infantes españoles y muchos caballeros aventureros.—Reunida en Sicilia la armada combinada, en 28 de agosto de 1565 sale de allí para Malta, mandada por D. García de Toledo.—Hecho el desembarco en la isla de Malta, nombra D. García á D. Alvaro de Sande coronel de la infantería española, por Maestre de campo á Alcanio de la Corna, y da la vuelta para Sicilia.—Sucesos militares en la isla de Malta, entre las tropas cristianas desembarcadas y los turcos.—Valor heróico de los españoles, y del general turco Mustafá.—Victoria de los cristianos, y retirada de los turcos, levantando estos el sitio y reembarcándose.—Estragos hechos por los otomanos en la ciudad sitiada.—Nombra Felipe II General de la armada contra los corsarios berberiscos á su hermano D. Juan de Austria.—Espedicion de este: apresa un navío berberisco y una galeota turca, y termina su espedicion aportando con su armada en Cartajena.—Sale de Sicilia para España el Comendador mayor de Castilla D. Luis de Zúñiga y Requesens con una armada de veinte y cuatro galeras. Combatidas de una tormenta se dispersan, perecen cuatro con la gente, y sálvanse las demás, muy estropeadas, en Palamós, y en la costa de Cerdeña.

Una de las guaridas de los corsarios berberiscos en la época que vamos recorriendo, era la boca del rio de Tetuan, á donde se acogian fácilmente, y de donde salian con frecuencia á perseguir y apresar las naves mercantes de los Estados de la cristiandad que surcaban el Mediterráneo. Como uno de los medios mas eficaces para evitar tamaño mal, ó á lo menos remediarlo en parte, concibió D. García de Toledo el singular y atrevido proyecto de cegar aquella embocadura, y presentado á Felipe II mereció su aprobacion. En consecuencia ordenó á D. Al-

varo de Bazan que en el Puerto de Santa María hiciese gran acopio de piedra gruesa, sin dar á entender á nadie el objeto de esta providencia. Por cuenta del Erario compró Bazan dos galeotas, tres chalupas y seis barcas grandes de cona, en que hizo meter la piedra, labrarla, hacer el betun ó argamasa con que se habia de trabar dentro de los mismos buques, y hecho esto con ellas pasó cautelosamente á Gibraltar, donde todo lo fué trasbordando á los navíos que habian de fondear en la boca del rio de Tetuan. Tan pronto como hubo ejecutado esta operacion fué con el mayor sigilo á Ceuta, á verse con Lorenzo Perez de Tabora, Alcaide de aquella plaza, y averiguar si los moros de Tetuan tenian alguna noticia ó sospecha del proyecto. Supo que no, y sin aguardar á mas, pasó á Tanger con trescientos soldados que el Rey D. Sebastian de Portugal le habia mandado, y con esta fuerza regresó á Gibraltar.

Dispuesto ya todo para emprender lo proyectado, mandó el activo cuanto inteligente y valeroso D. Alvaro, á dos capitanes de galera, que de noche llevasen las naves á Ceuta, y dejándolas surtas en una caleta se volviesen antes de ser de dia, para que no fuesen sentidos de los moros. Con presta diligencia y suma exactitud evacuaron su comision ambos capitanes; consecutivamente embarcó Bazan la gente que tenia prevenida, en sus galeras y dos bergantines, y á prima noche desde Málaga hizo vela para Ceuta, á donde arribó, y encontró ya preparados nueve bergantines con fuerza armada. En la noche siguiente, cuando todo era calma y silencio, estando el mar tranquilo y los hombres entregados al sueño, de acuerdo con D. Alvaro salió de Ceuta Perez de Tabora, con un tercio de gente, entre ellos gran número de muchachos y mugeres, vestidos de hombre, para hacer bulto, y fué caminando hácia la parte donde los de Tetuan tenian sus centinelas, que inmediatamente fueron á la ciudad amenazada, y avisaron á su gobernador de la proximidad de los cristianos. A la alarma que esto causó en Tetuan fué consiguiente la de toda la comarca, á cuyos habitantes se avisó para que acudiesen á la defensa, lo cual hicieron presurosos mas de cuatro mil peones y ginetes. Era ya mas de medio dia cuando algunos de los amedrentados moros salieron de la plaza á reconocer la gente de Perez de Tabora, pero este se habia retirado ya con ella á Ceuta, muy á salvo, en la creencia de que Bazan habia tenido tiempo bastante para lograr su objeto cegando la boca del rio.

Esto habia procurado el General de las galeras españolas durante la escursion del Gobernador de Ceuta, pero un viento furioso de Levante le impidió acercarse con las naves al sitio en que se hiciera la trabajosa operacion. De noche hubo de volverse á la plaza sin ser sentido de los moros, y con sus galeras y bajeles se metió en la caleta, esperando que calmára el viento. Amaneció sereno el dia: Lorenzo Perez, con la gente que habia llevado antes, al salir el sol se puso en sitio donde podia ser visto de los moros, haciendo ademan de querer ir contra la ciudad de Tetuan, y al mismo tiempo llegó D. Alvaro á la boca del rio con

las galeotas, los bergantines y las galeras: puso los segundos atravesados dentro del agua, hizo cargarlos colmándolos de la piedra y argamasa para esto conducida, y á fin de ejecutar la operacion con mas presteza, el mismo Bazan y los capitanes fueron con sus esquifes de navío en navío, y abriéndolos con hachas, cargados como estaban con los materiales preparados, sumergiéronse de modo que cerraron la boca del rio, formando escollos para que en él no pudiera entrar embarcaciones.

Cuando los moros de Tetuan vieron en la embocadura las naves y la gente de los españoles, despacharon algunos ginetes á reconocer lo que era aquello, y así que se enteraron volvieron corriendo á la ciudad, harto persuadidos, aunque tarde, de que la presentacion de Perez de Tabora con su gente habia sido una estratagema, para alucinarlos mientras se hacia la atrevida operacion de obstruir la entrada del rio. En vano trataron entonces de ir allá mas de cuatro mil moros á impedir la terminacion de la obra, porque realizada ya llegaron cerca del sitio cuando el ilustre Bazan, logrado cabalmente su objeto, se ocupaba en recojer la afanosa gente para volverse á Ceuta, y así los africanos tan solo consiguieron herir algunos soldados nuestros, disparando sus arcabuces y ballestas. A sus disparos respondieron los de la artillería de las galeras, haciendo en los moros gran estrago. No por esto dejaron muchos de ellos de meterse en el agua hasta el pecho para disparar sus armas, y arrojar sus lanzas contra los esquifes, hasta que D. Alvaro, saltando en tierra con algunos capitanes y un tercio de su gente, arredró á los agresores y abandonaron la ribera. Sobrevino en esto un aguacero, y embarcándose los españoles en los esquifes se retiraron con su caudillo á las galeras: D. Alvaro de Bazan entró en la suya, se fué á Ceuta, de donde pasó á Tanger, echó en tierra los soldados portugueses con su capitan, de allí se trasladó á Cádiz, y dió cuenta de su espedicion al Rey Felipe.

Sucesos mas graves se preparaban en aquel tiempo en la importante isla de Malta. Amenazada se vió en la Primavera de 1565 de una formidable armada turca, la cual se hizo á la vela desde Constantinopla, compuesta de doscientos navíos de todas clases, con muchos miles de hombres de guerra. Mandaba las tropas marítimas el renegado Piali, y las de tierra Mustafá, generales de la primera grandeza otomana. Desembarcando en la isla sitiaron en breve la ciudad y la estrecharon. Posteriormente arribó, como auxiliar de Piali y Mustafá, el argelino Hascen con veinte y ocho galeotas, y un gran cuerpo de piratas. El Gran Maestre de la Orden habia escrito al Papa, á los príncipes de Italia y al Rey de España, para que le socorriesen prontamente. El Sumo Pontífice mandó levantar seiscientos infantes, bajo el mando de Pompeyo Colona, y Ascanio de la Corna; y los duques de Saboya y Florencia fueron previniendo sus galeras y gente, en tanto que de órden de Felipe II se levantó un tercio de infantería en Lombardía, bajo el mando de César de Nápoles, y otro en el Estado de Urbino, bajo el de Vicencio Vitelo y Alfonso Apiano. Mandó además el monarca español á Juan-

Andrea Doria que aprestase sus galeras, tomase otras á sueldo, y condujese á Sicilia toda la gente que se habia juntado en Lombardía y en el Estado de Urbino.

Como si esto no bastase por parte de Felipe, decretó en sus dominios españoles una leva de seis mil infantes, para reforzar las plazas de Orán y la Goleta, y que D. Alvaro de Bazan, General de las galeras de España, juntase el mayor número de ellas, y acopiase víveres y municiones para transportarlos á Sicilia é ir á socorrer á Malta. Con la diligencia, la exactitud y el acierto que caracterizaban á D. Alvaro, juntó este treinta y tres galeras, embarcó en ellas los seis mil infantes españoles y muchos caballeros aventureros, y provistas las naves de todo lo necesario se hizo á la vela, tocó en Orán, reforzó aquel presidio y el de Mazalquivir; pasando á la Goleta hizo lo mismo, y á mediados de julio de 1565 llegó á Sicilia, donde desembarcó toda la gente armada que llevaba. A la sazon se encontraban allí ya las naves y la gente de Doria, y de los Estados de Saboya, Lombardía, Florencia y Urbino; de modo que en la isla de Sicilia se juntaron así noventa galeras, cuarenta navíos y doce mil infantes, por lo cual, quedándose D. Alvaro con algunas galeras envió las demás á España.

Prévio consejo de generales y otros gefes, quedó resuelto llevar á efecto y con prontitud el socorro que con vivas y repetidas instancias pedia el Gran Maestre. A consecuencia se determinó echar en tierra en la isla de Malta de diez á doce mil hombres, que de órden del virey de Sicilia, D. García de Toledo, se embarcaron en setenta galeras. Hecho esto mandó el mismo General á D. Juan de Cardona, que con las de Sicilia pasára á Palermo, á traer de aquel puerto algunos navíos, y para reconocer el estado de la armada del turco envió á Andrés de Salazar, quien disfrazado de musulman, sabiendo perfectamente la lengua de Turquía, tuvo la fortuna de volver trayendo á D. García noticias circunstanciadas del estado y la gente de los enemigos. Con esto, á 28 de agosto, salió el General español con toda la Armada, y al doblar el Cabo Pasaro se levantó un temporal que impidió ir adelante. Preciso fué retroceder, bien que en esta ocasion se recobró una nave de Ragusa, que los turcos habian apresado cargada de galleta y alguna artillería, quedando cautivos sesenta enemigos que en ella iban, los cuales fueron destinados al remo.

Volvió la Armada á seguir su rumbo, hizo aguada en el Pozar, á 5 de setiembre, y despues de haber reconocido las costas de la isla Juan Andrea Doria, el 6 se empezó á navegar la vuelta de ella por la parte de Gozo. Llegó D. García á Petranera en barcones y esquifes, desembarcó la gente con grande órden, sin embarazo alguno, y dividida en tres cuerpos ó trozos acampó á tres leguas de allí tierra adentro. Consecutivamente mandó que todas las galeras se fuesen á encubrir con la isla del Gozo, y despues de haber exhortado á los cabos, capitanes y soldados, á cumplir su deber, nombró por capitan y coronel de la infantería española á D. Alvaro de Sande, y por Maestre de campo á Ascanio de la Corna; la artillería de las galeras hizo salva para dar á entender al Gran Maestre

que en tierra quedaba ya el socorro deseado, y juntándose luego con las demas galeras dió la vuelta para Sicilia D. García de Toledo.

Con grandes demostraciones de júbilo celebraron los malteses en la plaza la noticia de la llegada del socorro, en tal manera que llegando el rumor á los oidos de los turcos Mustafá y Piali se sobresaltaron. El segundo salió con una escuadra de galeras á reconocer si habia llegado la armada cristiana á la isla, vió que ya se retiraba á Sicilia, infiriendo que en ella habia entrado el socorro, y sin detenerse volvió al puerto.

A consecuencia retiraron los generales turcos la artillería que habian montado en tierra, deshicieron las tiendas y pabellones, y levantando el campo con todo se volvieron á su armada, entre el estruendo de la artillería de la plaza á que respondia la de los otomanos durante el reembarco, al mismo tiempo que los sitiados hicieron una salida, resultando de esto alguna pérdida de una y otra parte.

Despues de haber descansado dos dias la gente desembarcada movieron sus reales D. Alvaro de Sande y Ascanio de la Corna, y se trasladaron á la ciudad vieja de Malta; ocuparon los arrabales, y participaron al Gran Maestre su llegada. A pesar de esto no desalentaron Mustafá y Piali, antes bien se decidieron á presentar batalla á los cristianos, para lo cual, mientras el primero ordenaba en tierra diez mil hombres de los que aun no se habian reembarcado, y los que estaban en las galeras, el segundo se fué con las suyas á la cala de San Pedro y echó en la playa la gente que habia de ir desde allí á donde estaba ya Mustafá, quien despues de exhortarla á que se portase con valor se puso en marcha para Malta. Vióse desde la plaza el movimiento de los turcos; y el Gran Maestre dió aviso á Sande y los demas gefes, quienes al punto determinaron esperar al enemigo en la posicion que ocupaban, por ser muy fuerte y á propósito para pelear con mucha ventaja.

Ocupaban nuestros soldados un collado contiguo á la ciudad cuando Mustafá se acercó á ella con sus tropas, marchando en columna cerrada, resuelto á ocupar aquella altura, en cuyo repecho ó subida se trabó la lid, siendo los turcos rechazados por el valor de los arcabuceros castellanos, capitaneados por Diego Salinas y N. Collazos. Así empezó la batalla, en que por ambas partes se dieron grandes y repetidas pruebas de valor heróico, distinguiéndose el conde de Cifuentes con seis compañeros suyos, D. Bernardino de Cárdenas, D. Luis Carrillo, D. Pedro Cárdenas de Madrid, D. Gabriel Niño, Diego de Palomares, Diego de Rosales, y los alféreces Ortiz y Quirós, todos aventureros. Desordenáronse en una carga los turcos, quedando gran número de ellos muertos y heridos, y volviendo la espalda empezaron á retirarse. En tal conflicto se apeó Mustafá del caballo, le desjarretó con su cimitarra, y esgrimiéndola procuró con su ejemplo alentar á los suyos para que volviesen á la pelea; pero estaban tan poseidos y sobrecogidos de temor y cansancio, que de nada sirvió el arrojo de

su caudillo ni su imperiosa voz, pues todos apelaron á la fuga. El intrépido musulman se vió forzado á retirarse con los demas cabos á las galeras, habiendo hecho, bien que en vano, cuanto hacer debia y pudiera un capitan prudente y valeroso.

Siguiendo los cristianos á los turcos, dieron muerte á cuantos alcanzaron, no teniendo medio para hacerlos y conservarlos esclavos ó prisioneros. Solo un italiano hizo cautivo á un capitan viejo de Spahis, con algunos soldados. Auxiliado Mustafá pronta y eficazmente por Piali, que arrimó á tierra sus galeras hácia la parte donde la gente de aquel se retiraba, pudieron los turcos reembarcarse, acudiendo á las barcas y esquifes que á la orilla puso el que acudió á salvarlos, y aun así se ahogaron algunos que se echaron á nado. No fué mas pronto recojer Piali á los fugitivos y á Mustafá, que hacerse á la vela toda la Armada turca hácia Oriente, y Hascen hácia Occidente con la suya, habiendo tenido los otomanos la pérdida de unos mil quinientos hombres, que en el campo quedaron tendidos; sin contar los muchos heridos que á las naves pudieron retirarse. La de los cristianos no pasó de treinta muertos, parte de ellos sofocados del calor. Fenecida la batalla, en cuyo despojo se halló mucho dinero, algunas alhajas y muchas armas, recogió D. Alvaro de Sande toda su gente á la ciudad, donde fué recibido en triunfo, cual pudiera serlo Camilo en Roma cuando venció á los galos.

Al siguiente dia, 12 de setiembre, fué el vencedor de Mustafá acompañado de sus capitanes, á recorrer los sitios de la ciudad que batieron los turcos, y quedaron atónitos al ver los templos y las casas convertidas en ruinas, los muros abiertos por unas partes y arrasados en otras. En este famoso sitio, que duró cuatro meses, y en que los malteses dieron estraordinarias pruebas de valor defendiendo la ciudad, repetidas veces asaltada por los turcos, murieron seis mil de la multitud de los habitantes y hasta tres mil soldados nuestros. En una de las salidas de la guarnicion de la plaza, murió peleando valerosamente el caballero Enrique de la Valeta, hermano del Gran Maestre. Asegúrase que de los enemigos perecieron mas de treinta mil, víctimas del acero, del fuego y las enfermedades. Un cañon de magnitud descomunal que los turcos no pudieron retirar, por haberse roto la cureña, se conserva junto á la puerta de la ciudad para perpétua memoria de aquel famoso sitio, como un trofeo de la victoria de los sitiados.

Cumplido ya el objeto de la espedicion dispuso D. García de Toledo que D. Alvaro de Bazan se fuese á Andalucía con las galeras españolas, y restituyó las suyas al Saboyano, al Florentino y al Pontífice. A este y al Rey Felipe envió el Gran Maestre embajadores, dándoles las gracias por el eficaz, poderoso y oportuno auxilio dado á Malta, y en toda la cristiandad se tributaron tambien á Dios solemnemente por el feliz éxito de la empresa.

Cara costó no obstante su salvacion á Malta, cuyo triunfo no alcanzára,

á pesar de tan valerosa defensa, á no ser por el grande y oportuno socorro de la escuadra combinada, cuya principal y mas poderosa parte era española. En los diferentes combates murieron con gloria ciento sesenta y un caballeros cruzados, y mas de dos mil y cien soldados. Allí perdieron la vida é inmortalizaron sus nombres peleando entre otros varios españoles, Francisco Zanoguera, D. Francisco de Toledo, hijo de D. García, jóven de grandes esperanzas, Santiago Zanoguera y Francisco Ruiz, N. Robledo y su sobrino Fernando Robledo.

Ni en aquel año ni en los dos siguientes cesaron los corsarios argelinos y berberiscos de amenazar nuestras costas al Mediodia y al Levante, causando daños en ellas unas veces, y haciendo presas otras en alta mar. Esto obligó á Felipe II á juntar gran número de galeras en Cartajena, y á fin de que en la marina adquiriese práctica y gran escuela de mando su hermano D. Juan de Austria, le nombró General de la Armada, dándole por lugar-teniente el comendador mayor de Castilla, D. Luis de Zuñiga y Requesens. Creó al mismo tiempo los cuatralvos de galeras, así llamados porque cada capitan gobernaba cuatro de aquellas naves. Con las instrucciones convenientes salió de Madrid D. Juan á fines de mayo de 1568, seguido de muchos señores y caballeros, y llegó á Cartajena, donde su lugar-teniente le aguardaba. Allí se celebró consejo, á que además del mismo Zuñiga, bajo la presidencia del infante General, asistieron D. Alvaro de Bazan, D. Juan de Cardona y Gil de Andrade. Se resolvió hacerse á la mar, pero faltando gente para reforzar bien las galeras, escribió D. Juan de Austria á los marqueses de Velez Mondejar, como tambien al conde de Monteagudo, pidiendo á cada uno doscientos hombres de la milicia de su mando.

En 3 de junio salió el General de la Armada, del puerto de Cartajena con treinta y tres galeras, desde Denia, donde hizo escala, envió once de ellas á Italia, y habiendo revistado la infantería que llevaba, volvió al puerto de su salida con la noticia de que unos navíos berberiscos cruzaban por la costa de Valencia. Esta evolucion bastó para que los piratas se retirasen, esquivando el combate, como solian, por lo cual pasó D. Juan de Austria á Málaga y de allí á Gibraltar, donde por un navío de alto bordo supo que habia entrado en San Lucar la flota de las Indias que iba á recibir y proteger. A consecuencia pasó el Estrecho y entró en Cádiz, reforzó las galeras, fué al Peñon de Velez, le proveyó de lo necesario, y pasando la boca de la cala de Trifolgues, se vieron surtas dos galeotas y un navío que los moros habian apresado. D. Juan de Austria mandó darles caza, y aunque las dos primeras naves se escaparon, á causa de haber sobrevenido un récio temporal, el navío fué recobrado y con buena custodia enviado á Cádiz.

Pasando luego á Oran el hermano de Felipe II, descubrió dos galeotas á que dieron caza la galera Real, su patrona y la capitana de Bendinelo, pero uno de los dos buques enemigos se salvó á fuerza de remo. El otro dió en tierra,

los turcos sacaron los cristianos del remo, y guarecidos de una torrecilla hicieron fuego, de modo que obligaron á la galera Real á detenerse. La artillería de las galeras españolas batió el edificio que escudaba á los turcos y estos se vieron forzados á retirarse. La galeota fué apresada, pero en ella solamente se encontraron algunos cristianos cautivos, unos muertos á cuchilladas, otros espirantes, rendidos del cansancio de remar, y siete únicamente en estado de poder conservar la vida. Visitó luego D. Juan de Austria las plazas de Oran y Mazalquivir y en doce horas pasó con la escuadra á Cartajena, de donde salió en busca de corsarios por la costa de Valencia, Ibiza y Mallorca; entró en Barcelona, y volviendo á Cartajena á últimos de setiembre, dió por terminada su espedicion, pasando de allí á Madrid á dar cuenta de todo á su augusto hermano.

En aquel tiempo hubo de lamentar España una desgracia naval, debida al poder irresistible de los elementos. El Comendador mayor de Castilla D. Luis de Zúñiga y Requesens, cumpliendo con una órden del Rey, juntó en Sicilia veinte y cuatro galeras que estaban repartidas en diferentes puertos de Italia; en ellas embarcó doce compañías del tercio de Nápoles é hizo vela para España. Llegó con felicidad á Puerto Especie, y allí embarcó una compañía de Lombardia y otra del Piamonte; arribó á Marsella, de donde partió en breve, mas al anochecer del mismo dia se levantó una tormenta tan furiosa que las galeras se dispersaron: cada una procuró salvarse donde la suerte la deparase, y cuatro de ellas se tragó el mar con toda la gente. El Comendador Mayor, pasados los tres dias que duró la tormenta, aportó en Palamós con nueve de sus buques, pero tan destrozados que casi quedaron inútiles. Otros fueron á parar á Cerdeña, con D. Alvaro de Bazan, quien pudo reparar cinco, los cuales envió á España, quedándose con los demas, para cruzar por las costas de Italia, en union con las galeras de Nápoles.





DON JUAN DE AUSTRIA



CAPITULO V.

Apresa D. Sancho de Leiva con sus galeras dos fustas berberiscas en la playa de Castil de Ferro.—Presa de cinco fustas mas, por las galeras españolas.—Preparativos para la gran Armada, al mando de D. Juan de Austria, contra Selim emperador de Turquía. Relacion de las naves con que contribuyeron para esta espedicion varios Estados de la cristiandad, y quiénes eran sus gefes.—Con la Armada reunida sale el Generalísimo del Puerto de Mesina, en 15 de setiembre de 1571, en busca de la turca.—Rendicion de Famagusta á los otomanos, y atrocidades de Mustafá con los venecianos rendidos.—Avístanse las dos Armadas rivales, el dia 7 de octubre del año citado, en el golfo de Lepanto. Orden de batalla de una y otra. Combate, en que el Generalísimo D. Juan de Austria y sus generales y soldados ostentan habilidad, serenidad y heroismo. Muerte de Alí general de la Armada turca, y prision de sus dos hijos. Espectáculo horroroso que presenta el mar de batalla. Victoria de la Armada cristiana. Relacion de la gran presa que hicieron los vencedores, y libertad de gran número de cautivos cristianos. Pérdidas que tuvieron los vencedores. Repartimiento de la presa.—Viene la Armada vencedora á Corfú, donde el Generalísimo despide á los confederados, hace vela para Mesina donde entra triunfante, y cumple el voto que habia hecho por el feliz éxito de su empresa.—Júbilo en España, á donde para mayor satisfaccion, al mismo tiempo que la noticia de aquella gran victoria, llegan las flotas que de Nueva-España y el Perú se aguardaban, con gran tesoro. Estado de la Marina Real en aquel tiempo.

Poco dignos son de nuestra Historia los sucesos marítimos ocurridos en las aguas del Mediterráneo y el Océano que bañan nuestras costas, en los años transcurridos desde el 1568 hasta entrado el 1570, y aun en este solo hubo un suceso que merezca referirse. En aquel tiempo acudian á nuestra parte litoral de Levante y Mediodia muchas embarcaciones berberiscas cargadas de víveres, armas y municiones, enviadas por los moriscos que se habian pasado á Argel y Tetuan, y muchos corsarios que pasaban por su flete los moriscos á Berbería á

los cuales arrebataban la mitad de cuanto llevaban consigo, y á veces se alzaban con todo; y aunque D. Sancho de Leiva andaba de dia y de noche con las galeras guardando las costas, y habia apresado doce ó trece fustas berberiscas, no por esto dejaban los sarracenos de echar gente en tierra. Esto pasaba cuando he que aprovechando la oscuridad de la noche llegaron á la playa de Castil de Ferro dos fustas, en las cuales se embarcaron secretamente algunos de los turcos que el Abaqui tenia reunidos para llevarse los cautivos cristianos que tenian consigo. De esto tuvo aviso el Alcaide del castillo; hizo señal disparando una pieza de artillería, por si las galeras de Leiva podian oirlo; y dando la casualidad de no estar lejos, acudieron diligentes y apresaron las fustas, con éxito tan feliz, que pusieron en libertad á los cristianos, haciendo esclavos á los turcos y berberiscos.

Afanábase el Abaqui para adquirir naves á fin de pasar los demas turcos á Berbería, mirándolos como causantes de alborotos, y por último hizo que se embarcasen para allá, á donde pasaron en buques de vela, en vez de remos, como ellos pretendian, haciéndoles dejar todos los cautivos cristianos que tenian en su poder. A este tiempo llegaron á la misma playa, procedentes de la africana costa, cinco fustas con gente, víveres y municiones, de las cuales saltaron en tierra doscientos turcos y berberiscos. Nuestras galeras acudieron á vela y remo, y se apoderaron muy en breve de las naves agarenas con cuanto habia en ellas; mas los turcos se subieron á la sierra, donde encontraron asilo y proteccion entre los moriscos que en ella se mantenian todavía.

Formábase á la sazon la Liga católica contra el emperador de Turquía: lo príncipes de Italia entraron desde luego en ella invitados, ó mas bien exhortados por el Sumo Pontífice, y Felipe II se propuso hacer grandes esfuerzos para que la Marina Real española se distinguiera sobre la de todos los demas Estados de la cristiandad, en la gran lucha naval que se preparaba contra el poder otomano. Estaban ya juntas en Barcelona las galeras de España y Génova, cuando procedente de Madrid llegó al mismo puerto D. Juan de Austria, en 16 de julio de 1571, para tomar el mando de la Armada como Generalísimo de ella. Allí concurrieron en breve con las galeras de su respectivo mando, D. Alvaro de Bazan, D. Sancho de Leiva y el Comendador Gil de Andrade; el primero procedente de Cartajena, el segundo de Mallorca, y el tercero de Nápoles. Embarcóse la infantería, y todo lo demas necesario: en 20 del mes citado se hizo el infante D. Juan á la vela con cuarenta y siete galeras, y en 26 del mismo llegó felizmente á Génova, donde le recibió con ostentacion aquella república, así como los príncipes de Parma y Urbino, acompañados de otros muchos señores y caballeros que á la misma ciudad habian ido. Inmediatamente despachó á D. Alvaro de Bazan para que en sus galeras llevase la infantería del reino de Granada á Nápoles, donde la vistiese y armase, y estuviese prevenido de todo lo necesario para la armada. Al mismo tiempo ordenó al príncipe Doria y á D. Juan de Cardona, que pasáran con

sus galeras á Mesina los regimientos de alemanes del conde Lodron y toda la infantería italiana de Segismundo Gonzaga.

A primeros de agosto salió el Generalísimo de Génova con sus galeras, llevando consigo á su sobrino el Príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, y al de Urbino, y en 10 desembarcó en Nápoles donde fué recibido con estremadas demostraciones de alegría. El dia 14 le fué entregado, en Santa Clara el baston y el estandarte de la Liga, en cuyo centro se veian ricamente bordadas las armas del Papa, á la derecha las de España, y á la izquierda las de la República de Venecia; baston y estandarte bendecidos por el Sumo Pontífice, y puestos en nombre suyo en manos del Generalísimo por la del cardenal Granvela.

Mientras esto pasaba no se mantenia ocioso Selim, emperador de los turcos. Tenia ya ganada á Nicosia, en la isla de Chipre, y sitiada á Famangusta, la antigua Salamina, no ignorando la liga que contra él se habia formado. Así es que con gran presteza se dedicó á poner en el Mediterráneo una poderosa armada compuesta de doscientas y ochenta galeras, sin otros navíos y galeotas, con los mas escogidos soldados y capitanes de su Imperio, de que hizo General al ya famoso Alí Bajá, y por cabos inmediatos á los Bajás Farla, Casan y Siroc. Con tan poderosa armada, muy provista de cuanto era necesario, salió Alí á guardar las costas de Morea y Albania, y oponerse resueltamente á los progresos que intentára la armada cristiana de la Liga.

D. Juan de Austria salió de Nápoles, y el 23 de agosto arribó á Mesina con treinta y cinco galeras, acompañado del Comendador de Castilla, Zúñiga y Requesens, su Lugar-teniente, los Príncipes de Parma y Urbino, el Duque de Braciano, Ascanio de la Corna, Maestre de Campo general, el Conde de Santa Flor, General de los italianos Pablo Esforcia Coronel, Pompeyo Colona, Lugar-teniente de Marco Antonio Colona, Gabrio Cervellon, General de la artillería, Juan Vazquez Coronado, caballero de San Juan, capitan de la Galera Real de D. Juan de Austria, y otros muchos caballeros. Estaban ya en Mesina Marco Antonio Colona con las galeras y gente del Papa, y Sebastian Veniero, General de la República de Venecia, con gran parte de las galeras de ella. Las demas, en número de setenta y cuatro, llegaron al cabo de unos dias, y se incorporaron á las de su General Veniero, que tenia cincuenta y cuatro, y seis galeotas. Pasó el Generalísimo revista á toda la Armada, halló las galeras venecianas mal provistas de gente y municiones, y para suplir esta falta las proveyó convenientemente, guarneciéndolas además con dos mil y quinientos soldados españoles y mil y quinientos italianos.

En 15 de setiembre fueron despachados los navíos para Corfú; empezó á salir la Armada, y al dia siguiente se embarcó y salió D. Juan de Austria, bendiciéndola desde el puerto el Nuncio de Su Santidad. Componíase al todo de doscientas y ocho galeras, seis galeazas y cincuenta y siete fragatas, sin contar los navíos que habian ido á Corfú. Habíase conferenciando ya con los principales ge-

fes sobre el modo de navegar y dar la batalla, consejo en que preponderó el dictámen del Príncipe Andrea Doria, y se dió por escrito la instruccion conveniente para que cada uno supiese lo que habia de ejecutar, sin que se embarazasen los unos á los otros. Iba en la vanguardia Andrea Doria con cincuenta y cuatro galeras en que ondeaban banderolas verdes. Seguíase D. Juan de Austria con el Comendador de Castilla, los generales del Papa y los venecianos, con otros Príncipes, y sesenta y cuatro galeras empavesadas de banderolas azules, y en la galera Real el estandarte de la Liga, ocupando la derecha la capitana del Pontífice, y la izquierda la de Venecia. A continuacion marchaba Barbarigo con cincuenta y cinco galeras, que se distinguian con banderolas amarillas; y á retaguardia D. Alvaro de Bazan, á quien el Rey habia ensalzado ya con el título de Marqués de Santa Cruz, llevaba treinta galeras en que flameaban banderolas blancas.

Tal era el órden con que navegaba la gran Armada cristiana, mientras que á los turcos se rendia Famagusta, afligida del hambre y las enfermedades, al cabo de siete meses de sitio. Fué entregada á Mustafá por Marco Antonio Bardagini, mediante capitulacion; pero el bárbaro vencedor, con horrorosa perfidia, despues de haber cortado las orejas y narices al general vencido, mandó que fuese desollado por mano de un judío, atrocidad que se ejecutó, en tanto que la infeliz víctima clamaba poniendo á Dios por testigo y vengador de tamaña maldad; y habiendo estendido luego la piel en una estera, hizo el bárbaro otomano que la colgarán en la entena de una galera, para que sirviese de público espectáculo. Astor, Balleoni, y los demas que se habian entregado, unos fueron pasados á cuchillo, y otros llevados cautivos y condenados al remo.

Mandada la Armada otomana por el Almirante Alí, invadió las costas del dominio veneciano, donde hizo y recibió muchos daños. Componíase de doscientas y sesenta galeras, seguidas de otros muchos buques de diversas formas. Sus capitanes estaban discordes entre sí, pero habiéndose publicado una cédula del Sultan, en que ordenaba que no se esquivase el combate, prevaleció el dictámen de que se entrase en él tan pronto como se avistára la Armada cristiana. Los generales de esta se hallaban ya resueltos á dar la batalla, y con esta decision vino á las islas Echinadas, situadas cerca de la desembocadura del rio Achelois. En aquel momento contaban los confederados con menos naves que los turcos, pues se reducian á las siguientes. De la Armada veneciana ciento y ocho galeras, seis galeazas, que eran navíos mucho mayores que aquellas, y que navegan siempre al remo, armados de dos órdenes de cañones, dos naves de carga, y algunas fragatas. De la española ochenta y una galeras, y veinte y dos naves de carga armadas en guerra, en las cuales iban embarcadas las tropas alemanas. Del Pontífice solamente fueron doce galeras, mandadas por Marco Antonio Colona, á las que se juntaron tres de Malta y otras tantas saboyanas, seguidas de otros muchos buques ligeros. El número de soldados pasaba de veinte mil y de dos mil

los voluntarios españoles é italianos de la principal nobleza, entre los cuales se distinguian los jóvenes hijos de los duques de Parma y Urbino.

En 7 de octubre se avistaron las dos Armadas rivales en el golfo de Lepanto, ya célebre por otros combates navales (1), y se ordenaron para la pelea con admirable amago, animando á unos y á otros el ardiente deseo y la esperanza de la victoria. Ocupaba Doria el ala derecha, Agustin Barbarigo la izquierda, y D. Juan de Austria el centro. En el frente se colocaron las seis galeazas al mando de Francisco Duodo, capitan muy esperto, para que con la muy numerosa artillería que llevaban, destrozaran y desordenasen la armada enemiga. El primer Marqués de Santa Cruz, el heróico Bazan iba con treinta galeras auxiliares para acudir á donde el peligro lo exigiese. Tal era el órden de la Armada de la Liga, cuando el Generalísimo mandó enarbolar en lo mas alto de la galera Real en que iba, la bandera de la Santa Cruz, y al mismo tiempo un cañonazo hizo la señal de que todos se previniesen para la batalla. Acto contínuo pasó el príncipe á una galera mas pequeña, los remos azotaron compasadamente las movientes aguas, haciendo volar la nave entre las numerosas que componian la armada cristiana, y el Generalísimo recorriéndola presuroso y sereno, exhortó á todos á pelear valerosamente, diciéndoles que en aquel dia se trataba de vindicar la religion, de la suerte y la gloria de la patria, la defensa de los padres y parientes, la honra y prez de los cristianos, y el lauro de los combatientes. Otro tanto hicieron los Generales de las armas, como si fuese su voz el eco de la del augusto caudillo, en tanto que las trompetas, los timbales y tambores, animaban á la lid, y los sacerdotes revestidos con los ornamentos de su sagrado ministerio publicaban la indulgencia plenaria, concedida por el Pontífice á cuantos muriesen en tan piadosa empresa.

Navegaba la armada otomana en forma de media luna, simbolizando su enseña, como queriendo abarcar con ella la enemiga armada, con viento en popa, bien que muy molestada y deslumbrada su gente por los rayos del ardiente sol que les daba de frente. Mandaba el ala derecha Mahomet Siroc, la izquierda Aluc-Alí, y Alí el cuerpo del centro con ciento y treinta galeras. Amurates fué destinado para que sirviese de auxilio con algunas galeras y treinta fragatas es-

(1) *Lepanto*, es la antigua NAUPACTUS (Naupacta), ciudad de la Grecia en la costa setentrional del golfo de Corinto, al cual se ha dado despues su nombre. Esta ciudad antiquísima fué primeramente habitada por los Locrios Ozoles, de quienes era la principal plaza. A la primera intimacion de Jerges abrió sus puertas á los Persas en el año 480 antes de Jesucristo. Mas adelante fué sometida á los Atenienses, quienes despues de la tercera guerra de Mesenia, en 460 de la indicada época, establecieron allí á los vencidos con sus familias. A los dos años Esparta victoriosa de su rival en Egos-Potamos se apoderó de Naupacta y la restituyó á los Locrios. Consecutivamente se hizo dueño de ella Felipe de Macedonia, y la abandonó á los Etolios que la poseyeron hasta el 191, época en que les fué arrebatada por el cónsul romano Acilio. Desde entonces participó Naupacta de las vicisitudes del resto de la Grecia. Despues del siglo XIII fué ocupada por los venecianos, en fuerza de algunos combates y de ella hicieron una de sus numerosas factorías. Despues de haberla sitiado en vano varias veces los turcos, en 1475, se apoderaron de ella en 1500, y por el tratado de paz celebrado al cabo de tres años se les aseguró la posesion en que estaban en 1571, al darse el combate que describimos.

casas de fuerzas. Al ver Alí la armada confederada en órden de batalla, conoció que esta se componia de mayor número de velas que él creia y empezó á temer el lance. Hizo no obstante la señal de embestida, con un cañonazo á que respondió al punto con otro la galera Real del Generalísimo. Los instrumentos bélicos confundieron sus resonantes ecos; los combatientes se encaminaron á la pelea, y así que las galeazas venecianas estuvieron á tiro de cañon descargaron su formidable artillería contra la armada otomana y la desordenaron, haciendo en ella tal estrago que echaron á fondo algunas galeras y destrozaron otras.

A fin de evitar los turcos tan terrible ímpetu y la lluvia de balas que caia sobre ellos, con presta diligencia dividieron su armada en muchas escuadras, y volviendo á juntarse acometieron con feroz gritería. Los nuestros los recibieron al agudo y marcial son de sus trompetas. Las dos naves capitanas trabaron una pelea atroz y sangrienta, y á su ejemplo las galeras se embistieron unas con otras, con horrísono estruendo de la artillería, confundiéndose entre sí de manera que las galeazas no tuvieron lugar para hacer segunda descarga. El humo de los disparos formó una niebla tan densa que oscureció al sol, como si convirtiera el dia en noche. En esto acaeció una cosa admirable, y fué que de improviso calmó el viento que soplaba á los turcos por la popa, y levantándose el de Poniente que á los nuestros era propicio arrojó el humo á los enemigos. En el transcurso de hora y media fueron rechazados por tres veces los genízaros por los españoles de la capitana, haciendo en ellos gran matanza, pero entrando por la popa otros de refresco en remplazo de los heridos, otras tantas veces rechazaron á los españoles. Ambas capitanas generalas peleaban con obstinacion, imitándoles las demas, aferradas unas con otras, mas ó menos segun la suerte y el paraje. En tan tremendo trance viendo D. Alvaro de Bazan que la capitana turca tenia siete galeras de refuerzo, y dos solas la de D. Juan de Austria, se acercó á socorrerla, y dando muerte á gran número de turcos metió en ella doscientos españoles, y se volvió á su puesto, aunque tambien perdió algunos soldados. La Real del Generalísimo haciendo una descarga llevó la popa de la galera del Almirante turco, y dejó escueto su alcázar, de tal modo que la arcabucería y mosquetería española la hacia fuego á mansalva, dando muerte á una multitud de genízaros, en tanto que otras galeras horrorosamente los atacaban por los costados. Al cabo de dos horas largas de combate, D. Lope de Figueroa, D. Bernardino de Cárdenas y D. Miguel de Moncada entraron con su gente la galera de Alí. Este cayó muerto de un balazo en la frente: los turcos desmayaron y los cristianos se hicieron entonces dueños de la almiranta otomana. La cabeza de Alí clavada en la punta de una lanza sirvió de espectáculo á vencidos y vencedores: los dos hijos del desdichado almirante turco, el uno de diez y siete años y el otro de trece, pasaron allí en un instante del estado de opulentos al de cautivos, y en toda la armada cristiana se levantó un gran cla-

mor de los que con ánimo alegre proclamaban la victoria, aunque todavia se peleaba atrozmente en muchos parajes. Tristes, horrendas y lastimosas escenas se ofrecian á la vista por cualquier lado que se tendiera. Entre el horrísono fragor de la batalla se oían por todas partes la confusa griteria de los que peleaban, los ayes lastimeros de los que caian: muertos, heridos y sangre, galeras apresadas en gran número, y otras despedazadas y echadas á fondo con sus defensores y remeros, era lo único que se veía en aquella funcion tan tremenda como célebre. En el ala derecha peleaban con intrepidez los venecianos: pero su general Barbarigo fué herido de una saeta en un ojo, y el ánimo de aquellos valerosos soldados decayó tanto que su galera estuvo á punto de ser presa de los turcos. En tal conflicto el marqués de Santa Cruz, conociendo el peligro de sus confederados acudió pronto y denodado á socorrerlos; reprimió el furor de los enemigos que ya habian derrotado ocho galeras, y los venecianos reanimados con el ejemplo del héroe español pelearon con nuevo esfuerzo; la fortuna mudó de faz, muchas galeras turcas fueron apresadas, otras huyeron hácia la costa, veinte de ellas encallaron en la playa, y abandonándolas sus tropas las incendiaron los vencedores. En el ala derecha hacia frente Doria al bajá Uluc Alí, estendiendo su escuadra separada de la armada, para poder pelear y evitar que el enemigo le cercase. A pesar de esto desordenó el turco sus galeras, y las de Malta, y las hubiera derrotado á no acudir prontamente á socorrerlas con las suyas D. Juan de Cardona. Viendo Uluc Alí que la victoria se declaraba por los cristianos, para librarse de la artillería de las galeazas, que era de gran alcance y el terror de los turcos, acometió repentinamente á nuestras galeras dispersas y apresó doce de ellas con mucho estrago de su gente. En la embestida quedó maltratada la capitana de Malta; casi todos sus soldados perecieron, con cincuenta caballeros: su capitan Justiniani recibió muchas heridas, y perdió la bandera; mas por fortuna la escuadra de Doria, ya reunida, cayó sobre la de Uluc, y este huyendo en alta mar para evitar el combate abandonó la presa. Los vencedores se esforzaron en seguir el alcance, pero persuadidos de que era en vano se volvieron á recoger los despojos con que brindaba la victoria.

Gran riqueza suministraron al saqueo las enemigas naves vencidas, así en moneda de oro y plata, como en preciosas alhajas, magníficos vestidos, y otras cosas de alto precio. Ciento sesenta y siete fueron las naves apresadas, bien que algunas de ellas quedaron enteramente inútiles: de sesenta pasaron las despedazadas y reducidas á cenizas. Los cautivos hechos al enemigo eran en número de siete mil novecientos y veinte: mas de trece mil los cristianos que estaban condenados al remo, y fueron puestos en libertad. Varios historiadores estan acordes en que el número de los enemigos muertos en el combate, abrasados y sumergidos, ascendió á mas de treinta mil: mortandad nada increible si se atiende á que al cabo de las tres horas que duró la batalla comenzaron á

desalentar los turcos, y desde entonces en vez de combate fué una carnicería. Las aguas del mar, segun se cuenta, se tiñeron de sangre, y todo él se hallaba cubierto de entenas, mástiles, jarcia, fragmentos de naves, instrumentos náuticos y cadáveres. Eminente servicio hizo en aquella jornada, gloriosa para las armas de la cristiandad, el veneciano Francisco Duodo, que capitaneaba las galeazas, pues sin estas naves y la pericia de su caudillo, hubiera sido á los nuestros mucho mas difícil y costoso el vencimiento. Los disparos de las naves de los otomanos, mucho mas altas que las de la Armada confederada, hicieron en estas poco daño, porque la mayor parte de las balas pasaban por alto sin tocarlas. Libres de sus cadenas los galeotes cristianos pelearon como hombres valerosos, para alcanzar la libertad que en premio se les habia ofrecido; en tanto que los desdichados cristianos que remaban en la armada enemiga, tan pronto como los nuestros proclamaron la victoria, rompieron sus cadenas, y echando mano á las armas de que habia gran repuesto en las galeras turcas, se apresuraron á darse ellos mismos la libertad que tanto ansiaban.

La armada vencedora perdió en aquella jornada diez y siete galeras y siete mil setecientos cincuenta y seis hombres. Escaso número en verdad, si de una parte se toma en cuenta lo sangrienta y empeñada que fué la pugna, y de otra se compara la pérdida con la que tuvo el enemigo; mas por desgracia hubo que lamentar la de hombres esclarecidos por sus hazañas y su cuna. Barbarigo pereció víctima de un flechazo, D. Bernardino de Cárdenas, de una bala, y algunos otros al impulso tambien del plomo y el acero. Al invicto D. Alvaro de Bazan su escudo le salvó la vida, y Veniero fué herido gravemente de una flecha en una pierna. El famoso autor del Quijote, Miguel de Cervantes Saavedra, peleó tambien allí en clase de soldado raso: allí hizo alarde de su valor, fué herido, y de resultas perdió la mano izquierda (1). Muchas mas fueron las víctimas distinguidas por parte de los turcos, pues murieron no pocos antiguos capitanes, bajás, gobernadores de provincias, y gran número de celebérrimos piratas. Tan pronto como conoció Amurates el mal estado del combate con respecto á los turcos, apeló á la fuga por salvarse, y Partan, otro de los magnates turcos, perdida su galera, se escapó en una veloz fragata.

En la noche de tan fausto dia, recogidos ya los despojos, fué conducida la

(1) En su obra *Viaje al Parnaso*, cap. I, y en el Prólogo de sus Doce Novelas, dice el mismo Cervantes hablando de la batalla naval de Lepanto:

Arrojóse mi vista á la campaña
rasa del mar, que trujo á mi memoria
del heróico Don Juan la heróica hazaña.
Donde con alta de soldados gloria,
y con propio valor, y airado pecho,
tuve, aunque humilde, parte en la victoria.

Tenia entonces la florida edad de veinte y tres años el autor del inmortal *Quijote*.



C. Múgica inv.ᵒʳ y litº

Lit. de J. J. Martinez Madrid.

VENCEDOR EN LEPANTO D. JUAN DE AUSTRIA

entra triunfante en el puerto de Mesina, ostentando las naves y banderas ganadas á los turcos. (Ano 1571.)

triunfante armada al puerto que en otro tiempo se apellidó *Regia-Fuente*, situado en la tierra firme enfrente de Corfú: disposicion ciertamente previsora, pues levantándose luego una tempestad el mar se alborotó sobremanera, y arrojó á la costa todos los fragmentos de las naves destrozadas en el combate. En el puerto indicado se procedió al reparto de la presa, conforme á lo pactado por los confederados, presidiendo este acto de equidad y buena fé el Generalísimo. Adjudicáronse á Felipe II ochenta y una galeras, con la capitana turca que habia sido apresada, doscientos cuarenta y ocho cañones, y dos mil y seiscientos cautivos. Al Papa veinte y siete galeras, cuarenta y seis piezas de artillería de todos calibres, y mil y doscientos cautivos. Dos mil cuatrocientos de estos á los venecianos, cincuenta y cuatro galeras, y ciento veinte piezas de artillería. La décima parte de toda la presa á D. Juan de Austria, componiéndose de diez y seis navíos y setecientos y veinte cautivos, sin adjudicarle por entonces ninguna artillería, á causa de haberse suscitado sobre esto una controversia, cuya decision se dejó al arbitrio del Sumo Pontífice: pero además se reservó para sí cuarenta y siete cautivos de los mas principales, y los dos hijos de Alí; bien que despues los envió con Marco Antonio Colona al Papa, y el uno falleció devorado de tristeza. Realizado ya aquel reparto despachó D. Juan de Austria con dos galeras á Lope de Figueroa, como portador de la carta en que anunciaba la victoria á su augusto hermano el Rey de España: al mismo tiempo la participaba al Pontífice, siendo el mensajero el conde de Priego, y al Senado de Venecia enviando igualmente á D. Pedro Zapata.

Quisiera el Príncipe Generalísimo apoderarse de la ciudad cercana de Leucata, por lo cual envió á Ascanio de la Corna á fin de que reconociese si podian ser tomadas por asalto ó en pocos dias las fortalezas de aquella plaza. Volvió el enviado manifestando los graves inconvenientes que á tal conquista se ofrecian, y así por esto, como por temor á las tempestades otoñales y la falta de víveres, desistió de tamaña empresa el vencedor en Lepanto, dirigiéndose luego á Corfú, donde se hallaban detenidos algunos navíos, que á causa de vientos contrarios no habian podido seguir á la Armada. Allí despidió á sus confederados, hizo vela para Mesina, y como en triunfo entró en el puerto llevando las banderas ganadas arrastrando á flor de agua, y las galeras apresadas á remolque. Desde el puerto pasó á la ciudad en medio del inmenso gentío de los mesineses, que enagenados de júbilo hacian resonar hasta en las surtas naves de la escuadra victoriosa las festivas aclamaciones. Sin entregarse al descanso el Generalísimo se encaminó al templo, seguido de su numeroso y lucido séquito, á dar gracias al Todopoderoso por la esclarecida victoria que acababa de alcanzar la cristiandad, acto piadoso y solemne que en toda ella se repitió tan pronto como á cada ciudad ó pueblo hubo llegado la plausible nueva. Cuando la recibió Felipe II se hallaba en el Escorial, donde Angulo, enviado tambien por D. Juan de Austria, puso en manos del Soberano español el estandarte turco, que en la ca-

pitana de Alí fué tomado, y Felipe, apenas hubo oido la relacion del fausto suceso, mandó hacer allí mismo magníficas exequias, por las almas de los cristianos que habian perecido en la batalla, y que además se celebrasen en todas las iglesias de la monarquía.

Habia hecho D. Juan de Austria un voto de cien escudos por su victoria, al templo de la Vírgen de los Remedios de Valencia, y de ellos hizo entrega en su nombre, en aquella ciudad, D. Miguel de Moncada, que fué al intento, llevando además la bandera de la Liga, para que fuese colgada, como lo fué, en lo interior de la media naranja ó nave de aquella iglesia, en perpétua memoria del triunfo alcanzado en Lepanto, y el magnífico vestido de escarlata que el otomano Alí llevaba puesto en el acto del combate, ricamente bordado de cipreses de oro, para que haciéndose de él un frontal se dedicase al culto divino en el altar mayor, y se manifestase al público, en el aniversario de la victoria; solemnidad en que se predicára un sermon refiriendo todos los sucesos de la batalla.

Tal fué el éxito de la gran empresa naval que terminó en el golfo de Lepanto, el dia 7 de octubre de 1571. Para colmo del júbilo en España, al mismo tiempo que la noticia del triunfo, en que la Marina Real española tuvo la principal parte, llegaron á las costas de Andalucía las flotas de Nueva España y del Perú, con ricos tesoros, pareciendo que este feliz acontecimiento estaba reservado por la Providencia, para que oportunamente concurriese á la celebridad de la victoria naval, y resarcir un tanto los crecidos gastos que al Erario habia ocasionado la Armada para la empresa. Semejantes dispendios eran tanto mas costosos, cuanto en aquella época aun no habia Marina Real permanente ó del Estado, que á espensas de este estuviese dispuesta para las espediciones marítimas que de pronto ocurriesen, ni menos gente pagada ó asalariada constantemente para el servicio de mar á cualquier hora. La necesidad en los casos imprevistos, de importancia suma y de apremiante urgencia, forzaba á la construccion y reparacion de naves con tal precipitacion que comunmente carecian de la perfeccion y solidez indispensables para arrostrar y resistir al furor y poder formidable de los elementos con que habian de luchar. Aun así en muchas ocasiones era tambien forzoso recurrir al embargo, alquiler ó compra de naves mercantes, que á propósito para el comercio y no para la guerra, rara vez servian para el objeto, y sí tan solo para transporte ó carga, por mas que se quisiera habilitarlas para el combate, haciendo en ellas reformas y reparaciones que causaban grandes gastos. Por fortuna en medio del universal atraso en que se encontraba todavía á mas de la mitad del siglo XVI, el arte de construccion naval, la ciencia náutica y la organizacion de fuerzas permanentes marítimas, y aun de ejército terrestre, España, las Repúblicas de Venecia, y Génova, y la Orden de Malta, consideradas entonces principales potencias marítimas, tanto como Inglaterra misma, superaban en táctica naval, no menos que en la de cam-

paña en tierra, á la del Imperio turco, con quien se estaba contínuamente en guerra; á pesar de la gran práctica, y la indisputable habilidad de que con harta frecuencia dieron admirables pruebas en la navegacion no pocos de los piratas berberiscos. A tales ventajas, independientes del valor y el arrojo, preciso es confesarlo, se debió en gran parte la derrota de la formidable armada del Gran Señor, y la famosa victoria de españoles, venecianos, malteses y demas confederados en el Golfo de Lepanto.





CAPITULO VI.

Desavenencia entre los vencedores en la batalla de Lepanto, acerca de las operaciones sucesivas de campaña.—Planes de D. Juan de Austria.—Combates navales entre Colona y Foscarini con Uluc Alí, almirante de la armada turca, en el promontorio de Malea.—Intenta el príncipe D. Juan apoderarse del puerto de Modon, ocupado por los otomanos y teniendo que desistir se retira á Mesina, dividiéndose la armada de los confederados, de la cual se separa la escuadra de los venecianos, por haber estos hecho paces con los turcos.—Espedicion en 1573 contra Tunez, de que se habia apoderado Uluc Alí; reconquista aquella plaza y sus fuertes D. Juan de Austria, da disposiciones para la seguridad de unos y otros, y regresa á Sicilia.—Vuelven los turcos con grande armada contra Tunez en 1574; acude D. Juan de Austria con la suya á socorrer á los españoles é italianos, que allí se defendian heróicamente, y siendo inútiles sus esfuerzos, rendidas aquellas fortalezas á los turcos, y quedando prisioneras de estos las guarniciones, se retira á Nápoles el príncipe Generalísimo.—Memorable empresa de los españoles para apoderarse de las islas holandesas de Escaldia y Duveland, dirigida por D. Luis de Requesens en 1575.—Hazañas de los españoles en aquella conquista, conseguida con gloria de nuestras fuerzas de mar y tierra.—Muere Requesens, y le sucede en el gobierno de los Paises Bajos D. Juan de Austria, quien fallece tambien allí, en octubre de 1577

Aunque la Armada turca habia sido derrotada en el golfo de Lepanto, el poder de Selim II era formidable, sus recursos inmensos, y grande por consecuencia la facilidad de levantar nuevas y acaso mayores fuerzas navales, con que volviese á disputar el dominio del Mediterráneo, y poner en sus costas á los Estados de la cristiandad en gran conflicto. En impedirlo debian fijar su atencion y hacer nuevos esfuerzos las potencias de la Liga Santa; mas por desgracia parecia que cuando acababan de alcanzar el triunfo comenzaba á nacer entre los vencedores la falta de armonía, como sucede por lo comun en casos semejantes. Los confederados discordaban en pareceres y proyectos, y cada uno de por sí quería disponer y ejecutar los planes á su antojo. Fácil empresa era en opinion de

algunos la de apoderarse de la Morea, pais en que habitaban muchos cristianos, quienes poco antes habian implorado secretamente el socorro de D. Juan de Austria, para sacudir el yugo de los turcos en que gemian; ofrecíanse para esto aquellos desventurados á cooperar con noble esfuerzo, y la propuesta fué bien acogida por el augusto mancebo, ganoso siempre de gloria y aspirando á reinar en el territorio que por tales medios conquistára. El espíritu que constantemente dominaba al Rey Felipe contra los sectarios de Mahoma, favorecia grandemente las miras é intenciones del Príncipe su hermano, que no perdia ocasion alguna de amonestarle con sagacidad sobre el peligro que amenazaba á lo litoral de sus estados hácia Levante y Mediodia, si con una Armada no salia al encuentro del turco nuevamente. No desatendia el sucesor de Cárlos V semejantes escitaciones, y así es que por de pronto, entrado ya el año de 1572, ofreció enviar á su Generalísimo sesenta y cinco galeras, con algunas naves de carga, para que á la Armada confederada se juntasen. En tanto, á instancias del Sumo Pontífice, habia enviado el Príncipe D. Juan al marqués de Santa Cruz á la isla de Corfú con cuatro navíos, en que conducia víveres y municiones; y no satisfecho con esto entregó á Colona veinte y cinco galeras al mando de Andrade, prometiéndole que con todas las demás en breve se haria á la vela.

Poco despues de la batalla de Lepanto, tan ominosa para los turcos, creó Selim II almirante del mar á Uluc Alí, quien con increible celeridad dispuso una imponente Armada compuesta de doscientos y ocho navíos de todos portes, con la cual desembocó el estrecho de los Dardanelos, á tiempo oportuno para defender la Morea que iba á ser invadida por los cristianos de la Liga. En aquel tiempo llegaron á Sicilia el Duque de Sesa y Doria con sus galeras, llevando órden de Felipe II para que su hermano D. Juan fuese á juntarse á los venecianos con setenta y cinco galeras, treinta navíos y algunas galeazas, con seis mil españoles, otros tantos italianos y cuatro mil alemanes, dejando en Palermo á Doria con cuarenta galeras, y con él á Gravio Cervellon, por lo que pudiera ofrecerse. El diligente Generalísimo despachó al instante aviso á Colona y al General de la Armada veneciana, que á la sazon lo era Jacobo Foscarini, para que no provocáran ni aceptáran combate alguno, pues cuanto antes partiría con la Armada á incorporarse á la suya. A pesar de esto salieron ambos gefes de Corfú, donde se hallaban, sin aguardar la llegada de D. Juan de Austria, y habiendo descubierto á la Armada de Uluc Alí en el promontorio de Malea, se ordenaron en batalla para pelear, aunque era muy inferior el número de sus navíos. Temia el Almirante turco perder la fama entre los suyos si esquivaba desde luego el combate, y así es que dispuso su Armada mostrándose resuelto y pronto á la pelea, de modo que los nuestros prometiéndose la victoria se dirigieron contra él sin vacilar, y comenzaron el combate desde luego con estruendosas descargas de artillería. Muy distinta era la intencion de Uluc Alí, de modo que para evitar el encuentro volvió la proa de sus galeras, y encubierto con la espesa huma-

reda de la artillería de nuestras naves, se puso en salvo retirándose á Tenaro. Burlados así los nuestros, y no pudiendo seguir en su fuga al Almirante turco, porque era ya de noche, se recogieron á la isla de Citerea, distante cinco millas del promontorio de Malea, para observar desde allí los movimientos del enemigo.

Durante estos sucesos navegaba para Grecia el Generalísimo con una parte de la Armada, bien provista y equipada, y así que hubo llegado á Corfú llamó á Colona para evitar que tuviese un encuentro con los turcos, cuyas fuerzas navales eran superiores. Cuando la Armada confederada volvia á Corfú fué descubierta por los otomanos, desde las alturas de un monte, donde tenian atalayas mientras hacian aguada, y sin detenerse salió su Armada dispuesta en órden de batalla. El viento era propicio á los nuestros, é intrépidos se arrojaron al combate; pero repentinamente sobrevino una calma, y los navíos colocándose de frente á remolque formaron una especie de barrera. Algunos que se adelantaron tuvieron algunas escaramuzas, mientras los demas se mantenian como anclados, inmóviles, por la calma, y los turcos temiendo el encuentro procuraban con ardid apoderarse de las naves que se hallaban separadas de las galeras, estendiendo con este objeto las alas de su armada. Soranzo que mandaba la derecha, trabó desde lejos la pelea con imprudente audacia; pero habiéndose retirado á los navíos, de los cuales no podia separarse sin gran riesgo, terminó el combate con la pérdida de una galera nuestra, quedando algunas maltratadas. Con trece de las suyas, derrotadas y sin remos, se retiró Uluc Alí al promontorio de Malea, perseguido en vano por los nuestros, que pasaron aquella noche en Citerea. Desde allí regresaron á Corfú, como se les habia mandado, y fueron recibidos con ceño por el Generalísimo, manifestándoles su desagrado, porque sin esperarle habian acometido al enemigo, cuya armada era mas numerosa.

Componíase la confederada de ciento y sesenta navíos, galeras y galeazas, á que seguian otros buques menores. Tuvo noticia D. Juan de Austria de que la otomana se hallaba fondeada en Navarino, la antigua Pilos, patria de Nestor, y previo consejo de generales, en que todos estuvieron acordes, determinó apoderarse á media noche de las entradas del puerto: empresa que se malogró á causa de un vergonzoso error de los pilotos, que en vez de enderezar las proas para Pilos se dirigieron á la isla de Proudo, distante ocho millas de aquel puerto. Los turcos columbraron la armada de sus enemigos al ser de dia; con precipitacion levaron anclas, hicieron vela y se retiraron á Modon, puerto muy fortificado, quedando el Generalísimo poseido de un grave sentimiento, al ver que se le escapaba de las manos la victoria que se daba por segura. Inútiles fueron los ardides de que se valió para atraer á Uluc Alí al combate. Entonces propuso en un consejo de guerra atacar con todas las fuerzas al puerto de Modon, asegurando que á costa de unas cuantas galeras se alcanzaria un triunfo esclarecido. Tan atrevido proyecto fué impugnado por todos los capitanes, juzgándolo muy peligroso. Todo un dia se detuvo el vencedor de Lepanto delante del puerto amenazado,

provocando á la batalla. Una sola galera turca se atrevió á pelear en singular combate, y fué apresada por el primer marqués de Santa Cruz. Perdida ya la esperanza, no solo de pelear en el mar sino tambien de poder saltar en tierra, pues lo impedia la numerosa caballería que allí tenian los turcos, se hizo la Armada de los confederados á la vela con rumbo á Occidente, el dia 17 de octubre, y en los bajos de la isla de Pascin, distante cinco millas de Corfú, pereció encallada una galera pontificia, bien que se salvó la mayor parte de su tripulacion. Los venecianos se detuvieron en Corfú; Colona arribó con felicidad á Roma, y D. Juan de Austria entró sano y salvo en el puerto de Mesina.

Desde allí dió el Generalísimo sus disposiciones para que en Sevilla se hiciesen los preparativos para la guerra en el siguiente año 1573, y luego se trasladó á Nápoles, donde fué recibido con estraordinarias demostraciones de júbilo. Mientras en aquella capital pasaba el invierno recibió la sorprendente noticia de la paz que Selim II habia concedido á los venecianos, que se la habian pedido, y para quienes fué muy vergonzosa, puesto que la habian alcanzado por el ignominioso medio de vender por dinero el dominio y los derechos que tenian á la posesion de la isla de Chipre. Tan desagradable impresion produjo este acontecimiento en el ánimo de D. Juan de Austria, que inmediatamente hizo quitar de la capitana de la Armada las banderas é insignias de la alianza, poniendo en su lugar las españolas. Fué tanto mas sensible al monarca español y al Papa la paz ajustada, cuanto se habia negociado por los franceses, entendiéndose en secreto con los turcos, para lo cual se aprovecharon de la ocasion que les presentaba la circunstancia de hallarse la república de Venecia muy exhausta de dinero, á consecuencia de la última guerra. Sea como se quiera, el hecho es que por tal acontecimiento quedaba muy quebrantada la Liga de príncipes cristianos contra los turcos, precisamente en ocasion que el rey Felipe, sin omitir gasto ni diligencia alguna, disponia ciento y cincuenta galeras para incorporarlas á la Armada de los confederados en 1573.

En marzo del mismo año determinó, pues, el sucesor de Cárlos V dirigir sus armas al Africa, para arrojar de allí á los piratas. Habíale irritado la maldad de Uluc Alí, quien arrojando de Tunez á su legítimo Rey Amida, se habia apoderado de aquella ciudad. Por consecuencia mandó Felipe II á su hermano, el Generalísimo de la Armada, que hiciese implacable guerra á tan temible pirata, y que destruyendo los muros de la Goleta, y arrasándola hasta los cimientos, librase á España de los inmensos gastos que la conservacion de aquella fortaleza le costára. No estaban en verdad estos intentos muy acordes con los de D. Juan de Austria, á quien el Pontífice habia dado esperanzas de obtener la corona del reino de Tunez, sobre lo cual escribió préviamente al soberano español solicitando su consentimiento. Con tales antecedentes y apoyo, no es de admirar que el hermano de Felipe aspirase á entronizarse. El Rey de las Españas llevó tan á mal las pretensiones de su Generalísimo, que despues de amonestarle

para que cumpliese el deber que le imponia, le puso de secretario una persona de toda su confianza, cual era Juan de Escobedo, y el príncipe D. Juan, temiendo el enojo de su hermano y señor, se embarcó en la Armada, vino á Sicilia y pasó revista á las tropas espedicionarias, prontas para embarcase. Componíanse de 6,345 españoles, 5,500 italianos y 788 alemanes, de modo que con los aventureros ascendian á unos 20,000 infantes, sin contar con 744 gastadores. Habia ademas 400 caballos ligeros; gran acopio de municiones y víveres, mucha artillería, y para arrastrar esta cien bueyes escogidos. En la armada se contaban ciento cincuenta y dos galeras, con las pontificias y las de Malta, treinta fragatas, cincuenta y seis navíos grandes y pequeños, y diez y siete bergantines: pero habiéndose recibido la noticia de que la ciudad de Génova estaba sublevada, marchó Doria al socorro de su patria con cuarenta y ocho galeras, cuarenta y cuatro navíos, y cuarenta y siete bergantines y fragatas.

A breves dias despachó D. Juan de Austria los navíos que le quedaban y unos barcones para Tunez: el 7 de octubre salió él con la Armada para la Goleta, llegó al siguiente dia, y el inmediato se le presentaron tres moros de la ciudad, quienes le dieron noticia de que los turcos y los vecinos de ella la habian desamparado. Con esta seguridad saltó en tierra, y acompañado de los principales gefes fué á reconocer la parte por donde habia de desembarcar la gente. La mayor parte hubo de hacerlo en el muelle de la Goleta, y á continuacion se sacó á tierra la artillería y los víveres. Haciendo el Generalísimo que saliesen de la Goleta dos mil y quinientos infantes veteranos, los reemplazó por otros tantos bisoños, y mandó al marqués de Santa Cruz que llevando á sus órdenes á D. Diego Henriquez y Andrés de Salazar, fuese á Tunez, y si no hallase resistencia le ocupase como igualmente la Alcazaba. Halló el Marqués las puertas de la ciudad abiertas y ejecutó la órden, pues aunque en la fortaleza habia un alcaide con veinte moros, aquel custodio la entregó á D. Alvaro de Bazan en nombre del rey Muley-Amida. Concedió D. Juan de Austria el saqueo á los soldados, prohibiendo bajo severas penas que se derramase sangre alguna de la turba de gente mora, débil y desarmada, que se habia acogido en un estremo de Tunez. Además prometió seguridad á los fugitivos que volviesen á la ciudad para habitarla, y en efecto concurrieron á ella de todas partes. Dió cuenta al Rey Felipe de todo lo que habia ejecutado, pero no obedeció como debia las órdenes que le tenia dadas para destruir las fortificaciones; contravencion que se atribuyó con fundamento á los depravados consejos de los aduladores, y á la esperanza que de reinar habia concebido. Arregló el gobierno de la ciudad, nombrando para él á Hamete, y haciendo que su hermano Amida fuese transportado á Sicilia, á fin de que en justo castigo padeciese el mismo destierro que por la ambicion de reinar habia hecho padecer á Muley-Hascen su padre. A Gabrio Cervellon, caballero de Malta, y teniente del Gran Maestre en Hungria, le mandó que levantase una fortaleza entre la ciudad y la laguna, dán-

dole á este fin cuatro mil españoles é italianos, con cien caballos, y de la defensa de la isla fortificada en la laguna se encargo Pedro Zanoguera. Los de Viserta, en prueba de su fidelidad, degollaron á los turcos que la guarnecian, y se entregaron voluntariamente á D. Juan, quien puso en la fortaleza una guarnicion española al mando de Francisco de Avila. En el puerto fué tomada una galera y se pusieron en libertad doscientos cautivos cristianos que estaban al remo. Dejando en fin por gobernador de la Goleta á D. Pedro Portocarrero, caballero de ilustre alcurnia, aunque no distinguido todavia por ningun hecho heróico, se hizo el príncipe Generalísimo á la vela con la Armada para Sicilia, en cuya navegacion tuvo la desgracia de perder una galera napolitana que se estrelló, bien que pudo salvarse la gente y las armas que llevaba.

Tan pronto como D. Juan de Austria hubo llegado á Palermo despidió las escuadras, y ordenó á D. Bernardino de Velasco, que con parte de las galeras fuese á Malta, para transportar de allí á los españoles auxiliares, y luego regresó á Nápoles, para invernar en aquella capital, llevando consigo á Amida y á su hijo. Allí recibió el bautismo, poniéndosele el nombre de Cárlos de Austria: Felipe II le señaló una renta, para que viviese con decoro; al padre le concedió volver á Palermo, como pidió, lejos de la vista del hijo, allí acabó sus dias, y sus domésticos llevaron el cuerpo á Tunez, donde le dieron á su modo honrosa sepultura.

La desobediencia del vencedor de Lepanto á las órdenes de su augusto hermano, con respecto á la destruccion de la Goleta, dominado del ardiente deseo de ceñirse una corona, trajo consigo una pérdida muy lamentable en aquella parte de Africa. Considerando imposible establecer un imperio á salvo de muchas y grandes calamidades, entre unas naciones tan bárbaras, feroces y de costumbres tan opuestas como las mahometanas, concibió Felipe II la idea de que en Africa convenia destruir en vez de edificar, y esto le impulsó á mandar lo que su hermano dejó de ejecutar. No se le ocultó al Sultan que separada de la Armada confederada la veneciana, á consecuencia de la paz ajustada con él, las fuerzas del monarca español en el Mediterráneo eran ya menos temibles, y en esta persuasion mandó levantar una la mas numerosa que pudiera, para señorearse en aquel mar. La armada otomana se compuso, pues, de doscientas y treinta galeras, y de setenta navíos diferentes, en que iban cuarenta mil guerreros acaudillados por Uluc Alí y Sinan-Bajá. Hicieron vela para el Africa en la primavera de 1574, arribaron á las costas berberiscas, y sin oposicion alguna desembarcaron las tropas, porque Hamet, vendido y desamparado de sus súbditos, para salvar la vida hubo de abandonar su trono. Los turcos, á quienes se juntaron por mar y tierra poderosos socorros de los de Trípoli y Argel, combatieron los castillos de la Goleta, y el de Cervellon no fortificado todavia, al cual pasó la guarnicion que habia en Tunez, y asi volvió esta ciudad al poder de los otomanos con la misma facilidad que cayó en el de los españoles algunos meses antes.

Hallábase guardando D. Juan de Austria las costas de Génova, manteñién-

dose dispuesto para cualquiera caso de guerra, cuando por cartas y mensajeros de Portocarrero tuvo noticia de lo que ocurria en Tunez, y sin detencion se hizo á la vela en el puerto de Especia, para Nápoles y Mesina, decidido á juntar de una vez toda la armada, y pasar con ella á socorrer á los sitiados. Mientras esto pasaba se veia fuertemente estrechada la Goleta, merced á la impericia de su gobernador mas bien que al valor de los sitiadores. Ocupado por estos el baluarte penetraron en el foso de la fortaleza, donde la guarnicion de aquel se habia reconcentrado, y así quedó interceptada la comunicacion con el mar. En vano intentó el Príncipe D. Juan socorrer al mismo tiempo á los sitiados, pues una tempestad dispersó sus galeras. Arrebatado Andrade por la fuerza de los vientos corrió hasta Cerdeña con algunas de aquellas naves, y no pudiendo arribar la Armada á las costas de Africa, el temporal la forzó á entrar en Trápani, viéndose á pique de naufragar en aquel puerto.

Dos mil españoles defendian la Goleta: otros tantos tenia Cervellon, é igual número de italianos eran mandados por Andrés de Salazar y Pagano Doria. La guarnicion de Viserta, cuyo pueblo no podia defenderse por sus pocas fuerzas, se trasladó á la Goleta con todas las provisiones de guerra, y las de boca que llevar pudo, mientras los presidiarios del mismo castillo, reducidos á un corto número, efecto de lo rigoroso del sitio, eran socorridos por Cervellon, enviándoles por la laguna algunas naves cargadas de víveres. Era muy conveniente que el mismo que les socorria abandonase su castillo y se les juntase con sus tropas, mas por desgracia se mostró mas celoso de su fama que atento á las repetidas instancias de que para ello le hacian los goletanos. Ocupaba Juan Zanoguera en un paraje elevado de la laguna una fortificacion defendida por escaso número de soldados; los turcos la atacaron con arrojo, y sufriendo alguna pérdida dirigieron todas sus fuerzas contra la Goleta: allí fueron tambien rechazados muchas veces por el valor y la constancia de los nuestros, ya reducidos á mil, hasta que derribada por la artillería enemiga una parte del muro, oprimidos, en fin, por la multitud de los bárbaros, penetraron estos en la fortaleza, al cabo de un combate de cinco horas, en que muchos de sus defensores murieron con gloria. De trescientos no pasaron los cautivos, siendo de este número el gobernador Portocarrero, Hamet y Gerónimo Torres, historiador de este suceso. Por él se comprendia bien la suerte que estaba reservada á los de Cervellon, y sin embargo, despues de tomada la Goleta, continuaron defendiéndose del enemigo heróicamente, rechazándole varias veces con gran pérdida. En su rabia y desesperacion no omitió el otomano Sinan ningun esfuerzo ni medio de ataque, para vengar el estrago de su gente. Hizo levantar una trinchera que domindra los muros de la asediada fortaleza, y desde aquel reparo el contínuo fuego de las baterías arruinaba las fortificaciones, en tanto que abrian minas y construian máquinas trabajando dia y noche, para acelerar su conquista. Durante muchas horas pelearon sitiados y sitiadores, siendo estos arrojados de la bre-

cha y precipitados de las escalas con muerte de muchos de ellos. Por cinco distintas partes renovaron los turcos el asalto, agolpando todas sus fuerzas, y aunque los nuestros no pasando de seiscientos tenian que dividirse para acudir en corto número á la defensa de tantos puntos á la vez, la lid fué tan obstinada y sangrienta como desigual, presentando por todos lados el horroroso espectáculo de un gran campo de batalla, en que solo se veía cadáveres mutilados, multitud de armas rotas y esparcidas, y de sangre regado el suelo. Muertos los que como héroes la defendian, cayó aquella fortaleza en poder de los turcos, el dia 13 de setiembre de 1574. Solos treinta quedaron vivos con Cervellon, que conducido á presencia del bárbaro Sinam recibió de este una bofetada, injuriándole además con palabras brutales, en vez de hacer de su valor el aprecio que merecia, y con que el hombre valiente debe tratar al héroe en casos tales. Pagano fué degollado por sus mismos esclavos, para congratularse con el vencedor, Zanoguera entregó la pequeña fortificacion que defendia, habiendo conservado cincuenta soldados, con los cuales llegó felizmente á Sicilia en un navío francés, para ser mensajero y relator veráz de la gran pérdida que habia presenciado, y que tan cara habia costado á los turcos. La victoria de estos fué enlutada por la muerte de mas de veinte mil hombres al pié de las tres fortalezas que tomaron. Recogida la presa en que se contaron quinientas piezas de artillería de todos calibres, arrasó Sinam los fuertes, inclusa la Goleta, haciendo lo que debia y no quiso ejecutar D. Juan de Austria, y habiendo dejado en la ciudad de Tunez una guarnicion de cuatro mil turcos, con su triunfante Armada se volvió á Constantinopla, y en la navegacion falleció el imperito Portocarrero. Así se desvanecieron las esperanzas é ilusiones del imaginario reino del hermano de Felipe II, que aburrido y melancólico regresó á Nápoles.

Cuando llegó Sinam á la capital del imperio otomano, se hallaba el Sultan Selim ocupado en la construccion de una poderosa armada, y hacia grandes preparativos de guerra para el año siguiente, pero todo quedó paralizado por la muerte que le alcanzó á mediados de diciembre; pues aunque su hijo y sucesor, Amurates, ciñéndose la corona, á principios de 1575, hubiera querido continuar las empresas del padre contra los príncipes cristianos, harto tuvo que hacer en ver de remediar las necesidades y el conflicto de sus pueblos, afligidos de la peste, de los naufragios y otras calamidades. El nuevo Emperador subió al trono, sirviéndole de escalones, digámoslo así, los cadáveres de sus hermanos, á quienes para reinar con mas seguridad quitó la vida, segun la antigua costumbre. A pesar de este rasgo de barbarie turca, justo es referir que comenzó á imperar corrigiendo severamente la depravada licencia introducida en los tiempos anteriores: arrojó del serrallo á quinientas mujeres esclavas de la regia liviandad, refrenó con mucho rigor los fraudes de los comerciantes, y dió, en fin, otros ejemplos de prudencia agena á la verdad de un bárbaro.

La tregua que el Sultan se veia forzado á guardar en la guerra marítima con-

tra la Cristiandad, permitia algun reposo en las costas del Mediterráneo á la España y á su marina militante en aquellas aguas, cruzadas siempre por las armadas otomanas; mas al mismo tiempo continuaban las hostilidades con obstinado empeño en Flandes y en Holanda, pugnando ambos paises por emanciparse de la dominacion española; pugna que empezó en el reinado de Cárlos V, y que aplacada y renovada varias veces habia de terminar un dia con la independencia de los sublevados. Gobernaba á la sazon aquellos Estados el Comendador de Castilla D. Luis de Requesens, como sucesor del famoso duque de Alba. Exhortado muchas veces por Felipe II, mediante cartas reales, para que procurase fijar el pié en la Zelanda, á fin de proporcionar un asilo á la Armada que en breve habia de salir de España para aquella parte de Europa, meditaba el Comendador una hazaña la mas grande y atrevida, si se atiende al peligro en la ejecucion y la importancia del éxito. El pensamiento de Requesens estaba muy acorde con las ideas del Rey Felipe, quien se habia persuadido de que no podria sujetar á la Holanda si antes no triunfaba de ella en el Océano. Impelido el Gobernador de los Paises Bajos del deseo y la resolucion de llevar á cabo tan atrevido pensamiento, pasó á Amberes acompañado de los principales gefes, y allí entregó á Dávila una armada bien provista, despues de haber despachado esploradores que reconociesen los vados. Proponíase nada menos que apoderarse de las islas de Escaldia y Duvelandia, como preliminar del recobro de Walkren, de que los insurgentes se habian hecho dueños. Volvieron los esploradores, y aunque en sus informes calificaron de temeraria la empresa, Francisco Marradas y sus compañeros fueron de opinion contraria, asegurando que todo dependia de la resolucion en arrostrar y despreciar el peligro. Por una y otra parte se disputó sobre esto acaloradamente, en consejo de guerra, y al fin preponderó el dictámen de los que estaban porque se debian esponer á los peligros, y pelear con el Océano, y con los enemigos que de las costas se habian apoderado. A consecuencia, sin detenerse á mas exámen, se embarcaron é hicieron á la vela en pequeños navíos, para Filipisland, apellidada así de Felipe el Bueno, mil y quinientos soldados armados, y doscientos peones, que á pié habian de entrar en el mar, al mismo tiempo que en la armada se embarcaron otros tantos soldados. Por el último ángulo de la ciudad entraron en el Océano, aprovechando la oportuna ocasion de mar tranquilo en la baja marea. Pasaba esto en la noche del 28 de setiembre de 1575, víspera de San Miguel: en el cielo se vieron meteoros estraordinarios, y grandes ráfagas de fuego, cual si fuesen proyectiles inflamados, segun cuentan varios historiadores; y estos mismos fenómenos que otros hubieran mirado acaso como un presagio funesto, nuestros espedicionarios lo tuvieron por feliz augurio, figurándose que veian en aquellas ráfagas la fulminante espada del Santo Arcángel contra los sublevados, de suerte que cobrando mayor ánimo aceleraron la marcha. Iba delante Juan Osorio con los españoles; seguíanles los flamencos y alemanes, detrás de estos

los peones, y Gabriel Peralta con sus compañeros cerraba la columna. De dos en dos ó de tres en tres caminaban por aquel lomo ó banco de arena, no pudiendo ir por tal sitio muchos juntos ó de frente. Habian adivinado los enemigos el intento, y con presta diligencia dispusieron su armada á lo largo para impedirles el paso. Por medio de ella marchaban los españoles prevenidos para la batalla, mas por desgracia los vados eran un obstáculo para llegar de cerca á las manos, en tanto que los contrarios hacian contínuo fuego al cercado y reducido ejército, bien que causándole poco daño, porque la oscuridad impedia la puntería con acierto. Con gran estrépito y confusa gritería procuraban los insurgentes amedrentar á los espedicionarios, mientras que estos despreciando como veteranos el conocido ardid, redoblaban el paso cuanto era posible, avanzando impávidos. En esto volvió á subir la marea, y las barcas enemigas acercándose mas comenzaron á detener la marcha de los valerosos españoles, disparando desde ellas los enemigos, procurando arrebatarlos con garfios, é hiriendo en fin á los que, no pudiendo fijar el pié en la arena movediza, se esforzaban en avanzar con vacilante paso. A pesar de esto y de que en algunos parajes les llegaba el agua al pecho, hacian frente donde el peligro amenazaba mas, resueltos á no retroceder, á vencer ó morir en la demanda. En medio de tan desigual y encarnizada pugna cayó Isidoro Pacheco, muerto de una bala de cañon, y unos cuantos soldados, por otras varias desgracias. Cinco millas anduvieron así por el mar, y cuando de él salieron á la orilla dieron en otro peligro no menos inminente. Ocupaban la costa dos mil soldados franceses, escoceses é ingleses, enganchados al servicio de los enemigos. Al poner el pié en tierra los españoles se encontraron de frente con aquella fuerza que les puso en gran conflicto; pero en vez de arredrarse, aunque mojados todavia y rendidos de cansancio, por la lucha de la noche anterior, al grito unánime que alzaron de *viva España, Santiago* y *á ellos*, cerrándose en columna con increible audacia acometieron á las descansadas tropas enemigas, yendo delante Osorio con veinte y cinco compañeros, y dos soldados mercenarios, y haciendo desacertadamente una descarga, volvieron la espalda, huyeron en desórden y se acogieron á los puertos fortificados. Cerraba Peralta la columna, y llegando á media noche á lo mas hondo del canal, hubo allí una desgracia, pues gran parte de los peones perecieron sumergidos por las olas. En vano intentó el valeroso capitan salvar á nado tan peligroso paso, pues el ímpetu de las aguas le forzó á retroceder con su gente al punto de donde habia salido, y de allí fué á presentarse á Requesens, que ansioso de saber el éxito de la empresa se habia quedado aquella noche en una altura. Ignoraba todavia lo acaecido, y así es que al llegar Peralta le reprendió severamente. Ocurrió que los vencedores del Océano y de los enemigos en el agua y en la tierra, dieron aviso á la armada de haber arribado á la isla, disparando al efecto unos cohetes, que era la señal convenida, y sin que los contrarios llegasen á sentirla, á fuerza de remos se acercó aceleradamente, y en

Lit. de J. Donon.

D. LUIS DE REQUESENS


SEVILLA

la isla desembarcó las tropas, como tambien víveres y municiones. Impacientes y fogosos aquellos intrépidos guerreros, despues de algun descanso volaron por todas partes al encuentro de los enemigos, y apoderándose de todas las fortalezas en breve tiempo los arrojaron de la Duvelandia.

Para pasar á la otra isla en que se hallaba situada Ziriczea, ciudad fortificada y célebre por su puerto, se ofrecia á la vista un terrible canal de tres millas de ancho, y sus costas estaban llenas de enemigos. Pero Dávila y Mondragon sin arredrarles tan gran peligro, se desnudaron é intrépidamente se metieron en el mar, seguidos de dos mil soldados armados. Con gran fatiga y con igual constancia llegaron nuestros valientes á la parte del canal, y los enemigos se pusieron en fuga sin haber dado prueba alguna de valor. Inmediatamente se apoderaron de los puntos fortificados, estando los unos abandonados por el miedo y los otros mal defendidos. En la pelea murieron Peralta, que con la armada habia pasado á Duvelandia, y unos cuantos soldados. Con mayor esfuerzo y daño fué tomada la fortaleza de Rommel por la temeridad de los españoles; hazaña que causó la muerte á toda la guarnicion. Entre tanto Arnaldo, señor de Dorp, fortificaba á Ziriczea, habiendo burlado con sus astucias á los realistas. Exhortado finalmente á que se entregase no quiso dar oidos, por la cierta esperanza del socorro que le habia prometido Orange; y para que los soldados del Rey Felipe no pudiesen levantar trincheras, abrió los diques é inundó todo el campo bajo alrededor de la ciudad. No desanimó á los españoles la imposibilidad de levantar trincheras, antes bien reforzados con las nuevas tropas que les enviaba Requesens, cerraron el puerto para que los orangianos no pudiesen introducir socorros algunos, estando resueltos á espugnar la ciudad por hambre. Mientras que allí estaban detenidos bajo el mando de Mondragon, comenzó el año 1576.

Era Mondragon uno de los capitanes mas intrépidos de su tiempo. Estrechaba cada dia mas y mas á los ziricenses habiendo levantado sus defensas y baluartes en las alturas, sin desanimarle lo rigoroso de aquel inclemente cielo, y lo mal sano del parage. Habia cerrado todas las entradas, estaba prevenida la Armada contra la fuerza enemiga, y tenia abundancia de todo. Pero el príncipe de Orange confiado falsamente en que los soldados nuestros no podrian sufrir á campo raso la crueldad del invierno, determinó socorrer á los sitiados, aunque fuese á costa de los mayores peligros. Intentólo muchas veces con varia fortuna, y finalmente el mismo Orange, acompañado de Luis Bussot, hombre muy esperto en la mar, quiso esponerse al peligro con grande esperanza de vencer. A la verdad en el primer encuentro se mostró favorable la fortuna á los audaces: mas escitados los realistas del gran peligro que corrian, y exhortados con la voz y el ejemplo de sus capitanes, renovaron la pelea con todas sus fuerzas. La nave en que iba Bussot, que era de estraordinaria magnitud, fué destrozada por nuestra artillería, y habiéndola cogido la baja mar quedó encallada y parte de su

tripulacion escapó á nado. Bussot pereció con otros muchos, sumergido en las aguas por el peso de las arenas, y murieron de varias maneras ochocientos soldados de marina. Consternados gravemente los sitiados con esta pérdida, y afligidos tambien por el hambre, al fin se resolvieron á entregar la ciudad que habian defendido por espacio de ocho meses. Prometióse á todos que no se les haria ningun mal en sus personas; pero en lo demas fueron poco decorosas las condiciones. Los ciudadanos pagaron doscientos mil escudos por el rescate de sus bienes; se hizo la entrega el dia 30 de junio, y salió salva la guarnicion, conforme se habia pactado.

A poco tiempo de esta conquista pasó de Amberes á Bruselas el gobernador Requesens, y allí murió de una grave y corta enfermedad. Su muerte perturbó sobremanera el estado de las cosas en Flandes, y el Senado tomó las riendas del gobierno, discordando entre sí sus individuos, con gran perjuicio del público, por los particulares intereses y pasiones de aquellos hombres. Felipe II nombró por sucesor de Requesens á D. Juan de Austria, quien mas bien por buenos mediadores que por las armas, consiguió apaciguar las discordias en aquel estado, y por fin se ajustó la paz allí, bien que bajo condiciones poco favorables al Rey, el dia 7 de febrero de 1577. A pesar de esto levantó otra vez la cabeza la guerra civil en el mismo año, y cuando el vencedor de Lepanto se disponia para sofocarla, cayó de repente enfermo y falleció, en 1.° de octubre, con gran sentimiento de su ejército. Entre los soldados, como tambien en los Paises Bajos, y aun en España, se divulgó que el hermano de Felipe habia muerto envenenado, pero los que esto examinaron con imparcialidad y recto juicio, creyeron que el suspicaz carácter del sucesor de Cárlos V fué la verdadera ponzoña que aceleró el término de la vida del jóven príncipe. Su cuerpo fué llevado con gran pompa militar á Namur, donde le hicieron las exequias reales, segun costumbre, y al año siguiente fué trasladado á España de órden de Felipe II, y colocado en el panteon del Escorial junto á las cenizas del Emperador su padre.





CAPITULO VII.

A consecuencia de la muerte del Rey D. Sebastian de Portugal, alega Felipe II su derecho al trono de aquella nacion, para en caso de fallecimiento del cardenal D. Enrique, sucesor de aquel monarca. Controversias sobre esto en Portugal.—Muere D. Enrique sin haberse resuelto la cuestion. Suscítase competencia entre el Rey de España, y D. Antonio Prior de Ocrato, hijo espurio de un hermano de Enrique, acerca de la sucesion á la Corona portuguesa, y se declara la guerra entre ambas naciones, encendiéndose en tanto la civil en Portugal, donde las armas españolas hacen grandes progresos, y D. Alvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz, se apodera con su Armada de varios puertos, y de la portuguesa en el de Lisboa, la cual ocupan los españoles, al mando del duque de Alba.—Espedicion naval á las islas Terceras, mandada por Pedro Valdés, quien sufre allí un descalabro.—Junta el Prior de Ocrato una Armada en Francia para pasar á dichas islas, y Felipe II levanta otra contra aquella, á cargo de D. Alvaro de Bazan.—Combate entre ambas armadas á la vista de la isla de San Miguel, y completa derrota de la del Prior de Ocrato por la española, en 22 de julio de 1581.—Vuelve triunfante á Lisboa el marqués de Santa Cruz, y Felipe II le recibe con particulares demostraciones de distincion y aprecio.—Insiste el Prior en sus pretensiones, prepara en Francia nueva Armada para las Terceras, en 1583, y D. Alvaro de Bazan va allá con otra, triunfa segunda vez de la enemiga, sujeta aquellas islas á la dominacion española, y regresa á España, donde se celebra con grandes fiestas las grandes victorias de nuestra marina militante.

La muerte del rey D. Sebastian de Portugal en la batalla de Alcazarquivir, en Africa, reino de Fez, dada á 4 de agosto de 1778, ascendió al trono de la antigua Lusitania al infante cardenal D. Enrique, siendo proclamado en Lisboa, en medio del luto universal que en toda la nacion habia difundido la gran derrota del ejército portugués, mandado por su desgraciado monarca en los campos africanos. Esta catástrofe encendió en el ánimo de Felipe II el deseo de unir á su corona el reino de Portugal, convencido de que le pertenecia por de-

recho de sangre, como hijo de doña Isabel, primogénita del rey D. Manuel. Fundado en esto pedia ser declarado sucesor, en atencion á la avanzada edad y enfermiza complesion de D. Enrique, para evitar que en caso de que este falleciese se hallase aquel reino espuesto á ser teatro de la guerra civil que encendieran los pretendientes á la corona. Entre los muchos que se creian con derecho semejante al de Felipe se contaba Antonio, Prior de Ocrato, hijo espurio de Luis, hermano de Enrique, habido de una manceba, de padres judíos é ínfimos mercaderes, el cual se valia de cuantos medios le sugeria su imaginacion para empuñar el cetro; conducta que irritó al monarca portugués, en tal manera que poco satisfecho con no declarar inmediato sucesor del trono á tan indigno pretendiente, le mandó salir desterrado del reino. Quedaba sin resolver el grave y complicado negocio que sublevaba tantas ambiciones: en este caso D. Enrique mandó juntar Córtes en Lisboa, y en ellas se acordó citar á los pretendientes, á fin de que cada uno espusiera sus derechos. Atendiendo al mismo tiempo á que el rey prometia corta vida, para salvar al reino de las turbulencias consiguientes á la falta de su cabeza, en secreto se nombraron cinco personas que en la vacante gobernasen, hasta que fuese declarado solemnemente el sucesor. Eligiéronse además cinco jueces para que decidiesen la causa de la sucesion en caso de que Enrique falleciese antes de concluir el pleito. Con tales acuerdos se cerraron ó disolvieron las Córtes, quedando la gran cuestion mas enredada que antes, pues fluctuando entre el ódio y el miedo, los que debian aclararla, ni admitian al rey D. Felipe, ni tampoco se atrevian á negar sus derechos. Mientras esto pasaba y el monarca español solicitaba, prometia, y se valia por último de varios medios para ser declarado sucesor á la corona de Portugal, sin recurrir al violento medio de las armas, el caduco y valetudinario D. Enrique tuvo la debilidad de declarar su accion á Antonio Prior de Ocrato, contra quien antes se mostró tan implacable, observando entonces las leyes que escluyen de la corona á los espurios. Al mismo tiempo convocó Córtes en Almeirin, para que en ellas se eligiese por los votos de los Estados el legítimo sucesor. Y ya que por su quebrantada salud no pudo asistir al congreso, deseoso de evitar los males que preveia se originarian de la discordia, envió personas que diesen á entender á los diputados lo mas conveniente que seria conferir el reino á D. Felipe de buena voluntad, para evitar los males de la guerra y atender al bien del Estado. Esta indicacion produjo tal discordia, que los unos, entre quienes se contaban muchos obispos y grandes del reino, se manifestaron á favor del monarca español, y el estado general ó llano, partidario del Prior de Ocrato, queria que el Rey mandára que el pueblo usára del derecho que le pertenecia, y la eleccion del sucesor fuese por votos. Agitábase esta cuestion cuando he que D. Enrique, agobiado de achaques, y aun de la edad, falleció á los 59 años de edad y 17 meses de reinado, en 31 de enero de 1580, precisa-



Urrabieta inv.ᵒʳ y lit.ᵒʳ Lit. de J. J. Martinez. Madrid.

ALZANDO UN ZAPATERO

su pañuelo por bandera en la punta de una pica, proclama en Santaren Rey de Portugal al **Prior de Ocrato** que disputaba á **Felipe II** la corona. (Año 1581.)

mente el dia de su nacimiento. Así acabó en él la línea masculina de los reyes de Portugal, que descendia del conde Enrique.

Con el mando de los gobernadores del reino comenzó entre ellos la discordia, y con ella se retardó la resolucion del negocio vital, cual era la declaracion de sucesor á la corona. Todo era en Portugal confusion y trastorno, y todo se dirigia por impulso de la multitud, que apasionada y ciega comunmente, al paso que no comprende la gravedad de las cuestiones ni la dificultad de resolverlas, acrece su insolencia y revuelve y perturba la república. Pretendia Antonio el trono, sostenido por la plebe, resuelto á tomarle por la fuerza, si de grado no se le otorgaban, y los gobernadores desavenidos, estando tres ellos de parte de Felipe, nada obraban de comun acuerdo ni con tino. Unos y otros ardian por último en deseos de guerra, y á todos les faltaba lo necesario para hacerla, en tanto que el hijo de Cárlos V tenia prevenidas armas, ejército, armada, víveres y dinero. Nombró generalísimo al viejo duque de Alba, y le mandó que inmediatamente se pusiera en campaña, como lo hizo, y el Rey mismo fue á Badajoz, en el mes de mayo, revistó el ejército, y Yelves y Olivenza se entregaron desde luego á los españoles. En tanto se presentó el Prior de Ocrato en Santaren, acompañado de sus principales y mas influyentes amigos y la multitud le recibió con aplausos, enagenada de gozo, y allí mismo un zapatero, que al intento se hallaba sobornado, levantando un pañuelo en la punta de una pica, lo tremoló á guisa de bandera, proclamando en alta voz á Antonio Rey de Portugal. La turbulenta muchedumbre le aclamó y saludó por su monarca, le introdujo en la casa de ayuntamiento, y en la sala consistorial le prestó juramento de obediencia y lealtad. De allí, seguido de la plebe pasó el Rey de farsa á Lisboa, donde el pueblo le recibió y proclamó con igual frenesí que el de Santaren, cuyo ejemplo siguieron otras ciudades y muchos gobernadores de las fortalezas. De este modo se encendió entre España y Portugal, ó mejor diremos entre Felipe y Antonio, la sangrienta y encarnizada guerra en que tanto habia de figurar y distinguirse la Marina Real española.

Mientras que el duque de Alba se internaba en Portugal, y se le rendian los pueblos y las fortalezas á cuya vista se presentaba, el marqués de Santa Cruz, D. Alvaro de Bazan, salió del Puerto de Santa María con una armada de sesenta galeras, treinta navíos grandes y algunos pequeños, y habiéndose apoderado de varios puertos llegó á Setubal, á tiempo que el duque combatia la fortaleza. Su gobernador, viéndose estrechado por todas partes, la entregó capitulando honrosamente, y en poder del invicto Bazan quedaron tres navíos portugueses que en socorro de los sitiados acababan de llegar al puerto. Allí se embarcó el ejército español en la armada del marqués, navegó para Cascaes, de que se apoderó, habiéndole abandonado sus habitantes, y el ejército enemigo que mandaba Diego de Meneses emprendió la fuga. Su general se encerró en la fortaleza con veinte compañeros, pero aterrados á la vista de la artillería del

duque de Alba, abrieron las puertas para vivir ó perecer, á merced del vencedor. Meneses quedó prisionero, el gobernador del castillo fué ahorcado, y los demás destinados al remo de las galeras españolas.

La noticia de estos sucesos consternó á Lisboa, y el pretendiente Antonio, al principio confuso, falto de consejo, é incitado por el torpe y ciego populacho, recurrió por último á la temeridad de salir al encuentro del duque de Alba, para probar fortuna en el campo de batalla, desoyendo al juicioso magistrado de la capital del reino, que á la entrega le exhortaba. Donde quiera que el ejército español se presentaba en vez de resistencia encontraba sumision. El victorioso duque marchó á Caboseco, isla fortificada en la embocadura del Tajo, y hallándola desierta por la fuga de la guarnicion, se apoderó de ella. La fortaleza de Belen y los navíos portugueses fondeados en medio del rio impedian la entrada de la armada española en el puerto. Sin embargo, despues de algunas lides poco empeñadas por parte del enemigo, unas cuantas descargas de nuestra artillería bastaron para ahuyentar aquellas naves, el alcaide del fuerte se apresuró á entregarle, el que defendia la antigua torre en la ribera opuesta la evacuó intimidado, y así quedó todo espedito á nuestras armas.

Diez y seis mil hombres, cobardes, indisciplinados, acostumbrados á desobedecer, dignos soldados de un general sin táctica, sin conocimientos militares y sin el talento y la energía que en casos tales se requiere, manteniéndose con el insubordinado ejército á la otra parte del rio de Alcántara, cuyo nombre toma de un puente, aparentaba hallarse resuelto á vencer ó morir, de lo que estaba muy ageno. Poco tardó en trabarse la pelea: en medio de ella corrió entre los desorganizados portugueses la voz de que habia sido tomado por los españoles el puente, donde se habia empeñado la pugna, y todo fué confusion y espanto entre la gente de Antonio. Revuelto este entre la turba de los fugitivos, llegó así á la ciudad, y al entrar en ella fué atropellado por los suyos quedando herido de la cabeza. Vuelto en sí se escapó por otra parte acompañado de unos cuantos, despues de haber puesto en libertad á los criminales que se hallaban encarcelados. El duque de Alba en medio de su triunfo dió la señal de él á la armada española, y acometiendo esta á la enemiga se apoderó de ella á poca costa. A esta victoria fué consiguiente la entrada triunfal de los españoles en Lisboa. La severidad del Duque cumpliendo con las prevenciones del Rey Felipe pudo salvar del saqueo á la capital de la antigua Lusitania, pero la soldadesca del ejército victorioso, desparramándose por las casas de campo, que eran muchas y opulentas, y por los arrabales, populosos cual ciudades, y allí ejerció el pillaje, por espacio de tres dias. No faltan historiadores que de tales escesos acusen al duque de Alba atribuyéndole indulgencia con la tropa. Ni la de marina se abstuvo de saquear los edificios situados en las márgenes del rio, despues del saqueo de la armada portuguesa. Tales fueron las consecuencias de la batalla que en 25 de agosto de 1580 decidió, digámoslo así, el pleito de

sucesion á la corona de Portugal, ciñéndola en las sienes de Felipe. De los enemigos murieron poco mas de seiscientos, y unos ciento de los vencedores. Al tercer dia de la ocupacion de Lisboa por los españoles, llegó una armada que venia de América con cuatro millones de reales, habiendo salido á su encuentro D. Alonso de Bazan hermano de D. Alvaro, con algunos navíos.

El Prior de Ocrato, abandonando en breve las ciudades donde entraba fugitivo y perseguido por nuestras tropas, se acogió á Viana, de allí fué mudando de guaridas, y por último, se disfrazó para andar errante y de incógnito como un perdido aventurero. Así permanecia, entrado ya el año 1581, para tomar el partido que le sugiriese el estado de cosas ó el giro que estas tomasen, confiado en el apoyo de la plebe, pues tanto era el de esta á su persona, que á pesar de haber ofrecido por su cabeza ochenta mil ducados el Rey Felipe, imponiendo pena de muerte á cuantos le acogiesen ú ocultasen, nadie hubo que á denunciarle se moviera. El espurio pretendiente habia atraido á su partido las islas Terceras, á escepcion de la de San Miguel, por lo cual no estaba la guerra terminada todavía. Dueño ya de Portugal el hijo de Cárlos V, al mismo tiempo que se puso en camino para Lisboa envió con cuatro navíos y tropas á Pedro de Valdés, ya para que protegiese á los habitantes de la isla de San Miguel, y ya tambien para que recibiese los navíos que venian de la India, prohibiéndole que emprendiese cosa alguna contra las otras islas antes que se le juntasen mayores fuerzas que en breve le seguirian. Mas bien sea que Valdés estuviera ansioso de anticiparse á ganar la victoria que para otro se hallára reservada, ó bien que se viera incitado por una ocasion que propicia le pareciese, lo cierto es que en lugar de atenerse á lo que le estaba mandado, acometió por su desgracia á los habitantes de la isla Tercera, donde hizo desembarco. En el ánimo de los isleños ejercia gran influencia un fraile Agustino que les dirigió en la pelea. Ocurriósele poner como vanguardia de la gente una gran torada, cuyos feroces animales, agarrochados y sueltos de improviso contra los castellenos que en frente estaban formados, los acometieron y desordenaron haciendo en ellos grande estrago, que subió de punto, cargando luego los isleños contra sus enemigos. Cuatrocientos de los invasores murieron en tan estraño combate, y unos treinta de los de Antonio. La derrotada gente de Valdés se acogió como pudo á sus naves, arredrada y quejosa de la temeridad de su gefe. Pasados unos dias llegó cerca de las mismas islas la armada de Indias; y habiendo recibido noticia muy confusa de lo que pasaba en Portugal, en tanto que el comandante deliberaba sobre el rumbo que debia tomar, los marineros se conjuraron, deseosos de ver á sus mujeres é hijos, y volvieron las proas hácia Lisboa. En tal derrota encontró aquella armada Lope de Figueroa, quien mandaba la segunda escuadra que iba á unirse á la de Valdés, y dejándola seguir para Lisboa prosiguió su navegacion y llegó á las islas. Al saber el descalabro de Valdés y que los enemigos se hallaban mas fortificados de lo que se habia creido, sin detenerse levó

áncoras y con su compañero se volvió á las costas de Portugal. A pocos dias de su arribo fué encarcelado Valdés, pero no tardó en recobrar su libertad, indultado por el Rey á ruego de personas elevadas.

El fugitivo Prior de Ocrato escapándose de Portugal en un navío de la Enclusa, refugióse en Francia, y desde allí, merced á la proteccion que halló en aquel gobierno, y el mucho dinero que á los pueblos portugueses exigió y robó en los dias de su efímera dominacion, envió á las islas un batallon de soldados, prometiéndolas que dentro de breves dias iria él en persona con una armada poderosa. Así se preparaban grandes sucesos en aquel punto del Océano, para el año 1582.

Resueltos los portugueses en las Terceras á oponerse á todo trance á la dominacion de sus émulos y adversarios los castellanos, no se descuidaban en aumentar los medios de defensa, temiendo y esperando contínuamente el ataque. Poco satisfechos de la capacidad y conducta del gobernador Cipriano Figueredo, consiguieron que el pretendiente Antonio le separase, enviando en su reemplazo á Manuel de Silva con amplísimos poderes. Fluctuaba en tanto Felipe II entre los opuestos dictámenes de sus ministros acerca de las islas Terceras, sin determinar cosa alguna, cuando hé que tuvo noticia de que en Francia se disponia una armada. Entonces mandó juntar navíos, reclutar tropas, y preparar lo demás necesario para la guerra. Encargó la direccion de todo al primer marqués de Santa Cruz, quien acelerando los preparativos con su natural actividad y acierto, á poco tiempo, á mediados de junio, se hizo á la vela desde Lisboa con veinte y seis navíos y doce galeras que estaban fondeadas en el Tajo, sin aguardar otra escuadra que en Sevilla se disponia á toda priesa y habia de incorporársele. Iban en aquella armada seis mil soldados, con D. Lope de Figueroa, D. Francisco Bobadilla, y muchos nobles voluntarios.

El Prior de Ocrato juntó en Nantes sesenta naves bien pertrechadas, y guarnecidas de gente armada, que ascendia á unos seis mil hombres, y asistido del obispo de la Guardia, y el conde de Vimioso, siendo almirante Felipe Estrozi, M. Brisac su teniente, y Baumont general de las tropas, á las cuales se agregaron como aventureros muchos individuos de la nobleza francesa, partió de aquel puerto, y en 15 de julio llegó con su armada á la isla de San Miguel, donde echó en tierra alguna gente, cuya primera hazaña fué el saqueo de la aldea de la Laguna. Tan pronto como tuvo noticia de esto el gobernador de la isla, D. Lorenzo de Noguera, salió al encuentro de los invasores, hubo escaramuzas, y huyendo los portugueses se retiró Noguera herido mortalmente al castillo de Punta-Delgada, donde murió luego.

A 22 de julio arribó el marqués de Santa Cruz á Villafranca, y sabiendo que la armada francesa estaba cercana, convocó á consejo los principales cabos para deliberar si habia de dar ó no la batalla. Varios fueron los dictámenes, mas al fin prevaleció el de la afirmativa, porque estando en el caso de no poder evi-



tarse el combate, mengua fuera de la honra española no decidirse á vencer ó morir con honra. No menos dispuestos y animados para el combate estaban los de Antonio, particularmente los capitanes franceses, confiados en alcanzar victoria si entraban en pelea antes que se juntase toda la armada española, bien que algunos comandantes de navío eran de opinion contraria. Conocido era no obstante el peligro á que los españoles se arrojaban, y la ventaja que sobre ellos tenian sus contrarios, cuando estos contaban con dos navíos para cada uno de los otros, de modo que si la victoria se declaraba por Antonio, á la pérdida de las islas por Felipe se corria el riesgo de perder tambien á Portugal, que se sublevaria tan pronto como allá se recibiese la noticia de que la armada del Prior de Ocrato habia vencido.

Resueltos unos y otros á pelear á todo trance, Bazan y Estrozi dieron con igual presteza sus disposicioees y presentaron la batalla; mas al tiempo de acometerse aflojó el viento y la calma impidió el combate. Al siguiente dia 24, sin trabarse todavía la pelea formalmente, hubo algunas escaramuzas de cuyas resultas se sumergió un navío francés, sin pérdida alguna de los nuestros. Al tercer dia, ó sea el 25, sobrevino una tormenta que separó de la armada española dos navíos, impidiendo que volvieran á juntarse, y el 26, sosegado un tanto el mar, y todo ya dispuesto por parte del marqués de Santa Cruz, siendo este y Figueroa y Bobadilla los primeros en arrojarse á la pelea, acometieron con denuedo incomparable al enemigo. A su encuentro salieron Estrozi, Brisac, y otros que los seguian, trabándose al punto la lid con tanto ardor y valentía que, muy cerca las naves unas de otras, en breve rato se consumió una inmensa cantidad de pólvora y de balas, bien que la formidable artillería española, superior en calibre á la francesa, hizo tal estrago en los navíos contrarios que muy luego dos de ellos se retiraron casi destrozados. El que Brisac mandaba se hundió y desapareció, á causa de la mucha agua que hacia, y él se salvó trabajosamente en una lancha. En medio de los rasgos de valor y las hazañas que los de una y otra armada hicieron brillar en aquel dia, el heróico D. Alvaro de Bazan se distinguió singularmente, pues tomó la capitana francesa peleando cuerpo á cuerpo, en tanto que Figueroa echaba á pique otro navío, que Eraso y Bobadilla imponian y arredraban de tal suerte á los contrarios que se mantenian á mas de regular distancia, sin atreverse á pelear de cerca, y que los no menos valientes Miguel Oquendo, Garugarza, Beniria, Cardona, Pardo, Guevara, Viveros, Bastida y Villaviciosa, dignos españoles cuyos nombres se hicieron inmortales en aquella célebre jornada, ayudados de los demás capitanes, no menos valerosos que sus caudillos principales, lidiaban tan intrépidamente que se hicieron partícipes de la esclarecida victoria que al fin ganó la armada nuestra. En el calor de la batalla hubo un incidente en que se prueba el funesto poder del miedo cuando llega á sobrecoger al corazon humano. El capellan del navío, en que Figueroa peleaba, hombre que en varias espediciones navales se habia

hallado, concibió tan súbito terror que bajo cubierta, en recóndito lugar, le encontraron muerto, sin lesion alguna, como si la sangre se le hubiese helado en las venas. En la pelea murió Beaumont. Desde su capitana fué trasladado Estrozi á la española, donde falleció de las heridas y al tercer dia el conde de Vimioso que iba en el mismo navío. Los prisioneros fueron mas de trescientos, entre ellos ochenta caballeros, de los cuales treinta eran ilustres y poderosos por por los Estados que poseian. Ocho grandes navíos franceses se sumergieron con dos mil hombres que los defendian. Parte de la vencida armada se fué trabajosamente al puerto de Angra, donde el pretendiente Antonio, lejos del mar de batalla, á que no concurrió, aguardaba impaciente la noticía del éxito de ella; y parte huyó á Francia, á donde por último entre unas y otras arribaron solas diez y ocho velas maltratadas. No faltó luto sin embargo en la triunfante armada española, pues la victoria fué á costa de la vida de doscientos hombres, en cuyo número se contaron Cristóbal de Eraso y Villaviciosa, pasando de quinientos los heridos que fueron conducidos á Villafranca, donde muchos de ellos fallecieron (1).

Custodiados por buena escolta mandó el Marqués que los prisioneros fuesen

(1) Entre las varias relaciones publicadas acerca del memorable combate naval, en que la Armada española derrotó á la del Prior de Ocrato en las islas Terceras, es digno de atencion el romance que compuso D. Alonso de Ercilla, atendida su naturalidad, soltura, y gracia en la parte descriptiva, por lo cual le insertamos, copiado literalmente, de un escrito que se conserva en el Archivo de la casa del Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz, quien al efecto ha favorecido al redactor de este tomo, facilitándosele con algunos otros datos de que se hace mencion oportuna.

ROMANCE.

A los veinte y dos de julio (*a*)
domingo por la mañana,
á vista de San Miguel
cerca de Punta-delgada,
doce millas una de otra,
se descubren dos armadas
de naves y galeones,
bajeles de muchas almas,
la una del gran Felipe,
otra de la inquieta Francia,
en número desiguales,
pero de igual esperanza:
sesenta son las francesa,
veinte y cinco las de España (*b*),
mas el valor de las pocas
despreciaba la ventaja.
Del Marqués de Santa Cruz
eran estas gobernadas;
las mas de Felipe Estrozi
grande Marichal (*c*) de Francia.
Los dos generales luego,
como ambiciosos de fama,
puestas en órden sus naves
se presentan la batalla,
y como diestros corsarios,
con las velas amuradas

(*a*) Ercilla incurre aquí en un error, pues el 22 de julio fué el de la llegada del Marqués de Santa Cruz á la isla de San Miguel, y el 23 empezó el combate.

(*b*) Aquí tambien padece equivocacion, pues nuestras naves eran allí treinta y seis.

(*c*) *Marichal* por marechal, palabra francesa que quiere decir mariscal.

desembarcados en aquel punto, y luego les impuso la pena de muerte tratándolos como á piratas, enemigos públicos y perturbadores de la paz que bajo pactos inviolables habia entre los reyes de España y Francia. Al pronunciar el general victorioso sentencia tan terrible se estremecieron los mismos españoles, que depuesta despues del combate la natural ferocidad del soldado valeroso durante la pelea, clamaron calificando de barbárie la accion de quitar la vida y aun la honra á los que como guerreros valientes habian lidiado, entre los cuales

el barlovento y el sol
procuran con grande instancia,
y así cerca el uno de otro,
que una milla no distaban,
tirándose cañonazos
los dos barloventeaban,
puesta en su lugar la gente,
llenas de tiros las gavias,
tremolaban las banderas
los gallardetes y fámulas;
mil bélicos instrumentos
cerca y lejos resonaban
y en el agua removida
reverberaban las armas.
Así anduvieron tres dias
sin trabarse la batalla,
que al tiempo del embestir
de miedo el viento calmaba:
pero llegada la hora
de los hados señalada,
para muchos la postrera,
que no volvieran á Francia,
las armadas enemigas
de viento y fuerza llevadas
se embisten con igual ira
pero no con igual causa,
disparando los cañones,
culebrinas y bombardas,
pasamuros y pedreros,
picas gruesas de campaña.
La gran máquina del cielo
de arriba desencajada
parece venirse abajo
y arder toda en pura llama;
mas por entre humo y fuego
las naves ya barloadas,
hecho el efecto la pólvora
vinieron á las espadas,
y allí la furia francesa
y la cólera de España
se concertaron bien pronto
trabándose la batalla.
Cruda, sangrienta, furiosa,
igualmente porfiada,
viéronse golpes estraños,
heridas desaforadas,
cabezas aun boqueando,
de los hombros apartadas,
otras hasta el pecho abiertas
brazos y piernas cortadas,
cuerpos muchos magullados,
otros pasados de lanzas,
otros quemados de fuego,
otros muertos en el agua;
y con tempestad furiosa
llueven de las altas gavias
balas, piedras, lanzas, dardos,
armas de peso arrojadas,
ardiente pez y resina,
y bombas alquitranadas,
mil fuegos artificiales
que al mismo mar abrasaban.
La roja sangre caliente
comenzó á teñir el agua.
El Marqués de Santa Cruz
que todo sobre él cargaba,
como capitan prudente
listo y solícito andaba,
cuando á proa cuando á popa,
de aquesta y estotra banda;
con obras y con palabras,
haciendo apretar á muchos
los dientes y las espadas.
A esta hora *San Mateo*,
que era la nao Almiranta,
tres gruesas naves francesas
estaban de ella aferradas,
y con ímpetu furioso
le daban espesa carga
pero el buen Marqués que á todo
con ojos de Argos miraba,
viéndola por todas partes

se contaban no pocos varones nobles. Algunos de los caudillos españoles sumamente conmovidos con tal clamor, humanos mas que severos intercedieron con el marqués de Santa Cruz, implorando el indulto á favor de tantos desdichados: pero el inflexible Bazan, al paso que rígido observador de los preceptos que su Monarca le impuso mediante régias instrucciones, de que no podia apartarse, respondió á los piadosos intercesores que el Rey de Francia tenia decretado que con pena capital se castigára á cualquiera súbdito suyo que contra el español hiciese armas. En un cadalso levantado en medio de la plaza perdieron los nobles la cabeza, y los demás, de la clase de soldados, fueron ahorcados en diversos sitios. ¡Horroroso espectáculo que hizo verter llanto á los españoles, detestando rigor tan estremado pues rayaba en crueldad!

Durante aquellas sangrientas escenas mandó el vencedor de Estrozi que fuesen reparadas sus naves, y con ellas se dirigió á la isla del Cuervo, para recibir y custodiar las que de América se aguardaban. Solas dos comparecieron, y recibiéndolas volvió las proas para Lisboa, en tiempo que el mar se embravecia. Apenas hubo arribado le admitió Felipe II á su presencia con singulares demostraciones de alegria, y de distincion y aprecio de su persona.

La derrota de la armada del pretendiente al trono de Portugal no bastó para que este desistiese en su porfía loca y temeraria. Desde Francia, á donde se habia acogido nuevamente, por medio de sus infatigables y diligentes emisarios se dedicaba á juntar caudales, valiéndose al intento de cuantos fraudes, artificios

del enemigo apretada,
despreciando sus contrarios
y la contienda trabada,
haciendo virar las velas,
dando al timon á la banda,
dellos se deshace y vuelve
á socorrer la Almiranta,
que como alana entre gozques
rompe por ellos y pasa,
embistiendo á los franceses
que ya de verlo desmayan.
Mas D. Lope encarnizado
del socorro le pesaba,
pues de la honrosa victoria
quisiera solo la fama.
En esto por todas partes
andaba igual la batalla
y la mar toda cubierta
de sangre, de gente y armas.
Era espantoso el estruendo
y el rumor de la batalla,
tanto arnés despedazado
y rota tanta celada;
tanta voz, tantos heridos
que á un mismo tiempo espiraban,
y allí algunos medio vivos
peleaban en el agua.
Mas con gran furia á esta hora
que ya de cinco pasaban
que se comenzó el combate
y duraba la batalla,
la fortuna de Felipe
atropelló á la de Francia,
que el valeroso Marqués
á fuerza de pura espada
venció de los enemigos
la Almiranta y Capitana,
prendiendo á Felipe Estrozi,
que en viéndole rindió el alma,
y al ver los demás franceses
la victoria por España,
de los desmayados brazos
se les cayeron las armas
y abren el paso á los nuestros
por medio de las gargantas.

y astucias le dictára el deseo de volver á la contienda; y á pesar de que la Reina madre del monarca francés, que antes fué su disimulada protectora, se mostraba ya con él en cierto modo indiferente, consiguió reclutar y embarcar para la isla Tercera dos mil quinientos hombres, con buenos capitanes, respetable artillería y abundantes municiones. Con esto, y las voces que corrian de que en Francia se disponia además nueva armada para distraer las fuerzas de España, con la esperanza de recobrar á Flandes el duque de Alenzon, se anunciaba para el año 1583 otra campaña naval, en que la Marina real española hiciera nuevamente ostentacion de su poder y sus glorias.

Así que Felipe II tuvo noticia de los armamentos que se hacian al otro lado del Pirineo, ordenó al marqués de Santa Cruz que con premura habilitase la armada, á fin de sujetar las islas Terceras de tal manera que en adelante no volviesen á ser causa de guerra. Era Lisboa el punto de reunion de las fuerzas navales que para la nueva empresa marítima juntaba la España, y allí condujo D. Miguel de Oquendo trece navíos de Guipúzcoa y seis pataches, los cuales se incorporaron con las naves que en aquel gran puerto habia ya prevenidas, y eran diez y siete navíos, doce galeras, dos galeazas y diez y siete buques menores, componiendo así la Armada un total de sesenta y siete velas, en que se embarcaron diez mil hombres entre españoles, portugueses, italianos y alemanes, la mayor parte de los primeros. Acompañaban al marqués de Santa Cruz los maestres de Campo D. Lope de Figueroa, D. Francisco de Bobadilla, el conde de Lodron, y otros capitanes. Salió la Armada de Lisboa á 23 de junio, y entonces navegaron por primera vez en alta mar doce galeras de velas cuadradas y un tercer mástil en la popa. La armada francesa arribó en tanto á la Tercera, que en nombre del Prior se hallaba ocupada por Manuel de Silva, hombre perverso, de triste fama por su rapacidad y tiranía. En aquella isla, que es la mayor de todas las del grupo, y estaba guarnecida por mil franceses é ingleses y tres mil portugueses, divididos en compañías, desembarcaron las recien llegadas naves mil y doscientos soldados que mandaba Mr. de la Jata, caballero de Malta. En 3 de julio llegó felizmente la armada nuestra á la isla de San Miguel, cuyo gobernador por Felipe II era el maestre de campo D. Agustin Iñiguez de Zárate, y dividida en dos escuadras la una surgió en Punta-Delgada, y la otra en Villafranca. Desde aquí envió inmediatamente el marqués de Santa Cruz á la Tercera un decreto del Rey en que á todos se concedia el perdon de sus delitos; pero Silva, lejos de publicarlo, ocultólo recibiendo al correo con sumo desprecio y amenazándole de muerte si lo dilvulgaba, para que los portugueses, ignorando que ninguna pena tenian que temer, no prefiriesen la paz á la guerra.

A consecuencia hizo vela el Marqués para la Tercera, á donde arribó en 24 de julio, dió fondo en San Sebastian, cuatro leguas de Angra, hizo dar vuelta á toda la isla para reconocerla, y viendo que el puerto mas cómodo para el des-

embarco era el de las Molas, en consejo de guerra se acordó que allí se efectuára. En tanto, para dividir y distraer las fuerzas de los enemigos, dispuso el General español que partiesen algunos buques, y en distintos puntos se tocasen trompetas fingiendo señal de acometidas. Desembarcó la tropa el 26 por la noche en número de cuatro mil hombres escogidos, en una costa llena de escollos, asperísima, defendida por tres fortalezas con trescientas piezas de artillería de diferentes calibres. La fuerza puesta en tierra iba mandada por los maestres de campo Bobadilla é Iñiguez. Franceses y portugueses habian acudido á embarazar el desembarco, pero el arrojo y valor de los soldados de Felipe, mientras las galeras armadas por el Marqués disparaban á la plaza su artillería, arredraron á los contrarios que en breve retrocedieron, y nuestra gente tomó las trincheras y ocupó las fortalezas haciendo prisioneras las guarniciones, bien que costándonos la pérdida de algunos soldados, junto con un capitan y un alférez.

Habia hecho poner Silva una campana en lo mas alto de un monte para avisarle del peligro, y apenas oyó su tañido, acudió con un gran escuadron al socorro de los que se hallaban en aprieto. Con quinientos arcabuceros de las tropas españolas se trabó la pelea, en que la victoria parecia vacilar por algun tiempo, hasta que el hambre, la sed y el cansancio de los combatientes, al fenecer el dia hicieron terminar tan reñida lid. A favor de la noche huyeron vergonzosamente los portugueses, acogiéndose á lo mas fragoso de los montes, y el francés al verse en tal manera desamparado de ellos se retiró tambien allí, para poner su gente á salvo. A la fuga de los contrarios fué consiguiente la ocupacion del pueblo que habian abandonado, donde habia mucha abundancia, y luego que los vencedores tomaron algun descanso, marcharon á Angra, capital de la isla, en cuyo camino se quedaron algunos muertos víctimas del ardor del sol y la falta de agua. Hallaron la ciudad abandonada de los habitantes y de la guarnicion la fortaleza. En recompensa de tantas proezas y fatigas se permitió el saqueo de la isla por tres dias al soldado.

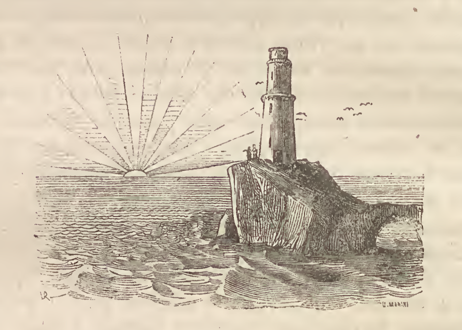
Mientras que el invicto Bazan marchaba con su ejército á la ocupacion de Angra, la armada salió de donde estaba anclada, entró en el puerto cañoneando á treinta y un navíos franceses y portugueses, que en él estaban fondeados, y se encontró con la novedad de que sus tripulaciones los habian abandonado para acojerse tambien á los montes, llevándose todo lo mejor; de modo que en ellos solo se hallaron cosas de poca importancia. Entre las naves apresadas se hallaron cuatro guipuzcoanas que en el año anterior tomaron los piratas franceses. Contábase como parte del fruto de la victoria mas de mil quinientos cautivos que tenian los contrarios, trescientas diez piezas de artillería de batir y de campaña, de bronce y hierro, y gran cantidad de municiones de boca y guerra, así en los navíos como en los fuertes. El cobarde cuanto malvado Silva tan pronto como conoció el riesgo que corria, procuró ponerse en salvo disfrazado,

pero los portugueses recelando su intencion no le perdieron de vista, resueltos á impedir su fuga.

Desesperando ya el aventurero Jata de recobrar la isla, por cartas se dirigió á D. Pedro de Padilla, que con él habia militado en Malta, á fin de que mediando con el marqués de Santa Cruz alcanzase de este permiso para retirarse, capitulando honrosamente. En consejo de guerra se trató este asunto, y el General español, conformándose con el dictámen de los capitanes acordó el perdon á los franceses, considerando que militaban bajo la potestad real, segun constaba de las cartas y despachos que se les hallaron: mas las condiciones no fueron para ellos tan honrosas como su caudillo deseaba, pues se les impuso la de que viniesen á los reales y entregasen las armas, banderas, municiones y demas artículos de guerra, escepto las espadas con que ceñidas debian sin demora retirarse. El triunfante Bazan cuando Jata pasó á saludarle, tuvo la galantería de recibirle con singulares demostraciones de urbanidad y benevolencia.

Con parte de la armada habia ido D. Pedro de Toledo á la isla de Fayal, que se hallaba asegurada con una guarnicion de franceses, y al punto despachó á Gonzalo Pereira, habitante de la misma isla, para que noticiase á Antonio Guedes, gobernador de ella, lo ocurrido en la Tercera, y le persuadiese á la entrega. El bárbaro partidario del Prior de Ocrato, lejos de usar con Pereira los respetos y consideraciones debidas á la persona que representaba, despues de ultrajarle de palabra, por su propia mano le quitó la vida. La tardanza en volver el enviado hizo que Toledo recelára la atrocidad cometida por Guedes, y sin detenerse desembarcó en la isla. El enemigo entró en pelea, mas en breve se retiró á la fortaleza, viéndose con fuerzas inferiores á las españolas, y consecutivamente hizo la entrega, bajo igual pacto que los que en la Tercera se rindieron. El infame Guedes fué preso, y como en justo castigo de su crímen, por sentencia de Toledo, le cortaron las manos y fué colgado en la horca, atado de un brazo: sentencia, si bien se examina, tan bárbara como la accion del delincuente, pues bastára para la espiacion que en el patíbulo pereciera. No quedó impune la obstinacion de los de la isla, por cuanto esta fué saqueada. La guarneció D. Pedro de Toledo con doscientos hombres, capitaneados por D. Antonio de Portugal, y proveyendo lo necesario para su gobierno regresó luego á la Tercera. En tanto envió tambien el marqués de Santa Cruz á Valderrama á la isla Graciosa, y á D. Hugo de Moncada á las de Pico y Cuervo, y con poca dificultad las redujo á la dominacion española. El tiranuelo Silva se valió de varios ardides para fugarse, pero tuvo la desgracia de que una esclava negra revelase el sitio donde se hallaba oculto, y llevado á presencia del General español, se le juzgó en consejo de guerra. A consecuencia fué decapitado, y su cabeza enclavada en un alto madero, en el mismo sitio en que él habia hecho poner la de Melchor Alfonso por su fidelidad á Felipe II, pareciendo que la Providencia le habia reservado para que en tal manera satisfaciese á la vin-

dicta pública. Igual suerte cupo á Serrada, otro de los cabecillas de insurgentes, por haber hecho enormes exacciones y saqueado las islas de Cabo Verde. Entre otros de los mas delincuentes que fueron ahorcados, se contaba Amador de Vieira. Enviado este por el Rey Felipe para ofrecer su proteccion á los que se le manifestaban adictos, fué tan pérfido que para adquirirse la gracia de Silva le delataba cuantos se mostraban partidarios del Monarca español, y al punto eran víctimas de la ferocidad del intruso gobernador de la Tercera. Los franceses que antes del convenio cayeron prisioneros, fueron condenados al remo; y todos los que posteriormente se entregaron salieron para Francia bajo la salvaguardia de los españoles. Terminó el primer marqués de Santa Cruz su gloriosa espedicion dejando en la isla una guarnicion de dos mil soldados escogidos, bajo el mando de D. Juan de Urbina, caudillo distinguido por su intrepidez y génio activo, y haciendo luego vela de regreso para España, con su armada victoriosa arribó venturosamente á las costas de Andalucía, dando ocasion de grandes fiestas públicas con que en toda la monarquía se celebró el triunfo de nuestra marina militante.





CAPITULO VIII.

Preparativos de guerra contra Inglaterra, á consecuencia de los auxilios y proteccion que Isabel, reina de aquella nacion, dispensaba á los enemigos de la España.—Proyecta Felipe II la invasion en la Gran Bretaña, descubre su intencion la reina Isabel, y se prepara á la ofensiva y defensiva.—Preséntase el corsario Francisco Drake delante de Cádiz en abril de 1587, é intenta la toma de aquella plaza, cuya defensa le obliga á retirarse.—Dirijese á las Azores, apresa un navío español que venia de las Molucas, y pasa á ejercer el corso en los mares de América.—Aprestos para la gran Armada española que se denominó *Invencible*, confiados al marqués de Santa Cruz.—Muere este en Lisboa, de pesar por la ingratitud de Felipe II, y le sucede en su elevado cargo el Duque de Medinasidonia.—Reúnese en Lisboa la grán Armada.—Estado y relacion circunstanciada de ella.—Disposiciones en Inglaterra contra nuestra formidable Armada.—Hácese esta á la vela á últimos de mayo de 1588, y empieza á verse combatida de tormentas que se oponen á su navegacion.—Entra en 19 de julio en el canal de San Jorge, y descubre la Armada inglesa.—Combate parcial, á que suceden otros varios, en que varios capitanes españoles dan señaladas pruebas de valor.—Hábil táctica naval de los ingleses, causando grave daño á nuestras naves, al paso que evitaban entrar en batalla general.—Maltratada la Armada española por las tormentas y los ataques parciales de los enemigos, va á fondear en Cales.—La inglesa recibe un refuerzo considerable y toma la ofensiva.—Intenta quemar nuestras naves acometiéndolas con brulotes incendiarios.—Introducen en ellas la confusion, y en medio del desórden, el furor de las borrascas y el fuego de la artillería enemiga, hacen á un tiempo estragos espantosos en la Armada que se llamó Invencible, á pesar del heróico valor de nuestros marinos.—Dispersion de nuestra Armada, salvándose una parte de ella que volvió á las costas españolas.—Serenidad de Felipe II al darle la noticia de este desastro.—Observaciones sobre esto y las causas de la pérdida de la Armada.

En la lucha tenaz que los Paises-Bajos sostenian para emanciparse de la dominacion española, no pudiendo alcanzar socorros de la Francia, harto combatida entonces por las turbulencias de la famosa Liga de los grandes de aquel reino, acudieron con tal demanda á la Gran Bretaña, en 1585, por medio de una embajada, prometiendo á la Reina Isabel que admitirian las condiciones que á

trueque de su apoyo les dictára. Sucedia esto en tiempo que la Inglaterra acababa de dar leyes de proscripcion contra los católicos y particularmente contra los jesuitas, y que no contenta con auxiliar las insurrecciones de los religionarios de Escocia se coligaba con los reformados de Holanda, y daba asilo á los hugonotes de Francia, espulsados por la sangrienta jornada de San Bartolomé. Isabel de Inglaterra era, en fin, el broquel de la religion protestante, así como Felipe la espada de la fé católica. En tales circunstancias, temiendo con fundamento los ingleses que si llegaba á terminarse la guerra de Flandes, los españoles se vengarian de los agravios que hasta entonces habian tenido que disimular, se propusieron abatir en aquellos dominios la potencia española, que tan formidable se presentaba á la Europa toda, desde que á su imperio, mucho tiempo hacia poderoso, habia incorporado el reino de Portugal; y así es que se determinaron, como hacen comunmente, á fomentar la guerra esterna y alejarla todo lo posible de Inglaterra. En la mente de la astúta y prudente Isabel dominaba constantemente la sábia idea de que á sus pueblos convenia conservar los dominios que poseia, mas bien que adquirir otros nuevos, y por tanto, á pesar de que los flamencos, por medio de sus embajadores, ponian, digámoslo así, un principado á disposicion de la orgullosa Reina, rehusó tan inapreciable presente, bien que acordándoles el poderoso auxilio que pedian, por el cual exigió y la dieron en rehenes nada menos que la plaza de Flesinga, la fortaleza de Ramekens, y Brill, en que puso fuertes guarniciones inglesas. Cinco mil infantes y mil caballos fueron transportados de Inglaterra á Flandes, para que militasen allí á espensas de la Reina, bajo el mando de Roberto Dudley conde de Leicester.

Felipe II por su parte se apresuró á dar grandes y activas disposiciones, para ver de descargar un golpe terrible á la potencia rival, y que debidamente pagára los actos de mala fé con que insolentemente en plena paz, mas de una vez, so color de represalias injustas habia apresado varias naves españolas, que con ricos cargamentos nos venian de las Indias orientales y occidentales. De este modo se empezó á preparar la gran pugna naval, que habia de venir á parar en la destruccion de la marina real de una ú otra de las dos grandes naciones que iban á disputarse el señorío de los mares.

Por mas que el Rey Felipe procurarse hacer con gran cautela y admirable prontitud sus asombrosos preparativos para la colosal empresa que se habia propuesto, disimulando cuanto pudiera el objeto de ella, de todo parece que tenia conocimiento la previsora Isabel, por medio de los muchos y buenos confidentes que mantenia bien pagados en España, Nápoles, Sicilia, Portugal y Flandes (1). Así es que á la par que el hijo de Cárlos V levantaba su colosal armada,

(1) Muchos son los hechos que se cuentan con respecto al espionaje de que la Reina Isabel se valia en aquellas circunstancias. Entre ellos merece referirse aquí el siguiente, tal como fué publicado por el famoso corsario inglés Francisco Drake.

«Walsinghan, dice, supo de Madrid, que Felipe habia declarado en su consejo, que habia despachado un

la nacion inglesa acrecentaba la suya y preparaba sus medios de defensa. Comprendian muy bien los britanos que era de vida ó muerte aquella cuestion en que cuando menos iban á jugarse todas sus libertades, de que en sumo grado son celosos. La Reina daba el ejemplo, y los súbditos le siguieron. La defensa salia enteramente armada del seno de aquella tierra en peligro; y en las costas amenazadas por la España, en el mar que habia de conducir al enemigo, en todas partes se veian combatientes.

Al mismo tiempo ordenó la infatigable Reina que Francisco Drake saliese de Inglaterra con diez galeras y diez y nueve navíos medianos, para recorrer las costas de España, ver de impedir los armamentos que en sus puertos se hiciesen, y procurar la presa de las flotas que viniesen de Indias. A 29 de abril de 1587 se apareció el terrible corsario sobre la bahía de Cádiz, donde entró favorecido del viento, y en que habia catorce galeras y una galeota de la marina española. Atónitos quedaron en la ciudad al ver la audacia y el insulto de Drake, cuando menos lo esperaban; mas el corregidor D. Juan de Vega, mandó inmediatamente cerrar las puertas, y repartiendo la gente en el fuerte de San Felipe, el muelle y la puerta de tierra, despues de otras medidas de ataque y defensa, envió una galeota del Puerto de Santa María á dar aviso al duque de Medinasidonia; en cuyo tiempo Drake con dos lanchas prendió fuego á veinte y seis buques mercantes.

Tan pronto como el de Medinasidonia recibió la noticia que le daba Vega, dictó sus disposiciones poniendo en alarma á los pueblos de la costa, particularmente Sevilla, y Jerez de la Frontera, para impedir el desembarco de los ingleses. Intentábale ya Drake en Cádiz, con gran número de lanchas cuando allí se presentó el duque, pero el vivo y acertado fuego que se les hizo del Puntal les causó algunos muertos y no pocos heridos, obligándoles á retirarse á los

estraordinario á Roma con una carta escrita de su mano, para informar al Papa del verdadero objeto de sus preparativos, y pedirle su bendicion, lo cual hacia por razones que tenia á bien no declarar hasta la vuelta del correo. Mediante este aviso, Walsinghan, por conducto de un clérigo veneciano, á quien mantenia en Roma como espia, adquirió una copia de la carta original, que fué sacada del gabinete del Papa por uno de sus gentiles-hombres de cámara, quien tomó las llaves de la faldriquera del mismo Pontífice, en ocasion que este dormia.»

A esto añade el historiador francés Bouvet de Cressé: «Isabel, segun aquella carta del Rey de España, sabia todos los motivos del armamento que Felipe preparaba para destronarla. De aquí es que ella tomaba de su parte cuantas precauciones le eran posibles para ponerse en estado de defensa; y cada cual cubria sus preparativos con diversos pretestos. Además de las pretensiones en que Felipe se fundaba, siendo el mas próximo príncipe católico, descendiente de la casa de Lancaster, tercer hijo de Eduardo III, hacia valer tambien otro motivo á propósito para alucinar al público: tal era su gran celo por el restablecimiento de la religion católica en los tres Reinos de la Gran Bretaña. Por este medio habia empeñado al Papa Sixto V en su proyecto, cuya ejecucion debia ser tan gloriosa como ventajosa á uno y otro, y para la cual habia de hacer no obstante el mismo Felipe todo el gasto. Sixto V por su parte, únicamente habia de contribuir con lo que los papas han acostumbrado suministrar en ocasiones semejantes, á saber: bulas, votos, oraciones y excomuniones. Para favorecer pues la empresa del Rey de España, fulminó aquel Pontífice contra Isabel una bula, por la cual absolvió ó relevó á sus súbditos del juramento de fidelidad, y daba su Reino al primero que le ocupára. El primero de estos se consideraba á Felipe II, por cuanto estaba dispuesto á aprovecharse del favor de la Santa Sede.»

navíos. El atrevido corsario viendo las prevenciones y la disposicion de los ánimos en Cádiz y su costa, salió de la bahía con su armada, y D. Pedro de Acuña fué en su seguimiento con las galeras; pero contrariadas estas por la calma hubo de contentarse con dar vueltas y estar cañoneando todo el dia á las naves enemigas, sin causarles grave daño, por lo cual volvió á Cádiz. Mientras esto pasaba envió el duque de Medinasidonia aviso al Algarve, las islas Canarias, y á la América, para que estuviesen prevenidos contra la armada de Drake, sin dejar de advertir á los capitanes de las flotas, Alvaro Flores y D. Diego Maldonado los rumbos que habian de tomar para no caer en poder de los ingleses. Frustrado su intento pasó Drake con su armada al Cabo de San Vicente, de allí á las islas Azores, y no pudiendo hacer tampoco en ellas lo que intentaba, á lo menos cogió algun fruto de su arrojada espedicion, apresando el navío *San Felipe*, que venia de las Molucas cargado de especería, y con él volvió á Inglaterra, para hacer luego vela como hizo para Santo Domingo y otros puntos de América, donde cometió los estragos que dejamos en otra parte referidos. Volvamos ahora á tratar de los aprestos que se hacian para la gran armada española.

Promovíalos con su natural eficacia y acierto el ínclito marqués de Santa Cruz, quien por desgracia suya y de la nacion á que tantos dias de gloria habia dado con sus heróicos hechos, iba á encontrar en tales afanes por su patria y su Rey el término de su victoriosa carrera. El mismo Felipe II á cuya corona habia ornado de laureles el invicto Bazan, con notoria injusticia y pública ingratitud se manifestó poco satisfecho de los adelantos que su ilustre General hacia en los aprestos navales; á su presencia le llamó en Lisboa, le recibió con una aspereza nada merecida del que tantas victorias habia ganado, indigna en fin de los esclarecidos méritos y eminentes servicios del héroe de la marina real española, y en vez de encontrar el premio que prometerse debia cuando por su Monarca fué llamado, de los labios de Felipe oyó indirectos cargos á que ningun motivo diera. Dominado de pesar volvió á su morada, donde poseido de tristeza cayó enfermo, y acabó su vida, con general sentimiento de la España, y del Monarca, que aunque tarde arrepentido de su injusto cuanto imprudente acto de autoridad despótica, sintió despues en el alma la irreparable pérdida que él y la monarquía esperimentaban con la muerte del primer marqués de Santa Cruz. Así el gran hombre que resistió y venció á célebres piratas argelinos, á turcos, franceses y aun ingleses, no pudo resistir y hacerse superior al ceño de Felipe II. A tal grado llega la impresion que hace en el ánimo del varon esforzado y de elevado corazon, la ingratitud de aquellos á quienes sirve lealmente. En su lugar fué nombrado el duque de Medinasidonia, varon de ilustre y distinguida alcurnia, pero muy distante de poder remplazar dignamente á su invicto predecesor, por cuanto carecia del génio, los talentos y la ciencia naval que tanto en aquel resplandecian y tanto se necesitaban para la importante guerra que amenazaba muy de cerca.

A consecuencia de las activas y acertadas disposiciones que el malogrado Bazan habia dado, iba llegando á Lisboa de todas partes cuanto se habia prevenido para la armada. El conde de Miranda, virey de Nápoles, envió diez y seis navíos muy bien artillados y provistos de todo, cuatro de ellos muy grandes, con un tercio de infantería española, armada, vestida y pagada. El duque de Alba, virey de Sicilia, cinco navíos con víveres y municiones y otro tercio de infantería igualmente española. De todos los puntos de la monarquía fueron llegando los respectivos contingentes al puerto de la capital de la antigua Lusitania, punto de reunion donde el general de la artillería D. Juan de Acuña tenia ya hechos por su parte grandes preparativos. Así en la primavera de 1588 se juntó en las aguas de Lisboa la formidable Armada á que se dió el soberbio epiteto de *Invencible*. El siguiente estado (1) basta para dar una cabal idea del poderío de la España en aquella época, y de las fuerzas que ponian en gran conflicto á la Inglaterra.

Las Castillas dieron: 13 galeones, 1,700 soldados, y 300 piezas de artillería, siendo su comandante D. Diego Florez de Tellez.

Andalucía: 10 galeones, 1 patache, y además 100 marineros, 2,400 soldados y 260 piezas de artillería. Su comandante D. Pedro Valdés.

Vizcaya: 10 galeones, 4 pataches, 200 marineros, 200 soldados, y 250 piezas de artillería. Era su comandante D. Juan Martinez de Recalde.

Guipúzcoa: 10 galeones, 4 pataches, 700 marineros, 2,000 soldados y 280 piezas de artillería. Miguel de Oquendo, comandante.

Portugal: 10 galeones, 2 navíos de transporte, 300 soldados 1,300 marineros y 350 piezas de artillería.

La Italia: compuesta de Nápoles, Sicilia, Milan, y algunos principados de ella, 10 galeones, 800 marineros, 2,000 soldados y 310 piezas de artillería. Martin de Bretendona, comandante.

A esto hay que añadir, de Nápoles, por una parte 4 galeazas con 900 esclavos, 400 marineros, 800 soldados y 110 piezas de artillería, bajo el mando de D. Diego Medrano. De otra, 300 esclavos, 400 marineros, y 800 soldados, siendo comandante D. Diego de Moncada.

Bajo la comandancia de D. Antonio Hurtado de Mendoza 32 pataches, con 350 marineros, 400 soldados y 180 piezas de artillería.

Además 10 barcos remeros para el servicio de los grandes navíos.

El total con el resto de la Armada era de 150 navíos, 22,000 soldados, 1,500 voluntarios, 6,800 marineros, 3,200 piezas de artillería y 2,500 esclavos. La Armada que Felipe II tenia en pié, era compuesta de 23 navíos de guer-

(1) Está sacado exactamente del que publicó en 1807, nuestro distinguido marino el capitan de fragata D. José Vargas y Ponce, en su Discurso titulado: *Importancia de la Historia de la Marina española: precision de que se confíe á un marino*, etc.; obra de gran mérito, ya por las ideas y los conocimientos náuticos que en ella ostenta el autor, y yá por el buen estilo, la correccion y pureza de lenguaje con que está escrita.

ra, su comandante ó Almirante D. Juan Lopez de Medina, en los que tenia 700 marineros, 3,200 soldados y 400 piezas de artillería, que con los demás propios del Rey, componian 60 galeones, en los que iban *doce* que se llamaban *los Apóstoles*. Cada galeaza tenia 300 remeros ó forzados. Llevaba esta Armada cinco tercios españoles, que eran los verdes, amarillos, azules, colorados y blancos, mandados por D. Diego Pimentel, D. Francisco de Toledo, D. Alonso de Luzan, D. Nicolás de Lira y D. Agustin Mexía. Cada tercio tenia 32 compañías. Además de los cinco tercios habia dos de portugueses. El vicario de la Armada era D. Martin Alanzon. Habia embarcados seis obispos, 210 capellanes, dos cirujanos mayores, 100 médicos y cirujanos, y 60 boticarios. El Duque de Medina se llamaba D. Luis Ponce, y era su Almirante ó teniente D. Juan Martinez de Recalde, hombre muy esperto en la ciencia náutica. Montaba el Duque el navío *San Martin*, que era el mismo que antes montaba el Marqués de Santa Cruz, y en que este habia ganado la famosa batalla contra los franceses en las islas Terceras. D. Diego Pimentel, montaba el navío *San Mateo*; D. Francisco de Toledo, el *San Felipe*; D. Alonso Luzan, el *San Pedro*; D. Nicolás de Lira, el *San Bartolomé*, y D. Agustin Mexía el *San Simon*. De municiones de guerra llevaban 120,000 balas de cañon de todos calibres; 4,500 quintales de cuerda mecha; 7,000 mosquetes y arcabuces; 10 partesanas; muchas culebrinas y cañones reforzados; 3,000 quintales de pólvora con todos los utensilios, como cabrias, etc., para la artillería. De municiones de boca, llevaba 160,030 quintales de bizcocho; 460 sacos de harina; 1,600 toneles de vino; 1,500 quintales de queso; 300 toneles de vinagre; 500,000 quintales de habas; 2,000 quintales de aceite; 400 quintales de arroz; el agua correspondiente, linternas, faroles, hachones, lona ó cotonía, pez, cánfora y plomo. Costaba esta Armada en todo 30,000 ducados al dia, y contenia 32,000 hombres efectivos.

En actividad, en esfuerzos, sacrificios y gastos, competia con el Gobierno español el inglés, poniéndose en estado de hacer frente y resistir al enemigo. En las dos márgenes y en la embocadura del Támesis fueron construidos en poco tiempo dos fuertes, para defender la entrada de él: una escuadra considerable, bien que no de tantas ni tan grandes naves como la española, estaba en disposicion de levar anclas á cualquiera hora y combatir. Howard era el Generalísimo de ella, teniendo á sus órdenes á Drake, Hawkins y Sorbisher, escelentes marinos, de una habilidad y un valor harto conocidos; Seymour cruzaba en las costas de Flandes, con cuarenta navíos ingleses y holandeses, para impedir la incorporacion de la escuadra del Duque de Parma con la Armada española; un ejército de cuarenta mil hombres, tres mil de ellos á las órdenes de Leicester, estaba pronto á ponerse en marcha al primer aviso, y además de estas tropas se habia organizado en cada provincia británica un cuerpo de milicia bien armado, para acudir á donde quiera que la necesidad lo exigiese: los puertos estaban fortificados, y habia establecidas señales en todas direcciones, que instantáneamente debian dar

á conocer los puntos amenazados; en fin, habíase resuelto que si los españoles llegasen á desembarcar en el territorio inglés, todo se talára delante de ellos, de modo que para mantenerse solo tuvieran lo que sacáran de sus naves. Dadas estas disposiciones, las cuales prueban el miedo, ó mas bien el terror que reinaba en Inglaterra, nada quedaba que hacer para poder resistir al enemigo.

Todo ya preparado por la España, en 27 de mayo empezó á hacer vela su soberbia Armada: á 30 del mismo acabó de salir toda, navegando con próspero viento, y á 10 de junio despachó el duque unos navíos ó galeones á la Coruña, para que tomasen los víveres y municiones que allí tenia prevenidos el marqués de Cerralbo. En 14 de aquel mes se empezaron á notar señales de tormenta, y el 19 se levantó tan furiosa que no pudiendo sostenerse la Armada, con un trozo de ella entró el duque de Medinasidonia en la Coruña, y los demás buques se recogieron en los puertos cercanos que pudieron tomar; bien que muchos fué preciso repararlos. Hecho esto en los navíos, despues de un mes prosiguió la Armada su viaje, en 22 de julio: entró en las aguas del Canal de San Jorge, y evolucionando en forma de media luna ocupó unas siete millas desde el uno al otro cabo de sus divisiones ó cuernos. Tal era la disposicion de nuestra Armada cuando descubrió la de Inglaterra, gobernada por su Almirante y Francisco Drake. No era la intencion de estos entrar en batalla desde luego, aunque los nuestros la presentaron, y sí la de destrozar los buques españoles con la artillería, para lo cual la dispararon, retirándose y acometiendo despues por retaguardia, donde Martinez de Recalde esperó impávido al enemigo: pero tal carga le dieron á cañonazos que le desbarataron el galeon. Por fortuna le socorrieron otros tan oportunamente que los ingleses hubieron de retirarse.

Tenian estos ganado el viento á la Armada española; sus naves eran muy veleras, y sus marineros muy hábiles y prácticos, en lo cual llevaban sin duda gran ventaja á los nuestros. En esta situacion acaeció la desgracia de volarse el repuesto de pólvora en la almiranta de Oquendo, y al punto cargaron sobre ella los ingleses, quienes se hubieran apoderado de ella á no socorrerla pronto el duque. Con la fuerza del mar y el viento se le rompieron á Valdés el bauprés y la vela del trinquete, y aunque el General procuró auxiliarle para sacar la gente no dió lugar á ello el rigor del tiempo, y quedándose rezagado cayeron sobre él dos buques ingleses, á lo cual se agregó para mayor fatalidad la llegada de Drake, quien le apresó y saqueó, hizo prisioneros á Valdés y su gente, en número de unos 400 hombres, tomando en fin 40,000 ducados del tesoro, y no poca artillería; todo lo cual llevó al puerto de Plimouth ostentando así el primer trofeo del combate.

Felipe II habia prevenido al duque, su General, que no pelease con la Armada enemiga hasta que se le incorporase la del duque de Parma, á quien se habian despachado correo sobre correo repetidas comunicaciones, instándole

para que acelerase su partida; pero la diligente y previsora Isabel tenia cruzando á la altura de Dunquerque una escuadra mandada por Seymour, y no por Juan de Hawkins, como algunos han supuesto, para impedir que el Parmesano consiguiera la reunion que tanto se deseaba. En tanto el duque de Medinasidonia, disgustado de que Recalde hubiese trabado combate, se determinó á retirarse lo conveniente en buen órden, y continuando luego su navegacion en 1.° de agosto, envió el alférez Juan Gil á que diese noticia al duque de Parma del paraje en que se hallaba. Al dia siguiente la armada inglesa procuró ganar el barlovento, en tanto que la española se afanaba por cobrar ventaja tomando la ofensiva, de modo que Martin de Bretendona acometió á la Capitana inglesa y nuestros galeones trataron de abordar los contrarios, que, como muy veleros, despues de disparada su artillería se hicieron presurosos á la mar. Pronto veremos sucederse, no obstante, con una rapidez asombrosa, acontecimientos mas y mas desastrosos para nuestra Armada, de los cuales parecia precursor fatídico la catástrofe del galeon en que Valdés mandó.

Favorecidos del viento y la marea volvieron prontamente los ingleses, y cargaron sobre Juan Martinez, que no tardó en ser socorrido por D. Alfonso de Leiva con varios buques. Los enemigos acosaron entonces á la Capitana española, disparando sobre ella su artillería, nave por nave, bien que se defendió respondiendo sus cañones con mucho órden á los contrarios, de modo que su resistencia dió lugar á que con arrojo acudiese á socorrerla Gaspar de Sosa. En aquella ocasion hicieron proezas, que bien merecieran el título de maravillas, D. Alfonso de Leiva, el marqués de Peñafiel, Juan Martinez de Recalde, Miguel de Oquendo, Agustin Mexía y otros, que con su valor, su serenidad y acierto en todo, causaron grave daño á la armada inglesa, tanto que al cabo de tres horas de combate se vió forzada á retirarse.

A 3 de agosto amanecieron los enemigos sobre Martinez de Recalde, y de Alfonso de Leiva que se hallaba á retaguardia. En ambos encontraron valerosa resistencia, y las galeazas españolas desaparejaron á la capitana inglesa, derribándola la entena del árbol mayor, á lo cual se debió la retirada por segunda vez de los contrarios; mas al siguiente dia 4, aprovechando estos la ocasion de haber quedado atrás un galeon de Portugal y una urca, cargaron sobre ellos teniéndolos cercados y en grande aprieto, hasta que acudieron las galeazas de Leiva y otros buques, que á entrambos sacaron del peligro. Sostenida la Capitana británica por alguno de sus mayores navíos acometió á la española, consiguiendo cortar la triza al árbol mayor de ella. Por fortuna acudieron prontamente en su auxilio Mexía, Recalde, Henriquez y Oquendo, quienes haciendo con su ataque no pocas averías en la Capitana enemiga, esta y los demás buques que la acompañaban se ahuyentaron. Iban perseguidos de los nuestros, cuando hé que refrescando el viento en favor de los ingleses, perdieron los españoles la esperanza de trabar el combate general que tanto esquivaban sus contrarios.



D. MIGUEL DE OQUENDO.



Urrabieta invº y litº

Lit. de J. J. Martinez Madrid

FONDEADA LA ARMADA INVENCIBLE

cerca de **Calais**, la acometen los ingleses con brulotes incendiarios y en ella introducen la confusion y el desorden. (Año 1588.)

Hasta entonces, dirigidos los buques de estos con mas arte, y siendo mas veloces, aprovechando para sus sorpresas y ataques las tinieblas de la noche, para caer sobre los nuestros al ser de dia, los combates habian sido parciales porque los ingleses rehusaban acercarse al todo de la Armada española, y como sumamente diestros en las maniobras que se requerian, al paso que nuestros buques eran muy pesados, rodeaban fácilmente algunos de ellos en los parajes de poco fondo, y les disparaban su gruesa artillería sin perder tiro. Con semejante táctica, la Armada de Felipe II era semejante al Leon de la fábula, como dice un escritor francés, que se veia forzado á sufrir los ataques del mosquito, sin que de su fuerza y estremada superioridad, pudiera servirse contra el enemigo, á quien no podia echar la garra.

Bien persuadido el Duque de Medinasidonia de que no lográra entrar en batalla con la armada inglesa, con la suya prosiguió su viaje, y fué á dar fondo en frente de Calais, temiendo que la fuerza de las corrientes le obligára á salir del canal de San Jorge, ó de la Mancha. En tanto iban y venian correos, para que el duque de Parma juntase las tropas que en número de veinte y seis mil infantes y mas de mil caballos tenia prevenidas, cuya mayor parte, embarcada en naves mercantes de Neuport y Dunquerque, esperaba la escolta de la Armada para hacerse á la vela. Acerca de esto afirmaba el Duque Generalísimo que no podia acercarse mas sin riesgo de inevitable naufragio en una costa tan llena de bajos, y el Parmesano alegaba, y con razon, que los buques de carga no podian meterse en alta mar sin manifiesto peligro á vista de la escuadra inglesa que sitiaba los puertos, pues carecian de artillería gruesa para resistirla, como destinados únicamente al transporte de las tropas, y no para el uso de la guerra. Era el caso que uno y otro tenian razon, y que así ninguno de ellos podia cumplir con las órdenes del Rey.

Fondeada en Calais la Armada española, tuvo la satisfaccion y el alivio de que el Gobernador de aquella plaza se mostrase obsequioso con el Duque de Medinasidonia, hasta permitirle que el proveedor Bernabé de Pedroso saliese á tierra á comprar víveres, y lo demás que para la Armada necesitase. En este tiempo se juntó con la inglesa Juan de Hawkins, con treinta y seis naves mayores, á que se agregaron despues otras nueve, de modo que con todas estas llegó á componerse la armada inglesa de ciento y treinta y cinco buques. Supo el duque de Medinasidonia que el de Parma se hallaba en Brujes, y que no habia embarcado toda la gente ni las municiones, ni estaba tan presto como era necesario en disposicion de ello; novedad que puso al duque General en gran cuidado.

Tan reforzada se hallaba ya la Armada inglesa que parece se propuso abandonar la táctica que hasta allí habia adoptado, tomando decididamente la ofensiva. A media noche echó pues ocho brulotes incendiarios contra la Capitana española y otras naves nuestras, intentando su quema, y á su vista se ater-

raron los españoles, acordándose con horror de la catástrofe de Amberes (1). En este trance mandó el duque desamarrar toda la Armada para apartarse del peligro que veia inminente, y ordenó al capitan Serrano que saliese en un buque menor con un áncora y un cable, para atraer á tierra los brulotes; pero sucedió que por apartarse de uno de estos la galeaza capitana, topó con el *San Juan* de Sicilia, se desaparejó y hubo de quedarse en la orilla.

Con la infernal invencion de los brulotes proponíase Francisco Drake desordenar la Armada española y logró su intento, pues todo fué en ella confusion y tumulto; porque á pesar de que la Capitana y otros navíos volvieron á echar áncoras, algunos no pudieron hacerlo combatidos del temporal, y la fuerza de las corrientes los llevó hácia Dunquerque. Sobrevino la noche con tiempo borrascoso, como si quisiera impedir por unas horas el combate, y apenas hubo aparecido el dia cuando los ingleses acometieron á las dispersas naves españolas. Renovóse la pelea, desigual ya por parte de nuestra esparcida Armada, y el fuego de la artillería y el furor de la tempestad hicieron á un tiempo estragos espantosos. No perdieron los ingleses en medio de esto la ocasion que se les presentaba, viendo á la Capitana del duque desamparada de muchos de los galeones esparcidos ó estropeados, y así es que haciendo tremendas descargas de artillería y mosquetería, la acometieron con gran furia, como tambien á los buques principales que aun la sostenian, y una y otros, aunque muy maltratados y faltos de municiones, sustentaron valerosamente el combate. Árdua empresa fuera para la pluma si intentára describir los rasgos de valor, las hazañas y las pruebas de marinos con que en trance tan terrible se distinguieron Recalde, Oquendo, Flores, Bretendona, y Leiva. Desgraciadamente D. Hugo de Moncada, no pudiendo sostener con la capitana de las galeazas aquel horroroso combate, se fué á amparar de Calais, siguiéndole unos cuantos buques ingleses, y el Gobernador de aquel puerto, que poco antes se habia mostrado propicio á los españoles, en tan críticas circunstancias se mostró neutral: el desventurado Moncada, aunque

(1) Sitiada Amberes por los españoles en 1585, un italiano llamado Federico Jambeli, que en despique porque en la corte de Felipe II habia sido despreciado su arte de construir nuevas máquinas de guerra, se fué con los insurgentes de aquella plaza, donde entre otras naves dispuso cuatro barcas, con gruesas vigas, cuyas concavidades, construidas en forma de bóveda, las llenó de una estraordinaria pólvora que él mismo habia compuesto, y de balas de hierro, de cadenas muy gruesas y de otras cosas semejantes, para dispararlas por todas partes, y encima de todo puso unas grandes piedras para aumentar la violencia de los fuegos, los proyectiles, y por consecuencia el estrago en las tropas realistas. Las echó por el Escalda, rio abajo, seguidos de otras trece, ardiendo, en medio de una noche oscura, con grande algazara de los sitiados, en tanto que infundian terror y espanto en los sitiadores. Las mas de ellas reventaron en varias partes, causando poco ó ningun daño; pero la mayor de todas rompió las amarras del puente de barcas fortificado por los españoles, y se detuvo en la parte occidental. A este tiempo, Vega, alférez español, conmovido del estrago que amenazaba, exhortó con muchos ruegos al príncipe de Parma, que desde un castillo inmediato daba órdenes á todas partes, que se retirase de allí, y haciéndolo inmediatamente se evitaron no pocas desgracias. La infernal barca reventó con tan horrísono estampido que parecia hundirse el firmamento. Al trueno siguió un espeso nublado de peñas, y otras materias, haciendo grande estrago en los soldados y destruyendo una parte del puente. Mas de quinientos hombres perecieron, dejando la catástrofe funesta memoria por mucho tiempo en los españoles.



HUGO DE MONCADA.





Urrabieta inv.º y lit.º

Lit. de J. J. Martinez Madrid

FONDEADA LA ARMADA INVENCIBLE

cerca de **Calais**, la acometen los ingleses con brulotes incendiarios y en ella introducen la confusion y el desorden. (Año 1588.)



se defendió con valentía, murió allí con los mas de sus soldados, y el gobernador francés se quedó con la galeaza.

En lo mas reñido de la desigual batalla tuvo D. Francisco de Toledo el arrojo de acometer por la retaguardia á los ingleses, ansioso de abordar, pero estos, que ya superaban en fuerzas, merced á su habilidad y al desórden y dispersion de nuestra Armada, le cargaron con algunos navíos y pusiéronle en gran conflicto. Advirtiólo y acudió á socorrerle D. Diego Pimentel, con lo cual consiguieron ambos apartar á los enemigos lo bastante para dar lugar á que fueran tambien en su auxilio Recalde y D. Agustin Mexía; mas era tanto el número de los bajeles ingleses agolpados en aquel punto, que volvieron á cargar á los nuestros, en tal manera que el duque hubo de ir con su capitana á socorrerlos. Este acto, inesperado de los ingleses, les impuso tanto que se apartaron. Con esto parecia darse treguas ambas armadas, pues las dos se recogieron, una y otra con no poca pérdida de gente, quedando los navíos malparados, bien que los españoles mucho mas que los ingleses. Rara vez se vieran en el proceloso Océano escenas mas horrendas que las que en esta ocasion se presentaban á la mísera humanidad. La guerra que hacia el mar era mas cruel é irresistible que la de las naves entre sí, siendo imposible ponderar el horror que causaba ver á un mismo tiempo, combatir, como dice Miñana, las olas, los vientos, los hombres y las naves.

Aunque el duque de Medinasidonia procuró reparar su Armada como pudo, viendo que los navíos San Felipe y San Mateo hacian tanta agua que á fondo se iban, mandó sacar la gente de ellos. No quiso Pimentel desamparar su navío, pero la fuerza de las corrientes le llevó á Holanda, donde despues de resistir á la escuadra holandesa fué tomado, y él y los suyos quedaron prisioneros. Otro tanto sucedió al San Felipe, y el navío portugués en que iba Toledo, combatido no solo de la tormenta sino tambien por los holandeses, se sumergió y fué á fondo cerca de Flesinga, saliendo á tierra por fortuna la mayor parte de sus tropas, junto con el mismo Toledo.

El duque General de la Armada que se apellidó Invencible, temiendo esponerse otra vez á los peligros del Canal, que tan imponente y famoso es por las tormentas, y el ímpetu recíproco de las olas y las corrientes, enderezó la proa hácia el Setentrion para dar vuelta á las islas británicas, y arrostrando con mas resignacion que fortuna y pericia náutica horrorosas tempestades é inminentes y espantosos peligros, superó la Escocia, las Orcadas y la Irlanda, en cuyas costas se le estrellaron diez navíos. Infausta espedicion! En ella, además de Moncada, y Alfonso de Leiva, que en el combate perdieron la vida, Oquendo y Recalde, dignos de eterna remembranza en los fastos de la marina española, fallecieron apenas arribaron el uno á San Sebastian y el otro á la Coruña. Alfonso de Lucan con muchos de sus compañeros fué conducido á Inglaterra, teniéndose por los mas dichosos cuantos arribaron á las costas de Escocia y Dinamarca, de

donde pudieron restituirse á España ilesos. «Los historiadores, dice el juicioso y circunspecto Miñana, discordan mucho sobre el número de los navíos perdidos. Unos lo disminuyen por vergüenza, otros por odio, y nada puede asegurarse con certeza. No obstante nos persuadimos que la mayor parte de la Armada volvió á las costas de España.»

Cuéntase que cuando al Rey de esta magnánima nacion dieron la noticia de la catástrofe naval, sin alterársele el semblante ni la voz, contestó impávido diciendo únicamente. «Yo no envié la Armada á pelear contra las tempestades y »las iras del mar, y sí contra los ingleses.» Tal aparece en la Historia la respuesta que con una serenidad verdadera ó aparente dió Felipe á su ministro: respuesta que solo se tuviera como el dicho de un héroe, y fuera celebrada por historiadores ó escritores de un tiempo en que si á censurarla se atrevieran, la censura ó réplica se hubiera calificado de crímen de *lesa Magestad*, y la muerte en un cadalso, ó la cadena en un presidio, cuando menos, hubiera sido la contestacion á su censura é indiscreto celo: tiempo en que la adulacion y la lisonja era un deber de los súbditos para con los Soberanos, en perjuicio de estos y del Estado muchas veces, confundiendo así la sumision, la veneracion y el respeto, con la baja humillacion y la degradante servidumbre: tiempos en que nada se publicaba sino bajo severas penas, mediante una rigidísima censura prévia y una espresa licencia del monarca, á cuya voluntad y capricho estaban sujetas la honra la hacienda y la vida de los súbditos. En tiempos de racional y justa libertad se hubiera patentizado, se hubiera escrito y dicho públicamente, que las tempestades y las iras del mar, no fueron esclusivamente en contra de la Armada española, y en favor de la inglesa, por cuanto no fué para esta mas bonancible que para la otra el Océano, puesto que para entrambas desencadenó sus furores. Hubiérase dicho y acaso demostrado que la Armada á que se dió el epíteto de *Invencible*, que tanto han pretendido ridiculizar bastardos émulos estranjeros, y que por las ínclitas hazañas anteriores de los ilustres capitanes que llevaba nada tenia de jactancia loca aquel mismo epíteto; aquella Armada, repetimos, fué víctima, digámoslo así, mas bien que de las iras del mar, y de la incapacidad del General que la mandaba, de las órdenes y prevenciones absolutas, con que el monarca coartó las facultades, la voluntad y accion del malhadado duque de Medinasidonia, á quien estaba mandado estrecha y terminantemente que ocupára las entradas del Canal entre Calés y Dowres, donde recibiria las tropas que el de Parma tenia prevenidas, y que por el Támesis se encaminase á Lóndres. Increible parece que para dar tan absolutas órdenes no se hubiera ocurrido, ya que no al mismo Felipe, siquiera á su ministro, que habia tempestades y enemigos que acaso lo impidieran, y que en las cosas de la guerra es preciso dejar, en casos dados, en absoluta libertad de obrar al que manda, cuando es forzoso tomar consejo de los accidentes fortuitos. El hecho, harto lamentable, es que celebrado consejo de guerra en la Capitana del duque,

en él se disputó con calor, estando ya la Armada en el Canal, que seria muy acertado tomar un puerto de la isla británica, el cual fuera el cercano de Plimouth, donde se hallaba una parte de la Armada enemiga. Encerraba esto el designio de que si los vientos forzasen á la española á retirarse pudiesen contar con un asilo, y al mismo tiempo debilitar las fuerzas de los contrarios, quemando y destruyendo aquella parte de su Armada que allí estaba fondeada. Pero el génio apocado del duque de Medinasidonia, mejor vasallo que gran cabeza, nada comparable con el primer marqués de Santa Cruz, ni en decision ni en inteligencia, pudo mas que el intrépido consejo de sus esperimentados y hábiles cabos, afirmando con indiscreta resolucion que nada haría fuera de lo que le estaba mandado, temiendo le acusáran de desobediente si la empresa se malograse. Obstinado en este parecer perdió la ocasion de un suceso feliz, que no volveria á presentársele; y dejando á un lado á Plimouth, involuntariamente favoreció á los enemigos, que enagenados de alegría lo celebraron viendo alejarse la Armada cuya presencia les tenia consternados, atendida la gran desigualdad de fuerzas. Así es como la conducta de un General pusilánime, inhábil ó poco á propósito para las operaciones marítimas como Almirante, aun mas que las tempestades, fué sin duda la causa de la catástrofe de la Armada, y salvó á Inglaterra de la que tanto se veia amenazada (1).

Aquí viene oportunamente á la memoria el juicio crítico con que, acerca de la situacion de nuestra Marina real en la época á que hemos llegado de su Historia, se espresaba sábia y elocuentemente uno de nuestros mas distinguidos marinos. «Muerto D. Alvaro de Bazan, que tremoló victorioso el pabellon español en las

(1) *Poncet de la Grave*, escritor francés, supone lo siguiente: «Por su calidad mas bien que por su esperiencia fué dado á Medinasidonia el mando de la Armada española por Felipe II. Es evidente que aquel hombre, de ilustre nacimiento, no tenia ninguno de los talentos necesarios para dirigir las operaciones. Sin duda cometió el Rey de España una gran falta con tal eleccion, pero á ello se vió forzado para la ejecucion de la espedicion proyectada, porque muchos de los condes y marqueses, que en clase de voluntarios se habian embarcado en los buques de la Armada, se hubieran retirado si hubiesen tenido que servir á las órdenes de un comandante de nacimiento inferior al suyo. Por consecuencia, una consideracion, á que desgraciadamente se vió forzado á ceder aquel Monarca, causó la salvacion de Isabel y la pérdida de la Armada española.» En esto se ve sin duda una suposicion, prescinciendo de la capacidad ó talentos del Duque de Medinasidonia, por cuanto en ninguno de los datos consultados hemos encontrado alguno que pruebe tal intencion de parte de aquellos personages, sin embargo de que eran muchos de estos los que iban en la Armada en clase de voluntarios. Entre ellos se contaban: el Príncipe de Ascoli; D. Juan Tellez Giron, marqués de Peñafiel; el marqués de Gani, cuñado del Duque de Saboya; D. Gaston de Moncada, primogénito del conde de Aytona; D. Pedro de Zúñiga, hijo del marqués de Aguila Fuente; D. Diego Pacheco, hermano del marqués de Villena; D. Enrique de Guzman, hermano del marqués de las Navas; D. García de Cárdenas, hermano del Conde de la Puebla; D. Diego Gomez de Zapata, hijo del Conde de Barajas; D. Diego Enriquez, hijo del Comendador mayor de Alcántara; D. Baltasar de Zúñiga, hijo del Conde de Monterey; D. Alonso Giron, hermano del Duque de Osuna; D. Luis Portocarrero, hermano del Conde de Medellin; D. Lorenzo de Mendoza, hijo del Conde de Orgaz; D. Luis de Córdova, hermano del marqués de Villanueva de Barcarrota; D. Gaspar de la Cámara, hijo del marqués de Villafranca; D. Pedro de Castro, hijo del Conde de Lemos; D. Francisco Manrique, hermano del Conde de Paredes; D. Rodrigo y Pacheco, Señor de Minaya; D. Francisco Pacheco, Señor de Guzman, Señor de Valdeosma; D. Diego Enriquez, hermano del Conde de Nieva; y otros muchos caballeros distinguidos, tambien como voluntarios.

»cuatro partes del mundo, como si la potencia naval de España descansára solo »en sus hombros, empezó á titubear faltando este robusto atlante. Desde en- »tonces se interpolaron las palmas con cipreses; pero sin mengua ni menoscabo »de la reputacion de la Marina. Sucedióle como al soldado que fallece en el »lecho del honor abrazándose con su no rendida arma: su gloria es igual, no »siendo responsable de la conducta del gefe poco esperto que no oyó su con- »sejo, ó que temerario emplea y sacrifica sus brazos. Porque despues de dos »centurias de felices sucesos el entusiasmo y el furor de la guerra civil creó »aquella rival á nuestra Marina, que por espacio de otra centuria tiñó todos los »mares de sangre española y enemiga (1).»

(1) *Importancia de la Historia de la Marina española: precision de que se confie á un marino*, etc. Por el capitan de fragata D. José de Vargas y Ponce.

Varias son las relaciones que se han tenido á la vista, adoptando las que están enteramente acordes, para redactar la que hemos presentado sobre los sucesos de la Armada que se llamó *Invencible*. Sin embargo, creyendo satisfacer todavía mejor la curiosidad de nuestros lectores, insertamos á continuacion el Diario de los sucesos de la misma Armada, desde su salida del puerto de la Coruña, hasta su estancia en el de Calés ó de *Calais*.

«A 22 de julio de 1588, salió el duque de Medinasidonia con toda la Armada de la Coruña con viento Sudueste, con que navegó algunos dias haciendo buen viaje. A los 25 despachó al capitan D. Rodrigo Tello á Dunquerque, para que avisase al duque de Parma de su venida, y trujese aviso del estado en que estaba el de Parma, y en el paraje que le parecia mejor para juntarse estas fuerzas con las suyas.

A 26 amaneció el armada con calma muerta y cerrazon que duró hasta medio dia, y volvió viento Norte con que se navegó camino del Este hasta media noche, que volvió el viento Vosnorueste con grandes aguarazos, que duró hasta media noche. Este dia faltó la galera patrona, llamada Diana, que por hacer mucha agua díjose volvia al puerto.

A 27 se tuvo el mismo viento y mas fresco con la mar muy alta, el cual duró hasta media noche, que fué causa con este temporal de dividirse del armada muchas naves y las otras tres galeras.

Jueves á 28 amaneció dia claro y con sol, y el viento y mas bonanza que el dia de antes, y al amanecer se contaron cuarenta bajeles menos y las tres galeras. Y viendo el Duque que faltaban estos tres bajeles, mandó tomar la sonda y hallóse á quince brazas y treinta leguas de Lasor Litaba, y halló tres patages, el uno al cabo de Lisente para reconocer si estaban ahí las naves que faltaban, y dióse órden que aguardasen ahí; y el otro á descubrir tierra y reconocerla; y el otro patage volvió atrás para que todos hiciesen fuerza de vela, ó por si acaso hubiesen quedado detrás las naves que faltaban, las hiciese caminar.

Viernes á 29 se fué caminando con viento Sueste, y volvió el patage que fué á Lisente, y trujo nueva como estaban al delante las naves que faltaban con D. Pedro de Valdés que las tenia recogidas y que aguardaron el armada, y á la tarde se juntaron todas las naves del armada, escepto la capitana de Juan Martinez en que iba el maestro de campo Nicolás de Illa, y las tres galeras que no se supo qué derrota habian tomado. Este mesmo dia se descubrió tierra de Inglaterra, y dijeron ser el cabo de Lisente.

A 30 amaneció el armada muy cerca de tierra, y nos descubrieron de ella y hicieron fuegos y ahumadas, y á la tarde envió el Duque al alférez Juan Gil en una zafra de remos á tomar lengua. Este dia en la tarde se descubrieron cantidad de navíos, y por haber cerrazon y lluvinez no se pudieron contar. Volvió el alférez Juan Gil con cuatro ingleses en una barca que dijeron ser de Falanma, y que habian visto salir aquella tarde de Plemua el armada inglesa con el almirante de Inglaterra y Drake.

Domingo 31 amaneció mudado el viento á vesnorueste en el parage de Plemua, y se descubrieron sesenta navíos al nostro barlovento, y por la parte de tierra á sotavento otros once en que iban tres galeones grandes que iban canoniándose con algunos bajeles nuestros fueron ganando el barlovento hasta juntarse con su armada. La nuestra se puso en órden para pelear, y la capitana puso el estandarte Real en el trinquete. El armada del enemigo pasó canionando nuestra vanguardia que tenia D. Alfonso de Leyva á su cargo, que fué á dar en la retaguardia que tenia á su cargo el Almirante Juan Martinez de Recalde que por no dejar su puesto y sustentarle, aunque vió que su retreguardia se iba metiendo en nuestra armada y que lo dejaban solo, aguardó al enemigo y hizo rostro. Los enemigos le acometieron y dieron tan grande carga de cañonazos sin imbestir, que

Por otra parte el imperturbable Felipe, pareciendo querer imitar en aquella ocasion la serenidad y grandeza de alma del senado romano cuando la derrota de las legiones de la República en Canas, no contento con el dicho á que se ha dado tanta celebridad, y que da oportuno lugar á nuestras observaciones, en el

le desaparejaron el bajel, y derribaron el estay, y dieron dos cañonazos en el árbol del trinquete. Quedó el Juan Gil que era en la retreguardia haciendo espaldas á Juan Martinez, D. Diego Pimentero y D. Diego Enriquez del Peral, y la capitana Real amainó las velas del trinquete, y alargó las escotas y trincando le aguardó para recojerle en la batalla, con que los enemigos se alargaron, y el Duque recojió su Armada no pudiendo hacer otra cosa por tener los enemigos ganado el viento, y traer los bajeles muy veleros y tan bien gobernados que hacian de ellos lo que querian.

Este dia en la tarde D. Pedro de Valdés envió la nao Catalina de su escuadra que le rompió el bauprés y vela del trinquete de su bajel, y se retiró al cuerpo de la batalla para aderezarse.

Nuestra armada anduvo hasta las cuatro de la tarde procurando ganar el barlovento al enemigo.

A esta hora se pegó fuego al almirante de Oquendo en los barriles de pólvora y voló las dos cubiertas y el castillo de popa en que iba el pagador general desta Armada con parte del dinero de S. M.; y viendo el duque que se quedaba este bajel, hizo con su capitana la vuelta de esta nave, y tiró una pieza para que la armada hiciese lo mismo, y mandó que acudiesen patages á socorrella. Matóse el fuego, y el armada del enemigo que venia á la vuelta de esta nave se detuvo viendo virar nuestra capitana, con quo se cobró la nave y se metió en el cuerpo de la armada, y desta vuelta la nave de D. Pedro de Valdés rindió el trinquete sobre la antena del palo mayor, y el Duque volvió á socorrerle para darle cabo, y aunque se hizo mucha diligencia el tiempo y la mar no dieron lugar á ello, y así se fué quedando sin brielas por ser ya noche, y decir Diego Flores al Duque si amainaba aguardarla que la armada nuestra no era posible verlo, porque iba muy delantera, y sin duda si amainaba, á la mañana ternia menos la mitad de la armada, y que teniendo tan cerca el armada enemiga no habia de aventurar toda la armada, porque tenia por cierto si amainaba perderia la jornada. Y con este parecer ordenó el Duque que quedase con él el capitan Ugeda con su capitana y cuatro patages y su almiranta de D. Pedro, la capitana de Diego Flores y una galeaza para que procurasen de dalla cabo ó sacar la gente: y lo uno ni lo otro no fué posible por la mucha mar y tiempo y ser noche, y asi siguió su viaje alcanzando su armada y procurando de tenerla recogida para lo que sucediese el dia siguiente. Esta noche se procuró sacar los heridos y quemados que quedaron en el almiranta de Oquendo. La mar y el viento creció mucho esta noche.

Lunes 1.º de agosto ordenó el Duque á D. Alonso de Leyva pasase con la vanguardia á juntarse con la retreguardia, y hiciese un cuerpo de la vanguardia y retreguardia, con mas las tres galeazas y los galeones de San Mateo, San Luis, y Florencio y Santiago, que en todos serian cuarenta y tres bajeles de lo mejor de la Armada, para que hiciese rostro al enemigo y no fuese causa de estorbarnos el ir á juntarnos con el Duque de Parma, y el Duque con la demas de la Armada ir de vanguardia haciendo solo dos cuerpos de toda la Armada, llevando D. Alfonso de Leyva la retreguardia á su cargo, entretanto que Juan Martinez aparejaba su bajel y el Duque la vanguardia. Y mandó llamar á todos los sargentos mayores y ordenóles que cada uno se metiese en un pataje y anduviesen poniendo al órden el Armada, conforme á la órden que se habia dado, dándosela á cada uno por escrito para que hiciesen estas á cada bajel en el puesto que le tocaba, y ansimismo les ordenó por escrito que el bajel que no guardase la órden y dejase su puesto, sin aguardar mas ahorcasen al capitan del bajel, y que para esto llevasen consigo los capitanes de campaña y verdugos, y que se repartiesen tres sargentos mayores en la retreguardia y los otros tres en la vanguardia, para que mejor pudiesen ejecutar esta órden.

A las once horas este mismo dia, el capitan del almirante de Oquendo, vino á decir al Duque que la nave se iba á fondo y que no se podia marinar. El Duque mandó que se sacase el dinero de S. M. y la gente, y se echase á fondo la nave. Este dia á la tarde despachó el Duque el alférez Juan Gil en un patage al duque de Parma, dándole cuenta del parage en que se hallaba.

Martes á 2 de agosto amaneció buen dia y el armada del enemigo á sotavento que iba la vuelta de tierra haciendo toda fuerza para ganarnos el barlovento. El Duque dió bordo hácia tierra procurando sustentar el barlovento, y que el enemigo no pudiese ganárselo. Seguíanle de vanguardia las galeazas y lo mas de la armada algo lejos. Viendo el enemigo que nuestra capitana se iba metiendo á tierra, y que por aquella parte no pudieron ganarle el viento, volvió dando otro bordo hácia la mar. Entonces los bajeles nuestros que se hallaron á barlovento de los enemigos, los acometieron. El capitan Bretendona acometió á la capitana del enemigo entrándole gallardamente, y procurando de embestilla, y estando bien cerca la capitana del enemigo, le volvió la popa haciéndose á la mar. Llegaron cargando, procurando hacer lo mesmo San Marcos, San Luis, Oquendo, San Felipe, San Juan de Cecilia en que va Don Diego Teles Enriquez, que desde la mañana anduvo cerca de los ene-

mismo dia, despues de haber librado cincuenta mil ducados para la curacion de los enfermos y heridos, acto á la verdad muy digno de alabanza, como justo, dando gracias á Dios por haberle conservado parte de su Armada, prohibió mediante un edicto el luto que vestía España por aquella catástrofe. Distintas

migos, el galeon de Florencia, el galeon de Santiago, el galeon de San Juan de Diego Florez, en que va D. Diego Enriquez, hijo del virey del Perú, y la nave levantisca Valencer al que va el maestro de campo D. Alonso de Luzon. Las galeras que iban de vanguardia, se hallaron muy arrimadas á tiempo de las corrientes; envióles el Duque órden á remo y vela procurasen juntarse con los enemigos, y volvió la capitana cargando ansimismo las galeazas, alcanzaron algunos bajeles de la retreguardia que andaban escaramuciando con algunos bajeles nuestros bien cerca mezclados con los enemigos por abordarse, que eran el galeon de Florencia en que va Gaspar de Sosa, y la capitana de Ojeda, y la bigona en que va Gubay, y la Valancere en que va D. Alonso de Luzon, y el galeon de Juan Bautista en que va D. Juan Maldonado y D. Luis de Maeda, y todo aprovechó poco porque en viendo los enemigos que los nuestros les cargaban y procuraban venir á las manos, se alargaren á la mar recebiendo la carga con mucha ventaja suya por la ligereza de los bajeles que tienen y se alargaron. Luego volvieron con la marea y viento en su favor, y cargaron sobre Juan Martinez de Recalde, que estaba de retaguardia, y D. Alfonso de Leyva le socorrió, y la Capitana nuestra iba este tiempo en medio de la batalla, caminando á dar calor á los bajeles que andaban trabados en la retreguardia del enemigo apartados de entrambas armadas, y ordenó al capitan Maroli que entrase en una falua y hiciese girar los bajeles que andaban junto á la Capitana en favor de Juan Martinez, como lo hicieron, con que dejaron los enemigos á Juan Martinez y volvieron juntos sobre la capitana que iba sola arrimándose á socorrer los bajeles que tengo dicho. Y viendo nuestra capitana que la del enemigo venia de vanguardia la vuelta de ella, amainó las velas de gabia, y la Capitana enemiga pasó con toda la armada mirando bajel por bajel á nostra Capitana, la cual estuvo siempre haciéndola rostro y jugando nuestra artillería muy bien y á prisa, de manera que de la media armada adelante del enemigo la tiraban de mas lejos. Acudió á socorrer á la capitana Juan Martinez de Recalde, D. Alonso de Leyva, el marqués de Peñafiel que iba en San Marcos y Oquendo, aunque ya era pasada lo mas de la furia, y el enemigo con esto se alargó á la mar mirando su Capitana á recoger, pareciéndonos que se les habia hecho daño, cobrando los bajeles suyos que andaban empeñados en nuestra vanguardia. Uno de los bajeles que anduvieron mas delanteros y metido en los enemigos en esta escaramuza, quo duró mas de tres horas, fué el galeon de Florencia.

Miércoles á 3 volvió Juan Martinez de Recalde á tener á su cargo la retreguardia, quedando con él don Alonso de Leyva repartiendo entre los dos cuarenta y tantos bajeles que habia en la retreguardia, y los enemigos amanecieron sobre nuestra retreguardia y llegaron á canoniar el almirante tirando por popa á las galeazas, y Juan Martinez y D. Alonso de Leyva, y los demás bajeles de retreguardia sin quitarse de sus puestos. Se volvió el enemigo sin hacer otro efecto, habiendo las galeazas desaparejado la capitana enemiga y echádolo abajo la antena del árbol mayor.

Jueves 4 dia de Santo Domingo, quedaron algo traseros la urca Santa Ana y un galeon de Portugal, á quien dieron los enemigos gran carga. Salieron á socorrerles las galeazas y D. Alonso de Leyva y otros bajeles, y las galeazas lo hicieron tan bien que con tenerles muchos bajeles del enemigo rodeadas, las sacaron de ellos, y al mismo tiempo que en la retreguardia se trabó la escaramuza, cargaron sobre la Capitana nuestra que iba de vanguardia. La Capitana del enemigo con otros bajeles gruesos llegáronse mas cerca que el primero dia, tirando las piezas mas gruesas de la cubierta mas baja, y cortaron á nuestra Capitana la triza del árbol mayor y mataron algunos soldados. Vinieron de socorro San Luis en que va el maestro de campo D. Agustin, haciendo frente al enemigo Juan Martinez de Recalde y San Juan, de la escuadra do Diego Flores, en que iba D. Diego Enriquez y Oquendo, quo vino á ponerse delante nuestra Capitana por no ser parte por las corrientes á tenerse á una banda, y lo mismo fueron haciendo otros bajeles aunque se apartaron los enemigos, quedando la Capitana del enemigo mal parada y algo á sotavento de nuestra armada. Volvió nuestra capitana sobre ella, y Juan Martinez de Recalde y D. Juan de Secilla, y la Capitana de los galeones de Castilla y el Juan Gil y todos los demas bajeles de nuestra armada llevando á barlovento el armada enemiga quo iba haciendo espaldas á su Capitana, y puesta en tanto aprieto que iban remolcando con once lanchas, y quitó el estandarte y tiró piezas pidiendo socorro. La Capitana nuestra y el almirante y los demás bajeles se iban llegando tanto que empezaban los enemigos hacer muestra de empezar á socorrella, con que se tuvo por cierto que este dia abordáronse con ellos, que era solo el remedio de la victoria. Estando en este punto, empezó á refrescar el viento en favor de la Capitana del enemigo con quo se vió irse alargando de nosotros y dejar las chalupas que la iban sacando, y con esto el armada enemiga volvió á cobrar el puesto del barlovento que empezaba ya á meterse á sotavento de la nuestra. El Duque, viendo que ya no era de provecho la carga que se iba dando, y que se estaba en el

escenas pasaban en tanto en la Gran Bretaña. A la consternacion, al terror pánico que en toda ella causaron las noticias que allí tenian del formidable armamento español, por el cual se consideraba el inminente peligro de un inevitable desembarco, con que la monarquía española avasallára á la inglesa, sucedió la em-

paraje de la isla de Viza, tiró una pieza y fué con la Capitana la vuelta de nuestro viaje, siguiéndole lo demás de la armada en muy buena órden, quedándole los enemigos muy traseros. Este mismo dia despachó el Duque al capitan Pedro de Leon á Dunquerque al duque de Parma, avisándole del paraje en que estaba y de lo sucedido, y lo que convenia que saliese con toda la brevedad posible á juntarse con esta armada, y dió á D. Diego Enriquez, hijo del virey, la escuadra de D. Pedro de Valdés por verle servir con mucho cuidado á la arte de la mar.

Viernes á 5 amaneció calma estando las armadas á vista la una de la otra, y despachó el Duque una falua al de Parma con el piloto Domingo de Hagua, que le socorriese con balas de artillería de á cuatro, seis y diez libras por haberse gastado muchas en estos dias que se habia escaramuciado, y ansimismo mandase salir cuarenta filipotes luego para juntarse con esta armada para poder con ellos trabarse con los enemigos, que á causa de ser nuestros bajeles muy pesados en comparacion de la lijereza de los enemigos, no era posible en ninguna manera venir á las manos con ellos, y que significase al Duque lo que convenia estar presto para salir á juntarse con esta armada el dia que nos pusiésemos á vista de Dunquerque, de que iba el Duque con mucho cuidado, sospechando que no bastaba en Dunquerque, viendo que D. Rodrigo Tello no habia vuelto, ni otro ninguno de parte del duque de Parma. Al poner del sol entró viento con que nuestra armada empezó á navegar la vuelta de Calés.

Sábado á 6 amanecieron las dos armadas muy cerca y sin tirarse, navegaron hasta las diez horas del dia, por ir nuestra armada navegando en popa y recogida la retreguardia en buena órden. A esta hora se descubrió la costa de Francia, que era el paraje de Bolonia. Navegóso la vuelta de la rada de Calés, á do se llegó á las cuatro de la tarde, y habiendo diferentes pareceres de que no se ancorase en este paraje, y los mas de que se pasase adelante. Entendiendo el Duque de los pilotos que llevaba que si pasaban adelante las corrientes le forzarían á salir de este canal de Ingalaterra al mar de Noruega, se determinó de ancorar en frente de Calés, siete leguas de Dunquerque á do podia el de Parma juntarse con él, y así á las cinco de la tarde mandó ancorar toda la armada. Envió luego al capitan Heredia á visitar al gobernador de Calés, Mons. de Gerdan, avisándole la causa porque allí surgia, y ofreciéndole buena amistad y correspondencia.

Esta tarde se juntaron con el enemigo treinta y seis bajeles en que venian cinco galeones gruesos que se entendió era la banda que Juan Ades tenia á su cargo á la vista de Dunquerque, y surgieron todos á una legua de nuestra armada. Esta noche volvió el capitan Heredia de Calés y dijo que el gobernador hacia grandes ofertas en servicio de S. M., y lo mostró con obras en lo que de su parte le ofreció. Así mismo, despachó el Duque esta noche al de Parma al secretario Arceo, para que significase al Duque en el parage que quedaba, y que era imposible detenerse allí sin mucho riesgo de toda la armada.

Domingo, á 7, llegó al amanecer el capitan D. Rodrigo Tello que venia do Dunquerque, y el Duque le habia despachado á 29 del pasado, y dijo que el duque de Parma quedaba en Brujas á do le habia visitado, y que aunque habia mostrado gran contento con la nueva de la llegada de la armada, que el sábado á la noche á 6, que habia partido de Dunquerque, aun no habia llegado allí el Duque, ni se empezaba á embarcar la gente ni municiones, que estaban por embarcar. Este dia por la mañana envió el gobernador de Calés á visitar al Duque un sobrino suyo y un gran presente de refrescos, y á decirle que aquel paraje en que habia ancorado era muy peligroso para detenerse allí, por las travesías y corrientes de aquel canal ser muy grandes. Y viendo el Duque la amistad que le ofrecia el gobernador de Calés, envió al proveedor Bernabé de Pedrosa á comprar vitualla, y fué con él el pagador. Así mismo envió esta noche el Duque á D. Jorge Manrique, al de Parma para que le hiciese instancia y apresurase el salir.

Domingo á la noche envió el secretario Arceo aviso al duque de Dunquerque, como el de Parma aun no habia llegado allí, y que las municiones estaban por embarcar, y que le parecia imposible poderse hacer todo en quince dias.

El domingo al poner del sol, se juntaron al enemigo nueve bajeles y con ellos una escuadra de hasta veinte y seis bajeles. Se llegaron mas á tierra, que nos hizo sospecha de que viniesen con alguna invencion de fuego, y ordenó el Duque al capitan Serran que se metiese en una pinaza, llevando una áncora y cabre, por si echasen algun bajel de aquella parte de tierra, y envió avisar á todos los bajeles, que estaban en la frente del enemigo, que estuviesen con cuidado y con bajeles de remos, y apercebidos con soldados para acudir al mesmo efecto.

A media noche se vieron encender dos fuegos en la armada inglesa y fueron creciendo hasta ocho, y eran

briaguez de júbilo á que se entregaron los hijos de Albion, cuando recibieron la nueva de la victoria de su Armada, y el desastre de la nuestra. Las casas de la inmensa Lóndres se iluminaron todas como por encanto, y la Reina en una soberbia carroza se paseó por todas las calles, cubiertas de inmenso gentío, acompañada del parlamento y los magnates. De trecho en trecho se levantaron de improviso arcos triunfales por donde pasó Isabel: los edificios estaban adornados por cuantos medios son imaginables, y de cuando en cuando, por intérvalos medidos, se hacian flotar alrededor de la régia carroza las insignias, estandartes y banderas tomadas á los españoles. La sagaz y altiva Reina ostentando su triunfo, en medio del agolpado pueblo, que loco de entusiasmo la desvanecía con sus incesantes y fervorosas aclamaciones, llegó á la iglesia de San Pablo, en cuya puerta la recibió el arzobispo, acompañado de todo su clero, y apenas hubo entrado en el templo se entonó el *Te Deum*, dando gracias al Todopoderoso *por haber salvado* á la Inglaterra. Y luego el Dean pronunció un discurso sobre el testo: «Si Dios no guarda la ciudad, en vano hace centinela el que la custodia.» Esto bastára por sí solo para probar el terror que infundió y el gran peligro en que puso la Armada que se llamó *invencible*, á los que habian de ser sus destructores. «El pueblo británico, dice Saint-Agnan Choler (1), triunfa todavia de aquella victoria, alcanzada con la ayuda de las olas y los vientos. Desde aquel dia ha hecho alianza con la mar que le rodea. La retirada de la *invencible Armada* es la egira de su preponderancia marítima, y los navíos españoles, incendiados por los brulotes de Effingham, y consumidos por el fuego del cielo, han servido de antorchas en las bodas de la Inglaterra con el Océano (2).»

ocho bajeles que mareadas las velas venian con la corriente derechas á nuestra Capitana y á la demas armada, ardiendo todos con mucho fuego. Y viendo el Duque que se iban llegando y con los nuestros nos estorbaban, temiendo que trújeren máquinas de minas, mandó desamarrar y que la demás armada hiciese lo mismo, apercibiendo que en pasando los fuegos volviesen á cobrar el mismo puesto. La galeaza Capitana por apartarse de un bajel de los del fuego balrцó con San Juan de Sicilia, y se desaparejó de manera que hubo de quedarse de la parte de tierra. La corriente era tan grande que batió nuestra armada, de manera que aunque la Capitana y algunos bajeles de los que estaban junto á ella tornaron á ancorar, tirando una pieza, no lo vieron; y ansi anduvieron llevándolos la corriente hácia Dunquerque.»

(1) ENCYCLOPÉDIE MODERNE, T. IV, art. *Armada*.

(2) Conviniendo si se quiere en que esto sea exacto, preciso será convenir tambien en que la alianza de la Gran Bretaña con el mar que la rodea, concede igualmente á esta la preponderancia de su marina sobre la francesa, cediendo en mengua y hasta en depresion de la Francia misma, que por espíritu de pasion, de encono y rivalidad contra la España, por las victorias de esta en Pavía y San Quintin, celebró entonces nuestro desastre naval, y nada se omite aun hoy dia por algunos escritores franceses para ver de ponernos en ridículo cuando se trata de aquel suceso. Acaso para esto se agregue el resentimiento nacido de célebres acontecimientos muy posteriores, tales como las batallas de Bailen, Arapiles y Vitoria, que trajeron consigo la ruina del imperio francés, y condujeron por consecuencia á la batalla de Waterlóo. Si en vez de la derrota de la invencible, se hubiese realizado en 1588 la invasion de Lóndres, acaso no hubiera sucedido la de París por los ingleses en 1815.



DON JUAN DE AUSTRIA


VILLA



CAPITULO IX.

Solicita y obtiene el Prior de Ocrato la proteccion de Isabel de Inglaterra, para insistir en su pretension de reinar en Portugal.—Espedicion inglesa en 1589 contra la Coruña, y admirable defensa de los habitantes de esta ciudad, debida al heróico valor de María Fernandez Pita.—Retíranse los ingleses escarmentados, van contra Lisboa, la sitian por mar y tierra, se ven tambien precisados á retirarse y vuelven á Inglaterra.—Con otra armada se propone la reina Isabel apresar las flotas españolas que venian de las Indias.—Sale contra ella del Ferrol con mayores fuerzas navales D. Alonso de Bazan, y la derrota cerca de las Azores.—Vuelven los ingleses á intentar el mismo apresamiento en 1592, y otra vez derrota Bazan su armada, apresándoles siete navíos.—Espedicion naval mandada por D. Juan de Lizarza y Pedro de Zubiaur, en 1593, en socorro de la plaza francesa de Blaya, sitiada por los del príncipe de Bearne, á quien protegian los ingleses.—Victorias de aquellos capitanes, y levantamiento del sitio.—Con una armada formidable atacan los ingleses á Cádiz.—Invasion y saqueo de esta plaza, donde hacen los enemigos estragos inauditos, y cargados de rica presa se retiran, saquean de paso á Faro, puerto de Portugal, y vuelven con su triunfante armada á la Gran Bretaña.—Armada naval española al mando de D. Martin de Padilla.—Sale de Lisboa en octubre de 1596, con intento de invadir á Inglaterra, y las tempestades la desbaratan y destrozan en las costas de Galicia.—Nuevas calamidades.—Feliz arribo á España de una flota procedente de Indias.

La postracion en que habia quedado, digámoslo así, la Marina real española, á consecuencia de la derrota de la formidable Armada que se llamó *invencible*, despertó la ambicion é hizo cobrar aliento al abatido Prior de Ocrato, al mismo tiempo que dió orgullo y mayor audacia á los victoriosos ingleses. Volvió el pretendiente Antonio á sus intentos de conquista de Portugal, y tanto instó á la Reina de Inglaterra, favorecido y ayudado del duque de Essex, que á pesar del contrario dictámen de los ministros de Isabel consintió esta en darle auxilio bajo

ciertas condiciones para ella ventajosas. La triunfante soberana nombró pues á Francisco Drake por General de mar, y de tierra á Enrique de Noris, militar de suma esperiencia para mandar las tropas con que habia resuelto patrocinar la empresa del espúreo portugués, á la par que hiciera grandes presas. La armada inglesa destinada al objeto se componia de sesenta naves mayores, y de catorce mil soldados las tropas de desembarco. En la capitana se embarcó con los Generales británicos el Prior de Ocrato, acompañado de su hijo D. Manuel. Salió la armada de Plimouth á 13 de abril de 1589, y en 4 de mayo se descubrió desde el puerto de la Coruña, por la parte donde no podia hacerla daño alguno la artillería del fuerte de San Antonio.

A la sazon era gobernador de aquella plaza D. Juan de Padilla, marqués de Cerralbo, quien por cuantos medios le sugirieron su celo y lealtad, vuelto en sí del aturdimiento consiguiente á la sorpresa causada por la inesperada aparicion de los enemigos, procuró evitar el desembarco, que por desgracia se verificó el dia 15. Acometiendo á la ciudad, que estaba mal guarnecida, intentaron aunque en vano el asalto por la brecha que abrieron en el antiguo y débil muro, y de ella fueron rechazados despues de una sangrienta pelea, en que resplandeció el heróico valor de una gallega llamada María Fernandez Pita. Al ver esta caer muerto á su marido y que los hombres desalentaban oprimidos por los enemigos, arrebató á un soldado la espada y la rodela, y poniéndose delante: «Buen ánimo, compañeros, les dijo con varonil arrojo, seguidme y tomad ejemplo de mí, porque de nuestras manos está pendiente el honor del nombre español.» Así dijo y seguida de los soldados, los vecinos, las mujeres y hasta los muchachos, á quienes en tal manera incitaba y daba aliento, embiste á los enemigos; de un bote de pica derriba muerto á un alférez inglés, que bien armado subia con una bandera por la batería, y se traba allí un atroz combate. El enemigo abandona la brecha, se retira con gran pérdida, y reembarcándose hácese á la vela doblando el cabo de Finisterre. En aquella jornada, tan gloriosa para los españoles, murieron mas de mil y quinientos ingleses, entre ellos un hermano de Noris, sin que llegáran á ciento los muertos que tuvieron los valerosos defensores de la Coruña. La heróica Fernandez Pita, á cuyo valor se debió la victoria, fué premiada por Felipe II con el distintivo y sueldo de alférez.

Cuando el Monarca español recibió la noticia de este suceso, entre otras disposiciones encargó la defensa de la costa de Andalucía al malhadado Duque de Medinasidonia, y que el Adelantado de Castilla pasára con sus galeras mil hombres á Ceuta, y quinientos á Tanger, reforzando así las guarniciones de ambas plazas, por las sospechas que habia de que los ingleses estaban de inteligencia con los moros. En tanto se puso la Armada de Drake á la vista de Peniche, pequeña villa de Portugal, que estaba desguarnecida, y de ella se apoderó al momento el enemigo. Sin hacer allí detencion hizo rumbo la Armada para Lisboa, marchando las tropas por tierra en órden de batalla. Confiados los ingleses

en que á favor de la sublevacion de aquella capital, los habitantes les abririan las puertas, como Antonio les aseguraba, sentaron sus reales en sitio conveniente, poco distante de la ciudad; pero el suplicio de algunos de los mas fanáticos antonianos, que incitaban clandestinamente á la plebe á tomar las armas, bastó para aterrar á los demas, y que á su ruina prefiriesen la quietud. Mandaba por Felipe en Lisboa el Conde de Fuentes, hombre muy esperto en los negocios de paz y guerra, é impidiendo á los ingleses que hiciesen correrías, los tenia como cercados por todas partes, acosándolos con la caballería; así es que sin pasar las lides de leves escaramuzas, favorables á los españoles, el inglés se mantenia prudentemente én los límites de su campo muy fortificado. Mas felices eran los enemigos en la parte de mar, pues su armada tomó á los alemanes ocho buques mayores cargados de trigo en el puerto de Cascaes, y además aquella fortaleza, á causa de la cobardía de su gobernador, la cual pagó con su cabeza. Bien quisiera Drake penetrar en el Tajo, pero D. Alonso de Bazan tenia cerrada la entrada con diez y ocho galeras, de modo que desesperanzados los enemigos de que se cumpliesen las promesas del Prior de Ocrato, al cabo de ocho dias se retiraron á Cascaes, cuya fortaleza voló y arrasó, y luego se hizo á la vela para Inglaterra, sin haber conseguido lo que en esta espedicion se habia propuesto.

Siguióse á estos sucesos un largo interregno de acontecimientos que fuesen dignos de especial mencion en nuestros mares, hasta que en el año 1591, acaeció uno que empezó á mitigar el doloroso recuerdo de nuestro desastre naval en 1588. Impulsada la reina de Inglaterra de la codicia que la dominaba, fijó su pensamiento en las flotas que nos venian de Indias, y ansiosa de apresarlas despachó una Armada de mas de cincuenta naves al mando del conde de Lest, á fin de que se apoderasen de la flota que de América en España se aguardaba, previniendo que se fuese á esperarla en las islas de los Azores. Tuvo oportuna noticia de esto el Rey Felipe, y al punto mandó á D. Alonso de Bazan que con su Armada, que se hallaba en el Ferrol, fuese en busca de la inglesa y á toda costa procurase derrotarla. Constaba la indicada nuestra de cincuenta galeones, cuatro galeazas y seis galeras, con buenos capitanes y aguerrida infantería. Bazan dividió su Armada en cinco escuadras, y sin detenerse hizo rumbo para aquellas islas, con tal arte, que cuando los ingleses descubriesen cualquiera de ellas juzgasen que era la flota deseada, cuyo navío de aviso habian tomado pocos dias antes. Así se proponia el General de nuestra Armada que el de la enemiga no rehusára ni pudiese evitar el combate. Sucedióle, pues, cual anhelaba, porque tan pronto como Lest columbró las naves españolas, su almirante, el portugués Campo-Verde, se destacó con un galeon muy velero, adelantándose á reconocer los navíos que iban, y advirtiendo que eran de la Armada española, cuando quiso retirarse ya no pudo, porque súbitamente fué rodeada, abordada y entrada su Almiranta, por Martin Bretendona, D. Luis Coutiño y Marcos de Aramburu. La

presa hecha por estos fué de no poca importancia, pues en su poder quedó mucha y muy buena artillería, y gran cantidad de víveres y municiones, haciendo en fin prisioneros á muchos caballeros y soldados. Campo-Verde salió gravemente herido de la refriega y falleció de resultas, á breve tiempo de ser trasladado á nuestra Capitana, donde tambien murieron sesenta ingleses. Este triunfo costó la vida á veinte españoles, víctimas de su valor en el abordaje de la Almiranta inglesa.

Fácilmente se persuadió el conde de Lest del peligro que le amenazaba, y así es que á favor de la noche, estando el mar algo levantado, se puso en fuga, sin que por esto impidiera que en su seguimiento fuese D. Alonso de Bazan, quien haciendo uso de su artillería con grande acierto echó á pique algunos navíos y otros dieron al través. Amaneció el dia siguiente y el sol presentó despejado el Océano hácia la parte donde se hallaba el enemigo, tanto que ninguna de sus naves parecia. Al cabo de ocho dias de este suceso feliz para nuestra marina, se avistaron las flotas procedentes de América, viniendo tan mal paradas que á no haber tenido la buena suerte de encontrar la Armada protectora que salió á su encuentro, fácilmente hubieran sido apresadas por la inglesa. Continuando la navegacion para España, sobrevino un recio temporal, en que se perdió la apresada Almiranta, y Armada y flotas españolas arribaron á su destino felizmente.

Frustrada la espedicion de Lest, dispuso la infatigable Isabel que se aprestára otra Armada con igual objeto, y esto obligó á nuevo armamento en oposicion por parte de Felipe II. Mandó pues á Pedro de Oribe que con diez y ocho navíos ó galeones se apostase en el Cabo de San Vicente, y allí esperase órdenes. Al mismo tiempo previno á D. Alonso de Bazan que con las naves de Oribe, y las que habia en la playa de Lisboa, fuese á buscar las inglesas á las Azores, que asegurase la navegacion de las flotas que de las Indias se aguardaban, y á la vuelta dejase los navíos en el puerto del Ferrol, con el propósito de que estuviesen mas cerca de Inglaterra. El experto y activo Bazan cumplió la órden del Rey, saliendo de Cascaes con la Armada, á 26 de julio de 1592; pero á causa de pesadas calmas tuvo gran trabajo para llegar á las islas de San Miguel, donde supo que los ingleses con ocho navíos habian apresado el principal de tres que venian de la isla, cuyo importe seria de un millon, despues de una valerosa defensa, quedando tan mal tratado, que los aprensores tuvieron que detenerse á repararle para poder llevársele á Inglaterra. Al recibir esta noticia dispuso Bazan que su Armada se dividiera en cinco escuadras, para que no se le escapasen los navíos enemigos, y luego se dirigió á la isla de Flores, donde supo que se hallaban siete de ellos. Llegando á ella y juntándose las escuadras españolas, acometió á los espresados buques, que allí aguardaban á los otros dos nuestros de las Indias, y en breve los entró y tomó, y con ellos volvió á las costas de España ostentando su victoria.

Una série de contínuos y prósperos sucesos, debidos mas que á la fortuna á la inteligencia, la actividad y el valor de nuestros marinos, parecia concurrir á que la España se consolára de las grandes desgracias que en los mares habia esperimentado. Las guerras civiles continuaban en Francia, habiéndose declarado unas ciudades por la Liga católica, y otras, apellidándose realistas, por el príncipe de Bearne. El Gobernador de Burdeos, Mr. Martignon, que era bearnista, sitió en 1593 á Blaya, plaza situada á la otra parte del rio Gironda, y que era del partido de la liga. Defendíala Mr. Luzan, hombre intrépido y activo, que para resistir á los esfuerzos del sitiador solicitó el auxilio del Rey de España. A las miras y los intereses de Felipe II convenia que Blaya no cayese en manos de los realistas, y así es que se apresuró á conceder el socorro pedido, mandando á D. Juan Velazquez de Velasco, Gobernador de Guipúzcoa, que sin pérdida de tiempo socorriese aquella importante plaza. Con la diligencia que al mandato soberano era consiguiente, lo puso Velazquez en ejecucion y en Pasajes aprestó diez y seis navíos, que bien provistos de todo lo necesario, y con mucha y escogida gente, mandados por Juan de Lizarza, cuyo segundo era Pedro de Zubiaur, en 14 de mayo partieron de aquel puerto.

En el viaje apresaron nuestras naves cinco pequeñas, inglesas, y encontrando tambien al paso algunos navíos mayores de la misma nacion, los forzaron á refugiarse bajo el cañon del castillo de Ruyan. Al entrar la Armada vizcaina el dia 18 en el caudaloso Gironda, formado por la reunion del Garona y el Dordoña, vieron sus capitanes seis navíos ingleses, que como auxiliares de Martignon tenian bloqueado á Blaya por aquella parte; mas apenas descubrieron á las naves españolas forzando vela se retiraron á Burdeos. Zubiaur y Lizarza se apresuraron á dar noticia del socorro que le llevaban al Gobernador de la plaza sitiada, quien al punto salió con una columna de tropas de la guarnicion y de los habitantes de la ciudad, y en breve quedó esta socorrida con la provision de víveres y municiones que los buques españoles conducian.

Al inmediato dia fueron los capitanes vizcainos en busca de los seis navíos ingleses, que á su vista se evadieron, y aunque quisieron ponerse en salvo apelando á la fuga, se lo impidió el fuego de la mosquetería de nuestros buques, que introdujo en los enemigos la confusion. A favor de ella abordó Lizarza el principal navío inglés, echándole las áncoras, y en el acto se trabó una pelea la mas sangrienta, lidiando por una y otra parte con gran furia. En lo mas acalorado de esta lid acometió otro navío inglés al de Lizarza, y el combate se hizo general; Zubiaur embistió á la capitana inglesa, entró en ella con su gente, y los ingleses poseidos de rabia y desesperacion pegaron fuego al repuesto de pólvora, de cuya esplosion todos fueron víctimas, pereciendo tambien algunos españoles. Procuró Lizarza salvar la Capitana y la Almiranta del incendio, pero la capitana inglesa fué devorada por el fuego; y muerta la mayor parte de la gente de los navíos ingleses, se retiraron estos muy maltratados á Burdeos.

El incendio consumió dos fragatas de la Armada española, mas por fortuna se salvaron los soldados en barcos, y los demás buques volvieron el dia 25 á repararse.

En tanto el gobernador de Broaga, que lo era por el partido realista, deseando interceptar las salidas á las naves vizcainas juntó diez y nueve navíos y otros muchos buques, con que creyó logrado su designio, y en efecto lo consiguiera, á no ser porque lá armada española, en fuerza de su artillería y mosquetería, se abrió paso por en medio de las velas enemigas, y dando muerte á mucha de su gente prosiguió con desembarazo su rumbo para Guipúzcoa, en cuya travesía apresó un navío inglés que de San Juan de Luz habia salido, y con felicidad llegó de tornaviaje á Pasajes.

En el mismo año por julio volvieron los burdeleses á sitiar á Blaya, y por segunda vez pidió su gobernador socorro á España. Atendida tambien la demanda envió Felipe II á D. Antonio Manrique de Vargas, con seis navíos, y tan activa y venturosa fué tambien esta armada, que en breves dias fué levantado el sitio, quedando muertos ochocientos hombres de los sitiadores y cincuenta prisioneros, con lo que luego volvió Vargas triunfante al puerto de su salida, conduciendo además un navío apresado.

Durante estos sucesos, ocurrian otros tanto ó mas felices y gloriosos para nuestra marina militante en los mares de las Indias, como queda referido en el libro precedente, combatiendo y venciendo hasta fines del siglo XVI en no pocas ocasiones, á los mas temibles piratas. Parecia que así la inconstante fortuna se habia ya declarado adversa á los infatigables enemigos de nuestro poderío, cuando he que un acontecimiento lamentable vino á darnos nuevos dias de pesar y luto. No perdiendo de vista la soberbia Isabel de Inglaterra su propósito de abatir enteramente á la marina española, para hacer á la Gran Bretaña soberana de los mares, entraba en su pensamiento la idea de arruinar á toda costa los principales puertos y arsenales de la España. Con tal intento levantó una formidable armada de navíos y fragatas, de aquellos la mayor parte, compuesta al todo de ciento y cincuenta naves, y mandada por el conde de Essex navegó sin estorbo alguno hasta Cádiz, que como emporio de todo el comercio de América era el blanco de los tiros de Isabel, para que fuese el golpe mas sensible. A punto de hacerse á la vela para el Nuevo Mundo habia á la sazon en el puerto una flota, cargada de mercaderías, y en la ciudad amenazada no se hallaba ni un general de guerra, ni guarnicion bastante de tropa, de modo que la custodia y defensa de tan importante plaza se encontraba, digámoslo así, confiada á la salvaguardia del pueblo, que todo se reducia á marineros, comerciantes, esclavos y criados, y todo se hallaba en fin desprevenido y en mal estado. Tal era la situacion de Cádiz cuando la armada inglesa se presentó á la vista en agosto de 1596. El corregidor y el presidente de la Contratacion habian llamado del Puerto de Santa María á D. Juan Portocarrero, comandante de diez

y ocho galeras fondeadas en la bahía, donde tambien estacionaban ocho galeones y tres fragatas, sin contar con las naves de flota, para impedir la entrada del enemigo, á cuyo efecto se publicó un bando previniendo que toda la gente de la armada se embarcase en los galeones. La ciudad de Jerez envió á Cádiz una compañía de cien infantes y treinta caballos, siendo esta fuerza la única de socorro que entró en la ciudad amenazada, pues la que salió de Sevilla y que el duque de Medinasidonia mandaba, no llegó á tiempo de socorrer á los gaditanos y contener á los ingleses.

Las galeras y galeones que estaban en la bahía se pusieron en la boca de ella en buen órden para defenderla, pero la armada inglesa era tan superior en fuerzas y buena direccion, que á pesar de haberse trabado el combate naval tan pronto como se acercó, durando cinco horas contínuas, el resultado fué que nos apresaron dos galeones, otros quedaron reducidos á cenizas, y otros se estrellaron contra las rocas, ascendiendo así la pérdida á diez y nueve buques. A consecuencia fueron saltando en tierra los enemigos desde una multitud de lanchas, sin que bastáran á impedir el desembarco algunas compañías de infantería, y doce de frailes franciscanos, agustinos y jesuitas, bien armados, que salieron de la ciudad, y sin guia ni concierto se arrojaron á la pelea inútilmente; pues supeditada esta fuerza desorganizada y desigual, por la inglesa que ya en tierra habia formado una columna cerrada, todos aquellos defensores huyeron desordenados, unos á lo interior de la plaza, y otros al puente de Zuazo. Acometiendo luego el enemigo á la ciudad hizo pedazos la puerta; alzando espantosa gritería entró agolpado, y en calles y plazas se pugnó confusamente. Rechazados los españoles armados, se dispersó la indefensa multitud, cada cual apeló á la fuga como pudo, y revueltos vecinos, frailes y soldados, unos se acogieron al fuerte de San Felipe y otros al castillo. A esto se siguió la entrega de la fortaleza sin necesidad de la fuerza, pues tanto era el terror en todos, que les faltó enteramente el ánimo. Dueños de la ciudad los vencedores se desparramaron por ella, y sin distincion de lo sagrado y lo profano todo fué saqueado, cometiendo cuantas violencias, escesos y atrocidades son imaginables. Por donde quiera que se tendia la vista, la escena presentaba el cuadro mas espantoso. No se oía mas que alaridos y sollozos, no se veia mas que sangre, homicidios, llamas y destrozos, como sucede siempre en una ciudad tomada por asalto. Hay autor que afirma estar regulado en mas de doscientos millones el estrago que en esta memorable invasion hicieron los ingleses, y aun hubiera ascendido á mucho mas, si el conde de Essex no acudiera por fin á contenerlos, imponiendo graves penas á los que cometiesen escesos tales.

Mientras esto pasaba en la desventurada Cádiz, el duque de Medinasidonia, con la caballería que aceleradamente pudo juntar de varias partes, ocupó el puente que une la isla gaditana á tierra firme, y atacando al enemigo que allí se presentó le rechazó, y mandó pegar fuego á los navíos nuestros que habian quedado.

No considerándose seguros los ingleses, si allí se detenian algun tiempo, se apresuraron á embarcar la presa en sus naves; levaron anclas y llevándose en rehenes algunos de los principales habitantes, eclesiásticos y seculares, por cuyo rescate pedian y recibieron al fin, ciento veinte mil pesos fuertes, se hicieron á la vela en 16 de agosto, para ir á continuar sus estragos en las costas portuguesas; se presentaron en Faro, célebre por su puerto; y sin encontrar resistencia le saquearon, y luego dieron la vuelta para Inglaterra con su triunfante armada.

Hallábase en Toledo Felipe II, convaleciente de una grave enfermedad, cuando le noticiaron el desastre de Cádiz, y ardiendo en deseos de venganza, para borrar la ignominia del suceso, ordenó que el Adelantado de Castilla, D. Martin de Padilla, dispusiese una gran armada en Portugal y Vizcaya, con destino á invadir á Inglaterra. Era el Adelantado hombre en quien concurrian las recomendables circunstancias de activo y gran conocedor de las costas y el mar de la Gran Bretaña, por lo cual se le consideró muy á propósito para la gigantesca y árdua empresa que se le confiaba. Con la presteza que de él se prometia el Rey, equipó en breve tiempo ochenta naves de guerra, de gran porte; y sin tomar en cuenta la estacion contraria, pues era la de otoño, con ellas se hizo á la vela desde Lisboa en 19 de octubre del citado año 1596, para ofrecer á pocos dias el espectáculo de una nueva catástrofe. Efectivamente, apenas habia entrado en alta mar la gran Armada española, cuando el Océano empezó á embravecerse, en tal manera que al llegar las naves á la altura de Viana del Miño, en 27 de aquel mes, la tormenta arrojó la mitad de ellas á las peligrosas costas de Galicia, otras muchas se despedazaron, y las restantes, harto maltratadas, arribaron con gran dificultad á los puertos inmediatos. Mas de cuarenta buques fracasaron. Gran número de hombres perecieron sumergidos en las olas, y á gran beneficio de la Providencia se tuvo que no pereciese la armada entera con toda la mucha gente que llevaba. Mas afortunados fueron unos navíos que por entonces se enviaron de socorro al conde de Tiron, que en Irlanda hacia la guerra á los ingleses, pues llegaron felizmente, bien que tampoco hicieron cosa alguna de importancia.

A tantas desgracias, á tantos males se agregó otro aun mas terrible. Tal fué el de la peste que vino á consternar á España, traida en unos buques mercantes procedentes de Flandes, donde habia comenzado á propagarse. Manifestóse primeramente en el puerto de Santander, y desde allí fué cundiendo en otros pueblos. Como una especie de consuelo en medio de tantas calamidades, á poco tiempo de haberse retirado la armada enemiga de nuestras costas, llegó salva la flota que de Nueva España se esperaba con ansia y con temor de que en poder de los ingleses cayera: y en verdad que su feliz arribo se miró como un prodigio, pues aquellos implacables enemigos tenian interceptada nuestra navegacion en ambos mares.

Corria el año 1597, y el Rey Felipe, en medio de sus achaques, habia vuelto

á ocuparse en dar disposiciones para que con actividad se reparase la Armada que habia derrotado el Océano, en tanto que el Conde de Fuentes comenzó á fortificar á Cádiz y sus playas, á fin de ponerlas á salvo de las invasiones de los ingleses, pues se habia divulgado la noticia de que al intento aprestaban una armada, mas poderosa todavia que aquella con que en el año precedente tomaron la importante plaza emporio de nuestro comercio. En 17 de octubre se hizo á la vela el Adelantado Padilla, en estacion la menos á propósito para la navegacion que emprendia, de modo que pudiera decirse hallarse dominado el Monarca español de la loca manía de retar al Océano, por cuanto no le habian servido de leccion ó advertencia las derrotas de una gran parte de su marina, por haber acometido en aquel aciago mes empresas tales. Arrebatada, pues, la nueva Armada de una furiosa tormenta, fué arrojada tambien esta vez á las costas de Galicia, y muy derrotada y con inesplicable trabajo pudieron acojerse la mayor parte de sus dispersas y maltratadas naves en el puerto de la Coruña y otros de aquellas costas.

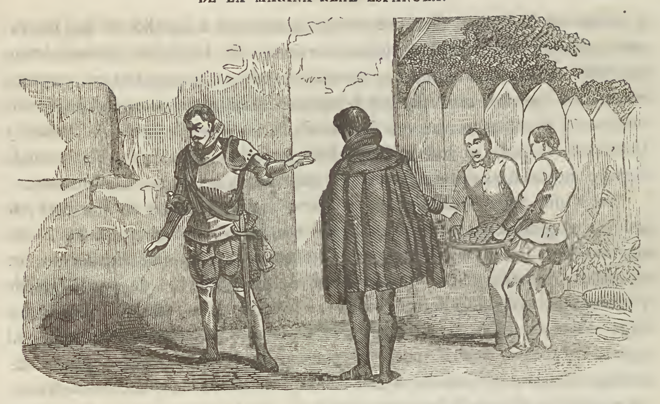
No desaprovechaban los orgullosos ingleses la ocasion que para insultarnos en los puertos de la Península les presentaba la repeticion de tantos y tan grandes desastres navales como venian á consternar á España. Presentándose muy luego en las costas portuguesas con una Armada de diez y seis navíos, al mando del conde de Cumberland, entrado el año 1598, hizo un desembarco en Cascaes, saqueó el pueblo y taló sus campos. De allí pasó á Lisboa, y ansioso de botin echó las áncoras delante de la barra del rio Tajo. No pudiendo lograr su intento por la resistencia que se le hizo, sin fruto alguno se retiró de allí para ir á poner asechanzas á la flota que venia de América, y en esto tambien vió frustrado su intento, porque en tanto que él la aguardaba no lejano de Lisboa, las naves amenazadas entraron en el Guadalquivir, y trayéndonos riquezas arribaron á Sevilla felizmente. El Conde corsario hizo luego vela para América con su Armada, tomó el puerto de Nile, hizo allí alguna presa, y con ella se retiró á Inglaterra. Dióse órden á Francisco Colona para perseguirle con una Armada, mas ya era tarde, y así es que en esta empresa se hicieron sin provecho algunos gastos considerables.

A la par de estos sucesos hacian insolentes correrías por nuestras costas del Mediterráneo los piratas moros, consiguiendo á veces presas y cautivando gente. Para reprimirlos fué enviado á las africanas costas de en frente D. Francisco de Toledo con veinte y cinco galeras. Sin utilidad alguna las recorrió por algun tiempo, hasta que haciendo desembarco á viva fuerza tomó un pueblo berberisco, le incendió y destruyó, aunque á la venganza acudió la caballería mora, y volviendo á embarcar en buen órden su gente, con el botin se retiró Toledo prontamente al Estrecho de Gibraltar. Continuaron pues los piratas hostilizando nuestras costas con sus javeques, buques muy veleros y bien manejados por aquellos bárbaros; de modo que á pesar de tener los españoles atalayas y guarniciones bien

establecidas desde Cádiz hasta el cabo de Creus, donde terminan los Pirineos orientales, con frecuencia hacian desembarcos aquellos temibles enemigos, interceptaban ó impedian la navegacion, y causaban grandes perjuicios á nuestro comercio marítimo. Así es como casi todo el tráfico se trasladó á los franceses, quienes libremente podian surcar aquellas aguas, mediante la escandalosa amistad, que, por su rivalidad con la España, habian contraido y renovado frecuentemente con los feroces piratas, en vez de coadyuvar á su destruccion y esterminio, cual lo reclamaban la civilizacion, la humanidad y la moral.

En tal estado se despedia el siglo XVII, y de él y de la vida Felipe II, quien á la edad de 71 años, al cabo de tres de una calentura lenta, atormentado de la gota y de hidropesía, falleció al amanecer del 13 de setiembre de 1598, dejando á la Marina española postrada y la nacion en estado ya de decadencia.





LIBRO OCTAVO.

SUCESOS EN LOS MARES DE INDIAS EN EL SIGLO XVII (1).

CAPITULO PRIMERO.

Viaje de Sebastian Vizcaino á reconocer las Californias y las costas del Cabo Mendocino, con dos navíos y una fragata.—Relacion de su primera espedicion con igual objeto en 1596.—Sucesos durante aquel viaje, y su regreso, á fines del siglo XVI, siendo el primero que de aquel pais dió noticias lisonjeras.—Segundo viaje de Vizcaino con igual objeto en 1602, partiendo tambien del puerto de Acapulco.—Arriba al cabo de *San Sebastian* y de *Corrientes*, á las islas de Mazatlan, y al cabo de *San Lucas*, y dá fondo la Armada en la bahía de *San Bernabé*, donde ocurrieron varios sucesos, y se vieron señales de gran riqueza del pais.—Prosigue la navegacion.—Estravíanse á causa de los temporales la fragata y el navío Almirante, perdiéndose de vista de la Capitana, y navegando cada nave solitaria, se encuentra la Almiranta con la Capitana en la *isla de Cerros*; pasan ambas á la bahía *de las Ballenas*; descubren sucesivamente varias islas.—Vuelve á estraviarse la Almiranta: encuentra la fragata á la Capitana en la bahía de la Magdalena. Ambas naves salen en busca de la otra, encuentran nuevas islas.—La Almiranta se reune con la Capitana y la fragata en la isla de Cerros.—Continúa la Armada sus descubrimientos.—Vuelven á dispersarse las naves, en la punta que llamaron *del Engaño*, encuéntranse la fragata y la Capitana, al cabo de algunos dias, y arriban al puerto que denominaron de San Francisco.—Sucesos en este punto.—La Almiranta, despues de varias vicisitudes, se encuentra con las otras dos naves en la bahía llamada *de las Vírgenes*; la Armada sigue su derrota y va á parar á la bahía que Vizcaino denominó de *San Simon y Judas*.

El siglo XVII dió principio á nueva série de sucesos para nuestra marina real, y alternando en ella los trances adversos y propicios en los descubrimientos y los combates, se confundian, digámoslo así, las invictas palmas con los fúnebres cipreses. Parecia que por desgracia al morir Felipe II habia legado á su heredero

(1) Autores ó historiadores consultados: Miñana, Venegas, Torquemada, Malte-Brun, Desborough, Cooley, Humbold, Fernandez de Navarrete y otros.

y sucesor en la corona, desastres navales semejantes á aquellos de que tan funesto recuerdo nos dejó al terminar su reinado. De los varios acontecimientos que hubo en los mares europeos, durante el siglo XVII, cuya historia marítima empezamos, haremos mas adelante la relacion conveniente, ocupándonos desde luego en la de otros muchos que acaecieron en las remotas partes de Oriente y Occidente, á donde se hallaban estendidas las conquistas y la dominacion de la España, merced á las costosas, atrevidas empresas, y las glorias de su marina.

En el año 1601, siendo virey de Nueva España el conde de Monterey, se propuso el gobierno español practicar un reconocimiento exacto de las costas situadas sobre las paralelas contiguas al cabo que se denominó *Mendocino*, en obsequio y memoria de D. Antonio Mendoza, virey que fué de aquella grande y preciosa parte de la América, cabo que hasta entonces solo se habia visto á larga distancia, y en cuyas aguas eran frecuentes las mayores tormentas. Al espresado conde se confirió, pues, la comision de preparar y hacer que en ejecucion se pusiera tal empresa, haciéndole especial advertencia de que la activase, sin reparar en el coste y los gastos que para ello fuesen necesarios. Espedicion tan atrevida requeria la direccion de un esperto y acreditado marino. Eralo efectivamente el capitan Sebastian Vizcaino, persona de buen juicio, á la par que buen hombre de guerra y mar. Ya como tal en el año 1596 se habia dado á conocer y distinguido yendo al descubrimiento de la California, para lo cual partió desde el puerto de Acapulco. Con tres grandes buques, bastante gente y buen tiempo, navegó entonces mas de ciento cincuenta leguas la boca de aquella parte de la América mal conocida todavia, hasta llegar á las islas de Mazatlan. Del puerto de este nombre donde se detuvo para hacer aguada, se le desertaron mas de cincuenta soldados, temiendo á las penalidades y privaciones en la navegacion. Calculó tener la boca de la California ochenta leguas de entrada, y al quinto de surcar sus aguas se apartó de la tierra de Nueva España, vió la costa del pais deseada en cuya busca iba, saltó en tierra con mas de cien soldados, y fué bien recibido de los indios, aunque recelosos y desconfiados estos. No pareciéndole buena á Vizcaino aquella tierra, con su gente volvió á embarcarse, pasó á otro puerto que denominó de San Sebastian, tomó de él posesion formal con las solemnidades de costumbre, y dispuso que entrasen á reconocer y traer noticias del pais treinta soldados, quienes volvieron al cuarto dia, dándolas de haber visto mucha gente india de ambos sexos y de todas edades, que de sus rancherías salió á verlos, y cuyas viviendas eran casuchas, cuevas y grutas, abiertas estas las unas en tierra y las otras en peñascos. A pesar de esto, y de que aquellos naturales lejos de mostrarse hostiles á sus huéspedes, venian cada dia á donde estos se hallaban, siempre con demostraciones de paz, no juzgó el capitan español aquel punto á propósito para poblar, y al cabo de quince dias volvió á embarcarse y navegar yendo en busca de sitio mas acomodado. La Almiranta que delante fué enviada, regresó á los seis dias dando razon de un

buen puerto, á que se dió el nombre de la Paz, en conmemoracion de la que habian manifestado los indios que al encuentro de los nuestros salieron, presentándoles algunas perlas, una porcion de pescado asado y diferentes frutas. Un accidente imprevisto menguó la satisfaccion y el contento con que allí arribó la Armada, siendo el caso que la Capitana, como era navío mayor, iba muy cargado, dió en un bajío, estuvo casi perdida. Por fortuna, con mucho trabajo, alijando la gente y el cargamento, con la creciente de la marea y la ayuda de la Almiranta se logró salvarla.

En tierra ya nuestros espedicionarios, todos hicieron sus albergues de ramas y árboles, formando un campamento, y para defenderse de los indios en caso necesario procuraron cercar sus reales con una fuerte empalizada. Edificaron una iglesia, al lado de ella algunos aposentos para los religiosos que iban en la Armada, y levantada acta de posesion la tomó Vizcaino de aquel punto, declarándole cabeza del pais que ya consideraba perteneciente á España.

La confianza y buena fé de los indios eran en tanto grado, que en lugar de sobresaltarse al ver establecerse y hacer preparativos allí sus desconocidos y estraños huéspedes, se mostraban de ello gozosos, acudian diariamente en gran número á comunicarse y tratar con ellos, á llevarles víveres, y cediendo á las instancias de nuestros sacerdotes solian confiar á estos sus inocentes hijos para que los instruyesen en la religion cristiana. Algunas herramientas halladas en aquel puerto, y ciertos vestigios como de que en él habia estado gente de guarnicion, hicieron á Vizcaino presumir que otros europeos habian ya puesto allí la planta. Por repetidas é ingeniosas señas interrogó á los indios, y estos dieron á entender haber visto en el mismo sitio otros hombres semejantes á los españoles. Todo atestiguaba así lo que antes se afirmó, de que aquel puerto es donde estuvo el marqués del Valle, quien de su estancia dejó aquellas señales, siendo en fin el primero que de tal pais dió las lisonjeras noticias que al gobierno español impulsaron á determinar la espedicion confiada á Vizcaino: por mas que algunos supongan que derrotados algunos navíos ingleses fueron á parar allí, estuvieron algunos dias, y careciendo de medios de subsistencia se habian retirado desamparando el sitio.

El grato aspecto de aquella tierra, los claros indicios de su fertilidad y la mansedumbre de los muchos indios que se presentaban, nada de esto fué bastante para que Sebastian Vizcaino se diese por satisfecho. Despachó pues la nao Almiranta y una lancha que fuesen á descubrir y esplorar por toda la parte adentro de aquella gran boca, y yendo hasta unas cien leguas, vieron nuevas tierras y poblaciones, observaron que el clima era templado, el suelo feraz, y la mar baja, con abundante pesca, y multitud de ostiones perlíferos que subian á una profundidad de tres ó cuatro brazas dentro del agua, estando esta tan clara que parecian hallarse en la superficie de ella tan preciosos mariscos. Así es que los indios cogian fácilmente gran porcion de aquellos ostiones, los echa-

ban en hogueras, para que se abriesen, y despreciando comunmente las perlas que contenian, tan solo se aprovechaban de las ostras. Unicamente solian utilizar las mayores, con un pedernal las rayaban por en medio, y atándolas con un hilo, por gala y distincion se las ponian al cuello.

Mientras esto descubrian y observaban los de la Almiranta, fueron cincuenta hombres de la Capitana á saltar en cierto punto de la costa, haciendo dos viajes la chalupa, con ánimo resuelto de esplorar aquella parte. Iban los soldados bien armados, é internándose largo trecho se convencieron de que el pais era semejante al que atrás dejaban. Por esto, y porque aquellos indios no los recibian bien, se determinaron á dar la vuelta; pero al tiempo de reembarcarse se atrevieron los indígenas á insultarles disparándoles algunas flechas, provocacion á que los soldados españoles respondieron con tiros de arcabuz que dieron muerte á tres de aquellos atrevidos agresores. Merced á este escarmiento se contuvieron los indios, pero no cabiendo mas de veinte y cinco hombres en la lancha, mientras los demás permanecian en la orilla aguardando que por ellos volviese la navecilla, los indios que escarmentados se habian refugiado en el monte, volvieron trayendo mas de quinientos de los suyos. A pesar de su gran número no se atrevieron á acercarse á los nuestros ni ofenderles aun de lejos, conociendo la desventaja de sus armas. Tuvieron la prudencia y cautela de emboscarse y mantenerse quietos aguardando que volviese la chalupa para atacar á los nuestros en el acto de embarcarse, tomando en cuenta que metidos ya en el estrecho buque no podrian defenderse ni ofender con el acierto y desembarazo que en tierra. A medida del pensamiento y el deseo de los cautelosos indios fué el suceso. Vino la chalupa: los soldados, que con ansia la aguardaban, acudieron á embarcarse, sin recelar la emboscada de sus enemigos, y al verlos estos estrechados dentro del buque, salieron de improviso aunque en tropel, y arrojáronles una lluvia de flechas tan espesa y con tal prontitud que los puso en confusion, sin poder revolverse ni hacer buena defensa. En tal desórden trastornaron la lancha; se fué á la banda, los soldados cayeron al agua, armas, arcabuces y municiones se mojaron, en tal manera que les eran mas embarazosas que útiles, en tanto que los enemigos descargaban sobre ellos nubes de piedras y flechas, haciendo en aquellos desgraciados soldados españoles tal estrago que diez y nueve quedaron allí ahogados, y cinco únicamente, aunque heridos, se escaparon y á nado se fueron á la Capitana que estaba un cuarto de legua mar adentro, sin que la fuese dado socorrerlos por no tener con que acercarse á tierra, pues la chalupa se habia anegado con pérdida de sus remeros. Ufanos y orgullosos los indios con esta victoria la celebraron allí mismo con bailes á su usanza, y recogiendo como despojos y trofeos los vestidos y las armas de los vencidos, se fueron á sus albergues.

Al tercer dia de esta catástrofe volvió la lancha que habia ido en compañía de la Almiranta, con otros cincuenta soldados, y dió razon de lo que habia visto y descubierto, que eran varias y buenas islas, y en toda la costa muchas pes-

querías de perlas. Por desgracia la satisfaccion de estas noticias era menguada por la escasez que en el Real empezaba á sentirse. Apenas se suministraba á cada soldado la racion diaria de una escudilla de maiz, sin esperanza de que se remediase la necesidad mientras allí permaneciese la gente estacionada. Hubo junta de capitanes y soldados, y todos unánimes acordaron dar la vuelta para Nueva España. En medio de la necesidad y penuria que les afligia, se prendió fuego á una de las casas, en ocasion que soplaba un recio Norte, y como todas eran de madera y ramas, el incendio se propagó en la mayor de las del Real, las redujo á cenizas, con los escasos víveres que habia en ellas, aumentó el apuro, y se aceleró el reembarque, haciendo rumbo para el puerto de la salida de la Armada, aunque el general de ella tomó con la Almiranta otra derrota, ansioso de descubrimientos, con algunos soldados que le siguieron. En la Capitana envió la demás gente y en breve llegó á Nueva España, reconociendo de paso el puerto de Calima y el de Chiametla, en los cuales iba dejando los hombres que llevaba. La falta de bastimento hizo mudar al fin de pensamiento á Vizcaino, vió fallidas sus esperanzas, y en breve desistió dando la vuelta para el puerto de Acapulco, con poco éxito de su laudable empresa.

No por esto desalentó, deseoso siempre de ejercitar sus conocimientos náuticos y dar pruebas de su arrojo en espediciones marítimas. Por las noticias que dieron los descubridores del cabo que fué denominado Mendocino, parecia que siendo este un remate que allí hacia la Tierra-firme, lo era esta desde él hasta el puerto de Navidad. Semejante idea indujo al virey de Nueva España á disponer que se descubriera y reconociera aquella costa hasta el punto del mismo Cabo, para lo cual fué autorizado por el Rey competentemente. Al efecto fué nombrado capitan ó sea General de la proyectada espedicion Sebastian Vizcaino. El cargo de Almirante de la armada fué conferido al capitan Toribio Gomez, marino ya esperimentado; nombráronse ministros eclesiásticos que fuesen á la jornada; como auxiliares y consejeros para los asuntos de guerra, los capitanes Gaspar de Alarcon, militar esperto y valiente, y el de igual clase Gerónimo Martin, que iba con plaza de cosmógrafo, para demarcar, trazar y pintar las tierras que se fuesen descubriendo. Levantóse, en fin, una compañía de soldados escogidos, la mas lucida que hasta entonces se habia creado en Nueva España, y de ella se dió el mando al alférez Juan Francisco Soriano.

Aprestadas ya todas las cosas para el viaje, dieron las velas al viento la nao *San Diego*, *Santo Tomas*, y la fragata *Los tres Reyes*, saliendo del puerto de Acapulco en la tarde del 5 de mayo de 1602. En su seguimiento llevaban un barco luengo, con que pudieran entrar en las bahías y ensenadas, y acudir á lo que se ofreciese. Estando ya dos leguas apartadas del puerto tomó la armada la derrota y camino al N-O. en Poniente y Norte. Corre toda la costa por aquel rumbo. Reina en toda ella la mayor parte del año el viento N-O., siendo el costanero que allí mas se reconoce, y esto fué constante impedimento á las tres

naves desde su salida de Acapulco, hasta llegar al cabo de San Sebastian, que es mas adelante del Mendocino. En esta navegacion sufrieron no pocas penalidades por espacio de nueve meses, como iremos viendo. Dióse pues en navegar de bolina, bordeando de una parte y otra, que es un trabajo insoportable é insufrible, en tal manera que si el viento es recio y las corrientes no ayudan, en lugar de ir adelante se torna á desandar lo navegado. Por fortuna ya que el viento era contrario las aguas eran favorables, y así pudo la armada llegar á fuerza de dias al puerto de Navidad, á los catorce dias de su salida. Aquí fué preciso fondear, atendida la necesidad de achicar en la Capitana, que hacia agua, aumentar el lastre en ella y los otros dos buques, y reponer y refrescar en fin las provisiones.

El dia 22 prosiguieron su navegacion, con tanto trabajo como antes: el 26 llegaron al Cabo de Corrientes, reconocieron la tierra, pasaron adelante corriendo la costa, y á 2 de junio arribaron á las islas de Mazatlan. Son estas dos medianas, muy contiguas, formando entre ambas y la Tierra-firme un buen puerto, en que desagua un caudaloso rio que viene de la Nueva Galicia. En una de ellas saltaron el General y el Almirante, y hallaron un sinnúmero de alcatraces, especie de pelicano, que allí anidan y se crian. Era en tiempo que aun los pollos no podian alzar el vuelo. Estas aves grandes como gansos, tienen debajo de su largo pico una gran bolsa ó buche, en que depositan las sardinas, y otros peces que cogen, y constituyen su único sustento, lo cual vomitan luego al lado de sus hijos, para que estos se alimenten. Se socorren y ayudan entre sí unas á otras, como si tuviesen uso de razon, tanto que si alguna está enferma, ó impedida de ir á buscar el sustento, las demás se lo llevan y ponen allí delante. Los indios se valen así de un ardid para aprovecharse de la pesca que hacen tales aves, cogiendo varias de ellas, quebrándolas un ala, y atándolas con un cordel delgado. Las compañeras la suministran entonces el alimento, en tal abundancia que alrededor de ella hacen montoncillos de sardinas y de diferentes mariscos, de que se apoderan los hombres que están en acecho.

En aquella isla, donde toma principio la California por la costa de lo que se llamó Nueva España, vieron nuestros navegantes muchas cabras monteses y venados. En el mismo dia de su llegada volvieron á salir de allí las tres naves, para atravesar aquella boca ó brazo de mar, entre dichas islas y el Cabo de San Lucas, que es la punta de la tierra firme de Californias, y tendrá de travesía sesenta leguas. La Armada entró el dia 11 en una bahía junto á dicho Cabo, la cual fué denominada de San Bernabé, en memoria de aquel dia. Apenas habian plegado velas cuando en la playa se descubrieron muchos indios, desnudos todos, con arcos y flechas, y algunos de ellos con dardos, los cuales, con gran grita y vocería, y echando el aire puñados de arena parecia que llamaban á sus desconocidos navegantes. Deseoso de saber el General lo que aquellos bárbaros querian, acompañado del Almirante, los tres religiosos, al-

gunos oficiales, y doce soldados, todos armados de arcabuces, con las mechas encendidas, con las barcas fué allá en derechura. Al acercarse á la orilla se espantaron los indios observando el aparato de los que iban á visitarlos, y con prevencion y recelo se retiraron á un altillo. Tan pronto como los nuestros desembarcaron, el P. Fr. Antonio de la Ascension, con beneplácito del General, se encaminó á donde estaban los indios fugitivos, quienes le aguardaron, recibiéronle de paz abrazándole, pusieron las armas en el suelo, y por señas le dieron á entender que se sentára, y dijese á nuestra gente que soltára tambien las armas y adelante no pasára. Acompañando al religioso fué un negro con una espuerta de galleta para repartirlo entre aquellos indígenas, y estos holgándose de verle hiciéronle comprender que con algunos del mismo color tenian amistad y trato, y que no lejos de allí debia haber sin duda alguna poblacion de negros. A pesar del temor y recelo que los indios manifestaban, al fin dejaron á Vizcaino, al Almirante y los otros dos religiosos, admitieron de ellos cuantas bujerías les dieron, y con ellas se fueron muy contentos á sus rancherías. Recorriendo entonces el General espedicionario una parte de aquella tierra, acompañado de los que le rodeaban, descubrió una laguna de muy buen agua, y en la arena de la playa y entre las peñas tan gran porcion de sardinas echadas allí por la resaca, que recogida bastó para que toda la gente de la Armada comiese de ella en abundancia durante dos dias. Otro hallazgo causó mas gozo todavia á nuestros esploradores. Tal fué el de muchas conchas grandes de ostiones de perlas, amontonadas en la playa, tan lindas y resplandecientes, que reverberando en su hermoso nácar los ardientes rayos del sol, medio enterradas en el arenal, parecia este un cielo estrellado, tan bello y deslumbrante que la pluma no acierta á describir el magnífico y maravilloso espectáculo que embelesando al observador presentaba aquella refulgente variedad de visos y cambiantes de colores; en que se veian todos los del prisma, alternando y compitiendo con el brillo del oro y la plata, del diamante y la esmeralda, el jacinto, el topacio y el rubí.

La idea que estas y otras señales inspiraban de riqueza en aquella tierra, bastó para que en la bahía donde se hallaba la Armada se detuviera esta algunos dias. En tanto se hicieron algunos reparos en las naves, la gente de ellas cogió abundante pesca y frutas con que se regaló, y se hizo aguada y leña. Los indios acudian al Real de Vizcaino, y para dar á este y repartir á sus soldados traian varias cosas, como fueron pieles de venados y de varias fieras, mal curtidas á su manera, capullos de algodon, y redezuelas curiosamente labradas. En aquella bahía fué donde el corsario inglés que apresó la nao nuestra que venia de Filipinas, echó en tierra los españoles que en ella iban, dejándola allí abandonada y quemando el buque. Aquellos desventurados recogieron los restos de la nao arrojados por el mar á la orilla, y arreglando un batel y poniéndole unas bandolas pudieron venir hasta Acapulco, trayéndose atados á la fuer-

za un indio y una indiana; agravio que nunca olvidaron los indígenas de aquella tierra.

Llegó el dia de la conjuncion de la luna, esperado por Vizcaino, y á media noche volvió á navegar la Armada para consumar su viaje. A distancia de unas tres leguas de la bahía sobrevino un furioso viento Norte, y á ella fué preciso volver porque la fragata no podia arrostrar la borrasca. Hasta cuarta vez se intentó la salida creyendo bastante sosegado el viento, y por último se consiguió en 5 de julio, aunque la fragata no podia seguir de cerca á los dos navíos, por lo cual, habiéndolos perdido de vista, tornó á tomar puerto en la bahía. Tres dias contaban ya en esta navegacion la Capitana y la Almiranta, cuando resolvió Vizcaino volver en busca de la fragata, sin que pudieran adelantar con este objeto una sola legua en ocho dias, á causa de la oposicion de las corrientes. Un viento fresco, suave y apacible que sobrevino el dia 16, les favoreció para poder ir hasta cerca del puerto de la Magdalena, que por otro nombre se llamó de Santiago, y aquí se levantó una neblina tan espesa y oscura que á distancia de seis pasos no veía un hombre á otro. La Capitana se llegó á tierra para reconocer el puerto, en la creencia de que la Almiranta la seguia, y habiéndolo practicado entró en él, á 20 del mes citado. El otro navío, por no dar con la oscuridad en algun bajío ó peñasco, se apartó de la tierra y cuando aclaró algo el dia, no viendo por parte alguna la Capitana, ni descubriendo tierra por donde infiriese que habia tomado puerto, creyó que habia pasado adelante prosiguiendo el viaje, y de esta suerte anduvieron apartadas una de otra, hasta que en la isla de Cerros se encontraron casualmente, como despues veremos.

Vuelta la fragata á la bahía de San Bernabé, segun dijimos, tan pronto como el tiempo se mostró bonancible, tornó á salir en busca de los navíos, y costeando la tierra fué á dar en la bahía de la Magdalena, donde entró y encontró á la Capitana. Con ella salió esta el 28 de julio á buscar la Almiranta; en su viaje vieron de lejos una bahía grande el dia 30; y tal era la necesidad de agua en ambas naves, que trataron de fondear allí, lo cual no fué posible á causa de una restinga de bajos. La Almiranta habia reconocido ya esta bahía y dádola el nombre *de Ballenas*, por el gran número de ellas que allí se encuentran, efecto de lo que aquellas aguas abundan de varios géneros de peces, á cuyo cebo acuden los monstruosos cetáceos. Atraidas de la misma pesca acuden tambien allí tal multitud de diversas aves que causa admiracion y espanto. Nuestros viajeros encontraron en aquella costa muchos indios de bello rostro y gallarda presencia, afables y amistosos. Dieron estos á sus huéspedes una porcion de ostiones, en redecillas de hilo muy delgado y curiosamente labradas, mostrando al mismo tiempo gran deseo de ir á ver el navío, bien que no se atrevieron por temor á la gran resaca y tumbo de mar que el agua hacia en la playa. Esto impedia tambien saltar en tierra á muchos de la Almiranta, como quisieran, pues temian perder la barca que era pequeña. Dos dias permaneció allí el navío aguardando á que

amansára la resaca, y viendo que no sucedia así prosiguió su viaje y llegó á las islas de San Roque, distantes de la bahía unas ocho á diez leguas, teniendo en medio una alta sierra que las dividia, y á que se dió el nombre *de los Siete Infantes*, porque otros tantos eran los elevados montes que se veian en fila, distintos uno de otro.

Continuando la Capitana y la fragata su navegacion desde la bahía de las Ballenas, sin haber entrado en ella, como dijimos, á 8 de agosto llegaron á vista de una ensenada, que les pareció seria buen puerto, y así es que en ella entraron y surgieron. Esperanza vana! con algunos soldados fueron dos oficiales á tierra, deseosos de encontrar agua y leña y todo lo vieron estéril; se volvieron al navío, el viaje prosiguió, y el 14 llegaron á una isla que habia cerca de tierra, donde ya la Almiranta habia estado tambien, y reconocido y corrido toda aquella costa. Dos leguas mas adelante vieron los de la Capitana otra isla, pasaron á ella sin haber surgido en la primera que se llamó *de la Asuncion*, donde la Almiranta estuvo surta, pues allí habia arribado el dia 5. En ninguno de aquellos puntos halló con que remediar la necesidad de agua y leña, por lo cual endezando la proa en demanda de la isla de Cerros, continuó en busca de la Capitana. Vióse esta obligada por iguales causas á no detenerse en *la Asuncion*, de donde partió tambien con direccion á la de Cerros, siempre en pos de la apartada nao. En este viaje pasaron las dos naves á vista de una sierra muy alta en que la mar batia, donde la Almiranta habia estado mas de ocho dias, pugnando por doblar una punta que la sierra hacia, á causa de un violento N-O., bien que se acercaron varias veces hasta un tiro de piedra de tierra firme. En toda aquella sierra no se veía ni una sola yerba, nada verde; en vez de esto se observaba estar como pintada y jaspeada de muchos y varios colores, y surcada de betas y listas, cada cual tambien de color diverso, haciendo tales visos y perspectiva que encantaban la vista, pareciendo halagar la codicia y alentar el corazon del marinero y el soldado que desde las naves contemplaban aquel espectáculo, tanto mas, cuanto todos habian estado en el Perú, allí habian visto minas, allí habian trabajado en ellas algunos de los espectadores, y un famoso minero del mismo Perú, que á bordo de la Almiranta iba, decia y afirmaba que aquella sierra era metalífera y encerraba en sus entrañas inmensa riqueza de plata y oro. Vivos deseos tenia el Almirante de enviar á enterarse de lo que era en realidad lo que tanto admiraba, pero no se atrevió á tanto, contenido por la fuerza del viento, y el peligro de dar allí al través. Abonanzó un poco la mar, la nao dobló la punta y fué á la isla de Cerros surcando entre la tierra firme y una isleta, que se denominó de la Natividad de la Vírgen, hasta dar fondo junto á la citada isla, en 19 de agosto.

Como la Capitana y la fragata iban á la vista de la Sierra Pintada, pues así se llamó, no consideraron estorbo, aquello que lo fué para la Almiranta. Llegaron, pues, á un buen puerto, que se apellidó de San Bartolomé, tres leguas

antes de la isla de Cerros, y en vez de agua dulce como anhelaban, solo encontraron en la playa de aquella tierra estéril un betun de mal olor, por lo cual lo despreciaron, aunque no faltó quien dijese que era ámbar. Sin detenerse allí Vizcaino volvió á navegar, y sin ver la isla de Natividad, por ser de noche al pasar á la altura de ella, fué á parar en la mañana del siguiente dia junto á la de Cerros; en mas de nueve dias no pudo doblar una punta que hace la isla, y que se llamó de cabo de San Agustin, y por último en 31 de agosto fueron á surgir á la parte del Sur. En la opuesta habia surgido la Almiranta, la gente de ella hizo algunas escursiones en tierra, y halló agua potable, y leña de que se proveyó; pescó en abundancia centollas, langostas, sargos, bacalaos, rayas, roncadores y otros peces, y al cabo de doce dias empezó á bojear la isla, en busca de la Capitana, y la encontró cuando aun estaban los marineros tomando velas en el punto en que acababa de echar anclas. La reunion de los tres buques que componian la Armada fué justo motivo de regocijo para su gente. Bojeada la isla, donde las dos naos y la fragata remediaron la necesidad de aguada y leña, sin haber conseguido atraer y hacerse amigos los indios que desde las cumbres de los cerros amenazaban con sus flechas y venablos, se calculó que aquella tierra tendria de bojeo treinta leguas, y el 9 de setiembre salió la Armada en demanda de la isla de *Cenizas*.

El dia 11 se llegó á reconocer la costa, y vieron que era tierra alegre, vistosa y llana; surgieron en una bahía que apellidaron de San Hipólito; continuaron luego su derrota, y por toda la playa de la costa columbraron muchas y muy grandes hogueras, indicios ciertos de rancherías de indios, que sin duda las encendieran para resistir el intenso frio que allí reinaba constantemente, ocasionado por el viento N-O. El 16 arribó la Armada al pié de unas altas sierras, negras, tajadas al mar, y que en lo alto forman unos grandes llanos, como mesas, por lo cual, y en conmemoracion del Santo de aquel dia las llamaron *Mesas de San Cipriano*. Junto á esta tierra, á la parte de sotavento, habia unas barracas blancas, y alrededor de ellas gran número de indios. A practicar un reconocimiento y enterarse de la disposicion de los ánimos de aquella gente envió el General la fragata, yendo en ella el cosmógrafo para demarcar el pais que viese. Pasó la noche en tormenta sin que volviese aquella nave, ni la viesen las otras dos al ser de dia, por lo cual fueron en busca suya, sin poder hallarla. El tiempo fué sumamente borrascoso, en tal manera que la Almiranta, menos fuerte que la Capitana, estuvo á pique de naufragar, y ambos navíos se apartaron hasta perderse de vista uno de otro, en medio de la espesa neblina y la oscuridad que reinaba, cerca de una punta que llamaron *del Engaño*.

Viéndose sola la Capitana, hizo diligencia por encontrar la Almiranta y la fragata, porfió en querer doblar aquel cabo, llegóse á tierra cuanto fué posible, y un dia se juntó con la fragata, desconfiando ya de encontrar el otro navío, en la creencia de que habria naufragado, porque siendo viejo se hubiese abierto

combatido por la tormenta. Las dos naves reunidas encontraron un buen puerto, y en él entraron el 3 de octubre, dia de San Francisco, por lo cual le dieron este nombre. Vieron allí muchos indios apacibles, dando indicios de buen recibimiento, y conocieron que la tierra era buena, llana, abundante en variedad de ganados y caza mayor, segun los vestigios, las huellas y estiércoles que por los campos observaron. Sin embargo, habiendo contado los de la fragata que mas adelante, cuando esta anduvo perdida, habian visto una isla que titularon de San Gerónimo, á ella se dirigieron ambos buques, y allí encontraron muchas bandadas de diversas aves, y mucha leña, y alrededor de la orilla abundantísima pesca. A la otra parte de esta isla se encontró un buen puerto. El Genetal mandó al alférez Alarcon que con doce arcabuceros fuese á ver la tierra, y buscar agua, y en el estero hallaron gran número de indios desnudos, que con canoas de espadaña, y juncos gordos que en agua dulce se crian, andaban ocupados en la pesca. Tan pronto como los indígenas vieron á los desconocidos estranjeros, salieron á su encuentro con demostraciones de alegría, les dieron una porcion de pescado, de buena voluntad, y luego los guiaron á unos pozos de muy buen agua, que cerca estaban entre una grandísima espesura de sáuces y mimbreros como los de Europa, y de los juncos y espadañas con que hacian aquellos indios sus canoas. Contentos los sencillos isleños con las dádivas de algunas bujerías que recibian de sus huéspedes, se mostraban solícitos en proveerles de buen pescado, y haciendo correr la noticia de su llegada y buen trato tierra adentro, infinitos de ellos acudian á ver y admirar á los españoles; hacian ó procuraban imitar cuanto á estos veian hacer, y pronunciaban muchas de las palabras que les oian. Las mujeres andaban muy honestas, cubiertas con pieles de animales, y parecian fecundísimas, pues la mayor parte de ellas traia cada una dos niños á los pechos. Tenian estas tráfico con los del interior de la isla, y á trueque de pescado traian *mexcalli*, raiz del maguey cocido, que es una escelente conserva, y otros comestibles, y cordeles y bolsas de red muy bien tejidas, y curiosamente labradas de hilo muy delgado, igual y bien torcido. De todas cosillas dieron á los españoles en cambio de cuentas de abalorio y otras frioleras.

Muchos dias permanecieron la Capitana y la fragata en aquella bahía, durante los cuales, haciendo uno de ambos buques varias salidas en busca de la Almiranta, hasta un dia, el 24 de octubre, saliendo de la bahía á la vela, vieron venir aquel navío, cuya presencia colmó de júbilo á toda la gente de la Armada, tanto mas á la de la Capitana y la fragata que por perdida la tenian.

En el tiempo que anduvo estraviada y combatida de las tormentas la Almiranta, siendo juguete de los furores del mar, recorrió con grandes peligros la costa, reconoció la bahía de San Jorge, San Damian, y San Hipólito, y fué á parar otra vez á la isla de Cerros; en ella hizo aguada y leña, y no encontrando rastro alguno de la Capitana, volvió á salir en su busca por la costa y

al cabo de cinco dias, gobernando contínuamente al O. se halló á distancia de ocho leguas de una isla, que segun muestras parece ser la de los Pájaros; mas no pudo llegar á ella, á causa de la contrariedad de los vientos, aunque para ello trabajó dos dias. En aquel paraje, abatido el navío por el tiempo y las olas empezó á hacer agua, con los violentos vaibenes entraban las oleadas, y visto el peligro de anegarse el buque, para poder salvarse la gente en caso de naufragio, se volvió á tomar la vuelta de tierra, teniéndola á la vista. No pudiendo acercarse prosiguieron trabajosamente el viaje, y al llegar al paraje de la bahía llamada de las Vírgenes, tuvieron con las otras dos naves el encuentro referido.

La Armada siguió su derrota, fué á parar el 28 de octubre á una bahía que en celebridad del dia denominó Vizcaino de *San Simon y Judas*, y allí se detuvo á tomar lengua y agua para la Almiranta.





CAPITULO II.

Sucesos ocurridos á la Armada de Vizcaino en la bahía de San Simon y Judas. Su arribo al puerto de *San Diego* y la isla de Santa Catalina, y ocurrencias en ambos puntos.—Entra Vizcaino en el canal que llamó de Santa Bárbara, pasa á visitarle un cacique y le hace amistosas y generosas ofertas.—Continúa la navegacion, estravíase la fragata y luego comparece. Arriban las otras naves al puerto que titularon de Monterey, con la mayor parte de la gente enferma, y despacha Vizcaino la Almiranta para Nueva España, llevándose los enfermos, á pedir auxilios para poder continuar su empresa.—Relacion de la horrorosa enfermedad epidémica que afligia á la gente de la Armada de Vizcaino. Descripcion del puerto de Monterey.—Sale de él la Capitana en 3 de enero de 1603, en demanda del cabo Mendocino.—Piérdese últimamente de vista la fragata: la Capitana prosigue sola su navegacion trabajosamente, sufre una tormenta que la puso á punto de perderse, llega el dia 14 cerca de dicho cabo, y continúa dando la vuelta para el puerto de Acapulco.—Hácia el mismo vuelve la proa la fragata, viéndose sola y con muy escasa gente sana; con cuatro hombres solamente en estado de servicio, arriba la Capitana en 5 de febrero á la isla de Cerros, surge donde estuvo antes; pasa de allí en demanda del cabo de San Lucas, atraviesa la boca y el brazo de la California; entra el 17 en la isla de Mazatlan, parte de ahí en 9 de marzo, y el 21 arriba al puerto de Acapulco, terminando así el viaje de Vizcaino. Encuentra allí á la Almiranta.

Surta la Armada de Sebastian Vizcaino en la bahía de San Simon y Judas, se vió la gente de ella hostilizada tan pertinazmente de los indios, á pesar de las intenciones pacíficas manifestadas por los españoles, que fué preciso hacer uso de los arcabuces. Bastó con una descarga para herir y dar muerte á algunos de ellos y obligarlos á la fuga. Llevándose acuestas á las víctimas de la refriega, refirieron el suceso y pusieron en alarma á los suyos en toda la comarca. En menos de dos horas se congregaron, y formados en escuadron mas de doscientos armados de arcos, flechas y venablos, marcharon contra los españoles que habian quedado en tierra, con el alférez Alarcon, mas no atrevieron á embestir temien-

do al fuego de los arcabuces. Por último enviaron un indio con un perrillo en señal de paz: juntáronse indios y españoles, y diéronse recíprocas seguridades de amistad. A pesar de esto juzgó prudente Vizcaino dejar aquella bahía, y entrado ya noviembre, prosiguió la Armada su navegacion, contra viento y las corrientes, costeando siempre, sin cesar de ver las humaredas y hogueras que en toda la orilla hacian los indios llamando á nuestras naves. A seis leguas de Tierra-firme avistaron cuatro islas que se llamaron de los Coronados, las dos pequeñas en forma de conos ó panes de azúcar, y las otras algo mayores. Al Norte de ellas hay un famoso puerto, que se apellidó *de San Diego*, en la Tierra-firme, y en él entraron las naves españolas, en la noche del 10 de noviembre. A poco de haber desembarcado parte de la gente, uno de los centinelas avanzados dió aviso de que venian por la playa muchos indios, con arcos y flechas, desnudos, y pintados de negro y blanco. Adelantóse á recibirlos una partida de soldados, haciéndoles señas con un pañuelo blanco, y echando al aire puñados de tierra, lo cual fué bastante para que los indios se declarasen de paz, entregando á los soldados los arcos y las flechas. En recompensa les dieron los nuestros unas cuentas de vidrio, y unos cordones que por gala se pusieron en las gargantas. No por esto se determinaron á pasar adelante, pues al ver la mucha gente que con el General español quedaba, se retiraron á un cerrillo y desde allí enviaron dos indianas viejas y arrugadas al cuartel general. Aunque Vizcaino pudo calificar esto como una mofa que de él se hiciera, ó como una demostracion de recelo de incontinencia con respecto á los suyos en caso de que viesen indianas jóvenes, lo cual fuera tambien un agravio, se mostró disimulado, comedido y prudente. Hizo á las dos ridículas mensajeras algunas dádivas de bujerías, volviéronse contentas y satisfechas, y como resultado de la lisonjera relacion que hicieron á los suyos, todos acudieron presurosos á ver á los espedicionarios. Los mas de ellos venian embadurnados de blanco y negro, muy empenachados de plumas. El General les obsequió y regaló cuanto fué posible, y contestándole por señas á las preguntas que del mismo modo les hizo, supo que se pintaban el cuerpo con el ingrediente que hacian de unas piedras metalíferas que mostraron; á lo cual añadieron que de aquellas mismas piedras, una gente que habia tierra adentro, que eran hombres barbados, y usaban vestidos como los españoles, sacaban metal y hacian unas listas hermosas, lo cual daban á entender señalando, que eran como los pasamanos que los soldados tenian en los coletos de ante; tambien como uno que llevaba el General en un calzon de terciopelo morado; y que aquellos hombres de quienes hablaban, usaban de galas y vestidos como los nuestros y que se les parecian. Con el buen tratamiento que se les hizo quedaron engolosinados, y así es que cada tercer dia venian á que se les diese galleta y pescado, y ellos traian pieles de martas, de gatos monteses y de otros animales, y redecillas de las que usaban para la caza. En aquel puerto encontraron nuestros espedicionarios mucho pescado blanco, y lizas, ostiones, almejas, lan-

gostas, centollas, y sardinas en abundancia; y en unos esteros vieron gran número de gansos, ansares blancos, grandes patos, codornices, liebres y conejos. El suelo era muy fértil y llano, su cielo despejado constantemente, y el clima grato y apacible.

En 20 de noviembre levó anclas la Armada, con viento N-O. constante en aquella costa, salió del puerto de San Diego, prosiguiendo su navegacion, y lentamente llegó á vista de una ensenada. Notó en aquella tierra mucha frescura, y grandes humos y fogatas con que los indios daban á entender que llamaban á las tres naves. El viento N-O. no permitia que estas pudiesen estar en ningun punto con seguridad, y esto las obligó á pasar adelante, hasta encontrar una gran isla, doce leguas apartada de la Tierra-firme. Era esto en 28 de noviembre, dia de Santa Catalina, y este nombre se dió á la isla. Surgieron en ella; pero antes de arribar columbraron otra mucho mayor á la parte de S-O., y dejaron de reconocerla, proponiéndose hacerlo á la vuelta del viaje. En la de Santa Catalina salieron al encuentro de los viajeros las mujeres, niños y ancianos naturales de ella, bajando de unos montecillos, desde donde estuvieron observando la llegada de sus huéspedes, á quienes llamaban con sus acostumbradas señales de humaredas y fogatas. Con voces y demostraciones de alegria se presentaron en la playa á ver y saludar á la gente recien venida, con tanta afabilidad y llaneza como si antes la hubiesen visto ya y tratado. Al pedirles agua los nuestros dieron noticia de una fuente cercana, y en efecto la hallaron en un ameno sitio, cercada de sabinas y otros árboles. El agua era muy delgada, por lo cual, la buena acogida que se halló en los indios, y lo que parecia prometer aquella isla, determinó Vizcaino hacer en ella estancia algunos dias.

Desembarcando estaba la gente todavia cuando se llegó á las naves gran número de indios muy gallardos, que andaban pescando en unas canogüelas, únicas naves de que usaban, construidas de tablas bien hechas, á modo de barquillos, con las popas y proas levantadas y mas altas que el cuerpo de la canoa. Algunas de ellas eran tan grandes que tenian capacidad para veinte personas, aunque en cada una iban comunmente tres, á pescar, dos hombres y un muchacho; aquellos para remar, y este para ir echando afuera el agua que en la barquilla entrára. Ejercitaban la pesquería en peces grandes, usando de fuertes varas de sabina con arpones de huesos de pescado, atadas á un cordel largo, de modo que su pesca, aunque pequeña, es semejante á la que se hace de la ballena. Lo que mas llamó la atencion de los españoles, fué la belleza de las indianas, sus hermosos ojos, su modestia, honestidad y recato, y la particular circunstancia de ser los niños blancos y rubios, conociéndose que iban perdiendo gradualmente este color á proporcion que se acercaban á la edad de adultos, por cuanto en la juventud eran de color mas que trigueño en general. Se vió allí un templo donde hacian sus sacrificios. Era un patio espacioso y llano, y en una parte de él, en medio de un círculo un altar, rodeado de plumas de

varias aves, de diferentes colores, conociéndose que eran como despojos de las muchas que sacrificaban á sus ídolos. En el centro del círculo habia una figura pintada, de varios colores, como de demonio, al estilo de las que solian verse en Nueva España, y á los lados de ella la figura del sol y de la luna. Dentro de aquel redondel, al acercarse los soldados á ver el templo, habia dos descomunales cuervos y al llegar los españoles alzaron el vuelo y fueron á parar en los picos de unas peñas contiguas. Los soldados admirando el tamaño de aquellas aves los apuntaron con los arcabuces, los mataron, y en el acto prorumpió en sollozos y alaridos, haciendo grandes aspavientos, un indio que allí estaba presente.

Reconocida la isla por diferentes partes y sitios, vió que el terreno era feraz, que habia en ella buen arbolado y abundaba en caza mayor y menor. No por esto quiso permanecer en ella Vizcaino por mas tiempo. La Armada partió en 25 de diciembre con el designio de ir á reconocer otras islas, y de pasar tambien á la costa de Tierra-firme para irla reconociendo y demarcando.

Desde esta isla va siguiendo una cadena de otras varias en hilera, en tan admirable órden, que distan como cuatro leguas una de otra, todas muy pobladas, cuyos habitantes se comunican amistosamente entre sí, y trafican con los de Tierra-firme. Desde la primera hasta la postrera ocupan una estension de casi cien leguas, paralelas con la costa del continente. Durante muchos años se estuvo en la creencia de que eran parte de Tierra-firme, hasta que se reconoció que entre esta y ellas hay un pasaje, muy bueno, y ancho por partes de ocho, diez y hasta doce leguas. A este canal, que se estiende de Oriente á Poniente, se dió el nombre de Santa Bárbara.

Al llegar á la entrada de él salió de Tierra-firme una canoa con cuatro remeros, y en ella venia un reyezuelo de aquella costa. Se aproximó á la Capitana, y con suma ligereza dió alrededor de ella tres vueltas, cantando los remeros al estilo de los indios de Nueva España; y luego, sin temor ni recelo alguno, entró el cacique ó reyezuelo en el navío, y lo primero que hizo fué dar alrededor del alcázar otras tres vueltas, siempre cantando; hecho esto, plantándose delante del General de la Armada y su gente, pronunció un largo discurso en su idioma, por lo cual no se pudo entender ni una palabra. Al concluir dió á entender por señas mas claras ó inteligibles que sus palabras, que los indios de la isla de Santa Catalina le habian dado aviso de haber llegado allí aquellas naves, cuya gente les habia tratado como amigos, regalándolos generosamente; por lo cual iba á ofrecerles amistoso hospedaje en su tierra, rogándoles que fuesen á recibir sus obsequios. Mas al advertir que en el navío no se veia mujer alguna, preguntó por ellas haciendo señas tales que al punto fué comprendido y contestado que no iban á bordo porque no eran necesarias. La sencillez é ingenuidad del cacique llegó entonces al estremo de redoblar sus instancias para que los nuestros desembarcasen, prometiendo dar á cada uno



C. Mugica inv.º y lit.º Lit. de J. J. Martinez Madrid

EL REYEZUELO

de una parte de la costa del canal de Santa Barbara, va en una canoa á la Capitana de la Armada de Sebastian Vizcaino, á ofrecer á este cordial amistad y hospedage en su pais.

diez mujeres. Semejante oferta escitó la risa de todos: el indio, atribuyéndolo á incredulidad, volvió á rogarles que á tierra fuese un soldado á persuadirse de la verdad de lo prometido, y que hasta la vuelta del enviado quedaria él con su hijo en el navío, como en rehenes. Dióle el General palabra de ir á visitarle, hízole algunos regalos, despidióle, y se fué contento y deseoso de obsequiar á sus huéspedes; mas á poco tiempo sopló viento favorable para proseguir la navegacion; las naves hicieron vela el 3 de diciembre, y á la caida de la tarde del siguiente dia, amainado el viento, se encontraron casi en las últimas islas del canal, observando que tenia veinte y cuatro leguas de largo, y la costa de aquella parte de Tierra-firme era muy vistosa, amena, arbolada y con muchas poblaciones indianas. En la noche del 4 sobrevino el N-O. y la gente se afligió, por ser de noche, hallarse entre islas, en canal, y la mar estar bravísima; corriendo así peligro de perderse contra alguna de aquellas aisladas tierras, tan próximas y cercanas unas de otras. Dos dias permanecieron en tan crítica situacion, hasta el 6 que abonanzó el tiempo: las naves adelantaron poco á poco, y la fragata se perdió de vista entre aquellas islas. Llegándose la Capitana y la Almiranta á tierra para irla reconociendo, arribaron á una ensenada, donde los indios les recibieron amistosamente, y allí alcanzó la fragata á los navíos. Reunida otra vez la Armada prosiguió la navegacion con buen tiempo, y el 14 se encontró cerca de una sierra muy alta, blanca en las cumbres, bermeja en las faldas, y de mucha arboleda, á la cual apellidaron de Santa Lucía. Cuatro leguas mas adelante entra en el mar un rio que descolgándose entre peñas baja de unas altas sierras, y nuestros navegantes le denominaron *del Carmelo*. Dos leguas mas allá hay un famoso puerto, y entre él y el rio un monte de pinos de dos leguas de travesía, por el cual hace una punta la tierra para la entrada del puerto que se tituló de *Monterey*, en obsequio del virey, y en él surgió la Armada el 16, con intento de despachar Vizcaino aviso á Nueva España.

Eran tantos los enfermos ya en las naves, y tan pocos los sanos en estado de servir para las maniobras, que todo era tribulacion y conflicto. El piloto de la Almiranta y su segundo se hallaban postrados en cama; el de la Capitana y su acompañado en estado de convalecencia, imposibilitados de hacer servicio, y el número de soldados, marineros, grumetes y pages muertos, ascendia ya á diez y seis. En tanta consternacion se acordó en consejo que la Almiranta tornase de aviso, llevándose á Nueva España todos los enfermos, con los marineros precisos para poder llegar al puerto de Acapulco, y que la demás gente que sana hubiese en ella se repartiera entre la Capitana y la fragata, las cuales quedarian en la boca de la California aguardando el socorro que se pedia, para que á mediados de mayo del año próximo pudiese continuar sus descubrimientos por aquella costa. Salió pues para su destino el navío mensagero, á 29 de diciembre, dejando á la gente de las otras dos naves envidiando la suerte de la que volvia á Nueva España.

Al llegar aquí, consideramos oportuno hacer una ligera reseña de los síntomas, el curso y los funestos efectos de las dolencias que afligian y arrebataban á la gente de la Armada de Sebastian Vizcaino. Corre en aquella altura comunmente un aire muy frio, que traspasa y pasma á los hombres flacos ó poco robustos, y no pocas veces á los fuertes cuando les coge fatigados. Siéntese lo primero un dolor general en todo el cuerpo, poniéndole tan sensible que no puede resistir el tacto ó contacto de cosa alguna. A poco tiempo de la invasion se cubre todo el cutis, en especial de medio cuerpo abajo, de unas pintas y pustulillas algo mayores que granos de mostaza, y consecutivamente de unos verdugones de dos dedos de ancho, ó mas, que se engendran en las corvas de las rodillas y se estienden luego hasta medio muslo, duros como piedras, de modo que las piernas quedan tullidas, causando agudos dolores al paciente cada vez que quiere revolverse. Aquellas especies de callosidades, tomando un color semejante al de las manchas de aceite en el paño, se propagan de suerte que todo el muslo y la pantorrilla queda por último morado y cárdeno. El mal humor se derrama por todo el cuerpo, con mayor intensidad en las espaldas, aumentando los dolores, y poniendo en fin al enfermo en tan lastimoso estado y en tal desesperacion que desea la muerte para dejar de padecer, pues ni sufrir puede el roce ó contacto de la ropa, ó del mísero lecho en que postrado se halla. Otros accidentes no menos funestos sobrevenian en pos de aquellos: las encías se hinchaban en tanto grado que toda la dentadura se resentia, dientes colmillos y muelas se dañaban y corroian, á veces se caian al escupir, y el paciente no podia alimentarse sino de líquidos. Los enfermos se estenuaban en breve, como si estuviesen tísicos, y hablando solian quedarse muertos. Tal es la dolencia que afligia á los españoles esploradores de la California, y de que muchos de ellos fueron víctimas.

El puerto llamado de Monterey, donde la Capitana y la fragata quedaron haciendo agua y leña para proseguir su navegacion, es de buen reparo para todos los vientos, tenia una asombrosa abundancia de pinos muy altos, derechos y lisos, escelentes para árboles de navíos y entenas, y de muy corpulentas encinas las mejores que hallarse pudieran para la construccion naval. La variedad de arbustos y matas para leña era admirable. Allí encontraron nuestros espedicionarios copiosos manantiales de buen agua, hermosas y muy grandes lagunas, fertilísimas dehesas, frescos prados para ganadería, y tierras las mas á propósito para sementeras. Vieron muchos y muy diversos animales, entre ellos osos de estraordinaria magnitud. El mar de aquella parte era abundantísimo en pesca. El puerto estaba cercado de rancherías de indios, afables, muy gallardos y generosos. Tenian su gobierno, y sus armas eran arco y flechas. Manifestaron gran sentimiento cuando el General español mandó recoger la gente en las naves y estas salieron de aquel puerto, á 3 de enero de 1603, en demanda del Cabo Mendocino.

Pasó la Armada el dia 6 mas adelante del puerto de San Francisco; por la

noche tuvo contratiempo la fragata, se separó de la Capitana, se perdieron de vista, y el navío, creyendo Vizcaino que la fragata habia retrocedido, volvió al citado puerto en busca suya, tan en vano que ya no se juntaron en todo el viaje. La Capitana le continuó sola, y el 12 llegó á la vista de unas sierras altas y bermejas; catorce leguas mas adelante al N-O. se vió un cabo tajado al mar, y cerca de él unas sierras nevadas, de suerte que á los pilotos, por las razones que de él tenian, les pareció ser el Cabo Mendocino que se halla en altura de 41 grados y medio. En esta altura sobrevino una borrasca tan fuerte que el navío estuvo á pique de anegarse; á seis se reducia el número de personas sanas en estado de servicio, y en tan triste situacion acordó Vizcaino que se diera la vuelta para el puerto de Acapulco. El 14 se halló la Capitana cerca del Cabo Mendocino llevada de las corrientes en solos dos dias, y á causa del viento S-E. se mantuvo en través hasta el 19; al dia siguiente pudo proseguir.

En tanto la fragata, persuadida su gente de que la Capitana iba adelante, fué en su seguimiento, hasta llegar al abrigo de Tierra-firme muy cerca del Cabo: al abrigo de un peñon se estuvo surta aguardando en vano que pasára; tomada la altura se halló ser la de 43°, donde la tierra hace una punta que se llamó Cabo Blanco, y por último, encontrándose tambien con muchos enfermos, acordó su capitan volver la proa para Acapulco; y así lo hizo como despues veremos.

Consternados los de la Capitana al ver que la muerte menguaba la gente cada dia, iban ya desesperados de llegar siquiera algunos con vida al puerto deseado, cuando el navío entró trabajosamente por el canal de Santa Bárbara, siendo la intencion de Vizcaino llegar á reconocer la isla grande, que dijimos habian visto al S-S-E. de Santa Catalina, y descansar allí algunos dias; pero todos clamaron contra esta determinacion, ansiosos de volver al punto de partida de la Armada, y el General de ella hubo de desistir. Acelerando pues el viaje de retorno cuanto era dable, llegó la Capitana el 3 de febrero á la vista de la isla de San Hilario, no teniendo ya entonces mas de cuatro hombres en estado de servicio para las maniobras: vió de paso la bahía de las Vírgenes el 5; hizo travesía á la isla de Cerros, y el 6 en la tarde surgió en el sitio donde habia estado para hacer aguada y leña. Esto hicieron tambien esta vez; dejaron allí señales y escritos para que de la nao tuviese noticia la fragata, y del rumbo de aquella, si esta arribase al mismo punto, y el 9 por la mañana salió en demanda del cabo de San Lucas, llegó á reconocerle muy de cerea, el 14; atravesó la boca y el brazo de la California, y el 17 en la noche entró en el puerto de la isla de Mazatlan, y en él dió fondo, y fueron socorridos por el Alcalde mayor de cuanto necesitaban para sustento y refrigerio de toda la gente, y asistencia y alivio de los enfermos. Desde allí despachó Vizcaino un correo para Méjico, participando su arribo al Virey, con manifestacion de las causas, y el estado en que se hallaba.

Los desgraciados que fueron á bordo de la Capitana, recobraron casi todos

la salud en pocos dias de permanencia en aquel puerto; con rumbo para el de Acapulco partieron á 9 de marzo, y en él entraron el 21 enagenados de gozo, al considerar que allí terminaban sus trabajos, y escitando la admiracion del gentío que salió á verlos, que oia con asombro la relacion de su penoso viaje, y que se enternecia al saber la resignacion, el valor y la constancia con que habian sobrellevado tantas penalidades, privaciones y desgracias.

En el puerto de Acapulco encontró la Capitana á la Almiranta. Grandes infortunios y trabajos padeció la gente de este navío desde su salida de Monterey: casi todos enfermaron, y solos tres quedaron con salud; la mayor parte de ellos pereció en el mar, y los demás en el hospital del puerto donde terminó el viaje. Los que llegaron sanos fueron el Almirante Toribio Gomez de Corvan, un cabo de escuadra, gallego, llamado Francisco Vidal, y el soldado Juan de Marchena. Veinte y cinco fueron los fallecidos, sobreviviendo seis personas.

No fué mas venturosa en su viaje de vuelta la fragata. Dando tambien la vuelta para Acapulco, desde el punto en que la dejamos, á la altura de los 43°, antes de llegar al puerto de San Diego, fallecieron el piloto y el alférez, quedando con ambos cargos y como cabo de la nave Esteban Lopez, sin mas gente ya que cuatro hombres, vino á tomar puerto en el de Navidad, y de allí últimamente, tambien en Acapulco, al cabo de dos meses.

Admirando Humboldt el valor y esfuerzo de los españoles que hicieron esta espedicion, acometiendo una empresa que hasta cinco veces se habia intentado sin que ninguno la hubiese llevado á cabal y feliz término, dice y afirma que Sebastian Vizcaino merece ser colocado en el primer lugar de los navegantes de su tiempo, y que treinta y dos mapas redactados en Méjico por el cosmógrafo Enrique Martinez, prueban que examinó las costas de la Nueva California con mas cuidado é inteligencia de lo que antes de él se habia hecho.



CAPITULO III.

Viaje de Pedro Fernandez de Quirós á las tierras australes.—Preparativos para esta espedicion.—Arribo de Quirós á Lima yendo de España.—Estorbos que allí retardan la ejecucion de la empresa.—Rasgo de nobleza y desprendimiento de Quirós, en medio de su indigencia.—Sale del puerto del Callao con tres naves en 22 de diciembre de 1605. Descubre unas islas de poca importancia, las cuales abandona.—Nuevas islas descubiertas y accion heróica del marinero Francisco Ponce, para desembarcar en una de ellas.—Sucesos varios en aquellas aisladas tierras.—Descubrimiento de las islas que se titulaban *La Conversion de San Pablo* y *San Bernardo*, y sucesos varios en ellas.—Hostilidades de los indios, valor heróico de los españoles.—Carácter, usos y costumbres de los naturales de aquellas islas.

Referida ya en otro lugar la famosa navegacion que Pedro Fernandez de Quirós empezó como piloto mayor de Mendaña, y terminó en el año 1596 vamos á dar cuenta de la última espedicion en que nuestro célebre navegante acrecentó mas y mas la justa fama de gran piloto, y añadió páginas interesantísimas á la historia de los viajes y descubrimientos en la inmensidad del Océano.

Hallábase la córte de Felipe II en el Escorial, el año 1602, cuando allí se presentó Quirós, esponiendo su pensamiento y proyecto de emprender nuevo viaje de que se prometia grandes bienes para la monarquía española, al paso que estendiese los conocimientos geográficos. Recibióle el Rey con afabilidad, pero como no faltaban contrarios al proyecto, desgracia que, segun digimos antes, lleva consigo toda idea de elevada y sorprendente empresa, que siempre tiene por contrarios la incredulidad, la ignorancia y la envidia, en vez de encontrar Quirós

al instante el aprecio y proteccion que tanto merecia, en medio de una opulenta y fastuosa córte se vió afligido de la miseria, compañera entonces de los grandes hombres. A mucha dicha tuvo al cabo nuestro gran piloto que Felipe II le espidiera una Real Cédula que contenia sus despachos, y le fué entregada en 5 de abril; mediante la cual entre otras cosas se mandaba á cualquiera virey á quien fuesen presentados, que se satisfaciera á Quirós cuanto pidiere, tanto en bastimentos como en buques y demás que para la ejecucion de su empresa fuese necesario. Con tales despachos se trasladó á Sevilla, donde se hallaba una flota á punto de partir para Nueva España. De allí pasó á Cádiz, se embarcó en una fragata que, en conserva de la flota hacia viaje para Tierra-firme, y despues de varios peligros llegó á Caracas. A poco tiempo salió para Cartagena, y arribó á Panamá, tan pobre que debia casa y comida á los patrones de donde se habia hospedado. La desdicha parecia perseguirle en tal manera, que como si no bastase la miseria, habiendo concurrido cierto dia á una fiesta que se hacia en el hospital, se hundió una parte de este, y Quirós salió gravemente herido de un clavo que le atravesó la mano derecha. Venturosamente, despues de estar postrado en cama algunos dias, curó perfectamente, pareciendo que la Providencia preservaba la diestra que con tanto acierto habia manejado y manejára todavía el timon, dirigiendo por incógnitos y muy remotos mares las naves españolas.

Volviendo á embarcarse el famoso piloto del malogrado Mendaña, fué á Lima, se presentó al virey, en 25 de mayo de 1605, y le puso de manifiesto una carta general de navegar, pronto á satisfacer como satisfizo á todo cuanto se le preguntára. Hallábanse como testigos de esta audiencia algunos altos funcionarios, entre ellos dos Oidores y el gobernador del Callao D. Lope de Ulloa, á cuya presencia declaró el virey que le parecia mas á propósito hacer el viaje desde Manila, donde todo se podia prevenir á menos costa. No se detuvo nuestro marino en replicar que el Rey mandaba espresamente saliese de Lima á dar principio á su empresa, y que partir de Filipinas como se pretendia era contrario á toda buena navegacion, á causa de los vientos opuestos y la falta de gente de mar y tierra en aquel punto. En fuerza del apoyo que á estas prudentes y justas observaciones dieron las personas mas respetables de aquellas que se hallaban presentes, el virey mostró quedar satisfecho y convencido; pero la falta de salud y la atencion de otros negocios impidieron que á Quirós se le despachase para cuando deseaba, que era precisamente antes de entrar octubre, á fin de tomar en tiempo oportuno la derrota de Sudoeste. Suscitábasele en tanto otra contrariedad, pues D. Francisco de Castro, marido de Doña Isabel Barreto, se habia propuesto contradecir la empresa, alegando que á su esposa, como legataria y heredera de su primer consorte, D. Alvaro de Mendaña, pertenecia de derecho la poblacion de las islas que este descubrió y denominó de *Salomon*; mas al fin desistió de tal intento.



PEDRO FERNANDEZ DE QUIROS.

Pobre y aburrido se veia nuestro gran navegante, cuando el doctor Arias, oidor de la Audiencia de Lima, hombre generoso, solícito de las glorias de su patria, le llamó para ofrecerle su casa, mesa y facultades, queriendo casi por fuerza que Quirós recibiese una gran fuente que le presentó colmada de reales de plata, caudal que en aquellos tiempos era una gran dádiva, atendido el valor que tenia la moneda. El honrado cuanto hábil marino tuvo la grandeza de alma de responder á su espléndido bienhechor, sin dejar de mostrarse agradecido, que no parecia honesto para él, ni decoroso para su patria y su Monarca, que quien á uno y á otro servia en cosa de tanta importancia, como lo era su empresa, apareciese mantenido de limosna. Al fin, despues de muy repetidas instancias, logró Quirós que el virey nombrase comisarios para disponer lo conveniente al viaje; pero las disposiciones fueron muy lentas, presentándose á cada paso un inconveniente. A pesar de esto se aprestaron tres buques que el virey habia destinado, se pasó revista de la gente ya soldada, y no faltó un solo hombre, antes bien se contaron veinte y dos mas que sin paga se presentaron como voluntarios. Hacíanse estos preparativos en el Callao.

Antes del embarco fué un dia Quirós á Lima, acompañado de los capitanes de navío, á despedirse del virey, quien abrazándolos á todos manifestó el pesar que tenia de que sus achaques no le permitieran ir á presenciar la salida de las naves; pero escribió y entregó al gefe de la espedicion una carta muy honorífica, previniéndole que en alta voz la leyese al hacerse á la vela. Prévio este acto salieron los tres navíos del puerto del Callao, en la tarde del 22 de diciembre. La Capitana, que se denominaba *San Pedro*, era muy acomodada para el largo y atrevido viaje que emprendia; la Almiranta no tanto, y el otro buque una zabra de menor porte, pero fuerte y velera, que poco antes habia vuelto de la isla de los *Galápagos*, de recoger la gente que allí habia naufragado. En las tres naves se embarcaron unas trescientas personas de mar y guerra, algunas piezas pequeñas de artillería, arcabuces, mosquetes, bastimento para un año, utensilios, y frutos, y animales del Perú para las partes que se hubiesen de poblar. Iban en la espedicion seis religiosos franciscanos, y cuatro legos de San Juan de Dios en clase de enfermeros; por piloto mayor, uno que, segun dice Quirós en su relacion, le hicieron admitir contra su voluntad, el cual habia llegado de España, y fué muy perjudicial; y por segundo el capitan Pedro Bernal Cermeño, á quien nuestro ilustre marino confió el gobierno de la zabra.

En los tres primeros dias de navegacion señaló Quirós puntos con exactitud en su carta, pero luego le faltó la salud, porque al salir de Lima, efecto sin duda de los afanes y pesares que allí tuvo, tenia el cerebro en tal disposicion, que, como él dice, no podia sufrir ni sol ni sombra. A esto se agregó un pasmo que le puso en gran peligro, tanto mas, cuanto, segun despues se supo, fué curado erróneamente. El 8 de enero de 1606, dió á la gente de la Armada una instruccion, en que probó mas y mas su genio previsor y su esperiencia. Mas de

un mes de navegacion llevaban ya las tres naves, cuando en 26 de enero se descubrió la primera isla, cuya altura calculó Quirós estar á los 25° escasos, y á distancia de ochocientas leguas de Lima, siendo de cinco su bogeo, con mucha arboleda, playas de arena, y ochenta brazas de fondo junto á tierra. Iba á trasponer la luna en la hora que aquella isla fué descubierta, y nuestro marino la denominó *Luna puesta.*

Continuó navegando dos dias con algunos aguaceros, y al tercero amaneció la Armada cerca de otra isla, habiendo visto en la tarde anterior multitud de pájaros, indicio cierto de tierra próxima. Costeáronla por la banda del Sur, y Quirós juzgó que podia tener doce leguas: era llana por lo alto, pero sin fondeadero, aunque la zabra en la rebentazon del mar surgió en veinte brazas, bien que la popa no halló fondo en doscientas. Por esta causa mandó el comandante de la Armada cazar á popa, siguiendo su viaje hasta el 4 de febrero que se halló cerca de otra isla, de poco aprecio, por lo que se observó, al paso que la aproximacion á ella era costosa, pues la noche anterior fué muy trabajosa, de mar en través, porque la fuerza del viento era tanta que no daba lugar á correr siquiera con los trinquetes. Cerró la noche y á poco tiempo se levantó al N-E. un negro y espeso nublado, enderezando su marcha hácia las naves, con tanta presteza y furia que las puso en gran peligro, descargando tres rayos con un furioso aguacero entre violentos torbellinos.

Con la venida del deseado dia vió Quirós que aquella aislada tierra parecia bogear unas treinta leguas, anegada por medio, y cerrada con un paredon de arrecifes. Ni fondo ni puerto se halló en ella á pesar del solícito cuidado con que uno y otro se buscó, deseosa la gente de hacer provision de agua y leña, cuya escasez empezaba ya á sentirse. Tanto esta isla como seis mas que fueron descubiertas en pocos dias subsiguientes, hizo su descubridor poco caso, dejándolas como inútiles y pasando adelante. Quedando la última de ellas á barlovento, á la altura de 18° y dos tercios, en 9 de febrero prosiguió su derrota, y al siguiente dia se oyó gritar con júbilo un marinero: *tierra por la proa*. Causa fué de la alegria de aquel hombre el haber columbrado desde el tope mayor de gavia las humaredas que por varias partes se levantaban, clara señal de estar habitado aquel punto. Esto determinó á Quirós á enderezar allá las proas, como lo hizo por la banda del N., con intento de tomarle, pero no hallando puerto la Capitana se largó al mar, para montar la isla, y por mas que se esforzó no pudo lograrlo. Así, cazando á popa, cogió de frente la aislada tierra, y quedándose barloventeando á su vista con la Almiranta, ordenó que la zabra fuese á buscar puerto. Llegada esta nave cerca de tierra, dió fondo en diez brazas sobre mucaras, en tanto que Quirós disponia fuesen las barcas á tierra con cuarenta soldados; mas apenas tocaron en la rebentazon del mar vieron en el suelo de la playa unos cien indios, que alegres les hacian señas, manteniéndose formados en hileras, aunque sin mas armas que largos y gruesos bastones. Al verlos así los

nuestros juzgaron que amenazaban guerra; paráronse á mirarlos y darse á entender tambien por señas, y ellos con sus ademanes respondian que fuesen sus huéspedes á tierra. Era el sitio peñascoso, y casi imposible desembarcar, porque la mar batia con tal fuerza que no permitia acercarse, aunque se procuró varias veces, no sin grave riesgo de que alguna de las barcas zozobrase. Entrábanse en ellas por todos lados golpes de mar que las cubrian, mojando á los arcabuceros, de modo que no pudieran hacer buen uso de sus armas.

La dificultad de saltar en tierra determinó á volverse, con harto pesar y tristeza de no poder lograr el intento, tanto por el deseo de llevar á la Armada las nuevas que se prometian, como por no ser posible remediar la falta de agua cuya necesidad se hacia ya sentir demasiado; pues aunque la zabra habia surgido, se hallaba en gran peligro, á causa de ser todo peña y estar en poco abrigo. Ya volvian atrás las barcas á incorporarse con las tres naves, cuando despreciando el peligro se levantó uno de los remeros, el marinero Francisco Ponce, mancebo animoso y esforzado, natural de Triana, y afeando en sus compañeros la retirada, con resolucion y desenfado, desnudándose á toda priesa, alzó la voz y les dijo: «Si al primer peligro que se os ofrece huís el rostro, ¿qué esperanza nos queda de salir en adelante con victoria? Fuerza es arrostrar algunos riesgos cuando nos vemos en tan apartadas regiones, en puntos no conocidos, en mares no navegados, y entre gentes bárbaras é ignorantes. Yo aunque el mar me hiciese pedazos contra las peñas; yo, me determino á llegar á tierra y procurar la paz con los indios, pues de importancia suma es el hacerlo.» Esto dicho, se arroja al agua por la popa de la barca, encomendándose á Dios, con un rosario al cuello; y en breve espacio llega á donde el mar con ímpetu furioso batia los peñascos, y aferrándose á uno de ellos al cabo saltó en tierra, sin que le arredrase el recelo de hostilidad de los salvajes. Prendados estos de la resolucion del mancebo se adelantaron á recibirle, le abrazaron con demostraciones de cordial afecto, dándole repetidos besos en la frente, y el valiente español les correspondió con recíprocas muestras de paz y cariño.

El hecho heróico y generoso del animoso Ponce sirvió de leccion y ejemplo á sus compañeros, quienes avergonzados de su falta de valor quisieron luego imitarle. Tres de ellos se arrojaron tambien al agua, arribaron á tierra con igual riesgo, y repitióse la misma escena de fraternidad con los indios. Empuñaban aquellos hospitalarios bárbaros los unos lanzas de palo grueso y tostado, de veinte y cinco hasta treinta palmos de largo, y los otros macanas hechas de madera de palma, y otros, en fin, bastones gruesos. Eran sus albergues unas casuchas pajizas á la orilla del mar, entre los palmerales de que abunda la isla, cuyo fruto, con el de algun pescado, constituia casi todo su alimento. Vivian desnudos, eran amulatados, pero de buenas formas, fornidos, y bien agestados. Con ellos se entendieron los nuestros por señas, en tal manera, que comprendieron el deseo de que se vinieran á las naos, donde serian regalados y vestidos. Convencidos los cua-

tro marineros de que no lográran su intento, con disgusto se volvieron á las barcas, nadando otra vez con sumo brio, para regresar á la Armada. Visto esto por los indios, se echaron á nado ocho de ellos, y algo medrosos, aunque halagados de los nuestros, se acercaron á los bateles, que al verlos venir se detuviéron, persuadiéndoles á que se embarcasen. Dábanles para esto algunos cuchillos y otras cosas, con que mostraron alegrarse, mas nada alcanzó á desvanecer su desconfianza, antes bien se volvieron á su isla, donde los suyos les aguardadan impacientes.

La noche se acercaba, sin que hubiese esperanza de que á bordo viniese ningun indio. En tal estado los de las barcas dieron la vuelta á las naos, y oida su relacion mandó Quirós que aquella noche se pairase por la parte de afuera, para acordar y obrar al dia siguiente lo que conviniera. En tanto pasó la noche; al asomar el dia se hallaron las naves unas ocho leguas apartadas de donde anochecieron, costa abajo, y con esto se apesadumbraron nuestros navegantes, al pensar que era imposible volver atrás ni ver á los indios, cuando he que se descubrió la tierra en frente, siendo la misma que habian dejado. Así renació el placer y el contento, con la esperanza de que allí encontrarian gente con quien entrar en trato. Echóse al agua la barca de la Capitana, quedando las naos barloventeando, por falta de puerto, y en ella fueron doce hombres, con intento de buscar agua y habitantes, para seguir desde allí la navegacion en demanda del objeto de ella.

Cuando la barca hubo llegado al reflujo del mar halló su gente la salida tan dificultosa que al intentarla arriesgaban la vida. Venciendo entonces con animoso corazon el conocido riesgo, se determinaron á echarse al agua, y así pudieron allegar la navecilla hácia un peñasco, cuya punta descubria el mar cuando mitigaba algun tanto su fuerza. Aprovechó el cabo de aquella atrevida gente una breve coyuntura de poder saltar sobre el peñasco, se arrojó á él, y venturosamente luego se vió en tierra, estribando en el venablo, con agua á la cintura. Siguieron en el acto su ejemplo los demás, tan oportunamente que al volver el mar con mas fuerza que antes á batir las peñas, todos habian ya fijado el pié en la isla.

No deteniendo su marcha hácia lo interior llegaron á un repecho que vieron cerca de la orilla, donde habia un bosque de palmeras y otros árboles, y en él se detuvieron á determinar por qué paraje entrarian á buscar el agua deseada, y alguna poblacion al mismo tiempo. En esto echaron la vista al mar, y vieron que aceleradamente iba bojeando el batel de la Almiranta, acercándose á la orilla con ocho arcabuceros. Saltaron estos y algunos marineros en tierra, arrostrando igual peligro que los anteriores, y todos juntos emprendieron el viaje por el espeso bosque, cortando con las espadas el ramaje para abrirse paso. Cerca de otra ensenada de mar muerta, á donde fueron á parar, á otra parte de la isla, dentro del mismo bosque, descubrieron una redonda plaza, cercada de piedras peque-

ñas, y en un punto de ella otras peñas mayores, que del suelo levantaban como codo y medio, arrimadas á un árbol alto y grueso, de cuyo tronco pendian como ofrendas muchas trenzas de hojas de palmas, cayendo sobre las piedras á manera de altar levantadas. Suponiendo nuestra gente que aquello era un adoratorio, en medio de la plaza plantaron una cruz, para trasformarlo en cristiano templo, é hincados de rodillas la adoraron. De allí se encaminaron á lo llano en busca de agua, y pasado otro bosque dieron en un pradillo, sin lograr su objeto, bien que tuvieron el consuelo de encontrar una porcion de cocoteros, con cuyo fruto apagaron la sed y remediaron el hambre. Cargados de cocos prosiguieron su viaje á la playa, marchando una media legua con agua salobre hasta la rodilla.

Al llegar á los bateles temieron la entrada, ya por el riesgo que hubo á la salida, y ya por ir muy cargados de aquel fruto y de las armas; pero de repente se ofreció á los bateles una angosta caleta donde entraron sin peligro, acercándose tanto á los que estaban en tierra, que en ellos pudieron saltar á pié enjuto. La barca de la Capitana fué la primera que se hizo á la mar de vuelta á la Armada, porque la otra quedó aguardando á los que venian rezagados. Divisaron estos en una altura, entre los árboles, un bulto al parecer de persona que andaba muy despacio, y aproximándose á él conocieron ser una mujer, pero tan anciana, segun muestras, que era maravilla verla tenerse en pié. Indicios daba no obstante de haber sido en su mocedad bella y airosa. Por señas diéronla á entender los nuestros que se fuese con ellos, y la dócil indiana sin mostrar repugnancia alguna les siguió tan resuelta y contenta, que entró en el batel y llegó hasta la Capitana, con no poca alegría de sus conductores y de todos, infiriendo que la isla estaba poblada. Hizo Quirós que ella se sentára en un cajon, mandó servirla varias cosas guisadas, y comió con sumo gusto y apetito; pero nada fué comparable con su gozo, cuando poniéndola en la mano un espejo, que miró al revés y al derecho, con sorpresa inesplicable vió su rostro, cual nunca se le hubo visto. Consecutivamente mandó nuestro gran marino vestirla y llevarla otra vez á tierra, para que dijese á los indios que solo paz y amistad era lo que de ellos pretendia. Llevándola en medio, tan pronto como desembarcaron, caminaron sus conductores por la playa, hácia otra de enfrente á donde ella enderezó la marcha, indicando con el dedo que allí estaba su gente. En esto vieron venir por el mar nuestros viajeros cinco ó seis piraguas, blanqueando como cisnes. Sus velas, al parecer latinas, eran de palma, y los vasos de madera tambien blanca, bien labrados, angostos y largos por las quillas, las junturas trabadas con fuertes correones ó trenzas de la misma palma, árbol que á los isleños suministraba el sustento y el material para hacer sus naves, jarcia, velas, y todo género de armas, así como el vestido con que las mujeres se engalanaban á su estilo. Tal es el cocotero de aquella aislada tierra. Los nuestros conocieron luego que les suministraban tambien la bebida ordinaria, pues no descubrieron agua en mas de dos leguas que por tierra caminaron. Así aquel árbol, á que pudiera llamarse prodi-

gioso, cual si fuera el del bien del Paraiso terrenal, sin necesidad de cultivo alguno, por sí solo remediaba todas las necesidades de los habitantes del suelo en que se arraigaba.

Llegados los salvajes á la playa tomaron con gran presteza sus velas, dejando surtas las almadías, y saltando en tierra se fueron acercando á sus huéspedes, en tanto que la indiana se adelantaba á su encuentro. No fué mas pronto verla y conocerla sus compatriotas que ir corriendo á abrazarla, admirados de hallarla vestida, de un modo para ellos tan sorprendente. Los abrazos de los ignorantes indios se hicieron estensivos á los nuestros con demostraciones de cariño. El sargento Pedro García preguntóles por señas cuál de ellos era el señor ó capitan, y fué señalado un hombre robusto, de bizarra y gallarda presencia, fornidos miembros, ancha espalda y despejada frente. Ceñia su erguida cabeza un adorno á manera de corona hecha de plumillas negras, tan sutiles, flexibles y suaves que parecian de seda. Hasta la mitad de la espalda le caia un manojo de cabellos, muy rubios y algo crespos, causando no poca admiracion á los nuestros, que entre aquella gente, no siendo blanca, hubiera cabellos rubios en tanto grado: creyeron al fin que fuesen de su esposa, cuando supieron que el caudillo indio era casado. Todos unánimes le hicieron señas para que les acompañase hasta las naos, donde seria bien recibido y regalado, y él mostrando holgarse de esto, y seguido de su gente, con la nuestra se fué á la playa, y embarcóse en el batel con algunos de los suyos; mas apenas estuvieron en la barquilla, cuando temerosos de algun engaño se arrojaron al agua huyendo á tierra. Lo mismo quiso hacer el capitan indio, pero conociendo su intento los nuestros se abrazaron á él algunos, mientras los otros bogaban presurosos para apartarse de la orilla. Furioso el bárbaro revolvia á todos lados los brazos defendiéndose aunque en vano, pues con él arribaron á la Capitana, á donde no hubo fuerzas para subirle; visto lo cual mandó Quirós que allí le vistieran y dieran de comer, restituyéndole libre y vestido á tierra. Acertada y conveniente fué esta disposicion, por cuanto en la orilla se habian juntado ya unos cien indios, los cuales, considerando cautivo á su caudillo y lamentando su pérdida, cercaron á cuatro españoles que en tierra habian quedado, y con sus lanzas y garrotes amenazábanles de muerte. Viendo esto los del batel desembarcaron cinco de ellos, armados de arcabuces y rodelas, yendo presurosos á incorporarse con sus comprometidos compañeros, que caladas ya las cuerdas de sus armas de fuego, y capitaneados por el sargento Pedro García, hacian rostro á los indios.

Por no venir á las manos procuraron tranquilizarlos, dándoles á entender que ellos habian quedado en rehenes de su caudillo, cuando he que vieron á este venir en el batel de la Capitana, y para convencerles mas se le indicaron. Con esto, con esgrimir las espadas, armas á los salvajes desconocidas, manejar las rodelas y hacer otras evoluciones ó ademanes, pudieron entretenerlos, y dar tiempo para todo. El desusado trage en que iba el suspirado gefe indio fué

causa de que al pronto le desconociesen, hasta que ya muy cerca hablar le oyeron. Corriendo entonces á su encuentro le abrazaron, con lágrimas de gozo. El furor de aquellos hombres tan leales á su señor, se templó al momento, mucho mas cuando despues de corresponder á sus abrazos les refirió el buen trato que le habian dado los nuestros, y que mostrándose amigos venian de paz. Indios y españoles, todos juntos, fueron á la playa donde estaban sus embarcaciones, diciendo aquellos que deseaban irse al pais de los nuestros; quienes por hacerles fiestas y salvas, despues de haber sabido de ellos que habia otras tierras hácia donde la Armada llevaba su derrota, dispararon al aire sus arcabuces; lo cual puso en cuidado á la gente de nuestras naves, figurándose que se habia entrado en guerra. Embarcados al fin los indios, su caudillo se llegó al sargento nuestro, le abrazó, quitóse la diadema de plumas que llevaba, y dándosela le hizo comprender por señas que no tenia prenda de mas valor y estima. Hecho esto pasó á su piragua, y dando velas al viento se apartó con los suyos navegando la vuelta de un islote, en tanto que los nuestros volvian con sus dos barcas á la Armada, que aquella noche estuvo de mar en través, hasta el siguiente dia que prolongando la tierra hácia N-O. en ella tomó el sol en 17° y 2|3. El descubrimiento de aquella isla ocurrió en el dia de la *Conversion de San Pablo*, y así fué denominada. Situada cerca de los 18° y como á 1,180 leguas de Lima, tiene cuarenta de bogeo, y en medio un gran lago de mar de poco fondo. La gente que los españoles vieron en ella era corpulenta, robusta, de buen talante y color; su cabello delgado y suelto; sus armas unas gruesas y pesadas lanzas de palma, de mas de siete varas de largo, y palos de lo mismo á manera de garrotes. El surgidero estaba á la parte de Levante, en frente del palmar citado, debajo del cual se hallaba el pueblo á la orilla del lago.

En aquellos dias se encontraba Quirós muy enfermo y débil, afligido en fin de ver á su gente descontenta y desesperanzada porque no se descubrian las ricas tierras que se habia prometido. A estos males se agregaba la mala disposicion del piloto mayor, hombre díscolo, que desde el principio habia manifestado mala voluntad, y con sus discursos y sus actos fomentaba el espíritu de rebelion que en algunos se notaba. Prosiguiendo en medio de esto la navegacion, en los dias trascurridos desde el 14 al 21 de febrero viéronse otras dos islas. Sin hacer mérito de la primera, por cuanto se juzgó despreciable, determinó Quirós reconocer la segunda, pero aunque en ella encontró puerto, era tan malo, desabrigado, y el fondo estaba tan cerca de tierra que no se atrevieron á surgir las naves. Sin embargo, tanto apretaba la necesidad que se echaron al agua las barcas, en que fueron cincuenta hombres á ver si la hallarian en tierra. En vez de esto encontraron tanta abundancia de pescado que lo cogian á mano, y pájaros de mucha variedad, que se dejaban cazar fácilmente. La isla era desierta, sin agua, que era lo que mas ansiaba nuestra gente, pero abundante en palmeras. Por inútil la dejó Quirós, hallándose en 10° y 1|2 escasos. Se estiende N-S.,

tiene como ocho ó diez leguas de bogeo, y en medio se veia un placel ó gran laguna de agua salobre. El descubridor la denominó *San Bernardo.*

La Armada siguió adelante; al amanecer del 2 de mayo columbró tierra al O., y tomándola por la banda del N., fueron en su busca yendo á vanguardia la zabra. En esta ocasion desterraron nuestros navegantes la pena y tristeza que les dominaba, porque en medio de aquella isla vieron elevarse en los aires varias humaredas, seguro indicio de estar poblada. Cerca ya de la orilla descubrió la zabra entre palmeras un conjunto de casas pajizas, de donde salieron unos cien indios, cuya actitud daba motivo á considerarlos enemigos, bien que de buen rostro y presencia, gente en fin la mas gallarda, hermosa y blanca, que en toda la navegacion se habia visto. Tenian gran número de piraguas pequeñas, sumamente ligeras, hechas de un solo tronco, y en cada una venian tres ó cuatro indios. Con ellas se aproximaron á las naves españolas haciendo ademanes, mostrando valor y ánimo, y blandiendo gruesas lanzas, sus mas comunes armas. Al son y compás de sus canaletes cantaban, haciendo como de maestro de capilla uno de ellos á quien los demás en coro respondian. Poníanse enhiertos, y con estraños movimientos de brazos y manos, piernas y piés, hacian con gran presteza sones, bailes y ademanes. Iban en una canoa cinco de aquellos incultos isleños, y entre ellos uno de color blanco, airoso cuerpo, y buen talante, rostro bello, algo pecoso y rosado, ojos negros y graciosos. Al verle, le tuvieron todos por una hermosa doncella, aunque era un zagal, al parecer de 13 años. Venian haciendo una entonada gritería, himno marcial á su modo, á cuyo son debian dar sus batallas, y finalizaban con una voz unísona, esforzada y espantosa. Arrojóseles de las naos algunas cosas, tanto de comer como de vestir, acariciándoles para que se llegasen, mas ellos tan pronto como cogian lo que se les daba, remaban presurosos hácia fuera dejando burlados á los nuestros. En esto llegó una angosta piragua y en ella un arrogante indio, dando desaforadas voces, y haciendo furiosos ademanes con piernas y brazos. En la cabeza traia un tocado, hecho de palma, y de lo mismo puesta una especie de camiseta teñida de colorado. Puesto debajo de la galería de popa de la Capitana, donde habia algunos contemplándole, el bizarro indio muy ageno de temor, volviendo atrás el robusto brazo y cogiendo súbitamente un asta que luego empuñó con ambas manos, tiró un bote con intento de dar muerte á uno de los nuestros, y alargándose luego en su piragua velozmente, tuvo la dicha de que no hubiese á mano un arcabuz que contestára á sus bravatas. Dábanle voces los nuestros amenazándole, mas no por eso dejaba de acercarse de cuando en cuando, queriendo intentar lo mismo que antes. Hallábase Quirós de espectador en el alcázar de la Capitana, y con regalos y señas cariñosas procuraba determinar al insolente indio á que pasára á bordo, hasta que desengañado de que era en vano su empeño, mandó disparar un arcabuzazo al aire, á fin de que el bárbaro se fuese amedrentado. En vez de esto, sin espantarse del estampido blandió su lanza, y con serenidad dió vuelta al-

rededor de la nao en su lista piragua. Poco tardó en pagar con la vida, como despues veremos, su imprudente arrojo. Echadas las barcas al agua, en ellas fueron sesenta hombres en defensa de la zabra, porque al mar se arrojó una gran turba de indios, y llegándose á la avanzada nave, pareciéndoles ser fácil, procuraron echarla á fondo. Convencidos muy luego de la imposibilidad, trajeron de tierra una larga soga, y atando atrevidamente un cabo á la proa de la zabra, intentaron llevársela á tierra. En esta maniobra se ocupaban con empeño cuando llegaron las barcas. Entonces se volvieron á nado, cayendo algunos heridos y muertos á balazos, entre los segundos el indio que tanto habia hecho el jaque. En la imposibilidad de saltar en tierra los de la zabra regresó esta á incorporarse con las otras naves.

A pesar de esto no desistió Quirós del intento de desembarcar, para ver de remediar la necesidad que aquejaba de agua y leña. Al dia siguiente fueron pues las barcas remolcando la zabra con sesenta hombres bien armados. Buscando el lugar mas seguro en que poder surgir á remolque, llegó aquel buque cerca de unos arrecifes, donde aunque el mar batia con furioso estruendo, pareció el único sitio á propósito para el objeto. Dos barcas fueron las mas atrevidas, y apenas vararon en tierra cuando con furia impetuosa arremetieron en la playa mas de ciento y cincuenta bárbaros, todos con lanzas terciadas, determinados á vengarse del suceso del dia anterior. Con inminente peligro, con agua hasta la garganta, habian puesto los primeros el pié en tierra el alférez Pedro Lopez de Sojo, y el capitan Luis Vaez de Torres, con dos compañeros mas, y al ver la osadía de los indios les hicieron fuego con los arcabuces, tan acertadamente que algunos de ellos cayeron muertos, y los demás huyeron precipitados, dejando así despejada la ribera. En ella, arrostrando la furia del embravecido mar, saltaron luego quince españoles mas, y á su ejemplo fueron haciendo lo mismo los demás, llevando los arcabuces y frascos en alto para que no se mojáran. Tan pronto como todos estos valientes estuvieron reunidos en la isla, impacientes de medir sus armas con las enemigas, formaron una pequeña columna y marcharon hácia el pueblo ó ranchería, donde hallaron diez ó doce indios todos ya decrépitos. Tenian en sus manos los unos palos teosos, que á manera de achones ardian, y los otros ramos verdes, señal entre ellos de paz y amistad, como despues se supo. Los demás indios andaban fugitivos por el bosque, donde tenian sus mujeres é hijos, cerca de una gran laguna que el mar forma cuando baña la tierra tempestuoso. Hácia aquella parte vieron los nuestros caminar á toda prisa un indio que en hombros llevaba á otro herido, sin duda su padre, hermano ó gran amigo, atendido el esfuerzo que hacia y el peligro á que se arrojaba por salvarle.

Los venerables ancianos de la indiana tribu, semejantes á los senadores romanos cuando los galos invadieron la antigua capital del mundo, aunque con menos serenidad y mas temor que los Padres conscriptos, mantuviéronse inmóviles al llegar los nuestros, bien que presentándoles las insignias de paz, presididos

por uno al parecer el mas viejo, que cual otro Papirio se mantenia sentado, pero temblando en presencia de los invasores de su patria. Uno de ellos se llegó al fin á los nuestros, como para certificar mas de la paz, y el alférez por señas le pidió agua y le puso un vestido de tafetan. Gozoso de este obsequio fué guiando á catorce españoles que le siguieron acaudillados por Vaez de Torres, quedando formados los demás en aquel sitio, y al llegar cerca de la laguna, hallaron un gran arroyo, pero de agua salobre, lo cual causó grave disgusto á todos, pues la sed les afligia. En esto se presentó otro indio con un coco lleno de agua dulce. Al afan con que nuestros aventureros le preguntaron de dónde traia el líquido para ellos consolador, respondió que de la otra parte de la laguna, y allá envió Luis Vaez siete soldados con el isleño, á descubrir el manantial. Condújoles el guia á unas chacaras ó huertas, á donde los indios se habian retirado, y apenas vieron á los que miraban como enemigos, salieron á su encuentro á ofrecerles la paz, acompañados de algunas mujeres jóvenes y de sorprendente hermosura. «Aunque gente bárbara, dice Quirós en su relacion, que nace y se cria en »aquellas remotas partes en medio del rigor del sol, aire y frio, bastante causa »para estar quemados y negros, eran demasiadamente blancos, principalmente »las mujeres, que vestidas hacian sin duda ventaja á las españolas; acompañando »su donaire y gracia con honestidad y vergüenza. Miraban con humildes ojos y »muy pocas veces, y se acercaron á abrazar á los nuestros con demostracion de »amor y paz á su usanza. Venian cubiertas de la cintura abajo con esteras ó pe- »tates blancos de palma delgada y bien tejida, trayendo otras hechas á modo »de esclavinas, de la misma palma, con que se cubrian las espaldas. Holgóse »mucho nuestra gente, viendo que por paz se negociaba. Los soldados encontraron »escondidos entre unas ramas á dos mozos y tres mozas, todas bellas criaturas. »Una de ellas era gallarda y lozana, muy airosa, cuello y pechos levantados, »muy ceñida de cintura, los cabellos muy rubios, largos y sueltos, la cual ten- »dria como unos 15 años. Con ánimo varonil y prestos pasos, rostro ale- »gre y risueño, los salió á recibir, y luego los abrazó y á su usanza les dió paz »en la mejilla. Desearon los nuestros llevarla á los navíos, y aunque la jóven no »se mostraba melindrosa, no tuvieron por conveniente ejecutarlo.»



CAPITULO IV.

Continuacion de la empresa de Quirós.—Hostilidades y fuga de los indios: heróica defensa de uno de estos.—Abandona Quirós la isla que denominó *de la Gente Hermosa*. Descripcion de ella.—Va la Armada en demanda de la isla de Santa Cruz. Sucesos en este viaje: amistad de los españoles con el cacique Tumay, señor de la isla de Taumaco, y noticias que este da á Quirós de la isla en cuya demanda iba. Descripcion de Taumaco, y usos y costumbres de sus naturales.—Continúa la Armada su navegacion; descubrimiento de las islas de *San Marcos, Santa Margarita, Vergel, Belen, la Vírgen María,* y *la Clementina*.—Sucesos varios en ellas.—Descubrimiento de otra isla, donde funda Quirós la ciudad que apellidó *Nueva Jerusalen*. Solemnidad para esta fundacion.

Conducidos por su guia fueron á parar nuestros esploradores á unas charcazas, formadas por un arroyo pequeño y de agua dulce, aunque tan escaso que no era fácil surtir á la Armada en poco tiempo. Con la noticia de esto volvieron donde les aguardaba Luis Vaez, quien al mismo tiempo dió aviso á Quirós, por medio de un soldado. Iba el mensajero sin mas arma que la espada desnuda para su defensa, y al pasar por las viviendas de los indios se vió amenazado de muerte por una turba de ellos, con sus armas arrojadizas. En pugna tan desigual, aunque les hizo frente, esgrimiendo el acero con valor y destreza, hubiera sido víctima de los bárbaros á no haber oido el ruido de la pelea los españoles de la columna, que acudiendo presurosos cerraron con los indios y en fuga

los pusieron, quedando algunos de ellos muertos y heridos. Tanto fué el esfuerzo y valor de uno de los que allí perdieron la vida, que para afrenta de los invasores de su patria, desnudo, y sin mas armas que un palo, se defendió de quince soldados armados con gran ventaja, y los contenia largo rato, haciéndose plaza, y descargando furiosos golpes á sus contrarios, sin dar lugar á que ninguno se acercase. Era natural que el valor de uno cediese á la resistencia y agresion de muchos, rindiéndose al fin el indio no al temor y si al cansancio, cercado de los nuestros y de heridas acribillado. Aun así, ardiendo en ira no dejaba de embestir, hasta que ya desangrado, exánime, mordiendo con crueles ansias la tierra, con asombro de los nuestros espiró el valiente, quedando sus enemigos arrepentidos de haber quitado la vida al que solo, como un héroe, la habia disputado á muchos.

Juntos todos y en órden fueron marchando nuestros aventureros á las chacaras, en busca de víveres y habitantes; mas fué diligencia inútil. Los indios todos habian huido, y los últimos que con penoso esfuerzo procuraban alejarse, eran dos débiles ancianos, al parecer esposos. Perseguidos por los españoles se persuadió el anciano de la imposibilidad de escaparse, y creyendo que el cautiverio seria el término de su vida salvar quiso la de su compañera, persuadiendola á que se internase en el bosque contiguo. Obedeció la indiana cediendo á los ruegos del infeliz marido: este quedó solo y desvalido; sus perseguidores llegaron luego; prendiéronle, y determinaron llevársele á la Armada aunque por su mucha vejez les pareció inútil para el objeto que se proponian, el cual era tener de él nociones circunstanciadas de su tierra. De darle libertad, al fin trataban, cuando hé que se presenta la fugitiva indiana, llorosa y resuelta á morir en compañía del caduco esposo, antes que vivir de él apartada. Este rasgo de amor conyugal, cuando aun estaba muy reciente en la memoria el admirable valor del indio muerto, hizo tal impresion en el ánimo de aquellos españoles, que dejando libre á la feliz pareja, modelo de consortes, volviéronse á los bateles.

Al abandonar nuestros soldados la isla embarcándose, encontraron nuevos riesgos. La fuerza del mar y el viento arrojábalos á la costa. Zozobró el batel de la Almiranta, á cuya gente valió el saber nadar, y algunos se montaron en la quilla de la barca: inútil recurso, pues el mar la impelia con furia, forzándoles mal de su grado á arrojarse otra vez al agua. Por su dicha en uno de aquellos embates se volvió el batel aunque medio anegado: desaguáronle con gran trabajo, y en él volvieron á la Armada, á donde arribaron, afligidos, rendidos de cansancio, maltratados, con las armas mojadas y las municiones inutilizadas. Aun así fueron recibidos con júbilo en las surtas naves, celebrando y sirviendo de consuelo que ninguno hubiese sido víctima, ni de las refriegas con los indios, ni de la cólera del mar.

A causa de no hallar agua suficiente ni puerto en aquella isla, la abandonaron, dándola el nombre de la *Peregrina*, *ó de la Gente Hermosa*. Estiéndese de N. á S., tiene seis leguas en redondo, dista de Lima al parecer 1,600 leguas,

y su altura es á diez grados y tercio. Es muy rasa, tiene ó tenia un pantano, de cuya agua bebian los naturales, y parecia ser de lluvia. Estaba la tierra repartida ó dividida entre muchos dueños, plantada de ciertas raices que era el pan de los indígenas. El resto es un grande y espeso palmeral, cuyo fruto era el principal alimento de aquella gente, y de su madera y sus anchas y largas hojas hacian y cubrian sus moradas, de cuatro vertientes, curiosamente obradas, con un sobrado cada una, abiertas todas por abajo, y el suelo, los techos y paredes forrados de estera tambien de palma. De los cogollos mas tiernos de este árbol, tejian unas telas delgadas y suaves, con que hombres y mujeres se vestian á su modo. Del tronco eran tambien sus canoas y piraguas, de mas de veinte varas de largo, en que cabian unas cincuenta personas. Su forma era estraña, pues, consistia en dos barcos apartados uno de otro como una braza, y de uno á otro muchos palos unidos fuertemente con cuerdas. De las palmeras hacen los árboles, jarcias, velas, timones, etc., y sus armas, que son lanzas y garrotes. Tan pródigo y beneficioso es aquel género de palmera, que además de todo lo espresado, les suministraba alimento y bebida con los cocos, aceite para curarse, y vasijas para recojer el agua; de modo que como hemos indicado en otro lugar, tales árboles constituyen cuanto necesitan aquellos naturales para las necesidades de la vida.

En los rústicos albergues de los indios se hallaron muchos, blandos y delicados petates, unos mayores y mas abultados que otros; madejas de delgadas y bien tejidas trencillas; unas teñidas de negro, otras de rojo y leonado; cordeles delgados, recios y flexibles; que parecian de mejor lino que el nuestro: muchas conchas de nácar tan grandes como un plato ordinario, de las cuales hacian cuchillas, sierras y escoplos, y de huesos al parecer de animales, agujas, con que coser sus vestidos y velas. Ensartados se hallaron además muchos ostiones, y en ellos muchas menudas y finísimas perlas.

Dejada aquella isla fueron navegando su derrota en demanda de la *Santa Cruz*, que se descubrió en el último viaje hecho por el mismo Quirós como piloto mayor de Mendaña. Acordábase de que en ella encontraron fertilidad y regalo, y muy buen acogimiento, aunque los desórdenes cometidos por algunos ocasionaron algunas muertes de ambas partes. Gobernando pues al O. en busca de la isla apetecida, á 22 de marzo, Jueves Santo en la noche, hubo un eclipse de luna, oscureciéndose todo por espacio de tres horas. Hasta el 7 de abril fueron corriendo siempre con el mismo viento, dejando tierra por entrambas bandas, segun las señales de pájaros y piedra pomez que descubrian; y al fin de aquel dia, á las tres de la tarde, se columbró una tierra al O-N-O., alta y negra, á manera de volcan. En su demanda fueron hasta que cerró la noche, hora en que por temor de bajíos se echaron de mar en través, y al amanecer, á medio camino, como á dos leguas terrestres, dieron en un placel donde hallaron fondo de doce brazas hasta quince. Dos horas estuvieron pasándolo, y luego perdióse el fondo. Lle-

garon no obstante cerca de tierra, pero la proximidad de la noche les obligó á reparar hasta otro dia que se adelantó la zabra, y el capitan Vaez con las barcas, en que iban cincuenta hombres, prolongando la descubierta tierra, la vuelta del S-O., por medio de otras islas pequeñas que hacian canal, en tal manera que de lejos parecian ser una sola, descubriéndose muchas moradas indianas entre bosques, y algunas en las playas.

La Armada tuvo la satisfaccion de hallar un puerto apacible, arrimado á las islas pequeñas que estaban desviadas de la grande hácia el E., y allí dió fondo en veinte y cinco brazas. Fueron las barcas á la tierra que estaba mas cerca, de donde trajeron algun agua, plátanos, cocos, varias raices tuberculosas, palmitos y cañas dulces. Con esto y las noticias que los conductores dieron de cuanto habian visto, la gente de la Armada concibió lisonjeras esperanzas, y al siguiente dia volvieron las barcas resguardadas por la zabra, con unos sesenta hombres, á procurar con los indígenas la paz apetecida. A corto trecho de las naves descubrieron un pequeño islote, situado á la banda adentro de los arrecifes, muy elevado del agua, hecho á mano, de peña viva, en que habia unos sesenta albergues, de palma y esteras. Servíales de fuerte á los isleños, porque, segun entendieron nuestros esploradores, allí se recogian cuando otros indios enemigos iban de las islas contiguas á hacerles guerra, á lo cual solian ellos salir tambien en fuertes y grandes embarcaciones, en que podian con seguridad engolfarse.

Tan pronto como aquellos naturales divisaron á los nuestros, se apresuraron á llevarse tierra adentro las mujeres y niños, y cuanto tenian, al paso que unos ciento y cincuenta tomaron las armas. Al estampido de un mosquete, disparado para amedrentarlos, se zambulleron todos en el agua como una gran bandada de ánades, menos uno que se llegó cerca, y por señas dió á entender á los nuestros que se abstuviesen de disparar, y él haria que los indios dejasen arcos y flechas. Así se hizo de ambas partes: llegóse entonces el indio á las barcas, y en signo de amistad dió la mano al gefe de los nuestros, y poniéndosela luego en la cabeza, indicó que él era el señor de aquella tierra; que se llamaba *Tumay*, y por otro nombre *Taurique*.

Navegando nuestra gente hácia la fortificacion, con deseo de cerciorarse si en ella habia indios, vieron atravesar unas gondolillas con direccion á otras playas de la isla situada enfrente, á corto trecho. El temor á la resistencia les hizo llevar las armas apercibidas, pero los indígenas muy dispuestos á la paz, con gran regocijo, unos en las piraguas, y otros por el agua, que les daba al pecho, salieron á recibir á sus desconocidos huéspedes, llevando en medio á su arrogante capitan que traia por bordon el arco, y saludándoles luego los guió al fuerte quedando solo Taurique con los nuestros. Viendo estos que muchos indios robustos se llegaban á bordo, por temor de que zozobrase alguna barca, les hicieron señas para que se fuesen, y al punto obedecieron retirándose todos, unos al fuerte y otros á la isla. La barca de la Capitana fué la primera que tocó en la orilla.

Desembarcada su gente aguardaron que llegase la de la Almiranta, y juntándose en breve unos cincuenta hombres, porque los demás se habian quedado en la zabra y los bateles para custodiarlos, formando una compañía en este órden marcharon y entraron en el pueblo con suma precaucion, sin que en él encontráran habitante alguno: porque apenas vieron los indios que los nuestros desembarcaban, sin que estos lo notasen abandonaron sus albergues y por la otra parte de la poblacion se echaron al agua. Por señas mostró Tumay sus casas al Almirante, rogándole que tanto á estas como á las demás las salvase del incendio, con promesa de que suministraria cuanto producia su isla. El gefe español se manifestó grande amigo, y para demostrarlo mejor le vistió de tafetan tornasolado, obsequio que colmó de gozo al pacífico isleño.

De vuelta á la playa y señalando con un pañuelo á la ribera de enfrente, se hicieron repetidas señas para que los indígenas viniesen de paz. Algunos de ellos estuvieron esperando, y otros en sus embarcaciones se llegaron á los nuestros. Venia delante su caudillo con muestras de amor y alegria. En la diestra traia un cogollo verde de palma, el cual dió á Luis Vaez, despues de haberle abrazado, y esto hizo tambien con otros que estaban delante. Gozosos se manifestaban los españoles de haber adquirido la paz tan fácilmente, en parte donde podian proveerse de agua y leña, que tanto deseaban para poder seguir su derrotero. En esto llegaron dos indios ancianos, soltaron las armas dejándolas en la ribera, y viniendo tambien á sus huéspedes los saludaron afectuosamente. Sus ademanes dieron á entender que eran padre y tio, y este el capitan.

Mientras esto pasaba los indios permanecian unos en una plazuela á la entrada del fuerte, y los otros encaramados en las peñas, embelesados al ver nuestros trages y armas, al mismo tiempo que los nuestros estaban admirados de la agilidad y robustez de aquellos hombres incultos. La seguridad que estos ofrecian á sus huéspedes les indujo á tomar algun descanso, en tanto que los indios los unos les suministraban frutas con que pudieron refrigerarse, y los otros acudian con sus embarcaciones para llevar á las naves la leña y agua de que tanto carecian. Con aviso de lo que pasaba fué Quirós á surgir con los otros dos buques en un puerto cercano: allí desembarcó la mayor parte de su gente, con ella encaminóse al pueblo, hizo celebrar misa, y era digno de admirar la devocion con que los indios la oyeron, repitiendo ó imitando de rodillas cuanto veian hacer á los nuestros.

Al dia siguiente, habiendo vuelto el General de la Armada á la Capitana, pasó á visitarle el pacífico Tumay, y le abrazó, y dió paz, besándole en la mejilla. Pusiéronle una mesa delante, sirviéronle de comer y lo rehusó, á pesar de las instancias que le hicieron. Sentado luego en el alcázar de popa, donde esto pasaba, se comenzó una escena la mas interesante y pantomímica que pudiera darse. Mediante señas le preguntó Quirós si por allí se habian visto antes navíos y gente como la nuestra, y dió á entender que no, pero que de unos y otra

tenia noticias. Siguiendo el interrogatorio mudo le preguntó el caudillo español con ademanes, por el volcan que la otra vez habia visto, y del mismo modo hizo comprender el indio que aquel fenómeno se hallaba mas al Poniente, que se llamaba Mami; y que allí cerca estaba la isla de Santa Cruz, cuyo nombre era Indeni. A esto añadió que sabia se dió muerte, cuando el otro viaje de los españoles, al cacique Malopé, manifestacion que puso en algun cuidado á nuestro célebre navegante, creyendo que el conocimiento que los indios tenian de aquel lamentable suceso suscitaria entre ellos recelos, temores y desconfianza, de los mismos españoles. El esperto marino señaló la isla que tenia á la vista, y luego al mar apuntando consecutivamente á la parte de Oriente, preguntando de este modo si habia por allí otras tierras pobladas ó despobladas; y Tumay lo comprendió en tal manera que por los dedos fué contando, y nombrando con la voz, mas de sesenta islas, entre ellas una muy grande que se llamaba *Manicolo*. Con la aguja náutica á la vista para conocer hácia qué parte caia cada una de ellas, iba Quirós escribiendo su nombre y lo demás, resultando de estas observaciones que de la isla presente demoraban las indicadas al S-E. S-O. O. y N-O. Para dar á entender cuáles eran menores, el ingenioso indio hacia círculos pequeños y grandes á proporcion de lo mayores que eran las otras, y con respecto á la mas estensa abria espresivamente brazos y manos. Comprender hacia tambien cuáles eran las mas lejanas y cercanas, indicando al sol, reclinando la cabeza sobre una mano, cerrando los ojos, y contando luego con los dedos las noches que en el viaje se pasaban. Esplicaba que gentes eran blancas, negras, mulatas etc., y cuáles sus amigos y enemigos; y dando á entender, en fin, que en una de las indicadas islas eran antropófagos, se mordia el brazo en ademan de comer carne humana. De tal manera enteró á Quirós de cuanto pudiera desear cual lo hiciera un buen geógrafo. Mostró luego impaciencia por volverse á su casa, y dándole algunas bujerías y otras cosas para él tan sorprendentes y estrañas como de aprecio y estimacion, se le despidió con particulares demostraciones de cariño.

Era Tumay Señor de aquella isla y de otras comarcanas; hombre de buen cuerpo y rostro, hermosos ojos, y tez algo morena. Su isla metrópoli llamábase *Taumaco*, y Quirós la denominó *Nuestra Señora del Socorro*, aludiendo al que en él encontraron nuestros intrépidos navegantes. Está en altura de diez grados y un tercio, y tiene de bogeo diez leguas; á la parte del E. tres farillones, que solo abrigan de los vientos E. y N-E., y entre ellos y la isla el puerto donde se fondeó primero, con diez á quince brazas de fondo limpio. El surgidero segundo se halla al S. de la isla, carece de abrigo y su fondo es de ocho y diez brazas, de coral tosco, que roe los cables. El pueblo de Tumay estaba situado á la parte del Sur, algo apartado de la isla, por lo que le denominó Quirós *Nueva Venecia*. En él no podian entrar ni salir canoas sino cuando habia plenamar. Enfrente se veia un ameno y mediano valle con frutales, sementeras, y un arroyo de agua dulce, clara y saludable. Las viviendas eran de vertientes, capaces, aseadas, y

armadas sobre maderos: sus techumbres de cañas dulces, cubiertas de hojas de palma, con dos ó tres puertas bajas y los suelos con esteras. Las camas de petates, con banquetas algo curvas en lugar de almohadas. Sobresalian algunas casas mayores que otras, en las cuales se veian ciertas embarcaciones hechas de un grande y bien labrado tronco, con sus cubiertas de tablas, las pinturas breadas con cierta goma, un camarote ó retrete en que llevaban las provisiones cuando navegaban; grandes velas de estera fina y fuerte de palma, y sus correspondientes remos. En cada una cabian treinta ó cuarenta personas. Cuando Quirós descubrió aquella isla su suelo abundaba en raices tuberculosas y alimenticias, ñames, cocos, plátanos, cañas de azucar de escelente calidad, y otras varias frutas propias de aquella region. No dejó de llamar la atencion de nuestros viajeros un cochinillo, un perrito y algunas gallinas que allí vieron. Aquellos indios, comunmente hombres altos, derechos, briosos y bien ajestados, de color mas ó menos mulato, cubríanse con unas telas que hacian en unos telarcillos. Sus principales armas eran arcos y flechas; y al parecer gente amiga de pelear con las de otras tierras. Dos leguas al Poniente halló otra isla poblada, de la magnitud y aspecto de la de Taumaco, llamada Temelfua, y al Nordeste de ella muy cercanas dos isletas peñascosas.

En una casa del fuerte hicieron los españoles un altar, donde se dijo misa, y toda la gente de la Armada comulgó por ser entonces Pascua florida. Siete dias permanecieron allí, al cabo de los cuales determinó Quirós dar vela, pero juzgando que para su derrota era necesario llevar algunos indios que de intérpretes y guias le sirviesen, fueron asegurados y embarcados cuatro de ellos en los bateles. Al momento que lo supo su caudillo, poseido de pesar se llegó á pedir que le embarcasen en un batel y á los indios en otro. Dicho esto le trasladaron á la Capitana llevándole en el batel en que iba tambien un hijo suyo, que en su seguimiento habia salido del fuerte en una gondolilla: pero uno y otro hubieron de volver á tierra, cuando se desengañaron de que no podian conseguir la libertad de los cuatro indios cautivos. En aquel acto llegaba con ellos el batel, y apenas vieron á su Señor empezaron á llamarle con voces lastimeras. Entonces él, queriendo arriesgar la vida por librarlos, dió la vuelta hácia ellos en su navecilla, y de la Capitana, para amedrentarle, se tiró un cañonazo sin bala, á cuyo estampido Tumay, perdida ya toda la esperanza y aterrorizado, regresó á su isla. Los nuestros largando el trinquete, aunque con trabajo, por tener viento contrario, se hicieron á la mar y se apartaron de aquella tierra. Al amanecer del dia siguiente, á distancia de unas cuatro leguas de la isla, se arrojó al agua uno de los cuatro indios, obligando con esto á que se tuviese asegurado el que quedó en la Capitana, pues los otros iban en la Almiranta.

Así navegaron hasta el 21 de abril, que á media tarde vieron tierra á la parte de S-E. Yendo en su demanda descubrieron una playa larga, en ella alguna gente, y en lo verde del bosque que habia enfrente, muchas palmeras y sem-

brados: mas á causa de no ver puerto abrigado de los vientos cazaron á popa la vuelta del S. Estaban en altura de mas de 12°, y hechos á la mar como una legua, pareciéndole al indio de la Capitana buena ocasion se arrojó tambien al agua. La soltura y ligereza con que nadaba hizo creer que llegaria presto á tierra, de la cual se estaba á barlovento, lo cual favorecia su fuga. Causó esta gran pesar á Quirós: se apresuró á dar aviso á la Almiranta para que estuviese muy alerta con sus dos cautivos; mas no por esto dejó de hacer lo mismo uno de ellos; y si el único que allí quedaba no hizo otro tanto, fué, segun luego se supo, porque era esclavo de los fugitivos, y preferia el trato de los españoles al que siempre le dieron aquellos que en la isla de Taumaco le tenian preso.

Para ver qué gente habia en tierra y comunicar con ella, se acercó la Armada, y en una gondolilla fue allá Luis Vaez; saltó en la orilla, y habló con los indios. Diéronle estos una manta tejida de palma, una porcion de cocos, y señas de lejas tierras, diciendo que sus habitantes eran mas blancos que los que dejaron los nuestros en las otras islas. Sin detenerse á mas volvió la Armada á navegar, enderezando las proas al Sur, y al amanecer del 25, aunque con algunos contrastes y vientos diferentes, columbraron tierra alta y grande por la proa. Esta isla dista al parecer 1700 leguas de Lima, y tiene siete ú ocho de bojeo. Es un cerro redondo tajado al mar, de donde desciende un buen arroyo de agua. Veíanse allí muchas sementeras, plantíos palmerales, y otros árboles. La gente era de buen color y buena presencia. La altura de la isla era á los 42°, y como descubierta el dia de *San Marcos* se le dió este nombre.

La navegacion continuó al S-O. y á las diez del dia se avistó al S-E., á distancia de doce leguas, una tierra montuosísima, con algunos llanos y arboledas, sin verla el fin por mas que se procuró todo aquel dia, y Quirós la denominó la *Margaritana*.

Al descubrimiento de esta isla, y á distancia de unas veinte leguas de ella, siguió el de otras dos, hácia Poniente. De la una, que parecia ser de tres leguas, salieron dos piraguas á la vela, de lo cual se dedujo estar poblada, y tanto por esto como por la mucha arboleda que en ella se veia, y su alegre perspectiva, se le dió el nombre de *Vergel*. Otra de mas estension todavía se descubrió al siguiente dia 27, hácia el N. corriendo aquella tierra de N-E. S-O. Su altura se juzgó á los 13°, y por nombre se le puso las *Lágrimas de San Pedro*. Pero la mayor de todas cuantas se iban avistando fué la que se columbró al N-E. pues desde luego pareció tener sesenta leguas de bojeo, descollando en sus estremos dos altos y faldosos cerros, siendo lo demás tierra llana de buena vista, así por su forma como por sus muchas arboledas. Esta isla situada cerca de los 14°, fué denominada *Los portales de Belen*. Indeciso Quirós al principio en vista de tantas tierras desconocidas, se determinó por fin á llegarse el 28 á la llamada de San Marcos, que se ha dicho estar al Poniente, y por toda ella vió levantarse muchos humos, y por la noche multitud de hogueras. Su pers-

pectiva era agradable. Se ofrecia algo alta, estendiéndose sus faldas hasta el mar, de forma casi redonda, con bosques de palmeras, platanares y grandes praderas, con buenas y abundantes aguas. Calculóse que bojeaba cincuenta leguas, aunque alguno la juzgó de ciento, y su poblacion de dos mil indios. Con el nombre de *la Vírgen María* fué señalada ó distinguida de las demás.

De comun acuerdo con sus capitanes se decidió Quirós á tomar la isla que declinaba del Oeste de la de San Marcos, y allá enderezó la proa el 28 para entrarla por la parte del Sur; pero antes de llegar vióse otra mayor y mas alta, á la vuelta de S-E. Arribaron sin embargo á la que se habia elegido, en cuyas cumbres y elevados montes viéronse muchas hogueras, señal de alegria y paz para nuestros intrépidos navegantes. Confirmóse esto con venir á la armada algunos indios en sus piraguas, sin traer armas, deseosos de que fuésemos á su tierra. Esto indujo á Quirós á mandar que fuese la barca de la Capitana con veinte soldados y un oficial, á descubrir puerto y enterarse de lo que tanto prometia de lejos aquella tierra. Armados de rodelas y arcabuces pasaron allá los veteranos, y al llegar á la ribera vieron que entre peñascos y quebradas, hermosas á la vista, bajaban despeñándose al mar caudalosos rios, cuyo nacimiento parecia estar en las cumbres de los montes. En las playas vieron tambien algunos puercos como los de Europa, é innumerables indios de distintos colores, indicio cierto de la grandeza y longitud de la isla, y de estar cerca de Tierra-firme. Eran pardos los unos, otros del todo negros, y los otros blancos en estremo: eran estos barbudos, y su cabello rubio.

No poca admiracion causó á los nuestros el ver que un indio permanecia en la orilla llamando con señas de paz á nuestra gente, y luego como frenético se arrojó al mar, y con mucho brio fué nadando sin temor á los nuestros, hasta la barca, donde fué recogido y asegurado, por temor de que cometiese algun atentado, pues era animoso y fuerte, y hacia contínuos ademanes y contorsiones con cuerpo y brazos. Traia en estos pulseras y brazaletes de colmillos de puerco, y su persona daba indicios de ser cacique y Señor en su tierra, como despues se supo. En esto se aproximaron á la zabra que estaba junto á tierra unas piraguas, de donde con halagos y caricias cogieron un indio de los que habia en ellas, con intencion de llevarle á la Capitana, por el deseo que Quirós tenia de verlos para regalarlos y vestirlos, llevado del interesante objeto de asegurar la paz tan necesaria á su designio.

Metido el indio en la zabra le echaron una cadena al pié, para evitar que al agua se arrojase. En tal disposicion iba la barca bogando de vuelta á la Armada, que distaba unas tres leguas de la orilla, cuando el cautivo, reconviniéndose á sí mismo de la temeraria facilidad con que se dejó cojer, y creyendo que iban á darle muerte, de improviso, con la fuerza descomunal de un Hércules, rompió la cadena con las manos, quedándose en el pié el candado con algunos eslabones, y sin dar tiempo á que alguno pudiera impedirlo, se echó al agua, y nadando

como un pez que escapó rompiendo de la red la malla, se dirigió á su patria. Atónitos quedaron sus aprensores contemplando aquel rasgo inaudito de fuerza y de valor, y luego continuaron bogando hasta llegar á la Capitana, donde contaron el suceso, que en verdad causó grave pesar al gefe de la Armada, temiendo, y con razon, que los indios, recelosos y desconfiados de las intenciones de los hombres desconocidos que iban á visitarlos, les recibiesen ya hostilmente.

A breve rato, con fuerza de remos, llegó la barca que traia el indio aprisionado de las piraguas, y subido á bordo de la Capitana salió Quirós á hablarle para desvanecer su temor, bien que mandó asegurar bien su persona, hasta el siguiente dia, para vestirle y restituirle á su patria. La Armada levó áncoras, navegó prolongando la tierra lentamente: entró la noche, y como á las diez de ella avisaron los que hacian guardia en la proa de haber oido voces. Hácia el punto de donde salian fueron arribando las naves, á fin de enterarse de lo que era, mas apenas llegaron cerca conocieron ser el indio que habia roto la cadena. Viéndose el desdichado rendido de cansancio, prefirió entregarse en manos de sus enemigos á morir ahogado. Por esta razon dando gritos pedia socorro, y se le dieron recogiéndole en la Capitana, donde le quitaron el candado y el trozo de cadena que al pié tenia. Para tranquilizarle aun mas le mostraron el otro compatriota suyo prisionero, y dándoles de comer á entrambos les dejaron juntos. Así que amaneció fueron vestidos de tafetan de color, de que nuestro marino llevaba muchos trages, para dar en cambio de comestibles y otras cosas: trasquiláronles la barba y el cabello, y abrazándoles Quirós, de todo lo cual quedaron satisfechos y desengañados, en la barca fueron vueltos á tierra. Saltando en esta el cacique ó capitan, en agradecimiento del buen trato que nuestra gente le habia dado, mandó que la trajesen puercos, plátanos, y otra fruta, en olor, sabor y forma muy diferente de la que hasta entonces habian visto en las Indias, la cual era de la figura de la breva, muy dorada, de suave fragancia; y juntamente batatas y raices de ñames, que á ellos les servia de abundante y saludable alimento.

Recibidos estos refrigerios fueron los de la barca prolongando la tierra junto á las playas, pasando á la vista de muchos pueblos de gran gentío, cuyos habitantes eran mas pardos que los otros, al parecer gente vil y de bajo trato, por lo que se vió despues. Llamando á los nuestros con demostraciones de paz, y enviando á las mujeres por lo mas espeso del bosque, dispararon presurosos una nube de flechas. Esta falacia obligó á los nuestros á retirarse apartándose afuera un corto trecho, y haciendo una descarga de mosquetería, mataron é hirieron algunos de aquellos bárbaros. Uno de los españoles resultó herido de un flechazo en una mejilla, aunque levemente, porque la saeta llegó cansada. A esta isla denominó Quirós *la Sagitaria*.

A distancia de unas doce leguas al S-O. y S. se vió una gran tierra. Este descubrimiento, agregado á la satisfaccion de que no se fijaba la vista en parte

alguna sin hallar una isla, hizo que aquel dia fuese para nuestros intrépidos navegantes el mas alegre y celebrado de su viaje. En demanda de la avistada tierra fueron al punto, llegando cerca de su costa, que corriendo á Poniente se estendia. Quirós la puso el nombre de *la Córdova*, en memoria del duque de Sesa, como en grato recuerdo de lo mucho que este magnate habia favorecido la empresa. Al S-O., y en lontananza, se columbró una vastísima y alta serranía: juzgóse que las dos costas de ambas tierras se inclinaban de modo que constituian una misma, y sin embargo fué denominada aquella especie de cordillera *la Clementina*, estando situada segun cálculo en los 17°.

Cuando la Armada llegó á la tierra, se vió en ella una entrada que parecia de puerto, por lo cual envió el general en la barca un subalterno con soldados y bogadores á enterarse de lo que era. A la caida de la tarde volvió el esplorador con la noticia de ser una isla angosta que se estendia N-S., medianamente poblada y de mucha arboleda; añadió que costeando la tierra que está O. de la isla, habian salido á las playas muchos hombres loros, altos, y con arcos en las manos, los cuales despues de llamar á los nuestros dispararon sus flechas, y en respuesta se les dirigieron algunos mosquetazos. Mas adelante vieron multitud de indios de buen color y corpulentos, y al S. para S-E. grandes y dobladas serranías que parecian ir á juntarse con la otra tierra y las sierras que al S-E. se descubrian.

Navegando al Poniente, y á distancia de seis leguas, en 1.° de marzo entró la Armada en una bahía. El Almirante que al siguiente dia fué en una barca á buscar puerto, volvió por la tarde alegre de haberle hallado, y á todos colmó tambien de alegria, por cuanto era lo que mas se deseaba, en razon de que sin puerto, el descubrimiento era de poca importancia. A 3 de aquel mes surgieron en él las naves: el 4 se vió andar indios en las playas, y Quirós salió con las barcas á verlos, con designio de traerse algunos para enviarlos acariciados y vestidos, lo cual no pudo conseguir.

Esto le indujo á ordenar el dia 5 al Almirante, que con una escuadra de soldados fuese á tierra, y por todos los medios posibles trajese algunos indios para sentar paces. Los enviados hicieron alto en la playa, y viendo que venian los naturales, formáronse con presteza. Estando cerca hicieron señas y una raya en el suelo, como diciendo que de allí no pasáran. En tanto se sentia ruido de gente en el monte, por lo cual se hizo al aire una descarga de mosquetes. Un soldado mas impaciente que los otros, ú olvidado del mandato, disparó y mató un indio. Los demás dando grandes voces huyeron, y un negro que iba con los nuestros cortó la cabeza al muerto, y por un pié le colgó de un árbol. Tres capitanes indios vinieron á donde estaban los invasores, y estos en lugar de acariciarlos y llevárselos les mostraron el decapitado cadáver de su compatriota. Al ver el sangriento espectáculo prorumpieron en agudos alaridos, mostrando su dolor; dieron vuelta á donde los suyos les aguardaban, y á breve rato resonó por todas partes

el eco confuso de mil instrumentos bélicos, y los agudos lamentos, al mismo tiempo que lanzaban una nube de flechas y piedras, á que fueron consiguientes los disparos de nuestra parte, dividiéndose la gente española en dos partidas, para atacar á los indios de costado.

Todo lo miraba Quirós desde la Capitana, apesadumbrado de ver las esperanzas de paz convertidas en guerra abierta. Dispuso que saltase mas gente en tierra, hizo disparar dos piezas de artillería con bala, que bramando y desgajando árboles pasaron por encima de las turbas de indios, y con esto y haberles hecho rostro la gente desembarcada se fueron retirando. Pero un gran peloton de ellos, que estaba en la playa, se puso en movimiento como al trote, esgrimiendo sus macanas, puestas las flechas en los arcos, y en actitud de disparar los dardos. Venia delante un indio viejo tocando un caracol marino, y siendo al parecer el capitan á trechos se volvia y hablaba á los suyos como arengándolos. Emboscados estaban ocho mosqueteros, y uno de ellos mató al caudillo indio: al verle caer en tierra huyeron todos, llevándose entre cuatro el muerto; este suceso difundió entre los indios el espanto, se fueron tierra adentro y así quedaron desiertos los pueblos comarcanos. Tal es el término que tuvo la paz tan deseada del general de la Armada, por cuyo medio se proponia enterarse de la estension de aquella isla y todas sus circunstancias. Surtas las naves en tan buen puerto, viendo el buen aspecto de las tierras de que estaba rodeado, y la imperiosa necesidad de hacer provisiones de boca, agua y leña, traer lastre á las naves, hacer en ellas obras, arrimar, en fin, y repararlas, se determinó Quirós á tomar formal posesion de aquella gran isla, arrostrando el riesgo de las contínuas hostilidades de sus naturales, ya enconados y deseosos de venganza. Parecióle además conveniente, y hasta forzoso, crear ministros de mar y tierra, para que en ambas hubiese en todo el órden que el objeto de la empresa requeria. Así lo hizo nuestro previsor marino, con satisfaccion de todos, y con tal discrecion y economía que no gravó al Erario, pues distribuyó y con gusto fueron aceptados tales cargos gratuitamente, bien que esperanzados aquellos funcionarios con la recompensa que les diera el fruto de los descubrimientos y conquistas que lográran. En la misma tarde que esto hizo convocó la gente de las tres naves, pasando él á cada una, y exhortándolos á la constancia, la union y el sufrimiento, instituyó una especie de órden de caballería que tituló *del Espíritu Santo.*

Esto ejecutado, alzaron todos festivos gritos aclamando al rey de España; se solemnizaron aquellos actos con ceremonias religiosas; banderas y estandarte fueron bendecidas, la artillería de las naves hizo salvas á que respondió la mosquetería en tierra con repetidas descargas, y la gente desembarcada se fué luego á tener una especie de banquete á la sombra de unos altos y coposos árboles. Al descanso de breves horas siguió la convocacion de una junta compuesta, bajo la presidencia de Quirós, del Maestre de Campo, el Almirante, el alférez real y



Urrabieta invº y litº   Lit. de J. J. Martinez Madrid.

DESCUBIERTA POR PEDRO FERNANDEZ DE QUIRÓS

la hermosa Bahia que denominó de **San Felipe y Santiago**, el célebre navegante tomó posesion de ella por la corona de España. (Año 1607.)

los capitanes, en que el gefe de la Armada manifestó tomada ya posesion de aquella tierra, que fué apellidada *Nueva Jerusalen*. En la ciudad que allí fundaba, con acuerdo de los convocados, convenia instalar ayuntamiento, nombrando desde luego concejales y demás ministros cual correspondia á una ciudad cabeza de provincia; y acto contínuo nombró todos aquellos funcionarios públicos é instaló el municipal cabildo. A consecuencia se volvió el fundador á su navío, llevando consigo la cruz, el estandarte y las banderas, y ordenó que el maestre de campo fuese con gente tierra adentro. Mediante esta diligencia se descubrieron mas y mejores haciendas y pueblos. En uno de estos hallaron á los indios muy entretenidos en sus bailes. Al ver á los nuestros huyeron desbandados por los montes, y ocupado aquel sitio por los españoles se regalaron estos á su sabor, con la sabrosa carne de dos cerdos que encontraron asados, y otros varios comestibles. Allí vieron con asombro un árbol cuyo tronco no pudieran abrazar quince hombres. Regresaron luego á la ciudad naciente, trayendo doce puercos vivos, gallinas y pollos, lo cual, y el relato veraz que el maestre de campo hizo de su espedicion, colmó á todos de gozo y esperanzas.





CAPITULO V.

La Armada de Quirós sale de la bahía de San Felipe y Santiago á practicar algunos reconocimientos. Tiempos contrarios: descubrimiento de las islas á que se dió el nombre de *Belen* y *Pilar de Zaragoza*.—Queriendo volver la Armada á la bahía se ve combatida del temporal.—La Capitana se separa de las otras naves, da la vuelta para *Nueva España*, y arriba Quirós al puerto de Acapulco en 23 de noviembre y de allí viene á España.—Ingratitud de la corte de España con Quirós.—Resuelve este trasladarse á Lima para hacer otro viaje y muere en la travesía.—Juicio acerca de la importancia de sus descubrimientos, y falsedad é injusticia con que posteriormente se han atribuido á varios navegantes estranjeros, cuyas naciones se los han apropiado.

Los resultados de la espedicion á lo interior de la isla Nueva Jerusalen, animaron mas y mas á Pedro Fernandez de Quirós. Llevando consigo gente escogida fué á una hacienda cercada; en ella sembró maiz, simiente de algodon y de melones, y otros granos y legumbres, y luego acompañado del maestre de campo pasó á reconocer un collado, halló un grande y ameno valle y en él varias poblaciones. La aparicion de nuestros soldados puso en alarma súbitamente á los indios, que juntándose en gran número se prepararon para hacer guerra. En tanto se apoderaron los nuestros de tres muchachos, el mayor de ellos de unos siete años, y conduciendo además veinte cerdos, dieron la vuelta á los reales, bien que perseguidos de los indios. Cobraron estos audacia al ver la retirada de los invasores: al dia siguiente acometieron á los nuestros en ocasion de estar haciendo aguada, pero hubieron de huir escarmentados. Nueva salida hizo el maestre de campo, con objeto de reconocer la desembocadura de un rio descubierto en medio de la bahía. Tentóse el fondo, y se notó que con todo un remo y la estension de un brazo no se alcanzaba el fondo. La barca entró mas aden-

tro, y la perspectiva del rio dió á los que iban en ella gran contento, ya atendida la grandeza de aquel raudal, y la buena calidad y claridad de sus aguas, y ya por la hermosura de las arboledas de sus márgenes.

Pasando la zabra adelante saltó su gente en la playa, marchó tierra adentro, y encontró un pueblecillo de cuatro calles y plazas, cuyos indios todos huyeron. En sus moradas hallaron los nuestros una porcion de pescado y frutas. Mientras esto pasaba se acabaron las obras de carpintería de las naves en 20 de mayo, se adelantó en la construccion de la iglesia de la ciudad recien fundada, y luego se solemnizó la fiesta del *Corpus*: pero las grandes satisfacciones de nuestra gente fueron interrumpidas por un incidente aflictivo. Pescaron un dia ciertos pargos de los que llamaban siguatados, y cuantos de ellos comieron cayeron enfermos, casi todos de gran peligro, bien que por fortnna la dolencia no hizo víctimas.

La bahía á que Quirós dió el nombre de *San Felipe y Santiago*, por haberse descubierto en tal dia, dista de Lima al parecer 1700 leguas, de Acapulco 1300, y de Manila 1100; su entrada está al N-O. en 15° y el puerto en 15 y 1|3; tiene de circuito veinte leguas y cuatro de entrada: de variacion de aguja siete grados al N. La tierra de la parte de Oriente corre derecha al Norte, con repecho y valles, poblados entonces de gente y de mucho arbolado, sin que se supiera su fin ó término. La otra tierra á la parte opuesta, es decir de Poniente, corre casi al N-O. y tiene de largo hasta la punta once leguas, todas de una sierra de mediana altura, donde se veian arroyos, palmerales y poblaciones. El frente de la bahía es al Sur: tiene de largo tres leguas toda la playa, y en medio un rio tan grande como el Guadalquivir lo es en Sevilla, al cual se dió el nombre de *Jordan*. A la parte del Este tiene otro rio mediano, que se denominó del *Salvador*. Las aguas de ambos son dulces, delgadas y frescas. Dista uno de otro legua y media, de guijarral negro y pesado, bueno para lastre. Entre aquellos rios está el puerto, de fondo limpio de arena negra, donde cabe gran número de naves. En el surgió la Armada el dia de la *Veracruz* y este nombre le fué dado.

Todo el frente se veia ocupado de grandes y muy frondosos árboles: lo demás de vega llana con sierras por ambos lados. A la vega no se le vió el fin: la tierra era negra y de escelente calidad, desmontada de árboles silvestres, con muchos frutales, sementeras y huertos cercados de palizada. Por donde quiera que se tendia la vista se descubrian caseríos, fuegos y humaredas, anunciando su mucha poblacion.

La gente era corpulenta, muy morena mas bien que negra ni mulata, de cabello frisado y buenos ojos: cubrian parte de su cuerpo con telas de palma. Eran aseados, aficionados al baile, al son de flautas y tamboriles de palo hueco. En sus arremetidas y retiradas daban desaforados gritos, y sus armas eran macanas de palo pesado, arcos de lo mismo, flechas de carrizo con puntas de palo

tostado, y dardos con troncos de hueso engastado. Las casas de madera cubiertas de hojas de palma, á dos vertientes, con sobrados arriba para guardar las provisiones. Su pan unas raices cuyos tallos trepadores se enredan en palos que les arriman; sus cortezas pardas, las médulas amarillas, encarnadas y moradas, y algunas de ellas de una vara de largo y media de grueso: tan gratas al paladar que los nuestros las comian prefiriéndolas á la galleta. Tienen además la cualidad de conservarse largo tiempo sin podrirse. La carne de consumo se reducia á un gran número de puercos mansos, algunos de ocho arrobas. Los indios los asaban enteros, envueltos en hojas de plátano, y sirviéndoles de parrillas un guijarral. Viéronse tambien gallinas como las de Europa, muchas palomas torcaces, tórtolas, pavos reales, y una especie de perdices. La costa abunda en variedad de pescado. Las frutas son grandes y los cocos en abundancia. Hay allí tres clases de plátanos, una de ellas escelente, y otra del tamaño y sabor del melocoton, cuyas hojas pueden servir para criar gusanos de seda: dos castas de almendra; un género de nueces, cuya corteza interior es dura, y el meollo de una pieza. Varias clases de naranjas silvestres, que aunque de buena calidad, segun se notó, no las comian los indios: muchas y muy grandes cañas dulces, de que se podia sacar mucho azúcar. En la montaña, cerca del puerto se encontraban espesuras de una especie de nogal, muy cargados de su fruto, de que se llevó gran porcion á las naves, verdes como estaban, en sus ramos. Otras muchas frutas, semejantes á albaricoques, higos y avellanas, se vieron, dice Quirós en su relacion; mas para dar razon de ellas era menester andar por la tierra adentro un año. «De yervas, dice, no conocimos sino grandes bledos, verdolagas y calabazas.»

Una de las cosas que mas estrañaron los españoles, fué ver que aquellos indios no desconocian el arte de la alfarería, pues usaban ollas, escudillas y cazuelas, muy bien hechas, de barro negro. En algunas de las primeras, de gran tamaño, á manera de horzas, se encontraron frutas ácidas en infusion, lo cual daba á entender que hacian algun brebaje en vez de vino. Viéronse cosas hechas de jaspe y ébano. Grandes caracoles de nácar, y en una vivienda gran cantidad de piedras negras pesadas, de mineral, que segun se observó despues contenian plata. El clima pareció saludable, pues además de que los naturales eran corpulentos, robustos y fuertes, en todo el tiempo que allí permanecieron los españoles ninguno cayó enfermo. El sol no es ardoroso, y desde media noche hasta ser de dia era grato abrigarse. Viéronse muchos ancianos: oyéronse pocos truenos, hubo pocas lluvias, y se conocia haber pasado la estacion de ellas, pues los rios venian constantemente claros. No se encontraron arenales, ni árboles espinosos. El molesto y mortificante mosquito, el insecto y reptil venenoso, el voraz caiman, ninguno de estos nocivos animales era conocido en aquella hermosa isla, donde el pescado y la carne duraban dos ó mas dias sin necesidad de salarlos para su conservacion, prueba evidente de la salubridad del aire.

La circunstancia de haberse visto algunas piraguas, siendo mucha la poblacion, las altas cordilleras á Poniente, Levante y Mediodia, y lo caudaloso de los rios, todo indicaba que aquella tierra era grande. «Puedo decir con razon, declara Quirós (1), que en cuanto he andado no he visto otra tierra mas apacible, sana y fértil, ni sitio de mayor aparejo de canteras, madera, y barro para teja y ladrillos, para fundar una gran ciudad; buen rio con llanos cerca de sierras, lomas y quebradas para criar plantas y sembrar cuanto producen Europa y las Indias; ni puerto mas alegre con todos los requisitos para fábrica de naos; ni tierra que por sí sola pueda sustentar tantas gentes estranjeras, ni que tenga tan á la mano y á la vista de su puerto siete islas que bojean doscientas leguas, y que tenga tan buenas señales para ser buscada y hallada, sin bajíos ni tropiezos, y casi á medio camino islas conocidas, con gente y puertos donde se puede hacer escala.

»Viendo yo que los indios de aquella bahía estaban de guerra por el mal trato que se les hizo, determiné ir á ver de cerca aquella grande y alta sierra. Salí con los tres navíos el 8 de julio por la mañana, estando templado el viento Leste. Hallóse fuera el Sudueste con alguna fuerza; y se navegó lo restante del dia, porfiando sin ir adelante. Mandé volviesen las naos al puerto con intencion de hacer una casa fuerte, sembrar, invernar, conocer mejor los tiempos, y hacer un bergantin, para con él y la lancha enviar á descubrir lo que tanto deseaba.

»Toda la noche anduvimos dando vueltas á la boca de la bahía. Cuando amaneció estaba la Almiranta tres leguas á sotavento, y como á las tres de la tarde ella y la zabra estaban ya cerca del puerto. Venia creciendo el viento y acercándose la noche, que cerró muy oscura. La Almiranta y la zabra, al parecer, dieron fondo, y se vieron sus faroles encendidos, para que la Capitana, que tambien iba á surgir, se pudiese acercar por ellos. Los dos dias siguientes se porfió por entrar en la bahía. Los navíos no salieron: el viento no se aplacó, con cuya fuerza, la proa á Les-Nordeste, fué desganando y perdiendo, de manera que se vió á distancia de veinte leguas á sotavento de la bahía. Vióse la isla de *Belen* y se pasó por junto á otra de siete leguas de cuerpo. Púsosela por nombre el

(1) La parte literal que aquí insertamos de la *Relacion* de Pedro Fernandez de Quirós, nos parece tan útil y conveniente como curiosa. Así, mejor que por medio de un estracto, se prueban cuatro cosas á la vez: 1.ª la cualidad que de escritor correcto, conciso y claro, á la par que ingénuo, concurria en nuestro marino; cualidad nada propia de un hombre dedicado á la penosa carrera de la navegacion, sin que en él se conocieran otros estudios; 2.ª el desinterés con que servia á su patria y á su Rey, tanto que despues de haber hecho descubrimiento y tomado posesion de muchas y ricas tierras, en incógnitas y remotas regiones, volvia á su pais y en él vivia tan honrado, pobre y desvalido, como cuando de él partió para ir á estender el imperio español; 3.ª la noble solicitud y perseverancia con que procuraba que el Gobierno de su nacion utilizase en beneficio de esta sus importantes descubrimientos; y 4.ª la indiferencia, la desidia y la ingratitud, en fin, con que aquel mismo Gobierno desatendia, en vez de apreciar y corresponder al laudable celo, al talento, los grandes y generosos sacrificios de nuestro célebre navegante, y los asombrosos resultados de su admirable empresa. Tal era el estado y espíritu de la vana corte del indolente Felipe III.

Pilar de Zaragoza, por un cerro que tiene muy alto. Viéronse sementeras, palmas y otros árboles, y humos: dista de la bahía al parecer treinta leguas al Noroeste; se procuró con diligencia su abrigo, mas obligados del viento y de la corriente, se fué dejando atrás, y se halló el navío engolfado y sin vista de tierra.

»Fuese navegando del Nordeste al Norte hasta la altura de diez grados y un tercio, paralelo de la isla de *Santa Cruz*.

»Aquí reflexioné que no podia dirigirme á Filipinas por ser principio de los furiosos vendabales, que duran cuando menos hasta principio de octubre; que el viaje de Acapulco era muy largo, que faltaba agua y carne, porque el piloto mayor enterró las pipas en el lastre que chupó la salmuera y se perdió toda; sentíame muy enfermo y sin médico, y con falta de lo preciso para sustentarme. No sabia que sucesos tendrian los otros dos navíos, y consideraba que solo el mio habia de dar noticia de las tierras descubiertas: aunque no dudaba que los otros dos harian su poderío por descubrir mas tierras y traer de ellas tales nuevas, cuales las esperaba en Dios y en el Almirante, y en su piloto Fuentidueña, persona de quien fiaba mayores cosas. Al fin, pedí á todos sus votos de lo que se debia hacer, y quedó resuelto dirigirse á Acapulco.

»Navegóse del Nordeste al Norte hasta víspera de San Juan, en que tuvimos un grande aguacero. Con él se remedió la necesidad de agua.

»Llegamos á la Equinocial á 2 de julio, y se halló que la aguja tenia de variacion cuatro y medio á la parte del Nordeste: cosa que se hizo notable, teniendo en la bahía siete grados, y siendo casi un mismo meridiano, y la distancia tan corta.

»A 8 de julio se vió una isla de seis leguas de bogeo, y se acordó no ir á ella. Continuaron los aguaceros.

»A 23 de julio ordené á los pilotos dijesen á qué altura estaban, y á qué distancia de Filipinas y de la Nueva-España. Dijeron que á altura de tres grados y un tercio del Este, de Manila 780 leguas, y de la costa de Nueva España 900 al Sudueste. Determiné ir en demanda del puerto de Acapulco.

»Dia de San Lorenzo cayó un aguacero. Acompañó al navío un gran cardume de peces, y se cogieron tantos con anzuelo y arpon, que despues de comer fresco se pusieron mas de dos mil arrobas, con que hubo para todo el viaje y sobró.

»Se navegaba poco por escasez de viento, y fué preciso subir á treinta y ocho grados.

»El 1.° de setiembre á las tres de la tarde hubo un gran temblor de mar y del navío.

»Ultimamente, despues de padecer grandes trabajos, surgió la nao en el puerto de Acapulco á 23 de noviembre, con toda la gente sana, habiendo muerto solo el padre Comisario.

»Luego que la gente desembarcó, hubo personas que por vengar sus pasio-

nes, ó por otros respetos, escribieron al marqués de Montes Claros, Virey de Méjico, procurando desacreditar la jornada. A que yo satisfice lo mejor que pude, dando á entender mi verdad y buen celo, pidiendo órden de lo que habia de hacer del navío. Y por habérmela dado de que lo entregase á los oficiales reales de Acapulco, pues era de S. M., lo hice así. Partí de Acapulco el primer dia de 1607, entré en Méjico y me recibió el virey amorosamente, y por su órden hice relacion de todo lo sucedido. Hallé en Méjico al indio Pedro, que como ya estaba mas ladino y entendido en nuestra lengua, hizo ciertas declaraciones muy importantes, de cosas que le fueron preguntando de su tierra; y dentro de poco tiempo se nos murieron él y otro indio, Pablo, que era de muy lindo rostro y disposicion. Volví á hablar al virey, y tratéle de mi partida y necesidades. No salió á remediarlas, pero socorrióme Dios con las amistades y socorros que me hizo un capitan Gaspar Mendez de Vera, y un Leonardo de Oria, que en San Juan de Ulua me recibió en su nave, en que llegamos á salvo á Cádiz. Para pasar á Sanlucar vendí la cama, y en Sanlucar, otra prenda, con que llegué á Sevilla, y allí para sustentarme vendí lo demas que me quedaba; y con esto y con quinientos reales que me hizo dar don Francisco Duarte, y lo que me ayudó un capitan, mi compañero, llamado Rodrigo Mejía, llegué sin blanca á Madrid á 9 de octubre de 1607.

»En los once primeros dias despues de haber llegado á la córte, no pude tener comodidad para escribir mis memoriales, y alcanzar audiencia del conde de Lemus, que era presidente de Indias, el cual me la dió de tres horas, y le leí mucho de esta relacion. Volvíle á hablar diferentes veces, y me ordenó que besase la mano á S. M. y viese al duque de Lerma, como lo fuí haciendo, y dando muchos y muy apretados memoriales en razon de declarar mi empresa y sus provechos, y solicitar y apresurar mi despacho. Estos memoriales hacia imprimir cuando tenia con qué, y cuando no los copiaba y repartia en los consejos de Estado, Guerra, Indias, y sus ministros. Los mas lo recibian bien y mostraban estimarlos; pero no por eso mi despacho tenia mejor espediente. En 26 de marzo de 1608, S. M. por mano del duque de Lerma, remitió un largo memorial que le dí, al Consejo de Indias, donde se tomaban floja y desabridamente mis cosas por haberlas encaminado la primera vez por la via del Consejo de Estado.

»En este tiempo llegó al Consejo una carta que Juan de Esquivel, Maese de Campo de Ternate, escribió á la Audiencia de Manila, en que decia habia llegado á aquel puerto mi navío, y por su capitan un Luis Vaez de Torres, y que decia ser uno de los tres del cargo del capitan Pedro Fernandez de Quirós, con quien salió del Perú á reconocer la parte incógnita del Sur: «dice que se apartó de él 1,500 leguas de aquí, y que vino costeando 800 de una tierra, llegó con necesidad, y yo suplí lo que pude, él va allá, y dará mas particular cuenta á V. A.»

»Despues ví la relacion del viaje de Luis Vaez en poder del Condestable de Castilla, que me alegró mucho. Fuí con esta ocasion dando nuevos memoriales,

y todo era detenerme, y á las veces despreciarme los ministros, y en especial los del Consejo de Indias, que en los de Estado siempre hallé mejor acogimiento. Viendo esto, procuré nueva audiencia de S. M., y la alcancé cual deseaba, el dia de los Reyes de 1609, favoreciéndome en esto, como en otras cosas, el marqués de Velada. Mostré mis papeles, mapas y cartas de marear. Dí á entender las tierras que proponia, y su grandeza, los viajes que habia hecho, y sus sucesos; y habiéndolo visto con demostracion de gusto, y pidiéndole mi despacho, me respondió el Marqués que todo se haria bien. Y en 7 de febrero salió un decreto para que el Consejo de Estado tratase muy de veras este negocio, y se me librase algun dinero para mi socorro.

»En el discurso de tres años dí cincuenta memoriales, porque si yo faltase sirvan de despertador y de guia á los que hubiesen de continuar este gran caso. El primero contiene las grandezas y riquezas de las tierras de que trato, muestro pintado el mundo reducido á tres puntos: lo que es dorado representa todas las tierras sabidas, lo azul los mares ya navegados, y lo negro la parte incógnita, y en esta lo que se va descubriendo.»

En pago, en vez de la justa y gran recompensa que merecian los inapreciables servicios y los talentos náuticos con que este gran marino honraba á su patria, inmortalizaba su nombre y se hacia célebre en el orbe entero, tuvo el inesplicable pesar de que todos sus esfuerzos fueran vanos: los medios que se le proporcionaron eran inútiles: vió que se desvanecian sus esperanzas, se desengañó al fin y resolvió trasladarse á Lima para probar otro viaje, para ejercitar aquel gran genio náutico que parecia no caber en la inmensidad del Océano, y por desgracia murió en la travesía al llegar á Panamá en 1614.

Los pormenores que ha dado Pedro Fernandez de Quirós, relativos á la topografía del pais que descubrió y visitó, ofrecen una conformidad admirable con los que se leen en los diarios de Cook, que 163 años despues vió aquellas mismas tierras. Las *Nuevas Hebridas* de este navegante inglés, y las *Grandes Cicladas* de Bougainville no son mas que la Australia de Quirós. Harto demostrado está ya que los holandeses tuvieron exacta noticia de lo descubierto en el mar del Sur, y en vista de ella emprendieron sus viajes Spilberg, Lemaire y Schouten en 1615, L'Hermite y Schapenan en 1623, y Tasman en 1624. Ateniéndose errónea, ó mas bien falsamente, á estos mismos viajes, suponen y afirman ingleses y franceses haber sido los primeros descubridores de las tierras australes. Así pretenden atribuirse los descubrimientos de nuestro célebre navegante; así es como usurpáran la gloria que en esta parte cabe y es indisputable á los españoles, primeros descubridores de aquel archipiélago, sirviendo en fin de guia para sus famosos viajes á los estranjeros que tanto se han esforzado en vano para desacreditar los de Quirós. La diferencia consiste únicamente en los varios y diversos nombres que ingleses, holandeses y franceses pusieron á las tierras por los españoles ya descubiertas. La incertidumbre que de su situacion

se ha supuesto, depende de que en tiempo de Pedro Fernandez de Quirós aun no se habian perfeccionado los instrumentos para determinar con toda exactitud las longitudes y latitudes de los lugares.

Para confirmar en parte cuanto acabamos de esponer, insertamos al pié el octavo de los memoriales que nuestro marino presentó á Felipe III, en el cual se halla un resumen de sus grandes descubrimientos (1). Este interesantísimo documento se halla traducido en latin en una obra titulada *Exegesis libelli suplicis.*

(1) *Memorial octavo dado para S. M. por el capitan Pedro Fernandez de Quirós, en el año de 1606, sobre sus descubrimientos:*

«La grandeza de las tierras nuevamente descubiertas, juzgando por lo que yo ví, y por lo que el capitan don Luis Vaez de Torres, Almirante de mi cargo, avisó á V. M. á buena razon, su longitud es tanta como la de toda Europa, la Asia menor, y hasta el Caspio y la Persia con todas las islas del Mediterráneo y Océano que en su contorno se le arriman, entrando las dos en Inglaterra é Irlanda. Aquella parte oculta es cuarta de todo el globo, y tan capaz que pueden caber en ella doblados reinos y provincias de todas aquellas de que V. M. al presente es Señor, y esto sin avecindar con turcos ni moros, ni con otras de las naciones que suelen inquietar y perturbar las agenas. Todas las tierras vistas caen dentro de la tórrida zona, y hay parte de ella que toca á la equinoccial, cuya latitud puede ser de 90 grados; y otras de poco menos, y si suben como prometen, habrá tierras que sean antípodas de lo mejor de la Africa, y de toda la Europa, y de lo demás de toda la Asia mayor. Advierto que las tierras que ví en 15 grados, son mejores que España como luego se verá: las otras que en altura se opusieron, deben ser en su tanto un paraiso terrenal.

»La gente es mucha: su color de blancos, loros, mulatos, indios y mezclas de unos y otros; unos tienen los cabellos negros crecidos y sueltos, otros frisados y crespos, otros rubios y delgados, cuyas diferencias son indicios de grandes comercios y concursos. Por lo cual y por la bondad de las tierras, y por no tener artillería ni otros instrumentos de fuego con que matarse, y por que no labran minas de plata, y por otras muchas razones, es de creer ser muy numerosa esta gente, á la cual no se le conoce arte mayor ni menor, muros ni fuerzas, rey ni ley, ni son mas de unos simples gentiles divididos en parcialidades, y poco amigos entre sí. Sus armas son las ordinarias, arcos, flechas sin yerba, macanas, bastones, lanzas y dardos de palo. Es gente que cubre partes: es limpia, alegre y racional, y tan grata como lo he esperimentado. Por todo lo cual se debe esperar, mediante la Provid ncia divina y medios suaves, que han de ser facilísimos de pacificar, doctrinar y contentar, con ser tres cosas bien necesarias en los principios para despues encaminarlas todas á aquellos tan santos fines, cuanto deben ser pretendidos con todas las veras. Las casas son de madera, cubiertas con hojas de palmas; usan de ollas de barro, tienen telares, trasmallos y otras redes; labran piedra mármol, flautas, tambores, cucharas de palo embarnizadas; tienen oratorios y entierros, y haciendas muy puestas en razon cercadas y empalizadas. Aprovechábanse mucho de las conchas de nácar, y de ellas hacen gubias, escoplos, formones, sierras, anzuelos y patenas mayores y menores que traen colgadas de los cuellos. Los isleños tienen sus embarcaciones bien obradas, y bastantes para navegar de unas tierras á otras; y todo junto es cierto indicio de vecindad de gente de mas policía, y no es de menor castrar los puercos y los pollos.

»Su pan son tres diferencias de raices de que hay muy grande suma, y pa an sin trabajo, que no tienen mas beneficio que asarlas y cocerlas. Son gustosas, sanas y de buen sustento y mucha dura, y las hay de vara de largo y media de grueso. Las frutas son muchas y muy buenas; plátanos de seis géneros; grande número de almendras de cuatro suertes; grandes obos que es fruta casi del tamaño y sabor de melocotones; muchas nueces de la tierra, y naranjas y limones que no los comen los indios, y otra estremada y grande fruta, y otras no menos buenas que se vieron y comieron, con muchas y muy grandes cañas dulces, y noticia de manzanas, y infinitas palmas, de las cuales se hace vino, vinagre, miel, sueros, y los palmitos son muy buenos. Estas mismas palmas el fruto que dan son cocos; cuando están verdes sirven de cardos, y el meollo como natas; cuando maduros es sustento de comida y bebida por mar y por tierra; cuando viejos dan aceite para alumbrar, y curar tambien como el bálsamo, y para comer; cuando nuevos son buenos vasos y frascos: los capullos son estopas para calafatear las naos, y para hacer todos los cables y jarcias, y las cuerdas ordinarias y de arcabuz. De lo mejor de las hojas se hacen velas para las embarcaciones pequeñas, y esteras finas, y petates con que se aforran y cubren casas que se arman con los troncos, que son derechos y altos, y de ellos se sacan tablas y lanzas y otros géneros de armas y remos, y otras muchas cosas buenas para el servicio ordinario; y es

Menos parcial y mas justo que ingleses, franceses y holandeses, en esta parte, el gran geógrafo dinamarqués, el siempre célebre Malte-Brun, honra como se merece al famoso navegante español, haciendo inmortal su nombre. «La geografía, dice, debe al viaje de Quirós el descubrimiento de un gran número de islas. El Pacífico no pareció ya un desierto inmenso. Se han reconocido los principales descubrimientos de este hábil navegante. Su isla *Sagitaria* corresponde

de notar que estos palmares son como una viña que todo el año se disfruta y se vendimia, y que no pide beneficio, y que así ni gasta dinero ni tiempo Las hortalizas que se vieron son calabazas y grandes bledos, y muchas verdolagas, y se tuvo noticia de habas. Las carnes son muchas, puercos mansos como los nuestros, gallinas, capones, perdices de la tierra, patos reales, tórtolas, palomas torcaces, y cabras que vió el otro capitan, y los indios nos dieron noticias de vacas ó de búfalos. Los pescados son muchos, pargos, peces-reis, lisas, lenguados, salmonetes, meros, sábalos, macabiz, cazones, pampanos, sardinas, rayas, palometas, chitos, viejas, anguilas, peces-puercos, chapines, rubias, almejas, camarones y otros géneros, de cuyos nombres no me acuerdo, y debe haber muchos mas, pues todos los referidos se pescaron junto á las naos. Si bien se considera lo escrito, hallarse ha que además de tantos y tan buenos bastimentos se puede gozar luego de muchos regalos de mazapanes, conservas de muchas suertes, sin ser necesarias cosas de fuera; habrá para matalotage perniles de tocino, botijas de manteca, y lo demas que de grandes puercos se saca, sin faltar agrio ni especias. Es de advertir que muchos de los dichos géneros son semejantes á los nuestros, y que puede haber muchos mas, y que en esto muestra la tierra ser muy propia para criar todas las otras cosas que produce la Europa.

»Las riquezas son plata y perlas que yo ví, y oro que vió el otro capitan, como dice en su relacion. Hay muchísima nuez de especies, maza, pimienta, y gengibre que hemos visto los dos: hay noticia de canela, y puede ser que haya clavo. Hay con que se pueda criar seda; hacen pita, azúcar, añil, hay buen ébano, infinitas maderas para fabricar cuantas naos se quisieren con todas sus velas y jarcias, de tres géneros, el uno parecido á nuestro cáñamo, y con el aceite de los cocos se puede hacer la galala con que se escusa la brea, y se vió cierta resina de que los indios se aprovechan para brear las piraguas; y pues hay cabras y noticia de vacas, habrá cordobanes y corambre y sebo, y carne en abundancia. Habrá miel, pues se han visto abejas y cera; demas de todo lo cual, asegura de otras muchas riquezas el sitio y disposicion de la tierra, y la industria de los españoles asi en criar las suyas como las nuestras, que pretendo luego llevar, y además las mejores y mas provechosas que se crian en el Perú y en la Nueva-España. Parece que todo junto hará rica la tierra, que solo ella por sí baste á sustentarse, y juntamente á la América, y á engrandecer y á enriquecer á España, como lo mostraré si soy de otros ayudado; y digo que por ser orillas de mar todo lo visto y referido, que se esperan del corazon de la tierra ta'es y tantas riquezas, cuales van siendo las muestras.

»La comodidad de tan buena tierra negra, gruesa y de gran migajon, y que se puede desde luego labrar teja, ladrillo, y juntamente las buenas canteras que tiene, se pueden labrar muy buenos y suntuosos edificios, ayudando la mucha cantidad de madera. Puéden e hacer muchas aceñas y molinos, pues hay tan caudalosos rios. Hay tambien salinas, muchos cañaverales, y tan buenas cañas, que hay cañutos de cinco y seis palmos; y el fruto á probacion, el canto delgado, duro y lisa la tez: hay muy buenos pedernales. La bahía de San Felipe y Santiago tiene veinte leguas de orilla, es toda limpia, y libre para poder entrar de dia y de noche; tiene en su contorno muchas poblaciones; y en ellas y muy lejos se veian de dia muchos humos, y de noche muchos fuegos. Su puerto de la Veracruz es tan capaz, que pueden caber en él mas de mil naos. Su fondo es limpio y de arena negra: no se ha visto broma: puédese surgir en las brazas que quisiesen entre dos rios, el uno tan grande como Guadalquivir por Sevilla, con barca de mas de dos brazas, por donde pueden entrar naves fragatas ó pataches; en el otro entramos francas nuestras barcas, y de ellas se cogia el agua, que es lindísima en cualquiera parte de las muchas que hay. El desembarcadero es una playa de tres leguas, y lo mas de ello un guijarral negro, menudo y pesado, bonísimo para lastrar los navios: la playa por no tener ruinas ni quiebras, y estar verdes las yerbas de su orilla, se entendió no ser batida de mares, y porque los árboles que tiene estaban todos derechos y sin azotes ni desgages, se juzgó no haber grandes temporales en el puerto. Se halla al romper del alba, y despues, mucha armonía de millares de diversos pajarillos, al parecer ruiseñores, mirlas, calandrias, gilgueros, infinitas golondrinas, pe.iquitos, y un papagayo que se vió; oliéronse muchos olores de flores como de azahar; por todo lo cual se juzgó ser allí clemente el cielo, y que guarda su órden naturaleza. Tiene este puerto cercanas muchas islas, en especial siete que bogean doscientas leguas; la una tiene cincuenta y dista doce: es muy fértil y poblada. El puerto está á los quince grados y un tercio de elevacion de polo antártico: se puede luego edificar una muy grande y populosa ciudad, cuyos moradores

á la del Rey Jorge III, que Wallis vió en 1767, que Bougainville, al año siguiente, llamó *Nueva Citerea*, que algunos españoles llamaron *Amat*, á la que ha llegado, en fin, á ser célebre bajo su nombre indígena de O-Taiti. Se encuentra la tierra del *Espíritu Santo* en la principal isla del archipiélago á que el capitan Cook ha querido imponer el título de *Nuevas Hebridas*, y que Bougainville ha-

gozarán de las susodichas comodidades, y de las que no puede mostrar mi poco ingenio, y de las que el tiempo mostrará; y se pueden comunicar con las provincias de Chile, Perú, Panamá, Nicaragua, Guatemala, Nueva-España, Ternate, Filipinas, de las cuales esta tierra es la llave, y vendrá á ser en lo que es trato de mucho provecho y de cosas muy curiosas; ni me alargo si dijere que puede desde luego acomodar y sustentar doscientos mil españoles. En suma, aquel es el mundo de que España va siendo el centro, y en lo que es cuerpo es la uña, y nótese bien este punto.

»El temperamento y bondad del aire, es tal cual se vé en todo lo dicho, y en que siendo los nuestros todos estranjeros, ninguno cayó enfermo con tan ordinario trabajar, sudar y mojarse, sin guardarse de beber agua en ayunas, ni de comer todo cuanto la tierra cria, ni del sereno, sol ni luna. El sol no era muy ardiente de dia, y de media noche abajo pedia y se sufria muy bien ropa de lana. Los naturales en comun son corpulentos y de grandes fuerzas, algunos de ellos muy viejos, y viven en casas térreas, que es indicio de grande sanidad; porque á ser la tierra enferma las levantarian del suelo como lo hacen en las Filipinas y otras partes que yo vi. El pescado y la carne se conservaban sin se corromper, sin salar, por dos y mas dias; y las frutas que de allí se trajeron, como se pueden ver por dos que yo tengo, estan sanísimas, con ser cogidas del árbol, sin sazon. No se han visto arenales ni género alguno de cardones ni árboles espinosos, ni que tengan raices sobre la tierra, ni manglanares anegadizos, ni pantanos, ni nieve en las altas sierras, ni cocodrilos en los rios, ni en las montañas sabandijas, que suelen ser muy dañosas en las casas, ni garrapatas, ni mosquitos, que es esta una escelencia muy grande para nuestra pretension y tan digna de estimarse, que hay muchas tierras en las Indias que por solas estas plagas no se pueden habitar y otras donde se padece mucho por ellas.

»Estas son, Señor, las grandezas y bondad de las tierras que descubrí, de las cuales tomé posesion en nombre de V. M., debajo de vuestro estandarte real y así lo dicen los actos que aquí tengo. Lo primero se levantó una cruz y se armó la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, donde se dijeron veinte misas, y se ganó el jubileo concedido el dia de Pentecostés, y se hizo una solemne procesion el dia de *Corpus Christi*, en la cual el Santísimo Sacramento, siendo su guion el estandarte de V. M., paseó y honró aquellas ocultas tierras, donde enarbolé las reales banderas de campo, y en las de todas mostré las dos columnas al lado de vuestras armas reales, con lo que puedo decir con razon en lo que es parte, *aquí se acabó plus ultra*, y en lo que es continente, mas adelante y atrás; y todo esto y lo demás ha sido hecho como de leal vasallo que soy de vuestra V. M.: y porque V. M. pueda ponerle luego (porque suene esta grandeza) el título de *la Australia del Espíritu Santo*, para mas gloria del mismo Señor que me llevó, y me la mostró y me trajo á la presencia de V. M. donde estoy con la misma voluntad que siempre tuve á esta causa que crié, y por su alteza, y todo merecer, la amo y la quiero infinito.

»Bien veo del prudente consejo, grandeza de ánimo y piedad cristiana de V. M. el mucho cuidado que dará saber tan cierto, como conviene, la poblacion de aquellas tierras ya descubiertas, siendo la causa mas principal, que debe obligar á no las dejar desiertas, ser este el medio para que en todas ellas sea Dios nuestro Señor, conocido, creido, y adorado y servido, siéndolo allí tanto el demonio; y mas tambien porque ha de ser la puerta por donde á tantas gentes del cargo de V. M. les ha de entrar todo su bien y remedio y los muchos mas cuidados que daria si á ella fuesen enemigos de la Iglesia romana á sembrar sus falsas doctrinas, y convertir todos los bienes que represente en males mayores, y llamarse señores de las Indias y arruinarlas todas. Tambien creo que V. M. está muy advertido, que un daño tan pernicioso (cuanto lo es el que suena ú otro cualquier desman si lo hubiese al presente ó adelante) ha de costar millones de oro y millones de hombres el dudoso remedio. V. M. gana las albricias de una tan señalada y gran merced de Dios, guardada para vuestro felice tiempo: yo Señor las pido, y por ellas mi despacho, que están los galeones puestos, y es mucho lo que tengo que andar, que apresurar y que hacer, y muchísimo lo espiritual y temporal que cada hora se pierde, que jamás se ha de cobrar.

»Si á Cristobal Colon sus sospechas le hicieron porfiado, á mí hace tan importuno lo que ví y palpé y lo que ofrezco; por lo cual mande V. M. que de tantos medios cuantos hay se dé uno para que pueda conseguir lo propuesto, advirtiendo, que en todo me hallarán muy reducido á la razon, y daré satisfaccion en todo.»

Señor: grande obra es esta, pues el demonio la hace tan mortal guerra, y no es bien que pueda tanto, siendo V. M. el defensor de ella.

bia denominado las *Nuevas Cicladas* Una de estas islas, llamada *Manícolo* ó Mallicolo, segun las relaciones de los indígenas, era un gran continente. La imaginacion limitada de los isleños y el ojo cansado del navegante se engañan con frecuencia sobre la estension de las tierras que en el seno de los vastos mares dan reposo y encantan á la vista. No fué la estrella de Quirós mas feliz que la de Mendaña: en vano con colores que los siglos no han podido borrar ni *la verdad ni la viveza*, pintó las ventajas físicas de aquella parte del mundo, las costumbres de sus habitantes, la conducta que se habia de tener con ellos; en vano instó y suplicó á su rey por el amor de Dios, que no dejase sin fruto para el mundo y la patria tantas vigilias, tantos desvelos y una perseverancia tan noble: medios poco proporcionados á su empresa fué lo único que le fué suministrado. Sus nobles miras sobre la civilizacion de los insulares de la mar del Sur fueron desatendidas por los débiles descendientes del gran Cárlos V; aquella obra de *piedad, de humanidad y misericordia*, fué indignamente abandonada.

»Quirós y Mendaña fueron los últimos héroes de la España (1); con ellos se estinguió aquel espíritu emprendedor que habia conducido á los Colones á las Antillas, y los Corteses á los palacios de Motezuma.—Algunos holandeses pensaron en continuar los descubrimientos de los españoles en el gran Océano.—La aficion á los descubrimientos se debilitó con la esperanza de encontrar otro Perú entre las tierras desconocidas.»

Fijemos ahora la atencion en los sucesos ocurridos á Luis Vaez de Torres, desde que su nave y la zabra quedaron separadas de la Capitana en que iba Quirós. Buscando á este en vano fué costeando la bahía de San Felipe y Santiago, al Poniente, donde halló otras bahías, algunas pequeñas, y muy grandes rios, y observó que las serranías que vió Quirós eran todas una misma. En los once grados y medio descubrió una gran sierra, cuarta al N-O., la fué corriendo, y á seis leguas apartada de ella encontró un gran arrecife con canal y muchas islas, y la consideró tierra-firme. Allí vió muy estensos puertos y bahías, advirtiendo que en toda la costa se podia dar fondo en partes de mucho abrigo, y halló en fin una bahía de poco menos de cien leguas, con boca á tiro de arcabuz y dentro en ella muchas islas.

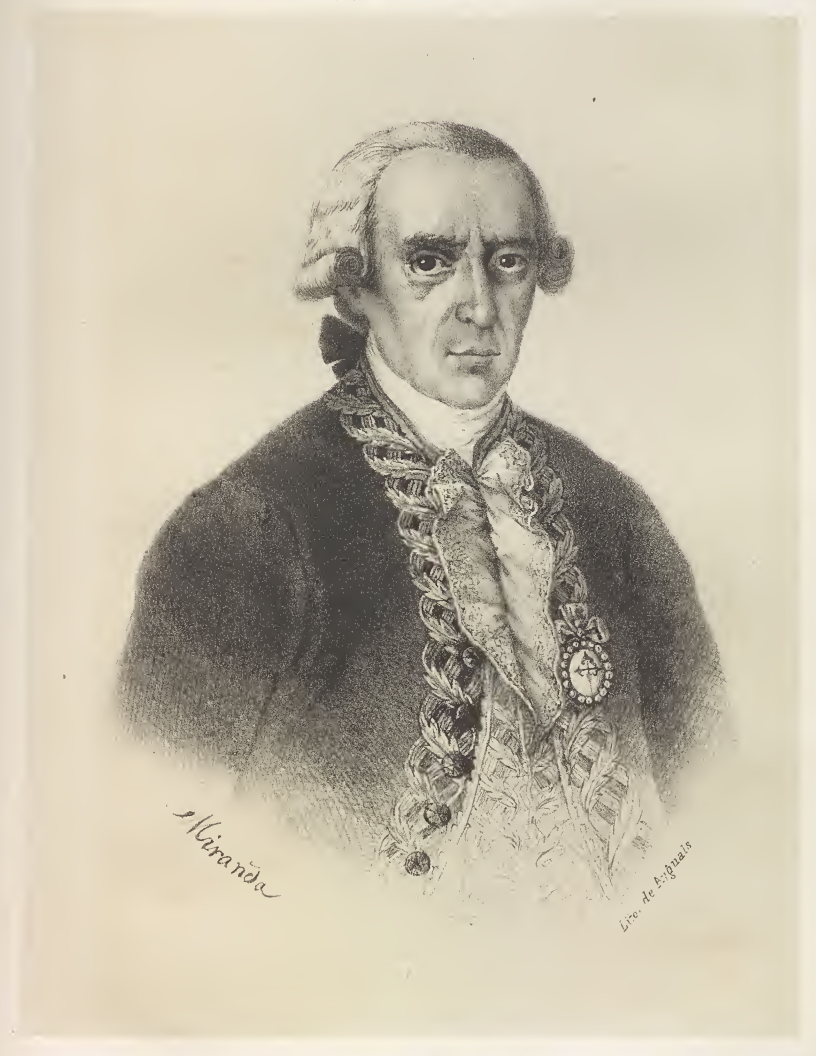
Hasta siete grados y medio fué navegando; halló un placel de tres á nueve brazas de fondo con muchas islas por el cual anduvo cuarenta dias, y observó que desde aquella altura hasta los once grados atrás era todo un archipiélago. En aquel laberinto de innumerables islas, grandes y pequeñas, notó que las mas estaban pobladas de gente mas bien negra que morena, y mucho mas corpulenta que la que se vió en la bahía de San Felipe y Santiago, cuyas armas de jigantes, se diferenciaban así como los habitantes de los de Tierra-Firme. Volvió á dar en la misma costa, á los siete grados y medio, en la parte que va

(1) Malte-Brun quiere decir, sin duda, como grandes marinos viajeros.

corriendo al N-E. haciendo una gran rinconada, llamada Chamburu, la cual está contigua á la tierra de los Papuas y otras muchas islas y bajos, pareciendo que todas formaban una tierra, corriendo hasta rematar un grado y medio cerca de las Molucas. De la banda del S. dejó siempre muchas islas de muy varia estension, observando que la gente de este último punto, y la de las Molucas era la mas ruin de cuanta habia visto, bien que la tierra muy aurífera, de cuya rica produccion no pudo gozar, atendiendo á las instrucciones que llevaba.

De allí fué Váez de Torres á Ternate, donde dejó la zabra con veinte hombres para servicio de aquella plaza, como una de las pertenecientes entonces á la monarquía española, y de Ternate pasó á Manila, desde esta ciudad envió la relacion de su viaje al Rey, terminando con decir que dejó la costa de la tierra indicada á cincuenta leguas de las Molucas, y que en diez años no se acabára de ver lo que vió; de manera que segun la citada relacion, aunque confusa, «la tierra continuada que vió, dice Quirós en vista de aquel escrito, discurriendo por las alturas y derrotas que muestra, vale mas de ochocientas leguas, sin la multitud de islas de muchos tamaños.»

Sin duda el acontecimiento de la separacion de Quirós y Luis Vaez de Torres en la bahía de San Felipe debe ser considerado como un suceso afortunado. Como Torres en su viaje no pudo reconocer mas costas hácia el Sur de tanta estension, que la parte meridional de la *Nueva-Guinea*, resulta que fué el primero que atravesó el estrecho que Cook ha llamado despues de *Endeauvour:* el primero, en conclusion, que esploró aquel mar y descubrió que era un archipiélago cubierto de inmumerables islas. De notar y admirar es tambien que por los 11° de latitud S. columbró en aquella direccion una tierra que, constituyendo sin duda parte de la grande Australia, es lo que ahora se llama Nueva-Holanda. En las costas de la Nueva-Guinea desembarcó nuestro viajero varias veces, y de aquel pais tomó posesion formal, en nombre del rey de España.



D. ANTONIO DE ULLOA.



CAPITULO VI.

Descubrimiento del *Cabo de Hornos* y el estrecho de *Maire*, por los holandeses.—Espedicion española hácia aquella parte de la América del Sur, por los dos hermanos Bartolomé y Gonzalo Nodal, con dos carabelas bajo el mando del primero.—Salen del puerto de Lisboa, en setiembre de 1618.—Dan fondo en Rio Janeiro, conjuracion de la gente de la Armada, reprimida por Bartolomé Nodal. Prosigue su navegacion, y va á la isla *de los Reyes* en 6 de enero de 1619. Caza de leones marinos.—Observaciones náuticas de Nodal.—Arribo á la bahía de las Vírgenes.—Reconocimiento de la costa occidental de la *Tierra del fuego*, y entrada en el estrecho de Maire: arribo á la bahía del *Buen Suceso*, y sucesos en ella.—Sale la Armada para la bahía de San Gonzalo, descubre varias islas, llega al cabo de Hornos que Nodal denominó de San Ildefonso, descubre el cabo occidental del estrecho de Magallanes, y da fondo en el punto á que dió el nombre de *Cabo Deseado*. Descripcion de aquella costa por Nodal.—Pasa de allí á la bahía de San Nicolás, va á surgir en una de las tres islas de *Pingoines ó Pájaros niños*.—Descripcion y caza de estas aves.—Reconocimiento de las costas, vuelta para el cabo de las Vírgenes, y arribo al puerto de Pernambuco.—Desde allí hace Nodal viaje á España. Cortada la equinoccial, avista tres navíos piratas, combate con uno de ellos, prosigue su navegacion, arriba á Sanlucar, y da cuenta del resultado de su feliz espedicion.

Mientras que el aleman Spilbergen, estando al servicio de la Holanda, hacia su espedicion con seis navíos al Estrecho de Magallanes, en los años 1614 al 1616, se verificó el importante descubrimiento del *Cabo de Hornos*, de que es preciso hablar, aunque de paso, antes de entrar á referir algunos sucesos de nuestra Marina real, desde el año 1618, hácia aquella parte de la América.

Mucho tiempo hacia que los mas famosos navegantes discurrian sobre la necesidad, la posibilidad y conveniencia de buscar ó descubrir un paraje por el cual se diese la vuelta á la América y hacer viaje al Oriente, sin precision de

atravesar el Estrecho de Magallanes ni doblar el cabo de Buena-Esperanza; y sobre esto, mas que ninguna de las primeras potencias de Europa, se ocupaba la Nueva Compañía de las Indias orientales. Un rico comerciante de Amsterdam, llamado Isaac Le-Maire, muy sábio en geografía, creia mas que ningun otro en la existencia de semejante pasaje, y consultando con William Schouten, natural de Horn, hombre de alta esperiencia náutica, le encontró conforme con su opinion. El resultado de su deliberacion fué convenir en que por precision habian de encontrar el camino en que tanto se pensaba, que las regiones meridionales, á donde por semejante via se fuese, abundaban en riquezas, y finalmente, que logrado el objeto, la Compañía de las Indias orientales no tendria que intervenir en un comercio emprendido con la India, por un camino distinto de los que estaban denominados en la Carta constitutiva de sus privilegios. En consecuencia determinaron realizar una espedicion de descubrimientos. Isaac Le-Maire anticipó la mayor parte del dinero que la empresa requeria: la direccion absoluta del viaje fué confiada á Schouten, y Jacob Le-Maire, primogénito de Isaac, habia de acompañarle de sobrecargo. Con tanto ardor y actividad hicieron los preparativos, que en breve quedaron terminados. Con gran misterio y reserva llevaban adelante su empresa, procurando que no se trasluciese el objeto de ella, y sin embargo se conoció generalmente la intencion de esplorar el mar del Sur.

Dos navíos que armaron, llamados *La Concordia* el uno y el *Horn* el otro, partieron del Texel en junio de 1615, y despues de haber reclutado á un artillero y un carpintero inglés, se arrojó Schouten atrevidamente al través del Atlántico, resuelto á evitar aquellas dilaciones de un viaje aventurero que tan funestas habian sido á la mayor parte de las espediciones anteriores. Su destino era todavía un secreto; pero al atravesar la línea supieron las tripulaciones que iban á la *Australia del Espíritu Santo*, descubierta por Quirós, y los marineros, que jamás habian oido hablar de tal pais, se quedaron como confusos, sin olvidar jamás aquel nombre. A mediados de diciembre llegaron al puerto Deseado; es decir, á la entrada oriental del Estrecho: y allí, mientras se hacian algunas reparaciones en el *Horn*, el otro navío que era el menor, se incendió. Avanzando al Sur de aquel puerto descubrieron á *Staten Land*, y despues de haber atravesado el estrecho que los separaba de la Tierra del Fuego, encontraron un gran mar donde las ballenas y otros mónstruos marinos eran en tan gran número que obstruian el paso. Buhos mayores que cisnes revoloteaban al rededor del solitario navío, y al mismo tiempo el viento le era tan contrario que aquellos navegantes se vieron forzados á bordear considerablemente hasta que al fin vieron la estremidad oriental de la Tierra del Fuego, y Schouten, como en grato recuerdo del pais natal la dió el nombre de Cabo Horn, que es el harto conocido ya por nosotros en la geografía, con la denominacion de *Cabo de Hornos*. Al estrecho que el célebre navegante holandés acababa de atravesar, le tituló de *Le-Maire*,

en conmemoracion y obsequio de su asociado, por cuanto fué el primero que concibió la idea de aquel viaje. En 3 de febrero de 1616, bien que luchando con vientos contrarios, alcanzaron á los 59° 25′ de latitud, no vieron tierra delante de ellos, y el 12 habiendo virado de bordo se encontraron al O. del Estrecho de Magallanes. La alegria que esto les inspiró es de aquellas que no tienen esplicacion: pero en medio de tanta satisfaccion estaban tan rendidos de las fatigas de su viaje, que inmediatamente se dirigieron á tomar algunos dias de descanso en la isla de Juan Fernandez. La encontraron, pero no conociendo sus costas tampoco pudieron aproximarse á ella, á causa de la resaca, siéndoles forzoso continuar el viaje. Reconocieron muchas islillas que parecian recientemente salidas de las ondas. La mayor parte apenas sobresalian del nivel del mar, interrumpido el tránsito en ellas por varias lagunas en lo interior, y cercadas de una especie de canal fangoso. Algunas otras parecian en un estado de formacion mas avanzada, pues allí se veian arraigados algunos árboles; y en una de ellas, que apellidaron isla *de las Moscas*, era tal la plaga de estos insectos, que no dejaban sosegar á la gente: cubrian el cuerpo de los marineros como con un vestido, y durante algunos dias de navegacion no pudieron verse libres de aquellos molestos huéspedes. En fin, Schouten arribó á Java donde su navío fué confiscado por la Compañía de las Indias orientales; y en lugar de recibir los honores debidos á sus talentos y su valor, fué tratado como un contrabandista cogido in fraganti. Es de advertir, que Schouten no prosiguió como habia proyectado el exámen de las regiones meridionales del gran Océano. La pérdida del navío *Horn*, y los accidentes que habia sufrido atravesando el estrecho que denominó de Le-Maire, le disuadieron de aquella idea, y le forzaron á buscar una navegacion mas fácil á lo largo de las costas, donde, como es sabido, no habia que hacer ningun descubrimiento. Pero este viaje demostró por la vez primera, que el Estrecho de Magallanes no era la puerta oriental del mar Pacífico, y no es el menor mérito de este descubrimiento que no se haya debido enteramente á una casualidad.

El resultado de aquella espedicion habia causado en la corte de España casi tantos sobresaltos y recelos, como todas las empresas hostiles acometidas anteriormente por ingleses y holandeses en el gran Océano, haciendo temer la invasion y las usurpaciones de nuestras colonias en las costas del mar del Sur. Esto sugirió al Gobierno español el pensamiento de llamar de Holanda algunos espertos y acreditados marinos, uno de ellos el famoso Juan de Moore, á fin de oirles y preparar una espedicion directa para el reconocimiento de aquella parte en que el Cabo de Hornos acababa de ser descubierto.

En nuestra marina, y aun en toda la de Europa, eran entonces harto conocidos como distinguidos militares y navegantes dos españoles, hermanos, Bartolomé y Gonzalo Nodal, naturales de Pontevedra, señalados ya, no solo por su valor en campañas terrestres, sino tambien en la guerra marítima, asaz contínua en aquellos tiempos con ingleses franceses y holandeses.

La grata memoria de estos dos insignes españoles, reclama con justicia un lugar en la historia de nuestra Marina, y en ella se le damos ahora, habiendo reservado para estas páginas la sencilla aunque muy corta relacion de sus altos hechos anteriores al admirable viaje que, como despues veremos, hicieron á la estremidad de la América del Sur.

Diez y seis años de edad contaba Bartolomé Nodal, el menor de los dos hermanos, cuando se embarcó en corso, sirviendo de aventurero, sin sueldo, en la Armada Real del Océano, cuyo Capitan General era D. Alonso de Bazan, y en varias ocasiones sirvió como valiente soldado. Con el general Sancho Pardo Osorio en Bretaña, y con un tercio de infantería española, volvió acompañando dos de cuatro galeazas del cargo de D. Bernardino de Avellaneda, conde de Castrillo, los cuales despues de un recio temporal en la costa de Galicia arribaron. A las órdenes de D. Fernando Gallinato, cabo de tres navíos y de la galizabra Bazana, salió á correr la costa; con su navío embistió Bartolomé Nodal á otro enemigo en el puerto de Mugía, fué de los primeros que saltaron dentro y se logró la presa. Por sus merecimientos como soldado y marino, y en consideracion al sacrificio que habia hecho de su hacienda en cuatro años, sirviendo gratuitamente, le fué señalado sueldo, como en recompensa, y se le dió el mando del navío *Santa María la Blanca*, que era de su hermano Gonzalo, con la órden de ir de aviso de las Terceras, de cuyo viaje volvió á Lisboa. De este puerto fué enviado segunda vez á aquellas islas; en el pasage de las Berlingas le cogió un temporal que arrebató las velas, tragó el batel, hizo muchas averías en el navío, y despues de mas de ocho de tormentas, aportó á Llanes, en la costa de Asturias, con tal peligro, que hubieron de socorrerle unas chalupas, remolcando al puerto el buque desaparejado y sin velas.

Solo ambicionaba nuestro intrépido navegante ocasiones de distinguirse. Ocurrió la salida del capitan Martin de Guristiola en los navíos Santa María y la Trinidad, á tomar lengua, á la canal de Inglaterra, y Bartolomé Nodal le siguió con su buque. En la Sorlinga encontraron una nave de holandeses enemigos, y peleando con ellos el navío *Santa María la Blanca* la abordó; su capitan fué el primero que en ella puso el pié, y apresada la llevó al Ferrol. Por este y otros hechos se le dió patente de capitan de la urca el Grifo; se halló con ella en varias espediciones en que hubo lastimosos naufragios, y siempre, como vencedor de furiosas tormentas y forzosas derrotas, tomó puerto con su triunfante nave.

Gobernando á Galicia el marqués de Caracena, dispuso que Bartolomé Nodal saliese con dos navíos de guerra haciendo escolta á dos bajeles que con cargamento de azúcar habian venido del Brasil, y no solamente los puso en salvo en el puerto de Viana, sino que á la vuelta de las islas de Bayona, peleó con un navío enemigo y le rindió. A esta hazaña siguieron otras, entre ellas la presa de un navío inglés de guerra, por lo cual se le hizo capitan de este mismo buque. A poco tiempo de este suceso, habiéndose hecho á la vela desde Lisboa el cuer-

po de la Armada al mando de D. Diego Brochero, para recibir los galeones que de América venian con gran riqueza, á la media noche de la salida de aquel puerto se descubrió de la Capitana á lo largo de ella un navío. Brochero ordenó al capitan Nodal que fuese á reconocerle con el suyo, pequeño y de remo. El tiempo estaba en calma, serena y clara la noche, y Nodal conociendo que aquel buque era inglés y de guerra, le abordó peleando y esforzando su gente, hasta que muertos y destrozados casi todos los soldados, por la artillería y los mosquetes enemigos que tiraban de mampuesto, teniéndolos á caballero la eminencia del navío británico y acribillado el pequeño español con la contínua y formidable batería, la temeridad de nuestro marino fué mayor. En gran conflicto, animando y dando ejemplo como valiente y esforzado capitan á los pocos suyos, que mal heridos no podian ya manejar debidamente las armas, como desesperado, aunque siempre impávido y sereno, en último recurso se arrojó dentro de la enemiga y preponderante nave, haciéndose espacioso lugar con su espada y su rodela para que su escasa gente pudiera seguirle; y no en vano fué tan dura prueba de intrepidez y valor, pues á imitacion de su caudillo todos se esforzaron y pelearon, de suerte que rindieron á los ingleses, estorbando, en fin, que, como intentaban, se volasen. Y porque el peso del agua en el destrozado navío llevaba á fondo con los vencedores al vencido, le desaferraron y se fué á pique. Pocos españoles quedaron vivos: todos heridos, entre ellos con tres heridas el heróico capitan; una de ellas en el ojo derecho, de que perdió la vista. Veíase de la Armada el fuego de los mosquetes y las llamas de las alcancías entre el horrísono estruendo de la artillería en las tinieblas y el silencio de la noche, pero la calma impedia acudir al socorro de la débil nave, hasta que al amanecer, no apareciendo mas que el gran bajel enemigo, acudieron con lanchas, y sabida la admirable aunque costosa victoria, llevaron los prisioneros repartiéndolos en los navíos y recogiendo á los vencedores. Justo era que como trofeo de su triunfo se le adjudicase al vencedor el navío que rindió con tanta gloria suya, y así es que Felipe III le hizo merced de él, tan pronto como del feliz suceso fué informado por el General Brochero.

La jornada de la espedicion de la escuadra mandada por D. Luis Fajardo, á las salinas de Araya é islas de barlovento, donde se quemaron diez y nueve navíos, castigando á los enemigos que pudieron cogerse, y limpiando aquellas costas de piratas, escuadra en cuya Capitana iba nuestro ilustre gallego; la espedicion tambien de Fajardo en busca de la Armada holandesa, por el mar Cantábrico, jornada en que aquella misma armada perdió su Almiranta abordada por la Capitana española; este y otros varios sucesos cuyo relato ocupara algunas páginas, fueron ocasiones bastantes de hacer proezas y coger laureles Bartolomé Nodal, adquiriendo merecida fama de esclarecido capitan y escelente marino.

Los servicios que al mismo tiempo hizo á su patria Gonzalo Nodal, le ensal-

zaron tambien á la reputacion de buen marinero y soldado. En la Armada del Océano se halló con su hermano Bartolomé en todas las acciones que de este hemos referido ó indicado, á contar desde el año 1590, y en otras muchas diferentes, en que se hizo admirar como soldado y marino. Ascendió rápidamente hasta capitan, fuéronle confiadas comisiones importantes en la Armada, y triunfó de los enemigos de la España en no pocas ocasiones, rindiendo y apresando varias naves con la suya.

En el menor de estos dos célebres hermanos, que, como hemos dicho, era Bartolomé, fijó su atencion el Gobierno español para realizar el indicado reconocimiento que se meditaba de la estremidad de la América del Sur. Desde luego se le encargó la comision de construir en Lisboa dos carabelas de 80 toneladas, cada una con cuatro piezas de artillería, tituladas *Nuestra Señora de Atocha* la una, que hiciera de Capitana, y el *Buen Suceso* la otra, destinadas á la proyectada espedicion que habia de ser la nona de los españoles al Magallanes. Al mismo Bartolomé García Nodal se dió el mando de ella, y como segundo fué nombrado su hermano Gonzalo. Cada carabela fué tripulada con 40 marineros, provista de víveres para diez meses, con pagas adelantadas por igual tiempo á la marinería portuguesa, á fin de tenerla contenta, pues iba de mala voluntad á tan largo y peligroso viaje. El gefe de esta humilde Armada recibió la órden de reconocer el paso del uno al otro mar, y de examinar si era posible guardarle, construyendo en aquellas costas algunos fuertes: que es como si se tratase de renovar la malhadada tentativa de Sarmiento, que tan cara costó á la España.

Partieron pues las carabelas de Lisboa en 27 de setiembre de 1618, y á breves dias se observó que el árbol mayor de la Capitana estaba quebrantado por unas hendiduras arriba. En 28 de octubre descubrió Nodal la isla de Puerto Santo, cortó la línea, y el 30, sobre el cabo de Santo Tomé, halló fondo en 35 brazas, y en 14 de noviembre entró en el Rio Janeiro á reparar el árbol. Allí, viendo la mala disposicion de su gente, justamente receloso de que desertára, tuvo la precaucion de encerrarla en la cárcel. A punto estaba ya de hacerse otra vez á la vela, cuando los pilotos flamencos y portugueses que llevaba se opusieron á la salida, alegando varios motivos, uno de ellos el no tener puentes que en las carabelas sirviesen de cubierta, pidiendo en fin para hacerlos el plazo de dos meses. Ya antes de esta oposicion pudo traslucirse una trama ó amaño para ella, por cuanto al tomar el palo mayor de un buque mercante, bien que pagándolo, el dueño hizo fuerte resistencia, sugerido ciertamente por los pilotos opositores. La conjuracion que se manifestó hubiera impedido llevar adelante la espedicion, á no tener los Nodales suficiente prevision, entereza y acierto para reprimirla; en tal manera, que todo ya listo, con el completo de plazas que sacó de Lisboa, pues tres individuos condenados á galeras como reos de la conspiracion fueron reemplazados, las carabelas se hicieron otra vez á la mar en 1.º de diciembre.



A la altura de los 35° se quebró la verga mayor de la Capitana; siguió no obstante la navegacion, y en 6 de enero de 1619 avistó el Cabo de Santa Elena y la isla que denominó *de los Reyes*, donde su gente halló y mató muchos leones marinos. Describiendo detenidamente la caza de estos anfibios el cosmógrafo y piloto mayor Ramirez de Arellano, dice en el diario que llevaba del *Reconocimiento de los estrechos de Magallanes y San Vicente:* «Se mataron muchos á arcabuzazos, pero de tal suerte que si no se les daba en la cabeza con dificultad morian hasta que se desangraban. Desolláronse para traer algunos pellejos á España. Conservé muchos pájaros en sus nidos, buenos de comer, aunque pájaros de la mar, y lo blanco que se veia en los cerros era grandísima cantidad de nidos y suciedades de ellos.

»Son estos leones marinos unos pescados que de la mitad del cuerpo arriba se asimilan muchísimo á un leon por tener el pecho, cerviz, cabeza, colmillos y rugir como ellos, semejándoles algo en su ferocidad; las manos y cola son como las de un lobo marino. Era tiempo de cria, y tenian una infinidad de hijuelos en tierra, porque aunque son pescados salen á dormir, criar y cosas de la generacion á la tierra. Los machos tienen el color de un pardo oscuro, y de la mitad del cuerpo arriba tienen el pelo largo, las barbas son unas cerdas muy duras; son feroces, cuesta arriba andan poco, pero mucho cuesta abajo: son tan grandes como bujes: las leonas son mas pequeñas, y de color melino algo blanquizco: los hijos negros, y balaban de la misma manera que ovejas y cabritos, y estar entre ellos era lo mismo que estar en un hato de ganado ovejuno en tiempo de cria. Sucedia que si se estaba la leona á la mar de miedo á la gente, arrojára el leon tras ella y sacáballa á tierra en los dientes; nunca mostraron ellos miedo, sino que con ferocidad acometian á los hombres que se les acercaban.»

En los 35° de latitud austral observó el gefe de la espedicion que bien estuviese á la vista de la tierra, ó bien no la viese, se encontraba constantemente sobre la sonda. Despues de esta paralela hasta la de 44° no tuvo ya conocimiento de la tierra, y juzgó que en este intervalo la distancia de la costa era á veces de mas de cuarenta leguas. A pesar de esto se encontraba constantemente fondo, y la profundidad aumentaba gradualmente conforme se iba alejando de tierra, siendo de 95 brazas la mayor hondura notada en el diario. Nodal fué el primero que observó esta marcha regular de las sondas desde la embocadura del Rio de la Plata hasta la estremidad austral de la América.

Dando vistas á la costa siguió hasta hallar en los 48° *una baja que lavaba la mar en ella cinco á la mar, poco mas ó menos*, y que dice *es muy bellaco bajo.* Llegó á la bahía de San Julian el 11 de enero, y de allí á la tierra de las Barreras blancas y Rio Gallego, y al Cabo de las Vírgenes el 15; en el cual permació tres dias, sin que los vientos le permitiesen pasar adelante, y aun siéndole tan contrarios, perdida una amarra, por dos veces tuvo que dar vela. En las

inmediaciones del Cabo vió los restos de un navío que habia naufragado, y se aprovechó del herraje que pudo. *Bien quejoso*, dice, *de que el viento no diese lugar para ir para dentro*, levó anclas el dia 17, atravesó el abra de aquel Cabo, llegó al canal de San Sebastian, observó en su embocadura 53° 16′ y siguiendo su rumbo á lo largo de la costa occidental de la Tierra del Fuego, la reconoció prolijamente y en 22 de enero entró en el Estrecho de Maire, dia de San Vicente, por lo cual le impuso este nombre. Tal es el que conserva todavia uno de los cabos de la costa occidental de la Tierra del Fuego. En la bahía del Buen Suceso dió fondo, y en su playa encontró en abundancia buena sardina que los lobos y leones marinos hicieron dar en la costa, por lo cual la gente de ambas naves se ocupó en la pesca aquella noche.

Al amanecer del 23 saltaron en tierra en una playa muy buena, y aunque de suelo áspero, bien que muy cubierto de arboleda espesa, apercibieron las armas, por si estuviese poblado de gente. Ocupados se hallaban los espedicionarios en hacer agua y leña, pues una y otra encontraron escelente y abundante, cuando vieron bajar de los montes ocho indios; los nuestros se replegaron hácia los buques, uno de estos disparó un cañonazo, y los indios á pesar de esto se aproximaron. Vióse que no llevaban armas, y que venian desnudos, algunos con penachos de plumas blancas, y otros con pellejos de lama. En señal de paz y júbilo abrian los brazos, y á su estilo gritaban ah! ah! ah! arrojando al mismo tiempo al aire sus bonetes ó penachos. A breve rato se les juntaron tres mas, y con suma atencion estuvieron todos mirando los vestidos de sus huéspedes, causándoles tal admiracion y sorpresa la ropa colorada, que permanecieron algun tiempo embelesados, y luego por señas la pidieron. Se les dió cuentas de vidrio, cintas y otras bujerías de muy poco valor, y esta pobre dádiva bastó para que hiciesen exageradas demostraciones de agradecimiento. Eran aquellos salvajes de gallarda presencia, sin barba alguna; todos tenian el rostro pintado de almagre y tierra blanca; eran ágiles, muy ligeros en la carrera y en el salto, pero al mismo tiempo tan recelosos y desconfiados que solamente se acercaban para tomar algo, y al punto se desviaban, en particular los mas jóvenes.

Aquel dia era el octavo de luna; conforme á las reglas conocidas fué la pleamar en las costas de España, á las nueve horas y dos quintas, y Bartolomé Nodal observó á la misma hora baja mar en aquel estrecho, de manera que en él sucede esto cuando es al contrario en nuestras costas.

Con pensamiento de apoderarse de algunos indios determinó Nodal hacer una escursion, llevando la gente varios diges, frascos de vino y pan con que regalar y halagar á los salvajes; pero estos siempre recelosos, sin dejar de tomar las bujerías se abstenian enteramente de comer y beber lo que se les daba, temerosos sin duda de que se les envenenase ó aletargase para prenderlos. Alegres y de buena voluntad recibian en particular cualquiera cosa de hierro ó de metal, apreciándolo todo en tal manera que se llevaban hasta los tapones de los frascos, que eran

de plomo, y todo cuanto haber podian. Empeño tenia el capitan de la Armada, como indicado queda, en no volver á las carabelas sin llevarse al menos dos de aquellos astutos indígenas, y sin embargo se abstuvo de valerse para ello de la fuerza, harto convencido de que la mas leve violencia seria motivo suficiente para irritar á los demás, que convocarian á los suyos, congregados acudirian en gran número, y sin dar tiempo á que se proveyeran las naves de agua y leña, que aun necesitaban, obligarian al reembarco precipitadamente, acaso con alguna pérdida de gente, abandonando en fin un buen puerto, cuando se ignoraba que mas adelante se hallára otro en que tener algun descanso y comodidad, y remediar la necesidad urgente. Contentóse, pues, por entonces, con dejarlos halagados, sin justos motivos de sospechar una intencion siniestra. En medio de la desconfianza con que se presentaban, se daba á conocer que nunca habian visto por allí gentes de otras partes del mundo: porque no se espantaban de los arcabuces, ni sabian lo que estos eran; prueba de ello que estando las cuerdas cargadas, á punto para disparar, ningun movimiento de temor hacian. De aquí es, que para no causarles sobresalto alguno, se dió órden de que por ningun caso se hiciese disparo de arcabuz. Tal es la prudencia y prevision con que Bartolomé Nodal se conducia. Verificóse luego el reembarco; los indios quedaron dando brincos, con los brazos abiertos, como en demostracion de contento, y los nuestros notaron con admiracion desde las naves, que despreciando aquellos salvajes el pan que en el suelo se les dejó, arrancaban la yerba, la comian cual si fuesen bueyes ó caballos, y luego se saciaban devorando sardinas crudas que en la playa recogian.

Luchando con la corriente quiso Nodal proseguir su navegacion, mas no pudo alejarse de aquel punto. El dia 24 observó que los indios acudiendo en gran número á la orilla traian ya arcos y flechas, por lo cual, aunque trabajosamente, fué á otra parte fuera de la playa, y en la esquina de ella, que era puerto mas seguro, y á cubierto de una sorpresa y acometida de los salvajes, dió fondo y cubrió con apostaderos las avenidas. No tardaron en llegarse los indios, y se les permitió entrar en el campamento, porque venian sin armas, habiéndolas dejado escondidas como despues se supo. Determinado estaba el capitan de la espedicion á prender algunos para llevárselos á bordo, cuando dos de ellos, como si hubiesen traslucido el pensamiento de Bartolomé Nodal, se salieron presurosos y llamaron á otros que atrás quedaban con sus arcos y flechas. La súbita alarma que esto causó en los nuestros impulsó á los demás indios á retirarse, y viendo que las avanzadas nuestras no querian dejarlos pasar, como cabras empezaron á trepar por los montes, de manera que, aunque se intentó, no fué ya posible alcanzar y asir á ninguno.

A consecuencia de esto se reembarcó nuestra gente con buen órden, yendo las chalupas tan cargadas de agua y leña que no podian bogar para bordo de las carabelas. Hechas estas á la vela, el 26 de enero hizo mal tiempo y mucha mar,

no se pudo ir á tierra, y antes de medio dia se vió pasar de una parte á otra unos veinte á treinta indios. Entonces se embarcó Gonzalo de Nodal en su chalupa, y fué á descubrir la punta que remataba en la boca del estrecho para la banda del Sur, hasta que descubrió todo aquello que se pudo alcanzar á ver, donde se notaron dos farillones en otra punta. Ambas naves, de vuelta ya la chalupa, se ocuparon en sondar en la boca de la bahía y hallaron que en diez ó doce brazas todo era limpio y buen fondo.

El 27 al amanecer saltó la gente en tierra con armas, hizo algo de agua y leña para la Capitana, con bonanza volvieron á navegar, y luego sobrevino calma. «La corriente fué tan grande, dice la *Relacion* de los dos Nodales, que á »poco mas de medio dia estábamos desembocados para la parte del Norte, entró »el viento por Sudueste, y fuese la vuelta del Sueste atravesando la canal del »Estrecho, con la mas brava corriente que se pueda imaginar, y de media ca- »nal para la parte del Oeste, corria el agua para la mar del Norte, y de medio »para la parte de Este corria para la mar del Sur, que sin viento nos llevaba »para tierra como una saeta; y como se metió la noche viramos con poco viento »para media canal, y dos horas antes del dia nos dió otra revesa que nos llevó »para tierra, estando siempre desembocados en la parte del Norte, atravesando »la canal, íbamos fondando á ratos, y aun bien á menudo, y en toda la canal »nunca se halló menos de 35 á 40 brazas, y hasta 60, y en todas partes piedra, »y hallamos que toda la canal es fondable.»

Así es como, haciendo grandes y laudables esfuerzos, fué Bartolomé García de Nodal corriendo hasta llegar en la tarde del 29 de enero á la boca de la bahía de San Gonzalo, que vió ser muy grande y buena; pero á causa de ser su fondo de piedra, aunque de unas 35 brazas, no se pudo aferrar bien, y fué preciso virar la vuelta de la mar con el viento S-O. que el dia 30 trajo gran tormenta. La bonanza que sobrevino el 31 tranquilizó á nuestros navegantes, pero en la noche se repitió con no menos furor la tormenta, que duró todo el 1.° de febrero acrecentando los peligros y el conflicto. A pesar de esto se tomó la altura aquel dia en 56°, de mar en través, con solo las mesanas.

En la tarde del 2 faltó el viento del Norte, y se encontraron en la costa del O. muy cerca de las montañas, con una corriente tan desconocida que inspiraba temor grande. El 4 sobrevino viento al N-E. y N-N-E. anochecieron en el cabo de San Gonzalo, y el 5 amanecieron en bonanza á cuatro ó seis leguas del cabo de Hornos que Nodal denominó de San Ildefonso, y en él observó 56° menos un sexmo. Entre el cabo de San Ildefonso y el de San Gonzalo descubrió tres islas que eran como las Berlingas. La primera que está sola, cuando se va del Estrecho que se llamó Nuevo, tiene tres ó cuatro farillones para la parte del Sur, y alrededor de la que se encuentra de la parte de S-O. hay unos ocho farillones que parecen barcos sobre el mar. En el cabo se ven otros dos, altos y grandes, y junto á estos cuatro ó cinco pequeños descubiertos sobre el mar pegados al

mismo cabo. Nuestro navegante notó que la tierra es muy alta y toda montañas, haciendo por la parte del N-E. como del S-E. muchas ensenadas que demuestran haber muchas bahías y puertos, y son todas montañas quebradas. Desde el Cabo para el Estrecho Nuevo corren las aguas para el N-E., y del mismo punto para el O. van corriendo para S-O. Esto se esperimentó al pasar el Cabo, de tal manera que en toda la noche se anduvo apenas poco mas de cinco leguas, aunque con viento regular. Notóse tambien, cuando les dió el S-O. la primera vez en la boca de la bahía de San Gonzalo, que el tiempo y la corriente les llevaba otra vez sobre el Estrecho Nuevo, y mucho mas á sotavento, bien diferente de donde entendian que se hallaban; y al contrario, despues de pasado el Cabo, bordeando con el viento S-O., O-S-O. y otros opuestos, les sostenia por barlovento, siendo además tan grande y furiosa la corriente que se advirtió ser esto lo que les ayudó no poco.

Pasado el Cabo van corriendo la costa hasta otra punta que se denominó de *Cabo de Udra*, á distancia del primero unas diez leguas. A la otra parte de este último Cabo se descubrió, en 6 de febrero, otra boca de la bahía, muy grande sin parecer tierra. El 8 sobrevino una furiosa tormenta; el 10 amanecieron las naves á barlovento del cabo de San Ildefonso, siendo tales las corrientes que con poco viento y aun contrario se anduvo mucho. La navegacion fué trabajosa por muchos dias: el 23 se descubrió tierra: no fué posible tomarla el 24 como se intentó. El tiempo volvió á ser malo, y por fin se descubrió el cabo occidental del Estrecho de Magallanes. En él pudieron las carabelas dar fondo el dia 25 de febrero, con tanto gozo de la gente que Nodal denominó aquel punto *Cabo Deseado.* Hállase este á la parte del Sur, en 52° y 45′, según la altura que se tomó al ser descubierto. Es fácil de conocer, segun la relacion de Nodal, por sus elevadísimas montañas cargadas de nieve, con sus picos arriba, cuya figura diseñó nuestro descubridor. La costa del Cabo Deseado por la parte del S. se corre N-N-O. y S-E.

Prueba es de la prolijidad con que Bartolomé Nodal hacia el reconocimiento de los puntos á donde llegaba, los siguientes párrafos de su ya citada *Relacion.* «Al entrar (dice hablando de aquella parte á donde arribó en 27 de febrero), se »han de arrimar al Cabo Deseado cuanto quisieren, y conforme el tiempo les »diese lugar, que no tienen sino guardarse de lo que se viere. *Los Apóstoles* »estan arrimados á la tierra y costa que va corriendo para el Sur, en parte donde »aunque sea de noche no pueden hacer daño, como se pintará en la planta, y si »entrasen por medio de la bahía, y se les cerrase la tierra con alguna neblina, »como suele acontecer, gobernarse al Sueste, hasta que aclare ó hasta el dia; si »fuere de noche, arrimándose siempre á la parte del Sur, hasta encontrar con »la tierra, que como es alta, por cerrada que sea, no puede dejar de saberse, y »es toda tan fondable, que si no es que se metan en alguna ensenada, donde se »esté fuera de la corriente, no se hallará fondo, y en alguna parte pueden em»bestir con los navíos en tierra y no se halla para dar fondo al ancla. No se han

»de arrimar á la parte del Norte, porque tiene tres ó cuatro bocas de rias, ó »bahías muy grandes, que fácilmente entenderán ser por allí la canal, que es »segura y fondable.

»La costa del Norte va corriendo al Nornordoeste, y los *Cuatro Evangelis»tas* estan á mas de dos tercios del Cabo Deseado para la parte del Norte, y »salen á la mar mas de tres leguas. Bien se puede pasar á la parte del Norte de »ellos; será necesario al que desembocare por la costa de Chile ó del Perú, go»bernar al Noroeste por lo menos para montar los Evangelistas, y pasar por la »parte del Sur, porque como los vientos son allí generales, Suduestes, Susu»duestes y Oessuduestes, conviene pasar á barlovento para montar la costa y »hacer su navegacion, hasta que salga bien á la mar: la corriente les ayuda mu»cho; que cuando vacia el agua sale para Oeste como una saeta.»

La espedicion se hizo otra vez á la vela el 27 de febrero, despues de haber visto y reconocido todo lo que fué necesario, y se fué corriendo la costa por la parte del Sur al S-E. que todo era puertos y ensenadas grandísimas, cuya vista daba ánimo, consuelo y esperanzas á la gente de Nodal. Caminando aquel dia hasta la noche, que volvieron á dar fondo las carabelas, anduvieron quince leguas, en 28 ó 29 brazas, tan cerca de tierra, que apenas podian hacer á la vela. Observóse con satisfaccion que era rio muerto, sin haber mar ni tormenta, por ser la tierra muy alta y abrigada de todos vientos.

En 1.° de marzo al amanecer entraron en una ensenada para hacer algunos reparos en las naves, y tomar agua y leña, de que habia allí abundancia. En toda esta travesía no se vieron salvajes, aunque en cualquiera punto en que se desembarcaba encontrábanse las cabañas en que habian estado, y muchas cáscaras ó conchas de marisco, mejillones, de que abunda aquella orilla, grandes y de escelente calidad, con los cuales se regaló la gente. La buena estancia en aquel punto con tiempo despejado y sereno, dió lugar á tomar la altura en tierra, señalando el astrolabio 47° y 6 y 5′ de declinacion, que equivalen á los 53° y 52′.

Al rayar el dia 5 volvióse á la navegacion con viento S., y corriendo el canal se fué examinándolo todo de una y otra parte, notando tantas y tan grandes variaciones, que causaban admiracion, no pasando un cuarto de legua sin hallar rias semejantes á las de Galicia, y muchas mas de la parte del Sur que en la del Norte. Observóse que no era posible dar fondo en medio de la canal, ni aun sin dificultad cerca de tierra en muchas partes, á no llegar á las ensenadas y bahías, muy próximo á la orilla. Fueron á surgir en la bahía de *San Nicolás*; las chalupas salieron el 6 á sondar otras bahías, á la parte del E. y se hallaron muy buenas comodidades de puertos donde echar el ancla. Con bonanza se prosiguió el viaje al amanecer del 8, con tal placer que siguiendo las chalupas á lengua de tierra iban pescando gran cantidad de sardinas, cuya abundancia era tal que bullian agolpadas junto á las carabelas. «Aquí la canal, dice la *Relacion*, es mas ancha que en ninguna parte del Estrecho, y como por ambas la

tierra es rasa, casi no se ve la otra parte, sino cuando está muy claro. En este paraje hace de la parte de Sur otra boca de canal que sale para el E. y al parecer se comunica con el canal de San Sebastian.»

En 48° 10' y de declinacion 4° y 56' que juntos hacen 53° y 6', tuvieron viento propicio y llegaron á dar fondo en las *islas de Pingoines*, que son tres, como las Berlingas. Apenas amaneció el dia 9 de marzo se fué á tierra para ver y reconocer sus circunstancias: tomaron aquellas islas su denominacion de la multitud de aves llamadas pingoines ó pájaros niños, de que está plagado el suelo de sus costas. Careciendo de plumas en las alas, no les sirven sino como de remos para andar por el mar, pues son como anfibios, pero si bien no pueden alzar el vuelo, en cambio corren por tierra tanto como una persona; son tan grandes y gordos como gansos, habiendo algunos que pesan hasta quince libras, segun certifica en su relacion Bartolomé Nodal. Tal cantidad de estos pájaros singulares encontraron allí nuestros espedicionarios, que hicieron gran caza y de ellos cargaron las chalupas, para salarlos y utilizar su carne en la navegacion. La religiosidad de los nuestros ó mejor diremos su escrúpulo rayó en tal grado, que á pesar de carecer de viandas frescas en los buques, y del mucho deseo que tenian de encontrarlas para saciarse de ellas, se abstuvieron de comer entonces aquellas aves, por ser cuaresma.

En la madrugada del 10 dió vela la espedicion, con viento Susudueste, en bonanza, no pudiendo aun romper la corriente que entraba para dentro, y bordeando dió fondo antes de llegar á la punta del segundo estrecho de la parte del Norte. Un dia se detuvieron allí las carabelas, y luego, siempre en bonanza, prosiguieron su navegacion corriendo la canal, y viendo la costa de una y otra parte, que en las ensenadas hace de distancia cuatro ó cinco leguas. Desembocaron el primer estrecho, cuando se entra para dentro por la parte del mar del Norte, y fondearon en la del Sur, porque en todo lo mas angosto no se halló fondo en ninguna de las dos partes. «Martes 12 de marzo al amanecer (dice »la Relacion á que nos referimos), salimos á tierra con los pilotos, y haciendo »la cuenta hallamos que á las cinco de la mañana creció el agua é hizo la pleamar, »saliendo el agua para Leste, y de las cinco en adelante que vaciaba la mar, en»traba para dentro del estrecho para Loeste, y conforme á la cuenta de España »habia de ser la pleamar á las once y cuatro quintos; ejemplo: la luna de fe»brero fué á 14 del dicho mes, para 28 que tiene el mes de febrero, van 14 »y 12 que teníamos de marzo, hacen 26 de luna, quitados los 15 quedan 11 »que han corrido de marzo: luego, conforme á la cuenta y reglas ordinarias, »habia de ser la pleamar á las once y cuatro quintos. Toda esta distancia ha»llamos á la boca del estrecho, en lo mas angosto, que es á la entrada del Es»trecho de Magallanes.»

Hecha esta diligencia y comprobacion, se hicieron á la vela, con viento S-O-E, claro y buen tiempo, atravesando la canal para la parte del Norte. A breve rato

vieron nuestros navegantes tres indios. Uno de ellos se puso en un alto, haciendo señas con un manto de pellejo que traia. Escitó la curiosidad en tal manera que las naves estuvieron á la trinca, y en tanto envió Nodal al piloto Juan Nuñez en la chalupa con sus armas, hasta que llegasen á la orilla, yendo prevenido de que si alguno pudiese esplicarse ó ser entendido, y quisiese embarcarse, le trajese á bordo. Presumia nuestra gente que entre aquellos indios habria por ventura algun desdichado de los que naufragaron en la nao que se halló perdida en el cabo de las Vírgenes, al cual se pudiera recojer y salvar. En vez de esto, al estar cerca de la playa hallaron veinte indios que venian de paz, en cueros, de gallarda presencia, los cuales, sin recelo alguno, dando brincos, y abriendo los brazos en señal de contento y alegría, por señas pedian á los de la chalupa que saltáran en tierra. No pudo entenderlos á pesar de esto el piloto Nuñez, por lo cual se volvió á bordo.

Prosiguieron las carabelas su viaje atravesando la canal, fueron por la ensenada para el cabo de las Vírgenes corriendo la costa, hasta llegar á él, sondando, reconociendo, observando y anotándolo todo sin cesar, de modo que á tanto cuidado, exámen é ímprobo trabajo, se debe el Diario mas circunstanciado que de guia pudiera servir al marino para navegar por la parte del Estrecho, y del cabo de San Vicente, teniéndose en fin á la vista la carta ó mapa que á la Relacion del viaje acompaña, levantada bajo la direccion del cosmógrafo de la espedicion, Diego Ramirez de Arellano.

Al salir el sol el dia 13 saltaron en tierra, tomaron la altura en el astrolabio, resultando ser la de 52° y 24′, bajo los cuales se puede poner el cabo de las Vírgenes. En la playa se halló rastro de gente y de ganado de pata hendida, vacuno y de perros: en lo alto hicieron los indios fuego, con grande humo, que en breve se apagó; y por último, despues de haber sacado algunas cabillas de hierro de la nao perdida que la vez primera se halló en la playa, en el mismo dia volvieron á navegar sin desistir en la prolijidad de las observaciones; sufrieron el rigor de algunas borrascas, en varios dias de lo restante de marzo; el 30 de abril al amanecer se reconoció la tierra hasta el cabo de San Agustin, y despues de medio dia, de la parte del Norte del mismo cabo, se descubrió un navío que andaba bordeando. Era este el primero que nuestros navegantes habian visto desde que partieron de Rio Janeiro. Esta novedad inesperada les puso en alarma, recelando que fuese un pirata, hasta que se supo que era mercante y hacia viaje para Angola. Estaba el sol en su ocaso cuando las carabelas se propusieron dar fondo fuera de la costa, y ya muy de noche echaron áncoras en diez brazas á la entrada de Pernambuco, el dia 1.° de mayo. Objeto de admiracion fué la aparicion de las dos carabelas en aquel puerto, en particular de todos los pilotos y gente de mar, pareciéndoles increible la brevedad con que habian hecho un viaje tan largo y mas que todo peligroso.

Daba la feliz casualidad de que á la sazon se hallaban allí veinte y ocho na-

víos con cargamento de azúcar para Portugal, á que se agregaron otros trece que luego entraron; é incorporadas á ellos las naves de los Nodales, con todos juntos se hicieron á la vela para España, en 14 de mayo; cortaron la equinocial el 20, el 28 se separaron de la flota, y hallándose solas las carabelas, en 23 de junio avistaron á tres navíos de piratas franceses. Uno de ellos se acercó á las dos naves al amanecer del 24, estando el mar en bonanza. Al verle venir solo le aguardaron, tomando todas las velas, escepto los trinquetes, y dando un cabo el uno al otro de los dos buques amagados, la Capitana echó adelante. Las ocho de la mañana serian, cuando la pirata nave se llegó muy ufana con juanetes y sobrecebadera, que tomó al estar muy próxima, é izando bandera española al son de caja y clarin, al entrar en plática arrió de pronto la española enseña y enarboló una francesa, blanca, mandando que las carabelas amainaran por el Rey de Francia; intimacion á que contestaron suponiendo estar conformes, bajo cuyo concepto podian ser abordadas. Poniéndose el pirata á la trinca disparó su artillería, á que respondieron las carabelas con la suya y una descarga de mosquetería, lo cual bastó para que su enemigo no se determinase al abordaje, contentándose con hacer disparos. En esto entró el viento refrescando, las naves españolas largaron el cabo, dieron todas las velas, con intento de virar sobre el pirata, y al ver este tal resolucion se tuvo á la bolina, y viró la vuelta de sus otros dos navíos. La única avería que tuvieron los buques de Nodal fué un balazo en la verga de la mesana de una carabela, lo cual se remedió al punto con un palo que se lo puso. Tomóse la altura en 38° y 42′ y continuóse el viaje.

En los dias 25 y 26 de junio tocaron en las islas de las Flores y del Frayal. El 27 fondearon en la villa de la Playa de la isla Tercera, prosiguieron al siguiente dia la navegacion, con alternativa de borrasca y bonanza; en 7 de julio á las ocho de la mañana se descubrió la tierra, reconocióse á sotavento del cabo de Sines, y llegaron á dar fondo en el cabo de San Vicente á las cuatro de la tarde. Allí desembarcó el capitan Gonzalo de Nodal para dar cuenta del viaje al Rey, que á la sazon se hallaba en Lisboa, y el dia 8 se hizo á la vela para Sanlucar Bartolomé Nodal, en cuyo puerto entró con las carabelas al medio dia del 9. Como un testimonio del feliz éxito de su espedicion presentó al Consejo varias pieles de leones marinos, una porcion de cuchillos de pedernal y sartas de caracolillos de mar, de los que usaban los indios con quienes trató, cierta cantidad de la pimienta que se descubrió en los árboles de la mitad del Estrecho, y algunos de aquellos pájaros singulares llamados pingoines ó pájaros niños.

Así es como los dos hermanos Nodal desempeñaron su atrevida y árdua comision, con la habilidad propia de escelentes marinos, dieron la vuelta á la *Tierra del Fuego*, y completaron en fin el levantamiento de la carta ó mapa de las costas de la América del Sur.

La *Advertencia* que hacen como preliminar de su *Relacion diaria de el re-*

conocimiento de el Nuevo Estrecho de San Vicente y del de Magallanes, al mismo tiempo que curiosa cuanto utilísima para el navegante, es una prueba del talento, el genio observador y la esquisita prevision de ambos hermanos, que en estos recomendables dotes del marino competian con Sarmiento. «Habiendo »visto y entendido, dicen, algunas circunstancias y dificultades de este viaje, »será cosa muy acertada y conveniente al servicio de S. M. mandar que las »Armadas y galeones, que hubiesen de navegar por los estrechos para pasar á »la mar del Sur, partan de España en principio de agosto, por lo menos, y »antes ocho ó quince dias si fuese posible: de manera que vayan en tiempo que »puedan partir del rio de Janeiro en principio de noviembre, porque no se »puede pasar un viaje tan largo sin que se tome agua y leña, y se refresque la »gente en el dicho puerto, por ser mas á propósito para esta navegacion, y »mejor que todos los que hay en la costa del Brasil, porque para pasar adelante »al rio de la Plata, es muy lejos para la gente, que irá muy fatigada de las »calmas y turbonadas de la costa de Guinea, y línea equinocial. Además de que »el Rio de la Plata es puerto muy bajo y de poco fondo. Y el puerto de Buenos-»Aires está mas de 50 leguas de la boca del rio y no es á propósito para los navíos »grandes: para las ocasiones que se les pueden ofrecer, faltándoles algun árbol, »ó otro aparejo, que no puedan remediar, sin ir á puerto que haya el recado »que hubiesen menester, y tambien por estar en treinta y cinco grados, donde »hay suestes, susuestes, y sures contrarios para salir á la mar, y del Rio »Janeiro, en viniendo las brisas que empiezan en este tiempo, se sale con fe-»licidad y se meten en la mar, para doblar el parcel del Rio de la Plata que sale »á la mar mas de 30 ó 40 leguas, y la gente cuando allí llega va tan fatigada »y enferma de las calmas y turbonadas de la costa de Guinea y la línea equi-»nocial, que si pasáre adelante sin refrescar correrá mucho peligro, que de allí »se vá para temple mas frio, donde los aires son mas sanos y mas frescos, que »jamás tuvimos hombre enfermo.»

»Y así mismo conviene ir en este tiempo, porque como las naos pueden ser »grandes, y entre ellas puede ir una zorrera que sea causa que las otras y el »que las llevare á su cargo la aguarden, se va gastando mas tiempo, será ne-»cesario ir mas temprano, y si no se hiciese así, se pondrán en peligro de per-»der el viaje, porque los tiempos, que son ordinarios en aquella costa, por la »mayor parte son suduestes, oessuduestes, escepto en el verano, que son mas »acomodados, y no son tan furiosos, ni duran tanto, en comparacion de los »que hay en el invierno, que no tienen reparo, y la ida es dificultosa, que á »vuelta siempre tendrán los vientos en popa, como lo habemos tenido en saliendo »del cabo de las Vírgenes, y esperimentado en este viaje.»

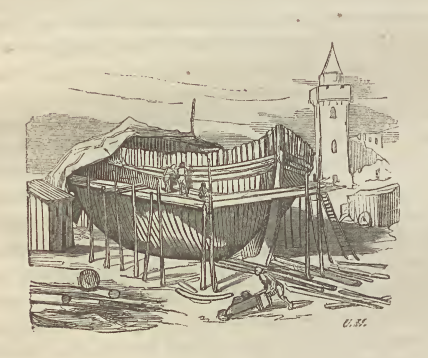
«El tiempo en que habemos hecho esta navegacion ha sido muy justo, que »ni sobró ni faltó, por tener navíos tan á propósito como convino, que no aguar-»daban el uno al otro, y ser tan parejos, que volaban á la vela, y fué Dios ser-

»vido, que con cuantos tiempos, cerrazones y neblinas ha habido, jamás nos »apartamos uno de otro: donde se sigue, que por ser los navíos tales, se hizo »el viaje con tanta brevedad.»

A esta *advertencia* acompaña un sucinto tratado de *Reglas para saber la variacion de la aguja al nacer y poner el sol*: tratado que puede considerarse el primero que en su género se habia visto hasta entonces, así como merece tambien esta preeminencia el mapa de *Reconocimiento de los estrechos de Magallanes y San Vicente*, de que ya hicimos mencion anteriormente, el cual no se grabó y estampó hasta el año 1769; y los dibujos ó diseños de los cabos de *Udra, San Ildefonso* y *Deseado*, juntamente de los farillones contiguos á la isla de Diego Ramirez.

De la gloria que los dos Nodales hermanos alcanzaron con su feliz espedicion, fué partícipe, mereciendo que de él se haga honorífica mencion, su piloto mayor y cosmógrafo Diego Ramirez de Arellano. Hemos tenido á la vista y consultado tambien su diario que se conserva manuscrito, siendo sensible que no se haya publicado impreso, como merecia, á pesar de que circularon varias copias de él aun entre estranjeros (1).

(1) El diario á que nos referimos se conserva en la Biblioteca nacional en la sala de manuscritos, teniendo por título, *Reconocimiento de los Estrechos de Magallanes y San Vicente, y algunas cosas curiosas de navegacion. Por el capitan Diego Ramirez de Arellano, Cosmógrafo y piloto mayor del Rey nuestro señor en la contratacion de Sevilla. Año de nuestra salud de 1621.*





CAPITULO VII.

Observaciones sobre los viajes apócrifos acerca del descubrimiento de un estrecho ó paso del gran Océano al Atlántico.—Viajes de Juan de Fuca y de Bartolomé de Fuente ó Fonte con aquel objeto, y datos que dan motivos á creer que son supuestas las relaciones publicadas de ellos.

En tanto que la geografía de la América meridional se ilustraba por grados, la parte Norte de este gran continente permanecia envuelta en una nube de fábulas é incertidumbres. Cuando el navegante portugués Cortereal regresó á principios del siglo XVI de la costa del Labrador, donde segun toda probabilidad habia penetrado en el golfo de San Lorenzo, refirió que habia descubierto el estrecho de Anian, por el cual, en aquella época y por mucho tiempo sucesivamente, se creyó poder penetrar en el Océano Pacífico. Incierto es el orígen de aquella denominacion, pero la pretendida existencia del estrecho de Anian dió motivo para mas de una ficcion, y cubrió de un color fabuloso aun los viajes realmente verificados. Así se vé al hombre creer comunmente mas bien en la viveza de su imaginacion que en la posibilidad de llegar á ser juguete de ella: nadie ponia en duda la existencia, aunque fabulosa, de un pais que nadie habia reconocido, mientras que relaciones verídicas, bien que muy estraordinarias, eran generalmente despreciadas como tildadas de mentira.

Decíase que el célebre viajero Urdaneta, que habia acompañado á Legaspi en

su espedicion á las Filipinas, y que habia vuelto á Nueva-España por el Norte del mar Pacífico, acababa de descubrir un estrecho setentrional que conducia del gran Océano al Atlántico. La alta reputacion de Urdaneta como navegante y cosmógrafo, reputacion que le presentaba como un hombre particularmente capaz de resolver un problema interesante para la geografía, en concurrencia con algunos estudios encontrados en sus papeles al morir, debia dar orígen á semejante voz. Sabido es que en 1574 el piloto español Juan Fernandez de Ladrillero, declaró públicamente, que á unas ochocientas leguas al Norte de Compostela, en Nueva-España, habia descubierto un canal de comunicacion, que desaguaba en el mar donde los ingleses iban á la pesca. Sobre el mismo hecho se articuló en aquel año otra declaracion no menos formal por Martin Chack, marino portugués, quien afirmaba haber encontrado un paso para volver de las Indias orientales, por el golfo de Terranova, y le situaba hácia los 59° de latitud Norte. El descubrimiento que suponia haber hecho Lorenzo Ferrer Maldonado, quien viajando de Lisboa á la costa del Labrador, en el año 1598, figuraba haber encontrado un estrecho, por el cual podia hacerse en tres meses la navegacion de España á la China, era, á no dudarlo, del todo tan apócrifo como los precedentes.

Entre los viajes que pasaron largo tiempo por mentiras, y cuyo crédito está mas bien desvanecido que justificado, uno de los primeros, ya por órden cronológico, ya por su grado de importancia, es la espedicion de Juan de Fuca. Este piloto, cuyo verdadero nombre era Apostolos Valeriano, nació en la isla de Cefalonia, y fué empleado al servicio de España durante muchos años. Hallándose de vuelta de sus viajes en Lemnos, en el curso del año 1596, dió una relacion circunstanciada de su última espedicion marítima á Miguel Lock, caballero inglés, hombre tan próbo como instruido, por quien fueron comunicadas á Purchas las diversas particularidades que aquel escrito contenia. Segun esa misma relacion, Fuca habia sido enviado en 1592 por el virey de Méjico, con una carabelilla y una pinasa á descubrir una comunicacion entre el Océano Pacífico y el mar Atlántico por el Norte americano. Habiendo partido de Acapulco, advirtió, entre los 47 y 48°, que la tierra inclinaba al Nordeste y presentaba una ancha abertura que podia muy bien ser un estrecho; penetró en él, y durante veinte dias avanzó en aquel especie de golfo. La tierra en algunos parajes se estendia hácia el Nordeste, en otros hácia el Nordoeste, y á proporcion que se avanzaba mas adentro el paso se ensanchaba y encerraba muchas islas. Fuca desembarcó con frecuencia, y vió allí gran número de habitantes vestidos de pellejas de bestias, el pais le pareció fértil y abundaba en oro, plata y perlas. Nuestro piloto continuó su correría, hasta que hubo llegado al Océano Atlántico. En toda su longitud habia encontrado el Estrecho harto ancho para la navegacion; y la embocadura por donde habia penetrado le parecia que aproximadamente tenia treinta ó cuarenta leguas de ancho. Entonces resolvió volver por el mismo paso, porque miraba como cumplida la mision que habia recibido de descubrir una comunicacion en-

tre ambos mares, por medio del continente americano. Por otra parte no se atrevia á llevar mas lejos sus descubrimientos, á causa de no tener fuerzas suficientes para resistir á los salvajes si estos se hubieran atrevido á atacarle. En consecuencia regresó á Acapulco, donde en vano solicitó durante dos años la recompensa á que se creia tener derecho, por un descubrimiento que abria á la España un nuevo manantial de riqueza y prosperidad.

El viaje de Fuca fué mirado por mucho tiempo como una ficcion, tanto mas, cuanto los descubrimientos de los ingleses en la bahía de Hudson, habian demostrado claramente que no existia con el Océano occidental una comunicacion semejante á la que él describia. Pero su relacion debia ser interpretada con toda la indulgencia que merecen los escritos de una época tan remota. Las investigaciones modernas han probado que cerca de la latitud señalada por Fuca existe un brazo de mar que conduce, no en verdad al Atlántico pero sí á un ancho piélago, especie de mar interior que separa un gran archipiélago, de las altas tierras del continente. Es probable que Fuca, habiendo avanzado hasta ciento cincuenta ó ciento sesenta leguas en aquellas aguas, quedó convencido de la posibilidad de llegar por allí al Océano Atlántico, y que poseido de esta idea precipitó su vuelta justamente en la misma época en que, á consecuencia de semejante error, Cortereal anunciaba el descubrimiento del estrecho de Anian, mientras que Cornelisson, el viajero holandés, regresaba de los mares del Norte, bien convencido de que habia encontrado un paso hácia la Tartaria y la China. Pero Fuca convirtiendo una simple hipótesis en un hecho positivo, se ha espuesto á que sus relaciones fuesen completamente despreciadas. A pesar de esto fueron tales las dudas á que su relacion dió siempre motivo, que al cabo de muchos años, mejor diremos mas de un siglo, aun se hizo un viaje para cerciorarse de si era ó no verdadera la existencia del supuesto estrecho de Fuca, como veremos mas adelante.

A principios del siglo XVIII se esparció por Europa la relacion de una espedicion realizada en 1640, por el Almirante Bartolomé de Fuente ó Fonte. Por primera vez apareció aquel escrito impreso en Lóndres en 1708, en una obra periódica titulada *Memoria de los curiosos (Memoirs for the curions).* La atencion de los geógrafos ingleses, alemanes y franceses, se despertó y por mucho tiempo estuvo fija en aquella relacion, mirada hoy dia como un romance ó novela, justamente (1). Sin embargo los nombres de Delisle, Buache y Fleurieu, que

(1) De novela califica la indicada Relacion, nuestro erudito y juicioso escritor D. Martin Fernandez de Navarrete. «La espedicion del almirante Bartolomé de Fonte ó de Fuente, dice, disiparia toda duda sobre la existencia real del paso, si pudiera darse fé á su relacion, ó fuera dable satisfacer plenamente á los muchos reparos que deponen contra su veracidad. Presenta alguna analogía con el viaje de Maldonado. Esta coincidencia tenia perplejo á M. de la Perouse, quien decia que á menos que no se probára que Fonte habia tenido noticia de la Relacion de aquel, y que de ella se habia valido para componer su novela, la corta diferencia de las aproximaciones de uno y otro, dejaria siempre lugar á algunas dudas, y que en geografía toda duda debe ser

quisieron ser los apologistas y defensores de ella, dieron campo y motivo para hacer de ella un exámen.

Dice la tal relacion que sobresaltado el gobierno español por los progresos que hiciera Hudson, James, y otros navegantes estranjeros, en el Nordoeste, renovando en fin, en 1639, bajo el reinado de Carlos I de Inglaterra las tentativas hechas en los de la reina Isabel y de Jacobo, se propuso poner obs-

respetada hasta que sea destituida con pruebas irrefragables. Creemos que estas pruebas las hubiera hallado él mismo si hubiese examinado atentamente la Relacion, y entonces hubiera conocido su falsedad, por mas que despues de haber estado oscurecida en la historia de su tiempo, haya sido en el pasado siglo comunicada á la Europa del mismo modo que la de Maldonado, por cosmógrafos acreditados de la Academia de ciencias de París. Ciertamente si los partidarios de la comunicacion por el Norte del Atlántico con el Pacífico, no tienen otros mejores fundamentos en que apoyar su opinion, no deben esperar que sea aceptada entre los sábios, y es de creer que no los tienen cuando no los presentan. Mr. Ellis, partidario acérrimo de este sistema, asegurando haber venido por este camino algunos navíos desde las Indias orientales á la Europa, dice que sería menester un volúmen entero para esponer todo lo que hay en esta materia, pero no solo no lo escribe, sino que ni para autorizar sus noticias sobre el estrecho cita á alguno de los que hicieron este pasaje, siendo así que su objeto era sostener la probabilidad del paso, y animar á sus compatriotas á buscarle; y el P. Burriel que lo nota y lo estraña, achaca justamente este silencio á la poca solidez de las tales noticias.» Continúa el Sr. Fernandez de Navarrete (a) hablando de la *conformidad que algunos cosmógrafos han creido hallar entre el viaje de Fonte y los descubrimientos de los rusos en el siglo* XVIII, se estiende luego á referir las Autoridades que corroboran su opinion para calificar de novela la Relacion de Fonte, se estiende en *Argumentos* contra el viaje de este navegante, y en otro lugar (b) se esplica en estos términos:

«Bartolomé Fonte ó Fuentes. — Ni este apellidado *almirante* de la Nueva-España y del Perú, y despues presidente de Chile, ni la relacion de su supuesto viaje, debieron su orígen á la España de acuende ni á la de allende. Del personaje y de su figurada empresa, en ningun archivo de acá ni de allá se han hallado precedentes, subsecuentes ni noticia alguna, hasta un tiempo posterior en que ya pudo llegarnos, y aun llevarse de Europa á Ultramar. La Relacion ya es bien sabido donde apareció por primera vez, y no en tipo ni lengua de Castilla; por segunda, salió en francés traducida del inglés.

»Sábese tambien la opinion que tan fuertemente se agitaba en Inglaterra por dos opuestos partidos sobre existir ó no existir el paso y comunicacion de Oriente á Occidente por la América Septentrional, ó sea el tan debatido paso del N.-O. Acaso uno de los partidos contendientes pensaria sobreponerse al otro con aquella sorprendente ficcion, ó algun articulista querria especular con ella y con la porfía de sus compatriotas. Ello es, que nadie sabia de tal viaje; cuando mas de dos tércios de siglo despues del año 1640, en que la supone, se insertó en el periódico inglés, intitulado *Memoria de los Curiosos*, y en los números correspondientes á abril y junio de 1808, una carta en que Fonte referia sus descubrimientos, pero sin decir al editor cómo ni cuándo la habia adquirido. Pasados cuarenta y dos años, el geógrafo de L'Isle en su Memoria leida en la Academia real de Ciencias, el dia 8 de abril de 1750, hizo un estracto de la misma carta; y en 1752 la tradujo y publicó íntegra, por copia manuscrita que en 1739 le habian enviado de Inglaterra, segun todo puede verse en *Noticia de la California* del P. Burriel (de que damos razon en su respectivo artículo), quien la insertó en el tomo III, desde la página 334, bajo el epígrafe siguiente:

»*Carta por el Almirante Bartolomé de Fonte, antes Almirante de la Nueva-España y del Perú, al presente presidente de Chile, en la cual da cuenta de lo mas importante que contiene su Diario desde el Callao de Lima en el Perú, y de sus reconocimientos para descubrir si hay algun pasaje al N.-O. del Océano Atlántico á la mar del Sur y mar de la Gran Tartaria, traducida del inglés y ahora del francés.*»

El mismo P. Burriel, en las *Observaciones* que hizo desde la página 352 del espresado tomo III, dedujo bien el verdadero orígen de tal carta, y probó á juicio nuestro lo inverosímil y absurdo de todo su relato: presumimos de no haberlo probado menos desde la página LXXVI á la LXXXIII, en nuestra *Noticia histórica de las espediciones hechas por los españoles en busca del paso del N.-O. de la América*, impresa en el año 1802; y haciendo ya mucho tiempo que sucedió el desengaño en la que, aun sábios como de L'Isle, se dejaron preocu-

(a) Tomo XV de la *Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España*, por D. Miguel Salvá y D. Pedro Sainz de Baranda: desde la pág. 134.
(b) *Biblioteca marítima* por D. Martin Fernandez de Navarrete.

táculo á que tales enemigos alcanzasen hasta aquel lado del Océano Pacífico, y con este objeto el almirante Fonte recibió órden del rey de España, y de los vireyes, para aprestar cuatro bajeles de guerra con los cuales se hizo á la mar en el Callao de Lima, el dia 3 de abril de 1640, llevando en su compañía al almirante D. Diego Penelosa, en el navío *Santa Lucía*, á Pedro Bernardo en el navío el *Rosario*, y á Felipe de Ronquillo en el *Rey Felipe*. En el puerto de Santa Elena á donde arribó en 7 de abril, doscientas leguas al norte de la bahía de Guayaquil, se proveyó toda la tripulacion de gran cantidad de un betun ó brea mineral, llamado *cope*, que sale á la superficie del suelo en abundancia, y es un remedio escelente contra el escorbuto y la hidropesía, sirviendo de brea y alquitran para carenar los buques.

Pasaron el dia 10 la línea equinocial, á la vista del Cabo Pasao; el 11 el de San Francisco, 1° 7' de latitud setentrional. Dió fondo en la embocadura de Santiago, donde hicieron abundante pesca, y saltando en tierra, mucha caza de cabras y puercos silvestres, comprando además pavos, ánades, pollos y muy esquisitas frutas en un lugarejo á dos leguas de la izquierda de la embocadura del mismo rio, que es navegable unas catorce leguas, en buques pequeños hácia el S-E. Desde aquel rio se hizo el 16 á la vela con rumbo para el puerto de Realejo, dejando á la parte de babor la montaña de San Miguel, y á estribor la punta de Gazamina, cuyo puerto dice que es muy seguro, estando cubierto por el lado del mar de las de Ampallo, Mangreza y otras tres; que en él se construian navíos grandes de Nueva-España, y que por tierra solo dista cuatro leguas del lago de Nicaragua, que sale al mar del Norte, á 12° de latitud setentrional cerca de las islas del Grano ó de las Perlas. Allí compraron cuatro chalupas buenas y veleras, de 32 piés de quilla, y casi doce toneladas de cabida, construidas espresamente para navegar á vela y remo. De aquel puerto salió la espedicion el 26 para el de Saragua ó Salagua, pasando entre las islas y bajos de Chamilli, á 480 leguas al N-O 1|4 O, algo al O. de Realejo. En el pueblo

par de la patraña del seudónimo Bartolomé Fonte, tenemos por demás el insistir en su impugnacion, y solo añadiremos en apoyo de lo que dejamos indicado en las primeras líneas de este artículo, sobre haber ido de Europa á Ultramar la noticia de dicho supuesto viaje, que queriendo cerciorarnos todavia mas, de si habia ó no alguna en los archivos de Lima, hicimos encargo instructivo á oficiales de marina amigos que se hallaban en aquel apostadero, y en efecto se encontró una en el archivo del vircinato, de la cual, y con carta del 26 de julio 1803, nos envió copia el señor de Ugarte, espresiva de *descubrimientos de los rusos en América* y *descubrimientos del almirante Fuente español;* pero no es mas todo ello que una traduccion, servilmente palabra por palabra, aunque con varias erratas, de los estrechos insertos en la *Geographie moderne* de Mr. l'Albé Nicolle de la Croix, impresa en París en 1777. Parte V, cap. I. art. 6, párrafo II y III, tomo 2.° pág. 378 y 384.

Concluiremos añadiendo, para que todo se diga, en prueba de imparcialidad pero sin entrar en calificacion, el siguiente artículo publicado en la *Gaceta de Madrid* el jueves 1.° de noviembre de 1827.—«Paris 19 de octubre: Segun relacion del capitan Back y del teniente Kendall que formaban parte de la espedicion del capitan Franklin, no hay duda que existe un paso abierto desde el estrecho de Davis hasta el de Bering: es decir, desde el Atlántico hasta el Océano Pacífico. Por lo mismo se halla resuelto el problema geográfico de que el gran continente americano no es mas que una isla; pero en razon de los obstáculos invencibles que presentan las montañas de hielo, no podrá jamás abrirse el paso alrededor del continente para la navegacion, ó podrá suceder alguna rara vez.»

de Salagua y la ciudad de Compostela que están contiguos, tomó un patron y seis marineros, que en perlas traficaban al E. de las Californias. Aquel mismo patron, que al servicio de Fuente entró con su buque y tripulacion, informó al Almirante de que á doscientas leguas al Norte del Cabo de San Lucas, la marea que venia del mismo viento se encontraba con la viniente del Sur, añadiendo por consecuencia, que estaba convencido de que la California era una isla. Iba en la espedicion D. Luis de Penelosa, sobrino de D. Luis de Haro, primer ministro de España, jóven inteligente y hábil en cosmografía y náutica, el cual, atendida la relacion ó noticia dada por el patron se propuso descubrir si la California era verdaderamente isla ó península, y desde luego acometió la empresa, llevando consigo, además del navío en que iba, las cuatro chalupas compradas en Realejo, y el patron y los marineros reclutados.

Con los otros tres navíos se separó el Almirante, el 10 de mayo, cruzó por las islas de Chamilli, alcanzó el cabo Abel, en la costa de la California, á los 20° de latitud setentrional, y 160 leguas N-O. 1|4 O. de las citadas islas, y en 14 de junio arribó al rio de los Reyes, en latitud de 53°, habiendo corrido casi 260 leguas por los canales que serpean entre las islas del archipiélago, á que Fuente dió el nombre de *San Lázaro*, llevando sus chalupas ó bateles una milla por delante para rondar y reconocer los bajos, escollos y rocas ciegas. En tal estado, el dia 22 ordenó el Almirante á Pedro Bernardo que saliese por un rio, cuya corriente era mansa y hondable, y subiéndole con varios rumbos entró en un lago, lleno de islas, en que habia una gran península, muy poblada de habitantes de genio afable y pacífico. Al lago le denominó *de Velasco*, le halló abundante en pescado vario y de escelente calidad, tomó tres barcas de indios en forma de piraguas, hechas de árboles gruesos de cincuenta ó sesenta piés de largo, y con ellas navegó en el mismo lago, anduvo 140 leguas al O. y despues 436 al E-N-E. hasta los 77° de latitud.

Continuando Fuente su navegacion, mientras Bernardo esploraba el lago, subió como hemos dicho, por un gran rio á que dió el nombre de *Río de los Reyes*, y que corria poco mas ó menos al N-E. En la baja marea salió un canal navegable; y se observó que la altura del agua en uno y otro rio al tiempo de la marea, era casi la misma. En el de *los Reyes* sube veinte y cuatro piés en la conjuncion y oposicion de la luna, y hasta veinte y dos en el otro. Con fecha 27 de junio recibió el Almirante una carta del capitan Bernardo noticiándole cuanto habia descubierto, le participaba que habia dejado su navío en el lago Velasco, entre una isla que llamó *Bernardo* y la península *Coniasset*; que consecutivamente, partiendo del lago, habia navegado rio arriba cerca de ochenta leguas, salvado felizmente tres cascadas, y penetrado en el Mar Tártaro por los 61° de latitud: que habia encontrado la tierra inclinada al N-E., el pais abundante en caza mayor, y tanto el mar como los rios con mucha y escelente pesca, por lo cual no podia carecer de subsistencias. A manos del Almirante llegó esta

carta cuando se hallaba en una poblacion indiana llamada *Conosset* á la orilla meridional del *Lago-Bello*; el cual, aunque se entraba en él por un rio, segun la relacion, está sujeto al flujo y reflujo de las mareas.

De aquel lago salió en 1.° de julio por un rio á que dió el nombre de *Parmentier*, en honor de uno de los compañeros de su viaje, quien habia hecho una relacion exacta de todo aquel rio y sus cercanías. Salvó ocho cascadas ó cataratas que juntas formaban una caida de treinta y dos piés, y el dia 6 llegó á un gran lago que llamó lago de *Fonte*, y que segun dice tenia de Oeste-Sud-Oeste ciento sesenta leguas de longitud, y sesenta de ancho, abundante en merluzas y abadejos verdes, circunstancia muy equívoca, por cuanto estas dos clases de peces, particularmente el último, pertenecian esclusivamente á los mares abiertos y profundos: bien que supone que el tal lago tiene de veinte y treinta brazas, y en algunos parajes sesenta de fondo, añadiendo que en él se encuentran muchas islas grandes y diez pequeñas. Los bosques comarcanos estaban llenos de gansos, y venados de varias especies; aves como gallinazas, faisanes, pavos de indias, perdices y pájaros marítimos, y varias clases de buenas frutas. La vejetacion, tal como la describe Fonte, conviene á una latitud setentrional. Avanzando luego hácia el E-N-E., atravesó otro lago que denominó *Estrecho de Ronquillo*, de treinta y cuatro leguas de largo, de dos ó tres de ancho solamente, y de grandísima profundidad. El pais iba siendo sensiblemente mas estéril y el clima mas rigoroso caminando hácia el E. cual se halla y es de esperar en el continente de la América del Norte, y avanzando al Nordeste. En fin, el 17 de julio, arribó el almirante Fonte á una poblacion indiana, y tuvo noticia de que á poca distancia se encontraba una gran nave, la primera que en aquellas aguas se habia visto. Al punto que esto supo hizo vela para el sitio designado, y por el comandante de aquel buque se enteró de que este era procedente de Boston, ciudad de la Nueva Inglaterra. Mandábale el capitan Shapley, quien aseguró al almirante español que el propietario de su nave era un noble personaje, mayor general de la gran colonia de Massachusets, y al oir esto Fonte le recibió benévolo, diciéndole que en verdad tenia mision de hacer prisioneros á cuantos encontrase buscando un paso al Oeste ó Nordeste, pero que consentia en mirarlos como simples mercaderes que habian ido á comprar pieles de abrigo á los naturales del pais. Con este motivo el inglés dió una porcion de provisiones al almirante español, y este no contentándose con regalar su cintillo de diamantes á Shapley, le pagó por sus buenos mapas y cartas mil pesos fuertes. Terminada así amistosamente la entrevista, volvió Fonte atrás, en 6 de agosto, subió por el rio Parmentier hasta unas ochenta leguas de la primera cascada, y al cabo de cinco dias se encontró á bordo de su navío, delante de Conosset, donde, merced á la buena conducta del capitan Ronquillo, halló todas las cosas en buen estado.

A breves dias, en 20 de agosto, se le presentó un indio, con una carta de

Bernardo, en que le decia que estaba de vuelta de su espedicion al Norte, y que habia comprobado la falta absoluta de comunicacion con el Océano occidental por el estrecho de Davis. En efecto, los indígenas habian conducido uno de los marineros de Bernardo á lo interior de aquel estrecho, que terminaba en un lago de agua dulce, situado por los 80° de latitud Norte y que tenia unas ochenta leguas de circunferencia: al Norte se elevaban montañas de una altura prodigiosa, y para complemento una enorme barrera de témpanos de hielo impedia acercarse á la orilla; barrera que se levantaba en el mar hasta la altura de unas cien brazas, y que, segun la opinion de Bernardo, no seria estraño que estuviese allí desde la creacion del mundo. Añadia que él en persona habia hecho vela de la isla de Basset al N-E. y E-N-E., hasta 79° de latitud, donde habia notado que la tierra se estendia al N. y que el hielo se quedaba sobre la tierra. Consecutivamente llegó á manos de Fonte otra carta de Bernardo en Minhauset, participándole que habia arribado el 29 de agosto al puerto de la Arena, habiendo subido veinte leguas por el *Rio de los Reyes*, y que estaba esperando sus órdenes. Al mismo puerto se dirigió inmediatamente Fonte, y en él fondeó el dia 5 de setiembre. Bajando despues aquel rio, se encontró en la parte del N-E. del mar del Sur, y convencido de que ningun paso habia del N-O. volvió las proas para su pais.

Aquí terminan los descubrimientos de Fonte y sus oficiales; pero es sorprendente que despues de haber bajado por el rio Parmentier, partiendo del *Lago Bello*, hasta que hubo encontrado la nave procedente de Nueva Inglaterra, haya terminado su relacion declarando que «así estaba probada la imposibilidad de arribar al mar del Sur por lo que se llamaba el paso del Nordoeste.» Esta relacion de Fonte, en que el escritor ha tratado de confundir algunos documentos vagos sobre lo interior de la América del Norte, con la relacion de un viaje realmente cumplido, se ha considerado y juzgado como de ningun fundamento verdadero.



CAPITULO VIII.

Biografía de D. Antonio de Oquendo.—Su espedicion desde España al Brasil en 1631.—Encuentro de su escuadra en el viaje con la holandesa mandada por Hans-pater. Combate en que dan estraordinarias pruebas de valor los españoles; perece el general holandés y triunfa Oquendo. Arriba este felizmente al punto de su destino, y regresa á España.—Viajes ó espediciones de Juan Iturbide, de Lopez de Vicuña, Francisco Ortega, Francisco Carbonell, Pedro Ponte y otros españoles, en busca del paso del Noroeste de la América, todas infructuosas.—Espedicion de D. Antonio Vea al estrecho de Magallanes, sin mas resultado que haber tomado posesion de la isla de *San Esteban*, en nombre del Rey de España.

La historia de nuestra marina militante reservaba para estas páginas y algunas de las sucesivas un lugar en que refiriera los esclarecidos hechos de uno de nuestros mas ilustres marinos. Tal es D. Antonio de Oquendo, á quien su patria debe la mas grata memoria por las victorias navales con que inmortalizó su ilustre nombre (1). Antes del gran suceso que vamos á referir, se habia distin-

(1) D. Antonio de Oquendo era hijo del general D. Miguel de Oquendo, que tanto se distinguió en la campaña marítima que terminó infaustamente para la España con la derrota de la armada que se denominó Invencible, en 1588. Nació en la ciudad de San Sebastian en 1577: en la infancia quedó huérfano de padre, y su madre le dedicó á la carrera de las letras. La viveza de su genio era incompatible con la vida de estudiante, y asi es que abandonando las áulas, á la edad de 16 años entró á servir en la marina con el sueldo de veinte ducados, que se le confirió en las galeras de Nápoles, en remuneracion de los eminentes servicios de su benemérito padre. A poco tiempo pasó á la Armada del Océano, mandada por D. Luis Fajardo, y en la guerra con los ingleses y holandeses se hizo admirar, como se verá al referir los sucesos marítimos ocurridos en los mares europeos durante el siglo XVII. Ascendiendo de grado en grado, por fallecimiento del general Bertendona, que lo era de la escuadra de Vizcaya, Felipe IV proveyó esta resulta en Oquendo, cuando este no tenia mas de 30 años, y al cabo de muy pocos fué nombrado General en propiedad de la escuadra de Cantabria, compuesta de las de Guipúzcoa, Vizcaya y de las cuatro villas de Santander. Muy quebrantada ya su salud, á causa de sus contínuas fatigas como marino, cayó gravemente enfermo en la Coruña, y allí falleció en junio de 1640.

guido, y habia ganado ya celebridad en varias ocasiones, venciendo á poderosas naves enemigas casi á la vista de las costas españolas.

En el año 1631, cuando los holandeses, en el apogeo, digámoslo así, del poder que habian adquirido emanc pándose del dominio español, insultaban impúnemente á nuestra marina mercante en ambos mares, y paralizando el comercio difundian particularmente el terror en la plaza de Pernambuco y la bahía de Todos Santos, Felipe IV dispuso que Oquendo saliese en persecucion de aquellos temibles enemigos, de quienes en diferentes combates habia triunfado. Hízose á la vela en el mismo año con solos diez y siete navíos, de los cuales los cinco mayores no llevaban la mitad de la dotacion que les correspondia; otros tantos que no pasaban de trescientas toneladas, con cuarenta soldados portugueses cada uno, y sin la tripulacion correspondiente los restantes, entre ellos la Capitana y la almiranta. Convoyaba Oquendo con esta escuadra el socorro destinado á Pernambuco y bahía de Todos Santos, cuando el general holandés Adrian Hans-pater tuvo noticia de las pocas fuerzas, que comparadas con las suyas llevaba el español, y contando orgullosamente con la seguridad de la victoria, tuvo la arrogancia de despedir parte de su armada, compuesta de treinta y tres navíos, quedándose con solos diez y seis, pero bien equipados y provistos de cuanto era necesario. Ambas armadas se divisaron el 12 de setiembre, en los 18° de latitud meridional, y á ocho leguas del E. de Abrojos, ocupando la holandesa el barlovento. La Capitana española hizo señal para que las carabelas y las naves de particulares se acogiesen al paraje mas seguro, y entonces el conde de Bañolas, comandante de la tropa que iba de socorro á Pernambuco, aconsejó á Oquendo que con ella reforzase la armada, consejo que este desestimó, contestando que no habia necesidad de esponerla á esperimentar una pérdida de gente, cuando tanta falta hacia en el punto á que iba destinada. Apartóse el convoy mientras la armada se preparó para recibir al enemigo: puesta en órden le provocó al combate, y la capitana holandesa, en que iba Hans-pater se adelantó contra la española, en tanto que la almiranta enemiga mandada por Martin Tiz endereza-ba tambien la proa hácia la almiranta nuestra. Mas afortunado Tiz que Hans-pater en breve consiguió pegar fuego al alcázar de su adversario, por lo cual echó á pique el navío, teniendo que arrojarse al agua el almirante Vallecila con las manos quemadas y mal herido. Pero aunque esta catástrofe bastára para desalentar á cualquiera, Oquendo mas animoso é intrépido cuanto mayor era el peligro, continuó no solo defendiéndose, sino imponiendo y causando grave daño al enemigo, en tanto que Hans-pater orgulloso con lo acaecido á la almiranta, en fuerza de hábiles maniobras, logró abordar la Capitana española con tal arrojo que la echó el arpeo, modo de guerra muy en uso en la táctica naval de aquel tiempo, aunque sumamente arriesgado. Tan inmediatas se pusieron ambas capitanas, que el bauprés de la holandesa se metia entre el palo mayor y la mesana de la española, de suerte que vinieron á quedar atravesadas. El arrepenti-



Urrabieta inv.º y lit.º

Lit. de J. J. Martinez Madrid.

COMBATE NAVAL EN 12 DE SETIEMBRE DE 1631.

Introducido el baupres de la Capitana Holandesa entre el palo mayor y la mesana de la Capitana Española que montaba D. Antonio Oquendo, le amarra este con un calabrote para que no se le escape la enemiga nave, hace-se mas terrible el combate entre ambas escuadras y triunfa la Española.

miento del general holandés por su arrojo fué tan breve como pronta la acometida; y así es que de improviso intentó separarse del navío de Oquendo, haciendo esfuerzos vanos, porque el héroe español tan pronto como notó el conato de Hans-pater para retroceder, con mas valor y decision que su adversario, al echar el arpeo, á todo trance hizo amarrar su nave con un grueso calabrote á fin de que no se le escapase, y dejó ir el timon á la banda, para que con el fuerte choque y reaccion del buque contrario pudiese lograr el barlovento, quedando así las dos capitanas ceñidas de costado á costado. Tal era su terrible y crítica posicion cuando ambos navíos rompieron un tremendo fuego, siendo mayor el del enemigo porque llevaba piezas de mayor calibre. Los holandeses como desesperados en medio de aquel conflicto asaltaron temerariamente á la plaza de armas de la Capitana española, y de su temeridad fueron víctimas cuantos intentaron el asalto. En lo mas acalorado de tan sangrienta pugna embistió á Oquendo otro galeon enemigo por el costado opuesto, viéndose con esto estrechada nuestra Capitana en tal manera, colocada en medio de dos buques poderosos, que trabajosamente podia atender á defenderse y ofender á la vez por una y otra parte. En trance tan terrible acudió á socorrerle otro navío mandado por el capitan Juan Prado, quien logró atraer sobre sí al galeon holandés, quedando así la Capitana para batirse á solas, y decidir con la enemiga la tremenda pugna. A las ocho de la mañana habia empezado el combate, y á las cuatro de la tarde aun era imposible conjeturar por quién se declararia la victoria. Descollando su persona en el alcázar, sin apartarse de él ni un momento, como el genio de la guerra ó el fabuloso dios del Océano empinado en medio de él sobre una elevada roca, allí se veia al impávido y valeroso Oquendo, con espada en mano y sin mas broquel que un simple vestido de raja, asistiéndole en los lances mas críticos el sargento mayor Lázaro de Equiguren y los capitanes Martin de Larreta y José de Gaviria. De una y otra parte competian los combatientes en esfuerzos y grandes pruebas de valor, y en unos y otros hacian estragos el furor y la muerte, hasta que ya á la caida de la tarde el dignísimo general español ansioso de terminar con gloria tan encarnizado combate, mandó disparar una pieza desde la proa contra la popa de la enemiga nave, y tan acertado fué el tiro que parecia ser el árbitro de la victoria, porque el encendido taco pegó fuego á la Santa Bárbara del navío adversario, donde todo fué confusion y espanto, siendo víctimas de su temeridad cuantos intentaron apagar el incendio. Al ver Hans-pater su ruina inevitable, bien fuese por salvarse de las devoradoras llamas, ó ya poseido de la desesperacion, se arrojó al mar, entregándose á merced de las olas, y pereció ahogado. Ciertamente que á esto debió impulsarle la loca idea de que siendo harto sabido su implacable encono contra los españoles, en el vencedor no hubiese encontrado la humanidad y la bondad de corazon, que á la par del valor y de la victoria, á que estaba acostumbrado, resplandecian siempre en el alma noble y generosa del héroe guipuzcoano. En tanto ardia tambien el navío de

Oquendo, pero tuvo la fortuna de lograr salvarse con el auxilio del que mandaba el flamenco Masibradi. En poder de los valerosos españoles cayó al fin el estandarte bátavo, que ostentaban como trofeo y signo de la victoria, mientras que el pendon de Castilla tremolaba triunfante aunque acribillado á balazos. Mas de mil novecientos hombres murieron de los holandeses en solo su capitana y dos galeones que se quemaron, sin contar los que perecieron en lo restante de la armada. Harto caro costó no obstante el triunfo á los vencedores, pues de ellos murieron quinientos ochenta y cinco, y mas de doscientos fueron los heridos. Pronto advirtieron los holandeses la preponderancia de los nuestros, de modo que desalentando, mucho mas desde que supieron la horrible catástrofe de su General, tendieron todas las velas, y favorecidos del viento abandonaron el mar de batalla; y aunque los nuestros navegaron en su alcance, la noche que sobrevino obligó á desistir de la persecucion. Alejados así los enemigos de aquellas aguas, el victorioso Oquendo, sin reponerse siquiera un tanto de sus fatigas y de las averías de sus naves, prosiguió el viaje para el punto de su destino, y su satisfaccion fué cumplida alcanzando el objeto principal de su mision, cual era introducir el ansiado socorro en San Salvador y otras plazas del Brasil, pues logró desembarcar en el cabo de San Agustin la tropa y las municiones de boca y guerra.

Dado allí el preciso descanso á la gente de mar que llevaba, y reparadas sus naves hasta ponerlas en estado de hacer el viaje de regreso á España, emprendió esta navegacion, y sin los contratiempos que eran de temer en tan peligrosa travesía, tanto mas cuando incesantemente cruzaban por aquel inmenso piélago los buques piratas, y los navíos de guerra holandeses y británicos, arribó felizmente al puerto de Lisboa, donde fué recibido como en triunfo en 20 de noviembre del mismo año 1631. Tan pronto como hubo llegado remitió la relacion de todo lo ocurrido á Felipe IV, quien justamente admirado, además de otras gracias que concedió como en premio, honróle con el título de consejero de guerra.

Volvamos ahora á los viajes de descubrimiento y conquista de paises desconocidos. Hasta la época á que en esta historia hemos llegado, ninguna espedicion en busca del paso del Noroeste de la América habia tenido el éxito apetecido, ni tampoco fueron mas acertadas y felices otras que se hicieron sucesivamente con igual objeto. Entre ellas, omitiendo la relacion de algunas que no pasaron de insignificantes tentativas, debe contarse la de Juan de Iturbide en la California en el año 1616. Con uno de dos navíos que mandaba, habiéndole apresado el otro los piratas europeos, entró en el seno californiano hasta los 33°. En aquel punto observó que iban uniéndose las costas de Cinoboa y California, de lo cual infirió, ó creyó mas bien, sin otro fundamento, que existia algun estrecho de comunicacion con la mar que los de Nuevo-Méjico habian visto, y en la cual entraba el rio del Tizon que suponian en 35°. Pero cuando imbuido de esta idea

estaba determinado á hacer un prolijo reconocimiento, vióse combatido de vientos contrarios del N-E., y esto, unido á la falta de víveres y auxilios, le hizo desistir del intento, volviendo á Méjico, sin otra satisfaccion á la verdad, insignificante para la historia de la navegacion y para la geografía, que la de poder presentar y hacer que se admirasen algunas perlas que en su estéril espedicion pudo encontrar y traer consigo.

Sin embargo, esta muestra de riqueza avivó la codicia y por consecuencia el deseo de conquista de la California, en que todos fundaban esperanzas de hacerse en breve tiempo opulentos, y el Gobierno español, como era natural, se propuso acometer la empresa, de que se prometia nuevas y muy ricas adquisiciones de territorio. Mientras se ocupaba, pues, en consultas para poner en ejecucion su pensamiento, varios vecinos de la costa de Culiacan y Chametla empezaron á concurrir al golfo californiano, ansiosos de placeres y codiciosos de perlas, ya pescándolas por sí mismos, y ya adquiriéndolas de los indios por compra ó cambio. Tres espediciones fueron desde luego las primeras y mas determinadas con tal objeto, capitaneadas por Juan Lopez de Vicuña, Francisco Ortega y el piloto Francisco Carbonell, todas infructuosas, pues aunque este último subió á la mayor altura que pudo, únicamente encontró indios miserables, desnudos, que como habitantes en tierras estériles, no tenian mas sustento que el de mariscos y frutas silvestres.

No fueron mas venturosas otras espediciones de igual naturaleza, que á pesar de tantos desengaños emprendió el almirante D. Pedro Ponte y Casanate. Dotado este de gran capacidad, de genio activo y de conocimientos nada comunes en su tiempo, con respecto al arte de navegar, presentó á Felipe IV proyectos que prometian grande utilidad para el Estado, y por tanto en 1635 obtuvo licencia para ir á reconocer y demarcar las costas del mar del Sur. Tenia esto por objeto completar una hidrografía general que se habia de presentar al Consejo de Indias; sobre lo cual asociado del capitan D. Antonio Botello y Serrano, en abril del año siguiente propuso al virey de Méjico demarcar y descubrir á espensas de ambos lo occidental y septentrional de Nueva-España, presentando un informe ó declaracion acerca de la conveniencia que resultaria de conocer si por la California se comunicaba el mar del Sur con el del Norte. A esto acompañaba una esposicion de las varias tentativas hechas hasta entonces por todas las naciones para tal hallazgo, de los navegantes que las hicieron, y de los daños que se originarian de que los estranjeros se fortificasen en aquellas costas, estendiendo, en fin, su erudicion á indicar los autores que habian tratado de aquel pais y del paso de la comunicacion de ambos mares. Este documento es el mas interesante é instructivo de cuantos se han visto hásta la época de su fecha, no solo sobre el estado de los descubrimientos y de la California, sino tambien en cuanto á las varias opiniones que habia sobre la situacion de las costas septentrionales, olvidadas al parecer ó confundidas las relaciones verídicas de los via-

jeros anteriores. Entre otras cosas de este informe es digno de notarse lo siguiente. «De los decretos y pareceres que ha tenido (nuestra proposicion), y fundando nuestro informe en los mas prácticos y en las mayores noticias, hallamos ser varias las opiniones, diversas las demarcaciones de los autores de esta demarcacion y descubrimiento: unos hacen isla la California, otros tierra firme: unos ponen estrecho de Anian, otros no: hay quien señala paso á España por la Florida, situando estrecho en la California por altura de 40°: hay quien hace demarcacion del Xacal, señala su estrecho y el nuevo mar septentrional, asegurando la navegacion de España: otros dudan esto, diciendo que por estos estrechos se sube á tanta altura, que su frialdad imposibilita el pasaje: unos dicen corre esta ensenada al N-O., otros al N., otros al N-E., y no falta quien diga que esta ensenada dá fin en tres rios que de unas sierras altas tienen su caida: muchos ponen el cabo Mendocino en 40° de altura, otros en 42°, y tambien hay autor científico y moderno que pone un cabo Mendocino en 40° y otro en 50° en la costa occidental de la California: otros, aun no sabiendo tomar la altura del polo, quieren alcanzar travesías de tierras no andadas y prolongadas del Este Oeste, siendo lo mas dificil que en nuestros tiempos hallamos, y secreto á que S. M. ofrece muchas honras é intereses; al fin, señor, habiendo conferido las mas relaciones, ni hallamos rumbo igual, distancia cierta, altura verdadera, sonda que desengañe, ni perspectiva que aclare."

Las causales de este olvido las espresa el mismo Porter en otra representacion al virey, diciendo: «Los descubrimientos que se han hecho por órden de los Reyes Católicos siempre han sido con eleccion de personas de partes y doctas en la cosmografía; de no haberlo ejecutado así en los viajes de la California se le han seguido á S. M. los daños que antes de agora tengo representados á V. E.» Sin duda que D. Pedro Porter aludiria en estas palabras á los viajes recientes que se habian hecho despues del de Vizcaino, mas con la idea de rescatar ó pescar perlas, que de poblar y reconocer la costa; pues no es creible que un hombre sensato como Porter creyese que no habian sido bien desempeñados los viajes de Cabrillo y Vizcaino, cuando el derrotero del primero es admirable por su exactitud y puntualidad, y del segundo conservamos no solo otro escelente derrotero, sino las cartas y planos de las costas que reconoció, y que ciertamente no difieren en cosa esencial de las modernas mas acreditadas. Tal vez el deseo de que se le encargase este reconocimiento hizo á Porter desacreditar con lijereza á los viajeros anteriores; y si tal fué su idea, consiguió efectivamente el año 1640 que se le confiase la espedicion de descubrir el golfo de California con privilegio esclusivo de navegar en él, y con ámplias facultades en todo lo demás. Detenido en España por otras atenciones no pudo ir á Méjico hasta fines de 1643. Desde luego dispuso y proveyó tres bajeles para la primavera siguiente; pero la noticia de que seis navíos holandeses habian batido á otros nuestros en la costa de Chile, y el recelo de que subiesen á la California en busca de las naos de Filipinas,

que siempre venian á reconocer el cabo de *San Lucas*, hizo que el almirante anticipase el despacho de la fragata *Rosario*, que dió la vela al mando del capitan Alonso Gonzalez Barriga, el 3 de enero de 1644, del puerto de *Sintiquipac* que está en latitud de 22° 36′. Arribó al puerto de *Matanchel* por los malos tiempos, y volvió á salir el dia 9 viéndose precisado por la misma razon á anclar algunas noches, y adelantar en la derrota con el terral de las mañanas. Reconocieron y sondaron el puerto de *Mazatlan*, montaron sus islas, y estando sobre el rio de *Navito* atravesaron desde el golfo de la California al cabo de *San Lucas*. En esta travesía vieron muchas ballenas, y las corrientes, que los arrastraban al interior, les hicieron tardar diez y ocho dias hasta la bahía de *San Bernabé*, donde fondearon el 27, y cuya situacion fijaron en 22° 23′. Provistos allí de agua y leña, y colocadas las vigías convenientes para avistar las naos de Filipinas, salieron el 31 á esperarlas, y á reconocer la costa esterior hácia la isla de *Cedros* y la de *Cenizas*; pero los tiempos contrarios les obligaron á volver el 4 de febrero al cabo de *San Lucas*. Trataron amigablemente con los indios, á quienes defendieron é hicieron respetar de otros enemigos de lo interior del pais; y así entre otras muestras de agradecimiento fueron muy dignas de notarse las que dieron al ausentarse sus protectores, cuando la fragata volvió á salir el 21 de febrero acompañada de muchas balsas de indios, hasta perder la tierra de vista. Pero no pareciendo la nao, porque pasó cerca del cabo antes que la fragata *Rosario* le reconociese, y sabiendo que los navíos enemigos se quedaron en la costa de Chile, volvió aquella á Nueva-España, entrando el 23 de febrero en el rio de *Santiago*.

Entre tanto el almirante habia elegido sitio para astillero en las riberas del mismo rio; acopió mucha madera; fabricó casas para la gente y para almacenes de pertrechos; condujo desde Veracruz anclas, jarcia, lonas y otras cosas que faltaban; y estando ya provisto de todo y á punto para partir de Méjico, recibió aviso de que el 24 de abril habian unos hombres incendiado maliciosamente el astillero, quemándose el bajel grande que estaba concluido, el menor que se estaba construyendo, y todos los almacenes y provisiones. El autor principal de este atentado fué un portugués, resentido del privilegio esclusivo concedido al Almirante para navegar en el golfo califórnico, que le privaba de la granjería que en perlas habia hecho hasta entonces. Ni por esta desgracia, ni por el malogro de mas de veinte mil pesos de gastos, desmayó el Almirante: antes bien dispuso nuevos acopios, y pidió al virey la capitanía de Cinaloa por ser contígua á su descubrimiento. Obtúvola del virey, á quien mandó la córte asistiese al Almirante en lo que se le ofreciese para esta empresa, en la cual nada se adelantó sin embargo; y prueba de ello es el silencio que guardó el mismo D. Pedro Porter en las relaciones posteriores que se conservan de sus servicios.

Deseoso Felipe IV de sujetar á su dominacion y poblar la California, comi-

sionó para esto al Almirante D. Bernardo Bernal de Piñadero; quien con dos pequeños navíos acometió esta empresa en el año 1664, pero la codicia de las perlas, en cuya busca y adquisicion ocupaban los espedicionarios el tiempo y la atencion, como lo hicieron los anteriores, á que se agregaba la falta de energía del Almirante, ocasionó tales querellas y contiendas que le hicieron regresar á Nueva-España, sin mas fruto que el de haber recogido una porcion de las perlas codiciadas. A pesar de esto se renovó la tentativa en 1667, sin mas provecho, y el mismo éxito tuvo otra espedicion semejante á cargo del capitan Francisco Lucenilla, emprendida en el año siguiente á sus espensas con dos navíos, llevando en su compañía dos religiosos franciscanos; los cuales despues de haber llegado al cabo de *San Lucas*, hecho asiento en el puerto de la *Paz*, y luego en otro cerca del rio *Hiagui*, se internaron en el pais, donde por algun tiempo doctrinaron á sus míseros habitadores.

Bajo el débil reinado de Cárlos II se intentó tambien la conquista y poblacion de la California, aunque con menos energía y recursos que anteriormente. Al intento salió del puerto de *Chacola* en marzo de 1683 con dos navíos bien provistos el almirante D. Isidro de Atondo, acompañado de algunos jesuitas que llevaban á su cargo la instruccion y conversion de los indios. Establecieron su real en el puerto de la *Paz*, que tuvieron que abandonar por la aspereza del terreno y la fiereza de los salvajes; procuraron internarse en el pais; tuvieron que vender sus ropas y alhajas para proveerse de víveres, y establecieron de nuevo su real en una ensenada de las Californias, que llamaron de *San Bruno*. Desde allí hicieron varias entradas en la tierra con deseo de encontrar la mar por la contra costa. Los religiosos, aprendidas las dos lenguas usuales del pais, se granjearon la confianza de los naturales, concibiendo esperanzas de su coaligacion y de su enseñanza en los principios de nuestra religion; pero faltando los bastimentos y recursos para mantener el real, hizo el Almirante embarcar toda su gente, y navegó al puerto de Matanchel. Estando allí le mandó el Virey que saliese á esperar la nao de Filipinas, y unido á ella, evitando el encuentro de los corsarios holandeses que cruzaban en la costa de Navidad, entró en Acapulco, dando fin á su espedicion, que duró tres años, y costó doscientos veinte y cinco mil cuatrocientos pesos fuertes.

El mal éxito de todas las espediciones anteriores, y los cuantiosos dispendios que causaron, hicieron mudar de plan y encomendar la conquista espiritual y temporal de aquel pais á los misioneros de la Compañía de Jesus: y el concepto favorable que formaron los que acompañaron á Atondo de la buena índole y docilidad de los californios, al paso que daban esperanzas de su conversion, inflamaron el celo de los fervorosos jesuitas Eusebio Francisco Kino y Juan María Salvatierra, quienes bajo ciertas condiciones, que sin dispendio de la real Hacienda aseguraban los establecimientos que hiciesen, auxiliados por el gobierno, y á espensas de la caridad de algunas personas pudientes, se embar-

caron en octubre de 1697 en una galeota y una lancha, y venciendo muchos trabajos y peligros llegaron á la ensenada de *San Dionisio*, donde formaron el primer presidio de la California. A pesar de los muchos obstáculos, y los peligros en que estuvo de perecer el P. Salvatierra, tuvo el consuelo de ver socorrido su establecimiento con víveres y bastimentos, y por este medio acrecentarse la poblacion y el fruto de sus conatos, pues que en agosto de 1701 se hallaba establecida la obediencia de los indios en mas de cincuenta leguas y fundadas cuatro poblaciones con mas de seiscientos cristianos, los mas de ellos párvulos, y hasta dos mil adultos catecúmenos bien instruidos en la fé. Los misioneros por otra parte, inteligentes ya en el idioma y las costumbres del pais, hacian esploraciones alejándose del real, descubrieron la mar del Sur, adelantaban en la conversion de los indios, y creian conveniente el establecimiento de otra mision; pero perdidas las embarcaciones que les conducian socorros, faltos de todo lo necesario, y desatendidas sus representaciones y súplicas, parecia que con la muerte de Carlos II debia espirar tambien la conquista de la California.

Asi hubiera sucedido si Felipe V no convirtiera su atencion desde los principios de su reinado á procurar sostener aquellos establecimientos, dirigidos solamente á la civilizacion de unos infelices salvajes, deseando hacerlos individuos útiles de la colonia que se podia fundar, sin alejarlos de su suelo nativo. La primera providencia fué señalar seis mil pesos anuales de situado á la mision californica, de las cajas de Méjico, para que por ningun caso se desamparase empresa tan importante, y dos años despues, en el de 1703, se alargó la asignacion hasta trece mil pesos anuales para mantener la escolta de soldados y la tripulacion de un barco. En el año de 1701 hizo el P. Kino las famosas jornadas en que se certificó de que la California estaba unida al continente de la América; reconoció los rios *Gila* y *Colorado*, y tomó noticias de las naciones que poblaban aquellas tierras; su fervor religioso y su aplicacion á la geografía le hicieron superar grandes dificultades en estas espediciones, y solo la falta de víveres pudo impedirle que buscase por tierra el cabo *Mendocino* y el puerto de *Monterey*.

Las escaseces originadas de la pérdida de la flota en el puerto de Vigo, y los gastos y preparativos de la famosa guerra de sucesion, dieron motivo de disculpa á los ministros de Méjico para eludir las repetidas órdenes del rey, relativas al fomento y continuacion de las misiones de la California, y para establecer un presidio como se deseaba en la costa del mar del Sur, que sirviese de escala á las naos de Filipinas. Repitiéronse las órdenes, y se recibieron siempre con tibieza y flojedad. Esto hubiera bastado para destruir lo adelantado en la California, si los activos misioneros no hubiesen sido superiores á tantos obstáculos por su virtud y por su celo. Con la tranquilidad de la paz que aseguró el trono de las Españas á la ilustre rama de Borbon, renació el cuidado por las misiones y establecimientos califórnicos, y en virtud de una cédula es-

pedida en 1716 recibieron grandes auxilios para su aumento y prosperidad. Entonces el P. Clemente Guillen, con noticia de las buenas proporciones de la bahía de la *Magdalena*, reconocida por Vizcaino, se animó á examinarla por tierra en 1719, llevando consigo alguna escolta de soldados y de californianos. Caminó veinticinco dias por tierra áspera y estéril con los trabajos que se pueden imaginar. Llegaron á la bahía, trataron amigablemente con los indios de ella, y viendo la falta que tenian de agua dulce se esforzó el P. Guillen en empeñar su gente en el reconocimiento de lo restante de la costa, pero no pudo conseguirlo, y tuvo que regresar á su mision de Loreto. Atendamos ahora á otras espediciones.

Desde el viaje de Bartolomé Nodal no se habia emprendido por cuenta de los españoles otro al estrecho de Magallanes hasta el año 1675. Entonces, á consecuencia de avisos recibidos de Europa y de varios puntos de la costa de Chile, por los cuales se daba noticia al virey del Perú D. Baltasar de la Cueva, de que los piratas *bocaneros* ó *flibustieros*, no contentos con recorrer aquellas aguas, trataban de crear nuevas colonias ó establecimientos, mandó aquel mismo gobernador que se aprestára un gran navío llamado *Nuestra Señora del Rosario*, y dos barcos longos, que fuesen á cruzar, perseguir á los bandidos marítimos, y descubrir al mismo tiempo. La comandancia de esta espedicion se confirió á D. Antonio de Vea, y el cargo de piloto mayor á Guillermo Chavarría, con siete pilotos mas. Hízose la espedicion á la vela en el puerto de Lima, el dia 21 de setiembre de dicho año; dió vista á la isla de Juan Fernandez, y al cabo de muchos dias de navegacion, al entrar en el puerto de Chacao, á treinta leguas de Valdivia, en 13 de octubre, dió en una peña, y aunque tuvo la fortuna de poder zafar, á causa de la mucha agua que el navío hacia se vió forzado á varar en la costa. De allí, dejando instrucciones al capitan del mismo buque, para que en él ú otro hiciese su viaje al Estrecho, y dado caso de no poderlo ejecutar fuese á unírsele, en uno de los buques longos partió Vea para Chiloe. Con nueve piraguas y dos barcos chatos que contenian setenta españoles y sesenta indios, salió de aquel puerto en 28 de octubre, costeó por el archipiélago de Chonos, reconociendo los puertos en que se recelaba de enemigos, hasta llegar en 22 de diciembre á la laguna de la Candelaria, donde dejó parte de la gente que llevaba, con instruccion de lo que debian ejecutar en su ausencia, y él continuó en el propósito de descubrir hácia el estrecho hasta los 49° 15′, en cuya altura determinó regresar; ya porque no sabia conducirle un indio práctico que llevaba, y ya porque se aseguró de que por la mala calidad de la tierra no podrian hallarse allí los piratas, ni menos establecerse en ningun punto en aquella parte, á pesar de que el guia indio habia supuesto que en ella habian poblado aquellos enemigos. Así es que el resultado de esta navegacion de Vea se redujo á fijar en la isla de San Esteban, el dia 9 de enero de 1696, una lámina, que al intento llevaba, espresando en ella la posesion y dominio del rey de España, de todo aquel terreno. El 16 lle-

gó á la laguna de la Candelaria; de allí fué á incorporarse con los que en el puerto del Chao le esperaban, y supo que en lugar del navío Rosario, su capitan habia ido con otro, nombrado la Trinidad, la vuelta del Estrecho. Estando en el mismo puerto volvió el navío, que habia corrido hasta los 52°, y perdido en los Evangelistas un barco con diez y seis hombres de los principales del buque; por lo cual y por lo maltratado que venia habia regresado. Reparada esta nave, en ella hizo vela D. Antonio Vea en 23 de marzo, el 30 entró en Valparaiso, y de allí salió para el Callao, donde fondeó en 19 de abril, á los seis meses y veinte y siete dias de su salida del mismo puerto.





CAPITULO IX.

Causas de la asociacion de los piratas que hostilizaban á los españoles en los mares americanos, bajo la denominacion de *bocaneros* ó *flibustieros*. Historia de estos desde su orígen hasta su estincion.—Fundan dos colonias en la isla de San Cristóbal. Apodéranse de la isla *de la Tortuga*. Sorpréndelos allí una de nuestras espediciones marítimas, hace prisioneros algunos de ellos y son ahorcados por piratas. Hazañas y atrocidades de estos bandidos marítimos, capitaneados por el francés Enrique Morgan.—Conspiran contra este algunos de los suyos, y los reprime.—Van á la isla de Gorgona parte de ellos, continúan sus correrías, doblan el Cabo de Hornos, y arriban á las Indias Orientales.—Vicisitudes en sus empresas, y reveses que esperimentan hasta su dispersion.—Otros recorren las costas del mar del Sur; perseguidos por los buques españoles, hacen vela para las islas occidentales, y por último, favorecidos del gobierno inglés, los unos se retiran á Inglaterra á gozar el fruto de sus rapiñas, y los otros se dispersan, quedando algunos de ellos al servicio de varios reyezuelos de aquellas islas.

Mientras que los establecimientos españoles en el Océano Pacífico estaban amenazados por los armamentos considerables que contra ellos enviaban las naciones rivales, se veian al mismo tiempo atacados por otra clase de enemigos aun mas formidables, cuya existencia era debida á la política mas que severa inconsiderada y arbitraria de nuestro gobierno y de los gobernantes que enviaba á mandar en aquellos paises. La asociacion y las empresas de los llamados *bocaneros* ó *flibustieros*, que tantas páginas han ocupado en la Historia, si no aprovecharon en un principio á la geografía, á lo menos dieron el resultado de familiarizar los marinos europeos con la navegacion del Océano Pacífico, y hacer aparecer fáciles ciertas empresas que hasta entonces se habian mirado como casi imposibles.

La administracion despótica de las colonias en las Indias Occidentales, como lo eran la de todos los europeos, donde quiera que se establecian en las regio-

nes remotas del antiguo continente, dió orígen á innumerables desgracias, tan fáciles de prever en un principio como difíciles luego de evitar. Semejante conducta irritó desde luego á los naturales de Cuba, y vino á parar en la despoblacion de la Reina de las Antillas. Por consecuencia se multiplicó la caza de las reses en aquella isla magnífica, apoderándose de los distritos occidentales que estaban como desiertos, llegando á ser como un paraje de abasto de carnes para todas las naves estranjeras que hacian el corso contra el comercio español, y la preparacion ó salazon de carnes se convirtió por último en una industria regular. Los cazadores españoles, llamados allí vulgarmente *matadores*, preparaban para su conservacion, cuantas reses se cogian, segun el método caribe, en zarzos á la altura de algunos piés sobre los hogares ó fogones, y este modo de secar ó preparar las carnes se llamaba *boocan* por los indios. Aplicaban igualmente este nombre al aparato de que hacian uso, y aun al mismo alimento de este modo preparado. Así los hombres que se dedicaban á procurar provisiones para los corsarios, adoptando el lenguaje con los hábitos de los naturales, se apodaron ellos mismos *bocaneros*. La mayor parte de los aventureros esparcidos por aquellos mares eran ingleses, y como su tráfico de contrabando habia degenerado muy pronto en piratería, tomaron la honrosa calificacion de *flibustieros*: bocaneros y flibustieros se habian erigido para entenderse, y así es que los unos contaban con los otros y rara vez se contrariaban, ocupándose generalmente los unos en el mar y los otros en tierra: aunque es probable que en muchas ocasiones el pirata se proveía por sí mismo, y provisionalmente reunia en sí propio ambos oficios. Sin embargo, en general los cazadores se distinguian de los marinos, y con el trascurso del tiempo la mayoría de los bocaneros llegó á componerse de franceses, mientras que los corsarios provenian principalmente de Inglaterra. A pesar de esto, los aventureros de estas dos naciones tuvieron la idea rara de tomar el epíteto ó nombre de su profesion del lenguaje del pais de que no eran naturales: los ingleses se apellidaron bocaneros, en tanto que los franceses prefirieron llamarse *freebooters* ó, por corrupcion *flibustiers*, que nosotros entendemos por flibustieros. Todos estos aventureros, de cualquiera nacion que fuesen, hostilizaban esclusivamente á los españoles: por otra parte una comunidad realmente de intereses los habia reunido, y formaban una sociedad designada con el epíteto de *Hermanos de la costa*. Los bocaneros tenian costumbres aparte, que poco á poco, por tradicion ó por necesidad, habian adquirido fuerza de ley. Su código moral era lo que debia ser naturalmente entre los hombres, que segregados del resto de la humanidad no podian contar sino con la fidelidad de los unos sobre los otros. Cada bocanero tenia un segundo, que, en su caso y lugar, heredaba todo su caudal, y con quien no era raro verse hacer durante su vida bolsa comun. El desaseo y hasta la suciedad era constante moda entre ellos, como conveniente en particular al oficio de gente perdida. Por lo demas, cuando una guerra entre su pais y la España les permitia obtener co-

misiones regulares, se apresuraban á tomar el nombre y enarbolar el pabellon de corsarios.

El acrecentamiento del número de los bocaneros en las posesiones españolas del Oeste, fué mirado de buen grado y con satisfaccion por las demas naciones europeas, que con tanta emulacion ó envidia miraban las glorias, la prosperidad y preponderancia de la España. En efecto, su moral política, muy poco escrupulosa, calculaba las ventajas que les resultaba de aquellas ilegalidades sangrientas, cuya vergonzosa responsabilidad no estaban obligados á sobrellevar. Por último, el comercio creado por los aventureros de que hemos hablado adquirió tal grado de importancia, que llamó la atencion de la Francia y la Inglaterra, que al fin se entendieron para fundar en un mismo dia dos colonias confederadas de cada nacion, en la isla de San Cristóbal. No tardó en estallar la discordia entre los colonos ingleses y franceses; y como los primeros no recibian ningun socorro de su pais, afligido entonces por las guerras civiles, la influencia francesa llegó á predominar en aquellas colonias, y los ingleses se vieron forzados á salir de nuevo al mar. Diferentes establecimientos se crearon sucesivamente por los aventureros en las islas de la India occidental, formando generalmente los de cada nacion una sociedad aparte, y á proporcion que estos mismos establecimientos iban haciéndose de importancia, eran reclamados por el gobierno de que dependia la mayoría de los nuevos colonos.

Mirado San Cristóbal como colonia, debia su orígen á los adelantos de los bocaneros, siendo considerados por los nuevos habitantes de la isla como amigos y aliados poderosos, aunados unos y otros por un encono implacable contra los españoles. Los bocaneros encontraban una especie de satisfaccion en la simpatía ó mas bien la connivencia secreta de los gobiernos europeos, enemigos de la España; y además las colonias les ofrecian la perspectiva de los mercados establecidos por el interés de su comercio. En adelante, mas confiados en sus fuerzas, se apoderaron de la islilla *de la Tortuga*, situada á pocas leguas de la punta oriental de Cuba, en una posicion que convenia igualmente á sus correrías por mar, y al abastecimiento de sus naves. Este fué el primer paso hácia su constitucion independiente; hasta que por último las disposiciones de la España contra ellos, los determinó á una conducta mas decisiva todavía. Una de nuestras espediciones marítimas contra ellos hizo un desembarco en la isla de la Tortuga, en ocasion que la mayor parte de los bocaneros estaban dados á la caza sobre el continente, ó al corso con sus buques; y los que cayeron prisioneros fueron ahorcados como piratas. Esta medida rigorosa puso á los bocaneros en la necesidad de regularizar aun mas su organizacion, y por primera vez eligieron entonces un comandante. La animosidad nacional y el cebo de la ganancia ejercen sobre los hombres mas influencia ciertamente que el terror, y así es que las filas de los bocaneros, despues de su desastre en la isla de la Tortuga, se recobraron y fortalecieron muy luego, y al cabo de algunos años un gran número de

ellos, navegando en canoas, penetraron en un rio de las costas de Mosquitos, y despues de haber luchado cerca de un mes contra el poder de la corriente y las cascadas que les obstruian el paso, atravesaron el pais hasta Nueva Segovia, la saquearon, y se retiraron desandando sanos y salvos el camino que llevaron. Como no reconocian mas derechos en la autoridad que el espíritu de valor y conducta, sus caudillos se distinguian todos por su valentia personal y el recuerdo de sus hazañas ó actos de audacia, de modo que no teniendo cabida la humanidad en sus corazones, mancillaron la gloria de sus triunfos con inútiles cuanto inauditas atrocidades.

Entre los mas distinguidos y dichosos de aquellos terribles capitanes de gente desalmada, se cuenta un galo, llamado Enrique Morgan, bajo cuya direccion y gobierno llegaron al apogeo de su prosperidad los negocios de los bocaneros. Su primer proeza fué señalada por un rasgo de atrevimiento inaudito. A la cabeza de un cuerpo de setecientos hombres voluntariamente reunidos á sus órdenes, tomó y saqueó la ciudad de Puerto-Príncipe, en la isla de Cuba, en aquel centro de la autoridad española. La empresa que á esto siguió fué dirigida contra Puerto-Bello, uno de los principales y bien fortificados puertos que la España poseia en las Indias Occidentales. Apenas disponia Morgan en aquella ocasion de cuatrocientos sesenta hombres; pero su espedicion fué tan rápida, que sorprendió la ciudad y la encontró indefensa. Dando el asalto á un fuerte que aparentaba resistir, obligó á los prisioneros que llevaba, frailes y monjas la mayor parte, á poner por sí mismos las escalas contra las murallas, y cuando la guarnicion se hubo rendido, la encerró en el fuerte, y prendiendo inmediatamente fuego al repuesto de pólvora, de un solo golpe destruyó los hombres y la fortificacion que le habian hecho resistencia. Consecutivamente saqueó á Maracaibo y la ciudad contigua de Gibraltar, y luego, envalentonado con estos sucesos celebró consejo con sus oficiales, para determinar á cuál de estas tres plazas, Cartagena, Veracruz ó Panamá, se habia de atacar primero. Juzgóse que Panamá era la mas rica y esta fué la designada. Tenia entonces Morgan bajo su mando treinta y siete navíos armados y mas de dos mil hombres.

Para esta importante espedicion hubo que vencer dificultades y fatigas sin cuento; pero al noveno dia de su viaje se hallaron los bocaneros á la vista de la mar del Sur, y á la caida de la tarde pudieron columbrar los campanarios de Panamá. Los españoles, poco prevenidos por desgracia, aunque en gran número, y con algunos buques, fueron desbaratados y los bocaneros se apoderaron de la ciudad. Ejerciendo su acostumbrada crueldad no respetaron edad, sexo ni clase; muchos habitantes se escaparon por mar con sus caudales, yendo á buscar refugio en las islas de la bahía de Panamá; pero el feroz Morgan equipando unas grandes barcas en que entraron cuantos soldados cabian, en gran número y bien armados, las envió en persecucion de los desventurados fugitivos, y con esto logró capturar algunos buques, entre ellos un navío que estaba armado en

corso. Este suceso, en apariencia feliz, estuvo á punto de ser fatal á los bocaneros; una parte de ellos se aunaron cautelosamente para pensar y deliberar sobre el modo de desprenderse de Morgan, y resolvieron ir á tentar fortuna en el mar del Sur, de donde les seria fácil regresar á Europa por las Indias orientales, despues de haberse enriquecido con la rapiña. Tuvo el bárbaro Morgan la dicha de acertar á impedir esta desercion, y volvió felizmente á Panamá, llevando consigo seiscientos prisioneros, de cuya mayor parte se servia como de acémilas, y ciento setenta y cinco mulas cargadas de ricos despojos, fruto de sus piraterías. A consecuencia, como en premio de ellas, fué creado caballero, y se le confirió el gobierno de la Jamaica, alto empleo en que tuvo sobradas ocasiones de desplegar una severidad estraordinaria contra sus antiguos asociados, y ejercitar en fin su feroz genio y carácter.

La autoridad de Morgan habia acertado á diferir el proyecto de los bocaneros, mas no le habia destruido. Al cabo de algunos años, trescientos de ellos, la mayor parte ingleses, comenzaron su espedicion atravesando el Istmo de Darien, yendo provisto cada uno de cuatro grandes galletas, que llamaban *niños de masa* (dough-boye), y armado de un fusil, una pistola y un sable. Entre estos aventureros se encontraba William Dampier, que no habia llegado todavia al distinguido puesto á que sus talentos le ensalzaron mas adelante, y Lionel Wafer, tan conocido por su escelente descripcion del Darien. En Santa María se embarcaron en canoas, y en un navío pequeño que encontraron anclado cerca de la ciudad, y sin detenerse, comenzaron sus correrías por el mar del Sur. Dueños en poco tiempo de muchos buques mayores ricamente cargados, abandonaron sus frágiles canoas para embarcarse en ellos con sus nuevas presas, y despues de haber surcado el mar á lo largo de la costa contigua á Panamá hicieron vela al Sur hácia el Perú. Tocaron en la isla de Gorgona, consecutivamente en la de Juan Fernandez, y allí cazaron en abundancia, particularmente cabras monteses, cuya carne salaron, á escepcion de unas ciento que reservaron vivas. Aun permanecian en aquella isla cuando á larga distancia se avistaron tres buques, que se suponian ser de guerra españoles, é inmediatamente se recogieron los bocaneros á su navío y se hicieron á la mar; pero en aquella marcha precipitada un tal William, indio mosquito, que acompañaba á los bocaneros y se encontraba cazando cabras en los bosques, no oyó ningun ruido de alarma y quedó abandonado de sus compañeros. Hicieron rumbo al Sur prósperamente, y apresaron una nave llamada el *Santo Rosario*, procedente del Callao, cargada de vino, aceite, frutas, y una suma de dinero que fué repartida entre ellos, tocando á cada uno ochenta pesos fuertes: pero además de este cargamento contenia el Santo Rosario cerca de setecientos galápagos de plata que los aprensores creian ser estaño y que por tanto desecharon. Uno solo de aquellos trozos de metal se llevaron para aplastar un fardo, quedando los demas en el buque apresado que abandonaron á merced de las olas. Considérese cuál seria el pesar

de los bandidos marítimos cuando al llegar á Antigoa enseñaron el galápago de supuesto estaño á un platero, que al punto conoció ser de plata, exento de toda liga; hízose el disimulado, se quedó con él por un ínfimo premio, y le vendió en Inglaterra por setenta libras esterlinas, de modo que los aprensores perdieron un precioso botin á causa de su ignorancia.

Avanzando al Sur de la costa de Chile, fueron á dar impensadamente en el archipiélago que habia descubierto Sarmiento; doblaron el Cabo de Hornos, á muy larga distancia de la tierra, y cayeron en medio de los témpanos flotantes de hielo. A su arribo á las Indias occidentales, su comandante Sharpe y algunos de sus compañeros fueron juzgados como piratas, á peticion del embajador español, y absueltos al fin por carecerse de pruebas bastantes. Así terminó aquella espedicion estraordinaria, comenzada en malas barcas y acabada en buenos navíos.

La espedicion posterior de los bocaneros en la mar del Sur partió del Atlántico, con mejores condiciones y probabilidades de buen éxito. Unos setenta aventureros, en cuyo número se contaban Wiliam Dampier, Eduardo Davis, Lionel Wafer y Ambrosio Cowley, mandados por Juan Cook, hicieron vela del Chesapeake en agosto de 1683, en un navío de diez y ocho cañones que habian apresado poco antes, y enderezaron la proa hácia la costa de Guinea. En Sierra Leona, valiéndose de una estratagema ingeniosa, se apoderaron de un buque dinamarqués de treinta y seis cañones, provisto y municionado para un largo viaje, se embarcaron todos en él, apellidándole las *Delicias del Mozo* (Bachelor's Delight), y echando sus prisioneros en tierra, sin cuidarse de lo que seria de estos desgraciados, quemaron su antiguo navío, y en su correría hácia el Estrecho de Magallanes, columbraron una isla que Cowley denominó *Pepys*, y cerca de esta otra que desatendieron. Doblando el Cabo de Hornos el navío fué juguete de las encrespadas olas, cual si fuese una cáscara de huevo. En esta espedicion se encontró y juntó con *el Nicolás*, navío que procedente de Londres, bajo pretesto de ir á dedicarse al comercio se dió á la piratería. Muchos de los bocaneros á bordo de *las Delicias*, habian ido en la espedicion anterior, durante la cual, como hemos dicho, quedó abandonado el indio William en la isla de Juan Fernandez. Al volver á esta isla por segunda vez, se metieron aquellos bocaneros en una lancha, con objeto de desembarcar en la playa, procurando descubrir algunas huellas de su antiguo compañero. Dos de los que iban en la lancha eran un indio mosquito llamado Robin, y el inglés Dampier, quienes ya próximos á la orilla vieron con júbilo á William que los habia visto ir y enagenado de gozo los aguardaba. Hé aquí como el mismo Dampier refiere aquella interesante escena: «Robin, compatriota del indio abandonado, fué el primero que saltó de la lancha, y corriendo al encuentro de este se arrojó á sus piés boca abajo: William le levantó, le abrazó, y se echó luego á los piés de Robin, del mismo modo que este, quien tambien le levantó y le dió otro abrazo. Con suma com-

placencia asistíamos á esta entrevista en que se confundian la sorpresa, el afecto y la solemnidad, en que de ambas partes la sensacion era grande. Concluidas tales ceremonias, nosotros, que hasta entónces habíamos permanecido simples espectadores, nos acercamos para abrazar tambien al que felizmente acabábamos de encontrar, y el pobre indio estaba absorto de alegria, al pensar que al cabo de largo tiempo habian ido sus antiguos camaradas á buscarle espresamente.» William habia pasado mas de tres años enteramente solo en la isla de Juan Fernandez. El humilde vestido que tenia cuando allí quedó abandonado se inutilizó en tal manera que cubria ya sus carnes con una pelleja de cabra atada al cuello y ceñida por la cintura. A una media legua de la orilla se habia construido una chocilla revestida interiormente con pellejos de cabra. Cuando le dejaron en la isla tenia consigo su fusil, un cuchillo, un frasco de pólvora y algunas balas; pero así que estas municiones se le acabaron, ingeniosamente melló el cuchillo, de modo que en sierra le convirtió; con él serró el cañon del fusil en pedacitos, de que hizo harpones, lanzas, anzuelos, ganchos, y hasta un machete, caldeando para esto el hierro y forjándolo luego entre dos piezas, de las cuales la una servia de yunque y la otra de martillo.

De la isla de Juan Fernandez pasaron los bocaneros á la de Galápagos, y en ella construyeron almacenes, en que encerraron una considerable porcion de harinas que habian apresado á los españoles, y que debian proveer á su futura subsistencia. A poco tiempo murió su comandante, y en el mando le sucedió Eduardo Davis. No tardó en volver á incorporarse con ellos el navío inglés *Cisne*, en la costa del Perú, cuyo capitan Swan, perseguido por los buques españoles, no habia podido negociar sus mercancías, por lo cual, teniendo á bordo gran número de los bocaneros, que en aquella época plagaban los mares del Sur, se dejó persuadir facilmente para auxiliarlos en sus piráticas empresas. Hicieron vela hácia las Indias orientales, arribaron á las islas de *los Ladrones*, y en tal manera hostigaron á sus habitantes, que muchos de estos perecieron á sus manos, dando muerte hasta á los que pacíficamente se juntaban en la orilla, y aterrorizando á los salvajes en tanto grado que gran parte de ellos abandonaron su isla. De allí pasó el Nicolás á Inglaterra sin accidente alguno en este viaje.

Esto pasaba mientras los bocaneros mandados por Davis cruzaban el mar del Sur, y hacian importantes presas. Eran en número de mas de mil hombres distribuidos en nueve ó diez buques; pero fueron batidos cuando tuvieron la audacia de llegar á las manos con una escuadrilla española enviada contra ellos. Las ciudades situadas á lo largo de la costa no se dejaban ya sorprender, de suerte que no siendo proporcionado el provecho de sus piraterías con los graves riesgos que corrian, al cabo de tres años de correrías por aquel mar se determinaron á regresar á su patria. A consecuencia abandonaron su guarida de las islas de Galápagos, y su escuadra al mando de Davis hizo vela al Sur, arribó á las Islas Occidentales en 1688, y por último, favorecidos del gobierno inglés, se entregaron

al reposo para gozar el fruto de sus rapiñas. Davis regresó á Inglaterra, y constantemente fué tratado por sus antiguos compañeros ó camaradas con el respeto de que les era merecedor por la generosidad de su carácter y sus talentos como marino.

El capitan Swan, acompañado en el *Cisne* de un gran número de bocaneros veteranos, y entre otros de Dampier, se habia separado de Davis en 1685, navegando hácia el N-O. á lo largo de la costa de la Nueva-España, con la esperanza de interceptar y apresar algun navío procedente de Manila, y hacer en tierra algunas espediciones provechosas; pero estando en un puerto, ocupado afanosamente en hacer provisiones á la fuerza, cayeron sobre ellos de improviso unos buques españoles, y esperimentaron un revés el mayor que hasta entonces habian sufrido en el mar del Sur. Mas de cincuenta ingleses y algunos negros, que eran casi la mitad de sus fuerzas, quedaron muertos ó heridos. Con este motivo se alejaron al Oeste de la costa americana, y comenzaron su travesía por el Pacífico con muy escasas provisiones. «La marmita, dice Dampier, con dificultad hervia »una vez al dia, y no habia necesidad de tocar la campana al rancho, pues toda »la tripulacion acudia puntual al reparto que hacia el cuartel-maestre, quien se »hubiese guardado bien de equivocarse dando á uno menos racion que á otro. »Teníamos dos perros y dos gatos á bordo, á los cuales se daba la correspondiente »racion, y estos pobres animales aguardaban la distribucion con tanta impaciencia como las personas.» No tomaron tierra hasta que hubieron llegado á las islas de los Ladrones, donde echaron el áncora en la costa occidental de Guahan, á una milla poco mas ó menos de la orilla. A poco tiempo se presentó á la vista el navío Acapulco, Swan se vió apurado para ponerse en salvo, tanto mas, cuanto le costó gran trabajo disuadir á su gente del empeño ó la temeridad con que pretendian atacar á aquel buque que iba ricamente cargado. Los bocaneros fueron á parar á Mindanao, donde los recibieron bien aquellos indios, pero durante la permanencia en aquel punto murieron diez y seis hombres de la tripulacion, envenenados, segun se observó, y otros muchos adquirieron enfermedades espantosas, atribuidas á iguales causas.

Deseosos ya de un retiro seguro donde reparar su nave, hicieron vela hácia cinco islillas marcadas en la carta entre Luconia y Formosa, creyendo encontrarlas deshabitadas, mas apenas hubieron echado el áncora en una de ellas cuando se vió el Cisne rodeado de canoas, cuyos indios en vez de hostilizarle se mostraron amigos y suministraron algunos víveres. La fuerza del viento que se levantó de repente arrebató el navío hácia alta mar, tuvo que dejar aquellas islas, y continuó su viaje al Sur por Celebes y Timor, hasta que arribó á la costa N-O. de la Nueva-Holanda, por los 16° 50′ de latitud. Allí hizo aguada, y por último, dejando Dampier el Cisne en las islas Nicobar, se fué á Inglaterra. El capitan Swan y la mayor parte de la tripulacion continuaron pirateando en los mares indianos, hasta que, despues de diversas aventuras, arribaron á Mada-

gascar, en la bahía de San Agustin, donde el navío, ya muy quebrantado, se hundió estando anclado. Algunos de aquellos bandidos marítimos se embarcaron en navíos europeos, y otros, como gente perdida, verdaderamente sin patria, se quedaron al servicio de los reyezuelos de la isla.

La asociacion de los bocaneros ó flibustieros, en cuya historia nos hemos detenido algo, por lo mucho que hostilizaron á nuestra marina, y por esta fueron perseguidos, dió orígen á mayor número de navegaciones aventureras de las que se habian hecho en tan corto transcurso de tiempo en nombre de todos los estados de Europa. Los que mandaban en la mar del Sur eran casi todos ingleses: muchos de ellos evidentemente hábiles marinos, sin que á esto se limitase su mérito. En las relaciones de Dampier y de Cowley, los peligros y trabajos inseparables de una vida errante, aparecieron interpolados con muchos placeres y vehementes alegrías. Un viaje alrededor del mundo no fué ya considerado en adelante como una especie de prodigio. Los marinos se hicieron en general mas audaces, y dejaron de asociar á las ideas y las empresas el temor del peligro. A contar desde Francisco Drake, la marina inglesa acrecentó rápidamente su poder y su fama, enviando de todas partes los marinos mas intrépidos y mas hábiles.

En la parte de las Indias orientales ofrecia tambien á la Historia sucesos dignos de ella el Océano, con respecto á nuestra marina, durante el siglo XVII. En aquellas aguas se presentó una escuadra de ocho galeones de guerra holandeses en 1617, y D. Juan Ronquillo que mandaba la armada de nuestras galeras en Filipinas, atacó á los enemigos con tal arrojo y tan buena suerte que todos los contrarios fueron muertos ó prisioneros, escepto el general holandés, que tuvo la fortuna de escapar en una chalupa. La capitana holandesa fué echada á pique, y en poder de los nuestros quedaron los demas galeones. Pero esta victoria y algunas otras ventajas conseguidas sucesivamente contra diferentes piratas en aquellos mares, no alcanzaban á compensar las pérdidas de gran importancia que con frecuencia esperimentaba en el Océano nuestra marina militante. La numerosa escuadra holandesa que en 1632 cruzaba en el mar de Indias, se apoderó de una flota portuguesa que volvia de la China. Al año siguiente, no quedando ya á los portugueses en la isla de Ceilan mas plaza que la de Colombo, se vió esta atacada por cuatro reyezuelos de aquella isla, aliados de los holandeses. Defendióse la guarnicion, con firmeza y valor heróico, hasta que al fin recibieron socorros de Goa y de Cochin, y huyeron los sitiadores. A consecuencia, D. Jorge Almeida, encargado por el virey de Goa de reconquistar toda la isla, despues de haber luchado con una tempestad en que pereció toda su escuadra, escepto una barca que sirvió para que se salvasen él y veinte y nueve hombres, despues de haber sufrido una peligrosa enfermedad en Cochin á donde arribó, recibidas nuevas tropas de Goa, desembarcó felizmente en Colombo, entregó á las llamas la ciudad de Malvana, capital del rey de Candi, enemigo irreconciliable de los por-

tugueses, tomó á Cardesola, plaza la mas fuerte de la isla, y la redujo toda al dominio de la España.

No por esto dejaban de aumentar los holandeses su poder marítimo, á costa de nuestras colonias, en tanto que el nuestro iba menguando por desgracia desde el año 1588. El conde Mauricio de Nassau, pariente del príncipe de Orange, habia pasado en 1639 con una poderosa armada al Brasil, donde la Holanda era ya dueña de tres provincias. Derrotó á los comandantes portugueses, se apoderó de Porto-Calvo, Provocoon y Openeda, y envió una division de su escuadra á la costa de Guinea, donde se apoderó del fuerte de la Mina. Consecutivamente emprendió el sitio de San Salvador, pero menos afortunado allí que en otros puntos, tuvo que levantarlo, con mucha pérdida.

En el mismo año envió España á Fernando Mascareñas, conde de la Torre, con una fuerte escuadra á reconquistar el Brasil. Reforzada la de Mauricio con la del almirante Loof, que acababa de llegar del Texel, tuvo tres reñidos combates con la portuguesa; en los dos primeros casi con igual pérdida se separaron las escuadras rivales; pero en el último quedó la portuguesa completamente derrotada, y los holandeses señoreándose en aquel mar no solo conservaron sus conquistas en el Brasil sino que lograron aumentarlas.

Estos y otros sucesos infaustos para la España en aquellos tiempos, parecian precursores de las grandes pérdidas, de la mengua, en fin, que habia de esperimentar la monarquía en el año 1640, debido todo á la inesperiencia, las escasas luces de Felipe IV y la debilidad y torpeza de sus ministros. Para complemento de nuestra decadencia sobrevinieron en aquel año la pérdida del Artois y del Piamonte, la insurreccion de Cataluña y la emancipacion del Portugal; pérdidas irreparables, de tanta trascendencia para la nacion española, que no bastaron á repararlas jamás los grandes esfuerzos que al intento hiciera en adelante España, prodigando sus tesoros y ostentando el heróico valor de sus hijos, con admiracion y asombro de las demas naciones de Europa.



CAPITULO X.

Derrota de una escuadra holandesa por D. Diego Brochero, en el cabo de San Vicente.—Victorias esclarecidas de D. Antonio Oquendo contra dos navíos corsarios holandeses en las aguas de Pernambuco, y de D. Luis Fajardo en las Salinas de Anaya sobre una grande escuadra holandesa.—Otra escuadra de Holanda ataca en la bahía de Gibraltar á la española allí fondeada, al mando de D. Juan Alvarez de Avila, y queda esta destruida, al cabo de un obstinado combate, en que los españoles dieron pruebas de heroismo.—D. Luis Fajardo destruye en las aguas de la Goleta una armada otomana, y D. Pedro de Leiva se apodera de Larrache, en Marruecos.—Varios sucesos marítimos felices para la España, en las aguas y costas de Italia y Berbería, debidos al marqués de Santa Cruz, al duque de Osuna, D. Octavio de Aragon y D. Francisco de Rivera.—Famoso combate del navío *San Julian*, con cuatro buques de piratas ingleses.—Victoria de D. Juan de Vibero con dos galeras, contra otras dos turcas en la costa de Chipre.—Empieza el reinado de Felipe IV, en 1621.—Combate, glorioso para los españoles, entre una numerosa escuadra holandesa y otra española, mandada por D. Fadrique de Toledo, que derrota á la enemiga.—Varios triunfos de nuestra marina real, contra los piratas turcos y berberiscos.—Se apoderan los ingleses del fuerte del Puntal de Cádiz, y son rechazados por el duque de Medinasidonia.—Presas de flotas nuestras por los holandeses.—El duque de Fernandina y el marqués de Santa Cruz se apoderan de las islas de Lerins, de Santa Margarita y de San Honorato.—Combate de las Dunas, entre una armada holandesa y la española mandada por Oquendo, cuyo resultado fué desgraciado y funesto para nuestra marina.

Los acontecimientos en los mares europeos, desde el principio hasta fines del siglo XVII, deben llamar ahora nuestra atencion, despues de haber referido los sucesos que en aquella época ocurrieron en los mares de las Indias. La constante pugna de los Paises-Bajos para emanciparse de la dominacion española, tuvo por consecuencia una larga, porfiada y sangrienta guerra con la Holanda, cuya marina, aumentando contínuamente su poder, llamó sobre sí la mayor parte de la marina real de España, dedicándose esta no solo á defender nuestras costas,

contínuamente amenazadas por aquellas escuadras enemigas, sino tambien para proteger el gran comercio y las comunicaciones con nuestras colonias, al mismo tiempo que era forzoso perseguir simultáneamente á los piratas berberiscos. Habian sido estos alejados de nuestros puertos en el año 1603, por D. Diego Brochero, gran prior de San Juan, quien tuvo además la gloria de derrotar en el Cabo de San Vicente una escuadra holandesa, destinada á interceptar los galeones de Indias. Siete navíos enemigos apresó, quedando los demás muy maltratados, y la flota que llegó poco despues entró sin dificultad en el puerto de Cádiz; pero ni esta ni otras ventajas, que, aunque menos importantes, se alcanzaron contra los holandeses, bastaban para despejar los mares de las respetables armadas de aquellos implacables enemigos de la España, á quienes prestaba mayor audacia su protectora la Inglaterra.

Al año siguiente, el 1604, se vieron amenazadas las costas de Portugal y Andalucía por un corsario inglés, que con dos navíos habia conseguido difundir el terror y el espanto en los buques que surcaban aquellas aguas. En su persecucion fué destinado D. Antonio Oquendo, jóven entonces de 27 años, que en tan lozana edad predecia ya los altos hechos que le habian de hacer ilustre, y de los cuales ya hemos hecho alguna relacion en otro capítulo. Dos navíos fueron los que para su empresa se le confiaron, de modo que las fuerzas que llevaba no tan solo no eran superiores á las del enemigo cuyo encuentro ansiaba, sino que ciertamente los buques no eran ni de mas porte ni mejor acondicionados. De las aguas del Tajo salió nuestro marino en 15 de julio, y navegó toda la costa y los cabos de San Vicente y Santa María hasta Cádiz, inútilmente hasta el 7 de agosto. En este dia al amanecer descubrió al enemigo, y no fué mas pronto avistarse los navíos rivales, que dar sus comandantes las disposiciones para el combate, ardiendo en impaciencia por venir á las manos y disputarse la victoria. Roto por una y otra parte el fuego de artillería y mosquetería, la acometida del inglés fué tan súbita y atrevida que abordó el navío de Oquendo, logrando introducir en él cien hombres, á costa de la vida de algunos otros; pero fueron recibidos con tal serenidad y valor por los españoles, que el combate se hizo en el acto mas y mas terrible y empeñado, peleando unos y otros con igual encarnizamiento. No omitió el corsario esfuerzo alguno para vencer, pero cuantos hombres entraban de nuevo en la abordada nave, otros tantos encontraban allí la muerte en las espadas españolas. Terminó la sangrienta pugna declarándose la victoria por Oquendo, quien logró desembarazar su navío de enemigos, arrojando al mar los pocos que aun quedaban con vida, y que sumergidos la perdieron. No se limitó precisamente á esto el triunfo del héroe guipuzcoano, pues atacando consecutivamente al corsario, tal terror le infundió, que considerando inútil toda resistencia, con los pocos que le quedaban se rindió al valiente Oquendo, coronando así la victoria de este, que fué á obstentarla en Lisboa para donde luego dió la vuelta. Atendida fué debidamente tal proeza, pues Felipe III le escri-

bió de puño propio dándole las gracias, y cuando algun tiempo despues por muerte de Bretendona quedó vacante el mando de la escuadra de Vizcaya, proveyó en Oquendo este importante y elevado cargo, cuando el agraciado aun no tenia 30 años.

Parecia que la fortuna queria mostrarse propicia en aquel tiempo á la Marina real española, despues de haberla perseguido en varias funciones de guerra con los ingleses, y desencadenado contra ella las tempestades; pues como continuacion de la victoria que Oquendo habia alcanzado contra los corsarios holandeses en agosto de 1604, al año siguiente D. Luis Fajardo, comandante de una division de nuestra Armada, en las Salinas de Arraya quemó diez y nueve navíos tambien holandeses, y pasó á cuchillo todas las personas de ellos que en su poder cayeron, en represalias de una atrocidad que aquellos enemigos habian cometido con los nuestros. Tal fue la barbarie, propia de caribes, de haber echado al mar despues de haberlos atado de dos en dos, espalda con espalda, á los españoles que apresaron en el Canal de la Mancha, yendo de refuerzo en buques de transporte para nuestro ejército de Flandes. Contemporáneo de este suceso fué otro feliz tambien para la marina nuestra. Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, apresó once corsarios turcos en el estrecho de Gibraltar.

Invirtiendo los holandeses el tiempo casi esclusivamente entre el comercio y la guerra que hacian á la España, negociaban por sórdido interés y combatian por necesidad con encarnizamiento y barbarie. En 1607 dieron al mar una escuadra de treinta y seis buques, veinte y seis de ellos de guerra al mando de Jacobo Heemskirk. Sabedor este de que una armada española de diez galeones bien armados, y otros muchos buques de guerra, se encaminaban hácia Gibraltar para atacar en el Estrecho á los buques holandeses que venian de Levante, levó el ancla y dirigió las proas hácia aquel punto divisorio de ambos mares; pasó el 24 á la altura de Cádiz, y á la mañana siguiente se halló cerca de Gibraltar. La armada nuestra se encontraba en la bahía, compuesta de 21 buques al mando de D. Juan Alvarez de Avila, quien se habia dispuesto durante la noche á recibir á los holandeses, mediante aviso que tuvo de su derrotero por el gobernador de Cádiz. Heemskirk se decidió á entrar en combate, y dispuso sus buques en órden de batalla: con su navío almirante y otros debia atacar al almirante español: su vice-almirante y otro buque al vice-almirante nuestro, y otros dos de sus buques á uno español. Despues de mediodia el almirante holandés se acercó hácia el nuestro, pero este hizo cortar sus cables, se acantonó en el fondo de la bahía, y puso delante de sí á su vice-almirante y tres galeones. Esta operacion no bastó para que mudase de propósito Heemskirk, quien dejando á su izquierda los buques que cubrian al almirante español, atacó á este, que hizo jugar toda su artillería, con tan buen tino que una bala llevó la pierna izquierda al almirante holandés. Sin aturdirse este impávido marino por aquel fracaso nombró un comandante, y mandó que se ocultára su muerte hasta el fin del combate. El

ruido, el fuego, el humo y los gritos de los combatientes contribuyeron á que fuese ignorada por entonces.

Los dos almirantes continuaron batiéndose: el español habia sido reforzado con 300 hombres, y el holandés estaba sostenido únicamente por un buque, segun habia mandado su gefe. La carniceria fué horrible: el vice-almirante español fué acosado á un mismo tiempo por tres buques enemigos, que despues de incesante cañoneo consiguieron prenderle fuego: se quemó hasta flor de agua y perdió casi toda su tripulacion: los tres galeones que debian defender á su almirante se vieron tambien atacados vivamente: uno fué echado á fondo y los otros dos quemados.

No pudiendo los holandeses abordar los otros buques, defendidos por la artillería de la ciudad y del castillo de Gibraltar, los cañonearon con ardor: el fuego prendió en uno de ellos y se comunicó á otro próximo; los demás, espantados del incendio, quisieron retirarse al fondo de la bahía, pero se introdujo el desórden y el espanto, y casi todos fueron víctimas del fuego ó del cañon enemigo. El almirante español se defendió constantemente con el mayor valor contra tres buques que le acosaban, pero viéndose hostigado de muy cerca, pidió cuartel y los holandeses cegados con el combate no quisieron concederle. Esta crueldad obligó á los españoles á echarse al agua para salvarse á nado, y casi todos perecieron. Los holandeses abordaron el almirante español para hacerse dueños de él, pero algunos soldados españoles que se habian quedado ocultos entre puentes, se arrojaron valerosamente sobre ellos, echaron á todos sus enemigos al agua, cortaron los cables de su almirante y se salvaron.

El combate fué corto, pues no duró mas que una hora: al dia siguiente, temiendo los habitantes de Gibraltar que los vencedores les sitiasen y se hiciesen dueños de su almirante desamparado, lo redujeron á cenizas. Los españoles perdieron en aquella fatal jornada dos mil hombres; todos nuestros buques fueron destruidos ó puestos fuera de combate. Los holandeses tuvieron tambien muchos buques maltratados.

La dolorosa impresion que este funesto suceso hizo en los corazones de los hijos de la España, se mitigó un tanto con el gozo que causaron otros afortunadamente prósperos, en algunos años sucesivos. D. Luis Fajardo salió de Cádiz en 1609 con doce navíos, y en las aguas de la Goleta destruyó una armada otomana; hizo presas muy ricas, y limpió el Mediterráneo de corsarios; al mismo tiempo que D. Pedro de Leiva, General de las galeras de Sicilia, y el marqués de San German, General de las tropas de desembarco, se apoderaban de Larrache en la costa occidental del reino de Marruecos. Fortificaron los españoles esta plaza, y en ella dejaron la guarnicion necesaria para su defensa. Al año siguiente nada importante ocurrió á la marina española, pero en 1611 pelearon tambien nuestras escuadras felizmente contra las fuerzas navales de los turcos, los marroquíes, y los protestantes de la Rochela; siendo digno de notar que uno de los buques apresados tenia á bordo tres mil volúmenes árabes que se destinaron á la biblio-

teca del Escorial. Mayores todavia fueron nuestras glorias en los dos años inmediatos. En el 1612 el marqués de Santa Cruz, digno sucesor del primer personaje de su título, y el duque de Osuna, virey de Nápoles, consiguieron nuevas victorias contra los mahometanos. El Marqués quemó en el puerto de la Goleta una escuadra de once velas, desembarcó en la isla de Querquens, la saqueó, y entregó á las llamas todas sus poblaciones. La armada de Nápoles esterminó los piratas, desembarcó en la costa de Berbería, y tomó el lugar de Cireli, defendido valerosamente por los turcos, de los cuales perecieron mas de ochocientos. La poblacion fué saqueada é incendiada. A estos sucesos siguió en 1613 el triunfo que D. Octavio de Aragon, comandante de las galeras de Nápoles, consiguió batiendo una escuadra que los turcos habian enviado contra aquel reino, y apresando siete naves. Recorrió despues toda la costa de Berbería y de Italia, persiguiendo á los piratas y asegurando la navegacion del Mediterráneo.

Mientras esto pasaba, el duque de Saboya, habiendo hecho alianza con los enemigos de la España, con el auxilio de tropas que estos le dieron penetró en el Milanesado, desafiando asi á nuestras fuerzas en 1614. Con la presteza que este suceso requeria acudieron las armas españolas á vengar tamaño insulto, y el marqués de Santa Cruz, General de las galeras de España, desembarcó sus tropas en las costas del Piamonte, y se apoderó de Oneglia, aunque valerosamente defendida por el marqués de Bogliani. Al mismo tiempo Octavio de Aragon arrojó de Malta un cuerpo turco que habia desembarcado en aquella isla, y derrotó la escuadra enemiga. Fajardo, infatigable siempre contra los berberiscos, se apoderó de la fortaleza de Mamora, situada en la costa occidental de Africa, á cinco leguas de Tanger.

Si gloriosa era para la España la guerra de Italia en tierra, tanto ó mas lo era en el mar contra el poder otomano. Habia armado este una escuadra de cien galeras para atacar las costas de Calabria y Sicilia. Contra ella envió el duque de Osuna en 1616 una division de seis galeones al mando de D. Francisco de Ribera, célebre marino, quien despues de haber hecho varias presas, y destruido en las Salinas diez naves enemigas, recorriendo las costas de Sicilia hasta las de Caramania, encontró la armada turca compuesta de cincuenta y cinco galeras, junto al cabo de Celedonia. Duró el combate tres dias, sin mas tregua que la impuesta por las tinieblas de la noche, pareciendo que esta queria hacer tomar nuevo aliento á los combatientes, que con encarnizamiento sin igual peleaban constantemente. La victoria se declaró al fin por los españoles, habiendo echado á pique á la capitana enemiga en el tercer dia de aquella terrible pugna. Los turcos perdieron mil doscientos genízaros, y dos mil hombres de las demas tropas; cuatro de sus galeras se hundieron, treinta y dos quedaron inútiles, y las demas se pusieron en salvo muy maltratadas. De los españoles murieron cuarenta y tres soldados, y veintiocho entre marineros y artilleros, quedando gran número heridos, bien que no se perdió ningun buque.

En el mismo año ocurrió el famoso combate del navío *San Julian* con cuatro grandes buques de piratas ingleses. Era Capitana de una escuadra que salió de Lisboa para la India Oriental, al mando del general D. Manuel de Meneses. Separada de las demas naves por una tempestad, los piratas la atacaron, y al cabo de un reñidísimo combate se vieron forzados á la fuga, con pérdida de su General y de doscientos hombres. Quedó el navío vencedor tan maltratado, que Meneses hubo de quemarle en el primer puerto á donde arribó, para que no cayese, aunque inútil, en poder del enemigo.

Con una victoria fué señalado tambien el año 1617. En la primavera envió el duque de Osuna á D. Juan de Vibero con dos galeras para perseguir á los corsarios turcos. Despues de haber hecho una presa riquísima en la isla de Oreta, se adelantó hasta las costas de Chipre, y cerca de la punta de Trevisol, al cabo de un combate porfiado, apresó dos galeras turcas en que iba el bajá de aquella isla, y mandó echar á pique una de ellas que habia quedado muy maltratada.

Durante estas escenas era preciso atender á las hostilidades con Venecia, nacidas de haber dado esta socorros al duque de Saboya en la guerra del Monferrato, y el duque de Osuna se señoreó del Adriático en 1618, haciendo daños considerables al comercio de los venecianos. Firmose la paz de Pavía, y el marqués de Villafranca, evacuó, aunque con repugnancia, las provincias que con nuestras tropas habia ocupado; pero el duque de Osuna continuó sin embargo las hostilidades marítimas todo el tiempo que pudo, hasta que al fin hubo de ceder á las órdenes de Felipe III.

Como si el desconcierto que entonces reinaba en nuestra corte, merced á la incapacidad del duque de Lerma, primer ministro, hubiese desalentado á la Marina real española, en el discurso de dos años no ofreció á la historia ningun hecho digno de celebridad, antes bien los turcos cobraron tal audacia en el Mediterráneo, que en 1620 desembarcaron con siete galeras turcas un cuerpo de tropas en la playa de Adra, entre Málaga y Almería. D. Luis de Tovar, gobernador de aquella plaza, les acometió con solos veinte y seis hombres, y despues de un reñido combate tuvo que retirarse al castillo, donde resistió un asalto. Los turcos atacaron la villa, de la cual se apoderaron despues de una accion en que perecieron Tovar y sus valientes compañeros: mas no pudieron tomar el castillo, y habiendo acudido gente de la Alpujarra fueron arrojados á sus galeras, con pérdida de seiscientos muertos y muchos heridos.

En tal estado de cosas falleció el nieto de Cárlos V, en 31 de marzo de 1621, y subió al trono otro Felipe denominado IV de su nombre, á la edad de 16 años, jóven sin luces ni esperiencia de gobierno, prediciendo así un reinado poco vigoroso, á que fué consiguiente la decadencia de una monarquía que habia llegado á ser la mas opulenta de Europa.

Por aquel tiempo se propusieron los holandeses saquear las costas de España,

y con una escuadra de veinte y cinco navíos hicieron vela para el estrecho de Gibraltar. Era general de la armada española del Mediterráneo D. Fadrique de Toledo, y solo tenia ocho navíos que oponer á fuerzas tan superiores, pues aunque quiso incorporar á ellas otros cuatro que estaban preparados en el puerto de Lisboa, los temporales lo impidieron. Aviso tuvo de Málaga de que en Fuengirola se hallaban veinte y seis naves holandesas; puso la proa á Gibraltar, y á pesar de que en consejo que tuvo se opinó que no debia aventurarse la batalla con fuerzas tan inferiores, el gefe de nuestra humilde armada determinó buscar á los enemigos, como lo hizo luego que avisaron las atalayas del monte. Alejáronse los holandeses; pero aumentados en breve sus buques hasta treinta y uno volvieron resueltos á pasar el Estrecho, en cuya embocadura los aguardaba D. Fadrique. Siete naves enemigas hicieron aquella travesía muy arrimadas á la costa: con las veinte y cuatro restantes chocó la escuadra española, y correspondida con vigor se trabó un combate encarnizado. Despues de haber jugado largo tiempo la artillería, aferró D. Fadrique á una nave enemiga y la rindió. Tomó despues otra, é hizo dar la tercera en la costa donde se hizo pedazos. Dos rindieron los capitanes Ibarra, Hoyos y Mogica, seguidos de otros oficiales, y pusieron fuego á otra que abordaron. Los capitanes para no ser víctimas del voraz incendio tuvieron que volverse á su buque; pero cinco de sus valerosos subalternos, sin miedo á las llamas ni al gran número de enemigos, continuaron batiéndose con valor heróico. El capitan de un galeon, no queriendo que perecieran aquellos bizarros mancebos, abordó de nuevo al buque, que era ya casi una hoguera, y á la fuerza sacó á los valerosos oficiales, llevándose además cierto número de holandeses que á la muerte prefirieron someterse. A breve rato quedó reducido á cenizas el buque. Las demas naves españolas peleaban tambien con valentía y ventaja al mismo tiempo: el navío *Santa Teresa*, ayudado de otro, abordó y apresó uno holandés de colosales dimensiones, quemó otro y echó á fondo muchos de ellos. El mas considerable que llevaba la armada holandesa fué atacado por un patache, y abordado por otro buque tuvo que rendirse. El navío almirante persiguió á dos navíos enemigos; el mas débil de estos se salvó en la costa de Berbería, y el otro que era el almirante holandés fué atacado de cerca y entonces hizo frente: el combate fué cruel; multitud de oficiales de ambos lados fueron heridos. Conociendo los españoles que los holandeses querian prender fuego á uno de los navíos abordados por nuestros soldados, se retiraron presurosos, pero habiendo quedado muchos oficiales españoles heridos en manos de los enemigos volvieron al buque y lo abordaron de nuevo; los holandeses entonces le prendieron fuego, que se comunicó al almirante español, y este se hubiese quemado como el holandés si no hubiese sido socorrido á tiempo. Los pocos buques holandeses que quedaron, emprendieron la fuga cada uno por su lado.

Al dia siguiente el buque que se habia salvado en la costa de Berbería y los mayores de la armada holandesa fueron apresados, quemados ó echados á pique,

las mercancías perdidas y las dos terceras partes de sus individuos muertos, ahogados ó hechos prisioneros. De los treinta y un buques de la armada holandesa, solamente diez pudieron salvarse.

Un triunfo semejante alcanzó D. Juan Fajardo, que mandaba veinte naves españolas, contra otra escuadra holandesa de triplicados buques. Tan pronto como las atalayas del Hacho avisaron que en el Mediterráneo se descubria gran número de bajeles, salió á su encuentro; y habiendo bordeado por el Estrecho y recogido algunas tropas en Tanger, Ceuta y Gibraltar, recaló á Fuengirola, en cuyas aguas chocó con las enemigas, que despues de un largo combate retrocedieron, perdidas dos embarcaciones que se fueron á fondo, y quedando cuatro destrozadas.

En el mismo año sitiaron los moros y holandeses coligados la plaza de Mamora, que como ya dijimos habia sido conquistada por Fajardo, en 1614; pero D. Alonso Contreras les obligó á levantar el sitio con pérdida de gente. Todo parecia conspirar para alejar la deseada paz. Entró el año 1622, y á dirigir la administracion interior de la monarquía el famoso Conde duque de Olivares. Su ascenso al ministerio fué aplaudido al principio, ya porque dictó disposiciones para continuar la guerra con vigor, lisonjeando así el orgullo nacional, y el del jóven é inesperto monarca, y ya en fin porque no contento con hacer que de la córte fueran espulsados los hombres funestos del tiempo del duque de Lerma, odiados de todos los buenos españoles, obligóles á que restituyesen al Erario los frutos de las prodigalidades anteriores. Pero aquel arrebato de entusiasmo popular, propio de las gratas y primeras impresiones que hace en los súbditos descontentos los actos de entereza y justicia con que se inaugura comunmente todo nuevo gobierno, decayó con la misma facilidad que subió de punto, cuando se echó de ver que la España iba á sufrir las calamidades anexas á un reinado belicoso, siendo así que una de sus mayores necesidades, por lo que mas suspiraban los agobiados pueblos, era el término de la guerra, que iba devorando los tesoros, nuestra marina, y los hombres á millares. Las campañas contra Holanda, en las márgenes del Rin, y en varios puntos de Italia, era tan activa como sangrienta: y cuando por un tratado que se firmó en París, estipulando en uno de sus capítulos que las fortalezas de la Waltelina serian depositadas en poder de un príncipe católico, parecia que la paz estaba próxima, la Francia, á pesar de esto, hizo en el año 1623 alianza con la república de Venecia y el duque de Saboya, es decir con los enemigos de la España. Los holandeses alentados con esta inesperada alianza intentaron sorprender á Amberes, importantísima plaza que ocupaban los españoles, pero esta empresa fué inútil, despues de haber perdido en ella seis navíos que una tempestad estrelló contra la costa. En medio de tanta guerra nuestra marina sostenia su antigua reputacion. El intrépido cuanto esperto Ribera derrotó una escuadra argelina que con numerosísima y escogida gente se dirigia á hacer un desembarco en las costas de España,

y con este feliz suceso las salvó de los horrores y atrocidades que en ellas hubieran cometido aquellos bárbaros. No poco contribuyó tambien á esto otro triunfo, alcanzado en aquellos dias por Doria, comandante de las galeras de Sicilia, quien tuvo la gloria de vencer en las aguas de la Goleta otra escuadra que era de turcos.

Hechos no menos faustos hicieron admirable á nuestra marina en el año 1624. El conde de Benavente atacó con quince galeras una escuadrilla de seis navíos berberiscos, cerca de la costa de Sicilia. Al principio del combate murió aquel valeroso gefe; D. Francisco Manrique tomó en el acto el mando, obligó al caudillo de los enemigos á volar su capitana, y consecutivamente apresó las cinco naves restantes. Otras cinco apresó cerca de Arcilla D. García de Toledo duque de Alba.

Las ventajas que nuestros enemigos consiguieron en Italia fueron tales que en 1625 tuvieron espedito el camino para penetrar en la ribera de Génova. El príncipe del Piamonte estaba á punto de sitiar aquella capital, y la salvó felizmente la estraordinaria actividad con que los españoles la socorrieron. El marqués de Santa Cruz entró en el puerto con su escuadra, habiendo obligado á la francesa á refugiarse en los puertos de la Provenza.

En medio de estas circunstancias subió al trono de Inglaterra Cárlos I, y casi al mismo tiempo falleció Mauricio de Nassau, tan buen capitan como implacable enemigo de los españoles. Sucedióle su hermano Federico Enrique, no menos belicoso que su antecesor, y con el principado heredó tambien el encono y aborrecimiento que Mauricio tenia á la monarquía austriaca; de modo que estos acontecimientos hacian desesperanzar de conseguir por entonces la paz apetecida. En los primeros dias de su reinado envió Cárlos I una escuadra de ochenta velas para hostilizar nuestras costas; pero aunque se presentó delante de Lisboa no se atrevió á insultar aquella capital, que estaba bien defendida. Entró en el golfo y bahía de Cádiz, desembarcó diez mil hombres el dia 2 de noviembre de 1625, y tomaron el fuerte del Puntal; pero la decision de los de la plaza, aunque pocos, las diligencias del duque de Medinasidonia, que mandaba el reino de Sevilla, y que reunió un cuerpo de ejército con que impidió las escursiones y rapiñas de los enemigos, forzaron á estos á abandonar el fuerte que acababan de ocupar, y retirarse humillados á Inglaterra, despues de haber perdido treinta naves y gran número de soldados, aunque en vano, con la esperanza de apresar en su retirada los galeones que de América nos venian.

Un suceso fausto vino á dar respiro á nuestras fuerzas de mar y tierra. Tal fue la paz ajustada entre los reyes de España y Francia, firmada en 1.° de enero en Monzon, donde Felipe IV se hallaba entonces celebrando las Córtes del reino de Valencia. Aliviada con esto la España del gran peso de la guerra de Italia, envió grandes refuerzos de todas armas al emperador de Alemania, con cuyo auxilio prosiguió activamente la guerra contra el rey de Dinamarca; mas antes de dos años, en el 1628, volvió á encenderse la pugna con Italia, y á favor de esta

revuelta los holandeses cobraron aliento; su marina se reforzó, hizo mas difícil nuestra navegacion en el Océano, una de sus escuadras se apoderó de algunas de las Antillas menores, en 1629 apresó la flota que venia de Méjico y la quemó toda, cayendo en su poder unos galeones que nos traian ocho millones de reales. A esta lamentable pérdida siguieron algunas aun mayores. Otra escuadra tambien holandesa que cruzaba en el Océano de Indias, se apoderó de la flota portuguesa que volvia de la China, y en Africa el rey de Mombaza, aliado de los holandeses, atacó esta plaza que tenia guarnicion portuguesa, la tomó y desmanteló, é hizo pasar á la Arabia á todos sus habitantes con sus riquezas. En tanto los reyezuelos de la India, tributarios del Portugal, se sublevaron, y auxiliados por los holandeses arrojaron á sus antiguos señores de casi todas las plazas que poseian en aquellas costas. Entonces cayó el imperio que los portugueses habian obtenido en aquellos riquísimos paises durante siglo y medio, y sobre sus ruinas se levantó el de los holandeses. El puerto de Lisboa quedó casi desierto, y Amsterdam fué el emporio á donde concurrieron todos los comerciantes europeos, á comprar las producciones del Asia oriental. Así es como la colosal monarquía española iba rápidamente en decadencia, bajo el reinado del indolente Felipe IV.

Los planes de invasion propios de la torpe política y la imprudencia del Conde-Duque, cuya ambicion y soberbia eran superiores á sus talentos, costaron al Portugal el imperio de la India, á la España la pérdida de la línea del Mosa, que á costa de sacrificios y en fuerza de valor habia sostenido, y al emperador el poder que en Alemania habia adquirido. En tanto los tratados que la Francia hacia con los enemigos del Austria, eran verdaderamente hostilidades contra esta: pues si bien es cierto que no les auxiliaba con cuerpos de ejército, sí con subsidios y aun socorros para que continuasen la guerra, que al fin vino á declararse abiertamente entre ambas naciones, tomando parte en ella el monarca español, á favor del austriaco, como era de esperar. A esto fueron consiguientes nuevas y no pocas desgracias para la España, que en diferentes acciones, particularmente en la batalla de Avein, cerca de Lieja, perdió mucha gente, la artillería y los bagajes de aquel ejército, y entre otras plazas la de Candia en Italia donde habia vuelto á encenderse tambien la guerra. Una escuadra española compuesta de veinte y dos galeras y algunas chalupas, al mando del duque de Fernandina y del marqués de Santa Cruz, abordó en 1635 á las islas de Lerins, contiguas á la costa de Provenza, y se apoderó de las islas de Santa Margarita y San Honorato. En ellas se hicieron fuertes los españoles, dominando desde aquel punto todo el golfo de Leon, y este suceso parecia ser, por un largo período, la despedida de nuestras hazañas en la marina, efecto de la postracion en que se hallaba ya en aquella época, y las muchas partes á que tenia que acudir á un tiempo.

Amenazadas en el año 1639 las costas de Cantabria y Galicia de un formidable armamento francés, mandado, como un ejemplar inaudito, por el arzobispo

de Burdeos, Mr. Sourdes, que de príncipe de la Iglesia ó apóstol de Jesucristo fue trasformado en guerrero, abandonando el báculo pastoral, signo de paz y mansedumbre, por la sangrienta espada, emblema de guerra y esterminio. Así es como intentaba en verdad el cardenal Richelieu, árbitro de los destinos de la Francia, hacer de aquella guerra una cruzada, cuando nada tenia de semejanza con esta. Aquel armamento se apoderó de Laredo, cometió atrocidades sin cuento en aquella desvalida poblacion, y difundió el terror en todos los puertos de la costa, en tal manera que fue preciso adoptar grandes providencias y hacer inmensos dispendios para ponerlos á salvo de la catástrofe que les amagaba tan de cerca, particularmente en San Sebastian. Lo mas conveniente, oportuno y eficaz, lo mas urgente era oponer gran fuerza naval española á la francesa. Al efecto se hicieron sacrificios tanto mas costosos cuanto el erario se hallaba exhausto, y los pueblos cual nunca escasos ya de recursos. Formóse no obstante una respetable armada, y á propuesta del Consejo de Estado y Guerra, se confió el mando de ella á D. Antonio Oquendo, digno por cierto de ir al frente de tal empresa. Con la escuadra que se reunió en Cádiz salió de este puerto el célebre General marino, en el mes de julio, estacion la mas propicia para surcar el Océano cantábrico; al llegar en frente de la Coruña se le incorporó la division naval de D. Lope de Hoces, y así las fuerzas marítimas mandadas por Oquendo compusieron el número de setenta bajeles. Cuando con esta respetable armada iba á perseguir á la francesa, para facilitar el paso por el Canal de la Mancha, tuvo noticia de que habia vuelto á entrar toda ella en varios de sus puertos. Atendida la retirada del enemigo, que ciertamente fue mediante aviso del peligro que le amenazaba, prosiguió Oquendo su derrotero, encaminándose al Canal, donde entró en 10 de setiembre, y el 16, á catorce leguas de las Dunas, en vez de la escuadra del arzobispo de Burdeos, descubrió una de doce navíos holandeses, mandada por el almirante Tromp, á la cual se agregaron luego otros cinco. Con sobrada ligereza y precipitacion se adelantaron algunas de las naves españolas á dar caza á las contrarias, mientras que estas maniobrando con suma circunspeccion y habilidad, gobernaron de modo que de improviso se vió la Capitana de Oquendo rodeada de casi toda la escuadra holandesa. En situacion tan crítica y terrible, puso todo su conato en habérselas con la Capitana contraria, y al intento, aunque ya se encontraba á tiro de cañon de la enemiga escuadra, cuyos buques revolviendo en forma de media luna batian con su artillería á nuestra Capitana, el vencedor de Hans-pater se mantuvo impávido, con tal serenidad que por espacio de una hora sufrió todas las tremendas descargas, hasta que viéndose ya cerca de la Capitana contraria, y tratando de abordarla, empezó á disparar Oquendo toda su artillería y mosquetería, bien que no pudo lograr su objeto, por haber alargado la holandesa mas vela y amparádose al abrigo de otros buques suyos por sotavento. Contra la almiranta enemiga embistió entonces nuestro famoso marino, cuando he que una bala de cañon le

echó abajo el velacho de proa; así es que el enemigo espaciando mas sus velas, abandonó el cuerpo del combate perdiendo un navío que los nuestros echaron á pique, sin que de él pudieran salvarse mas de dos hombres. Por el General español se declaró la accion en este dia, aunque por desgracia su Capitana, á causa de haber peleado sola, quedó casi del todo desaparejada, con muerte de cuarenta y tres hombres y otros tantos heridos, entre estos los capitanes Quirós, Escoronceda y Oramsolo.

Al siguiente dia, 17, se apareció otra vez el enemigo, con diez y seis navíos mas que habia recibido de refuerzo, y el inmediato dia 18 á la una de la tarde, habiendo tomado el barlovento, empeñó la pelea, que duró hasta las cuatro de la tarde, sosteniéndola y sufriendo el combate, mas que ningunos otros, la Capitana, la Almiranta, el navío *Santa Teresa* y unos cuantos galeones españoles. En el acto en que el valeroso almirante nuestro Mateo Ulasani principiaba á virar la vuelta de los enemigos, en cuya maniobra le seguian los demas, una bala de cañon le arrebató la cabeza, y apenas hubo caido su cuerpo, aterrorizados quedaron al pronto los suyos como helados de espanto. Vueltos luego en sí, al terror sucedió un ardiente deseo de venganza; con tanto arrebato é imprudencia como valor se arrojaron ciegamente al enemigo, y este echándole el arpeo rindió el navío español prontamente. Nada perdia de vista el heróico Oquendo, todo lo observaba, y á todo acudia oportunamente con su valor y sus disposiciones. Así es que á pesar de hallarse su Capitana deshecha de aparejo, con tal intrepidez acometió á los enemigos que les obligó á abandonar su presa, y con ella los holandeses que á su bordo habian subido. Serian las cuatro de la tarde de aquel dia, uno de los memorables en los fastos de nuestra marina, cuando el ímpetu y la reaccion de las corrientes entre Calais y Douvres arrastraron la Capitana española contra las costas de Inglaterra. El General español tenia órden de su Rey para no entrar en el puerto de Dunas; pero como su navío y el *Santa Teresa* se hallaban en un estado lastimoso, casi imposibilitados de navegar, no pudo prescindir de acogerse con su escuadra en aquel puerto estranjero, donde á favor de la buena inteligencia que entonces parecia haber entre la corte de España y la Gran Bretaña, creia encontrar seguridad y amparo para reparar con la prontitud y del modo posible las grandes averías de ambos buques. Desde allí, á pesar de que los holandeses cruzaban incesantemente por aquellas aguas, se atrevió á despachar varios buques á socorrer á Mardick, que estaba amenazada por el enemigo. Tan propicia le fue en esto la fortuna, que aquellas naves llegaron felizmente á su destino, mientras en Dunas se detenia á reparar sus bajeles.

En aquel puerto se creia seguro, cuando, sin poderlo presumir siquiera, echó de ver que la escuadra holandesa echaba el áncora al lado de la suya. En tanto el almirante inglés, que estaba allí con la armada británica de cuarenta navíos, queriendo manifestar que observaba estríctamente las severas leyes de la

neutralidad, se colocó en medio de ambas escuadras, española y holandesa, para evitar así entre ambas cualquiera rompimiento que pudiese ocasionar su estrecha inmediacion. En breve se dió á conocer la intencion del holandés Tromp, cual era la de atropellar la inmunidad de todo derecho de gentes, acometiendo de sorpresa á Oquendo, dentro del mismo puerto y á presencia del pabellon inglés, bajo cuya salvaguardia y buena fé parecia que las armadas enemigas se encontraban. El vencedor de Hans-pater lo comprendió desde luego, y por consecuencia con presteza levó áncoras y partió del puerto de Dunas con solas veinte y una naves, á esperar resuelto la armada enemiga, compuesta á la sazon de la fuerza muy preponderante de ciento catorce buques. La arrogancia de Oquendo en esta ocasion, en medio del terrible trance en que se encontraba, no pudiendo rehusar el combate sin mengua de su honra; del pabellon español, y sin peligro en fin de una derrota vergonzosa, bastara por sí sola para hacerle célebre en los anales de la Marina real de España, y de todas las naciones. Fácil es de comprender que Tromp estaria ufano y engreido, con la idea, no desatinada, de que la gran preponderancia naval ponia en sus manos la victoria, aunque nada gloriosa, atendida la inferioridad de fuerzas de su contrario. Aun asi, para rendir á las naves españolas de Oquendo, ó hacer que hundidas desaparecieran en el Océano, se habia propuesto hacer uso del fuego voraz de los brulotes; de esta bárbara invencion de la antigüedad mas remota, perfeccionada en nuestros tiempos, como dice un historiador moderno, por desgracia del género humano. Con el infernal aparato volvió á navegar Tromp contra la escuadra de Oquendo, y la rodeó cogiendo en el centro á su temible Capitana. Tal vez consideró que aun con esto no podia alcanzar su objeto, pues el hecho es que variando las maniobras repartió su armada en diferentes trozos, proponiéndose batir en detal á nuestros bajeles. El primero que resistió el choque fue el *Santa Teresa*, mandado por D. Lope de Hoces; valiente marino que por largo tiempo sostuvo el muy desigual ataque de ocho buques enemigos, logrando echar á pique algunos de ellos: pero sucumbió de resultas de un incendio que abrasó casi toda la tripulacion, incluso al mismo capitan, digno sin duda de mejor suerte. Acosados estraordinariamente por el escesivo número de buques contrarios, hubieron de rendirse seis navíos mas, uno de ellos la Capitana de los de Galicia, mandada por el almirante Feyó; pero este triunfo nada glorioso para Tromp costó muy caro á los holandeses, perdiendo por su parte hasta veinte buques. A pesar de esto el mar de batalla quedó despejado de naves españolas que pudiesen ofender á las bátavas, bien que la Capitana de Oquendo se señoreaba todavía magestuosamente en aquellas aguas, como el leon que en la selva impone respeto por sí solo á la turba de cazadores que le cercan y amenazan bien armados.

En tal estado determinó Tromp embestir con todo su poder al vencedor de Hans-pater, y en tan terrible situacion no faltó quien á este aconsejase, como un acto de prudencia, atendido el inminente peligro en que se veia, que sin de-

tencion se retirase á las Dunas; propuesta que no fue mas pronto oida que rechazada con ánimo y dignidad, contestando sereno: «No permita el cielo que »una mancha tan grande menoscabe mi reputacion: jamás el enemigo me ha visto »las espaldas: lo que se ha de hacer es arriar las velas, y esperar resuelto al ene»migo.» Resolucion digna de un español, que justamente habia ganado ya el alto epíteto de héroe en la marina. Tanto fue el asombro que el arrojo de Oquendo causó en los orgullosos holandeses, que en vez de intentar ya el abordaje de la imponente Capitana española con todas sus fuerzas, se decidieron á que fuese el blanco de toda la artillería, persuadidos de que así la reducirian á la necesidad de ceder y rendirse. Semejante determinacion infundió un terror pánico en la gente de marina y los soldados nuestros, en tal manera que lejos de participar del espíritu, el aliento y denuedo de su ilustre caudillo, consternados se refugiaron bajo cubierta. Con todo el pesar propio de un hombre valeroso, recibió D. Antonio Oquendo este golpe tan tremendo como inesperado; pero sin ceder al conflicto en que se encontraba, se determinó á vencer ó morir coronado de gloria en tan desigual combate. En el acto baja al entrepuente, é impávido y con entereza arenga á los suyos diciéndoles: «Qué humor helado es, oh soldados »y compañeros mios, el que vilmente discurre por vuestras venas? Acaso ha»beis olvidado que aun no hace ocho dias que ese enemigo, esos mismos baje»les, y ese general que vemos delante, habiéndonos embestido, con esta sola »Capitana, teniendo él diez y siete navíos, nos volvió infamemente las espaldas? »Reparad el empeño en que nos hallamos, y considerad que no tenemos mas »medio que pelear, porque retirarnos no puede ser viviendo yo: rendirnos y »perder la vida es de bestias; dejar que nos la quiten es de cobardes. Si Dios »fuese servido que en esta ocasion la perdamos, moriremos en defensa de la re»ligion católica, contra tan implacables enemigos de ella, por el crédito de nues»tro príncipe, y por la reputacion de nuestra nacion. Espero que habemos de »salir bien de este empeño; y así no os espante el número, que cuantos mas »fueren tendremos mas testigos de nuestra gloria. Santiago y á ellos.» Esta alocucion, que en algun modo pudiera compararse con la del orador de Arpino cuando la potente Roma se veia amenazada de la conjuracion de Catilina, y el Senado atemorizado y como sobrecogido de espanto, bastó para levantar los ánimos abatidos de aquellos acobardados hijos de la España: nadie pudo resistir al poder de las elocuentes palabras del esclarecido General, que muchas veces les habia hecho vencer en terribles y desiguales combates: todos quisieron seguir su suerte, ninguno veia ya el gran peligro, todos entraron en pelea animosos y resueltos: ninguno dejó de dar pruebas de ejemplar valor en la tremenda pugna que se empeñó muy luego. Durante aquel dia de glorioso y triste recuerdo para la Marina real española, el enemigo jugó incesantemente toda su formidable artillería, no omitiendo esfuerzo alguno para conseguir la rendicion de Oquendo; y todo en vano, como si pugnase batiendo á un muro irresistible, en que se es-

trellára el orgullo de la holandesa armada. Sitiada por todos lados la invencible Capitana, á todas partes acudia diligente, y por todos lados oponia vigorosa y admirable resistencia, avergonzando á sus numerosos enemigos; en términos que Tromp, para mayor baldon ya no se atrevia á combatirla muy de cerca, espantado al ver que en corto espacio de tiempo habia dado al traste y echado á pique la mayor parte de los veinte buques que en esta funcion perdió la Holanda. Como último recurso apeló Tromp, en su cólera y desesperacion, al medio del abordaje, con la Capitana que él montaba, su almiranta, y otros dos buques. No se ocultó esta intencion á la perspicacia del General español: con suma serenidad aguardó á su enemigo, y para darle mejor á entender que no le arredraba aquella tentativa, arrió la poca vela que tenia, y luego que cerca de sí le tuvo, hizo sobre él tales descargas, tan oportunas y acertadas, que le forzó á retroceder. Este último golpe causó tantas averías y desalentó en tanto grado á los holandeses, que corridos de vergüenza se retiraron á sus puertos. Así puede decirse que una sola nave española triunfó de toda una escuadra holandesa. Uno de los que mas se distinguieron en este memorable combate fue el almirante Miguel de Horna, natural de Pamplona. Con su Capitana triunfante, aunque con el agudo dolor de ver reducida su escuadra á siete bajeles útiles de setenta que la componian, aquella misma noche fue Oquendo á dar fondo en el puerto de Mardick, ostentando como un glorioso trofeo setecientos balazos de que iba traspasado el casco de su navío. Glorioso, sí, pues como dice un ilustre marino nuestro, hablando del segundo Oquendo, «para él solo fue glorioso el combate de las Dunas (1).»

(1) Don José de Vargas y Ponce, en su Discurso sobre la *Importancia de la Historia de la Marina española*: cuaderno publicado en 1807.





CAPITULO XI.

Guerra civil en Cataluña. Sitian los franceses á Barcelona, y su escuadra se ve forzada por la española á retirarse de aquel puerto.—Sucesos de la guerra con Portugal, con Francia, y en Flandes y en Italia.—Combates y derrotas de una escuadra española por otra francesa, en el estrecho de Gibraltar, y á la altura de Cartajena.—La escuadra española mandada por el marqués de Pimentel, derrota en frente de puerto del Orbitelo, á la francesa al mando de Breeé.—D. Juan de Austria penetra con su escuadra en el puerto de Nápoles, que se habia sublevado, y vuelve aquella capital á la obediencia de Felipe IV.—Apresa el duque de Alburquerque, con su escuadra cuatro navíos franceses en las aguas de Tarragona.—Pasa el estrecho de Gibraltar la escuadra inglesa mandada por Black, que se hallaba en el Mediterráneo, combate á una flota nuestra que venia de Indias y la destruye, parte en alta mar y parte en Santa Cruz de Tenerife.—Pérdida de la Jamaica, de que se apoderan los ingleses. Muerto de Felipe IV en 1665.—Paz con Portugal.—Derrota de una escuadra nuestra por otra francesa, en las aguas de Sicilia.—Para contrarestar las fuerzas navales francesas en las costas de Italia, viene en nuestro auxilio una escuadra holandesa, al mando del almirante Ruyter; en combinacion con una escuadra española va en busca de la francesa, mandada por Duquesne: vientos contrarios separan las escuadras combinadas; la holandesa combate con la francesa en el golfo de Catana, es herido Ruytor mortalmente y se retira con sus naves á Siracusa. Júntanse las dos escuadras amigas en Palermo, las ataca allí Duquesne y las destruye.—Paz entre España y Francia en 1678.—Catástrofes en Flandes y Sicilia.—Estado lamentable de España.—Guerra con la Francia.—Sitio de Barcelona por los franceses, con quienes capitula.—Derrota de una gran escuadra francesa por las de Inglaterra y Holanda combinadas. Paz otra vez con Francia en 1697.—Muerte de Cárlos II, en quien acaba la monarquía austriaca.

Al mismo tiempo que, como dijimos en otro capítulo, se emancipaba Portugal de la dominacion española, volviendo á erigirse en monarquía independiente, la insurreccion de Cataluña propagaba en aquella preciosa y grande parte del reino de España el incendio de la guerra civil, y para atender á su pacificacion era forzoso destinar gran parte de la Marina real á la estensa costa de aquel vasto territorio; á fin de proteger las fuerzas terrestres, auxiliar las operaciones, conservar los puertos que se podian mantener sujetos al gobierno de la metrópoli, y privar de medios de comunicacion y recursos á los insurgentes de Barcelona,

estrechándolos, en fin, para volverlos á la obediencia. Ocupadas en esto, y en protejer y poner en salvo las flotas procedentes de América y de Filipinas, las escuadras españolas no ofrecieron sucesos que llamasen la atencion durante algunos años desde el 1640.

Alentadas las esperanzas de los catalanes con algunas ventajas que alcanzaron contra las tropas reales en las inmediaciones de Barcelona, solicitaron auxilios del rey de Francia, á quien habian nombrado Conde de aquella capital para interesarle mas así en la defensa de su causa. Con esto consiguieron que enviase á Cataluña un refuerzo de nueve mil infantes y dos mil caballos, á las órdenes del conde de la Mote-Houdancourt, y á los mares la escuadra del arzobispo de Burdeos, á fin de sitiar por mar y tierra á Tarragona. Para rendir esta plaza se prometia el General francés hacerla sufrir el hambre, habiéndola rodeado con su ejército por tierra, y cerrando el puerto la escuadra francesa, que se vió forzada á retirarse al acercarse la española, superior en fuerzas. De este modo fué la plaza socorrida y los franceses se retiraron.

Acontecimientos de alta importancia sobrevinieron en los tres años sucesivos. Durante el 1641 hubo en Portugal una conspiracion á cuyo frente estaba el arzobispo de Braga, en la cual entraron personas de alta nobleza. Era su objeto restablecer en aquel reino el dominio de los españoles, pero fué descubierta y castigados los conspiradores por el gobierno de la independencia. En 1642, antes de tomar cuarteles de invierno los españoles en el Rosellon, alcanzaron sobre los franceses una señalada victoria, batiendo al mariscal de Brecé, nombrado lugar teniente del rey de Francia en Cataluña, y aquellos enemigos tuvieron que evacuar el condado. Por desgracia al mismo tiempo que nuestro ejército recibió en aquella parte considerables refuerzos, se le dió por General al marqués de Hinojosa, nada á propósito para tan importante cargo. Tanto empeño tenia Luis XIII en recobrar las plazas ocupadas por nuestras tropas en el Rosellon, que en persona se trasladó á Narbona, para dar con su presencia mas impulso á las operaciones de su ejército. En tanto salió de Tarragona el marqués de Povar marchando en auxilio de las plazas amenazadas, con un cuerpo de seis mil infantes y doscientos caballos, y atacado en el camino por Houdancour y los catalanes, los rechazó dos veces. En esto supo que los enemigos habian fortificado el puerto de San Celoni, por lo cual trató de retroceder, pero en Villafranca del Panadés se vió rodeado por el ejército de Houdancourt, y tuvo que rendirse con toda su division. Este suceso empeoró el estado político militar para la España. Indefensa la provincia del Rosellon se apoderaron de ella los franceses, tomaron sucesivamente á Coliubre, Perpiñan y Salses, y desde entonces se ha mantenido aquel condado unido al reino de Francia. A consecuencia de esto avanzó Houdancour hasta Tortosa, donde fué rechazado con gran pérdida; de allí pasó á Lérida, se apoderó de Monzon, y cerca de esta ciudad batió al marqués de Leganés que habia sucedido al de Hinojosa en el mando de aquel ejército.

Desgraciadas fueron tambien nuestras armas en Italia. Solo en Flandes se sostuvo con mejor gloria el ejército español, compuesto allí de treinta mil hombres, con los cuales su general D. Francisco de Mello derrotó completamente á los mariscales Harcourt y Guiche, despues de haber tomado á Lens y á la Basée. Mas allá hubiera llevado sus conquistas, si no hubiera recibido órdenes de nuestra corte para pasar á Wesfalia y socorrer á los imperiales.

La nacion española sufria los funestos resultados de la insensata y torpe administracion del Conde Duque, hombre ambicioso, sin genio, orgulloso cuanto inhábil, envidioso, y desatinado en fin en todas las empresas. El funesto empeño de despojar de sus fueros á los catalanes y portugueses trajo consigo dos guerras civiles y devastadoras, en las dos estremidades de la Península. Sin cálculo, sin concierto, sin mira alguna profunda, toda su atencion la fijaba el presuntuoso ministro en la guerra terrestre, olvidado de reparar nuestra decadente marina, dejando como á merced de los enemigos de la España el dominio en los mares, con mengua de nuestra honra y gloria, y con detrimento y ruina del comercio la agricultura y las artes de nuestro desgraciado pais, que á tales manos se hallaba entregado; en tanto que la Francia su rival, bajo la administracion económica y fuerte del astuto y sagaz Richelieu, se presentaba en Europa como patrona y defensora de la independencia de los Estados. Tal era la situacion de España cuando en el año 1643, acaeció la funesta jornada de Rocroy en cuya «llanura, como dice un historiador nuestro, perecieron los restos de aquella valiente infantería española, que organizada por el Gran capitan, perfeccionada por el príncipe de Parma y el marqués de Espínola, decidió durante dos siglos la suerte de los combates y de los imperios, desde la batalla de Ceriñola hasta la de Norlinga. Pereció con honor sepultándose con su digno General el conde de Fuentes, habiendo rechazado por tres veces á la infantería francesa y á la caballería, que vencedora de las alas se habia cebado contra aquella masa terrible de guerreros que ocupaba el centro, protegida por la artillería.»

Ninguna alteracion causó la muerte de Luis XIII con respecto á la guerra entre Francia y España. Mandaba las fuerzas navales francesas en el Mediterráneo el duque de Brecé, compuestas de veinte navíos de guerra, dos fragatas y dos brulotes. Los españoles tenian en la rada de Gibraltar cinco galeones, y catorce navíos. Atacados por el almirante francés, en agosto, sufrieron un desastre despues de algunas horas de combate, perdiendo seis de aquellos buques, aunque Brecé forzado de un viento contrario tuvo que retirarse hácia el cabo de Gata. A este suceso siguió otro no mas venturoso para nuestra marina. Hubo combate el dia 3 de setiembre á la altura de Cartajena; la victoria se mantuvo dudosa largo rato: el almirante francés fué abordado, pero uno de nuestros navíos quemado; la confusion y trastorno que causó este acontecimiento trajo consigo el desórden en nuestra escuadra, y desconcertada, á favor de la noche se puso en salvo en el puerto de Cartajena, donde se perdieron, yendo á pique, cinco

buques que se hallaban muy maltratados. Estos y otros desastres tuvieron como paralizadas nuestras operaciones marítimas por mucho tiempo.

En tanto envió la Francia una espedicion para arrojar á los españoles de las plazas que poseian en la costa de Toscana. El duque de Brecé mandaba la escuadra, y el príncipe Tomás las tropas de desembarco, quienes sin estorbo alguno en 1646 pusieron sitio á Orbitelo, plaza que se hallaba defendida por D. Gaston de la Gasta, militar valeroso. Esfuerzos grandes se hicieron por la España para socorrer la plaza por mar, y al efecto se destinó una escuadra al mando del marqués de Pimentel. Componíase de treinta y una galeras, veinte y cinco grandes galeones y algunos brulotes, pero se hallaban en pésimo estado con respecto á su armamento, al mismo tiempo que la escuadra francesa estaba bien equipada de todo. A la vista de la plaza sitiada se trabó el combate, que duró tres horas, y á pesar de la superioridad del enemigo, bajo todos conceptos, menos en la parte de valor, su escuadra fué derrotada por la española, quedando muerto en el combate el duque de Brecé, y sufriendo insignificante pérdida los vencedores. Durante el combate hizo una salida de la plaza el gobernador de Orbitelo, y los franceses arrojados de la trinchera tuvieron que retirarse. Exito mas feliz tuvo para la Francia otra espedicion suya, apoderándose de Piombino en el continente y de Portolongone en la isla de Elba.

Cuando mas encarnizada seguia la guerra entre las dos naciones vecinas, á principio de 1648 se ajustó la paz entre España y Holanda, y el 30 de enero se ratificó este tratado en el congreso de Munster. Estipulóse que cada una de las dos potencias conservase lo que en los Paises-Bajos y en las Indias poseian, y que la España reconociese la independencia de los Estados-Unidos. La necesidad que habia de hacerse esta paz, bastaba para que en nuestra agobiada nacion se celebrase, á pesar de que era ya tarde para remediar todos los males, porque los franceses habian adquirido una preponderancia invencible. Así es que con su influjo y apoyo en Nápoles y Sicilia, las capitales Nápoles y Palermo se rebelaron contra España. En la segunda se ahogó fácilmente la rebelion en su orígen: mas no en la primera, donde á pesar de haberse apaciguado el tumulto con la muerte de Mazaniello, hombre vulgar que acaudillaba los sediciosos, la rebelion volvió á levantar la cabeza con mas fuerza y energía. Era el objeto de los sublevados constituir una república independiente del reino de Nápoles, y para que fuese Dux de ella, á imitacion de Venecia, llamaron al duque de Guisa, príncipe de la familia real de Francia. Al llamamiento de los presuntos republicanos acudió el duque con un corto número de soldados; mas durante su marcha á Nápoles iba navegando hácia aquella capital una armada española á las órdenes de D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, quien penetró en el puerto, y sitiando por tierra la ciudad del virey y duque de Arcos, Guisa fué hecho prisionero, la rebelion ahogada, y no pocos de sus autores y cómplices perecieron en el cadalso. Pasados algunos dias peleó la escuadra española con la francesa, mandada

por el duque de Richelieu, y apresándola dos navíos, y echándola cuatro á pique, la ahuyentó de aquellos mares. De la escuadra victoriosa se sumergieron tres galeras.

Con debilidad se continuaba la guerra con la preponderante Francia, y con Portugal perdido ya para España: pero las armas de Felipe IV eran felices en la campaña contra los pueblos sublevados de Cataluña. El marqués de Mortara, que mandaba el ejército real, despues de haber tomado á Flix y Balaguer, sitió á Tortosa en 1650. El mariscal francés Ligni se acercó á los Alfaques con cuatro navíos cargados de víveres y municiones para socorrer la plaza sitiada, y en la costa de Tarragona fueron apresados por el duque de Alburquerque, comandante de nuestra escuadra en aquellas aguas. A consecuencia de este suceso los de la plaza perdieron la esperanza de que fuese socorrida, y la entregaron al marqués de Mortara. Encaminóse este despues hácia Barcelona, y al año siguiente la puso sitio con un ejército de once mil hombres, al mismo tiempo que por mar la bloqueaba D. Juan de Austria, con la escuadra de su mando. Era gobernador de aquella imponente plaza D. José Margarit, y la defendió valerosamente.

Mientras esto sucedia asomaba la discordia en Francia. Turena, habiéndose declarado abiertamente contra el partido de Mazarini, se refugió á los Paises-Bajos, y anhelando vengarse de sus enemigos en Francia, entró en ella, auxiliado del ejército del archiduque, cuyo socorro solicitó y obtuvo; se apoderó de las plazas de Chatelet y la Chapelle; pero en tanto por otra parte los franceses se apoderaban de Retel, ambos ejércitos vinieron á batalla, en que la victoria quedó indecisa, de modo que ni unos ni otros pudieron hacer progresos. Ofendido tambien por Mazarini el príncipe de Condé, á quien la Francia debia la victoria de Rocroy, pasó igualmente á los Paises-Bajos á implorar, como Turena del archiduque, el auxilio de España, y una division marítima española dejó algunas tropas en Burdeos, ciudad que se habia declarado por el príncipe; pero tuvieron que retirarse tan pronto como el ejército del rey de Francia se acercó á aquella plaza.

Duraba aun la guerra civil en Cataluña, el año 1652, y Felipe IV confirió á D. Juan de Austria el mando de los ejércitos de mar y tierra que sitiaban á Barcelona. Consiguió el mariscal de la Mota introducir en la plaza un refuerzo de doscientos hombres; pero la contínua vigilancia de nuestros buques hizo inútiles todos los proyectos del enemigo para socorrer la ciudad por mar, en tal manera que al cabo de quince dias de sitio tuvo que rendirse Barcelona; bien que mediante una capitulacion honrosa para los sitiados, por la cual se conservaron los fueros y privilegios de Cataluña, concediendo además una amnistía general, de que únicamente fueron esceptuados algunos gefes. Así terminó la guerra civil en aquella rica y grande parte de la España; guerra que devorando millares de sus hijos, concurrió funestamente á dar un golpe mortal á la monar-

quía española, porque fué un obstáculo para socorrer oportunamente al ejército de Flandes, cuando mas atacado y estrechado se veia por ejércitos superiores en número, y mandados por generales muy acreditados.

Cuando á favor de la pacificacion de Cataluña creian los españoles respirar y tener algun alivio de las muy pesadas cargas que les agobiaban, Cronwell, que dominaba ya en la Gran Bretaña, y que como buen inglés atendia á las ventajas marítimas, se decidió por último á tomar parte en la guerra de Francia y España, declarándose contra esta, porque sus establecimientos ultramarinos le presentaban conquistas útiles al comercio y la marina inglesa. Envió pues dos escuadras poderosas; una al Mediterráneo, mandada por el almirante Black, y otra á América por el almirante Pen. La primera fué el terror del Mediterráneo, particularmente en las costas de Italia; y la segunda, despues de haber atacado á la isla de Santo Domingo, de donde fue rechazada con pérdida considerable de gente, revolvió contra la isla de Jamaica, que por desgracia se hallaba mal guarnecida, y cayendo fácilmente en su poder los ingleses se hicieron dueños de ella para siempre, siendo hoy dia una de las mas ricas colonias de Inglaterra.

Nuevas y muy dolorosas desgracias nos estaban reservadas en los mares para el año 1656. Abandonando Black las costas de Italia volvió á pasar el estrecho de Gibraltar con su temible escuadra, y cruzando por en frente de Cádiz fué á esperar la flota que se aguardaba de Indias, impaciente por atacarla. Divisando siete buques que venian delante, los acometió con tal prontitud, furor y acierto, que quemó dos, cuyo cargamento se estimaba en dos millones de pesos fuertes, echó á pique otro, cuyo valor era tambien muy considerable, hizo que chocasen dos, y apresó los otros que llevaban tambien grandes riquezas. No contento con esto, sin detenerse fué á combatir al grueso de la flota: supo que se habia refugiado en Canarias, escoltada por diez y seis buques, y dirigiendo allá las proas, halló las naves españolas en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, donde penetró audazmente, á pesar del fuego del castillo y de las baterías de tierra. Sucedia esto en 30 de mayo, dia en que mandó el afortunado almirante, que doce de sus mejores fragatas atacáran á nuestros buques de guerra. Defendiéronse estos con un valor que impuso respeto y temor á los enemigos, mostrando en su desesperacion que estaban resueltos á perecer antes que rendirse, pero los navíos ingleses se agolparon luego á sostener á las fragatas. Fuerzas tan superiores se apoderaron de nuestros buques, y no pudiendo llevárselos el vencedor, por haber quedado muy averiados, los pegó fuego, á escepcion de dos que se hundieron. La pérdida en los galeones apresados se estimó en ocho millones de pesos fuertes, y en otro tanto la de los sumergidos en ambos encuentros.

Mientras que los sucesos de la guerra eran adversos para nuestras armas en la guerra que sostenian contra Portugal, de suerte que el ejército español derrotado en Elvas fue perseguido por el portugués, siguiendo su alcance hasta cerca de las murallas de Badajoz, cesaron en 1659 las hostilidades en Flandes

y en Italia, con motivo de haberse estipulado en París los preliminares de la paz, á que fué consiguiente el tratado conocido con el nombre de *Paz de los Pirineos*. Por él se convino en la restitucion de Vercelli al duque de Saboya, y de Juliers al de Neoburg; y la cesion del Rosellon y una parte del Artois á la Francia, debiendo esta restituirnos las demas conquistas que habia hecho. Acaeció en 1660 la restauracion de la dinastía de los Estuardos en Inglaterra. La muerte de Cronwell abrió el camino á Cárlos II para subir al trono de sus abuelos, y España, que le habia dado asilo en Bruselas, hizo con él un tratado de paz, en que Felipe IV cedió á Inglaterra la plaza de Dunquerque y la isla de Jamáica, de que aquella nacion se habia apoderado como dijimos. Portugal era ya el único enemigo que en campaña hacia guerra á España; pero la Francia y la Inglaterra no perdonando medio alguno para debilitar mas y mas nuestro poder sin presentarse como beligerantes, permitieron que los portugueses levantasen tropas en aquellos reinos, y el general francés Schomberg, vino á servir al rey de Portugal. Con esto sufrió varios reveses nuestro ejército en aquella guerra, y para colmo de la adversidad, la escuadra española destinada contra Lisboa zozobró en las costas de Andalucia, y en las arenas de Rota se perdieron en la noche del 9 de octubre de 1663 casi todas las naves, entre ellas nueve galeras, en que iban las tropas de desembarco, que se hicieron pedazos. Este desastre parecia ser el golpe mortal de la Marina real española, despues de los muchos, muy frecuentes y funestos, que en los últimos años habia recibido.

A los dos años, en 1665, el ejército español mandado por D. Luis de Benavides, marqués de Caracena, y el portugués por el de Marialva, en las llanuras de Monteselans se dieron una batalla que duró ocho horas. La victoria se declaró por los portugueses, siendo la pérdida nuestra de cuatro mil hombres muertos, otros tantos prisioneros, catorce piezas de artillería, y la mayor parte de los bagajes. A pesar de esto se retiró Benavides en buen órden, merced al mal estado en que el ejército portugués se encontraba para perseguir al vencido, por haber perdido tambien mucha gente. A poco tiempo de esta derrota, en el mismo año, en 17 de setiembre falleció Felipe IV, á los sesenta años de edad, y cuarenta y cuatro de un reinado desastroso para la España; para mayor calamidad, el príncipe heredero que bajo el nombre de Cárlos II subió al trono, no pasaba de la edad de cuatro años, y la reina viuda entró á ejercer con un poder absoluto la regencia.

Apenas habia muerto el rey Felipe, tomó Luis XIV por pretesto el derecho que suponia tener á la posesion de Flandes, el Brabante y el Franco Condado, y declarando guerra á España se abrió la campaña en 1667. Las armas francesas lograron ventajas desde un principio; pero cuando mas confiado estaba el monarca francés de estrechar á los ejércitos españoles que tenia en frente de los suyos, á causa de la guerra que al mismo tiempo sosteníamos contra Portugal, por la mediacion del rey de Inglaterra, en 13 de febrero de 1668, se firmó en

Lisboa la paz, entre Portugal y España, reconociendo esta la independencia de aquella, con todos los dominios que poseia antes de su incorporacion á nuestra monarquía, escepto la plaza de Ceuta que se agregó á nuestra nacion.

En el transcurso de siete años estuvo como postrada la Marina real española, ó como si hubiese desaparecido para siempre de los mares europeos, en tanto que todos los esfuerzos de la abatida España se dirigian á resistir en tierra las superiores fuerzas de la Francia su enemiga. No descuidaba esta los negocios de Sicilia. Además de un gran socorro qué por segunda vez entró en Mesina sin obstáculo alguno en 1675, envió al duque de Vivonne con una respetable escuadra, que en el Faro encontró con la española mandada por el marqués del Viso. Empeñado el combate, en lo mas reñido de él salió del puerto de Mesina Valbelle con sus navíos, y atacó á la escuadra española, que cediendo á la gran superioridad de fuerzas, en desórden tuvo que huir á Nápoles, lamentando la pérdida de cuatro navíos y mucha gente. A consecuencia entró Vivonne en Mesina, fue reconocido como virey del soberano de Francia, y sacando sus tropas á campaña se apoderó de Augusta y Leontini.

Sucesos tan desgraciados para la España determinaron á la regente del reino á enviar á D. Juan de Austria á Sicilia, con el título de lugar-teniente de los Estados nuestros en Italia, confiada en que su presencia allí ahogaria el espíritu de rebelion. Solicitó al mismo tiempo y consiguió de los holandeses, ya que nuestra marina no se hallaba en estado de presentar fuerzas considerables en las costas de Italia, que el almirante Ruyter viniese al Mediterráneo para oponerse á los progresos de la escuadra francesa. No tardó en pasar aquel célebre marino á las costas de Cataluña, donde debia juntársele D. Juan de Austria que con este objeto habia ido á Barcelona; pero en tanto cumplió el término de la regencia de la reina madre, y el rey, ya de mayor edad, apenas empezó á regir la monarquía escribió á D. Juan de Austria una carta autógrafa, mandándole venir á la corte. Ruyter partió sin él, y despues de haber sufrido dos tempestades antes de llegar á Caller, arribó á Melazo. Auxiliados por su escuadra los españoles, se apoderaron de Ibiso que estaba por los franceses.

Al paso que la guerra era adversa para nuestras armas en la parte de los Pirineos, en tal manera que las francesas penetraron el año 1676 en el Ampurdan, ocuparon á Figueras, y llegaron hasta cerca de las murallas de Gerona, la campaña de Sicilia presentaba tambien un aspecto desfavorable. El francés Duquesne saliendo de la esfera de corsario, que habia sido hasta entonces, navegó hácia Mesina, conduciendo un socorro considerable de gente, víveres y municiones. Veinte navíos, seis brulotes y muchos buques de transporte componian su escuadra. Ruyter salió de Lipari para impedirle la entrada en el Faro: avistáronse las dos escuadras rivales cerca de la isla de Estromboli, y trabándose un combate obstinado quedó el mar de batalla por Duquesne. Al dia siguiente se reunió á los holandeses una escuadra española mandada por el prín-



C. Mugica invº y litº. Lit. de J. J. Martinez. Madrid.

ATACADAS EN EL PUERTO DE PALERMO

por la escuadra francesa la española y holandesa combinadas, los comandantes de los brulotes de estas los incendian, el fuego se comunica á los navios de ellas y hace estragos horrorosos. (Año 1676)

cipe de Montesarchio, compuesta de diez navíos, y á pesar de que á Duquesne se le reunieron otros diez, al mando del marqués de Almeras, conoció la imposibilidad de arribar á Mesina por el Norte del Faro, y dando la vuelta á la Sicilia, por la parte del Sur penetró en la plaza.

Por tierra sitió á Mesina el General español, conde de Bucquoi, y por mar el almirante Ruyter; pero rechazados los españoles con pérdida de cuatrocientos hombres entre muertos y heridos, en una salida que hicieron los sitiados, el holandés levó áncoras y se retiró al golfo de Catana. Duquesne fué en busca suya, resuelto á combatirle, y las escuadras holandesa y francesa se acometieron con furor ciego, sin que la española pudiese entrar en combate, á causa de la contrariedad del viento. Una bala de cañon rompió las piernas á Ruyter, y al caer se hizo además una herida grave en la cabeza; á pesar de tal desgracia tuvo serenidad y valor para continuar dando órdenes; hasta que convencido de que era gran temeridad pugnar con fuerzas muy inferiores á las del enemigo, mandó retirar la escuadra á Siracusa, cediendo á Duquesne la victoria. El héroe marino de la Holanda terminó gloriosamente su carrera, muriendo de resultas de las heridas que recibió en su último combate.

La escuadra española, aunque no habia combatido, se hallaba en pésimo estado, si bien no tanto como la holandesa, y ambas se fueron á reparar sus averías á Palermo. No queria perder el marqués de Vivonne la ocasion de atacarlas en la situacion que se encontraban, y al intento salió de Mesina con veinte y nueve navíos, veinte y cinco galeras y nueve brulotes. Las encontró puestas en línea bajo la proteccion de las baterías de la plaza, y sin embargo tuvo el arrojo de acometerlas con un denuedo inaudito, y con tal acierto que los brulotes franceses incendiaron cuatro navíos de la escuadra combinada, uno de ellos la Almiranta española. En la desesperacion que sobrecogió á los comandantes de los brulotes españoles y holandeses, para evitar que cayesen en poder de los enemigos, les pegaron fuego; pero el viento los arrojó hácia el puerto donde la escuadra combinada se habia refugiado, y, sin que fuese posible evitarlo, hicieron tal estrago que incendiaron la vice-almiranta española, la holandesa, otros siete navíos, y muchos buques mercantes que estaban en el puerto, causando en fin una horrorosa esplosion, que haciendo estremecerse toda la ciudad se arruinaron muchos edificios de ella. La pérdida fué incalculable. Los aliados esperimentaron la de setecientos cañones, cinco mil hombres y los buques incendiados: todo á poca costa de los franceses, cuya victoria debieron al genio de Duquesne que dirigia las operaciones. Tan funesto fué este combate para nuestra marina real, que durante la dominacion austriaca no volvió á levantarse de sus ruinas. Vivonne se enseñoreó en el Mediterráneo, y emprendiendo luego la conquista de Sicilia se apoderó de Merilli, Taormina y Escaleta.

Al fin, despues de algunos años de guerra con la Francia, se vió España obligada á hacer la paz con aquella nacion, en 1678, á consecuencia del tratado

[illegible]



LIBRO NOVENO.

SUCESOS MARITIMOS DURANTE EL SIGLO XVIII.

CAPITULO PRIMERO.

Empieza el reinado de Felipe V, y con él la guerra de *sucesion*, coligándose contra España la Inglaterra, la Alemania y la Holanda.—La escuadra combinada de estas tres Potencias se apodera de Rota y el Puerto de Santa María, y desaloja de allí á los enemigos el conde de Fernan-Nuñez, comandante de las galeras españolas.—Derrota una escuadra inglesa á la española y francesa combinadas, en el puerto de Vigo.—Preséntase el archiduque de Austria, pretendiente, á la vista de Barcelona, con la escuadra inglesa, y tiene que retirarse.—Apodéranse los ingleses de Gibraltar.—Combate naval en las aguas de Málaga, en que unos y otros se atribuyen la victoria.—Bloqueo inútil de Gibraltar por los españoles.—Hostilizan las escuadras enemigas la costa de Cataluña, los aliados toman á Barcelona, y se propaga la guerra civil en Cataluña.—Sucesos varios en los diferentes Estados españoles, con alternativa de triunfos y reveses nuestros.—Paz por el tratado de Utrecht.—Nueva guerra con el Austria.—Una escuadra nuestra hace desembarco en Cerdeña, isla de que se apodera. Otra escuadra al mando de Gaztañeta desembarca tambien tropas en Sicilia, pero atacada pérfidamente en cabo Pássaro por los ingleses, á quienes se tenia por amigos, queda destruida.—Entra una escuadra inglesa en varios puertos de Vizcaya, se apodera de los buques nuestros y destruye los astilleros.—Proyecto malogrado del gobierno español, para hacer un desembarco en Inglaterra.—Apresan los ingleses en las aguas de Sicilia una pequeña armada nuestra.—Tratado de paz de la cuádruple alianza en 1720, y evacuacion de la Sicilia por los españoles.—Espedicion de estos á Marruecos, donde hacen levantar el sitio que los moros habian puesto á Ceuta (1).

El testamento de Cárlos II, quien murió sin sucesion, declaraba heredero de todos sus Estados en ambos mundos al duque de Anjou, que reconocido y jurado rey en todos los dominios de la monarquía española hizo su entrada pública en Madrid, el dia 14 de abril del año 1701. Así dió principio en España una nueva era con el reinado de una nueva dinastía: mas apenas habia subido al

(1) Autores ó Historiadores que hemos consultado: *Lopez de Ayala; Bacallar y Sanna; Salazar; Ulloa; Juan y Santacila; Vargas y Ponce; Fernandez de Navarrete; Continuador de Miñana; Viaje de la fragata* Santa Maria *de la Cabeza, al Estrecho de Magallanes; Apéndice al mismo viaje;* y otros varios.

trono el príncipe de la casa de Borbon, bajo el nombre de Felipe V, cuando el emperador de Austria le disputó sus derechos á la corona española. Esta pretension infundada, por cuanto el duque de Anjou era llamado al trono por las leyes del reino, encendió la muy sangrienta y prolongada guerra de sucesion, en que con el emperador de Austria se coligaron la Inglaterra y la Holanda, para entronizar en España al archiduque pretendiente, y en nuestra decadente nacion se encendió tambien con esto la discordia civil, dividiéndose algunas de sus mas ricas provincias en partidos; unos por Felipe, otros por Cárlos, cuyo nombre era el del austriaco.

Declaradas las hostilidades por la Inglaterra, la Holanda y el Imperio, á un mismo tiempo, en 15 de mayo de 1702, apareció en las aguas de Cádiz la escuadra combinada de aquellas tres Potencias, mandada por el almirante inglés Rooke, con un cuerpo de ejército de desembarco, compuesto de diez mil ingleses y algunos holandeses, de los cuales era General el duque de Ormond. Al marqués de Villadarias estaba confiada la defensa de las costas de Andalucía, pero las verdaderas fuerzas con que contaba estaban reducidas á un corto número de infantes y caballos, bien que en breve se aumentaron, acudiendo á sus filas la lealtad y patriotismo de muchos de aquellos habitantes, que voluntariamente en ellas se alistaron. Aun así eran tan poco numerosas aquellas tropas, indisciplinadas en gran parte, que á fin de aparentar que eran mucho mas de la realidad, apeló Villadarias á la astucia de levantar grandes polvaredas de dia, é infinitas hogueras de noche, en varios puntos de la costa. No por esto dejaron de apoderarse los enemigos de Rota, merced á la deslealtad de su gobernador, simulado partidario del pretendiente, y del Puerto de Santa María, sin que pudieran hacer aproches al castillo de Matagorda, porque las galeras españolas y francesas, mandadas por el conde de Fernan-Nuñez, obraron con tal actividad, esfuerzo y acierto, que destruian los trabajos que á favor de la noche hacian los ingleses. Así se vieron estos forzados á renunciar al proyecto de tomar á Cádiz, y despues de haber esperimentado gran pérdida, cometieron escesos sin cuento en el Puerto de Santa María, saquearon la poblacion, y evacuándola se retiraron. Consecutivamente abandonaron á Rota; el gobernador, que la habia vendido, cayó en poder de Villadarias y en la horca espió su crímen.

El almirante inglés se apartó del golfo de Cádiz, y dobló el cabo de San Vicente, con el objeto de apresar la flota española que de Indias esperábamos, y que escoltada por una escuadra francesa, á las órdenes del conde de Chateare-nault, entró en el puerto de Vigo para evitar el encuentro con los ingleses. No tardó la escuadra aliada en presentarse á la boca del puerto, cuya cadena rompió despues de haberse apoderado de los débiles castillejos de la entrada, y á breve rato comenzó y se empeñó un furioso combate, en que españoles y franceses se defendieron con valor sumo, obstentando en particular su heroismo nuestro teniente de navío Escaleta. En su desesperacion, con inaudito arrojo, determinó en-

gancharse con el navío almirante inglés, para incendiarle y volar los dos juntos, antes que rendirse, y habiendo tenido la desgracia de caer herido de muerte, sin lograr su intento, al espirar recomendó con serenidad aquella accion desesperada á su sucesor, que la emprendió y ejecutó impávido. Ninguno de los buques españoles y franceses pudo salvarse: todos cayeron en poder del enemigo ó fueron devorados por las llamas, ó sumergidos en el mar con las grandes riquezas que traian en géneros y en preciosos metales. Dos mil hombres perdieron España y Francia en aquella trágica jornada, y mil quinientos los ingleses. Estos y los holandeses publicaron que el botin les habia valido cuatro millones de pesos fuertes.

Alentado el archiduque Cárlos por la alianza con la Inglaterra y Holanda, que le habian reconocido ya rey de España, de Viena pasó á Lóndres, con la escuadra del almirante Rooke; se hizo á la vela para la Península, y en 7 de marzo de 1704 desembarcó en la ria de Lisboa, con nueve mil hombres de tropas inglesas, á las cuales debian reunirse los grandes refuerzos que de Holanda se esperaban. De allí, en tanto que el ejército español penetraba en Portugal y se apoderaba de algunos puntos fortificados, estando la escuadra inglesa de Rooke á la vista de Barcelona, fué á incorporarse en ella, y en una falúa se acercó á la plaza para dar aliento á sus partidarios. Esto fué bastante para una conjuracion, tratándose de abrir las puertas á las tropas del príncipe de Darmstadt, que á favor del archiduque llevaba la escuadra; pero frustrada la tentativa por la vigilancia del virey, D. Francisco de Velasco, el almirante inglés, despues de bombardear en vano la opulenta ciudad, tuvo que retirarse de aquellas aguas.

Mas felices fueron los ingleses por desgracia nuestra en el mismo año, con otra espedicion cuyos resultados lamenta España desde entonces. La importantísima plaza de Gibraltar se hallaba tan desguarnecida é indefensa, que su custodia se reducia á ochenta infantes y treinta caballos, sin artilleros y hasta sin municiones. Descuido ó abandono tan culpable y punible, por parte del Gobierno español, parecia brindar con la fácil toma y ocupacion perpétua de aquel punto á los ingleses, que no desperdiciaron la ocasion. Gobernaba la plaza D. Diego Salinas, quien no omitió medio ni recurso alguno de cuantos estaban á su alcance para defenderla: pero el enemigo, que se presentó con respetable escuadra, sin que nosotros tuviésemos ninguna en aquella bahía, se apoderó desde luego de un buque francés de doce cañones, que estaba en el muelle viejo; con un cañoneo incesante y acertado apagó los fuegos de la batería del Sur, y se hizo dueño del muelle, sin que impedirlo pudiera una mina que los españoles volaron, causando no poca pérdida de gente á los agresores; entraron estos en el bastion situado entre el muelle y la ciudad, y fué preciso capitular. Por rey de España proclamaron allí al archiduque Cárlos, y sin embargo la plaza quedó y permanece todavía en poder de Inglaterra.

Con el importantísimo objeto de recobrar á Gibraltar, entre otras grandes

disposiciones, al mismo tiempo que Felipe V ordenó que fuese por tierra un cuerpo de tropas desde las fronteras de Portugal, el conde de Tolosa, hijo natural de Luis XIV, y comandante de la escuadra hispano-gala en el Mediterráneo, se dirigió con ella al Estrecho, y el 24 de agosto avistó á la inglesa y holandesa en las aguas de Málaga. Ni unos ni otros esquivaron el combate, antes bien se trabó muy luego tan sangriento y empeñado que ambas partes se atribuyeron la victoria. Los holandeses perdieron sin embargo dos navíos de línea, y casi todas sus tripulaciones que ascendian á mil cuatrocientos hombres. De mil quinientos fué, entre muertos y heridos, la pérdida de españoles y franceses. Sumamente estropeados quedaron los navíos de ambas escuadras.

Este resultado poco ó nada favorable al objeto propuesto, decidió al conde de Tolosa á destacar su segundo Pointis con diez navíos de línea, nueve fragatas, y tres mil hombres de desembarco, para auxiliar á Villadarias, que inútilmente sitiaba á Gibraltar; pues al mismo tiempo que los ingleses la socorrian por mar sin estorbo alguno, la escuadra francesa tenia que volverse á Cádiz con frecuencia á causa de vientos contrarios. El sitio por consecuencia se convirtió en bloqueo por la parte de tierra, siendo imposible hacer por mar otro tanto.

Al año siguiente, 1705, determinó el Gobierno español hacer mayores esfuerzos para emprender de nuevo el sitio de Gibraltar, y despues de muchos y grandes preparativos, en cuanto lo permitia el estado de la guerra en otros varios puntos, envió al mariscal de Tessé para que mandase el ejército de tierra. Por mar debia estrechar Pointis con la division que mandaba en Cádiz; pero en ocasion que no tenia mas que cinco navíos porque un temporal habia dispersado los demas, le atacó Lack con una escuadra muy superior, y tres de aquellas naves cayeron en poder del enemigo; con dos se abrió paso Pointis, varó entre Estepona y Marbella, y las quemó despues de haber puesto en salvo las tripulaciones. A consecuencia volvió á convertirse en bloqueo el sitio de Gibraltar.

A esta desgracia siguieron otras mayores, porque dueños los ingleses del Estrecho que une los dos mares, sin que hubiese de nuestra parte fuerzas navales que contrarestasen las de las tres Potencias coligadas, estas despacharon desde Lisboa un cuerpo de doce mil hombres de tropas escogidas, bajo el mando del conde de Peterborough, general inglés, uno de los mejores de su tiempo. Iba destinada esta espedicion á Barcelona, y al pasar la escuadra por Denia, un valenciano llamado Basset, adicto al partido austriaco, tomando el título de virey, con dos mil ingleses que le dieron, y la tropa que en aquel pais levantó, encendió la guerra civil en el reino de Valencia; entró en varios puntos que se hallaban mal guarnecidos, y la capital le abrió sus puertas. A la par de estos sucesos desembarcó el archiduque en Palamós con ocho mil hombres, á que se incorporaron instantáneamente muchos catalanes, y sitió á Barcelona. Una catástrofe puso el castillo de Monjuich en manos del pretendiente. Cayó una bomba en el almacen de pólvora, le incendió, en la esplosion perecieron el gober-

nador y varios oficiales; los que quedaron vivos se intimidaron, y la guarnicion se rindió quedando prisionera de guerra. Dos asaltos habian dado al castillo los aliados, esperimentando la pérdida de ochocientos hombres, entre ellos el príncipe de Darmstadt. La toma de Monjuich trajo consigo la de Barcelona, que capituló, en 9 de setiembre de 1705; á esto fué consiguiente la defeccion en toda Cataluña; se propagó la guerra civil en Aragon; y todo fué confusion y horrores en el Principado y los dos reinos limítrofes.

Harto conocida era la urgencia y la importancia de la reconquista de Barcelona. Con cuantas tropas pudo recojer Felipe V sin desatender la guerra en la frontera de Portugal, acudió prontamente á sitiar la metrópoli de Cataluña, ganoso de apoderarse de ella antes de que la escuadra aliada pudiese socorrerla; bien convencido de que la insurreccion quedaria vencida tan pronto como Barcelona fuese recobrada, y los aliados no tuviesen ningun punto fortificado en la costa del Mediterráneo. Con actividad se formalizó el sitio en la primavera de 1706, estrechándolo por mar el conde de Tolosa. El castillo de Monjuich fué tomado por asalto; pero cuando la ciudad se encontraba en el mayor apuro, en 3 de mayo se avistó la escuadra aliada, compuesta de cincuenta y tres navíos de línea, é igual número de trasportes, con diez mil hombres de infantería y mil de caballería. Dos dias antes se habia retirado del apostadero el conde de Tolosa, y Felipe V, levantando el sitio, dejó abandonada la artillería de batir, las municiones y demas pertrechos, y se retiró con su cuerpo de ejército al Rosellon, á fin de volver á entrar en España por Navarra, á causa de los estorbos y peligros que encontrára retirándose por el camino de Aragon. Asi quedó este espedito para la marcha del archiduque, que favorecido del pais hizo su entrada triunfal en Zaragoza.

La escuadra inglesa del Mediterráneo se apoderó de Alicante, Cartajena y las islas Baleares, quedando únicamente el castillo de Mahon por el rey Felipe. En el mismo año perdimos los Paises Bajos, al siguiente el Milanesado, y en el inmediato, 1707, el reino de Nápoles: pero la dolorosa impresion que todas estas pérdidas debian causar en España, se hizo mucho menos sensible de lo que debiera, con la alegria que produjo la gran victoria alcanzada por las armas de Felipe V en las llanuras de Almansa, el dia 25 de abril, á que fueron consiguientes muchas ventajas en los reinos de Aragon y Valencia, y por último en Cataluña; mas por desgracia en 1708 se apoderaron los ingleses de la isla de Menorca; en Almenara sufrió el ejército de Felipe una derrota, y otra á la vista de Zaragoza; el rey se vió forzado á retirarse á Valladolid, y el archiduque entró en Madrid, donde por alguna turba de gente pagada fué proclamado monarca de España: pero á poco tiempo rehecho nuestro ejército, y mandado por el duque de Vendoma, el pretendiente hubo de retirarse abandonando la metrópoli, y Felipe volvió á ella, haciendo su entrada solemne en 3 de diciembre. Por último, la batalla de Villaviciosa en que el ejército anglo-austriaco quedó derrotado, decidió la gran

contienda de sucesion á la corona de España, en tal manera que á poco tiempo empezaron las negociaciones de paz, que en 1714 terminaron con el tratado de Utrecht. Por él se reconoció á Felipe V por rey de España y de Indias, cediendo á los ingleses la plaza de Gibraltar y la isla de Menorca, al Duque de Saboya el reino de Sicilia, al elector de Baviera los Estados de Namur y Lujemburgo, y á la casa de Austria los reinos de Nápoles y Cerdeña y el ducado de Milan. A los ingleses se les concedia el *asiento* ó venta de los negros en la América española, escluyendo de él á todas las naciones, inclusa la francesa. De advertir es que ni el emperador ni los reyes de Francia y España, hicieron entre sí la paz, aunque se convino en un armisticio en los Paises-Bajos, y en la evacuacion de la Cataluña por los alemanes. Estos se mantuvieron poseedores de Barcelona, y la mayor parte de las tropas españolas tuvieron que cargar sobre Cataluña, donde aun duró la guerra civil algun tiempo. Barcelona fué sitiada por el ejército de Felipe, bloqueando el puerto la escuadra hispano-gala, y despues de sufrir un bombardeo se rindió á discrecion.

Las delicias de la paz se empezaban ya á gozar en España, cuando un incidente inesperado concurrió á dar de nuevo pábulo al incendio de la guerra. Venia de viaje de Roma para España en 1717 D. José Molinés, nombrado Inquisidor general por Felipe V, y á su paso por Milan fué arrestado de órden del emperador de Austria. Esta accion fué mirada por el rey de España como una injuria que de propósito le hacia su rival, y desde luego se propuso tomarla por pretesto para poner en ejecucion, por consejo del famoso Alberoni, el atrevido proyecto de que le fuesen restituidos los Estados que la paz de Utrecht le habian hecho perder en Italia.

Del puerto de Barcelona salió, pues, en 27 de julio de aquel mismo año una escuadra española, gobernada por D. Esteban Mari, con un cuerpo de ejército de ocho mil infantes y seiscientos caballos, al mando del marqués de Ledé; llevando este á sus órdenes al teniente general D. José Armendariz, y al mariscal de campo conde de Montemar, que tan célebre se hizo en adelante. Cuando la Europa toda creyó que estas fuerzas se dirigian á los mares de Levante, en auxilio de los venecianos contra los turcos, las tropas que conducia aquella escuadra desembarcaron en la isla de Cerdeña, y de ella se apoderaron despues de haber tomado la plaza de Caller, que se resistió diez y siete dias. Con tres mil hombres para guarnecerla quedó en la isla Armendariz, y la escuadra regresó á Barcelona.

El buen éxito de esta espedicion fué un incentivo para otras mayores. En 18 de junio del año inmediato, 1718, salió del mismo puerto una escuadra compuesta de treinta navíos y algunas fragatas, con otros buques menores, y cuatrocientos cuarenta barcos de transporte, llevando un ejército de desembarco de diez y seis mil hombres. Iba la escuadra al mando de D. Antonio de Gaztañeta (1),

(1) Nació D. Antonio de Gaztañeta é Iturribalzaga en Motrico, pueblo de Vizcaya, en 11 de agosto de 1656. A los 12 años de edad empezó á navegar, é instruido ya en las matemáticas, en 1692 hizo un viaje á Vera-



ANTONIO DE GAZTAÑETA.

y al del marqués de Ledé las tropas. Desembarcaron estas en Sicilia, el dia 1.º de julio, y destacándose algunas fuerzas navales para Malta, lo restante de la escuadra fondeó en el estrecho de Faro, cerca de Mesina, en 8 de agosto. En el Mediterráneo tenian los ingleses mas de veinte navíos mandados por el almirante Bingks: los cuales habian sido muy bien recibidos en Nápoles, de donde salieron con intenciones hostiles, y cerca del mismo Faro anclaron en 10 de agosto. Al saberse su aproximacion en la escuadra española, los gefes de la espedicion tuvieron una junta en casa de D. José Patiño, que en calidad de plenipotenciario iba para que, en cuantos casos árduos pudieran ocurrir, influyera acerca de las disposiciones que se dictáran, y tanto este representante como Gaztañeta, atendiendo á las advertencias que el ministro Alberoni les habia hecho, y sujetándose á las instrucciones de la corte, fueron de opinion, que bajo el concepto de que los ingleses venian como medianeros, y no como agresores, no era de esperar que rompiesen con España, y que comprometiesen las ventajas de su comercio. De distinto modo pensaba la mayoría de la junta, siendo de dictámen que se recibiera á los britanos con el recelo, la prevencion y cautela que el caso requeria; y aunque en fuerza de la autorizada voz de Patiño y Gaztañeta prevaleció el parecer de estos, se dispuso que la escuadra, en razon de ser muy inferior á la inglesa, saliese como salió de la angostura hácia el cabo Spartivento, para facilitar la incorporacion de los navíos destacados á Malta, y descubrir la intencion de los ingleses. Los navíos de estos salieron tambien sin demora en seguimiento de los españoles. Con poca vela, por no manifestar temor ni desconfianza, navegaba Gaztañeta, y de este modo perdió el tiempo y la ocasion de burlar la perfidia de los que eran tenidos al menos por neutrales, como pudo

cruz en un navío de aviso, mandado por su padre D. Francisco de Gaztañeta, quo era hábil marino. Regresó felizmente de esto viaje, y sucesivamente en doce años, hasta el de 1684, hizo otros á Buenos Aires, Tierra-firme y Nueva-España. En aquel año pasó á servir en la Armada real del Océano, fué piloto mayor de ella, y ascendió al grado de capitan de infantería. Atendidos sus buenos servicios le confirió Folipe IV el título de capitan de mar y guerra de la Capitana Real, y por el acierto con que la gobernó fué premiado con el título y grado de almiranto *ad honorem*. En 1702 fué á Bilbao nombrado superintendente general de los astilleros de Cantabria, y en el do Zornoza fabricó el galeon *Salvador* de 74 cañones, de nueva construccion, que fué muy alabada de naturales y estranjeros, y con igual aciorto otros buques, mereciendo especial atencion los seis de guerra de 60 cañones cada uno, que hizo en 1715 con gran maestría y ahorros del Erario; y los quo para la navegacion de Buenos Aires concluyó poco dospues, do tan aventajada construccion que el almirantazgo de Holanda mandó á sus constructores sacar las medidas y galibos para hacer otros semejantes, y destinarlos á la navegacion del partido oriental.—Restituido Gaztañeta á España, despues del funesto combate de Cabo Pásaro, cuya relacion hacemos en otro lugar, continuó haciendo importantes servicios en su carrera. Salió do Cádiz, en 1726, mandando una escuadra quo á causa de los temporales estuvo para naufragar en una ensenada de la isla de Santo Domingo, y al año siguiente regresó y vino á Galicia, conduciendo la flota, con la cual atravesó de nocho por en medio de la inglesa, quo le esperaba, y con tan atrevida resolucion salvó el rico tesoro que conducia. Tal sorpresa causó esto á nuestra corte, que en premio señaló el Rey una pension de 1,000 ducados á Gaztañeta, y otra de 1,500 á su hijo.—Las reglas y proporciones que presentó al monarca para la construccion de bajeles, merecieron tal aprecio, que por Real Cédula de 13 do mayo de 1721 se mandaron observar en los astilleros do España é Indias, imprimiéndose con las láminas y planos correspondientes. Murió este benemérito marino español, de accidente repentino, en Madrid, en 5 de febrero de 1728.

hacerlo retirándose á Malta ó á Cerdeña. Esta conducta, que juzgaba prudente el gefe de la escuadra, causó disgusto á los cabos y oficiales, quienes le espusieron el peligro á que se esponia; mas persistiendo en su propósito alegaba como disculpa que debia atenerse á lo que Patiño le habia prescrito; bien que este le decia que ya en mar ancha dejaba á su discrecion y prudencia tomar el partido conveniente.

Tal era la situacion de nuestra escuadra, cuando el 11 de agosto, á causa de los vientos y corrientes, las naves de ambas amanecieron confundidas ó mezcladas sobre el cabo Pásaro en el canal de Malta, incidente que puso á la escuadra española en la imposibilidad de formar una línea de combate. En tres pelotones, mas bien que en otras tantas divisiones, se desunió el cuerpo de nuestra escuadra. El primero, mandado por el marqués de Mari, tuvo que embarrancar en la playa salvando con trabajo la gente, entregando á las llamas unos buques, y logrando los enemigos sacar otros. Los ingleses, en tal estado atacaron al cuerpo principal de la Armada española, nave por nave, separadamente, con varias de las suyas. A pesar de esto la resistencia y el valor de la gente española fué en tal manera, que el combate duró muchas horas teniendo que rendirse al cabo el navío Príncipe de Asturias, y las fragatas Rosa, Volante y Juno, destrozadas ya enteramente, y muerta la mayor parte de sus tripulaciones. Siete navíos enemigos atacaron al de Gaztañeta, con un brulote además, y su defensa fué tan valerosa y obstinada, que por dos veces impuso respeto á los agresores y evitó el incendio; mas por desgracia al intrépido General le traspasó la pierna izquierda una bala, quedando esta clavada en el tobillo de la derecha. El casco y la arboladura del navío estaban ya destrozados, y la pérdida de su gente llegaba ya á doscientos hombres, por todo lo cual se vió forzado á ceder. A breve rato aparecieron las naves que regresaban de Malta, y á esta circunstancia, que hubiera sido una gran dicha si unas horas antes ocurriera, se debió la salvacion de cuatro navíos y algunos buques menores. Por una fatalidad nuestras galeras no pudiendo entrar en combate, se retiraron á Palermo, y el vencedor tan pronto como pudo reparar sus averías, fué á obstentar en el puerto de Siracusa las presas, vergonzoso fruto de su perfidia. «Mas que batalla naval, dice un historiador nuestro, hablando de la que hemos referido, debe esta considerarse como la reunion de combates parciales, muy desiguales, en que lució el noble valor y la heróica resistencia de los españoles.» El General víctima de su credulidad y buena fé, así como los oficiales, soldados y marineros prisioneros, fueron conducidos á Augusta, y puestos allí en libertad pasaron luego á Palermo, y de aquí á España. El almirante Bing, despues de su ignominiosa victoria, introdujo en Sicilia tropas austriacas con dos objetos: el primero echar á los españoles de la isla, ó á lo menos impedir sus progresos, y el segundo obligar al duque de Saboya, mal de su grado, á admitir el trueque de aquella isla por la de Cerdeña. El hecho es que arruinadas enteramente nuestras fuerzas na-



D. ESTEBAN MARI

vales en el Mediterráneo, se desvaneció la esperanza que en España se tenia de continuar con buen éxito la conquista de Sicilia.

En el mismo año atacó otra escuadra inglesa los puertos de Vizcaya, donde se construian nuevos buques, se apoderó de los que habia hechos, y destruyó los astilleros. Todos estos desastres no bastáran para que el ministro Alberoni decayese de ánimo, como en cualquiera otro seria natural, considerando los funestos resultados de sus muchos desaciertos; antes bien empezó á revolver en su inquieta imaginacion los medios de vengarse de la poderosa Inglaterra. Entre otros, haciendo grandes esfuerzos, aprestó nueva escuadra en los puertos de Galicia, para conducir á la Gran Bretaña al hijo de Jacobo II, apodado el Pretendiente. Para favorecer mejor la causa del desvalido príncipe fomentaba en la corte de París, y en la provincia de Bretaña, una conspiracion encaminada á quitar al duque de Orleans la regencia de Francia, y que recayese en Felipe V: pero una y otra tentativa se malogró de un modo lamentable. La conjuracion de París fué descubierta por la imprudencia de sus agentes, y la escuadra que debia conducir al Pretendiente, fué desbaratada por una tempestad. En medio de tantos reveses se sostenia nuestro ejército de Sicilia, favorecido por la adhesion de los sicilianos á la dominacion española. Sitió el marqués de Ledé á Melazo y rechazó una salida que hizo la guarnicion, dando muerte á mas de mil hombres; pero como los austriacos tenian libre la mar, socorrian frecuentemente la plaza, y fué preciso que el sitio se convirtiese en bloqueo. Todo se presentaba ya adverso; toda empresa nuestra parecia llevar consigo la fatalidad. Para apoyar el mucho partido que el Pretendiente tenia en el Norte de Escocia, habia pasado allá un teniente coronel español con trescientos soldados y armas para dos mil hombres; mas á consecuencia de la ruina de la espedicion principal, de que hemos hablado, aquel gefe con su tropa se encontró comprometido en tal manera que defendiendo algunos parajes montuosos de aquel pais contra el General Wigman, pereció con todos los suyos. Una pequeña armada que teníamos en las aguas de Sicilia fué apresada por los ingleses, al mismo tiempo que el emperador de Austria envió á aquella isla un cuerpo de diez mil infantes y mil quinientos caballos; el marqués de Ledé con escasas fuerzas para resistir á la superioridad de las austriacas, fué atacado y vencido en varios puntos, y en la imposibilidad de recibir socorros de España no pudo salir de Sicilia como deseaba para salvar su gente, ya que no era posible conservar la isla, hasta que la evacuó, á consecuencia de la paz de la cuadruple alianza, á que accedió Felipe V por un tratado que se firmó en el Haya en 17 de febrero de 1720. Tal fué el éxito de la espedicion para la reconquista de Sicilia, espedicion con que el imprudente Alberoni quiso que nuestra débil marina luchára temerariamente contra la de Inglaterra, que entonces era muy superior en los mares.

A pesar de los reveses y desastres que el marqués de Ledé sufrió en Sicilia, cuando regresó á España trajo un ejército que ascendia á veinte y cuatro mil

soldados veteranos. Tambien perdimos la Cerdeña, entregándose al duque de Saboya, que luego tomó el título de rey de aquella isla, y desde entonces lo conserva su dinastía.

Veinte y seis años hacia que los moros de Marruecos tenian asediada la importante plaza de Ceuta. El rey Felipe envió al marqués de Ledé, con un ejército de diez y seis mil hombres, á levantar aquel sitio, en que el marroquí tenia empleados mas de cuarenta mil moros, y en que segun cálculo habia perdido ya mas de cien mil desde que comenzaron las hostilidades. Estaban los bárbaros en un campo atrincherado, que mas que un campamento parecia una ciudad fortificada, pues en él tenian los caudillos agarenos casas y jardines, y hasta se labraban las tierras vecinas en que alzaban anualmente sus cosechas. Nuestras naves hicieron felizmente el desembarco de la gente que llevaban. El marqués de Ledé atacó las trincheras enemigas, y al cabo de un reñidísimo combate de cuatro horas, desalojó de su campo á la morisma y Ceuta quedó libre. En esta accion gloriosa para las armas españolas murieron mas de quinientos moros, y ciento de los nuestros, quedando heridos doscientos.





D. ANTONIO BARCELÓ.



CAPITULO II.

Varias espediciones para el reconocimiento y la esploracion de las *Californias*, á principios del siglo XVIII.—Estado de las relaciones de España con varias Potencias europeas en aquella época.—Preparativos de guerra entre Inglaterra y España. Sitio inútil de Gibraltar por los españoles, que se ven forzados á levantarlo con gran pérdida. Paz celebrada en 1727.—Fomento de nuestra marina real.—Tratado de paz y amistad entre España, Inglaterra, Francia y Holanda.—Espedicion de dos escuadras combinadas, española é inglesa, para asegurar la posesion del infante D. Cárlos (despues Cárlos III), de los Estados de Parma y Toscana.—Preparativos de la España para la gran empresa de la reconquista de Oran. Júntase al efecto una formidable armada, al mando de D. Francisco Cornejo; en el puerto de Alicante, con treinta mil hombres de desembarco capitaneados por el conde de Montemar. Hácese la armada á la vela para la costa de Africa en julio de 1732. Desembarco en la costa de Oran. Combates con la morisma, y derrotas de esta. Toma de Oran y Mazalquivir por los españoles. Ventajas de esta conquista para España.—Regreso de la Armada á España.

En medio de las calamidades públicas, los apuros y conflictos de la guerra que tan de cerca amagaba, fijó el rey Felipe su atencion en nuestras colonias ó posesiones americanas procurando sostenerlas, y aun aumentarlas con nuevos descubrimientos y adquisiciones. La primera providencia acerca de esto fué la de consignar seis mil pesos fuertes anuales para la mision de las Californias, considerando esto uno de los medios de colonizar allí, y civilizar y reducir á la dominacion española aquellos salvages; consignacion que se impuso sobre las arcas reales de Méjico, y que al cabo de dos años se hizo estensiva á trece mil pesos fuertes, para mantener la escolta de soldados y la tripulacion de un buque. Con este motivo habia hecho ya el P. Kino, en 1701, las famosas jornadas, en que se convenció de que la California estaba unida al continente americano, reconoció los rios Gila y Colorado, y tomó noticias de las naciones que poblaban aquellas tierras; pero cuando con fervoroso celo patrio y religioso se dedicaba afanosa—

mente á investigaciones tan laudables como provechosas á la España, á la geografía y la humanidad, la falta de víveres impidió que continuase su espedicion en buscar por tierra, como queria, el cabo Mendocino y el puerto de Monterey.

La pobreza de nuestra marina y el estado lastimoso en que esta se hallaba, suministró motivo bastante á las autoridades de Méjico para escusar el exacto cumplimiento de las repetidas y terminantes órdenes de Felipe V, relativas al fomento de las misiones de la California, y el establecimiento de un presidio, como se deseaba, en el mar del Sur, y como convenia para que sirviese de escala á las naves de Filipinas. Las esploraciones de aquella parte de la América estuvieron, pues, desatendidas durante algunos años, ya por un efecto de los cuidados y gastos de la guerra en Europa, y ya por la tibieza con que la autoridad superior de Nueva-España miraba la prosecucion de tal empresa; hasta que en virtud de una real Cédula espedida en 1716, recibieron los misioneros grandes auxilios para su aumento y prosperidad. Entonces el P. Clemente Guillen, con noticia de las buenas proporciones de la bahía de la Magdalena, que por Vizcaino habia sido reconocida, se animó á examinarla por tierra en 1719, llevando consigo alguna escolta de soldados españoles, y algunos californianos. Veinte y cinco dias caminó por tierra áspera y estéril, con los trabajos que se pueden imaginar. Llegaron á la bahía, trataron amigablemente con los indios de ella, y viendo la falta que tenian de agua dulce, se esforzó el benemérito misionero en empeñar su gente en el reconocimiento de lo restante de la costa: no pudo conseguirlo, y tuvo que regresar á su mision de Loreto.

Algun tiempo despues el P. Juan Ugarte se determinó á la empresa de registrar el golfo de la California por una y otra parte. La falta de embarcacion á propósito hubiera detenido á otro menos eficaz, pero el diligente jesuita supo hallar constructor, cortó maderas, abrió caminos, y sacando auxilios de los indios, logró concluir la mejor balandra que se habia visto en aquellas costas. Con ella reconoció en 1721 prolijamente todo el golfo, y los auxilios que podrian prestar los naturales y las producciones de la costa de uno y otro lado, corrigiendo los yerros de los mapas y derroteros, que ponian rios, islas, ensenadas y puertos donde no los hay, y al contrario: se aseguró de que era la California una península, y observó el carácter de sus diversos habitantes, deduciendo de sus observaciones, y de las de los otros misioneros, que las naciones del Norte eran mas despiertas, dóciles y fieles, menos viciosas, mas libres, y por tanto mejor dispuestas para recibir el cristianismo, que las que habitaban al Sur, las cuales, siempre enemigas entre sí y en contínuas guerras, tenian un carácter mas feroz, vengativo y bárbaro. En otras páginas continuaremos oportunamente la relacion de las demas empresas encaminadas á la esploracion de aquel interesante punto de la América setentrional.

Por uno de los capítulos del tratado de la cuadruple alianza, se estipuló que para asegurar la paz general se habia de reunir un congreso, y para esto se de-

signó la ciudad de Cambray: pero aquella reunion, de elevados personajes, que, como dice un escritor nuestro, solo sirvió para gastar dinero en banquetes, ganar tiempo y dar esperanzas, adelantaba tan poco en sus conferencias que en 1723 se encontraban los negocios del congreso en el mismo estado que al instalarse en 1720. En tanto se presentaban por varias partes síntomas de guerra. La Holanda estaba resentida de que la casa de Austria hubiese establecido en Ostende una compañía de comercio de las Indias Orientales, rival de la de Amsterdam: los príncipes de Italia deseaban novedades, porque el yugo aleman les era siempre odioso: el duque de Saboya no olvidaba el trueque que se le habia obligado á hacer de la Sicilia por la Cerdeña; y en medio de esto los turcos amenazaban á Malta. Con este motivo pidió auxilio el gran maestre de la Orden á Felipe V., y una escuadra española de ocho navíos, con seis mil hombres de desembarco cruzaba los mares de Italia, contra los mahometanos, en 1722. Para vengar la derrota que junto á Ceuta sufrieron, habian juntado los moros de Marruecos una grande espedicion, destinada á invadir las costas de Andalucía, pero una horrorosa tempestad los dispersó, sumergiendo gran número de naves, y las demas solo pensaron ya en arribar á los puertos de aquel imperio.

Tal era el estado de cosas, cuando al principio del año 1724, dominado Felipe V de una profunda melancolía se determinó á renunciar la corona en favor de su primogénito, y aquel acto se formalizó en 10 de enero. Pero el reinado del nuevo rey, Luis I, fué tan fugaz que al cabo de algunos meses terminó falleciendo el jóven monarca á los 17 años de edad, en 31 de agosto, de resultas de unas viruelas, y su padre subió segunda vez al trono de España. Desengañado de lo ruinosas que eran las empresas militares, se dedicó casi esclusivamente al gobierno de sus Estados, redujo el ejército, suprimió empleos inútiles y sueldos crecidos, y dando en fin impulso á la construccion de naves en los arsenales y astilleros de sus dominios, se propuso en fin levantar de sus ruinas nuestra marina.

En 30 de abril de 1725 se ajustó en Viena un tratado que dió fin á la larga contienda entre España y Austria. Por él reconocia el Emperador á Felipe V como Rey de España, aceptaba las renuncias de la Bélgica y la Italia, y daba la investidura de los Estados de Parma y Toscana al infante D. Cárlos sin condicion alguna feudal. El rey de España concedia ciertos privilegios al comercio de los austriacos en sus dominios, y reconociendo la compañía de Ostende se obligaba á sostenerla. Entonces se disolvió el inútil congreso de Cambray, con grande enojo de la Inglaterra y la Francia, y con mayores sospechas porque ignoraban las condiciones secretas de esta paz. La célebre Catalina emperatriz de Rusia, acudió en 1726 al tratado de Viena, al mismo tiempo que la Francia, la Inglaterra y la Prusia, por una reaccion natural, celebraron un tratado aparte, de alianza defensiva y ofensiva, al cual accedieron sucesivamente todas las provincias unidas. Así se vió de nuevo la Europa dividida en dos partidos prontos

á declararse la guerra, y enemistadas la España y la Francia, cuando debian permanecer unidas, al paso que con la primera se aliaba su rival la Inglaterra. Esta envió á América una escuadra mandada por el Almirante Hocier, que bloqueó á Portobelo, á fin de impedir la salida de la flota que aguardábamos. Otras divisiones de la marina inglesa rodeaban las costas de España, y esta por su parte reunia grandes fuerzas en Andalucía, ocultando el verdadero objeto, aunque era de presumir que se trataba de emprender el sitio de Gibraltar.

En tal estado nuestro Gobierno tuvo avisos de que el almirante inglés Jenings debia hacerse á la vela con una escuadra de veinte navíos de guerra, y todo lo necesario para un desembarco: novedad que hizo creer muy próxima una declaracion formal de guerra. A consecuencia, considerando ser las mas amenazadas las costas de Vizcaya y Galicia, al punto se dieron estrechas órdenes para ponerlas en estado de buena defensa, sin desatender las de Málaga, Valencia y Cataluña, como tambien la isla de Mallorca.

No se limitaban los designios de los ingleses á hostilizar á España en los mares europeos, antes bien se estendian á operar contra sus colonias de Indias. Esto hacia temer que se apoderase el almirante Hocier de nuestros galeones, y emprendiesen establecerse en el golfo de Méjico, como en otro tiempo habia propuesto el duque de Portland, gobernador de la Jamáica. Por tanto se despacharon de Cádiz tres navíos de aviso para los Gobernadores de la Habana, Cartagena y Veracruz, á fin de oponerse á las tentativas de los ingleses, y asegurar y salvar los tesoros que debian conducir los galeones.

Todo el mundo miraba como una temeridad que á la par de esto se quisiera acometer la muy arriesgada empresa de la toma ó reconquista de Gibraltar sin fuerzas navales, despreciando los obstáculos que la situacion de esta fortaleza oponia por la parte de tierra; pero el hecho es que era cosa resuelta, con poca premeditacion, el ataque de aquella formidable plaza, y que por mas cautela y reserva que nuestra corte quiso guardar, aparentando que el verdadero objeto de tantos preparativos militares en las costas de Andalucía era una espedicion contra las africanas, las guineas prodigadas por milord Stanhope, representante del Gabinete inglés, descubrieron á este el secreto. Al punto despachó un oficial suyo, que de incógnito habia venido á Madrid, al Almirante Hopson, que cruzaba sobre las costas de España con cuatro ó cinco navíos, para informarle de lo que pasaba, y que en consecuencia se acercase á Gibraltar. El emisario partió tambien de incógnito para Málaga, donde se embarcó á bordo de un buque de su nacion, que inmediatamente se hizo á la vela; pero el aceleramiento con que salió del puerto, hizo sospechar al gobernador algun designio, y así es que en su alcance despachó otro buque mayor con un destacamento de granaderos que logró apresarle. El oficial arrestado fué conducido á la corte, pero los papeles que le hallaron le precedieron, y este incidente, que descubrió ciertos misterios concernientes á las intenciones de los ingleses sobre los galeones, avivó

mas y mas el deseo y la impaciencia de poner en ejecucion el proyecto contra Gibraltar.

Al fin se declaró la guerra en 1727. Un ejército español de quince mil hombres puso sitio á aquella fortaleza, siendo General de aquellas tropas el conde de las Torres, veterano de valor y prudencia, pero de escasos conocimientos militares, al paso que muy confiado en que por ardides de guerra alcanzaria la conquista. Guerreros muy distinguidos se le dieron por tenientes, entre ellos el conde de Montemar y los marqueses de Bay y de Castelar; pero ni esto ni el acreditado valor y la decision de los sitiadores bastaban para tan gigantesca empresa, cuando faltaba el principal elemento que aquel sitio requeria, cual era una escuadra respetable.

El embajador Stanhope salió de Madrid, y al mismo tiempo el ministro inglés cerca de la dieta de Ratisbona tuvo órden de salir del territorio del imperio. Todo anunciaba una guerra tan terrible como la de sucesion. La Inglaterra por su parte no se habia descuidado en reforzar la guarnicion de Gibraltar, y las fuerzas navales de aquella bahía, teniendo en ella no solamente muchos buques de guerra, sino tambien gran número de embarcaciones cargadas de municiones y de todo lo necesario para la defensa y la manutencion, durante un largo sitio. Cinco meses duró este; consumió la mitad del ejército, espuesto sin fruto al fuego de los enemigos, y para levantarlo sin mengua del honor español se vió nuestro Gobierno precisado á acceder á los preliminares de París, firmados en 31 de mayo, que dieron fin á la guerra, ó por mejor decir á las hostilidades entre Inglaterra y España. En ellos se tomaron por bases los tratados de Utrecht y de la cuadruple alianza; se convino en la restitucion de todo lo que los ingleses habian quitado á los españoles en América, que era un islote cerca de la Florida, y del navío *Príncipe Federico*, inglés, retenido en Veracruz. A la satisfaccion que la paz traia consigo se agregó la de haber llegado felizmente á España los navíos y galeones de la flota, merced á la pericia y buen gobierno de su General D. Antonio Gaztañeta, y el gefe de escuadra D. Antonio Serrano.

El año 1729 parecia que anunciaba una era nueva de prosperidad para nuestra decadente nacion, principiando por el renacimiento de nuestra marina. La corte se trasladó por algun tiempo á Sevilla, donde el rey examinó por sí mismo el estado naval y el astillero de Puntales, construido bajo la direccion de D. José Patiño, y presenció el embarco de géneros en la rica flota de los galeones que iban á salir otra vez para nuestras posesiones en Ultramar. Estos espectáculos nuevos para una corte encerrada entre los arenales y las montañas que á Madrid rodean, debian incitarla á fomentar el comercio y la navegacion, verdadera fuente de la grandeza española, pudiéndose decir que la obstinacion de los príncipes de la dinastía austriaca, de vivir encerrados en el centro de las Castillas, fué una de las causas de la decadencia de nuestra monarquía.

La flota surta en Sevilla consistia en diez y seis navíos, comprendidos los

de guerra, y el tesoro aportado á España escedia de treinta millones de pesos. Felipe V vió tambien echar allí al agua un navío de setenta cañones, llamado el *Hércules*, el primero que se habia construido en el nuevo astillero de Puntales, cuya fábrica perpetuará gloriosamente la memoria de D. José Patiño. De Sevilla pasó la familia real á Cádiz á ver el armamento de doce navíos de guerra que allí se aprestaban, y despues presenció el cargamento de mercaderías en las naves de la flota que estaban en aquel puerto, haciéndose con este motivo una de las mas ricas que habian salido mucho tiempo habia de nuestros puertos. Componíase de diez y siete navíos mercantes y tres de guerra, mandados por el marqués D. Esteban Mari, Teniente general de la Armada.

En medio de las fiestas y regocijos á que estaba entregada la corte en los puertos donde hacia mansion, se dieron sábias y terminantes órdenes para levantar marinería, y aumentar con rapidez el creciente número de naves de la marina real, á la par que el ejército de tierra se ponia bajo un pié muy respetable, tanto por el acrecentamiento de su fuerza como por su buena organizacion y disciplina. Estas disposiciones eran tanto mas previsoras y sábias, cuanto estaban muy complicadas las negociaciones con el Austria, acerca del cumplimiento del artículo de la paz de 1721, por el cual se prometió á la España que un cuerpo de seis mil españoles ocuparia los Estados de Parma y Toscana, para sostener la herencia del infante D. Cárlos, artículo que nuestra corte ocultó cuidadosamente á la de Viena, aun durante el tiempo de la mayor armonía entre ambas. Al cabo de muchas y acaloradas contestaciones sobre el particular, la España y la Inglaterra se entendieron, y en Sevilla se firmó un tratado, á que accedieron la Francia y la Holanda, por el cual, entre otras condiciones, los reyes de estas dos potencias y el de la Gran Bretaña garantizaban la herencia del infante D. Cárlos, conviniendo en que las tropas españolas guarnecerian á Liorna, Porto-Ferrayo, Parma, Plasencia y otras plazas, á fin de asegurar aquel derecho. El emperador, tan pronto como tuvo noticia de este tratado, se quejó altamente de que se hubiese hecho sin su participacion. Esto no obstante en 22 de julio de 1730, mediante otro tratado ajustado en Viena, se adhirió á lo pactado, con lo cual se evitó por entonces la guerra, que tanto se temia. Por este convenio se estipuló que la Inglaterra misma pusiera á los españoles en posesion de aquellos Estados.

A fin de cumplir este artículo, en 14 de setiembre de aquel año llegó á Barcelona una escuadra inglesa, compuesta de diez y seis navíos, y mandada por el almirante Wager, á la cual se reunió en el mismo puerto la española á las órdenes de D. Esteban Mari, de veinte y cinco navíos, siete galeras y muchos transportes, que conducian un cuerpo de ejército de siete mil quinientos españoles, bajo el mando de Manuel de Orleans, conde de Charny. El dia 17 salieron de Barcelona, y á los diez dias se presentaron aquellas fuerzas navales delante de Liorna, donde desembarcaron las tropas. El infante D. Cárlos hizo



Urrabieta inv.r y litº

Lit de J. J. Martinez Madrid.

SALE DEL PUERTO DE ALICANTE

una poderosa escuadra española al mando del Teniente General D. Francisco Cornejo, para la reconquista de Oran y Mazalquivir, en Junio de 1732.

Urrabieta inv.° y lit.°

Lit. de J. J. Martinez Madrid.

SALE DEL PUERTO DE ALICANTE

una poderosa escuadra española al mando del Teniente General D. Francisco Cornejo, para la reconquista de Oran y Mazalquivir, en Junio de 1732.

el viaje por tierra, deteniéndose en Valencia, Barcelona y Rosellon, hasta Antibo, donde se embarcó en la Capitana de las galeras de España, el 22 de diciembre, y á pesar de una borrasca que separó los buques arribó felizmente á Liorna en 27 del mismo mes.

Otra empresa mayor, con la cual se llamó la atencion de las demas potencias de Europa, se puso en ejecucion por la España en el año 1732. Una escuadra de veinte y cinco navíos al mando del teniente general D. Francisco Cornejo con treinta mil hombres de desembarco, mandados por el conde de Montemar, á cuyas órdenes militaban los marqueses de Santa Cruz, de Marcenado, de Villadarias, de la Mina y de Valdecañas, se reunia con estrordinaria prontitud en la playa y puerto de Alicante, haciendo temer al emperador de Austria y á las naciones marítimas algun nuevo proyecto de nuestra corte contra la paz general de Europa. Mas que ninguna otra temió Génova, viendo aparecer dentro de su puerto una escuadra española de seis navíos de línea, mandada por Mari, que exigió honores estraordinarios y recogió dos millones de duros que tenia España en el banco de San Jorge. De este caudal se entregó parte al infante duque de Parma, y lo demas volvió con la misma escuadra á Alicante.

Las grandes sospechas que la corte imperial habia concebido de los armamentos españoles, se desvanecieron con los repetidos correos que llegaron á Viena desde Sevilla y Lóndres, con despachos que aseguraban no dirigirse la temida escuadra contra ninguna de las Potencias aliada de la España. Nuestra corte juzgó muy conveniente no comunicar á nadie que la empresa estaba destinada contra Oran, porque el feliz éxito de ella dependia del secreto. Por abril ya estaban reunidos en la playa de Alicante los navíos de guerra, y casi todo el ejército de tierra, y desde marzo se habia puesto embargo á todas las embarcaciones estranjeras que se encontraron en los puertos de la monarquía; de manera que reunidas con las españolas pasaban de seiscientas, pudiendo decirse sin hipérbole que nunca se vió el Mediterráneo cubierto de tanta variedad de banderas juntas, cuyo aspecto encantaba tanto á los espedicionarios como á todos los demas que desde mar y tierra las veian. En Barcelona se construyeron dos puentes volantes, con los cuales se podia transportar cómodamente, dentro y fuera de los navíos, la artillería sin embarazo alguno de otras embarcaciones. Contábase en el número de las indicadas tropas de desembarco una compañía de guias, compuesta de treinta hombres, todos naturales de Oran, con su capitan D. Cristóbal Galiano y su teniente D. José del Pino; y además gran número de aventureros, entre ellos mas de treinta personajes titulados, y oficiales de distincion. Todo el aparato de este armamento se ejecutó con tal presteza que en brevísimo tiempo estuvo pronto para hacerse á la vela. La artillería destinada para esta formidable espedicion fué de ciento diez cañones de varios calibres, sesenta morteros, con gran cantidad de pertrechos de guerra, víveres y municiones, sin haberse escaseado, en fin, cosa alguna de cuanto era necesario.

Luego que al Africa llegó la fama del formidable armamento de España, se receló que fuese dirigido contra sus costas, á causa de las contínuas piraterías de los sarracenos, y tanto en la Regencia de Argel, como en Oran, Tetuan y otros puntos, se pusieron precipitadamente en estado de defensa. En esto llegó á Sevilla, donde permanecia la corte, la noticia de que una galera mandada por D. Miguel Regio, despues de un reñido y porfiado combate, habia apresado un navío argelino, que andaba al corso entre las costas del Rosellon y Cataluña, llevando á su bordo diez y seis cañones y diez pedreros. Hiciéronse esclavos ciento diez y seis hombres de su tripulacion, pero el capitan y ocho oficiales, con tres renegados, se salvaron en la lancha. Este suceso, aunque no de suma importancia, no dejó de estimular y avivar el embarco.

La armada se hizo á la vela el dia 15 de julio, publicándose al mismo tiempo el objeto por un edicto, y en su marcha se observó el órden siguiente: la vanguardia se componia de cuatro navíos, el *San Felipe*, como Capitana, á cuyo bordo iba el General Cornejo; el *San Diego*, la *Galicia* y *Santiago*. En el centro iba el grueso de la Armada, segun el órden señalado á cada nave; y los navíos el *Hércules* y el *Júpiter* cerraban la retaguardia, marchando con estos siete galeras, á fin de recoger cualquiera nave que llegára á estraviarse; pero aunque el viento se mostró favorable al salir del puerto, despues se mudó contrario, por lo que fué preciso volver á la costa de España, manteniéndose toda la Armada por espacio de cinco dias en el cabo de Palos. De allí despachó el conde de Montemar una galera con un ingeniero y una compañía de granaderos, para reconocer la posicion de los moros y el paraje donde se habia de efectuar el desembarco, y cerciorado de la suma quietud que en la africana costa reinaba, determinó aprovecharse luego de la propicia ocasion que le presentaba el descuido de los bárbaros.

Serenados ya los temporales prosiguió la Armada su rumbo para Oran, cuya plaza avistó en breve; pero como importaba disfrazar la idea, el General comandante de las fuerzas navales hizo señal á los navíos de guerra el *Conquistador* y la *Andalucía*, para que con las naves de transporte que escoltaban, diesen fondo en la cala de Arcés, distante de Oran siete leguas hácia Levante. Ejecutada esta disposicion, y advertida por los moros, creyeron estos que el desembarco se dirigia por aquella parte, mientras el resto de la Armada continuaba la derrota en el órden ya referido, y costeando aquella ria á tiro de cañon pasaba por delante de Oran y sus castillos, teniendo cada nave desplegado el pabellon de su nacion, de modo que al ver y contemplar la morisma aquella multitud de velas y tanta variedad de banderas, consternada creyó que contra ella se habia unido toda la Cristiandad. Advirtiéronse hasta tres cuerpos de tropas africanas compuestos, segun cálculo, de diez ó doce mil hombres, y habiendo sobrevenido una borrasca se hizo el desembarco imposible hasta el 29 de junio. Sosegada ya la mañana de este dia, el General conde de Montemar dió la

órden para que se ejecutase en el paraje llamado de las Aguadas, favorecido del fuego de los navíos y galeras, distante legua y media del castillo de Mazalquivir. Dispusiéronse quinientas lanchas en líneas defendidas por los navíos de guerra y las galeras, que se pusieron á los costados, bajo el mando de los capitanes de alto bordo D. Juan Navarro, el conde de Bena y D. Francisco Liaño. El desembarco de las tropas fué encomendado á los tenientes generales marqueses de Villadarias y Santa Cruz, los condes de Mardillac y Suverguen, con los mariscales de campo condes de Maceda y Cecil, marqués de la Mina y D. Alejandro de la Motte.

Dióse principio al desembarco, y conforme se iba ejecutando se iba estendiendo y avanzando la línea. Entonces se presentaron algunas huestes morunas en pelotones, que en breve fueron ahuyentadas; pero poco despues, habiendo bajado á la llanura como dos mil moros á caballo y alguna infantería, se pusieron á tiro de fusil de los piquetes avanzados sobre una suave loma á la derecha del ejército, y jugando oportunamente su artillería el navío Castilla, como tambien las galeras, se retiraron á mayor distancia, á que no contribuyó poco el haberse llevado una bala de cañon su estandarte principal; de cuyo movimiento se aprovechó el General español Montemar para concluir el desembarco y marchar tierra adentro, yendo á la cabeza de la tropa el teniente general marqués de Gracia-Real. Preciso fué un ataque para desalojar á la morisma de una posicion en que hizo pié firme, junto á una fuente de agua dulce, la única que habia en aquel terreno. Conseguido el objeto dispuso Montemar que se formase un reducto entre las márgenes del mar y la falda de la montaña llamada el Santo, á fin de asegurar la comunicacion con la Armada, y cubrir el desembarco de los víveres y pertrechos. Con mas de veinte mil hombres, sin contar dos mil turcos de la guarnicion de Mazalquivir, intentaron los moros impedir aquella operacion, y esto dió motivo á una batalla con una parte del ejército espedicionario. Tres horas duró la pelea, durante la cual los enemigos, atacados con vigor, se fueron retirando de montaña en montaña, quedando el campo por los españoles, sin mas pérdida que la de treinta muertos y ciento cincuenta heridos. No pudo saberse la de los vencidos, á causa de la costumbre que los moros tenian de llevarse en las funciones de guerra sus muertos; supersticion que solia serles funesta, porque á veces sucedia que perdian muchos la vida por salvar los cadáveres.

A esta gloriosa accion de los españoles siguió la toma de Mazalquivir, y á consecuencia de esto la ocupacion de la plaza de Oran, que nuestro ejército encontró desierta, pues el Bey, al frente de sus tropas, la habia evacuado, llevándose todo lo mas precioso. Sin embargo, en el palacio de aquel reyezuelo hallaron los nuestros gran parte de sus muebles, que la precipitada fuga no le permitió llevarse. Los almacenes de la ciudad estaban llenos de víveres y municiones: en ella y sus castillos se encontraron ciento treinta y ocho piezas de ar-

tillería, en este número ochenta y siete de bronce y las demas de hierro; siete morteros, provisiones y municiones en abundancia; bajo el fuerte de San Felipe seis piezas de campaña, y en el puerto una gruesa galeota y cinco bergantines. Despues de esta conquista toda la Armada española fué á dar fondo en el golfo de Oran y en el puerto de Mazalquivir.

Así volvió á recuperar la Corona de España aquella importante plaza que habia perdido en 1708; plaza circundada de buenos muros, y defendida de cinco fortines ó castillos, situados sobre las inmediatas eminencias, entre los cuales se consideraba inespugnable el de Santa Cruz, por estar fundado sobre peña viva, la cual no permite batirle ni minarle. Con la ventaja de esta conquista se conseguia poner un freno á la desvergüenza de los africanos, cuyas frecuentes piraterías infundian terror en el Mediterráneo y las playas de la costa de España, obstruyendo el comercio, y teniendo las poblaciones marítimas en incesante sobresalto y contínua alarma.

Tal era el terror que el formidable aparato de nuestra gran armada y la ocupacion de Mazalquivir y Oran causó á la morisma, que toda aquella parte del Africa estaba consternada, y hay quien asegura que si los españoles reembarcándose entonces prontamente, despues de bien guarnecidos los castillos, hubiesen intentado sin detencion la conquista de Argel, se hubiese logrado, atendida la falta de tropas que esperimentaba aquella Regencia, y el descuido á que se hallaba entregada, por cuanto cogió muy de improviso la espedicion española de que los argelinos estaban muy agenos.

Arrepentidos ya los moros del vergonzoso abandono de la plaza de Oran, no omitieron tentativa alguna para recuperarla; presentáronse en sus cercanías repetidas veces, con fuerzas muy respetables; hubo diferentes combates y siempre fueron rechazados. Ultimamente, sabedor el conde de Montemar de que el Bey de Oran se mantenia en Mostaganem, con gran número de negros, y que se afanaba en reunir gente para atacar de nuevo al ejército español, destacó cuatro mil infantes y mil caballos mandados por el marqués de Villadarias, al paraje llamado los Pozos de Pedro Perez, mandando al mismo punto que hácia el puerto de refugio del reyezuelo moro fuesen las galeras, á fin de echarle de allí, ó cojerle prisionero. Este proyecto estaba bien concertado, mas no pudo efectuarse por no haber llegado las naves que debian contribuir al logro de la empresa, á causa de los vientos contrarios, que duraron algunos dias, y el marqués se vió obligado á volver al punto de su salida. A este mismo tiempo se recibió de la corte una órden para que la espedicion regresára á España. Obedeciendo el mandato proveyó inmediatamente Montemar á la custodia de Oran, sus fortalezas y Mazalquivir, dejando en ellas repartidos diez y seis batallones, que formaban un cuerpo de ocho mil hombres, y un regimiento de caballería. El dia 1.° de agosto se hizo á la vela toda la Armada con viento favorable, y en poco tiempo arribó á la costa de España, desembarcándose la tropa en diferentes

puertos del reino, segun su destino. El conde de Montemar llegó en 13 del mismo mes á Sevilla, donde tuvo el grato recibimiento que merecia por el eminente servicio que acababa de hacer á la patria, y para manifestarle públicamente el Rey lo satisfecho que estaba de su conducta, le honró con el collar del Toison de oro, igualmente que á D. José Patiño, como promotor de aquella memorable y gran empresa. Por gobernador de Oran y sus dependencias fué nombrado el marqués de Santa Cruz, digno descendiente del primero de su título, por cuanto en él concurrian relevantes prendas y circunstancias, bien conocidas así en lo militar y político como en las letras; pero este benemérito cuanto distinguido español, en una salida que hizo de la plaza contra los moros, aunque estos fueron derrotados, pereció víctima de su valor y su denuedo.





CAPITULO III.

Causas y preparativos de guerra por parte de Felipe V contra el Austria. Prósperos sucesos de las armas españolas en aquella guerra de Italia. Armisticio.—Estado lamentable de nuestra Marina real, al subir Felipe V al trono, y fomento sucesivo de ella.—Empresa para medir en el Ecuador el grado del meridiano, yendo comisionados para el efecto al reino del Perú D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa. Vicisitudes de estos dos célebres marinos en el desempeño de su científica comision, hasta su vuelta á España, y resultados de sus tareas.

Poseedora ya España de una marina respetable y de un ejército numeroso y bien organizado, despues de la conquista de Oran, se propuso Felipe V que las dos cortes de Madrid y París se uniesen para hacer la guerra al emperador de Austria en Alemania y en Italia, á fin de conservar en esta los dominios españoles. Acaeció en 1733 la aparicion en Polonia de Estanislao, suegro del monarca francés, Luis XV, reclamando sus antiguos derechos á la corona electiva de aquel Estado, apoyado en la fuerza y el crédito de la Francia, y los polacos le reeligieron; pero este acto atrajo contra ellos las armas de la Rusia, interesada en conservar aquel trono á la familia protegida por Pedro el Grande. El Austria y la Sajonia se unieron al Autócrata, de cuyas resultas invadida la Polonia por aquellos aliados Estanislao fué vencido en campal batalla, y fugándose de su reino fué elegido rey Augusto, duque de Sajonia. Contra la alianza de la Rusia, el Austria y la Sajonia, se formó otra de la Francia, la España y la Cerdeña, cuyo rey reclamaba del austriaco los territorios del Milanesado. Tan ardiente era en Felipe V el deseo de guerra, que apenas supo la desgracia de Estanislao, dejó

el lecho en que yacia devorado de su melancolía habitual, se presentó en su despacho, y sin atender á mas mandó que se hiciesen todos los preparativos para la guerra, y luego dispuso trasladar la corte á Madrid. Así acabaron las esperanzas que se habian concebido de que el Gobierno central se estableciese en un punto donde el espectáculo contínuo de la navegacion, el comercio y el mar, le recordase que el principal elemento de la fuerza de España debe ser una marina poderosa.

La guerra fué declarada con los manifiestos de costumbre, sin que la Inglaterra tomase parte en ella ni la Holanda se atreviese á entrar en lid sin el apoyo de aquella nacion, contentándose con que no se hiciese la guerra en los Paises-Bajos. Mientras que el célebre mariscal de Villars, habiendo pasado los Alpes, se reunia con el ejército sardo é invadia el Milanesado, diez y seis mil hombres de infantería española, á las órdenes del conde de Montemar, escoltados por veinte navíos de línea, desembarcaron en Génova, y se reunieron con cinco mil hombres de caballería, que por tierra marcharon hasta Antibo, desde donde pasaron á aquella ciudad por mar. El ejército español se dirigió á Toscana, sentó su cuartel general en Sena, y el infante D. Cárlos fué proclamado generalísimo de las tropas españolas en Italia. Parecia que se renovaban los tiempos de nuestra antigua gloria en aquel pais. Los alemanes estaban aterrados, y el emperador, por dar un rey á la Polonia, perdió sus estados en Italia.

Los napolitanos imploraron el auxilio del rey de España para que los libertase del yugo aleman. El infante D. Cárlos penetró en el reino de Nápoles el año 1734, y al mismo tiempo una escuadra española mandada por el conde de Clavijo, atacó á las islas de Isquia y Proquita, favoreció los movimientos insurreccionales de los napolitanos, y el infante, despues de haber atacado y tomado trescientos españoles los castillos de Nápoles, hizo su entrada triunfante en esta capital, donde publicó un decreto de Felipe V, en que le nombraba Rey de las Dos Sicilias, y desde entonces tomó este título. Estos sucesos fueron precursores de la batalla de Bitonto, en que las tropas españolas alcanzaron en 25 de mayo una esclarecida victoria quedando en poder de nuestro ejército todo el enemigo, escepto cuatro mil que escapar pudieron. La caballería española alcanzó á la austriaca y en ella hizo gran destrozo. Esta memorable jornada puso al infante D. Cárlos en posesion del reino de Nápoles; Gaeta se rindió á nuestras armas, y el conde de Montemar, á cuyo talento y actividad se debió en gran parte la victoria, fué premiado con la alta dignidad de Grande de España de primera clase, bajo el título de duque de Bitonto, y una pension anual de 14,000 ducados. Mas perdamos ahora de vista la Italia, donde la guerra tuvo treguas mediante un armisticio entre las potencias beligerantes, en 1736, para convenir en los preliminares de la paz acordada en Viena, y fijemos la atencion en el estado ascendente que iba presentando nuestra marina de guerra.

En las calamitosas y azarosas épocas que esperimentó la España durante los



D. JOSE PATIÑO.

dos últimos reinados de la dinastía austriaca, en que las guerras fueron tan frecuentes, porfiadas y devastadoras, al paso que la corte corrompida y el gobierno torpe, la marina quedó no solamente arruinada en cuanto á sus fuerzas materiales, sino tambien sumamente escasa de hombres de pericia en el arte naval; en tal manera que á principios del siglo que vamos recorriendo, fué preciso valernos de buques estranjeros para defender nuestras costas y conducir los caudales de América. Como si estuviese olvidada ya del todo nuestra antigua ciencia náutica, tuvimos que depender de estraños, mendigar el auxilio de estos, apelando á sus luces y hasta á sus instrumentos y cartas de navegar, y por último llegamos al vergonzoso estremo de tener que traer pilotos de otros reinos, para que nos guiasen á nuestros dominios de Ultramar en los viajes al Asia. Tal era el lastimoso estado de la Marina real española al empezar el reinado de Felipe V. Proponiéndose este soberano restaurar el imperio de la gran nacion á cuyo trono habia ascendido, aumentó y fomentó solícito nuestros astilleros y arsenales, y mas celoso del bien de los pueblos, y mas acertado que sus dos antecesores últimos en la eleccion de personas, utilizó el genio y los talentos de un Patiño y un Ensenada (1). Bajo los ministerios, ó mejor diremos la sábia administracion de estos dos grandes hombres, se construyeron muchos navíos, fragatas, bergantines y otros buques pequeños; se hicieron grandes repuestos de efectos navales; se formó el Consejo ó Tribunal del Almirantazgo, como verdadero ci-

(1) Como documentos interesantes insertamos á continuacion las biografías de Patiño, del marqués de la Ensenada, y de D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, de quienes hablaremos en breve.

Nació D. José Patiño en Milan á 11 de abril de 1666. Tuvo una educacion esmerada: entró en la Compañía de Jesus, pero no pudo avenirse con aquel género de vida, y dejó el cláustro en 1699. El marqués de Leganés le envió á Madrid como agente particular de sus negocios, y á su regreso le dió el empleo de capitan de justicia del Final. A la conclusion de la guerra con la casa de Austria tuvo que pasar de nuevo á Madrid, donde fué nombrado ministro del Consejo Real de las órdenes, y se cruzó en la órden de Alcántara.—Fué nombrado despues intendente de Estremadura, donde dejó bien sentada su reputacion por haber puesto coto á las demasías de las tropas, y salvado aquella provincia de muchos escesos y vejaciones. De allí pasó al ejército de Cataluña: trabajó para que reinase la abundancia en los ejércitos de Felipe V, y se dedicó despues al establecimiento de la contribucion llamada de *catastro*.—Afirmada la casa de Borbon en el trono de España, uno de los primeros cuidados del soberano fué la prosperidad de la Marina Real, y al efecto sirvieron de un modo estraordinario los conocimientos de Patiño en la construccion de buques.—A principios del siglo XVIII trató Felipe V de crear un ministro, que con el carácter de intendente general entendiese en todo lo respectivo á marina, construccion de buques, pertrechos, artillería, etc., y para este empleo nombró en 17 de enero de 1717 á D. José Patiño, confiriéndole al propio tiempo la superintendencia del reino de Sevilla y la presidencia del tribunal de Contratacion, especialmente encargado de dirigir el comercio y navegacion de Indias; tribunal que se mandó despues trasladar de Cádiz á Sevilla, donde se habia instituido en 1503.—Hizo un completo arreglo en la armada, uniformó las galeras del Mediterráneo, los navíos de Oriente y los galeones de Indias: fundó el arsenal de la Carraca: promovió la fábrica de muchos buques en el astillero de Puntales y en los de Cantabria y Cataluña: formó la compañía de Caballeros guardias marinas, creó los cuatro batallones de infantería y las cuatro brigadas de artillería para la guarnicion de los bajeles, y un reglamento general de sueldos de todas clases.—En 1717 pasó Patiño á Barcelona con el carácter de intendente general á fin de preparar la espedicion marítima que salió para Cerdeña aquel mismo año, y despues otra mas considerable.—En 1719, cuando acaeció la caida del cardenal Alberoni, hallábase Patiño de intendente en Cataluña, y poco despues se le confirmó en la intendencia general de marina, pero sin los demas cargos que antes obtenia. Al año siguiente dispuso el armamento que se preparaba, al mando del marqués de Ledé, para libertar la plaza de Ceuta del asedio de los moros. Cayó el duque de Riperdá en 1726, Patiño fué nombrado secretario de marina é

miento sobre que debe asentar toda buena construccion marítima; espidióse la Real cédula de formacion de matrículas y la Ordenanza general de Arsenales; se formó en 1738 el de Cartagena, creado ya su departamento desde 1730; se continuó y mejoró el de la Carraca, y se hizo el dilatado y suntuoso del Ferrol. Tal fué, en conclusion el fomento que tuvo y la importancia que iba recobrando la marina española, que el año 1779, ascendia nuestra escuadra á *sesenta y tres* navíos de guerra, con su proporcionado número de buques de menor porte.

En el período de aquellos setenta y nueve años del siglo XVIII, acometió nuestra Marina real, á favor de su rápida regeneracion, famosas y útiles empresas, y acaecieron en ella sucesos memorables, que hacen su historia en alto grado interesante. Entre aquellas ocupan un distinguido lugar las *Observaciones astronómicas y físicas*, hechas de órden del monarca español, *en los reinos del Perú, de las cuales se dedujera la figura y magnitud de la tierra, aplicadas á la navegacion*, cuyo trabajo escribió sábiamente D. Jorge Juan; y el *Viaje á la América meridional*, hecho tambien de Real órden, *para medir algunos grados del meridiano terrestre y venir por ellos en conocimiento de la verdadera figura y magnitud de la tierra, con otras observaciones astronómicas y físicas*: viaje de que hizo la *Relacion histórica* D. Antonio Ulloa, dignísimo colega y compañero de D. Jorge en aquella memorable comision. Ambos trata-

Indias, y en aquel mismo año se encargó tambien de la secretaría de Hacienda, la superintendencia general de rentas y el gobierno de consejos y tribunales.—Por espacio de mucho tiempo gozó Patiño de la confianza de las personas reales, dispuso varios armamentos, y entabló y llevó á cabo diferentes negociaciones en provecho de nuestra patria.—La nueva creacion do los departamentos del Ferrol y Cartagena, como asimismo el proyecto de formacion de sus arsenales, fué tambien objeto de sus desvelos.—En 1732 formó la matrícula de la gente de mar, declarando las exenciones que pertenecian á los individuos que se alistasen. Dejó además planteados otros dos departamentos.—Estableció en Guipúzcoa en 1728 la compañía llamada de Caracas para impedir el comercio ilícito de los estranjeros en nuestras costas, y en 1732 la compañía de Filipinas para el comercio del Asia.—Poseia Patiño cuatro idiomas, y era versado en todos los puntos do historia y de derecho. Sobre sus secretarías de Hacienda, Marina é Indias, reunió en 1730 interinamente la de Guerra por muerte de su hermano, el marqués de Castelar, y el cargo de primer ministro por el fallecimiento del marqués de Paz, á fines de 1734, hecho ya consejero de Estado para entender en todos los negocios, desde el tratado de Sevilla en 13 de noviembre de 1729. Con esta reunion de cargos y autoridad halló en sí los recursos con que dió vigor y respeto á la monarquía, mejoró la Real Hacienda, formó la marina, favoreció el ejército, cuidó de las Américas, é hizo oir la voz de su rey en los gabinetes estranjeros.—Cayó enfermo en San Ildefonso y los reyes le dispensaron muestras del mayor aprecio, enviándole á la cama en 13 de octubre de 1736 la grandeza de primera clase para sí y sus sucesores, pero esta gracia mas parecia una honra póstuma que una recompensa, y así lo demostró Patiño diciendo que *S. M. le enviaba sombrero cuando ya no tenia cabeza.* Murió en 3 de noviembre de 1736 á la edad de 70 años. A pesar de sus numerosos y distinguidos empleos, y su Encomienda de la órden de Alcántara, murió pobre. El rey costeó sus exequias.

El siguiente juicio bastará para probar la capacidad y el genio de este célebre ministro en Hacienda. Un célebre economista del reinado de Carlos III dice: «Cuando se considera la estrechez de medios con que Patiño restauró la marina, facilitó las costosísimas espediciones que multiplicaba el genio emprendedor do Alberoni, cómo restableció la confianza, cómo por su actividad y su eficacia suplió á cuanto le faltaba, ciertamente no se puede dejar do confesar el acierto de su eleccion al ministerio. Desde entonces se le vé rodeado de las mayores dificultades dentro y fuera, teniendo que seguir planes que no eran suyos, que contemporizar con la política tímida y pequeña del cardenal Fleury, que sostener gastos que serian escesivos en la abundancia de la paz, y á pesar de tantos contratiempos, ocurriendo á todo, nada faltó mientras vivió. El crédito público se mantuvo

dos nos sirven de guia fiel, ó mas bien de testo para referir en estas páginas el curso de aquellos importantísimos trabajos ó servicios de nuestra Marina.

Habíase suscitado entre los sábios de la culta Europa una acalorada cuestion acerca de la verdadera figura y magnitud de la tierra, y la variedad de opiniones fué tal, que aun estando acordes en suponerla eclíptica no lo estaban en cuanto á si su diámetro seria mayor en el Ecuador que en los polos, lo cual dió motivo á que la Academia Real de las Ciencias de París, considerando la utilidad y conveniencia del progreso de aquellas, espusiera al soberano de la Francia la necesidad de que se resolviese un problema que tanto interesaba, sobre todo á la navegacion y la geografía. Al intento se propuso el método de medir algunos grados de meridiano en el círculo del Ecuador, hacer en el polar otro tanto, comparar consecutivamente la correspondencia ó desigualdad de estas medidas entre sí, inferir de aquí las varias partes de la circunferencia, y de consiguiente la verdadera figura de la tierra. Quito y sus cercanías fué el punto que se juzgó mas á propósito para la medicion de los grados del Ecuador, y á consecuencia el rey de Francia solicitó de Felipe V la competente licencia para que los académicos franceses pudiesen pasar á practicar la operacion en el paraje designado de la América española. No contento el monarca español con otorgar el permiso pedido, quiso que en la ejecucion de aquel sábio proyecto tuviesen parte algunos de sus mas científicos súbditos, acompañando á los indicados académicos, con el lau-

con su destreza y su tino, y sobre todo con el esmero con que protegió el comercio y la navegacion de Indias, segun los principios de aquel tiempo.»—La justicia que merece la memoria de Patiño ha sido bien reconocida por todos los historiadores. «Murió, esclama uno, el dechado de los ministros, el Colbert de España. Ningun político duda de que las circunstancias y empeños en que se vió Felipe V durante las guerras de sucesion y de Italia, le hubieran puesto en un peligro inminente sin la gran capacidad y actividad de Patiño.»—Otro dice: «Patiño reunia la actividad y las miras de Alberoni, cuyo discípulo habia sido, con un gran fondo de prudencia y un tacto finísimo para conocer lo que era posible hacer y emprender en cada circunstancia particular. Este fué el primer ministro despues de siglo y medio de inepcia y de locura que conoció las verdaderas necesidades de España y los medios de hacerla poderosa en la balanza europea. La Italia y la América fueron los dos polos de su política, pero como era necesario para establecer el imperio español en estas dos partes tener una marina numerosa y bien servida, se dedicó á este ramo, que entendia muy bien, con tanta perseverancia, que la elevó á un grado de esplendor desconocido en España. Todo el dinero que sobraba al Tesoro despues de satisfechas las urgencias mas indispensables, lo empleaba en la construccion de buques. Su política era callada y perseverante, su penetracion viva, su inteligencia en los negocios, y su conocimiento de los hombres, admirables.»

D. Zenon de Somodevilla, marqués que fué de la Ensenada, nació en Hervias, pueblo de la Rioja, una legua distante de Santo Domingo de la Calzada, en 25 de abril de 1702. Fué educado durante su infancia en aquella ciudad, de donde pasó á una casa de comercio de Cádiz, en que se dió á conocer muy luego por su talento natural, su despejo, instruccion y conocimientos. Allí debió tener noticia de él y conocerle el célebre Patiño, cuando allí se encontraba aquel ministro para acelerar el armamento que se disponia en 1720 para la espedicion á libertar á Ceuta del asedio de los moros, pues entonces, en atencion á *la habilidad* que en el jóven Somodevilla advirtió, lo espidió en 1.º del octubre de aquel año el nombramiento de oficial supernumerario del ministerio de Marina. Sus ascensos fueron tales, aunque de grado en grado, que en 14 de abril de 1730 tuvo el nombramiento de Contador principal del nuevo departamento que empezaba á formarse en Cartagena, y sin llegar á tomar posesion de este empleo se le nombró en 1732 ministro de la escuadra que á cargo del general Cornejo se destinó á la reconquista de Oran, bajo las órdenes del duque de Montemar.

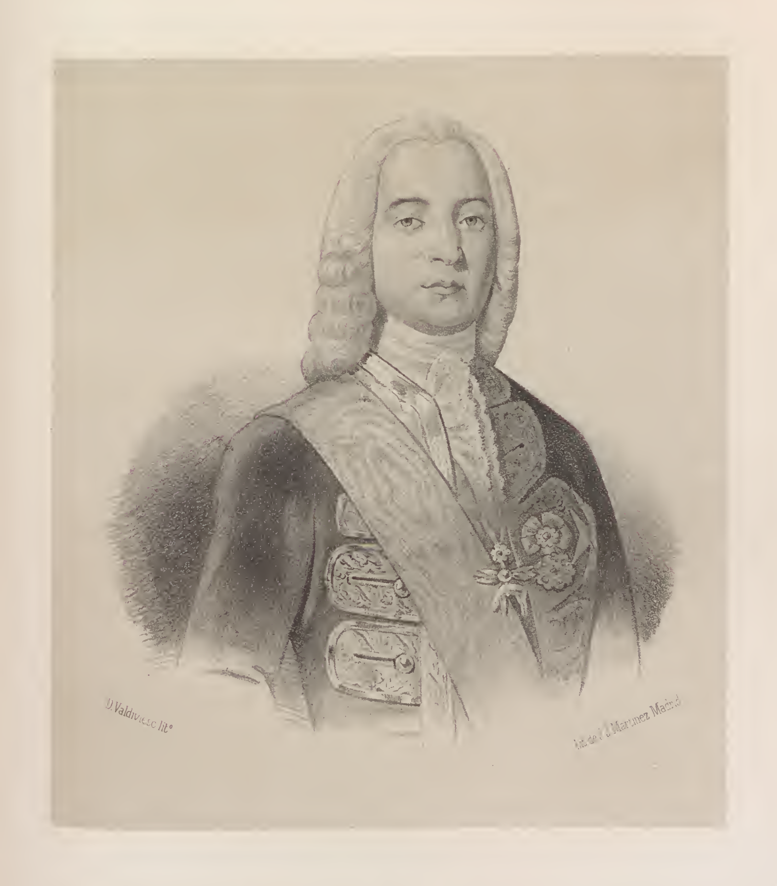
dable objeto de que por sí mismos diesen luego razon de lo practicado, sin que para tener estos datos ó noticias se tuviese que recurrir á la condescendencia ó favor que en esta parte quisieran tener unos estranjeros. En la compañía de caballeros guardias marinas sobresalian por sus aventajados talentos D. Jorge Juan y Santicilia y D. Antonio de Ulloa, y en estos recayó acertadamente la eleccion. En el navío de guerra el *Conquistador* y la fragata *Incendio*, emprendieron pues su viaje nuestros dos beneméritos españoles, saliendo de Cádiz el dia 28 de mayo de 1735, y en 9 de julio siguiente arribaron á Cartagena de Indias. En este puerto se incorporaron con los académicos franceses Godin, Bouguer y La-Condamine, que en una balandra de su nacion allí llegaron á mediados de noviembre, y sin detenerse dieron juntos á la vela para Portobelo, donde fondearon el dia 29.

En la mañana del 22 de diciembre partió la científica espedicion, y el 23 entrando por la embocadura del Chagre comenzaron á subir rio arriba, venciendo con dificultad su rápida corriente, hasta arribar el 27 al pueblo de Cruces que es el desembarcadero, y está situado á cinco leguas de Panamá. Aquí, donde entraron el 29, se embarcaron á bordo de un buque español mercante, hicieron vela para Guayaquil en 22 de febrero de 1736, estuvieron fondeados desde el 9 de marzo hasta el 13 en la playa de Manta, tocaron tambien en la isla de Puna y otros puntos de aquella costa, y el 25 de aquel mes arribaron al puerto á que se dirigian.

Entre las gracias con que fueron premiados los que habian contribuido al feliz éxito de aquella memorable espedicion, cupo á D. Zenon Somodevilla el ascenso á comisario ordenador, y en esta clase fué destinado á intendente del ejército de operaciones de Italia, al mando de Montemar, para la conquista de Nápoles y Sicilia. Por sus buenos y grandes servicios en aquella gloriosa campaña le premió el nuevo Rey (despues Cárlos III de España), con el título de *marqués de la Ensenada*, y continuó sirviendo en el ejército y las espediciones de Lombardía y Saboya. Habia muerto ya en 1736 su gran protector Patiño, cuando el primer marqués de la Ensenada, por Real patente de marzo de 1737, fué nombrado secretario del almirantazgo, que acababa de crearse, y condecorado poco despues con la graduacion de intendente de marina. Entonces comenzó á trabajar en la formacion y arreglo de todos los cuerpos de la Armada. Obra suya se consideran la cédula de formacion de matrículas de mar, su alistamiento, privilegios, etc., espedida en 18 de octubre de 1737, la ordenanza general de arsenales de 17 de diciembre del mismo año; el reglamento de sueldos, gratificaciones, etc, en 3 de febrero de 1738; la formacion del arsenal de Cartagena, creado ya su departamento desde 1730; la piadosa institucion de los inválidos; el fomento de la fábrica de buques en América, y el plan y preparativos de ordenanzas generales para el régimen de los diversos cuerpos de la Armada.

Encendida otra vez la guerra entre el Austria y la España á fines de 1740, el infante D. Felipe partió para Italia en febrero de 1741, llevando consigo al duque de Montemar con 15,000 hombres, y por secretario suyo de Estado y Guerra llevó al marqués de la Ensenada, que era ya secretario de la diguidad de Almirante del mismo infante. Al lado de este se hallo en toda la campaña, fué promovido á consejero de guerra, y en atencion á *su acreditada conducta y esperiencia*, en 14 de mayo de 1743 le nombró Felipe V su Secretario de Estado y del despacho de Guerra, Marina, Indias y Hacienda, confiriéndole además el cargo de lugarteniente general del almirantazgo. En tan elevados y árduos empleos le continuó Fernando VI al subir al trono. La paz que se ajustó á poco tiempo, su favor é influencia con los reyes, los inmensos tesoros que vinieron de Ultramar, detenidos allí por las guerras anteriores, la aptitud, celo é integridad en los empleados públicos que supo escoger sin miras personales, y con mucho tino y discernimiento, todo, todo prometia una época de restauracion y de prosperidad.

Bajo su ministerio se mejoró la infeliz constitucion de las provincias, se abolieron los impuestos que se exi-



D. CENON DE SOMODEVILLA,
Marques de la Ensenada.



C. Legrand invº y litº. Lit. de J. J. Martinez. Madrid

RINDESE UNA FRAGATA FRANCESA

á tres buques de guerra ingleses, cerca del puerto de Luis-Bourgo, y queda prisionero el sabio marino español D. Antonio de Ulloa, que en aquella nave volvia á España, despues de haber desempeñado su científica comision en Quito. Año 1741.

Rio arriba subieron el dia 3 de mayo en una chata; desde el pueblo llamado Caracol prosiguieron el 14 su viaje por tierra, y treparon la empinada y peligrosa sierra de San Antonio, que empieza en el pueblo llamado de la Tarigagua. El 22 continuaron la marcha por la derecha del páramo del Chimborazo, vieron las ruinas de un antiguo palacio de los Incas, que llaman Callao, y da su nombre á toda aquella llanura, y por último en 29 de mayo entraron en la ciudad de Quito. Aquí dieron principio los cinco sábios reunidos, á los trabajos de su científica comision, al empezar el mes de junio, empezando por medir con escrupulosa exactitud un pedazo de terreno que sirviese de base á toda la obra, en cuyo arreglo se emplearon con incesante trabajo hasta el mes de setiembre. A esto se siguió el levantamiento de un mapa geográfico, y determinado ya el seguir la cadena de triángulos por la banda del S. de Quito, al intento se formaron dos secciones, yendo en la una D. Jorge Juan y Mr. Godin, y en la otra Bouguer, La-Condamine y D. Antonio Ulloa. Estos se situaron en el cerro de Pichincha, y aquellos en el de Pambamarca. Durante el largo tiempo que permanecieron en aquellos sitios, aunque se hallaban bajo la equinoccial, sufrieron el rigor de un intenso frio y otras incomodidades inesplicables, arrostrando, en fin, muchos y grandes riesgos. Pero los sufrimientos en Pambamarca y Pichincha solo fueron como el noviciado de lo que les quedaba por pasar en la prosecucion del trabajo de la meridiana, hasta fines de 1739; es decir, por espacio de

gian por el trasporte de granos de unas á otras, se simplificó la recaudacion de las rentas, poniendo en administracion los tributos, que antes estaban arrendados á especuladores y usureros; se estableció un banco muy ventajoso para el giro de letras con los paises estranjeros, se dieron varias providencias muy beneficiosas para la agricultura, y se estableció la única contribucion. A estas y otras varias disposiciones sábias se debió que en el año 1750 las Rentas reales, comparados sus rendimientos con los del 1742, tuviesen ya un aumento anual de mas do siete millones de escudos.—Mejoró las vías de comunicacion interiores, y se dedicó á promover el comercio esterior por medio de la navegacion mercantil. Meditó sobre los medios de aumentar la marina hasta el número de sesenta navios de línea y sesenta y cinco fragatas y buques de menor porte, para lo cual llegó á tener acopiada, el año 1752, en los arsenales toda la madera y demas efectos necesarios. Para todo esto tuvo que levantar de planta los magníficos arsenales quo han sido la admiracion do cuantos estranjeros los han examinado. Se mandó construir doce navios á la vez, y al efecto se trajeron de Inglaterra por medio de D Jorge Juan los mas hábiles constructores, y maestros para las fábricas de jarcia, lona y otras. Largo seria de referir detenidamente lo mucho y muy grandioso que bajo su activo y sábio ministerio se hizo para el impulso y prosperidad de la marina, el comercio, la agricultura, las ciencias y las artes: baste decir que el estado de fuerza y preponderancia á que el infatigable y meditador ministro llevó la marina y el ejército, dió tal poder é importancia á la monarquía española, que la sacó de la dependencia y subordinacion en que la habian tenido la Francia y la Inglaterra.—Ayudado de D. Jorge Juan fundó en Cádiz el año 1753 un célebre Observatorio astronómico de marina, y allí mismo erció tambien un colegio de medicina. Al paso que se esmeraba en hacer lucir los ingenios y los buenos talentos, no olvidaba nuestras posesiones ultramarinas; se ocupaba de mejorar su estado político, do averiguar la conducta de los gefes y empleados en aquellas preciosas partes de los dominios españoles, para corregir las costumbres, los vicios y los abusos que allí se habian introducido, y sin duda lo consiguiera, si los ingleses no hubiesen anticipado su caida del ministerio. La política que el marqués de la Ensenada observaba, y la alianza que formó con la Francia, hizo recelar al gabinete británico, que envidioso por otra parte del engrandecimiento de nuestra marina y del estado de prosperidad y riqueza á que la España caminaba, buscaba con afan el modo de paralizar nuestros progresos, para lo cual se propusieron desacreditar al ministro y alejarle del gobierno, y al fin lo alcanzaron, pues á pesar del grande influjo de la Reina, su protectora, en la noche del 21 de julio de 1754 fué exonerado de todos sus ministerios y encargos, y desterrado á Granada; acusado de *dilapidador* é impuro en el manejo de los caudales públicos; se le confiscaron sus bienes, y aun se intentó

dos años. Todo este tiempo vivieron constantemente en las cumbres de aquellas ásperas montañas, siendo sus viviendas tiendas de campaña, y careciendo por consecuencia de toda comodidad. Para tener una leve idea de aquellas penalidades, baste decir que la seccion de Ulloa habitó en treinta y cinco páramos diferentes, y la de D. Jorge Juan en treinta y dos, que eran otros tantos puntos donde se formaban los triángulos. Concluida toda la série de estos, se dió principio á las observaciones astronómicas. No se concluyeron estas hasta fin de setiembre, á causa de que lo empañado ó fosco de aquella atmósfera impedia la observacion del paso de las estrellas por el meridiano.

Cuando concluidas ya la tareas astronómicas á la parte del Sur disponian el viaje para pasar al Norte del Ecuador, á verificar las correspondientes en el otro estremo de la meridiana, con lo cual se terminára la obra, recibieron nuestros dos comisionados una órden inesperada del virey de Lima, la cual les obligó á separarse de los académicos franceses, y dando de mano á sus tareas regresaron á Quito inmediatamente. De aquí fueron á las Bodegas de Baba-hoyo, y de este punto, en una canoa pequeña, continuaron por el rio á Guayaquil, desde donde se trasladaron al puerto de Puna en una fragata: y luego, atravesando á la Costa-firme por tierra, siguiendo el camino penosísimo de aquella orilla del mar, la mayor parte despoblado, falto de todo, y hasta de agua, el 17 de diciembre llegaron nuestros viajeros á Lima.

El llamamiento de estos por el virey, fué con objeto de que se ocupasen en

formarle causa criminal; pero la Reina se opuso á ello y consiguió que el Rey le señalase una pension anual de 10,000 duros, para que pudiese mantener su dignidad de caballero del Toison de Oro. Hallábase en el Puerto de Santa María cuando por muerte de Fernando VI subió al trono de las Españas el buen rey Cárlos III; quien no pudiendo mirar con indiferencia las desgracias de aquel gran hombre, acordándose de lo mucho que le habia servido en Italia, y persuadido de su buena conducta, en 13 de mayo de 1760 le levantó el destierro, le dió libertad de residir donde mejor le acomodase, y aun de ir á la córte, á donde vino efectivamente, y fué recibido del monarca y de todos los magnates y cortesanos con particulares demostraciones de distincion y aprecio. Esto no obstante hizo sombra su presencia allí á los que estaban en el poder, y nada omitieron para perderle ó al menos alejarle. Sobrevino en tanto el motin contra Esquilacho, ministro de Hacienda, ocasionado por los tributos con que este oprimia al pueblo; la conducta de Ensenada dió lugar á recelos y aun calumnias á sus contrarios, y lograron que fuese confinado á Medina del Campo, donde falleció en 2 de diciembre de 1781, á la edad de 80 años. En su testamento legó crecidas sumas á los pobres, queriendo que se distribuyesen sin lujo ni obstentacion; declaró que todo cuanto tenia lo debia á la generosidad de los reyes, y que sus parientes y herederos para no ser pobres se encomendasen á la clemencia del monarca, sirviéndole como él, con el mayor celo y desinterés. Cárlos III, queriendo honrar la memoria de D. Zenon de Somodevilla, concedió á su familia, entre otras gracias, que el título de marqués de la Ensenada fuese de Castilla para sus herederos y sucesores; relevando del pago de lanzas y medias anatas al primer sucesor; y despues Cárlos IV declaró el mismo título exento para siempre de aquel gravámen, *para perpetuar*, dice el Real decreto, *la memoria de los dilatados y muy particulares servicios de D. Zenon de Somodevilla y Bengoechea, primer marqués de la Ensenada, dejando á sus sucesores una señal del celo, acierto, pureza y fidelidad con que desempeñó las cuatro secretarías del Despacho.*

Por una rareza ó contradiccion del espíritu humano, este hombre religioso, modesto y desinteresado gustaba del lujo y la magnificencia en tanto grado que casi rayaba en estravagancia; de modo que los diamantes qué llevaba en un dia de gala ó corte se valuaban en quinientos mil duros. Admirado el Rey de ver el subido precio de sus adornos, un dia le manifestó familiarmente su sorpresa, y se cuenta que Ensenada le contestó: *Señor, por la librea del criado se ha de conocer la grandeza del amo.* Este lujo desmedido fué uno de los pretestos de que se valieron sus ruines y maliciosos enemigos para derribarle. A pesar de esto



poner las costas de aquel reino en el mejor estado de defensa, á causa de haberse declarado la guerra, y el temor de que los ingleses intentáran empresas sobre aquellos remotos dominios de la monarquía española. En aquellos trabajos estuvieron ocupados nuestros dos insignes marinos, hasta agosto de 1731, en que desvanecidos los recelos de que en tal estacion pudiese doblar el Cabo de Hornos ninguna escuadra enemiga, solicitaron y obtuvieron del virey permiso para volver á continuar su comision de la meridiana. Embarcáronse, pues, en el Callao, el dia 8 del citado mes, en un navío mercante; fondearon en Puna el 21, pasaron luego á Guayaquil y de allí á Quito, á donde llegaron el 5 de setiembre.

En igual dia de diciembre de aquel año iban á continuar por su parte el precioso trabajo de las observaciones, para dar fin á su comision, cuando llegó á Quito la desagradable noticia de haber sido saqueado y quemado el pueblo de Paita por un navío enemigo que despues se supo ser el *Centurion*, que montaba el vice-almirante Jorge Anson. Entonces, á solicitud del Corregidor de Guayaquil, temeroso de que los ingleses hostilizáran aquel puerto, el presidente y la Audiencia de Quito, mandaron á D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, que con premura se trasladasen á aquel punto amenazado, á mandar las tropas que allí se reuniesen, y cumpliendo la órden en la noche del 24 llegaron á Guayaquil. Por fortuna se supo que la escuadra ó division inglesa que pirateaba en aquellos

su vida debe servir de ejemplo y leccion á los hombres públicos; y el ardor, el celo y el sumo acierto con que trabajó en hacer prosperar nuestra nacion, han inmortalizado su nombre.

Ofrecemos á la consideracion de nuestros lectores, por el mucho interés que ofrece, la *Noticia de los caudales que vinieron de la América en un sexenio del Ministerio del Marqués de la Ensenada, desde 9 de enero de 1748, hasta 5 de marzo de 1754, en oro y plata, en moneda labrada y en pasta, con agregacion de lo venido fuera de registro y en frutos.*

AÑO 1748.

Fechas.	*Buques.*	*Pesos fuertes.*
9 enero. . .	Navío Reina y siete registros.	2.486,732
26 julio. . . .	Javeques Rosario y Concepcion.	230,000
		2.716,732

AÑO 1749.

21 marzo. . .	Registro de Lima.	1.232,593
13 julio. . . .	Vencedor y demas del mando de Reggio.	22.788,913
15 id.	San Ignacio y el Rosario.	207,906
17 id.	Santa Bárbara.	1,073
Id. id.	Por la vía de Portugal.	6.000,000
		30.230,485

AÑO 1750.

11 febrero. . .	Lidia.	1.430,169
24 abril. . . .	Reina y Guadalupe.	4.705,851
2 junio. . .	Constante y América.	1.339,430
6 id.	Saetia Sacra Familia.	77,143
8 id.	Fénix y demas del mando de Espínola.	15.847,423
10 id.	Castilla y Europa.	2.424,129
2 agosto. . .	Monserrate y Caridad.	1.028,920
		26,853,065

mares habia corrido hácia el Norte para la costa de Acapulco, y con este motivo la Junta de guerra determinó, que por lo que pudiese ocurrir en cuanto á la defensa, D. Jorge quedase en Guayaquil, y D. Antonio regresára á Quito á fin de concluir las observaciones que faltaban. En la estacion mas cruda y temible, arrostrando los trabajos y peligros de una penosísima marcha por aquellas fragosidades hizo Ulloa el viaje de vuelta á Quito, donde entró el 19 de enero de 1742. Jornada hubo en que nuestro marino solo pudo andar media legua en nueve horas, de las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Mas apenas habia llegado á Quito se le notificó una órden urgentísima del virey de Lima para que él y su compañero volviesen á aquella capital. Sin mas descanso que el preciso, volvió á emprender Ulloa el trabajoso viaje, y en 26 de febrero se juntaron en Lima nuestros dos beneméritos marinos, á tiempo que habia salido del Callao, con direccion á Panamá una escuadra española de cuatro navíos de guerra en seguimiento de los buques enemigos.

Por último les empleó el virey en el mando de dos fragatas que habia dispuesto fuesen á Chile para guardar aquellas costas y las islas de Juan Fernandez, y el 4 de diciembre salieron de Lima con derrota para dichas islas las dos fragatas *Nuestra Señora de Belen*, comandada por D. Jorge Juan, y *la Rosa* por D. Antonio de Ulloa; y en 9 de enero de 1743 dieron fondo en la isla de *Tierra*, llamada así á diferencia de la mas pequeña que se distingue con el nombre de *Afuera*, y se halla situda á la parte occidental de aquella, como á distancia de treinta y cuatro leguas. De allí se dieron á la vela el dia 22 con direccion á la isla de *Santa María*, y reconocida en 5 de febrero siguieron en demanda de la costa oriental

	Suma anterior.	26.853,065
14 setiembre.	Galga.	827,195
16 diciembre.	Begoña.	1.869,398
18 id.	Perla.	139,376
25 id.	Remedios.	215,187
29 id.	Sacra Familia.	59,809
		29.942,050
	AÑO 1751.	
8 enero.	Limeña.	”
20 febrero.	Santa Elena.	282,494
3 marzo.	En dos ingleses.	745,787
26 id.	Santo Cristo.	97,172
28 abril.	San José y San Antonio.	116,712
8 mayo.	Milagros.	216,710
10 id.	Asuncion.	257,980
7 julio.	Condé, Loreto, Cármen y San Cristobal.	2.309,023
17 agosto.	Angeles.	1.147,479
18 setiembre.	Oriente.	1.798,980
Id. id.	Santo Domingo.	25,268
5 octubre.	Flora de la Habana.	3.954,464
31 diciembre.	Perla.	8,000
		10.960,069

y fondearon en el puerto de Tomé, en la noche de aquel dia. Ambas fragatas pasaron luego al surgidero de Talcaguano donde se hallaba la llamada *Esperanza*, procedente de Montevideo, y bajo las órdenes del comandante de esta, el capitan de navío D. Pedro Mendinueta, quedaron reunidos desde entonces D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, en virtud de disposiciones que allí se recibieron del virey de Lima. Casi al mismo tiempo supieron que el gefe de escuadra D. José Pizarro habia llegado por tierra á Santiago de Chile, no habiendo podido montar el Cabo de Hornos con su navío *el Asia*, que desarbolado, se vió en la precision de volver de arribada al Rio de la Plata. Iban en compañía de Pizarro varios oficiales de guerra y mar, y con ellos debia pasar á Valparaiso para embarcarse en la fragata *Esperanza*, y tomar el mando de aquellas fuerzas navales. En consecuencia salieron de la Concepcion las tres fragatas en 16 de febrero, y siguiendo su derrota, el 20 dieron vista á la isla de Juan Fernandez; la reconocieron al dia siguiente, y el 24 entraron en el puerto de Valparaiso, donde además de las embarcaciones del comercio de Lima, habia tres navíos franceses, que fletados por comerciantes de Cádiz habian pasado con registro para la mar del Sur. En la *Esperanza* se embarcó Pizarro: repetidas veces se reconocieron las islas de Juan Fernandez, sin tener noticia alguna de los enemigos, y el 24 de junio hizo la escuadra derrota para el Callao, donde entró en 6 de julio. Tratando de los vientos que reinan en aquellos mares, y del modo con que suelen hacerse la navegaciones, cuenta Ulloa un pasage singular y gracioso: «Antiguamente, dice, y hasta ahora »no muchos años, se hacian los viajes del Callao á Chile con tanta dilacion, que

AÑO 1752.

3 enero. . .	Soberbio.	2.299,039
8 id.	Atocha.	34,588
10 id.	Liebre.	13,100
31 id.	Tetis.	1.231,291
1 febrero. . .	Soberbio, buceado.	»
2 junio. . . .	Pilar.	2.066,429
8 id.	Jorge y Jason.	4.139,430
6 agosto. . .	Rosario.	1.238,698
8 setiembre.	Buchanan.	18,800
15 id.	Neptuno.	1.245,991
20 id.	Fuerte.	7.285,448
14 octubre. .	San Felipe.	144,331
20 diciembre.	Lidia.	423,801
		20.140,746

AÑO 1753.

... enero. . .	San Fernando de Sevilla.	313,641
10 id.	Triunfante.	1.840,622
18 id.	Brillante y Alcon.	2.041,625
13 id.	San Joaquin.	13,597
5 febrero. . .	San Rosendo.	76,724
28 marzo. . .	San Espiridion.	338,557
5 mayo. . .	Rosario.	163,804
18 julio. . . .	San Juan Bautista.	2.372,852
		7.163,592

»gastaban en ir y volver un año por lo menos, lo cual provenia de que no osan- »do apartarse de la costa y bordeando sobre ella, adelantaban muy poco en la »derrota; y así les era forzoso á aquellos navíos hacer escala en todos los puertos »intermedios para proveerse de agua y víveres; pero habiendo ido un piloto eu- »ropeo y hecho su primer viaje en la forma que los demas, reconoció que habia »mares (es decir, marejada), del O. y S.-O. Esta señal le dió motivo á hacer jui- »cio que mas afuera reinaban estos vientos; y en el segundo viaje se dejó ir del »bordo de afuera con ánimo de buscarlos, y habiéndolos encontrado y llegado á »Chile en poco mas de treinta dias, cosa no vista hasta entonces, empezó á di- »vulgarse la voz de que era brujo (nombre que despues le quedó). Con este ruido »y la confirmacion de las fechas de las cartas, empezaron á persuadirse todos que »navegaba por arte diabólica, y dieron lugar las voces á que la inquisicion hiciera »pesquisa de su conducta, manifestó su diario, y quedaron satisfechos con él, y »convencidos de que el no hacer todos aquel viaje con la misma brevedad, era por »no haberse determinado á apartarse de la costa, como él lo acababa de practi- »car, y desde entonces quedó entablado el método de esta navegacion.»

Así que la escuadrilla llegó al Callao solicitaron Ulloa y Juan permiso del virey para volver á Quito á continuar las científicas tareas de su comision, y les fué concedido, en atencion á que Pizarro llevaba suficiente número de oficiales de acreditadas luces y esperiencia para el servicio. En 27 de enero

	Suma anterior.	7.165,392
18 julio. . . .	Guadalupe	155,655
Id. id.	San Raimundo, el Cármen y Santa Ana.	2.292,823
14 agosto. . .	San Miguel, San José, Rosario y paquebot San Miguel.	2.412,931
Id. id.	El Cármen.	304,264
7 setiembre.	Sacra Familia.	1.152,787
Id. id.	San Ignacio.	670,859
1 octubre. .	Pilar y Rosario.	126,029
5 marzo 1754	Dragon.	7.187,581
		21.426,101

RESUMEN.

En 1748.	2.716,752
1749.	30.230,185
1750.	29.912,050
1751 sin lo de la Limeña.	10.960,069
1752 sin lo buceado del Soberbio.	20.140,746
1753 con lo del Dragon en 1754.	21 426,101
	115.416,165
Por una octava parte calculada por inteligentes fuera de registro.	14.428,270
Por cuatro millones annales en frutos, segun se apuró por el Consejo de Indias en un espediente reservado.	24 000,000
Total en los seis años. . . .	155.844,435

De forma que, segun parece demostrado, en el referido sexenio vinieron de la América mas de *tres mil setenta y siete millones de reales vellon* en oro, plata y frutos, que corresponden á cerca de *quinientos trece millones* en cada año, de que no hay ejemplar en los anteriores ni en los posteriores desde el descubrimiento



D. JORGE JUAN.


SEVILLA

de 1744 se restituyeron pues al punto en que hacian sus observaciones, de donde ya habian partido los académicos franceses, por haber terminado ya sus operaciones, escepto Godin que aun permanecia en aquella provincia. En la continuacion de sus sábias tareas se ocupaban nuestros marinos, cuando desde los dias 3 y 4 de febrero se dejó ver un cometa que por las dificultades que presentaba la atmósfera solo pudieron observar dos veces en las noches del 6 y el 7; deduciendo que su marcha era la misma que siguió el observado por Ticho en 1577, y por Casini en 1681, y que por tanto era dable que fuese el mismo. Concluyeron los triángulos por la parte del N. desde Pambamarca en adelante hasta el sitio en que Godin habia hecho su segunda observacion astronómica; consecutivamente el 22 de marzo pasaron juntos al observatorio del pueblo viejo de Mira, y á fuerza de paciencia y de batallar con las constantes oposiciones de las nubes, bien satisfechos de las observaciones hechas, dejaron aquel punto, en 22 de mayo, y despidiéndose para siempre de aquellos desiertos páramos regresaron á Quito.

Empezaron luego á tratar de su vuelta á España. A la sazon se hallaban en el puerto del Callao dos fragatas francesas preparándose para salir, de tornaviaje, y pareciéles acertado aprovechar esta ocasion, con lo cual lograrian dar la vuelta por el cabo de Hornos, y de este modo adquirir por sí mayores conocimientos de tal navegacion. Con beneplácito del virey salieron, pues, nuestros dos benemé-

de la América, aun sin meter en cuenta los crecidos caudales remitidos en dicho sexenio á la Habana para construccion de navíos y compra de tabacos que tanto produjeron á la Real Hacienda; debido todo al acierto con que dió sus disposiciones el referido ministro, por el conocimiento que tenia de las Indias y del comercio, y de la economía de los reales intereses.

Biografia de D. Jorge Juan y Santacilia.

Don Jorge Juan y Santacilia, nació el año 1712 en Novelda, villa de la actual provincia de Alicante. A los quince años de edad entró en el colegio de Reales Guardias marinas en Cartajena, é hizo tan asombrosos progresos en el estudio de las matemáticas, la astronomía y otras ciencias propias de su carrera, que era la admiracion de sus maestros, y sus condiscípulos le llamaban *Euclides*. Veinte y tres años tenia cuando fué nombrado con D. Antonio Ulloa para la famosa y científica comision, que en otro lugar hemos referido, de medir en el Ecuador el grado del meridiano. En 1748 ascendió á gefe de escuadra, fué nombrado comandante de los Guardias marinas en 1753, y atendida su alta reputacion por sus obras y sus trabajos científicos, fué enviado á Lóndres, en comision del gobierno sobre varios puntos concernientes á la marina, particularmente para que se instruyese circunstanciadamente en la construccion de navíos, observando con detencion lo que en esta parte habian adelantado los ingleses. Con este objeto se detuvo allí diez y ocho meses. Restituido á España le encargó el Rey el arreglo de la construccion de los navíos, y la direccion de los arsenales y sus obras, y á sus estraordinarios conocimientos y talentos se debió la invencion de una nueva construccion española, mucho mejor que las que hasta entonces se conocian, la cual se mandó observar por Real órden en todos los departamentos. Contribuyó eficazmente á poner la academia de marina de Cádiz en el ventajoso estado en que ha llegado á verse, formando proporcionados modelos de navíos, dirigiendo la fábrica del Observatorio astronómico, uno de los mas perfectos y bien acabados que se conocen, y haciendo traer de Lóndres los mejores instrumentos. Con su actividad, su genio laborioso y su celo en el pronto y exacto cumplimiento de las sábias medidas dictadas por el gobierno de Cárlos III, llegó á ponerse la marina española en pocos años en un estado el mas respetable; de modo que anualmente se botaban al agua navíos y otros buques de guerra, tan sólidamente construidos como escelentes veleros. Formó en medio de estas tareas en su propia casa una academia de ciencias, titulada *Asamblea amistosa literaria*, en que cada jueves se juntaban varios de nuestros sábios residentes en

ritos comisionados para Lima y en el Callao se embarcaron; D. Jorge Juan en una de aquellas fragatas, llamada la *Deliberanza*, y D. Antonio de Ulloa en la otra titulada la *Lis*, con la idea de dividir así los riesgos que pudieran sobrevenir, y que si llegase el caso de perecer el uno, quedase el otro para dar razon de su cometido. Así dieron la vela para Chile en 22 de octubre de 1744, y desde este puerto para Europa en 27 de enero de 1745; pero en 4 de febrero se separó la fragata *Lis*, arribando á tomar algunos de los surgideros de la costa de Chile, á causa de hacer mucha agua. Lo mismo sucedió al cabo de algunos dias á la *Deliberanza*, y por esto y otras necesidades que ya se esperimentaban se trató de arribar á Montevideo. Esto no obstante, de comun acuerdo resolvieron por último los capitanes de ambas fragatas que la arribada se hiciese á la isla de Fernando de Noroña, á donde efectivamente se dirigió la derrota, y lograron dar fondo en 21 de mayo, á los ciento quince dias de una navegacion tan penosa como llena de sobresaltos; pues en muchas ocasiones se temió con fundamento que la *Lis* se sumergiese sin dar lugar á que se salvasen las vidas de los que en ella iban. Con dificultad suma se pudo remediar en parte la avería, y el 10 de junio, con inconcebible arrojo y resolucion volvieron las fragatas á ponerse á la vela, en 10 de junio, arrostrando el peligro de dar con enemigos, pues se decia estar declarada la guerra entre Inglaterra y Francia. En latitud de 43° 57′ encontraron con dos fragatas inglesas corsarias, que despues de al-

aquel punto, y en ella leyó D. Jorge Juan diez memorias que habia escrito, sobre varios puntos de artillería, astronomía, navegacion, construccion, y demas ramos de las matemáticas. Una de ellas dió motivo para la grande obra que inmortalizó su nombre, el *Exámen marítimo*. A los muchos honores y empleos con que fué distinguido en su noble y gloriosa carrera, se agregaron los de Director del Seminario de nobles, del Consejo de S. M. en la junta de comercio y moneda, embajador en la córte de Marruecos, y académico de las reales sociedades de Lóndres y Berlin.—Amado de su Rey, respetado y querido de sus compatriotas, falleció D. Jorge Juan y Santácilia en Madrid, el 21 de julio de 1773, á los sesenta años y seis meses de edad, dejando inmortalizado su nombre, con los útiles y gloriosos resultados de sus incesantes tareas y sus científicas obras literarias. Tratando de la comision sobre medir en el Ecuador el grado del meridiano, indicamos bastante acerca de las *Observaciones astronómicas y físicas en los reinos del Perú, de las cuales se deduce la magnitud de la tierra, y que se aplica á la navegacion*. A esta obra, que por primera vez se publicó en Madrid en 1773, siguieron otras á saber: 2.ª *Disertacion histórica-geográfica sobre el meridiano de demarcacion entre los dominios de España y Portugal, y los parages por donde pasa en la América meridional, etc.* 3.ª *Compendio de navegacion para el uso de los caballeros guardias marinas*. Obra que ha dado los mas satisfactorios resultados para la enseñanza en las matemáticas. 4.ª *Exámen marítimo teórico-práctico; ó tratado de mecánica aplicada á la construccion, conocimiento y manejo de los navíos y demas embarcaciones*, dos tomos en 4.° El prólogo comprende la historia del arte de la construccion, y de las obras que sobre ella se han escrito; demostrando la falsedad de los principios que se habian adoptado hasta entonces en esta materia, dimanados en gran parte de no haberse comprobado con la práctica los cálculos de la teórica. Al anunciar esta obra los autores de las *Efemérides literarias de Roma* dicen: «que iban á dar una breve noticia de una de las mas sublimes obras de nuestro siglo, de un autor que honra á la España, y hace que esta no envidie la estimacion que se han adquirido otras naciones por las ciencias sólidas y profundas. Y el conde de Stanhope, junto con el ejemplar que de su magnífica edicion de los *Elementos de Euclides* regaló á D. Jorge Juan, le dirigió un elogio el mas cumplido, escrito y firmado de su mano. En París se hizo y publicó en 1786 una traduccion en francés del *Exámen marítimo*; fué recomendada por el ministro de Marina Mr. Sartine, posteriormente por el mariscal de Castries, y el Almirantazgo de Inglaterra ha premiado y distinguido por este trabajo al traductor francés. Ya de antemano, en prueba de la utilidad de esta obra, la tenian traducida en su idioma los ingleses.

guna resistencia se apoderaron de la *Lis* y la *Deliberanza* que se encontraba mas distante tuvo lugar de huir. El temor de encontrar con otros corsarios en la recalada sobre las costas de España, decidió á su capitan á tomar el partido de hacer rumbo al puerto de Luis-Bourgo en la Isla Real, próxima á Terranova; pero al descubrirla, en la madrugada del 12 de agosto, avistaron un bergantin; mas tarde observaron que salian del puerto un navío y una fragata, y considerando que aquella isla era una de las posesiones de la Francia, se juzgó que tales embarcaciones serian tambien de la propia nacion, porque los navegantes de la *Deliberanza* no podian tener noticia de la toma de Luis-Bourgo por los ingleses. Con esta confianza siguieron en demanda del puerto, y acercándose en breve los enemigos rodearon á la incauta fragata, que conociendo tarde su engaño y lo inútil de la resistencia arrió su bandera. «La maldita ansia del oro y de las riquezas, que »convierte á los hombres en brutos, haciéndoles mas crueles que las fieras mis»mas, dice D. Antonio Ulloa, fué causa de que los apresadores se olvidasen »del honor que corresponde á oficiales de un monarca como el de Inglaterra, »y de una nacion tan culta y política como aquella, y que en las circunstan»cias del trato sobrepujase á la sustancia de la pérdida el modo é indignidad »con que se portaron: desde el marinero hasta el mas caracterizado, hubieron de »sufrir el sensible golpe de un rigoroso registro, que en aquellos llegó hasta el

BIOGRAFIA DE D. ANTONIO DE ULLOA.

Nació este ilustre español en Sevilla, en 12 de enero de 1716: sus padres le inclinaron en la infancia al estudio de las matemáticas y la náutica. Su primera navegacion fué como aventurero en compañía del comandante de escuadra D. Manuel de Lopez Pintado en 1730; y á su vuelta á España, por concesion de Felipe V entró de guardia marina en noviembre de 1733. Se halló en el navío *Santa Teresa* en la espedicion á Nápoles para ir á reforzar el ejército del infante D. Cárlos, y concluida aquella campaña fué nombrado con D. Jorge Juan para la comision científica de la medicion de grados del Ecuador, cuyos trabajos hemos referido, así como las vicisitudes de Ulloa hasta su regreso á España. Cuando en 1762 pasó la Luisiana á nuestro dominio, mediante la paz celebrada entonces, fué enviado Ulloa para tomar posesion de aquel hermoso pais y organizar su administracion, y ya que no fué en esta comision muy feliz á causa de la oposicion constante de aquellos colonos, siempre adictos á la Francia, á lo menos recogió preciosos materiales para sus *Noticias americanas*. Ascendido á Teniente general de la armada, mandó diferentes escuadras aunque sin gloria. De otra clase de servicios mucho mas duraderos que las victorias de las armas, le es sin duda deudora su patria, siendo uno de los hombres de su tiempo que mas la honraron, tanto por sus útiles servicios como viajero y marino como por sus tareas científicas. Fué el primero que dió á la España los primeros conocimientos de la electricidad y el magnetismo artificial, que él adquirió en Londres; el que hizo visible la circulacion de la sangre en la cola de los peces y varios insectos, por medio del microscopio solar de reflexion, recientemente inventado en Inglaterra; dió á conocer tambien la platina y sus propiedades, y descubrió reliquias evidentes del diluvio universal sobre las altas cordilleras de los Andes del Perú. Promovió el arte de grabar en piedras; la relojería y la cirujía; estableció el proyecto del canal de navegacion y riego de Castilla la Vieja. Instruyó á diferentes personas en las operaciones de geografía, necesarias para formar en España los mapas geográficos; estableció el primer gabinete de historia natural que hubo en Madrid, y el primer laboratorio metalúrgico, trayendo de fuera sujetos hábiles para la ejecucion. Dió en fin instrucciones y noticias para facilitar el comercio de frutos de España con los puertos de Indias, siendo su objeto el fomento de la agricultura en Castilla la Vieja, las montañas y sus confines, donde por falta de estraccion estaban sus habitantes en la mayor infelicidad, sobrándoles los propios frutos y careciendo de los que en su pais no se criaban.—Falleció D. Antonio Ulloa en la isla de Leon en 1795. Son sus obras las siguientes: *Relacion histórica del viaje á la América meridional*, para medir algunos grados del meridiano terrestre, etc., de que ya hicimos mencion en otro lugar. *Noticias americanas*; *Entretenimientos físico-históricos sobre la América meridional, la septentrional y oriental*; *Comparacion general de los territorios, climas y pro-*

»lance de ponerlos en cueros, y en los de mayor gerarquía á poco menos, siendo los capitanes ingleses los que acaso por animar con su ejemplo, se desdeñaron menos de intervenir por sus manos en el empleo de tal indignidad; porque »sin duda las acciones que á cualquiera causarian empacho y vergüenza para ejecutarlas, y aun verlas en personas de tal carácter, allí las debió de cohonestar »la sed insaciable del oro.»

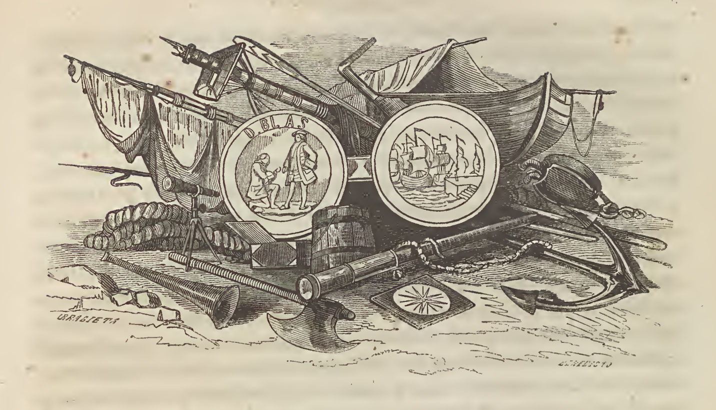
Ulloa, que así se esplica tuvo la precaucion de arrojar al agua en el acto del apresamiento, todos aquellos papeles que no convenia cayesen en manos de los enemigos, conservando únicamente los que eran relativos á la medicion de los grados del Ecuador, observaciones astronómicas y físicas, y noticias históricas. Por fortuna se salvaron de la rapacidad, y fielmente fueron remitidos todos estos escritos al gobierno británico. En medio de todo, fué tratado nuestro insigne marino con mucha urbanidad por el capitan Le-Bret, capitan del navío inglés *Sumderland* en que fué trasportado á Inglaterra. Desde su residencia, como prisionero, cerca de Portsmouth, donde estuvo muy considerado, pasó á Lóndres, en abril del 1746; fué bien recibido del ministro y secretario de Estado, conde Harrington, consiguió que le restituyesen sus papeles, como habia reclamado, y la Sociedad Real de Lóndres le recibió en el número de sus individuos. Tan obligado quedó por tan generosos tratamientos á su persona, que para hacer la justicia debida á sus favorecedores se esplicó en estos términos, escribiendo desde Lóndres: «Aquí fué donde pude conocer hasta dónde llega la urbanidad de los »ingleses, desnuda de ficciones, su cortesanía apartada de lisonja; su agrado »y su obsequio, ageno de todo particular interés; aquí notar las inclinacio»nes y especiales costumbres, gobierno, política y económicas providencias de »esta culta nacion, y aquí el modo de su trato capaz de servir de escuela á los »mas atrevidos y sagaces de las otras.» Embarcóse Ulloa en Falmouth para Lisboa, y de aquí vino á Madrid, á donde llegó el 26 de julio de 1746, á los

ducciones en las tres especies, vejetales, animales y minerales, con relacion particular de las petrificaciones de cuerpos marinos; de los indios naturales de aquellos paises, sus costumbres y usos; de las antigüedades; discursos sobre la lengua y sobre el modo con que pasaron sus primeros pobladores, etc. En esta obra que se publicó en Madrid en 1772, en 4.°, se trata de las varias disposiciones que tienen los territorios en varias partes de la tierra, y particularmente en las Indias occidentales, y de los efectos que estas varias disposiciones ocasionan en los temperamentos y en las producciones naturales. Se habla luego en particular de las de aquellos paises, en los tres reinos de la naturaleza, con el estado que entonces tenian las minas y modos de beneficiarlas.—*La Marina y fuerzas navales de la Europa y del Africa*, dos tomos en 4.°, en que trata de todo lo perteneciente á marinas militares de las potencias de Europa y del Africa; de sus puertos y arsenales; modos de construccion de sus buques, sus aparejos y maniobras, la cual presentó al Ministerio de Marina en 1775.—Veamos ahora el retrato que de Ulloa hizo el viajero inglés Townsend, que le visitó en Cádiz poco tiempo antes de su muerte: «Antonio Ulloa, dice, es el español cuya conversacion mas me ha interesado... he hallado en él un verdadero filósofo, perspicaz é instruido, vivo en la conversacion, libre y desembarazado en sus modales... Es pequeño de estatura, sumamente flaco y encorvado por los años. Por lo regular viste de paisano y siempre está rodeado de sus hijos. En la sala donde recibe las visitas hay confusamente sillas, mesas, baulos, cajas, libros, papeles, una cama, una prensa, vestidos, útiles de carpintero, instrumentos de matemáticas, un barómetro, una péndula, armas, cuadros, espejos, fósiles, minerales, antigüedades americanas, dinero, y por fin una curiosa momia de las islas Canarias...»

once años y dos meses de haber salido del puerto de Cádiz para su comision.

Tratemos ahora de la suerte que corrió D. Jorge Juan en la fragata la *Lis*. Separada esta de las otras como queda dicho, arribó á Valparaiso, cogió agua y volvió á hacer vela en 1.° de marzo de 1745. En su navegacion, por falta de víveres, tuvo que hacer derrota para la Martinica, sin poder evitarla por las vicisitudes en el mar; fué preciso gobernar al N. sin saber ya dónde se hallaba la embarcacion, y ciñendo el viento del E-N-E., se avistó el dia 4 la medianía de la isla de Puerto-Rico, con sumo placer de todos. Desde aquí hicieron derrota para el Guarico, donde entró felizmente la fragata el dia 8. Aprovechando la ocasion de un convoy francés que salia para Europa, escoltado de cuatro navíos y una fragata, en 6 de setiembre hicieron vela, y en 31 de octubre dieron fondo en el puerto de Brest. D. Jorge Juan pasó de allí á París, con ánimo de comunicar con los individuos de la Academia Real de las Ciencias, varias materias concernientes á su obra, y habiendo merecido de aquel sábio cuerpo que le distinguiese admitiéndole por socio correspondiente, se restituyó á Madrid á dar cuenta de su comision.

Tal fué, en resúmen, la historia de aquel interesantísimo viaje, que estensa y circunstanciadamente escribió el benemérito marino D. Antonio Ulloa, y que en Madrid se imprimió y publicó de real órden, en el año 1747. Esta obra, clásica en su especie, está llena de descripciones y noticias sumamente curiosas; muy digna de consultarse por todas las personas que deseen instruirse en la geografía. Obra que atendidas las circunstancias y el tiempo en que se escribió honra mucho á la literatura española, y puede servir para vindicar el crédito de la nacion, cuyo atraso en las ciencias humanas se pondera mas de lo justo, acusándola de que nada ha hecho por ellas; y obra en fin, que logró mucho aplauso entre los estranjeros, y por ellos fué traducida. Pero lo que principalmente ocupó la atencion del señor Ulloa en este escrito, fué la parte de la navegacion y de la hidrografía: así es que tanto en el viaje del Norte hasta Portobelo, como en los demás que hizo en los mares del Sur, y en el de su regreso á Europa, procura enriquecerlos con multitud de preciosas observaciones suyas, y de su digno compañero D. Jorge Juan. «Entre los asuntos de que se trata (dice en su prólogo), podrá repararse tambien que me detengo mas de lo que parece regular »en las noticias de los mares y vientos; pero esta proligidad, que acaso será en»fadosa para los que no son náuticos, es inevitable para ilustrar y dar el mas »completo conocimiento de las navegaciones que se hacen en aquellos mares; »pues sin ello no encontrarian los marinos las luces que apetecen de la variacion »de la aguja, vientos que reinan, en cada paraje y sus tiempos, y de las aves y »peces que se encuentran, cuyas señales contribuyen no poco á su mas perfecto »conocimiento.»



CAPITULO IV.

Cuestion grave entre el gobierno español y el inglés, acerca del derecho de visita ó registro que ejercian nuestros guarda-costas en los buques ingleses en cualquiera punto de los mares de América. Declaracion de guerra con este motivo.—Ataque de los ingleses con una escuadra formidable y un ejército á Cartagena de Indias. Heróica defensa de esta plaza por los generales Lezo y Eslaba, y triunfo de estos contra los ingleses, que con gran pérdida de gente huyen vergonzosamente.—Tentativas de los ingleses para apoderarse de la Guaira y Portobelo, de donde son rechazados con pérdidas considerables.—Plan de campaña marítima de España en union con Francia para arrojar á los ingleses del apostadero de los golfos de Leon y Génova, por donde impedian el tránsito de la marina de ambas naciones. Pasa una escuadra española mandada por D. Juan José Navarro á unirse en Tolon con otra al mando de Mr. Court. Salen de aquel puerto las escuadras combinadas á combatir á la inglesa que se hallaba fondeada en las islas de Hieres.—Encuéntranse las escuadras enemigas sobre las costas de Provenza.—Combate glorioso en Cabo Sicie de la española contra la inglesa, muy superior en fuerzas á la nuestra. Valor singular y habilidad de D. Juan José Navarro, secundado por nuestros valientes marinos en aquella memorable jornada, cuyo resultado fué tener aquellos mares libres por algun tiempo España y Francia, debido todo al heróico combate que sostuvo nuestra escuadra, abandonada con mengua de su honor por la francesa. Datos en comprobacion de esto.

La desaparicion de los bocaneros ó flibustieros, lejos de poner un término al comercio de contrabando que se ejercia en las Indias occidentales, continuaba casi como en tiempo de aquellos bandidos marítimos, perjudicando á la España mas que á ninguna de las demas naciones. El gobierno español miró como una parte esencial de su soberanía en América el derecho de visita que los guarda-costas ejercian sobre los buques ingleses, salva la obligacion de castigarlos si cometian injusticias y vejaciones, y los ingleses invocaban la libertad de los mares para dividir con los españoles las utilidades del comercio de América, como las habian dividido durante los últimos reinados de la monarquía austriaca. La pretension

del gabinete británico llegó hasta exigir perentoriamente que la España renunciase el derecho de visita ó registro, en los buques ingleses en cualquier punto de los mares, escepto los puertos españoles, y acalorándose las contestaciones acerca de esto, fueron de una y otra parte tan atrevidas que terminaron apelando á la guerra. España fué la primera en declararla en el año 1739, y la nacion la aceptó con entusiasmo, porque su honor y sus intereses estaban comprometidos. Entonces concibió la Inglaterra el plan de arrojar á los españoles de América, y al año siguiente, 1740, plagaron el Océano de sus naves de guerra. Una escuadra poderosa á las órdenes del almirante Vernou, con buenas tropas de desembarco, debia señorearse del golfo de Méjico, y otra, mandada por el célebre comodoro Anson, habia de penetrar en el Océano Pacífico, saquear las costas del Perú, y por el itsmo de Panamá darse la mano con las fuerzas de Vernou. Este, despues de haber sido rechazado en el puerto de Guaira, donde intentó apoderarse de unos navíos cargados de azogue, refugiados allí, se dirigió á Portobelo, el 5 de noviembre, atacó la plaza, y esta se rindió por capitulacion el dia 22. No encontró allí el vencedor la riqueza que se prometia, porque los habitantes habian retirado tierra adentro los efectos mas preciosos, y al cabo de algunos dias, sin hacer de su conquista mas uso que la comodidad del puerto para reparar las averías de los buques ingleses, desmanteló la plaza y se retiró á la Jamaica.

Tan pronto como llegó á Madrid la infausta noticia de la toma de Portobelo, mandó el Rey procesar al gobernador de aquella plaza, espulsó de España á todos los súbditos de Inglaterra; espidió un decreto imponiendo pena de muerte á los españoles que comerciasen con los ingleses, y envió á los mares una escuadra mandada por Pizarro. A Vernou se le reunió en la Jamaica una escuadra de veinte y un navíos de línea, mandada por el almirante Chaloner-Ugle, que escoltaba un cuerpo de nueve mil hombres de desembarco, y esta espedicion amenazaba al centro de la América española. Las dilaciones ocasionadas por el clima y los vientos, y la llegada de dos escuadras francesas á aquellos mares, retardaron los movimientos de los ingleses, y por último, cuando los buques franceses se volvieron á Europa, la espedicion británica tomó el rumbo de Cartagena. Ya desde el año anterior se tenian en esta plaza noticias de las formidables fuerzas que los ingleses preparaban para atacarla.

Hallábase de comandante de aquel apostadero de marina D. Blas de Lezo (1), que en 11 de marzo de 1737 habia ido procedente de Cádiz, con dos navíos,

(1) Nacio D. Blas de Lezo en el lugar de Pasaje el año 1687, se educó en un colegio en Francia, y de allí salió para guardia marina en 1701. En esta clase se halló en varios combates navales, y en el que nuestra escuadra tuvo con las combinadas de Inglaterra y Holanda, en las aguas de Velez Málaga en 1704, el jóven Lezo se distinguió por su intrepidez y valor: una bala de cañon le llevó la pierna izquierda, y continuó en el combate con tal serenidad y valor que mereció los elogios del almirante, conde de Tolosa. De grado en grado ascendió al de capitan de fragata en 1710, y mandando una de las de la Armada Real, logró ha-



D. BLAS DE LEZO.

el *Conquistador* y el *Fuerte*, ocho buques mercantes y dos registros, y por muerte del Gobernador ejercia este cargo interinamente. De antemano, tomando precauciones y estando muy prevenido para todo evento, situó los navios de su mando en Boca-chica, paso preciso para la entrada en el puerto, y puso en estado de defensa los castillos en aquel punto, reforzando sus guarniciones con cerca de mil hombres. Ultimamente, envió dos condestables de sus navíos á reconocer la artillería de la plaza, y se hallaron los cañones incapaces de disparar diez tiros, sin repuesto ni provision de balas, y solo con tres mil trescientas libras de pólvora. Además de los navíos colocados en Boca-chica añadió dos cadenas por fuera de ellos para impedir la entrada á la escuadra y los brulotes enemigos.

Aparecieron estos el 13 de marzo, con ocho buques mayores, dos brulotes, dos bombardas y un paquebote, y fondearon á dos leguas al O-N-O. de la ciudad. Despues de sondar y reconocer varios puntos de la costa y de establecer cruceros para interceptar los víveres, socorros y municiones, se situaron las bombardas E-O. en el convento de la Merced, y comenzaron á arrojar á la plaza bombas cargadas de combustibles, con que lograron incendiar varias casas y edificios. Es de notar que los cañonazos que se les tiraban de nuestras baterías, no alcanzaban sino por elevacion. Asi continuaron los dias 18 y 19, hasta que viendo Lezo que no servian aquellos cañones, hizo desembarcar uno de á diez y ocho de su navío, con cuyo atinado fuego obligó á retirarse á las bombardas, y toda la escuadra volvió á Jamaica á reforzarse, dejando dos navíos para bloquear el puerto. Hicieron se-

cer once presas, la menor de veinte cañones, entre ellas el navío de guerra inglés llamado *Stanhope*, en cuyo combate recibió varias heridas. Fué ascendido á capitan de navío en 1712, y continuó haciendo los mas importantes servicios, ya impidiendo que los enemigos se apoderasen de los galeones que con grandes sumas de dinero nos venian de América, y ya persiguiendo á los piratas y corsarios. Elevado al grado de gefe de escuadra en 1730, al año siguiente se le confió el mando de una escuadra destinada al Mediterráneo para estar á las órdenes del infante D. Cárlos, y despues entró con las fuerzas navales de su mando en el puerto de Génova, cuando la espedicion para el recobro de los millones que España tenia en aquel banco, de lo cual hemos hecho mencion en otras páginas. Se halló en la grande empresa de la reconquista de Orán mandando siete navíos; en el año 1734 fué promovido á teniente general de la Real Armada; desde entonces desempeñó la comandancia general del departamento de Cádiz, y en 1736 fué nombrado comandante general de los galeones que con los navíos *Conquistador* y *Fuerte*, habian de despacharse á las costas de *Tierra-firme*. A consecuencia salió de Cádiz en 3 de febrero de 1737, y fué á Cartagena de Indias, cuya gloriosa defensa contra los ingleses referimos circunstanciadamente en la presente Historia de la Marina Real.

El mérito que desde la primera de aquellas acciones contrajo D. Blas de Lezo fué tan relevante que el rey le dirigió una real órden en 8 de octubre de 1740, declarando que la defensa de Cartagena y su puerto se debia á su conducta y celo; y por otra real órden de 16 del mismo mes le recomendó que continuase haciendo todos sus esfuerzos para repeler los intentos de los ingleses, añadiendo que si Cartagena no habia esperimentado la misma suerte que Portobelo se debia á su vigilancia y disposicion. No dejó de corresponder D. Blas de Lezo á tan señalada honra, como se prueba con la relacion de la segunda defensa en 1741; pero tan prolongadas fatigas y desvelos menoscabaron su salud, y de resultas falleció en aquella ciudad en 7 de setiembre del mismo año, dejando un noble ejemplo de valor y constancia, á los que siguiendo la honrosa carrera de las armas hayan de emplearla en servicio de su rey y de su patria.

Al cabo de pocos años concedió el rey á la familia de Eslaba, que de gobernador se encontró en Cartagena, el título de *Marqués de la Real defensa*, y á la de Lezo el de *Marqués de Ovieco*, para perpetuar la memoria de aquellos dos ilustres generales, recordando con aprecio uno de los acontecimientos mas heróicos que ilustran la historia militar y marítima de España en el siglo XVIII.

gunda tentativa, avistándose desde Cartagena el 3 de mayo una escuadra de trece navíos y una bombarda, la cual reconoció la ensenada de Barú. Lezo formó con otros dos navíos segunda línea para defender la entrada, y viendo los enemigos esta vigilancia y preparativos regresaron á Jamaica. De allí salieron poco despues para Santa Marta, donde quedaron bien escarmentados.

En 31 de octubre llegó de España una escuadra de diez navíos, mandada por el general D. Rodrigo de Torres, que facilitó algunos auxilios, y permaneció allí hasta el 8 de febrero de 1741, que se trasladó á la Habana, amenazada tambien por los ingleses. Estaba ya mandando en Cartagena como gobernador el virey del nuevo reino de Granada D. Sebastian de Eslaba, oficial muy acreditado por su valor é inteligencia, y unidos él y Lezo concertaron la defensa de la plaza para lo sucesivo. A breves dias, en 15 de marzo, se avistaron y dieron fondo en la ensenada de Canoas ciento treinta y cinco buques ingleses, los treinta y seis de guerra y los demás de trasporte, bombardas y brulotes. Lezo se situó en Boca-chica, donde estaban los navíos, y reforzó los castillos de cuanto era necesario. Tomaron los enemigos diversas posiciones, y el dia 20 dos navíos grandes, situados á medio tiro de fusil de las baterías de Santiago y San Felipe, rompieron un fuego tan horroroso que á pocas horas las destruyeron. Igual ataque sufrian por otros navíos los fuertes de San Luis y San José que contestaban por su parte, destrozando á cuantos navíos los batian. Las bombardas tampoco cesaban de arrojar bombas de dia y de noche. Entre tanto iban desembarcando las tropas enemigas y formando baterías en tierra, una de ellas de doce morteros, con que incomodaban mucho al castillo de San Luis, llave principal del puerto; y aunque en él hacian estragos todo lo reparaba y á todo acudia Lezo diligente con los auxilios que le suministraba su escuadra. Todo el empeño de los ingleses era apoderarse del castillo y forzar el puerto. Para esto lo batian alternativamente, empleando hasta cuatro navíos á la vez; al paso que multiplicaban las baterías de cañones y morteros, las lanchas armadas, y los desembarcos de su gente, con que intentaban dar asalto. El dia 2 de abril sostenian el fuego con vigor diez y seis cañones y doce morteros. Lezo con su navío disparó setecientos sesenta tiros en defensa del castillo, pero ya iban escaseando las municiones; los parapetos y defensas estaban por tierra, la gente fatigada, los enemigos aumentaban sus ataques, pues situaron entonces siete navíos, dos de ellos de tres puentes para batir el castillo y nuestra escuadra, que recibió mucho daño, además del que causaban las bombas incendiarias. Aunque la plaza se hallaba distante de Boca-chica mas de dos leguas y media, el virey, con suma diligencia y actividad, iba frecuentemente de noche á tratar con Lezo sobre lo que se habia de hacer, y hallándose ambos el dia 4 de abril en uno de los navíos, fueron heridos, Eslaba en una pierna, y Lezo en un muslo y una mano. Convencidos de que ya no podia sostenerse el castillo, tomaron sus providencias para abandonarlo, y que la gente se recogiese á la plaza. Así se ejecutó al dia si-

guiente, cuyo ejemplo siguió la gente de los navíos *San Cárlos*, *Africa* y *San Felipe*, sin que pudiera contenerlos el General, que andada casi siempre cruzando en una canoa para atender y acudir á todas partes. La precipitacion de esta retirada fue causa de que en lugar de echar á pique un barco con sesenta barrriles de pólvora, conforme habia mandado el General, le incendiáran, y comunicándose el fuego á los navíos *San Felipe y África* ambos se volaron. Dueños los enemigos de los castillos de San José y San Luis, y franqueada la entrada del puerto, se retiró Lezo á la plaza con su gente, y con cuantas armas y pertrechos pudo recoger, despues de sostener veinte y un dias el puesto de Bocachica, los diez y siete de combate contínuo, con un valor y constancia de que hay pocos ejemplos.

Todavía quedaba en lo interior del espacioso puerto la defensa del canal ó angostura que forman el castillo grande y la batería del Manzanillo, antes de llegar á la plaza. Lezo distribuyó la tropa de marina y la marinería, facilitó cañones, fusiles, balas y otras armas y municiones, dispuso que los navíos *Dragon* y *Conquistador*, únicos que quedaban, se mantuviesen en aquel estrecho paso, y que en el último estremo se echasen á pique ambos buques y los de particulares, para cerrarlos y evitar la proximidad de los enemigos á la ciudad.

Llegado el caso de hacer esta operacion, despues de una resistencia tenaz se apoderaron los ingleses del castillo grande y la batería del Manzanillo; trabajaron mucho en abrirse paso, y al fin comenzaron á bombardear la ciudad, el dia 12, batiéndola al mismo tiempo varios navíos y fragatas. Así continuaron sin intermision hasta el 20, en que antes de las cuatro de la mañana atacaron con mil doscientos hombres escogidos el cerro y el castillo de San Lázaro, que ocupaban doscientos cincuenta soldados de tropa de marina, y los regimientos de Aragon y de España. El fuego fué muy vivo por una y otra parte. Los dos Generales nuestros, siempre activos y diligentes, acudieron al momento; y luego que aclaró el dia reforzaron la tropa española con algunos piquetes de marinería armada. Desde entonces el fuego fué mejor dirigido y mas certero, causando tanto estrago en los enemigos, que á las siete de la mañana huyeron precipitadamente, abandonando sus escalas, fusiles y otros efectos, y dejando la quebrada por donde atacaron, llena de muertos y heridos. Aprovechó Eslaba tan oportuna ocasion de hacer una salida con la tropa de la plaza, y consiguió perseguir y escarmentar á los fugitivos.

Tal fué la accion decisiva de esta heróica jornada. Los historiadores ingleses dicen, que, por una imprevision incomprensible, las escalas que llevaron para el asalto eran muy cortas, y que no habian llegado aun las faginas y los materiales necesarios para ocultar y facilitar la aproximacion al fuerte. Achacaban tambien su desgracia á las desavenencias entre sus Generales de mar y tierra, y á las enfermedades que esperimentaban, propias de aquel clima y la estacion. Lo cierto es que en el mismo dia pidieron parlamento y suspension de armas para recoger sus heridos; de los cuales habian sido llevados á la ciudad mas de mil. En los

cinco dias siguientes, recelosos de que se les persiguiese, aparentaron que perseveraban en la empresa, y aumentaron sus baterías; pero el 27 ya se notaron señales ciertas de su retirada. Las bombardas se unieron con los navíos, y empezaron á recojer y embarcar la gente que les quedaba. El 28 abandonaron los puntos que ocupaban, incendiaron como inútil el navío *Galicia*, y demolieron ó volaron los castillos y fuertes de que se habian apoderado. El 30 se verificó el cange de prisioneros. Los buques de guerra y trasporte fueron saliendo sucesivamente en los primeros dias de mayo, aunque algunos quemaron en Boca-chica por inservibles: el 17 salió el Almirante Vernon, y el 20 quedó el puerto enteramente libre de enemigos.

Durante el sitio dispararon los ingleses seis mil sesenta y ocho bombas y mas de diez y ocho mil cañonazos, y su pérdida, por efecto de los combates y de las enfermedades, fué de nueve mil hombres de las tropas y de las tripulaciones de los buques. El autor francés de la Historia general de la Marina, dice que perdieron cerca de veinte navíos; y el P. Florez especifica que diez y siete de ellos quedaron tan mal tratados que tuvieron que quemar seis, y que los demás no podian servir sin notables reparos. La guarnicion de la plaza constaba de mil cien hombres de tropas regladas, y de trescientos de milicias, de dos compañías de negros libres y de seiscientos indios. Los españoles solo tuvieron doscientos muertos. La escuadra inglesa compuesta ya, con los refuerzos que fué recibiendo, de treinta y seis navíos, ocho de ellos de tres puentes, de doce fragatas de veinte á cincuenta cañones, de dos bombardas, de muchos brulotes y de ciento treinta buques de trasporte, con mas de diez mil hombres de desembarco, era la mayor y mas poderosa que se habia presentado jamás en aquellos mares; pero sus obstinados esfuerzos no bastaron á vencer la constancia y el heróico valor de los españoles, dirigidos por tan ilustres caudillos como D. Sebastian de Eslaba y D. Blas de Lezo.

La arrogancia, la presuncion y el orgullo de los ingleses habia llegado hasta el estremo de que teniendo por segura la toma de Cartajena, en vista de la confianza que les inspiraron las comunicaciones de su almirante Vernon cuando iba á salir de la Jamaica la primera vez contra aquella plaza, acuñaron una medalla para eternizar la victoria. En el anverso de ella figuraron á D. Blas de Lezo de rodillas, entregando la espada al almirante inglés, con la inscripcion de *D. Blas*, y alrededor en lengua inglesa: *La soberbia española abatida por el almirante Vernon*: y en el reverso se representaban seis navíos y un puerto con esta leyenda en el contorno: *quien tomó á Portobelo con solos seis navíos*.

Si Cartajena hubiese caido en poder de los ingleses, España hubiese perdido entonces el dominio de la América; porque el comodoro Anson, que habia invernado en Santa Catalina á principios del año pasó el mar Pacífico por el estrecho de Maire. El general Pizarro que le seguia sufrió una horrenda tempestad, queriendo doblar el cabo de Hornos, y se vió obligado á volverse á Buenos-Aires, perdida casi toda su escuadra. Anson, aunque reducido por otra tempestad al





D. JUAN JOSE NAVARRO

navío *Centurion*, que él montaba, y á otros dos buques menores, tomó y saqueó á Paita y se dirigió á Panamá; mas sabedor, por los que allí hizo prisioneros, del mal éxito del ataque á Cartajena, atravesó el mar Pacífico para apoderarse del galeon nuestro que anualmente se despachaba de Filipinas para Acapulco. Cogió efectivamente esta presa, la mas rica que habia entrado en los puertos británicos, aunque débil indemnizacion de los gastos que la Inglaterra habia hecho en ambas espediciones.

En el año 1742 hizo el almirante Vernon otra tentativa tan inútil como las anteriores contra la América española. Llegó á Portobelo, y allí desembarcó un cuerpo de cuatro mil hombres destinado á la conquista de Panamá. Esta plaza se hallaba casi indefensa, tanto que el paisanage hacia en parte el servicio militar; mas por fortuna se encontraban en el puerto cuatro navíos y una fragata, que el virey del Perú habia enviado en seguimiento de Anson. De ellos se habian sacado ciento treinta y cinco hombres para el servicio de la plaza. Estos buques eran muy grandes, y Vernon juzgando por su tamaño que tendrian mucha mas artillería y gente de la que efectivamente tenian, desistió de su empresa y se retiró con la pérdida que era de esperar, por la intemperie del clima y por el valor de los defensores.

A Vernon sucedió en 1743 en América el almirante Knoovles, que con la escuadra de su mando atacó á la Guaira y despues á Portobelo, pero una y otra empresa le fueron adversas, pues en la primera quedaron tan maltratados siete navíos ingleses que para repararse volvieron á Curazao; y en la segunda se defendió con tanto valor D. Gabriel de Zuloaga, gobernador de Venezuela, que obligó al enemigo á retirarse, despues de haber perdido dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. No fué mas venturosa otra division británica contra la isla de Gomera, una de las Canarias.

En el plan de campaña contra la Gran Bretaña entró el pensamiento de unir la escuadra francesa del Mediterráneo con la española, para arrojar á los ingleses del apostadero de los golfos de Leon y Génova, donde impedian el tránsito de hombres, víveres y municiones al ejército que habia de invadir el Piamonte á las órdenes del príncipe de Conti y del infante D. Felipe. A consecuencia pasó á Tolon una respetable escuadra nuestra, que al mando del teniente general de Marina D. Juan José Navarro (1), se combinó con la que mandaba el

(1) D. Juan José Navarro, nieto de D. Juan José Navarro y de una señora de su mismo apellido, ambos españoles y de ilustre familia, nació en Mesina en 30 de noviembre de 1687. Reputado siempre como español, porque al servicio militar de España estuvieron siempro su abuelo y su padre, D. Ignacio Navarro, quien casó con una señora siciliana, en la tierna edad de ocho años obtuvo plaza en el tercio fijo de Nápoles. Estudió filosofía y matemáticas, en que fué sobresaliente. Sirvió en las guerras que sostuvimos por aquel tiempo en Italia, habiendo sentado plaza como persona noble, de soldado aventajado, que en nuestro antiguo régimen equivalia á cadete de hoy. Desde la primera campaña siendo jóven estnvo á las órdenes de los Generales de mas fama, y siempre se distinguió por su pericia y valor. Habiendo venido á España ya de teniente, se halló en varias batallas durante la guerra de sucesion, y ya ascendido á capitan en 1710 cayó prisionero de los ingleses eu la jornada do Monte Torrero, ó sea de Zaragoza, infausta para nuestras armas. Tanto de aquellas batallas como de otras en que se encontró Navarro, hizo relaciones y diseños, porque al modo de César escribia de no-

almirante francés Mr. Court. Era gefe de la inglesa en aquellas aguas el famoso vice-almirante Tomas Mathews, que con el objeto indicado fijó al principio su estacion en las islas de Hieres, y desde allí destacaba con frecuencia fuerzas navales, con que hacia gravísimos daños á la marina nuestra y la francesa.

Entrado ya el año 1744 se determinó la salida de las escuadras combinadas en Tolon, bajo el mando superior del almirante Court. En la tarde del 30 de enero hubo consejo de capitanes de ambas escuadras en el navío del gefe fran-

che lo que de dia observaba y ejecutaba. Recobrada en breve su libertad, volvió á campaña, y se distinguió como siempre en la famosa batalla de Villaviciosa. Omitiendo para no ser difusos el hacer mencion de todos los buenos servicios de D. Juan José Navarro en las campañas terrestres, nos limitaremos á una lijera reseña de los actos que como marino le hicieron célebre. Creada por el gobierno español on 1717 una compañía do nobles destinados á formar completos oficiales de marina, Navarro, que á la sazon era capitan de granaderos, fué nombrado alferez de aquella compañía, y se encomendó el régimen educacion y disciplina de los nuevos cadetes, para habilitarlos al servicio, encargándole la enseñanza de las facultades matemáticas, en que sacó escelentes discípulos que llegaron á ser distinguidos oficiales de marina. Entre las grandes obras que sucesivamente fué componiendo relativas á las ciencias náuticas, la primera que perfeccionó y que en 1723 podia ver ya la luz pública, fué el tomo de las *evoluciones navales*, de un modo ventajoso hasta entonces desconocido. A esta siguió en 1724 el tomo primero de la *teórica y práctica de la maniobra*; y en 1725 la obra que tituló *el capitan de navío de guerra, instruido en las ciencias y obligaciones de su empleo*; obra admirable y utilísima en que nada deja que desear, pues no olvida punto alguno. En 1726 fijó Navarro de una vez su carrera en el cuerpo de marina, y en marzo de 1728 fué ascendido á capitan de fragata. Al visitar el rey el establecimiento de los guardias marinas en Cádiz, quedó tan prendado que le dió señaladas pruebas de distincion y aprecio, concediéndole en fin el ascenso á capitan de navío; todo lo cual escitó contra el agraciado los celos del ministro Patiño. Como almirante do galeones empezó á hacer el servicio de mar desde Cádiz en junio de 1730, en el navío *San Fernando*. Se halló en la espedicion de la conquista de Orán, mandando el navío *Castilla*, en que llevaba por subalterno suyo al inmortal D. Jorge Juan, y allí se distinguió de un modo estraordinario como marino y militar. Muerto Patiño, que nada propicio era á Navarro, este fué ascendido á General: volvió entonces á sus grandes tareas literarias, y fué la primera el segundo tomo de su gran obra marina que tituló *Práctica de la maniobra*. Consecutivamente hizo y presentó al gobierno on 1739 el *Plano de ordenanzas de marina*, que constaba de 186 páginas en fólio. «*Hasta* 1748, dice el Sr. Vargas y Ponce, *no se publicó aquella ordenanza tan bien meditada, que por lo grandioso de su sistema, la oportuna dignidad del estilo, su hechicero laconismo y pureza de diccion inmortalizará á su redactor D. Joaquin de Aguirre y Oquendo.*»—En 1740 concluyó el laborioso Navarro su tomo do *Geografía nueva y método breve y fácil para aprenderla*; obra en que con respecto á España no disimuló verdades que otro de no tantas obligaciones hubiera temido estampar entonces bajo un régimen absoluto. «*España*, dice entre otras cosas, *está generalmente despoblada por muchos motivos, que el poco cuidado de los que han gobernado han despreciado ó no considerado. La espulsion de los judíos y la última guerra de los moriscos con la gente que ha pasado á las Indias, como tambien la gran cantidad de clérigos y de conventos del uno y del otro sexo, son y han sido y serán la causa de su despoblacion... Generalmente la agricultura, las artes, las ciencias y el comercio hoy dia están en sus principios etc.* Dejamos de referir otras muchas verdades quo dijo, exactísimas cuanto atrevidas para el tiempo en que las escribió. En el mismo año 1740 fué admitido en la Academia española. No tardó en presentar á la científica corporacion su obrita en que á la par del buen estilo luce sus profundos conocimientos de pilotage.—Por aquel tiempo tuvo una famosa y bien sostenida polémica con un decrépito fanático y pedante fraile, llamado José Arias de Miravete, que sin haber saludado siquiera los Elementos de Euclides, pretendiendo hacer valer el hallazgo de un planisferio que decia suyo, sin necesidad do cartas hidrográficas ni instrumentos de los usuales, de que abominaba, con el mas alto desprecio, queria reformar las prácticas de la navegacion y dirigir con rumbos certeros las naves. A su estravagante obra de 109 páginas on 8.° tituló el fraile *La mas preciosa margarita del Occéano*. Para su publicacion encontró torpemente en la córte el apoyo que acaso no encontrara una obra verdaderamente sábia, cuyo autor no fuese fraile. D. Juan José Navarro la impugnó con tanto chiste y triunfo como habilidad y ciencia, en un escrito quo impreso en Cádiz, año 1740, contiene 109 páginas en octavo, y su epígrafe es la siguiente redondilla:

Padre, la cosmografía
que aborta su reverencia,
como la esplica es demencia,
como la piensa manía.

cés, y en él hizo este un discurso, manifestando que tenia órden de su Rey para atacar á los ingleses al abordaje. Al mismo tiempo ordenó el modo de hacerlo. En las conversaciones particulares manifestaron los del Almirante su desaprobacion, al paso que el General español D. Juan José Navarro respondió por sí y por los suyos á Court en francés, que «como los llevasen bien, cumplirian con su obligacion.» Algunos accidentes impidieron la salida de la armada combinada el 19 de febrero como se queria; en la mañana del 20 se verificó, y

Pasamos por alto el relato de los importantísimos servicios que en varias espediciones hizo Navarro, á causa del estrecho cuadro á que se halla reducido el presente tomo de la *Historia de la Marina Real española*, ciñéndonos á decir, que hallándose en Cartagena reparando las maltratadas naves de su escuadra, á consecuencia del combate de Cabo Sicié, tan glorioso para nuestra marina, ascendido ya á teniente general y ensalzado con el título de marqués de la Victoria, dispuso, firmó y presentó en 1746 al Ministerio, su gran proyecto y plan para el nuevo arsenal de Cartagena; y aunque por desgracia, falta de espíritu ó grande desacierto del gobierno, no fué adoptado en todas sus admirables partes el proyecto de Navarro, á este se debe lo que con asombro de Francia y aun de Inglaterra ha llegado á ser aquel arsenal, cuyas ruinas, pues tal puede llamarse lo que allí se vé lamentablemente hoy dia, atestigua al mundo lo que ha sido, dando una idea de lo que fué el poderio naval de España. Como comandante general de aquel departamento dejó en él la mas grata memoria, así como en el de Cádiz, donde obtuvo tambien igual cargo, agregándosele el de director interino de la armada. Sobre el detall completo de esto escribió allí su interesante y utilísima obra. En 1756, á los treinta y siete años de contínua tarea, terminó su asombroso *Diccionario demostrativo con la configuracion y anatomía de toda la arquitectura naval moderna*, obra á que acompañan ciento doce láminas de á fólio mayor, en que se demuestra cuánto entra en la construccion de los navíos, desde el corte de madera en los bosques hasta su entera formacion, sin olvidar en fin cosa alguna de cuanto concierne á un arsenal desde lo mas mínimo hasta lo mas grande, importante y necesario. En el mismo año se le confirió en propiedad el gobierno supremo de la Armada, con un sobresueldo considerable, para que sirviese con esplendidez el alto empleo que se le concedia. De Cádiz salió en 29 de agosto de 1759, para ir con el navío *Fenix* á Nápoles, donde se hallaba la escuadra que habia de traer á España á Cárlos III, para lo cual fué comisionado régio el mismo Navarro, y al terminar el viaje del monarca, le regaló este un baston de oro, manufactura de S. M., y á los dos dias, en 16 de setiembre, para que le usara le nombró capitan general de la real Armada. Desembarcó la augusta familia en Barcelona el 17, y al salir el rey del navío *Fenix*, en que iba, le regaló su retrato guarnecido de brillantes, y á favor de sus hijas concedió varias gracias y pensiones. Acompañó al monarca hasta Madrid para tener la satisfaccion y el honor de verle sentado en el sólio.—«La conducion marítima de Cárlos III, dice el Sr. Vargas y Ponce, debe ser de eterna memoria en la Armada real, y de particular mencion en la vida del marqués. Ademas de su augusto objeto fué cuando por primera vez con sancion real, y dejándolas en uso para lo sucesivo se practicaron las señales por el invento del marqués de la Victoria. Esto es por banderas numeradas que, dispuestas con el mas feliz artificio y superior claridad, han simplificado y adelantado de tal manera el lenguaje de navío á navío y los movimientos de escuadras; punto de apoyo en la gloria de Navarro, paso interesante hácia la perfeccion de su oficio, y de que le es deudor el mundo marino.»

En diciembre de 1761 presentó al Rey sus sapientísimos *Discursos* sobre la marina, en un tomo original en fólio, escrito todo del puño del mismo marqués de la Victoria: obra de 160 páginas que contiene mas de setenta pensamientos sublimes, avisos ó reformas. Posteriormente presentó tambien á Cárlos III el *Reglamento de las tripulaciones que deben tener los navíos del porte de ciento y mas cañones hasta las fragatas de cuarenta, segun su número y calibre*; y en 1764, cuando cumplia 77 años de edad, concluyó otra de sus obras inmortales, titulada *Compendio de instrucciones para el mando de escuadras disciplinadas, nuevas reglas para la práctica de sus principales evoluciones, por el método mas exacto, fácil, simple y mas natural para todos los oficiales de la Real Armada*. Esta fué la última obra literaria de D. Juan José Navarro; la que parecia coronarlas todas.—Casi octogenario ya fué nombrado para mandar una escuadra de nueve navíos, que en la primavera de 1765 habia de conducir á Italia á la infanta archiduquesa Luisa María, y traer á la princesa María Luisa, que como esposa de Cárlos IV ocupó despues el trono de España: y aunque el Rey le dejó en libertad, en consideracion á su edad, para aceptar ó no tan honorífica comision, el ilustre marino no quiso escusarse de desempeñarla; partió de Cartajena con la escuadra allí reunida, y á su regreso al mismo puerto la entregó á D. Luis de Córdova, que tambien le habia de suceder en su dignidad, y vino sirviendo á la princesa hasta la córte. Restituido así al despacho de la Direccion de la Armada, y trasladado el cuerpo entero de la Armada de Cádiz á la Isla de Leon, allí se trasladó tambien el marqués de la Victoria.

«En su domicilio, dice el Sr. Vargas y Ponce, continuó Navarro siendo el centro de todos, y con aquella

unida se mantuvo todo el dia con poco viento N-O. bordeando á la vista de las islas de Hieres, donde se reconoció fondeada la escuadra inglesa, escepto dos navíos que observaban á la vela los movimientos de aquella (1).

A las nueve de la mañana del 21 empezó á salir la escuadra enemiga y á las doce quedó toda ella reunida y franqueada. En la tarde hizo la aliada toda diligencia por combatirla; pero el poco viento O. no permitió que se acercasen las escuadras, y anochecieron á la vista, á distancia de dos leguas una de otra. Ambas se componian del modo que demostramos al final de esta relacion, constando la aliada de doce navíos españoles bien armados, y de diez y siete franceses y tres fragatas: la británica de cuarenta y un buques, los treinta y dos navíos de línea, de ellos trece de ochenta cañones para arriba. El historiador inglés Campbell computó la fuerza de mil ochocientos veinte cañones y diez y seis mil quinientos hombres en los aliados, y de dos mil cuatrocientos noventa cañones y quince mil los ingleses, á quienes concede evidentemente superioridad.

Desde la mañana del 22 de febrero, hallándose las escuadras sobre las costas de Provenza y á siete leguas del Cabo Sicié, empezaron á maniobrar cuanto lo permitia el poco viento N-E. con mucha mar, y á disponerse para el combate, quedando á las once formadas en línea de batalla, la inglesa á barlovento, y ambas segun el órden y situacion que manifiesta la nota segunda al final de este capítulo.

Navegaban las dos escuadras al N-N-O. con poco viento N-E. distantes entre sí como dos tiros de cañon, y á las doce y media de la mañana todo el cuerpo de batalla y vanguardia de los enemigos, en número de hasta veinte y cuatro navíos, arribó sobre la escuadra española con intencion de separarla de la francesa (como lo consiguió), dejando su retaguardia á la cola de la nuestra. Antes de la una de la tarde, estando el enemigo á tiro de fusil de nuestra escuadra, rompió el fuego el Almirante Mathews, cargando sobre el *Real Felipe* con su navío el *Namur*, el *Malborough*, y el *Norfolk*, todos de tres puentes, y dos de setenta cañones. Del mismo modo se repartieron dos y tres contra cada uno de los nuestros, desde el *Oriente* al *Hércules;* pues los otros cinco desde el *Brillante* al *Santa*

dignidad y dulzura que le caracterizaba. Notábase mucho en tan avanzada edad, que jamás recibiese sentado ni á un jóven guardia-marina; que el último marinero le merecia visible aprecio; jactándose mas que de la máquina invento suyo para arbolar los buques, de las dos odres dispuestas con artificio para socorrer los que cayesen al agua; benéfica invencion que denominó *salva-nos*, y que no debia estar olvidada.» Para término de su gloriosa carrera, de resultas de una aguda erisipela en un pié de que adolecia, se le declaró allí la gangrena, y en 5 de febrero de 1773 acabó su larga y bien empleada vida. Murió tan pobre, efecto de su constante caridad y beneficencia con los desvalidos, que el intendente de marina hubo de suplir mil pesos á fin de arreglar todo lo necesario para la esposicion del cadáver. Los marinos españoles queriendo dar un testimonio público de amor, gratitud y veneracion á su ilustre gefe, le erigieron un monumento de mármol, y trasladados á él los restos mortales del vencedor en Cabo Sicié, se puso allí un cumplido epitafio, en que se atestiguan las virtudes, el mérito y el saber que tanto brillaron en D. Juan José Navarro, primer marqués de la Victoria.

(1) En la historia que vamos á referir de la escuadra combinada galo-hispana, seguimos fielmente la relacion hecha por el Sr. Vargas y Ponce en la *Vida* que publicó de D. Juan José Navarro, en un tomo en 4.º de 517 páginas; para la cual tuvo á la vista cuantos datos y documentos se conocen sobre aquellos cruceros, tanto oficiales como particulares, todos auténticos y justificativos.

Isabel se hallaban algo atrasados por el poco andar del primero, y con este motivo se empeñó un combate desigual, pero muy sostenido por una y otra parte.

La escuadra francesa prosiguió su marcha con fuerza de vela, sin que la enemiga hiciese mas diligencia por ella que disparar algunos cañonazos á los tres ó cuatro últimos navíos, desde el *Serio* al *Firme*, y corresponder estos sin ofenderse mucho, por hallarse casi fuera del tiro de cañon unos de otros.

Correspondiendo él *Real Felipe* con la mayor constancia al vivísimo fuego de los cinco navíos que le batian, opuso siempre la mas vigorosa resistencia; apesar de haber tenido muy luego grandes averías, y quedado enteramente desmantelado durante la accion, sin vela alguna, cabulleria ni vergas mayores. No fueron menos los daños que él, en union con el *Hércules*, ocasionó al enemigo; pues con su mucho y acertado fuego creyó haber echado á pique al navío Malborough, uno de los matalotes del almirante Mathews, y desarboló á otro de sus palos mayor y mesana, maltratándole en todo, de suerte que arriando la bandera procuró despues retirarse. Esto último practicó tambien Mathews con los otros dos navíos, de tres puentes, obligados por los considerables descalabros que tuvieron; de modo que á las cuatro y media de la tarde, escarmentado el enemigo dejó al Real Felipe, sin objeto en que emplear el ardor de su valeroso equipage, y cayendo algun tanto fuera de la línea se ocupó en remediar sus averías.

El Hércules, que seguia por la popa al Real Felipe, se batió valerosamente con tres de los que atormentaban á este, libertándolo de mayores daños de los que tuvo, y contribuyendo á los que ocasionó al enemigo. Habiendo quedado muy maltratado su costado de babor con muchos balazos, algunos á flor de agua, pasados sus palos y vergas, y cortado todo su aparejo, se aprovechó de la separacion del enemigo para componerse.

Hallándose el Constante en el centro de nuestra escuadra por la proa del Real Felipe, contra quien mas empleó sus fuerzas el inglés, fué tambien de los que mas sufrieron en la defensa que tuvo que hacer contra dos navíos de tres puentes, y alguno de los que batian al Real. Al primero que le presentó el costado le echó abajo la verga de trinquete y cebadera, é hizo otras averías con que le obligó á salir de la accion para repararlas. Fué reemplazado este navío con otros dos; y el fuego de todos en mas de tres horas dejó al Constante, muerto ya su esclarecido capitan don Agustin de Iturriaga, sin cabulleria ni trincas, y tan maltratado su casco, arboladura y velamen, que sotaventado de la línea procuró remediarse para unirse á la escuadra francesa.

El navío *Poder* batió con tanto acierto al *Princesa*, inglés, que muy luego le hizo quedar atrás y arriar la bandera, pero despues volvió á izarla. Sustituyó al Princesa el navío *Somersett* de tres puentes, y tambien le ahuyentó el Poder á las tres descargas de cañon y muchas de fusil. Seguidamente se le situaron otros dos por barlovento y sotavento, y de ellos se defendió con mucho valor, á pesar de las dificultades que le oponia su deplorable estado.

Poco tardó en atacarle otro navío enemigo por la aleta de babor. Estrechado así el Poder por el fuego escesivo de tres navíos, y mucho mas por los considerables daños que tenia en su casco, arboladura y aparejo, que no le permitian maniobrar, empezó á desmayar su gente, de que estaba ya muy falto; pero animada por su comandante redobló tanto sus esfuerzos que se desembarazó de los dos que le batian por banda y banda, quedándose bien distante por la proa.

El navío *Neptuno* fué batido á tiro de pistola por otros cuatro y una fragata enemiga, que repartidos por los costados, aletas y proa, le ocasionaron graves daños. Se defendió de ellos con obstinacion cerca de cuatro horas, hasta que deshecho todo su aparejo y jarcia, maltratada su arboladura, vergas, costado y obras muertas, é impidiéndole su mal estado seguir el combate, salió de él á coger las aguas que hacia, pues se iba á pique.

Siendo los navíos *América* y *Oriente* los mas inmediatos á la cola de la escuadra francesa no fueron batidos con tanto empeño como los demás de la nuestra. Sin embargo lo fué el primero por varios navíos enemigos de quienes se defendió bien hasta que demasiadamente incomodado se separó del combate para repararse. El segundo sufrió mas de tres horas de fuego de dos navíos de tres puentes, entre ellos el *Barfleur* del contra-almirante Rowley, y otros dos de sesenta cañones; los cuales le estropearon su maniobra y velámen, y le hicieron otros daños que procuró remediar luego que se desembarazó de enemigos, á las cuatro y media de la tarde. Continuando ambos navíos su marcha tras de los franceses, segun se lo permitia su estado, pudo unirse á ellos el América.

Los navíos *Brillante, Alcon, San Fernando, Soberbio* y *Santa Isabel*, hacian toda diligencia por cerrar el claro que resultaba en la línea efecto del poco andar del primero. Este se batió desde el principio de la accion con dos navíos, de sesenta, del cuerpo de batalla enemigo, y el segundo y tercero lo hicieron por intérvalos con navíos de la retaguardia.

Concluido el primer ataque volvió á las cinco de la tarde el almirante Mathews, reparados en parte los daños de su maniobra, y otros dos navíos de á sesenta convoyando el brulote Ana Galey con intencion de incendiar al Real Felipe, que se hallaba sín vela alguna, ni vergas mayores, y enteramente desmantelado. El navío Brillante llegó á tiempo de batir el brulote con cincuenta cañonazos, y de situarse por la popa del Real, defendiéndole del grupo de enemigos, que no atreviéndose á presentarle el costado, ni pudiéndose él gobernar, trataban de atacarle ó abordarle por esta parte indefensa. En circunstancias tan apuradas como las de tener muy inmediato al brulote todo ardiendo, echó su falúa al agua el Real Felipe, de orden del ya herido segunda vez y retirado General, dotándola con oficiales y gente de estraordinario valor. Los cuales con el mayor denuedo abordaron y atravesaron el brulote, despreciando su fuego y el de los tres navíos que le conservaban. En esta disposicion ya pudo el Real Felipe dispararle algunos cañonazos por las portas de popa, y al último tiro útil que le quedaba, dirigido por el ministro de la escuadra D. Carlos de Retamosa, logró echar á pique al brulote,

pereciendo en él su oficialidad y tripulacion, al tiempo que incendiados ya todos sus fuegos distaba como medio tiro de pistola del navío, donde metió algunos artificios que se tuvo la fortuna de apagar.

Los navíos Alcon y San Fernando que seguian al Brillante, acudieron al socorro del Real Felipe, y lo mismo el Soberbio y Santa Isabel que se batian con la retaguardia del mandò del vice-almirante Lestock, repartiéndose en la forma conveniente á defenderlo de un segundo ataque, que obstinadamente se trabó contra siete navíos ingleses, y en que desplegó sin efecto el almirante Mathews todos los medios de su posibilidad, para rendir y apoderarse del invencible navío Real Felipe.

Continuando sus socorros el Hércules siguió batiéndose con uno ó dos de los navíos que atormentaban al de su General, hasta que reforzado este por los cuatro españoles de arriba, y hallándose el Hércules del todo incapaz de seguir, se separó de la accion para remediar sus graves averías.

No pudiendo el navío Constante unirse, como pensó, á la escuadra francesa, ni tampoco remediar sus averías, por ser de suma consideracion, entre ellas la mucha agua que hacia en bodega, llamó á consejo su comandante interino á la oficialidad, y resolvieron tomar algun puerto donde pudiesen remediarlas. Hizo pues rumbo á Cartagena, la noche del 22, y en ella entró el 27.

No bien se hubo curado de una herida que recibió en el combate el comandante del Poder, D. Rodrigo Urrutia, cuando se encontró por su costado un navío de tres puentes y otro por la proa, que lo batian con furor. Defendióse á pesar de su apurada situacion, vigorosamente, y lo continuó, aun socorridos los enemigos con otro navío que despues se le acercó mucho mas. En aquel largo combate contra los tres aumentó considerablemente sus daños y destrozos, y se le vinieron abajo sus palos de trinquete y bauprés. Cansada la poca gente útil que le quedaba al cabo de una resistencia tan obstinada por mas de cuatro horas seguidas, apenas podian seguir el combate; pero animándolos á ello su comandante y oficialidad, habilitaron algunos cañones, de los muchos que tenian desmontados; redobló los esfuerzos de la primera batería, y siguió batiéndose con un ardor tan estraordinario, que hizo salir de la accion al navío que le incomodaba por la popa; aunque despues se le situó por la aleta. A este tiempo vino abajo el palo mayor al Poder, cayendo dentro del buque, y seguidamente el de mesana. Tan repetidas desgracias acabaron de desanimar á su corta tripulacion; pero queriendo con todo su brioso comandante continuar todavía tan heróica defensa, se agregó la oficialidad del navío al servicio material de la artillería; y animando á la gente con su ejemplo, hicieron un fuego tan vivo, que de los tres navíos que le batian, dejaron de hacerlo los dos de los costados, y se le pusieron por la aleta de estribor. Inhábil el Poder para orzar ni arribar, le mataban mucha gente, y le agravaban sus daños, sin dejarle objeto á que poder dirigir su puntería.

Falto ya de todos sus mástiles, acribillado á balazos, con mucha agua en bodega, muerta ó inutilizada casi la mitad de su tripulacion, y fatigada en estre-

mo la restante, no pudiendo ni aprovechar sus pocos fuegos por no presentarle el enemigo sus costados, ni tampoco gobernar, y desesperanzado de todo socorro, despues de cinco horas y media de combate, llamó á consejo el bizarro Urrutia á su valerosa oficialidad, y se resolvió la rendicion. Verificada al navío Berwic, que lo montaba el lord Hawhe, en lo sucesivo General tan célebre, por tener mas justicia á ella que los demas, pasó Urrutia con alguno de sus oficiales al navío inglés, y tuvo la desgracia de abrirse el bote ya á su costado. Salváronle todos con gran riesgo y casi ahogados, escepto un oficial y algunos marineros que perecieron.

No admitiendo composicion en la mar las averías con que se hallaba el Neptuno, luego que remedió las que pudo trató de unirse con la division española, que acompañaba al Real Felipe, ó con la escuadra francesa que le demoraba tres leguas á barlovento. Ni uno ni otro le fué posible, creciendo como crecia el agua que notaba en bodega y entrepuentes, de resultas de tener desbaratada su portería y nueve balazos á flor. Y no hallando otro arbitrio para evitar el irse á pique que el de arribar, sin hacer vela por no aguantarla los palos y haber perdido las vergas principales, tomó aquella determinacion con parecer de su oficialidad. Toda la noche trabajó activamente en componerse, y hallándose al dia siguiente separado de las escuadras, hizo por tomar á Rosas, que era el puerto de reunion; mas no pudiendo tampoco conseguirlo, se dirigió á Barcelona, donde fondeó el 25 de febrero.

El navío Oriente al ver al Constante fuera de la línea con apariencia de incomodidad, acudió á protegerlo, receloso de que le atacasen tres navíos ingleses que tenia inmediatos. Informado del mal estado en que se hallaba, acordó con su comandante el modo de salvarlo, y le dió conserva hasta Cartagena, donde fondearon el 27 de febrero.

Convencido el almirante Mathews de ser inútiles sus esfuerzos para rendir el Real, de lo maltratada que estaba su escuadra por los muchos daños que le ocasionaron nuestros fuegos, y teniendo ya inmediata la del general de Court, que venia sobre la enemiga en buena formacion, hizo la señal de retirarse. Ya de noche lo ejecutó, á las seis y media, hora en que cesó el combate, quedando nuestra escuadra dueña del mar de batalla.

Unidos españoles y franceses, trató el general Court de atacar al enemigo el dia inmediato. El comandante español le manifestó su deplorable estado, á pesar de que estaba pronto á secundar otro combate, siempre que se interpolasen los navíos de ambas naciones, para no separarse, como acababa de suceder, y que le auxiliase con gente para reparar en algun tanto sus averías. En efecto, socorrió el general Court al Real Felipe con ochenta hombres de maestranza y marinería, y navegaron toda la noche en conserva las dos escuadras.

Por la poca vela que podia sufrir la española, se encontró al amanecer del dia 23 á sotavento de la francesa, distantes tres leguas, y á una vista de la ene-

miga, que se reconocia por barlovento. El navío Hércules se separó irremediablemente la noche anterior de la ascuadra francesa, y en sus diligencias para incorporarse á ella, amaneció inmediato á la inglesa, de la cual se destacó á batirlo un navío de tres puentes. Procuró evitarlo el Hércules; pero no teniendo velas con que huir, le fué forzoso empeñar un vivo combate, que duró cerca de una hora, con tanto acierto y valor que acobardó al navío enemigo, que se volvió á su escuadra bien maltratado.

A este tiempo llegaba ya la escuadra francesa en línea de combate, para socorrer al Hércules que se le incorporó, y batir á la inglesa. Esta se reunió y se puso en disposicion como de venir á batalla. No acercándose despues de algun tiempo que la estuvo esperando la escuadra francesa, arribó esta á las tres de la tarde y se unió á la española para librarla de otro ataque, que al parecer intentaban los enemigos, avanzando al efecto su vanguardia, viendo á aquella separada é indefensa por sus nuevos descalabros.

Uno de los buques franceses se ocupó aquella mañana en represar el navío Poder, intimando su rendicion al oficial inglés que lo mandaba. Salvada toda la tripulacion española é inglesa, y hallándose absolutamente inservible aquel casco, que por instantes se iba á pique, el francés le pegó fuego y voló por la tarde.

Unidas ya las dos escuadras se mantuvieron en buena disposicion para recibir al enemigo que estaba á la vista, en caso de que intentase otro ataque, y no fueron en su busca por la proximidad de la noche. Entrada esta pasaron varios oficiales franceses á felicitar al general Navarro, admirándose del valor y constancia con que se defendió toda la escuadra española, y dando por motivos de no haberle ayudado con la suya, el no haberse visto de la vanguardia la señal que hizo Mr. de Court para virar de bordo. Los que no pudieron visitarle, le felicitaron por escrito con las mas lisonjeras y verídicas espresiones.

El 24 amanecieron unidas las dos escuadras, sin que se viese la enemiga. El navío Hércules hizo señal de grave incomodidad, pidiendo socorro de navío que le acompañase. No pudiendo aguantar otra posicion en la mar que en popa, y habiendo rifado todas sus velas, escepto el trinquete, hizo derrota como pudo, dirigiéndose á Cartagena, donde fondeó el 27 de febrero.

Permanecieron en conserva las escuadras hasta el anochecer que la francesa se puso á la capa. Creyendo la española que sería para facilitar la union, siguió su rumbo, y al amanecer del 25 se encontraron solos los navíos Real Fernando (remolcado por el Santa Isabel desde la noche del 22), San Fernando, América, Soberbio, Brillante y Alcon, diez leguas distantes de Barcelona. Imposible el retroceso para tomar á Rosas, que era el punto de reunion, por impedirlo lo fuerte del N-E. que reinaba, y peligrando aquellos buques en la mar por su mal estado y mas si tenian encuentro de enemigos, determinó el general Navarro dirigirse á Cartagena para reparar su escuadra.

Continuó esta su navegacion, sin otro incidente que la incomodidad de ha-

cerla en un estado tan deplorable como el en que se hallaban sus buques, y la dureza de los tiempos del primero y segundo cuadrante en lo rigoroso del invierno. El 3 de marzo descubrieron á barlovento siete velas, de las cuales las seis cruzaron por la popa y la otra fué apresada. Era esta una fragata mercante inglesa, que iba con otras cuatro á Mahon escoltadas por tres mas de guerra. El 7, ya cerca de Cartagena, encontraron la escuadra francesa, que se unió á la nuestra, y siguieron en conserva hasta el 9 de marzo, que entraron en dicho puerto los navíos españoles. El 11 lo verificó la escuadra francesa, y de este dia se lee en el diario original de Navarro: «A las diez vino á visitarme Mr. de Court con algunos oficiales; y despues de algunas preguntas y cumplimientos, se esplicó diciéndome que habia sabido que algunos oficiales de los navíos que habian llegado antes á Cartagena y del Neptuno, habian escrito á nuestra corte que nos habian abandonado, y que nos habia puesto al sacrificio ó carnicería. Yo le respondí que no se debia hacer caso de lo que se escribia; que yo solamente estaba sentido de él en que habiendo convenido que no atacariamos los enemigos estando nosotros al sotavento, nos habiamos puesto en él en el combate. A lo que respondió que él no los habia atacado; que los ingleses lo habian hecho. Entonces le dige que habia mil modos de evitar el combate, hasta encontrar ocasion favorable para emprenderlo.» La escuadra francesa luego que se repostó de víveres dió la vela el 4 de abril siguiente.

Para dar una idea de lo obstinado que fué por una y otra parte este memorable combate, parece conveniente hacer una ligera insinuacion de los principales descalabros ó averías de los navíos españoles que mas sufrieron en la accion, así como de la pérdida que tuvieron en su oficialidad y dotaciones.

Real Felipe. Acribillado de balazos su costado y arboladura, inutilizado su velámen, cortadas sus jarcias y cabos de babor, y desmantelado enteramente. Murieron su comandante D. Nicolás Geraldino, y dos oficiales, y tuvo cuarenta y dos individuos heridos, la mayor parte de tal gravedad que murieron de resultas.

Poder. Desarbolado de todos sus palos y estropeado enteramente su casco, se entregó al enemigo haciendo mucha agua, y aunque despues se represó por los franceses, se le pegó fuego por estar del todo inútil. Tuvo dos oficiales muertos y cuatro heridos; entre ellos su comandante, y de su tripulacion hubo cuarenta muertos y sesenta heridos.

Hércules. Maltratados sus costados con muchos balazos á flor de agua, rendidos sus palos, masteleros y vergas, cortado todo el aparejo y parte de sus jarcias, y perdido todo su velámen menos el trinquete. Tuvo seis muertos y nueve heridos.

Constante. Estropeado su casco y velámen, inutilizado el palo mayor, vergas y mastelero de velacho, cortada toda su obencadura, trincas y cabos de labor, con muchos balazos á lumbre de agua. Murió el comandante D. Agustin de Ituriaga y diez y seis individuos de su tripulacion, y tuvo veinte heridos entre ellos un oficial.

Neptuno. Maltratado su casco con muchos balazos, nueve de ellos á flor de

agua, deshecho todo su aparejo y jarcias, inutilizada su arboladura y vergas, desbaratada su portería y haciendo mucha agua. Murió su comandante don Enrique de Olivares, un oficial y veinte y cuatro individuos de su tripulacion, y tuvo ocho oficiales y sesenta y nueve hombres heridos.

Oriente. Maltratado su costado con muchos balazos, cuatro de ellos á flor de agua, y estropeada su cofa mayor y baos, cortados muchos cabos de labor y jarcia, é inutilizada su vela mayor. Tuvo tres muertos y trece heridos.

Los otros seis navíos Brillante, Alcon, S. Fernando, Soberbio, Sta. Isabel y América, tuvieron varias averías aunque no de tanta consideracion en su aparejo, velámen y costados; y la pérdida de gente por fortuna no correspondió al fuego que sufrieron.

El total de muertos en nuestras escuadras fué el de nueve oficiales, entre ellos tres de los doce comandantes, y ciento cuarenta y un individuos de todas clases. El de heridos diez y nueve oficiales, entre ellos el General y un comandante, y cuatrocientos cuarenta y ocho individuos, de cuyas resultas muchos fallecieron.

Luego que la escuadra inglesa se separó de la vista de la combinada el 24 de febrero, se dirigió á reconocer el puerto de Rosas en busca de la nuestra, y de alli á dar ciertos avisos al gobernador de Mahon. Volvia despues á las islas de Hieres, pero no pudiendo sus navios, por mas diligencias que hicieron antes de salir, mantenerse en la mar, para reparar sus averías, tuvo que arribar á Mahon, donde entró el 2 de marzo á recomponerse en aquel arsenal.

El valeroso comandante del navío Poder, D. Rodrigo de Urrutia, que fué conducido en el Berwick en calidad de prisionero, mereció los mas frecuentes y distinguidos obsequios de toda especie en el tiempo de veinte dias que permaneció en Menorca, así del almirante Mathews, y oficialidad de su escuadra como de todos los gefes de la isla. Dice que no se hacia otra conversacion que del combate, que con admiracion elogiaban todos el estraordinario valor con que se defendieron nuestros navíos; y que este caso lo citaban por ejemplo para estimular y promover mas el valor de sus equipages.

El mismo oficial dió cuenta del estado en que entraron en Mahon algunos navíos enemigos, y resulta que el Malborough, de tres puentes, que se creyó echado á pique por el Real Felipe, pudo salir del combate con muchísimo trabajo, y ser conducido á remolque por una fragata, desarbolado y casi desguazado de todas sus obras muertas. Perdió la vida en el combate su capitan Jorge Cornwall con otros cincuenta y tres entre oficiales y demas gente, y tuvo noventà heridos, que los mas fallecieron en Mahon.

El Namur del Almirante Mathews quedó sin masteleros, rendido el bauprés, y tan maltratado todo el buque, que tuvo que dejarlo aquel General. Navarro en varias de sus obras refiere que hubo chaza que enteramente se le metió dentro, de modo que desde el Real se veia pasar los ingleses de la batería. Murieron en él su capitan de bandera Juan Russel con doce individuos, y tuvo muchos heridos.

El navío Princesa tuvo tanta avería en su arboladura y maniobra que obli-

gó por dos veces á arriar la bandera á su capitan Pett, y arribar ya rendido para entregarse al Poder; pero fué siempre impedido por el primer teniente y se separó del combate.

El Somerset, de tres puentes, rindió su palo mayor y otros masteleros: destrozadas todas sus jarcias quedó incapaz de arribar sobre el Poder cuando desarboló del todo, y por esta razon se entregó al Berwick. Añadió en suma Urrutia que todos los navíos ingleses que se batieron con los españoles quedaron muy maltratados, y que la pérdida de gente en toda su escuadra ascendia á cerca de trescientos hombres.

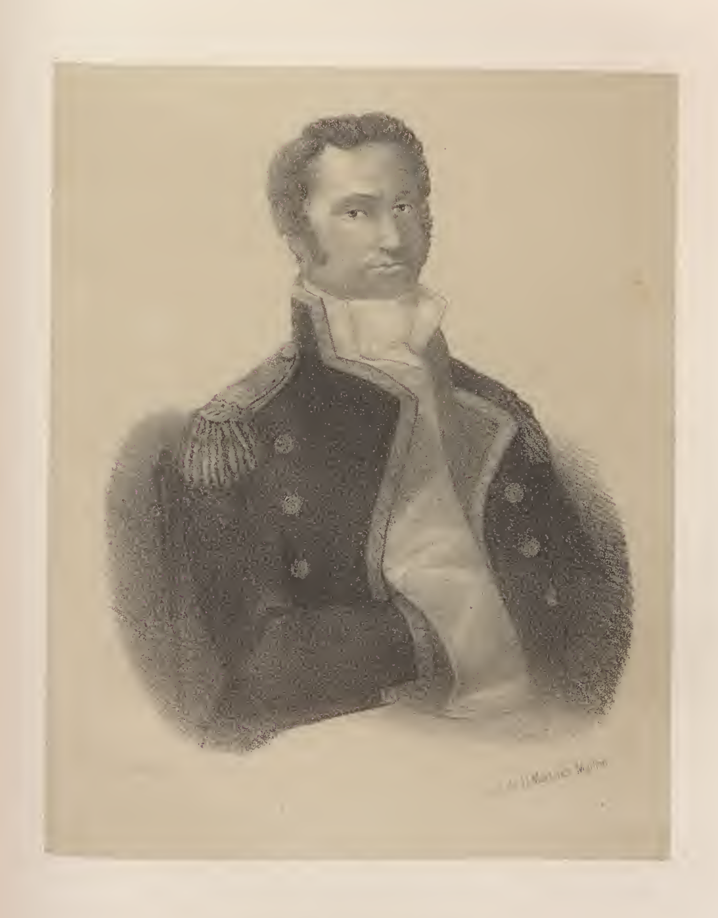
Rehabilitado con la mayor actividad salió de Mahon el almirante Mathews el 5 de marzo, en busca de la combinada, para impedirla la entrada en Cartagena. Pero como sus navíos no habian recibido suficiente recorrida, sufrieron á pocos dias tales descalabros en la mar, que se vió obligado aquel almirante á volver otra vez á Mahon. Entró en efecto el 11 del mismo mes con muchos desarbolos y averías, y para su remedio trabajaban con la mayor celeridad dia y noche. Sin embargo, emplearon todo el mes de marzo en su composicion.

Esta es la historia cierta y segura de los sucesos y consecuencias del memorable dia 22 de febrero, segun resulta de nuestros papeles ministeriales: dia tan glorioso para Navarro y la escuadra española. Las consecuencias políticas y verdadera ventaja de esta victoria para las potencias aliadas, fué quedar libre el Mediterráneo por algun tiempo, y recibir el infante D. Felipe las provisiones que tanto habian de menester, hasta que volvieron á dominar aquellos mares los ingleses, ya declarada contra ellos la Francia (1).

(1) Cuanto pudiera aquí decirse acerca de la vergonzosa conducta que observaron los franceses en la jornada del Cabo Sicie, se halla comprobado en uno de los Apéndices al final del tomo de la *Vida de D. Juan José Navarro*, por D. José de Vargas y Ponce. El documento á que nos referimos y que principia en la página 452, tiene por título *Plano, historia y verdadera relacion del combate naval dado cerca de nueve leguas del Cabo Sicie en Provenza, en* 22 *de febrero del año* 1744, *etc., etc., quedando victoriosos y dueños de la mar de combate los solos doce navíos españoles*, abandonados de los franceses, *que no entraron en combate contra la armada inglesa, compuesta de cuarenta y dos navíos, con once de tres puentes, etc.* Allí se leen entre otros muchos párrafos todos interesantes, los siguientes que en particular cumplen al objeto que nos proponemos.

«Este combate tan glorioso á nuestra Nacion española, se procuró oscurecer por la política de la corte de Francia y tambien de la disimulacion de la nuestra, que como su aliada creyó fidelidad en sus promesas y tratados. Pero en esta funcion de mar, digna de inmortal memoria y universales aplausos, solamente los mereció de los mismos ingleses y de todos los capitanes mas valerosos franceses, que fueron testigos de vista, cuyos nobles y generosos corazones hicieron justicia al mérito y valor de los capitanes españoles, comandantes de navíos y sus oficiales, y con particularidad resalieron los elogios sobre la conducta, constancia y valor de su animoso General que los mandaba, que fué el que con su navío el Real, desde el principio del combate hasta el fin, sostuvo el mayor, mas vivo é inmediato y continuo fuego desde las doce y media hasta el anochecer.

»Jamás combate de mar tan desigual en número y calidad de navíos fué mas vivo é inmediato, y casi al tiro de pistola. Los ingleses con la superioridad del barlovento, número y calidad de sus navíos, creyeron con verosímil confianza destruir la escuadra española compuesta de navíos marchantes y solamente seis del Rey, y mucho mas viendo que la escuadra francesa se apartaba y escusaba del combate. Pero fueron con tanta constancia, valor y sosiego recibidos, que perdida la esperanza de vencerlos y sobre todo del fuego incesante y terrible del navío de ciento y catorce cañones del comandante español, se vieron obligados (despues de haber usado la supercherería de quemar un brulote para incendiarlo), al cabo de cinco horas de combate y de un contínuo fuego á retirarse maltratados, dejando el mar de combate y la victoria á los solos navíos españoles.



D. JOSE DE BARCAS Y PONCE.

El total de muertos que tuvimos en aquella memorable jornada, ascendió á ciento cincuenta, entre ellos nueve oficiales, contándose en estos tres de los doce comandantes, y ciento cuarenta y un individuos de todas clases. El de heridos cuatrocientos sesenta y siete á saber: diez y nueve oficiales, entre ellos el general y un comandante, y cuatrocientos cuarenta y ocho individuos de las demas clases, de cuyas resultas muchos fallecieron.

Tan pronto como la escuadra inglesa se separó de la vista de la combinada, en 24 de febrero, despues de haber ido á reconocer la costa de Rosas en busca de la escuadra española, trató de volver á las islas de Hieres, mas no pudiendo mantenerse sus navíos en el mar, á fin de reparar sus muchas averías, tuvo que arribar á Mahon, donde entró el 2 de marzo. El Malborough de tres puentes, que

»La verdadera figura y situacion, como la formacion de ambas armadas inglesa y galo-hispánica, se representa en la figura primera, y respecto al viento que corria, las líneas cuasi curvas que formaban, y la relacion sucesiva desde el principio, medio y fin de esta memorable funcion de mar es la siguiente:

«Las máximas é interés de la Francia han sido siempre tener á la España en un estado de que su alianza le fuese necesaria y dependiente, y asi siempre procuró en el reinado de Felipe V destruirle las fuerzas marítimas. Buenos ejemplos las quillas quemadas en los Pasages, y los navíos derrotados por la escuadra inglesa en Cabo-Páxaro el año de 1718, pagada por la Francia, estando la España con unos y otros en paz.

«En esta ocasion parece que queria libertarse de la escuadra española que se habia retirado en Tolon (despues de haber felizmente desembarcado en Puerto Especie las tropas que habian de servir en Italia bajo las órdenes del duque de Montemar), y donde habia cuasi dos años que demoraba bloqueada de la armada inglesa fondeada en las islas de Hieres, la cual interrumpia el comercio de las costas de Francia y de sus embarcaciones.

»Las razones y ofrecimientos de la Francia para obligar á la España á que, uniéndolos á sus navíos, atacasen la armada inglesa, fué visible pretesto para aniquilarlos, y empeñar mas á la España á perpetuar su alianza. El aparato lucido de sus mejores navíos, las jactancias en el modo de atacar á los ingleses por un abordo general, todas eran manifiestas señales del engaño de una visible apariencia con que imponian á nuestra córte, apoyando sus razones de que nuestro ejército no podria pasar el Varo sin que se desalojasen los navíos ingleses de las islas de Hieres.»

«Resuelta por ambas cortes la union de los navíos españoles con los franceses, que estaban en paz con los ingleses, quedaron ambos á las órdenes del teniente general de marina Mr. de Court de la Bruyere, preparándose todos para combatir los ingleses, no pasando dia sin conferencias, que todas se publicaban con la resolucion de atacar espada en mano á los navíos ingleses. Formáronse diferentes planos para alucinar á los españoles, poniendo sus navíos interpolados con ellos, que al fin mudaron poniendo la escuadra española á que hiciese la division de la vanguardia, y los demás navíos franceses una la division del centro y la otra la division de la retaguardia.

«Estas tres divisiones eran mandadas segun se ve en la targeta (1), y la armada inglesa fuerte de cuarenta y dos naves de línea, mandada por tres jefes, Mathews, Rowley y Lestok, se habia reforzado con gente tomada en el Piamonte.

«Deliberada la salida de Tolon para atacar á la armada de Inglaterra, el comandante español resolvió dejar cuatro fragatas, viendo que los socorros prometidos que debian salir de Cataluña nunca llegaban, considerándolas incapaces de entrar en línea por el inferior calibre de su artillería, y con sus equipajes reforzó los doce restantes navíos que tenia, y en menos de veinte dias les hizo descubrir gran parte de sus quillas dándoles pendones reales, tumbándose los navíos los unos sobre los otros.

«En este tiempo, habiendo hecho siempre vientos contrarios á la salida, intentaron salir del puerto de Tolon á su rada los navíos el dia 19 de febrero; pero calmando el viento y por abordos en los navíos franceses entre el Leopardo y una fragata, no pudieron salir antes que el dia 20.

«Se supo por los mismos oficiales franceses y de algunos españoles, que tres dias antes de la salida de los navíos habian encontrado en una silla de camino, solo y sin criados, á Mr. de Court, que iba á Hieres, donde en una choza tuvo una conferencia con un comisario y oficiales ingleses, de lo que despues se infirió con justo motivo, y por lo que operó la escuadra francesa, que establecieron la suerte del esterminio de los navíos españoles.

(1) Es el estado de las fuerzas navales de una y otra parte, que se inserta al final del capítulo.

se creyó echado á pique por el Real Felipe, pudo salir del combate con sumo trabajo, y ser conducido á remolque por una fragata, desarbolado y casi desguazado de todas sus obras muertas. En el combate perdió la vida su comandante con otros cincuenta y tres entre oficiales y demas individuos, y tuvo noventa heridos, de los cuales los mas fallecieron en Mahon. Tan maltratado quedó todo el Namur del almirante Mathews que tuvo que abandonarlo aquel General. Grande avería tuvo tambien el Princesa en su arboladura y maniobra, en términos que se vió obligado por dos veces á arriar la bandera á su capitan Pett, y arribar ya rendido para entregarse al Poder. El Somerset, de tres puentes, rindió su palo mayor y otros masteleros, y quedando en fin destrozadas todas sus jarcias y des-

«El dia 21 por la variedad de los vientos hicieron las escuadras combinadas algunos movimientos cuando á la tarde de este dia Mr. de Court envió una órden por escrito al comandante español, que con sus navíos estaba destinado á hacer la vanguardia de la línea, para entrar con ellos á atacar los navíos ingleses que estaban fondeados dentro de las islas, entrando por el pequeño paso. Idea tan impracticable, pues era preciso que entrasen uno á uno los navíos. El comandante español le representó todas las dificultades naturales que podian suceder, como el no poder formar en línea en muchas horas, los brulotes que podian echarle los ingleses situándolos al barlovento, y que cuando llegaría el caso que él con sus navíos los socorriese, y mucho mas si les faltaba el viento. No obstante de aprobar Mr. de Court las antecedentes razones, le mandó segunda vez el que era preciso que entrase. Quien considerare esta órden no tendrá dificultad en inferir cuál era la intencion de la Francia, pues claramente demuestra que era la destruccion de los navíos españoles, que todos hubieran sido sacrificados á la política inhumana de la Francia.

«Ya al amanecer del dia 22, el comandante español se habia preparado y dado las órdenes á sus navíos para entrar por el pequeño paso, cuando la Providencia Divina, oponiéndose á tan loca, cruel y bárbara empresa, dispuso que los navíos ingleses puestos á la vela al número de veinte y nueve, saliesen por el gran paso de las islas, y luego salieron los demás, agregándosele por la mañana de refuerzo el Malboroug y otros. Lo que observado por Mr. de Court providenció que la escuadra española hiciese la retaguardia de la línea de combate; comprendida desde M. á L. formando el centro desde K. á I. y la vanguardia que mandaba Mr. Galeatet desde H. á G. quedando formada la línea de combate como un arco ó línea curva, como desde M. hasta H. y G.

«Los navíos ingleses despues de haber tardado algunas horas tambien se formaron en una mal compuesta línea curva, como se vé desde F hasta A.»

El documento á que nos referimos continúa la relacion del combate, cuya historia hemos dado ya, dice en conclusion lo siguiente:

»Despues de haber virado los franceses, los de vanguardia que se inmediaron con los ingleses que no habian todavia virado, no se tiraron ni un tiro de fusil, como se ve en Q. Q., los cuales habiendo encontrado al navío español el Poder como en R. R̃., lo tomaron haciendo prisionero al oficial y soldados ingleses, y sacando á todo el equipaje: este se repartió en los navíos españoles, y le pegaron fuego que no tuvo efecto. Aquella noche Mr. de Court envió órden al comandante español para que se preparase, porque á la mañana queria atacar á los ingleses; pero este prudente y valeroso general le respondió que podia considerar en el estado que se hallaba; pero que si queria batirse interpolase sus navíos con los que le habian quedado, que todavia el Real lo tenia con sesenta tiros por cañon, y fué la última prueba de querer esponer los navíos españoles al total esterminio. Amaneció el dia 23 con el mismo viento y gruesa mar; los ingleses distantes del mar de combate de ocho leguas al barlovento, y los franceses otras tantas al sotavento de los navíos españoles. El Hércules encontró con un navío inglés con quien se batió por mas de dos horas, obligándole á retirarse. Y los franceses habiendo virado á bordo se fueron hácia los ingleses, lo que visto por estos reviraron sobre ellos, y entonces los franceses revirando se pusieron al sotavento de los españoles, que componian sus aparejos. A la virada de los ingleses estos encontraron con el navío el Poder sin gente, y fueron ellos quienes le pusieron fuego, habiendo volado á las ocho de la noche.

»Esta es la verdadera é ingénua relacion de este glorioso combate para la nacion española y su marina, que los franceses procuraron con mil embustes y mentiras oscurecer; pero los generales ingleses aun siendo contra ellos han publicado el valor español, la conducta y constancia de su general. Los franceses abandonaron á los españoles aquella misma noche y luego se dejaron ver en Cabo de Palos, entrando todos el dia 10 de marzo en Cartajena, los españoles victoriosos y los franceses corridos.»

arbolado, se entregó al Berwick. En conclusion, todos los navíos ingleses que se batieron con los españoles quedaron muy maltratados, y la pérdida en toda su escuadra, ascendia á cerca de trescientos hombres.

Rehabilitado con la mayor actividad, salió de Mahon el almirante Mathews, el 5 de marzo en busca de la escuadra combinada para impedirla la entrada en Cartagena; pero como sus navíos no habian recibido suficiente recorrida, sufrieron á pocos dias tales descalabros en el mar, que se vió forzado á volver otra vez á Mahon, donde entró el dia 11 con muchos desarbolos y averías, teniendo que emplear todo lo restante de aquel mes para su composicion, trabajando dia y noche.

La Cámara de los Comunes de Inglaterra pidió se formase causa á Mathews, y de resultas, tanto él como su vice-almirante Lestock y siete capitanes de los navíos de su escuadra, fueron juzgados por consejos de guerra. Contra la opinion pública, el fallo declaró al almirante Mathews inhábil para cualquiera otro mando. A pesar de esta sentencia, cuya confirmacion rehusaba el Rey de la Gran Bretaña, la buena fama de aquel almirante ha pasado ilesa á la posteridad, y no la de su acusador Lestock, á quien Mathews habia suspendido del mando, poco satisfecho de su conducta, y que habiendo sido el acusador de su gefe el Almirante, salió absuelto. Todos los capitanes de arriba fueron despedidos del servicio, por mas que algunos tuvieron grandes y poderosas defensas, probando lo bien que habian combatido. «Todo cede en honra y elogio de Navarro, dice Vargas y Ponce: de quien, y de sus briosos subalternos se estamparon entonces mismo las mas completas alabanzas en los muchos escritos que con tanta *corte marcial* publicaron los ingleses, y que junta un tomo en cuarto, titulado Apelacion al público.

El vencedor en Cabo Sicie, pues tal puede apellidarse D. Juan José Navarro, con satisfaccion de toda España y aprobacion de Europa toda, fué ascendido á Teniente general en 28 de febrero, y en 7 de marzo siguiente elevado á la dignidad perpétua de Título de Castilla, libre de todas cargas, y con la muy lisonjera denominacion de *Marqués de la Victoria.*

«Mientras el Rey premiaba el valor del Marqués, dice tambien el ilustre escritor de la vida del vencedor de Mathews, las primeras personas del reino y de otros reinos, le congratulaban con los mayores encomios por su triunfo. Quien le anunció haber oido á la Reina Isabel Farnesio: *Ya tenemos un General de marina*: quien los brindis que el Rey de Suecia repetia en honor suyo. La Academia española le escribió la mas espresiva enhorabuena; y no hubo Prócer que no exaltase por escrito su conducta y esfuerzo, y la gloria que habia adquirido á su patria.

»Como su siglo hasta esta época habia sido tan escaso de combates navales, contándose solo el de Málaga, el de Cabo-Pásaro y el de Tolon; y el de Tolon era tan desemejante de los otros, todo cedia en honra del que le sostuvo tan bizarramente. Por otro lado el proceder de los franceses en esta ocasion, su inerte

y equívoca conducta, levantó un alarido universal, y por algun tiempo revivió la amortiguada enemiga, que no fué mas pública en la era de Francisco I y sus inmediatos sucesores. Sarcasmos, pasquines, hasta oraciones sagradas dichas en los templos, los pintaron con los mas negros colores. Ellos por su parte han procurado multiplicar testimonios en que se lea este combate como partido con su triunfo entre las dos escuadras aliadas.»

[1] El adjunto estado, copia del que publicó el Sr. Vargas y Ponce, demuestra las fuerzas navales de que se componian las escuadras francesa, española é inglesa.

LINEAS DE COMBATE EN LA FUNCION DE CABO SICIE.

Línea de combate de la armada combinada.

DIVISIONES.	NAVIOS.	CAÑONES.	TRIPULACIONES.	COMANDANTES.
	Franceses.			
Vanguardia con divisa azul al mando del gefe de escuadra Mr. de Gavaret.	Boree	64	650	Mr. de Marquen.
	Tolosa	60	600	Mr. d'Arton.
	Tigre	50	500	Mr. Saurin.
	Eolo	64	650	Mr. d'Alver.
	Alcion	56	500	Mr. Lancel.
	Duque Orleans	68	800	Mr. Dornes.
	Esperanza, Comandante.	74	800	D'Hericourt.
Cuerpo de batalla con divisa blanca al mando del Teniente general Mr. de Court.	Tridente	64	650	Mr. de Caylus.
	Dichoso	60	600	M. de Gramier.
	Aquilon	44	500	Mr. de Vaudrevil.
	Sólido	64	650	Mr. de Chatoneuf.
	Diamante	50	650	Mr. de Manak.
	Firme	70	800	Mr. de Gorgue.
	Terrible, Comandante.	74	850	Mr. de la Jonquiere.
	Santi-Espiritus	68	850	Mr. de Poisin.
	Serio	64	600	Mr. Chaylus.
	Españoles.			
Retaguardia, con divisa azul y blanca, al mando del gefe de escuadra D. Juan José Navarro.	Oriente	60	600	D. Joaquin Villena.
	América	60	600	D. Anibal Petrucci.
	Neptuno	60	600	D. Enrique Olivares.
	Poder	60	650	D. Rodrigo Urrutia.
	Constante	70	750	D. Agustin Iturriaga.
	Real Felipe, Comandante.	114	1,250	D. Nicolás Geraldino.
	Hércules	64	650	D. Cosme Alvarez.
	Brillante	60	600	D. Blas de la Barreda.
	Alcon	60	600	D. José Rentería.
	S. Fernando	64	650	Conde de Vegaflorida.
	Soberbio	60	600	D. Juan Valdés.
	Sta. Isabel	80	900	D. Ignacio Dantevil.
		1,806	19,100	

Bajeles fuera de línea: tres fragatas, dos brulotes y un buque hospital.

Línea de combate de la armada británica.

DIVISIONES.	NAVIOS.	CAÑONES.	TRIPULACIONES.	COMANDANTES.
Vanguardia, con la bandera roja, al mando del contra-almirante Rowley.	Chatam	50	280	Eward Strange.
	Nassau	70	480	James Lloyd 1.
	Chichester	80	600	William Dilke 2.
	Boyne	80	600	Frogmore 3.
	Barfleur C. A.	90	765	De l' Angle.
	Princesa Carolina	80	600	Henry Osborne 4.
	Berwick	70	480	Lord Hawke 5.
	Sterling Castle	70	480	Thomas Cooper 6.
	Beedford	70	480	Townshend 7.
Cuerpo de batalla, con la bandera azul, al mando del almirante Mathews.	Dragon	60	400	Charles Watson.
	Royal Vak	70	480	Edmund Williams 8.
	Princesa	70	480	Pett.
	Somerset	80	600	Slaugter 9.
	Norfolk	80	600	John Torbes 10.
	Malboroug	90	750	Jaime Cornwall 11.
	Dorsetshire	80	600	Burrish 12.
	Essex	70	480	Ricardo Norris 13.
	Rupert	60	600	Ambrose 14.
	Namur, Almirante	90	800	Russel 15.
Retaguardia con la bandera de San Jorge, al mando del vice-almirante Lestok.	Salisbourg	50	280	Petter Osborne.
	Rumney	50	280	Godsalve.
	Dumkirk	60	400	Purvis 16.
	Revenge	70	480	Berkeley.
	Cambridge	80	600	Drummond.
	Neptune V. A.	90	750	Stepney.
	Torvay	80	600	Gascoigne.
	Russell	80	600	Long 17.
	Buckimgham	70	480	Towry.
	Elizabeth	70	480	Lingen 18.
	Kinston	60	400	Lovet.
	Oxford	50	280	Pawlet Lord 19.
	Varwick	60	400	West Temple 20.
		2,280	16,585	

Bajeles fuera de línea: tres fragatas, tres brulotes y tres bergantines.

NOTA.

Estas líneas de batalla, en que se dió la accion, son de órden inverso, por haber resultado así de una virada á un tiempo, que se hizo antes de empezarse el combate, para cambiar los cuerpos de la escuadra combinada, dejando á la española á retaguardia.



CAPITULO V.

Empieza el reinado de Fernando VI.—Conferencias, preliminares de paz y tratado de esta entre las potencias marítimas de Europa.—Combate naval, durante aquellas conferencias, entre una escuadra española al mando de D. Andrés Reggio, y otra inglesa, en las aguas de la Habana, en 1748.—Desórden en la línea de combate de la escuadra española, y dispersion de esta. Valerosa defensa y pérdida del navío Africa, montado por el Almirante Reggio. Proceso contra este, del cual salió absuelto honoríficamente.—Apodérase una espedicion francesa de Mahon, capitulando los ingleses que le ocupaban.—Apresamiento de un navío argelino por D. Isidoro del Postigo.—Reinado de Carlos III.—Guerra de España contra Portugal é Inglaterra.—Sitio y ataque de los ingleses á la Habana. Heróica defensa del castillo del Morro de aquella plaza, por D. Luis Vicente de Velasco; muerte gloriosa de esto, y consiguiente pérdida de aquella fortaleza y la ciudad.—Fatales consecuencias para la España, por esta conquista de los ingleses.

El reinado de Fernando VI, que por fallecimiento de Felipe V, su padre, acaecido en 9 de julio de 1746, empezó cuando aquel príncipe se hallaba ya en la muy madura edad de treinta y cuatro años, pareció desde luego que iba á ser una era de paz, atendido el espíritu reflexivo, el escelente corazon, la bondad y el juicio que se notó en el jóven monarca apenas subió al trono. Admitió de buen grado en 1747, de acuerdo con la Francia, la mediacion del Portugal para negociar con la Inglaterra, y aunque las conferencias sobre esto sufrieron largas interrupciones, al fin empezaron á entenderse las tres cortes en 1748. La base de las condiciones propuestas por la Francia y la España, eran el establecimiento del infante D. Felipe en Italia, y la restitucion mútua de todos los paises conquistados. La Inglaterra aunque alentada por sus victorias marítimas, y deseosa de sacar gran partido de ellas en América y en la India oriental, no desechó condiciones tan ventajosas, ya porque los gastos de la guerra habian disminuido

sus recursos, y ya por el temor que le inspiraban los progresos de las armas francesas en Holanda. Al cabo se firmaron en Aix-la-Chapelle los preliminares en 20 de abril, entre la Francia y las potencias marítimas, sin intervencion de la corte de Viena, cuya obstinacion no fué posible vencer. Se reconoció al fin al infante D. Felipe, duque de Parma y de Plasencia, á cuyos estados se agregó el de Guástala. Por último, el tono decisivo de la Inglaterra con el Austria, y la conviccion de esta de no poder continuar la lucha sin el auxilio del oro británico, la obligaron en fin á ceder; el tratado definitivo entre la Francia y las potencias marítimas se firmó en 20 de octubre, y el 23 accedió el Austria á la pacificacion.

Los demás puntos, acerca de los cuales habia sérias contestaciones entre Inglaterra y España, eran tantos y tan complicados que no podian ventilarse en un tratado general, y se convino entre ambas potencias terminarlo por una negociacion particular y amistosa, la cual terminó firmándose un tratado en 5 de octubre de 1750. Por él se restablecieron los derechos mercantiles de los ingleses en las posesiones españolas, sobre el mismo pié que tenian en tiempo de Cárlos II, concediéndoles las mismas ventajas que á los españoles y á las naciones mas favorecidas. Toda innovacion en el comercio debia ser evitada en cuanto fuese posible por las dos partes contratantes. La Inglaterra renunció al tratado *del Asiento*, y aceptó la suma de cien mil libras esterlinas por las reclamaciones de la Compañía del Mar del Sur. Nada se habló del derecho de visita.

Durante las largas conferencias diplomáticas que empezaron lentamente en el año 1747 y en 1750 terminaron con la paz, segun queda referido, acaeció en 1748 un notable combate naval entre una escuadra nuestra, compuesta de siete navíos y una fragata, mandada por el Teniente General de marina D. Andrés Reggio y otra inglesa al mando del contra-almirante Knowles, que se componia de siete navíos; fuerzas superiores á las de la escuadra española, atendido el porte y la artillería de los buques enemigos (1). En 2 de octubre de aquel

(1) **Escuadra española.**

NAVIOS.	CAÑONES.		CAPITANES.
Africa.........	70	Bandera de cuadra al trinquete.	D. Juan Antonio de la Colina.
Invencible......	70	Bandera de id. de mesana......	El teniente General D. Benito Spinola.
Real Familia....	60	....	D. Marcos Forastal.
Conquistador...	66	....	D. Tomás de San Just.
Dragon........	66	....	D. Manuel de Paz.
Nueva España..	60	....	D. Fernando Varela.
Galga.........	30	Fragata corsaria de particular..	D. Pedro Garicochea.

Escuadra inglesa.

NAVIOS.	CAÑONES.		CAPITANES.
Cornowall......	80	Bandera de cuadra á la mesana.	El contra almirante.
Lenox.........	70	....	Carlos Holmes.
Cantorbery.....	70	....	Clark.
Tilburí........	60	....	Carlos Powlet.
Warvik........	60	....	Inisfired.
Estraford......	60	....	David Brodie.
Oxford........	50	....	Edmundo Foll.



D. ANDRES REGGIO

año salió Reggio del puerto de la Habana, á buscar y atacar donde quiera que la hallase á la armada de Knowles, quien impulsado de la codicia se habia apartado con ella, en el forzoso tránsito de la flota que con gran tesoro conducia el capitan de navío D. Juan de Hegues, de Veracruz á la Habana.

El dia 4 de aquel mes, hallándose en la Sonda de la Tortuguilla, fué apresada una goleta enemiga, y por las declaraciones contestes de los prisioneros, supo el General español la superioridad de la escuadra enemiga. Estas noticias le hicieron adoptar la prudente medida de dar vuelta, encaminándose á las cercanías del puerto de la Habana, y en esta espectativa se mantuvo hasta el 10, que habiendo descubierto á la vista de la costa y á barlovento un convoy enemigo, escoltado de un navío de guerra, le dió caza todo el dia, aunque en vano, por lo cual viró al fin en vuelta de tierra; quedando empeñado el capitan de la fragata, D. Pedro Garicochea, en seguir á otra inglesa que cubria la retaguardia, á la cual cortó aquella noche, se apoderó de ella, y con la presa volvió á incorporarse á la escuadra.

Al amanecer del dia 12 se divisaron los enemigos al N-O. cuarta al N. en distancia de diez á doce millas, estando el *Dragon* al S-O. de siete á ocho. Reflexionando el General Reggio que á este navío le era imposible remediar el grande atraso en que estaba, y que se le haria mas insuperable cuanto mas entrase el dia, por la mudanza del viento, continuáronse desde las siete de la mañana las señales de virar por redondo y formarse en línea de batalla; y advirtiéndose que el *Dragon* lo ejecutó sin reflexion á que la arribada que la escuadra habia hecho al S-E., no tenia otro objeto que el de incorporarle, se hicieron varias señales para dárselo á entender, viendo que las desatendia; y por último se le indicó por tres pausados cañonazos la resolucion del General, en cuya dilatada maniobra, y la de ocupar su respectivo lugar, se invirtieron cerca de tres horas; de modo que quedó la línea formada á la de las diez, poco mas ó menos.

Los enemigos por su parte hicieron los movimientos correspondientes á situarse en igual disposicion: y declarándose á su favor el barlovento, así por la citada arribada, como por la variacion del viento, se encaminaron en busca de nuestra escuadra, que ya los estaba esperando bien formada con gabias y trinquetes, manteniéndose este á causa de haberse observado por la retaguardia enemiga dos buques, que por su magnitud y diligencia de unirse daban á entender eran igualmente de guerra, y con esta máxima se evitaba que, siéndolo, no lograsen reforzar durante la accion los suyos. Esta dió principio por el navío Africa, ó sea la Capitana española, á las dos de la tarde, y á las tres era general el fuego, disputando los dos partidos con el mayor ardimiento el premio de la victoria, que poco antes de las cuatro, habiéndose puesto fuera de combate al comandante enemigo, navío de superior fuerza, y faltando uno de los mas sobresalientes apoyos de su esperanza, se consintió declarada á favor de la escuadra española; pero arribando de la línea el navío Real Familia, habiéndose incendiado el Con-

quistador, apostádose la fragata por la proa del Africa, y presentádose al costado de sotavento de este el Dragon y Nueva-España, resultó inevitablemente, y como por una consecuencia natural, el desórden de la formacion. Notando esto los enemigos, y subsistiendo en tan mal estado los dos comandantes de aquellos buques, cargaron los ingleses con tal ímpetu y esfuerzo que á las ocho de la noche se vió el General español solo con la capitana en el mar de batalla, desarbolado de los palos mayor y mesana, y en tan deplorable situacion era menos posible concebir resolucion ni determinar movimientos que remediasen el general desórden.

Al cabo de media hora de intermision, tiempo que se empleó en zafarse de la gran zaga, que impedia andar y el gobierno del navío, fue este nuevamente atacado de dos enemigos por barlovento, y uno por sotavento hasta las diez y media, hora en que siendo correspondido con el mayor teson se retiraron, dejando el puesto de combate á la Capitana española, que se hallaba ya en gran conflicto, no ocultándose á los contrarios el desarbolo del trinquete, cuando estaban á poco mas de tiro de fusil. A consecuencia del desamparo en que se hallaba, persuadido de su infeliz situacion y el inminente peligro que le amenazaba, determinó el General Reggio acercarse á la tierra, y quitar á los enemigos al dia siguiente la gloria del vencimiento, dando fondo á las tres y media de la mañana del dia 13, en la desierta y bravía playa de Jijiras ó Xixiras, que por sí reconoció y mandó reconocer, á fin de hacer el último esfuerzo en la defensa; en cuyo exámen halló la imposibilidad de construir batería, por lo que, poseido de gran pesar, se vió forzado á ceder de su propia opinion, perdidas las esperanzas.

Habiendo amanecido los enemigos á la vista, y creyendo Reggio que de descubrir á su navío seria inevitable el riesgo de quemarle ó apresarle, resolvió evacuarle sin demora, y en él dejar á un capitan de pabellon, para la ejecucion de sus órdenes, sin omitir dar aviso al gobernador de la Habana de su lastimosa desgracia; á fin de que socorriéndole lograse preservar aquel bajel como lo deseaba, en caso de separarse de la inmediacion del enemigo. Por fortuna no amanecieron estos á la vista el 14; entonces se embarcó el equipaje, y se armó una bandola en proa, para sacar á salvo el navío, con el socorro tambien de dos lanchas y un jabeque, al mismo tiempo que se veía inmediata la fragata Galga, que en distancia se reconocia, haciendo diligencia de acudir al propio intento. Pero habiendo hecho esta nave señal de enemigos, á las cuatro de la tarde, y de que la daban caza, no llegó á dar fondo hasta las ocho de la noche, que lo ejecutó por la proa de la Capitana. Puesto todo en disposicion, el navío á pique, y tomado el remolque de las cuatro embarcaciones, se esperaba el viento terral con la mayor impaciencia: pero siendo ya las dos de la noche se divisaron por la punta de Jaruco y como á legua y media de distancia dos faroles de los enemigos. Este incidente varió enteramente la resolucion meditada, y se dió la órden al capitan de la Galga, que con sus remos se fuese para barlovento, para no perderse lo mismo que el Africa, cuya ruina se creía ya infalible.



Urrabieta inv. y lit. Lit. de J. J. Martinez. Madrid.

INUTILIZADO EN UN COMBATE EL NAVIO AFRICA,
capitana de la escuadra española al mando del Almirante D. Andres Reggio, por disposicion de este es reducido á cenizas, en la costa de la isla de Cuba, para que no sea presa de los ingleses. (Año 1748).

A la luz del albor del dia 15 se descubrieron ocho de los navíos ingleses que navegaban en vuelta de fuera, casi en calma, y al punto dió el General español la órden de desembarcar los heridos y el equipaje, volviendo á dejar á bordo á su capitan de pabellon y seis hombres. Finalizada esta diligencia, despachó aquellos en las lanchas y el javeque, para que no esperimentáran igual suerte que la que ya se concebia inevitable. A las once de la mañana viraron los enemigos á vuelta de tierra con todas sus lanchas en el agua, y manteniéndose el viento bonancible hasta las cuatro de la tarde, no estuvieron inmediatos al navío *Africa* que haciéndoles fuego les propasaban las balas. En tal estado el General Reggio, acompañado de los oficiales, dió la dolorosa órden de incendiar el navío, y prévia contra los tres primeros buques enemigos la descarga de toda la artillería, lo ejecutó el capitan, libertándose con el corto número de gente que tenia, en una canoa. Así frustró el intento de quemar ó apresar los contrarios el *Africa*. Al siguiente dia 16, á las ocho y media de la noche se restituyó á la Habana el General Reggio, en compañía de sus oficiales, siguiéndole la tropa y el resto de la tripulacion.

Desde que á consecuencia de la salida del *Conquistador* y el *Dragon* fuera de la línea de combate se introdujo en esta el desórden, la escuadra española no fué ya verdadera escuadra combatiente contra la inglesa, pues al desórden siguió la dispersion y cada navío por sí tomó su partido. El *Real familia* fué de los primeros sacados fuera de la línea, despues de haber recibido algunos cañonazos á flor de agua: el *Dragon* y la *Galga* en breve se fugaron. El *Conquistador*, causa principal del desconcierto y la derrota, pues tal puede llamarse el resultado de la jornada, caidas ya sus vergas, y habiéndosele incendiado el jardin de babor, aunque todavía podia hacer una defensa gloriosa, mal gobernado por un capitan débil, se rindió vergonzosamente y fué llevado como trofeo de los ingleses á la Jamáica. El *Invencible*, desarbolado de los masteleros, apeló como otros á la fuga, y el *Nueva España*, que parece fué el mejor librado, siguió tambien el mal ejemplo: de modo que solo en la Capitana, ó sea el *Africa*, donde se hallaba el General de la desbaratada escuadra, se conservó la conveniente serenidad, se obstentó el debido valor, y se hizo hasta el fin una resistencia honrosa y aun con gloria. Esto no obstante, apenas tuvo nuestra Corte la funesta noticia del éxito de aquel combate, mandó juzgar por un consejo de guerra en Cádiz al Teniente general D. Andrés Reggio. De la defensa del ilustre acusado se encargó el capitan del mismo *Africa*, D. Juan Antonio de la Colina, oficial muy entendido y bizarro, que en la desgraciada jornada dió relevantes testimonios de marino inteligente y valeroso, y que elocuente, hábil y como hombre de ciencia náutica, defendió con tal acierto á su gefe que este fué absuelto de la causa, declarando el rey su aprecio por el notorio valor y conducta con que sostuvo el honor del pabellon de España.

La defensa del *Africa* hizo grandes averías en la Capitana enemiga, desarbo-

lándola de su mastelero mayor, rompiendo la vela de velacho; destrozando su aparejo, y traspasándola por uno de sus costados á cañonazos (1).

Con el objeto de proteger al comercio español en el Nuevo-mundo, hacia el marqués de la Ensenada los mayores esfuerzos para destruir el contrabando estranjero. El tratado celebrado con la Inglaterra en 1750 le ataba las manos para perseguir al comercio de Flandes que los ingleses hacian, por lo cual se dedicó á combatir el de los establecimientos británicos de Curazao, creyendo fundadamente que este primer paso facilitaría el ataque al fraudulento tráfico inglés. Dificil era arruinar el que los de Curazao hacian con la costa de Caracas, por el abrigo que daba la parte baja de sus costas á los barcos chatos. Pero en esta época habia vuelto de su vireinato de Santa Fé el General Eslava, y Ensenada adoptó su proyecto, que consistia en cubrir toda la marina de Caracas con un cuerpo de mil doscientos hombres, al mando de un oficial inteligente. Armáronse, pues, con gran secreto muchos buques ligeros en Cádiz y en el Ferrol, y embarcóse en ellos un cuerpo de tropas considerable, al mando del General Ricardos, que pasó á Canarias y acabó de equipar su espedicion en aquellas islas. Este armamento fué el que comenzó un nuevo sistema de hostilidades contra los establecimientos estranjeros en América. A la par de esto, en 1752, se prepararon en los puertos de España y salieron á la mar muchas fuerzas navales para perseguir á los piratas berberiscos, salvando así nuestras costas de sus desembarcos y de la esclavitud y cautiverio á gran número de personas, y aun á familias enteras.

Tal era el estado de cosas, mientras que por un efecto de la mala inteligencia que reinaba entre la Inglaterra y la Francia, se veian estas dos potencias amenazadas de la guerra que se llamó de *Siete años*, siendo uno de los preludios de ella el haber apresado los ingleses los buques de guerra el *Alcides* y *La Lís*, que se habian separado de la escuadra francesa, cuando se preparaban para atacar al Canadá por mar y tierra, empezando por apoderarse nada menos que de trescientos buques mercantes en las aguas de Terranova, á pesar de que aun se continuaban en Europa las negociaciones para la paz. Llegó el año 1756, y en él comenzó aquella famosa guerra, en que la ambicion de los príncipes hizo derramar inútilmente en Alemania mucha sangre de casi todas las naciones de Europa, pues todas tomaron parte en la lid, escepto Dinamarca, Italia, Turquía y Holanda. Al mismo tiempo que la Francia amenazaba las costas

(1) En la escuadra española fué de gran consideracion la pérdida de gente, como lo demuestra la siguiente nota.

En el navío *África* cuarenta y un muertos, inclusos tres oficiales, y sesenta y nueve heridos, entre ellos siete oficiales.

En el *Invencible* veinte y un muertos con veinte oficiales, y diez y ocho heridos con el capitan del pabellon.

En el *Real Familia* siete muertos con un oficial, y cuarenta y cuatro heridos con el capitan.

En el *Conquistador* trece muertos, inclusos tres oficiales, y doce heridos con dos oficiales.

En el *Nueva España* diez y siete muertos y cuarenta y dos heridos, entre ellos tres oficiales.

En el *Dragon* cinco muertos y ocho heridos.

En la Fragata *Galga* dos muertos y once heridos.

de Inglaterra, un cuerpo de desembarco de doce mil franceses, mandado por el mariscal de Richelieu, y escoltado por doce navíos de línea y algunas fragatas, se presentó á mediados de mayo en las costas de Menorca. Una escuadra inglesa al mando de Bing voló á socorrer la isla; hubo combate naval; la escuadra francesa dispersó á la británica, que no pudo introducir víveres ni refuerzos en Mahon, plaza que, en poder entonces de los ingleses, por las fortificaciones que estos la habian añadido, se consideraba un segundo Gibraltar, y que sin embargo tuvo que capitular entregándose á Richelieu. La afrenta por que en esta ocasion pasaron las armas y la marina inglesa, dió lugar á la formacion de causa al almirante Bing, y fué arcabuceado á bordo de su navío.

Pocos sucesos dignos de la historia ocurrieron á nuestra marina militante en los años 1756 y 57, pero en el siguiente D. Isidoro del Postigo que mandaba tres navíos y cruzaba por las costas de España, se encontró en las aguas de Málaga con un navío de línea y una fragata argelinos; apoderóse del navío despues de un obstinado combate, mas quedó tan maltratado, que inmediatamente se fué á pique. La fragata, aunque desarbolada de su mastelero, pudo escaparse á favor de la noche y de una turbonada.

Fernando VI falleció en 10 de agosto de 1759, y al trono de las Españas ascendió su hermano el rey de Nápoles, bajo el nombre de Cárlos III, de eterna y grata memoria. De sus padres habia heredado este monarca el ódio á los ingleses: firmóse en 1761 el famoso tratado conocido con el dictado de *pacto de familia*, y se hizo, en fin, estrecha alianza entre España y Francia. Nuestro embajador en Lóndres, y el de Inglaterra en Madrid, tomaron pasaportes, y la corte española exigió de la portuguesa que cooperase con ella en la guerra marítima contra la Gran Bretaña. Negóse á ello el rey de Portugal, y entre las dos naciones se declaró luego la guerra.

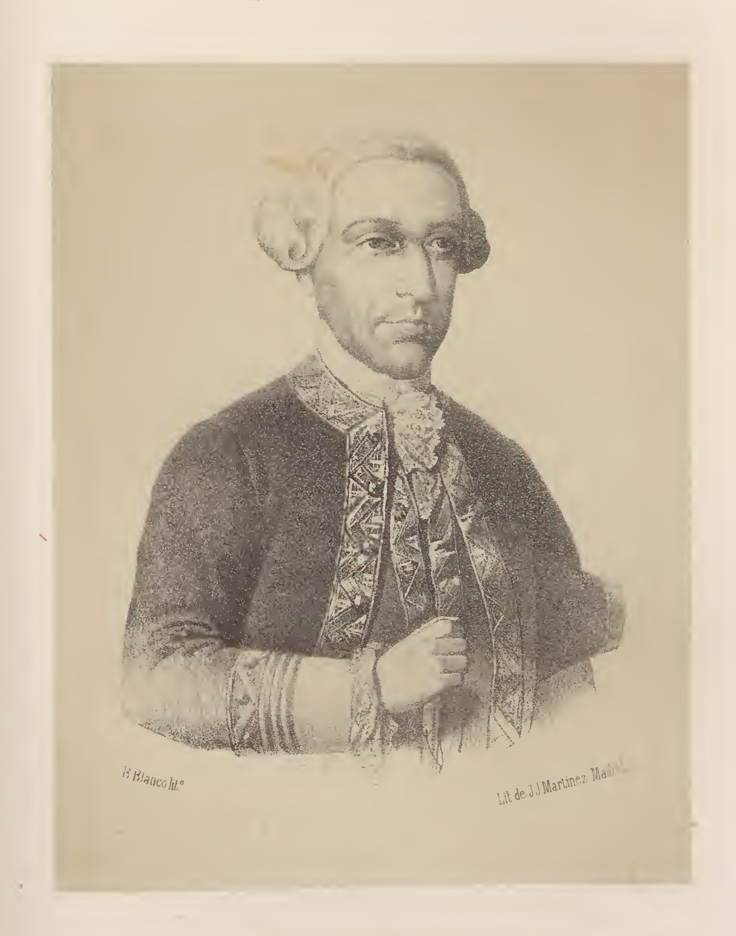
En esta campaña, que sin duda fué una de las mas fatales para la casa de Borbon, desplegó la Inglaterra tal energía, que habiéndose hecho aquella declaracion en 2 de enero de 1762, en 2 de junio atravesaba ya el canal de Bahama una escuadra inglesa de veinte y nueve buques de guerra á las órdenes del almirante Pocork, con doscientas velas de transporte y mas de veinte mil hombres de desembarco, mandados por lord Albermale, sin que D. Juan de Prado, gobernador de Cuba, sospechase siquiera la proximidad del enemigo. En medio de la confusion y sorpresa que en la ciudad causó la noticia inesperada del gran peligro que amenazaba tan de cerca, no teniendo el descuidado gobernador mas de dos mil hombres de tropas regimentadas, aceleradamente levantó siete mil de las milicias de la isla, mal armados y peor organizados.

Tales eran las fuerzas con que se podia contar para cubrir el servicio de la plaza y atender militarmente á su defensa, cuando en 6 de junio de 1762 se presentó delante de la Habana la escuadra inglesa. En el amenazado puerto se hallaba fondeada una respetable escuadra española, de nueve navíos de línea y tres

fragatas, siendo uno de aquellos el navío *La Reina*, de setenta cañones, su capitan D. Luis Vicente de Velasco (1), hombre á la sazon de cincuenta años de edad, buen marino, inteligente en el arte de la guerra, varon de nobles y elevados sentimientos, en alto grado celoso de las glorias, el nombre y fama de la nacion que le contaba en el número de sus ilustres hijos. En aquellos momentos de tribulacion y alarma se requeria que la defensa del importantísimo castillo del Morro, que fundado sobre un escarpado peñon defiende la entrada del puerto, estuviese confiada á un capitan de reconocido valor, de justificada resolucion, inteligencia y cordura, y para tan delicado cargo fué nombrado con sumo acierto en tan críticas circunstancias D. Luis Vicente de Velasco. Por desgracia del nuevo Gobernador, bien que para mayor gloria suya, aquel castillo era entonces menos fuerte que ahora, pues no oponia al enemigo fuegos de flanco, como los tiene actualmente con las fortificaciones de la Cabaña, construidas despues de aquella época.

Los enemigos efectuaron el desembarco el dia 17 de junio, al Este de la Habana, entre los rios de Nao y de Cojimar, mientras la escuadra inglesa hacia un ataque falso contra la parte occidental del puerto. Comenzaron á esplorar el campo avanzando siempre, y en su atrevida marcha le salieron al encuentro setecientos paisanos que, mal armados á la ligera, de lanzas, machetes, y siete escopetas, le acometieron hasta sus filas, donde los entusiasmados y ciegos cuanto valerosos patricios sufrieron las consecuencias lastimosas que eran de esperar de

(1) D. Luis Vicente de Velasco, hijo de una ilustre familia, nació en la villa de Noja, en la provincia de Santander. Empezó su carrera de guardia marina. En diferentes espediciones y combates navales en que se encontró, se distinguió como buen marino y militar, pero la página mas resplandeciente de su vida, la que mas le ensalzó, la que inmortalizó su nombre es la gloriosa defensa que hizo del castillo de Morro de la Habana, contra los ingleses; defensa tanto mas heróica y asombrosa, cuanto que aquel castillo carecia de buena fortificacion segun las reglas del arte aun en el estado que el arte mismo se encontraba en aquel tiempo. Tal fué el mérito y la bien merecida fama que en aquel célebre sitio adquirió D. Luis Vicente de Velasco, que para perpetuar en su familia el recuerdo de aquellos gloriosos hechos de eterna remembranza y gloria para España, el magnánimo Cárlos III se dignó conceder á D. Iñigo de Velasco, hermano de aquel héroe, título de Castilla bajo el de Marqués de Velasco, por Real cédula de 8 de julio de 1765, con mil pesos de pension asignados en la Habana para él y sus descendientes. Título que hoy pertenece á D. Fermin de Collantes, de la distinguida familia de los señores D. Saturnino y D. Fernando Calderon Collantes, harto conocidos por su elocuencia y su amor patrio, en nuestros últimos fastos parlamentarios. Decretó además aquel monarca que uno de los navíos de la escuadra se llamase *Velasco*, queriendo así perpetuar en la Marina Real española el ilustre apellido del inmortal defensor del Morro. El valor y heroismo de nuestro ilustre marino fué tan singular y digno de admiracion, que no contentos los gefes ingleses, el almirante Pocork y el General conde de Albermale con hacer justicia á Velasco, como nobles, generosos, é imparciales enemigos, indicando en el parte que dieron á su Gobierno las inclitas hazañas del defensor de aquel castillo, y confesando las grandes pérdidas que causó á la escuadra y á las tropas británicas durante el sitio, acordaron erigir en memoria y honor suyo un monumento en la Abadía de Westminster, con una inscripcion honorifica: Justo era que cuando estranjeros enemigos daban tal ejemplo de veneracion y respeto, á la memoria del héroe con quien pelearon, su patria, que en esto, como mas obligada, debió ser la primera, pagase á Velasco el merecido tributo de admiracion y gratitud. La Academia de San Fernando, deseosa pues de contribuir á la celebridad de la famosa defensa del castillo del Morro, en la *Gaceta* de 5 de febrero de 1763, propuso dos premios estraordinarios de la primera clase, de pintura y escultura, á los profesores de estas dos artes, que mejor espresasen aquel glorioso suceso, para lo cual dió una idea del asunto. Cerca de un siglo despues, el Congreso de Diputados ha dispuesto que el retrato de D. Luis de Velasco, se ostente, cual se ve en el techo del salon de sus Sesiones, como efigie de uno de los ilustres varones españoles que mas se han distinguido por sus virtudes cívicas y militares.



D. LUIS DE VELASCO.

tan desigual combate. No descansando los ingleses en las operaciones del sitio del Morro desde el momento en que nuestros puestos avanzados se retiraron, en 1.º de julio tenian ya montadas doce piezas de artillería de á 24, y diez y nueve morteros. Esta formidable batería rompió el fuego el dia 5, en tanto que el impávido y bizarro Velasco aumentaba los medios de defensa que en la desesperada situacion le sugeria su ingenio, ostentando siempre en presencia de los suyos y á la vista del peligro la serenidad y el buen ánimo con que á todos le infundiera. Tres navíos, uno de noventa cañones y dos de á setenta se acercaron á batir á un tiempo al castillo del Morro, y á los tres rechazó el dignísimo defensor de aquella fortaleza, con tanto valor como habilidad, causándoles graves daños y poniéndolos en fuga vergonzosa. Uno de ellos, el *Cambridge*, quedó desmantelado, y en muy mal estado otro llamado el *Dragon*. Olvidado de su persona el impávido gobernador, poseido únicamente de la idea del honor y el deber hácia la patria, sin cuidarse de la conservacion del individuo, su infatigable cuerpo cedió al esceso del cansancio y la vigilia. Velasco cayó enfermo, y fué preciso que para su curacion le bajasen á la ciudad. Al desaliento que con la ausencia de su caudillo se infundió en la guarnicion del Morro, fué consiguiente la flojedad en la resistencia: los fuegos calmaron, el enemigo comprendió que allí faltaba la presencia del heróico D. Luis Vicente de Velasco, y la defensa parecia que tocaba ya en su término. Mal convaleciente de su dolencia, aquejado de ella todavía, impaciente por hallarse en su puesto, volvió á ocuparle el insigne gobernador; mas ya era tarde, pues el castillo estaba ya minado. A pesar de esto, reanimó á la gente con su presencia, la exhortó y se preparó para el último trance. En tal estado le propuso capitulacion Albermale, y asombrado de valor tanto le escribió una carta muy atenta á que Velasco contestó con ejemplar modestia, á la par que luciendo en ella su firme decision, su acrisolada lealtad y su puro patriotismo.

Habíase incendiado una de las obras construidas en tierra por los ingleses, y los defensores de la Habana tuvieron entonces la grata ilusion de que ante sus muros se repetiria el triunfo que al pié de los de Cartajena de Indias alcanzaron los españoles en 1741; cuando hé que llegó al enemigo un refuerzo de cuatro mil anglo-americanos, y construyendo nuevas baterías en lugar de las que el cañon del Morro habia destruido, acallaron los fuegos de Oeste, arruinaron sus fortificaciones esteriores, ocuparon el camino cubierto, rechazaron una salida de la fortaleza con pérdida considerable y volaron una mina; la brecha abierta en el bastion del Norte estuvo practicable el dia 30 de julio, y el enemigo agolpado dió el asalto, dispersando á los defensores que allí se le oponian. Por desgracia la guarnicion no correspondió en aquel tremendo trance á la decision y el generoso sacrificio de su ínclito caudillo. En persona acudió este á la cortadura y á la bandera, resistiendo impávido á la marcha de la columna inglesa, seguido de algunos de los suyos. A su vista pereció en la brecha el segundo comandante D. Vicente Gonza-

lez, digno imitador del ejemplo de Velasco, quien despreciando su desventajosa posicion, prefirió morir antes que volver la espalda á centenares de enemigos, y peleando intrépido en medio de ellos allí fué herido de muerte. Ya exánime, casi desmayado á causa de la mucha sangre que la herida derramaba, condujéronle á su estancia, y poseido del delirio que en su fogosa imaginacion le produjo el entusiasmo patrio, propio de los héroes, semejante á los capitanes de la antigua Roma, que al hacer generosa ofrenda de su vida por la patria procuraban morir al lado del águila y el estandarte, símbolos de la potente República, repetia enagenado: «Sea este nuestro sepulcro antes que entregarnos; cuidad de que ningun cobarde se acerque á la divisa que sostiene el pabellon régio.»—«Sombra res»petable (esclama con este motivo un escritor nuestro (1), cuyo nombre sentimos »ignorar, porque nos priva de la dulce satisfaccion de citarle), recibe el home»nage mas fervoroso de nuestra admiracion por tu justificada lealtad, y al pre»sentar hoy á una generacion que no tuvo la dicha de conocerte, un diseño que »se dice fiel y exacto de tu persona, admite los votos sucesivos de veneracion »debidos al inaudito valor con que defendiste la fortaleza del Morro.»

Trasladado Velasco á la ciudad falleció antes de veinte y cuatro horas. Así terminaron con gloria perdurable los dias del digno trasunto de Leónidas; así murió coronado de laurel inmarcesible, legando á la posteridad un modelo de virtud cívica y militar, de pericia y valor, de decision y lealtad, de honor y patriotismo.

Dueños ya los ingleses del castillo del Morro dirigieron todos sus esfuerzos contra la ciudad, y el fuerte de Puntales que está en frente de aquella fortaleza. Nueve baterías levantaron á uno y otro lado del puerto, y luego empezó un bombardeo contínuo, además de los tiros de cañon que batian las murallas. Poco duraron los disparos de la plaza: las tropas de la ya muy escasa y desmayada guarnicion fueron arrojadas de sus posiciones y el gobernador capituló en 13 de agosto (2). Las consecuencias de aquella fatal jornada, triste resultado de la pérdida del castillo, fueron graves y lamentables para la España, haciéndose los ingleses

(1) El Autor de un artículo interesante que relativo á D. Luis Vicente de Velasco se lee en un libro titulado: *Memorias de la Real Sociedad Económica de la Habana*, escrito en el año 1842: artículo que precedido del lema de *Recuerdos gloriosos del pais*, se encuentra en las páginas 362 á 364.

(2) Al rendirse la Habana se hallaba reducida ya la guarnicion á 3 coroneles, 2 tenientes coroneles, 2 sargentos mayores, 4 ayudantes, 4 capellanes, 3 cirujanos, 17 capitanes, 56 oficiales subalternos, 38 sargentos, 29 tambores, 778 soldados. Este fué el número de los militares capitulados. La capitulacion se hizo concediéndoles todos los honores de la guerra, *en consideracion al valor y la vigorosa defensa del fuerte del Morro y la ciudad.* De una y otra salieron los vencidos por la puerta, segun lo estipulado, con dos cañones y seis tiros cada uno, otros tantos para cada soldado, tambores batientes y banderas desplegadas. Todos estos capitulados fueron enviados á España, comprendiendo en esto 17 mujeres y 30 hijos de oficiales, y 7 mujeres y 3 hijos de soldados.

* Durante el sitio perecieron en el castillo del Morro, además de su gobernador D. Luis Vicente de Velasco y el segundo comandante Gonzalez, capitan tambien de navío, dos capitanes y cinco oficiales de infantería y caballería, los tenientes de navío D. Andrés Fonegra, D. Bernardo de la Cuadra y D. Domingo de Larrañaga, y mas de cuatrocientos soldados. Los heridos escedieron de mil doscientos, entre estos tres tenientes de fragata y ocho alféreces de marina.

señores, no solo de la ciudad, sino tambien de un distrito que se estendia ciento cincuenta millas al Occidente, de quince millones de duros pertenecientes á nuestro Erario, de una multitud de municiones y aprestos navales, y de la escuadra que allí teníamos. Los cargos que la opinion pública hizo por su imperdonable descuido al gobernador Prado, dió justo motivo para que en España se le formase causa ante un consejo de guerra y fué condenado á muerte, pero el rey conmutó esta pena en la de cárcel perpétua.

«Las inmensas riquezas que los vencedores encontraron en la Habana, dice Bouvet de Cressé, no les indemnizaron de las pérdidas que sufrieron, tanto durante, como despues del sitio.» La humanidad y la sana política aplaudirán sin duda las reflexiones que en aquella ocasion se ofrecieron á un autor inglés, diciendo entre otras cosas: «Si todos aquellos súbditos que las enfermedades, el hambre ó la guerra han arrebatado á la patria en la espedicion de la Habana, hubiesen sido empleados mas útilmente en servicio de la Gran Bretaña, ellos y su posteridad hubiesen contribuido mas á la felicidad y al poderío de la nacion que la conquista de dos islas en las Indias Occidentales.»





CAPITULO VI.

Sorprenden los ingleses á Manila; defiéndela su arzobispo, y los enemigos se apoderan de ella y la saquean.—Paz de Fontainebleau, en 1763.—Victorias de D. Antonio Barceló y D. Diego de Torres sobre los piratas berberiscos.—Contienda entre España é Inglaterra sobre pertenencia de las islas Malvinas. Apodéranse los españoles de Puerto Egmont, capitulando los ingleses: su restitucion á estos mediante un tratado.—Sitios de Melilla y del Peñon de Velez por el emperador de Marruecos; pierde este gran número de gente en ambos sitios, se retira, y por último hace las paces con España.—Espedicion española para la conquista de Argel en 1775. Desembarco de nuestro ejército en aquella costa. Imprudente arrojo del gefe de la vanguardia; sucesos desgraciados para nuestras armas por aquella causa; reembarco del ejército, debido felizmente á nuestro marino Mazarredo, y vuelta de la escuadra nuestra á Alicante y Cartajena.—Desavenencia entre España y Portugal, sobre la cuestion de límites entre el Paraguay y el Brasil. Apodéranse los portugueses de varios puertos nuestros en América, y los españoles de la isla de Santa Catalina, la colonia del Sacramento, la isla de San Gabriel y otras posesiones portuguesas hasta Rio Grande. Tratado á consecuencia de esto, entre ambas naciones, con ventajas de la España.—Declaracion de guerra de España y Francia contra Inglaterra, á consecuencia de la proteccion que aquellos dos gabinetes daban á los Estados Unidos de América.—Espedicion de dos escuadras española y francesa combinadas, contra la Inglaterra; contratiempos en el canal de la Mancha, inutilidad de esta espedicion y su vuelta al puerto de Brest.—Preparativos de España para bloquear á Gibraltar por mar y tierra. Sucesos varios acerca de esta empresa. Combate desigual de la escuadra española, al mando de Lángara con la inglesa, que con fuerzas muy superiores mandaba Rodney, entre los cabos de San Vicente y Santa María. Heroismo de Lángara, y desastre de nuestra escuadra. Rasgo de lealtad y valor singular de los marineros del navío español *San Julian.*—Conquista de la Mobila por Galvez, Gobernador de la Luisiana.—Espedicion inútil de dos escuadras, española y francesa para conquistar la Jamáica.—Apresa D. Luis de Córdoba dos grandes convoyes ingleses, á la altura de las Azores.—Conquista de Panzacola por Galvez, quedando á consecuencia sujeta toda la Florida Occidental á la dominacion española.

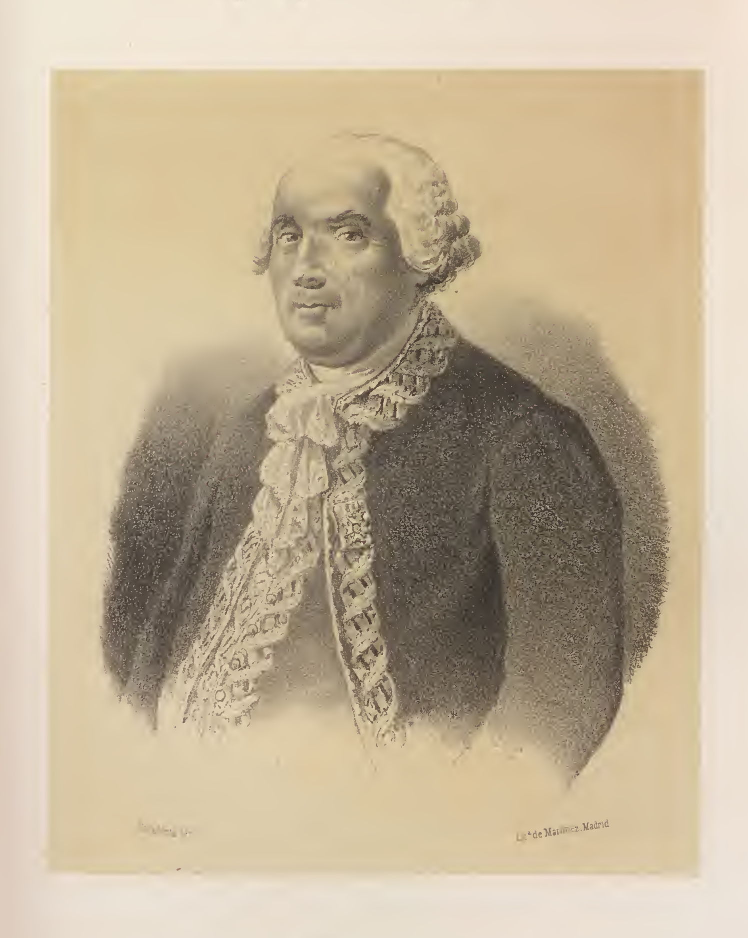
En medio de la consternacion que causó en España la gran pérdida de la Habana, recibió nuestra corte otra noticia no menos funesta, cual fué la de haber caido Manila en poder de los ingleses. Dos mil y trescientos hombres, al mando del general británico Drapper, fueron destacados de Madrás y se presentaron en la isla de Luzon, el dia 24 de setiembre, antes de saberse allí que se habia de-

clarado la guerra. Protegido por los fuegos de la escuadra inglesa desembarcó Drapper, se apoderó de los arrabales de Manila, y al punto dispuso el ataque. Se hallaba de gobernador interino de aquella capital el arzobispo, y aunque el arte de la guerra era muy ageno de su sagrado ministerio, desplegó un valor y unos talentos militares, muy superiores á los que se podian esperar; conservó en la plaza la guarnicion que era de ochocientos hombres, para hacer frente al enemigo, y formó cuerpos de los indígenas del pais para hostigar á los sitiadores. Vanos recursos: los indios fueron derrotados; los ingleses, al cabo de doce dias de sitio, asaltaron las fortificaciones y las tomaron. La ciudad, donde el gobernador y la guarnicion se habian refugiado, capituló al fin; fué en parte saqueada, y á costa de un cuantioso rescate se libró de su entera ruina. En poder de Drapper cayeron muchos buques que habia en el puerto, y poco despues los navíos *Manila* y *la Santísima Trinidad.*

Por fortuna, si tal puede llamarse atendido lo que hubimos de enagenar, se firmó la paz en Fontainebleau á 10 de febrero de 1763, cediendo la España á la Inglaterra, en cambio de la Habana y Manila, la Florida y los territorios que poseía al Oriente y al Occidente del Misisipí; restituyó á Portugal la colonia del Sacramento, en el Rio de la Plata, de que nos habíamos apoderado en 1762, y reconoció el derecho de los súbditos ingleses, al corte de palo de campeche en la bahía de Honduras y otras partes del territorio español.

En aquel mismo año y los siguientes, nuestras fuerzas navales, mandadas en el Mediterráneo por D. Antonio Barceló y D. Diego de Torres, persiguieron constantemente á los piratas, siendo tan felices que les hicieron muchas presas, los ahuyentaron de nuestras costas, obligándoles á refugiarse en los puertos de Berbería, y asegurando en fin la tranquilidad de los nuestros, que contínuamente se veían amenazados por aquellos bandidos marítimos. Entre los hechos gloriosos de Barceló, debe contarse el encuentro que en 1766 tuvo junto al cabo de Gata con dos fragatas argelinas, de las cuales se apoderó despues de un reñidísimo combate.

Con el año 1769 sobrevino una cuestion que amenazaba de nuevo un rompimiento entre Inglaterra y España. Tal era la disputa de pertenencia de las islas Malvinas ó de Falkland. En ellas, desde el año 1748, proyectaban establecerse los ingleses; y aunque entonces lo impidió nuestro gobierno mediante conferencias diplomáticas, el ministro francés Choiseul, que deseaba encontrar un motivo ó pretesto de guerra entre las cortes de Lóndres y Madrid, encargó al célebre navegante Bougainville que reconociese aquellas islas y de ellas tomase posesion en nombre del rey de Francia. Así lo hizo, y en 1764 estableció una colonia que denominó Port-Luis. Queriendo la Inglaterra conservar sus derechos por haber sido la primera en descubrir aquellas islas, envió al capitan Byron, que en 1766 fundó tambien allí una colonia, con el nombre de Port-Egmont. El rey de España se quejó al de Francia de haber ocupado esta un



D. ANTONIO BARCELÓ

territorio que consideraba parte de sus dominios en América, y á consecuencia el gobierno francés ordenó que aquella nueva colonia fuese entregada á los españoles. El virey de Buenos-Aires comisionó á D. Francisco Bucareli, y este tomó posesion de Port-Luis, y le mudó el nombre dándole el de Puerto Soledad, porque en efecto fué abandonado. El comandante de este punto intimó á los ingleses que evacuasen á Puerto-Egmont; viendo que lo rehusaban envió un buque español para reconocer la plaza, y el comandante inglés le obligó á retirarse. A poco tiempo una espedicion marítima española de mil seiscientos hombres con alguna artillería, enviada por el virey de Buenos-Aires, se presentó en el puerto, y pidió y obtuvo permiso de entrar en él para hacer aguada; á esto siguieron inútiles negociaciones, se dispararon cañonazos de una y otra parte, y el término de esta contienda fué rendirse los ingleses por capitulacion. Era de temer que por este insulto se viese la Inglaterra en el caso de declararnos la guerra; pero en vez de esto, bien fuese prudencia, ó bien debilidad, contentose el gabinete británico por entonces con entablar negociaciones para transigir amistosamente la cuestion: negociaciones que continuaron en los años siguientes, al paso que la corte de Lóndres hacia preparativos militares de tierra y mar, sin dejar de hacerlos á la par España y Francia. Aun seguian en 1771 las negociaciones con Inglaterra, sin esperanzas de buen éxito, porque el gabinete de Versalles solo deseaba ocasiones y pretestos de guerra con su eterna rival, mas al fin se entendieron los de Madrid y Londres en aquel mismo año; los armamentos cesaron, la marina se puso en el pié de paz, y celebróse un convenio. En virtud de él se restituyó Puerto-Egmont á Inglaterra, y esta tardó poco en abandonar aquella colonia costosa, inútil, y orígen fecundo de reclamaciones entre ambas cortes.

Tal era el estado de cosas cuando en 1774 el emperador de Marruecos quebrantó un tratado de paz que habia concluido poco antes con España, creyendo fácil las conquistas de las plazas que poseíamos en la costa de Africa. Con un cuerpo de ejército que ascendió hasta treinta mil hombres y un gran tren de artillería, atacó á Melilla, y desde luego se echó de ver que la pericia militar con que dirigian los moros sus ataques, era debida á la influencia del gabinete británico, incitador de aquella guerra contra el rey de España, para impedir que este diese auxilios á las colonias inglesas en América, sublevadas para hacerse independientes. Se creyó en fin que las operaciones del sitio de Melilla eran dirigidas por ingenieros ingleses. La defensa de esta plaza fué tan heróica, siendo gobernador de ella D. Juan Sherlock, que los bárbaros se vieron forzados á retirarse, y el mismo éxito tuvieron delante del Peñon de Velez, cuya plaza que sitiaron tambien, fué defendida por su comandante D. Francisco Moreno. Durante cuatro meses no cesaron los sitiadores de arrojar bombas á las dos plazas, y al pié de ellas perdieron ocho mil hombres y algunos cañones. El emperador de Marruecos escarmentado con esto, amenazados contínuamente sus puertos por

las escuadras españolas, temiendo en fin la ruina de su comercio y el desembarco de un ejército español, procuró entablar negociaciones de paz, y en 1775 se ajustó y concluyó con gran satisfaccion de la España.

Deseaba Cárlos III vengarse de los argelinos que amedrentaban sin cesar á nuestras costas con sus piraterías, á pesar del valor y la actividad de Barceló; por lo cual se propuso atacar y tomar la plaza de Argel, capital y asilo de aquellos piratas. No detuvo al monarca español para tan árdua y peligrosa empresa ni el recuerdo del funesto éxito que tuvo la de Cárlos V con igual objeto, ni el temor de que se repitiesen aquellas trágicas jornadas, ante una ciudad situada en la playa de un mar borrascoso y difícil de ser atacada, por la falta de agua y de víveres, ni el convencimiento en fin de que la socorrian algunas naciones marítimas, que creian consiguiente un golpe terrible á su comercio, si la España se apoderase de aquel punto del Africa. Con admirable presteza se reunió pues en Cartajena una escuadra de ocho navíos de línea, otras tantas fragatas, veinte y cuatro jabeques, y algunas galeotas bombarderas, con otras naves auxiliares toscanas, maltesas y napolitanas, además de un gran número de buques de trasporte, componiendo un total de cuatrocientas velas. A veinte y dos mil hombres ascendian las tropas de todas armas, mandadas por el General Orreille. Era el de la Armada D. Pedro Castejon, y su segundo D. José de Mazarredo, uno de los mas hábiles marinos de su tiempo, y á quien se debe el sistema de los instrumentos de reflexion en nuestros buques. En 28 de junio de 1775 salió la escuadra de Cartajena, y en 1.° de julio se presentó delante de Argel. Una de las cosas mas convenientes para el buen éxito de la espedicion, era la celeridad en las operaciones del ataque, antes que los argelinos volviesen en sí de la sorpresa y la confusion que entre ellos produjera la repentina aparicion de tantas naves enemigas ante sus muros; pero al mismo tiempo era indispensable disponer los buques de modo que se hiciera el desembarco con buen órden y sin peligro, y esta forzosa operacion causó un retardo de seis dias, de modo que hasta el 6 de julio no empezó el ejército á saltar en tierra, siendo la primera la division de vanguardia, compuesta de ocho mil hombres; sin que en la playa hallase resistencia alguna. Era esto efecto de una retirada falsa de los moros, proponiéndose con ella alucinar á sus enemigos, como lo consiguieron. Fué el caso que apenas desembarcó la primera division entre el rio Arraz y la ciudad, confiada nuestra fogosa gente en lo espedito que encontraba el paso, con mas ánimo y contento que prudencia y cautela, avanzó presurosa hácia Argel alentada por la voz de Navarro gefe de la vanguardia, quien así obraba contrariando las órdenes é instrucciones que el General en gefe le habia dado en la noche anterior. Segun ellas, la primera division debia apostarse lo mas cerca posible al desembarcadero, esperando allí la segunda; siendo el plan que concluido el desembarco se marchase en columna cerrada y se embistiese á la africana plaza. La imprudente fogosidad del gefe de la vanguardia fué causa de que la primera

HISTORIA DE LA MARINA REAL ESPAÑOLA.



D. JOSE DE MAZARREDO.

division se encontrase en breve comprometida en un terreno quebrado, y además defendido por atrincheramientos. Acometida en fin de improviso por una multitud de moros que desordenándola la obligaron á retrogradar hasta la playa, los fugitivos introdujeron tambien el desórden en la segunda division, que acababa de desembarcar. Tan inminente era el peligro de una completa derrota, que Orreille mandó construir á toda prisa un atrincheramiento, donde las tropas pudieran estar á cubierto del fuego enemigo. El soldado, fatigado del calor sufrió el fuego de las escopetas berberiscas, de mas alcance que nuestros fusiles, y el de las baterías que trajo el enemigo, al mismo tiempo que su caballería procuraba penetrar hácia la costa y cortar la retirada al ejército español. Forzoso fué el reembarco, y á las activas y acertadas disposiciones que dió el gefe de la escuadra, Mazarredo, se debió en aquella noche la salvacion del ejército, no quedando de él ni siquiera uno de los heridos en tierra, á pesar de que el número de estos ascendia ya á tres mil; bien que el de los muertos no pasaba de cuatrocientos sesenta. Aunque se perdieron algunos cañones y las municiones, se salvó la artillería. Esta operacion, dificil despues de una derrota, honra á los Generales de mar y tierra, que en ella intervinieron, pues tenian al frente ciento cincuenta mil enemigos, que en aquella memorable cuanto fatal jornada para nuestras armas, pudieran acabar con el ejército invasor, si la retirada y el reembarco se retardáran ó fuesen mal dirigidos.

Tal fué el funesto resultado de la famosa espedicion para la conquista de Argel, en el reinado de Cárlos III: desgracia causada por el ardor y la indisciplina de la primera division; pues batida y desordenando en su fuga á la segunda, no quedaba ya al cuerpo de ejército espedicionario mas refugio que el de una pronta retirada. A consecuencia, la escuadra volvió á Alicante y á Cartajena, escepto algunos navíos de línea y otros buques menores, que para impedir la salida de los piratas berberiscos quedaron cruzando en aquellas aguas.

Parecia que el fatal éxito de la jornada de Argel era el preludio de otros reveses para la España; pues tan pronto como de este suceso tuvo noticia la corte de Lisboa, se mostró mas exigente y atrevida en las comunicaciones diplomáticas que mediaban, sobre la antigua cuestion de exactitud en la fijacion de límites entre el Paraguay y el Brasil, en lo cual tomaba activa y maliciosa parte la influencia inglesa; todo para dar que hacer al gabinete español, y que así no pudiese pensar en intervenir en la guerra que las colonias anglo-americanas sostenian para emanciparse de la Inglaterra. El hecho es que en 1776 se determinó el rey de Portugal á usar de represalias contra España; que aumentó insensiblemente las fuerzas terrestres y marítimas del Brasil, y en la Península hizo preparativos de guerra para resistir á las agresiones de nuestra nacion. Una escuadra portuguesa, con un cuerpo de tropas de desembarco se apoderó en América de los puertos y fuertes de Santa Tecla, Santa Teresa y Montevideo: España por su parte acercó tropas á Portugal, envió refuerzos á América, exigió auxilios de su alia-

da la Francia, como Portugal los habia exigido de Inglaterra, y se dió principio á una negociacion tan inútil como larga.

Del puerto de Cádiz salió una escuadra de seis navíos de línea y muchas fragatas, mandada por el conde de Casa Tilly, llevando un cuerpo de ejército espedicionario de cerca de doce mil hombres, é hizo rumbo para la isla de Santa Catalina, cerca de la costa del Brasil. Estaba defendida aquella posesion portuguesa por la fortaleza de Santa Cruz y una escuadra de doce buques de guerra en el puerto, teniendo además la isla otros dos fuertes en el interior, y el pais era quebrado y lleno de desfiladeros. A pesar de estos obstáculos y otros que impedian el arribo á la aislada costa, tan pronto como se presentó nuestra escuadra huyeron los buques portugueses. Santa Cruz y los fuertes se entregaron, y el Gobernador Mendoza se rindió prisionero de guerra con toda la guarnicion. Pasaron despues los españoles al Rio de la Plata, y á poca costa se apoderaron de la colonia del Sacramento, la isla adyacente de San Gabriel, y las demás posesiones del Rey de Portugal hasta Rio Grande. Afortunadamente cuando mas encendida parecia la desavenencia entre las cortes de Lisboa y de Madrid, bajo el ministerio de Floridablanca se entró en negociaciones, y en 1.° de octubre de 1777 se celebró en el Real Sitio de San Ildefonso un tratado mediante el cual cedia Portugal la colonia del Sacramento y la navegacion del Rio de la Plata, del Paraguay y Parana hasta la confluencia del Peperiguazu y del Uruguay. La España adquirió por límites del Paraguay las dos riberas del Rio Grande, cediendo una porcion de territorio, insignificante para ella, sobre el Lago Grande y Mairin, y otra parte mal conocida del pais de las Amazonas. Además restituyó la isla de Santa Catalina á Portugal, y este renunció á las pretensiones que le daba sobre las Islas Filipinas la bula de Alejandro VI.

A consecuencia de este tratado, mandándose formar nueva tarifa de Aduanas, el comercio de Buenos Aires aumentó rápidamente, destruido el contrabando que se hacia por medio de los establecimientos portugueses. Las esportaciones anuales, que antes eran solo de dos millones de pesos fuertes, pasaron de cinco, y aquel pais adquirió en la monarquía una importancia mercantil y comercial que no tuvo ni aun en los tiempos mas prósperos de la dominacion española. Pero la gran ventaja, la principal utilidad de aquel famoso tratado de octubre que se confirmó en el Pardo á 24 de marzo de 1778, añadiéndose á él un pacto de familia, y una alianza política y mercantil entre los dos estados, fué el haber neutralizado á Portugal, merced á la habilidad de Floridablanca, en el caso de un rompimiento que se creía próximo con Inglaterra.

Efectivamente, á consecuencia de otro tratado que el gabinete de Versalles habia celebrado con los Estados Unidos de América, que incesantemente lidiaban por su independencia, se declaró la guerra entre Inglaterra y Francia. Ambas naciones aprestaron numerosas escuadras para señorearse del canal de la Mancha, y en él tuvieron un combate naval, sin resultado alguno; pero en el Nuevo-Mundo

perdieron los franceses las islas de Santa Lucía y la Dominica; en Africa los establecimientos de Senegal y la Gorea, y á Pondicheri en la India Oriental. En tanto Cárlos III al paso que ofrecia su mediacion á las potencias beligerantes, y que siendo aceptada comenzaron en Madrid las negociaciones, hacia grandes preparativos de guerra; los ingleses concibieron de esto grandes recelos, y el gabinete británico comprendió que, si bien con disimulo, el de España favorecia la causa de los insurgentes de los Estados Unidos, en medio de las negociaciones. Estas fueron inútiles; Cárlos III retiró su mediacion, y por último declaró la guerra á la Gran Bretaña, fundándose en los agravios que la monarquía española habia sufrido de los ingleses desde el principio del siglo.

En 1779 comenzó la campaña marítima, y en 13 de julio salió del puerto de Brest el almirante francés Conde de Orvilliers, con treinta navíos de línea para reunirse con las escuadras españolas del Ferrol y Cádiz. Mandaba la primera D. Luis de Arce, y habiéndose suscitado acaloradas disputas acerca del mando y preeminencia, se negó á salir del puerto bajo pretesto de vientos contrarios. En tanto hallábase cruzando por el mar cantábrico la escuadra de Orvilliers, y á últimos de julio se le reunió la de Cádiz compuesta de treinta navíos de línea al mando del Teniente General D. Luis de Córdoba. Las escuadras combinadas navegaron al Norte, y por fin se incorporó con ambas la del Ferrol, formando una fuerza naval de sesenta y ocho navíos de línea, capaz para infundir temor á la Gran Bretaña, contra la cual se dirigian; tanto mas, cuanto la escuadra británica destinada á oponerse á las combinadas, no pasaba de treinta y ocho navíos, siendo su comandante el Almirante Hardy.

Este, mas previsor y astuto que sus contrarios, les dejó libre el canal de la Mancha, contentándose con evitar el combate. Los vientos contrarios impidieron que la Armada hispano-gala entrára en aquel canal hasta mediados de setiembre. Reinaba ya á la sazon un tiempo bonancible, el mas precioso para el objeto de la espedicion de los aliados, pero estos le perdieron, porque el almirante francés se habia propuesto no desembarcar el ejército que llevaba, hasta haber destruido la escuadra, y el almirante Hardy no se dejaba ver sino en la parte estrecha del canal, donde era inútil la superioridad numérica. Casi un mes pasó la escuadra combinada á la altura de las Sorlingas, y allí hubieran naufragado una noche, á causa de graves equivocaciones del cálculo náutico, á no haberlas advertido oportuna y sábiamente á los franceses nuestro inteligente y hábil marino D. José Mazarredo. Lograron los aliados ponerse á la vista de Plimouth, á cuya ciudad atemorizaron, y sin mas satisfaccion ni resultados que esto, y la de haber apresado el navío inglés el *Ardiente*, de sesenta y cuatro cañones, las escuadras combinadas dieron luego la vuelta para Brest, donde aportaron.

Durante estos sucesos se aceleraba por los españoles el bloqueo de Gibraltar por mar y tierra, y el almirante inglés Rodney se preparaba á socorrer la plaza con una escuadra de veinte navíos, la cual pasó por delante de Brest, antes que

la combinada pudiese volver al mar. Navegando el almirante británico hácia el Estrecho, sin que le arredráran las tempestades del invierno, el dia 8 de enero de 1780 encontró á sesenta leguas del cabo de Finisterre un convoy español de quince buques, que habia salido de San Sebastian con pertrechos para la escuadra de Cádiz, escoltado de un navío de línea; le dió caza, se apoderó de él sin resistencia, le envió á Lóndres, y prosiguió su derrotero.

Al mismo tiempo que se dieron por el Gobierno español las oportunas disposiciones y órdenes para que á la escuadra del mando de D. Juan de Lángara se reuniesen todas las fuerzas marítimas que estaban prevenidas para bloquear á Gibraltar, se ordenó que de Brest pasára á situarse á la entrada del Estrecho por la parte del Océano la escuadra combinada, que se hallaba de retirada en aquel puerto. Vientos contrarios y furiosos retardaron la salida de la escuadra de Brest, obligaron á separarse de la boca del Estrecho las naves nuestras de guerra que allí estaban ya reunidas al mando de D. Luis de Córdoba, y á volverse este con varios navíos á la bahía de Cádiz; de modo que cuando D. Juan de Lángara consiguió repasar el Estrecho desde el Mediterráneo, á donde tambien le habian llevado la fuerza de los vientos, se halló con solos once navíos de línea y algunas fragatas. El mismo contratiempo le separó luego otros tres navíos, llevándole en fin hasta los cabos de San Vicente y Santa María, entre los cuales se hallaba á mediados de enero. En esta situacion, cuando esperaba que se le incorporasen los demas buques, allí, el dia 16, á favor de una espesa niebla le sorprendió Rodney con su numerosa escuadra, de veinte y un navíos de línea, muchas fragatas y un numeroso convoy. En vista de fuerzas tan desiguales, respecto á los ocho navíos y cinco fragatas que le quedaban, Lángara formó su línea de combate, y consultó á los comandantes de los buques, que convinieron en retirarse al puerto mas cercano, atendido el tiempo borrascoso que reinaba. Emprendióse pues la retirada, pero seguido á fuerza de vela de la escuadra enemiga, que tenia el viento propicio, nuestros navíos fueron alcanzados, y fué preciso combatir. En tan crítico lance hizo Lángara señal para que se librasen los que pudiesen, sin cubrirle ni esperarle, determinándose á este generoso y magnánimo sacrificio, por considerar que siendo su navío comandante menos ligero que los demás podria aventurar ó esponerlos á perderse. A pesar de la estremada inferioridad de su número, los buques españoles pelearon con tanto valor, aunque combatido cada uno por tres ó cuatro de los enemigos, que dos navíos de estos, de tres puentes, se vieron obligados á retirarse. Durante aquel desigual combate nada es comparable á la heróica defensa que hizo D. Juan de Lángara. Ocho horas sostuvo el fuego de cuatro navíos ingleses, con el suyo, el *Fenix*. Ya despojado de mástiles; hasta que ya con tres heridas, la última en la cabeza, privándole del sentido, por lo cual fué preciso retirarle del combate, el navío, á punto ya de irse á pique, arrió bandera, y con su valeroso comandante gravemente herido, cayó en poder de los ingleses. Casi al principio de aquel combate tan glorioso como



D. JUAN DE LANGARA.



Urrabieta invº y litº   Litª de J. J. Martinez Madrid

APRESADO POR LOS INGLESES

el navio español **San Julian**, despues de una gloriosa defensa á punto de dar al traste ayuda la tripulacion prisionera á salvarle y le lleva á Cadiz, haciendo prisioneros á sus mismos vencedores (Año 1780)

desigual y desgraciado para nuestra Marina Real, se voló el navío *Santo Domingo*, de setenta cañones; seis buques, incluso el *Fenix*, fueron apresados; dos arrojados á la costa y cuatro se escaparon. Uno de estos, el navío *San Julian* muy falto ya de tripulacion para maniobrar, en un mar tempestuoso, al punto ya de dar al traste ó perecer, los ingleses quisieron forzar á los españoles que tenian á fondo de cala á que les ayudasen á salvar el buque amarinado, pero todos unánimes respondieron que estaban resueltos á perecer entre los vencedores, y que no les darian ayuda alguna, sino bajo condicion de dejarles en libertad de conducir el navío á un puerto de España. Los ingleses consintieron al ver el inminente peligro del navío, y los españoles le condujeron á Cádiz y con él á los ingleses prisioneros. Rodney entró en Gibraltar, ostentando como trofeos de su triunfo las naves españolas apresadas, con su valeroso comandante Lángara, á quien hizo el vencedor grandes honras, distinciones y elogios; y socorrió abundantemente la plaza. Costosa fué, no obstante, la victoria á los ingleses, pues no pocos de sus buques quedaron muy maltratados; seis de ellos, en particular, casi inservibles.

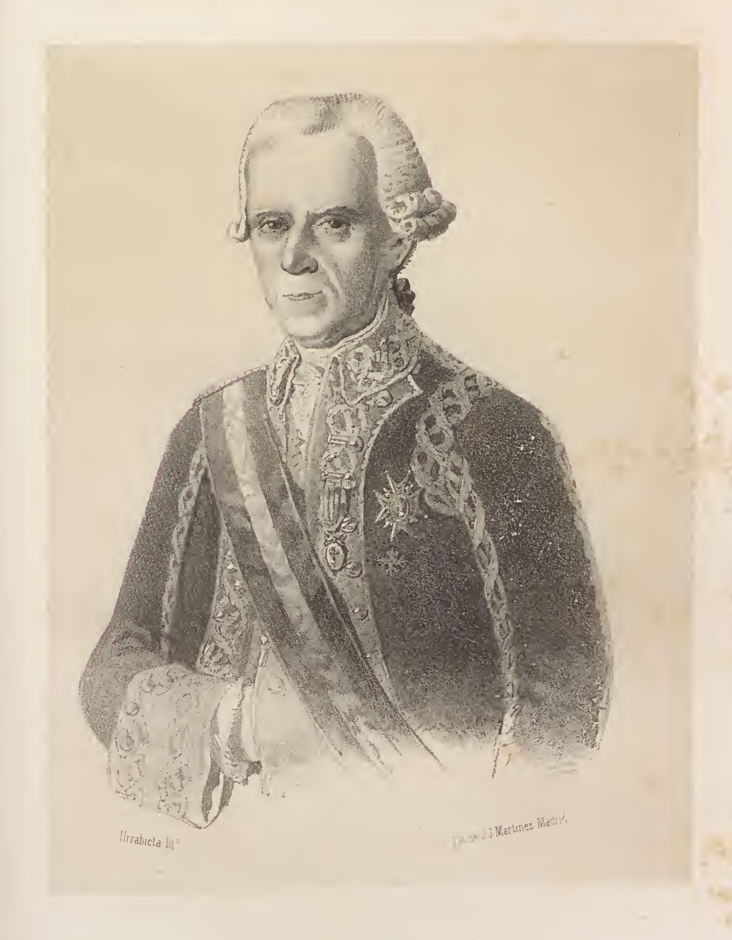
Mas feliz fué nuestra Marina militante en otras espediciones contra los ingleses en el año 1779 y los dos siguientes. En el primero D. Roberto Ribas, gobernador de Yucatan, arrojó á los ingleses de toda la costa de Campeche. Para vengar esta derrota prepararon en la Jamaica una espedicion contra la plaza de San Fernando de Omoa, la principal del golfo de Honduras, y consiguieron apoderarse de ella, de los buques de registro, y del dinero de las arcas reales, que contenian considerables sumas. Tan pronto como Ribas tuvo noticia del suceso voló á recobrar á Omoa, y los ingleses no atreviéndose á esperarle se embarcaron con el botin en el navío *Leviatan*, pero este naufragó en la costa, y el activo gobernador de Yucatan recobró el tesoro, y lo demás que el enemigo habia arrebatado.

Habíase apoderado D. Bernardo Galvez, gobernador de la Luisiana, de tres fuertes en la parte inglesa de aquella provincia. Alentado con estas ventajas embarcó sus tropas al empezar la primavera de 1780, en la Nueva-Orleans, y pasó á la bahía de Mobila, donde se le habian de incorporar las fuerzas navales y terrestres que de Cuba esperaba. Un mes estuvo luchando con las tempestades que maltrataron la mayor parte de sus buques, y que, perdida casi toda la artillería, arrojaron á la costa ochocientos españoles, sin armas, vestidos, ni recursos. Esta adversidad solo sirvió para hacer alarde de la constancia nacional, pues Galvez, lejos de arredrarse, con los despojos de las naves construyó escalas para asaltar la plaza. En esto le llegaron los refuerzos de la Habana; volvió á embarcarse, y despues de luchar segunda vez con el mar y los vientos, desembarcó á tres leguas de la Mobila, atacando la plaza sin demora; tal fué su arrojo y valor, y tal la sorpresa y confusion del enemigo, que la guarnicion se rindió prisionera de guerra al tercer dia de combate.

Mientras esto sucedia en la América del Norte, Rodney, despues de haber socorrido á Gibraltar y enviado cuatro navíos con tropas, víveres y municiones á reforzar la guarnicion de Mahon y abastecer la plaza, con su escuadra reunida pasó á los mares americanos. En su seguimiento envió España una armada de doce navíos de línea y sesenta transportes, al mando de D. José Solano, con órden de incorporarse á la escuadra francesa que el conde de Guichen mandaba en las Antillas. Reunidas ambas componian un total de treinta y cinco navíos de línea, fuerza muy superior á la de Rodney, por cuanto los navíos de este no pasaban de veinte. Los gefes de las escuadras combinadas, considerando la superioridad que tenian con respecto á las fuerzas del enemigo, acometieron la empresa de ir á conquistar la Jamaica, pero las enfermedades de aquel clima mortífero, propagándose espantosamente en las tripulaciones, obligaron á separarse las escuadras aliadas, y Solano pasó á la Habana con la suya.

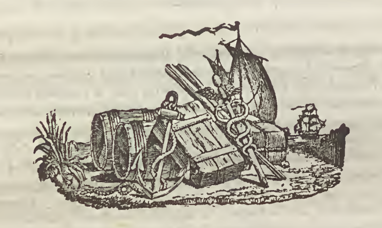
Un acontecimiento marítimo vino en el mismo año á consolar á España, y á indemnizarla en gran parte de la considerable pérdida que habia sufrido en el combate del golfo de Cádiz. Tal fué el apresamiento á la altura de las Azores de los dos grandes convoyes ingleses, que á entrambas Indias llevaban municiones y mercaderías en gran suma. A nuestro General de Marina D. Luis de Córdoba que cruzaba en el Estrecho con la escuadra de su mando, con que vino de Brest, se debió aquella riquísima presa, valuada sin exageracion alguna en siete millones de duros, además de ochocientos soldados ingleses prisioneros.

Desde que Galvez conquistó la Mobila, se propuso conquistar tambien á Panzacola, y al efecto, sin demora, se preparó para la empresa. La estacion del invierno no fué para su génio activo un obstáculo, antes bien acelerando los preparativos del sitio proyectado, á principios del año 1781, reunido ya un cuerpo de ejército espedicionario de ocho mil hombres, se encaminó á las peligrosas costas de la Florida. Los accidentes fortuitos de la témpora fueron superiores á la noble audacia del conquistador de la Mobila, pues un huracan le echó á pique algunas de sus naves, y con ellas perecieron dos mil soldados; catástrofe que le forzó á volver á la Habana con el fin de repararse. Por fortuna habia llegado ya á la capital de la isla de Cuba la escuadra de Solano, y este no se detuvo en facilitarle recursos, con los cuales, apenas se hubo reparado, volvió de nuevo al mar con cinco mil hombres, teniendo que dejarse en la Habana muchos enfermos de su gente, y escoltada por cinco navíos de línea le siguió el resto de la armada. A cualquiera otro hombre menos emprendedor que Galvez le hubiera arredrado ó contenido la escasez de fuerzas de tierra que llevaba; pero él sin titubear desembarcó, bien que sin oposicion alguna, felicidad debida ciertamente á su actividad y arrojo, con que cogiera desprevenidos y sorprendiera al enemigo, y acto contínuo atacó á la plaza de Panzacola. La guarnicion de esta plaza se componia de un corto número de tropa organizada, y de una turba de indisciplinados estranjeros, negros é indios, quienes á pesar del mal estado en que se encontra-



D. LUIS DE CORDOVA Y CORDOVA.

ban para la defensa la hicieron con harta decision y firmeza, sin que les intimidára el bien sostenido y acertado fuego que sobre las fortificaciones esteriores hacian las baterías españolas. Incendiado por una bomba el principal repuesto de pólvora de los sitiados, el General sitiador se aprovechó del desórden que la voladura introdujo en los defensores de la plaza, apoderóse de las obras que defendian el recinto, y desde aquella posicion los fuegos menores de nuestra artillería barrieron todos los puntos fortificados de la muralla. El temor que esto infundió en el ánimo del gobernador inglés fué en tanto grado, que juzgó ya temeraria la resistencia, y capituló al momento. El vencedor fué tan generoso, que pudiendo ocupar á discrecion la plaza, concedió los honores de la guerra á la guarnicion, compuesta de ochocientos hombres. Conquistada así Panzacola por la intrepidez, la pericia y el valor de Galvez, los frutos de esta victoria fueron de tanto precio que toda la Florida occidental entró en la dominacion española.





CAPITULO VII.

Espedicion para la reconquista de Menorca, al mando del Duque de Crillon. Preséntase de improviso á la vista de Mahon. Estado de defensa de la plaza por los ingleses. Sitio de ella y ataques por los españoles, á quienes se rinde. Generosidad del vencedor con los vencidos.—Espedicion para la conquista de la Jamaica, mandada por D. Francisco Galvez: impídela el almirante inglés Rodney, y nuestra escuadra se retira á la Habana.—Preparativos para la colosal empresa de la reconquista de Gibraltar, reuniéndose al intento en combinacion las escuadras española y francesa, y mandando las fuerzas de mar y tierra el Duque de Crillon. Baterías flotantes inventadas por Arzon, ingeniero francés: descripcion de ellas: ataque contra la plaza sitiada, con buen éxito de las baterías inventadas, en un principio. Incéndiase una de ellas; confusion, desórden y terror entre la gente de las demás: comunícase á estas el incendio, ocasiona una catástrofe, y despues de grandes é inútiles esfuerzos se trata de convertir el sitio en bloqueo. Un temporal desordena y maltrata á las escuadras combinadas; la inglesa á favor de esto socorre á Gibraltar, y el bloqueo es inútil.—Negociaciones de paz con Inglaterra; fírmase el tratado en 3 de setiembre de 1783; pactos en que se fundó.—Aprestos de espedicion contra Argel, la cual sale de Cartajena, al mando de D. Antonio Barceló. Fondea la escuadra en la bahía de Argel. Ataques contra la plaza; desiste Barceló del empeño: persuadido de que es en vano, y con la escuadra vuelve á Cartajena.—Nueva espedicion contra Argel, con el mismo éxito que la anterior.—Tregua para entrar en negociaciones con el dey de Argel: paz celebrada con esta Regencia en 1786, y consecutivamente con la de Tunez. Beneficios de esta paz para España.—Convenio con Inglaterra, ventajoso para la monarquía española.

En tanto que ocurrian los sucesos que acabamos de referir, el Gobierno español meditaba las grandes empresas de las importantísimas conquistas de Menorca, Gibraltar y la Jamaica, y al cabo de largas é inútiles contestaciones diplomáticas con los ingleses, se avino con la Francia, que por último se determinó á cooperar con fuerzas de mar y tierra á los proyectos de la España. Con sobrado fundamento temia nuestra Corte las consecuencias de una negociacion entablada entre el gabinete inglés y el príncipe Potemkin, valido de la emperatriz

Catalina II; negociacion en que se trataba nada menos que de ceder Inglaterra á la Rusia la isla de Menorca, en cambio de una paz ventajosa por la mediacion de la Zarina. Estas causas y la de ser aquella parte de las Baleares el único asilo y guarida de los buques y los corsarios ingleses en lo interior del Mediterráneo, lo cual era una calamidad para la navegacion y el comercio de los españoles en aquellos mares, decidieron á nuestro Gobierno á emprender con preferencia á las otras dos proyectadas conquistas la de Menorca.

Activando los preparativos de un modo estraordinario, para que el verdadero objeto de ellos no se trasluciera, se tuvo particular cuidado de no hacerlos ni en la costa de Cataluña ni en Alicante, Cartajena y Málaga, sino en Cádiz, dando á entender que se destinaban contra Gibraltar, ó contra las islas que la Gran Bretaña poseía en las Antillas. En esta ocasion la cautela y reserva de nuestra Corte fué tanta, que ni á la de Versalles, á pesar de la alianza, participó cuál era su intencion, y esto hizo temer para despues una desavenencia entre ambas. Con las tropas espedicionarias, en un gran número de buques de transporte, salieron de Cádiz en 22 de julio de 1781 las escuadras española y francesa, compuestas de cincuenta y dos navíos y fragatas de guerra, que se dirigieron al Océano, en tanto que un cuerpo de ejército de ocho mil hombres, mandado por el duque de Crillon, pasaba al Mediterráneo, escoltado por dos navíos de línea, varias fragatas y otros buques de guerra. Contrariada la espedicion por los vientos tardó cerca de un mes en llegar á Menorca, á cuya vista se presentó al fin, sin que los ingleses hubiesen tenido noticia alguna de la empresa, y así es que habian descuidado introducir víveres frescos en la plaza de Mahon. Una brigada á las órdenes del marqués de Avilés se apoderó fácilmente de Citadela; la del marqués de Peñafiel ocupó á Fornella, y el cuerpo principal de ejército tomó posicion cerca de Mahon, se hizo dueño del arsenal y de los almacenes marítimos, y el gobernador inglés Murray se vió forzado á retirarse al fuerte de San Felipe, como su único recurso. Tan improviso y bien combinado fué el ataque, que solo por la inconstancia de los vientos se salvó la plaza de ser sorprendida y tomada en breve.

Las fortificaciones de San Felipe habian sido aumentadas de un modo estraordinario; todas estaban abiertas en peña viva: las murallas tenian sesenta piés de altura, y los fosos casi tanta profundidad. Las medias lunas y contraguardias que defendian el cuerpo de la plaza, el camino cubierto y las esplanadas, en fin, diversos fortines avanzados, minados y contraminados, tenian subterráneos de comunicacion, á prueba de bomba, y á trechos cortados tambien por pozos, con puentes levadizos, á propósito para detener al enemigo dado caso de que allí lográra introducirse. Esto no obstante el castillo fué rodeado, y empezaron las operaciones del sitio, en que se habia de invertir el resto del año. El secreto guardado con la corte de Versalles dió lugar á quejas y altercados con la de Madrid, pero al fin se acallaron, en tal manera que por último envió de buen gra-

do cuatro mil hombres de refuerzo al cuerpo de ejército sitiador, que además recibió de España todos los pertrechos necesarios para el sitio.

Continuó este sin interrupcion vigorosamente atacado y defendido, y al amanecer del dia 6 de enero de 1782, cincuenta piezas de artillería de grueso calibre asestadas contra la plaza rompieron un fuego espantoso, que retumbando á lo lejos en el Mediterráneo hacian estremecer, no solo el castillo combatido, sino tambien toda la isla de Menorca. Pruebas de valor nada comun dieron en la defensa y resistencia los sitiados, mas por desgracia suya y como en auxilio nuestro, al mismo tiempo que las armas españolas les acometió otro enemigo que tanto ó mas que el fuego de nuestras baterías hacia en ellos grande estrago: tal era el escorbuto causado por el aire infecto de las casamatas, al mismo tiempo que esperimentaban la falta absoluta de alimentos vegetales durante aquel largo y rigoroso bloqueo. A esto se agregó el incendio del almacen principal, donde tenian la botica. La resistencia, por tantas causas adversas, empezó á menguar con la gran falta de gente que iba pereciendo, y á pesar de esto se prolongó la defensa hasta que ya no hubo soldados bastantes para cubrir los puestos. En tan gran conflicto, ya sin esperanza de remedio ni auxilio, Murray capituló, y el victorioso duque de Crillon, mostrándose vencedor magnánimo, trató á los vencidos con la generosidad que por su valor tanto merecian, concediendo á las tropas inglesas los honores de la guerra. Parte de ellas fueron cangeadas por algunos prisioneros del ejército sitiador, hechos por los ingleses durante el sitio, y se permitió á los demás que volviesen á Inglaterra, bajo condicion de no tomar las armas contra España ni contra Francia. No menos satisfecho quedó el vencido del vencedor en cuanto al humano trato con los heridos ingleses, y así es que Murray hizo grandes elogios de Crillon por el particular cuidado con que aquellos desgraciados fueron asistidos por los cirujanos españoles y franceses.

De este modo volvió á incorporarse á la monarquía española la importante plaza de Menorca, á los sesenta y cuatro años de haberla perdido, y de estar ocupada por la Gran Bretaña. Esta reconquista llenó de júbilo á la España, y su gobierno: sin levantar mano empezó á poner en ejecucion otras dos grandes empresas no menos memorables y atrevidas, al paso que mucho mas costosas, cuales eran el sitio de Gibraltar y la conquista de Jamaica. Con destino á esta última se juntó en Santo Domingo una escuadra española de once navíos de línea con un cuerpo de ejército de veinte mil hombres de desembarco, al mando de Galvez, que como vencedor en la Florida fué considerado el mas capaz para confiarle aquella espedicion. Procedente de la América del Norte, donde se hallaba mandando una escuadra francesa, pasó con esta á la Martinica el conde de Grasse, á esperar la grande espedicion que en Brest reunia la Francia; pero el almirante inglés Hood no se descuidó en seguirle, con otra escuadra numerosa. Sin embargo, Grasse despues de habérsele reunido algunas fuerzas navales francesas, cuyo comandante era Vandrevil, tuvo la buena suerte de conquistar varias partes

de las Antillas que los ingleses poseían, y con su muy respetable escuadra, determinó ir á incorporarse á la española que llevaba la espedicion de Galvez. Mientras esto pretendia el almirante francés, volvia el inglés Rodney de Europa con un refuerzo de tropas, y convencido de que la reunion de las escuadras francesa y española fueran la ruina de la dominacion británica en las Antillas, se propuso impedirla á todo trance: se encaminó en busca de ellas, y á la vista de Santo Domingo hubo combates parciales nada decisivos, en los dias 9 y 10 de abril. La escuadra francesa se adelantó el 11, Rodney la alcanzó, y el dia 12 se dió el famoso combate naval en que el almirante británico ostentó un sistema desconocido de táctica naval, cortando la línea enemiga y poniendo la division del centro entre dos fuegos. Los ingleses vencieron, apresaron ó sumergieron cinco navíos, y el almirante Grasse fué hecho prisionero con el navío que montaba. Dos mas apresaron despues los ingleses, de modo que en poder de estos cayeron hasta ocho. Frustrada así la ruidosa é imponente espedicion de las Antillas, los españoles regresaron á la Habana, y aunque se apoderaron de las islas de Bahama, los ingleses tardaron poco en recobrarlas. A poco tiempo volvió la escuadra francesa á cruzar en la América del Norte, sin mas fruto que el de destruir en la bahía de Hudson los establecimientos de los ingleses.

Tratemos ahora de la otra empresa mas gigantesca que el Gobierno español habia meditado, y en que las armas aliadas habian de esperimentar nuevos y mayores desastres. Tal era la del célebre sitio de la inespugnable Gibraltar. Para mandar el ejército sitiador fué considerado el mas á propósito el vencedor de Mahon, el duque de Crillon, obrando muy de acuerdo ambos Gabinetes, español y francés. Las escuadras combinadas de ambas naciones, despues de haber despejado el Océano de Europa y asegurado la entrada de sus flotas mercantes en él, pasaron al Mediterráneo, y fondearon delante de Aljeciras para auxiliar las operaciones dirigidas contra Gibraltar.

Los azares y los sucesos que iban á correrse y acontecer en esta colosal empresa, inflamaban en tal manera el valor de todos los hombres belicosos, que aquellos que no eran llamados á tomar una parte activa, querian á lo menos ser espectadores de las gloriosas escenas que se preparaban al pié de aquel peñon formidable, admirablemente fuerte por la naturaleza y por el arte. No solamente de España y de Francia, sino tambien de Alemania y hasta de lo interior del Norte, se veían los personajes mas distinguidos acudir afanosos al Campo de San Roque y al puerto de Aljeciras. Todo era movimiento en el campo, en los arsenales y en la escuadra de los aliados, mientras que de lo alto de su peñon el General inglés Eliot, nombre ilustre en los fastos militares de la Gran Bretaña, esperaba con una constancia heróica el ataque de que se veía amenazado.

A la inespugnable fortaleza asestaban por el lado de tierra doscientas bocas de fuego de grueso calibre que en vano la fulminaban, aun las mas próximas,

y por la parte del mar diez baterías flotantes (1) inventadas por Mr. Arzon ingeniéro francés, cuyo invento se adoptó en mal hora. Entereza y resolucion hubo de parte del duque de Crillon para desaprobar aquel plan de ataque, fundado en dos razones poderosas: la primera, porque las baterías no podian aproximarse á la plaza lo necesario para destruir las fortificaciones, pues calaban mas que la sonda de aquellos parajes, á doscientas cincuenta toesas de la muralla, sonda que él conocia muy bien; la segunda, porque aun dado caso de que las baterías hubiesen destruido la muralla, no era posible dar el asalto por pelotones desembarcados sin órden. Las mismas ruinas de las fortificaciones, en fin, hubiesen servido á los sitiados de nueva muralla para acabar con la tropa que sin órden militar desembarcára. Protestando oportunamente contra la adopcion del fatal invento, cuando de ello se trató en junta general de gefes de las escuadras y tropas combinadas de ambas naciones, quiso descargarse de la responsabilidad que un dia se le exigiera por el mal éxito que tal empresa tuviese, y antes de partir para Gibraltar, en poder de un amigo suyo dejó una declaracion firmada y cerrada para que la publicase tan pronto como á nuestra Corte llegára la noticia de que habia principiado el ataque de las famosas baterías flotantes. Muy esplícito el duque en aquella protesta, decia: que «Por complacer á S. M. se habia encargado de mandar el sitio; que favorecia con todos los medios posibles el proyecto de Arzon, aunque no lo aprobaba, y que por tanto dejaba toda la responsabilidad de su mal éxito ó toda la gloria de su buen suceso al ingeniero francés.»

Las baterías flotantes presentaban contra el muelle, único punto por donde razonablemente podia intentar el ataque, un frente de ciento cincuenta piezas de artillería, y completaban el cerco ó acordonamiento por la numerosa escuadra combinada, que estrechaba la plaza por la parte del mar, y cerraba toda entra-

(1) Para poner Mr. Arzon sus baterías flotantes á salvo de los estragos de las bombas que en ellas cayeran, y los hombres que servian su artillería á cubierto de la metralla y los tiros de la fusilería, habia hecho construir en la parte superior una techumbre á prueba de bomba, sobre la cual se resbalaban las bombas y rodando caian al mar sin causar daño alguno. Aquella cubierta ó techo estaba sostenida por unos postes que le daban mas ó menos inclinacion ó vertiente segun convenia. Componíase de maromas trenzadas y forradas de cueros preparados y empapados de agua. Todo aquel aparato estaba construido sobre vasos ó carcazas de gruesos buques de diferentes portes, desde seiscientas á mil cuatrocientas toneladas, á los cuales se habia quitado las arboladuras y toda clase de aparejos. Para que las baterías no estuviesen espuestas á que los fuegos de ella minorasen por las pérdidas que pudiese tener en muertos y heridos la gente destinada á servirse de ellas, además de la tripulacion correspondiente, tenia á bordo cada una, agregados al servicio de las piezas de grueso calibre, treinta y seis artilleros, tanto españoles como franceses. Para mayor precaucion el interior estaba guarnecido de una espesa capa de arena mojada. No satisfecho todavía con esto el inventor de la obra, para que fuese absolutamente invulnerable, imaginó establecer en ella corrientes de agua que atravesáran los buques en todas direcciones. Por medio pues de fuentes, bombas y numerosos tubos, sin cesar debia circular allí el agua, como la sangre en las venas del cuerpo humano. En consecuencia, si una bala roja penetrando en el bordaje sucediera que rompiendo al caer uno ó mas conductos, al punto se estenderia abundantemente el agua, y así impediria el incendio. Tan admirable y provechoso pareció aquel ingenioso aparato, que despues de largas discusiones en la junta que para examinarlo y aprobarlo ó desecharlo se tuvo, se adoptó con entusiasmo, á pesar de las observaciones y el voto de Crillon en contra.

da á los socorros de que tenia gran necesidad, así de víveres como de municiones y soldados. Su guarnicion era escasa, pero valerosa y escogida, y tenia á su frente un Eliot. En una salida que hicieron los sitiados destruyeron sin tener gran pérdida las trincheras de los sitiadores, y aunque los españoles volvieron á comenzarlas con sumo afan y entusiasmo, llegaron á desconfiar de adelantar mucho por la parte de tierra.

En estado ya de empezar el fuego los formidables aparatos de destruccion inventados por Arzon, le rompieron las baterías flotantes en número de diez, á las diez de la mañana del dia 3 de setiembre de 1782, hácia la parte que media entre el muelle viejo y el baluarte real; pero, como habia previsto el duque de Critillon, por mas esfuerzos que se hicieron, no pudieron acercarse á las fortificaciones tanto como el inventor del proyecto habia creido. Terrible y contínuo fué todo el dia el fuego, no solo de las baterías flotantes, sino tambien el de las trincheras españolas y el de la plaza. La bala roja y los demás tiros de la artillería inglesa no hacian mas que rechazar de la superficie de las flotantes máquinas. El asombro que esto causó á Eliot, que lo habia estado observando desde un baluarte, le hizo esclamar: *De qué materia estarán construidas que resisten hasta á la bala roja?* Apagado parecia ya el fuego de las baterías de la plaza, y su valeroso gobernador resignado á la penosa suerte de ceder á la adversidad de la fortuna; pero entonces mismo daba nuevas disposiciones, empleaba la mayor parte de las fuerzas de la guarnicion al servicio de las balas rojas disparadas contra las baterías flotantes, y era llegado el momento de la ruina de estas. Sobre seis mil de aquellos infernales proyectiles arrojaron á ellas los ingleses, y acertando á dar una en el bordaje de la batería *Talla-piedra*, donde estaba el ingeniero Arzon, y que mandaba el aventurero príncipe de Nassau, causó el incendio, porque temiendo inutilizar la pólvora se habian regado poco las baterías, y la incendiaria bala no pudo apagarse. El fuego habia hecho rápidos progresos cuando se advirtió en medio de las tinieblas de la noche. Para colmo de la desgracia se habia descuidado para el caso de semejante accidente el determinar los medios de alejar prontamente los buques incendiados de los que estuviesen próximos, y las fuerzas sutiles no podian socorrer á la bateria que era presa de las llamas, á causa de la marejada y de las lanchas cañoneras inglesas que les impedian acercarse. El general de marina D. Ventura Moreno dió órden de salvar las tripulaciones y quemar las baterías, para que no cayesen en poder del enemigo. Pero las pocas chalupas, que muy tarde llegaron al efecto, se llenaron en breve de los que temian por sí mismo la esplosion de la máquina. Ejecutada aquella disposicion entre el terror y el desórden causado por el primer incendio, no hizo mas que aumentar el estrago, porque aterrados todos los de las tripulaciones de las demás baterías temiendo la misma suerte que la *Talla-piedra* se apresuraron á abandonarlas, y aun no estaban evacuadas cuando comunicándose el fuego de unas en otras empezaron á arder. Mil doscientos hombres perecieron en

aquella tremenda noche, y aun fuera mayor la catástrofe, si los mismos ingleses, arriesgando muchos de ellos la vida, no se hubiesen afanado por salvar la de muchos desgraciados.

La funesta prueba de las baterías flotantes no fué leccion bastante para hacer desistir de su intento á los sitiadores, porque aun despues de arruinadas aun quedaba la esperanza, harto vana, de que la guarnicion de la inespugnable plaza se entregase por hallarse rendida de fatiga y muy escasa de víveres y municiones. Continuóse pues en el empeño, bien que tratando de convertir el sitio en un riguroso bloqueo, para lo cual se continuó empleando inmensos medios y recursos, con los cuales se pudiera decidir la contienda con mucho mejor éxito y ventaja en otra parte. En tanto el almirante inglés Howe que se habia retirado sobre las costas de Irlanda cuando se vieron amenazadas de las escuadras combinadas, volvió hácia Gibraltar, con solos treinta y cuatro navíos, sin que le impusieran temor las fuerzas navales de los aliados, que en aquellas aguas se componian de setenta y cuatro navíos y muchas fragatas. En 9 de octubre de 1782 estaba en la altura del cabo de San Vicente: D. Luis de Córdoba sabedor de su proximidad se preparaba á recibirle y aceptar combate con su escuadra, cuando un furioso ventarron dispersó sus naves y arrojó parte de ellas al Mediterráneo. El mismo temporal que tan adverso fué para nuestra escuadra, y que tambien causó grandes averías en la francesa, favoreció tanto á la inglesa que la impelió hácia Gibraltar donde entró, y á favor de un tiempo nebuloso consiguió introducir un gran convoy con que abasteció la plaza, sin que las escuadras combinadas pudiesen avistarle y menos perseguirle; al dia siguiente habia repasado ya el Estrecho encaminándose de vuelta á Inglaterra. Aun esto no bastó para que se levantase el bloqueo, antes bien hubo empeño en continuar el sitio, mediante el proyecto de minar la plaza, mas jigantesco si se quiere, pero tambien menos peligroso que el de las baterías.

Tantos esfuerzos reunidos, tanta obstinacion de una y otra parte, debian terminar por medio de una paz, á la manera que se han hecho comunmente todas las paces, que en general no son mas que un doble, triple ó cuadruple perjurio, segun el número de los contratantes, las intenciones de estos y las pasiones de los plenipotenciarios. Abiertas las negociaciones en París á fines de 1782, la Inglaterra, desesperanzando ya de recobrar las colonias perdidas en la América del Norte, reconoció la independencia de los Estados Unidos, y esto mismo allanó las dificultades para la pacificacion general. Al fin cedió España, recibiendo la Florida occidental como una especie de indemnizacion, á pesar de que su justa pretension de restituirla Gibraltar era auxiliada poderosamente por el célebre Benjamin Franklin, quien decia: *el mismo derecho tienen los ingleses para conservar á Gibraltar, que tendrian los españoles para exigir que se les entregase Plimouth.* Firmados los preliminares de la paz en 30 de enero de 1783, por ellos obtuvo España las dos Floridas, y la isla de Menorca, y la Francia el

derecho de pesca de Terranova, adquiriendo además las islas de Tabago y Gorea, cedidas por la Gran Bretaña. En 3 de setiembre se firmó definitivamente el tratado de paz, y sobre lo ya citado la España logró la evacuacion de la mayor parte de los establecimientos ingleses de la bahía de Honduras, confinándolos entre los rios Hondo y Wallis, sin facultad de hacer fortificaciones, y reservando al rey de España la soberanía del territorio.

Desembarazada ya nuestra corte de la terrible guerra con la Gran Bretaña, entabló negociaciones con la Turquía, se firmó en 24 de diciembre un tratado de paz y comercio, en el cual se concedieron á los españoles las mismas ventajas mercantiles de que gozaban las naciones mas favorecidas, y entonces se vieron por primera vez, nuestro pabellon en los mares de Levante, nuestros cónsules en los puertos de Turquía, y en Constantinopla un embajador del rey de España. A la par de esto preparó nuestro Gobierno una espedicion contra Argel, eterna guarida de los piratas agarenos, que con frecuencia interrumpian nuestra libre navegacion en el Mediterráneo, aterrorizaban en él las costas españolas, y de cuando en cuando reducian á la esclavitud gran número de españoles. La Orden de San Juan de Malta, pronta siempre á tomar parte en toda empresa contra los enemigos de la cristiandad, nos auxilió en esta ocasion con dos de sus fragatas, y tan pronto como la Armada estuvo dispuesta salió del puerto de Cartajena, en 1.° de julio de 1784. Iba mandada por D. Antonio Barceló, y se componia de cuatro navíos, seis fragatas, tres bergantines, once jabeques, tres balandras, diez y ocho lanchas bombarderas, trece cañoneras, nueve de abordaje y cuatro brulotes, á que se agregaban cuatro embarcaciones con pólvora, y un jabeque y un falucho correo. La constancia de los vientos contrarios forzaron la espedicion á tocar en varios parajes de nuestra costa, y el dia 26 consiguió recalar á quince leguas hácia el E. de Oran. Allí tuvo calma, y remediadas varias averías, se puso en derrota para la bahía de Argel el 27, aunque con gruesa mar del N. y N-E., y el dia 29 logró fondear en la bahía. La gruesa mar del E. que duró sin interrupcion, y los contínuos aguaceros, impidieron emprender desde luego los ataques á la plaza por tener que atender el General á la seguridad de las embarcaciones, y en tanto se le reunieron un jabeque, dos balandras, tres cañoneras y otras tantas bombarderas, que durante la navegacion se le habian separado.

Abonanzó el tiempo en 1.° de agosto aunque no la mar del E. y al punto se dispuso la formacion de la línea de fuegos. Al frente de ella se situaron las diez y ocho bombarderas avanzadas, á su cabeza el Comandante General en la falúa, y en las alas para sostenerlas las trece cañoneras, diez lanchas de abordaje, los jabeques San Blas y San Lino, dos balandras y otros buques de guerra, acoderados á proporcionada distancia, todos para en caso de salida de los enemigos. Consecutivamente rompió el fuego la línea á las dos y media de la tarde, y duró hasta cerca de ponerse el sol, que hubieron de retirarse por haber consumido sus municiones. En esta funcion dispararon nuestras lanchas trescientas ochenta bom-

bas; y aunque no todas se pudieron aprovechar, así por la marejada como por alguna humedad que habia percibido la pólvora de repuesto de aquellas lanchas, á que fué consiguiente alguna falta en su alcance; á pesar, en fin, de que el vivísimo fuego de las baterías enemigas y de dos cañoneras que avanzaron á la inmediacion de su muelle, sobrepasaban al de nuestra línea, se advirtió el efecto de nuestras bombas en la plaza; la cual disparó mil setenta y cinco balas y treinta bombas, sin causar en nuestra gente mas desgracias que la de dos hombres muertos y dos heridos por una cañonera.

Nuevo ataque se emprendió el dia 2, á la misma hora que el anterior, y el fuego duró hasta las cuatro y media de la tarde, que tambien cesó por haberse consumido el repuesto de municiones. Durante el fuego salieron del muelle de Argel veinte y dos embarcaciones de remo, entre ellas nueve galeotas, y las dos citadas cañoneras, proponiéndose los moros hacer una tentativa contra nuestra línea de bombarderas, pero se vieron forzados á retirarse por los disparos de nuestras cañoneras destacadas al intento, en cuyo ataque dispararon estas trescientos noventa tiros. Las bombarderas españolas arrojaron trescientas setenta y cinco bombas, siendo muy pocas las que se malograron. Estrago de mucha consideracion hicieron en Argel; habiendo prendido fuego en la plaza por dos partes, la una al E. de ella en la inmediacion del muelle, y la otra mas al centro de la ciudad, estendiéndose toda la tarde rápidamente, en tal manera que ya de noche las llamas alumbraban con tanta claridad, que al resplandor de ellas se veian como iluminados desde la línea de la armada española, los altos minaretes de la ciudad africana. En esfuerzos compitieron los argelinos con los españoles; pues contra estos dispararon mil cuatrocientas treinta y seis balas de grueso calibre y ochenta bombas, bien que con tan poco acierto que el daño que nos hicieron se redujo á dos heridos levemente.

El ataque se repitió el dia 3 empezando á las seis y media de la mañana, y aunque el fuego fué tan vivo que durante cerca de hora y media se mantuvieron constantemente en el aire ocho ó nueve bombas, por último desistió de su porfía el General Barceló, persuadido de que no lográra la rendicion de la plaza enemiga, y que su armada estaba espuesta á considerables quebrantos, si mucho tiempo permaneciera en aquella peligrosa bahía. Levando áncoras por consecuencia, la escuadra española dió la vuelta para España, y quedando algunos buques cruzando por aquellas aguas, en 12 del mismo agosto entró en el puerto de Cartajena, de donde habia salido cuarenta y tres dias antes. No tuvo aquella costosa espedicion los azares que otras anteriores contra Argel, pero su resultado tampoco pasó de la destruccion y quema de algunos edificios de aquella mansion de bárbaros piratas, y algunos estragos en su puerto y arsenal.

La mediacion de la Francia á fin de hacer las paces entre el Rey de España y el Dey de Argel, trajo consigo una tregua de hostilidades entre ambos, hasta que persuadido nuestro Gobierno de la inutilidad de aquellas gestiones, entrado

ya el año 1784 dispuso contra aquella plaza otra espedicion mas considerable que la del año anterior. Componíase de ciento treinta buques de diferentes portes, al mando tambien de D. Antonio Barceló, y en ellos iban comprendidos, como antes los auxiliares de la Orden de Malta: todos los cuales hicieron vela para la bahía de Argel, saliendo del puerto de Cartajena el dia 28 de junio. En la travesía tuvo que volver al departamento la goleta Concepcion, que se le habia partido la entena mayor, y además tres brulotes que no pudieron montar el cabo de la Subida. En la tarde del 1.° de julio empezó la escuadra espedicionaria á reconocer la costa de Argel. Malos tiempos impidieron al siguiente dia fondear en el paraje que el General español tenia determinado, y el dia 5 lo consiguió, sin que los argelinos hicieran mas oposicion ó movimiento que la de disparar tres cañoneras al tiempo de izar sus banderas en la plaza y los baluartes. Ordenada la escuadra y dadas todas las disposiciones convenientes para el ataque, al amanecer del dia 10 se advirtió que los enemigos habian formado hasta cincuenta y cinco lanchas, desde la punta del muelle hasta la batería cubierta del escollo, muy próximas á tierra. La contrariedad de los vientos y la mareta del N-E., impidió que en aquel mismo dia se emprendiese el ataque, siendo preciso retardarlo, hasta que calmado el tiempo al amanecer del 12, á las cinco de la mañana mandó Barceló formar la línea, y previno que se avanzase. Ejecutado todo á satisfaccion de nuestro General, que en su falúa, acompañado de sus ayudantes y del Mayor general D. José Lorenzo de Goicoechea, diligente recorria la línea, se vió que los argelinos tenian formadas delante de la plaza sus cañoneras, bombarderas y galeotas, en número de sesenta y siete embarcaciones.

A los ocho se rompió el fuego en toda la línea avanzada de nuestra escuadra, y continuó sin intermision hasta mas de las diez, hora en que se mandó la retirada en buen órden por haber consumido sus municiones todas las lanchas. Durante este primer ataque se observó el acierto de nuestros fuegos, lo cual atestiguaron las ruinas que se advirtieron en varios edificios de la ciudad, y el incendio que no pudieron apagar los argelinos hasta las cuatro de la tarde, además de haberse volado en la accion cuatro de las lanchas enemigas. De nuestra gente hubo seis muertos y nueve heridos, desgracias insignificantes si se atiende á que los enemigos nos arrojaron 202 bombas y nos dispararon 1164 balas de grueso calibre. De nuestra parte se les contestó con 600 bombas, 1440 balas y 260 granadas. A causa del viento no fué posible repetir el ataque como se intentó en aquella tarde, y sin embargo tuvimos que lamentar una catástrofe, cual fué el haberse volado la cañonera núm. 27, en que por descuido se prendió fuego al pañal de pólvora, salvándose únicamente seis hombres de la tripulacion. En la misma tarde llegaron y se incorporaron á la escuadra espedicionaria como auxiliares dos navíos y dos fragatas de la marina real portuguesa, y poco despues, cuatro fragatas españolas que hacia tiempo se hallaban cruzando por la parte del E. Las operaciones estuvieron paralizadas por consecuencia de la gruesa mar,

hasta el dia 15, cuando ya las 69 lanchas argelinas estaban avanzadas hasta medio tiro de cañon de sus fortificaciones; y variando el sistema que guardaron en el primer ataque, sin dar lugar á que nuestra línea se situase á tiro de la plaza, en tanto que ella avanzaba se adelantaron contra nuestra ala derecha que se iba aproximando. A pesar de esto se pusieron nuestros cañones del N. casi á medio tiro de la fortificacion esterior de Argel, y sufriendo el contínuo fuego de la plaza rompieron y sostuvieron sin cesar el suyo hasta las nueve de la mañana, que faltas ya de municiones, á la señal que el General les hizo se retiraron al cuerpo de la escuadra, sin mas averías que la de un balazo de cañon en cada una de dos cañoneras, lo cual tuvo fácil reparacion. A poco rato una ventolina del E. disipó el humo que corría la plaza, y despejada aquella atmósfera se echó de ver que estaban demolidos los merlones de la batería del Escollo.

En la mañana del 16 á poco de salir el sol se renovó el ataque, cuando ya las lanchas enemigas en número de 42 salian de su dársena y se situaban hácia el N., dirigiendo Barceló la línea por sí mismo con su falúa, de modo que avanzando hácia aquella parte cuanto fué posible, y situando la línea á tiro á las cinco y media, rompió el fuego con las bombarderas y cañoneras del N. contra la plaza y cincuenta y cinco lanchas enemigas que respondieron con sus disparos á los nuestros, al mismo tiempo que lo hacia tambien la batería del Escollo: mas no tardaron las lanchas argelinas en retirarse con precipitacion hasta ponerse al abrigo de sus fortalezas, á causa del desórden que en ellas produjo el singular acierto de los disparos de granadas de una obusera nuestra, que incendió una de aquellas lanchas, y que al cabo de media hora apagó los fuegos de la citada batería. Nuestros cañones, obuses y morteros cesaron de disparar, y á breve rato se retiraron las cañoneras que el General habia mantenido en inaccion para acudir á donde la necesidad lo exigiese.

Al dar por la tarde el cuarto ataque salieron 55 lanchas enemigas, avanzándose hácia el N.; y colocándose á medio tiro de sus fortalezas, estas y aquellas rompieron el fuego á la hora de las cuatro y media. Nuestras cañoneras avanzaron, á derecha é izquierda, pero ni ellas ni una goleta que se aproximó cuanto pudo á vela y remo, pudieron hacer en las fortificaciones de la marina el daño que el General creyó causarles. Precisa fué tambien la retirada esta vez. Eran las cinco y media de la tarde cuando se vieron 53 lanchas argelinas que vogaban hácia su dársena, llevando muchas de ellas á remolque su falúa capitana que se iba á pique. La del comandante general Barceló tuvo poco antes igual suerte, bien que sin mas desgracia que la de un marinero muerto y otro herido. La densa niebla con que amaneció el 17 no permitió disponer el quinto ataque hasta las seis y media. Formada entonces la línea, y á su vanguardia el General avanzó hácia la plaza, adelantándose el mayor con las bombarderas del centro. Veinte y una de las enemigas se habian presentado ya para impedir la colocacion de las nuestras y entretener á las de la izquierda, y estando á tiro de ellas, á las ocho de

la mañana rompieron el fuego. No por esto dejaron de avanzar las bombarderas españolas, antes bien estando á las nueve á tiro de la plaza empezaron sus disparos y reprimieron la audacia de las argelinas. Sin embargo, á las diez y media, concluidas las municiones de nuestras bombarderas, se retiraron estas, cesando el fuego de ambas partes. Mucho debieron perder las enemigas, pues de cincuenta y nueve que entraron en combate, cuando se desvaneció el humo, solas veinte y siete se vieron retirarse.

En la mañana del 18, á las siete y media volvió á marchar avanzando toda la línea nuestra, y tan pronto como las bombarderas estuvieron á distancia de arrojar los proyectiles dentro de la plaza, á hora de las ocho y media empezó el bombardeo, en tanto que las cañoneras avanzaban para rechazar á las enemigas, y al cabo se logró desordenarlas y empezaron á alejarse. La accion se hizo general, siendo el fuego de la plaza tan vivo y sostenido como el de nuestra parte. Cuantas bombas arrojamos otras tantas cayeron en la ciudad, y al mismo tiempo nuestras cañoneras hicieron tambien gran estrago en las lanchas argelinas. En esto el viento que al medio dia sopló de N-N-O. alteró el mar de manera que nos obligó á la retirada, é impidió que en la tarde se repitiese el ataque. La luz del dia 19 fué como la señal para disponer el sétimo ataque. Puesto tambien Barceló á la vanguardia se adelantó para hacer por sí un reconocimiento, y encontró al cautivo español Pedro Primo, que fugitivo de Argel y cansado de nadar desde media noche, estaba ya tan desfallecido que aunque tuvo la dicha de que en la misma falúa del General se lograse recojerle, no pudo prestar declaracion alguna, por lo cual se le envió á bordo del navío el *Rayo*, donde fuera bien asistido. Ya estaban en sus puestos las lanchas enemigas, y cerca de las nueve, antes de llegar nuestra línea al tiro de la plaza, empezaron el fuego, tan avanzadas que solo disparaban metralla. Pensó Barceló aprovechar esta ocasion de empeñarlas en un ataque, haciendo que nuestras cañoneras y bombarderas se atrasasen para que avanzando las enemigas, y poniéndolas entre dos fuegos, quedasen cortadas; pero nuestras galeras de la parte del S. que vieron á los enemigos avanzar y no comprendieron la idea del General, les hicieron fuego, con lo cual retrocedieron lentamente, sin cesar el suyo, en cuya situacion dispuso Barceló, á las ocho y media, que nuestras cañoneras del S. disparasen tambien y las del N. avanzasen para batirlos por el flanco. Lográronlo estas en breve, pero viendo el General que las sesenta y dos lanchas enemigas se retiraban, resultando de esto un combate inútil, dispuso que las nuestras hiciesen lo mismo, durando el fuego de una y otra parte media hora todavía, hasta que se incorporaron á los buques de la escuadra.

Al medio dia refrescó el viento por el N.; pero fué cediendo en términos que calmó en la noche, bien que la mar quedó gruesa y así amaneció el 20, con apariencias de volver á cargar el viento. En todo aquel dia no hubo operaciones dignas de notarse, ocupándose los de la escuadra en la reparacion de algunas

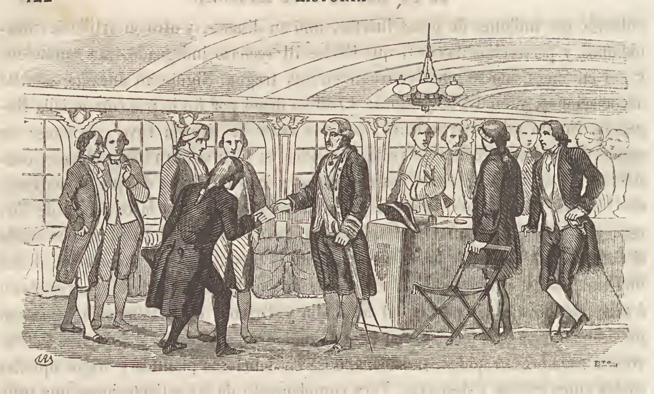
averías y los preparativos para el dia siguiente 21, que amaneciendo cubierto de densa niebla impedia el ataque. Esto no obstante, á la hora de las seis y media dispuso el General que los buques destinados á sostener nuestras lanchas se situasen á tiro largo de la plaza, y al cabo de una hora, desvanecida ya la niebla, se vieron veinte y seis lanchas enemigas muy avanzadas, aumentándose sucesivamente hasta el número de sesenta y siete, formadas con direccion al Norte. Formando y marchando nuestra línea, se adelantaron las cañoneras de la izquierda; cerca de las nueve estuvieron los enemigos á tiro, y rompiendo el fuego pausadamente impidieron la aproximacion de los nuestros, que sin embargo prosiguieron avanzando en órden. Algunas de las bombarderas españolas empezaron sus disparos, y todas las demás siguieron haciendo lo mismo, por creer equivocadamente que se les habia dado la señal para ello, lo cual era dificil distinguirse en medio del denso humo que rodeaba nuestra línea. A pesar de esto los enemigos se arredraron y retrocedieron, cargándoles siempre nuestras lanchas, pero como este empeño era inútil, hizo el Comandante general la señal de retirada en órden, y cesó el fuego de una y otra parte á las once de la mañana, quedando todas nuestras lanchas haciendo viva diligencia para tomar sus amarras. En aquella misma tarde convocó Barceló á junta todos los Generales y comandantes de los buques españoles y aliados, para deliberar si sería conveniente continuar los ataques, y por unanimidad, persuadidos de la inutilidad de sus esfuerzos, en vista de las ventajas y superioridad del enemigo, se acordó la retirada. En las disposiciones para ejecutarla se pasaron los dias 22 y 23, y hecha la señal de que todos picasen sus cables, salió la espedicion haciendo rumbo de vuelta á Cartajena, donde fondeó el dia 27, escepto algunos buques que quedaron cruzando. El éxito de esta espedicion fué semejante á la del año 1783, con la diferencia de haber sido mas los ataques, y mucho mas costosa, ya por los aprestos que ocasionó, y ya por las muchas mas municiones que se gastaron (1), haciendo por consecuencia mayores daños en Argel.

La frecuencia con que la España enviaba espediciones contra Argel, hizo temer á los argelinos en 1785 que se repitiese el bombardeo de su ciudad, y que esta quedase por último arruinada, aun dado caso que no cayese en poder de sus constantes enemigos. Pidieron pues al Dey que hiciese la paz con España, lo cual deseaban tambien el gran Señor y el emperador de Marruecos. Esto obligó al Dey á entrar en negociaciones. A consecuencia envió la corte de España á D. José de Mazarredo, con las instrucciones necesarias al efecto. Con una escuadra de cinco navíos de línea y bandera de tregua, se presentó nuestro marino delante de Argel, y consecutivamente, por la intervencion del cónsul de Francia, se propusieron los preliminares. Tan fuera de razon estuvo la Regencia,

(1) La escuadra española disparó durante los siete ataques, 4,379 bombas; 3,591 granadas; 12,120 balas rasas, y 401 saquillos de metralla. Los argelinos 1,212 bombas, y 15,344 balas rasas y saquillos de metralla.

pidiendo dos millones de pesos fuertes, uno en dinero, y otro en artillería, municiones y pertrechos navales, que Cárlos III rechazó indignado esta condicion, y por entonces solo se pudo convenir en una tregua. Siguieron durante esta las negociaciones, y en 14 de junio de 1786 se firmó por fin la paz con aquella Regencia. No de valde ciertamente, pues la corte de España tuvo que hacer un regalo de catorce millones de reales; sacrificio si bien se mira insignificante, considerados los grandes gastos, las desgracias y los cautiverios de que el convenio nos libraba. Otro tratado igual se celebró á poco tiempo con la Regencia de Tunez, y el pabellon español se desplegó libremente en todo el Mediterráneo desde el Estrecho de Gibraltar hasta las playas de la Siria. Cesó la esportacion de las inmensas sumas que costaba el rescate de los cautivos, y quedaron aseguradas ó á salvo de piratas las playas del Mediodia y Oriente de la Península, que son precisamente las mas fértiles. Así es que empezaron á poblarse y reducirse á cultivo con asombrosa rapidez, trasformándose en deliciosos plantíos y vegas aquellas costas antes eriales y desiertas. Para complemento de las satisfacciones que traia consigo la paz con los africanos, en 14 de julio del mismo año se ajustó un tratado entre España é Inglaterra. En él se estipuló que los ingleses evacuarian dentro de medio año la costa de Mosquitos, y se les concedió la isla de Ferseyes para que en ella pudiesen evitar el aire infecto de las costas de la bahía de Honduras, repararse los buques y pescar en ciertos límites determinados; pero no podian levantar fortificaciones, tener navíos de guerra, ni cultivar el terreno. Merced á este convenio, fruto de la prevision y talento del conde de Floridablanca, primer ministro de Cárlos III, se logró arruinar el contrabando inmenso y lucrativo que los ingleses hacian por aquel punto con las colonias españolas. En el año 1789 falleció el monarca español, cuyo reinado ha sido el mas glorioso que España ha tenido desde el de Felipe II, á pesar de los desastres de la primera guerra con los ingleses, y el aumento de la deuda pública que causó la segunda.





CAPITULO VIII.

Empieza el reinado de Cárlos IV.—Cesion de las plazas de Oran y Mazalquivil á los argelinos.—Guerra con Francia.—Una escuadra española al mando de D. Juan de Lángara, combinada con otra inglesa, llevando un cuerpo de ejército se apodera de Tolon, en nombre de Luis XVII. Acciones varias entre los aliados y los republicanos franceses. Toman estos los puntos de Balaguer, y de la montaña de Faraon. Evacuan los aliados á Tolon y se retiran sus escuadras, dejando incendiado el arsenal.—La escuadra española va á Hieres, y de allí viene á Barcelona.—Varios sucesos en la campaña de los españoles por los Pirineos. Pasan estos los republicanos, invaden el Ampurdan, por Cataluña; ocupan tambien las provincias vascongadas y amenazan á las Castillas.—Paz con la república francesa, y *pacto de alianza* entre esta y la España.—La gran Bretaña nos declara la guerra. Derrota de una escuadra nuestra por la inglesa junto al cabo de San Vicente.—Bloqueo inútil de Cádiz por los ingleses. Atacan estos á las islas Canarias y son rechazados.—Sale de Cádiz una escuadra nuestra para ir á unirse con la francesa en Brest, y allí la bloquea la inglesa.—Estado lamentable de España á fines del siglo XVIII.

Cuando la inquieta Francia empezaba el curso de la mas grande y espantosa revolucion que los siglos han conocido, cuando aquel gran cataclismo político amenazaba con el incendio de una guerra general por muchos años á la Europa entera, ascendió al trono de las Españas Cárlos IV, ya en edad madura para el gobierno de los pueblos. A pesar de todo parecia que su reinado era el de la paz, como lo habia sido el de Fernando VI, pues en los tres primeros años de su reinado, que habia de ser calamitoso para la monarquía, no hubo ningun suceso de armas, ni mas acontecimiento político notable para la Nacion, que el de haberse cedido á la Regencia de Argel en 1791 las plazas de Oran y Mazalquivir, bajo pretesto de lo malsano de aquella parte de la costa de Berbería, y las sumas que en conservarlas se gastaban inútilmente. En cambio concedió la Regen-

cia argelina algunas ventajas mercantiles á los españoles. Concluyeron tambien en aquel año las desavenencias entre Inglaterra y España, mediante una transacion, en que á los buques de ambos paises se concedió la libre navegacion del Océano Pacífico. Vino el año 1792, y el destronamiento del desventurado Luis XVI hizo inminente una guerra entre España y Francia. Bien conocia las fuerzas de esta el célebre conde de Aranda; auguraba muy mal de una pugna de armas contra la nacion vecina, y por tanto desde su retiro aconsejaba que en las fronteras, sin hacer invasion alguna, se limitase nuestro Gobierno á oponer un cordon de tropas contra las de aquella nacion y sus principios revolucionarios. A consecuencia de los altercados que esta cuestion suscitó entre Floridablanca y Aranda, este fué elevado al Ministerio y aquel cayó de la gracia del monarca; mas no tardó el nuevo Ministro en ser reemplazado por el favorito y valido D. Manuel Godoy. Pereció en el cadalso Luis XVI, en 21 de enero de 1793; encendióse la guerra civil en Francia, las tropas realistas del Mediodia fueron batidas por las republicanas, y huyendo de Burdeos, Tolosa y Marsella, se encerraron en Tolon, y llamaron en su socorro á ingleses y españoles.

Una escuadra nuestra, al mando del Teniente General D. Juan de Lángara, compuesta de diez y siete navíos, una fragata y un bergantin, con un cuerpo de ejército de 8,000 hombres se presentó delante de Tolon, el 28 de agosto, unida esta escuadra á la inglesa que mandaba el Almirante lord Hood, y ambas fondearon el mismo dia en aquel puerto. Cinco navíos franceses, parte de los que allí estaban anclados, abandonaron las banderas republicanas tan pronto como las vigías hicieron la señal de que iban á entrar las escuadras aliadas, y apenas hubo llegado la española se presentó á su Capitana un diputado de la ciudad, con una carta firmada por tres individuos del consejo general, felicitando al General Lángara, é invitándole á que ocupase la plaza. La bonanza del viento y el mar favorecieron el desembarco, y no tardaron españoles é ingleses en ver reducidos á su obediencia, sin hostilidad alguna la ciudad de Tolon, sus fuertes y castillo. Las escuadras aliadas entraron en el puerto á un tiempo, bordeando, precedidas de los dos Comandantes generales, bien que interpolados ó confundidos los navíos de ambas como si fuesen una sola. En nombre de Luis XVII, cuya proclamacion solemne se hizo en la ciudad entregada al regocijo, ocuparon las tropas anglo-hispanas los puestos esteriores y la plaza, y el gobierno militar quedó depositado en los dos comandantes generales español é inglés.

En la mañana del 2 de setiembre entraron en aquel puerto y se incorporó á la escuadra española una division de ella que el General Lángara habia dejado en la costa del Rosellon, al mando del gefe de escuadra D. Juan Joaquin Moreno, compuesta de tres navíos y una fragata, conduciendo tres batallones de infantería de línea, que en el mismo dia desembarcaron; y el 5 llegó á Barcelona el navío *San Fermin*, que procedente de Tolon trajo prisionero al contra-almirante francés Saint-Julien, gefe del partido de los republicanos de la escuadra que es-

taba armada en aquel puerto, de cuyo mando se habia apoderado para hacer oposicion á nuestros buques, y que se puso en fuga tan pronto como estos aparecieron, abandonando los navíos franceses, cuyas tripulaciones reconocieron en breve á las autoridades realistas. Perseguido despues por los toloneses, que ofrecieron un premio por su cabeza, tomó el partido de entregarse en su estado de desesperacion, refugiándose en el navío del Almirante Hood, quien le hizo pasar al *San Fermin* para su conduccion á España.

Dueños los enemigos de una batería situada hácia la marina, rompieron el fuego el dia 19 contra una fragata y una flotante, inglesas, que correspondieron á los disparos. Otras tres baterías republicanas, levantadas en las inmediaciones del pueblo de la Seine, hicieron fuego al cabo de dos dias, á que contestaron nuestros buques y baterías flotantes, muy de cerca, y á mayor distancia el navío español *San Juan Nepomuceno* de 74 cañones, y el inglés *San Jorge* de 98. Tuvo este la mala suerte de que se le reventára un cañon de la batería baja, causando muchas desgracias, y tambien las hubo en las flotantes. La noche puso tregua al combate, y se renovó en la mañana del 20, al mismo tiempo que por varias alturas que dominaban el fondeadero de las escuadras, aparecieron partidas sueltas de tropas republicanas. Contra ellas se destacaron fuerzas españolas é inglesas que en número de 530 hombres, divididos en columnas, reconocieron aquellos puntos, y fué ocupada y atrincherada la altura llamada de Esquillete. Este mismo puerto fué atacado el 21 en la tarde por 500 republicanos, que fueron rechazados y perseguidos, hasta que al anochecer se acogieron al monte. En esta accion hubo de parte de los aliados tres muertos y nueve heridos. Nuevo combate se trabó al amanecer del 23, sostenido por los navíos *San Juan, San Ildefonso, San Jorge*, una flotante de cuatro cañones de á 24, y la fragata *Efigenia* armada en bombarda, con dos morteros, disparando estos buques con tanto acierto que consiguieron destruir la batería enemiga llamada de *la Viña*, hecha de toneles llenos de arena, y desmontar un cañon de á 24. No poco padeció en su casco y arboladura el navío *San Juan*, porque le alcanzaba la metralla del enemigo, y era el blanco principal de sus tiros; pero este mismo buque disparó en cambio 1,695 cañonazos, desde las seis de la mañana hasta las cinco y media de la tarde, en que por ambas partes cesó el fuego.

Bajo la direccion del General D. Federico Gravina, quedaron fortificadas el dia 24 las alturas convenientes para resguardo de las escuadras, y en aquel dia y el siguiente hicieron los navíos y las flotantes un vivo fuego, consiguiendo destruir las baterías de los republicanos y desmontarles dos cañones. Ambas escuadras fueron reforzadas en los dias 26 y 27, con varios buques que llegaron, ingleses, españoles y napolitanos, todos de guerra, conduciendo 2,750 hombres de tropa, y gran cantidad de víveres en catorce embarcaciones mercantes. Con 1,200 hombres de tropas españolas, napolitanas y sardas, alcanzó Gravina en 1.° de octubre una completa victoria sobre 1,500 franceses en la montaña



C. Legrand dib.º y lit.º

Lit. de J. J. Martinez Madrid.

INCENDIO DE LOS BUQUES DE GUERRA FRANCESES,

en el Arsenal de Tolon, al evacuar aquel puerto las escuadras combinadas, inglesa y española. (Año 1793.)

que domina el fuerte Faraon, y en la noche del 8, haciendo los aliados una salida para clavar la artillería del enemigo, lo consiguieron causándole alguna pérdida. Pero antes de amanecer el dia 17 de diciembre despues de repetidos ataques y escaramuzas en octubre y noviembre, con éxito vario, atacaron los republicanos el puesto de Balaguer, que los aliados ocupaban, y que aquellos habian bombardeado y cañoneado durante los tres dias anteriores, con suma viveza por diferentes partes, y se apoderaron del principal reducto. Por fortuna pudo salvarse la tropa española é inglesa que allí habia, reembarcándose en las lanchas y botes de la escuadra nuestra, gracias á la actividad y acierto del mayor General D. Ignacio Alava, á quien el Comandante general Lángara confió aquella operacion. El ejército enemigo de la parte de levante se apoderó tambien de la montaña de Faraon.

En junta de gefes superiores de todas las tropas aliadas, bajo la presidencia del de la escuadra española, se trató entonces de la situacion crítica de las escuadras, precisadas en una estacion rigorosa á dejar el puerto y fondear á la boca de él, en un tenedero incapaz de resistir cualquiera mediano temporal, y espuestas á ser quemadas ó acaso quedar en poder de los enemigos. Oido á consecuencia los pareceres en cuanto á la fortificacion de la plaza, y la forzosa necesidad de rendirse luego que la faltasen los auxilios de las escuadras, se determinó por unanimidad la evacuacion con la prontitud posible, para aprovechar el tiempo que á la sazon era benigno. En consecuencia dió el General Lángara la órden á los navíos de su escuadra para que saliesen á la boca del puerto, quedando solo el *San Joaquin* y las fragatas *Santa Cecilia* y *Mahonesa*, para ser los últimos, por haberse acoderado á fin de proteger la retirada de las tropas de Balaguer. El tiempo favoreció esta operacion y la de franquearse las escuadras, que quedaron á distancia proporcionada para recibir en pocas horas las tropas de Tolon, cuyo embarco debia hacerse á las once de la noche por la playa del fuerte de la Malgue, á donde habian de retirarse desde la plaza. Ya por la tarde se habian evacuado la Sablette y cabo Brun y recogido á bordo y en la Malgue las tropas que guarnecian aquellos puestos.

En medio del afan con que se ponia en ejecucion el abandono de Tolon, se observó el incendio de un navío y seguidamente el de otro del arsenal, cuya quema se habia determinado en la junta: se conoció desde luego que se habia adelantado esta operacion por algun accidente. Tal fué el de haber caido una bomba en una fragata sarda que la hizo arder, lo cual apresuró la empresa de poner fuego á los buques de la dársena. Esta operacion se hizo completa, causando horrorosos estragos en el arsenal y en los navíos franceses y los edificios que habia dentro. Unicamente se libraron los buques que por estar sirviendo de cuarteles á las tropas se hallaban en el muelle ó puerto de cuya cadena se apoderaron los republicanos del pueblo, así que se vieron libres de las tropas aliadas. Tambien se puso fuego á dos navíos de 74 que estaban en la pequeña

rada, uno de los cuales, *el Temístocles*, contenia 280 delincuentes que capitularon prometiendo abandonarlo si se les ponia en tierra, lo cual se practicó. Del mismo modo volaron dos fragatas cargadas con 4,000 quintales de pólvora en cada una de las cuales puso una camisa embreada el ayudante de la escuadra D. Francisco Riquelme, que en esta operacion contrajo un mérito distinguido, como tambien el teniente de navío D. Pedro Cotiella y el de fragata D. Francisco Trujillo. Sufriendo largo rato estos comisionados el fuego que les hacian los sublevados del pueblo, se retiraron cuando este ardia ya por tres partes, y hácia todos lados se oian los clamores y descargas de fusilería, reinando la confusion y el espanto (1).

Ya no quedaba mas que el último resto de los aliados pronto á embarcarse, cuando el General Lángara mandó en la mañana del 19, que todos diesen la vela y saliesen con la mayor brevedad, lo cual hicieron, á pesar del fuego de cañon y mortero que hicieron los enemigos, sin mas pérdida que la de algunos cables y anclas de los navíos. La escuadra española abandonando al mismo tiempo que la inglesa y las demás naves aliadas el puerto de Tolon, fué á dar fondo en la bahía de Hieres el 19, dejando el navío *San Joaquin* y las fragatas *Cecilia* y *Florentina* en crucero sobre el puerto abandonado; y de allí se retiró por último á Barcelona.

Antes del famoso sitio de Tolon se habian roto las hostilidades entre Francia y España, empezando la campaña por toda la frontera de los Pirineos. Nuestro General Ricardos, al frente de un lucido ejército español, se apoderó del castillo de Bellegarde, ganó la sangrienta batalla de Truillas, tomó las plazas de Mont-Luis, Colibre y Port-vendres, y batiendo últimamente en el Boló y en Ceret á los republicanos amenazó á Perpiñan, mientras el General D. Ventura Caro pasaba el Vidasoa, y peleaba con éxito vario en las vertientes francesas del Pirineo occidental. Pero las ventajas conseguidas por nuestras armas en el Rosellon desaparecieron en el año siguiente 1794, á consecuencia de no estar ya mandado aquel ejército español por el victorioso Ricardos. El sucesor de este, el marqués de las Amarillas fué arrojado de varios puntos por el General republicano Dugommier. Al marqués remplazó el conde de la Union, militar muy acreditado y distinguido en aquella campaña, pero batido en la batalla de Boló por Dugommier, los españoles fueron arrojados del territorio francés. A estas pérdidas siguieron en breve otras muy considerables. El ejército republicano penetró por aquella parte de Cataluña, se apoderó de Figueras, ocupó el Ampurdan y preparó el sitio de Rosas; al paso que otro ejército francés pasando los Pirineos occidentales desembocó por el valle de Baztan en Guipúzcoa y se apoderó de San Sebastian y Fuenterrabía. Rosas fué tomada tambien por los republicanos en 1795

(1) Los buques de guerra franceses que habia en el arsenal de Tolon cuando el incendio, que en ellos se propagó horrorosamente, eran veinte y dos navíos, ocho fragatas, una corbeta, siete urcas afragatadas, y siete bergantines; sin contarse otros buques menores.

despues de un sitio memorable, mas no pudieron pasar del Fluviá gracias al valor y la pericia militar del nuevo General español D. José de Urrutia. Moncey ocupó las provincias vascongadas, y avanzando hasta Miranda de Ebro amenazaba á las Castillas. En estado tan lamentable para la España hizo esta la paz con la república francesa, en el congreso de Basilea, cediendo la parte que poseīa en la isla de Santo Domingo. Esto es por lo que al famoso privado D. Manuel Godoy ya duque de Alcudia, se le dió el pomposo título de *Príncipe de la Paz.* Tanto era el terror difundido por los progresos del ejército republicano, que cuando su General Moncey amenazó las Castillas, nuestra corte trató de refugiarse en América, y el arzobispo de Toledo publicó una pastoral exhortando al clero á recoger los tesoros de la Iglesia, disponiéndose para abandonar la España si fuese necesario. Fácil es de inferir la agitacion que esto causaría en los ánimos de todos los españoles, motivo por el cual se mandó recoger aquella pastoral.

Por un tratado de alianza ofensiva y defensiva, entre ambas naciones vecinas, celebrado en San Ildefonso, el 18 de agosto de 1796, la República francesa adquirió un aliado cual era España, que completaba su línea de defensa y ataque marítimo en el continente. Las fuerzas de nuestra mal gobernada patria quedaron casi á merced del Directorio francés, y la Inglaterra no tardó en declararnos y hacernos la guerra que habia de hundir nuestra Marina Real, entonces poderosísima, como veremos al terminar su historia en el siglo XIX.

Mucho tiempo hacia ya que esta misma marina no habia tenido ningun combatē en el Océano, cuando en febrero de 1797 ocurrió uno nada feliz para la España. De Algeciras habia salido á primeros de aquel mes con una escuadra, de 24 navíos de línea y varias fragatas el Teniente General D. José de Córdoba, y arrojado por vientos del E-N-E. al S-E. hasta meridianos del cabo de San Vicente, en la mañana del 14 entablado el Poniente hizo derrota al E-S-E. en formacion de tres columnas, cuando hé que á la hora de las nueve algunos buques de la izquierda indicaron la vista de naves sospechosas. Eran estas en número de ocho, y aunque lo cerrado del tiempo no permitia descubrirse bien todo lo que se deseaba, la escuadra entera despues de haberse destacado algunos buques á esplorar, forzó vela y á las diez de la misma mañana se descubrieron hasta 16 navíos enemigos con varias fragatas. Al punto mandó el General español formar una línea occidental, y en la orzada resultaron ser tan sotaventados los navíos *Príncipe*, *Regla* y *Oriente*, que no pudieron incorporarse en la línea de formacion, sin riesgo de ser esta cortada por los enemigos, que de vuelta encontrada, en regular órden y con fuerza de vela estaban ya poco distantes. Los dos primeros navíos tomaron la cola de la línea, pero el *Oriente* no pudo lograrlo y tuvo que correr por sotavento de los enemigos. La concurrencia de la línea resultó tal, que el navío cabeza de la enemiga rompió el fuego á las once menos cuarto con el primero situado por la proa del *Trinidad*, que era la capitana, desde cuyo punto corrieron nuestra retaguardia arribando sucesivamente á un

largo. Es de advertir que el navío *Trinidad* era de los últimos de la línea española, cuyo centro y vanguardia quedaron consiguientemente fuera de combate. Navegaba la retaguardia enemiga bastante atravesada; mas á pesar de esto, no habiendo podido ejecutar los navíos nuestros de cabeza una maniobra que el General Córdoba ordenó, las evoluciones de la escuadra inglesa fueron tales que se consideró como inevitable la pérdida no solo de los navíos *Príncipe* y *Regla*, sino tambien de toda la retaguardia nuestra. En este trance hizo Córdoba señal para que toda la escuadra arribase á un tiempo, con la mira de estrechar las distancias con los enemigos, meter en accion algunos navíos mas de nuestro centro y vanguardia, y proporcionarles el combate en la virada que pareció haber empezado ya los ingleses. Dado el momento de arribar el *Trinidad* se puso luego en popa cerrándose con los enemigos á tiro de fusil, de que le resultaron grandes averías, habiendo sido combatido por toda la línea inglesa.

Así que el cabeza de ella hubo pasado al través de nuestra cola, viró por delante, y lo mismo hicieron por contramarcha otros cinco ó seis navíos doblándonos por barlovento. Al concluir su virada en la forma dicha el último de los buques destinados á este objeto, viraron en redondo á un tiempo todos los demás, que corriendo antes por estribor nuestra línea, quedaron por consiguiente del otro bordo batiéndonos en buena y rigorosa formacion: maniobra con la cual consiguieron decidir la accion en favor suyo. Despues que los buques ingleses viraron, corrieron la retaguardia de la escuadra española hasta el *Trinidad*, cargando su esfuerzo particularmente sobre este navío, que por la mala disposicion del aparejo caía á sotavento. Se mandó á la vez y por señal que los navíos *Salvador*, *San José*, *Soberano* y *San Nicolás* que se hallaban á barlovento, acortasen de vela y se formasen por nuestra popa, cuyo movimiento ejecutaron con brevedad, empeñando un combate vigoroso.

Eran las dos de la tarde cuando, manteniéndose siempre la vanguardia demasiado á barlovento, se hicieron las señales de arribar, acortar de vela, y ataque general al enemigo. *El Mejicano* pudo formar por nuestra proa, á eso de las tres, y emprendió la accion con el navío mas adelantado de la línea enemiga, la cual se empleó el resto de la tarde contra los navíos *Trinidad, San José, Mejicano, San Nicolás* y *San Isidro*, que fueron los que sostuvieron por sí solos lo principal y mas reñido del combate, contra toda la escuadra enemiga. Todo elogio fuera poco por el valor con que los citados navíos formados por la popa de la capitana se desempeñaron en la accion; pero al fin desarbolados y destruidos, unos hubieron de rendirse, y otros abandonar el combate. El *Trinidad* fué batido toda la tarde por un navío de tres puentes que le dió el costado, y tres de 74 que le cañoneaban por aleta y amura á tiro de pistola. Además de tener sobre 200 muertos y heridos, se hallaba absolutamente destrozada su maniobra, y sin embargo continuó la accion por mas de otra hora.

Tal era la situacion lamentable en que se hallaba el *Trinidad* á las seis horas

de un combate no interrumpido, cuando entraron en accion los navíos *San Pablo* y *Pelayo*, que atracados por la mañana de órden del General, arribaron con toda vela sobre la escuadra desde el momento que la vieron empeñada. El refuerzo de estos dos navíos recayó sobre la oportuna incorporacion del *Conde de Regla*. El *Príncipe* llegó poco despues, y la vanguardia empezó á virar por delante; visto lo cual por los enemigos se pusieron en retirada arribando á un tiempo, y cubriendo á los navíos rendidos, que eran el *San José, Salvador, San Isidro* y *San Nicolas*. El *Pelayo* y *San Pablo* estaban separados por comision; el *San Fermin* y el *Oriente* quedaron á sotavento de ambas líneas; el *Príncipe* y *Regla*, no obstante el acierto y diligencias de sus maniobras, no pudieron entrar en formacion; y tampoco pudo verificarlo el *Firme* por hallarse sin mastelero de velacho. De suerte que solo pudieron formar en línea de batalla diez y siete navíos de la escuadra española, incluso en estos el *Santo Domingo*, cargado de azogues y de muy poca fuerza. Entre los diez y siete algunos se batieron por intérvalos, y muchos no llegaron á romper el fuego: resultando de todo que la línea enemiga se empleó toda únicamente contra seis navíos españoles, cuya resistencia es mas digna de elogio cuanto todos carecian de la gente necesaria para manejarse.

Quedando el *Trinidad* absolutamente desmantelado y sin poder usar de banderas ni faroles para el uso de las señales, el General Córdoba ordenó al Teniente General D. Joaquin Moreno que hiciese la de formar y restablecer la línea de combate mura á babor, y él dió además sus disposiciones para que se armasen vandolas al *Trinidad* y le escoltase la fragata *Mercedes* en derrota á Cádiz, aprovechando la oportunidad del viento y la situacion en que los enemigos anochecieron. Á consecuencia de esto trasbordó el General de nuestra escuadra con sus ayudantes á la fragata *Diana*, comisionando varias fragatas á lo largo de la línea para que todos conservasen el órden mandado y remediasen con actividad sus averías á fin de volver al combate. La escuadra permaneció toda la noche formada en batalla hasta las seis de la mañana del 15, que el gefe de ella mandó virar en redondo sobre la nueva línea de bolina. La primera diligencia del General español, despues de esto, fué preguntar por una señal la situacion de los navíos para batirse; á que el *Mejicano*, el *Soberano* y la *Concepcion* contestaron que no se hallaban en estado de segundo combate; al mismo tiempo que podian batirse el *Regla*, *Oriente*, *San Pablo*, *Pelayo* y *San Antonio*. No fué posible percibir la contestacion de todos los demas. Á pesar de todo se continuó en la vuelta de afuera, haciendo próximamente el rumbo á que no demoraban los enemigos, que en número de veinte buques se habian visto desde las ocho de la mañana al S-S-E.

Quedando todavía indecisa la opinion del Comandante general de nuestra escuadra sobre el estado de sus navíos, preguntó por la tarde si convenia atacar al enemigo. Respondieron que *no* los navíos *Concepcion*, *Mejicano*, *San Pablo*,

Santo Domingo, *San Ildefonso*, *Nepomuceno*, *Atlante* y *Firme;* que convenia retardar la funcion, el *Glorioso*, *Paula*, *Regla* y *San Fermin*, y solamente el *Príncipe*, *Conquistador* y *Pelayo* contestaron afirmativamente que convenia el ataque. Pero viendo en esta diversidad de opiniones, segun la respuesta de cada Comandante, la espresion justa del estado particular de su buque, no tuvo el General español por conveniente forzar de vela sobre los enemigos. A las tres de la tarde demoraban estos al E-S-E. y se mandó que gobernára la escuadra española de S-E., cuyo rumbo enmendó á las cinco al S-E. medio S., para poder montar el cabo de San Vicente. En los navíos que tenian averías remediables se trabajó con actividad dia y noche, y para dar rumbo á estas operaciones, se mandó á las once y media de aquella que la escuadra formase en batalla. El 16 se vieron algunos batidores de los enemigos al S-E. cuarto S. á cuyo mismo rumbo mandó el General Córdoba gobernar á las siete de la tarde con viento S-O. bonancible arrumbados los navíos en la línea de bolina de estribor. A las diez de la mañana del siguiente dia, cuando se tenian esperanzas de volver á ver al enemigo, suponiéndole en derrota para Gibraltar, manifestó por señal el navío *Concepcion* que estaban fondeados en la costa de la izquierda. Intenciones tuvo el General Córdoba de correr la suerte de un nuevo combate, y por último juzgó prudente la retirada. La escuadra verdaderamente derrotada, con la pérdida de los indicados navíos que apresó el enemigo, maltratados considerablemente la mayor parte de los demas, habiendo tenido mas de 200 muertos y llevando mas de 300 heridos, vino á refugiarse en la bahía de Cádiz. Aquí acudió en breve á bloquear el puerto, y aun tuvieron la osadía de arrojar á nuestra escuadra y á la plaza algunas bombas, bien que sin efecto porque nuestras fuerzas sutiles apartaban sus buques á una distancia fuera de alcance.

El éxito funesto del combate naval del cabo de San Vicente, acabó de arruinar el comercio español, por la falta de comunicaciones con América. A esto se agregaba que la Francia, aunque vencedora en el continente, habia perdido sus escuadras y colonias peleando contra la Inglaterra, y no podia darnos socorros eficaces por mar, antes bien se hallaba en estado de necesitarlos é implorarlos de nosotros para defender sus costas sin cesar amenazadas por los ingleses.

Donde quiera que el Almirante inglés Nelson alcanzaba ó descubria una escuadra enemiga, allí entraba en combate y la derrotaba. De la francesa triunfó en Aboukir, derrota á que habia de ser consiguiente la evacuacion de Egipto por los republicanos: pero el Almirante vencedor no fué tan venturoso en su atrevido ataque contra las Canarias en 1798. La principal de aquellas islas hizo una admirable defensa respondiendo con un vivísimo fuego al de la escuadra enemiga, y haciendo en sus navíos y su gente harto daño, hasta que herido en fin gravemente el mismo Nelson, hubo este de retirarse, renunciando enteramente á la conquista de aquellas islas importantísimas para España, por cuanto son la escala de su navegacion y comercio con América. Nuestras comunicaciones con esta

region se veian sin cesar interceptadas por los ingleses, quienes tenian constantemente una escuadra formidable en las aguas del apostadero de Cádiz, de modo que el comercio español desfallecia espantosamente, y no menos las artes y la agricultura.

Tal era el estado de la España cuando una escuadra nuestra salió en 1799 del puerto de Cádiz, mandada por D. José de Mazarredo, para ir á incorporarse con la francesa en Brest. La británica no tenia bastantes fuerzas para batirse con la española, por lo cual hubo de contentarse con seguirla de lejos; mas apenas entraron nuestras naves en Brest, cuando en este puerto fueron bloqueadas por la escuadra enemiga, reforzada ya con gran número de navíos que de los puertos de Inglaterra la enviaron.

Tantos y tan exhorbitantes eran los gastos ocasionados á la España en sus espediciones navales, al paso que espantoso el *déficit* del presupuesto y el recargo ya de las rentas públicas, que el Gobierno apeló en último recurso al medio de imponer una contribucion estraordinaria de trescientos millones, entrado el año 1799. Para mayor apuro y conflicto faltaban datos estadísticos, y, como sucede en tales casos, el reparto se practicó con tanta desigualdad, tan poco tino y prudencia, que las reclamaciones fueron infinitas, la resistencia mucha, y la cobranza no pudo verificarse. No podia terminar de un modo mas horroroso para la España el siglo XVIII, pues á los males de la guerra se añadió otra calamidad tanto ó mas terrible si se quiere. Tal fué la de la espantosa epidemia conocida con el nombre de *tiphus icteroides*, semejante á la fiebre amarilla por ciertos síntomas que la caracterizan y los estragos que hace comunmente. De aquí provino el creerse que habia sido importada de América. Tan rápidamente se propagó por el antiguo reino de Sevilla, y con tanta violencia, que el número de las víctimas llegó á cien mil en aquel año. Era esta la vez primera que en España se habia manifestado, é ignorado ó mal conocido por consecuencia el método curativo, los estragos eran mucho mayores de lo que en otro caso fueran. Muy superior á los de otros puntos comparativamente, fué el número de muertos en Cádiz, Sevilla y sus pueblos comarcanos.





CAPITULO IX.

Investigaciones sobre el golfo californiano, para fundar colonias en sus costas, desde el año 1744. Espediciones al intento por el jesuita Consag, D. José de Galvez, D. Juan Perez, D. Bruno Heceta, D. Juan de Ayala y D. Juan de la Bodega y Cuadra.—Empresas destinadas á tomar conocimiento de las colonias fundadas por los rusos en *Nutka*, la entrada del *Príncipe Guillermo* y otros puntos de aquella parte de la América del Norte, y para continuar el exámen de aquellas costas. Espedicion de D. Esteban Martinez y D. Esteban Lopez de Haro: escursiones de estos: llegan á la isla de Bralaska, donde son bien recibidos del Gobernador de aquella colonia rusa: se enteran de ella y regresa la espedicion al punto de su partida.—Nueva espedicion al mando de Martinez, para ocupar á Nutka, á donde llega, y funda en aquel punto una colonia.—Preséntase en el puerto un buque inglés con igual objeto. Altercados entre el comandante inglés y el español. Prende este al primero y á su gente, se apodera del buque, reconoce la costa comarcana, construye una goleta, y en virtud de órden superior se retira al puerto de San Blas.—Sale de aquí otra espedicion para Nutka al mando de D. Francisco Elisa; continúa este allí los reconocimientos, examina algunos establecimientos rusos.—Espedicion con las corbetas españolas *Descubierta* y *Atrevida*, á examinar las costas descritas por Ferrer Maldonado.—Su arribo al puerto de *Mulgrave*: descripcion de aquel pais. Continuacion del viaje: llegada á Nutka. Van á Monterey: hacen varias entradas en el territorio; adquieren noticias interesantes á la geografía, y desempeñada la comision la corbeta *Atrevida* da la vuelta para Acapulco y la *Descubierta* para San Blas.

Las contínuas alternativas de paz y guerra de España con Austria, Inglaterra, Holanda, y alguna vez con Francia, durante el siglo XVIII, no impidieron que el Gobierno español atendiese á empresas marítimas encaminadas á la esploracion de tierras incógnitas en los mares de las Indias occidentales, para desvanecer las dudas que á los geógrafos y marinos se ofrecian acerca de los pasos que haber pudiera, atravesando por mar desde la una á la otra orilla opuesta de aquel gran continente. Entre el fragor de las armas, que con frecuencia teñian de sangre el suelo europeo, las costas americanas y las aguas de ambos mares,

siendo teatro de celebérrimos combates entre formidables armadas navales, España continuó con noble arrojo sus investigaciones sobre el golfo californiano. Al principio del capítulo II (1) hemos referido las laudables tareas del P. Ugarte con aquel objeto en 1721, y la continuacion de ellas por otros españoles dignos de eterna memoria debe ser objeto de este y otro capítulo.

Habíase propuesto el ministerio de Felipe V que se fundáran poblaciones de españoles con fortalezas y presidios en los puertos capaces y seguros que se halláran en el territorio ya descubierto de la California; que se mantuviesen allí dos balandras armadas en guerra para fomentar la pesquería de perlas, guardar las costas, facilitar el comercio y cooperar á la reduccion de los indios. Los resultados de estas y otras disposiciones, por real cédula de 13 de noviembre de 1744, fueron tan satisfactorios que en el año siguiente se contaban ya diez y seis misiones en la California, compuestas algunas colonias de muchos pueblos y habitantes. En tal estado de progreso, para llevar adelante tan gigantesca empresa, se destinó á reconocer la costa occidental de lo interior del golfo al P. jesuita Fernando Consag, quien con cuatro canoas salió de las playas de San Cárlos en 9 de junio de 1746. El fruto del exámen que hizo de toda aquella costa, sus canales y ensenadas, hasta internarse en el rio *Colorado*, fue, en combinacion con otros reconocimientos anteriores que por tierra se habian hecho desde la Sonora hasta el dicho rio, el convencimiento de ser la California una península unida al continente de la América. A tan utilísimos trabajos debe en fin el público el apreciable derrotero que tiene de aquella espedicion desde mediados de aquel siglo, y por consecuencia del mapa, ó sea la carta, que de resultas de ella se formó.

Con grandes adelantamientos de la empresa siguieron los reconocimientos estendiéndose á lo interior del pais, hasta que en el año 1767, bajo el reinado de Carlos III, quedaron como estacionarios ó paralizados, á consecuencia de la estincion de los jesuitas, á quienes sin duda se debia el orígen y conservacion de las colonias californianas por cerca de una centuria. Por fortuna á los hijos de Loyola sustituyeron en aquella empresa los misioneros del colegio de San Fernando de Méjico, que en celo apostólico, en actividad y acierto fueron dignos émulos de sus antecesores. Sin embargo, el estado político de la Europa y las encarnizadas y largas guerras, fueron tan trascendentales á nuestras posesiones ultramarinas, que durante muchos años estuvieron como abandonados los descubrimientos emprendidos por mar para conocer las costas setentrionales de la Nueva-España. En tanto los establecimientos rusos en aquella parte reclamaban vigilancia y precauciones de nuestra parte para asegurar y defender allí nuestros dominios. Con este objeto en 1768 se proyectó una espedicion española, y D. José de Galvez, que á la sazon se hallaba en Nueva-España,

(1) Véase pág. 631 y 632.

fué destinado á la adquisicion de noticias convenientes para proceder con el debido acierto. Construyéronse desde luego en el puerto de San Blas varias embarcaciones en 1769, y el previsor y diligente comisionado régio, tomando en cuenta los casos fortuitos que podrian frustrar las diligencias por mar, determinó enviar por tierra otra espedicion, de modo que destinadas ambas á los mismos parajes, pudieran socorrerse mútuamente.

Del puerto de San Blas habian salido los paquebotes *San Antonio* y *San Cárlos*. El primero de estos llegó felizmente al puerto de San Diego el 11 de abril del último citado año; pero el segundo tuvo accidentes fortuitos que retardaron diez y ocho dias su arribo. La espedicion terrestre llegó en 14 de mayo, continuó su marcha para Monterey, á donde llegó despues de un penoso viaje el 29 de noviembre, allí permanecieron algunos dias, y desesperanzados de ser socorridos por mar se fueron y llegaron á San Diego. De este puerto, donde recibieron los socorros que tanto necesitaban, retrocedió á Monterey la espedicion terrestre, y al llegar allí se hallaba ya reducida á veinte hombres. Sin detenerse dieron principio á la formacion de la colonia, se establecieron misiones y se trató de la fundacion de otras cinco en lo restante de la Nueva California. Por un efecto de las incesantes comunicaciones de aquellos colonos con Nueva-España, de donde se les daban los auxilios necesarios, se hizo conocida y segura aquella navegacion, y en los años sucesivos se adelantaron los reconocimientos por las costas setentrionales.

Esto facilitó al alférez de fragata D. Juan Perez los medios para hacer con acierto, en la corbeta *Santiago* que mandaba, su viaje por el cual en 1774 tomó algun conocimiento del canal de Santa Bárbara y las islas que le forman: y luego, yendo al puerto de Monterey, preparó allí su buque para navegar en altas latitudes. Al intento se hizo otra vez á la vela, en 6 de junio, y encaminado al Norte descubrió tierra por los 53° 53′ de latitud, y despues de algunos dias, en el paralelo de 55°, una punta ó cabo tajado hácia el mar, donde terminaba la tierra, á que llamó de *Santa Margarita*, y formó una descripcion de aquella parte de costa. A causa de la escasez de agua dulce en aquel punto fué á surgir en un fondeadero que denominó de *San Lorenzo*, en 49° 30′, donde hizo cambios con los indios de la entrada que despues se llamó de Nutka. Contínuos temporales, y la propagacion del escorbuto en su tripulacion, le impidieron examinar aquellas costas hasta entonces desconocidas, obligándole en fin á terminar su empresa.

No por esto se desistió del pensamiento de otras semejantes, y así es que el virey de Nueva-España, proponiéndose lograr un conocimiento exacto de la costa del N-O. de la América, hizo que se preparasen la citada corbeta *Santiago* y la goleta *Felicidad*; la primera al mando del teniente de navío D. Bruno Heceta, y la segunda al oficial de igual clase D. Juan de Ayala. En 16 de marzo de 1775 salieron ambas naves del puerto de San Blas, y á pocos dias

quedó la fragata mandada por D. Juan de la Bodega y Cuadra. Su primera operacion fué el reconocimiento de la isla del *Socorro*, que D. Francisco Maurelle creyó podria ser la de Santo Tomás, descubierta por Grijalva; y siguiendo luego sin perder de vista la costa, fueron á echar el áncora en el puerto que llamaron de *la Trinidad*. Volvieron á navegar y en los 48° dieron otra vez fondo en una ensenada que apellidaron de *los Mártires*, á causa de haber perecido allí siete hombres de la goleta á manos de los indios, al tiempo de ir á hacer aguada. Esto no obstante saltó en tierra el comandante y tomó posesion de ella, á presencia de algunos naturales, que eran de hermoso rostro, gallarda presencia, é iban vestidos de gamuzas encarnadas. El pais era frondoso, bien arbolado y ameno. Por desgracia se habian propagado las enfermedades en las tripulaciones, de tal manera que nuestros marinos determinaron dar la vuelta para Monterey; pero los oficiales de la goleta en este tornaviaje, con el ardiente deseo de adquirir gloria con nuevos descubrimientos, instaron á su comandante para que llevase adelante la comision, y aquella nave se separó de su compañera la corbeta. Navegando esta sola para Monterey aquí arribó en 29 de agosto.

En tanto la goleta, el 16 de aquel mes, á los 56° 8′ de latitud, avistó tierra, se aproximó, y notó en ella algunas ensenadas, montes altísimos, cuyas cimas estaban cubiertas de nieve, descollando entre ellos el que llamaron de San Jacinto, separado de los demás, situado en un cabo saliente que llamaron del *Engaño*, y figurando un hermoso cono á manera de pan de azúcar, de cuya nevada cumbre se precipitaban torrentes de agua al mar, presentando la perspectiva mas hermosa y pintoresca. Algo mas adelante, el dia 17, descubrieron un puerto que titularon de *Guadalupe*, y fondearon en la ensenada de los *Remedios*, sin que en ella viesen playa ni llanura alguna; pero en una rinconada notaron el desagüe de un rio, de donde salieron dos canoas con dos hombres y dos mujeres, que les instaban á que fuesen á su ranchería. Con las precauciones debidas saltaron en tierra algunos de los nuestros, el dia 19, y aunque al principio los indios se mostraron amigos, y contentos al recibir algunas dádivas que de varias bujerías se les hicieron, se opusieron despues á que sus huéspedes hiciesen aguada, y por último acudiendo á sus moradas y sacando de ellas sus armas, se pusieron en actitud de acometer, bien que se contuvieron al ver los preparativos de defensa de nuestra gente. Los de la goleta dieron vela el 21, con decidida intencion de continuar sus descubrimientos, mas los estragos del escorbuto fueron tales que solo quedaron dos hombres capaces de gobernar en cada guardia, y fué de forzosa necesidad volver la proa para Monterey. Proponíase el comandante de la goleta ir de paso reconociendo la costa, para examinar la entrada que se supone descubrió el almirante Fonte. Registrando pues el fondo de las mas pequeñas ensenadas, doblando cuantos cabos veía, y dejando de navegar de noche para mejor reconocer de dia la costa, el 24 se halló en 55° 17′, dobló un cabo, entró por una ensenada en que descubrió hácia el N. un brazo

de mar, cuyo término no se alcanzaba á ver, fondeó en ella, la denominó entrada de *Bucareli*, y levantó el plano. La tierra parecia fértil, y las noches eran claras y serenas, efecto de siete volcanes que entre la nieve de los montes iluminaban y templaban con sus llamas aquella atmósfera. De allí, donde se restablecieron muchos de los enfermos, hecha provision de agua y leña, salió la goleta á reconocer una isla grande que la Bodega denominó de *San Cárlos*. Avistaron nuestros navegantes el cabo de *San Agustin*, donde observaron rápidas corrientes en los movimientos ordenados de las mareas, mas sus esfuerzos fueron varios tratando de reconocer parte de la costa, donde atendidas aquellas señales creyeron encontrar alguna ensenada y la desembocadura de un rio. Hicieron luego rumbo al O-N-O, y en el paralelo de 56° descubrieron la ensenada que se nombró del *Príncipe*; pero cuando mas alentados estaban para llevar adelante su empresa, vientos contrarios, el mar embravecido, y los rápidos progresos con que volvió á presentarse el escorbuto, al mismo tiempo que faltaban medicamentos, determinaron al intrépido comandante de la goleta á la arribada, y despues de inesplicables trabajos, y peligros á causa de recios temporales en tan altas latitudes, entrado ya setiembre, el dia 11 vieron tierra por los 53° 54′ á distancia de ocho ó nueve leguas. No les fué posible reconocerla, siguieron hasta los 46° 20′ volvieron á recalar sobre la costa el 24 por los 45° 27′, y buscaron el rio de Martin de Aguilar sin lograr su objeto. El dia 3 de octubre entraron en la ensenada de otro caudaloso rio que formaba un abrigado y anchuroso puerto, al cual titularon de *la Bodega*, añadiendo este en su diario, que es el mismo en que estuvo Drake, y no el de San Francisco. De allí fueron á fondear el 6 en Monterey y el 20 en San Blas.

«La importancia de este viaje para los adelantamientos de la geografía en »aquellas costas, poco conocidas ó visitadas hasta entonces, dice un escritor es»pañol, la han calificado bien varios sábios geógrafos y viajeros, entre estos el »célebre Coock, cuando posteriormente reconoció en 1778 las mismas orillas, »aprovechándose con aprecio del diario que de esta espedicion D. Francisco Anto»nio Maurelle, piloto entonces.» Aquello indujo á que la corte de España preparase otra espedicion para adelantar mas los descubrimientos de la costa N-O. de la América, y al efecto en 11 de febrero de 1779 salieron del puerto de San Blas las dos corbetas *Princesa* y *Favorita*, que se habian construido en Guayaquil, mandadas por los tenientes de navío D. Ignacio Arteaga y D. Juan de la Bodega y Cuadra, quienes llevaban órdenes de subir hasta los 70° de latitud. Despues de varios reconocimientos en su viaje, en 4 de mayo fondearon en el puerto de Bucarelli, cuya situacion rectificaron, comisionando al efecto al ya alférez de fragata D. Francisco Maurelle, para que le reconociese prolijamente levantando planos de los varios puertos y ensenadas que contiene. Observaron las elevaciones y descensos de las mareas en los diversos tiempos de la luna, describieron circunstanciadamente la geografía física del pais, la direccion de las

cordilleras, la altura y la formacion de los montes, la variedad y especie de los árboles, arbustos y yerbas, aves, peces y minerales, constitucion y costumbres de sus naturales. Hecho este interesantísimo y útil trabajo que honrará eternamente á la Marina Real española, salieron las corbetas del puerto de Bucarelli, en 1.° de julio, reconocieron varios puntos por la parte meridional de la isla que, inmediata al monte de San Elías, denominaron del Cármen, y trataron con los indígenas que se mostraron muy francos y generosos. Vieron las cumbres de las montañas cubiertas de nieve, que desprendiendo raudales cristalinos fertilizaban sus faldas ó laderas, manteniendo en ellas la frescura con que se conservaba el verdor de yerbas, plantas, y arbustos, que amenizaban y hacian aquellos sitios deliciosos. Continuando el viaje vieron cerca de aquel punto varias islas, fondearon en una de ellas, á causa del mal tiempo, de ella tomaron posesion por España, titulándola isla de *Regla*, y consecutivamente se levantó el plano del seno inmediato, que tenia comunicacion con varios canales. El dia 3 de agosto vieron un monte muy alto con un volcan en su cumbre; pero contrariados nuestros navegantes por los vientos y afligidos por las enfermedades, determinó el comandante de la espedicion encaminarse al cabo Mendocino. Le reconocieron en 5 de octubre, entraron el 15 en el puerto de San Francisco; allí, con motivo de la guerra con los ingleses, recibieron órden para regresar á San Blas, y arribaron á este puerto en 21 de noviembre.

La gran pugna entre España é Inglaterra, obligó á nuestro Gobierno á suspender por entonces el curso de las esploraciones marítimas por la costa N-O. de la América, hasta que un acontecimiento imprevisto le puso en la necesidad de mudar de propósito. Los rusos habian formado varios establecimientos en el puerto de Nutka, en la entrada del *Príncipe Guillermo*, y en las islas de la *Trinidad* y de *Onalaska*. Preciso era que la España tomase un verdadero conocimiento de tales colonias, al paso que continuase el exámen de aquellas costas. En 8 de enero de 1788, salieron, pues, del puerto de San Blas la fragata *Princesa* y el paquebot *San Cárlos*, al mando del alférez de aquella D. Esteban Martinez, y el primer piloto D. Esteban Lopez de Haro. Hallándose el 17 á cuatro millas de la entrada del *Príncipe Guillermo*, intentaron embocar por ella, bien que en vano, pues lo impidieron el viento contrario y las rápidas corrientes. El 26 entraron en una ensenada muy abrigada, que llamaron puerto de *Flores*, y en él trataron con los naturales que acudian presurosos á hacer cambios y tráfico. Con intento de pasar al puerto de la Trinidad prosiguieron su viaje el 15, y el 24 se halló separado el paquebot de la fragata, y fuera de la vista de tierra. Reconocidos de paso los cabos *Grenville* y *Dos Puntas*, á la inmediacion de estas fondearon en una ensenada, donde por los indios que salieron en canoas á visitar al Comandante, vestidos á la europea, se tuvo noticia de que en lo interior habia embarcaciones y establecimiento estranjero. A fin de reconocer aquel punto se destinó con una lancha un piloto, y en breve retrocedió acompañado del al-

gunos oficiales rusos. Al dia siguiente, 1.° de julio, bajó á tierra el comandante Haro, para tomar conocimiento de aquella colonia, y el gobernador de ella fué tan franco y generoso, que, aunque ruso, le enteró detenidamente del estado del establecimiento, en que bajo todos conceptos reinaba el mejor concierto y buen órden para su prosperidad y fomento. Entre todo cuanto allí vió nuestro marino, lo que mas llamó su atencion fué la carta hidrográfica que se le mostró de aquellos parajes, en que habia un canal que principiaba al S. del rio *Cook* y terminaba cerca del cabo de la *Trinidad*. Allí supo Haro que la fragata *Princesa* estaba fondeada al N. de la isla de la Trinidad, y mediante esta noticia pudo al dia siguiente reunirse con su compañero Martinez, quien ya habia tomado formal posesion de aquella tierra hasta una punta contigua que llamaron de *Floridablanca*. De aquel punto hicieron vela ambos buques para la isla de Bralaska, á donde contrariados de los vientos, no pudieron llegar hasta el 3 de agosto. No desaprovecharon el viaje, pues hicieron circunstanciadamente una descripcion de la costa y un derrotero utilísimo, y bien recibidos de los rusos, adquirieron noticias muy exactas y estensas de sus establecimientos y factorías. El gobernador de la colonia regaló al Comandante Martinez dos colmillos de un animal, ó mejor diremos mónstruo marino, que llamaban *morce*, y que ciertamente sería una disforme morsa, cuyo peso, segun decian, era de cuatrocientos quintales. Satisfechos nuestros dos viajeros del desempeño de su comision, determinaron regresar á los puntos de Nueva-España: la fragata entró en Monterey en 17 de setiembre, y el paquebote, que se habia separado, surgió el 22 de octubre en San Blas, donde el 5 de diciembre se le reunió el otro buque.

Al buen éxito de esta espedicion fué consiguiente otra que se dispuso, al mando del mismo D. Esteban Martinez, con aquellas mismas naves. Era objeto de ella la ocupacion del puerto de Nutka, antes que lo hicieran rusos é ingleses, atendido el derecho que para ello teníamos, por cuanto ni unos ni otros estranjeros le habian conocido siquiera, pues D. Juan Perez navegante nuestro fué el primero que vió á Nutka y allí fondeó en 1774. Tolerar ó permitir que otros se apoderasen de aquel interesante punto; que justamente nos pertenecia, por razones de preferencia, hubiera sido perjudicar en gran manera nuestros intereses, nuestras colonias, en fin, particularmente á las que teniamos en las costas descubiertas al Norte de la California. Dadas pues las instrucciones convenientes á Martinez por el virey de Nueva-España D. Manuel Flores, y dispuesto cuanto era necesario para la ereccion y fomento de la colonia que se trataba de fundar, salió la nueva espedicion del puerto de San Blas, en 17 de febrero de 1789, y despues de haber sufrido con frecuencia vientos contrarios, en 2 de mayo avistó el cabo *Boise* y el 5 fondeó en Santa Cruz de Nutka. En aquel puerto halló fondeados una fragata americana y un paquebote portugués, que al punto exhibieron los pasaportes y las instrucciones con que navegaban. Los indígenas recibieron con particulares demostraciones de afecto á Martinez,

particularmente el cacique Macuina que se esmeró en obsequiarle y regalarle, enseñándole además las conchas de Monterey, que en 1774 se le habian regalado cuando allí estuvo la corbeta *Santiago*, y que el caudillo indio conservaba con sumo aprecio. Lo primero que hizo el gefe de nuestra espedicion fué mandar construir una gran barraca en tierra y levantar una batería de seis cañones de á doce, y cuatro de á ocho sobre la punta N-E. que forma la boca del puerto: consecutivamente providenció todo lo demás que era oportuno y conducente, para la ereccion y prosperidad de la naciente colonia.

Aun no hacia dos meses que allí habia fijado Martinez la planta, cuando en 2 de julio entró en el mismo puerto el paquebote inglés *el Argonauta*, despachado de Macao por la compañía inglesa. Su capitan Jaime Colnet iba autorizado por el rey de la Gran Bretaña para tomar posesion del puerto de Nutka, fortificarle y establecer allí una factoría; monopolizar esclusivamente el acopio y tráfico de pieles de nutria, impedir este comercio á otras naciones, y al efecto construir una gran fragata y una goleta. Esta pretendida usurpacion de aquel territorio, contra el indisputable derecho de la España, suscitó desde luego una acalorada competencia entre Martinez y Colnet, llamó la atencion de todas las cortes europeas, é hizo temer, con harto fundamento, que para dirimir la contienda se apelase como último recurso á una guerra trascendental á la Europa entera. A tanto como esto parecia que iba á conducir la disputa de posesion de un reducido territorio, mal poblado de indios miserables y pacíficos, á seis mil leguas de navegacion de la culta Europa. La oposicion, la conducta grosera del capitan inglés y su insolencia en las respuestas á las razones alegadas con urbanidad y prudencia por el capitan español, llegaron á tal grado que este se determinó al arresto de Colnet, y lo llevó á efecto encerrándole en la cámara de su fragata, declarando prisioneros de guerra á todos los individuos del paquebote *Argonauta*, y enviando este á San Blas, á disposicion del virey.

Terminada por entonces la cuestion, mediante aquel rasgo de firmeza de Martinez, pensó este en registrar y reconocer los contornos del puerto de Nutka. Para esto, tomando en cuenta que el paquebote *San Carlos* no era á propósito para reconocer la costa inmediata, á causa de lo mucho que calaba, determinó construir una goleta de sesenta piés ingleses de quilla, y tenia ya muy adelantada esta obra cuando se recibió órden de que la fragata regresára al departamento de San Blas. A consecuencia, antes de cumplir este mandato, dispuso Martinez que fuese reconocido el canal del O. por el segundo piloto, que lo hizo con el bote saliendo por allí á la bahía de *Buena Esperanza* de que tomó posesion en nombre del Rey; y luego, retirando nuestro capitan la artillería del baluarte, dejó depositados en poder del cacique Macuina los materiales de construccion que para la colonia habia acopiado, en 31 de octubre izó con la fragata y la nueva goleta, y en 6 de diciembre arribó al punto á donde era llamado.

A poco tiempo, mediante órdenes espresas de la corte, dispuso el virey que

volviese á Nutka otra espedicion para llevar á cabo la empresa, y al efecto se dispusieron la fragata *Concepcion*, el paquebote *Argonauta* y la balandra *Princesa*, que bien armados, provistos de municiones y pertrechos, y con tropa considerable para guarnecer la nueva colonia, en 3 de febrero de 1790 se hicieron á la vela, mandados por D. Francisco Elisa, y en 4 de marzo aportaron en Nutka. Luego que se hubo puesto aquel establecimiento en buen estado de defensa, fué despachado el teniente de navío D. Salvador Fidalgo para reconocer la costa desde los 60° paralelos el Sur, emprendió el viaje en 4 de mayo con el paquebote *San Cárlos*, y arrostrando y venciendo los obstáculos de malos tiempos, hizo varios reconocimientos útiles; tomó posesion de varios terrenos, dió el nombre de *Menendez* á una ensenada en que surgió primero, y llevó á cabo el exámen del seno del *Príncipe Guillermo*; operacion trabajosa en que le auxiliaron eficazmente dos respetables indios, que sirvieron de prácticos con la mayor confianza y buena fé. Mientras los nuestros hacian sus observaciones á la boca de un puerto, en latitud de 60° 54′, oyeron unos truenos horrorosos, y conducidos por los prácticos indígenas á lo interior, descubrieron una gran llanura cubierta de nieve, advirtiendo que al estampido de los truenos se lanzaban al aire grandes témpanos de yelo hasta una altura considerable; pero el asombro y espanto de tan estraordinario fenómeno, unido al riesgo que corrian estando en sus inmediaciones, les hizo desistir del pensamiento de examinarlo prolijamente. De allí pasaron á unas islas, donde fueron bien recibidos de los naturales, y de regreso atravesaron un canal, pusieron nombres á todos los puntos principales de aquella ensenada que habian reconocido, é hicieron en sus diarios exacta descripcion del pais, de sus producciones naturales, de la calidad y costumbres de sus habitantes y del establecimiento creado allí por los rusos, por quienes supieron que el del rio de Cook se fundó en 1787, y todos dependian de una compañía de comercio de Petersburgo.

Consecutivamente se propuso Fidalgo reconocer la costa S-O. para lo cual dió la vela en 21 de junio, sufrió calmas, tempestades y neblinas, y en 2 de julio, en las inmediaciones del cabo *Elisabet* y ensenada de *Regla*, llegaron á su bordo diez canoas, cuyos indios, mas civilizados que los de aquellas costas, daban á conocer su trato con los rusos. Agradecidos aquellos naturales á los regalos que los nuestros les hicieron, se ofrecieron á servir de prácticos y aun de portadores de una carta al gefe de la factoría. Con tal auxilio pudo ir Fidalgo á fondear el dia 4 á la vista del establecimiento de dicho rio, cuyo gobernador ruso le recibió propicio y socorrió: entró al dia siguiente en el puerto que denominó de *Revillagigedo*; y desde allí, no pudiendo hacerlo con el paquebote á causa de los escollos de que le dió noticia el gefe ruso, envió un piloto con la lancha á visitar el establecimiento que estaba en los 60° 30′ de latitud. Siguiéronse á esto varios reconocimientos importantes, y formada de ellos una descripcion muy interesante, en 8 de agosto se hizo á la vela y el 15 fondeó cerca del

cabo de Dos Cabezas, donde bajó á tierra, visitó otro establecimiento ruso, prosigió su navegacion, y viéndose contrariado de los vientos y escaso de víveres, hizo rumbo para Monterey, donde fondeó el 15 de setiembre, y de este puerto fué á parar el 14 de noviembre al departamento de San Blas. Aquí terminó el piloto Fidalgo aquella empresa marítima, utilísima en verdad por los conocimientos políticos é hidrográficos que adquirió de aquellas costas, y que supo describir con tanto acierto y exactitud.

Habia dado á conocer en aquel tiempo Mr. Buache el descubrimiento del estrecho del N-O. que Ferrer de Maldonado suponia haber hecho en 1588, sobre lo cual el geógrafo francés, con sobrado ingénio, en una Memoria que leyó en la Academia de las ciencias de París, pretendia desvanecer las dudas y opiniones contrarias á la realidad de cuanto dijo Maldonado. Con este motivo, en ocasion que con el objeto de hacer un viaje científico alrededor del mundo, se hallaban en Acapulco las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, el Gobierno español las destinó al exámen de las costas descritas por el navegante español, y que así se comprobasen ó se saliese de dudas sobre las hipótesis y opiniones de Buache. De Acapulco salieron pues las corbetas en la mañana del 1.° de mayo de 1791, y el 23 de junio avistaron la parte de costa comprendida entre el cabo del *Engaño* y las islas que estan al N. del cabo de *San Bartolomé*, reconocido la vez primera por Cuadra en 1775. Por buenas observaciones astronómicas comprobaron nuestros navegantes la exactitud con que Cook situó geográficamente todos estos puntos, y tomaron la altura del monte *Egecumbe* llamado por Cuadra de San Jacinto, el cual puede servir de punto de reconocimiento para las recaladas en aquella costa. A la vista del cabo de Buen tiempo se hallaban las corbetas el 25: luego en las cercanías de la bahía de *Behering* determinó el comandante dirigirse á reconocer aquella costa, y aproximándose á ella se hicieron varias observaciones astronómicas y de la variacion de la aguja, sin hallarse abra alguna de consideracion. Iban á entrar las dos naves españolas en el puerto de Mulgrave, cuando fueron recibidos por algunas canoas de indios, que saliendo por varios canalizos que formaban las islas, venian cantando el himno armonioso de la paz, al paso que hacian señales de venir desarmados y amigablemente á visitar á sus huéspedes. «Fondearon las corbetas en aquel puerto, en un paraje abrigado y muy delicioso, porque la frondosidad y verdor de las flores que cubrian diferentes islas muy cercanas, la sencilla rusticidad de las habitaciones de los naturales, colocadas sin órden en las inmediaciones del mar, esparcidos ellos por los campos y playas en los trabajos de sus oficios é industria, presentaba todo una agradable escena, que se mudó á pocos dias en otra no menos nueva y digna de atencion; porque disipadas las nubes y neblina que hasta entonces habian ocultado los objetos distantes, apareció la magestuosa cordillera que desde el monte de Buen tiempo sigue hasta el de San Elías y el yelo y la nieve que cubria sus cimas, y en que reflejaban con nuevo brillo los rayos

del sol, contrapuestos á la frescura y lozanía de los frondosos y dilatados bosques de pinos de la tierra llana, lo transparente y puro de la atmósfera con un suave viento del N-O., la claridad y duracion del crepúsculo hasta la media noche, todo ofrecia tal encanto á la vista y á la contemplacion, que parecia acreditar las exajeradas pinturas de los poetas, ó renovarse los tiempos de la edad dorada segun han existido en sus fecundas imaginaciones (1).»

Al buen recibimiento, al agasajo, á las prendas de amistad y confianza de aquellos indios, correspondió nuestra gente dándoles recíprocas pruebas de afecto y pacíficas intenciones. Hiciéronse consecutivamente cuantas observaciones convenian, se midió la altura del monte de San Elías, y resultó sobre el nivel del mar la de 6507,6 varas castellanas; comprobóse no tan solo que no existia el abra ni el paso deseado que pintó Ferrer Maldonado, sino que era muy corta la estension del canal; en él se internaron las lanchas con gran trabajo, por la dificultad de bogar entre las bancas flotantes de nieve; midióse una base, hiciéronse algunas marcaciones, se recogieron varios objetos y piedras para los naturalistas, y llegados á la línea del yelo permanente regresaron á la bahía donde habian estado fondeados.

Al abandonar aquel surgidero dejó el comandante enterrada una botella con la inscripcion del reconocimiento y la posesion tomada en nombre del Rey de España. Denominaron del *Desengaño* al puerto, al abra bahía de las *Bancas*, y de *Haenke* á la isla interior, en memoria de D. Tadeo Haenke, botánico y naturalista de la espedicion, y volviendo á navegar el dia 6 de julio de 1791, entraron de vuelta en Mulgrave y levantaron el plano de este puerto. Aunque los naturales eran intrépidos y propensos al robo, el Ankan ó gefe supremo del distrito, mediante una larga y enfática arenga, les persuadió á que pidiesen la paz. Aquel caudillo, que se llamaba Juné, reunia el valor, la edad, robustez, corpulencia y penetracion que le hacian digno de la confianza pública. Acostumbran aquellos indios pintarse de encarnado y negro, con el dibujo que á cada uno le place. Los hombres visten una capa de nutria, de lobo ó de martas, y una faja por la parte inferior del vientre; usan sombreros de figura de cono truncado, hechos de corteza interior de pino: se taladran el *septum* de la nariz, y allí se ponen un pasador ú otro adorno semejante; en las orejas se hacen tambien cinco agujeros de que cuelgan varias frioleras. Las mujeres se atavían con una túnica de dichas pieles, cosidas, y sobre ella una capa de lo mismo. Debajo del labio se hacen una sajadura paralela á la boca, y en ella se ponen una piececilla de madera, de modo que separándole de la dentadura, descubren la dentadura de la mandíbula inferior desfigurando el rostro. Van armados como los demas indígenas de aquellas regiones, y como estos se afanaban en hacer cambios por

(1) Relacion del viaje de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, de la cual hemos tomado las noticias para cuanto de él referimos.

ropa ó cosas de quincalla. En sus usos y costumbres eran tambien parecidos á los otros naturales de aquellas costas.

Examinado el pais y el carácter de los indios de Mulgrave, hicieron vela las corbetas y reconocieron prolijamente la costa intermedia hasta el punto de Novales, se dirigieron á la entrada del *Príncipe Guillermo*; despues de un contratiempo costearon á poca distancia la parte septentrional de la isla de *Montagri*, pasando entre ella y la isla *Triste*, y á los puntos mas notables de la misma costa, vieron nuestros navegantes unas islas llamadas de *Hijosa*, que no comprendieron en sus cartas ni el capitan Cook ni el capitan Dixon.

Próximos estaban á la isla de *Hijosa*, cuando se acercó una canoa cerrada que no quiso atracar. Llevaba en un palo una hermosa piel de nutria, en forma de bandera de paz, convidando los indios á nuestros navegantes á que arribasen. El dia 16 de julio se reconoció de muy cerca la isla llamada *Kaye*, pasando adelante para el cabo *Suckliny* se impusieron varios nombres á sus puntas, ensenadas é isletas próximas, y fondearon el 22 en el puerto de *San Elías*. Aseguran nuestros marinos que cuanto mas examinaban aquella costa, mas estrañaban la minuciosa y circunstanciada relacion de Ferrer Maldonado, porque no se presentaba quebrada ó abra alguna que pudiera dar sospecha fundada del pretendido paso al otro mar. El objeto de la espedicion estaba ya desempeñado ó cumplido, por lo cual enderezaron nuestros navegantes las proas para el cabo de *Buen tiempo*, rectificando las cartas con nuevas observaciones. Pasado aquel punto se vió la costa poblada de arboledas y pareció habitada, segun las humaredas que por algunas partes se veian. Los reconocimientos se continuaron por el cabo del *Engaño*, y ensenada del *Susto*: el dia 31 de julio avistaron el cabo de *San Bartolomé*; los huracanes que sufrieron en la noche del 6 de agosto los alejaron de la costa; pero el dia 11, próximos al cabo *Boise*, empezaron á reconocerla con prolijidad y el 13 fondearon en *Nutka*.

Aquí, establecido en tierra el observatorio, levantóse el plano del puerto, situáronse los puntos de las costas inmediatas, y se reconocieron los canales interiores. De allí salieron las corbetas para Monterey, en 28 de agosto, y en 6 de setiembre avistaron el islote de aquel cabo y un bajo situado en su inmediacion, y se hizo un prolijo reconocimiento hasta Monterey, donde fondearon el 13. Aquí no solo se continuaron las tareas astronómicas, por las cuales se fijó la situacion geográfica de aquel puerto, sino que los naturalistas hicieron varias entradas en el pais con grande utilidad. Al mismo tiempo adquirieron nuestros navegantes algunas noticias del desventurado La Perouse, relativas al tiempo que permaneció en aquel puerto, donde dejó claros indicios de su humanidad en la máquina de un pequeño molino harinero, y en varias semillas y árboles frutales, ya propagados en aquella mision y las inmediatas.

El dia 25 volvieron á navegar, situaron la isla de *San Nicolás*, una de las que forman el canal de *Santa Bárbara*, y reconocieron detenidamente la de Gua-

dalupe, por ser comunmente el punto de recalada de los que navegaban al Asia, ó á las costas occidentales de Nueva-España. Cerca del cabo de *San Lucas* separóse la corbeta *Atrevida* para continuar su navegacion á Acapulco, y la *Descubierta* se dirigió á San Blas, donde fondeó, en 9 de octubre, concluyendo una campaña marítima, que aseguraba la situacion de las costas septentrionales de Nueva-España, con una exactitud mayor que la obtenida en los viajes y reconocimientos anteriores.





CAPITULO X.

Viaje al estrecho de Magallanes, en 1785, en la fragata Santa María de la Cabeza, al mando de D. Antonio de Córdova. Llega venturosamente al Cabo de las Vírgenes en 19 de diciembre; trato y comunicacion con aquellos indios.—Peligro de naufragio, y hábil maniobra que salvó la fragata.—Emboca esta el Estrecho: nuevos riesgos de perderse: pasa el 8 de enero de 1786 la angostura de San Simon, reconoce parte de la costa: trato con aquellos indios.—Llegada al Puerto del hambre, donde se hacen reconocimientos y se levanta el plano.—Navegacion para el cabo de San Isidro, cuya situacion se fija.—Descubrimiento de la bahía de Gaston, y trato con aquellos naturales.—Continuacion del viaje y operaciones hasta llegar á la bahía de San Simon. Archipiélago que se denominó de Córdova. Estancia en Puerto Galan.—Exámen del canal de San Gerónimo y cercanías del puerto de San José.—Arribo á la bahía de San Gregorio, la Angostura de la Esperanza y Cabo de la Posesion.—Peligrosa salida del Estrecho.—Viaje de regreso de la fragata á España y acontecimientos en esta navegacion. Arribo á Cádiz en 10 de junio de 1786.—Grandes y utilísimos frutos de esta espedicion.—Resolucion del problema sobre poblar el Estrecho.

Las noticias que se tenian acerca del estrecho de Magallanes, eran en sumo grado contradictorias y confusas; al mismo tiempo que por desgracia se habian perdido los planos que de él trazaron los Nodales, y que se consideraba la importancia para los viajes al mar Pacífico de aquel paso que tanto ha dado que discurrir á los navegantes, atendido el tiempo que se ahorrára, y los peligros que se evitáran por tan ansiado atajo, en vez de tener que doblar el tempestuoso cabo de Hornos. Estas razones impulsaron al Gobierno español á disponer una espedicion, encaminada á desvanecer las dudas y fijar de una vez la opinion sobre si el paso del Estrecho presentaba realmente la comodidad que unos sostenian y otros negaban. La empresa fué confiada al capitan de navío D. Anto-

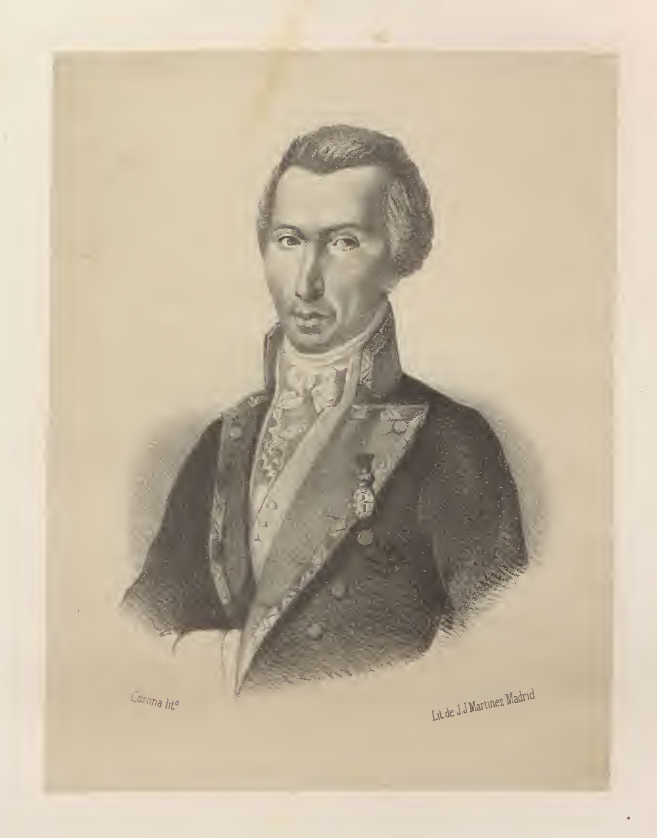
nio de Córdova, dándole el mando de la fragata *Santa María de la Cabeza*, en que con él se embarcaron los tenientes de fragata D. Dionisio Alcalá Galiano, y D. Alejandro Belmonte, oficiales de reconocido mérito, llevando tres relojes marinos (dos de Bertoud y uno de Arnold) y los demas instrumentos necesarios para la mayor seguridad de sus operaciones astronómicas y geográficas. Al amanecer del 9 de octubre de 1785 se hizo la espedicion á la vela (1) del puerto de Cádiz; al rayar el alba del 16 avistó la Gran Canaria y el Pico de Teyde en la isla de Tenerife, y prosiguió su navegacion, sin ocurrencia notable. El 24 en la noche por primera vez faltaron las brisas, en los 11° de latitud N. y se quedó en calma con alguna turbonadilla. «El cielo claro y el viento constante y fresquito, que templa los ardientes rayos del sol, y una mar que rara vez se agita con esceso, han hecho nombrar con razon á esta parte del Océano Golfo de las Damas. La vista diaria de peces voladores, toninas y bonitos, diversifica algo la monotonía de la escena, lográndose como sucedió en la fragata, la compañía de avecillas no marinas, que arrojadas del pais natural á mas de cien leguas por un viento superior al que pueden contrastar, esperaban evitar la muerte entregándose ellas mismas en manos de los hombres (2)."

A las calmas y bonanzas que duraron hasta el 21, sucedieron los vientos favorables, estando por los 7° 30′ de latitud N., y en la noche del dia 9 de noviembre se cortó la línea por los 19° de longitud O. de Cádiz. En 11 de diciembre por la latitud S. 38° 51′ y la longitud 45° 35′ O. poco antes del medio dia, se notó un corto estremecimiento en la fragata, cuya estrañeza repetida por dos veces hizo creer seria temblor de tierra, y algunos oficiales que lo habian sentido en otras ocasiones asintieron á esta conjetura.

Omitimos la prolija relacion de la navegacion sucesiva de la fragata, hasta que á las once del dia 19 de diciembre de 1785 avistó venturosamente el cabo de las Vírgenes, y esperando la mejor coyuntura para empezar la navegacion del Estrecho, se dió fondo al N. de dicho cabo, á cuatro leguas de distancia. Por muy feliz debia tenerse el viaje que acababa de hacerse, pues en setenta dias se consiguió una travesía tan larga, sin mas pérdida de gente que la de un marinero que de cólico falleció el dia 11 de aquel mes. «La tripulacion (dice la *Relacion* que hemos citado y á que nos referimos), gozaba de muy buena salud, y estaba deseosa de seguir adelante; no porque ignorase los trabajos y peligros que esperimentaria, y á que ya estaban preparados, sino por lo natural que es al hombre el deseo de esperimentar cosas nuevas, y lo que le lisonjea poder escitar la admiracion de otros y ser útil á sus semejantes: solo pesaba que la terquedad de los vientos contrarios retardase el principio.»

(1) La gente que llevaba la fragata era: 21 oficiales mayores; 2 guardias marinas; 30 individuos de tropa de infantería; 10 de artillería; 20 oficiales de mar; 54 artilleros de mar; 66 artilleros; 46 grumetes; 6 pages; 3 individuos de provision; 19 criados: Total de plazas 277.

(2) *Relacion del último viaje al estrecho de Magallanes de la fragata Santa María de la Cabeza*, en los años 1795 y 1796. Madrid 1788, un tomo en folio menor; cuyo testo seguimos.



D. DIONISIO ALCALA GALIANO.

En el acto de empezar con el bote el reconocimiento de la costa, donde desde la fragata se notaron grandes candeladas, se presentaron en la playa algunos indios á caballo, dando al punto pruebas de mantenerse pacíficos, puesto que no se trató de hostilizarles. Uno de ellos hablaba algo el español, infiriéndose de aquí que habia tenido bastante comunicacion con nuestros establecimientos de la costa patagónica, pues nombraba algunas veces al capitan Antonio Viedma y al piloto Bernardo Tafor. Traia un poncho de pañete de los que se fabrican en la provincia del Rio de la Plata, y era su trage el mismo que usan los criollos de la América meridional, á que se agregaba una especie de manta de pieles de guanaco, cosidas entre sí, y en todo idénticas á las que venden los indios en los establecimientos de la citada provincia. Dijo que se llamaba Francisco Javier, era de estatura regular, y dirigia enteramente á su compañero, cuyo gigantesco cuerpo causaba admiracion á cualquiera europeo, pues tenia seis pies y once pulgadas y media de estatura. Estaba muy prendado de un sable ó machete que ceñia, y en que parecia fijar principalmente su atencion, de modo que costó mucho examinarlo para no causar en aquel bárbaro recelo alguno. Era la vaina de bayeta picada, y en la hoja tenia un rótulo que con letras mayúsculas decia: Por el Rey Carlos III. Cada uno de ellos estaba ademas provisto de lazos y bolas, armas bien conocidas en la provincia de Buenos Aires. Nada omitió Francisco Javier para estrechar la recíproca amistad de nuestros navegantes: ambos manifestaron el mayor afecto y buena fé, fumaron, se sentaron á la mesa, usando diestramente del tenedor y la cuchara, rehusando en tal manera el vino y aguardiente, que Javier escupió un sorbo de este que se le indujo á probar, y advirtiendo á su compañero que se abstuviese de beberlo, dió á entender á todos que conocia los malos efectos de los licores fuertes. Pasaron la noche á bordo, y al amanecer los llevó el bote á tierra, donde saltaron muy contentos, haciendo señas á nuestra gente, que se aguardase para que la trajesen alguna cosa, á lo cual no se accedió, porque se disponia la marcha.

En la mañana del 22 salió la fragata de aquel fondeadero y á las tres de la tarde consiguió ponerse á la boca del Estrecho; las mareas obligaron á fondear á una legua de la costa del N. y el 23 levó el ancla para ir á mejorar de surgidero. Los patagones que habian estado toda la tarde anterior en la parte mas próxima al buque, y que al ponerse el sol se habian retirado, volvieron á la playa al ser de dia, en crecido número, todos á caballo y seguidos de sus perros. Muchos se apearon al llegar á la playa, para dar brincos en señal de amistad verdadera. Para mayor seguridad se dió vela en demanda de la bahía de Posesion. Hasta el 26 hubo que luchar con las mareas, las corrientes y los vientos: aquel dia quedó el mar casi en calma, y por la tarde fué el bote á tierra, con el fin de hacer operaciones conducentes á levantar el plano de aquella parte del Estrecho. Los patagones, que en los dias anteriores no habian venido á la playa y se habian mantenido como una milla tierra adentro, resistiendo el frio

alrededor de las hogueras que encendian, en número de treinta, todos hombres, se dirijieron al parage donde debia aterrar el bote, y le recibieron con la mayor amistad y buena fé. Se les regalaron varias bujerías de vidrio, haciéndoles sentar para ponérselas al cuello con cintas encarnadas, y el segundo Comandante de la fragata regaló al mas alto una gola de metal con su nombre y la fecha de aquel dia; pero no quisieron admitir el convite de venir á bordo, y se retiraron al caer la tarde, prometiendo que lo aceptarian al otro sol, modo con que se espresaban para denotar el dia siguiente. A la fragata llamaban el carro grande, distinguiendo el bote con el nombre de carro chico. Con esto hubo ocasion de examinar por segunda vez el carácter pacífico de aquellos patagones, como tambien su estatura y costumbres. El no desamparar la playa mientras nuestros navegantes se mantuvieron á sus inmediaciones, probaba mas bien el deseo de poseer algunas bujerías, europeas alhajas para ellos, que el trato con los estranjeros. Aquella tribu se componia de trescientas á cuatrocientas personas entre hombres y niños, no habiéndose descubierto mujer alguna, que sin duda las habian dejado en sus tolderías interiores, á donde se retiraban cada noche. Se hicieron en tierra con entera satisfaccion cuantas operaciones se necesitaron, y concluidas regresó el bote.

Vientos desencadenados engrosaron la mar furiosamente, y la fragata se vió durante dos dias espuesta á naufragar. En su triste situacion no tenia mas alternativa que la de abandonar el combatido buque ya garrado en la costa á la resistencia de sus amarras, ó de dar luego la vela antes que lo imposibilitase el garrar algun tanto mas; pero este partido en la situacion de la fragata, y en la poca vela que el viento permitia largar, era maniobra tan arriesgada como dificil. Esto se acordó no obstante en la tarde del 29 por el voto unánime del consejo de guerra que se tuvo, á pesar del riesgo de perder la lancha. Dióse la vela sobre la codera, abandonando las amarras; y esta maniobra ejecutada con la mayor actividad y buen éxito, y con el favor de la corriente y de las especiales propiedades del buque, le libertó de un peligro tan inminente, aunque á costa del mayor sacrificio que entonces podia hacer. En este desgraciado accidente se perdieron tres anclas y cinco cables, y por tanto se miró al pronto como decisivo para el malogro de la comision. Los vientos siguieron del O. toda la noche, con tanta violencia que no permitieron mas vela que el estay de mesana, y aunque se desembocó el Estrecho, por la mañana habian arrojado á la fragata á 16 leguas de la costa.

La falta de recursos de amarras era tal, que se reducian á cuatro anclas, inclusa la segunda que habia de repuesto y se sacó de la bodega, y dos cables enteros y otros dos pedazos, con que se pudo formar un ayuste de 170 brazas; un calabrote algo grueso, y el arbitrio de formar cuarta ancla con dos anclotes amadrinados. A pesar de esto se determinó seguir y embocar el Estrecho luego que el viento lo permitiese. Cedió este en la mañana del 31; se tomó la



Urrabieta inv.º y lit.º

Lit. de J. J. Martinez Madrid

AL ARRIBAR LA FRAGATA SANTA MARIA DE LA CABEZA

al cabo de las Virgenes, junto al estrecho de Magallanes, se presentan en una playa varios indios, con quienes tienen los españoles conferencias amistosas. (Año 1785.)

vuelta del S. y en 1.º de enero de 1786, al amanecer se volvió á avistar el cabo de las Vírgenes, de donde se estaba á 24 leguas. A las ocho de la mañana estaba la fragata á la boca del Estrecho; pero los tiempos forzaron al anochecer á tomar el partido de cojer segunda vez el abrigo de la costa, á esperar bonanza. Al siguiente dia se volvió á dar vela, y á las once de la mañana del 3 se habia montado ya el cabo de Posesion, y cerca de anochecer, habiendo calmado el viento enteramente, se echó el bote al agua para sondar en la inmediacion de la fragata y buscar el canal que conduce á la angostura de Nuestra Señora de la Esperanza, nombrado así por Sarmiento. Volvió el bote á las nueve y aunque no habia pódido reconocer la boca de la Angostura, dijo que creia ser la que desde á bordo se habia congeturado. Enfrente ya de aquel punto al medio dia del 4, con el favor de la corriente se logró ir hasta la medianía de la Angostura, á pesar del viento, y la fragata dió fondo muy próxima á la costa N.

Inmediatamente se destacó el bote á tierra para la continuacion de las operaciones geométricas, y regresó satisfecho perfectamente su deseo, trayendo además una gran abundancia de marisco y patos zaramagullones. Aunque á costa de algun riesgo, se determinó dar la vela para aprovecharse de la marea, que debia ser favorable toda la noche, y prontos ya para ello con la esperanza de hacer progresos, se estaba muy distante de esperar que en aquel paraje esperaban nuevas pérdidas y considerables. «Los dos cabrestantes, dice la Relacion del viaje, un calabrote nuevo por virador, un aparejo real y diversos recursos que dicta la necesidad, no alcanzaron á levar el ancla. Faltaron aparejos, virador y bozas, corrió el cable hasta el chicote hecho firme al palo mayor, y se hizo con esto mas dificil dar la vela en la noche, aunque la corriente se dirigiese al S. O. con velocidad antes de 4 3/7 millas y despues de 6. En esta disposicion el cuidado era sumo, y no infundado, pues á poco rato se notó un estrechon en el cable y que la fragata iba para dentro del Estrecho al arbitrio de la corriente. Inmediatamente se cobró el cable, se tuvo precaucion con la sonda, se procuró aprovechar la ventolina que reinaba del S. O. para conservar la medianía del Estrecho y finalmente al llegar el chicote esterior del cable, rozado aun en su mitad, se notó que el ancla se habia roto, de suerte que las uñas, parte de la caña y el cepo se quedaron en el fondo.

Cuán sensible seria esta pérdida, lo conocerá quien reflexione que pocos auxilios de amarras quedadan en unos parajes, en donde ellas solas podian defender á la fragata de los riesgos casi diarios. Los anteriores navegantes del Estrecho habian llegado á este punto sin pérdida alguna, y sin otro riesgo que los inseparables de la proximidad, y no mucho conocimiento de las costas, unido á una contrariedad casi constante de un recio viento.

Ningun viento soplaba; pero las corrientes llevaron á la fragata por la medianía del canal: desembocó en la angostura, y alternando con las mareas favo-

rables las contrarias y las calmas, se navegó con gran trabajo, hasta verse en la necesidad de buscar un fondeadero donde esperar tiempo propicio, y para ello se prefirió el primer paraje que se presentase oportuno en la costa del N. de la angostura. Se halló al fin un ancon con algun abrigo pero de fondo tan falaz que al punto fué preciso dar la vela, conociendo lo crítico de la situacion. Aquel ancon es el mismo en que fondeó Sarmiento, al cual denominó de Santa Susana, y que por un caso idéntico se vió forzado á abandonarle. La fragata pasó con felicidad la angostura de la Barranco de San Simon, el dia 8 de enero, y se dirigió al canal formado por la isla de Santa Isabel y los islotes de Santa Magdalena y Santa Marta, que es el parage mas crítico de todo el Estrecho, por las muchas restingas que salen de la isla y de los islotes. Salvándose de no pocos peligros adelantó en su navegacion y el dia 9 se empleó con el bote en el reconocimiento de la parte de costa que pareció interesante, juntando los materiales convenientes para levantar el plano. No se omitió este punto desde á bordo, continuando nuestras observaciones y enfilaciones. A su regreso trajo el bote cinco indios que habia encontrado en la playa, cuya desnudez, hedor y estupidez, hacian que se les mirase con tanto horror como compasion. Enviados á tierra se juntaron con otros que les esperaban en la orilla y que siguieron á la fragata hasta el *Puerto del hambre*: puerto de triste y funesto recuerdo, cuyo horroroso epíteto se le dió á causa de los desdichados restos de la poblacion de San Felipe que el inglés Cawendik recogió, cuando iban á perecer víctimas del frio, el hambre y todas las necesidades juntas. Aquel sitio, sin embargo, proporcionó á la fragata el medio de reparar algun tanto sus averías, y de proveerse de leña, agua, pescado y algunos refrescos, de reconocer y examinar los habitantes de esta parte del Estrecho, de hacer diferentes, científicas, muy útiles y sábias observaciones, y de estar con seguridad, mientras las embarcaciones menores se ocupaban en los preciosos reconocimientos de ambas costas. Bajando la gente á tierra, tuvo en fin el preciso descanso, admirándose constantemente en ella la constancia, robustez y buena voluntad para el servicio.

Examinadas las inmediaciones del puerto y levantado su plano salió el bote á continuar los reconocimientos. Costeó la parte del continente hasta la occidental de la bahía francesa, y se atravesó de allí á la costa de la tierra del Fuego; se reconoció en ella un escelente puerto y bahía, y se nombró al uno de San Antonio, y á la otra de Valdés en honor del Bailio D. Antonio Valdés, ministro de Marina; puntos de los cuales parece que no habia aun noticia por las relaciones de otros viajeros.

Los indios que se habian tenido á bordo cuando se fondeó al N. de Santa María, y que siguieron por la playa á la fragata, la acompañaron con toda su tribu, que seria de veinte y tres personas, durante la residencia en el Puerto del hambre; y visitados y regalados por nuestra gente, hicieron varios cambios de pañuelos, gorros y otras cosas por sus armas y adornos, y luego ganada su con-



fianza, se trasladaron á varias chozas que habia en el fondo del puerto, idénticas á las muchas que se encontraban á lo largo de la costa.

En la mañana del 20 se dió la vela para el cabo de San Isidro, con tiempo claro y viento bonancible; pero atendido lo peligroso de la navegacion de noche en aquella parte del Estrecho, se eligió para fondeadero la bahía de Varcárcel, ya reconocida, y aunque trabajosamente se ancló en ella el dia 21. Hasta este paraje siguieron los indios, habiendo andado por la playa once leguas, desde donde se presentaron por la vez primera. Toda la tarde y noche del 22 se empleó en observar con el cuarto círculo, y se logró la exacta colocacion del cabo de San Isidro. A favor de algunas ventolinas y remolinos se consiguió montar el dia 24 el cabo Froward, cuya latitud se fijó al medio dia con bastantes ventajas, fijándola en 53° 55'. Para el reconocimiento de los puertos bahías se destacó el bote á ambas costas, y el 25 fué la fragata á dar fondo en el puerto de Solano. Allí permaneció cuatro dias, con poca seguridad, porque al paso que descubierto al S. aquel puerto, una barra formada con los escombros que arrastra las fuertes avenidas un rio que alli desagua, disminuye tanto su estension que no permite á un buque bornear. «Está resguardado por el O. con una montaña de bastante altura, que forma al modo de la de Gibraltar una península: se notan á su pié unos grandes peñascos compuestos de conchuelas petrificadas, que hace algun tiempo se han desgajado: varios árboles que estan en la parte superior de algunos, deben mirarse como los mas auténticos testimonios de la antigüedad, en un pais donde la vejetacion ha de obrar con muy lentos progresos.»

La fragata se hizo á la vela al amanecer del 29, y ya muy de dia, dió en un placer de la bahía que se nombró de Gaston, del cual no se tenia noticia en las relaciones anteriores, y que puede servir para quedarse al ancla, ó por estar en calma ó por no querer esponerse á navegar de noche. No se tardó en ver salir de aquella bahía siete canoas, en que venian hasta sesenta y tres indios, entre hombres, mujeres y niños: «Una de las canoas se adelantó (dice la *Relacion* del viaje), y estando como á tiro de fusil redoblaron sus individuos los alaridos, repitiendo á menudo la palabra *Pecheri*, levantando unas plumas al aire y los brazos al cielo. Se les correspondió con señas amistosas sacando algunos pañuelos, con lo que se aproximaron sin recelo. Cuatro de los mas robustos subieron sin mostrar el menor sobresalto, y uno tomando á su cargo la introduccion de los demas, se dirigió á uno de la fragata, dando muestras de buscar al gefe ó comandante, y habiéndosele dirigido á él, empezó á dar voces terribles, dando á entender pedia licencia para presentar á los de las demas canoas que no se habian aproximado. Diéronsele varias bujerías y al punto hizo señas: llegaron y muy en breve estuvo la embarcacion llena de indios.»

Eran semejantes á los que se habian tratado en el Puerto de la hambre en lenguage, vestidos y costumbres; no obstante manifestaban mas viveza y vigor

en sus acciones: mostraron la mayor indiferencia á la vista de unas cosas para ellos tan estrañas, y con la mucha familiaridad que despues se tuvo con ellos en el puerto de San José, se ratificó mas y mas la idea del estado miserable en que pasan la vida. A las ocho y media de la mañana, estando la marea que habia tirado con lentitud al S. E. parada, se dió la vela para dirigirse al puerto de San José, así llamado por los Nodales. A las dos horas se fueron los indios que habian estado con la mejor armonía y contento. Conociendo cuál era el camino de la fragata se anticiparon con sus canoas.

Desde que se ancló al N. de la punta de Santa María, seis leguas tambien al N. de la de Santa Ana, no se conoció giro considerable de las aguas, y se puede asegurar que el camino hasta aquí se ganó á fuerza de bordos y contra el viento.

Ancló la fragata en la bahía de cabo Galan, en la tarde del 31, y allí permaneció sin novedad, hasta el 2 de febrero, empleando este tiempo en levantar el plano y completar la provision de agua y leña. Sucio y acelajado estuvo el tiempo todo el resto del mes, sin dejarse ver el sol sino unos cortos instantes. Hasta el 12 se hicieron algunas salidas con el bote á las inmediaciones de la costa del continente para continuar las marcaciones que debian servir para formar la carta general, y en una de las salidas se reconoció á satisfaccion la bahía de Gaston y el puerto de San Miguel. Salió el bote el dia 13, y despues de haber costeado el fronton opuesto al puerto Galan en la tierra del Fuego, entró en la gran bahía que Sarmiento apellidó de *San Simon*. Emprendido el reconocimiento pudo navegar al S. Los canales por donde se transitaba eran comunmente angostos, pero de mucho fondo, escepto uno en que solo habia braza y media, el cual era tránsito para otro ancho y despejado. El archipiélago del cual se acababa de salir se denominó de Córdoba. Desde este punto se presentaron á la vista algunos canales, y al cabo de algunas horas de navegacion, por el que pareció mas franco se reconoció uno que desembocaba á la mar del S. Averiguada la comunicacion esterior, era importante descubrir la interior con el Estrecho, atendiendo á que el viaje practicado era ciertamente imposible á todo buque grande. El buque costeó pues la isla de San Cayetano, y llegando á su punta meridional y occidental, se vió que una que descubierta desde lo alto de las montañas de Puerto Galan pareció una bahía cerrada, era en realidad la boca del canal de Santa Bárbara. Creyóse inútil un reconocimiento mas prolijo de esta parte de la tierra del Fuego, y por tanto regresó el bote á Puerto Galan, donde se hallaba la fragata. «No será temeridad afirmar, despues de este reconocimiento continúa la *Relacion*, que hay muchos tránsitos del Estrecho al mar del S. por medio del archipiélago del Fuego; pero que nunca será esta navegacion digna de emprenderse ni recomendarse, pues el viento, la corriente, la estrechez de las canales y sobre todo el mal fondo para anclar, son otros tantos obstáculos insuperables.»

Emprendióse con el bote la navegacion práctica del Estrecho, y en esta salida que fué la mas larga y penosa se examinó escrupulosamente la costa del S. del canal de San Gerónimo, y se levantaron los planos de todos los puertos, bahías y calas que se reconocieron. En el puerto de San José se tuvo bastante trato con los indios, que se llamaron de las islas de Fuego, porque segun parece son estas su morada ordinaria, y no se notó en ellos ninguna mala inclinacion. El 24 abandonaron enteramente la fragata con sus canoas, segun indicios á causa de la muerte de un muchacho, pues tenian, y acaso tienen todavía, la costumbre de dejar los sitios donde les sucede alguna cosa siniestra.

Varias veces subieron algunos de nuestros viajeros á las montañas que rodean el puerto de San José, y en una de aquellas ocasiones encontraron cerrada en una botella una larga inscripcion latina, monumento dejado allí por Bougainville el año 1768 en su viaje alrededor del mundo, y á su imitacion se dejó otra igual memoria, dando el nombre de *Cerro de Santa Cruz* á la montaña en que ambos documentos quedaron.

La proximidad del invierno empezaba á dar muestras de su rigor en aquel clima cruel, por lo cual se mantuvo la fragata en aquel puerto todo el resto de febrero, para tomar un partido cuanto antes. En junta de oficiales, atendiendo á que el Estrecho estaba ya reconocido hasta el cabo Lunes, que se podia completar su carta por tener ya la latitud del cabo de Pilares, que el objeto principal de la comision se podia considerar cumplido, y que los huracanes eran contínuos, se acordó dar la vuelta para Europa. El dia 11 de marzo, despues de haber permanecido treinta y nueve dias en el Puerto de San José, con una oposicion tan constante de vientos que hubiera sido imposible adelantar en el Estrecho, se dió la vela; el 13 se desembocó la angostura de la Barranca de San Simon, y se dejó caer el ancla en la Bahía de San Gregorio.

Acudió á la playa una tribu numerosa de Patagones, todos á caballo, acompañados de una multitud de perros. De la fragata se envió el bote á tierra, fué recibido con las acostumbradas demostraciones de seguridad y cariño, y habiendo traido á bordo siete de aquellos indígenas, comieron bien, manifestaron mucho deseo de fumar y un grande anhelo por adquirir sables, de que se hicieron algunos trueques por algunas pieles de zorrillo y guanaco. Continuando la navegacion, y arrostrando y venciendo peligros en aquellos terribles parajes, entregada en fin la fragata á la marea que tenia su direccion al N-E., pasó el 16 la angostura de Nuestra Señora de la Esperanza, y dió fondo al E. de ella, muy próxima á la costa del continente. El viento bonancible y la marea en favor habian salvado hasta entonces, pero no siendo justo entregarles por mas tiempo la suerte de la fragata, pues que la neblina cada vez mas espesa no permitia ver los objetos mas cercanos, se esperó una ocasion mas propicia para seguir.

En la tarde del 17 se despejaron algun tanto los horizontes, y aunque el viento del N-E. no era el mas favorable, siéndolo la corriente al punto se dió la

vela, habiendo ya marcado el cabo de la Posesion dentro de cuya bahía se hallaba la fragata. Peligrosa era la salida del Estrecho por la precision de pasar entre el cabo de las Vírgenes y el bajo reconocido é iniciado primeramente por Sarmiento. El viento se mudó en S-O. de golpe y con furia, aturbonado con cerrazon, relámpagos y agua. Forzoso fué entregarse al escandallo, y seguir á palo seco por la violencia del viento á desembocar. A las nueve y media de la noche sobre una clara se vió el Cabo de las Vírgenes, y á la una y media de la tarde demoraba al N. El viento algo mas aplacado permitió hacer alguna mas vela, y así al amanecer del 18 se tuvo la inesperada felicidad de estar la fragata fuera del Estrecho y en derrota para España. Habia salvado el dia 17 los peligros de aquel famoso paso que tanto ha inmortalizado el nombre del célebre Magallanes, y la mañana del 18 apareció clara y hermosa.

«Es por demas espresar el gozo que reinaba en la tripulacion viéndose libre de los riesgos que en el término de tres meses habia pasado en unos parajes que tantas veces habia creido su sepultura. El marinero, como todo el que no cultivando su talento no puede elevar su corazon, no estiende sus miras mas allá de lo que sufre ó disfruta en el dia, y no puede gozar en los trabajos la dulzura de evitarlos á los demás. Este era el principal motivo de la alegría que tambien tenia la oficialidad, aumentándose al ver la robustez del mismo marinero, que podia resistir la navegacion hasta Europa, sin el auxilio de las dietas de que absolutamente se carecia. Solo un enfermo de dolores gálicos, que los padecia casi desde la salida, era el que merecia algun cuidado; pues aunque habia otros cinco, cuatro con calenturas catarrales, y otro con afeccion al pecho, no eran de consideracion sus dolencias.—El 19 y 20 se vió un número prodigioso de ballenas de que se pudiera haber hecho una pesca abundante.»

Con grande alternativa de tiempos varios, ya prósperos ya opuestos, siguió la navegacion hasta el 11 de abril, dia en que se avistó la isla de la Trinidad. Continuando el viaje en 1.° de mayo se columbró una embarcacion á barlovento que venia arribada á la fragata. Largó bandera inglesa á que se correspondió con la española y el gallardete, atravesándose la fragata para reconocerla, y habiendo ido para esto un oficial, declaró que venia de la costa de Angola con 400 negros, y que iba para la Barbada. Era aquella nave una fragatilla de Lóndres. Con nada pudo socorrer del rancho que se necesitaba, y solo cedió con la mayor urbanidad unas veinte libras de tabaco, de que nuestra gente carecia, y con equidad se repartió á la tropa y marinería. La nave inglesa prosiguió su derrota, y la española la suya.

El dia 3 por la tarde, en los 6° y medio de latitud N. y 26 y medio de longitud O. se vieron muchos pájaros blancos volando contra el viento, pero pasando á tan larga distancia que no pudo conocerse la especie, y solo sí asegurar que no se encuentran comunmente en los golfos. A los dos dias de esto, el 5, se refugió á bordo un pajarillo como una especie de verderon, estando la fragata en

los 10° de latitud N. y 29 de longitud O. Es de inferir que habria sido arrojado de tierra por las brizas violentas que habian reinado, y solo podia evitar su muerte, ó siguiendo el destino de la fragata, ó teniendo la fortuna de poder cojer la costa de Africa ó alguna de las islas. Otro suceso semejante hubo en la tarde del 9. Vióse un pájaro del tamaño de una paloma, de color ceniciento y con dos plumas que sobresalian á las demás de la cola formando como una horquilla; ave que al parecer pertenecia á la especie del rabijunco.

Estando la fragata el 14 por los 23° de latitud y 32 de longitud O. se entablaron los vientos del S. al S-O. con tanto mas gozo cuanto no debian esperarse en la estacion. Dirigióse la derrota al N-E. cuarto N. para pasar al O. y N. de las Azores, asegurando así la navegacion, en vez de elegir el pasar al S. por rumbo mas directo, para no esponerse á caer en las calmas, que en tiempo de verano suelen hallarse. Desde el dia 15 en adelante se vieron pasar varias manchas de sargazo del que se cria en la América setentrional. Siendo esta planta distinta de la que se cria en las Canarias y costas del E., se infirió de aquí que habian reinado los O.

«La fragata ciñó el 23 la vuelta del N. y este dia quedó por los 34 y medio de latitud y 29° y dos tercios de longitud O. Toda la noche del 30 se pasó en calma, y el 30 por la mañana se entabló el viento del S. al S-S-E., con cielo acelajado; y como reinó este por cinco dias, obligó á subir ejercitando la paciencia á los 43° y cuarto de latitud, debiendo ser tanto mas sensible, cuanto llegando á un clima húmedo y frio, empezó el escorbuto á manifestarse en muchos individuos de la tripulacion, y con especialidad en el comandante, que á pesar de su mucho espíritu se hallaba muy agravado de este mal, postrado en cama. Sin otras novedades, sobre esto, que la de calmas alternando con vientos varios, se siguió la navegacion y á las cinco de la tarde del 9 de junio se vió la tierra, á la media hora se consiguió demarcar el Cabo de San Vicente, y en la noche del 10 se avistó la linterna de San Sebastian, de Cádiz, en cuyo puerto se dió fondo en la mañana del siguiente dia, despues de ocho meses y dos dias de navegacion, sin haber perdido en toda ella mas de tres marineros, dos de ellos en el viaje de ida, y uno en el de vuelta.

»Se necesita cojer un puerto de la patria despues de ocho meses de ausencia y tal ausencia, para saber estimar el placer de ver de nuevo á sus conciudadanos. El comandante y oficiales con la lisonjera satisfaccion de no haber perdido sus trabajos y que de ellos pueda resultar algun bien, y el marinero, que se le olvidan muy presto, con el gusto de saber que alcanza á resistirlos y vencerlos; y de esto puede servir esta espedicion al Magallanes de completa prueba, manifestando hasta dónde alcanza la constancia y robustez del marinero español.»

Omitiendo referir aquí los *resultados de las observaciones y demás operaciones hechas en el Estrecho de Magallanes para formar su carta hidrográfica*, todo lo cual se espresa circunstanciadamente desde la página 77 hasta

la 91 del ya citado tomo de la relacion del *Viaje de la Fragata Santa María de la Cabeza*, nos limitaremos á decir que uno de los grandes y utilísimos frutos de esta espedicion son las descripciones hechas y las derrotas marcadas de las costas, cabos, puntos, ensenadas, puertos y bahías del Estrecho de Magallanes y la tierra del Fuego, por donde transitó y estuvo aquella nave, todo lo cual consta del modo que pudiera desearse, en la referida obra, á que van unidos los mapas convenientes. A esto sigue, como un documento curiosísimo cuanto interesante, la *resolucion del problema sobre la navegacion que se debe preferir para la mar del Sur*. «Despues de todo lo referido antecedentemente, dice, y de la exacta descripcion del Estrecho, seria agraviar la inteligencia de cualquiera marino empeñarse en demostrar que no debe emprenderse esta navegacion, ni aun en tiempo de verano, única estacion en que debe intentarse el paso á la mar del Sur: verlo abandonado por los españoles, franceses, holandeses é ingleses, que es decir por todas las naciones marítimas que lo han registrado, que en 268 años corridos desde su descubrimiento, aun no llegan á treinta las quillas que con seguridad se sepa han arado sus aguas, estando todas tantas veces próximas á no salir de ellas; que esto ha sucedido á embarcaciones de las marinas reales, dispuestas de propósito, determinadas á arrostrar los peligros por la gloria de vencerlos, pero escogiendo de antemano los medios mas esquisitos para conseguirlo: todo junto prueba con evidencia que seria una temeridad elegirlo para paso del Sur á todo buque, y con mucha mas razon á los mercantes, que siendo de peores calidades, no tan bien acondicionados, y con tanta menos tripulacion, seria casi cierta la desgracia total de la mayor parte.

»Bougainville, no obstante, dice: «A pesar de las dificultades que hemos es»perimentado, yo aconsejaré siempre que se prefiera el Estrecho al cabo de »Hornos desde el mes de setiembre hasta fines de marzo. En los otros meses, »cuando las noches son de 16, 17 y 18 horas, tomaría el partido de pasar por »la mar ancha.» Tambien Biron dice: «Las dificultades y peligros que hemos »esperimentado en el Estrecho podrian persuadir que no es prudente tentar »este paso, y que los navíos para ir á la mar del Sur deberian montar todos el cabo de Hornos. Yo no soy de modo alguno de esta opinion. Hay una estacion »en la cual no solo un navío, sino una escuadra, puede en tres semanas atra»vesar el Estrecho, y para aprovecharse de esta ocasion favorable conviene embocarle en el mes de diciembre.»

»A pesar de estos respetables votos creemos preferible el de los hermanos Nodales, que aseguran, «que el camino descubierto por el mar libre es mas fácil »y de menos riesgo que el que descubrió Fernando de Magallanes.»

«Así lo juzgan hoy dia otros ingleses (buenos jueces en la materia), pues se lee en la introduccion al tercer viaje del famoso Cook: «Si los conocimientos »que nos han dado (habla de Biron, Wallis y Carteret) sobre cada parte de este »célebre Estrecho no le hacen apreciable á los navegantes para en lo sucesivo,

» debiéndose temer el esponerse á los trabajos y tropiezos de un laberinto cono-» cido ya por una fuente inagotable de peligros y dilaciones etc.;» pero la mejor prueba de esta verdad son estos mismos riesgos que han pasado, y que leidos por cualquier marino no podrán menos de maravillarse del voto de los que apoyan esta navegacion, porque son una consecuencia forzosa de la exacta descripcion dada anteriormente: ¿ni qué otra cosa puede esperarse de navegar 107 leguas con vientos contrarios y violentos, por parages estrechos y peligrosos? Otros la han creido ventajosa volviendo á establecer la colonia de Sarmiento, en la que encontrándose los navíos con prácticos del Estrecho, cesen muchos de los riesgos de la navegacion; pero los rigores del clima que no pudieron resistir aquellos españoles, ni aun los holandeses, que han invernado en el Estrecho, el mucho costo de su manutencion, son consideraciones muy poderosas: de suerte que la razon y la esperiencia se unen para determinar que se abandone la navegacion del Estrecho de Magallanes.

«Contra la otra que queda al mar del S. que es la del cabo de Hornos, milita el grave inconveniente que se ha esperimentado hasta aquí de la mortandad de las tripulaciones, que es el único motivo de desecharla Biron y Bougainville; y como esta parece se evitaria por el Estrecho, en el que se mantienen sanas y robustas por los refrescos y antiescorbúticos que proporciona, esta consideracion que debe ser la primera de todas, vuelve á hacer recomendable el Magallanes. ¿Pero no habria medio de conservar la salud al equipage por el Cabo de Hornos? Haile en efecto; y es además de un delicado esmero en la bondad de los víveres y en la limpieza de los buques, la precision de una arribada. ¿Podráse empero verificar esta sin los inconvenientes del tanto monta, que ocasiona cualquiera que se haga á nuestros puertos de América? Para no dejar incompleto este párrafo se propondrá un puerto de arribada sin contra alguna, y próximo á los mares, en que la navegacion por el cabo de Hornos empieza á ser dura y rigorosa.

» La bahía del Buen Suceso en el Estrecho de Maire es la que se presenta como muy adecuada á este fin. Tal es la descripcion que dá de ella el capitan Cook, á la que acompaña su plano. La bahía del Buen Suceso, cuya latitud es de 54° 46′ S. y su longitud 59° 20′ occidental de Cádiz está en la medianía de la costa O. del Estrecho de Maire con corta diferencia: se descubre inmediatamente que se entra en el Estrecho por el N.: tiene una punta al S. que se puede reconocer por una abra, que se deja ver en la tierra como una gran rada, que va desde el mar á lo interior. La entrada de la bahía tiene media legua de ancho, y sus puntas están en la direccion N-N-E. S-S-O. é interna al O-N-O. como dos y media millas: el ancladero es seguro en toda ella por buen fondo de 10 á 7 brazas, y ofrece abundante provision de leña y agua. La pleamar es de las 4 las á 5, y sube el agua de 5 á 6 piés; pero el flujo dura dos ó tres horas mas en el Estrecho que en la bahía, y en la menguante, que es para el N. lleva la corriente fuerza dupla de la creciente.

»Para embocar el Estrecho de Maire convendrá atracar la costa del Fuego al N. de él cuanto antes se pueda, y barajándola despues no puede dejar de encontrarse la boca del Estrecho. Si el viento es demasiado violento del O. se aguardará á que ceda al abrigo de la tierra del Fuego, por no empeñarse en la costa E. del Estrecho, y costeando despues su parte occidental, se cogerá fácilmente la bahía del Buen Suceso. Para adelantar la navegacion convendrá salir de ella con vientos no muy fuertes del N-O. y navegar muy cerca de la costa hasta donde permita el viento, siguiendo despues la bordada del S. y no empeñándose en seguir cerca de la costa, porque en sus inmediaciones las corrientes hácia el E. son violentas; ni tampoco en ganar demasiado al O. para lo que pueden servir útilmente los adelantamientos que tenemos en observar la longitud, acordándose no obstante de lo que se lleva dicho sobre la posicion de la costa occidental patagónica.

»Tambien parece puede servir para el mismo objeto el puerto de Año Nuevo, situado en la costa N. de la isla de los Estados, sin esponerse á pasar el Estrecho de Maire. Se puede reconocer por una isla que tiene cuatro millas al N. de su boca con otras tres algo distantes de ella al S-E. Dejando al N. la mas E. de la primera, y dirigiéndose al S. se irá directamente al puerto, que se reconocerá por algunos islotes que tiene á su boca. El capitan Cook estuvo fondeado una milla al S. de esta isla por 20 brazas: dentro del puerto el fondo es de arena y lama de 50 á 10 brazas: sus costas estan cubiertas de leña, que ofrecen una fácil provision: la del agua lo es igualmente.

»La mejor entrada al puerto es por el canal al E. de los islotes: es menester gobernar al S-O., y despues por grados hasta el O. hácia cuya direccion interna el puerto como dos millas, teniendo de ancho sobre una.

»Si alguna parte del terreno próximo á este puerto, es á propósito para la cria de ganados, sería ventajoso trasladar á él parte del que hay en Maluinas, y aun aquel establecimiento, y podrian aquí con mucha ventaja reponerse los navíos que hacen la navegacion al mar del S. No habria que remitir á esta nueva colonia la provision de leña, que dentro de muy poco será necesario hacerlo á la de Maluinas, por irse acabando la retama que llaman Bruyera, y que es precisa para encender el carbon de tierra ó raices, ó turba que en ella se consume; y poniendo algunas perchas de depósito, tendria este recurso la embarcacion, que al montar el cabo de Hornos padeciese alguna avería, como la pérdida de una verga, etc., sin verse en la precision de ahora de arribar á Montevideo, y retardar un año su viaje.

»Como la bahía del Buen Suceso es tan desabrigada de los vientos del S-E. al N-E. y estos suelen reinar con violencia en tiempo de invierno, no se puede elegir para este objeto; pues estos establecimientos no es prudencia existan sin una embarcacion que sirva de recurso en cualquier accidente. En la dársena que hay en la costa S. del puerto de Año Nuevo puede estar con toda seguridad la de la

colonia. Pero la arribada á la bahía del Buen Suceso tiene la preferencia de que se saldrá de un punto mas ventajoso, porque la navegacion de la de Año Nuevo debe ser por el E. de la isla de los Estados, y así con la pérdida de 16 á 17 leguas.

»Saliendo las tripulaciones frescas y vigorosas de una ú otra de estas estaciones, y con abundante provision de leña y agua, se hallarán en estado de resistir los trabajos que resultan del sistema actual, segun la constante esperiencia, y que tampoco se evitarian á emprender el del Estrecho de Magallanes.»





CAPITULO XI.

Ultimo viaje al Estrecho de Magallanes en los paquebotes *Santa Casilda y Santa Eulalia* en 1788, á reconocer la parte occidental de aquel paso, y fijar la posicion de los cabos de *Pilares* y *Victoria*.—Navegacion de ambos buques hasta el cabo de las *Vírgenes* en la embocadura del Estrecho. Llegada al cabo *Redondo*. Noticias acerca de aquellos indios.—Arribo al puerto de *San José*, en 7 de enero de 1789. Espedicion de las lanchas de los paquebotes, con las cuales se hace el reconocimiento del canal de San Gerónimo, y de varios puntos de aquellas costas: llegan las lanchas hasta la Tierra del Fuego. Comunicacion y trato con los indios. Entrada en la ensenada de Santa Mónica, puerto de San Ildefonso, y bahía que se denominó de *Churruca*. Arriban las lanchas á la cabeza del cabo Pilar, límite occidental del Estrecho en la costa del Fuego, y hacen la descripcion de aquel punto. Regresan para el E., marcan varios puntos, entre ellos el citado cabo y el de Victoria; pasan á la bahía que se denominó de *Trujillo*; terminan el reconocimiento de la tierra del Fuego hasta el Océano Pacífico. Corriendo inminentes peligros, vuelven hácia el punto de donde partieron, se acojen á la rada que denominaron de la *Fortuna*; arriban felizmente al puerto de San José.—Reconocimiento del abra entre la bahía de la Campana y el canal de Santa Bárbara.—Regreso de los paquebotes á España: su arribo á Cádiz en 13 de mayo de 1789.

En el viaje que con la fragata *Santa María de la Cabeza* hizo D. Antonio de Córdova al Estrecho de Magallanes, quedó bien resuelto el problema y fuera de toda duda que no debe intentarse la navegacion de aquel paso desde el mar Atlántico al Pacífico. A pesar de esto, fundándose el gobierno español en que por lo avanzado de la estacion y otros accidentes que en aquel viaje ocurrieron, no se pudo reconocer la parte occidental del Estrecho, ni fijar tampoco la posicion de los cabos de Pilares y Victoria, dispuso que para conseguir esto se repitiese otra espedicion, confiada al mismo gefe que mandó la primera. Dos paquebotes, *Santa Casilda* y *Santa Eulalia*, ambos de diez y seis cañones, fueron los destinados á la nueva empresa, elegidos por el mismo Córdova, quien iba en el

primero, y como segundo suyo, en el otro D. Fernando Miera, que en la misma clase le habia acompañado en el primer viaje. Ambos buques reunian las circunstancias apetecidas para la navegacion que habian de emprender, pues tenian la capacidad suficiente y las ventajas de poco calado, buen gobierno y mucho aguante. Como marinos distinguidos por sus grandes conocimientos náuticos muy versados en la teórica y práctica de observaciones é instrumentos, pidió D. Antonio Córdova y fueron destinados á sus órdenes, el teniente de navío D. Cosme de Churruca, y el de fragata D. Ciriaco de Ceballos. Por desgracia no podian ser cual pudieran los frutos de la aplicacion constante y de las científicas tareas de estos dos beneméritos oficiales, honor de nuestra marina, porque no iban como era de desear en un mismo buque. En el paquebote *Santa Casilda* se embarcó Churruca, y en el *Santa Eulalia* Ceballos, separado este de la coleccion de instrumentos ingleses de que su compañero se hizo cargo.

Con un total de 93 plazas, y 18 criados el primero de dichos buques, y 179 plazas y 16 criados el segundo, llevando uno y otro ocho meses de víveres, hicieron vela del puerto de Cádiz, en 5 de octubre de 1788, con rumbo á la isla de Tenerife; el 11 avistaron las Canarias, y al medio dia marcaron la punta grande de Naga en aquella isla. Sin particularidad digna de notarse navegaron hasta que á las cinco y media de la mañana del 15 de diciembre se avistó aquella parte de la costa patagónica que está comprendida entre el Cabo Blanco y Puerto Deseado. Aun no habian pasado dos horas cuando de la misma costa se vió venir un bote en direccion á los paquebotes, causando á los navegantes de estos la estraordinaria sorpresa que era natural con la presencia de un barco que parecia de construccion europea, en tierras que se sabia ser habitadas solamente por indios, que jamás se esponen al mar, ni siquiera tienen canoas. Desde luego creyeron nuestros viajeros que el bote y su gente serian los infelices restos de un naufragio. Llegados á bordo se supo al punto que eran seis marineros ingleses y un portugués, que allí los habia dejado una embarcacion británica para acopiar pieles de lobo marino prometiendo volver por ellos; y ya faltos de víveres y acosados por los patagones, que hicieron dos prisioneros, de que solo se pudo rescatar uno, pedian ser recogidos en los buques, cuya venturosa aparicion les preservó del fin trágico á que estaban espuestos de entregarse al furor de las olas en su frágil nave. El comandante español los admitió á bordo y los empleó como marineros al servicio nuestro.

Sin separarse de la derrota determinaron ambos comandantes averiguar, y averiguaron efectivamente, la posicion relativa de algunos puntos de la costa hasta el cabo de las Vírgenes, el cual avistaron á las cinco de la mañana del 19, y embocaron el Estrecho. Dirigiéndose hácia la primera angostura, acaso por hallarse fuera del canal, varó la Capitana sobre un fondo de piedra menuda, y aquí empezaron á esperimentar las grandes dificultades de esta navegacion funesta y peligrosa á cuantos la han hecho. Prontamente acudió al socorro el *Eulalia*,



D. COSME DAMIAN CHURRUCA.



Urrabieta invº y litº Lit. de J.J. Martinez. Madrid.

ARRIBANDO LOS PAQUEBOTES ESPAÑOLES

Santa Casilda y **Santa Eulalia** á una ensenada del **Cabo Redondo**, en el Estrecho de Magallanes, desembarca en ella el teniente de fragata D. Ciriaco Ceballos, con algunos oficiales; regala á los indios, entre otras bujerías, un espejo y al ver en él representada su figura se quedan como encantados de asombro. (Año 1788.)

y su compañero volvió á flotar en breve, bien que al tiempo de conseguirlo corrieron grandes riesgos de perderse ambas naves. A palo seco salvaron al fin la angostura, y fueron á fondear en la bahía de San Gregorio: de aquí pasaron el 24 en pocas horas la angostura de Santa Isabel, y un arrecife que nace en la isla de Santa Magdalena. Sin ver habitante alguno navegaron el resto de el Estrecho hasta llegar á una ensenadilla contigua al cabo Redondo, donde columbraron los primeros indios, que llamando á gritos á nuestros navegantes siguieron por la ribera hasta el mismo fondeadero. La lancha del *Eulalia* fué á tierra con Ceballos y algunos oficiales, deseosos de tratar á los indígenas que se presentaban, y en vez de aquella sencillez encantadora y primitiva del mundo salvaje, en aquellos indios, que recibieron á nuestra gente con alegría, encontraron tanta diferencia que dice el mismo Ceballos: «Jamás creí que la naturaleza humana se pudiese presentar bajo un aspecto tan miserable. Con una piel de guanaco, sin el menor beneficio cubrian su desnudez, y con otra mas pequeña todo aquello que el pudor y la honestidad quieren que se cubra, consistiendo en él todo su adorno y el único amparo que oponen á los rigores de un clima que en el centro del verano mantiene las tierras cubiertas de nieve.»

Al acercarse los de la lancha ofrecieron á los salvajes y estos recibieron con estremado placer varias bujerías; pero nada les causó tanta sorpresa y admiracion como un espejo que les presentó Ceballos. Absortos de verse retratados en él, hacian los mas raros ademanes y contorsiones, pretendian asir unas veces por delante, otras por detrás del mismo espejo los objetos que en este se representaban, y al verse burlados prorumpian en grandes carcajadas que á la par demostraban el placer y la admiracion. «Despues de un largo rato de este inocente ejercicio, continúa el oficial citado, me dirigió uno de ellos la vista, y señaló hácia arriba, como diciendo que aquello era cosa del cielo, y hé aquí (si acaso lo puede ser) la única prueba que á pesar de mis diligencias pude adquirir de que estos hombres tengan idea de la divinidad. Ultimamente regalé á uno de ellos el espejo, y no se puede ponderar bien su alegría al verse con aquella alhaja inestimable. Luego dividí una cinta azul, que coloqué al cuello de cada uno, donde la conservaron sin tocarla, todo el tiempo que allí permanecieron. Habia entre ellos un anciano grave y venerable, que miraba con placer el arribo de los estranjeros; pero ni la curiosidad de examinarlos de cerca, ni el deseo de recibir sus presentes fué causa suficiente para alterar su reposo augusto. El respeto que los otros le tenian no nos dejó duda de que este anciano era el gefe ó padre de la tribu.»

Las armas de aquellos indios eran el arco, la flecha, la honda y unos cuchillos de hueso, de la misma forma que nuestros rejones. Desconocen la agricultura, se alimentan de marisco, peces y frutos silvestres. Viven errantes, fijando transitoriamente su estancia donde encuentran el alimento. Sus viviendas, que entonces tenian en la ribera, son de ramas hincadas en el suelo, entretegidas por encima, aseguradas con juncos, cubiertas de pieles, de figura regular, como de

una media esfera, con una abertura en vez de chimenea. Con sus débiles canoas estienden sus navegaciones á una y otra costa.

En la mañana del dia 26 se hicieron á la vela los paquebotes, y por la tarde fondearon en el Puerto de Solano donde los vientos contrarios les detuvieron hasta el 6 de enero de 1789, y el dia 7 pudieron tomar el Puerto de San José. Desde él debian empezar el prolijo reconocimiento del Canal de San Gerónimo, y de la restante parte del Estrecho comprendida entre los Cabos Lunes y Pilares. En esta investigacion dispuso el gefe de la espedicion que se empleasen la mitad de los oficiales, con las dos lanchas, provistos de cuanto fuese necesario. Salieron en efecto el dia 11, doblaron el Cabo Galante y en la tarde del mismo dia llegaron á la bahía de Alburquerque, que está al oriente de la Punta de Yorch, y á distancia de 17 millas del Puerto de San José. Doblada la punta abandonaron aquella bahía para continuar su derrota; costeando la ribera del continente se encontraron en la boca del Canal de San Gerónimo, y despues de reconocido este volvieron por donde habian entrado para dirigirse al Cabo Lunes: en una saliente de un lago que entraron, pusieron una botella con unos dísticos latinos, en que referian el reconocimiento hasta allí practicado por las lanchas; pasaron á la boca occidental del Canal, arribaron consecutivamente á la ensenada de Bovadilla, á Cabo Tajado, que los ingleses llaman Cabo Notch, y al fin el dia 16 marcaron á Cabo Lunes al N. 55° 20′ O. Hecho esto volvieron á salir costeando la ribera del continente, y andada una milla se hallaron en un cabo notable, no representado en carta alguna, al E-S-E. del Cabo Lunes, y que es muy visible por su altura y ser bastante saliente. Por un brazo occidental de un canal que al oriente del último citado Cabo se veia fueron á parar á un puerto formado por muchas islas, y luego á otro cuya situacion fijaron. «Su entrada (dice el Diario de la navegacion de las lanchas, escrito por D. Cosme de Churruca) se halla á una y media leguas del occidente del Cabo Lunes. Ningun viajero habla de este puerto: solo Sarmiento dice haber surgido por estas inmediaciones en uno que llamó Puerto angosto.»

En la navegacion harto atrevida y peligrosa que siguieron las lanchas, llegaron á 19 de enero á un islote próximo á la Tierra del Fuego, á la grande ensenada que esta misma tierra forma al E. del Cabo de San Ildefonso, con una isla grande en la parte oriental de su boca, á la cabeza del mismo cabo, así denominada por Sarmiento, y doblado se encontraron en una bahía que hácia la parte oriental está poblada de islas, y luego en la gran ensenada que Sarmiento dice llaman los indios Alguilgua, entre el Cabo de San Ildefonso y una punta que se llamó de Echenique. En la travesía desde la ensenada Curviviguilqua hasta una bahía, se llegaron á las lanchas allí amarradas ocho indios en una canoa, de la cual desembarcó uno que desde luego pareció ser el gefe, segun la divisa que de los demas le distinguia. Cubria su cabeza un bonete blanco y alto en figura de cono truncado, hecho de pieles de pato; era un robusto y gallardo mancebo, aunque

de corta estatura; al acercarse esforzando la voz hizo á nuestros navegantes un largo discurso de que no pudieron entender ni una palabra; recibió como prenda de amistad algunas bujerías que se le dieron, y llamó luego á su gente, que estuvo en fraternal compañia de la nuestra hasta que al anochecer se retiraron.

Una tempestad horrible y larga impidió salir de las lanchas hasta la tarde del 23. En la mañana del dia siguiente volvieron los mismos indios con el regalo de algunos patos que tenian la singularidad de estar todos heridos en la cabeza, lo cual prueba la estraordinaria destreza de aquellos indígenas en el disparo de la flecha, única arma de que hacen uso para la caza. Dieron tambien á los nuestros varias de aquellas flechas, y además algunas rastras de caracoles marinos, y cuanto tenian, con tanta generosidad que nada exigian en cambio. En el reconocimiento que de las cercanías hicieron las lanchas, hallaron en el fondo de la bahía la entrada de un puertecito, cuyo plano se levantó, y fué denominado Puerto de Uriarte.

Sucesivamente doblaron las navecillas la punta de Echenique, y entraron en la ensenada que Sarmiento apellidó de Santa Mónica, donde los vientos las detuvieron hasta el 26. En este paraje oyeron en los dias 24 y 25 un ruido sordo; al pronto les pareció un trueno, pero habiendo reflexionado nuestros esploradores se inclinaron á creer que era efecto de alguna esplosion subterránea en el seno de alguna de las montañas inmediatas. A parar fueron desde allí á otro puerto que por las señales infirieron ser el que Sarmiento tituló de San Ildefonso: doblaron la punta occidental, viéron el Cabo Pilar, la isla de Santa y otras varias, y determinaron aunque con dificultad la posicion de estas y de aquel; navegaron luego hácia una punta que se descubria, y se encontraron en una gran bahía ó puerto; al cual, cuando las lanchas regresaron al de San José, el comandante de la espedicion le dió el nombre de *Churruca*, como en grato recuerdo de los reconocimientos que acababan de hacerse, y en justo y bien merecido honor del marino que habia dirigido aquellas operaciones científicas.

En la mañana del 28 se dirigieron al Cabo Pilar: á él se aproximaron todo lo posible el 29, dia que fué el segundo de su navegacion en que el sol les iluminó con alguna claridad por algunos dias seguidos, y al fin, á las tres de la tarde llegaron á la cabeza de aquel cabo, límite occidental del Estrecho en la costa del Fuego: felicidad que nuestros muy atrevidos navegantes celebraron arbolando la bandera española y saludándola por siete veces con las alegres voces de *viva el Rey* (1).

Llegados al término occidental de su comision determinaron los comandantes de las lanchas regresar para el E. y andadas dos millas y media para Oriente, desembarcaron en la mayor de las tres islas que hay sobre la punta occidental del Puerto de la Misericordia; vieron los Evangelistas y los marcaron, como tambien

(1) Véase en el APÉNDICE de este tomo la descripcion geográfica de Cabo Pilar, segun la que hizo D. Cosme de Churruca.

los Cabos del Pilar y Victoria, y todos los demas puntos que debian entrar en la cadena de triángulos: concluido todo lo cual dejaron en la citada isla una botella con un papel que contenia la declaracion siguiente:

«En el augusto reinado de Cárlos III Rey de España y de las Indias: por órden de S. M. salieron del puerto de Cádiz en el mes de octubre de 1788 dos bajeles de su armada naval con el objeto de reconocer todos los surgideros, radas, puertos y bajos del Estrecho de Magallanes, formando una exactísima carta en beneficio de la navegacion y del comercio. Detenidos estos buques en el Puerto de San José ó Cabo de Galante por la contrariedad de los vientos, destinaron dos pequeñas embarcaciones de remos con diez oficiales para la conclusion de esta obra importante; y habiéndola desempeñado en todas sus partes, dejaron á la posteridad este monumento para eterna memoria. A 29 de enero de 1789: á continuacion seguian los nombres y apellidos de todos los oficiales y pilotos de ambas lanchas.»

Esta isla, que denominaron *de la Botella*, se halla á 2 3[4 millas del Cabo Pilar. Luego que la dejaron se dirigieron al Puerto de la Misericordia, que encontraron formado de una bahía y dos puertecitos. Salieron al amanecer con objeto de reconocer el puerto á que arribaron, cuya punta occidental mas saliente es el Cabo Cortado, que es el de Martes, denominado así por los Nodales, y Nuestra Señora de la Candelaria por Sarmiento. Tiene abundancia de agua y leña.

A su oriente hallaron una bahía capaz, y muy profunda que Córdoba denominó despues bahía de Trujillo, y de Rivero al puerto interior. Aquí quedó terminado el reconocimiento de la Tierra del Fuego, desde el Cabo Lunes hasta el Océano Pacífico.

Terminada la comision resolvieron el regreso, y en este tornaviaje se vieron próximos á zozobrar á causa de furiosos vientos. A las tres y media de la tarde, despues de muchos peligros hallaron el abrigo de una rada, que fué la seguridad de las vidas de nuestros navegantes, por cuya razon la denominaron *Rada de la Fortuna*. Pasaron allí el dia 31 á causa del mal tiempo, y el dia 1.° de febrero, mas sosegado ya, emprendieron su navegacion para el puerto de San José: salieron al mar como á dos millas, corriendo hasta 37, y atracaron á la parte oriental del Cabo Lunes, donde hicieron algunas marcaciones, y á las once de la mañana del 2 llegaron á bordo de los paquebotes, donde los esperaban con impaciencia, no habiendo tenido mas enfermos que un marinero de la lancha de la *Eulalia*, que en los primeros dias de la espedicion fué atacado de una fiebre, y que curó sin suministrarle remedio alguno (1).

En tanto que las lanchas ejecutaban este reconocimiento, se proveyeron los paquebotes en el puerto de San José de agua y leña, y arreglaron sus estivas. Se renovaron los papeles que en el año de 1686 se habian dejado embotellados

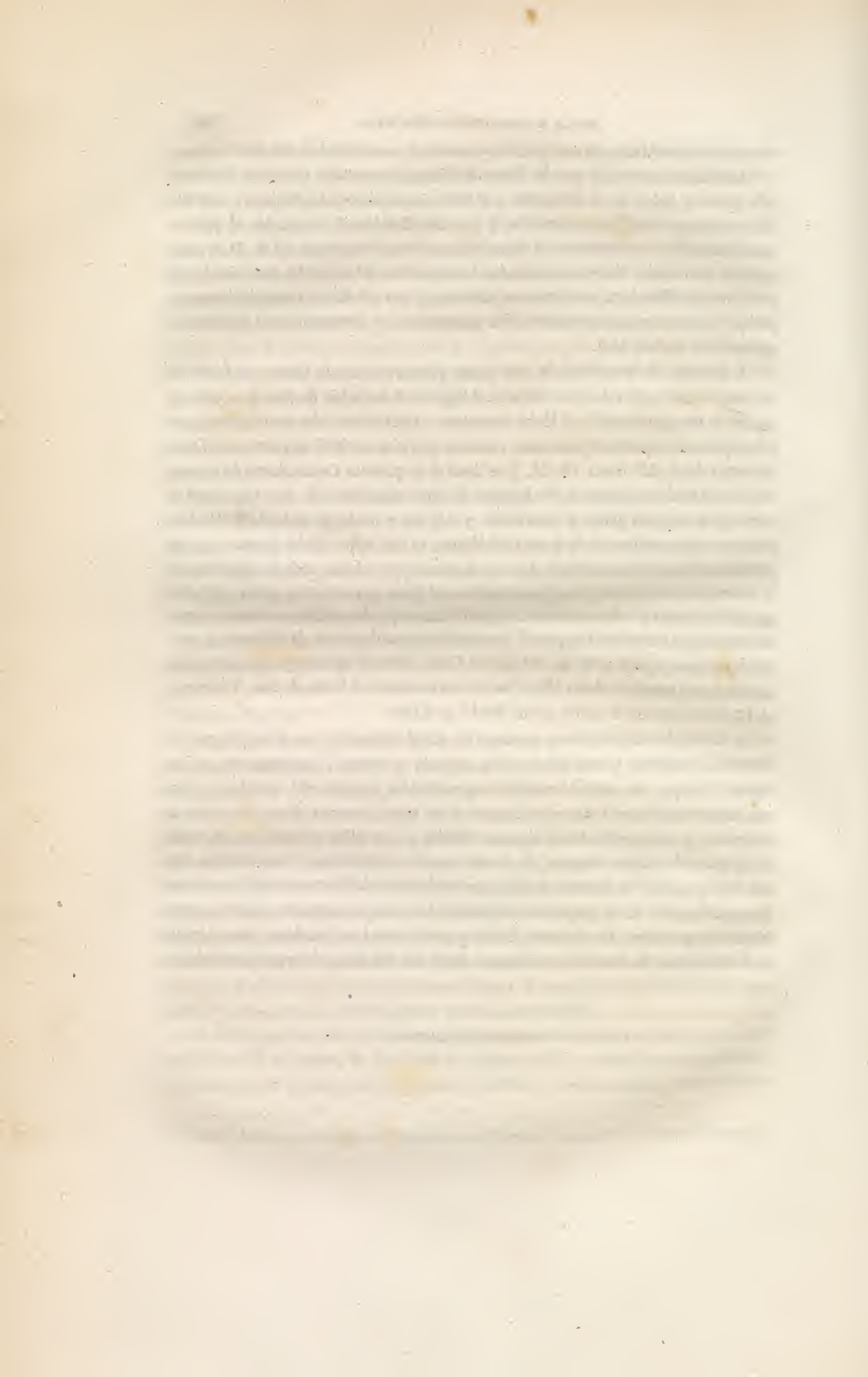
(1) Hasta aquí lo tomado del diario de la espedicion de las lanchas, redactado por D. Cosme de Churruca.

en una de las montañas de este puerto, y se colocó en su cumbre una nueva cruz.

Habiéndose advertido que la Tierra del Fuego presentaba una abra desconocida entre la bahía de la Campaña y el falso canal de Santa Bárbara, dispuso el Comandante que fuese reconocida, y que los oficiales no destinados al primer reconocimiento lo verificasen. Al efecto salieron con viento flojo del N. O. y cuatro dias de víveres. Fueron nombrados los tenientes de navío D. José Gardoqui y D. Antonio Mendoza, con otros subalternos y dos pilotos, quienes hicieron un prolijo y exacto reconocimiento de dos puertecitos, y levantados sus planos regresaron al de San José.

A las siete de la mañana de uno de los primeros dias de febrero se hicieron los paquebotes á la vela para España. Llegaron á la bahía de San Gerónimo y siguieron navegando hácia el *Cabo Angostura*. Aquel mismo dia mudó de repente la temperatura, pasando á un calor escesivo que hizo subir el mercurio en el termómetro desde 56° hasta 74, 5′, y se llenó el paquebote Comandante de moscas de estraordinaria magnitud. No fué esta la única singularidad, sino que el sol se tornó de un aspecto pálido y amarilloso, y á la una y media de la tarde hallándose á una y media millas de la punta de Miera, se vió sobre dicha punta y en las próximas llanuras tal multitud de aves marinas que cubrian toda la superficie de la tierra en la estencion de algunas millas: al paso que se veian saltar sobre las aguas los leones y lobos marinos. Aquella misma tarde sufrieron nuestros espedicionarios una terrible tempestad aunque de corta duracion. Halláronse al anochecer á siete leguas al N. E. 1/4 E. del Cabo de las Vírgenes, y se pusieron en derrota para España: el dia 12 de mayo se reconoció el Cabo de San Vicente, y el 13 á las ocho de la noche se dió fondo en Cádiz.

A la ida las tripulaciones gozaron de salud completa, pero las fatigas del Estrecho, reunidas al mal estado de la aguada y víveres, quebrantaron su robustez. Así que se cortó el ecuador empezaron los amagos del escorbuto, pero con lentos progresos hasta aproximarse á las islas Terceras. Dos dias antes de reconocer la del Cuervo hubo algunas nieblas y con ellas enfermó casi la mitad de la gente de ambos buques, de modo que si continuáran y no hubiera sido tan feliz y pronta la travesía á Cádiz probablemente hubieran perecido muchos. Ninguno murió en el paquebote Comandante, aunque algunos desembarcaron bastante agravados. En el *Santa Eulalia* perecieron tres hombres, uno de ellos violentamente. De los oficiales ninguno llegó sin señales y dolores de escorbuto.







D. CAYETANO VALDÉS.



CAPITULO XII.

Viaje de las goletas *Sutil* y *Mejicana* en 1792; la primera al mando de D. Dionisio Galiano, comandante de la espedicion, y la segunda al de D. Cayetano Valdés, para reconocer el Estrecho de Fuca.—Navegacion de Acapulco al puerto de Nutka. Relaciones amistosas de los españoles con aquellos indios.—Arribo de las goletas al puerto de Nuñez Gaona. Noticias acerca de los indios de aquel pais.—Navegacion hasta el golfo de Gaston: reconocimiento de varios puertos, ensenadas y canales.—Encuentran las goletas junto á la punta de San Rafael al bergantin inglés *Chatan*, cuyo comandante, de parte del capitan Vancouwer, solicita y consigue que se unan nuestros dos marinos á la espedicion inglesa, y hacen amistosa y recíprocamente varios reconocimientos interesantes y utilísimos. Descripciones varias.—Sepáranse amistosamente una de otra las dos espediciones.—Fondeadero de Robredo, Murfi, etc. Carácter de aquellos indios. Sucesos y reconocimientos varios.—Desde Puerto *Valdés* van las goletas á Nutka. Descripcion de la entrada é isla de Nutka, y noticias del carácter de aquellos naturales.—Salen de aquel puerto las goletas, reconocen la entrada de Hezeta, avistan el cabo Mendocino y fondean en Monterey, donde hacen alguna mansion para ocuparse sus capitanes en varios trabajos de gran utilidad para la náutica, y escribir dando una idea sucinta del estado de aquella colonia en 1792.—Navegacion desde Monterey al puerto de San Blas, terminando aquella campaña marítima.

Deseoso de llevar á cabo el Conde de Revillagigedo, virey de Nueva-España, el reconocimiento del pretendido estrecho canal ó paso que describió el famoso Juan de Fuca, y que á tantas dudas daban todavia lugar las espediciones marítimas despachadas al intento, hizo al Gobierno español, y fué aprobada por este, una propuesta que para la nueva empresa habia meditado. A consecuencia se aprestaron las dos goletas *Sutil* y *Mejicana*, que de San Blas pasaron á Acapulco, armadas lo mejor posible, donde los recursos eran muy limitados. Dióse el mando de la primera al capitan de fragata D. Dionisio Alcalá Galiano, y el de la segunda al de igual clase D. Cayetano Valdés: llevando este por segundo á D. Secundino Salamanca, y aquel á D. Juan Vernau, ambos tenientes

de fragata. Además iba con Galiano el dibujante D. José Cordero, y en cada goleta diez y siete hombres de tripulacion. El dia 8 de marzo de 1792 salieron estos buques de Acapulco para Nutka, luchando sus capitanes con los pocos vientos propicios y hasta con la mala condicion de las goletas, que sufrieron averías. La *Mejicana* desarboló, en 14 de abril, la *Sutil* ciñó sobre las gavias arriadas, y á favor de una bonanza pudo auxiliar con su carpintero á la otra goleta, de modo que esta quedó el 21 en disposicion de seguir su navegacion. El accidente del desarbolo no causó otra contrariedad que la de haber alargado la derrota obligando á entrambas naves á separarse á veces del rumbo directo que se pensaba seguir, y á decaer sobre la costa, acercándose á la distancia de cincuenta y tres leguas.

Amanecieron el 12 de mayo á la vista del Cabo Frondoso, y al despuntar el 13 estuvieron á la vista del puerto ya en Nutka. A la entrada en él salió á recibir á las goletas, en una canoa, el Gefe ó Tais *Macuina*, acompañado de sus parientes y amigos. Nuestros capitanes le presentaron un hacha, cuatro cuchillos y algunas piezas de quinquillería, y él conoció á Valdés, Vernaci y Salamanca, que el año anterior habian estado en Nutka. Con demostraciones de gran satisfaccion les abrazó, siguiendo en las goletas hasta el fondeadero. Lo limpio de la costa y de las rocas que hay en ella, hizo que nuestros navegantes se fiasen en tal manera, que aproximándose demasiado á las islas que forman el puerto, varó la *Sutil* en la laja que hay inmediata á la punta del S. Afortunadamente se libertó á pocos minutos sin lesion alguna, y ayudadas ambas goletas por los remolques de los botes que en auxilio salieron, anclaron allí á las dos de la tarde.

En el puerto de Nutka hallaron fondeada y desaparejada la fragata *Concepcion*, del mando del teniente de navío D. Francisco Eliza, quien residia en tierra como comandante de un establecimiento provisional que habíamos mantenido allí desde principios de 1790. Además estaban en aquel puerto la fragata de guerra *Santa Gertrudis* del mando del capitan de navío D. Alonso de Torres y el bergantin la *Activa*. Era el gefe del establecimiento y de los buques el capitan de navío D. Juan de la Bodega y Cuadra, que habia ido en la fragata *Gertrudis*, con el objeto de poner en práctica el convenio concluido entre nuestra corte y la de Inglaterra en 1789. El 13 llegó la fragata *Aransazu* procedente de San Blas, para hacer algunos reconocimientos al N. de Nutka.

«Mientras estuvimos en este puerto, dice la *Relacion del viaje hecho por las goletas* (1), vimos con particular complacencia la estrecha amistad que reinaba entre los españoles y los indios. Macuina, movido por los regalos y buen trato del comandante Cuadra, se habia venido á vivir muy cerca de los buques. Comia todos los dias de su mesa, y aunque no en ella, muy próximo, usando del tenedor y cuchillo, como el mas pulcro europeo, dejándose servir de los criados, y alegrando á todos con su festivo humor. Bebia vino con placer, y dejaba á

(1) Obra publicada en el año 1802, un tomo en 4.°—Imprenta Real.

otros, para no perturbar su razon, el cuidado de limitarle la cantidad de aquel licor que llamaba *agua de España*. Ordinariamente le acompañaba su hermano *Quatlazape*, á quien manifestaba el mayor cariño. Tambien solian comer en la cámara algunos parientes y vasallos suyos, y para estos últimos se ponia diariamente un plato de fríjoles ó habichuelas, manjar que ellos preferian á todos los demas. Macuina estaba dotado de un talento claro y despejado, y conocia muy bien sus derechos de soberanía. Se quejaba mucho del trato de las embarcaciones estranjeras que traficaban en la costa, á causa de algunas tropelías que decia haber recibido los suyos. Negaba que hubiese hecho cesion del puerto de Nutka al teniente inglés Meares, y solo confesaba haberle permitido establecerse en él, repitiendo contínuamente la que hacia al rey de España del mismo puerto y las playas que le correspondian con todas sus producciones.

»Quicomacsia nos convidó el 20 de mayo á un baile que dió en su ranchería, que estaba en lo interior en el sitio que llamamos Malvinas. Este tais es el mismo que en el año 91 cuando estuvieron las corbetas, se llamaba Quesioconuc, y por haber casado con una hija de un tais de los Nuchimares habia variado de nombre, tomando otro, á nuestro entender, de mas suposicion. Nunca pudimos comprender en qué consistia esta diferencia, pero estaba tan vano como su alianza, que la ponderaba como una circunstancia en que hacia ventajas á Macuina: decia que él era tais de Nutka y tais Nuchimas, y por tanto era preferente á aquel gefe. Se hizo el baile al compás que daban los músicos con unos palillos. Quicomacsia se disfrazó, ya con plumas, ya representando varios animales, entre los cuales imitaba con mas perfeccion al oso: andaba á veces en cuatro piés, y hacia como si estuviese acometido por el cazador. Despues de este estraordinario espectáculo se puso enfrente de nosotros á alguna distancia, y nombrándonos á cada uno particularmente con grandes voces, nos fué enviando pieles de nutria. Al otro dia vino á vernos á las goletas; nosotros le regalamos prevenidos ya de que venia por este objeto: nos dijo que recibia nuestras dádivas como regalos, no como objetos de cambio ó comercio, porque los taises no cambiaban, sino regalaban y eran correspondidos; y para estimularnos á que nuestros presentes fuesen de mas valor, nos volvió á manifestar su espresada preferencia sobre Macuina.»

El dia 26 se avistó una embarcacion, se puso bandera en el fuerte. Era aquel buque la fragata francesa *Flavia* como de quinientas toneladas y traia la bandera tricolor republicana, que por primera vez se presentaba en aquellas aguas. Entró en el puerto y se supo que llevaba dos objetos: traficar en peletería, é inquirir noticias de la desgraciada espedicion de la Perouse.

Levaron anclas las dos goletas á las cuatro de la mañana del 2 de junio, y hasta el 4 no pudieron estar fuera de puntas dirijiéndose á adelantar el reconocimiento de la entrada de Juan de Fuca. En la tarde del mismo dia avistaron el puerto de Nuñez Gaona, y poco despues una corbeta en su fondeadero. Muy

próximos á ella fondearon y supieron que era la nombrada *Princesa*, que hacia un mes que habia llegado de San Blas, siendo su comandante D. Salvador Fidalgo. Aguardaba este órdenes de D. Juan de la Bodega para la formacion del establecimiento, ó bien para abandonar el puerto, debiendo tratarse este punto con los comisarios ingleses que aguardaban en Nutka, de resultas del convenio hecho entre nuestra corte y la de Inglaterra, en 1789. El terreno que Fidalgo habia hecho desmontar para formar una huerta, aunque de la misma especie que el de Nutka, por su disposicion y producciones, parecia mas feraz que el de Nutka. El pais está regado por pequeños rios, y abrigado por bosques y altas montañas. El puerto está espuesto á los vientos del N-O., y aun los del S-O., y sus inmediatos soplan con violencia encallejonándose por una abra que presentan las montañas á esta direccion: salen piedras á bastante distancia de la playa, y rompen ellas la resaca con tal fuerza que es difícil y arriesgado desembarcar.

Obsequiados y regalados los indios por Fidalgo lo mismo que los de Nutka por la Bodega, estaban en buena amistad, entienden el nutkeño aunque su idioma es muy diferente, y al parecer sus costumbres son las mismas que las de los naturales de aquella isla; bien que todos ellos mas altos y robustos que estos, y mejor formados: la cara mas proporcionada y el color mas claro, tanto que nuestros viajeros vieron dos mujeres que podian llamarse blancas. Los trabajos de los dos capitanes Alcalá Galiano y Valdés en aquel puerto, se redujeron á levantar su plano, observar su latitud con los estantes por algunos obtusos ó de espaldas al sol, y la longitud por los relojes marinos, deduciendo que la diferencia entre Nutka y la entrada de Juan de Fuca se habia determinado por las operaciones de pura estima 57′, mayor que la verdadera, lo que variaba notablemente el arrumbamiento de la costa. El termómetro se mantuvo de los 16° á los 19°.

El indio Tetacus, uno de los principales gefes de aquella entrada y que era de los mas adictos á los españoles, se llegó á la goleta *Mejicana*, y dejando en la canoa á su mujer, á quien llamaba María, pasó adentro, saludó á los oficiales con el mayor agrado, y presentándole estos una jícara de chocolate, dió una prueba del cariño que profesaba á su compañera, pues gustándole á los primeros sorbos, mojó al instante un pedazo de pan, y presuroso fué á que María participase de este regalo. «Le convidó Valdés á que hiciese su viaje en las goletas, y Tetacus no rehusó la oferta, antes manifestó que tendria gusto en ello. Seguidamente tomó un poco del pescado seco que llevaba en la canoa para alimentarse en la navegacion, lo colgó de la jarcia de la goleta, y mandó á su mujer continuase su viaje. No pasó mucho tiempo sin que llegase al costado una canoa en que iba otra de sus mujeres de mas edad y no tan bien parecida como María; y así como esta manifestó ceder á la voluntad de Tetacus su marido, así la segunda hizo conocer lo que aventajaba en cariño á María, mostrando el temor que le causaba ver la confianza con que se habia entregado á nosotros. Con

las instancias mas vehementes acompañadas del llanto mas tierno, procuraba obligarle á que se separase de los estranjeros, é hiciese el viaje en su canoa. El procuró disipar los recelos de esta mujer; pero reiterando ella sus clamores sin que bastase cosa alguna á consolarla, se determinó á ceder, é hizo presente á Valdés que seria preciso dejarnos y acompañarla. Este Comandante le hizo ver que si encontrábamos en lo interior del canal á María, ó á algunos de sus conocidos que habian quedado persuadidos de que Tetacus iba en la *Mejicana*, recelarian que le habíamos hecho algun daño si no le viesen en ella. En tal caso quedábamos espuestos á entrar en guerra con unas naciones con quienes no perdonábamos diligencia alguna para mantener buena armonía, al mismo tiempo que les inspirábamos respeto á nuestras armas, único medio de contener á los naturales de estas costas, que han acometido mas de una vez á las embarcaciones de los navegantes que intentaron reconocerlas. Así lo hizo entender á Tetacus, el cual procuró persuadir á su mujer con las mismas razones, pero no con el mismo éxito; y como no quisiese mostrarse indiferente á las pruebas que ella le daba de su ternura, hacia señas á Valdés y á Vernaci, para que le abrazasen y condujesen á la cámara, no dejándole en libertad de irse. Duraron mucho tiempo estos altercados, y desesperanzada la mujer de conseguir su intento se retiró con redoblado llanto, habiendo recibido algunos abalorios. Mucho tuvimos que admirar en la conducta de este gefe. Dueño de grandes riquezas y con un poder que se estendia por muchas leguas en aquellos territorios, solo, sin armas, en un buque cuyo manejo y seguridad le eran desconocidos, se entrega á unos estranjeros á quienes habia visto el dia precedente por primera vez, sin manifestar la mayor inquietud, recelo ni arrepentimiento de su determinacion, sino al contrario, dando á conocer la mayor satisfaccion en todo el tiempo que estuvo con nosotros. Observaba y preguntaba con curiosidad, haciendo ver que habia sido su principal intento en la admision del pasaje que se le habia ofrecido, tomar noticia de nuestro gobierno interior, y del manejo de las embarcaciones. Miraba atentamente las maniobras, buscaba el laboreo de los cabos, indicaba sus nombres, y rara cosa escapaba á su exámen, procurando no hacerse molesto, interponiendo con sus preguntas algun agasajo, y dando algunas noticias de los usos de su pais y de los nombres de varias cosas que él creia nos podia interesar.»

Los capitanes de las goletas trataron de internarse para acabar de examinar el seno de Gaston, y proceder al reconocimiento del canal de Floridablanca. Dirigiéronse pues á pasar por el pequeño canal que hay al E. de la isleta de la Boca, lo que consiguieron con felicidad. La costa S. del estrecho estaba llena de escelentes fondeaderos. Tanto en ella como en la del N. el terreno es montuoso, aunque en esta parte son mas bajas y alomadas las alturas, presentando parajes de agradable vista cubiertos de yerba y pinos, pais propio para siembras. Al contrario las costas del Sur son elevadas y se dejan ver cubiertas de

nieve las cimas de sus montes. Amanecieron la *Sutil* y *Mejicana* cerca de la Punta de Moreno de la Vega, pasaron por entre ella y los islotes, se dirigieron al puerto de Córdova, donde Tetacus indicaba debia quedarse, y á que daba el nombre de *Chachincutupusas*. Consiguieron tomarle á las once de la mañana, anclaron en él, y Tetacus se despidió de los españoles con la mayor cordialidad y se fué á tierra con su mujer María y con otra que acababan de llegar en una canoa.

Notóse que la navecilla tenia en la proa un gran aguilucho de talla, cuya figura habíamos visto tambien en otras canoas de guerra. Parece que aquellos indios unen cierta idea de temor ó veneracion á la efigie de esta ave. Antes de separarse Tetacus, habiendo tomado un lapiz que habia en una mesa, entre otros dibujos que hizo en un papel, figuró con esmero un águila en actitud de volar. Tenia la cabeza muy grande y dos cuernos en ella: la representó llevando asida en sus garras á una ballena, y aseguró á los españoles que él habia visto descender rápidamente de las alturas al mar próximo á su habitacion, un ave de aquella especie, agarrar á una ballena, y volverse á elevar. Valdés le reprodujo que estaria durmiendo cuando creyó ver cosa tan estraña, y él aseguró que estaba tan despierto como cuando lo contaba. Esto indicaba el mucho lugar que tenian las fábulas en las creencias de aquellos pueblos. Los nuestros estuvieron en tierra visitando las rancherías de Tetacus, en que habia unos cincuenta indios, y de ellos fueron muy obsequiados á su manera. En esta ocasion supieron los capitanes de las goletas que aquel caudillo era uno de los mas temidos de cuantos habitaban aquellas costas, y que en ellas se habia adquirido el mayor respeto y autoridad por su valor, talento y despejo.

Aunque el puerto de Córdova es hermoso y proporciona buen abrigo á los navegantes, escasea de agua, el terreno es muy desigual, y de poco espesor la capa de tierra que cubre las piedras. Esto no obstante es fértil y está cubierto de árboles y plantas. Al tomar aquel ancladero era el objeto principal de nuestros dos marinos observar en él una emersion del primer satélite de Júpiter, para fijar la longitud de Nutka, y referir á ella por medio de los relojes todas las demas. Pasando, pues, á tierra con los instrumentos, observaron el fenómeno, siendo el resultado, referido por el reloj al puerto de Santa Cruz de Nutka, el colocarle en 120° 26′ 00″ al O. de Cádiz: lo cual sirvió de base para establecer las demas longitudes por diferencias con la de dicho puerto.

Internáronse nuestros navegantes en el golfo de Gaston y el dia 12 echándose fuera de él entraron por el canal de Pacheco, atravesaron á media noche la ensenada del Garzon, viendo luces dentro de ella, lo cual indicaba que habia buques en aquel fondeadero. Anclaron, y al amanecer del 13 vieron que estaban á medio canal, en la enfilacion de Punta de San Rafael, con la punta E. de la Península de Cepeda. Poca detencion hicieron allí las goletas; continuaron su navegacion, corrieron varios peligros, enderezaron las proas hácia la punta de



C. Legrand inv.° y lit.° Lit. de J.J. Martinez, Madrid.

FONDEADAS LAS GOLETAS ESPAÑOLAS

Sutil y **Mejicana** en la Cala que fué denominada del **Descanso** en el estrecho de Magallanes, acude y se junta cerca de ellas una multitud de cánoas de indios, cuyo **Tais** ó **Cacique** da señaladas pruebas de amistad á los españoles (Año 1792).

Gaviola; á una milla de ella descubrieron el dia 15 un surgidero, y en él dieron fondo llamándole *sala del Descanso*, por la necesidad qne de él tenian y lo apreciable de tal hallazgo en aquella ocasion. Contaban entonces cinco dias desde su entrada en el Estrecho, y en ellos no solo habian rectificado, sino aumentado tambien los reconocimientos de los años anteriores. Cerca de las goletas llegaron á juntarse aquel dia treinta y nueve canoas con dos ó tres indios cada una. No se halló diferencia notable entre su fisonomía y la de los otros naturales que en el Estrecho habian visitado á nuestros viajeros; pero se hizo reparable la particularidad de ser tuertos muchos de ellos, llevar los bigotes cubiertos de pelo corto, las barbas con perillas, y las cejas bastante pobladas. Con ellos se hicieron varios trueques, bien que fué muy sensible ver que á pesar del agrado que procuraban manifestar á los nuestros y las pruebas contínuas que estos les daban de amistad no podian merecer su confianza. Siempre estaban suspensos y recelosos; el menor movimiento les sobresaltaba, interrumpiendo esto muchas veces la comunicacion con ellos.

La lluvia habia sido casi contínua en los dias 15 y 16, pero el 17 fué de deliciosa primavera. Bajo un cielo despejado se presentaba entonces á la vista de nuestros viajeros un pais agradable: el verde variado y luciente de algunos árboles y prados, y el magestuoso ruido de las aguas, que batian las peñas en diversos recodos, embelesaban sus sentidos, y les ofrecian una situacion tanto mas agradable, cuanto estaban mas cerca de los pasados riesgos y fatigas. Deseando aprovecharla se hicieron por aquella parte algunos reconocimientos, corriendo por último un canal que torcía al E-S-E., y segun su direccion debia ir á dar al archipiélago que se habia visto en la punta anterior á la oriental del puerto.

No habiendo perdido ocasion de adelantar las tareas geodésicas y astronómicas para la formacion de la carta, repuestas las fuerzas de la marinería y remplazada la leña y aguada, nuestra gente levó anclas en la madrugada del 19 de junio, con intento de ir á examinar el canal de Floridablanca. Al amanecer del 20 arribaron las goletas sobre la punta de Lángara, donde se presentaron siete canoas con dos ó tres indios cada una. Mostráronse muy pacíficos y obsequiosos sin interés alguno: acompañaron un rato á los nuestros y se retiraron, dejándoles admirados de la diferencia que se notaba de fisonomía, de disposicion corporal y de carácter entre los naturales de aquel estrecho en pocas leguas de estension. Dirigiéronse despues las goletas á dar fondo al E. de la citada punta subiendo por el canal, y estaban ya casi en agua dulce, hácia la boca que forma la punta con la costa, y veíanse flotar gruesos maderos, *confirmando* estos indicios en la idea de que la boca que nuestros viajeros llamaban de Floridablanca era la de un rio caudaloso. Dejaron caer el ancla en diez brazas.

Hubo allí trato y comunicacion con algunos indios que con sus canoas acudieron, y allí mismo se dejó ver un bote, que desde luego se conoció ser de buques ingleses. Efectivamente, dirigiéndose á la *Sutil* atracó á ella, subió á bor-

do el comandante de la espedicion inglesa, Vancower, y por su relacion y por los planos que manifestó de los canales de Floridablanca, el Carmelo y Mazarredo, quedaron nuestros dos marinos sorprendidos al ver que el primer canal internaba solo catorce millas al E.; los segundos se juntaban en uno, y en direccion del N. 10° E. avanzaban hasta los 49° 38 de latitud; y los terceros van inclinándose hasta que se unen. Tambien habia reconocido el Comandante inglés las bocas de Camaño. Los capitanes españoles le manifestaron su carta de la parte que habian reconocido del Estrecho, y despues de estas pruebas recíprocas de franqueza insistió Vancower en que se reuniesen las dos espediciones. Al fin aceptaron la propuesta los comandantes de las goletas, convencidos de que les proporcionaba la ventaja de acabar en menos tiempo el exámen de aquellos canales, aprovechar parte de la buena estacion, navegando al S. para reconocer la entrada de Heceta, y rectificar la carta de las costas comprendidas entre Fuca y San Blas.

Mucho perdería de su mérito y su interés la descripcion que de aquellos parajes presentáramos aquí, si nos limitásemos á estractar la que con tanta gracia, tan al vivo y con un estilo embelesador se hace en la ya citada *Relacion* del viaje de las goletas. «Los mas de estos canales, dice, presentan un aspecto enteramente nuevo. Siguiendo la costa firme se notan varias quebradas, y si se interna por algunas de ellas se ve un brazo de mar comunmente tortuoso, de media, una, ó dos millas de ancho, formado por las faldas de unas montañas de piedra, muy altas, cortadas casi á pico, de suerte que parecen una elevadísima muralla. En la mediania no se suele encontrar fondo con ochenta brazas, y sondando cerca de las orillas se siente á veces rodar el escandallo sin detenerse. El que entre á reconocer estos canales se sorprenderá, y tal vez pensará haber hallado la comunicacion deseada con el otro mar, ó un medio fácil de introducirse por muchas leguas en lo interior de la tierra firme; pero se disiparán todas sus esperanzas, cuando sin haber notado señal alguna que le indique que se va á finalizar el canal, encuentra cerradas al revolver de un recodo las montañas de los lados formando un arco, y presentando regularmente una estrecha playa en que pueden darse algunos pasos.

Sin embargo de no hallarse en estos lugares aquella agradable vista que presenta la diversidad de los árboles y tiernas plantas, ni lo gracioso de las flores y hermosura de las frutas, ni la variedad de los cuadrúpedos y aves, y de no faltar tambien al oido el recreo de la música de estas, no dejará de encontrar el observador muchas ocasiones de admirar las obras de la naturaleza y divertir sus sentidos, contemplando las moles portentosas de las montañas, vestidas de pinos y coronadas de nieve, que cuando se derrite forma vistosísimas cascadas, las que llegando al fin de su carrera con una velocidad portentosa, interrumpen el silencio de estas solitarias moradas, y de sus aguas reunidas se componen caudalosos rios, que sirven de riego á las plantas de sus orillas en

que tambien se crian cantidad de salmones. Cuando encuentre algunos hombres aunque de diferente fisonomía y color, no desconocerá que son de su misma especie por la semejanza de sus inclinaciones; y verá como sin las comodidades que él creia indispensables para vivir, se mantienen aquellos muy sanos, fuertes y alegres; y como sin los auxilios, que son fruto del estudio y perfeccion de las artes, saben asegurarse el preciso sustento, satisfacer sus necesidades, y defenderse de sus enemigos.

El brazo N. del canal que nosotros llamamos de Floridablanca y los naturales nombran *Sasamat*, termina en un rio de muy poca consideracion, que corre por las faldas y quebradas de una gran montaña, formado al parecer por las aguas que produce la nieve derretida que se precipita por ella. Nuestros oficiales que reconocieron el canal quisieron internarse por el rio, sin embargo de ser muy estrecho, y navegando en media braza de agua, se espusieron á estrellar los botes contra los árboles que hay á las orillas. Presentan estas un vistoso bosque en que hallaron algunas chozas, y á sus inmediaciones varios indios que quedaron sorprendidos al ver unas embarcaciones para ellos tan nuevas, y gentes muy estrañas que se les presentaban en aquel lugar escondido, cuya entrada se ocultaria fácilmente á todo el que no fuese guiado por el deseo vehemente de hacer descubrimientos, y conducido por una infatigable curiosidad. Pero ni la larga distancia al pais poblado, ni lo destituido de todo trato y comunicacion en que vivian estas gentes, contentándose con lo que les suministraba aquel pobre terreno, ni lo sombrío y retirado del lugar en que moraban, fueron suficientes para conservarlas en su solitaria tranquilidad. Inmediatamente huyeron las mujeres y se ocultaron entre las breñas, y algunos de los hombres se embarcaban en una canoa acompañando á un jóven, á quien todos prestaban pronta obediencia. Se acercaron á nuestros botes observando á los que iban en ellos, pero poco despues se volvieron á tierra, y se internaron en el bosque.»

Las goletas hicieron vela el 24 para ir á incorporarse con los buques ingleses cuyo comandante habia vuelto al puerto donde se hallaban, y el dia 25 se les vió venir hácia los nuestros. La espedicion británica se componia de la corbeta *Discovery*, nave bien dispuesta para el objeto de su viaje y del vergantin *Chatan* de muy mala figura. La corbeta que venia muy avanzada del otro buque, se atravesó cuando estuvo cerca de la *Sutil*. Galiano y Valdés adelantándose á cumplimentar á Vancower, fueron á su bordo, y allí pasaron gran parte de la tarde. Hacian las goletas lo posible por acompañar á los buques ingleses, pero siempre iban algo atrasadas por la inferioridad de andar.

Pasado el canal que forma la isla de Tejada con la costa dieron en un archipiélago en que les cogió la noche, y fueron á echar el ancla en un fondeadero al Sur de una isla que despues se llamó de la Quema por haberse prendido fuego en ella; mas era forzoso buscar el continente, hallándose las cuatro naves en un laberinto de islas altas y cortadas á pico, que aparentaban formar canales

de mucha profundidad. En tal estado, habiendo amanecido claro, de comun acuerdo se dispuso despachar tres espediciones, cada una de dos botes por distintos rumbos, y en una de ellas salió Valdés á las nueve de la mañana del 27 en la lancha de la *Mejicana* con víveres para ocho dias, dirigiéndose por el canal á que despues se dió el nombre de la *Tabla*, cuidando de hacer el reconocimiento de la parte que quedaba al E. de él; de cuya espedicion regresó al anochecer, habiendo reconocido un brazo considerable á que dió el citado nombre, por haber visto en la costa del E. de él una especie de tabla de madera en que se veian representados varios geroglíficos, segun el dibujo que de aquel monumento se sacó. En tanto salieron las otras dos espediciones de los botes á hacer varias observaciones, que duraron hasta el 13 de junio, y fueron de conocida utilidad; particularmente el reconocimiento que hizo Alcalá Galiano de toda la costa comprendida entre la punta de Sarmiento y el canal de la Tabla, siguiendo el continente muy de cerca.

El mismo dia 13 se levaron los buques ingleses, y Vancower continuó su navegacion retrocediendo por el mismo canal en vuelta del S-E. Separáronse unos de otros dándose pruebas de recíproca amistad y franqueza, y los comandantes de ambas espediciones se comunicaron recíprocamente copias de los reconocimientos hechos hasta aquel punto. Las dos goletas zarparon el 14, y pugnando contínuamente con vientos contrarios, corrientes opuestas y bajas mareas, pero luego que atravesaron á la costa de la izquierda, se vieron precisadas á dar fondo el dia 17 en la ensenada á que se dió el nombre de Robredo, y el 18 habiendo levado, se mandó la lancha para que examinase el estado de la marea; pero viendo que su curso era contrario se dejó caer el ancla en el fondeadero de Morfi, á fin de examinar de cerca este arriesgado paso y emprenderlo con todo conocimiento. «Para esto, continúa la *Relacion*, se embarcaron los dos Comandantes en la lancha, y se dirigieron hácia el ruido de la corriente, que se dejó sentir luego que doblaron la punta de la Ensenada en que estaban fondeadas las goletas. La estraordinaria rapidez que llevaban las aguas era un fenómeno digno de la mayor atencion. La corriente de la angostura de la Esperanza en el Estrecho de Magallanes, es de 7 5[2 millas por hora cerca de la costa, y su velocidad mucho mayor en la medianía del canal. No obstante, la diferencia que se nota á primera vista entre una y otra corriente es tan considerable, que no se exagera nada, graduando la de la angostura de doce millas. El aspecto es el mas estraño y pintoresco: se ven las aguas como cuando corren precipitadamente por una cascada, un gran número de peces salta contínuamente sobre ellas; y bandadas de gaviotas se posan en su superficie á la entrada del canal, dejándose llevar de su rápido curso, y cuando han llegado al fin ganan otra vez volando su primera posicion. Esto no solo nos divirtió, sino que tambien nos proporcionó un medio para graduar en cierto modo la velocidad de la corriente.

»Los indios recibieron á los citados Comandantes con la mayor amistad y

les dieron á entender que no se espusieran con la lancha á pasar el canal, pues serian sumergidos sin recurso en los remolinos que habia en él, como les sucedia á ellos en sus canoas cuando tenian la desgracia de que las arrebatase la corriente. Galiano y Valdés correspondieron agradecidos á sus advertencias, y se dedicaron á examinar el modo de franquear con las goletas un paso tan temible.

»Los indios valiéndose del curso del sol nos indicaban con bastante claridad, que al estar este astro próximo á la cima de una alta montaña del continente, llegaría el momento favorable que deseábamos. No se hacia largo el tiempo con el entretenimiento que ofrecia la perspectiva del torrente de las aguas y los muchos árboles arrebatados por su violencia, el contínuo paso de las aves, y el jugueteo de los peces que coloreaban vistosamente el fondo sobre que estábamos anclados. Los naturales se separaron algo de las goletas sin desmentir jamás su carácter afable. Nos esplicaban la conducta que seguian en esta navegacion y las contínuas desgracias que no obstante les acontecian; concluyendo con que la mole y resistencia de nuestros buques no nos debia prometer suerte mas feliz, sino antes bien mas desgraciada que la que tienen ellos en sus canoas. Por esta humana y benéfica conducta seguimos llamándolos con el nombre de Indios Buenos y nos esmeramos en regalarles cuanto conocimos podia contribuir á su satisfaccion y comodidad.»

Puestos ya al paso de la angostura, para el cual fueron guiados nuestros marinos por un indio y una mujer que iban en una canoa, resolvieron fondear en la ensenada de la derecha para examinar desde ella un tramo algo dificil que se presentaba á la vista y que llamaron Canal de *Carvajal*, en obsequio de su amigo Ciriaco Gonzalez Carvajal, Oidor de la Audiencia de Méjico, á quien debia la espedicion particulares servicios. Aunque con grandes dificultades y arrostrando no pocos peligros, pasaron las goletas la angostura con una rapidez estraordinaria, dirigiéronse á la costa, y ya muy de noche consiguieron tomar el fondeadero del *Refugio*, quedando ambos buques al abrigo de una punta que las guarecia del viento bajo. Mas tarde arreció el viento que se oia silbar de cofas arriba y por entre los árboles del monte. Al mismo tiempo la violenta rapidez de las aguas en el canal causaba un horroroso estruendo y cabrilleo notable, presentando este conjunto una situacion espantosa, que la hacia todavía mas temible el no tenerla reconocida. Omitimos la relacion de los muchos riesgos que allí corrieron nuestros navegantes hasta que el dia 26 lograron embocar el canal del Engaño: pasaron vogando por entre la isla y la costa del Sur, y ayudados con bastante fuerza de la corriente el viento E-N-E. les llevó con prontitud hasta presentarlos enfrente del Canal de Olavide. En aquel punto calmó, y entregados á la corriente y ayudados de los remos se dejaron ir hasta embocar el de Cordero. Como el choque de la corriente sobre la costa rechazaba las aguas, estas echaron fuera, y las dos goletas siguieron hasta anclar á las dos de la tarde en la ensenada de Viana.

Poco tiempo permanecieron allí, pues el 27 levaron, y el 30 anclaron muy cerca de la boca de un canal, en el fondeadero que despues llamaron del *Insulto* por el que les hicieron los indios que habitan sus costas. En la madrugada del 31 mandaron nuestros marinos la mayor parte de la gente á hacer leña, reemplazar remos y á otros trabajos precisos, cuando hé que al medio dia oyeron gritos y vieron reunidas muchas canoas cerca del parage donde tenian los trabajadores. Al punto se embarcó en el bote el teniente de fragata D. Secundino Salamanca, y fué á socorrer á nuestra gente amenazada, bien que con prevencion de no causar daño á los contrarios sino en un caso estremo. Se disparó un cañonazo, y este ruido junto con el aparato de los fusiles del bote produjo buenos efectos, pues los indios se embarcaron prontamente en sus canoas, y atravesaron el canal pasando á larga distancia de las goletas.

Habia salido Vernaci, teniente de fragata, á reconocer el brazo que se dirigia al Norte para situar con exactitud su término, y el 5 de agosto regresó despues de haber reconocido los brazos de su nombre, de Retamal, Balda y Baldinat, acabando en el canal de Pinedo que está en la costa occidental del último, trabajos en que invirtió seis dias; y no continuó la esploracion hasta la salida al mar que creia muy cerca, segun lo manifestaban entre otros indicios las muchas ballenas que desembocaban del canal de Pinedo, por hallarse distante de las goletas, y haberle quedado muy pocos víveres.

«Habia encontrado parajes de agradable vista, tierras poco altas cubiertas de árboles y prados, y muchas playas con buenos fondeaderos en sus proximidades, sin dejar de ver montes ásperos y altísimos en el canal de su nombre. Tuvo que admirar en él una cascada de las aguas de la nieve derretida, las cuales reuniéndose en la quebrada de una montaña, caen despues en la canal con grande ruido, agitando el aire de suerte que al pasar por este ambiente largó Vernaci las velas de la lancha, y anduvo alguna distancia con el auxliio del viento que producia aquella conmocion. Tambien vió muchas rancherías en las inmediaciones de los rios, en que por lo regular rematan estos brazos, y donde van á desovar los salmones en la estacion que frecuentan la costa. Observó que los indios prefieren esta situacion á lo interior de los estrechos, así por la mayor abundancia de pesca, como por la mejor proporcion que les ofrece para hacer el comercio con los estranjeros. Habia visto al desembocar el canal de Torres un golfo terminado al O. por multitud de islas, y conjeturaba que los canales formados por ellas tendrian salida al mar.»

La analogía que Alcalá Galiano y Valdés hallaron en todos los canales de la parte reconocida no les daba esperanza de hacer descubrimiento alguno de útiles consecuencias, al paso que no debian esponerse en unas goletas de muy defectuosa construccion á permanecer en latitudes crecidas en las proximidades del equinoccio del invierno. Pareciólesi pues mas interesante invertir el tiempo que les quedaba de campaña en reconocer la boca de Eceta y situar algunos puntos

de la costa desde Fuca para el Sur, particularmente el canal de Santa Bárbara. Estas consideraciones les hicieron elegir el partido de buscar pronta salida al mar, prefiriendo los enunciados trabajos al reconocimiento de nuevos brazos y canales. A las cinco de la mañana del 9 de agosto se hicieron pues á la vela, y en la misma mañana avistaron al O. un bergantin. Llegaron por la tarde á su voz y supieron ser el *Venus*, su capitan Enrique Shepherd que venia de Bengala, y habia tocado en los establecimientos de Nutka y Fuca, y tratado con los individuos de nuestros buques. Dió á nuestros espedicionarios la triste noticia de que en el de Fuca los indios habian muerto al piloto de la fragata *Princesa*, D. Antonio Cerantes. Los tres buques fondearon al anochecer entre las famosas rancherías de Cuacós y de Majoá. De una y otra acudieron muchas canoas y en una de ellas venia el Tais de la segunda, quien regaló una piel á cada uno de los comandantes de los buques. Traian gran porcion de ellas y se les tomaron algunas á cambio.

Las goletas dieron vela en la madrugada del 10, en demanda de la costa para reconocerla y situarla, montaron varios islotes al N-O., dieron fondo en un abra, y denominaron á este surgidero puerto de Güemes en obsequio del virey de Nueva-España, especial protector de la espedicion. La mansion en este puerto no proporcionó á nuestros marinos otra utilidad que la compra de algunos salmones frescos á los indios, pues no pudieron adquirir de estos noticia alguna interesante. El 23 zarparon en demanda del puerto de Gorostiza, y fueron á fondear en el surgidero que despues llamaron de *Mier*; de allí á la cala á que dieron el nombre de *Villavicencio*, consecutivamente al surgidero que titularon de *Valdés*, y el 30 anochecieron cerca de Cabo Boisé (ó Frondoso), donde ya estaban en la parte de costa reconocida por ambos comandantes y situada por las dos corbetas *Descubierta* y *Atrevida* en el año antorior. Así aprovecharon con toda vela el viento favorable y lograron amanecer á la vista del puerto de Nutka, anclando en él al medio dia.

«Llegamos á Nutka, dice la *Relacion* del viaje, á los cuatro meses de la salida de este puerto, habiendo ocupado todo este tiempo en reconocimientos, que por la mayor parte solo pueden servir para satisfacer la curiosidad, pero que de ningun provecho son á los navegantes. Una vez decidido como lo está por resultas de esta esploracion, que por el canal de Fuca no hay paso al Atlántico, ningun atractivo ofrecen las tristes y estériles mansiones de este Estrecho al navegador comerciante, porque no se hallan en ellas producciones terrestres ni marinas, cuyo exámen ó adquisicion merezca esponerse á las consecuencias de una navegacion dilatada por canales angostos sembrados de escollos y bajíos. No vimos nutrias ni cuadrúpedos cuyas pieles pudieran prestar cebo á la codicia; ni la disposicion del terreno proporciona tampoco situaciones cómodas para formar establecimientos, ó para pasar una invernada en caso necesario. Solo el filósofo podria acaso encontrar en estos parajes materia de contemplacion, á vista de un suelo y de unas gentes tan vecinas al estado primitivo del mundo, como distantes de la civilidad europea, que ni aprecian ni codician.»

Despues de dar varias noticias náuticas y hacer una descripcion de la entrada é isla de Nutka, se añade que mirada esta desde la mar presenta en todos tiempos una vista agradable: sus alturas cubiertas de espesos pinos y cipreses, cuyo verdor es permanente, dan una idea de fertilidad y hermosura, que se desvanece tan pronto como se ponen los piés en sus orillas. Formada de una piedra gris cubierta por la mayor parte de la tierra que deja la descomposicion de los árboles y plantas, está circuida de playas pobres, de precipicios y malezas. Asegura el naturalista D. Francisco Moriño que corren algunas vetas metálicas por las serranías de esta isla, y se inclina á creer que son de hierro, cobre y alguna otra de plata. Desde principios de mayo hasta fin de agosto se disfruta los mas de los dias de un tiempo claro. A fines de agosto empieza á cubrirse el cielo de neblina y son frecuentes las lluvias. Por noviembre se esperimenta lo mas riguroso de los temporales y tormentas. Durante el invierno son terribles los nortes, cuya fuerza es tal que suele arrancar los árboles con sus raices y poner en peligro á las embarcaciones que están en el fondeadero. Hasta enero no se ven hielos, y aunque los riachuelos se congelan, está siempre libre la navegacion del gran canal. De todo resulta que el clima de este pais es mucho mas suave que el de la costa opuesta de la América á la parte del E. en el mismo paralelo. El temperamento es saludable. Los naturales no habitan mas que las playas dejando los montes á los osos, venados, linces, lobos, collotes, tejones, martas, ardillas, topos y ratas. Son varias las especies de aves terrestres que hay en el pais de Nutka y pocas las acuáticas. Mas rica es la mar que baña aquellas orillas pues en ellas se crian sabrosos salmones, bacallaos, pescadas, doncellas, truchas, lenguados, rayos, sardinas, arenques, etc. Curiosos cuanto estensos son los conocimientos y noticias que en la *Relacion* del viaje se dan relativos á los habitantes de Nutka, su raza, leyes, religion y ritos, trajes, usos y costumbres; cuya descripcion exigiera muchas páginas en la historia de la Marina. Sobre todos estos puntos recomendamos la lectura de aquella obra.

«Como la elocuencia, dice la misma *Relacion*, se ha tenido siempre por hija de las pasiones vivas, y estas son capaces de acalorar la imaginacion hasta en los mismos salvages, no se estrañará que afirmemos que se encuentran hombres elocuentes entre los de Nutka; en confirmacion de lo cual transcribiremos un discurso, pronunciado por Macuina para satisfacer al Comandante de nuestro establecimiento D. Juan de la Bodega y Cuadra, sobre cierto crímen que injustamente achacaban á aquel Tais.—Se encontró en lo interior del bosque el cadáver de un pagecito traspasado todo de puñaladas, desnudo y sin carne alguna en las pantorrillas; cerca de él estaba un pañuelo y una navaja inglesa ensangrentada. Discurrieron muchos que los indios de Macuina habian hecho este asesinato inducidos tal vez por su mismo gefe, con el fin de aprovecharse de la ropa y carnes del desventurado rapaz. Corrió la voz por todos los buques estranjeros que se hallaban en el mismo fondeadero, y sus respectivos capitanes prometieron unirse

con nosotros para vengar esta atrocidad. El bostonés Ingrahan arrestó en efecto al dia siguiente á dos criados de Macuina, llamados *Fríjoles* y *Agustin*, dió parte y pidió tropa para trasladarlos al cepo de nuestro bergantin de guerra el *Activo*. Espantados con semejante aparato se lanzaron al agua, donde sin embargo de su destreza en el nadar, se vieron alcanzados por nuestra lancha, en la cual fueron conducidos con los brazos atados á la presencia de D. Juan de la Bodega y Cuadra: este estaba bien satisfecho de que se hallaban inocentes por no haber faltado ni un instante de nuestra casa la noche en que mataron al pagecito, y por tanto los dejó ir libres, encargándoles que en su nombre suplicasen á Macuina inquiriese quién habia sido el agresor.

»Vino á los dos dias este príncipe, y se esplicó con el Comandante casi en estos términos: «Fríjoles y Agustin me han informado que Ingrahan los detuvo en »su buque para entregarlos á los Mischimis de España, que traian fusiles para »matarlos en caso que quisiesen huir de los lazos con que intentaban atarlos para »ponerles los piés en el cepo que tienes en tu embarcacion; pero que tú, sa»biendo que era falso el homicidio que se les imputaba, les mandastes desatar, y »dejarles ir libres para Tasis; y que tus mismos Mischimis al salir los mios les »dijeron que yo habia aconsejado esta maldad. Creo que tú no te persuadas á ello, »y reflexiones que Macuina tiene mil obligaciones para ser tu amigo. Tú me has »regalado cobre; por tí tuve muchas conchas que distribuir en el festejo de la »instalacion de *Apenás*; tuyo es el paño, abalorios, cota de malla, instrumen»tos de hierro, cristales y otras muchas cosas de que estoy provisto: nuestra »confianza recíproca ha llegado hasta el punto de dormir ambos solos en una »misma recámara, sitio en que hallándote sin armas ni gente que te defendiera »pudiera yo haberte quitado la vida, si un amigo fuese capaz de una traicion. Se »piensa bajamente de mí y de mi dignidad siempre que se imagina que querien»do yo romper la amistad mandaría asesinar un muchacho menos apto para de»fenderse, que si fuera una mujer. ¿Presumes que un gefe como yo no empezá»ra las hostilidades matando á los otros gefes, y oponiendo las fuerzas de mis »súbditos contra las de tus Mischimis? Tú serias el primero cuya vida corriese el »mayor peligro si fuéramos enemigos: bien sabes que Wicananisch tiene muchos »fusiles, pólvora y balas; que no tiene pocos el Capitan Haná; y que tanto es»tos como los Nuchimases son mis parientes y aliados, todos los cuales unidos »componemos un número incomparablemente mayor que el de los Españoles, In»gleses y Americanos juntos, para no tener miedo de entrar en un combate. ¿No »han estado varias veces solos, tanto en mi casa como en la de Quicomasia y »Nanaquius tus hermanos (así llamaba á los oficiales españoles), bien vestidos, »con reloges y otras alhajas curiosas? ¿Qué mal han recibido? ¿Quién de los mios »les ha insultado siquiera? ¿Tú mismo no has ido con poco acompañamiento, y »solo has encontrado que la multitud de mis súbditos te rodeaba con el fin de »hacerte las mas vivas demostraciones de amistad? ¿Cómo, pues, permites que

»hablen los suyos tan indignamente de mí, y que Ingrahan asegure que Frijoles »y Agustin han dado la muerte á este muchacho? Hazles saber á todos que Ma»cuina es tu verdadero amigo, y tan lejos está de hacer daño á los españoles, »que se halla pronto á vengar el que acaban de recibir segun congeturo, de »mano de los pérfidos de *Iticoac.* Ya conoces las fuerzas é intrepidez de mi her»mano Quat-laza-pé y de mi pariente Natzapé: si me prestas tu lancha con »cuatro ó seis pedreros, los mandaré á ambos con los mas valerosos de mis Mis»chimis á destruir á esos bandidos, y limpiar la costa de enfrente. Tu puedes »embarcar los que gustes de los tuyos, para que ellos y los mios igualmente que »nuestros enemigos, conozcan que Macuina es lo mismo que Quadra, y Quadra »lo mismo que Macuina.»

«El comandante Cuadra, despues de su residencia todo un verano en Nutka, asegura en su diario que jamás tuvo que sentir por parte de los naturales: alaba la confianza con que dormian en su casa, y Macuina, aun en su misma alcoba, sin que jamás se hubiese echado en ella de menos cosa alguna. Cuando les cogia la noche en el establecimiento y tenian que ir á dormir á sus rancherías pedian con gran franqueza algunos faroles para alumbrarse, y los volvian á la mañana siguiente; pero lo que manifiesta mas que conocen la justicia y se arreglan á sus preceptos, es la exactitud con que cumplen todos sus tratos. En ocasion de haber pedido el príncipe Natzapé á varios individuos del paquebot *San Cárlos*, algunas planchas de cobre y otros efectos prestados para llevarlos á los Nuchimases, y adquirir pieles, tuvo la desgracia de que zozobrase su canoa, perdió á su mujer, á quien amaba tiernamente, sus bienes y los que llevaba agenos. Parece que en circunstancias tan lastimosas podria haberse escusado de pagar á sus acreedores; pero siguiendo sus ideas de rectitud, tomó sobre sí aquel príncipe todo el peso de su adversa suerte, y trabajó sin descansar hasta satisfacer completamente cuanto debia.»

A medio dia del 31 de agosto salieron las goletas del puerto de Nutka con tiempo favorable. Era el intento de sus Comandantes correr toda la costa y situarla hasta Monterey; pero la mar y el viento les alejaron tanto que al amanecer del 5 de setiembre se hallaron sobre una costa baja que salia un cabo al S-O., y congeturaron ser el de San Roque, septentrional de la entrada vista por Hezeta en 1775 y á que llamó de la Asuncion. Luego que le doblaron vieron una ensenada y una boca en su fondo de tres millas de ancho, y se cercioraron de que se hallaban sobre la barra de un rio. Aseguráronse, en fin, de que la entrada que tenian á la vista era la descubierta por Hezeta, y sin detenerse mas tiempo que el preciso para situar los principales puntos de la costa, consiguieron trazar en la carta la parte comprendida entre los paralelos de 46° 8′ y 46° 35′ de latitud, vieron el cabo Maltiempo, así llamado por el célebre capitan Cook, en memoria del temporal que sufrió en sus inmediaciones, y sobreviniendo viento tan récio y contrario que tuvieron que alejarse de la costa sin poder dar

vista á otro punto de ella que el cabo Mendocino el dia 20, el 23 fondearon en Monterey.

Con gran satisfaccion desembarcó nuestra gente en las fértiles tierras de aquel establecimiento principal de las Californias, y aun con mayor alegria las tripulaciones; que cansadas de los contínuos trabajos, de la estrechez y consiguiente incomodidad de las goletas, porque realmente no eran embarcaciones proporcionadas para tal empresa, aunque todos con la mejor salud miraron aquel asilo con el placer que puede inferirse. El tiempo de la mansion en Monterey lo emplearon nuestros dos distinguidísimos marinos en formar la carta de los reconocimientos hechos desde la salida de Nutka hasta la vuelta al puerto en que se hallaban, y en tomar apuntes y hacer descripciones del país, bajo todos conceptos las mas interesantes para la historia natural y la geografía (1). El celo, la laboriosidad, el génio investigador, los conocimientos científicos, en fin de Alcalá Galiano y de Valdés, se estendieron á presentar un cuadro del estado de las misiones de la Nueva California, y con él un testimonio, un argumento de hecho el mas convincente y poderoso, para vindicar la conducta de los españoles, de las necias acusaciones con que pretenden denigrarla los estranjeros, casi siempre que hablan de nuestros establecimientos en aquellas regiones. Otro de los documentos curiosos que se debe á la estraordinaria aplicacion, inteligencia y curiosidad de los célebres y beneméritos comandantes de las goletas *Sutil* y *Mejicana*, es un *Vocabulario del idioma de los habitantes de Nutka*, con la correspondencia de voces de la lengua castellana.

En 26 de octubre salieron de Monterey, hicieron derrota al canal de Santa Bárbara, el 29 reconocieron la isla de este nombre, llegaron al estremo meridional de la de Santa Catalina, ya en noviembre, y determinaron geométricamente la estension de la isla de San Andrés. En demanda de la punta de San Diego continuaron la navegacion, y pasando cerca de ella, situaron los puntos principales de aquella derrota, la siguieron para el cabo de San Lucas, rectificaron la latitud de este, y navegando luego en demanda de las islas Marias, avistadas estas observaron la latitud de la parte mas N. en 21 de noviembre. «A la una de la noche, dice la *Relacion del viaje*, esperimentamos una turbonada que nos puso en bastante riesgo: empezó por el N. y corrió para el O. siendo tanta la fuerza del viento que aunque á la *Mejicana* solo le cogió con los bolsos de la mayor, estuvo casi zozobrada. La *Sutil* se puso en popa á palo seco, corriendo en favor de la mar y el viento. Este y la mucha lluvia apagaron todas las luces y en tal estado deseábamos con ansia la claridad de los relámpagos, como único medio de ver los rumbos en la aguja y de maniobrar como convenia, para no dar contra las islas ni abordarse unos con otros los tres buques de la

(1) Para tener una idea cabal de lo útil, interesante y curioso del viaje de las dos goletas, es preciso y conveniente leer con detencion la *Relacion* á que tantas veces nos referimos.

conserva. Cedió el viento al paso que fuimos alejándonos de tierra; pero las goletas no volvieron á verse en toda la noche, y esta fué la única ocasion en que se separaron involuntariamente en toda la campaña. Reunidas al amanecer del 22 se hizo rumbo directo al fondeadero de San Blas, donde anclamos el dia 23, llegando nuestras tripulaciones en perfecta salud y con la mayor alegria por el feliz éxito de una espedicion sumamente penosa y arriesgada, atendiendo á la clase de las embarcaciones con que la hicimos. Terminado el objeto con que se habian habilitado estos buques, los entregamos al oficial comandante del departamento, y nos preparamos para regresar á Europa por la via de Méjico y Veracruz.»





CAPITULO XIII.

Estado preponderante de la Marina Real española á fines del siglo XVIII, y principio de su decadencia con el del siglo XIX.—Combate á la vista del cabo de *Santa María*, entre cuatro fragatas españolas y otras tantas inglesas; incendio de la *Mercedes*, una de las nuestras, y apresamiento de las otras tres.—Combinadas contra las inglesas las escuadras francesa y española, esta al mando del general D. Federico Gravina, y aquella al del almirante Villeneuve, comandante general de ambas, salen de Cádiz para la Martinica; toman el fuerte del Diamante, hacen vela para la Guadalupe; teme Villeneuve el encuentro con la escuadra inglesa de Nelson, y la combinada dá la vuelta para Europa.—Encuentro con la británica de Calder en el cabo de *San Vicente*; combate glorioso para Gravina y vergonzoso para Villeneuve. Retírase la escuadra combinada al puerto de Vigo y de allí al Ferrol y la Coruña, y últimamente á Cádiz. Sale de este puerto en busca de la inglesa.—COMBATE DE TRAFALGAR.—*Conclusion.*

El asombroso estado á que la Marina Real española habia llegado á fines del siglo XVIII, parecia haberla elevado á su mayor apogeo, poniéndola en disposicion de competir con la potencia marítima mas poderosa de Europa, y poder disputarla el señorío de los mares. Insignificantes, ó mejor diremos nulas, eran las fuerzas navales de la gran monarquía española al espirar en esta la ominosa dominacion austriaca con la muerte del imbécil Cárlos II; pero tal y tan activo fué el impulso dado á nuestra falleciente marina militante durante los siguientes reinados de Felipe V, Fernando VI y Cárlos III, particularmente bajo los memorables ministerios de los célebres Patiño y el marqués de la Ensenada, D. Zenon Somodevila, con singularidad en el de este grande hombre, que los buques de guerra de nuestra Armada ascendieron al asombroso número de 304, entre

ellos 76 navíos de línea (1). Jamás tuvo, ni ha vuelto á tener España, aun en medio de todo su poderío, antes ni despues del siglo XVIII tan formidable marina de guerra como al finalizar aquella centuria. Con esta parecia que habia de terminar tambien el incremento de su pujanza marítima, empezando con el nuevo siglo á declinar su poder naval, de tal manera, y hasta un grado, digámoslo así, tan vergonzoso, que en el año 1830 se ha visto reducido el formidable número de las citadas 304 naves de guerra, que eran el orgullo nacional, al insignificante, al muy humilde estado de 24 buques á saber: tres navíos, cuatro fra-

(1) Estado de los buques de que á fines del siglo XVIII se componia la Real Armada española *y de los que se hallaban en construccion: con espresion de los astilleros y años en que se verificó aquella, sus Comandantes, número de cañones que montaban, y departamentos á que estaban consignados;* siendo de notar que con la letra A. se indica los que estaban armados en la época citada; B. brigadier, C. N. capitan de navío, C. F. capitan de fragata, T. N. teniente de navío, A. F. alferez de fragata.

DEPARTAMENTO DE CADIZ.

Buques.	Cañones.	Astilleros en que se construyeron.	Años.	Comandantes.
Navíos.				
Sma. Trinidad....	112	Habana............	1769	C. N. D. Manuel de la Rosa.
Concepcion.... A.	112	Ferrol.	1779	B. D. Luis Vallabriga.
Santa Ana..... A.	112	Idem..............	1784	B. D. Rafael Orozco.
Conde de Regla. A.	112	Habana............	1786	B. D. Francisco Ruiz de Cárdenas.
Real Cárlos.......	140	Idem..............	1787	B. D. Andrés Tacon.
San Cárlos..... A.	96	Idem..............	1765	B. D. Enrique Macdonell.
Rayo...........	80	Idem..............	1749	C. N. D. Diego Guiral.
Bahama....... A.	74	Idem..............	1784	C. N. D. José Aramburu.
San Dámaso.... A.	74	Cartagena..........	1776	B. D. Francisco Ordoñez.
España........ A.	64	Cádiz..............	1757	C. N. D. Miguel Orozco.
San Ramon.... A.	64	Habana............	1775	B. D. Francisco Montes.
América....... A.	64	Idem..............	1776	C. N. D. Antonio Cañedo.
S. P. Alcántara. A.	64	Idem..............	1788	C. N. D. Francisco Herrera y Cruzat.
Astuto........ A.	60	Idem..............	1759	C. N. D. Pablo Estapar.
San Julian..... A.	60	Cartagena..........	1781	C. N. D. Pedro Pineda.
Miño......... A.	54	Ferrol.............	1779	C. N. D. Luis Santisteban.
Fragatas.				
N. S. de Atocha. A.	40	Habana............	1789	C. F. D. Benito Santacilia.
Santa Sabina... A.	40	Ferrol.............	1781	C. F. D. Juan Darrac.
Minerva....... A.	40	Habana............	1790	C. N. D. Manuel Sanchez Arjona.
Astrea........ A.	34	Cartagena....	1756	C. F. D. Pedro Cabrera.
La Asuncion... A.	34	Ferrol.............	1772	C. N. D. Juan Galarza.

gatas, dos de ellas desarmadas, dos corbetas, diez bergantines y cinco goletas. Tristes y lamentables resultados de mal entendidas é impolíticas alianzas con la Francia, cuya amistad desde el año 1793 hasta principios de 1808, fué para la mal gobernada España semejante á la que en la vida privada y pública contrae el hombre impremeditada y torpemente, con otro cuyas relaciones y compañía le alucinan, le estravían, y por último le arruinan. El ominoso tratado de alianza nuestra con la Francia en 1795, fué como el acta en que se profetizára la decadencia de nuestro poder naval; en que se determinára verdaderamente que hi-

Buques.	Cañones.	Astilleros en que se construyeron.	Años.	Comandantes.
N. S. de la O... A.	34	Habana............	1778	C. N. D. Gregorio Rosso.
Santa Agueda... A.	34	Idem...............	1776	C. F. D. Marcelo Spinola.
Liebre......... A.	34	Cádiz..............	1755	C. N. D. Tomás Geraldino.
Sta. Cecilia..... A.	34	Habana............	1777	C. F. D. Agustin Figueroa.
Sta. Dorotea.... A.	34	Ferrol.............	1776	C. N. D. Victor Perez Bustillos.
Sta. Lucía..... A.	34	Habana............	1770	C. N. D. Francisco Uriarte y Borja.
La Magdalena... A.	34	Ferrol.............	1773	B. D. José Adorno.
S. M. de la Cabeza.	34	Habana.......... ..	1780	C. N. D. Joaquin Calvo.
Sta. Matilde.... A.	34	Idem...............	1778	C. F. D. Lope Peñaranda.
Sta. Rosa...... A.	34	Ferrol.............	1782	C. F. D. Juan María Butler.
Sta. Rosalía.... A.	34	Cartagena..........	1767	C. N. D. Joaquin de Molina.
Sta. Rufina..... A.	34	Idem...............	1777	C. F. D. José de la Cosa Valdés.
Venus..........	34	Cádiz..............	1755	C. F. D. Miguel de Mesa.
N. S. de la Paz.. A.	34	Ferrol.............	1785	C. F. D. Rafael Villavicencio.
Sta. Perpetua... A.	34	Idem...............	1772	C. F. D. Juan Elizalde.
Sta. María........	34	Ferrol.............	1785	C. N. D. Manuel Bustamante.
La Mercedes.... A.	34	Habana............	1788	C. N. D. Bruno Ayala.
Sta. Clara........	34	Ferrol.............	1774	C. N. D. Manuel Posada.
Sta. Gertrudis....	26	Guarnizo...........	1768	C. N. D. Felipe Villavicencio.
Corbetas.				
San Pio........ A.	22	Ferrol.............	1777	T. N. D. Santiago Zárate.
Colon .... A.	22	Presa	....	T. N. D. Francisco Manjon.
San Gil........ A.	20	Ferrol.............	1777	T. N. D. Manuel Salazar.
Sta. Elena...... A.	20	Idem...............	1779	C. F. D. Miguel Cuadrado.
Descubierta......	20	Cádiz..............	1789	C. F. D. Mauricio Gimeno.
Atrevida.........	20	Idem...............	1789	Idem.
Santa Rosa..... A.	20	Cartagena........ ..	1775	T. F. D. Manuel Fuenmayor.
Urcas.				
Sta. Polonia......	6	Ferrol.............	1773	C. F. D. Joaquin Castañeda.
Sta. Balbina.... A.	6	Presa	....	C. F. D. Salvador del Castillo.
Sta. Bibiana.... A	6	Idem...............	....	T. N. D. Miguel Montemayor.

ciésemos un funesto retroceso al muy lamentable estado en que nos vimos al espirar el siglo XVII. Tratado en que á costa del honor, el interés y el poderío español, todo se sacrificára en obsequio y beneficio de la nacion vecina, siempre émula y rival de la nuestra; para que un dia con la invasion mas injusta, con la usurpacion mas inaudita, y los estragos mas espantosos en nuestros desventurados pueblos, pagára el generoso y grande sacrificio que estos hicieran de sus hijos y sus caudales. Desafiando así el colosal poder marítimo de Inglaterra, la leal España habia de verse al fin empeñada en una guerra que hundiera sus formidables fuerzas navales y su universal comercio; merced no solo á la indiscreta

Buques.	Cañones.	Astilleros en que se construyeron.	Años.	Comandantes.
Sta. Paula...... A.	6	Presa...............	....	T. N. D. Andrés Bertodano.
Ventura.........	6	Idem...............	....	C. N. D. Joaquin Calvo.
Balandras.				
Hopp...........	14	Idem...............	....	”
Sta. Teresa..... A.	10	Idem...............	....	”
Lijera......... A.	....	Idem...............	....	”
San Miguel..... A.	....	Idem...............	....	”
Terrible....... A.	8	Idem...............	....	”
Bergantines.				
Resolucion........	18	Idem...............	....	T. N. D. Miguel Irigoyen.
Ardilla........ A.	16	Idem...............	....	T. N. D. Juan Eslaba.
2.º Amistad.... A.	14	Idem...............	....	”
.... A.	14	Idem...............	....	”
Vivo.......... A.	14	Ferrol.............	1788	T. N. D. Francisco Alvarez.
Cazador....... A.	14	Cádiz..............	1788	C. F. D. Luis de Medina.
Atrevido....... A.	12	San Maló...........	1780	”
1.º Amistad.... A.	10	Idem...............	....	”
Liebre......... A.	8	Presa..............	....	”
Trucha........ A.	....	Ferrol.............	1780	”
Poli.......... A.	8	Presa..............	....	”
Paquebotes.				
S. F. de Borja... A.	18	Habana............	1784	”
S. F. de Paula.. A.	18	Idem...............	....	”
Sta. Eulalia.... A.	16	Ferrol.............	1775	C. F. D. Pedro Sanguineto.
Sta. Casilda.... A.	16	Idem...............	1775	T. N. D. José Heredia.
San Cárlos..... A.	16	Idem...............	....	”
San Antonio.... A.	14	Idem...............	....	”

política y la torpeza de un ministerio inhábil, sino tambien al carácter del inesperto, pusilánime y condescendiente Cárlos IV.

La entrega de seis navíos de línea á la Francia, en marzo de 1801, cuales eran el *Conquistador, Pelayo, San Genaro, San Antonio, Intrépido* y *Atlante*; la voladura del *Real Cárlos* y del *San Hermenegildo* en el Estrecho de Gibraltar, en la noche del 12 de julio de aquel mismo año, habiéndose batido ambos uno contra otro por una estratagema de los ingleses; la del *Sério* y del *Europa* que por inútiles se echaron á pique, tambien en 1801, en Manila, para formar

Buques.	Cañones.	Astilleros en que se construyeron.	Años.	Comandantes.
Goletas.				
San Bruno..... A.	10	Habana.............	....	T. N. D. Ramon Echalaz.
Anunciacion.... A.	....	Presa.	....	,,
La Magdalena.. A.	8	Idem...............	....	,,
S. J. Bautista... A.	8	Idem...............	....	,,
Flor.......... A.	....	Idem...............	....	T. N. D. Francisco Fuentes Bocanegra
Cinco tartanas.. A.	2	Idem...............	....	,,
Doce barcos.... A.	1	Idem...............	....	,,
		DEPARTAMENTO DEL FERROL.		
San José....... A.	112	Ferrol..............	....	C. N. D. José Lorenzo de Mendoza.
El Salvador..... A.	112	Idem...............	....	B. D. Antonio Estrada.
Mejicano....... A.	112	Habana.............	....	B. D. José Bonanza.
S. Hermenegildo. A.	112	Idem...............	....	B. D. Miguel Tacon.
Reina Luisa.... A.	112	Ferrol..............	....	B. D. José Escaño.
P. de Asturias.. A.	112	Habana.............	....	B. D. Adrian Valcárcel.
Real Familia......	112	En grada en idem....	....	,,
San Fernando... A.	96	Habana.............	....	B. D. Francisco Delgado.
San Nicolás..... A.	80	Cartagena...........	....	C. N. D. Juan Suarez.
San Rafael. .... A.	80	Habana.............	....	B. D. Benito de Lira.
San Eugenio.... A.	80	Ferrol..............	....	C. N. D. Juan Salcedo.
Neptuno.........	80	En grada en idem....	....	,,
San Sebastian... A.	74	Pasages.............	....	C. N. D. Rafael Maestre.
Africa......... A.	74	Cádiz...............	....	C. N. D. José de Rojas.
Arrogante. .... A.	74	Guarnizo...........	....	C. N. D. José Serrano Valdenebro.
Galicia........ A.	74	Habana.............	....	C. N. D. José Gimenez de Zurita.
Oriente........ A.	74	Ferrol..............	....	C. N. D. Pedro Ristori.
San Fermin.... A.	74	Pasages.............	....	C. N. D. Pedro Colmenares.
San Gabriel.... A.	74	Ferrol..............	1772	C. N. D. Manuel Pando.
Santa Isabel.... A.	74	Cartagena...........	1767	C. N. D. Baltasar Mesia.
San Isidro...... A.	74	Ferrol..............	1768	C. N. D. Juan Pablo Lodares.
San Joaquin.... A.	74	Idem...............	1771	C. N. D. Gerónimo Brabo.
El Nepomuceno. A.	74	Guarnizo...........	1766	C. N. D. Martin Seron.

muelle sobre ellos, haciéndose lo mismo con la fragata *Santa María de la Cabeza*, y el naufragio de la *Santa Leocadia*, en la costa de Guayaquil, fueron los actos, sucesos y desgracias mas notables con que el siglo XIX dió principio á una lastimosa série de quebrantos y calamidades, que dentro de breves años terminára con la destruccion de nuestra poderosa Marina Real, para no volver á levantarse de su gran caida en mas de un siglo.

En plena paz todavía, cuando aun no se habian declarado las hostilidades con la Gran Bretaña, empezó esta orgullosa nacion á ejercer los actos mas con-

Buques.	Cañones.	Astilleros en que se construyeron.	Años.	Comandantes.
San Justo...... A.	74	Cartagena..........	1779	C. N. Fr. D. Juan de Dios Ponce.
San Pedro...... A.	74	Ferrol..............	1770	C. N. D. Joaquin Valderrama.
Serio.......... A.	74	Guarnizo...........	1754	C. N. D. Gerónimo Gonz de Mendoza.
San Telmo...... A.	74	Ferrol..............	1788	C. N. D. José Lorenzo Goicoechea.
Europa........ A.	74	Idem..............	1789	C. F. D. José Gardoqui.
Intrépido....... A.	74	Idem..............	1790	C. N. D. Manuel Emparan.
D. Pelayo...... A.	74	Habana............	1792	C. N. D. Cayetano Valdés.
Monarca....... A.	74	Ferrol..............	1794	C. N. D. José Justo Salcedo.
Montañés...... A.	74	Idem..............	1794	C. N. D. Casimiro Vigodet.
San Leandro.... A.	64	Idem..............	1787	C. N. D. Pedro Carriazo.
Santo Domingo.. A.	60	Idem..............	1781	C. N. D. Francisco Umendia.
Castilla..........	60	Idem..............	1780	B. D. Diego Quiroga.
Fragatas.				
Anfititre.........	42	En grada en la Habana.	....	,,
Ceres.......... A.	40	Habana............	1792	C. F. D. Miguel Sapiain.
Gloria......... A.	40	Idem..............	1793	C. N. D. Miguel Goicoechea.
Flora.......... A.	40	En grada en Ferrol....	....	,,
La Cármen..... A.	34	Ferrol..............	1770	C. F. D. Fernando Bustillo Cueva.
La Pilar....... A.	34	Idem..............	1782	C. N. D. Nicolás Mayorga.
La Guadalupe... A.	34	Habana............	1786	C. N. D. Juan Morales.
Santa Elena.... A.	34	Ferrol..............	1783	C. F. D. Juan Carranza.
Santa Catalina.. A.	34	Habana............	1787	C. N. D. Fernando Valcárcel.
Santa Leocadia.. A.	34	Ferrol..............	1787	C. N. D. Ramon Clairac.
Santa Teresa... A.	34	Idem..............	1787	C. F. D. Manuel Torres Valdivia.
Palas.......... A.	34	Idem..............	1789	C. N. D. Félix Mezquita.
Juno.......... A.	34	Idem..............	1789	C. F. D. Diego Villagomez.
Tetis.......... A.	34	Idem..............	1793	C. F. D. Luis Uriarte y Borja.
Pomona. ...... A.	34	Idem..............	1794	C. F. D. Francisco Moyua Mazarredo.
Corbetas.				
Sta. Escolástica. A.	20	Idem..............	1779	T. N. D. José Aldana Ortega.

trarios á la sana razon y el sagrado derecho de gentes, en tanto que hacia sérias reclamaciones y amenazas de guerra, al observar los armamentos marítimos que á los franceses se permitia hacer en nuestros arsenales, y que al mismo tiempo facilitaba España tropas y grandes sumas de dinero á la Francia su aliada: sobre lo cual daba el Gobierno español al británico contestaciones y escusas, en verdad nada satisfactorias ó capaces de alejar los fundados recelos de la potencia que se consideraba árbitra de la navegacion. El Gabinete de Lóndres se propuso apoderarse de cuatro fragatas españolas de guerra, la *Fama*, *Medea*, *Mercedes* y *Clara*, que procedentes de Lima y Buenos Aires se esperaban en España, tra-

Buques.	Cañones.	Astilleros en que se construyeron.	Años.	Comandantes.
Urcas.				
La Presentacion. A.	6	Ferrol.............	1774	T. N. D. Pedro Barcaiztegui.
La Anunciacion . A.	6	Idem..............	1774	T. N. D. Lope Quevedo.
N. S. de Regla. . A.	6	Cartagena..........	1772	T. N. D. Anselmo Gomendio.
Santa Librada... A.	6	Ferrol.............	1777	C. F. D. Benito Teruel.
Santa Rita...... A.	6	Idem..............	1773	C. F. D. José de la Encina.
Anónima.........	6	Idem..............	1777	,,
Cargadora...... A.	6	Idem..............	1791	T. N. D. Pedro Albarracin.
Winchcomb.......	6	Presa..............	....	,,
Balandras.				
Ventura	12	Idem..............	....	T. N. D. José Goicoa.
Alduides....... A.	8	Idem..............	1794	A. F. Primer piloto D. Jaime Juanico.
Bergantines.				
Flecha......... A.	16	San Sebastian........	1779	T. N. D. Pedro Laguardia.
Velador........ A.	16	Habana.............	1791	,,
Ciervo...........	16	En grada en idem.....	....	,,
Valeroso.	18	En grada en idem.....	....	,,
Galgo............	16	Idem en Ferrol.......	....	,,
Ligero......... A.	16	Idem...............	1788	C. F. D. Domingo Sorondo.
Águila......... A.	16	Presa..............	....	,,
Saeta.......... A.	16	Habana.............	1791	,,
Cuervo. .... A.	16	Ferrol.............	1793	T. N. D. Joaquin Ibargoytia.
Pájaro......... A.	16	Idem.....	1793	T. N. D. Juan Quintano Solís.
Sali Raquel.......	14	Presa..............	....	,,
S. J. Bautista... A.	14	Idem..............	....	,,
Princesa....... A.	14	Idem..............	....	,,
Santa Catalina. . A.	10	Presa..............	....	,,
Polux......... A.	....	Idem..............	....	Un segundo piloto.
S. Fco. Javier. . A.	....	Idem..............	....	,,

yendo cerca de cinco millones de pesos fuertes, y considerables mercancías, frutos de tan riquísimos paises. Aquella division naval, mandada por el Gefe de escuadra D. José de Bustamante y Guerra, habia emprendido en 9 de agosto de 1804 su larga navegacion para Cádiz, y la tuvo bastante feliz, hasta que en la mañana del 5 de octubre, hallándose ya á la vista del cabo de Santa María, y creyendo entrar en el puerto de su destino, descubrió sobre tierra otra division de cuatro fragatas inglesas que hácia las españolas se encaminaban. Aunque el comandante de estas creía que el de aquellas solo trataria de reconocerlas, en la

BUQUES.	CAÑONES.	ASTILLEROS EN QUE SE CONSTRUYERON.	AÑOS.	COMANDANTES.
Goletas.				
Chula.........A.	14	,,	....	,,
Carlota........A.	10	Presa...............	....	,,
Santa Isabel....A.	....	,,	....	,,
Gertrudis.......A.	10	,,	....	,,
Pataches.				
San Roque.....A.	....	,,	,,	Un piloto.
San Roman.......	....	,,	,,	,,
San Lesmes.......	....	,,	,,	,,
DEPARTAMENTO DE CARTAGENA.				
San Vicente....A.	80	Cartagena..........	1768	,,
El Angel.......A.	74	Idem...............	1773	C. N. D. Antonio de Landa.
San Agustin.. .A.	74	Guarnizo...........	1768	B. D. Juan Villavicencio.
Atlante........A.	74	Cartagena..........	1754	C. N. D. Gonzalo Vallejo.
Firme.........A.	74	Cádiz..............	1754	C. N. D. Antonio Boneo.
Gallardo.......A.	74	Ferrol.............	1754	C. N. D. Gabriel Sorondo.
Glorioso........A.	74	Idem...............	1755	C. N. D. Antonio Barrientos.
Guerrero..........	74	Idem...............	1755	C. N. D. Antonio Alburquerque.
San Antonio....A.	74	Cartagena..........	1785	C. N. D. José de Torres y Campo.
San F. de Asis..A.	74	Guarnizo...........	1767	C. N. D. Estanislao Juez.
San Genaro.......	74	Cartagena..........	1765	C. N. D. Ramon Olmedilla.
San Ildefonso...A.	74	Idem...............	1785	C. N. D. José Ezquerra.
San J. Bautista..A.	74	Idem..............	1772	C. N. D. Juan Herrera.
San Lorenzo....A.	74	Guarnizo...........	1768	C. N. D. Tomás Ugarte.
San Pascual.......	74	Idem...............	1766	C. N. D. Nicolás de Rojas.
San Pablo.........	74	Ferrol.............	1771	C. N. D. José Olózaga.
Terrible........A.	74	Cartagena..........	1754	C. N. D. Baltasar Hidalgo de Cisneros.
Triunfante......A.	74	Ferrol.............	1756	C. N. D. Juan Vicente Yañez.
Velasco..........	74	Cartagena..........	1764	,,

persuasion de que continuaba la neutralidad entre ambas naciones, se dispuso á recibirlas formando las suyas en línea de combate con todas las precauciones convenientes en casos tales, mientras la division inglesa se fué asimismo poniendo en línea, de bolina á barlovento, y como iba llegando cada fragata se barloaba con una de las nuestras, largas las banderas é insignias de ambas divisiones. En estos términos preguntó la principal inglesa, cuáles eran los puertos de la salida y el destino de las españolas; y habiéndole respondido que de América para Cádiz, se quedó un poco atrás, disparó un cañonazo, obligando á los nuestros de

Buques.	Cañones.	Astilleros en que se construyeron.	Años.	Comandantes.
Vencedor....... A.	74	Ferrol..............	1755	C. N. D. Isidoro García del Postigo.
San F. de Paula. A.	74	Cartagena...........	1788	B. D. Juan Ruiz Apodaca.
Soberano....... A.	74	Habana.............	1790	C. N. D. Juan José García.
Conquistador ... A.	74	Cartagena...........	1791	C. N. D. José Butler.
Asia........... A.	64	Idem...............	1789	C. N. D. Bartolomé Ribera.
San Fulgencio... A.	64	Idem...............	1787	C. N. D. Pascual Ruiz Huidobro.
Fragatas.				
Mahonesa...... A.	34	Mahon..............	1789	C. F. D. Félix Oneille.
Santa Casilda... A.	34	Cartagena...........	1784	C. N. D. José de Vargas Varaez.
Santa Brígida... A.	34	Idem...............	1785	C. N. D. Hermenegildo Barreda.
Sta. Florentina.. A.	34	Idem...............	1786	C. F. D. José de la Guardia.
La Soledad..... A.	34	Idem...............	1788	C. N. D. Agustin Villavicencio.
Perla.......... A.	34	Idem...............	1789	C. N. D. Juan de Arizávalo.
Esmeralda...... A.	34	Mahon..............	1791	C. F. D. Rafael Butron.
Diana.......... A.	34	Idem...............	1792	C. F. D. Cárlos Piñateli.
Venganza...... A.	34	Idem...............	1793	C. N. D. Luis Mesia.
Fama............	34	En grada en Cartagena.	....	,,
Ninfa............	34	Idem en Mahon.	....	,,
Sirena......... A.	34	Presa..............	1793	C. N. D. Antonio García del Postigo.
Corbeta.				
Americana.......	20	....	....	T. N. D. Tello Mantilla.
Urcas.				
Sta. Florentina.. A.	6	Cartagena...........	1773	C. F. D. Fernando Ruiz Gordon.
Espaciosa ...... A.	6	....	1777	T. N. D. Gabriel de Mella.
Aduana........ A.	6	....	1777	T. N. D. Francisco Millan.
Santa Justa..... A.	6	....	....	T. N. D. Francisco Espino.
Javeques.				
San Leandro......	34	Mahon..............	1785	C. F. D. Teodoro Escaño.

aquel modo á esperarla, y luego dijo á viva voz que «enviaria su bote con un oficial.» Apenas hubo este subido á bordo de la *Medea*, en que iba Bustamante, con gran sorpresa de todos espuso que «á pesar de que no estaba declarada la guerra, y habian reconocido y dejado pasar libres varias embarcaciones españolas, tenia órden particular el comodoro de S. M. B., para detener nuestras cuatro fragatas y conducirlas á los puertos de la Gran Bretaña, aunque al intento hubiese que emplear las superiores fuerzas con que se hallaba.» En aquel trance convocó el comandante de la division española sus oficiales á consejo, para deliberar lo que debia hacerse; pero el inglés, impaciente al ver que no se le contestaba, salió al alcazar, hizo cierta seña con un pañuelo blanco á sus buques, y diciendo al intérprete que volvería á saber la respuesta, se retiró en su bote. La resolucion del consejo de guerra fué la de combatir gloriosamente, y para ello se dispusieron

Buques.	Cañones.	Astilleros en que se construyeron.	Años.	Comandantes.
Murciano.........	34	Cartagena...........	1779	,,
Lebrel...........	32	Palma de Mallorca....	1769	C. F. D. Lucas Velazquez.
Gamo.............	30	Idem...............	1770	B. D. Antonio Montero.
San Felipe........	26	Mahon..............	1786	,,
San Sebastian... A.	26	Cartagena...........	1774	C. F. D. Onofre Barceló.
San Blas.........	18	Idem...............	1779	,,
San Lino....... A.	18	Idem...............	1779	T. N. D. Joaquin Guzman.
N. S. del Cármen. A.	14	Palma de Mallorca....	1775	T. N. D. Esteban Joel y Barceló.
N. S. de Africa.. A.	14	Cartagena...........	1775	T. N. D. José Salcedo.
Bergantines.				
Tártaro........ A.	18	Presa...............	....	T. N. D. Antonio Palacios Jáuregui.
N. S. de Atocha. A.	18	Idem...............	....	T. N. D. Blas Salcedo.
Corzo......... A.	18	Mahon..............	1791	T. N. D. Antonio Vacaro.
Peruano....... A.	16	Cartagena...........	1793	T. N. D. José Pascual Vivero.
Limeño........ A.	16	Idem...............	1793	T. N. D. Felipe Martinez.
Vigilante....... A.	16	Mahon..............	1780	T. N. D. Manuel del Castillo.
Descubridor.... A.	14	Idem...............	1789	C. F. D. Cosme Churruca.
Empresa....... A.	14	Cartagena...........	1790	C. F. D. Joaquin Fidalgo.
Alerta......... A.	14	Idem...............	1790	C. F. D. Antonio de Quesada.
San Leon...... A.	14	Ferrol..............	1783	T. N. D. José Zuloeta.
S. Luis Gonzaga. A.	8	Presa...............	....	Un segundo piloto.
Galeras.				
San Luis.........	3	Navaleta............	....	,,
La Concepcion....	3	Idem...............	....	C. N. D. Nicolás de Rojas.
San Antonio......	3	Mahon..............	1787	C. N. D. Ramon Olmedilla.
Santa Bárbara.....	3	Idem...............	1794	C. N. D. José Olózaga.



J. Vallejo dib.º y lit.º

Lit. de J. J. Martinez Madrid

CUATRO FRAGATAS ESPAÑOLAS

viniendo de America con ricos cargamentos, encuentran á la vista del cabo de Santa Maria, á otras tantas inglesas, las cuales, aunque en plena paz Inglaterra con España, atacan á las españolas, una de estas se vuela en el combate y las otras tres son infame presa de los ingleses. (Año 1804.)

las naves españolas. Rompieron las inglesas el fuego tan pronto como hubo llegado á bordo de su capitana el oficial enviado; las nuestras respondieron en el acto, y al momento se hizo general el combate; mas á la media hora esperimentó la division española una de aquellas catástrofes que en semejantes casos, á pesar del valor de los combatientes, deciden luego de la victoria. Fué el caso que se voló la fragata *Mercedes*, quedando así las inglesas superiores en fuerzas á las tres españolas, que continuaron sosteniendo á todo trance la pelea. La *Medea*, metida entre los fuegos de dos de las fragatas enemigas, mas poderosas de ar-

Buques.		Cañones.	Astilleros en que se construyeron.	Años.	Comandantes.
Galeotas.					
Dos............		3	En grada en Mahon....	....	,,
Lanchas de fuerza.					
2 cañoneras......		2	,,		,,
24 idem........A.	9.	1	,,		,,
22 bombarderas. A.	11.	1 mort.	,,		,,
9 obuseras....A.	8.	1 obus.	,,		,,

RESUMEN GENERAL DE BUQUES DE LOS TRES DEPARTAMENTOS.

	CÁDIZ.	FERROL.	CARTAGENA.	TOTAL.
Navíos................................	16	35	25	76
Fragatas................................	24	15	12	51
Corbetas................................	7	1	1	9
Jabeques................................	»	»	10	10
Urcas................................	5	8	4	17
Bergantines................................	11	16	11	38
Paquebotes................................	6	»	»	6
Balandras................................	5	2	»	7
Goletas................................	5	4	»	9
Galeras................................	»	»	4	4
Galeotas................................	2	»	»	2
Tartanas................................	5	»	»	5
Barcos remontados................................	12	»	»	12
Lanchas de fuerza................................	»	»	55	55
Pataches................................	»	3	»	3
	Total general...........................			304

tillería en número y calibre de piezas, y con una marinería escogida, inteligente y mas descansada que la que al cabo de una larga navegacion tenia la acosada nave, destrozada esta, con muchos muertos y heridos, en gran peligro ya de ir á pique, se vió en la dura necesidad de arriar bandera y rendirse. La misma suerte cupo en breve y por iguales causas á la *Clara*; y sola ya y perseguida la *Medusa*, despues de haberse batido vigorosamente en retirada, y estar desmantelada enteramente, cayó tambien en poder del enemigo. Esta última fué conducida al puerto de Portsmouth, las otras dos al de Plimouth, desde donde el comandante de la perdida division pudo dar á su gobierno el parte circunstanciado de lo ocurrido. Los caudales que llevaban las tres fragatas fueron desembarcados, conducidos á Lóndres y depositados en su Banco.

Venia en la *Mercedes* como segundo gefe de la division naval española el capitan de navío D. Diego de Alvear, y en el terrible desastre de aquel buque perdió á su esposa con siete hijos y un sobrino, sin haber salvado de toda su numerosa y desgraciada familia mas que otro hijo, cadete de dragones de Buenos Aires, que por fortuna le habia trasbordado el desventurado padre á la *Medea*, antes de la salida de Montevideo. Doscientas cincuenta personas perecieron en la fragata que se voló, siendo ciento los muertos y heridos en las otras tres. A tanto ascendió el número de las víctimas por el inaudito atentado de la Gran Bretaña, sin que hubiese precedido una declaracion formal de guerra. «Ya han corrido treinta años, dice un Historiador contemporáneo (1), hablando del suceso, desde que esta cuestion vital para el honor nacional y el carácter público de Inglaterra, fué duramente agitada en el parlamento y la nacion; casi todos los que figuraron en este suceso, ó han muerto ó se han retirado á la vida privada del hogar doméstico: la rapidez de los acontecimientos ha llevado la atencion pública á otro terreno; así estamos en mejor posicion para dar una mirada retrospectiva con la pausa de un sentimiento de justicia. La imparcialidad nos obliga á confesar que la conducta de Inglaterra en esta circunstancia, no se puede apreciar sin un verdadero sentimiento de dolor: en el fondo los actos del Gobierno inglés se pueden justificar y los salvan las circunstancias en que tuvieron lugar; mas en la forma son vituperables, y atacan la esencia de la justicia en las relaciones internacionales.»

Fácil era de preveer que el apresamiento de las cuatro fragatas llevaría consigo un rompimiento de parte de España contra la Gran Bretaña. El embajador de España en Lóndres, y el de Inglaterra en Madrid, se retiraron. El Gobierno español declaró la guerra mediante un manifiesto que publicó en 12 de diciembre, á que el gabinete inglés contestó con otra declaracion igual, en 11 de enero de 1805. Por desgracia estaba como reservado á nuestra hidalga nacion, siem-

(1) *Allison*, Historia de Europa, tomo V.

pre perjudicada en sumo grado en cuantas veces hizo alianza con la Francia, el sufrir todo el peso y la mayor parte de los azares de la guerra que con aquel año se comenzaba. El condescendiente Gabinete de Cárlos IV accedió á todas las exigencias del emperador Napoleon, en términos que este fué como el árbitro y pudo disponer á su antojo de la Marina Real española, mediante un convenio secreto entre ambos monarcas, celebrado en 4 del citado enero, siendo una de sus cláusulas que el soberano de España no podia hacer paz separada con la Inglaterra. En los planes de Napoleon contra la Gran Bretaña entraba la reunion de la escuadra francesa del Mediterráneo á la española fondeada en Cádiz, al mando del General D. Federico Gravina, marino tan distinguido, capaz, intrépido y valeroso, cuanto apocado de genio, pusilánime, irresoluto y de mal consejo el Almirante francés Villeneuve, que para mayor fatalidad debia mandar las escuadras combinadas. Juntáronse estas en Cádiz, la noche del 9 de abril, componiéndose la francesa, procedente de Tolon, de doce navíos, siete fragatas y dos bergantines, y la española de seis navíos y una fragata.

Mandadas, pues, por Villeneuve estas fuerzas navales, se dirigieron á la Martinica, á donde llegaron el 14 de mayo, y allí se incorporaron á la escuadra combinada dos navíos mas y siete fragatas, buques todos franceses. El fuerte del Diamante fué tomado, en cuya operacion el primer bote que atracó á tierra bajo una lluvia de balas, fué una lancha del almirante Gravina. Al cabo de veinte dias dieron la vela para la Guadalupe en 4 de junio, el 8, á la vista de Antigua se divisó un convoy escoltado por una corbeta, y dándole caza fué apresado. El valor del cargamento fué valuado en treinta y ocho millones de reales. Esta presa proporcionó á Villeneuve el saber por los pasajeros y algunos papeles que encontró en aquellos buques, que con solos nueve navíos habia llegado Nelson á la Barbada, donde con otros dos se le incorporó el Almirante Cochrane. Tal asombro y espanto produjo en el ánimo de Villeneuve esta noticia, que para desembarazarse de las tropas que en las Antillas francesas habia embarcado, despachó para ellas las que en cuatro fragatas cupieron, y no pudiendo llevar el convoy apresado las fragatas encargadas de su custodia, le pegaron fuego y condujeron las tripulaciones á la Martinica. La escuadra combinada, gracias á la impericia, el anonadamiento y la disposicion del Almirante francés, dió la vuelta para Europa, no pensando ya aquel gefe mas que en refugiarse en el puerto de Cádiz, cuando hé que el 22 de julio siguiendo rumbo al Ferrol, sobre el cabo de Finisterre avistó la escuadra inglesa de Calder, compuesta de quince navíos y otros buques, hasta el número de veinte y uno. Calder, que se hallaba cruzando por aquellas aguas, habia recibido el 19, por un buque correo de Lisboa, copia de un oficio de Nelson fecha 15 de junio en el mar, avisando al que mandase las fuerzas navales en el Tajo, que la escuadra combinada habia pasado el 8 de aquel mes con rumbo al Norte, de lo cual se inferia que se dirigia á Europa, por lo cual prevenia que estuviesen en guardia las escuadras inglesas sobre nuestras cos-

tas del Océano. Con esta noticia al punto conoció Calder cuáles eran las fuerzas navales avistadas el 22 de julio.

Tan pronto como se hizo la señal de haberse descubierto la escuadra inglesa, la combinada formó la línea de batalla mura á babor, tomando la vanguardia la española, á cuya cabeza se situó el intrépido Gravina, en el navío *Argonauta* que montaba, y Villeneuve en el centro de la línea. En número de diez y seis navíos, contando en estos tres de tres puentes y dos rebajados, maniobraban los enemigos intentando doblar la retaguardia, lo cual procuró evitar el almirante francés haciendo la señal de virar en redondo por la contramarcha, y esto se ejecutó inmediatamente por la escuadra española. El *Argonauta* fué el primero que rompió el fuego con la vanguardia inglesa, que persistia en su intento, no habiendo notado el pronto movimiento de nuestros buques, á causa de la espesa niebla que habia. Trabóse en breve un vigoroso combate, á medio tiro de cañon, entre nuestra vanguardia y toda la línea inglesa, y sucesivamente se estendió hasta el centro de la línea española. Era la niebla tan espesa, que á pesar de la inmediacion de los buques ingleses se ocultaban estos por intérvalos á los nuestros. En medio de esto fué tan acertado y sostenido siempre el fuego de los navíos españoles, que hizo gran destrozo en la arboladura de dos navíos enemigos, uno de tres puentes y otro menor. Hasta despues de las nueve continuó la accion entre la vanguardia y el centro de nuestra línea, y en aquella hora arribaron los enemigos separándose del combate. Durante aquella lid permaneció sin tomar parte en ella la retaguardia, compuesta de navíos franceses. Al amanecer del dia 23, aunque con niebla, en la descubierta se notó que nos faltaban dos navíos de la escuadra. Eran estos el *Firme* y el *San Rafael*, que al cabo de una gloriosa defensa, batidos por mayor número de navíos ingleses, se vieron en la forzosa necesidad de arriar bandera. Aunque las fuerzas con que se batieron los enemigos eran superiores á las nuestras, sin tener estas ningun navío de tres puentes, sufrieron tanto en el combate que se vieron obligados á no repetirlo.

Restablecida su línea dieron caza los seis navíos españoles á los ingleses, notando que estos llevaban á remolque tres buques desmantelados, y que su línea de batalla se componia de trece navíos. Continuó la caza todo el dia, bien que inútilmente porque el enemigo maniobró á evitar segundo encuentro, sucediendo lo mismo en la mañana del 24. Fuera ya de la vista de la escuadra inglesa en el 25, la combinada, hallándose varios navíos franceses con solo seis dias de aguada, y habiendo mas de mil trescientos enfermos y heridos, sin tener medios de socorrerlos y con el viento contrario para dirigirse al Ferrol, se retiró al puerto de Vigo, donde fondeó el 27 para proveerse de lo necesario. En los navíos españoles *Argonauta*, *Terrible*, *América* y *España*, que fueron los que llegaron á dicho puerto, hubo de resultas del combate un oficial y diez y nueve hombres muertos y dos oficiales y cuarenta y ocho hombres heridos. Los des-



D. FEDERICO GRAVINA.

trozos y averías que se veian en todos aquellos buques, daban claro testimonio del valor con que se habian batido. De sesenta balazos pasaban los que se contaron solo en el casco del *América*, desde la lumbre de agua para arriba. Entre los muchos que recibió tambien el *España* veinte y seis fueron en el alcázar y segunda batería, los cuales desmontaron varias piezas de esta. Dejando en Vigo estos dos navíos, y el *Atlas* francés, para reponerse de sus descalabros, el 31 se hizo la escuadra combinada á la vela, y por una derrota de las mas atrevidas tomó el Ferrol y la Coruña, el 2 de agosto, sin que se lo estorbase la escuadra del almirante Calder que guardaba y bloqueaba aquella entrada.

El génio, la actividad, la inteligencia y el valor del benemérito Gravina hicieron en el combate de Finisterre un singular, un asombroso contraste con la impericia, la pusilanimidad, el menguado valor de Villeneuve, y la falta de intrepidez de su gente por un efecto de la poca disposicion y mal ejemplo de su culpable general. Así es que al enterarse de lo ocurrido en aquella jornada el emperador Napoleon, el mejor juez del valor militar, como dice el señor Marliani en su citada obra, esclamó y escribió en una de sus comunicaciones al ministro de Marina, EN FINISTERRE LOS ESPAÑOLES SE HAN BATIDO COMO LEONES, reconociendo en fin que *Gravina era todo génio y decision en el combate.*

El almirante francés, comandante general de las escuadras combinadas, luego que esta se hubo reparado lo posible, determinó retirarse con ella á Cádiz; para este puerto zarpó en 14 de agosto, y en él entró contra la voluntad y las repetidas órdenes é instrucciones de su emperador, que ocupado entonces en sus asombrosos aprestos del campo de Boloña, prevenia que hiciese vela hácia el Norte para facilitar que las fuerzas navales de su mando se incorporasen á las que al intento salieran de Rochefort, Brest y Tegel, para señorearse así del Canal de la Mancha, y poner espedita la travesía de doscientos mil hombres que el vencedor de Austerliz destinaba para un desembarco en las costas de Inglaterra. En Cádiz permaneció anclada dos meses la escuadra, mostrándose su almirante indiferente ó sordo á las órdenes repetidas que el emperador la daba, mandándole salir para Tolon; de modo que la incapacidad y aturdimiento de Villeneuve, para mayor fatalidad, llevaba consigo la desobediencia á su soberano. Sabedor que este habia decretado por fin su reemplazo, determinó hacerse á la mar, precisamente á la entrada del Otoño, estacion la menos propicia para arrostrar en el Océano las tempestades que los barómetros indicaban próximas; y cuando la orgullosa Inglaterra habia acumulado, casi á la vista de Cádiz, un número de navíos de guerra, todos escojidos, muchos mas de los que en combate pudieran presentarles las dos escuadras combinadas. El infatigable marino Nelson, despues de haber navegado una gran parte del globo desde las playas de la desembocadura del Nilo hasta las Antillas, siempre en busca del enemigo, siempre implacable contra la marina francesa, ansioso de su completa destruc-

cion desde el trópico en la América meridional vino como volando al proceloso Océano que baña las costas españolas, no dudando que en ellas alcanzaría la armada rival, objeto de sus ardientes votos.

A las seis de la mañana del 19 de octubre de 1805, contra el parecer siempre prudente y previsor del general Gravina, quien consideraba lo arriesgado que seria alejarse en aquellas circunstancias de Cádiz, principió á salir de este puerto la escuadra combinada (1) el dia 20 á las ocho y media de la mañana

(1) La escuadra española mandada por el general Gravina se componia de 15 navíos, á saber:

Buques.	Cañones.	Comandantes.	Fuerza.
Príncipe.........	118	D. Rafael de Hore..........................	1,113 hombres.
Santa Ana.......	120	D. José Gardoqui...........................	1,188
Trinidad.........	136	D. Francisco Javier Uriarte..................	1,048
Rayo...........	100	D. Enrique Macdonell.......................	830
Neptuno.........	80	D. Cayetano Valdés.........................	800
Argonauta.......	92	D. Antonio Pareja...........................	798
Ildefonso........	74	D. José Vargas..............................	746
Bahama.	74	D. Dionisio Alcalá Galiano..................	690
S. J. Nepomuceno.	74	D. Cosme Damian Churruca..................	693
San Agustin.....	80	D. Felipe Cajigal...........................	711
Monarca.........	74	D. Teodoro Argumosa.......................	667
Montañés........	84	D. Francisco Alcedo.........................	715
Asis.	74	D. Luis Flores..............................	677
San Justo........	76	D. Miguel Gaston...........................	694
San Leandro.....	74	D. José Quevedo............................	606
		Total........	11,976

La francesa constaba de los siguientes:

Buques.	Cañones.	Comandantes.	Fuerza.
Pluton.........	74	Mr. Cosmao..............................	Se ignora.
Fouquem........	74	Boudin..................................	
Indomptable......	80	Hubert..................................	
Intrépide........	74	Infernet.................................	
Redoutable.......	74	Lucas...................................	
Neptune.........	84	Maistral.................................	
Ruentaure.......	120	Magendie................................	
Héros...........	74	Poulain..................................	
Mont-Blanc......	74	Villegris................................	
Dugnai Trouin....	74	Touffet..................................	
Formidable.......	80	Letellier................................	
Scipion..........	74	Beranger................................	
Berwick.........	74	Canas...................................	
Achilles.........	74	Newport.................................	
Argonaute.......	74	Epron...................................	
Swift-Surc.......	74	Villemaudrin.............................	
Algeciras........	74	Letourneur...............................	
Aigle...........	74	Courrege.................................	
Rin.............	40	Chesneau................................	
Hortense........	40	Laimellerie..............................	
Cornelie.........	40	Martineng...............................	
Themis..........	40	Jugau...................................	
Hermione........	40	Maké....................................	
Juret, bergantin..	18	Dumas..................................	
Argus..........	16	Taillet..................................	

se hallaba fuera con viento del E' y E-S-E., y á las doce navegaba con el de S. en vuelta del O-S-O.

Dióse á las dos de la tarde la señal de formar cinco columnas, cuando he que una fragata avanzada indicó diez y ocho buques enemigos á la vista. A consecuencia viraron en redondo las naves españolas y francesas en demanda del Estrecho, sin perder la formacion de las cinco columnas ó divisiones que tenian antes de este movimiento (1) y á breve rato se descubrieron cuatro fragatas inglesas, á que las nuestras y tres navíos dieron caza inútilmente. Eran las siete de la noche cuando un navío francés avisó á Gravina que otro, el *Aquiles*, habia descubierto hasta diez y ocho navíos contrarios en línea de batalla, y muy luego empezaron á verse á poca distancia varios tarros de luz, infiriéndose que salian de las fragatas inglesas, estando estas como intermedias entre las escuadras enemigas, y á esto sucedió á la hora de las nueve el estampido de varios cañonazos con que la Armada inglesa hizo señales. Por el intérvalo que del uno al otro me-

(1) Las cinco divisiones estaban compuestas del modo siguiente (*):

LA DE VANGUARDIA

mandada por el Teniente General D. Ignacio María de Alava.

Pluton	F.	Indomptable	F.
Monarca	E.	San Justo	E.
Fougueux	F.	Intrépide	F.
Santa Ana	E.		

LA DEL CENTRO

mandada por el Almirante en Gefe, Villeneuve.

Redoutable	F.	Bucentaure	F.
San Leandro	E.	San Agustin	E.
Neptune	F.	Héros	F.
Sma. Trinidad	E.		

LA DE RETAGUARDIA

mandada por el contra-almirante Dumanoir.

Mont-Blanc	F.	Rayo	E.
San Francisco	E.	Scipion	F.
Duguay-Trouin	F.	Neptuno	E.
Formidable	F.		

CUARTA Y QUINTA DIVISION,

componiendo la escuadra de observacion al mando del Teniente General D. Federico Gravina.

1.ª		2.ª	
San Juan Nepomuceno	E.	Swift-Sure	F.
Berwick	F.	Argonauta	E.
Príncipe de Asturias	E.	Algeciras	F.
Achilles	F.	Montañés	E.
San Fulgencio	E.	Aigle	F.
Argonaute	F.	Bahama	E.
San Ildefonso	E.		

(*) Con la letra E se indican los navíos españoles, y con la F los franceses.

diaba entre el fogonazo y el ruido, no pasando de ocho segundos, se calculó que eran los disparos á distancia de dos millas. En tanto se hacia notar y era de sentir la inaccion perjudicialísima del Almirante general Villeneuve, en tal manera que el inteligente cuanto intrépido Gravina se determinó á darle á conocer por señales la necesidad y conveniencia de formar prontamente la línea de combate; advertencia que no despreció el general de las escuadras combinadas, pues al punto tronó el cañon del *Bucentaure* (ó Buentauro) dando señal para ejecutar lo propuesto por Gravina. La luz crepuscular del 21 presentó ya las Armadas combatientes en tal disposicion que la española tenia en frente veinte y siete navíos, entre estos siete de tres puentes, á barlovento de los franco-hispanos y en línea de batalla de la mura contraria. En tal estado arribaron los ingleses sobre los nuestros á las siete de la mañana, dirigiéndose al centro y la retaguardia, mientras que el apático é irresoluto Villeneuve, atendiendo con preferencia á las disposiciones preventivas de seguridad para el acaso de una derrota, impulsado de la idea de tener á Cádiz bajo el viento ordenó una virada por redondo, y haciéndose esta evolucion, no sin desórden, á la vez que el enemigo acometia ya, el órden de las divisiones de nuestras fuerzas se invirtió de modo que en vanguardia se transformó la retaguardia, y en lugar de esta quedó la de observacion que estaba á la cabeza de la línea.

La Armada inglesa variando la division que tenia cuando empezó á avistarse, se redujo por último á dos columnas, regida la primera por Nelson en persona, y la segunda por el Almirante Collingwood (1), siendo el pensamiento del vencedor de Aboukir atravesar él mismo la vanguardia nuestra, para cortar á nuestras escuadras el paso hácia Cádiz, mientras que su segundo cortára la retaguardia por el undécimo navío.

El sol estaba á punto de llegar al zenit como si quisiera dar la señal del combate en aquel tremendo dia, en que las dos formidables escuadras enemigas se amenazaban con la destruccion y el horror; dia en que al encontrarse disputándose la victoria encontráran tambien la gloria y la muerte los dos caudillos marinos mas famosos de la época, Nelson y Gravina. Cuando el *San Agustin*, capitaneado por Cagigal rompió el fuego disparando el primer cañonazo contra uno de los navíos enemigos de la columna de sotavento, fuera del alcance de la bala, el navío *Monarca* disparó otro tiro que fué mas acertado, y el segundo del combate, siendo ambos estampidos como la señal repetida de que la hora suprema era llegada. Efectivamente, á todo trapo arribó sobre nuestra línea la columna enemiga de sotavento, que venia mas avanzada que la del mando de

(1) A la cabeza de la primera columna iba Nelson en el navío *Victory*, de 120 cañones, seguido del *Temeraire*, y el *Neptune*, cada uno de 110; el *Conquerer* y el *Britannia*, de 100. *Sewinthein*, *Orion*, *Minotaur* y *Conquerer*, de 74; *Ayax* y *Spartiat*, de 80; *Agamenon* y *Africa* de 64.—En la columna segunda, mandada por Collingwood, iban el *Royal Sovereing*, de 120 cañones, en el cual estaba el Almirante; el *Mars Belle-Isle, Bellerophon, Colossus, Revenge, Swift-Sure, Defeuce, Tunderer, y Defrance*, de 74; *Tonnant* y *Aquiles* de 80; *Poliphemus*, de 64; *Prince* y *Dreadnoutght*, de 110.



D. YGNACIO MARIA DE ALAVA.

Nelson, y á poco tiempo se trabó entre el *Santa Ana* y el *Royal Sovereign*, ambos de 120 cañones, es decir entre el general Alava y el Almirante Collinwood, un combate de artillería el mas empeñado y tremendo, barloados ambos navíos tan de cerca que las velas bajas casi se tocaban.

Esto pasaba en el centro, mientras el impávido y atrevido Nelson se adelanta y arroja á cortar la escuadra combinada por la popa del *Santísima Trinidad* y la proa del *Bucentaure*, estrechándose con este el *Victory*, que en la arremetida perdió mucha gente, y maltratado hubo de desistir del empeño, intentando abrirse paso por la popa de su contrario; al mismo tiempo que otro navío inglés, el *Temeráire*, tambien de tres puentes atacó por aquella parte al francés, que desamparado del *Redoutable*, que le defendia, á causa de haber sido este arrastrado del viento, dejó paso á sus dos contrarios, y por tan fatal vacío penetró mas de la mitad de la columna del héroe de Abuokir, que atacó á los demás navíos del centro, sobre el cual cayó en breve tambien el resto de la tremenda columna, despues de haber amenazado á la vanguardia para disimular su intento.

Hecho memorable, de funesto recuerdo en los fastos de nuestra marina militante, al paso que, por otra parte, fueron estos señalados con hazañas gloriosas, que han eternizado los nombres de no pocos de los caudillos y capitanes que mandaban nuestros navíos de guerra en aquella jornada de horror y destruccion naval. Hecho que fué, digámoslo así, el precursor de la victoria de la escuadra inglesa y de la derrota de la combinada! Hecho, en fin, que patentizó la intrepidez, la gran habilidad, los profundos conocimientos de Nelson para combinar y ejecutar el plan de un combate naval; la incapacidad y la falta de genio de Villeneuve; y la prevision, el buen juicio y el acierto con que el inteligente Gravina se condujera, disputára y acaso arrebatára al gran Almirante inglés la victoria que alcanzó á la par de la muerte, si por dicha de la España al genio del General español estuviera confiado el mando superior de las escuadras que para su ruina fueron entregadas á la direccion del imperito y pusilánime Almirante de la Francia! Muchas y muy brillantes páginas alargarian esta historia, si en ella nos detuviéramos á narrar uno por uno, cual se merecen los sucesos, las acciones heróicas de los combatientes en aquella lid, que en medio del proceloso Océano, entre un bosque de gigantescas arboladuras, era como un combate de leones que para disputarse hambrientos una presa se congregáran, y sañudos y enfurecidos peleáran en la espesura de la selva. En otra relacion estensa (1) y redactada en vista de los muchos datos y noticias oficiales que al efecto se consul-

(1) Además del cuaderno titulado *El combate de Trafalgar*, compuesto de 38 páginas en 4.°, que durante la publicacion del tomo primero de la presente obra fué entregado gratis á los suscritores de ella, se ha impreso un tomo de 175 páginas en folio, bajo el título de *Historia del combate de Trafalgar*. En esta obra se dan sobre el asunto noticias muy estensas, circunstanciadas y curiosas; sumamente interesantes y útiles para cuantos quisieren enterarse detenidamente de las causas que trajeron consigo aquel memorable acontecimiento, y los sucesos que terminaron con la gran catástrofe de nuestra marina de guerra en el año 1805.

taron, habrán visto nuestros lectores la descripcion circunstanciada de los sucesos que en la cronología de los siglos marcaron con caractéres indelebles y sangrientos el espantoso 21 de octubre de 1805.

En la temible y desigual pugna de gigantes navíos, cual fué la del *Victory*, el *Temeraire* y otros mas ingleses, contra el *Santísima Trinidad* y el *Bucentaure* que batiéndose con gloria se defendian y en sus enemigos hacian estragos espantosos, una bala disparada del *Redontable*, navío francés, alcanzó á Nelson, le entró por el hombro izquierdo, le atravesó el pecho, y fijándose en la columna dorsal le dejó herido de muerte. Continuó, no obstante, aquel combate parcial en que el valor y el heroismo se ostentaron cual pocas veces se viera en la marina, hasta que el *Bucentaure* ya destrozado hubo de arriar bandera, y sucumbió el coloso *Trinidad* batido por siete navíos, para hundirse á los tres dias del combate. Tal era el estado á que su gloriosa defensa le redujo.

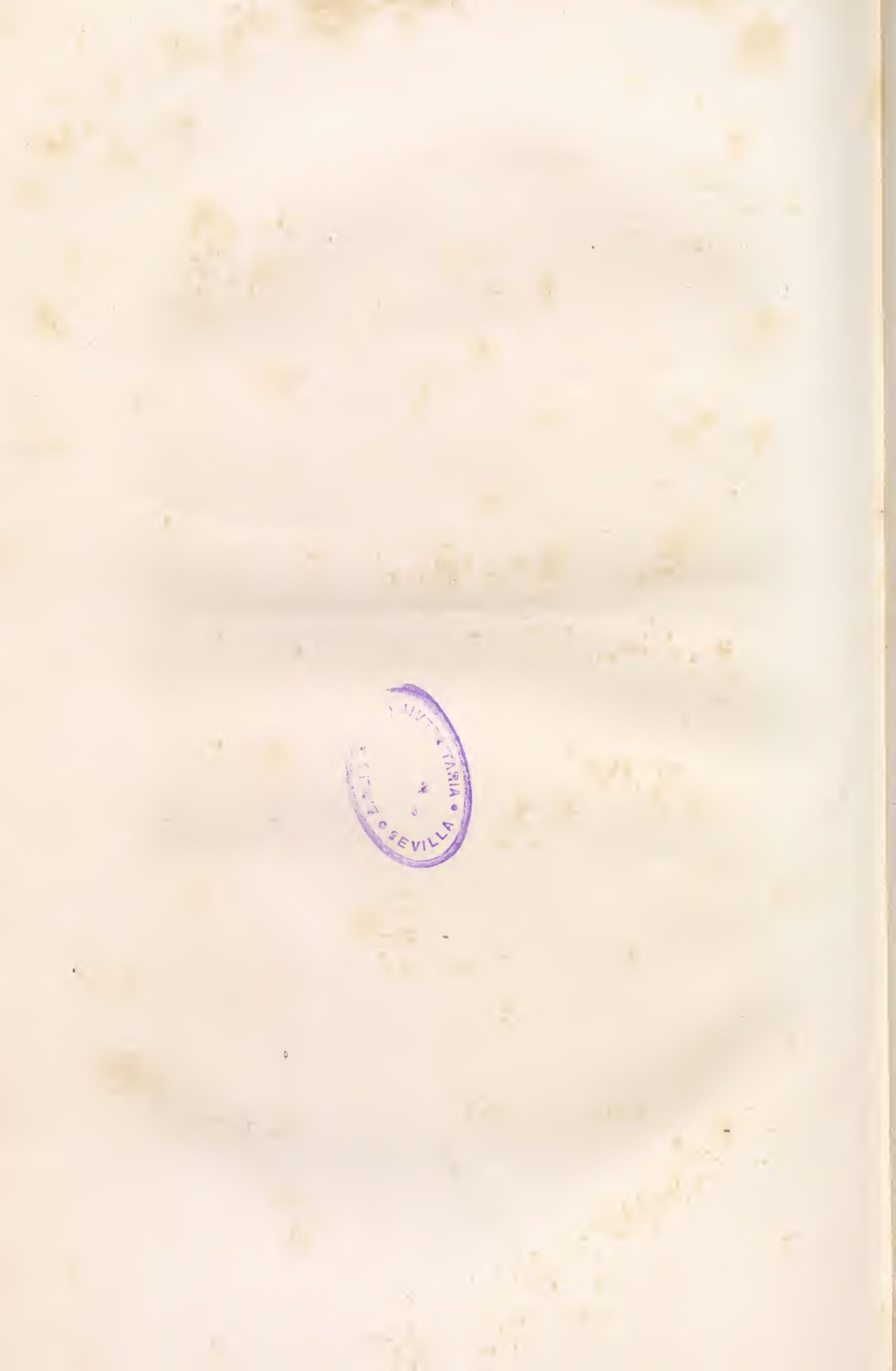
Luchas no menos porfiadas, escenas no menos sangrientas y horrorosas pasaban simultáneamente en otros puntos de la línea. El *Santa Ana* media con el *Royal Sovereing* las fuerzas y el valor de su gente, como dijimos, siendo allí competidores dos héroes, Alava y Collingwood. En lo mas acalorado el general español y su capitan de bandera Gardoqui caen heridos; ambos navíos se hallan ya destrozados, sus tripulaciones diezmadas, ambos ya sin gobierno, y el Almirante inglés, el segundo de Nelson, el que á este sucedia, se vé forzado á dejar el *Royal Sovering* y pasar á una de sus fragatas. En tanto el *Príncipe de Asturias*, donde hace noble alarde de sus talentos, su serenidad y valor el caballeroso cuanto inteligente y previsor Gravina, sostiene con suma gloria un combate el mas tremendo contra tres y cuatro navíos enemigos, á quienes impone respeto, dando lugar á que otros acudan en su auxilio. Ya en el estado mas lastimoso se vé oportunamente por el español *San Justo*, el francés *Neptune*, y sucesivamente socorrido por el *San Ildefonso*. Restablecíase así el equilibrio, cuando hé que ya perdida la mayor parte de la tripulacion del invencible navío, el general Gravina cae gravemente herido de un casco de metralla en el brazo izquierdo, y casi á un tiempo el plomo enemigo hiere y derriba tambien al digno mayor general Escaño. Destrozado el *San Ildefonso*, y herido su comandante Vargas, tiene que arriar bandera. La del *Príncipe de Asturias* ondea en tanto, y por último, acosado de navíos ingleses, solo contra tanta fuerza, observando lo que en otros puntos pasaba, conociendo con dolor que la derrota de las escuadras aliadas era el fruto de los desaciertos, la presuncion y la pusilanimidad que presidieron á las disposiciones del gefe superior de ellas; viendo, en fin, que por varias partes otros navíos rendian su insignia, deseando salvar algunos restos de las escuadras vencidas, el general de la escuadra española, en lo que de arboladura le queda manda poner la señal de retirada, y se le unen el *Pluton*, el *Neptune* y el *Indomptable*, el *Argonauta*, *San Leandro*, *San Justo* y *Montañés*.



Lit de J. J Martinez Madrid

COMBATIDO EN TRAFALGAR

por cuatro navios ingleses el navio español que montaba nuestro insigne almirante Gravina, defiéndele este con valor heróico aun despues de herido mortalmente.


SEVILLA



D. FRANCISCO HIDALGO DE CISNEROS.

Al *San Juan Nepomuceno* de 74 cañones, mandado por el insigne Churruca, habia cabido la suerte de cerrar la retaguardia de la línea franco-hispana, como el último de los que en el órden del combate componian la escuadra de observacion. Contra él cargaron las fuerzas de cinco navíos enemigos, uno de ellos de tres puentes, que por todas partes le acometieron y acosaron. Aun acudió á combatirle otro navío inglés: contra seis á la vez tuvo, pues, la gloria de batirse el *San Juan*, y cuando en medio de aquella gran pelea que le hacia memorable, entre la espesa lluvia de metralla, á todo acudia impávido, imperturbable y diligente su heróico y científico comandante, alcanzó á este una bala de cañon en la pierna derecha, que casi se le desprendió de la ingle, y el héroe murió gloriosamente, legando á su patria un noble y asombroso ejemplo, hasta entonces sin igual, de valor, de lealtad y de virtud militar y cívica. El navío teatro de sus glorias, desarbolado y acribillado por mas de 300 cañones enemigos, muerto tambien su segundo gefe, otro oficial y cien individuos, con siete oficiales y ciento cincuenta heridos, fué apresado cuando ya no le era posible defenderse.

Lauro inmarcesible alcanzó tambien en aquella memorable jornada el sábio y valiente Alcalá Galiano, el honor de las ciencias, defendiendo el *Bahama*, navío de su mando, y haciendo destrozos grandes en los ingleses que le atacaron. Una bala de cañon le quitó tambien la vida. En aquel mar de combate hallaron igualmente la muerte el comandante del *Montañés* D. Francisco Alcedo, y ademas en diferentes naves gran número de oficiales de todos grados, guardias marinas y mas de mil hombres de tropa y marinería, todos dignos y beneméritos españoles. Mucho mayor fué todavía el número de heridos de nuestra malhadada escuadra. Ascendió á mas de 1,360, desde la mas elevada clase hasta la inferior, sin contar al ilustre general Gravina, que de resultas de su gloriosa herida falleció en Cádiz: y entre ellos el Teniente general D. Ignacio de Alava, los gefes de escuadra Escaño, Hidalgo de Cisneros y D. Cayetano Valdés.

Los navíos *Bahama, San Ildefonso* y *San Juan Nepomuceno*, fueron apresados por los ingleses: á pique se fueron el *Trinidad, San Agustin* y *Argonauta*; cuatro, que eran el *Neptuno*, el *Rayo*, el *Monarca*, y el *San Francisco de Asís*, se perdieron en la costa estrellados por el deshecho temporal que sucedió á los estragos del combate. De los quince que componian la escuadra española y que con suma gloria pelearon en aquella fatal jornada, únicamente se salvaron cinco, el *Príncipe de Asturias*, el *Santa Ana, Montañés, San Leandro* y *San Justo*: bien que en tan lastimoso estado, que ocasionó estraordinarios gastos su reparacion para que al cabo de muchos meses pudieran volver á surcar los mares.

La escuadra francesa presentó por otra parte á la Historia general de la Marina ejemplos de valor y heroismo en aquel dia infausto para España y la Francia, pagando al fin bien caros los desaciertos de su Almirante. En el mar de la pelea murieron con gloria sus mas valerosos caudillos, el contra-almirante

Magon, seis capitanes de navío, y hasta el número de cuatro mil hombres. Aun fué mayor el de los heridos. Once de sus veinte y tres navíos se perdieron destrozados, los unos volados ó echados á pique en el combate; dos se llevó el enemigo; cuatro se estrellaron en las costas despues de rendidos; y otros tantos de los siete que con el *Neptuno*, el *San Francisco* y el *Rayo* componian la division de vanguardia, mandada por el cobarde contra-almirante Dumanoir, fueron los únicos que se salvaron, fugitivos con ignominia del mar del combate en el calor de la pelea, dejando solos á los tres citados españoles mandados por Valdés, Flores y Macdonnell.

En cuanto al gefe de las escuadras combinadas, nos parece que bastará repetir aquí las palabras del Sr. Marliani en su citada é interesantísima obra. «Villeneuve no supo mas que batirse personalmente con heróico denuedo, fué un »valiente en el combate de Trafalgar, como lo habia sido toda su vida, mas nunca »fué un gefe de escuadra.» Este malhadado marino terminó al cabo de algun tiempo sus dias, en Rennes, por medio del suicidio.

A gran precio de sangre y de naves poderosas alcanzó la Inglaterra la victoria en Trafalgar. De tres mil pasó el número de sus muertos y heridos: allí perdió el hombre que valia tanto como todos ellos: allí murió Nelson. Cinco navíos, entre ellos cuatro de tres puentes, el *Royal Sovereign*, el *Neptuno*, *Britannia* y *Prince*, fueron á pique en el combate; otros dos de resultas del temporal; dos tambien ya desarbolados fueron á estrellarse en la costa de Africa; otro varó y se hundió en la playa de Santa María, y dos fueron reducidos á ceniza por los mismos vencedores, por inútiles despues del combate. De doce navíos fué, pues, la pérdida que tuvieron.



CONCLUSION.

El principio del siglo XVIII fué el del encumbramiento de la Marina Real española para llegar á su apogeo. El del siglo XIX era la señal de su ocaso. Sin embargo, despues del gran desastre de Trafalgar, aun nos quedaban setenta grandes naves de guerra, entre navíos y fragatas, y además cuarenta bergantines, goletas y corbetas, y, como se dice en uno de los documentos contemporáneos mas interesantes (1) « no hubieran desaparecido nuevamente sin otro combate, » á haber estado asentada su existencia sobre mas sólidas y mejor entendidas ba- » ses.—El abandono del acta de navegacion (continúa diciendo aquel documento), » el ningun cuidado que se tuvo con los bosques, el poco abrigo que se dió al fo- » mento y multiplicacion del cáñamo y demás primeras materias que entran por » mucho en la construccion naval; el completo desprecio con que se miraron siem- » pre las pesquerías, y aun las trabas que constantemente está sufriendo esta im- » portante industria, tan protegida en otros paises; *el vicio de los aranceles,* » *que tienden ordinariamente mas á recaudar ingresos por el momento que á* » *crear mayores recursos para lo futuro*; la destruccion del cuerpo de ingenieros » hidráulicos; la ruina de los arsenales; el errado sistema de educacion dado á » nuestros oficiales de marina y de artillería de mar; la inversion de caudales en » la compra de buques á los estranjeros; nuestras discordias civiles; la pérdida de » nuestras colonias, y la admision de la doctrina de libertad de comercio que tantas » naciones proclaman hoy como conveniente cuando ya su marina está en el apogeo » mayor posible, y que censuraban y no admitian, antes la condenaban, cuando » era nula ó reducida como la nuestra es hoy, son las causas principales que » han producido en fuerza de años la pérdida completa de nuestro poder marítimo,

(1) La esposicion que en 22 de enero de 1844 dirigió á la Reina Isabel II nuestro ministro de Marina, *sobre el estado decadente de la Armada española* y los medios de su fomento.

» si bien ligadas con algunas otras que de todo punto estrañas á los ramos sujetos » á mi direccion no creo necesario enumerar. Así se infiere del estudio detenido » de la historia, rápidamente desenvuelta en esta esposicion: así piensan tambien » cuantas personas entendidas han podido ser consultadas, y así lo afirma la pú- » blica opinion con muy ligeras escepciones.»

Acaso llegue un tiempo en que la Nacion española, restablecida de sus contínuos quebrantos, de sus muchas, grandes é incalculables pérdidas, funesto legado de largas guerras con enemigos esteriores y de sangrientas discordias y luchas civiles; de la corrupcion de la corte, el abandono, la insensatez y torpeza en general de los Gobiernos que se han sucedido desde fines del siglo XVIII, hasta mediados del XIX en que esto se escribe; acaso, repetimos, llegue un tiempo en que á impulsos de sus progresivas mejoras, de los beneficios con que la brinda el régimen constitucional que á sí misma se ha dado; mejor regida en adelante que hasta ahora, se levante de la decadencia en que hoy se halla, recobre su antiguo esplendor, y poderosa y fuerte, ya que jamás llegue á reconquistar aquel imperio que, mayor y mas precioso que el de Alejandro, se fundó ella misma en fuerza de sus atrevidas empresas, su inaudito arrojo y su heróico valor, en América y en Asia, á la par que conquistaba grandes Estados en la culta Europa, vuelva á ser opulenta, respetada y temida en todo el Orbe cual lo fué por mas de tres siglos desde fines del siglo XV. Entonces, si tal es el destino de una nacion que para tanto parece haberla favorecido la naturaleza por su situacion geográfica, su benigno clima, las ricas y variadas producciones de su privilegiado suelo, y el genio y el valor de sus hijos, la Historia sucesiva de su Marina militante se enlazará gloriosa con la de aquellas esplendorosas y heróicas épocas en que sus atrevidas y triunfantes naves volaban desde los puertos españoles á Occidente y Oriente, á las regiones mas remotas, daban la vuelta al globo, y dejando absorto á todo el Mundo conocido, eran las primeras que allá llevaban con sus famosas y hasta entonces nunca vistas espediciones tales, la civilizacion, la luz del Evangelio, el comercio, las artes y las ciencias á las preciosísimas cuanto salvajes naciones que descubrian y que de la Europa eran ignoradas. ¿A qué nacion cupo ni caber puede ya tanta y tan cumplida gloria? Plegue al Cielo que con otra semejante resplandezca España en lo venidero! que recobre su preponderancia política, y que á un elocuente y sábio historiador español esté reservada la dicha y alta prez de escribir anales de sucesos futuros, en que brille de nuevo la magestad de la patria de Cortés y de Pizarro, de Elcano, de Sarmiento y de Quirós.

Al término de nuestra larga y árdua tarea hemos llegado como historiadores de la *Marina Real española*. Lejos de nosotros la presuncion de haberla desempeñado con todo el acierto que requiere una obra de tanto interés, de tan alta importancia, sentimos no poder hacer alarde de tener la cumplida satisfaccion y la gloria que ambicionáramos, cual es justo, de haber llenado los de-

seos de nuestros lectores. Confesamos que adolecerá, sin duda, de las faltas consiguientes á la circunstancia de que no pertenecemos á la distinguida y honrosa clase de marinos, cuando á uno de estos convenia, por precision, que se confiára esta Historia, como dijo con sobrada razon y justo criterio uno de nuestros ilustres y sábios marinos (1). Pero en medio del natural sentimiento de que en esta parte estamos poseidos, creemos haber hecho algun servicio á nuestra Patria, refiriendo al menos los hechos y sucesos de la Marina Real española, bajo un órden cronológico: recopilando, coordinando y reduciendo al cuerpo de una obra todo cuanto habia esparcido en no pocas, varias y complicadas, de muchos y diversos autores, y en una multitud de documentos y noticias, ya oficiales, ya particulares, en que permanecia como estraviada ó dispersa tan preciosa Historia. Creemos, en suma, que la presente podrá, tal vez en mucho, servir de guia y provecho á un marino docto para salir mejor de la confusion ó del laberinto en que yacian los anales de nuestra Marina, y al cabo tenga la dicha y el lauro de escribir y presentar dignamente su Historia cual ella se merece.

(1) D. José de Vargas y Ponce, en su Memoria *Importancia de la Historia de la Marina española: precision de que se confie á un marino, etc.*

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.



APÉNDICE.

Noticia geográfica de varias ciudades marítimas, puertos, cabos y montes principales de que se hace mencion en este tomo.

Apalaches ó *Alleganis* (Montes) en la América del Norte, al Este del Missisipí. Mas bien que una cordillera es una estensa meseta, coronada de muchas cadenas de montañas y colinas. Los verdaderos Montes Apalaches son los que se hallan al E. del Hudson, y el laguito de Oneida. La principal elevacion toma en la Nueva Inglaterra el nombre de *VVhite Hills* (colinas blancas), y en el Vermont el de *Green Mountains* (montañas verdes). Los montes *alleganes*, ó *apalaches*, es el pais de las tribus de indios de estos nombres.

Archipiélago de la Madre de Dios. Véase el Apéndice del tomo I, pág. 685, en el artículo *Estrecho de Magallanes.*

Argel, llamado por los árabes *Al-Djezair* (las islas), situada en la costa de Africa, en el Mediterráneo, enfrente de España, entre Alicante y Cartagena, aunque exageradamente se ha considerado poblado de mas de cien mil almas, en la actualidad solo asciende á treinta mil, segun el censo hecho por el gobierno francés. Descuella en anfiteatro en el fondo de una rada fortificada, pero poco segura cuando sopla el viento Norte. Las numerosas y bonitas casas de campo esparcidas en un anfiteatro de colinas, entre bosquecillos de olivos, limoneros, naranjos y bananos, presentan un aspecto campestre, pintoresco y poco análogo al carácter de una nacion de piratas. La cumbre de la colina en que esta capital está fundada, alcanza á la altura de 124 metros, 152 varas sobre el nivel del mar. La ciudad se presenta bajo la forma de un triángulo, cuya base está sobre la costa, y la cumbre sobre la de la colina: allí descuella la ciudadela llamada *Kasbah*, que servia de residencia al Dey. Las casas de Argel, como las de la mayor parte de las ciudades de Africa, en vez de tejados tiene terrados. No solo los edificios habitables, sino tambien los fuertes, baterías y murallas que circuyen la ciudad, todos estan blanqueados con cal, de manera que á cierta distancia parece Argel una vasta cantera cretácea, abierta en la ladera de un monte. Del lado del mar está defendida por fuertes levantados sobre un peñon, cuyo conjunto forma como una herradura, y que cuando los franceses se apoderaron de Argel estaban armados de 237 piezas de artillería, formando hasta cinco órdenes, unos encima de otros, componiéndose el primero de piezas de bronce del calibre de 36 á 96. Hallábase este situado en casamatas abovedadas, cuyos muros, á prueba de bomba, tenian tres metros de espesor. En medio de estos fuertes se levanta un faro. Estan reunidos en tierra por un magnífico muelle de mampostería. El puerto es tan pequeño que bastan para llenarle cincuenta bergantines mercantes: la entrada de él es estrecha, y por la noche la cerraban en otro tiempo con maderos enlazados por argollas de hierro. Puede recibir una fragata armada, pero los navíos de línea se ven precisados á fondear en la rada. Despues de haber atravesado el puerto se entra en Argel por la Puerta de la Marina que toca en el muelle, y que conduce á una de las mas hermosas calles de la ciudad, aunque no tiene mas de tres varas de ancho. Todas ellas son estrechas, tortuosas é irregulares, pero regadas de fuentes. Las casas son cuadradas y comunmente sin ventanas á la calle. El *Kasbah* ó *Al-Kassabah*, edificio mayor de Argel, es una cárcel mas bien que un palacio. Su recinto está circuido de murallas de una altura prodigiosa, sin salidas, sin aberturas, almenadas á lo morisco, y por donde, de profundas troneras sin órden ni alineacion, aso-

man largos cañones, cuya embocadura, en tiempo del Dey estaba muy pintada de colorado. En aquel recinto viniendo del palacio del emperador, se entraba únicamente por la Puerta Nueva de la ciudad, que por un estrecho y torcido callejon, donde los franceses han abierto una poterna que dá al campo, guiaba hasta un pórtico sombrío, en cuyo centro se levantaba un surtidor de mármol blanco, de que brota un raudal de agua cristalina. El pórtico va á parar á un anchuroso patio, en que estaba la morada del Dey, enlosado de mármol, presentando en tres de sus costados galerías sostenidas por columnas salomónicas. Bajo una de aquellas galerías se encontraban los salones que encerraban el tesoro. Al patio citado iban los negociantes á depositar, como estaban obligados, el cargamento de sus naves, á fin de que el Dey pudiese escojer por sí mismo el 5, 6 ó 10 por 100 que le convenia y que cobraba. El recinto del palacio encierra tambien una mezquita, vastísimo salon cuadrado, hermoseado de columnas de mármol que sustentaban un cimborio octógono, y por una escalerilla se subia á un minarete, desde donde el monzen llamaba cinco veces al dia á los fieles á la oracion. Tal es aquel Kasbah que, cuando los franceses entraron en él, estaba armado de cincuenta cañones de bronce, en que se encontraron municiones y mercancías tasadas en 28 millones de reales, y un tesoro en oro y plata que ascendia á la suma de unos 184 millones. Las construcciones mas importantes despues del Kasbah son las que forman la reunion del muelle y los fuertes de la marina. El muelle, construido de ladrillos y cubierto de un terrado sostenido por bóvedas, bajo las cuales hay soberbios almacenes, tiene cerca de quinientas varas de longitud. Pero los mas bellos edificios son ciertamente las mezquitas. A la llegada de los franceses se contaban diez grandes y cincuenta pequeñas. La mayor se encuentra á la entrada de la calle de la Marina, al lado de la Plaza del Gobierno. Es un largo edificio rectangular, abovedado, dividido longitudinalmente en tres naves por dos órdenes de columnas, que forman la cruz con las primeras. A cada lado de la nave mayor las columnas sostienen tribunas, siendo públicas las mas próximas á la puerta, y reservadas para la nobleza las que se encuentran á la otra parte del cimborio y á cada lado de él. Cinco ó seis arañas de cristal y muchas lámparas estan colgadas con cadenas en toda la longitud de la nave principal, y contra los dos órdenes de columnas que vienen á cortarla bajo el cimborio. Las lámparas se encienden para la oracion nocturna, y las arañas únicamente en las grandes ceremonias, por ejemplo en la fiesta del Cayram. Antes de la ocupacion de Argel por los franceses, todo cristiano que pasaba el umbral de una mezquita era castigado de muerte, y el templo lavado con agua corriente, y blanqueado de cal para borrar la mancha causada por la presencia de un infiel. El culto católico tenia tambien sus templos en Argel. Las sinagogas estan en la parte baja de la ciudad, único cuartel que los judíos podian habitar.

Buenos Aires. Es la ciudad mas populosa, rica y mercantil del territorio que á consecuencia de la emancipacion del dominio español, se llamó Confederacion ó República argentina, en la América Meridional. En ella se reunen el Congreso, los ministros y todas las autoridades. Es tambien la residencia de un obispo. La forma de la ciudad es un cuadrado de tres cuartos de legua de largo y media de ancho, dividida en 360 cuadrados ó manzanas. La Catedral, el Banco, la Casa Consistorial, la de Moneda, y el palacio del Congreso, son sus principales edificios: hermosean estos la Plaza Mayor, ó sea de la Victoria, en cuyo centro se levanta un obelisco, á cuyo pié se juntan los jóvenes el dia aniversario de la independencia, á cantar himnos patrióticos. La fortaleza ó el fuerte, es un conjunto de muchos grandes edificios rodeados de una gruesa muralla, dominada por otra guarnecida de cañones. Las casas son de un solo piso, hechas de ladrillo, dominadas por los grandes edificios y las numerosas iglesias, que con sus descollantes cúpulas y campanarios, dan á Buenos Aires un aspecto algo triste. Sus estrechas calles, en pendiente, aunque con aceras, son sucias, y á pesar de esto reina allí la salubridad á que debe su epíteto. Data su fundacion del año 1635; está situada en medio de una llanura á la márgen derecha del Rio de la Plata, á 49 leguas de su embocadura. A pesar de las escenas de anarquía de que ha sido teatro, desde 1806, tiene cien mil habitantes, gran parte de ellos ingleses y franceses. Aunque el rio á cuya orilla está fundada, tiene bajo los muros de la ciudad siete leguas de ancho, carece de puerto para los buques mayores. La entrada por el rio, mejor que lo estuviera por los trabajos de fortificacion, está defendida por las rocas, los bancos de arena y los *pamperos*, ó vientos del Sudoeste, así llamados porque atraviesan los Pampas. Buenos Aires ocupa un distinguido lugar entre las grandes ciudades de la América Meridional por sus establecimientos literarios. *La Universidad*, la *Escuela Normal*, el *Observatorio*, la *Academia de Jurisprudencia*, y las colecciones de historia natural gozan de alguna celebridad. En 1826 se publicaban allí diez y siete periódicos, y en el dia estan reducidos á seis ó siete. A pesar de sus buenas escuelas hay mucho descuido en la enseñanza y educacion de los hombres, al paso que estos son de buena presencia y buenos modales. Las mujeres tienen fama de bellas, graciosas y amables.

Cabo Blanco. Está situado en la costa del mar Pacífico en el antiguo Perú, hoy República.—*Cabo Blanco*, está en la costa de Africa, en el Mediterráneo, cerca de Bizerta, en el estado de Tunez. Es el mas setentrional de toda el Africa.—*Cabo Blanco*, cerca de Mapagan, en el imperio de Marruecos.—*Cabo Blanco*, cerca de Argum, en la costa del Sahara.

Cabo Frio. En la costa occidental de Africa, en el Congo.

Californias. Se dió por los españoles el nombre de *Nueva California* á todas las costas situadas desde el puerto de San Diego hasta los límites setentrionales de los Estados-Unidos mejicanos. El célebre navegante inglés Francisco Drake, designó una parte de aquellas costas con el nombre de *Nueva Albion*, pero harto visto está, demostrado y hasta reconocido por los estranjeros, en la *Historia de la Geografía*, que la prioridad de descubrimiento pertenece á los españoles. Los naturales de las cercanías del *Cabo Oxforel*, tienen algunos rasgos europeos: su tez es aceitunado claro, su estatura mas que mediana, su carácter apacible y de buena fé. Se pintan la piel y hablan un lenguaje diferente del de Nutka. Los habitantes de la *bahía Trinidad*, tienen la costumbre de limarse los dientes hasta las encias.—Considerada como provincia mejicana la *Nueva California*, llamada tambien *Alta California*, es una faja estrecha que se prolonga por las costas del Océano Pacífico, desde el puerto de *San Francisco* hasta el establecimiento de *San Diego*. Bajo un cielo sumamente nebuloso y húmedo, pero en estremo benigno, presenta por todas partes este pais pintoresco bosques magníficos y vastas praderas verdeantes, en que apacentan numerosas manadas de alces y ciervos de estatura gigantesca. El suelo ha recibido con facilidad diversos cultivos europeos; la vid, el olivo y el trigo prosperan allí perfectamente. En la Nueva California se goza suma salud. En 1827 tenia veinte y una misiones, y la poblacion de labradores domiciliados ascendia á veinte mil individuos. Actualmente toda la poblacion, tanto europea como indígena, es de treinta y cuatro mil almas; escasa todavía si bien se mira, para una superficie de cinco mil leguas cuadradas. *San Francisco*, el puerto militar ó presidio mas avanzado al Norte, está situado en una ancha bahía del mismo nombre, en que desembocan los rios del *Sacramento* y de *San Joaquin*. Es una ciudad que no pasa de dos mil almas, pero tiene un puerto tan bueno que muchos célebres navegantes, entre otros Vancouver y Kotzebue, le han mirado como el mejor del mundo. Cerca de la mision de *Santa Clara*, el trigo rinde sobre treinta por uno, con muy poco cultivo. Hermosas selvas de encinas, interrumpidas de altas y bajas praderas, hacen parecer el país á un parque natural.—*San Cárlos de Monterey*, ciudad poco mas ó menos de la misma poblacion que *San Francisco*, es la residencia del gobernador de las Californias. El puerto de Monterey no merece en verdad la celebridad que tanto se le ha dado, pues no pasa de un mediano fondeadero. El aspecto del país es encantador, y en él se goza de una perpétua primavera. El suelo es mas feraz y rico cuanto mas á lo interior.—*Santa Bárbara*, cabeza de partido, está situada en el canal del mismo nombre, formada por el continente y algunas islas, siendo las principales *Santa Cruz*, *Santa Bárbara*, *San Clemente* y *Santa Catalina*. Cerca de esta y la de *San José* habia en otro tiempo pesquerías de perlas, hoy dia poco lucrativas.—La mision de *San Buenaventura*, al Levante de este *presidio*, ocupa un terreno fértil, pero espuesto á grandes sequías, como en general toda aquella costa. En la huerta de los misioneros se vió criar gran variedad de frutas en abundancia y de escelente calidad, tales como manzanas, peras, higos, naranjas, uvas, granadas, dos especies de bananas, otras dos de cocos, cañas de azúcar, añileros y legumbres. Las cercanías de *San Diego* son tristes y estériles. El territorio de la mision de *San Juan de Capistrano*, cria escelente ganado mayor.—Los indígenas parecen formar un gran número de tríbus de lenguaje enteramente diverso. Los *Matalanes*, *Salsenes* y *Quirotes*, cerca de la bahía de *San Francisco*; los *Rumsenos* y *Escelenos*, cerca de Monterey, son los mas conocidos de aquellos indios. El nombre de *Quirotes*, que puede ser una contraccion ó abreviatura de *Quivirotes*, recuerda el del reino de *Quivira*, situado en el mismo estrecho, sobre un gran rio, por los antiguos geógrafos españoles que trazaban los descubrimientos de Cabrillo y de Vizcaino.

La *Vieja California*, ó verdadera península de California, llamada tambien *Baja California*, está rodeada por el Océano del Sur al Este, y por el golfo de California, llamado tambien *Mar Vermejo*, al Oeste. Pasa del trópico, y termina en la zona tórrida por el cabo de *San Lucas*. Su anchura varía desde diez leguas hasta cuarenta del uno al otro mar; y su clima en general es muy cálido y seco. El cielo, de un azul oscuro, casi nunca se cubre de nubes; y si aparecen algunas hácia el ocaso, brillan con los matices mas vivos de púrpura y esmeralda. Pero este hermoso cielo se estiende sobre una tierra árida, arenisca, donde los erguidos cactos cilíndricos, saliendo de las aberturas de las peñas, interrumpen casi solos el cuadro de la esterilidad absoluta. En los raros parajes donde se encuentra agua y tierra vegetal, los frutos y los cereales se multiplican de una manera asombrosa; la vid

dá allí un vino generoso semejante al de Canarias. Se nota una especie de carnero sumamente gordo, muy delicado, de escelente carne, y su lana es muy fácil de hilar. Se crian otros muchos cuadrúpedos silvestres y hay gran variedad de hermosas aves. Las minas de oro de esta península son una riqueza incalculable. A catorce leguas de *Loreto* se han descubierto tambien ricas minas de plata. Hay en lo interior llanuras cubiertas de una hermosa sal en cristales. Las montañas que cubren la península de la Baja California interceptan los vientos del gran Océano, contribuyendo á que sean insalubres las costas que circuyen al Mar Vermejo ó golfo de California. En aquellas mismas costas se pesca la tortuga que dá la esquisita concha, y la llamada *avicula perliera* en que se encuentran muchas veces perlas muy gordas de figura de pera, bien que no son las mas preciosas porque no son de muy bella agua ó viso. Desde que las misiones de la Vieja California empezaron á decaer, la poblacion se ha reducido á menos de 9,000 individuos, esparcidos ó dispersos en una estension igual á la Inglaterra. *Loreto* es la capital de este territorio, y sus habitantes no pasan de 1,400, siendo la plaza mas poblada de toda la California.—Los indígenas de la Vieja California, antes de la llegada de los misioneros, se hallaban en el último grado de embrutecimiento; como los animales pasaban los dias echados boca abajo en las arenas: como los brutos, cuando el hambre les aquejaba, salian á cazar para satisfacer las necesidades del momento. Una especie de horror religioso les anunciaba sin embargo la existencia de un Ser supremo, cuyo poder temian. Los *Pericues, Guaicuros* y *Laimones*, son las principales tríbus.

Cartagena de Indias; está situada en la América meridional, isla del estrecho formado por la embocadura del rio Magdalena, en el territorio de la república de Colombia. Su puerto, defendido por la fortaleza de Bocachica, uno de los mejores de América, es la estacion ordinaria de una parte de la marina militar de la Nueva-Granada. Sus fortificaciones, de las cuales algunas necesitan reparacion, la ponen en primer lugar entre las plazas de guerra de aquella república. Sus calles son estrechas y sombrías, pero bien empedradas: sus casas, la mayor parte de piedra, son regulares y de un solo piso ó estado sobre el bajo. El aspecto de esta ciudad es generalmente triste, efecto en particular de sus largas galerías sostenidas por columnas bajas y corpulentas, y sus terrados en saliente que roban la mitad de la luz del dia. A pesar de lo que ha sufrido durante la guerra de la independencia de aquel pais, tiene todavía 18,000 habitantes, comprendiendo en esta poblacion sus arrabales. En 22 de mayo de 1834 fué casi arruinada por un terremoto que derribó hasta las paredes de muchas iglesias. Para evitar los calores escesivos que allí reinan en el estío, los europeos no aclimatados se refugian en lo interior del campo del lugar de *Turbaco*, fundado en una colina á la entrada de un bosque magestuoso que se estiende hasta el rio de la Magdalena, y cuyas casas son construidas en gran parte de bambús y están cubiertas de hojas de palma. Manantiales cristalinos brotan de un peñasco calcáreo que encierra numerosos restos de políperos fosiles. Hace sombra á los arroyos el follaje lustroso del *anacardium caracoli*, árbol colosal á que los indígenas atribuyen la propiedad de atraer de muy lejos los vapores esparcidos en la atmósfera.

La Florida, en la parte oriental de los Estados-Unidos de América, en la del Norte, formaba un solo distrito, y en 1840 se ha constituido en Estado, adoptando una Constitucion. Su suelo es feraz, y su clima benigno; pero gran parte de su territorio tiene muchos laguillos, pantanos, llanuras arenosas y estensas praderas sin arbolado alguno. Todo él es inseparable del de los Estados-Unidos, tanto con respecto en la parte histórica como en cuanto á la física. En efecto: los primeros navegantes estendieron el nombre de *Floridas* ó *Pascuas floridas* á toda la region al Mediodia de los montes Alleganis; nombre dado al principio al cabo Sudeste y á la península que los indígenas llamaban *Tegesta*. Este promontorio, como ya se dijo, fué descubierto en 1512 por Ponce de Leon. En 1565 fundaron los españoles la ciudad y el fuerte de San Agustin; en 1584 tomaron los ingleses posesion de la costa setentrional en nombre de la reina de Inglaterra, y en 1696 fundaron los franceses á Panzacola. Estas tres naciones se hicieron con frecuencia en la Florida una guerra tan injusta como bárbara. Los franceses no pudieron mantenerse allí, los españoles tuvieron que ceder la Florida en 1763 á los ingleses, en cambio de la isla de Cuba, de que acababan de apoderarse. A favor de la guerra de la independencia de los anglo-americanos se apoderaron los españoles de aquel país, y esta conquista nos fué asegurada por el tratado de paz de 1783. Cedió la Francia la Luisiana á los Estados-Unidos en 1803: hubo luego guerra entre estos y la España, y terminando por el tratado de 1819, en 1821 fué cedida la Florida, para siempre á dichos Estados por la España.—Limitada al N. por el Estado de la Georgia, al O. por el de Habana y el golfo de Méjico, al E. por el nuevo canal de Bahama y el Océano atlántico, el Estado de la Florida tiene 95 leguas de longitud del N-O. al S-E., 40 en la mediana latitud, y una superficie de 5,224 leguas geográficas cuadradas. El clima se considera húmedo é insalubre, á lo menos en la costa. El

invierno es tan benigno que hace prosperar los vegetales mas delicados de las Antillas. Se desconocen allí las nieblas. En los equinoccios, y principalmente en otoño, las lluvias son copiosas cada dia, desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde, durante algunas semanas seguidas. Desde 1822 que la Florida constituye parte de los estados de la Union, su poblacion ha sestuplicado; en 1820 no pasaba de diez mil almas, en 1830 ascendia á 35,000, en 1836 á 50,000, y en 1840 se regulaba en 60,000.

Gilolo (isla), la mayor del archipiélago de las Molucas, presenta por su forma irregular un Célebes en pequeño; y tambien como en Célebes las invasiones del Océano, ó los grandes golfos tienen su orígen al E. Lo interior encierra picos muy altos. Esta isla, que los indígenas llaman *Halamahera*, abunda en búfalos, cabras, ciervos, jabalíes, y tiene algunas ovejas; en árboles de pan y de sagú, y se encontraria probablemente en ella todavia pimenteros y moscaderos, á pesar del cuidado que los holandeses tienen en estinguirlos.

Marañon. Este rio, cuyo nombre le dieron los españoles, y que los indígenas llaman *Guiena*, toma la denominacion de *Amazona* en la confluencia de dos grandes rios, el *Tunguragua* y el *Ucayale*, que nacen en los Andes. El primero sale del lago *Lauricocha*, y el segundo de los montes *Cailloma*, bajo el nombre de Apurimac. En él van desaguando otros rios tributarios, uno de ellos el *Rio-Negro* que viene de Tierra Firme, y que merece llamarse navegable. Véase la descripcion del *Amazona* ú *Orellana*, pág. 279 del tomo presente.

Malta, la antigua *Melisa*, isla situada en el Mediterráneo, entre Sicilia y Africa, tiene tres leguas y media de largo y dos de ancho: es un peñon calcáreo cubierto apenas de una ligera capa de tierra vegetal fertilizada por el calor de aquel clima. Mas de 80 manantiales le riegan. Sus famosas naranjas y otros frutos esquisitos, la hermosura de sus rosas, la suave fragancia de mil flores diversas, su deliciosa miel, la fecundidad de sus ovejas y de otros cuadrúpedos domésticos, estan en verdad poco acordes con la idea que cualquiera se formará de un suelo en que hay necesidad de llevar de Sicilia tierra vejetal cuando allí se quiere formar jardines. La *Vallette* es la capital de esta isla, posesion inglesa. Sus principales monumentos fueron construidos bajo la influencia de sus antiguos caballeros, y dan una justa idea de su pasado poderío. El palacio del Gran Maestre presenta espaciosos salones ornados de columnas de mármol, y los retratos de los caballeros mas célebres y de todos los Grandes-Maestres. En esta ciudad, fundada por el célebre cabeza de la Orden, que la dió su apellido, se conservan 20 iglesias, siendo la principal la de *San Juan*, en que se hallan los sepulcros de aquellos nobles defensores de la Cruz, y está adornada con los despojos de los combates ganados á los mahometanos. Tiene además la capital cuatro hospitales, buenos cuarteles, una rica biblioteca y un jardin botánico. El puerto está dividido en dos, mayor y menor, por una península en que está construida la principal parte de la ciudad. Malta, por sus obras de defensa, es una de las posesiones mas importantes de los ingleses; pero su poblacion se encuentra en tal estado de decadencia, que se vé obligada á frecuentes emigraciones. Sus habitantes han conservado á pesar de todo sus antiguos usos y el derecho de elegir sus magistrados.

Misorí ó Misory, rama principal del gran rio Missisipí, que riega el territorio de los Estados-Unidos de la América del Norte, pudiendo decirse que al Misorí perteneceria con mas razon que al Missisipí, con el cual se junta, el glorioso título de *Viejo Padre de las aguas* ó *Mecha-Chebé*, que la ignorancia de los salvajes ha dado á uno de sus tributarios. Llega á tener 2,400 pies de ancho: su corriente rápida arrastra una cantidad enorme de arena que se amontona de distancia en distancia, y forma bancos móviles muy peligrosos para los navegantes: acarrea tambien mucha madera, quedando parte de ella en el fondo, mas sinuoso que el Meandro de los griegos: sus orillas minadas por las aguas, se hunden á veces y le hacen tomar otra direccion. Un gran número de rios vienen del S. y del O. á reunirse al Misorí.

Panamá. (Istmo de), entre la América meridional y la septentrional del Norte, siendo como el lazo ó union de entrambas, y el punto terrestre para pasar del mar Atlántico al del Sur. Tiene unas cinco leguas de ancho en el paraje mas estrecho; pero la naturaleza peñascosa del suelo opone grandes obstáculos, acaso invencibles á la apertura de un canal navegable para buques grandes. El itsmo de Panamá, así como la antigua provincia de Darien, produce cacao, tabaco y algodon; pero el aire húmedo y al mismo tiempo muy cálido, hace aquel territorio casi inhabitable. Aunque el suelo es montuoso tiene fértiles llanuras, y la vejetacion es de un vigor asombroso.—*Panamá*, ciudad capital del departamento del Itsmo, se divide en alta y baja, siendo esta la mas poblada. La mayor parte de sus calles son estrechas, oscuras y sucias, y casi todas sus casas de madera, cubiertas de paja larga y bálago. Su rada, aunque ancha es peligrosa. Asciende su poblacion á 12,000 almas: hace un comercio considerable, siendo la esportacion anual de

perlas por valor de unos ocho millones de reales, producto de las pesquerías establecidas en la bahía, y en las aguas del archipielaguito de *las Perlas*.

Salomon (Islas de), en la Oceanía, en la Melanesia, fueron descubiertas por el navegante español Mendaña, enviado al descubrimiento de la *Tierra austral* en 1568, y las situó entre 5 y 9° de latitud Sur, á 1,450 leguas marinas de Lima. Véase cap. III, lib. VI de este tomo, pág. 307, 308 y 309.

Ternate. Véase Molucas.

Tunez. Entre las ciudades africanas, la de *Tunez* es una de las principales. Construida en anfiteatro sobre una cuesta, en el fondo de una laguna llamada Bogaz, en la costa del Mediterráneo, casi en frente de Roma, y entre las islas europeas de Sicilia y Cerdeña, está rodeada de una muralla y ocupa un vasto terreno. Tiene un puerto y buenas fortificaciones; pero no disfruta mas agua dulce que la pluvial que se guarda en cisternas. Encierra algunos hermosos edificios, distinguiéndose entre ellos las mezquitas con sus graciosos, ligeros y elevados minaretes, el palacio del bey construido por el gusto morisco, el acueducto que surte de agua salobre á toda la ciudad, algunos baños públicos y varios establecimientos literarios. Las casas construidas en anfiteatro presentan un golpe de vista pintoresco; son de forma cuadrada, de piedra y ladrillo; pero repugna al viajero la suciedad de sus estrechas y tortuosas calles no empedradas. Se calcula su poblacion en 150,000 almas, 30,000 de ellos judíos. Tunez es una ciudad antiquísima que no ha mudado de nombre. Estrabon la cita en su descripcion del Africa: existia en tiempo de Cartago. Polibio cuenta 120 estadios entre estas dos ciudades, pero no existe ningun monumento de la antigua Tunez. Esta ciudad, capital del reino de su nombre, tiene fábricas de terciopelos, de otras telas de sedería, de lienzos, de tejidos de lana, de gorros colorados y de curtidos, en particular de tafilete. De todos estos artículos y de polvo de oro, plomo y aceite, hace gran esportacion. En ninguna parte de la Berbería manifiestan los moros tanta tolerancia, urbanidad y política. El espíritu mercantil de la antigua Cartago parece cernerse sobre aquellos lugares que por tan largo tiempo fueron el centro de la civilizacion y del poderío del Africa. La *Goleta* domina la rada de Tunez, y la entrada de un gran estanque apenas navegable, es un sitio admirable por sus dos fuertes.

Al Nordeste de Tùnez se encuentran las ruinas de la potente ciudad rival de Roma. Sus puertos, asilo en otro tiempo de tantas y tan temidas escuadras, parecen cegados en partes por los hundimientos: al Sudueste se ven algunos restos de los muelles que los encerraban. Un soberbio acueducto atestigua el poderío de Roma, á cuya sombra florecia la segunda Cartago. El emperador Cárlos V hizo que de él se sacára un diseño, y el famoso Ticiano arregló este dibujo para servir de modelo á una tapicería que la corte de Austria debia costear. Fundada Cartago, así como *Leptis* y *Utica*, por los Fenicios, estaba construida en una península, y se dividia en tres cuarteles principales. La nueva ciudad llamada *Megara*, se halla reemplazada por el lugarejo llamado *Malka*, y por el vasto terreno apellidado hoy dia *El Mersa*. Por muchos puntos estaba rodeada de un triple recinto, cuyo interior era una muralla de treinta codos de altura flanqueada de numerosas torres. Por dentro estaba como pegado á esta misma muralla un edificio de dos estados ó cuerpos, cuyo piso bajo eran las cuadras ó establos de trescientos elefantes y cuatro mil caballos, y la parte superior para almacenar el pienso y los arreos, arneses y atalajes de aquellos animales. En el mismo recinto habia cuarteles para veinte mil infantes y cuatro mil ginetes. La ciudadela que allí se ve todavía, y que se llamaba *Byrsa*, descollaba en medio de la ciudad, sobre una colina rodeada de casas y coronada por un templo de Esculapio. En ella se abrasó la esposa de Asdrubal, prendiendo fuego ella misma á la pira que á cenizas la redujo cuando la toma de Cartago. El solar de esta ciudad encierra vestigios antiguos, pero pocos monumentos. Allí se ven las ruinas de un acueducto de setenta piés de altura, y restos de cisternas públicas que presentan una perspectiva imponente. Consisten en diez y seis subterráneos que entre sí se comunican, y que contienen todavía el agua que les lleva el acueducto. Quince de estas cisternas forman una estension de cuatrocientos treinta piés de anchura. Uno de aquellos subterráneos tiene un eco admirable: un disparo de escopeta hace allí tanto estruendo como el estampido del rayo. Algunos parajes de aquel venerando suelo, de tan asombrosos recuerdos, están sembrados de guijarrillos y chinas de diferentes colores, reliquias de los mosáicos que formaban el suelo de aquellos magníficos pavimentos. De cuando en cuando haciendo escavaciones, se descubren columnas rotas, lindos vasos de pórfido y medallas.

INDICE

ó

SUMARIO DE LOS ASUNTOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

LIBRO TERCERO.

EMPRESAS MARITIMAS DE GARAY Y DE VAZQUEZ AYLLON.—SEGUNDO VIAJE A LAS MOLUCAS. ESPEDICION DEL COMENDADOR LOAISA.

LIBRO CUARTO.

VIAJES MARITIMOS DE PIZARRO Y DE ALMAGRO.

LIBRO QUINTO.

VARIAS ESPEDICIONES A LAS INDIAS OCCIDENTALES.

Págs.

Págs.

LIBRO SESTO.

VIAJES DE LOPEZ DE VILLALOBOS, LEGASPI, LADRILLEROS, FERNANDEZ MENDAÑA, SARMIENTO Y OTROS, Á DIVERSAS PARTES DE LAS INDIAS ORIENTALES Y OCCIDENTALES.

LIBRO SÉTIMO.

SUCESOS MARITIMOS EN EL MEDITERRANEO Y EL ATLANTICO EUROPEO, EN EL SIGLO XVI.

LIBRO OCTAVO.

SUCESOS EN LOS MARES DE INDIAS EN EL SIGLO XVII.

LIBRO NOVENO.

SUCESOS MARITIMOS DURANTE EL SIGLO XVIII.

FIN DEL INDICE.



GUION

PARA LA COLOCACION DE LOS RETRATOS CORRESPONDIENTES A LAS ENTREGAS DE ESTA OBRA.

Tomo primero.

Tomo segundo.

Las doce láminas del tamaño de la obra, litografiadas á dos tintas, de las cuales corresponden seis á cada tomo, espresan á la cabeza el tomo y página donde deben colocarse respectivamente, por lo cual no se comprenden en este guion.

FE DE ERRATAS DE ESTE TOMO.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
62	18	recogieron	y recogieron
221	19	algunos	y algunos
278	Id.	fueron	y fueron
361	31	varios	varias
Id.	35	colgado	colgados
363	18	aprendiéndolo	aprendiéronlo
364	16	Capitana	Almiranta
425	5	amago	arreglo]
445	19	1778,	1578,
453	17	fámulas	flámulas
Id.	36	con obras y con palabras.	y exhorta anima y provoca, con obras y con palabras,
488	27	quinto	quinto dia
489	6	estuvo	y estuvo
589	16	piezas	piedras
592	9	se apoderó	se hizo dueño
612	39	del virey	el virey
772	21	estantes	sestantes
774	6	acababan	acababa
806	26	oportunamente por	oportunamente socorrido por
Id.	27	sucesivamente socorrido por	sucesivamente por

GUION

PARA LA COLOCACION DE LOS RETRATOS PUBLICADOS CON LAS ENTREGAS DE ESTA OBRA.

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.

HISTORIA
DE
LA MARINA REAL ESPAÑOLA.

LOS EDITORES

A LOS SUSCRITORES Y AL PUBLICO.

Próxima la conclusion del tomo primero de esta importante obra, sus editores, deseosos de corresponder á la confianza que los señores suscritores les han dispensado, se proponen mejorarla, aun á costa de nuevos sacrificios que desde luego se imponen gustosos. Justo, pues, será por tanto que los suscritores tengan noticia de estas variaciones importantes, que han de contribuir sin duda á amenizar la obra, cuyo interés aumenta muy particularmente en el segundo y último tomo, en que han de narrarse ya sucesos mas recientes.

Variará el sistema de publicacion de las láminas; los grabados ó viñetas tendrán otra colocacion, y la redaccion tambien será diferente.

Con efecto; á causa de haberse trasladado á la isla de Cuba D. José Ferrer de Couto, nos hemos visto obligados á confiar á otro escritor la redaccion para que la obra no se paralice, continuándola desde el capítulo 21 del libro 2.°, entrega 37, un literato harto conocido por su distinguido mérito, como se hará conocer oportunamente.

Activando asi su publicacion terminará el tomo primero en la próxima entrega 43, y continuará sin interrupcion el segundo, desde cuyo principio se darán láminas en todas las entregas, no del tamaño que hasta aquí, sino del mismo que los retratos, las cuales representarán los sucesos mas notables del testo.

En las entregas pares se dará el retrato de un personage distinguido, como se hace actualmente, y además una lámina litografiada á dos tintas; y en las entregas impares se dará otra lámina igual á la anterior y en los mismos términos.

Estas láminas históricas saldrán alternativamente, la una con aplicacion al tomo primero, y la otra al segundo, ambas del tamaño de la obra, para que con ella se puedan encuadernar, á cuyo efecto se indicará al pié el tomo y la página á que correspondan. Propónense los editores, al hacer esta variacion, adornar la obra mas y mas para que de este modo ofrezca mayor interés.

De los retratos que faltan publicar corresponderán varios al tomo primero, y tambien estos llevarán indicada su colocacion, dándose á su tiempo una plantilla para los ya publicados.

Gran número de suscritores y algunas personas interesadas en que la obra tenga todo el posible lucimiento, nos han manifestado la conveniencia de que su lectura no sea interrumpida por la intercalacion de viñetas en el testo; y como el deseo de los editores es mejorarla cuanto sea posible, se ha determinado darlas otra colocacion, á nuestro entender mas acertada, poniendo una al principio y otra al final de cada capítulo: variacion que tendrá efecto desde el tomo segundo y en la cual nada perderán los suscritores.

Además de estas mejoras, y á pesar de los mayores dispendios que ocasionan, deseando que los suscritores tengan completa la coleccion de láminas grandes que se dan actualmente con el título de *Episodios marítimos*, cada seis entregas se dará gratis, *por via de regalo*, una lámina de iguales dimensiones á las que se dan ahora. De este modo no se truncará la coleccion, y con las nuevas láminas la obra adquirirá mas amenidad, satisfaciendo á la vez el gusto y los deseos de todos. Los asuntos de estas láminas serán puramente marítimos, y no siempre representarán batallas navales, sino que alternarán con las vistas de nuestros arsenales y puertos mas importantes.

A su tiempo se darán tambien gratis los índices, portadas y cubiertas del tomo primero, tan elegantes como corresponde á la importancia de la obra.

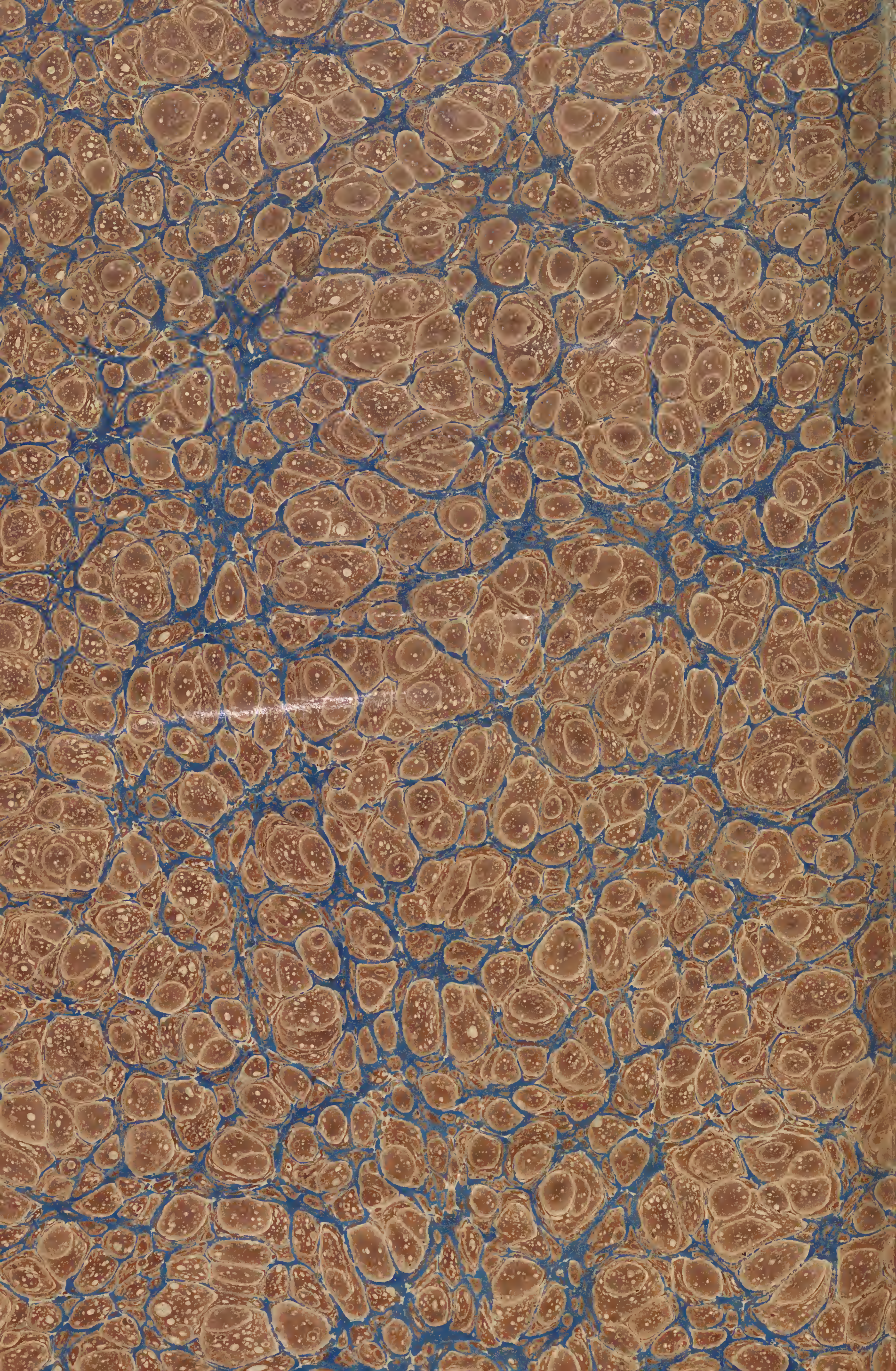
Terminará la obra con el tomo segundo, y se evitará cualquiera digresion por la cual pudiera inferirse que los editores se proponian prolongarla por su interés particular, omitiendo la relacion de sucesos concernientes á conquistas de paises, y limitándose el escritor á los hechos y asuntos propios de la Marina, sin salir, digámoslo así, de los mares, ni alejarse de las costas para internarse en ninguno de los continentes.

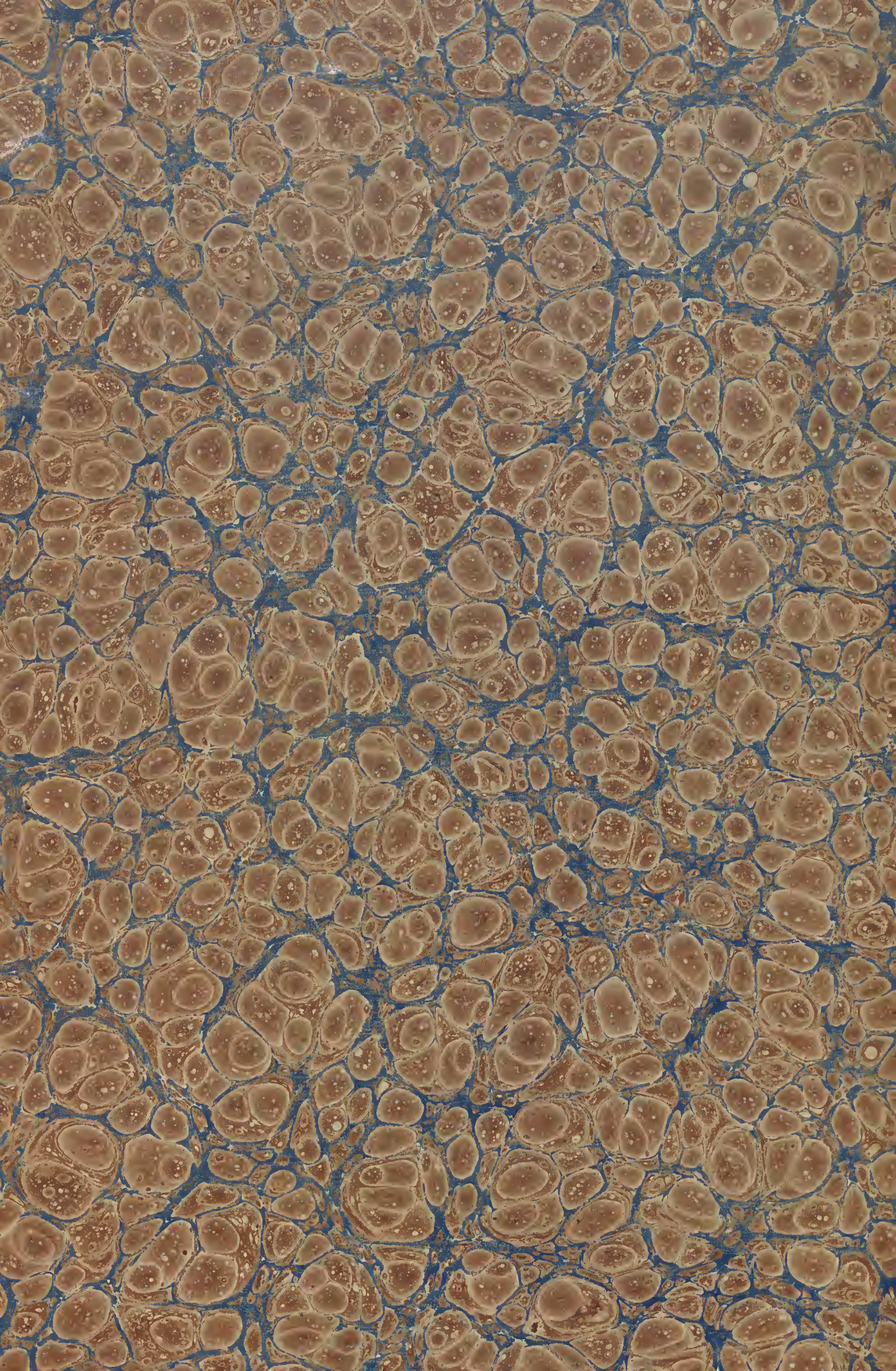
Tales son en suma las innovaciones que los editores se han propuesto realizar para el segundo y último tomo, guiados solo del deseo de complacer á los suscritores en cuanto sea posible, á cuyo efecto no perdonarán gasto ni sacrificios de todo género.

Resta solo advertir: 1.° Que á pesar del aumento de gasto que estas mejoras ocasionan, como el envío á provincias será desde luego mas fácil por disminuir el peso y volúmen de las láminas, solo abonarán los suscritores de provincia, á contar desde el segundo tomo, 12 rs. por entrega en vez de los 14 rs. que han pagado hasta ahora, quedando así en su favor este ahorro. 2.° Que en Madrid y en provincias se pagarán las entregas al tiempo de recibirlas, y por consiguiente no se enviarán recibos para la cobranza. Y 3.° Que las personas que por haberse ausentado ú otras causas hayan dejado de recoger algunas entregas de las últimamente publicadas, pueden recogerlas, si gustan, tomándolas paulatinamente, una ó dos cada semana ó de la manera que les sea mas conveniente.

Se suscribe en Madrid en las librerías de Monier y Cuesta, en la administracion calle de Silva, núm. 10, y en provincias en casa de los principales corresponsales.

Madrid: 1852.-Imprenta de José M. Ducazcal, Plaza de Isabel II, num. 6.






55
HISTORIA
DE LA MARINA
REAL ESPAÑOLA
2
161